3 1761 06187203 2

V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID

CUESTIONES MÍSTICAS

DEL MISMO AUTOR

El Paraíso y la Geología, 1890.
La Universalidad del Diluvio.—Vindic. del Card. González, 1896.
La Evolución ante la Fe y la Ciencia.—Conferencia, 1900.
Crisis científico-religiosa.—Discurso, 1900.
La Creación y la Evolución, 1901.
(Todos estos trabajos *agotados*).

El Diluvio Universal, *demostrado por la Geología,* Vergara, un vol. en 8.°, 674 págs ..... 5 ptas.
La Evolución y la Filosofía cristiana: *Introducción general y*
Libro I: **La Evolución y la Mutabilidad,** un vol. en 4.°, papel vergé, XII-190-560 págs ..... 8 —
Libro II: **La Evolución y la Ortodoxia** (próximo a publicarse).
El Hexámeron y la Ciencia moderna, en 4.°, 308 (agotado).
La Providencia y la Evolución, 2 volms. en 4.° ..... 12 —
1.ª Parte: *Mecanismo y Teleología* (agotada) ..... 8 —
2.ª Parte: *Teleología y Teofobia,* VIII-336 págs ..... 4 —
Desenvolvimiento y Vitalidad de la Iglesia, 4 volms.
El 1.° contiene: *Introducción general y*
Libro I: **Evolución orgánica,** IV-448 págs ..... 4 —
Vol. 2.°, Libro II: **Evolución doctrinal,** IV-452 págs ..... 4 —
Vol. 3.°, Libro III: **Evolución Mística,** 708 (casi agotada) ... 8 —
Vol. 4.°, Libro IV: **Mecanismo Divino** de los *Factores de la Evolución Eclesiástica,* 448 págs ..... 4 —
Cuestiones Místicas (2.ª edic. corregida y aumentada), 1 vol. en 4.°, 612 (cartoné 7,75) ..... 7 —
Grados de Oración (2.ª ed. corregida y aumentada). Vergara, en 8.°, IV-322 págs., en tela ..... 2 —
Unidad de la vía espirit. en la tradic. dominic. (agotado) .. 1 —
Declaración brevísima del Cantar de los Cantares 0 60
Cantar de los Cantares. Exposición Mística ..... 6 —
La Sulamitis: María Inmaculada, ideal del alma religiosa (Alocución) 0 30

Hállanse de venta en la Residencia del Autor (Dominicos de Salamanca) y en las Administraciones de *El Smo. Rosario* (Vergara, Guipúzcoa) y de *La Ciencia Tomista* (Claudio Coello, 114—Madrid) y en las principales Librerías Católicas.

CUESTIONES MÍSTICAS

O SEA

LAS ALTURAS DE LA CONTEMPLACION

ACCESIBLES A TODOS

ALIENTOS, ESTÍMULOS Y DESENGAÑOS DE LOS GRANDES MAESTROS
DE ESPÍRITU
A LAS ALMAS ESPIRITUALES Y A SUS DIRECTORES

POR EL

M. R. P. Mtro. Fr. Juan G. Arintero, O. P.

2.ª edición corregida y aumentada

286365
27. 4. 33

Con licencia del Ordinario y de la Orden

SALAMANCA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALATRAVA
A CARGO DE MANUEL P. CRIADO

1920

APROBACIONES.

NIHIL OBSTAT

FR. AEMILIUS COLUNGA FR. JOSEPHUS CUERVO

IMPRIMATUR

FR. ALFREDUS FANJUL,

Prior Prov. Hisp., O. P.

IMPRIMATUR

✠ **JULIANUS, Episcopus Salmantinus.**

PROTESTAS DEL AUTOR

1.ª Todas nuestras opiniones van sometidas a la corrección y al infalible dictamen de la S. M. Iglesia Católica, cuyo sentido es el nuestro, y en cuyo seno queremos vivir y morir.

2.ª En conformidad con los decretos Pontificios, las calificaciones de *santo* o *venerable* y otras análogas no tienen más valor que el de una piadosa apreciación privada, sin ánimo de prevenir el inapelable fallo de la misma Iglesia.

†
JHS

PRÓLOGO

Estas *Cuestiones* han sido escritas *ex professo* para *La Ciencia Tomista,* a petición de su mismo Director, con objeto de contribuir en ella a esclarecerlas a la vez que a informar al público sobre asuntos tan palpitantes y de tanta importancia. Pero muy luego se vió que convendría publicarlas, además de allí, en un libro aparte: 1.° para complacer a los muchos que desean enterarse de ellas, y no tienen a mano la colección de la Revista; y 2.° para poder tratarlas con la amplitud y detención que requieren, y que es mucha más de la permitida en una publicación bimestral cuyos lectores quisieran acabar pronto de enterarse de todo, y así por lo general gustan de ver las cosas muy compendiadas, sin prolijos detalles que les fatigan y quizás les parecen hasta impertinentes, por más que a veces, para poner las cosas en su debido lugar y en el punto preciso, sean casi del todo indispensables.

Y tal sucede por necesidad aquí; pues lo que ha de decidir no es una breve razoncilla, o algún testimonio aislado, que cada cual pueda exponer o alegar a su modo y traer en su favor; sino todo el peso de los principales testimonios claros y terminantes de la Escritura y de la Tradición, de los grandes Doctores y Maestros de espíritu y de las almas bien experimentadas en las cosas divinas.

Por lo que hace ahora a los testimonios escriturarios, especialmente a los tomados de los Libros Sapienciales, si nos contentáramos con algún breve pasaje, no faltarían quienes, con cierta apariencia de razón y de sana crítica, rechazasen los argumentos en él fundados diciendo que no concluyen, por cuanto la *sabiduría* de que allí se habla, y con que tantas veces se nos invita, puede entenderse, y a veces indudablemente se entiende, de la simple vida de la gracia, o sea de la virtud ordinaria; y así nada o muy poco pueden probar en favor de la divina contemplación, o sea de la vida mística.

Pero si bien miramos y comparamos todos esos textos, hallaremos que, en general, no se refieren a una sabiduría cualquiera, sino a aquella que, por cierta experiencia íntima y sabrosa (cfr. Scio, *in Prov.*, I, 2; S. Thom., *in* I *Cor.*, 2, lect. 3), nos hace *gustar cuán bueno y suave es Dios,* y nos lo da a conocer del modo más alto que en esta vida cabe, colmando así nuestra alma de infinitas dulzuras y de inestimables riquezas; que esa celestial *sabiduría*—así como también la *ciencia* e *inteligencia* que allí se nos ofrecen y recomiendan—, son nada menos que los sublimes dones del mismo nombre, los cuales tan principal papel desempeñan, como veremos, en la contem-

plación divina; y por tratarse de ellos vemos que aparecen designados con el sinónimo de *espíritus*.—Y ese maravilloso *espíritu de inteligencia, santo e inmaculado... que se transmite por las naciones a las almas santas y constituye amigos de Dios y profetas,* claro está que se identifica con el respectivo dón del Espíritu Santo que, descorriendo el velo del misterio, nos permite en cierto modo penetrar hasta lo profundo de Dios, mientras que el dón o espíritu de sabiduría nos lo deja gustar y conocer por un íntimo contacto y estrechísimo abrazo (1). Y aunque es verdad que los dones se nos infunden ya junto con la gracia—y que por lo mismo ciertos pasajes relativos a ellos podrán muy bien aplicarse a la simple vida cristiana hasta en su ínfimo grado—, con todo eso por lo común las ricas descripciones que les acompañan sólo son aplicables a la plena expansión de la gracia santificante, donde esos preciosos dones, ya bien desarrollados, producen los hermosos frutos de honor y de honestidad que caracterizan a la vida mística. La objeción sólo prueba, pues, contra quienes supongan que ésta difiere esencial—y no sólo modalmente—de la ascética, mas no contra quienes la miramos como su verdadero complemento y como su coronamiento y expansión, conforme la miraron los grandes maestros de espíritu. Así éstos se hallan también unánimes, según iremos viendo, en aplicar los sobredichos pasajes sapienciales a la Mística Teología, o sea a la divina contemplación, por ser a ella a la que en rigor y con toda propiedad se refieren (2); de tal modo que ya suelen suponer al alma en estado de gracia, para que así pueda llegar a poseerla en su plenitud.

Por lo que hace a los demás testimonios, como fueron escritos mucho antes de suscitarse estas cuestiones, o de que se tratara, como hoy, de ventilarlas y precisarlas, no es de extrañar que sean a veces algún tanto confusos, como en general suelen serlo, según dice Santo Tomás *(Contra errores Graec.,* Prooem.), las mismas doctrinas dog-

(1) Cf. Juan de Santo Tomás, *In* 1-2, q. 70, disp. 18, a. 2.—*Sapientia,* dice San Buenaventura *(Centiloquium,* p. 3, sect. 45), «magis proprie nominat *cognitionem Dei experimentalem,* et sic est unum de septem donis Spiritus Sancti, cujus actus consistit *in degustando suavitatem Dei.* Qui quidem actus partim est cognitivus, partim affectivus».

«Este conocimiento experimental, advierte Fr. Isidro de León *(Místico Cielo,* 3.ª p., tr. 3, c. II), que nace del amor y del sabor de la voluntad en aquel inmediato toque del E. S. en ella, es la *Mística Teología,* donde se forja (en la inteligencia) la más clara y subida contemplación que, fuera de la visión intuitiva, se da en esta vida; y es aquella *Sabiduría altísima tan encomendada en la Sagrada Escritura*».

(2) Así lo hacen constar expresamente, entre otros muchos, Dionisio el Místico, *De divinis Nomin.,* c. 4, § 9; San Buenaventura, *De Septem donis S. S.,* P. 2.ª, s. 7, c. 3 y 4, etc.; B.º Susón, *Vida,* c. 4; *Eterna Sabiduría,* c. 7, etc.; S. Lorenzo Justin., *De casto Connubio,* c. 15-16; *De Perfect. gradibus,* c. 6; V. Granada, *De la Devoción,* c. 2; *Amor de Dios,* c. X, § I, etc.; Osuna, *Tercer Abeced. espirit.,* tr. 6, c. 2 y 3; B.º Orozco, *De suavitate Dei,* c. 36; San Juan de la Cruz, *Cántico espir.,* canc. 3; Molina, *De la Oración,* tr. 2, cap. VI, § 3; La Puente, *Guía espiritual,* Introd.; Rodríguez, *Ejerc. de perfec.,* 1.ª P., tr. 5, c. 5, 17, etc.; Lallemant, *Doctrine spirit.,* pr. 7, c. 4. a. 3; Schram, *Theol. myst.,* § 226, etc.

máticas de los Santos Padres en puntos que en su tiempo aún no habían sido controvertidos. De ahí que una misma autoridad, por la imprecisión, vaguedad o impropiedad de algunas de sus frases, pueda ser, y de hecho sea con no poca frecuencia aducida—y no sin cierta apariencia de razón—por unos y otros partidos. Y para poder con toda seguridad reconocer ante ciertas expresiones confusas o vacilantes, el genuino pensamiento de un autor, no hay más remedio que confrontar una larga serie de textos completos y ver en ellos la idea clara que en ese conjunto predomina y se impone, y en la que el mismo autor insiste con firmeza, a pesar de las incorrecciones que a veces, hablando como de paso y a la ligera, hayan podido escapársele.

Así es como, de la misma insigne Doctora mística, Santa Teresa de Jesús, viénense hasta hoy con gran insistencia citando, pero de rutina, dos o tres frases algo confusas e incorrectas que ella—quizás influída de ciertos prejuicios de entonces—vertió demasiado a prisa en el *Camino de perfección*, y que, tomadas así como suenan, y a gusto de ciertos autores, se han prestado a paliar y cohonestar grandes yerros; a pesar de que la misma Santa se encargó repetidas veces de rectificarlas y explicarlas en su verdadero sentido, y de que, por lo mismo, contra esos breves textos pueden aducirse otros innumerables donde del modo más terminante enseña todo lo contrario de lo que ahí se le hace decir. Una de esas frases (que por desgracia suele figurar aún sin ninguna nota aclaratoria en el cap. 16 de las ediciones corrientes, conformes al original de Valladolid), es la que parece dar a entender que la contemplación mística no implica necesariamente el estado de gracia. De donde luego se trató de deducir que es un favor completamente *gratuito*, que como tal nunca puede en rigor *merecerse*, y que lejos de ser del todo necesaria para nuestra santificación, podrá ser a veces perjudicial o peligrosa, como todas las gracias *gratis datas*, o verdaderamente *extraordinarias*, entre las cuales, de un modo o de otro, se ha procurado incluirla. La otra es donde (capítulo 17) al parecer insinúa que puede haber personas muy piadosas que de ningún modo sean llamadas para la contemplación, sin perjuicio de que lleguen a ser muy perfectas y aun de que excedan en virtud a otras «muy contemplativas». De donde también se quiere deducir que hay almas absolutamente *excluídas* del estado místico, y que sin embargo algunas de ellas podrán muy bien igualar y aun superar en perfección a las *muy místicas*, o sea a las *contemplativas* en alto grado.

Pero los que así entienden, conforme a sus propias miras, a Santa Teresa olvidan, o no tienen en cuenta, que la mismísima Santa en la segunda redacción que hizo del citado libro (la cual se conserva en el Escorial y ha sido publicada en la edición hecha por D. Vicente de la Fuente) se encargó de corregir esa primera frase advirtiendo expresamente (cap. 24) que lo compatible con el pecado grave sólo son ciertas apariciones y cosas por el estilo, como las que tuvo Balán; pero

que las íntimas comunicaciones propias de la contemplación o de la unión mística no puede ella concebir que las reciban sino almas muy puras y muy amigas de Dios, en quienes tenga El ya grandes complacencias (cfr. *Morada* V, c. 2). Y en cuanto a la otra proposición, en todos sus escritos y aun en el mismo a las pocas páginas, se encarga la Santa de explicarse en un sentido opuesto al que tan ligeramente viene atribuyéndosele; advirtiendo desde luego y repitiendo una y muchas veces, que a pesar de lo que dejaba dicho *para consolar* a los cobardes, si no llegan *todos* a contemplativos, en realidad es sólo por culpa propia. Y a cada paso hace ver que, sin llegar a ese estado, siempre seremos *muy imperfectos,* mientras que con la gracia de la contemplación podremos hacer y ganar más en un día que sin ella en muchos años. Esta es doctrina en que insiste constantemente sin cansarse de inculcarla, a pesar de algunas atenuaciones que a veces puede hacer de paso para no alarmar a los débiles ni provocar protestas y acusaciones en los asustadizos. Y con esa insistencia muestra bien que no era su ánimo comparar los simples *ascetas,* por muy adelantados, relativamente, que los supusiese, con los *grandes contemplativos* o *místicos* que procuraron hacerse dignos de recibir esa gracia y luego usaron bien de ella, sino sólo con algunos que, por un favor del todo especial, la reciben siendo aun *principiantes.* Otras veces, al hacer esa comparación, no se refiere a las verdaderas gracias místicas, sino sólo a ciertos favores tales como, por ejemplo, las visiones imaginarias de que bien pueden carecer algunos Santos (Cf. *Moradas,* VI, c. 9).

Lo que pasa aquí no puede menos de pasar también con otros muchísimos Maestros de espíritu: mirados por alto y a la ligera, se les podrán tomar varios textos más o menos acomodados para lo que uno desee; y echando en olvido lo demás que no agrade, cada cual podrá utilizar tan sólo alguna que otra proposición más de su gusto, por muy aislada que esté; y a fuerza de decirla y repetirla, vendrá a lograr que otros muchos lo hagan también por rutina, sin tomarse la molestia de enterarse de lo que dicen y repiten. A lo sumo, algunos confrontarán el lugar citado, y viendo que está *casi* del todo fiel, con esto se dan por satisfechos, creyendo que, después de una expresión tan de su agrado y que, según el prisma con que la miran, les parece tan clara, no es posible que luego acierten a decir otra cosa. Y no es así; pues cuando los autores se fijan principalmente en lo mucho que, entre los fenómenos propios de la vida mística, suele a veces haber de accesorio,—relativo a gracias *gratis datas,* comunes a justos y pecadores, o a gracias sobreeminentes y especialísimas, muy *colmadas (Luc.* 6, 38) sobre cuanto el hombre haya podido merecer con todas sus disposiciones—, y viendo cómo esas cosas las da Dios a unos justos con preferencia a otros igualmente dignos, y cómo en unos las adelanta y en otros las retrasa, fácilmente se inclinarán a mirarlas o presentarlas *casi todas* como *gratuitas,* es decir, como fundadas tan sólo en el puro beneplácito de Dios con entera independencia de merecimien-

tos. Mas luego, al advertir y tratar de mostrarnos que el fondo de la vida mística es indispensable para nuestra misma santificación, como verdadero coronamiento de la vida de la gracia, ya hablan muy de otro modo; y así con gran encarecimiento nos exhortarán a disponernos dignamente para recibir esos altos favores y con toda claridad nos aseguran que Dios los promete y los da a cuantos con sus buenas obras y disposiciones los *merecen,* o se hacen *dignos* de ellos.

Aquí, si queremos de veras acertar, todo tiene que ser cuestión de textos, bien escogidos, completos, auténticos, variados y acumulados; los cuales, aunque fatigosos, no ofuscan, sino al contrario, mutuamente se explican y corroboran, nos declaran el genuino pensamiento de cada autor y a la vez contribuyen muy eficazmente no sólo a esclarecer y demostrar los puntos hoy controvertidos, sino también a encender en los corazones el amor de esta mística sabiduría.

Así, pues, en el presente libro hemos reintegrado no pocos textos o pasajes que por necesidad hubo que abreviar o suprimir en la mencionada Revista, intercalando otros nuevos y aun añadiendo varios artículos enteros sobre diversas materias importantes, más o menos relacionadas con las siete principales cuestiones que tratamos de ventilar; y también hemos añadido largas series de testimonios muy dignos de tenerse en cuenta y que, sin necesidad de explicaciones o comentarios, por sí solos se ilustran y apoyan mutuamente, y juntos vienen a corroborar nuestras tesis, de modo que, según creemos, pueden muy bien llevar la más plena convicción a los ánimos imparciales, al mismo tiempo que llevan la unción y el consuelo a los devotos corazones. Por lo cual esperamos que este humilde libro venga a servir de complemento a la *Evolución mística,* no reduciéndose a una fría polémica, sino ordenándose a mover suavemente las voluntades a la vez que a ilustrar la inteligencia: pudiendo así su lectura ser útil a toda suerte de almas, sean doctas o indoctas, que de veras amen la luz y la verdad y deseen ser por ellas conducidas al monte santo de Dios (*Ps.* 42, 3) (1).

(1) Así, por la misericordia divina, nos lo vienen dando a entender varias personas competentes que, con elogios tan excesivos que abruman y avergüenzan, nos escriben animándonos a proseguir con este trabajo. Como muestra citaremos dos bien autorizados testimonios: Uno es del doctísimo abate Saudreau, insigne maestro espiritual y director de la Casa Matriz del Buen Pastor de Angers, que con fecha 23 de Mayo, 1915, decía: «...Tengo la gran dicha de poseer todos sus artículos, que forman un muy sólido y verdaderamente excelente tratado de mística. Por ellos doy a usted muchas gracias y más aún al Divino Maestro que le ha movido y ayudado a escribir. Ha hecho usted un gran servicio exponiendo de una manera tan clara, tan docta y tan acertada la verdadera doctrina mística. ...Como estoy persuadido de la gran utilidad de estas *Cuestiones místicas,* me regocijo mucho de verlas tan bien explicadas: la verdadera doctrina ha encontrado en usted un excelente defensor».

Sólo el interés de esa doctrina nos puede hacer consignar un testimonio tal, que así confunde nuestra pequeñez. El segundo será de una respetabilísima Religiosa extranjera, muy competente y experimentada, que habiendo leído los artículos, nos escribió (8 Stbre. 1915): «...Sus excelentes páginas... he leído despacio... con gran interés para mi instrucción y provecho espiri-

Muchos de esos textos que aquí por extenso citamos, apenas si son hoy conocidos del público devoto; y bien merecían serlo de todos para común instrucción y edificación, pudiendo muy bien figurar al lado de la hermosa colección que, con muy buen acuerdo y merecido aplauso, acaba de publicar el piadoso abate Saudreau, titulada *Les Divines Paroles, ou ce que le Seigneur a dit a ses intimes.*

De gran parte de esos hermosísimos textos se nos dirá por ventura (y se nos ha indicado ya en varios tonos, y no siempre correctos) que aunque edifiquen mucho, en cambio «nada prueban, pues no son de teólogos, que es a quienes toca discutir y enseñar, sino de simples *beatas,* que, como todas las demás mujeres, por algo deben callar en la Iglesia, y como sin instrucción en su gran mayoría, aunque por ventura tengan mucha experiencia, no saben expresarse y así todo lo confunden y embrollan».

Pero la verdad es que, conforme dice el V. Granada, «nadie es mejor testigo de las cosas de Dios que quien las sabe por experiencia. Si, pues, quieres saber cuán bueno es, etc., pregúntaselo a los que lo han probado». Y por algo Nuestro Señor glorificaba al Padre de haberse dignado comunicar sus secretos a los pequeñuelos y sencillos, ocultándolos a quienes presumen de sabios y discretos (*Mt.* XI, 25). Los altos misterios de Dios, dice Santo Tomás (2-2, q. 171, pról.), están reservados para las almas perfectas en general—sin distinguir entre instruídas o no instruídas, ni entre hombres y mujeres—, pues no los llegan a conocer sino mediante el don de sabiduría, que es propio de todas ellas: *Altiora mysteria, quæ sunt perfectorum... pertinent ad sapientiam.* Tampoco distingue el Apóstol entre hombres y mujeres, sino sólo entre cristianos *carnales* y *espirituales*—o sea renovados ya en el espíritu—cuando habla de quiénes son capaces de penetrar los divinos misterios y entender el lenguaje de la celestial sabiduría (1). Y por más que las mujeres se hallen excluídas del público ministerio de la predicación, no por eso lo están de edificar íntimamente a la Iglesia como, según encarga el mismo Apóstol (I *Cor.* 14, 1-4), deberían procurar hacerlo todos los fieles, con sus luces infusas de sabiduría, ciencia o verdadera profecía, las cuales, conforme expresamente advierte luego el Angélico Doctor (2-2, q. 177, a. 2, ad 2), de suyo se comunican indiferentemente a hombres y mujeres: *Gra-*

tual. Esta lectura me ha hecho bien y me ha dado una íntima satisfacción, como respondiendo a un sentimiento interior que en mí había. Es decir, que mi alma se adhería como naturalmente y con satisfacción a lo que iba leyendo... En particular he saboreado los artículos 5.° y 6.° (1.° y 2.° de *Cuest.* 2.ª), que para mí son de gran utilidad práctica».

¡Dios sea bendito si, con su gracia, en algo hemos logrado acertar!

Publicada la 1.ª edición aparte, son innumerables los testimonios análogos y las adhesiones entusiastas a lo que miramos como una simple restauración de la doctrina tradicional.

(1) I *Cor.*, 2, 6, 10-15; 3, 1; *Rom.* 8, 5.—«Carnalitas vetustas est, gratia novitas est. Quantocumque homo in melius fuerit innovatus, tanto amplius capit, quod verum sapit». S. August. *Serm. 267, in Pentec.*, I

tia prophetiae attenditur secundum mentem illuminatam a Deo: *ex qua parte non est in hominibus sexuum differentia.*

Y precisamente, como las mujeres piadosas suelen ser más sencillas y humildes que los hombres muy instruídos, vienen por esta razón a resultar (conforme advirtió ya Santa Teresa de acuerdo con San Pedró Alcántara, y lo hace resaltar el P. Weiss) las más privilegiadas y favorecidas. Y aunque, para la mayor precisión y exactitud y para evitar ciertos posibles extravíos, convenga mucho consultar siempre a los buenos teólogos que han estudiado a fondo las cosas de fe y saben cuál es la doctrina enseñada por la Iglesia; y aunque, por lo mismo, sean en general muy preferibles los que juntan la ciencia adquirida con la infusa; esto no quita que, quien haya logrado sentir las cosas de Dios más hondamente pueda dar, aunque sea tan sólo en términos muy vulgares, más claro y vivo testimonio de ellas, sobre todo cuando al efecto haya recibido alguna luz especial,—tal como la del *sermo sapientiae*—, directamente ordenada a comunicar fielmente lo que han experimentado. Para esto no es menester mucha instrucción, ya que según canta el incomparable poeta místico, San Juan de la Cruz:

«Consiste esta suma ciencia—en un *subido sentir*—de la divinal Esencia,—*toda ciencia trascendiendo*».

Así es como tantas humildes mujeres—desde Santa Ildegarda y Santa Catalina de Sena, hasta... la V. Taigi y Gemma Galgani—pudieron servir poco menos que de oráculo a eminentes teólogos; y así es como nuestro inmortal Báñez, con todo su preclaro ingenio y profundo saber, no se desdeñaba de citar en público, cual si se tratara de una autoridad irrecusable, a una pobre monja carmelita, su contemporánea, la V. Ana de Jesús. Pues en cierta ocasión, después de defender una tesis teológica con gran copia de razones, terminó diciendo: «Y cuando por mi parte no tuviera más que saber que lo siente así Ana de Jesús, fuera para mí *prueba concluyente*». De la misma sierva de Dios (cf. *Vida*, 1.ª p., l. 6, c. 1) solía decir otro profesor ilustre de esta Universidad, que «el mejor medio que tenía para no errar en cátedra era seguir las advertencias de la V. Madre; y de aquí que le comunicase el asunto de sus lecciones».

Y si esto puede suceder en cuestiones escolásticas, ¿cuánto más en las místicas? Aquí no ya simples teólogos particulares, sino la misma Iglesia desea y pide, en una oración oficial, ser alimentada con la celestial doctrina de una mujer que se llama... Teresa de Jesús. De esta Doctora mística no repara en decirnos Pío X que es comparable con los grandes Doctores y Padres de la Iglesia, y que hasta cierto punto los supera en orden y claridad (1); de tal suerte, añade, que el sepa-

(1) «Quoad mysticam theologiam attinet, supremas illas quasi regiones spiritus tanta cum libertate peragrat disputando, ut ibi, tanquam in suo regno, habitare videatur. Nullum est enim hujus disciplinae arcanum, quod non acute rimetur... Exponit autem tam commode tamque perspique, ut nobilissimi ejus aetatis doctores admirarentur, quae de mystica theologia Patres Ec-

rarse de ella resulta ya sospechoso o peligroso. Y lo mismo, proporcionalmente, podría muy bien decirse de otras Santas privilegiadas (1).

¡Quiera Dios que el ejemplo de estas mujeres tan varoniles despierte y anime a tantísimos varones de ánimo mujeril, cobardes y perezosos como niños en procurar la gran victoria que vence al mundo! (2).

Por de pronto avergoncémonos de ver cuán grande es nuestra flaqueza, y reconociéndola procuremos remediarla. Y si aun no somos capaces de sentir directamente el buen olor de Cristo de modo que corramos en pos de El, como prendados y cautivos del único objeto de todo nuestro amor, procuremos gustar siquiera el de las celestiales y fragantísimas palabras de vida que exhala el corazón amante de sus más fieles esposas, que ya son *del todo para El, y El a su vez para ellas*. Y sintiendo ese olor tan divino y tan confortante y delicioso, exclamemos con San Bernardo *(Serm. 67 in Cánt.)*: «Bonum vas Sponsa Domini mei, et bonus mihi odor ex illa. Gratias ago tibi, Domine Jesu, qui me dignatus es admittere saltem ad odorandum. Ita, Domine, nam et catelli edunt de micis quae cadunt de mensa dominorum suorum. Mihi, fateor, bene redolet ructus dilectae tuae, et de plenitudine ejus quamvis modicum quid gratanter accipio. Memoriam abundantiae suavitatis tuae eructat mihi, et nescio quid ineffabile tuae dignationis et amoris odoratus sum in voce ista: *Dilectus meus mihi, et ego illi*... Ipsa ergo repleatur in bonis domus tuae...: sed quaeso, perveniat ad me pauperem vel tenuis odor eructante illa cum saciata fuerit».

¡Dios haga que, perfumadas con ese aroma del cielo estas humildes hojas, puedan servir, como las del *árbol de la vida*—que lo es el alma espiritual—para salud de muchos: *Et folia ejus in sanitatem gentium!... (Apoc. 22, 2)*.—Amén.

NOTA A LA 2.ª EDICIÓN.—Esta reimpresión sale con algunas ligeras correcciones y con notables adiciones, especialmente en los puntos más controvertidos, como son los tocantes al *mérito de condigno* en la Cuestión 2.ª, y toda la 4.ª, acerca de la absoluta necesidad de la Mística para la perfección y santidad verdaderas; lo que hemos corroborado con muchos nuevos e irrecusables testimonios.—En cambio hemos suprimido, como aquí innecesarios, los *Apéndices* de la 7.ª, reservándolos con ampliaciones para los *Grados de oración*, cuya 2.ª edición ha salido con otras muchas mejoras y formando como otro libro ya distinto.

Salamanca, día del Patrocinio de la Virgen, 9 de Noviembre, 1919.

Fr. J. G. A.

clesiae passim et *obscure* tradidissent, ea concinne in unum corpus ab hac virgine esse redacta... Docet enim: *gradus orationis* quot numerantur, veluti totidem *superiores in christiana perfectione ascensus* esse».—Pío X, *Epistola ad Generalem Carm. Excalc.*, 7 Marzo, 1914.

(1) Cfr. *Evolución mística*, p. 525-6; S. Francisco de Sales, *Amor de Dios*, Pref.; *Eccli.* 1, 16.

(2) *Aversio parvulorum interficiet eos... Pigrum dejicit timor: animae autem effeminatorum esurient. (Prov.*, 1, 32; 18, 8).

PREÁMBULOS

I.—Actualidad e importancia de estas cuestiones

De algunos años acá viénese felizmente realizando, con gran consuelo de las almas espirituales, un vigoroso renacimiento de los estudios místicos. Estos, muy lejos de ser ya mirados con el funesto desdén con que en los tres últimos siglos lo fueron, en todas partes—aun entre los medios más hostiles—suscitan un interés vivo y creciente, recobrando poco a poco el puesto de honor y la excepcional importancia que en otros días, de gloria para la Iglesia, tuvieron y que nunca debían haber perdido ni de hecho perdieron sin gran detrimento de la piedad y aun de la misma fe.

Pues por no conocer bien ni saber apreciar como es debido los místicos dones de Dios, no procuraron darlos a conocer convenientemente muchísimos de los que a ello estaban más obligados; y de la inadvertencia y negligencia de unos, ha ido siguiéndose la creciente indiferencia y frialdad en otros; y de ahí, por fin, el indiferentismo glacial y el embrutecedor naturalismo reinantes, que son la plaga más funesta de la moderna sociedad, y que de un modo tan alarmante vienen traduciéndose y reflejándose en los horrores y desolaciones del modernismo, del socialismo naturalista y del anarquismo.

Los desesperados gritos satánicos: ¡Abajo la Autoridad!... ¡Ni Dios ni Rey!... son triste consecuencia de ese olvido tan general en que han caído las íntimas comunicaciones que con los hombres tiene el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo, nuestro dulce Salvador, Dios y Hombre, Rey de reyes y Señor de los señores; aquel soberano Espíritu de Amor y de Verdad, de Sabiduría y de Inteligencia, que todo lo toca y lo dispone suavemente, que se traslada por las naciones a las almas santas y constituye amigos de Dios y profetas; que tiene sus delicias en morar con los hijos de los hombres, y de hecho mora en todos los verdaderos fieles como dulce Huésped divino, Maestro interior de toda verdad, verdadero Consolador óptimo, Santificador único y omnipotente "Señor y Vivificador„ de las almas.

De no conocer a este gran *Don de Dios* y no saber las portentosas maravillas de amor que está siempre obrando en la Santa Iglesia Católica, viene el que tantísimos desgraciados no piensen ya en acudir a ella a pedirle la misteriosa *agua viva,* que apaga toda sed y salta a la vida eterna, y de que tan necesitados se hallan.

"Quien no cierra los ojos a la luz comprende, como observa muy bien el P. Weiss (1), que todo el poder de la Iglesia, su corazón, su sangre, su calor vital y todas las manifestaciones de su vida, no son otra cosa que el Espíritu Santo obrando en ella. El es quien vive y obra en los Sacramentos, en cuanto son canales de vida, instrumentos de la gracia y medios de salvación y santificación... Si nos acordáramos más del Espíritu Santo nos veríamos bien pronto recompensados con tales progresos espirituales, que ni siquiera de ellos tenemos idea„. Por el contrario, añade, "no podrá la vida espiritual reflorecer sin que el Espíritu Santo sea mejor conocido y más amado„.

Hoy, por suerte, empezamos ya a notar ese venturoso reflorecimiento a medida que se va conociendo y dando a conocer mejor la maravillosa obra del divino Renovador y Vivificador *(Ps.* 103, 30; *Sap.* 7, 27); y así distamos ya mucho de aquellos desgraciados días en que se tenía a menos estudiar, tratar, explicar y aun predicar—como si fueran cosas propias de "beatas„ o de gentes de poco—las grandes maravillas de la vida mística, que son realmente la hermosura y el encanto de la vida cristiana (2), y aun constituyen en ella el *unum necessarium,* cual es el conocer y apreciar el don de Dios, aprendiendo a buscar el tesoro escondido y la margarita preciosa, o sea el reino celestial que está dentro de nosotros (3).

(1) *Apología del Cristianismo,* IX, Cfa. 3, apénd. 1-2.
(2) *Decor enim vitae est in illa. Eccli.,* 6, 31.
(3) «*Unum est necessarium.* Scilicet, Deo jugiter inhaerere». *Glossa Bedae.* «Hallar a Dios y recoger en El vuestras potencias—advertía a sus discípulos la Beata Angela de Foligno *(Visiones e instruc.,* cap. LVII)—; he ahí lo *único necesario*».

«El bien único y necesario, por el cual hay que sacrificar todos los otros y ante el cual los demás, por útiles que sean, parecerán viles, es—dice Casiano *(Conf.*ª 23)—la *contemplación divina*». «Esta es—añade *(Conf.*ª 9)—un bien tan precioso, que sin reparar en trabajos debemos tratar de procurárnosla». Cf. S. Thom.,, 2-2, q. 180, a. 3.

«Eo tendunt omnia, quae de mystica theologia scribuntur—dice el cardenal Bona *(Via compendii ad Deum,* cap. V)—ut animam perducant ad intimam cum Deo unionem, in qua medulla hujus sapientiae, et summum ejus arcanum consistit... In ista unione summa felicitas hujus vitae consistit, et quaedam futurae gloriae praegustatio».

«Dichosa el alma—exclama San Bernardo *(Serm. de S. Spirit.)*—que en el silencio posible percibe las venas del susurro divino, repitiendo frecuentemente aquello de Samuel: *Hablad, Señor, que vuestro siervo oye*».

Así irá siendo cada vez más raro el triste espectáculo de ver—conforme lamentaba aun no ha mucho nuestro Rmo. P. General Cormier (1)—hasta a ciertos "ministros del Señor, tan tocados del racionalismo, que, al oir recordar las verdaderas máximas de la vida espiritual y la constante acción invisible del Divino Espíritu en la Historia de la Iglesia, exclaman: *¡Eso es misticismo!* ¡Como si la Mística fuera algo nebuloso y fantástico!... ¡Y como si, teniendo el Cristianismo por base los más profundos misterios, pudiera aquélla menos de ser en él la *atmósfera, el sol y el pan de cada día!*"

El gran Pontífice León XIII—que en cierta ocasión exclamaba: *No hay cosa más bella que la Teología mística*—, logró promover singularmente y poner a la orden del día estos hermosos estudios en su memorable Encíclica *Divinum illud Munus,* en que con tanto celo nos exhorta a todos a procurar y propagar el saludable conocimiento de las maravillas que en nosotros obra el Espíritu Santo.

De ahí que las almas fervorosas, depuesto ya en gran parte el vano temor que insensatos o temerarios maestros y falsos guías les infundieron, oigan y lean con ansia esa celestial doctrina y beban con gozo en los grandes Místicos las límpidas aguas de la *ciencia de los Santos* y de la *sabiduría saludable.* De ahí que los verdaderos *Teólogos* (2) procuren estudiar a fondo y se precien de mirar con sumo interés estas cuestiones, siempre palpitantes, que son como el corazón y el alma de la *Sagrada Teología,* la cual consiste en conocer a Dios verdaderamente *(I Joan.,* 2, 4, 20; 4, 7-8), *vacando y viendo quién es El,* y qué maravillas de amor se ha dignado obrar en los hombres (3). Y de ahí, sobre todo, que los

«Esta es aquella bienaventurada unión de nuestro espíritu con Dios, la cual procuraron y estimaron tanto los Santos, que la tenían por último fin de todos sus ejercicios». GRANADA, *De la Devoción,* cap. II, § 4. Cf. GROU, *Maximes spirituelles,* I.

Cuando una cosa tan necesaria falta, todo peligra. Así exclamaba la admirable sierva de Dios, gloria de las Salesas del primer Monasterio de Madrid, Sor Bernarda Ezpelosín (1850-1883; cf. *Vida,* 1906, pág. 347): «No se hace oración... no se busca a Dios por sencillez y humildad: por eso se alejan de El las almas y se enfrían mucho en la caridad».

(1) En Noviembre de 1908. Cf. nuestro libro IV de *Desenvolvimiento y Vitalidad de la Iglesia: Mecanismo divino,* pág. 64.

(2) «Theologus—decía, en conformidad con otros Padres, San Diadoco *(De perfectione spirituali,* cap. LXXII), est rerum divinarum contemplator». «Serás verdadero teólogo, advertía S. Nilo *(De oratione,* n. 57), si oras bien: *Si theólogus es, vere orabis; et si vere oraveris, eris theólogus*».

(3) Ps. 45, 11. «Multa sunt quae adhuc ignoras, cum nondum transieris a Theologia intellectus ad Theologiam affectus; a scientia ad sapientiam: quae Theologia merito dicitur *Mystica,* id est *occulta,* quod paucissimis nota sit... Versatur in experimentalibus de Deo notitiis... Multi fuere perfecti in theo-

buenos confesores y directores de almas consideren ya la Mística como indispensable para desempeñar digna y debidamente su delicada misión y no ser "ciegos conductores de ciegos„ *(Mt.*, 15, 14), ni figurar entre los "muchos pastores que destruyen la viña escogida del Señor y la convierten en desierto„ *(Jerem.*, 12, 10; cf. 23, 1-2). Por lo cual, con gran razón, va siendo esta admirable "ciencia de los caminos de Dios„ introducida en los principales Seminarios y Colegios eclesiásticos como una de las asignaturas más importantes y necesarias a todos los sacerdotes de Cristo. Pues conforme observa muy bien el docto y devoto abate Saudreau (1), "sólo estos estudios pueden darnos a conocer la verdadera psicología de las almas perfectas, y sólo ellos nos hacen comprender la vida íntima de los Santos. Son el coronamiento necesario de toda la espiritualidad, y así se imponen a cuantos hayan de dirigir almas fervorosas y generosas„.

De este modo, como el mismo autor añade en otro lugar (2), "el siglo XX parece prometer un feliz renacimiento de la ciencia mística, que desde hace algunos siglos venía siendo considerada como un dominio reservado, peligroso, difícil y poco útil de explotar. Mas ahora, por el contrario, las cuestiones místicas son con ardor estudiadas y vivamente discutidos sus principios fundamentales„.

Los mismos apologistas le consagran también sus estudios, pues por experiencia ven cuán vivamente conmueven los ánimos, y sobre todo los ánimos modernos —disponiéndolos a mirar con amor la verdad cristiana y despreciar las vanas argucias de la impiedad—las maravillas de la vida mística, hechos vivientes y palpitantes que no admiten réplica y son perenne testimonio de Jesucristo y del Espíritu de la Verdad que mora en la Santa Iglesia (3); los grandes ejemplos de los siervos de Dios, que, al ser debidamente presentados y como resu-

logia mystica—escribit S. Bernardus *ad Fratres de Monte Dei*—, absque speculativa, nunquam tamen theologus aliquis speculativus tantum culmen perfectionis est adeptus, immo nec perfectus extitit in ipsa acquisita theologia, sine mystica: hoc autem ideo fit, quod nunquam alicui licebit Apostoli, aut Prophetae verba intelligere, nisi scribentium plene imbiberit affectum. Quomodo enim poterit aliquis perfecte concipere, quid sit libertas filiorum Dei, aut dulcedo divini amoris, si eam nunquam experire licuit?» V. BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES, *Compend. Myst. doctrinae*, caps. XXVI y XII, § 1. Cf. Card. BONA, *Via compendii ad Deum*, cap. III.—«La Mística—dice Gersón *(Theol. myst. spec.*, consider. 30)—nos da el más alto y perfecto conocimiento de Dios que en esta vida puede lograrse».

(1) *Les Faits extraord. de la Vie spirituelle*, 1908, pág. 9.

(2) *La Vie d' union avec Dieu et les moyens d' y arriver d' après les Grandes Maîtres*, 1909, pág. 597-8.

(3) *Joan.*, 15, 26, 27; 17, 21; *Apoc.*, 19, 10.

citados, a manera de "carbones devastadores", producen siempre la impresión vivísima que en San Agustín produjeron, y con su luz de vida disipan las tinieblas del mundo y hacen que los hombres glorifiquen al Padre celestial *(Mt.*, 5, 16).

Por eso hasta los más furibundos racionalistas, como "prudentes hijos de este siglo", convencidos de la excelencia de esa arma de combate, no sólo no se desdeñan ya de manejarla, sino que a veces nos confunden por el ardor con que estudian a Santa Teresa y a otros grandes místicos, siquiera para hacerse cargo de los interesantes fenómenos psicológicos que allí encuentran tan fiel y primorosamente descritos, cuando no con el perverso intento de rebajarlos a todo trance a la condicion natural, ordinaria, o lo que aun es peor, a casos patológicos,—cosecha de pobres neurasténicos o "melancólicos", conforme diría aquella Santa,—que pueden hallarse, por tanto, en las falsas religiones. Pero otros más sinceros, no queriendo luchar con la evidencia, van reconociendo ya a su modo, no solamente la realidad de esas divinas maravillas, sino también su irreductibilidad a las leyes naturales, al decir, por de pronto, como lo dice, a pesar suyo, Gustavo Le Bon, que "el orden místico se impone como cosa innegable", y que "figura en un plano distinto del de nuestra razón".

Esto obliga de nuevo a los escritores católicos a estudiar más a fondo esos fenómenos tan admirables, que así logran imponerse y que siempre suelen figurar, más o menos, en toda la agiografía, para mostrar la mayor o menor importancia que en la misma vida mística tienen y la verdadera "trascendencia" que ofrecen sobre todos los hechos naturales o preternaturales que exteriormente puedan parecérseles.

De ahí tantas y tan fecundas discusiones y polémicas como aparecen, ya en libros notables, ya en revistas acreditadísimas, acerca de los constitutivos de la *vida mística,* de los fenómenos más principales que la caracterizan, de los secundarios que de algún modo la acompañan y de la contraposición de todos ellos a los observados, por una parte, en las puras ciencias naturales o en las falsas religiones, y por otra, en la *vida* simplemente *ascética,* o como suelen decir, "ordinaria".

A la mayor o menor contraposición que establezcan entre estas dos grandes formas de la vida cristiana, corresponde la menor o mayor frecuencia que en las manifestaciones de la mística propiamente dicha tendrán que

admitir; y de todo ello resulta el rechazar o reconocer y sostener la necesidad de aspirar a ella y aun la misma licitud y conveniencia de tal aspiración.

Es esta una cuestión práctica de capital importancia en la vida del verdadero cristiano, para no pagarnos de frivolerías, rutinas y superficialidades, sino entrar en nosotros mismos y aprender a llenar cumplidamente el fin de nuestra vocación; pues todo esto depende de saber si podemos contentarnos con eso que llaman *una vida ordinaria,* que suele ser casi siempre exterior y más o menos disipada e inmortificada, o debemos todos, por el contrario, procurar vivir recogidos, abnegados, mortificados y llevando una vida lo más interior posible, aspirando siempre con todas veras—aun a trueque de ser tachados de "raros„ o "singulares„—a la íntima unión y comunicación con la Eterna Sabiduría, que declara tener con nosotros sus delicias.

Ordinariamente, por desgracia, vemos que la generalidad de las mismas personas que se dicen piadosas parece que tienen miedo a penetrar en su interior, y así se contentan con una mirada superficial que baste a darles un exterior correcto o una virtud de apariencia. "Mas la purificación profunda del alma, la transformación progresiva de la vida humana en vida divina, el despojo del hombre viejo y revestimiento del nuevo, todo este trabajo profundo es casi completamente ignorado„, según advierte Tissot (1). Y, sin embargo, esto es lo que nos hace ser verdaderos y fieles *cristianos,* verdaderos discípulos e imitadores de Cristo, que nos manda entrar en su Reino por la angosta puerta de la abnegación.

II.—Dos extremos peligrosísimos

Lo primero, pues—o sea el contentarnos, en el orden sobrenatural, con poco, sólo con lo más *común y ordinario—,* nos expone a llevar una vida del todo rutinaria y rastrera, llena de tropiezos y aun de caídas, donde no solamente malogremos los *copiosos* frutos de la Redención—no alcanzando la perfección, intimidad con Dios y santidad a que somos llamados—, sino que arriesguemos nuestra misma salvación eterna.

Y la arriesgaremos, sin duda alguna, si fácilmente nos contentamos, conforme dicen algunos, "con la simple luz ordinaria de la fe y la guarda (más o menos defectuo-

(1) *La Vie intérieure simplifiée:* Avant-propos.

sa) de los Mandamientos, y con marchar así tranquilamente—sin cuidarnos de lo demás, que no está para nuestros ánimos, sin meternos en honduras, huyendo de singularidades y contentándonos con modestas aspiraciones por un camino *seguro,* llano y ancho y bien trillado„.

Porque ese fatal y fascinador camino, tan *llano* y *ancho* como llana y "ancha es Castilla„, si está muy *trillado,* no es de los Santos, sino de los muchos perezosos, muelles y comodones que van siempre huyendo, no de *singularidades* reprensibles, sino de la Cruz de Cristo, único *camino seguro,* aunque muy poco trillado.

No comprendemos cómo puede haber maestros de espíritu tan sin él, y predicadores evangélicos tan temerarios e insensatos, que se atrevan a proponer e inculcar tales máximas, como si fueran del mismo Jesucristo, insistiendo porfiadamente—conforme insistía no ha mucho uno en las pláticas de Ejercicios dados a una respetabilísima Comunidad—en que es preciso ir así, "siempre modesta, metódica y llanamente, no por veredas escabrosas, peligrosas o sospechosas, como lo son todas las elevadas, *extraordinarias* o *sobrenaturales,* sino por el camino liso y llano, por la *carretera,* por la *vía ordinaria* y *natural;* que ésta es la segura y por ella se debe procurar ir a todo trance: *¡Ite per viam vaccarum!*„

¡Consejo admirable para vivir una vida verdaderamente cristiana, santa, inmaculada, una vida sobrenatural y divina, y llegar a la altísima y gloriosísima cumbre de la perfección que es propia de los hijos de Dios!... Y, sin embargo, ¡así exclamaba ese bendito varón, o ese pobre Gerundio, (1) y en latín y todo, como si adujera una gran sentencia escrituraria!...

No advierten los que tan bajamente sienten, piensan y hablan, que esa aparente llaneza, humildad y modestia que pregonan, es dejadez y pereza; y esa exterior normalidad y vida metódica de que tanto blasonan, es sólo rutina y resistencia a la gracia; y que, por fin esa luz ordinaria con que se contentan, si no va más o menos ilustrada con la de los dones del Espíritu Santo, o con la *luz de vida,* propia de los fieles y valerosos seguidores de Cristo *(Joan.* 8, 12), puede estar tan entenebrecida por el amor propio o por miras terrenas, que apenas acierten a distinguirla (2), o tan amortiguada y aun tan muerta por el pecado, que de ningún modo baste para

(1) Y lo peor es que, lejos de haber sido amonestado, aún sigue siendo imitado por otros varios del mismo Instituto.

(2) Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebrae sint.—(Luc., 11, 35).

descubrir los lazos y asechanzas de nuestros enemigos (1); que ese fácil contentarse con los preceptos es un proceder servil y nada filial, es menospreciar los paternales consejos, sin los cuales—según el estado de cada uno—nos será imposible tender a la perfección, a que estamos obligados, con la fiel práctica de todas las virtudes, ni aun guardar, por tanto, bien los mismos preceptos (2); exponiéndonos así, por de pronto, a un terrible y prolongado purgatorio (que no deja de ser una manera de *condenación,* aunque temporal); y, en fin, que esa *carretera,* ese camino *fácil, llano, ancho* y *trillado,* que dicen, por lo mismo que no va cuesta arriba, ni guarnecido de cruces, no es camino de Dios, ni de los verdaderos siervos de Dios (3); no vale para *subir* a la escarpada y solitaria cumbre de la perfección cristiana, ni aun puede apenas llevar al Cielo—el cual está muy alto, muy alto y exige hacerse grandes esfuerzos y violencias por *trepar* y aun *volar*—; sino que lleva de suyo a la perdición, conforme el mismo Salvador nos lo advierte.

Y no se contenta con sólo advertírnoslo, sino que nos recomienda encarecidamente y con gran insistencia que procuremos ir, no por ahí, sino siempre por la estrecha senda de la virtud, de la santidad y justicia, donde sólo puede entrarse por la angosta puerta del recogimiento, de la abnegación, de la fiel guarda de los sentidos y el completo despojo de nosotros mismos (4); por esa senda escabrosa que, con ser, desgraciadamente, tan poco frecuentada, es, sin embargo, la única segura y verdadera

(1) Cf. *Jacob.,* 2, 26; I *Joan.,* 2, 4, 20; D. Thom., 1-2, q. 68, a. 2; III *Sent.,* D. 35, q. 2, a. 3, sol. 2.

(2) Cf. S. Thom., 2-2, q. 124, a. 3, ad 1; Sta. Cat. de Sena, *Dial.* cap. XLVII; San Francisco de Sales, *Tr. del Amor de Dios,* lib. VIII, cap. VIII.

(3) «Propter verba labiorum tuorum—decía al Señor uno de ellos en nombre de todos (*Ps.* 16, 4)—ego custodivi *vias duras*». Y no contento con esto, añadía: «*Perfice gressus meos* in semitis tuis...»

«Los caminos *suaves;* exclamaba poco ha (1901) otra alma generosa, María del Agnus Dei (*Une Relig. Réparatrice,* 1912, pág. 322), apenas se concibe que sean propios de los amigos de Jesús: ¡cómo no comprenderlo así al abrazar el crucifijo!»

«Ducuntur discipuli Jesus—advierte Ricardo de San Víctor (*De praeparat. animae ad contempl.,* cap. LXXVII)—*sursum* et *seorsum,* ut possint apprehendere montem istum excelsum. Via *ardua,* via *secreta,* et *multis incognita,* quae ducit ad montis hujus fastigia. Ipsi soli, ut arbitror, sine errore currunt, illi soli sine impedimento perveniunt, qui Christum sequuntur, qui a Veritate ducuntur».

(4) «El recogimiento—dice el P. Osuna (*Tercer Abecedario espiritual,* tr. 9, cap. II)—es puerta angosta por la cual sólo Dios cabe y nuestra ánima, que se trabaja de entrar con El sola... El principio de todos los males es la distracción y derramamiento del corazón; e todos los que van a la perdición entran por esta puerta muy ancha y por este camino muy espacioso... Por esta puerta de la distracción entran muchos, empero por la puerta estrecha del recogimiento muy pocos entran».

que va del todo derecha al Cielo, la única por donde todos los Santos caminan, y la que, a pesar de todas las dificultades y estrecheces—entre muchos trabajos y aprietos, privaciones y tribulaciones (*Act.*, 14, 21)—, puede llevarnos a todos, sin peligro alguno, hasta la altísima cumbre de la perfección, donde poco a poco todo se ensancha y se facilita, y donde se nos promete el divino descanso para nuestras almas (1).

Mucho olvidan esto los que con tanto celo,—pero no «secundum scientiam»—trabajan por guiar las almas conforme a ellos más les gusta, sin cuidarse de ver por dónde las llama su Divino Pastor y Dueño. Y así, en vez de conducirlas por las hermosas y pacíficas sendas de la divina sabiduría y celestial prudencia (2), las llevan sólo por donde, según sus pobres miras humanas, engañosas, bajas y rastreras, mejor les parece o se les antoja; en vez de mostrarles las excelsas cumbres a donde tanto les importa subir y animarlas—según hacen los santos maestros—a disponerse bien para vencer todas las asperezas y dificultades (3), y seguir siempre avanzando, sin jamás parar, las exponen a estacionarse y retroceder (4); en vez de exhortar a cuantas tienen a su cargo a ser fieles en atender a la voz de Cristo y seguirle dócilmente, como verdaderas ovejas suyas, a donde quiera que El las llame para darles vida eterna (5), les enseñan a resistirle y hacérsele sordas; en vez de estimularlas para que dejen pronto lo que es propio de niños o principiantes, y entren por las vías de la prudencia (6), que son las de los *aprovechados,* hacen que se descuiden como las vírgenes fatuas *(Mt.,* 25, 8-12); en vez de «compelerlas» cuando sea menester, para que a tiempo entren en el convite que se les ha preparado *(Lc.,* 14, 25), y de insistirles contínuamente que se apresu-

(1) «Intrate per angustam portam: quia lata porta, et spatiosa via est, quae ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam. Quam angusta porta, et arcta via est, quae ducit ad vitam: et pauci sunt, qui inveniunt eam!» *Mt.,* 7, 13-14; cf. 11, 28-29.

(2) Beatus homo, qui invenit sapientiam, et qui affluit prudentia... Viae ejus viae pulchrae, et omnes semitae illius pacificae.—*Prov.* 3, 13-17.

(3) «Illuc studeamus ascendere, dice San Bernardo *(Serm. de verbis Ps.* 23: *Quis ascendet, etc.),* ubi bonum sit nos esse... Venite, ascedamus in hunc montem, fratres: et si via vobis videtur ardua, exoneremus nos: si arcta, etiam exinanire nos non parcamus: si longa, tanto magis festinemus: si laboriosa, clamemus ei: *Trahe nos post te, in odorem unguentorum tuorum curremus.* Felix, qui sic cucurrerit, ut comprehendat, immo ut ipse comprehendatur, et in illam amplitudinem montis, et plenitudinem corporis Christi mereatur admitti. Felix, qui in illum beatificum montem tam desideranter et perseveranter ascenderit, ut in loco sancto locum accipiens stationis, Deo Patri in sancto ejus appareat, simul et videat virtutem ejus et gloriam».

(4) In via Dei non progredi, regredi est.—San Agustín, Serm. 169, c. 15; San Bernardo, Serm. 2 de Purific. y Epíst. 254 y 341.—«Quien no crece, descrece». Santa Teresa, *Moradas,* VII, c. 4.

(5) Oves meae vocem meam audiunt,... et sequuntur Me: et Ego vitam aeternam do eis.—*Joan.* 10, 27, 28.

(6) «Relinquite infantiam, et vivite, et ambulate per vias prudentiae». *Prov.* 9, 6.

ren a entrar por la angosta y única Puerta de salvación (1), donde una vez entradas hallarán abundantísimos pastos y gozarán de gran amplitud, alegría y libertad (2), y de animarlas con tan consoladoras promesas, todo lo contrario suelen hacer; y así aun a las más fieles y generosas almas que, sin reparar en privaciones y sacrificios, quieren, cueste lo que cueste, seguir muy de cerca a Jesús, se obstinan en apartarlas violentamente de esos sublimes *caminos de la vida* que El mismo se ha dignado mostrarles para luego alegrarlas con su dulce presencia y colmarlas de eternas delicias (3). Con gran desenfado les dicen que esos caminos «extraordinarios» no son para ellas; que no les convienen, por ser tan altos, escabrosos, dificultosos y hasta «peligrosos», como solitarios; que se dejen de «rarezas y singularidades», y se atengan a las «vías ordinarias y comunes»—de la rutina—; y en suma, que vayan por el «camino llano, ancho y *trillado*»..., pero de esa generalidad que vive olvidada de Cristo e ignorante de los inefables consuelos que El reserva para quienes de veras le siguen (4).

(1) *Contendite intrare* par angustam portam: quia multi, dico vobis, quaerent intrare, et non poterunt. *Lc.* 13, 14.

Así los buenos cristianos, dice San Gregorio *(Moral., lib. 31, c. 25)*, «cum paucis ingredi angustam portam desiderant: et non cum multis lata itinera ingredi appetunt, quae ad interitum ducunt».

(2) Ego sum ostium. Per me si quis introierit salvabitur: et ingredietur, et egredietur, et pascua inveniet. *Joan.* 10, 9.

(3) «Notas mihi fecisti vias vitae, adimplebis me laetitia cum vultu tuo: delectationes in dextera tua usque in finem». *Ps.* 15, 11.

(4) «¡Cuán pocos hay que se acuerden de Mí!—decía Nuestro Señor por boca de Santa Catalina de Riccis *(Extasis* del 13 Octubre 1553).

»Y es porque el camino de la perdición es ancho y seguido de la mayoría, mientras que el de la perfección es estrecho y difícil al principio; mas a cuantos entren en él por mi amor, sé hacérselo pronto suave y fácil».—Cf. *Evolución mística*, p. 230.

Tan estrecho y escabroso es, que a veces a la pobre alma le parecerá ir como descaminada y perdida; pero perdiéndose entonces a sí misma con todas sus facultades y maneras humanas, es como luego logra hallarse en Dios y hallar toda su ventura. Conforme a esto, la inspirada poetisa mística, Madre Cecilia del Nacimiento, C. D., en sus maravillosas canciones de la *Transformación del alma en Dios* (insertadas en el t. 3.° de las obras de San Juan de la Cruz, ed. crít. Toledo, 1914), se expresa de este modo *(Canc.* XII):

Y yendo sin camino,
sin que haya entendimiento ni memoria,
le muestra el Rey divino
su virtud y su gloria
como se puede en vida transitoria.

Lo cual ella misma explicó *(Coment.* 2.°) así: «Como esta es obra de amor, dice: *sin entendimiento ni memoria,* porque esas potencias antes se han de cegar en lo natural. Y dice: que va sin camino, porque no le ve el alma cuando camina hasta llegar al término, que como dijo David, va en una *tierra desierta, sin camino* y *sin agua.* Y dice: *Así en este lugar santo aparecí a ti, para ver tu virtud y tu gloria;* que la propia disposición para verla es ir por esta tierra desierta, sin camino y sin agua, que es la soledad y desierto por donde camina en apreturas de trabajos y asperezas sin hallar camino en esta soledad, sino apartamiento y retiro de todo lo criado. Sin saber por dónde, camina sólo en fe, y en tan horribles oscuridades que le parece muchas veces se pierde, hasta que el Señor, por su misericordia, la saca a tan divina luz, que la llama el Santo Profeta, *su virtud y su gloria*».

«Como Dios ama tanto a los suyos, prosigue *(ib.)*, no quiere sólo mostrárseles cuando haya de ser con clara vista dándoles lumbre de gloria en el cie-

Y sin embargo, así, en sustancia, poco más o menos, suelen tantos llamados «directores» hablar sin saber lo que dicen, como hombres sin luz de discreción ni de ciencia, que no ven los terribles peligros a que con sus temeridades se exponen y exponen a muchos incautos (1). No miran que semejante camino es muy distinto de los de Dios, siempre altos, santos e inmaculados, y siempre llenos de las aguas de muchas tribulaciones (2); muy distintos de las encumbradas sendas de la santidad y de la equidad y justicia, que la sabiduría y prudencia del cielo, para librarnos de nuestra perdición y colmarnos de gracias y felicidades, a grandes voces nos proponen (3).

Estas seguras y santas "sendas de la equidad" y la "vía de la sabiduría" el mismo Dios se ofrece a enseñárnoslas (4) si de veras nos resolvemos a subir hasta la cumbre de su monte santo, que nos está preparado (5); de suerte que merezcamos ser admitidos en su regia casa y penetrar en el lugar de su *tabernáculo admirable* (6). Por eso debemos con todo fervor e instancia pedirle—a imitación del Salmista—que se digne enseñárnoslas cuanto antes, seguros de que lo hará, llevándonos por ellas

lo para que le puedan ver, sino también en esta vida transitoria, ya que no con esa vista clara, con otra *vista* divina y *sentir* divino de su divina Esencia, en que les da como una muestra de aquella gloria infinita que les ha de mostrar en Sí mismo eternamente, para que así llevados de este bien, puedan llevar los trabajos y dificultades de esta vida, que se les hacen gloriosos con la participación que tienen de esta gloria... Y viene a ser esta unión en las almas *que le dan lugar y se disponen* de manera que nunca se aparten ni durmiendo de El, y *sientan* esta divina unión con tantos crecimientos, que queden así transformadas en El con una participación suya divina tan admirable, que sea principio de la que tendrán eternamente».

(1) Gens absque consilio, et sine prudentia: utinam saperent, et intelligerent, et novissima providerent!—*Deuter.* 32, 29.—Quoniam non habuerunt sapientiam, interierunt propter suam insipientiam.—*Baruc,* 3, 28.

(2) «Deus in sancto via tua... Et semitae tuae in aquis multis». *Ps.* 76, 14, 20. «Deus meus, impolluta via ejus... Posuit immaculatam viam meam... super excelsa statuens me...» *Ps.* 17, 31-34.

(3) Numquid non sapientia clamitat, et prudentia dat vocem suam?—In summis excelsisque verticibus supra viam, in mediis semitis stans... In viis justitiae ambulo, in medio semitarum judicii, ut ditem diligentes me. *Prov.* 8, 1-2, 20-21; cf. 6, 23; *Is.* 30, 21; *Jer.* 6, 16; 10,23.

(4) «*Viam sapientiae* monstrabo tibi, ducam te per *semitas aequitatis:* quas, cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui, et currens non habebis offendiculum». *Prov.* 4, 11-12.

«Ergo secundum veram Domini traditionem, dice Casiano *(Collat. 24, c. 25),* via regia suavis ac levis est, licet dura et aspera sentiatur. Pie enim ac fideliter servientes, cum tulerint jugum Domini super se et didicerint ab eo, quia mitis est et humilis corde *(Mt.* 11, 29), jam quodammodo terrenarum passionum deponentes sarcinam non laborem, sed requiem animabus suis Domino praestante reperient, sicut per Jeremiam prophetam ipse testatus est (6, 16)... Fient namque eis continuo *prava in directa, et aspera in vias planas (Is.* 40, 4); et gustantes videbunt *quoniam suavis est Dominus*».

(5) «Erit praeparatus mons domus Domini in vertice montium... et fluent ad eum *omnes* gentes... Venite et ascendamus ad montem Domini..., et docebit nos vias suas». *Is.* 2, 2-3; cf. *Ps.* 36, 34; 66, 3; 142, 8; *Eccli.* 18, 11; 37, 19.

(6) *Quoniam transibo in locum tabernaculi admirabilis, usque ad domum Dei. (Ps.* 41, 5).

a gozar de sus infinitos tesoros, si somos a la vez mansos y humildes, confiados y temerosos (1).

Los que esto no hacen, los que de ningún modo se preocupan de conocer los caminos de Dios, nada extraño que por su dureza de corazón incurran en la indignación divina y merezcan ser excluídos del místico lugar de reposo a que somos todos los días invitados (2). Y los que tras de esto se empeñan en apartar a los demás de esos caminos santos y hacen que las *vías de Sión lloren*—con los ángeles de paz (3)—*porque nadie viene por ellas a la solemnidad (Thren.* 1,4) de las *bodas del Cordero (Apoc.* 19, 9); esos tales muestran carecer de toda luz de inteligencia y ciencia divina y de consejo: no saben a do caminan, y deben ser temidos de los verdaderos fieles. Pues como hijos de este mundo e imitadores de los hijos de Agar, que no se guían sino de una prudencia humana, se muestran del todo incapaces de entrar y de conducir a la tierra de promisión, y mucho más de conocer y dar a conocer los infinitos tesoros encerrados en la Casa de Dios, y las luces, alegrías y dulzuras que están allí escondidas y reservadas para quienes de veras le buscan y le temen (4). Así, como verdaderos ciegos conductores de otros ciegos, no pueden menos llevar a hoyos y precipicios *(Mt.* 15, 14).

Esa tan fácil senda que pregonan no es, pues, como la de los justos, la cual, *quasi lux splendens, procedit et crescit usque ad perfectum diem,* sino como la *via impiorum tenebrosa,* por la cual *nesciunt ubi corruant* (Prov., 4, 18, 19). Es la misma "via stulti, recta in oculis ejus„, la "via quae videtur homini justa; novissima autem ejus ducunt ad mortem„; o la "via peccantium complanata lapidibus, et in fine illorum inferi, et tenebrae, et poenae„ (5).

(1) «Vias tuas, Domine, demonstra mihi... Docebit mites vias suas... Qui timet Dominum... in bonis demorabitur». *(Ps.* 24, 4-13). «Notam fac mihi viam, in qua ambulem». *(Ps.* 142, 8).

«Sapientia callidi est intelligere viam suam; et imprudentia stultorum errans». *(Prov.* 14, 8).

(2) *Hodie si vocem ejus audiéritis, nolite obdurare corda vestra... Et isti non cognoverunt vias meas; ut juravi, in ira mea: Si introibunt in requiem meam. (Ps.* 94, 8-11).

(3) «Angeli pacis amare flebunt. Dissipatae sunt viae, cessavit transiens per semitam, irritum factum est pactum». *(Is.* 33, 7-8).

(4) «Filii Agar, qui exquirunt prudentiam quae de terra est... negotiatores... et fabulatores... viam sapientiae nescierunt, neque commemorati sunt semitas ejus. O Israël, quam magna est domus Dei, et ingens locus posessionis ejus!... Non est qui possit scire vias ejus, neque qui exquirat semitas ejus... Qui emittit lumen, et vadit». *(Barnc,* 3, 23-33). «Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine, quam abscondisti timentibus te». *(Ps.* 30, 20).

(5) *Prov.,* 12, 15; 14, 12; 21, 11. Cf. *Is.,* 3, 12. *Jerem.,* 2, 33; 5, 4. *Bar.,* 3, 20-23, 31.

Los que por ahí vayan serán, pues, precisamente los *muchos* de quienes tanto se lamenta el Apóstol *(Phil.* 3, 18, 19) viendo cómo, guiados de la prudencia carnal—que es muerte,—y no de la del espíritu de consejo y de sabiduría—que es paz y vida *(Rom.* 8)—, "van huyendo de la Cruz de Cristo, por gustar sólo de cosas terrenas y gloriarse de lo que debía avergonzarlos„; al paso que la conversación de los verdaderos fieles está siempre muy alta, "en los cielos (1)„. Para lo cual procuran afianzar bien sus pasos, huir de todo lo que es bajo y rastrero, seguir fielmente los caminos de Dios, que se elevan infinitamente sobre los de los hombres (2), y así emprender cada cual la estrecha, segura y santa senda que le está prescrita, para poder hallar el descanso de sus almas (3).

"Habrá, dice Isaías (35, 8, 9), una senda y una vía, que se llamará la *vía santa:* no pasará por ella hombre mancillado. Y esa será para vosotros la *via recta;* de tal suerte, que por ella no yerren ni se pierdan los mismos idiotas o ignorantes. Las malas bestias no transitarán por allí ni se acercarán a ella: está reservada para los que fueren libertados„.

"He ahí, pues, observa Tissot (4), la verdadera senda de la perfección, el verdadero camino de la santidad; el camino único, el camino que siguieron los Santos. Pocos hay que sepan hallarlo *(Mt.,* 7, 14), pues quien esté manchado con el amor de sí mismo y de las criaturas no acierta a conocerlo. Ese tal marcha por las vías múltiples y difíciles de las criaturas (5) e ignora el camino de Dios *(Sap.,* 5, 7). Este camino no es difícil, es único, directo, derecho, corto, fácil y seguro. Se puede marchar por él sin temor y avanzar sin peligro, aunque no haya sagacidad ni habilidad. Todos, hasta el más sencillo e

(1) Dereliquisti fontem sapientiae. Nam *si in via Dei ambulasses,* habitasses utique in *pace sempiterna.* Disce ubi sit prudentia, ubi sit virtus, ubi sit intellectus: ut scias simul ubi sit longiturnitas vitae et victus, ubi sit lumen oculorum et pax». *Baruc,* 3, 12-14.

(2) «Sicut exaltantur coeli a terra, sic exaltatae sunt viae meae a viis vestris; et cogitationes meae a cogitationibus vestris». *Is.,* 55, 9. Cf. *Rom.,* 11, 33.

(3) «State super vias, et videte, et interrogate de semitis antiquis, quae sit *via bona,* et ambulate in ea: et invenietis refrigerium animabus vestris». *Jerem.,* 6, 16.

«Cito enim inveniętur via bona, id est, recta et certa via ad paradisum—dice a este propósito el Cardenal Hugo de S. Caro—eam quaerenti; quia multorum *sanctorum trita vestigiis*».

(4) *La Vie intérieure simplifiée,* 3. P., l. 3., c. 10.

(5) «Septem sunt viae difficiles, decía San Antonino *(Summa, P. I., tit. 5, c. 3, § 1):* via montuosa superborum; via spinosa, avarorum; via lutosa, luxuriorum; via tenebrosa invidorum; via tumultuosa, iracundorum; via sumptuosa, gulosorum;; via taediosa, acediosorum».

ignorante, y aun hasta el más idiota, van seguros y nadie se expone a extraviarse. Está al alcance de todos».

Y estando así, cómo está, al alcance de todo fiel cristiano que—libre de impurezas y esclavitudes mundanas—con todo fervor desea y pide caminar por allí derecho al cielo, con la santa libertad que es propia de los hijos de Dios; al alcance del feliz viador que—confiado en el auxilio de lo alto—procura subir de virtud en virtud y de claridad en claridad, marchando alegre por la ley divina y la fiel imitación de Cristo, y cantando sabiamente en su *vía inmaculada* continuas alabanzas al Señor (1); estando realmente a nuestro alcance, con la gracia ordinaria, todos podemos y aun debemos aspirar a ella—, en vista de la generosidad del Padre Celestial, que tan amorosamente se ofrece a mostrársenos en Sión si de veras lo procuramos poniendo en nuestro corazón escalas de santos deseos (2), y en vista de nuestra misma flaqueza y necesidad, para no perecer alejándonos de El, en quien sólo está todo nuestro bien reunido (3). Podemos y debemos, digo, animarnos a pedirle que nos nuestre y, en cuanto es de nuestra parte, a buscar y emprender, confiados y esforzados, ese *santo, recto y seguro camino;* aspirando a llegar por él no a donde quiera—que al Señor no le gustan estas limitaciones—, sino a lo más alto, encumbrado y maravilloso que podamos; a la cumbre misma de la perfección y de la justicia, de la santidad y bienaventuranza (4). Esto no es presunción, sino amor, confianza, fidelidad en cultivar los místicos talentos, generosidad y buena correspondencia a los beneficios divinos, con que se reciben nuevas fuerzas y se cobran alientos para ir siempre adelantando sin nunca desmayar ni desfallecer, como desfallecen los pusilánimes y desconfiados, por mucho que se amparen con falsa humildad (5). En cambio, los que confían en el Señor, reciben

(1) Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. *(Ps.* 118, 1).—Psallam et intelligam in via immaculata. *(Ps.* 100, 2).

«Quis est immaculatus? pregunta S. Ambrosio (In *Ps.* 118, *Serm.* 1).—Y responde: »Non utique qui in quacumque via ambulat, sed qui *in Christo ambulat*».—Sólo en esta vía recta e inmaculada es donde se alcanza la ciencia de los santos, se descubren los misterios del Reino celestial *(Sap.* X, 10), y viniendo a conocer por experiencia la verdad divina, con puro corazón se leen y se cantan dignamente las alabanzas de Dios. «Ille enim *psallens intelliget* quae canuntur, dice Casiano *(Collat. XIV, c. 9)*, qui *in via immaculata* gressu puri cordis innititur... Impossibile namque est animam, quae mundanis vel tenuiter distentionibus occupatur, donum scientiae promereri, vel generatricem spiritualium sensuum aut tenacem sacrarum lectionum fieri».

(2) Beatus vir, cujus est auxilium abs te: ascensiones in corde suo disposuit... Ibunt de virtute in virtutem; videbitur Deus deorum in Sion. *Ps.* 83, 6-8.

(3) Ecce qui elongant se a te peribunt... Mihi autem adhaerere Deo bonum est; ponere in Domino Deo spem meam. *Ps.* 72, 27-28.

(4) In toto corde meo exquisivi te... In via testimoniorum tuorum delectatus sum... Viam justificationum tuarum instrue me: et exercebor in mirabilibus tuis. Ps. 118, 10-27.

(5) «Ad humilitatem pertinet, dice Santo Tomás (2-2, q. 35, a. 1, ad 3), ut homo defectus proprios considerans, se ipsum non extollat; sed hoc non pertinet ad humilitatem, sed potius ad ingratitudinem, quod bona quae quis a Deo possidet, contemnat».

de El una superior fortaleza que les servirá de alas *(Is.* 40, 31) con las cuales podrán fácilmente remontarse y «subir de virtud en virtud» hasta lograr verle en la cumbre de su monte santo. El verdadero justo no se contenta con menos, pues aspira a la plenitud del bien; y quien afirme que le basta con ser una medianía en el servicio de Dios, muestra hallarse aún muy distante de la verdadera justicia (1).

Así dicen los maestros de espíritu que debemos ser muy animosos y confiados en Dios, y huir como del mayor peligro de la timidez, cobardía, pusilanimidad y desconfianza, por más que se encubran con hermosos pretextos: «Noli esse pusillanimis in animo tuo» *(Eccli.*, 7, 9).

«Una tentación muy común en los siervos de Dios, y a la vez muy disimulada y dificilísima de remediar, decía el P. Surin, S. J. *Amour de Dieu,* I, ch. X), es la de querer limitar el amor y tener ideas muy pequeñas y bajas en el servicio divino... He ahí por qué, siendo tantísimos los que hacen profesión de servir a Dios, hay, sin embargo, tan pocos santos; porque no se proponen unas miras bastante altas».

«Estando un día muy acobardado para pedir a Dios cosas grandes, viéndome yo tan miserable, escribe conforme a esto el P. La Puente (2), topé aquella palabra—*supersperavi*—de que David usa muchas veces... Y ofrecióseme con sentimiento especial, que de Dios puedo esperar mayores cosas, que según mi flaqueza debiera; porque esta esperanza estriba en la misericordia de Dios infinita... Y así *puedo esperar la unión con El, el trato familiar,* los *gozos* en el padecer, etcétera».

---

(1) Entre esos bienes que debemos reconocer y estimar mucho están los llamamientos a una vida más perfecta. Así con razón se lamentaba la V. Mariana de San José, fundadora de las Recoletas Agustinas (cf. *Vida*, por Muñoz, 1645, l. 1, c. 13), de ver que ciertas almas tenían tal suerte de *humildad,* «que las parecía no eran capaces de tratar de oración». Esto, advierte, es «tentación con que vence el demonio a la mayor parte de las Religiosas, que por aquí las hace *tibias* y las lleva al *camino más ordinario en que se pierden* de gozar de la paz que el Señor da a las almas puras, dejándose llevar de conversaciones harto vanas».

«He visto, añade (c. 14), cómo el Señor quiere nuestra voluntad para hacernos mercedes, y que las queramos recibir; que si no queremos se retira su Majestad, aunque las haya comenzado a hacer, que es tan grande la nobleza de su trato, que sin nuestro gusto no quiere violentar nuestra voluntad: ¡qué gran grosería la nuestra... en no querer recibir tan grandes bienes, que parece rehusamos el dejarnos obligar deste Señor, como si pudiésemos dejar de estarlo! ¡Oh ceguera... la mía!... Pues entendía la solicitud con que este Señor me buscaba, sin responder a la dulzura de su voz llamándome tantas veces».

«Me confunde, Señor, exclamaba a su vez Sor Catalina de J. M.ª, admirable dominica que floreció en Quito en el siglo XVIII *(Autobiogr. inédita,* 3.ª P., c. 15), que tus criaturas al principio, antes de tener largos conocimientos, andan declinando tu amor: ¿qué hay que espantarse? Que yo sea tan ridícula, después de recibir tantos favores: ¡esa sí puede llamarse infamia y ruindad, temeridad y bajeza!... En esto he sido hartas veces ruín; pero después he llevado mi merecido con los retiros del Señor y desolaciones grandes y largas».

«Debet quidem humilis, et devotioni contemplationis vacans semper divini se subjicere radio luminis, quatenus trahenti et vocanti spiritui continue se accommodet. Nam spirat quando vult, et de quo vult». S. *Laur.* JUSTIN., *De casto connubio, c. 19.*

(1) Desiderium justorum *omne bonum* est. *Prov.*, 11, 23.

(2) *Sentimientos*, § XII, 65; cf. *Guía espiritual*, tr. 3, c. 6.

Y con razón, pues, según advertía Ricardo, Dios prefiere ser tratado con gran amor y confianza, como amantísimo Esposo, más que con el simple honor y reverencia que se le debe como a Padre; así como se goza más de ser dignamente honrado como Padre, que temido como Señor (1). Y a las almas que tienen grandes y ardientes deseos, propios de corazones nobles, generosos y enamorados de Dios, añade San Bernardo, muy luego se les mostrará el Rey de la gloria, no ya como Señor ni aun solamente como cariñoso Padre, sino también con todos los atractivos y encantos de Esposo dulcísimo y finísimo, que las admitirá a su más íntima familiaridad para comunicarles sus más preciosos tesoros y secretos (2).

«Jesucristo, observa el P. Osuna *(Terc. Abec.,* tr. 8, c. 7), da mayor gracia a los que más engrandescen su corazón para la recibir; e cuando, según dice el Salmo, se llega el hombre al *corazón alto,* por vía de muy espirituales ejercicios, es Dios en nosotros muy más ensalzado: onde así como más honra al rey y al reino un caballero que un escudero, así es más útil a sí e a los otros y más acepto a Dios uno que, según debe, sigue un gran ejercicio que no otros que siguen cosas pequeñas y de niños» (3).

(1) «Aliquando Dominus in S. Scriptura se vocat dominum, vocat aliquando patrem, aliquando sponsum. Quando enim vult timeri, dominum se nominat; quando vult honorari, patrem; quando vult amari, sponsum... Quanto enim dignius honor quam timor, tanto plus gaudet Deus pater quam dominus dici. Et quanto charius est amor quam honor, tanto plus gaudet Deus sponsus dici quam pater... Cum se dominum nominat, indicat quod creati sumus; cum se patrem vocat, indicat quod adoptati; cum se sponsum nominat, indicat quod conjuncti sumus. Plus est autem conjuctos esse Deo, quam creatos et adoptatos».—Ricardo de San Víctor, *Explic. in Cant.* Prolog.

(2) «Magni patris-familias seu regiae majestatis schema apparere existimo his qui, *accedentes ad cor altum,* de majori spiritus libertate, et puritate conscientiae magnanimiores facti, consueverunt audire majora, inquieti prorsus et curiosi secretiora penetrare, et apprehendere sublimiora, et tentare perfectiora non modo sensuum, sed et virtutum. Hi enim pro fidei magnitudine *digni inveniuntur qui inducantur in omnem plenitudinem;* nec est omnino in omnibus apothecis sapientiae a quo Deus scientiarum Dominus arcendos censeat cupidos veritatis, vanitatis non conscios... Tales itaque magna audent...: et quae audent obtinent... Igitur istiusmodi magnis spiritibus magnus occurrit Sponsus, et magnificabitur facere cum eis, emittens lucem suam et veritatem suam, eosque deducens et adducens in montem sanctum suum et in tabernacula sua, ita ut dicat qui ejusmodi est: *Quia fecit mihi magna qui potens est.—Regem in decore suo videbunt oculi ejus* praeeuntem se ad speciosa deserti, ad flores rosarum et lilia convalium, ad amoena hortorum, ad irrigua fontium, ad delicias cellariorum, et odoramenta aromatum, postremo ad ipsa secreta cubiculi. Isti sunt thesauri sapientiae et scientiae penes Sponsum absconditi, haec vitae pascua praeparata in refectionem animarum sanctarum. *Beatus vir qui implevit desiderium suum ex ipsis...* Hoc ipsum sponsa prudenter advertens, postulat sibi indicari ubi ipse pascat et cubet sub meridiano fervore, parata pasci et pascere cum illo et sub illo». San Bernardo, *Serm.* 32 *in Cant.*

(3) «Me agrada mucho, decía Nuestro Señor a Santa Matilde *(Revelac.* lib. 3, c. 5), que los hombres tengan en Mí una confianza tal, que les haga esperar de mi bondad grandes cosas».

«Cada uno ama a su semejante, añadía el mismo Salvador a la V. Isabel de Jesús (Terciaria Carmelita, Toledo, 1611-1682, cf. *Autobiografía*, l. 2, c. 18); y Dios, como es infinito, inmenso y omnipotente, ama a los corazones grandes y es glorificado cuando el alma sube a la alteza de corazón; y aborrece y le enfadan las almas pusilánimes, cobardes, serviles y apocadas, que no se

«Ayudáranos mucho, advertía según esto el P. Rodríguez *(Ejerc. de perfec.*, 1.ª P., tr. 1, c. 8), para aprovechar y alcanzar la perfección, poner siempre los ojos en cosas altas..., conforme aquello que nos aconseja el Apóstol (I *Cor.* 12, 31): Apercibíos y disponeos para cosas mayores: acometed y emprended cosas grandes y excelentes. Este medio es de mucha importancia...

»Sobre aquellas palabras del Salmo 83: *Beatus vir, cujus est auxilium abs te: ascensiones in corde suo disposuit,* dice San Jerónimo: *Sanctus ponit ascensiones in corde suo, peccator descensiones.* El varón justo y santo siempre pone los ojos en subir e ir adelante en la perfección; y esto es lo que trae atravesado en el corazón...; pero el pecador y el imperfecto no trata de eso: conténtase con *una vida común;* cuando mucho, pone los ojos en ser *mediano,* y de allí viene a desdecir y bajar; y así dice Gersón (1): Es voz de muchos: Bástame una vida común: yo no quiero sino salvarme: esotras perfecciones grandes y excelentes quédense para los Apóstoles y para los grandes Santos, que yo no pretendo volar tan alto, sino irme por un *camino llano* y *carretero.* Esa es voz de los imperfectos, que esos son los muchos, porque los perfectos son pocos: *Multi sunt vocati, pauci vero electi* (*Mt.*, XX). Dice Jesucristo en el Evangelio (*Mt.*, VII): La puerta y el camino que lleva a la perfección y a la vida es angosta y estrecha: y así son pocos los que entran por ella: pero el *camino común de la tibieza* es muy ancho, y así caminan muchos por él.

»Estos, dice San Agustín que son los que llama el Profeta (*Ps.* 8) *pécora campi:* «Animales del campo»; porque se quieren andar en el campo, lugar ancho y espacioso, y no quieren entrar en regla ni en pretina; y así dice Gersón que en esta sola voz: *Bástame una vida común; yo me contento con salvarme, no quiero más perfección,* muestra uno bien su imperfección, pues no pretende entrar por la puerta angosta; y estos tales, que, por su tibieza, les parece que les basta salvarse con los medianos, han, dice, de temer mucho no sean condenados con las vírgenes locas, que se descuidaron y se durmieron; y con el siervo perezoso, que se contentó con guardar y enterrar el talento que le fué dado, y no quiso negociar ni granjear con él: qui-

atreven a pedir cosas muchas y grandes, y se contentan con poco: como si Dios fuese pobre y no tuviese que dar; o avariento para hacer mercedes a quien se las pide, teniendo como tiene todo en su mano... y siendo como es rico en misericordias. De aquí se sigue que el alma que de veras ama a Dios y persevera en la oración, no se contenta con menos que con... todas las virtudes y perfecciones que puede tener para más agradar a Dios».

«Eso tienen de bueno las almas que no con cualquier estado se contentan como último fin, ni hacen ya pie en cosa limitada; como muchas personas que se les debe pasar la vida en un paso, y en tejer y destejer una telilla que han hallado acomodada a su modo. Mas las que digo, como sólo su fin es Dios, y de este gran Dios, por mucho que le vayan descubriendo, siempre les queda tanta inmensidad encubierta, siempre les quedan inmensidades que desear, y en que entrar en el mismo Dios, y mucho más que descubrir». M. Cecilia del Nacimiento, *Unión del alma con Dios:* en *Obras de San Juan de la Cruz,* t. 3, p. 448.

(1) 3. *P. tr. de Myst. Theol. pract.,* industr. 4.

táronle el talento que tenía, y echáronle en las tinieblas exteriores. No se lee en el Evangelio otra causa de su condenación, sino porque no quiso acrecentar el talento que le dieron».

He aquí, pues, las terribles consecuencias de ese fácil contentarse con poco, "con sólo salvarse llevando una vida común y *ordinaria*„. (1).

El otro extremo—o sea el aspirar, así como quiera, a las íntimas comunicaciones divinas, sin estar aún el alma bien purificada y libertada de sus esclavitudes—, expone a muchas personas ligeras o vanidosas, o de cierta piedad superficial, a flaquear realmente en la humildad sobre la cual ha de fundarse toda santidad verdadera y toda virtud sólida; a presumir de sí, pensando altivamente, y no como conviene según el orden divino (2), ora buscando cosas muy superiores a sus condiciones actuales (*Eccli.*, 3, 22), ora pretendiendo gozar ya de lo que no se les concede aún o de lo que quizá—por bien que se portasen—no se les concedería nunca, como son ciertos favores especialísimos y ciertos dones del todo *gratuitos* y verdaderamente *extraordinarios*, que pueden halagar al amor propio, pero que Dios da tan sólo a quienes le place, y no a los demás por perfectos que sean (3). Y cuando no se expongan a eso, expónense, por de pronto, a querer volar antes de tener alas, y no esforzarse, como deben, por andar y trepar; a intentar lo que no está a su alcance y abandonar los medios que a mano tienen para aprovechar; a querer entrometerse donde nadie los llama ni los admite aún, en vez de perseverar llamando humildemente a las puertas de la divina Misericordia para que a su tiempo se les abran; en suma, a presumir de sí, queriendo las cosas antes de tiempo, y no conforme al orden divino, o despreciando entretanto los medios ordinarios que Dios les da para aprovechar y avanzar en la senda de la virtud. Esto es lo que Santa Teresa tiene por presunción o "poca humildad„ (4). Pues nos es preciso tratar muy seriamente de

(1) A Santa Angela de Foligno le fué revelado (*Libro de las visiones e instrucciones*, cap. LI) que aquellos que, sintiéndose llamados a una vida más interior, donde con luz sobrenatural se les muestra *su propio camino*, desprecian esos llamamientos y, resistiendo a las divinas inspiraciones, se empeñan en seguir el camino común y ordinario, por su menosprecio de la gracia incurren en la *maldición de Dios*. Pues son como un hijo que se contenta con aprender un oficio vil después que su padre hizo enormes gastos por darle una brillantísima carrera.

(2) «Non plus sapere quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem: et unicuique sicut Deus divisit mensuram fidei». *Rom.*, 12, 3; cf. 11, 20; 12, 16.

(3) Cf. D. Thom., *in I Cor.*, 12, lect. 2.

(4) «Es un poco de falta de humildad—dice, en efecto (*Vida*, cap. XXII)—,

ir *subiendo* como podamos, y aun ingeniarnos y esforzarnos por *trepar,* conforme a las reglas ordinarias de la *Ascética,* hacia la cumbre del *monte santo,* para que el Señor se comprometa o *mostrarnos* sus ocultos caminos y *llevarnos* El mismo—*místicamente*—por ellos (1).

Tal es el error de los falsos místicos y de los mal "alumbrados„, que presumen recibir grandes favores y luces, pero que no resultan ser de Dios, sino ilusiones de la imaginación o engaños del enemigo; y tal fué el de los *quietistas,* que, esperando sin las debidas disposiciones a sentir la moción divina, se exponen a seguir tan sólo el ímpetu de sus pasiones o, cuando menos, a permanecer *ociosos,* sin hacer lo que está en su mano y Dios les manda, y, por lo mismo, a recibir el castigo del siervo "perezoso y malo„ *(Mt.,* 25, 26).

De estos dos extremos viciosos, el último—con no ser el más frecuente ni aun el más temible—ha sido, con todo eso, desde que amenazaron los errores de los alumbrados y quietistas, no sólo el más temido, sino casi el único temido de muchísimos autores vulgares; y en tal suerte, que, para evitarlo mejor, no reparaban en caer de lleno en el contrario. Así es como, según lamentaba Santa Teresa, tantísimos malos directores o maestros improvisados se obstinaban en apartar las almas, no ya de la contemplación, por muy llamadas que a ella se sintiesen (2), sino hasta de la oración mental más ordinaria, como si toda oración no vocal fuera de suyo peligrosa o sospechosa; y condenaban así a todos los espirituales, porque

de quererse levantar el alma hasta que el Señor la levante y... querer ser María antes que haya trabajado con Marta. Cuando el Señor quiere que lo sea, aunque sea desde el primer día, no hay que temer: mas comidámonos nosotros... Lo que yo he entendido es que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios. No me acuerdo de haberme hecho merced muy señalada... que no sea estando deshecha de verme tan ruin»

«No está siempre en la mano del hombre su camino, sino que a Dios pertenece el dar y consolar cuando quiere y cuanto quiere y a quien quiere, según la agradare y no más...

»Se hallaron pobres y se vieron abandonados los que quisieron poner en el cielo su nido, para que, humillados y empobrecidos, aprendiesen a no volar con sus alas, sino esperar debajo de las mías». *Kempis,* lib. 3, cap. VII.

(1) «*Ibunt* populi multi, et dicent: Venite et *ascendamus* ad monte Domini..., et *docebit nos vias suas,* et ambulabimus *in semitis ejus*». *Is.,* 2, 3; cf. 40, 31.

(2) La V. Angela María de la Concepción—nacida en Cantalapiedra (Salamanca) en 1649 y fundadora en 1680 del convento reformado de Trinitarias descalzas en el Toboso, donde murió en 1690 en tanto olor de santidad, que se está ahora trabajando en su proceso de beatificación—, en un libro titulado *Riego espiritual,* que escribió para instrucción de sus religiosas, les dice así (cap. XXVIII): «Apartarlas de la contemplación, fuera pretender que *se quedaran en los medios y no pasaran al fin:* lo que pretendo es sólo apartarlas del modo con que algunas quieren ser contemplativas».

pueda haber, entre los que tratan de serlo, algunos desequilibrados o falsos devotos.

"Cosa extraña es ésta, exclamaba la gran Doctora mística (1), ¡como si a los que no tienen oración no tentase el demonio!, y que se espanten más todos de uno que engaña por este camino, que de cien mil que ven ir camino del infierno por otros... Camino seguro es, mas aína os libraréis de la tentación estando cerca del Señor, que no estando lejos„.

"Ningún caso hagáis—había advertido ya a sus religiosas (c. 21)—de los miedos que os pusieren, ni de los peligros que os pintaren. Donosa cosa es que quiera yo ir por un camino adonde hay tantos ladrones, sin peligros, y a ganar un gran tesoro... Pues cuando yéndole a ganar por... camino seguro, por el que fué Cristo, Nuestro Señor, por el que fueron todos sus escogidos y santos, os dicen que hay tantos peligros, y os ponen tantos temores, los que van a ganar este bien, a su parecer, sin camino ¿qué son los peligros que llevarán? ¡Oh, hijas mías! que muchos más sin comparación!, sino que no los entienden, hasta dar de ojos en el verdadero peligro, cuando no hay quien les dé la mano... Pues no os engañe nadie en mostraros otro camino sino el de la oración... Quien os dijese que éste es peligro, tenedle a él por el peligro mesmo... Peligro será no tener humildad y otras virtudes; mas ¡camino de oración, camino de peligros! Nunca Dios tal quiera. El demonio parece ha inventado poner estos miedos, y ansí ha sido mañoso a hacer caer a alguno que lleva este camino... Porque huir del bien por librarse del mal, nunca yo tal invención he visto. Bien parece del demonio. ¡Oh, Señor mío, torná por Vos, mirá que entienden al revés vuestras palabras!„

Y en la *Vida* (c. 19 y 35), al tener que recordar las muchas contradicciones que en este punto tuvo, dice: "No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración„. "No puedo entender qué es lo que temen de ponerse en el camino de perfección. El Señor, por quien es, nos dé a entender cuán mala es la siguridad en tan manifiestos peligros, como hay en andar con el hilo de la gente, y cómo está la verdadera siguridad en procurar ir muy adelante en el camino de Dios„.

El P. Báñez, en el brillante informe que dió a la Inquisición acerca de la misma *Vida* de la Santa, con razón añadía: "Quejábase Dios antiguamente por el profeta Ezequiel (c. 13) de los falsos profetas que a los justos

(1) *Camino de perfección,* cap. XXXIX.

apretaban y a los pecadores lisonjeaban... Se puede esto decir contra los que espantan las almas que van por el camino de oración y perfección, diciendo que son caminos *peligrosos* y *singularidades,* y que muchos han caído en errores yendo por este camino, y que lo más seguro es un *camino llano* y *común* y *carretero.* De semejantes palabras, claro está, se entristecen los que quieren seguir los consejos y perfección con oración continua... y por otra parte los flojos, los viciosos se animan y pierden el temor de Dios, porque tienen por más seguro su camino; y éste es el engaño que llaman *camino llano* y *seguro* la falta de conocimiento y consideración de los despeñaderos y peligros por do caminamos todos„.

Y ya mucho antes el P. Osuna, en el famoso *Tercer Abecedario*, que tanto bien hizo a la misma Santa—sirviéndole de guía y de maestro para entrar en las sendas del espíritu—advirtió con gracia (*Tr.* 5, c. 2): "He leído muchos peligros (en el camino de oración). En un libro leí doce, y en otro otros doce; y después de haber mirado sus amenazas y el multiplicar engaños que las personas espirituales suelen caer, más me parecen espantajos... que avisos... Así que los tales, pensando aprovechar, dañan mucho a las personas simples, que, según dice el Salmo (13), *temen donde no hay que temer...* Digo que esta vía es segura... y los que atemorizan... a los que por ella quieren ir, en espantar a los otros piensan excusar a sí mesmos de negligentes, cuasi diciendo que ellos más lo dejan por temor que por falta de voluntad (1)...

„Si en algún libro leyeres que te has de guardar de las personas que tienen arrobamientos, como si tuviesen rabiamientos, tampoco lo creas; y si te dijeren que fué santo el que lo escribió, dí tú que ningún santo condena como atrevida sentencia, lo que puede ser bueno, sin primero lo examinar con mucho acuerdo„ (2).

(1) Peraldo *(Summa Virtutum*, P. 4.ª, tr. de Donis, p. 8): «Secura est vita contemplative respectu activae. (Prov. I): *Frustra jacitur rete ante oculos pennatorum.—Glos.:* «Facile evadit laqueos in terris, qui oculos habet in coelis». Vita contemplativa finis videtur esse activae... Per activam transitur ad contemplativam. Isidorus in libro de Summo Bono: Qui prius in hac vita proficit, bene ad contemplationem conscendit».

(2) Cf. Santa Teresa, *Fundaciones*, cap. VIII. «Ningún estado—advierte la ilustre abadesa de Solesmes, autora de *La Vie spirituelle et l'oraison,* ch. XIX—parece haber sido mejor dado a conocer por los Padres que éste de la *unión perfecta*, que termina en la *cumbre de la contemplación*... Reconocen su sublimidad, describen sus caracteres, exhortan a tender a él, parecen mirarlo como *frecuente* y no ven en él otra cosa sino el *desarrollo del Cristianismo en su plenitud.*

»Todo tiene, sin duda, sus peligros en el estado de viadores, y la vida espiritual no deja de tener sus escollos; mas a fuerza de no mostrar en ella sino los lazos, los engaños, los precipicios, se apartan de allí muchas almas que

Por aquí se verá cuán terrible daño hacen a las almas fieles los malos directores o maestros que, con pretexto de peligros imaginarios, las disuaden de aspirar a la verdadera perfección, que es siempre cosa muy alta, y las apartan de los caminos que a ella conducen, que son los de la contínua oración y mortificación; y así, o del todo les cierran las puertas del Reino de Dios, induciéndolas a resistir a la gracia e ir por la ancha senda, donde todo es engaño y precipicios (1); o las obligan a caminar siempre paso a paso y muy despacio, sin dejarlas hacer ningún esfuerzo generoso y heróico, ni permitirles salir nunca de las sendas más ordinarias (2); o cuando menos las dejan estancadas en sus imperfecciones y tibiezas, sin cuidarse de corregirlas de ciertas faltas habituales que, con parecer muy ligeras, les impiden aprovechar, y sin estimularlas a que, con renovado fervor, caminen a donde el Señor las llama (3).

se habrían elevado a grandes alturas y dado muchísima gloria a Dios: y no se piensa quizá que la pusilanimidad no es menos temible que la presunción».

(1) «Confieso aquí la verdad, decía Sor Catalina de J. M. y J. *(Autobiogr.* 2.ª P. c. 10, p. 155); más horror le he cogido a un Padre de estos dudosos y temerosos, que al mismo demonio; porque me han puesto en grandes oscuridades y trabajos, y cargándome de dudas: y andar resistiendo a Dios ha sido mi mayor tormento».

(2) «Muchas veces se me ha hecho saber—decía la admirable leguita salesa, llamada *encanto del divino amor*, Sor Juana Benigna Gojoz (1615-1692; cf. *Vie*, 1.ª P. c. 9)—que un alma que se contenta con ir lentamente por las *vías ordinarias* de la virtud, nunca recibirá más que las gracias *suficientes;* que para amar a Dios con perfección, debo hacer que su amor reine sobre la razón, y ésta sobre mis inclinaciones y movimientos naturales; que el alma que vive de Dios, debe incesantemente morir a sí misma».

Véase en el P. José de J. M.ª *(Don que tuvo San Juan de la Cruz para guiar almas,* c. 22), el bien que hizo este admirable Maestro disponiéndolas para la contemplación, y el daño de quienes las obligan a estancarse en la meditación, movidos de vanos temores.

El P. Bretón *(Teol. Mística,* l. 1, p. 143, Madrid, 1614) decía de tales guías medrosos: «Son éstos aquellos diez exploradores de los doce que envió Moisés a que mirasen la Tierra de promisión y habiéndola visto toda y alabado las riquezas, deleites y abundancia de ella, dijeron éstos diez que no había que tratar de ir allá, porque había muchas dificultades, muchos enemigos en el camino, y ellos flacos y delicados que no podrían llegar allá».

«Semejantes personas, añade el capuchino Agustín de Zamora *(De la Margarita preciosa del cor. hum.,* l. 4, c. 4, n. 168), parece que miran o consideran a Dios Nuestro Señor diferente de lo que ha sido siempre y como si no fuera tan sabio, tan bueno, tan poderoso y de amor tan infinito, como muestra cuanto ha obrado en otros tiempos con sus escogidos... Los daños que estos dictámenes causan en las almas son grandísimos, porque estas cosas sobrenaturales quieren al alma muy pacífica y las potencias muy serenas; y en oyendo dudar de lo que pasa en su interior, cuando lo comunica, entra recelosa en la oración y no se atreve a dar lugar a la operación divina, como era necesario para que Dios obrase lo que gustase en ella».

(3) Sobre este punto dió Nuestro Señor a su sierva Magdalena Vigneron (1628-67); cf. *Vie,* 3.ª P. c. 6) estas severas instrucciones: «Es de suma trascendencia no dejar estancadas en ninguna imperfección habitual las almas inocentes que nunca han perdido mi gracia. Si ellas deben cuidadosamente hacer fructificar todas las gracias ordenadas a su perfección, con más razón están a ello obligados los directores a cuyo cargo se hallan. Si no lo hacen,

A estos directores descuidados o desconfiados debemos decirles con el profeta Isaías (26, 2): "Abrid las puertas...: *Aperite portas, et ingredietur gens justa, custodiens veritatem*". Y a éstos claman también—con el Salmista (117, 19, 20)—las almas valerosas y todos los verdaderos devotos que, por seguir a Cristo, no reparan en trabajos, suspirando: "Abridme las puertas de la justicia...: Aperite mihi portas justitiae, *ingressus in eas confitebor Domino:* haec porta Domini, *justi intrabunt in eam*...

Otros—que aun hoy abundan, por desgracia—, sin llegar a esos tan vituperables extremos, antes reconociendo la suma importancia de la oración mental y enseñando y recomendando con celo su práctica, propenden, sin embargo, a que toda ella se reduzca a la meditación o consideración, teniendo por sospechosa cualquier otra forma; como si estuviese en mano del hombre el señalar su camino, ni en potestad suya el dirigir sus pasos (1), o como si ellos fueran quienes para imponer a nadie sus propios métodos o aficiones (2), y no debiera cada cual tener aquella manera de oración que Dios le da y no otras que entonces no le sean dadas por el Autor de todo don precioso (3). Esos tales todo lo quieren reducir al

serán terriblemente castigados... Creerán acaso al morir que han merecido mucho con tantas confesiones y direcciones; mas luego quedarán bien desengañados en el otro mundo, cuando vean las muchas gracias que mi misericordia les había repartido para santificar a esas almas inocentes; y por haber faltado a ese deber, mi pureza divina les castigará rigorosísimamente, pues les hará pagar todos los grados de perfección que estas almas debían poseer y habrían en efecto poseído, si hubieran recibido los socorros espirituales que les estaban destinados».

(1) «Scio, Domine, quia non est hominis via ejus; nec viri est ut ambulet, et *dirigat gressus suos.—Jerem.*, X, 23. Cf. *Prov.* 20, 24.

(2) «De lejos—advertía muy bien Sor Teresita del Niño Jesús (*Sa Vie,* ch. X)—parece cosa fácil hacer bien a las almas, formándolas según nuestras propias miras e ideas. Mas de cerca vemos que es menester olvidar completamente los propios gustos y las idas personales para poder guiarlas, no por el propio camino, sino por el que Jesús tiene señalado a cada una».

«De hombres *a priori* cerrados en sus métodos y sistemas—decía Dom Guéranger—librenos el Señor».

(3) *Jac.*, 1, 17. «Importa mucho a cualquier alma que tenga oración, poca o mucha—dice Santa Teresa (*Morada I,* cap. II)—, que no la arrinconen ni aprieten: déjela andar por estas moradas, *arriba y abajo y a los lados,* pues Dios la dió tan gran dignidad: no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola... Ansí el alma en el propio conocimiento... *vuele* algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios... Y créanme, que con la virtud de Dios obramos muy mejor virtud, que muy atadas a nuestra tierra».

«Porque *todo esto*—advierte también muy a propósito el V. Granada al empezar a tratar *De la Devoción* (cap. I)—es obra de gracia y *negocio del Espíritu Santo,* no pretendemos aquí hacer regla general ni atarle las manos para que no pueda llevar por otro camino a quien El quisiere, ni presumimos tampoco de comprender todo lo que para este negocio se requiere, sino solamente dar algunos avisos a los que de nuevo comienzan y ponerlos en el camino, porque después de entrados en él, la experiencia del negocio y la asistencia del Espíritu Santo les serán mejores maestros desta doctrina».

ejercicio de las potencias, como si éstas por sí solas bastasen para labrar nuestra santificación; y así suelen medir el fruto de la oración, no por la mejora de vida, sino por los grandes esfuerzos que el entendimiento haga para discurrir y mover la voluntad, y sacar así sólo a fuerza de brazos, como si esto fuera un puro negocio de puños, de habilidad o de arte, algunas gotas de agua del pozo de la gracia, por hondo y seco que esté. Y aun cuando por esta vía ya no acierten a sacar nada, prefieren verlos fatigarse en vano antes que aparentemente "ociosos", reposando dulcemente en el Señor y recibiendo con gran consuelo la que El les da *(Ps.*, 126, 1-3); y así les inducen a obstinarse en no recibir el riego espiritual que el mismo Dios les envía, ya desde la fuente o el río de la gracia, ya mediante la *lluvia voluntaria* con que regala a su herencia (1).

Esto es manifiestamente resistir y contristar al Espíritu Santo (2) que interiormente nos mueve y enseña a orar como conviene *(Rom.* 8, 26), dándonos así a cada

«Entren—añade (cap. V, § 19)—por la puerta que hallaren abierta, porque aquella es por donde Dios quiere que entren».

«Los maestros—observa a su vez Saudreau *(La vie d' union,* n. 432-3)—están unánimes en presentarnos este género de oración (la contemplación infusa) como término a que debemos aspirar, porque ahí es donde se ejercita el puro amor, y ejercitándose así crece y se desarrolla. Mas si el alma debe aspirar a la contemplación, no debe, sin embargo, entrometerse por sí misma antes de la hora señalada por Dios, así como tampoco debe resistir a Dios cuando El quiere ya introducirla. Los Maestros indicaron ambos abusos: el primero ha sido frecuente en ciertas épocas y dió lugar a funestos errores... El segundo es el más frecuente en nuestros días; y por desgracia es a veces favorecido de quienes debían precaverlo; y así en vez de alentar las almas que están encargados de dirigir, las apartan de los designios y caminos de Dios. Santa Teresa, Santa Chantal y otras almas nos atestiguan lo que por esta causa tuvieron que sufrir; y en nuestros días hay más de las que se piensa en igual tormento... atadas a métodos que ya no pueden seguir e impedidas de entrar por las sendas de la contemplación.

(1) *Ps.* 67, 10. «Resistirse a entrar en el camino adonde Dios nos llama—reconoce Ribet *(La Mystique divine,* tomo I, cap. VI, pág. 120, 1895)—es por de pronto exponerse a una disminución de gracias, y quizá arriesgar la decisiva de la salvación. Querer persistir en el ejercicio de la meditación cuando El se propone levantarnos a la contemplación sería, no humildad, sino pusilanimidad y pereza que privarían al alma de los bienes más preciosos y le causarían daños irreparables».

«Cum enim per se loquendo—advierte Schram *(Theol. myst.*, § 271)—via orationis per contemplationem multo sit *perfectior* quam per meditationem, et Deus per illam spiritum movere velit, non humilitas, sed pusillanimitas et pigritia foret vocationi divinae, non sine magno lucro cesante et damno forsan emergente, repugnare».

«Decir que es necesario meditar siempre—advertía el V. P. Juan Falconi *(Camino derecho para el Cielo,* 1783, lib. I, cap. II)—es manifiestamente contra la doctrina del Evangelio y contra la de todos los santos, que uniformemente enseñan que se ha de dejar la meditación para pasar a la contemplación».—«De poco o ningún fruto es el discurrir—decía Santo Tomás *(Super.* cap. XXII *de Div. Nomin.*, lect. 2)—si no viene a parar en la simple vista y contemplación de la verdad».

(2) «Nolite contristare Spiritum Sanctum Dei». *Eph.*, 4, 30; cf. I *Thes.*, 5, 19; *Act.*, 7, 51; *Job.*, 9, 4.

cual y en cada momento la verdadera forma de oración que entonces debemos tener con exclusión de las demás, que, aunque buenas en sí y útiles en otras ocasiones, en ésta podrían perjudicarnos, no sólo por estorbar la acción divina, sino por entrañar cierta presunción oculta (1): Y la entrañan, porque esa terquedad en querer meditar a todo trance—aun a pesar de las sequedades e incapacidades con que Dios nos avisa que por entonces no nos conviene eso, o de los atractivos con que dulcemente nos llama a otra manera de oración superior—indica que el alma, allá en sus adentros, como que se cree capaz de labrar su santificación por sí sola o con sus propias manos, en vez de reconocer humildemente que "si el Señor no edifica la casa, en vano trabajaremos nosotros en edificarla„ *(Ps.* 126, 1); y por eso, aun haciendo fidelísimamente cuanto es de nuestra parte y nos está mandado, tenemos siempre que reconocernos por "siervos inútiles„ (2).

Así hacen que muchísimas almas lastimosamente trabajen y se fatiguen en vano y se esfuercen sin más fruto que una mayor sequedad y disipación, pues, como lamenta San Juan de la Cruz (3), ni pueden ya andar, porque el mismo Dios les ata los pies, ni dejan que El las lleve en sus brazos, porque el Director neciamente se lo prohibe o se lo hace sospechoso con tantos miedos como les pone. Y de este modo pasan días y meses y años sin edificarse ni dejar que el Espíritu Santo las edifique de veras.

(1) Cf. San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva,* canc. 2, etc.

«Hujusmodi infusionibus, dice S. Lorenzo Justiniano *(De discipl. et perfect. monast. convers.,* c. 18, n. 9), *nunquam resistendum est.* Quidquid enim tunc cogitatur, vel cogitandum proponitur boni, intermittendum est, et ad tempus seponendum, ac sic tota spiritus alacritate coelesti immissioni subdendum est cor, atque prout gratia communicaverit, obedire non renuat. Repugnare autem et vocanti Deo *nolle humiliter acquiescere,* nil aliud est, quam fluenta gratiae desiccare, et ad sui praejudicium aditum internarum devotionum obstruere, ac *Dei iram contra se fortiter advocare...* Tunc etenim per semetipsum Dominus animam visitare dignatur... Hunc autem Sponsi adventum Sponsa insinuare voluit, quum dicebat *(Cant.* 2): *En ipse stat post parietem nostrum...* Non enim absque maxima animi impudentia, et spiritus praesumptione resisti potest amabili, et aeterno Sponso tam dulciter... venienti. Non sunt eo tempore verba componenda, sed sicut suggerit spiritus, agendum est».

(2) *Luc.,* 17, 10. «La humildad—decía Nuestro Señor a Sor Catalina de J. M. *(Autob.* 2.ª P., cap. LXV)—consiste en conocer que de Mí viene a la criatura todo bien. Y es gran atrevimiento de la criatura quererme coartar mi bondad y atajar el influjo de mis favores que derramo a las almas del modo que yo gusto y quiero. *Búsquenme todas las almas y verán si con alguna anda corto,* y entonces no dudarán de mis favores».

En cambio quiere que las mismas almas sean también con El generosas, y así le añade *(ibid):* «Ya no quiero de tí que cuentes las horas de oración».

(3) *Llama de amor viva,* canc. 3, v. 3, § 5-11; *Subida,* pról.

Tales maestros, aun sin advertirlo, estarán siempre cortando, como si fueran vanidades peligrosas, las alas de los santos deseos que el mismo divino Espíritu produce en nosotros; sin las cuales siempre andaremos arrastrándonos pesadamente por el suelo, como incapaces de subir a las alturas a que hemos sido destinados, a que Dios con sus contínuas inspiraciones nos llama, y a donde gustaría de vernos tender ansiosos, como tienden, a imitación del Salmista, los corazones amantes, que no cesan de pedir esas místicas alas (1).

Esto, a veces, más bien que error, es una simple exageración proveniente de no medir el alcance de las palabras; pero así y todo es tanto más dañosa y de lamentar, cuanto más competente y respetable sea el autor. Así vemos que cuantos se inspiran principalmente en Rodríguez, según advierte Saudreau, suelen mirar con cierto miedo la divina contemplación y aun tenerla por inncesaria, a pesar de que él mismo, en ciertas ocasiones, les da bien a entender todo lo contrario. Pero, leyéndole sin estar muy sobre sí, no se fijará uno en esas breves correcciones que reducen las cosas a su valor, y sí en las exageraciones hechas con insistencia.

Lo mismo puede suceder, y sucede, que otros, sin errar tampoco propiamente, por sólo emplear expresiones menos correctas, den pie a ciertos incautos para incurrir en el extremo opuesto de querer volar antes de tener alas.

Y si esto pasa con tan grandes maestros de espíritu, ¿qué no sucederá con las medianías que llenan el mundo de voces hueras y de librejos sin substancia? ¿Y qué con esos *medio letrados,* que hoy tanto abundan y de que tanto abominaba Santa Teresa *(Morada* V, c. 1; *Vida,* c. 5), viendo cómo se espantaban sin tener por qué, o se atrevían a fallar acerca de todo sin tener clara noticia de nada?

De ahí, pues, tantos aspavientos al solo nombre de *Mística* o de *contemplación sobrenatural* (2); de ahí tan-

(1) Cf. *Ps.* 54, 7; San Agustín. *Meditaciones,* c. 37; *Soliloquios,* c. 1; Osuna, *Terc. Abec.* tr. 11, c. 4-5; Gemma Galgani, *Extasi,* XXV.

(2) «Es lástima—decía el V. P. Juan Falconi *(Camino derecho,* lib. I, cap. X)—ver a algunos imperfectos con los misterios y énfasis que hablan de estas materias, como si la contemplación fuera... tan rara como el ave Fénix; y no consideran que es *ordinarísimo* en las almas tener mil ratos de contemplación, aunque ellas, como no saben qué es, piensan que no tienen nada. Porque ¿cuántas almas hay que, sin saber qué es oración ni contemplación, se suelen quedar cuando rezan, atendiendo a aquellas verdades que van diciendo, como embelesadas... y quedándose en aquella admiración algunos ratillos sin hacer más discurso y sólo creyendo aquellas verdades? Y esto, ¿quién duda que es contemplación admiratíva, aunque breve...?

tísimos errores y prevenciones y tantas máximas sin fundamento como abundan en no pocos libros modernos de piedad, donde maestrillos improvisados, a fuerza de repetir o ver repetir una cosa, vienen a darla por indiscutible; y así presentan como *tradicional* cualquier afirmación peregrina, cualquier *innovación* que sólo date de algunos siglos y que difícilmente podrán hallar en autores de primer orden.

Y tal sucede con la excesiva importancia que del siglo XVI para acá suele darse a los métodos de oración o de meditación, como si ellos fueran el todo y nunca se les debiera dejar; con lo cual vienen a convertir la obra de la gracia de Dios en puros artificios humanos.

Así es como de San Juan de la Cruz refiere el Padre Fr. José de Jesús María, que ya de estudiante "hallaba tan encontradas la doctrina antigua... y las opiniones nuevas que en materia de oración mental corrían en este tiempo, que gastó mucho en averiguarlas, para sacar en limpio la esencia verdadera de la *contemplación provechosa,* que era como *fundamento de la vida que profesaba.* Y hallaba poca resolución de esto en las personas espirituales que comunicaba, *por estar ya muy desusada la verdadera contemplación que enseñaron los Santos,* por otros *modos nuevos* de orar, que maestros modernos habían introducido, fundados más en *artificio humano* que en los *recibos de la operación divina.* (1).

En contra de lo cual enérgicamente protestaba ya el V. Granada, al terminar su precioso tratado de la *Devoción* (c. 5, § 17), diciendo: "Conviene avisar que todas estas cosas que hasta aquí se han dicho para ayudar a la devoción, se han de tomar como unos aparejos con que el hombre se *dispone para la divina gracia,* quitando toda la confianza de sí mesmo y de todos sus ejercicios, y poniéndola en sólo Dios. Digo esto, porque hay algu-

»Por eso los santos, como cosa tan común y asentada, enseñan que todos los fieles procuren andar creyendo que Dios está presente, y andar en su presencia, lo cual no es otra cosa que andar con una simple vista mirando a Dios, y eso es *contemplación.* Luego para la contemplación imperfecta y de imperfectos no es menester hacer tan dificultoso este negocio y a Dios tan inaccesible e incomunicable, como si Su Majestad estuviera a cien mil leguas de nosotros».

«Este modo de orar en espíritu, dice Fr. Miguel de la Fuente *(Las tres Vidas, l. 2, c. 12),* es nobilísimo y muy suave en el ejercicio mental, que como carece de lo imaginario... no cansa tanto la cabeza, y puede el alma durar en El por largo tiempo con más facilidad que cuando ora con modo imaginario y sensible».

(1) Cf. Edición crítica de las Obras de San Juan de la Cruz. Toledo, 1912-14, t. I, Prelim. IV.—A esta edición nos remitimos aquí siempre.

nas personas que hacen una como arte de todas estas reglas y documentos, pareciéndoles que así como el que aprende un oficio, guardadas bien las reglas dél, por virtud dellas saldrá luego buen oficial, así también el que estas reglas guardare, por virtud dellas alcanzará luego lo que desea; sin mirar que esto es hacer arte de la gracia, y atribuir a reglas y artificios humanos lo que es pura dádiva y misericordia del Señor. Y a este yerro ha dado ocasión la mala manera de enseñar de algunos libros espirituales que andan en Romance: los cuales, de tal manera encarescen sus reglas y las enseñan, como si solas ellas sin más gracia bastasen para alcanzar lo que desean. De manera que así como un alquimista enseñaría a hacer oro... así ellos dicen: Haced tales y tales cosas, y decid tales y tales palabras, y luego por aquí alcanzaréis el amor de Dios.

„Esta es una mala manera de enseñar y muy ajena al estilo y gravedad de los Doctores Santos... Porque pues *todo este negocio es gracia* y misericordia de Dios, háse de tratar como negocio no de arte, sino de gracia; porque tomándolo de esta manera, sepa el hombre que el principal medio con que para esto se ha de *disponer,* es una profunda humildad y conoscimiento de su propia miseria, con grandísima confianza de la divina misericordia..., sin tener ninguna repunta de confianza en su manera de ejercicios ni en cosa suya propia.

„Mas aunque esto sea así, no se excluye por esto la doctrina y aviso de lo que se debe hacer; porque aunque el que planta y el que riega no sean los que hacen crescer las plantas, sino Dios (I *Cor.,* 3), todavía quiere El que se plante y riegue, para que El dé crescimiento„.

Por tanto, este cuidado de atenerse a los *métodos ordinarios* (que es lo que algunos, con buena intención, aunque con frase tan impropia y grosera, llaman "ir por el camino de las vacas„, por contraposición al "de las cabras„, que van siempre saltando fuera de camino) puede y suele ser muy útil a los principios, y en general mientras no se siente dificultad para eso y facilidad para cosas mejores; pero siempre a condición de que en nada coarte la santa libertad del espíritu ni, por lo mismo, impida atender fielmente a las mociones e insinuaciones del Espíritu Santo, que nunca faltan, puesto que siempre ha de ser El nuestro principal Maestro en estos caminos (1).

(1) «¡Oh qué dichosos son—exclama San Francisco de Sales *(Amor de Dios,* lib. VIII, cap. X)—los que abren sus corazones a las santas inspiraciones! Porque jamás faltan a nadie las necesarias para vivir bien y *devotamen-*

Y a medida que el alma vaya adelantando en la perfección y unión divina, va El tomando más plena posesión de ella y reservándose más exclusivamente ese magisterio y dirección, para que así salga ella del todo espiritual, santa y perfecta hija de Dios, ya que habrá de serlo en la medida en que sea en todo movida del Divino Espíritu *(Rom.* 8, 14).

Así, pues, "grandemente se estorba el alma para venir a este alto estado de unión con Dios—según observa San Juan de la Cruz *(Subida,* II, c. 3)—cuando se ase a algún entender, sentir o imaginar, o parecer, o voluntad o *modo suyo,* o *cualquier obra o cosa propia,* no sabiéndose desasir y desnudar de todo ello. Porque, a lo que va es *sobre todo eso,* aunque sea lo que más puede saber y gustar... Por tanto, en este camino, el dejar *su camino* es entrar *en camino;* o por mejor decir: pasar al término y dejar *su modo,* es entrar *en el término* que no tiene modo, que es Dios. Porque el alma que a ese estado llega, ya no tiene modos ni maneras, ni menos se ase ni puede asir a ellos...

Por esta razón, el mismo V. P. Granada vuelve poco después *(l. cit.,* c. 5, § 18), muy sabiamente, a advertir que las meditaciones allí señaladas "principalmente sirven a los que comienzan, para que tengan unas como cuerdas a que se puedan asir, con que anden este nuevo y no sabido camino. Mas después de ejercitados en él, no es necesario que perseveren siempre en esos mesmos pasos, sino que *acudan adonde el Espíritu Santo los encaminare: que suele sacar a sus discípulos de esta escuela para otras mejores.* Así hay unos que salen de aquí a la consideración de las perfecciones divinas... Otros hay más bien librados, a quien corta Dios la vena de la demasiada especulación, y abre las de la afección, para que sosegado y quieto el entendimiento, *repose y huelgue* la voluntad en sólo Dios, empleándose toda en el amor y gozo del sumo Bien. Este es el *estado perfectísimo de la contemplación, a que siempre habemos de anhelar.* Aquí con menor trabajo hay mayor gozo y mayor provecho...

"No apruebo, decía a su vez el santo Arzobispo de Braga, Fr. Bartolomé de los Mártires, O. P. *(Compend. myst. doctrinae, 2.ª P. c. XX),* a ciertos maestros espirituales que sólo cuidan de enseñar a sus discípulos cómo

te en su estado y para ejercitar *santamente* las obligaciones de su profesión... Si no resistimos a su gracia, Dios da a cada uno las inspiraciones necesarias para vivir, obrar y conservarnos en la vida *espiritual*».

han de meditar y cómo han de dar cuenta de sus meditaciones y prepararse para otras nuevas. Porque de aquí lo que nace es que salgan más sutiles o curiosos, que devotos y virtuosos; pues piensan que han hecho bastante si hallaron alguna consideración nueva: por lo cual nunca o muy tarde llegan a la verdadera unión... Y así, en lo que se ha de poner sumo cuidado es en que nuestra voluntad enteramente se una con Dios como Padre y piadoso bienhechor..., y las meditaciones no se han de emplear sino en cuanto sean menester como leña para encender o conservar el fuego del amor divino y de modo que nunca lo apaguen; así no hay por qué tener el espíritu atado a ellas, sino libre para volar hacia Dios„.

Sin embargo, añade luego, "hay algunos tan aficionados a especular y meditar, por el gusto que en eso hallan, que a todos quieren persuadir que ese es el mejor camino; y así prescriben ciertas consideraciones por las cuales creen que infaliblemente se ha de pasar, queriendo medir y regir a todos por su natural propio y haciendo de éste una regla universal; no advirtiendo que se puede llegar de varios modos al amor unitivo—que es a lo que Dios llama a todos—, y que para eso el camino de los afectos es más breve que el de las meditaciones„.

Muy conforme a esto, con gran razón protestó más tarde el devoto P. Surín, S. J., contra el creciente abuso de los métodos y el obstinado apego a ellos, diciendo que, por útiles que hayan sido en un principio, les pasa lo que a las andaderas, las cuales, una vez que con su ayuda se aprendió bien a andar, sólo servirían de estorbo. Que así deben emplearse de tal modo que a veces se pueda prescindir de ellos y que siempre dejen la suficiente libertad para seguir dócilmente las mociones del Espíritu Santo. Y cuando éste se encargue ya de llevar como de su mano al alma, querer seguir entonces los métodos ordinarios, sería resistirle y contristarle e impedir, por tanto, el verdadero aprovechamiento.

Entiéndanlo, pues, bien de una vez los muy aferrados a consideraciones metódicas y al contínuo ejercicio de nuestras potencias (1); y "entiendan, conforme les vuelve

(1) Dom Festugière, en su notable obra *La Liturgie Catholique,* dice que este proceder tan metódico y tan completamente «militar», que «hacer marchar al alma y todas sus diferentes facultades a una orden, acto por acto y modo por modo», aunque «ha producido notables frutos de santificación en la Iglesia», sin embargo, «para muchas almas es como incompatible con el espíritu de libertad cultivado por la Liturgia».

«No se debe dar a la juventud—añade—una formación espiritual que vaya contra el espíritu de la Liturgia. Y la experiencia y la reflexión nos enseñan que dicho método lleva a ese resultado. Por tanto, convendría suavizar todo lo posible sus cuadros rígidos».

a advertir San Juan de la Cruz *(Llama de amor viva,* canc. 2)—que el que *siempre* se quiere ir arrimando a la habilidad y discurso natural para ir a Dios, *no será muy espiritual,* porque hay algunos que piensan que *a pura fuerza* y operación del sentido, que de suyo es bajo y no más que natural, pueden venir y llegar a las fuerzas y alteza del espíritu sobrenatural, a que no se llega sin que el sentido corporal, con su operación, sea negado y dejado aparte...

Por tanto, "como esta vía—pasiva o mística—tiene sobre la otra, según dice el P. Grou *(Máximas,* 11), grandísimas ventajas para nuestra santificación, puesto que ahí es Dios quien se encarga de trabajar en ella inmediatamente por Sí mismo, importa sobremanera deshacerse de las prevenciones que contra ella hay y no descuidar nada de cuanto pueda abrirnos la puerta, pues estoy persuadido de que *Dios llama a muchas más almas de las que se supone... Si los confesores procurasen bien cultivar las primeras semillas* de la gracia y desarrollar ese germen de vida interior, el número de almas conducidas por el Espíritu de Dios sería *incomparablemente más grande...*

III.—Objeto de este trabajo.—Lo ordinario y lo extraordinario en general

Nuestro ánimo es, pues, discutir y examinar algunas de las principales cuestiones candentes relativas a la Mística, para tratar en lo posible de rectificar no pocas inexactitudes, tan perniciosas como corrientes, y ciertas sentencias erróneas, que hasta suelen invocarse a veces como axiomas, siendo así que, lejos de tener apoyo ninguno en la Escritura ni en la tradición, en ellas están plenamente desmentidas, y que no pueden autorizarse sino con pasajes aislados, truncados, obscuros, viciados o muy incompletos de los antiguos maestros, mal interpretados por quienes los leen con prevención, sin la de-

«Desde que Dios—observa el P. Caussade, S. J. *(Abandon a la Provid.,* lib. II, cap. III, § 1)—, movido de los esfuerzos que el alma hizo por adelantar mediante las prácticas ascéticas, le ha salido al encuentro y tomado a su cargo el conducirla a la venturosa unión, cuando el alma ha llegado a esa hermosa región donde no respira sino abandono y comienza a poseer a Dios por amor; cuando, en fin, ese Dios de bondad, reemplazando los cuidados e industrias de ella, se ha hecho principio de sus operaciones, los métodos de la ascética han perdido para ella su utilidad, pues son un camino ya andado y dejado atrás. Exigir, pues, que el alma vuelva a esos métodos o continúe siguiéndolos, es hacerla abandonar el término a que ha llegado para volver a la vía que a él conduce».

bida preparación, o sólo preocupados de huir de un extremo, sin fijarse en el otro.

Entre esas cuestiones, hoy por suerte ya muy ventiladas y no poco esclarecidas, pero que necesitan aún esclarecerse mucho más, figuran las siguientes:

1.ª Si es deseable la contemplación sobrenatural, o sea la vida mística.

2.ª Si es realmente asequible a todos y si a todos se ofrece como verdadero complemento de la vida cristiana.

3.ª Por qué son tan pocos los que la alcanzan y cómo podremos disponernos para alcanzarla y hacer que no se malogre en nosotros, sino que llegue a su debido desarrollo.

4.ª Si es necesaria e indispensable para lograr la plena perfección a que somos llamados, o si, por el contrario, esta perfección puede lograrse con una vida puramente *ascética*. En otros términos: si hay, como suponen Scaramelli y Ribet, dos vías completamente distintas para llegar a la verdadera santidad, la "ordinaria„ o ascética y la "extraordinaria„ o mística, o si más bien aquélla se ordena toda a ésta, como a *única vía perfecta*, la cual, por tanto, lejos de ser *extraordinaria*, es la ordinaria y común en todos los *Santos*, o sea en todos los cristianos perfectos, ya que no en la generalidad de los que pasan por "ordinarios„.

5.ª Si estas vías están bien deslindadas y del todo separadas, o, por el contrario, más o menos unidas y compenetradas, de modo que de lo característico de la una a lo de la otra se pase de un modo gradual e insensible.

6.ª Cuál sea el verdadero constitutivo y lo característico de una y otra vía.

7.ª Cuáles sean las principales fases y los más ordinarios fenómenos de la vida mística.

Estas siete cuestiones están, como desde luego se ve, tan íntimamente relacionadas, que, aun cuando más procuremos irlas tratando por orden y evitar enojosas repeticiones, nos será casi imposible terminar una sin tocar algo de las otras, pues la plena confirmación de cada una suele estar en la solución de la siguiente; en tal suerte, que bien resuelta y esclarecida la última, lo vendrían a quedar por el mismo hecho todas o casi todas. Pero como, por otra parte, sería muy difícil resolver ninguna de ellas sin tener ya de algún modo resueltas las que le preceden, preferimos seguir este orden ascendente, para que pueda así ir aumentando la luz a medida

que se complica la dificultad, confirmando lo ya asentado al mismo tiempo que se establece algo de nuevo.

A estas principales cuestiones, indispensables para nuestro objeto, se asocian otras varias, más o menos ligadas con ellas, que necesitan irse tratando y esclareciendo a la vez, y aun—a ser posible—previamente, como por ejemplo: la importantísima de saber qué se entiende o debe entenderse por *ordinario* y qué por *extraordinario* en la vida espiritual, porque aquí es donde más confusiones reinan. Y según lo que cada cual entienda por esos términos, así vendrá a entender y resolver a su modo—fundándose en que "sólo se debe desear y procurar lo *ordinario*, pero no lo *extraordinario*"—las correlativas cuestiones. Por lo cual, aunque ésta debe quedar para lo último—como corolario que es de la 7.ª—, con todo necesitamos ya ahora esclarecerla algún tanto, si no queremos involucrar las demás.

Conforme advertimos ya en la *Evolución Mística*, entendemos y creemos debe entenderse por "extraordinario", no, como algunos entienden, todo cuanto suele llamarse *reduplicative* "sobrenatural", sino solamente aquello que no es del todo necesario para la verdadera y plena santificación en general, aunque sí pueda serlo para ciertas formas muy especiales de la santidad, y sobre todo, lo que para ninguna de ellas es indispensable, y que, por lo mismo, pudo faltar en muchos grandes Santos, y hallarse en personas no santas, cual es lo relativo a las gracias que se dicen propiamente *gratis datas*, en cuanto ordenadas ante todo al bien común (1). Y por "ordinario", *de jure* (aunque *de facto*, por culpa nuestra, resulte en extremo *raro*), entenderemos lo que generalmente es más o menos necesario o conveniente a la propia santificación, es decir, todo aquello sin lo cual —por lo menos en la mayoría de los casos—no se puede lograr la plena purificación, iluminación y unión con Dios y la consiguiente bienaventuranza incoada que en

(1) «Pertinet ad gratiam *gratum facientem*, dice Santo Tomás (*in I Cor.*, 12, lect. 2), quod per eam Spiritus Sanctus inhabitet: quod quidem non pertinet ad gratiam *gratis datam*, sed solum ut per eam Spiritus Sanctus manifestetur, sicut interior motus cordis per vocem... Manifestatur autem per hujusmodi gratias Spiritus Sanctus dupliciter: uno modo ut habitans Ecclesiam, et docens et sanctificans eam, puta cum aliquis peccator, quem non inhabitat Spiritus Sanctus, facit miracula ad ostendendum quod fides Ecclesiae, quam ipse praedicat, sit vera: unde dicitur (*Hebr.* II): «Contestante Deo signis et prodigiis et variis Spiritus Sancti distributionibus». Alio modo manifestatur per hujusmodi gratias Spiritus Sanctus, ut inhabitans eum cui tales gratiae conceduntur: unde dicitur (*Act.*; VI), quod Stephanus, plenus gratia, faciebat prodigia et signa multa, quem Spiritu Sancto plenum elegerunt: sic autem *non conceduntur hujusmodi gratiae nisi Sanctis*».

esta vida cabe (1). Y tal es, en general, casi todo lo respectivo a la gracia santificante, a las virtudes infusas y a los dones y frutos del E. S., si bien en esto último cabe cierto predominio relativo, sobresaliendo unos siervos de Dios en un fruto y un don; y otros en otro, sin dejar por eso de tener cada cual la perfección a que era llamado, con tal que de hecho resplandezcan con la irradiación o ejercicio de algún don, que es lo que en rigor les hace ser espirituales, místicos, contemplativos o perfectos: que todo viene a ser sinónimo (2).

(1) «La palabra *extraordinario* (advierte muy bien la autora de *La Vie Spirit.* (c. 4) no es sinónima de *sobrenatural*, e importa mucho distinguir las dos cosas. La visión intuitiva, que es el último término de lo sobrenatural, no puede ser tenida por extraordinaria, puesto que es la suerte común de cuantos se salvan. Del mismo modo puede ser muy elevada una gracia de unión sin revistir ninguna forma extraordinaria, mientras que ciertas gracias extraordinarias no entrañan consigo la unión divina».

Conforme a esto, añade oportunamente: «Será siempre legítimo aspirar a la unión con Dios, que es nuestro fin, sin desear por eso las *vías extraordinarias* y los fenómenos que, aunque a veces conducen a ella, no son indispensables, y hasta van desapareciendo poco a poco según va el alma llegando al punto culminante de la vida sobrenatural».

«Illa singularia dona, dice Alvarez de Paz (T. 3, l. V, p. 2, c. XIII), quibus solet Deus aliquas pias animas cumulare, ut sunt extases, raptus, apparitiones corporeae vel imaginariae, etc..., desiderare non licet, nec postulare, et multo minus ad ea conari, quod esset superbum atque ridiculum». Lo mismo dice Vallgornera, q. 3, d. 3, a. 3, n. 609.

Schram (*Theol. myst.*, § 260) hace, muy oportunamente, una salvedad, diciendo: «*Contemplatio extraordinaria* cum suis favoribus raptuum, visionum, etc., per se loquendo non est desideranda, nec a Deo petenda, sed ad summum per accidens et raro quando impulsus Dei extraordinarius ad hoc impellit».

«Estos dones, decía N. Sr. a María Lataste (*Oeuvres*, t. 3, l. 9, VI), no deben descarse, pues Dios no los da sino a las almas que para eso tiene escogidas. Mas cuando El da estas gracias *extraordinarias y puramente gratuitas*, hay que hacer de ellas el uso debido, a fin de obrar por otro y en otro el bien que Dios desea ver realizado».

(2) «Sicut est in sensibus corporis, quod sensus qui est ad esse, sc. tactus, est in omnibus membris; qui autem sunt ad bene esse, sunt in corde (capite) tantum, per quod alia membra reguntur; ita etiam est de *donis gratuitis* quae in Ecclesia dantur. Quaedam enim sunt de *necessitate salutis;* et haec oportet quod omnibus membris Christi dentur: et hujusmodi sunt quae pertinent ad gratiam gratum facientem; *ut virtutes et dona*. Quaedam autem sunt, quae sunt ad bene esse, sicut *gratiae gratis datae*, ut operatio miraculorum, et hujusmodi; et haec non omnibus Christi membris dantur, sed illis tantum quibus expedit ad aedificationem fidei». S. *Thom.* in III Sent. D. 35, q. 2, a. 3, sol. 2.

«Los dones del E. S., observa oportunamente el P. Felipe de la Smá. Trinidad (*Myst.* t. 2, p. 2, tr. 3, d. 3, a. 4), aunque *sobrenaturales*, son *ordinarios* en todos los justos, y su irradiación *no es rara* en las almas perfectas».

Mas en esta irradiación, o sea en este ejercicio de los dones es en lo que consiste la oración sobrenatural o contemplación infusa: la cual, por tanto, siendo como es el acto normal de un hábito *ordinario* en todos los justos, mal podrá llamarse en rigor *extraordinaria*, por muy rara que de hecho resulte, a causa de la rareza de las almas perfectas, en quienes únicamente no es raro, sino más bien normal y ordinario el ejercicio de los dones. «Así, Santo Tomás, conforme advirtió muy bien el P. Schwalm, jamás pone la contemplación entre las gracias *extraordinarias*. Hacer milagros, profetizar, discernir el Espíritu de Dios y los malos espíritus en los corazones, hablar lenguas desconocidas o entenderlas, curar las enfermedades sin reme-

Por lo que hace a la 7.ª *cuestión*, la hemos tratado ampliamente en el mencionado libro, donde distinguimos —y creemos del todo necesario distinguir—la simple *unión conformativa* de la *transformativa*, describiendo las tres principales fases de la primera—que son el *recogimiento*, la *quietud* y la propiamente *unión*—, y las dos de la segunda—que más bien que unión es ya *unidad* (1)—, a saber: el *Desposorio* y el *Matrimonio espiritual;* y junto con eso, las dos grandes *noches* que, respectivamente, las preparan, los preciosos efectos que se les siguen y los admirables fenómenos que las acompañan. Así apenas necesitamos consignar aquí nada más que lo indispensable para esclarecer y completar el desarrollo de los otros puntos, para lo cual nos bastará una breve síntesis de lo allí dicho, ilustrándolo con algún nuevo ejemplo que lo haga más palpable.

En cuanto a las demás cuestiones, también las hemos tocado entonces, aunque más rápidamente y como para complemento, dedicándoles a todas ellas un solo capítulo, el último de la 2.ª parte, donde—de acuerdo con la verdadera tradición de los SS. Doctores—sostenemos

dios naturales, discurrir con una fe, una ciencia o una sabiduría brillantes sobre las cosas de Dios... tales son las gracias que el Doctor Angélico señala como puestas fuera de las *vías comunes*. Porque esas no señalan etapas en el camino de los justos y de los perfectos, ni aun las mismas etapas supremas, sino que sirven simplemente para acreditar a un enviado del Señor, recomendando su persona, su misión o su obra en la Iglesia. Son gracias de utilidad pública y señales milagrosas de un gran designio de Dios. Mas la contemplación, al contrario, entra en el desarrollo normal de la virtud y de la perfección cristiana. Figura en la *Suma* como un *estado*... Este no es, ciertamente, el universal de las almas en gracia; pero es la *cumbre* a que el ejercicio de las virtudes *las encamina;* es la tranquila posesión de la verdad, antes asimilada y descubierta paso a paso en la meditación; es el efecto del amor divino triunfando de toda afición interior; es la causa de sus mejores progresos; es una manera de oración *de los aprovechados y de los perfectos*. Tales son las miras de Santo Tomás... Y parecen decisivas para resolver la cuestión de saber si la contemplación es un estado *extraordinario*».

S. Buenaventura *(In* II *Sent.* D. 23, a. 2, q. 3) cree que todos deben aspirar como a cosa *ordinaria* en la verdadera santidad, al conocimiento altísimo de Dios que las almas contemplativas adquieren en la gran tiniebla: «Haec enim est, dice, in qua mirabiliter inflammatur affectio... Hunc modum cognoscendi arbitror cuilibet viro justo in via ista esse quaerendum; quod si Deus aliquid ultra faciet, hoc privilegium est speciale, non legis communis». «El conocimiento de Dios que se tiene por la contemplación, añade *(ib.)*, es una gracia *excelente* que *todos* debemos procurar»; por lo mismo que, según allí advierte, no es «gracia *especial*», que pueda ofrecer sus contras, aunque tampoco sea «gracia *común*».

(1) «Dicitur autem haec *unitas spiritus*—advierte la *Epistola ad Fratres de Monte Dei*—, non tantum quia efficit eam vel afficit ei spiritum hominis Spiritus Sanctus, sed quia ipse est Spiritus S., Deus charitas, cum per eum, qui est amor Patris et Filii et unitas et suavitas et bonum et osculum et amplexus et quidquid commune potest esse amborum in summa illa unitate veritatis et veritate unitatis, hoc idem homini suo modo sit ad Deum, quod cum substantiali unitate Filio est ad Patrem, vel Patri ad Filium; cum modo ineffabili inexcogitabilique fieri mereretur homo Dei non Deus, sed tamen *quod Deus est ex natura, homo ex gratia*».

que la *vida mística* no sólo es *deseable*, sino tal, que *debemos desearla* y aun procurarla en cuanto está de nosotros; que es realmente *asequible*, pues Dios nos convida con ella, resuelto a concedérnosla a su tiempo, si perseveramos llamándole y disponiéndonos como es debido para recibir su visita; que ciertamente la lograremos, aunque más tarde o más temprano, según el divino beneplácito, si de veras nos abnegamos y tomamos nuestra cruz de cada día, para poder seguir de cerca a Jesucristo y aprender de El mansedumbre y humildad, etcétera; que es indispensable—en una forma o en otra—para la verdadera santidad, o sea para hallar el verdadero reposo de nuestras almas, y que, por tanto, no está del todo separada, sino siempre acompañada de la *ascética*, ni ésta sola basta para llevar a la plena unión; y, por último, que su nota característica es el *modo sobrehumano* de proceder y la aparente *pasividad* que le corresponden por el predominante influjo de los dones, mientras que el carácter propio de la *ascética* es el *modo humano*, el esfuerzo y la propia *iniciativa*, correspondientes al ejercicio que llaman malamente "normal„ u "ordinario„ de las virtudes infusas, sin que en ellas se note aún apenas el benéfico influjo de los dones del Espítu Santo, de suyo destinados a darles la debida *madurez*, y, por tanto, la verdadera "normalidad„ de la perfección cristiana.

Aunque, gracias a Dios, nada hemos hallado que rectificar propiamente en estas afirmaciones, creemos, con todo, muy oportuno estudiarlas aquí más de propósito, explicarlas, ilustrarlas, desarrollarlas y corroborarlas con nuevos datos, teniendo en cuenta las más recientes discusiones e investigaciones, corrigiendo en éstas lo inexacto y aprovechando con toda imparcialidad lo bueno y sólido que por una y otra parte hallemos.

Así podrá verse cómo dichas afirmaciones—que no vacilamos en asentar desde luego—son, en el fondo, la expresión exacta de la doctrina *tradicional*, mantenida casi unánimemente y sin distinción de escuelas hasta el siglo XVI y aun hasta el XVII—, aunque desde éste para acá sólo por los principales maestros y las almas bien experimentadas, en contra de la opinión *pseudotradicional* que por entonces empezó a levantar cabeza, y hasta logró acreditarse por reacción extremada contra los errores y excesos de la falsa iluminación y del quietismo; y de este modo pudo seguir—sobre todo bajo el influjo de Scaramelli y San Ligorio—predominando en los

autores vulgares hasta nuestros días, en que, desaparecidos afortunadamente los peligros que la motivaron, va perdiendo ya todo su crédito a medida que recobra el suyo y vuelve a quedar triunfante la verdadera doctrina tradicional (1).

IV.—Estado actual de estas cuestiones.—Rectificaciones necesarias.—La contemplación "angélica„, los sentidos espirituales y los toques substanciales de Dios.

El principal representante de esta benéfica reacción es hoy, indudablemente, el docto abate Saudreau, primer capellán del Buen Pastor de Angers e ilustre autor de varios notables tratados de Mística y de Ascética. Pero la han provocado y sostenido también con mucho éxito los eminentes apologistas dominicos, PP. Weiss y Schwalm y varios redactores de las excelentes revistas "Thomiste„, "Augustinienne„, R. des Sciencies philosophiques et théologiques, "Etudes franciscaines„, "La Croix„, "L'Ami du Clergé„, etc.; de tal suerte, que bien podemos repetir con el P. Schwalm que esta sentencia —de que la vida mística no es un estado *extraordinario*, sino el verdadero término y complemento ordinario de la perfección cristiana—representa, no ya "la doctrina de un maestro como Santo Tomás, sino la unanimidad de la tradición„ (2).

(1) «El acto místico se nos muestra ya como verdadero coronamiento y perfección de la vida sobrenatural *ordinaria*... La vida mística consiste en poner en ejercicio los dones que se nos han dado a todos, para que en todos puedan pasar normalmente del estado de *hábito* al *acto*... Al decir esto no vamos en contra de la verdadera tradición, de la tradición de los teólogos místicos que fundaron la ciencia de la oración, y, en particular, de los de la escuela dominicana, que se han distinguido por el carácter profundamente doctrinal de su vida espiritual... No creemos que se deba hacer de la mística un jardín cerrado donde sólo algunos privilegiados puedan venir a gozar de los divinos favores. Queremos que se vuelva a considerarla como una fuente de agua viva donde todas las almas delicadas y fervorosas pueden, con la gracia de Dios, venir cuando menos a refrescar sus labios... La vida mística es el fin a que deben tender todas las almas que quieran santificarse... Lo que Pío X dice de la comunión, lo decimos de la vida espiritual en general, de la oración y de la mística». *Revue Augustinienne,* 15 janv. 1908, p. 77-80.

(2) En conformidad con esto, el P. C. Boulesteix *(Rev. Augustinienne,* Noviembre, 1906) sostiene que lo «más seguro y tradicional» no es considerar la Mística como la ciencia de los «estados extraordinarios». Si de hecho pocas almas llegan al estado místico *habitual,* y, sobre todo, a los altos grados de la vida mística, la mayoría de los cristianos fervorosos se conducen a veces *místicamente,* y son muchos más de los que se supone los que llegan a los grados inferiores. Ya Bossuet hacía notar que «puede uno ser contemplativo sin saberlo».

Esto mismo es lo que en substancia sostenía, según dejamos ya consignado, el devotísimo promovedor de la Comunión diaria, V. P. Juan Falconi, *Camino derecho,* l. I, c. X.

«La vía pasiva *ordinaria* (o sea la *vía mística),* decía conforme a esto

De la que llamamos y creemos opinión *pseudotradicional* (aunque con notables restricciones que muestran su decadencia definitiva) el principal representante es el docto P. Poulain, S. J., autor del libro varias veces reeditado *Les grâces d' Oraison;* y a él se asocian unos cuantos discípulos que suelen hacer aún mayores concesiones y rectificaciones, mostrando así el sincero deseo de paz y buena inteligencia que les anima.

Que la otra es la verdadera y tradicional, lo prueban ya más que suficientemente los numerosos testimonios con que en la *Evolución mística* la hemos apoyado, estando como están tomados de los mejores autores antiguos y modernos, de todas las escuelas y Ordenes religiosas; y acaba de ponerlo fuera de toda discusión el abate Saudreau en su interesante libro *La Vie d'union avec Dieu et les moyens d'y arriver d'après les Grands Maîtres de la Spiritualité*, reeditado en 1909, donde, recorriendo la serie de los tiempos, va presentando en favor de ella tantas y tan irrecusables autoridades que, a nuestro juicio, la hacen ya en el fondo indiscutible (1).

Decimos *en el fondo,* porque no todo lo que el respe-

el P. Grou *(Maximes,* II), es llamada por otro nombre *Vía de la fe desnuda.* La *extraordinaria* es *muy rara,* y es donde hay éxtasis, raptos, revelaciones, visiones y otros favores parecidos».

(1) «Estos argumentos, concluye diciendo el mismo autor *(ibid.,* núm. 427 bis), y, sobre todo, el estudio de los grandes Doctores místicos, han producido en nuestros días un retorno muy marcado hacia la doctrina tradicional: la gran mayoría de los que últimamente han tratado de estas materias se han declarado abiertamente por esta doctrina». «Como partidarios de ella, aunque con ciertas divergencias sobre puntos secundarios, pueden citarse, añade en nota, el P. L. de Besse, *La Sciencie de la Prière;* el P. M. J. Rousset, en sus diversas obras; M. Ch. Sauvé, *Le culte du S. Coeur;* el P. Dumas, *Introd., a l' union intime avec Dieu;* el autor (autora) de *L' Oraison et la Vie spirituelle* (eco de las instrucciones de D. Guéranger); el señor canónigo de Bretagne, *La Vie réparatrice;* el P. Schwalm, *Préface de La Vie avec Dieu*».

«La ascética, decía conforme a esto el P. J. de la Croix *(Etudes franciscaines, Déc.* 1908, p. 716), tiene su expansión y complemento en la Mística, en que está el coronamiento de la vida espiritual.—Así, para los grandes maestros de espíritu, son sinónimas estas expresiones: perfección, vida unitiva, contemplación, estado místico... La unión perfecta requiere gracias místicas... La doctrina tradicional, desde los primeros siglos hasta la gran época de Santa Teresa, de San Juan de la Cruz y de San Francisco de Sales, no deja la menor duda sobre este punto. Sólo a partir del siglo XVII es cuando empezó a establecerse una corriente contraria, inaugurada (en Francia) por Felipe de la Sma. Trinidad, Bossuet y Honorato de Santa María, propagada después por casi todos los autores y defendida aún hoy por el P. Poulain, el Padre Maumigny y sus discípulos.—Para los partidarios de esta segunda opinión hay dos medios de llegar a la unión con Dios: los *ordinarios,* por los cuales se adquiere la *unión activa,* y los *extraordinarios,* o sea la contemplación mística, que producen la *unión pasiva.* Y sólo la primera, según ellos, debe ser objeto de nuestros deseos, y basta para elevar el alma a la perfección».

Pero, según acabamos de ver, esta opinión va cayendo en el merecido descrédito, mientras la otra muestra cada vez más claramente ser, dice el P. Hugon *(Rev. des Sciences phil. et théol.,* Octubre, 1908, pág. 812), «la de Santo Tomás y de la verdadera Tradición».

table autor afirma y presenta como tradicional parece serlo realmente, ni es de suponer que lo sea; pues ni aun a los más sabios y discretos suele ser fácil precisar de un golpe la pura verdad. Así, aunque en la respuesta a las cinco primeras cuestiones convenimos en substancia con él, no podemos, sin embargo, convenir en ciertas apreciaciones y limitaciones que nos parecen más o menos injustificadas.

Mucho sentimos tener que hacer esta declaración, tratándose de un autor tan digno de todo aprecio. Pero creemos un deber hacerla para evitar equívocos y proceder con toda imparcialidad, dando a cada cual lo suyo. Así, aun cuando por sistema acostumbramos a no mencionar al autor de una opinión teniendo que impugnarla (pues por bien que se le trate siempre suele molestar y aun agriar los ánimos), sin embargo, la necesidad de exponer fielmente el estado de las dos tendencias opuestas y de procurar rectificar lo que en ellas pueda haber de inexacto, nos obliga aquí a referirnos, aunque con el debido respeto, a sus principales representantes, esperando nos dispensen este atrevimiento, en atención a nuestro buen deseo de contribuir también, según nuestras humildes fuerzas, al mayor esclarecimiento de la verdad.

Lo que más inaceptable nos parece, pues, en la doctrina del Sr. Saudreau, puede reducirse a los siguientes puntos: 1.º, el excluir, como aparenta excluir, o excluye del *estado místico ordinario* (al que conviene en que todos somos llamados y podemos aspirar como a término necesario a nuestra perfección), precisamente lo más notable y estimable de él y lo que verdaderamente puede constituirnos en *estado perfecto,* cual es lo que él, con nombre algo nuevo, llama *estado angélico,* donde comprende, como si fueran excepcionales y raras, todas las comunicaciones divinas en que ya no intervenga la imaginación, y que, por lo mismo, no son conformes al modo habitual de entender que tienen los *hombres,* sino al propio de los *ángeles;* y además casi todas las fases y fenómenos superiores a la simple oración de *quietud,* teniendo lo que a ésta exceda, por "anormal„ y "extraordinario„. (Cf. *Vie d' Union,* números, 312-313).

No advierte que eso es, sin duda alguna, lo más característico e importante de la verdadera *vida mística,* o sea donde mejor se nota el *modo sobrehumano,* propio de los dones, y sobre todo de los dos principales—sabiduría e inteligencia—, que son los que más intervienen en la contemplación sobrenatural y los que dan el tono

a dicha vida, siempre *sobrehumana,* y más que *angélica, divina.*

"Quod spiritualia quasi *nuda veritate* capiantur—dice Santo Tomás *(In 3 Sent.* D. 34, q. 1, a. 2)—*supra humanum modum est*, et hoc facit donum intellectus„.—"Unde, añade *(ib.* D. 35, q. 2, a. 2), fides quae spiritualia in speculo et in aenigmate quasi involuta tenere facit, *humano modo* mentem perficit: sed si supernaturali lumine mens in tantum elevetur, ut *ad ipsa spiritualia aspicienda* introducatur, hoc *supra humanum modum est,* et hoc *facit intellectus donum„.*

Este conocimiento tan sobrehumano y tan "angélico„ no es raro, sino más bien *común* y *ordinario* en *todas* las almas *perfectas,* o sea en cuantas han llegado a la perfecta y pura contemplación donde, mediante dichos dones, de un modo maravilloso y sin concurso ninguno de la imaginación, tienen muchas suertes de comunicaciones "pure intellectuales„ y del todo *espirituales*, y así llegan hasta *percibir* y *sentir* inefablemente lo divino (1).

"En la pura contemplación„, dice San Juan de la Cruz *(Noche* II, c. 17), "sólo saben decir que el alma está satisfecha y quieta o contenta, y decir que *sienten a Dios* y que les va bien a su parecer„.

"Aunque estas *visiones* de substancias espirituales no se pueden, de ley ordinaria, *desnuda* y *claramente ver* en esta vida, observa en otro lugar el mismo Santo *(Subida,* II, c. 22), puédense, empero, *sentir en la substancia del alma,* mediante una *noticia amorosa* (propia del don de *sabiduría),* con suavísimos *toques* y *juntas;* lo cual pertenece a los *sentimientos espirituales...* A éstos se endereza y encamina nuestra pluma, que es a la *divina junta y unión del alma con la substancia divina„.*

Tan alta es, pues, y tan *divina* la comunicación que con Dios llegan en esta misma vida a tener, como *de ordinario,* las almas verdadera y *perfectamente contemplativas* (2).—Y el mero hecho de ser uno *contemplativo,* aunque lo sea tan sólo en ínfimo grado, le hace ser ya, según Sto. Tomás, *sobrehumano* y *angelico* (3).

(1) «*Puram contemplationem,* sostiene el P. Tomás de Jesús *(De Contempl. div.* l. 5, c. 2), absque ulla imaginationis cooperatione, *infusis* a Deo speciebus, *saepissime* viris perfectis contingere».

(2) «Cum dona sint ad operandum supra humanum modum, oportet quod donorum operationes mensurentur ex altera regula quam sit regula humanae virtutis, quae est ipsa Divinitas ab homine participata suo modo, *ut jam non humanitus, sed quasi Deus factus participatione,* operetur... Quantumcumque dona ad *altiorem modum* elevent quam sit *communis homini modus,* nunquam tamen in via ad modum Patriae pertingere possunt». *S. Thom.* In III Sent., D. 34, q. 1, a. 3.

(3) «*Homo, inquantum est* contemplativus, *est aliquid* supra hominem:

"Esta, escribe San Alfonso Rodríguez, hablando en general de la vida mística *(Declarac. del P. N.*, c. 15-16), es una vida *angélica* y *celestial,* con la cual procura el alma vivir, desnudo su entendimiento y el corazón del afecto desordenado... para hacerse un espíritu con Dios, permaneciendo siempre con El en una profundísima y humilde sujeción y resignación, estando el alma toda *enajenada de sí* y entregada en su Dios, y *de El poseída* sin volverse a tomar, hasta que ya no sienta en sí su voluntad y querer, sino que la de Dios reine en el alma, siendo una cosa con Dios y una voluntad con Dios; y así arrojada en Dios y deshecha, entonces en alguna manera endiosada y transformada en Dios, a cualquiera parte que se vuelva, ninguna cosa considera sino a su Dios, y cualquier buena obra que hace, conoce que no la hace ella sola, sino Dios en ella; y así, en todo *siente* y *halla* a su gran Dios„.

"La amistad e comunicación de Dios, decía conforme a esto el P. Osuna *(Tercer Abeced. esp.*, tr. 1, c. 1), es posible en esta vida y destierro; no así pequeña, sino más estrecha y segura que jamás fué entre hermanos ni entre madre e hijo... Hablo de la *comunicación que buscan* e *hallan* las personas que trabajan de llegar a la oración y devoción, la cual es tan cierta, que no hay cosa más cierta en el mundo, ni más gozosa ni de mayor valor ni precio... Sepas ser posible e *no muy dificultosa* de haber en esta vida mortal la comunicación de Dios inmortal, más estrecha y amigable entre Dios y el ánima, que no la hay entre un *ángel e otro* por altos que sean„.

"Este amor fruitivo y *seráfico,* advierte Fr. Juan de los Angeles *(Lucha espir.*, tr. 1, c. 1), no tiene su asiento en la sensualidad, sino en la ápice o parte superior de nuestra mente, el cual llama la Esposa en los Cantares

quia in intellectus simplici visione *continuatur homo superioribus substantiis, quae Intelligentiae, vel* Angeli *dicuntur*». *S. Thom.*, In III Sent. D. 35, q. 1, a. 2, sol. 2, ad 1.

«Alius *modus* contemplandi—advierte el P. Tomás de Jesús *(De contempl. div.* l. 1, c. 2)—contraponiendo la contemplación *infusa* a la *adquirida*—est *supernaturalis* et *mysticus,* qui a Spiritu S. desuper radiante, coelitus infunditur, Deo supernaturaliter mentem tangente, illustrante, ac ungente. In qua contemplatione mens humana se habet *angelico modo,* veritatem conspiciens simplici apprehensione et intuitu, et coeliformi conspectu, sine rationis discursu».

Por aquí se ve cómo la que el Sr. Saudreau llama *contemplación angélica* viene a identificarse realmente con la sabrenatural o infusa; ya que toda ésta, en general, se realiza de un modo *angélico* y aun *divino.* Y se ve también cómo la llamada contemplación *adquirida* no es invención del P. Felipe de la Trinidad, que publicó su obra en 1556, ya que de ella se trata muy ampliamente en la del P. Tomás de Jesús, publicada en Amberes en 1620.

beso de la boca de Dios; y confiadamente lo pide, diciendo: *Béseme con el beso de su boca.* Como si dijera: Concédame mi Esposo la experiencia o experimental *gusto* de su amor extático, fruitivo y *seráfico,* para que, apartada de todas las cosas que no son Dios, *como serafín arda en él*„.

"¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!—exclama en vista de esto San Juan de la Cruz, dirigiéndose a *todas* y tratando nada menos que del *sumo grado,* o sea del *Matrimonio espiritual (Cánt. esp.,* 39).—¿Qué hacéis? ¿En qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma; pues para tanta luz estáis *ciegos* y para tan grandes voces *sordos,* no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y gloria, os quedáis miserables y bajos de tantos bienes, hechos ignorantes e indignos!„

Así, pues, lo sobrehumano o "sobrenatural„ *reduplicative* (o sea *etiam quoad modum, et non tantum quoad substantiam)* cuanto más lo sea, tanto menos parecerá *normal* con respecto al *modo humano* de la Ascética. Mas aunque *de hecho,* por nuestra culpa, resulte muy *extraordinario* o *raro*—por ser tan pocos los que, correspondiendo fielmente a la gracia, siguen valerosos hasta el fin por la estrecha senda de la perfección a que son llamados—, es, a pesar de eso, *ordinario* y *común* en todos los verdaderos *Santos.* Ciertamente, son muchos los que, según lamenta Santa Teresa *(Vida,* c. 15; *Mor.* V, 1), habiendo empezado a tener "oración sobrenatural„, no logran, sin embargo, pasar de la *quietud.* Mas es sólo por su culpa, pues a cuantos con humildad y perseverancia proceden, nada hay, advierte la misma Santa, que les impida seguir ascendiendo hasta la cumbre del monte santo (1); y así, a todos se les irán abriendo a su tiempo las siguientes *moradas,* en que figura todo lo que el Sr. Saudreau llama *angélico,* y tiene por "anormal„ (2).

Y en efecto, no gusta Dios de cosas imperfectas *(Lc.,* 14, 30); y así, en cuanto es de su parte, no empieza una obra sino para consumarla, llevándola felizmente a su última perfección si las criaturas no le ponen obstáculos.

(1) «No hay, dice, por qué se les niegue la entrada *hasta la postrera Morada*».—*Mor.* III, c. 1; cf. *Mor.* V, c. 1; *Vida,* c. 15; *Camino,* c. 31-32.

(2) Como tal considera y declara expresamente *(Faits extraord.,* p. 87-98) los favores descritos por Santa Teresa en la *Morada* VI, c. 2, y por S. Juan de la Cruz en los diez últimos capítulos del Libro II de la *Subida del monte Carmelo,* donde el Santo se dirige, indudablemente, a cuantos de veras aspiran a la perfección.

"A la verdad, observa San Francisco de Sales *(Amor de Dios,* l. 2, c. II), la falta no está de parte de Dios, porque supuesto que su Divina Majestad nos ayuda y hace esta gracia de que podamos llegar a este punto (oración de quietud), yo creo que no nos la dejará de hacer, para que nos adelantemos, si no es nuestra la falta y el impedimento (1). Atendamos, Teótimo, a mejorarnos en el amor que debemos a Dios, porque el que Su Majestad nos tiene jamás nos faltará„.

Muy bien decía, pues, una ilustre mística—a quien Bossuet llamaba *la Santa Teresa de América*—, la V. M. María de la Encarnación *(Vie* por Chapot, 4. P. c. 4): "En materia de oración jamás debe el alma prescribir límites al espíritu de gracia que la conduce...; pues en cualquier estado de oración que estuviere, si con fidelidad corresponde a los movimientos interiores del E. S., irá entrando más y más en nuevas comunicaciones con la Eterna Sabiduría, la cual es un abismo sin fondo que jamás dice: *Basta*„ (2).

(1) «Es, pues, esta oración *(de quietud),* dice la misma Santa Teresa *(Vida,* cap. 15), una centellica que comienza el Señor a encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo... Pues esta centellica..., *si no la matan...,* es la que *comienza a encender el gran fuego* que echa llamas de sí del grandísimo amor de Dios, que hace su Majestad tengan las almas *perfectas.* Es esta centella una señal o prenda que da Dios a esta alma, de que la escoge ya para *grandes cosas si ella se apareja para recibillas:* es gran don, mucho más de lo que yo sabré decir. Esme gran lástima, porque... conozco muchas almas que llegan aquí, y que pasen de aquí, *como han de pasar,* son tan pocas, que se me hace vergüenza decirlo».

«El alma a quien Dios le da tales prendas, añade *(Camino de perfec.,* c. 31), es señal que la quiere *para mucho:* si no por su culpa, *irá muy adelante.* Mas si ve que poniéndola el reino del cielo en su casa, se torna a la tierra, no sólo no la mostrará los secretos que hay en su reino, mas serán pocas veces las que le haga este favor, y breve espacio... Tengo para mí que *por eso no hay muchos más espirituales,* porque como no responden en los servicios conforme a tan gran merced, ni tornan a aparejarse a recibirla, sino antes a sacar al Señor de las manos la voluntad, vase a buscar a donde le quieran para dar más, aunque no del todo quita lo dado, cuando se vive con limpia conciencia».

(2) «Creed a un viejo experimentado, decía S. Jerónimo *(Regula Monachorum,* c. 36). Si una vez gustásteis *cuán suave es el Señor,* de Él podréis haber oído esta palabra: *Venid y os mostraré todos los bienes.* Y entonces os mostrará tales cosas, cuales nadie puede conocer sino el que las ha probado. Sé lo que digo».

«Cualquiera que hubiere recibido de N. Sr. algún grado de esta contemplación, escribe el P. Molina *(De la oración,* tr. 2, c. 6, § 3), debe concebir ánimo y deseo de pasar muy adelante, y para eso sepa y crea cierto que, por muy alto que sea el grado en que Dios le ha puesto y por muy excelentes las mercedes que le hace, quedan otros grados tanto más altos donde subir, y otras mercedes tanto más excelentes que recibir, que cuando las recibiere le parecerá que las recibidas hasta entonces eran casi nada en su comparación, sin que en esto haya límite ni tasa mientras se vive en esta vida. Porque como Dios es bien infinito tiene infinitos modos de comunicarse a sus criaturas, unos más altos y excelentes que otros. Y para concebir estos deseos es provechosa la lección de los libros que tratan destos modos de oración sobrenatural».

Lo segundo, que en el Sr. Saudreau no nos satisface es su empeño en rechazar o rebajar la importancia de los "sentidos espirituales„ con que, según enseñan los mejores maestros de espíritu y experimentan los grandes contemplativos, a través de los velos de la fe se percibe de algún modo lo divino; llegando él a veces casi hasta excluir del todo esta maravillosa e innegable *percepción sobrenatural,* como si fuera incompatible con el estado de viadores (1). Cree y sostiene con excesivo ardor, dedicando a ello dos largos capítulos del libro *Les Faits extraordinaires,* que todo eso es pura metáfora, que según la tradición, no hay más conocimientos de Dios que el *abstractivo* y el *facial;* y así no queda lugar para la *percepción concreta* de dichos sentidos (2).

(1) «In hac etiam vita, *purgato* oculo *per donum intellectus, Deus quodammodo* videri *potest*».—*S. Thom., 1-2, q. 69, a. 2, ad 3.* Cf. in III Sent. D. 34, q. 1, a. 1.

«Per *sensus spirituales,* dice el B. Alberto M. *(Compend. theol. verit.* l. 5, c. 56), *percipit* anima *spiritualia,* quae in Sponsi sui pulchritudine percipere fas est. Sub ratione splendoris *audit* amoenissimam harmoniam, sub ratione Verbi incarnati *gustat* summam dulcedinem, sub ratione Sapientiae comprehendentis utrumque, scilicet Verbum et splendorem, *odorat* summam fragrantiam, sub ratione Verbi inspirati in corde *tangit* summam suavitatem, sub ratione Verbi incarnati et inter nos corporaliter habitantis, reddentis se palpabilem et osculabilem, percipit ardentissimam charitatem».—Cf. S. Buenaventura, *Centiloquium,* P. 2, sec. 46; *Brevileq.,* P. 5, c. 6; Sta. Catalina de Sena, *Diálogos,* cap. 111.

«*¡Veía* y *sentía* yo, afirma la B.ª Angela de Foligno *(Visiones,* c. 36), a Cristo *abrazar* a mi alma con ese mismo brazo que fué crucificado!»

«¡Oh Jesús—exclamaba Gemma Galgani en un éxtasis (VIII)—, yo te *siento, siento tu sangre que corre por mis venas! ¡Jesús, te siento!* ¡Cuán contenta estoy de poder, después de tanto cansarme en combatir, reposarme un poco junto a tu corazón».—«Cuando quiera encontrarte—añade *(ib.* X)—, te buscaré en el silencio de mi corazón. Sí—vuelve a exclamar (XX)—, te *siento en mi corazón!... ¡Te siento tan vivo! ¡Qué misterio!*»

En la fiesta del Sagrado Corazón de 1876—refiere la admirable M. Dominica Clara de la Cruz, fundadora del convento de Dominicas de Limpertsberg (Luxemburgo), cuya vida (1832-1895), es un tejido de portentos (Cf. *Vie,* 1910, c. XI, p. 142)—, «desde que recibí la S. Comunión noté que mi corazón era misteriosamente transformado en el de mi Esposo..., el cual *sentía en mí...* Tan perfectamente *siento* esta inhabitación, que con verdad puedo decir: «Ya no soy yo quien vive, sino Cristo en mí». Paréceme que el dulce Corazón de Jesús quiere renovar su obra de Redención, y que a este efecto, no siendo El mismo ya capaz de sufrir, quiere usar de mi corazón para en él derramar el torrente de sus amarguras redentoras. Mas como mi pobre corazón sería demasiado débil para soportarlas, por eso El lo une al suyo para sufrir en mí y por mí».

Esto mismo dió también el Salvador a entender unos veinticuatro años después a otra su fidelísima sierva, la M. María de la Reina de los Apóstoles, S. M. R.

(2) Al hablar de este modo, a veces, con el calor de la discusión, le deben ir sin duda ciertas palabras más allá de su pensamiento; pues en realidad no rechaza el Sr. Saudreau las «sensaciones espirituales», en cuanto pueden reducirse muy bien al ejercicio de los dones del E. S. Así vemos que cita con aprobación lo que acerca de ellas dicen el Beato Alberto Magno y San Buenaventura (cf. *Vie d'union,* n. 209 y 228). Lo que a toda costa rechaza son las exageraciones, que luego veremos, del P. Poulain, según el cual los sentidos espirituales perciben como los corporales y permiten al alma contemplativa sentir a Dios al modo como los Ángeles se perciben mutuamente; y

Pero es lo cierto que hasta los mismos Apóstoles, San Pablo *(Rom.*, 8, 5; I *Cor.* 2, 10-16; II *Cor.* 2, 15; *Eph.* 1, 18; *Hebr.* 5, 14) y San Juan (I *Ep.* 5, 20; *Apoc.* 5, 6) nos hablan de ellos como de una portentosa realidad y como de una nueva facultad sobrenaturalmente comunicada a los fieles para que por experiencia puedan conocer y apreciar los grandes dones que nos han sido dados, certificarse de los sublimes portentos que se realizan en la unión mística, y penetrar hasta lo íntimo del mismo Dios (1).

Conforme a esto, los grandes Maestros de espíritu, no contentos con admitirlos y reconocerlos como verdaderas facultades sobrenaturales capaces de darnos altísimos conocimientos divinos y maravillosas experiencias de la vida mística, mediante ellos se atreven a explicar una de las más altas maneras de unión con Dios que en esta vida puede haber (2).—Y así, aunque el nombre de

así llega al extremo de declarar característica del estado místico esa constante facultad, que supone en el alma contemplativa, de sentir o percibir a Dios... Y esto es lo que tan enérgicamente rechaza e impugna el Sr. Saudreau.

(1) «Amantes, escribe el V. Bartolomé de los Mártires, O. P. *(Comp. Myst. doctrinae*, c. 13, § 3), spirituali quodam tactu, gustu, olfactu, *tangunt, gustant, olfaciunt Deum;* ac proinde dicuntur certo modo *videre Deum*».

«Haec divina gratia ac sublimis favor unionis fruitivae, advierte Felipe de la Santísima Trinidad *(Th. myst.*, Disc. prooem.), sic animae expertae reditur *evidens*, ut de eo dubitare nullatenus possit: nam in hujusmodi unione, Deus interno *tactu* et *amplexu percipitur* et quodammodo *palpatur* ab anima, et immensos gratiae thesauros communicat, quae omnia *manifeste videt anima,* maxime Deo tunc realis suae praesentiae certitudinem communicante».

«¡Oh, qué fuerza habrá capaz de resistir, decía Sor Juana Benigna Gojoz *(Vie*, 2.ª P., c. 6, p. 272), a los santos y poderosos *toques* del *Dedo* de Dios!...» «Yo, añade (3.ª P., c. 1, p. 386), *siento a Dios* en mí mejor que a mí misma». Cf. Dionisio Cartujo, *de Discr. spir.* a. 18; Blosio, *Inst. spir.* App. 1, c. 1, n. 2; Sta. Teresa, *Vida*, c. 25-27, etc; P. Hoyos, *Vida*, por Uriarte, p. 131; V. Sor Bárbara de Santo Domingo, *Vida*, p. 298, etc.

«Quantum ad *tactus intimos Divinitatis,* quos *percipit* anima, observa Antonio del E. S. (tr. 3, d. 5, s. 7), partim *in illis unio animae cum Deo consistit.* Unde sicut possumus immo *debemus* ad divinam unionem jugiter aspirare, sic possumus hujusmodi tactus *desiderare*, qui per se primo directe et immediate voluntatem Deo conjungunt, et ex consequenti etiam ipsum intellectum per altissimas Divinitatis notitias».—Sobre la importancia suma de estos *toques substanciales*, véase a San Juan de la Cruz, *Subida*, II, c. 26; donde expresamente afirma que *el mismo Dios es el que allí es sentido y gustado.*

«Cuando no hubiere otra cosa de ganancia en este camino de oración, observa a su vez Sta. Teresa *(Mor.* VII, c. 3), sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros y andarnos rogando (que no parece esto otra cosa) que nos estemos con El, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan *por gozar de estos toques* de su amor tan suaves y penetrativos».

(2) «Omnes mystici conveniunt, advierte Schram *(Th. myst.* § 323, schol. 1.), dari specialem *unionem animae cum Deo,* quam *illapsum..., osculum* et castum *amplexum* animae vocant».

Hay una manera especial de unión, escribe Felipe de la Santísima Trinidad (P. 3, tr. 1, d. 1, a. 1), verificada «per quemdam *contactum substantialem Dei ad animam,* quo praesens et unitus *sentitur*».—Esto mismo sostiene,

sentidos sea *metafórico*, y les venga sólo de cierta remota *analogía* que tienen con los corporales, sin embargo, la realidad de sus *espiritualísimas* impresiones o percepciones es indiscutible.

En nuestro humilde sentir (cf. *Evolución mística*, p. 551-566), estos preciosos *sentidos nuevos*—estos espirituales "sentidos de Cristo que sobrenaturalmente poseemos para poder reconocer las dádivas de Dios„—son simples manifestaciones o derivaciones—aunque especialísimas y subidísimas—de los dones de sabiduría y de inteligencia (1). Y según Santo Tomás y la generalidad de los teólogos y contemplativos, estos dones nos permiten percibir de algún modo lo Divino, rasgando un poquito el velo del misterio y dándonos así un conocimiento *intermedio* entre el de la fe y el facial o beatífico (2), y

y con las mismas palabras, Antonio del E. S. (tr. 4, d. 1, s. 1); el cual *(ib.* s. 2) añade: «Actualis fruitiva animae contemplativae unio cum Deo est *perceptio experimentalis* et *immediata* Dei, quae fit in potentiis intellectus et voluntatis per *realem praesentiam* ipsius Dei, non quia intellectus eum intuitive et quidditative cognoscat, sed quia ejus praesentiam non solum per fidem cognoscit, sed etiam per donum sapientiae, *per gustum* et experientiam *percipit...*»

Explicando San Juan de la Cruz sus preciosos versos: «Oh toque delicado—Que a vida eterna sabe», dice así *(Llama de amor viva,* cane. 2): «Aunque no es en perfecto grado, es, en efecto, cierto *sabor de vida eterna,* que se gusta en este *toque de Dios.* Y no es increíble que sea así, creyendo, como se ha de creer, que este toque es *toque de substancia,* es a saber, de *substancia de Dios en substancia del alma,* al cual en esta vida han llegado *muchos santos*».

«La gracia de mi Dios, decía conforme a esto la admirable Salesa «encanto del divino amor» Sor J. Benigna Gojoz *(Vie,* 1.ª P. c. 8), me hace gozar de su trato familiar y *sentir* su *toque* sagrado. Esto no puedo expresarlo, sino diciendo que mi alma *siente,* casi sensiblemente, una *plenitud de Dios,* y que este *toque divino* es la misma gracia. La cual se hace tan fuerte y tan poderosa, que une perfectamente el alma con su Dios, de suerte que podría decirse que El hace de su criatura una misma cosa con El».

(1) «*Sapientiam* Albertus dicit esse quoddam lumen divinorum sub quo *videntur* et *gustantur* divina per *experimentum...* Experimentum illum est per affectus supernaturales et ex peculiari operatione Spiritus Sancti conferentis quemdam peculiarem *sensum spiritualem* illorum effectuum et affectuum internorum».—Suárez, *De Gratia,* l. 2, c. 18 y 19.

«Aunque los sentidos espirituales, advierte Fr. Juan de los Angeles *(in Cant.* l, 3), se dicen muchos en número, no es porque sean muchas potencias, sino por los modos diferentes de aprehender. Porque diferentemente aprehende el ánima santa a su Esposo, cuando le contempla y mira hermosísimo, que cuando oye de El que es suavísimo... Y el ánima del varón justo, especulando y caminando por cinco escalones, sube a la verdadera sabiduría... El conocimiento experimental de Dios es uno de los siete dones del Espíritu Santo—el de sabiduría—cuyo acto consiste en *gustar* por los *sentidos espituales* la suavidad de Dios».

«Cognitio quae habetur per donum intellectus, est quasi cognitio per visum; conitio vero quae habetur per donum sapientiae, est quasi cognitio per gustum». Peraldo, *Summa virtutum,* 4.ª P., tr. de Donis, XII.

(2) «Datur in visionibus intellectualibus Dei, dice Vallgornera (q. 3, d. 5, a. 3, n. 3), una quidem obscura, quae habetur per fidem, altera vero penitus clara, quae habetur in patria per lumen gloriae, tertia vero *media,* ad donum sapientiae vel ad specialem gratiam luminis cujusdam supernaturalis pertinens».—Cf. Alvarez de Paz, T. 3, l. 5, P. 3, c. 12.

«*Media* est haec visio (intellectualis), advierte el Card. Bona *(Discr. spi-*

que, a semejanza de este último, nada absolutamente tiene que ver con el "Ontologismo„.

Ese portentoso conocimiento tan *sobrehumano* suele lograrse muchas veces, y aun casi como "normalmente„ desde que el alma va acercándose al sublime estado del *Matrimonio espiritual*, donde, según dicen los grandes Maestros, parece que ya no hay secretos para quien a tal intimidad haya sido admitido (1); donde en realidad se cumplen y ratifican los mutuos compromisos contraídos en el Bautismo, y a donde, por tanto, todos *debemos aspirar*.

A veces se añaden a esto por gracia especial y favor verdaderamente *extraordinario*, primero, *las visiones y locuciones sensibles* externas o internas, y luego las *puramente intelectuales* que por ventura no entren en

rit. c. 18, n. 5), inter obscuram quae habetur in via per fidem, et claram in patria per gloriae lumen, recedens a prioris obscuritate, sed ad posterioris claritatem non perveniens. Et ex hac visione concipit anima maximam erga Deum venerationem, et ardentissimum amorem».

«*Praecipuus* omnium ac in hac vita *supremus contemplationis gradus*, afirma el P. Tomás de Jesús *(De Contempl. div.* l. 5, c. 7), est ineffabilis Dei in hac caligine *manifestatio*, ac ipsius... mirabilis contemplatio et *visio*».

Según Dionisio Cartujo *(in D. Dionysii Myst. Theol.)* «potest dici quod in vita hac cognoscimus Deum etiam *intuitive*, et quoad *quia est*, non autem quoad *quid est*, nisi valde obscure et imperfecte».

«Contemplatio theologiae mysticae in supremo gradu, dice Antonio del E. S. *(Direct. myst.* tr. 1, d. 1, s. 1, n. 15), *multum ad divinam visionem accedit*. Nam sicut ad visionem beatificam praerequitur ut Deus illabatur in intellectum lumine gloriae dispositum et elevatum, ut sic ipsum intueatur immediate praesentem, et voluntas ei per amorem fruitivum suaviter adhaereat, sic ad contemplationem theologiae mysticae praerequiritur, ut Deus intime in animam illabatur et uniatur intellectui, vel media specie, vel *immediate se ipso*, sicut in visione beata, sicut ásserunt aliqui, ut sic intellectus ipsum intueatur *immediate praesentem* in caligine, et voluntas ei per amorem inchoative fruitivum aliqualiter adhaereat».

«Ese modo de conocer a Dios, escribe el P. N. del Prado (Ciencia Tomista, n. 23, Noviembre 1913, p. 192), es como un «preludio o aurora del conocimiento de la Patria».

«Entre la obscuridad de la fe y la plena lúz de la gloria, observa Ribet *(Mystique*, t. 1, c. 17, IV), están los gozos de la unión mística.—Sin descubrírse enteramente, puede Dios dar un sentimiento más o menos vivo de esta unión, de suerte que el alma no sólo creerá por la fe en la comunicación de la vida divina que le trae la gracia, sino que *verá*, *sentirá* y *saboreará* la inefable unión que entre ella y Dios se realiza».

Pero «lo más precioso en esta unión, añade *(ib.* VI), no es el sentimiento y la felicidad que de ahí resulta, sino la unión misma; es decir, la *difusión* o *ilapso* de Dios en el alma y la transformación del alma en Dios».

(1) «En este alto estado de Matrimonio espiritual, afirma San Juan de la Cruz *(Cánt. espirit.*, anot. a Canc. 23), con *gran facilidad y frecuencia* descubre el Esposo al alma sus maravillosos secretos, como a su fiel consorte; porque el verdadero y entero amor no sabe tener nada encubierto al que ama».

«Entre un alma que me está unida y Yo, decía N. Sr. a María Lataste (*Oeuvres*, t. 3, lib. 12, XI), no hay secretos, sino la más completa confianza... Yo le muestro cuanto hay en Mí, y ella lo percibe y *lo ve como en pleno día*. ¡Qué suaves efusiones entre mi corazón y el de mi esposa! Ella se ha entregado toda a Mí, y Yo también me entrego toda ella». Cfr. Vallgornera. *Th. myst.* q. 4, d. 2, a. 6, n. 1093.

la *iluminación ordinaria* (Cf. *Evolución mística*, p. 529-534); y a veces sobrevendrán otras luces superiores (1), ora proféticas, ora de revelación, y tales que, en algunos casos rarísimos, por privilegio singular y sólo de un modo pasajero y muy breve, se cree que pueden llegar, y aún que llegan de hecho, a la misma *visión facial* (2) en que está la plena saciedad y descanso del alma: *Satiabor*, dice el Salmista (*Ps.* 16, 15), *cum apparuerit gloria tua!...*

Por eso, llegada la plena unión, advierte San Juan de la Cruz (*Cánt. espir.* canc. 19), «pide el alma *todo lo que puede pedir*, porque no anda ya contentándose en conocimiento y comunicación de Dios por las espaldas como hizo con Moisés (*Exod.* 33, 23), que es conocerle por sus efectos y obras, sino con la *haz de Dios*, que es *comunicación esencial de la Divinidad sin otro algún medio* en el alma por cierto *contacto de ella en la Divinidad*, lo cual es cosa ajena de todo sentido y accidentes: por cuanto es *toque de substancias desnudas*, es, a saber, del alma y Divinidad».

Así, «todo el deseo y fin del alma y de Dios, añade (*ib.* canc. 22), en todas las obras de ella es la consumación y perfección de este estado (matrimonio espiritual), por lo cual nunca descansa el alma hasta

(1) Cf. Santa Teresa, *Mor.* VI, c. 3-10; VII, c. 1-2.

«Quod vero attinet ad lumen, dice Alvarez de Paz hablando de las visiones intelectuales (*De grad. contempl.* c. 12), certum est nec lumen naturale, *nec lumen fidei esse sufficiens...* Imo nec aliquando sufficiens erit donum sapientiae, quod, licet cum aliis donis valde fidem perficiat, non tamen ad tam sublimia et cum tanta claritate et modo tam insucto cognoscenda se extedit».

«Dona quippe Spiritus Sancti, quamvis *supernaturalia*, sunt tamen *justis ordinaria*, et eorum irradiatio in justis perfectis *non rara:* unde opus fuit quod aliquando singularibus quibusdam amicis *altius aliquod* et *extraordinarium lumen* communicaret, quo perfectius veritates Dei revelatas penetrarent».—Philipp. a. Trinit. P. 2, tr. 3, d. 3, a 4, t. 2.

(2) «Contemplatio, añade luego el mismo autor (*ib.* a. 5), aliquando etiam in hac vita *pertingit ad claram et quidditativam Dei visionem*, quamvis cito transeuntem... Haec autem... visio, seu cito transiens, seu semper in aeternum permanens, esse non potest absque lumine gloriae».

«Non esse absolute impossibile hominem in corpori mortali elevari secundum mentem ad videndum clare Deum, dice Suárez (*De Deo*, l. 2, c. 30, n. 2), est assertio *certissima* in theologia».

«Certum est apud omnes theologos, escribe Alvarez de Paz (T. 3, l. 5, P. 3, c. 15), id a Deo fieri posse... An vero hoc... aliquando factum sit, hoc opus, hic labor».

«Theologi, añade Benedicto XIV (*De serv. Dei beatif.*, l. 3, c. 50, n. 5), passim admittunt posse Deum *via extraordinaria* et *speciali privilegio* hominem in hac mortalitate ad claram Dei visionem extollere; a lege quippe operandi et cognoscendi opera sensuum Deus naturae auctor et dominus potest aliquem solvere, aut remorando sensus externos ne agant, aut dando intellectui lumen gloriae per modum transeuntis».

«Secundum hoc, advertía muy bien el ilustre dominico, arzobispo de Lión, Peraldo (*Summa virtutum*, 4.ª P, tr. de *Donis*, X), illud *Exod.* 33:—*Non videbit me homo, et vivet*—exponendum erit de homine *humano more vivente*, secundum illud Aug. in lib. de Trinit.: Videri, inquit, Divinitas humano visu nullo modo potest, sed eo *visu videtur* quo jam, qui vident, non homines, sed *ultra homines* sunt».

llegar a él, porque halla en este estado mucha más abundancia y enchimiento de Dios y más segura y estable paz, y más perfecta suavidad sin comparación que en el desposorio espiritual. Bien así como ya colocada en los brazos de tal Esposo, con el cual ordinariamente siente el alma tener un estrecho abrazo espiritual que *verdaderamente es abrazo,* por medio del cual abrazo vive el alma vida de Dios. Porque en esta alma se verifica lo que dice San Pablo *(Gal.* 2, 20): *Vivo, ya no yo; porque vive Cristo en mí.* Por tanto, viviendo el alma aquí vida tan feliz y *gloriosa,* como es *vida de Dios,* considere cada uno, si pudiere, qué vida será esta tan sabrosa que vive, en la cual así como Dios no puede sentir algún sinsabor, ella tampoco le siente; mas goza y siente deleite y gloria de Dios en la substancia del alma transformada en El.—Y por eso se sigue el verso siguiente:

> Y a su sabor reposa
> el cuello reclinado
> sobre los dulces brazos del Amado».

Y explicando luego *(Canc.* 24) el verso *Nuestro lecho florido,* exclama: «Dichosa el alma que en esta vida *mereciere gustar* alguna vez el *olor* de estas flores divinas».

Por lo tanto, «los que tratan de subir a la alteza de la contemplación y *ciencia mística* del espíritu, observa conforme a esto el P. La Puente *(Guía espir.* tr. 3, c. 6), no han de tener ánimos rastreros y apocados, sino corazones magnánimos y esforzados para *pretender el supremo grado de ella,* pidiéndola a Nuestro Señor con humildad, pero con grande confianza y fervor, como aquella que decía *(Cant.* 1, 6): ¡Oh Señor, *a quien ama mi alma! Muéstrame dónde apacientas y reposas al mediodía, para que no comience a vaguear tras los rebaños de tus compañeros...* No te acobarde la cortedad de tus merecimientos, ni la alteza de los divinos dones; porque a un Dios tan grande como el nuestro no se han de pedir cosas pequeñas, conforme a nuestra pequeñez, sino muy grandes conforme a su grandeza. Y si con grande fe pedimos, sin duda, dice San Bernardo *(Serm.* 26 *in Cant.),* no quedaremos privados dellas... Y, pues, Nuestro Señor acepta él deseo eficaz como la obra, cuando falta la posibilidad de cumplirle; comienza tu oración con un deseo de tener un recogimiento y atención, no sólo humana, sino *angélica,* clamando a tu Dios y diciéndole: ¡Oh amado de mi alma! ven Tú a mi corazón y reposa en él de asiento, para que no comience a vaguear tras las criaturas; porque si Tú no estás conmigo, luego comenzaré a irme tras ellas. Verdaderamente, dice San Gregorio *(In Cant.), in quo Christus non cubat, vagatur:* aquel en quien Cristo no reposa, anda vagabundo.

...Tú, Señor, dijiste *(Joan.,* 14): «Si alguno me ama, Yo le amaré y le manifestaré a Mí mismo». Cumple, pues, lo que has dicho y manifiéstate a mi alma que te ama, dando la luz con que *te vea*».

El logro de todo esto en las almas fieles, no es tan raro como se supone.

«No sólo comunica Dios, dice S. Alfonso Rodríguez *(loc. cit.* c. 17), allá en el cielo estas cosas tan altas a los que le ven cara a cara...; pero a *muchos* de sus espirituales siervos, aunque no tan al descubierto como a los del cielo, los comunica (estando en carne mortal) cosas muy altas y divinas... llevándolos allá en espíritu, adonde los descubre el grande amor con que los ama, viéndose entre los coros de los ángeles. Estando en espíritu mental arrebatados y trasladados allá en el cielo, ven y gozan en alguna manera de lo que ven allá y gozan los bienaventurados, por particular privilegio, y la gran fiesta que allá se hace al que allá va de acá a *gozar de Dios,* y el regocijo que todos allá tienen con el nuevo huésped, lo cual es cosa que excede a todo sentido... Y así hay algunos que, como han gustado de las fiestas del cielo, después que vuelven en sí y se ven acá abajo, lo que place a los otros y da contento..., les da asco y les da en rostro... Aunque sea por mínimo espacio de tiempo, basta para que jamás gusten de cosa de esta vida que da a los hombres regocijo... A los cuales este mundo les es penoso, suspirando por el reino del cielo y de lo que allá han gustado, y más cuando llega a tanto que parece que Dios se les quiere descubrir como a los ángeles o que casi se les *descubre* (1)».

Así, pues, según estos y otros muchos testimonios, no sólo cabe la referida *visión intermedia,* sino que a veces, *per modum transeuntis,* puede caber la misma *facial,* no difiriendo de la que tienen los *comprensores* sino en la intensidad y duración (2).

(1) «Sólo hay la diferencia, decía el extático carmelita P. Miguel de Lafuente *(Las tres vías del hombre,* ed. Barcelona, 1887, p. 454), que allá las ven (las cosas) como son: y acá por fe, aunque ilustrada con clarísima luz de conocimiento: allá las ven en Dios que está en el Cielo, como en su casa y corte real; acá en el centro del alma, que es el cielo donde mora Dios».

(2) «Existimo, dice Antonio del E. S. (tr. 3, d. 3, s. 12; cf. *ib.* d. 4, s. 5), dari posse in hac vita per modum transitus *quidditativam Dei visionem,* et *de facto ita Deus se communicavit...* aliquibus magnis Sanctis, sed hoc quam raro. Ita D. Thomas (1.ª P., q. 12, a. 11, ad 2, et aliis pluribus locis); D. Ambrosius (lib. I *Hexaemeron.* cap. 2); D. Basilius *(Homil. 1 super Hexaemeron.);* D. Augustinus (lib. 12 *de Genesi ad litt.,* cap. 27); et cum aliis noster Philippus a SS. Trinitate (P. 2, tr. 3, disc. 2, a. 5, *Theologiae mysticae),* et Vallgornera (q. 3, d. 3, a. 10)».

«Contemplatio supernaturalis, sostiene en efecto este ilustre místico dominico *(l. cit.), aliquando ad claram Dei visionem pertingit».*—Lo cual prueba apoyándose en San Agustín, San Gregorio y Santo Tomás.—Poco después (d. 4, a. 5) añade: «Principium formale elicitivum contemplationis supernaturalis aliquando est *lumen gloriae...* Doctrina haec de visione clara divinae essentiae magis apud mysticos doctores protracta est. Aliqui enim illorum indicare videntur *in omni aetate* viris dono contemplationis eximiae cumulatis hanc gratiam a Domino fuisse concessam, ut aliquoties ipsum clare et intuitive conspexerint. Docet id D. Bonaventura... Sicut raptus est in confinio viae et patriae, ita est in confinio unionis et separationis a corpore... Quidam demum Sanctorum sic loqui et sentire videntur, quasi aliquando ineffabiliter, raptim quibusdam amantissimis Dei ad purum hujusmodi contemplatio in vita hac concedatur... Praetereo nunc Henricum Hérpium et Joannem Rusbrochium, qui verba proferunt, quibus in hanc sententiam manibus et pedibus ire existimantur».

Entre los que han gozado de este singular favor, parecen figurar, según

En todo esto pareceremos hallarnos, y nos hallamos hasta cierto punto, más conformes que con el ilustre abate Saudreau, con su contrincante el P. Poulain, quien, ante los elocuentes testimonios que nos dan los SS. Doctores y las almas experimentadas, admite con gran decisión y entusiasmo y defiende con ardor las místicas sensaciones y percepciones de los "sentidos espirituales", y con ellas los *substanciales toques* de Dios en el alma, tan celebrados de San Juan de la Cruz y otros grandes místicos (1).

Pero, en cambio, este docto jesuíta cae en el otro extremo de exagerarlas, desfigurándolas de modo que viene a comprometerlas, haciéndolas sospechosas de cierta suerte de "ontologismo", y suscitando contra ellas vivas polémicas; y todo por quererlas asemejar demasiado, ora a las sensaciones corporales, ora a las percepciones espirituales que son propias de los ángeles, y que, como *naturales* que son unas y otras, están siempre a merced

puede verse en la *Evolución Mística,* pág. 577—junto con la incomparable Santa Catalina de Sena, que enérgicamente lo afirma—Santa Angela de Foligno, Santa Magdalena de Pazzis, San Alfonso Rodríguez (que lo da bien a entender en el texto citado), la V. Marina de Escobar, etc.

A éstos creemos que se debe añadir San Juan de la Cruz, como puede colegirse de no pocos pasajes suyos, y entre ellos de los últimos aquí consignados.—Además, en la *Llama de amor viva,* canc. 4, dice así: «Estando el alma en Dios..., quítale de delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos para poder *ver como El es.* Y entonces *traslúcese* y *viséase algo* entre obscuramente (porque no se quitan todos los velos) *aquel rostro lleno de gracias*».

Pero aún pasa más allá la dignación divina, pues llega hasta mostrarse como *sin velos.* Así, en la maravillosa *Vida* del «encanto del divino amor», Sor Juana Benigna Gojoz, se lee repetidas veces que su contemplación llegó en bastantes ocasiones hasta la visión beatífica, según ella misma con gran candor y confusión declaraba a su Superiora (Cf. *Vie,* Besançon, 1901. pág. 354): «La mayor de todas las misericordias de Dios para con mi alma, decía, es que creo me ha favorecido por cortos espacios de tiempo, con la «vista inefable de su Esencia, cuanto puede ser vista en cuerpo mortal».—«¿Qué le falta, le decía el Señor (pág. 394), a la gracia que *muchas veces* te hago de mostrarme a tí, sino la duración, para que puedas llamarte bienaventurada?» (Cf. *ib.* págs. 83, 228, 275, 350, 410, 416). Cosa análoga se lee en la ya citada *Vida* de otra admirable salesa de nuestros días, Sor Bernarda Ezpelosín, pág. 249, donde ella se atreve a decir: «Parece que allá en mi alma se me ha mostrado (Dios) *sin velos* y *tal como es*».

(1) «Aliae, escribe López Ezquerra *(Luc. myst.,* tr. 5, c. 14 n. 127), sunt sensificationes delicatissimae, et suavissimae, quae *in animae substantia immediate fiunt a Deo,* et a Mysticis *tactus substantiales* dicuntur..., quia sunt proprie et stricte *sensificationes*».

«Los *toques,* dice muy bien Scaramelli (tr. 3, c. 13, n. 115), consisten en una *sensación verdadera* y real, aunque puramente *espiritual,* por la cual el alma *siente a Dios* en lo íntimo».

«¡Oh cuán dichosa es esta alma, exclama San Juan de la Cruz *(Llama,* canc. 4), que siempre *siente* estar Dios descansando en ella y reposando en su seno!...»

«En vista del testimonio de tantos Padres, tan esclarecidos y tan santos, advierte después de citar a varios el P. Nouet *(Introd. a la vie d' oraison,* l. 5, entret. 14), sería *temerario* poner en duda lo que, de acuerdo con ellos, enseñan *todos* los teólogos místicos acerca de los cinco *sentidos espirituales*».

de la criatura. En consecuencia de esto—de convertir en verdadera semejanza la simple analogía que dichas sensaciones guardan con las naturales—, les da luego una muy excesiva extensión e importancia al querer tomarlas por características del *estado místico* en general, como si en él nunca faltaran y pudieran tenerse a todas horas, siendo así que faltan muchas veces y aún por muchísimo tiempo, sobre todo en las grandes *ausencias* y *obscuridades,* por otra parte propísimas de ese estado; pues como del todo *sobrenaturales,* aun en cuanto al *modo,* por ser obra de los dones del E. S., se tienen no a arbitrio del alma contemplativa, sino sólo cuando y como se digna comunicárselas Aquél, *qui emittit lucem, et vadit (Baruc, 3, 33).*

De aquí que el mismo P. Poulain se vea precisado a excluir del estado místico, por de pronto, varios grados inferiores de contemplación imperfecta en que aquéllas no existen aún o apenas se notan, a pesar de notarse ya muy claramente el modo *sobrehumano,* "sobrenatural„ *pasivo* o *infuso,* que es lo que en rigor le caracteriza.

Así es como pudo seguir sosteniendo que no todos son realmente llamados a la vida mística, por ver que de hecho son tan excesivamente pocos los esforzados que llegan hasta las cumbres donde normalmente suelen, con cierta frecuencia, experimentarse esas místicas *sensaciones;* y menos aún los que gozan de ciertos favores del todo *gratuitos* y verdaderamente "extraordinarios„ que a veces las preceden o las acompañan, y que, a pesar de no ser de suyo medios directos de propia santificación, él no repara en incluirlos, como si fueran allí cosa normal y corriente, en lo que llama "estados sobrenaturales„ o "místicos„.

De ahí que tenga a estos mismos, en general, por favores y privilegios del todo *gratuitos* y *extraordinarios,* no indispensables ni aun apenas conducentes de suyo a la verdadera y perfecta *santidad.*—Sin embargo, no puede ya menos de reconocer la licitud y aun conveniencia de aspirar a tales estados: como si fuera lícito aspirar a cosas para las cuales no somos llamados, ni por lo mismo se nos haya dado ninguna esperanza de lograrlas (1).

(1) «Si los *estados sobrenaturales* de oración, escribe *(Des Grâces d' oraison,* c. 23), sólo fueran medios de santificación, gracias de santidad, no ofrecería dificultad la cuestión de los deseos. Pero son—dice confundiendo los términos—gracias *extraordinarias, privilegios,* privanzas divinas que suponen maravillosas condescendencias por parte de Dios... De ahí la cuestión de saber si los deseos y demandas de semejante objeto son o no presuntuosos...,

En suma, unos autores—entre los cuales figuran más o menos Rodríguez, S. Ligorio, Scaramelli, Meynard y Ribet—se forman de lo esencial de la contemplación infusa, o sea de la vida mística, un concepto tan alto o tan singular (por excluir de ella los grados inferiores o incluir los favores propiamente *extraordinarios* y excepcionales), que vienen a declararla inaccesible a la generalidad de los *buenos cristianos*, y así la creen reservada para sólo algunos privilegiados o del todo predilectos. Otros, huyendo de ese extremo, llegan a veces hasta incurrir en el contrario, excluyendo de aquélla, como si fueran cosas realmente "extraordinarias„ y aún como imposibles a viadores, los grados más elevados y por lo mismo más estimables y aun más característicos de la *vida mística,* tal como nos la describe San Pablo, al decir *(Col.* 3, 3): "Muertos estáis y vuestra vida está *escondida* con Cristo en Dios„. Y en otro lugar *(Phil.* 1, 21): *Mihi vivere Christus est.*

De ahí la necesidad de precisar bien los conceptos y la significación de los términos (tales como *extraordinario, estado místico, contemplación infusa, oración sobrenatural),* y de ver lo que por éstos entiende y quiere dar a entender cada autor, y evitar así tantas cuestiones como suele haber de puro nombre y tantísimas confusiones y equívocos (1).

A esto han contribuído no poco las traducciones, trascripciones o ediciones inexactas de algunos grandes maestros, y muy particularmente de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz; pues como hace ver muy bien Saudreau, los principales textos de la Santa, con que han tratado de autorizar en el extranjero la opinión pseudotradicional, están del todo desfigurados. Y no menos lo están algunos tomados de las ediciones hasta ahora corrientes de aquel incomparable doctor místico; pues en ellos—según iba obscureciéndose la doctrina tradicio-

halagadores de la vanidad..., y expuestos a dejar, por un *mundo de quimeras,* aquel donde seriamente se trabaja por santificarse». Y él, a pesar de todo, se resuelve, como luego veremos, por la *afirmativa.*—Muy gustosos le admitimos el *consiguiente,* pero... negando tal *consecuencia.*

(1) «Los que por contemplación entienden toda unión mística, incluso la árida, observa Saudreau *(Vie d' union,* n. 24), la tendrán por más frecuente que los que no la reconocen sino en la unión de todas las potencias... Los primeros admitirán gustosos que la contemplación es, por *regla ordinaria,* la oración *propia de las almas perfectas;* los segundos propenderán a negarlo. A veces, en un mismo autor se notan vacilaciones o contradicciones que se explican de este modo; pues cuando considera que las gracias místicas son necesarias para alcanzar la perfección, afirmará que Dios no niega la contemplación a las almas fieles; y cuando se fije en los goces y dulzuras que con frecuencia la acompañan, notarán que hay almas fieles que en esas condiciones no la reciben».

nal—se introdujeron en este punto graves interpolaciones, supresiones y corrupciones, como lo demuestra la nueva edición crítica (1912, t. I, pág. 53).

V.—Obscurecimiento de la doctrina tradicional

Este obscurecimiento empezó a notarse principalmente, según dijimos, en el siglo XVI, se acentuó en el XVII y llegó a su extremo en el XVIII.

En el siglo XVI fueron ya duramente combatidas las preciosas *Instituciones espirituales* de Blosio, según él mismo decía, por muchos que no estaban en condición de poder entenderlas bien. Análogas declaraciones hace repetidas veces el P. Osuna en su *Tercer Abecedario espiritual,* ordenado a enseñar, defender y recomendar el verdadero *recogimiento* (1). Santa Teresa no cesa de lamentarse de la escasez de buenos directores que, conociendo las vías del espíritu, sean capaces de enseñarlas, alentar y no estorbar el aprovechamiento, y de la abundancia de aquellos que en todo lo espiritual ponen miedos y no ven sino peligros, mientras no quieren verlos en el camino ancho (2). Y San Juan de la Cruz (cuyos celestiales libros fueron también objeto de duras críticas) dice que son innumerables los que, por culpable ignorancia, apartan las almas de la contemplación a que Dios las está invitando. A los cuales asperísimamente reprende (3), porque de este modo "destruyen la viña escogida del Señor„ y porque "no sabiendo sino martillar como herreros„ con el ejercicio de las potencias, todo lo demás lo tienen por ociosidad y engaño; y así obligan a las pobres almas a resistir a la delicada acción del Espíritu Santo, que ha de dar en todo el remate y el perfeccionamiento al espiritual edificio.

En 1576 fué el devotísimo P. Baltasar Alvarez, S. J., acusado por sus hermanos en Religión de seguir y recomendar un camino de oración diferente del trazado en los *Ejercicios* de San Ignacio, como si fuera un crimen seguir adelante cuando Dios nos llama. El V. P. L. de la Puente disculpa, en cierto modo, esa acusación diciendo que fué motivada por algunos indiscretos discípulos

(1) Sobre las causas de este obscurecimiento y de la obstinada oposición de muchos grandes teólogos a los escritos piadosos, véase el interesante estudio: *Intelectualistas y Místicos,* por el P. E. Colunga, O. P., en *La Ciencia Tomista,* 1914-1915.

(2) «No entendiendo el espíritu, dice (*Vida,* c. 13), afligen alma y cuerpo, y estorban el aprovechamiento».

(3) Cf. *Llama de amor viva,* canc. 3, v. 3, § 7-11.

del P. Baltasar, que llegaban al extremo de menospreciar el método del Santo Fundador de la Compañía.

Pero éste, como en su *Defensa* replicó muy bien el mismo P. Baltasar, y luego hizo ver más ampliamente Suárez *(De Religione*, tr. X, l. 9, c. 6), no se propuso ni podía proponerse, en el breve espacio de los *Ejercicios*, tratar de lo más alto de la vida espiritual, sino sólo apartar las almas del pecado e irlas introduciendo en las sendas de la virtud y justicia, ejercitándolas principalmente—como conviene a principiantes—en las vías purgativa e iluminativa; aunque en las meditaciones de la 4.ª semana, relativas a la vía unitiva—excitándonos a la esperanza y al amor—nos lleva como al umbral de la contemplación infusa. Así, "contento, según la expresión de Suárez, de haber puesto en buen camino a las almas prudentes, deja lo demás a la acción del E. S. He ahí por qué habla tan poco de la unión con Dios y del acto simplicísimo de la contemplación".

Lo mismo hizo un siglo después San Francisco de Sales, en la *Vida devota*, dejando todo lo relativo a la contemplación para el hermoso *Tratado del amor de Dios*.

Mal podía San Ignacio disuadir a otros de tener—cuando a ella fueran llamados—la oración sobrenatural que él mismo tenía y que con tanto empeño recomienda a San Francisco de Borja pedirla y procurarla. Antes, en todo el curso mismo de los *Ejercicios*, va disponiendo suavemente para ella, al aconsejar que nunca se desprecien, sino que se aprovechen bien siempre las mociones interiores del E. S., como cuando dice *(Repet.* 1 et 2, *exerc.* 1.ae hebd.): "*Occurrente nobis spirituali motu, ad colloquia veniamus*" (1). Esto es precisamente lo que, tan de acuerdo con la Tradición, recomienda con gran insistencia el V. P. Granada (2).

(1) El P. Brou, S. J., en un librito reciente, titulado: *La Spiritualité de S. Ignace*, reconoce que el Santo dirigía a sus discípulos hacia el estado místico.

San Ignacio, advertía su sucesor Rmo. P. Roothaan (27 Dic. 1834), «si bien no enseñó modos y preceptos de alguna oración sublime y de singular unión con Dios, enseñó cuanto conviene para *disponer para ella* los ánimos».

(2) El mismo P. Baltasar Alvarez, en su *Defensa*, hacía constar muy oportunamente cómo «por medio de la meditación se alcanza la quietud de la contemplación. Y el autor de los *Ejercicios* subió de ellos por especial gracia a este modo de oración, cuando se dice de él que en la oración más se había *passive* que *active* trabajando con el discurso; porque ya entonces descansaba como quien había caminado y llegado al término. Y aunque el común modo de orar se ha de proponer ordinariamente a todos; mas si Nuestro Señor *al principio pone por especial favor* a alguno en la oración de quietud, ha de ser ayudado por ella, y así mismo se puede aconsejar a los que se han ejercitado algunos años en discursos y meditaciones y están bien aprovechados y

De ahí que el mismo General de la Compañía, P. Mercuriano, a pesar de los grandes disgustos que ocasionó al P. B. Alvarez, lo que al fin, en substancia, reprendió fué la temeridad de aquellos que, sin ser aún llamados, quieren por sí mismos meterse en los ejercicios de la contemplación infusa, que Dios da, no cuando nosotros queramos, sino cuando a El le place. "Y así, por querer *subir antes de tiempo...,* lo perdieron en vano..., y por querer *volar antes de tener alas,* saltaron y erraron el camino".

Y aunque, por las excesivas medidas que llegó a tomar en contra de la para él sospechosa o falsa contemplación, hizo que muchos miraran con desconfianza la verdadera, como si fuera *impropia de los hijos de S. Ignacio* (1), su sucesor, el P. Aquaviva, corrigió ese engaño, mostrando cómo esta altísima manera de oración que llaman, por excelencia, *sobrenatural*, en nada era opuesta al espíritu de la Compañía (2).

Y buena prueba de ello es, advierte el abate Saudreau *(La Vie d'union,* pág. 495), que "los más recomendables autores espirituales que en ella hubo, conservaron admirablemente la doctrina tradicional. Entre ellos podemos citar en esa época a San Alfonso Rodríguez, a Suárez y al V. Luis de la Puente, y poco después a los PP. Le Gaudier, Lallemant, Surín, Rigoleuc, y, por último, Caussade y Grou en el siglo XVIII". A los cuales bien podríamos añadir otros muchos, tales como Lessio, Alvarez de Paz y Vicente Huby.

Sin embargo, uno tan recomendable y famoso como el P. Rodríguez, nada menos que en su admirable *Ejercicio de perfección* (1.ª P., tr. 5, de la *Oración),* con poner ciertas salvedades que de algún modo, según ya dijimos, le mantienen dentro de la corriente tradicional, viene, sin embargo, casi a romper del todo con ella y

dispuestos para este modo de orar con quietud interior en la presencia de Dios..., aconsejándoles, no que dejen del todo las meditaciones; sino que poco a poco vayan teniendo menos de discurso y más de afecto... El modo de orar por afectos con poco discurso en general, es de muchos; y lo más perfecto de él, es de pocos; pues siempre la perfección se halla en pocos. Y ojalá que hubiese muchos para que despertasen a los otros. Y andar de esta manera por *camino particular,* no es malo; porque *no hace Dios mercedes muy particulares a los que se contentan con el camino y vida común*».

(1) Cf. P. ASTRAIN, *Hist. de la Compañía,* t. 3.°, donde muy por extenso declara y relata estas inconcebibles aberraciones, que tan funestas consecuencias trajeron...

(2) «No hay que menospreciar la contemplación, dice *(Carta sobre la oración,* 1599), ni impedirla a los miembros de nuestra Compañía. Pues es cosa reconocida y comprobada por el sentimiento de muchos Padres, que la verdadera y perfecta contemplación tiene *más virtud y eficacia* que todos los otros modos de oración para domar y abatir el orgullo humano y excitar enérgicamente a los apocados para que ejecuten las órdenes de sus superiores y se empleen con ardor en la salud de las almas».

contradecirse a sí mismo, dejándose llevar de las prevenciones nacientes. Así por mejor preservar del *quietismo* (que según parece invadía hasta a sus novicios) exageró demasiado el peligro de incurrir en él como, por ej., al decir (c. 7: "No hemos de buscar otros caminos ni otros modos *extraordinarios* de oración, sino procurar amoldarnos al que ahí (en los *Ejercicios)* tenemos, como buenos y verdaderos hijos. En el ejercicio de las tres potencias... nos enseña N. P. el modo que se ha de tener en la oración... Este modo de oración que... usa la Compañía, no es singular ni con invenciones acomodadas a ilusiones, como lo son algunos otros, antes modo muy común y muy usado de los Padres antiguos (1), y muy conforme a la *naturaleza humana* (mejor diría: al *modo humano* siempre *imperfecto),* que es discursiva y racional, y por razón se gobierna (pero, desgraciadamente, según la *prudencia humana...);* y por consiguiente, es más fácil, más *seguro* y *fructuoso* (¿que el *modo sobrehumano,* en que el mismo E. S. pide en nosotros y por nosotros con gemidos inenarrables, enseñándonos así a orar *como conviene,* ya que nosotros *no lo sabemos?...—Rom.* 8). De manera que no hemos de estar en la oración a modo de dejados o alumbrados, sin hacer nada, que sería eso engaño y error grande; sino habemos de llamar allí a Dios, mediante el ejercicio de nuestras potencias„: ¡por lo visto, aunque El mismo quiera incapacitarlas o ligarlas para obrar más a su gusto en nosotros y ser nuestro único motor y director...!

Para tales exageraciones trata de apoyarse nada menos que en San Bernardo y en Blosio. Mas a éste lo cita precisamente en un capítulo, cuyo título mismo enseña todo lo contrario, a saber: *Semper anhelandum ad mysticam unionem cum Deo (Spec. spir.*, c. XI); y a San Bernardo, cuando *(Serm.* 46 *in Cant.)* dice que "mientras Dios no sea servido levantarnos aún a esa altísima oración propia de los grandes Santos, dejémosla para los Apóstoles y varones apostólicos y contentémonos *entre tanto* con irnos *disponiendo* mediante la fiel práctica de las virtudes y el dolor de los pecados„. Pero tampoco advierte que el Santo Abad, con todo eso que dice, lo que quiere es que nos dispongamos bien para merecer y recibir esa gracia; y así añade en el mismo sermón:

(1) No faltan quienes opinan todo lo contrario; y entre ellos D. Festugière, en su citado libro *La Liturgie catholique,* sostiene que este método tan rígido de meditación «rompe absolutamente con los tradicionales modos antiguos de oración privada». Y no de muy distinto parecer eran, según ya hemos visto, el V. P. Granada y San Juan de la Cruz.

"Apetis et ipse contemplationis quietem: et bene facis„. Además olvida lo que él mismo, según vimos ya, dejaba dicho (tr. 1, c. 8) contra los comodones—a quienes llama *pécora campi*—, que se contentan con poco y quieren ir por lo *fácil*, espacioso y llano, "dejando las cosas excelentes y árduas para los Apóstoles y para los grandes Santos„.

Así es como se ve precisado otra vez a interpretar debidamente las palabras de San Bernardo, diciendo con él a los principiantes (tr. 5, c. 5): El lecho de "vuestro corazón aun está todavía hediondo... ¿y tenéis atrevimiento para convidar al Esposo a que venga a él, y queréis *ya* tratar de otros ejercicios altos y levantados de amor y unión con Dios *como si fuérais perfecto?* Tratad *primero* de limpiar y lavar muy bien vuestro lecho con lágrimas *(Ps.* 6) y de adornarle con las flores de las virtudes, y con eso *convidaréis* al Esposo a que venga a él, como lo hacía la esposa. Tratad del ósculo de los pies, humillándoos y doliéndoos mucho de vuestros pecados, y del ósculo de las manos, que es de ofrecer a Dios vuestras buenas obras, y *procurad recibir de sus manos* las verdaderas y sólidas virtudes; y esotro tercer ósculo de la boca, esa unión altísima..., esa otra oración especialísima y aventajada, dejémosla para cuando el Señor fuere servido de llevarnos y levantarnos a ella„.

Luego, en el cap. VI, prosigue: "Advierten aquí los Santos y maestros de la vida espiritual, que *para venir* a aquella oración y contemplación alta que decíamos, es menester mucha mortificación de nuestras pasiones y fundarse uno primero muy bien en las virtudes morales y ejercitarse mucho en ellas, y *si no,* dicen que será en *vano pretender entrar* en esa contemplación... "Oportet, dicen, prius sis Jacob luctans, quam Israel Deum videns, ac dicens: Vidi Deum facie ad faciem...„ Esto es lo que dicen comúnmente los Santos cuando ponen aquellas tres maneras de oración, según las tres vías que llaman purgativa, iluminativa y unitiva...: dicen, y convienen en esto, que antes de tratar de esta oración tan alta y encumbrada, la cual *corresponde a la vía unitiva*, habemos de tratar de lo que pertenece a la vía purgativa e iluminativa„. Y, por fin, en el cap. XII añade: "En la *perfecta oración* está como *adormecido el entendimiento,* porque ha *dejado el discurso* y especulación, y la voluntad está velando y derritiéndose en amor... De manera que la meditación y todas las demás partes que ponen en la oración, *se ordenan y enderezan a esta contempla-*

ción, y son como escalones *por donde habemos de subir a ella*„. En prueba de lo cual cita el famoso texto de la *Escala del Paraiso* (por él malamente atribuída a San Agustín): "La lección busca, la meditación halla, la oración pide; pero la contemplación gusta y goza de aquello que buscó, pidió y halló...: "Quaerite, et invenietis: pulsate et aperietur vobis„ (*Mt.* 7)... Buscad leyendo, y hallaréis meditando; llamad orando, y *os abrirán contemplando*„.

Mas, aunque con estas preciosas frases y otras parecidas rectifica un poco las muy exageradas y muestra cómo podríamos todos llegar a su tiempo a la contemplación sobrenatural—por ser la única oración *perfecta*, la propia de la *vía unitiva*, y a la que, por lo mismo, se ordena de suyo la meditación—, y llegaríamos realmente si entre tanto nos dispusiéramos bien con los ejercicios de las vías purgativa e iluminativa, sin embargo, no bastan unas rectificaciones tan breves, aunque tan explícitas, para quitar la impresión de desconfianza que suele producir en la mayoría de sus lectores.

Así esta desconfianza fué poco a poco en aumento y vino a generalizarse casi en todas partes, sin distinción de Ordenes religiosas ni de escuelas, en los autores vulgares o poco experimentados, que sólo se preocupaban de reaccionar contra los excesos del quietismo; los cuales, para evitar de raíz este peligro, no reparaban en incurrir en otros mucho mayores, apartando las almas de las vías del espíritu por donde Dios las quería llevar, dando por sospechoso, no ya lo *extraordinario*, como éxtasis proféticos, visiones y revelaciones—que a tantos asustan—(1), sino también todo lo que se refiere a *contemplación* infusa o *vida mística*, y hasta desdeñándose de mencionar—o mencionando sólo con desprecio—esas compendiosas palabras en que se encierra la hermosura y riqueza de la vida cristiana (*Sap.* 7, 7-14; 8, 2-16: *Eccli.*, 6, 31). De ahí los lamentos de Santa Juana Fr. de Chantal, del P. Surín y de tantos otros grandes siervos de Dios, por ver tan olvidados, abandonados y menospreciados los caminos del espíritu—como los de Sión en

(1) «Parece, observa Santa Teresa (*Fundaciones*, c. 8), hace espanto a algunas personas sólo el oir nombrar visiones u revelaciones: no entiendo la causa por qué tienen por camino tan peligroso el llevar Dios un alma por aquí, ni de dónde ha procedido este pasmo...; porque a pocos confesores irá que no la dejen atemorizada», más que si les fuese con grandísimos pecados. Si hay humildad, prosigue, «ningún daño podrá hacer aunque sea demonio; y si no la hay, aunque sea de Dios, no hará provecho».—Cf. OSUNA, *Tercer Abecedario espiritual*, tr. 5, c. 2.

tiempo de Jeremías—, y tan combatida la oración sobrenatural por los mismos que debían recomendarla (1).

Este menosprecio y olvido llegó a su colmo en el siglo XVIII, donde, como advierte Saudreau *(La Vie d' union,* pág. 584), "tan comunes llegaron a ser las prevenciones que había en contra de la contemplación, que hasta parece se evitaba pronunciar este nombre. Por más que muchas almas continúan buscando la buena doctrina en las obras de los grandes maestros (cuando éstos no les eran malamente secuestrados o vedados), otras propenden a falsear esa doctrina tradicional con ciertas explicaciones que la alteran y desfiguran... Es esa la época del cartesianismo, del ontologismo, del galicanismo y del rigorismo, época de obscurecimiento, a que se pueden aplicar las palabras del Salmista: "*Diminutae sunt veritates a filiis hominum:* los hijos de los hombres han disminuído las verdades„.

Y por eso escasearon también los verdaderos santos, pues *defecit sanctus, quoniam diminutae sunt veritates...*

De ahí la chocante afirmación de Scaramelli—repetida nada menos que por San Ligorio, y en nuestros días por Ribet y otros autores—de que la mayoría de los verdaderos y fervientes cristianos y de los perfectos religiosos van sólo por la *vía ascética*, única segura y deseable, y que aun entre los que llegan a una encumbrada perfección y santidad son rarísimos los llevados por la vía mística, o sea de la contemplación infusa; la cual malamente suponen del todo *pasiva* (2), y así la tienen por excepcional, temible y llena de dificultades y peligros; y por lo mismo, creen que no conviene sea deseada más que, a lo sumo, por los que ya han sido introducidos en ella (3).

¡Como si pudieran citar un solo Santo verdadero, un verdadero cristiano perfecto en Cristo, que no sea verdaderamente "espiritual„, que no proceda habitualmente

(1) Cf. SANTA TERESA, *Camino de perfec.,* c. 21.—«Desde que por miserables prevenciones, decía el devoto jesuíta P. Caussade *(Diál. prelim.),* se ha ido abandonando la lectura de los místicos, no se ven ya en los claustros tantas almas interiores, desprendidas de todo, muertas al mundo y a sí mismas; al paso que donde se conserva el amor a esas lecturas vemos reinar en la misma proporción el recogimiento, la abnegación, la humildad y la sencillez evangélica».

(2) «*Homo,* advierte Santo Tomás (1-2, q. 68, a. 3, ad 2), *sic agitur a Spiritu Sancto, quod etiam* agit *in quantum est liberi arbitrii; unde indiget habitu (donorum)*».

(3) Cf. Scaramelli, *Directorio ascético,* Introd., núm. 2; *Direct. míst.,* tr. 1, c. I, n. 10; tr. 2, c. 6, n. 57-58; tr. 3, c. 32; San Ligorio, *Praxis,* 136; *Homo Apost.* Append. 1, n. 23; Ribet, *Mistique,* I, págs. 17-19, 68 (1895).

de un modo *sobrehumano*, como animado y poseído del Espíritu Santo, conforme lo están todos los verdaderos y dignos hijos de Dios (1).

Sin embargo, estas apreciaciones de autores tan conocidos, a pesar de las contradicciones que encierran, sirvieron a muchos como de norma infalible, hasta que poco a poco se fué reconociendo el engaño y viendo cuán lejos estaban de representar la verdadera tradición.

Lo más chocante es que el mismo Scaramelli reconoce, por de pronto, que grandes místicos aprueban el deseo de la contemplación; y no pudiendo él, sin duda alguna, citar verdaderas autoridades en contra, se declara entre tanto del mismo parecer; mas a pesar de eso, empieza luego a defender con insistencia el proceder contrario, presentándolo como "cosa de mayor perfección y de mayor seguridad", y apoyándose en palabras de Santa Teresa entendidas al revés (*Tr.* 3, c. 32, n. 283, 286). De ahí que venga a tener esa inapreciable gracia por innecesaria para la perfección, por cosa tan accesoria y aun tan extraordinaria, que el desearla, aun con el mejor fin, sería tan opuesto casi a la perfección de la humildad, como el desear ser Obispo o Papa (n. 287) (2).

(1) *Rom.*, 8, 14.—«No conocemos, observa muy bien Saudreau (*Vie d' union*, núm. 433), ningún Santo canonizado—salvo acaso algún mártir cuyo heroísmo no se notó hasta última hora—de quien pueda probarse que no fué elevado a la contemplación».—Aun los mismos que en su humildad creían no ser contemplativos o místicos, lo eran en alto grado, sin que ellos lo advirtieran.

(2) Así termina diciendo *(ib.)*: «Luego no es lo más conforme a una verdadera humildad y a una virtud maciza y robusta el desear por tales medios la propia perfección».—A esto, prosigue (n. 289-290)—, es decir a lo macizo y robusto, como si fuera posible lograrlo sin dicha gracia—, «y no a los grados de contemplación..., tenga toda alma humilde vueltos y enderezados sus deseos... La contemplación infusa no es conveniente a toda alma, *ni para toda alma es camino* más seguro *para llegar a la perfección... No debemos... meternos con los deseos,* ya que no podemos en efecto, en los primeros puestos (o sea en dicha contemplación)... ni hacer importunas instancias para ser colocados vecinos al Rey para comer con él viandas de mucho sabor, sino que *debemos* ponernos con santa humildad en el último lugar de la meditación».

Y para que nadie se lamente de nuevo, como con gran sorpresa vimos que lo hizo en *Razón y Fe* (Abril, 1919, p. 519-20) el doctísimo P. Villada, de que no se logre mayor *fidelidad* en la alegación de este autor—a quien él casi nos presenta como uno de los grandes defensores del deseo de la contemplación—no estará demás recordar el primer aviso que a este propósito da al director: «Atienda con *sumo cuidado*, dice (*Tr.* 2, c. 6), que no entren (las almas sedientas de Dios) en pretensiones de *consuelos,* de gustos, de *comunicaciones espirituales* y *mucho menos* de *elevadas contemplaciones*... Este es un modo *extraordinario* de conocer, no debido a las mentes y entendimiento de los hombres, y por eso *no se debe jamás pretender* de nosotros... Quiere Dios que nosotros, cuanto es de nuestra parte, procuremos penetrar las verdades sobrenaturales y divinas por medio de la meditación, que... es muy conforme a nuestro modo natural de entender».

Por lo mismo deberá querer que nunca deseemos ejercitar los dones, sino que, en cuanto es de nuestra parte, procuremos tenerlos siempre ociosos, ya que con ellos se procede de un modo *sobrehumano*. Y así, en vez de pedir

Con semejantes doctrinas, observa el abate Saudreau (*Vie d'union*, pág. 593, núm. 422), ni los mismos contemplativos podrían ya reconocerse por tales; pues a no ser elevados hasta el éxtasis, no deberían creerse en la contemplación„.

Tal sucedió, entre otros muchos, al B. Diego de Cádiz (Cf. *Evol. mística,* pág. 599). Y sólo así se explica que todo un San Ligorio (*Praxis,* 127-133-143) llegue a tener el estado místico, no ya—como lo tenía Bossuet—por *extraordinario* y rarísimo, sino por tal que sin él se puede alcanzar mayor gloria, y tan realmente *pasivo* a veces, que en él no se podía *merecer!...*—¡Como si Dios ordenara la caridad y la encendiera tan vivamente para hacerla estéril!—De donde el desear un estado así sería, según él, verdadera temeridad.—Por lo cual trata de corregir la plana a San Juan de la Cruz y a cuantos autores aprueban esos deseos, que son, como veremos, *todos* los grandes místicos.... Y aunque en parte pretende apoyarse en Santa Teresa, es atribuyéndole, quizá fundado en versiones infieles, todo lo contrario de lo que ella con gran insistencia enseñó (1).

con la Iglesia la *comunicación del E. S.* y el *gozar siempre de su consuelo,* habrá que corregirle la plana...

Ante estas muestras, y mucho mejor confrontando cada cual por sí mismo, los pasajes aludidos en dichos autores, con el brevísimo resumen arriba hecho de su común doctrina y con lo que a Scaramelli trata de atribuir el citado crítico, podrán comprender nuestros lectores en dónde estará la falta de fidelidad digna de lamentarse.

Para mayor abundamiento confronten también lo que en dicha revista se nos atribuyó con porfiada insistencia por los años 11 y 12, con nuestras palabras textuales y contextuales de *Evolución doctrinal...*

(1) «Ut anima perfectionem attingat, non est necessaria *unio passiva... Paucissimae,* inquit S. Theresia (!), sunt animae illae quae diriguntur a Deo per vias supernaturales: et nos in coelo permultas aspiciemus quae, sine hujusmodi gratiis supernaturalibus, erunt gloriosiores illis quae gratias istas receperunt».—San Ligorio, *Praxis,* núm. 136.

Pero la Santa no dice tal cosa. Lo que sí dice repetidas veces es que, sin esas gracias, es imposible la perfección de las virtudes... Y, por consiguiente, la gloria tendrá que ser muy inferior.

«Haec est, decía muy bien—con el B. Alberto M.—San Buenaventura (*De profectu religios.* l. 2, c. 73), hominis in hac vita *sublimior perfectio:* ita inhaerere Deo, ut tota anima, cum omnibus potentiis suis et viribus, in Deum *collecta*, unus fiat spiritus cum eo, ut nihil meminerit nisi Deum, nihil *sentiat* vel intelligat nisi Deum, et omnes affectus in amoris gaudio uniti, in sola Creatoris *fruitione suaviter quiescant...* Unde *orationis perfectio* est cum id obtinet anima ad quod orando tendit, ut tota ab infimis abstracta, solum uniatur divinis; nec volens *nec valens aliud sentire* nisi Deum. Ibi vero *quiescit* anima, ibi *deliciatur* in splendore lucis, in *amoenitate divinae dulcedinis* et in securitate *pacis*».

—«¡Oh hermanas mías!, exclama Santa Teresa (*Mor.* VI. c. 3), que no es nada cuanto dejamos ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéramos hacer por un Dios que ansí se quiere comunicar con un gusano. Y si tenemos esperanza de aun en esta vida *gozar* de este bien, ¿qué hacemos? ¿En qué nos detenemos? ¿Qué es bastante para que un momento dejemos de buscar a este Señor, como lo hacía la Esposa por barrios y plazas?...

»Llegada a estas grandezas de Dios, no puede dejar de lastimarme mu-

Dada esta confusión de ideas, no serán ya muy de extrañar tantas, tan arraigadas y tan funestas prevenciones como por todas partes hubo y suelen aún por desgracia abundar en contra de los "místicos", de la Mística (1) y de los libros que de ella tratan, cuya terminología misma, por torpe ignorancia, muchos menosprecian (2), y cuya saludable lectura tantísimos superiores (y sobre todo, superioras imprudentes y bachilleras) procuran impedir a los súbditos más necesitados de ese celestial alimento. Y de ahí también la obstinada y lamentable oposición de casi todos los malos directores—que son innumerables (3)—a dejar a las almas fieles entrar por las vías del espíritu, por más que se sientan llamadas, obligándolas así a contristar y resistir al Espíritu Santo, y resistiéndole ellos obstinadamente por menospreciar sus dones y asemejarse a los escribas y fariseos que, "apoderándose de la llave de la ciencia, ni entraban ellos ni dejaban a los demás entrar en el Reino de Dios (4).

De ahí la urgente necesidad de dar bien a conocer las excelencias incomparables de la Teología mística y desvanecer tantas prevenciones corrientes, procurando, al efecto, plantear y resolver lo más claramente posible las siete cuestiones principales que aquí nos hemos propuesto y ventilar.

cho ver lo que perdemos *por nuestra culpa*. Porque aunque es verdad, que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiéramos a su Majestad como El nos quiere, a *todas las daría:* no está deseando otra cosa sino tener a quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas».

(1) «Altissima quidem sunt haec mysteria, et super communem hominum captum; sed... res sublimes et arcanas, quod sibi notae non sint, quasi falsas aspernari, fidemque abnegare spectatissimae probitatis viris, cum de divinis perceptionibus ex propria loquuntur experientia, stultorum est, et impiorum». Card. Bona, *Via Compendii ad Deum*, c. 5.

(2) «Coelestium donorum sublimitas, añade el mismo sabio Cardenal *(De Discr. spirit.*, ad finem), saepe excedit vim et significationem omnium vocum, quas ad promendos animi conceptus homines instituerunt; et si quis ea, ut par est, directori pandere velit..., necesse est ut nova vocabula novasque phrases fingat, quibus singularia Dei dona sibi concessa manifestet; quas sane voces *carnales homines* non percipientes, praecipite sententia veluti erroneas damnare solent. Traducitur hoc nomine a nonnullis mystica Theologia, ac si voces contineat obscuras, horridas, inauditas... quas, vel ludibrio habent tanquam nullius momenti, vel nihil differre putant ab erroribus... damnatis».

«Quomodo enim graece loquentem non intelligit qui graecum non novit...; sic lingua amoris, ei qui non amat, barbara erit, eritque aes sonans aut cymbalum tiniens». San Bernardo, *Serm.* 79 *in Cant.* núm. 1.

(3) Según el B. Juan de Avila, apenas se hallará uno del todo bueno y cabal *entre mil;* y según San Francisco de Sales, ni entre *diez mil.*

(4) «Vae vobis Legisperitis, quia tulistis clavem scientiae, ipsi non introistis, et eos qui introibant, prohibuistis».—*Luc.* 11, 52.

VI.—Idea general y excelencias de la Teología Mística según los grandes maestros de espíritu

Esta altísima Teología tiene por objeto, no la simple especulación de la verdad sobrenatural, sino el *sabroso conocimiento experimental de Dios y de las cosas divinas,* adquirido mediante la contemplación infusa (1), o sea mediante el ejercicio de los dones del Espíritu Santo, y muy principalmente, de los dos superiores, el de sabiduría y el de inteligencia (2).

"*Teología mística,* observa el P. Osuna (3), quiere decir escondida, porque en el secreto escondimiento del corazón la enseña el buen maestro Jesús, que para sí solo quiso reservar este magisterio, del que dió a sus siervos menos parte e facultad para enseñar a otros que de cualquier otra esciencia, queriendo, como principal maestro, guardar para sí la principal doctrina... Esta pertenesce a la voluntad enamorada del sumo Bien... La otra Teología perecerá cuando a la fe sucediere la visión como premio; mas ésta se perfeccionará.∴ e ya no será escondida, mas a todos será manifiesta desde el pequeño hasta el mayor... Llámase *sabiduría,* que es sabroso saber; la cual sabiduría dice San Pablo que hablaba entre los perfectos solamente... E dícese sabiduría, porque mediante ella saben los hombres a qué sabe Dios (I *Cor.* 2); onde de aquesta dice el Sabio hablando de Dios *(Eccli.* 43, 37): "A los que piadosamente obran dió la sabiduría„.

(1) Cf. San Juan de la Cruz, *Cántico esp.*, 27; *Subida*, II, c. 7; *Noche*, II, c. 18.

(2) «Causa efficiens contemplationis infusae, est Spiritus Sanctus cum suis donis, et intellectus creatus talibus donis illustratus... Intellectus creatus per haec dona potens efficitur ad Deum sic contemplandum». Philipp. a. Sma. Trinitate, *Theol. myst.* P. 2, tr. 3, d. 1, a. 2, t. 2; Vallgornera, q. 3, d. 3, a. 2, núm. 593.—Cf. S. Thom. 2-2, q. 45, a. 6, ad 3; *in* III *Sent.* D. 35, q. 1, a. 2; q. 2, a. 1; IV *Sent.* D. 15, q. 4, a. 1, sol. 2, ad 1; Joan. a D. Thoma. *in* 1-2, q. 70, disp. 18, a 2, núm. 13, etc.—«Horum donorum, dice Alvarez de Paz *(De natura contempl.* l. 5, p. 2, c. 4), quaedam videntur ad contemplationem, ut sapientia, intellectus, consilium, scientia; quaedam, ut fortitudo, pietas et timor, ad actionem pertinere. Quia vero nomine actionis non solum intelliguntur opera exteriora, verum et affectus interni voluntatis, et quia contemplatio non se continet in intellectu, sed transit ad affectum: hinc est quod *omnia dona, nunc unum, nunc aliud seorsum, nunc aliqua simul ad eam concurrunt,* causaeque sunt actus contemplationis... Sapientia quae est primum Spiritus Sancti donum, confert intellectui cognitionem altissimam et simplicissimam Dei, et rerum divinarum et coelestium, ac earum quibus ad omnem sanctitatem promovemur, cum quadam mirabili suavitate, sapore atque dulcedine. Neque tam dulce est mel et saccharum palato carnis quam dulcis est divina veritas, ratione hujus doni, palato mentis... Sapor vero et dulcedo nascitur ex charitate, cui conjuncta est sapientia».

(3) *Tercer Abecedario espiritual,* tr. 6, c. 2.

Así, los que no la reciben y, sobre todo, los que se resisten a recibirla o no aspiran a ella de corazón, de seguro que aun no obran muy piadosamente. Y a ella se va por el camino del recogimiento y abnegación.

«Hac via quietis, secessus, et abstractionis, dice el Card. Bona (*Via comp.* c. 3), pervenitur ad *mysticam Theologiam,* ad illam videlicet indoctam sapientiam omni sapientia humana superiorem, qua mens Deum suum sine discursibus agnoscit, et quasi contrectat, et sine ratiocinationibus gustat.

»Est autem *mystica Theologia* secretissima mentis cum Deo locutio (1). Est animi extensio in Deum per amoris desiderium (2). Est motio anagogica in Deum per purum et fervidum amorem (Id. *ib).*— Est coelestis quaedam Dei notitia per unionem voluntatis Deo adhaerentis elicita, vel lumine coelitus immisso producta (3)... Alias alii definitiones tradunt, quae cum praedictis coincidunt. Res enim abstrusa et difficilis, ac prorsus divina certis finibus circumscribi nequit... Si accipiatur *pro actu,* nihil aliud est, quam ipsa mentis in Deum defixio, admiratio majestatis, suspensio animi in lumen immensum, ac aeternale, ferventissima, quietissima, ac transformativa *inspectio Deitatis.* Si vero sumatur *pro habitu,* realiter idem est, ac praestantissimum donum Spiritus Sancti, quod sapientia nuncupatur, secundum altissimum ejus gradum.

»Differt a *Theologia scholastica,* et symbolica, quia scholastica e caliginosis fidei ortodoxae principiis sua deducit asserta: symbolica figuratas de Deo locutiones explanat: haec puris quibusdam et tranquilis obtutibus sine rationis satagentis excursibus divinae sapientiae arcana dignoscit. Per scholasticam discit homo recte uti intelligibilibus, per symbolicam sensibilibus, per hanc rapitur ad supernaturales excessus... Illae multis egent discursibus, et erroribus subjectae sunt: haec unico et simplici verbo docetur et discitur, et est *mere supernaturalis, tam in substantia, quam in modo procedendi*».

Por eso es de todos en gran manera deseable, pues con su nobleza y excelencia hace felices a cuantos la poseen, implicando un alto grado de perfección y de unión con Dios.

"Merito ad hoc ardenti aviditate *adspirare deberet*

(1) Dion. Carth. super Dionys. *Myst. Theol.*
(2) J. Gersón, de *Myst. Theol. spec.* Consid. 28.
(3) J. a Jesu Maria, *Myst. Theol.*, c. 1.—Idéntica es la definición dada por el P. Felipe de la Sma. Trinidad (*Discur. prooemiali,* a 1). Y según Gersón, en el mismo lugar citado, puede también definirse: «*est experimentalis cognitio habita de Deo per amoris unitivi complexum*», o bien «*sapida notitia de Deo,* dum ei supremus apex affectivae potentiae realiter per amorem unitur».—«Este *gusto de Dios,* dice el devoto P. Grou, S. J. (*Maximes spirit.* I), esta ciencia experimental, ha sido objeto de los deseos y ansias de *todos los Santos*».

omnis homo: ut, obtenta vitae perfectione, ipsi Deo in hoc exsilio intime uniretur. Nam si huc pertingeret homo, illum revera intus *inveniret sentiretque,* qui sua jucunda praesentia omnem ab ipso profligaret egestatem, et eum verissima opulentia locupletaret, ineffabilique repleret gaudio. Unde jam homo evagari, et adulterina oblectamenta a creaturis emendicare prohiberetur: illi enim insipidum amarumque esset, quidquid Deus non esset„ (1).

"Veamos, dice Rodríguez (1.ª P., tr. V, c. 5), cuál es la *oración alta y especialísima* que el Señor da cuando El es servido: *Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiae replebit illum (Eccli.* 36).—Si El quisiere... estaréis en la oración, y acaece venir una luz del cielo, un relámpago con que caeis en la cuenta y cobráis aprecio y estima de lo que antes no entendíais: eso es el *don de oración*... Llámase *espíritu de inteligencia,* porque no parece sino una aprehensión simple, según está el hombre de quieto y sosegado con aquella luz... Cuando el Señor es servido de darla, nunca se harta uno de estarse mirando y contemplando a Dios, *sin discurrir* ni cansarse, sino *con una simple vista:* Y dice: *Replebit illum;* porque es tan abundante y copiosa esta gracia, que rebosa y no cabe en vaso tan estrecho„.

Esta es, pues, la *contemplación sobrenatural* o *infusa*, la cual viene a confundirse con el ejercicio o acto de la celestial *sabiduría* o *teología mística.*

Y esta gracia de la celestial contemplación que de tanta felicidad colma a sus poseedores, "esta mística teología que nos da de Dios el más alto y perfecto conocimiento que en esta vida cabe, puede ser poseída, advierte Gersón (2), por todo fiel, aun por la buena mujer más humilde y menos instruída„.

Asi lo hace constar también el piadosísimo Cardenal Bona (3), el cual, contraponiendo la Teología escolástica a la mística, dice así: "Illa inquisitionem requirit, paucisque convenit...; haec *ubique, semper et ab omnibus haberi potest.* Illa speculativa, haec practica: illa proprie in intellectu, haec in voluntate sita est. Illa exposita illusionibus, superbiae, et curiositati, habet unde timeat; *haec tuto* ac simpliciter *ambulat,* nihil quaerens praeter Deum. Illa naturaliter cum phantasia et discursu operatur: haec supernaturaliter cum pura et simplici

(1) Blosio, *Institut. spirit.,* c. 1, núm. 1.
(2) *Theol. myst. spec.* Consid. 30.
(3) *Via compendii ad Deum,* c. 1.

intelligentia. Illa a scientia acquisita, haec a donis infusis Spíritus Sancti procedit... Illa longa, laboriosa, et difficilis, haec *brevis, expedita, et facillima est*„.

"¡Oh, almas, exclamaba Santa Teresa (*Vida*, c. 27), que habéis comenzado a tener oración, y las que tenéis verdadera fe! ¿Qué bienes podéis buscar, aun en esta vida, que sea como el menor de éstos? Mirá que *es ansí cierto, que se da Dios a sí, a los que todo lo dejan por El.* No es aceptador de personas, *a todos ama: no tiene nadie excusa,* por ruín que sea„.

La contemplación, dice el autor de la *Scala Claustralium,* c. 1, es una elevación de la mente suspendida en Dios, donde empieza a saborear los gozos de la eterna dulzura: *Contemplatio est mentis in Deum suspensae elevatio, aeternae dulcedinis gaudia degustans.*

Se diferencia de la simple meditación u oración discursiva, propia de los ascetas, en que ésta, como hecha por nuestra iniciativa, requiere grandes esfuerzos e industrias para resultar fructuosa; mientras ella, como producida bajo la moción e inspiración divina, apenas suele costar ningún trabajo, y sin embargo, produce siempre muchísimo más fruto.

«Unam eamdemque materiam, decía Ricardo de San Víctor (1), aliter per cogitationem intuemur, aliter per meditationem rimamur, atque aliter per contemplationem miramur... Cogitatio per devia quaeque lento pede, sine respectu perventionis passim huc illuc vagatur. Meditatio per ardua saepe et aspera ad directionis finem cum magna animi industria nititur. Contemplatio libero volatu, quocumque eam fert impetus, mira agilitate circumfertur. Cogitatio serpit; meditatio incedit et ut multum currit. Contemplatio autem omnia circumvolat et cum voluerit se in summis librat. Cogitatio est sine labore et fructu; in meditatione autem est labor cum fructu; contemplatio permanet sine labore cum fructu» (2).

(1) *Benjamin Major,* l. 1, c. 3.

(2) «En la oración discursiva o meditación, dice conforme a esto San Alfonso Rodríguez (*Unión*, c. 5), busca el alma lo que desea, como es el amor de Dios y otras cosas de perfección, con discursos y santas consideraciones; en la contemplación goza quietamente lo que buscaba...; y así paran todos los discursos, y el alma admirada de cosa tan alta y divina y amable como es Dios y las cosas que la comunica..., no sabe por entonces ni entiende otra cosa... olvidada de sí y de todas las cosas de esta vida... Su Dios la suspende en tan grande admiración, que sale de sí, toda puesta en el amor y conocimiento del que tanto ama y presente tiene, como si no hubiese más de ella y su Dios en el cielo y en la tierra. Y aquí se ceba con tan alto convite como este, dándose el alma a su Dios, y El a ella con abrasamiento de amor: y esto todo es como una disposición que la da Dios para la prueba que ha de venir, para que con ella ame e imite al Hijo de Dios crucificado y no consolado...

»San Anselmo dice no ser otra cosa la contemplación divina sino un heróico enajenamiento del alma; y así necesario le es enajenarse de sí el que

«Haec est, añade *(ib.* c. 1), pars quae electis et *perfectis nunquam aufertur...* Nam veritatis contemplatio in hac vita inchoatur, sed in futura jugi perpetuitate celebratur. Per veritatis sane contemplationem, homo et eruditur ad justitiam et consummatur ad gloriam... ¡O quam singularis gratia! ¡o *singulariter praeferenda* per quam in praesenti *sanctificamur* et in futuro beatificamur!

«Contemplatio quidem *praegustatio* quaedam est et participatio illius summae beatitudinis quam in coelesti patria anima sperat» (1).

«Es aqueste ejercicio, escribe el P. Osuna (tr. 6, c. 3), un refugio do nos debemos retraer viendo las tempestades cercanas; es una contina resistencia contra los príncipes de las tinieblas, que secretamente nos combaten; es restitución que hacemos a Dios, dándole todo lo que en nosotros se halla suyo, sin reservar cosa. Es una resurreción a vida espiritual, donde es dada al justo potestad en el cielo de su ánima y en la tierra de su cuerpo...; es *el reino de Dios que por conquista debemos ganar...;* y es sacerdocio real, con que, siendo de nosotros señores, nos ofrecemos a Dios; es un silencio que en el cielo de nuestra ánima se hace, aunque breve e no tan durable como el justo desea...; y es victoria que vence el mundo menor, subjetándole enteramente a Dios; es viña que debemos guardar con vigilancia, y sombra del que deseamos, do gustamos de su fruto; es unción enseñadora del E. S., y huerto por todas partes cerrado, del cual damos la llave a solo Dios, que entre cuando quisiere.—¿Para qué diré más?... Es de tanto precio, que apenas han podido los nombres ya dichos declarar su excelencia; que es tanta y tan *necesaria* a los mortales, que aunque del todo no se pueda decir, en ninguna manera se debe callar; porque los que la hallaron no sean argüidos y reprehendidos de maldad: onde, aunque la excelencia suya, por ser tanta, en alguna manera les ponga silencio, la necesidad, por ser mucha, les obliga.—Según lo cual, habiendo uno recibido esta sabiduría,... trabaja por declarar e notificar su excelencia diciendo: «Antepúsela a los reinos y a las si»llas; e a las riquezas dije ser ninguna cosa en su comparación; ni la »comparé a la piedra preciosa, porque todo oro en su comparación es »arena menuda, e así como lodo es estimada la plata delante de ella; »más la amé que a la salud ni a la hermosura, y propuse tenerla por »luz que me alumbrase, porque su lumbre no se puede matar. Todos »los bienes me vinieron juntamente con ella, y honestidad innumera-

quiere subir sobre sí; porque cuanto más el siervo de Dios se extraña y aleja de lo que es, es a saber, que se aparta y aleja de la vida y condición de hombre, entonces se halla subido a lo que no es, es a saber, a la vida y condición de ángel...

»Nadie *merece* subir aquí si no es el corazón que no tiene parte en sí, por estar todo dado a su Dios y desnudo de todo amor propio... A la hora que a mí mismo despedí de mí mismo, luego comencé a tomar en la oración gusto.—Son tan altas las iluminaciones que se reciben allí, y tan inefables las consolaciones, que si se dejan gustar, no se pueden contar... Este es el reino del cielo en la tierra y el Paraíso de los deleites de que *podemos gozar en este destierro*».

(1) Alvarez de Paz, T. 3, *De natura Contempl.,* l. 5, P. 2, c. 3.

»ble me fué dada por sus manos, y alegréme en todas las cosas, por»que esta sabiduría iba delante de mí y no sabía yo que era madre de »todos los bienes, la cual aprendí sin fingimiento y la comunico sin en»vidia; e no escondo su honestidad, porque infinito tesoro es a los hom»bres, del cual los que usan se hacen participantes de la amistad de »Dios». *(Sap.* 7, 8-14).

Por aquí se ve, pues, cuánto nos importa estudiarla a fondo y procurar conocerla y darla a conocer del mejor modo posible, a fin de que todos puedan amarla, codiciarla y buscarla con ardor hasta lograr poseerla y aprovecharse de los infinitos bienes que consigo trae. Quien con todo amor la estudie y trate de elucidarla, no podrá menos de irse encendiendo en nuevos deseos de ella, y escuchándola, no quedará confundido; procurando obrar según ella, no errará, y declarándola, tendrá vida eterna *(Eccli.* 24, 29-31).

Así debemos, conforme añade el P. Osuna (tr. 8, c. 2), "notificar el recogimiento a *todo fiel cristiano* que lo quiere seguir, porque, según dice Gersón, *a ninguno puede dañar y a muchos puede aprovechar*".

Y si alguien, obstinándose en menospreciar estas cosas tan sobrenaturales o en tenerlas por increíbles, no saca de ellas provecho, sino el daño de resistir a la luz, suya será la culpa, como lo es en cuantos se niegan a recibir la divina palabra, y en ella encuentran por fin su juicio y condenación *(Joan.,* 3, 18-19).

Los que digan, pues, que los libros de mística perjudican—provocando incredulidades, risas y burlas en unos, y excitando demasiado en otros la imaginación con tantas cosas maravillosas y aun del todo extraordinarias que cuentan de las comunicaciones de Dios con el alma—, tendrán también que decir otro tanto de las vidas de los Santos, de las divinas Escrituras y aun del mismo trato con Dios mediante la oración y la meditación de sus misterios, donde tales cosas se aprenden y se experimentan. Y los que lleguen al extremo de extrañarse y casi escandalizarse de oir tales efusiones del amor divino, muy mala idea dan con eso de sí mismos, muy bajos y groseros sentimientos muestran, para que sus palabras puedan merecer otro aprecio que las de un insensato (1).

(1) «Ne simus, Domine, ex illis, qui quaecumque ignorant, blasphemant, et quae sibi ob suam negligentiam, et tepidam vitam non dantur, eo ipso contemnunt».—ALVAREZ DE PAZ, *de Gradibus contempl., Orat.* final.

«He visto, decía el B. Juan de Avila (1), a muchos escandalizados de oir las hazañas del amor de Dios con sus criaturas; y como ellos están de aquello muy lejos, no piensan hacer Dios con otros lo que con ellos no hace; y siendo razón que por ser la obra de amor, y amor que pone en admiración, se tomase por señal que es de Dios—pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia—, de allí mesmo sacan ocasión de descreer, de donde la habían de sacar de creer, concurriendo las otras circunstancias que den testimonio de ser cosa buena».

«El no dar crédito a estas cosas porque son muy altas—decía muy bien el P. Niño en su dedicatoria a la *Vida de la V. M. Ana-María de San José—*, nace o de poca devoción, o de haber estudiado poco, o de todo; pues saben los que han estudiado algo que no es cosa nueva el usar Dios de estas misericordias hablando en visiones y revelaciones tan familiarmente con sus fieles amigos, descubriéndoles secretos altísimos. Que así lo hizo con... nuestros gloriosos Padres Santo Domingo, San Francisco y otros muchos de que están llenas las historias y crónicas de las Religiones. Y no está la mano de Dios abreviada para que deje de hacer ahora lo que entonces hizo».

«Es cosa sin duda y de fe, advertía Fr. Luis de León (2), que el Espíritu Santo habla con los suyos y se les muestra por diferentes maneras, o para su provecho o para el ajeno... ¿Qué Santo hay que no haya tenido alguna manera de revelación? o ¿qué vida de Santo se escribe en que no se escriban las revelaciones que tuvo? Las historias de las órdenes de los Santos Domingo y Francisco andan en las manos y en los ojos de todos, y casi no hay hoja en ellas sin revelación, o de los fundadores o de sus discípulos. Habla Dios con sus amigos sin duda ninguna, y no les habla para que nadie lo sepa, sino para que venga a luz lo que les dice; que como es luz, ámala en todas sus cosas, y como busca la salud de los hombres, nunca hace estas mercedes especiales a uno, sino para aprovechar por medio dél otros muchos. ...Lo que yo de algunos temo, es que desgustan de semejantes escrituras, no por el engaño que puede haber en ellas, sino por el que ellos tienen en sí, que no les deja creer que se humana Dios tanto con nadie, que no lo pensarían si considerasen eso mismo que creen. Porque si confiesan que Dios se hizo hombre, ¿qué dudan de que hable con el hombre? Y si creen que fué crucificado y azotado por ellos, ¿qué se espantan que se regale con ellos?»

«Así como no nos hace daño, advierte la misma Santa Teresa (*Moradas,* I, c. 1), considerar las cosas que hay en el cielo, y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegramos y procuramos alcanzar lo que ellos gozan, tampoco nos hará ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos... Podrásé decir que parecen cosas imposibles y que es bien no escandalizar los

(1) *Carta a Santa Teresa.*
(2) *Carta recomendatoria de las obras de Santa Teresa.*

flacos. Menos se pierde en que ellos no lo crean, que no en que se dejen de aprovechar a los que Dios las hace; y se regalarán y despertarán a más amar a quien hace tantas misericordias, siendo tan grande su poder y majestad... Yo sé que quien esto no creyere, no lo verá por experiencia, porque es (Dios) muy amigo de que no pongan tasa en sus obras». (Cf. *Is.*, 7, 9).

«¡Oh secretos de Dios! exclamaba otra vez (*Mor.* V, c. 1), que no me hartaría de procurar dar a entenderlos, si pensase acertar en algo... para que alabemos mucho al Señor... Quien no creyere que puede Dios mucho más y que ha tenido por bien, y tiene algunas veces comunicarlo a sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibirlas».

«Harta misericordia nos hace (Dios), advierte por fin (*Mor.* VII, c. 1), que haya comunicado estas cosas a personas que las podamos venir a saber, para que mientras más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandeza... Mi intento es que no estén ocultas sus misericordias, para que más sea alabado y glorificado su nombre».

«El que sabe subir en alto por el vuelo de la contemplación, advertía muy conforme a esto el P. Osuna (tr. 8, c. 1), no es razón que olvide a los que acá abajo quedamos, sino que nos provoque a volar... mostrándonos las maneras que él tiene... mayormente para tan alto vuelo... donde se pierde el contemplativo aun a sí mismo de vista... A la cual cumbre y altura debe, como el águila, provocar a que los otros vuelen... cuando los siente para ello aparejados. Y débelos provocar y volar sobre ellos, que es enseñarlos por palabra y por ejemplo (1).

»...Los que les aconsejan (a los devotos seglares) que no oren, no pienso pequen menos que si les vedasen entrar en religión... Son hoy día algunos como los que apartaban los niños que no se llegasen al Señor... Anda sin duda El con su santa inspiración por las calles y por las plazas buscando muy especiales amigos, ca no se contenta con los que están encerrados, sino que también quiere de los otros... San Pablo no amonesta en sus Epístolas otra cosa con más instancia que inducir a los cristianos a que oren y se den al santo deseo de las cosas divinales; e Cristo Nuestro Redentor, a la pobre mujer samaritana enseñaba cómo había de orar en espíritu, según oran los verdaderos adoradores de Dios, y le amonestó pedir el agua viva (*Joan.* 4), que era el espíritu que habían de recibir los creyentes... E así yo no tengo intento de hablar solamente a personas retraídas, sino *a todas*

(1) A los que supongan que esto podría fomentar muchos errores y engaños de los quietistas, dejados y alumbrados, ya el Mtro. Fr. Basilio Ponce de León les respondió muy bien en la brillante *Apología* que en 1622 hizo de los escritos de San Juan de la Cruz, donde dice así: «Si abrazaran la pureza de vida y ejercicio de virtudes que este libro enseña a cada paso, *dispusiéranse* para que *Dios les comunicara* el espíritu de la contemplación. Mas querer con pasos de *bestias* llegar a este monte de luz obscura y de obscuridad lucida, no es mucho provoque el enojo de Dios»...

querría enseñar, y en especial a las personas que están en el mundo, entre las cuales hay muchas deseosas de todo bien y que no les falta oportunidad, sino doctrina particular para se informar cómo se deben llegar a Dios en secreta oración, lo cual apenas declaran los predicadores» (1).

Por tanto los que no acierten aún a entender estos misterios de la vida interior, no por eso deben menospreciarlos ni ponerlos en duda, ni aun arrojar de sus manos los libros que de esas cosas tratan, protestando que no son para ellos; sino procuren disponerse para de algún modo poder experimentarlas y ser capaces de entenderlas.

"Estas mismas cosas, advierte Rusbrockio *(Adorno de las Bodas espirituales,* l. 3, c. 1), N. S. Jesucristo, verdad eterna, dijo en muchos lugares del Evangelio, *para que fuesen claras a todos*„.

Quien no les entienda, pues, no eche a nadie más que a sí mismo la culpa: quite de sí los obstáculos, y pida a Dios que lo ilumine y le abra los ojos (2).

"Es necesario, prosigue Rusbrockio, para que cualquiera consiga estas cosas y las alcance con el entendimiento, que muera a sí mismo y viva a Dios, y que convierta su rostro a la luz eterna en el fondo de su espíritu, donde se manifiesta sin medio la oculta y secreta verdad. Y el Padre Celestial, como es *Padre de las luces (Jac.* I), quiere que veamos, y por eso sin intermisión y sin medio habla perpetuamente en lo íntimo y secreto de nuestro espíritu una sola palabra eterna abisal, y no más, y en

(1) Conforme a esto, advierte Scaramelli (tr. 1, c. 1, núm. 2), que se determinó a escribir su *Directorio místico,* viendo que «en casi todos los lugares se encuentran almas a quienes Dios conduce por estas vías a una muy alta perfección, y que son rarísimos los confesores capaces de entenderlas y conducirlas como es debido; por lo cual, o las abandonan temiendo encargarse de su dirección, o temerariamente se encargan de ella para mayor daño».

«Cum certum sit, decía el P. Alvarez de Paz, S. J. *(De inquisit. pacis,* l. 5, p. 3, Introd.), *non paucos* utriusque sexus fideles, praesertim in religiosis congregationibus, *ad contemplationem perfectissimam sublimari,* rectores et praefecti eorum, non eos, ut oportet, dirigent, si penitus hanc doctrinam ignorent».

(2) «Ut intelligant veritatem, dice S. Lorenzo Justiniano *(Fasciculus amoris,* c. 6), imitari prius desinant venitatem, atque a se abdicent falsitatem. Tunc percipient, tunc diligent... Ambulabunt quoque in lumine, et de splendore gaudebunt matutinae lucis. ...Solis autem corde mundis, justis et innocentibus in fide fundatis, ac coelestia diligentibus patet, suaeque divinitatis pandet arcana. Illis etenim *se negare non valet,* qui spreto mundi istius lenocinio, suique corporis calcatis voluptatibus, toto se desiderio subjiciunt Deo, Christo famulantur, altum sapere rejiciunt a se, pro adipiscendis virtutibus laborant, sipiritualibus ditari student divitiis, sitiunt gustare coelestia, atque supernorum civium haereditatem consequi non desistunt. ...Jucundum in illis suae Majestatis reperiens habitáculum, sui se absentare non patitur. Nam *diligentes se diligit, seque in veritate quaerentes praeoccupat*».

la misma palabra se pronuncia a Sí mismo y a todas las cosas..., y ésa es la generación del Hijo de la luz eterna„.

He aquí, pues, a grandes rasgos la singular importancia de la Teología mística y la conveniencia y necesidad de estudiarla y no ocultarla, sino declararla a todas las almas sedientas de justicia y verdad (1). ¡Cuán en oposición está esta hermosa doctrina de los insignes autores citados con tantas prevenciones y rutinas como cunden, por desgracia, aun en las casas religiosas, y con tantas afirmaciones temerarias de autorcillos vulgares, que no hacen sino apartar las almas de los caminos de Dios e inspirarles horror a la *ciencia de los santos!...* (2).

"¡Oh! si las obras de los grandes Maestros, exclama Saudreau (*Vie d' union*, n. 434), fueran más conocidas y mejor comprendidas! ¡Cómo caerían entonces por tierra estas prevenciones, y el deseo de la contemplación sería más común y muchas almas harían generosos esfuerzos por alcanzar este don precioso! ¿Y a qué obedece sino a querer impedir su consecución, el reprobar a veces tan saludable lectura?... Sé de una gran Congregación en que, por consejo de cierto religioso, el mismo *Tratado del amor de Dios*, de San Francisco de Sales, aunque recomendado por la Regla, fué literalmente puesto en el *índice*, de modo que ninguna religiosa, aunque estuviera en el fin del mundo, pudiera leerlo sin especial permiso de la General. En otras se miran con sospecha y aun fácilmente se tienen por iluminadas, las que gustan de leer a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz. Mas San Francisco de Sales compuso su *Tratado* para las religiosas de la Visitación; y con su juicio tan recto e ilustrado sabía mejor que nadie lo que les convenía. Y Santa Teresa, para uso de sus religiosas compuso el *Camino de perfección* y las *Moradas;* y sabía también mejor que nadie lo que conviene enseñar a las almas fervorosas... Y lo mismo sucede con los demás maestros: escribieron, no para daño de nadie, sino para aprovechar a las almas deseosas de su perfección; y sólo así se explican los elogios que les da la misma Iglesia. Todas estas prohibiciones y sospechas acerca de libros tan recomendables, no pueden menos de provenir de la falsa idea que se tiene de la contemplación, mirándola como un favor del todo *extraordinario,* mientras los Santos la

(1) «Comede, fili mi, mel, quia bonum est, et favum dulcissimum gutturi tuo.—Sic et doctrina sapientiae animae tuae; quam cum inveneris, habebis in novissimis spem, et spes tua non peribit». (*Prov.* 24, 13-14).

(2) «Ubi non est scientia animae, non est bonum». (*Ib.* 19, 2).

miraron como *término normal y coronamiento de la vida espiritual*„.

"Si, pues, nada hay tan interesante ni que tanto aliente, añade en otro lugar *(L' Etat mystique,* Préf.), como el espectáculo de la gracia en las almas, el estudio de las gracias místicas, que son aquellas donde mejor se muestra la mano de Dios, no puede menos de ofrecer siempre gran interés y aliento...

Por eso San Juan de la Cruz, en el prólogo a la *Subida del Monte Carmelo,* hace esta preciosa advertencia, que nos vemos forzados a reproducir, con sobrada razón: "Para escribir esto me ha movido, no la posibilidad que veo en mí para cosa tan alta y árdua, sino la confianza que en el Señor tengo que me ayudará a decir algo, por la *mucha necesidad que tienen muchas almas:* las cuales comenzando el camino de la virtud, y queriéndolas Nuestro Señor poner en esta Noche obscura, para que por ella pasen a la divina unión, ellas no pasan adelante; a veces por no querer entrar o dejarse entrar en ella; a veces por no se entender y faltarles guías idóneas y despiertas que las guíen *hasta la cumbre*... Y ya que, en fin, Nuestro Señor las favorezca tanto, que sin eso y sin esotro las haga pasar, llegan muy tarde y con más trabajo, y con menos merecimiento, por no haberse ellas acomodado a Dios... Porque hay almas que, en vez de dejarse a Dios y ayudarse, antes estorban a Dios por su indiscreto obrar o repugnar; hechas semejantes a los niños, que queriendo sus madres llevarlos en sus brazos, ellos van pateando y llorando, porfiando por irse ellos por su pie, para que no se pueda andar nada, y si se anduviere sea al paso del niño... Algunos confesores y padres espirituales, por no tener luz y experiencia de estos caminos, antes suelen impedir y hacer daño a semejantes almas, que ayudarlas„.

Y para que a todos pueda aprovechar este humilde trabajo, séanos permitido añadir con San Buenaventura *(Itinerarium mentis,* Prol. 4): "Ad gemitum orationis lectorem invito, ne forte credat, quod sibi sufficiat lectio sine unctione, speculatio sine devotione..., industria sine pietate, scientia sine charitate..., speculum absque sapientia divinitus inspirata... Parum aut nihil est speculum exterius propositum, nisi speculum mentis nostrae tersum fuerit et politum. Exerce igitur te..., ne forte ex ipsa radiorum speculatione in graviorem incidas foveam tenebrarum„.

CUESTIÓN PRIMERA

¿Es deseable la divina contemplación?

Artículo 1.º—Licitud de este deseo y necesidad de avivarlo para poder cumplir bien el mismo precepto de la caridad.

Entendiendo, como entendemos, en general, por *contemplación* o por *vida mística* lo que Santa Teresa llama "oración sobrenatural„ o "mística teología„, sostenemos que, no solamente es deseable y muy deseable, por ser un verdadero bien sin mezcla de mal, y un bien excelente que en gran manera contribuye a nuestra perfección y unión con Dios (por lo cual ha sido tan deseada, tan celebrada y recomendada de los Santos), sino que *debemos* todos desearla y aspirar ardientemente a ella, por sernos tan necesaria como es, no ya para esa plena perfección a que hemos sido llamados, sino hasta para poder cumplir con toda fidelidad el primer mandamiento de la ley de Dios, que es "amarle con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas nuestras fuerzas y facultades„ (*Marc.* 12, 30); lo cual nos será imposible si El mismo no nos introduce en las místicas moradas donde, mediante el don de sabiduría, ordena en nosotros la caridad y la hace fuerte como la muerte.

Por eso debemos excitar cuanto podamos los deseos que a tanto bien se ordenan y pedir al Señor que nos los avive y encienda, y abrasándonos en su amor, nos atraiga en pos de Sí, nos introduzca en su cámara regia y en su tabernáculo admirable, y allí nos embriague en su caridad, nos colme de sus dones y gracias con que podamos amarle y complacerle, conforme El mismo nos manda y según procuran hacerlo todos sus Santos y fieles amigos.

"Ameos yo, Señor, fortaleza mía, exclama San Agustín (1); ámeos yo, alegría inefable de mi alma, y viva no ya para mí, sino para Vos toda mi vida... *Don vuestro es éste*, Señor mío... Por lo cual, si nos mandáis que os amemos, *dadnos lo que nos mandáis*, y mandad lo que queráis„.

"Dame, Señor, exclama a su vez el V. Granada (2),

(1) *Soliloquios*, c. 18.
(2) *Compendio de Doctrina espiritual*, c. 26.

gracia para que te ame yo con todo mi corazón, con toda mi ánima, con todas mis entrañas, así como Tú lo mandas... ¡Oh, Esposo florido, Esposo suave, Esposo melífluo! ¡Oh, dulzura de mi corazón! ¡Oh, vida de mi ánima y descanso alegre de mi espíritu!... Apareja, Señor, una agradable morada para Tí en mí, para que, según la promesa de tu santa palabra, vengas a mí y reposes en mí. Mortifica en mí todo lo que desagrada a tus ojos, y hazme hombre según tu corazón. Hiere, Señor, lo más íntimo de mi ánima con las saetas de tu amor, y *embriágala con el vino de tu perfecta caridad*... ¿Cuándo estaré *todo derretido* y traspasado con tu eficacísima suavidad? ¿Cuándo *me arrebatarás, y anegarás, y trasportarás y esconderás en Tí*, donde nunca más parezca? ¿Cuándo quitarás los impedimentos y estorbos, y me harás *un espíritu contigo, para que nunca me pueda más apartar de Tí?*»

Así, quien de veras ama a Dios con la perfección que El nos manda y nosotros debemos procurar incesantemente; quien le ama con perfecta caridad, ese muestra estar ya lleno de los dones y frutos del Espíritu Santo y vivir por lo mismo en alta contemplación.

«*Caridad perfecta*, dice conforme a esto San Alfonso Rodríguez (1), es un amor de grande amistad y familiaridad muy íntima con Dios, que trae consigo una grande unión y transformación del ánima en Dios, que llega a tanto, que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es...

»A este tan grande amor la despierta al alma la consideración de los muchos y grandes beneficios que de su Dios ha recibido... Pero *el más alto es cuando Dios se comunica al alma* dándola conocimiento de Sí en la oración *sin discurso alguno*, y a la medida que Dios da al alma conocimiento de Sí mismo, le ama; y a tanto puede llegar, que se esté abrasando de amor... A manera de un hierro que está dentro de un gran fuego, que viene a convertirle en sí el fuego... Esta es la transformación del alma en Dios y *esto todo se viene a hacer por el camino del amor*, y este mismo amor obra la unión de los dos enamorados; de condición que entre los dos ya no hay dos voluntades y quereres, sino sólo una, y esa es la de Dios, estando el alma con su Dios *en alta contemplación*».

«La caridad, dice otra alma que mostraba saberlo muy bien por experiencia (2), da aquí abajo un *anticipado gusto de la realidad del cielo*. Ella *eleva a la más alta contemplación* de Dios las almas que la poseen, y así las tiene *arrebatadas en Dios*, lejos de los

(1) *Unión y transformación*, c. 1.
(2) María Lataste, *Oeuvres*, t. 3, l. 10, III.

despreciables bienes de la tierra, de sus placeres, de sus honores y de sus consuelos».

Será perfecta, pues, la caridad «cuando, conforme advertía el Venerable P. Granada (1), el hombre..., despreciadas todas las cosas perecederas, en ninguna tome gusto ni contentamiento desordenado, sino que todo su gusto, todo su amor, todos sus cuidados y deseos y pensamientos sean en Dios; y esto con tan grande continuación, que siempre o casi siempre traiga su corazón puesto en El, por no hallar descanso fuera de El y hallarlo en sólo El; cuando desta manera, muriendo a todas las cosas, viviere a sólo Dios, y con la grandeza de su amor triunfare de todos los otros amores, entonces habrá *entrado en la bodega de los vinos preciosos* del verdadero Salomón *(Cant.* 2), donde, *embriagado con el vino deste amor,* se olvidará de todas las cosas y de sí mesmo por El... (2).

»Este amor llaman los *teólogos místicos* «unitivo», porque su naturaleza es unir de tal manera al que ama con la cosa amada, que no halla reposo fuera della... El principal estudio del siervo de Dios ha de ser trabajar todo lo posible porque la ánima esté siempre unida con Dios por oración, *contemplación y actual amor*».

Tal es, pues, la perfecta caridad, y tan imposible lograrla por otra vía fuera de esta divina contemplación, enseñada por los *teólogos místicos;* y de ahí que todos, no sólo *podamos,* sino que *debamos* aspirar a ese *único medio* de amar perfectamente a Dios (3).

(1) *Memorial,* tr. 7, c. 2.

(2) «El que ama, vuela, corre y se alegra, es libre y nada le detiene... El amor no siente la carga, ni hace caso de los trabajos, desea más de lo que puede, no se queja de que le manden lo imposible, porque se persuade que todo lo puede en Dios... Gran clamor es en los oídos de Dios el abrasado afecto del alma que dice: *Dios mío, amor mío; Tú todo mío y yo todo tuyo.* Dilátame en el amor, para que en lo más íntimo del corazón aprenda a gustar cuán suave es amar y derretirse y nadar en el amor».—*Kempis,* l. 3, c. 5.

(3) «Ad intelligendam perfectionem in dilectione Dei, dice San Buenaventura *(Incendium amoris,* c. 2), sciendum est quo sex sunt gradus quibus paulatim et ordinate proceditur ut ad perfectionem veniatur... Primus itaque gradus est *suavitas,* ut homo addiscat gustare *quam suavis est Dominus.* Et hoc quidem fit vacando et *sabbatizando* ei per sanctas meditationes..., quando meditationes circa amorem Dei suavitatem pariunt in corde.—Secundus gradus est *aviditas,* quando scilicet anima assuefieri coeperit circa illam suavitatem, et nascitur in ea tanta esuries, ut nihil eam possit reficere, nisi eum, quem amat, possederit perfecte...—Tertius gradus est *saturitas,* quae oritur ex ipsa aviditate. Qui enim vehementissime Deum desiderat, et sursum fertur, jam omne quod deorsum videt, vertitur ei in fastidium...—Quartus gradus est *ebrietas,* quae oritur ex saturitate...—Quintus gradus est *securitas,* quae oritur ex ebrietate. Ex hoc enim quod anima sentit se tantum amare Deum, quod libenter sustinet propter ipsum omne damnum et omne opprobrium, jam foras mittitur timor...—Sextus gradus est vera et plena *tranquilitas,* per quam est tanta pax et requies in anima, ut quodam modo sit in silentio et somno, et... nullo modo perturbetur... In ista mente pax est et status ultimus, et quies; et ibi requiescit verus Salomon, quoniam *(Ps.* 75, 3) *in pace factus est locus ejus*».

«Quamvis autem omnes virtutum conatus ad hanc perfectionem tendere videantur, añade *(De profectu Relig.,* l. 2, cap. 73), tamen orationis studium

No es, pues, la vida mística tan sólo un bien cualquiera que podamos ora desear, ora no desear, según mejor nos plaza; ni es tampoco únicamente un bien excelente y convenientísimo, digno de ser preferido a otros muchísimos bienes, sino que es la inestimable margarita preciosa del Reino de Dios, el misterioso *cálculum cándidum* en que está escrito el nombre nuevo de cada predestinado, el inapreciable *maná escondido (Apoc.* 2, 17), que se prometió a los vencedores, el verdadero *tesoro escondido en el campo* de nuestros corazones *(Mt.* 13, 44-46), por el cual hay que trocar todos los bienes; pues es el *unum necessarium (Luc.* 10, 42), o sea un bien indispensable para lograr nuestra perfección y para merecer la unión con Dios a que hemos sido destinados.

La divina contemplación, o sea la vida mística, según la generalidad de los teólogos y maestros de espíritu, no es, en efecto, otra cosa sino la misma actuación normal, o sea el recto ejercicio de los dones del E. S.; los cuales "son ordinarios en todos los justos„, y se nos han dado, junto con la gracia santificante y las virtudes infusas, no para tenerlos ociosos, como talentos sepultados, sino para utilizarlos debidamente, según la voluntad de Nuestro Señor, haciéndonos, mediante ellos, tan dóciles a sus divinas mociones e insinuaciones, que verdaderamente vengamos a ser hombres espirituales, adultos en Cristo, y por tanto, *cristianos perfectos,* capaces de poder en todo obrar y merecer como tales, no recibiendo en vano jamás la gracia de Dios (1). Y si podemos y debemos de-

ad hoc nititur, ut anima toto intellectu, et affectu et memoria in Deum feratur».

Ruysbroeck—o, como solían decir nuestros Maestros, Rusbrokio—en sus *Siete Clausuras* o *Custodias*, c. 3, nos exhorta diciendo: «Debéis amar con tanto ardor, que vengáis a sentir los apretados abrazos de la eterna caridad de Dios. Así es como llegaréis a ser un solo espíritu y un solo amor con El... Así amaréis a Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con todo vuestro espíritu. Y tal es el primero y más alto mandamiento de Dios, y el principio y fin de toda santidad... Si queréis practicar y realizar en el más alto grado el amor y la santidad, debéis despojar vuestra inteligencia de toda imagen, y elevaros mediante la fe por encima de la razón. Allí es donde brilla el rayo del sol eterno, que os iluminará y os enseñará toda verdad. Luego la verdad os hará libres... Al mismo tiempo correrán en vuestra alma inagotables torrentes de gracias divinas que la llevarán hasta la fuente viva, que es el E. S. De allí brotan las ondas de las delicias eternas que embriagan el alma y la elevan por encima de la razón hasta perderse en el desierto de la eterna bienaventuranza. Tal es la substancia y raíz de la verdadera santidad, que da siempre origen al ejercicio íntimo de las virtudes; pues el amor no puede estar ocioso».

(1) *Ne in vacuum gratiam Dei recipiatis* (II *Cor.*, 6, 1).—«In vacuum gratiam Dei accipit, dice Vallgornera (q. 3, d. 1, a. 1), qui in ea proficere negligit. Merito etiam ipse Dominus non solum male agentes, sed etiam otiosos increpat, dicens: *Quid hic statis tota die otiosi?* Quoniam non solum delinquunt qui mandata transgrediuntur, sed etiam qui mensuram, ad quam vocati sunt, perfectionis non complent.—Qui dicit se in Christo manere, debet,

sear el *acto* de cualquier *hábito* que se nos haya infundido para nuestra utilidad espiritual, ¿por qué no hemos de poder, según advertía ya José del Espíritu Santo (1), desear, procurar y pedir a Dios la actuación de estos dones tan preciosos y tan necesarios, y que, permaneciendo en el simple estado de *hábitos*, habían de resultar vanos y servirnos tan sólo de mayor responsabilidad?

Nos han sido dados, en efecto, inseparablemente unidos con la caridad y como propiedades suyas, para que, con el fiel ejercicio de ellos, la misma caridad venga a ser perfecta; y así, siendo perfectamente fieles y dóciles en oir la voz del Señor y cumplir todas sus voluntades, obremos plenamente nuestra salud y logremos nuestra salvación y santificación (2). Y si no los ejercitamos fielmente, no sólo no lograremos santificarnos en verdad, sino que hasta nos expondremos a perdernos sin remedio, por falta de caridad y docilidad a la gracia, y por negligencia en negociar con los talentos recibidos.

"Queriendo el Espíritu Santo que en nosotros habita, observa San Francisco de Sales (3), hacer nuestra alma tratable y obediente a sus divinos movimientos y celestiales inspiraciones, que son las leyes de su amor, en cuya observancia consiste la felicidad sobrenatural de esta presente vida, nos da siete propiedades y perfecciones, que... son llamadas dones del E. S. Estos no solamente son inseparables de la caridad, sino que, bien considerados, son las principales virtudes, propiedades y cualidades de la caridad misma. Porque la sabiduría no es otra cosa que el amor que saborea, gusta y experimenta cuán dulce y suave es Dios... El temor no es otra cosa que el

sicut ille ambulavit, ipse *ambulare* (1 *Jn.* 2, 6), ait Bernardus (*Epist.* 341); Jesus enim, ait Evangelista, *crescebat sapientia, et aetate, et gratia apud Deum et homines*».

(1) *Cursus Theol. Myst. schol.*, t. 2, disp. 11, núm. 28.

(2) «Importa sumamente, dice con razón Lamballe (*La contempl.*, c. 1, § 1), conocer el carácter especial de los dones del E. S., que forman parte de nuestro organismo sobrenatural: no se les conoce bastante, y por eso se comprenden mal los grados superiores de la vida espiritual. Los dones son el principio ordinario de la vida de los santos».

«Nadie puede decir, pues, advierte el P. Weiss (*Apol.*, IX, cf.ª 3, ap. 2, n. 6), que no necesita de los dones del E. S., ni que estos dones no se le ofrecen con la gracia, ni que sin ellos sería capaz de practicar los diversos grados de la virtud cristiana, conforme su propia situación lo exija. No está cada uno obligado a llegar de pronto a la cumbre de la perfección; pero todos *deben* conformarse con los impulsos del divino Espíritu, esforzándose por alcanzar un grado más alto. Todos poseen esos dones, aunque en diferente plenitud, si se hallan en estado de gracia. Así todos podrían resultar mejores, si quisieran dejarlos obrar y proceder de concierto con ellos: todos podrían ejecutar acciones heróicas, y hacerse perfectos y santos, si no pusieran óbice a los dones del Espíritu».

(3) *Amor de Dios*, l. 11, c. 15. Cfr. San Buenaventura, *De 7 donis Spiritus Sancti*, 1.ª P., c. 2 y 3.

amor, en cuanto nos hace huir y evitar lo que es desagradable a la divina Majestad.

„Así, Teótimo, la caridad nos será otra escala de Jacob, compuesta de los siete dones del E. S., como de otros tantos escalones sagrados por donde los hombres angélicos suban de la tierra al cielo para llegar a unirse al pecho de Dios todopoderoso; y bajarán del cielo a la tierra para coger al prójimo de la mano y conducirlo al cielo; porque subiendo el primer escalón, el temor nos hace dejar el mal; al segundo, la piedad nos excita a querer obrar bien; al tercero, la ciencia nos da a conocer el bien que se debe obrar y el mal que conviene huir; al cuarto, por la fortaleza cobramos valor contra las dificultades que se ofrecen en nuestra empresa; al quinto, por el consejo elegimos los medios proporcionados para esto; al sexto, unimos a Dios nuestro entendimiento para ver y penetrar los rasgos de su infinita hermosura, y al séptimo, juntamos nuestra voluntad a Dios para gustar y experimentar las dulzuras de su incomprensible bondad„ (1).

Muy en conformidad con esto, explicando San Juan de la Cruz (2) sus versos: *En la interior bodega,—De mi Amado bebí...* dice: "Esta bodega... es el último y más estrecho grado de amor en que el alma puede situarse en esta vida, que por eso la llaman *interior*... Hay otras no tan interiores, que son los grados de amor por do se sube hasta este último. Y podemos decir que estos grados o bodegas de amor son siete, los cuales se vienen a tener todos cuando se tienen los siete dones del E. S. en perfección, en la manera que es capaz de recibirlos el alma. Y así cuando el alma llega a tener en perfección el espíritu de temor, tiene ya en perfección el espíritu de amor„.

Por aquí veremos cómo estos siete dones no se nos han dado tan sólo para nuestra simple utilidad o conveniencia, de modo que podamos a nuestro arbitrio usarlos o no, sino que se nos dieron para nuestra misma salud, de tal modo que, según Santo Tomás, sin algunos actos de ellos, por lo menos, ni aun salvarnas podríamos (3).

(1) «Puesto que me habéis dado, Señor, la sabiduría, exclamaba conforme a esto Santa Angela de Foligno (*Visiones*., c. 69, hacedme gustar y saborear ese amor que me la ha dado, la sabiduría, el gozo de los gozos, por el cual en verdad *gusto a Dios:* ¡sí, lo siento y lo gusto!—El amor es la sola fuerza que conduce a la contemplación».

Y «del amor, decía Santo Tomás (*in* III *Sent*. D. 35, q. 1, a. 2, sol. 1; q. 2, a. 1, sol. 3), procede el deseo de la contemplación».

(2) *Cántico espiritual*, canc. 26.

(3) «In ordine ad finem ultimum supernaturalem, ad quem ratio movet

Y sin la verdadera contemplación, más o menos habitual, o sea sin el ejercicio normal de estos sublimes *hábitos sobrenaturales,* sin la perfecta utilización de estos talentos divinos, sin la clara irradiación de estas celestiales lumbreras—para cuya vista es preciso entrar en tinieblas, y cegarnos a todo lo humano y terreno—, sin la luz, en fin, de estos místicos ojos *(Apoc.* 5, 6), que deben dirigirnos y alumbrar *toda la tierra,* siempre permaneceremos en nuestro pobre *modo* de ver y de obrar puramente *humano* (1), y expuestos a flaquear en todo a lo humano y pobremente, dejándonos llevar de cualquier viento, como "pequeñuelos„ *(Eph.* 3, 16), o como hombres "carnales„ (I *Cor.* 2, 1), cuando no como siervos *perezosos* y *malos,* dignos de eterno castigo *(Mt.* 25, 26-30).

De donde se sigue que la contemplación no sólo es deseable, sino que con todas veras la debemos todos—y muy principalmente los sacerdotes y religiosos—, desear, pedir y procurar (2), rogando a Dios nos dé la perfección de sus dones (3), y cuidando mucho de no cohibirlos,

secundum quod est aliqualiter et imperfecte informata per virtutes theologicas, non sufficit ipsa motio rationis, nisi desuper adsit instinctus et motio Spiritus Sancti, secundum illud *(Rom.* 8): *Qui Spiritu Dei aguntur, hi filii Dei sunt, et haeredes.* Et in *Psal.* 142 dicit: *Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam;* quia scilicet in haereditatem illius terrae beatorum *nullus potest pervenire, nisi moveatur* et deducatur *a Spiritu Sancto.* Et ideo ad illum finem consequendum necessarium est homini habere donum Spiritus Sancti». S. Thom, 1-2, q. 68, a. 2; Cf. *ib.*, q. 69, a. 1; *in* III *Sent.* D. 35, q. 2, a. 3, sol. 2; D. 36, q. 1, a. 3.

(1) Cf. Santa Teresa, *Vida,* c. 15 y 23; *Camino,* c. 19; *Mor.* V. c. 2; S. Juan de la Cruz, *Noche,* 1, c. 1, 7, 8: II, c. 4, 14; Lallemant, *Doctrine spirit.,* princ. 4, c. 2, a. 1; pr. 7, c. 4, a. 4, etc.

«Dona perfecta gratuita, dice San Buenaventura *(De 7 donis S. Sancti, 1.ª P., c. II),* perficiunt dona optima naturalia, ut sic spiritus humanus, per habitum donorum deiformium, reducatur ad *plenam perfectionem,* et operetur operationes non impeditas, prout possibile est in corpore corruptibili. Et sic dona videntur esse habitus quidam... a Spiritu Sancto mentibus humanis infusi, quibus disponantur et habiles fiant, et dispositi ad sequendum instinctus Spiritus Sancti: qui instinctus sunt memoriae admonitio, intellectus illuminatio, voluntatis motio... Et sic septem dona sunt septem radii spirituales, tam splendidi quam igniti, procedentes a sole ardentissimae caritatis: quibus sapientia aedificavit sibi domum et manerium, quasi septem columnis excisis, quibus fulcitur, et adornatur et perficitur. In qua sapientia dulcissima convivia spiritualia ministrat inhabitantibus».

(2) «*Debent omnes,* sostiene nuestro Vallgornera *(Theol. Myst.,* q. 4, disp. 1, a 12, núm. 927), et maxime Deo specialiter consecratae animae, ad *actualem fruitivam unionem cum Deo aspirare et tendere...* Ideo necesse est quod anima, et specialiter Deo consecrata, quae perfectionis viam, Deo excitante et adjuvante, fuit ingressa, non sistat in via purgativa, laborum et dolorum difficultate perterrita; nec sedeat in via illuminativa..., sed conveniens, imo *necessarium est ut pergat ulterius,* totamque viam, etiam unitivam, percurrat, ut tandem ad summitatem montis conscensa, Deoque intime unita..., beatitudine inchoata fruatur. Non enim potest anima alibi quiescere, alibi satiari, quam in hac perfecta sui cum Deo unione. Ad illam Deus animam saepius invitat: unde ait per Isaiam, c. LV: «*Omnes sitientes venite ad aquas*». Esto mismo repite Antonio del E. S., tr. 4, d. 1, s. 6; y habia dicho Felipe de la Sma. Trinidad, 3.ª P., tr. 1, disc. 1, a. 6.

(3) «Quoniam dona, dice Dionisio Cartujo *(De Contempl.,* l. 1, a. 22), fa-

sino ejercitarlos fielmente, siguiendo dóciles los movimientos de la gracia (1).

Todos debemos, pues, estar muy atentos a las divinas inspiraciones, que nos enseñan la ciencia de la salud, y nos dirigen por las sendas de la justicia y de la paz, y procurar vivir muy recogidos, lejos del ruído mundanal y puros de afectos terrenos, para poder sentirlas y seguirlas con toda docilidad, no haciéndonos jamás sordos a la voz del Señor cuando en nuestro interior se digna hablarnos; porque si no, con nuestra sordera y dureza de corazón, nos expondremos a incurrir en la indignación divina (2).

"Acerca de estas inspiraciones, dice el V. P. La Puente (3), se han de advertir tres cosas importantes: la primera es que *todos los justos* tienen bastante título para *pedirlas* y *esperarlas*, por cuanto han recibido los siete dones del E. S., los cuales, como dice Santo Tomás (1-2, q. 68, a. 2), se les dan para que fácilmente obedezcan a estos divinos impulsos, especialmente cuando mueven a obras heróicas de la vida activa y contemplativa. Y, pues, el E. S. no gusta de que sus talentos estén ociosos, *cierto es que, si por ellos no queda, les inspirará* cuándo y cómo conviene el uso de ellos, para que alcancen la *perfección* a que se ordenan. ¿Qué piloto hubiera que, si fuera señor de los vientos y tuviera su navío aprestado y las velas tendidas para navegar, no hiciera correr el viento que era menester para el fin de su navegación? Pues como el E. S., que está dentro del justo, gobernándole como piloto del navío de su alma, sea señor de estos divinos impulsos con que se navega al fin de la *perfecta unión* con Dios; cierta cosa es que, si ve el navío bien aparejado con las virtudes y bien dispuesto con las velas de los siete dones, para recibir el viento de sus ins-

ciunt mentem bene et prompte mobilem, docilem, dirigibilem a Spiritu Sancto, sine cujus speciali dono nemo ad contemplationis arcem conscendit, affectuossime oret, immensam munificentiam clementissimi Dei, ut septem dona Spiritus Sancti quotidie corroborentur ac perficiantur in se, quatenus per haec a Spiritu Sancto frequentissime ad contemplationes praelucidas atque ignitas intime moveatur at inflammetur: praesertimque oret pro complemento doni sapientiae, cujus contemplatio potissime actus vocatur».

«El don de sabiduría, en su primer grado, añade *(ib.*, a. 41), constituye el *primer grado de la contemplación*».

(1) El Salmista nos dice: *Os meum aperui, et atraxi spiritum;* porque, en efecto: «Requiritur apertio oris cordis ad recipienda ista dona Spiritus Sancti, quia ad hoc dantur isti spiritus vitales et divini a Deo, ut cor non resistat, sed sit bene mobile a Spiritu Sancto ad illum altiorem modum operadi, ad quem a Deo dirigitur et elevatur. Os autem apertum contraponitur ori clauso, quod resistit».—Juan de Santo Tomás, *In* 1-2, q. 70, disp. 18, a. 1, § XV.

(2) *Ps.* 94, 8-11; *Hebr.* 3, 7-19; 4, 1-11.

(3) *Guía espiritual,* tr. 1, c. 21, § 1.

piraciones, se las enviará con gran fuerza y en buena coyuntura, para que llegue al puerto deseado. Mas no por esto has de pensar que se puede saber el tiempo, lugar, ejercicio y ocasión en que vendrán estos vientos celestiales, porque todo esto depende de la voluntad del mismo E. S., como El testificó al Santo Job, cuando dijo (38, 24): *¿Sabrásme decir por qué camino se esparce la luz y se divide el estío* (calor) *sobre la tierra?...* No es posible que Tú lo sepas, sino Yo solo, porque mi Espíritu inspira donde quiere, y por los medios que quiere; unas veces en lo público, otras en lo secreto, ya en la Iglesia, ya en la plaza„.

Y como sin este soplo divino no se llega felizmente al puerto (1), ni se respira aire del todo sano, ni se crece en sólidas virtudes, ni se crían flores de santidad ni preciosos frutos del E. S., llenos de aromas celestiales, todos debemos pedir encarecidamente al mismo divino Espíritu que se digne soplar a sus tiempos en nuestras pobres almas.

"Mucho es de desear, advierte San Juan de la Cruz (2), este divino aire del Espíritu Santo, y que *pida cada alma* aspire por su huerto para que corran divinos olores de Dios... Que por ser esto tan *necesario* y de tanta gloria y bien para el alma, la Esposa lo deseó y pidió... en los Cantares, diciendo (IV, 16): *Surge, Aquilo, et veni, Auster, perfla hortum meum, et fluant aromata illius...* Y esto lo desea el alma, no por el deleite y gloria que de ello se le sigue, sino por lo que en esto sabe que se deleita su Esposo... Y así con grande deseo desea el alma Esposa todo esto; es a saber: que se vaya el Cierzo, que venga el Austro, que aspire por el huerto, porque entonces gana el alma muchas cosas juntas„.

¡Tan deseable y aun tan necesaria nos es, pues, la divina contemplación! Debe ser contínuo objeto de todas nuestras aspiraciones y súplicas, por lo mismo que es el verdadero reposo y bienaventuranza que en esta vida puede tener nuestra alma, y el término final a que todos nuestros santos ejercicios y oraciones se ordenan.

"Porque sabe el hombre, advierte el V. Granada (*Memorial*, tr. 7, c. 4, § 1), que este bien deseado está en poder de Dios, y que El es el que en sus manos esconde la luz..., y sabe también que uno de los principales medios que hay para alcanzar mercedes deste Señor es la

(1) Cf. B. Juan de Avila, *Tratado 4.º del Espíritu Santo:* en nuestra *Evolución mística*, pág. 187; Santo Tomás, 1-2, q. 68, a. 2.
(2). *Cántico espiritual*, 17.

ferviente oración—según aquello del Salmo (144, 18) que dice: *Cerca está el Señor de los que le llaman, si le llaman de verdad;* esto es, con entrañables deseos—; entendiendo esto, dáse tanta prisa a importunar a Dios, que día y noche, en los tiempos de la oración y fuera dellos, y aun en medio de los mesmos negocios que trata, nunca cesa de gemir como paloma y solicitar las entrañas de su piadoso Padre, pidiéndole esta merced... No descansa ni reposa, ni piensa que vive mientras se ve pobre deste tesoro...; y con aquella piadosa Cananea y con aquel amigo importuno del Evangelio, nunca cesa de llamar e importunar„.

Por eso es doctrina corriente en los grandes maestros de espíritu que la meditación se ordena de suyo a la contemplación y que sin participar de ésta son aún muy imperfectas nuestras oraciones, como lo son también, sin la correspondiente vida mística, todas nuestras obras.

«La contemplación, advertía Álvarez de Paz (t. 3, l. I, P. 3, c. 27), es el *fin* de la *meditación*, y el objeto a que *debemos tender*. Por tanto, no solamente nos es lícito desearla y pedirla humildemente a Dios, sino que estamos *obligados a disponernos* a ella por la perfecta abnegación y el ejercicio asíduo de todas las virtudes».

«Las almas llamadas a la perfección (que lo son todas) y bien ejercitadas en la virtud, añade (l. V, P. 2, c. 13), pueden *desear ardientemente* y *pedir con humildad* esa sencilla contemplación sobrenatural que, mediante el don de sabiduría, produce la elevación, la suspensión, la admiración y el ardiente amor. ¿Y por qué no han de poder, siéndoles tan útil como medio eficacísimo de llegar a la perfección? Y si se puede desear un fin, ¿por qué no los medios que a él conducen?... Si, pues, te encuentras dispuesto, en cuanto lo permite la flaqueza humana..., derrama día y noche torrentes de lágrimas por alcanzar este don. No te detenga tu pequeñez, que *a los pequeños se les reserva para hacerse grandes*... En la casa de Dios no es ambición sino magnanimidad el aspirar a lo más alto, a la mayor santidad... Sé, pues, animoso y dí al Señor: «Si he hallado gracia en vuestra presencia, mostradme vuestra »cara mediante la *perfecta contemplación*».

Esto pide continuamente San Agustín, repitiendo su demanda en mil diversas formas: «Descubríos a mí, Consolador mío, exclama (*Soliloq.*, c. 1); dejad que os vea yo, luz de mis ojos. Ameos yo, vida de mi alma... Abráceos yo, celestial Esposo, y mi alegría suma. ¡Oh vida que a mí me da vida..., vida vital, dulce y amable y digna de estar siempre en la memoria!, ¿dónde estás?, ¿en dónde te hallaré, para que en mí destallezca y en tí viva?... Mi alma te desea con ansia. Percibo tu olor, y con esto vivo y me gozo; pero todavía no te veo. Oigo

tu voz, y recobro la vida. ¿Pues por qué me ocultas tu presencia?... Por tanto deja una alma de amaros, porque no os conoce, y no os conoce, porque no os contempla... Quien os conoce, os ama, se olvida de sí, y se entrega del todo a Vos para gozaros».

«¡Oh fuego que siempre ardes y nunca te apagas, añade luego el Santo (c. 34), enciéndeme! ¡Oh luz que siempre luces y nunca te obscureces, ilumíname! ¡Ojalá que yo ardiera encendido de tal fuego y de tal luz! ¡Oh fuego santo, qué dulcemente ardes, qué secretamente luces, qué deseablemente abrasas! ¡Ay de aquellos que no arden con este fuego! ¡Ay de los que no son alumbrados de esta luz!... ¡Ay de aquellos ojos tan ciegos que no os ven!»

«Acuérdate, Señor, exclama a su vez el V. Kempis (l. 3, c. 3 y 5); acuérdate de tus misericordias y llena mi corazón con tu gracia; pues no quieres que sean vanas tus obras... No me vuelvas el rostro; no dilates más tu vista, no me niegues tu consuelo, no sea que mi alma se quede como la tierra sin agua».—«Como aun soy flaco en el amor e imperfecto en la virtud, por eso necesito ser fortalecido y consolado por Tí: *visítame,* pues, *a menudo* e *instrúyeme con santas doctrinas*».

Para esto, pues, y no en vano, ha querido el Eterno Padre darnos a su Unigénito Hijo y comunicarnos—junto con la gracia santificante y las virtudes infusas, que nos hacen participar de su divina naturaleza y perfecciones—el mismo Espíritu de su Hijo que nos mueve a clamar a El llamándole *Padre (Gal.* 4,6); nos lo dió como Consolador, Santificador y Director, y como Ayo y Maestro de toda verdad, que debe alentarnos, consolarnos, enseñarnos, educarnos y formarnos en Cristo; nos lo dió, dice Santo Tomás, para que podamos gozarlo (1), usando de sus místicos dones y disfrutando de El mismo (2); nos lo dió, pues, para que efectivamente poda-

(1) «Illud solum habere dicimur, quo libere possumus uti vel *frui:* habere autem patestatem fruendi divina persona est solum secundum gratiam gratum facientem».—D. *Thom.* 1. P., q. 43, a. 3.

(2) «Per donum gratiae gratum facientis perficitur natura rationalis ad hoc quod libere non solum ipso *dono* creato *utatur,* sed ut *ipsa divina persona fruatur*». *Ib.* Cf. Id. *in* I *Sent.* D. 14, q. 2, a. 2, ad 2.—«La gracia santificante, decía N. Sr. a María Lataste (t. 3, l. 10, I), es la vida del alma, su luz, su fortaleza y su alimento.—Ella pone en el alma las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, para dirigirla hacia Dios; y las cardinales, justicia, fortaleza, prudencia y templanza, para dirigirla en sus relaciones con las criaturas, y por fin los siete dones del E. S., para disponerla a recibir los movimientos que El comunica a los que *quieren salvarse*».

«Anima purificata baptismo, in quo recipitur fides, hoc accipit a Spiritu descendente, ut ei coeli aperiantur, id est, de coelestibus habeat aliqualem intellectum, et non solum rore caligent. Et quanto amplius in hoc crescit, tanto amplius ei coeli aperiuntur, et speculatur gloriam Dei. Et hoc est optimum signum apertionis coelorum, et doni Spiritus Sancti, scilicet valde delectari et intelligere aliqua de gloria Dei... Ex quibus colligimus *necessarium esse* animae ut ex fidei caligine erumpat, et exiliat ad currendum Deo suo per

mos a las horas oportunas gozar de su alegre visita y sus consuelos, de su misma fortaleza, sus luces y su amor y de este modo logremos configurarnos en todo con el mismo Cristo, que por la fe mora en nuestros corazones, y transformarnos en El más y más hasta hacernos perfectas imágenes suyas (1).

De ahí que no debamos contentarnos con llevar una vida cualquiera; que Dios no nos adoptó y nos hizo tal caridad de que podamos llamarnos y ser verdaderos hijos suyos (I *Joan.*, 3, 1), sino para que en todo procuremos mostrarnos como tales, como fieles seguidores e imitadores de su Unigénito, como perfectos cristianos, cuyas obras le glorifiquen ante los hombres y cuyos ejemplos de vida y santa conversación sean verdadera "sal de la tierra y luz del mundo„ *(Mt.* 5, 13-16) (2).

Y de ahí también que, para vivir con la perfección a que estamos obligados a aspirar, en todo debamos pro-

illuminationem donorum Spiritus Sancti, quibus quasi in vestito deaurato mens ipsa circumdatur varietate, id est, *multitudine spiritualium sensationum,* et *multiplici intelligentia divinorum*... Ergo intellectus ab aenigmatica cognitione fidei ad limpide et clare contemplandum mysteriorum magnitudinem et credibilitatem exsurgit in flamma amoris: *Et in splendore ignis flammantis in nocte,* ut dicitur Isaiae, III... Hoc ergo anima perfectionis cupida *intendere et conari debet,* ut Deum praesentem habeat, id est, non solum fidei caligine creditum, sed *illuminatione doni* Spiritus Sancti, quod ex amore perficitur, limpidius cognitum, et ante lumen oculorum mentis frequenter oblatum». Juan de Santo Tomás, *In* 1-2, q. 70, disp. 18, a 1, § 13-14.

(1) «Yo jamás ceso de haceros semejantes a Mí, decía N. Sr. a Santa Catalina de Sena *(Vida,* 1.ª P., XI), con tal que vosotros no pongáis obstáculos. Lo que en mi vida hice, quiero renovarlo en vuestras almas».—«Jesucristo, observa a este propósito Bacuez *(Manuel bibl.* IV, núm. 837), habita en cada uno a proporción de su fe *(Eph.* 3, 17: *Rom.* 8, 9). Los que con El se unen hácense un mismo espíritu con El (I *Cor.* 6, 17). El vive en ellos *(Gal.* 2, 20), obra por medio de ellos *(Rom.* 8, 14), y en los corazones de ellos produce disposiciones semejantes a las suyas. Les comunica sus gustos, sus atractivos, sus virtudes; de suerte que más bien que siervos suyos, sean sus verdaderos órganos *(Eph.* 6, 6; 2.ª *Cor.* 5, 20)... Puesto que el cristiano está animado del Espíritu de Cristo y vive su misma vida».

(2) Las gracias, comunicaciones y operaciones de Dios, dice el P. Chardón, O. P. *(La Croix de J.,* 1 entret. c. 10), no nos la dispensa su Providencia sino para desprendernos de nosotros mismos y de todo lo creado, a fin de que, purificados de toda mezcla, *nos unamos perfectamente* a la inmaculada pureza de su Bondad.—Cuando Dios derrama su amor en nuestros corazones, no es para que permanezca allí ocioso, o como un simple adorno, sino principalmente, para que, asistidos de su omnipotente gracia, elevemos nuestra alma hasta su fuente primitiva, por una *santidad eminente*, semejante a la que es propia de la Divinidad».

«Nuestro Padre celestial, dice Rusbrock *(Los 7 grados de amor*, c. 12), es al mismo tiempo avaro y liberal. A sus muy amados les da liberalmente su gracia, sus dones y beneficios; mas en cambio exige que cada cual le corresponda con acciones de gracias, alabanzas y ejercicio de todas las buenas obras, a proporción que por El haya sido exterior e interiormente agraciado. Pues la gracia divina no se da inútilmente, ni en vano, y si la aprovechamos bien, corre incesantemente y nos da cuanto necesitamos... El Padre quiere dársenos por completo a Sí mismo y todo cuanto es: pero en cambio reclama de nosotros que nos entreguemos a El plenamente con todo cuanto somos. Así su voluntad e intención es que seamos totalmente suyos, como El se ha hecho todo nuestro, permaneciendo, sin embargo, cada cual lo que es».

ceder, no a lo humano—como los que son aún "pequeñuelos y carnales„—, sino de un modo *sobrehumano* y *divino*, bajo la contínua moción y dirección del E. S., como hombres del todo *nuevos* y *espirituales*, y como dignos hijos de Dios (1), plenamente renacidos de ese su divino Espíritu santificador, y por El renovados y transformados de claridad en claridad (II *Cor.* 3, 18); de suerte que ya tienen toda su conversación en los cielos *(Phil.* 3, 20). Y tal es el proceder de las almas verdaderamente *místicas* o *contemplativas*„.

"El alimento del *hombre nuevo,* es decir, del hombre espiritual, del hombre que ha llegado a la plenitud de la edad perfecta, dice el P. Grou *(Maximes*, VIII), es la oración, pero una oración *infusa*, una oración jamás interrumpida durante la vigilia, y que el alma encuentra de nuevo al despertar; una oración que en cierto modo se hace en nosotros sin nosotros... No es uno verdadero y perfecto cristiano, sino en cuanto piensa y obra según el espíritu de Jesucristo„.

"No somos cristianos, añade *(Max.* IX), ni cumplimos los deberes de tales, sino por el desprecio que hagamos de las cosas sensibles, y por nuestra constante aplicación a las espirituales, cesando de ser hombres exteriores y haciéndonos del todo interiores; y así el cristiano que no es interior, sino en ciertas cosas o a ciertos tiempos, es todavía imperfecto: el cristiano perfecto es interior en todo y siempre; y por tanto, tender a la vida interior es lo mismo que tender a la perfección cristiana„.

Y esto implica, evidentemente, la contemplación sobrenatural. "Se puede hacer, y hacer bastante bien, añade, la *meditación,* conservando aún ciertas relaciones con los sentidos y lo que les halaga; mas no se podrá hacer por algún tiempo *verdadera oración*—o sea oración infusa—, sin acabar de romper todo comercio con las criaturas. Pues lo propio de esta oración es concentrar todos nuestros afectos en Dios y no permitirnos amar nada sino en El y por El„.

De esta manera, pues, según advierte San Juan de la Cruz *(Noche* II, c. 13), a nuestra alma "se le renueva, como al águila, su juventud, quedando vestida del nuevo hombre, que es criado, como dice el Apóstol *(Eph.* 4, 24), según Dios..., las aficiones y apetitos todos mudados y vueltos según Dios, divinamente. Y así esta alma será ya alma del cielo, celestial, y *más divina que humana*„.

Pero sin esto, sin salir de sí misma y de sus pobres

(1) *Rom.*, 8, 14. Cf. *S. Thom. in h. l*; et in I *Cor.* 2, lect. 3; *in Gal.*, 5, 25.

maneras humanas y entrar en la vida mística, siempre será muy imperfecta y miserable. Por lo cual, con razón exclama luego (c. 14) el mismo San Juan de la Cruz: "¡Oh cuán dichosa ventura es poder el alma librarse de la casa de su sensualidad! No lo puede bien entender si no fuere, a mi ver, el alma que ha gustado de ello. Porque verá claro cuán mísera servidumbre era la que tenía, *y a cuántas miserias estaba sujeta cuando lo estaba a la obra de sus potencias* y apetitos, y conocerá cómo la *vida del espíritu* es verdadera libertad y riqueza, que trae consigo bienes inestimables„.

Artículo 2.º—Cuán deseable sea la divina contemplación por los grandísimos bienes que trae consigo.

"Esta doctrina—de que todos, aun los que se encuentran en la *vía ordinaria,* pueden desear y pedir la unión mística como un poderoso medio de santificación—reconoce el mismo P. Poulain (1), se apoya en que la unión mística no tiene en sí inconvenientes, sino sólo *inmensas ventajas.* No somos tan exigentes, en materia de condiciones, cuando se trata de otros deseos nuestros, según el P. Sandeo advierte. "Aun cuando la contemplación pura, dice él (2), no fuera absolutamente buena en sí, aun cuando sólo tuviera una bondad mezclada de imperfección, no por eso estaría en peor condición que una multitud de bienes naturales, de alma y de cuerpo, tales como la sutileza de ingenio, la tenacidad de la memoria, el talento artístico, la ciencia, la salud, la fuerza física, la bondad y otras mil cosas análogas. Y sin embargo, todo esto es lícito pedirlo„.

„Además, ¿por qué no ha de poder, el que está en un grado de oración, desear el siguiente? Ninguna buena razón hay que pueda oponérsele; antes la naturaleza de las cosas, y por tanto, el plan divino, admiten que se busque una perfección cada vez mayor. Esta es, podemos decir, la *doctrina común de los místicos;* si bien algunos la restringen al caso en que uno se sienta movido de una inspiración del Espíritu Santo (3), y otros a cuando se haya recibido ya alguna gracia mística„ (4).

"Por lo que hace a las almas que tienen ya un *comienzo* de las gracias místicas, advierte desde luego el mismo autor *(ib. n.* 6), siempre se ha admitido que pue-

(1) *Des Grâces d' oraison,* c. XXIII, núm. 9-10.
(2) *Theol. myst.,* p. 198; *Comment. de contempl. pura.* ex. 5, disq. 15.
(3) Scaramelli, tr. 3, c. XXXII.
(4) San Ligorio, *Homo apost.,* Append. 1, núm. 23.

den tener el deseo de adelantar en esa vía. Porque si Dios ha puesto un *germen* en su alma, es para hacerlo fructificar. Desearlo, pues, es conformarse con la voluntad de Dios„.

Mas los verdaderos *gérmenes* de esas gracias son, como queda dicho, los dones del Espíritu Santo, los cuales en *todos* los justos se hallan por lo menos como en estado de *hábitos;* y éstos de suyo tienden a la *actuación* y la reclaman, de tal modo, que nos *obligan* a pedirla y procurarla con sumo interés.

No hay, pues, en estas altas aspiraciones y ardientes peticiones, conforme hemos dicho en la *Evolución Mística* (p. 591), ni "la menor presunción, como no la hay en el buen deseo de comulgar por dar gusto a Dios y alimentar y fortalecer nuestra pobre alma. La presunción estaría en desear esos dones por vanagloria; mas no cuando se desean precisamente para mayor apoyo de nuestra flaqueza, para mejor fundarnos en la verdadera humildad y en todas las demás virtudes y poder "crecer en gracia y conocimiento de Dios„, y "en todo, según Jesucristo, hasta llegar a la madurez de *varones perfectos„* y verdaderamente espirituales (1). Y ya sabemos que nadie lo podrá ser sin estar *animado, dirigido* y *gobernado* del Divino Espíritu, y por tanto enriquecido de sus preciosísimos dones. Si el sentimiento de la propia indignidad contiene, el de la caridad alienta: y el alma fervorosa, dice San Bernardo, desde un principio desea y pide con ansia el *beso de la boca de su Amado,* aunque entre tanto se contente con el de sus pies, ejercitándose en obras de humildad, con que más tarde o más temprano logrará oir la voz que le dice: *Ascende superius...* (2).

(1) «Quaerit anima, dice San Bernardo *(Serm. 85 in Cánt.),* Verbum cui consentiat ad correptionem, quo illuminetur ad cognitionem, cui innitatur ad virtutem, quo reformetur ad sapientiam, cui conformetur ad decorem, cui maritetur ad foecunditatem, quo fruatur ad jucunditatem. Propter has omnes causas quaerit anima Verbum».

«¡Oh bienaventurada el alma, exclama San Alfonso R. *(Unión,* c. 19), que todo su regalo, consuelo y alegría es el tratar y andar siempre con su Dios, amándole y adorándole, humillándose delante de El! ¡Qué luz divina que comunicará Dios a la tal alma y conocimiento grande de sí mismo, por el cual venga a abrasarse toda en su amor!... Y mientras más el Señor la levanta, ella como humilde más se abaja; que parece que Dios y el alma andan a porfía, Dios a levantarla y ella a abajarse: y así crece el alma en el amor de Dios y en la humildad, y va más segura».

(2) «Gratias de osculo pedum, gratias et de manus: sed si cura est illi ulla de me, *osculetur me osculo oris sui.* Non sum ingrata, sed amo. Accepi, fateor, meritis potiora, sed prorsus inferiora votis. Desiderio feror, non ratione. Ne quaeso causemini praesumptionem, ubi affectio urget. Pudor sane reclamat, sed superat amor. Non ignoro quod *honor Regis judicium diligit,* sed praeceps amor nec judicium praestolatur, nec consilio temperatur, nec

„La *unión mística*, en sí misma, es un grandísimo bien, exento de peligros, que no tiene motivos sino para ser en sumo grado estimada y deseada (1). Si los favores sensibles o realmente *extraordinarios* que se traducen en *exterioridades* a veces chocantes, y ciertas revelaciones *exdeicas*—o sea relativas a las criaturas—, aunque cosas buenas y provechosas de suyo, pueden ofrecer peligros y prestarse a vanidad (y por lo mismo, *per accidens*, ser temibles, aunque no *per se*), la *íntima unión* y *comunicación con Dios*, en que está nuestra verdadera felicidad y santidad, y todas las revelaciones *indeicas*—que de suyo producen grandes aumentos de virtud, de gracia y del propio conocimiento, así como del divino—nada tienen por qué sernos recelosas; en todo y por todo son buenas y provechosas, y, por lo mismo, amables y deseables„ (2).

pudore frenatur, nec rationi subjicitur. Rogo, supplico, flagito: *Osculetur me osculo oris sui*».—SAN BERNARDO, *In Cánt. Serm.* 9.

(1) *Omnia, quae desiderantur, huic non valent comparari (Prov.*, 3, 15).—«De tanta eficacia es, advierte *(ibid.)*, el mismo Santo Doctor, el ósculo santo, que tan pronto como el alma lo recibe, concibe los sentimientos del Verbo divino y queda llena de devoción y de frutos de bendición y dulzura».

«Nil in hac vita dulcius sentitur, añade en otro lugar *(Medit.*, c. VII), nil avidius sumitur, nil ita mentem ab amore mundi separat, nil sic animam contra tentationem roborat, nil hominem ita excitat et adjuvat ad omne opus bonum et ad omnem loborem, quam gratia contemplationis».—«Contemplativa vita, había dicho ya San Gregorio *(Hom.* 14 *in Ezech.)*, amabilis valde dulcedo est, quae super semetipsam animam rapit, coelestia appetit, terrena autem debere esse contemptui ostendit, spiritualia mentis oculis patefacit».

«La gracia de la contemplación, advierte Hugo de San Víctor *(De Anima*, l. 3, c. XLIX), no sólo purifica de todo apego mundano, sino que también santifica y enciende en el amor de los bienes celestiales. Quien, gracias a las inspiraciones y luces del Espíritu Santo, ha sido elevado a la contemplación, recibe las arras de la eterna felicidad... Mas para ser así elevados, es menester abstenerse, no sólo de las malas obras, sino también de los pensamientos inútiles».—Por eso el gran San Agustín con tanto ardor clamaba pidiendo esa perfecta pureza, calma, paz, silencio, gozo y descanso del corazón y del alma, diciendo *(in Ps.* 94): «Quiescat in te, Deus meus, cor meum; cor meum enim est mare magnum, tumens fluctibus... Confugiat, Domine mens mea sub umbra alarum tuarum ab aestibus cogitationum hujus saeculi; ubi in tui refrigerii temperamento absconsa, laetabunda cantet et dicat: *In pace in idipsum dormiam et requiescam*... Quid enim pulchrius, quidve dulcius, quam inter tenebras hujus vitae, multasque amaritudines divinae dulcedinis inhiare?»

«O quam bene et optime est tunc animae amorosae, exclama Dionisio Cartujo *(De Fonte lucis*, art. 17), quam serena, quam jucunda, quam coeliformia ac tranquilla sunt omnia tunc in ea. Ubi tunc nebula viciorum? turbines passionum? involutiones phantasmatum? varietates distractionum? inquietudo tentationum? Nonne a praesentia Solis justitiae, a conspectu et ardore atque fulgure Solis sapientiae fugiunt omnia illa?»

(2) «Omnibus spiritualibus athletis, escribe el P. Tomás de Jesús *(De Contemplat. div.*, l. 1, c. IX, Antuerpiae, 1.620), fas est ad supernaturalem hunc contemplationis gradum aspirare, et quantum in se est conari.. Gratias vero sive dona Dei, quae *gratis data* nuncupantur, ut sunt prophetia, linguarum genera, apparitiones imaginariae vel corporeae, nec procurare nec desiderare licebit: esset enim hoc superbiae conjectura notissima. Ad donum vero sapientiae sive intellectus, a quibus radii divinae lucis profluentes universam animae regionem illustrant, ac amoris ardentissimi igne ac-

«Esta gracia y don de contemplación, dice Molina *(De la Oración,* tr. 2, cap. 6, § 3), es tan grande y excelente... que no se puede encarecer ni ponderar... ni será posible estimarla como merece, quien no la hubiere gustado. Esta es aquella sabiduría, que se ha de preferir a los reinos y las riquezas: con ella vienen al alma todos los bienes juntos».

«La contemplación, reconoce Ribet (1), es fuente de tantas gracias, tiene tal eficacia para desprender de las criaturas y unir con Dios, y, en una palabra, realiza con tanta rapidez y energía la perfección espiritual, que las almas ansiosas de ésta no pueden menos de suspirar por aquel bien *incomparable,* aunque deben fijarse tan sólo en la gracia de la unión y no en los efectos maravillosos que pueden acompañarla».

«De toda esta doctrina resulta con evidencia, escribe la Abadesa de Solesmes (2), que la contemplación sobrenatural es una gracia *muy deseable* y que *debemos pedirla continuamente* a Dios con toda humildad y reverencia... Pero en esta contemplación infusa hay que distinguir las *gracias gratis datas,* los dones *extraordinarios,* acompañados de manifestaciones exteriores, y las *gracias santificantes,* que son las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, puestos en acción por un favor especial. Las primeras no se deben *(per accidens)* desear; mas las segundas, por el contrario, son objeto de un deseo legítimo: *Aemulámini charísmata meliora* (I *Cor.* 12, 31); con tal que este deseo sea humilde, moderado y acompañado de la práctica de las virtudes sólidas y aun de las virtudes heróicas. Cada cosa debe ser buscada en razón de su perfección: y el acto de la contemplación es... lo que mejor conviene a nuestro carácter de hijos de Dios. Ejercitarnos en el conocimiento y amor de la Verdad eterna, recibir una comunicación especialísima de los dones del Espíritu Santo, y, en fin, estar unidos a Dios con toda el alma, ¿no es el más deseable gozo de esta vida?» *(Sap.* 8, 16) (3).

cendunt, honestissimum est cum discretione conari, ac se omnino disponere; cum hujusmodi donum sit *efficacissimum medium majoris perfectionis* comparandae... Ex his conjicere licet, contemplationis gratiam modo perfectis, modo incipientibus dari, et quod omnibus liceat eam desiderare, ac per cordis puritatem inquirere et procurare».—«Cum ergo contemplatio tantum bonum sit, sanctum et expediens est omnibus, cum Spiritus prudentia ad eam aspirare... Contemplationem a Deo petere expedit et sanctum est».—SCHRAM, *Theol. myst.,* § 255-256. «Todos los fieles, decía San Buenaventura (II *Sent.,* D. 73, a. 2, q. 3, ad 6), deberían aspirar a este sublime conocimiento de Dios».

(1) *Mystique,* t. 1, c. V, p. 112, 1895.

(2) *La Vie spirituelle,* c. XV.

(3) «Ninguna cosa hay más para desear, decía San Gregorio Nacianceno *(In Apolog., Orat.* 12), que cerrando la puerta de los sentidos y puesto uno fuera de la carne y del mundo, recogido el espíritu dentro de sí mismo, tener con Dios sus coloquios y hacer otra vida superior a estas cosas que nos rodean; traer dentro de sí los recuerdos de Dios, comunicados de su influencia, siempre puros y sin mezcla de cosas criadas, y hacerse cada día espejo más claro de Dios y de las cosas divinas, para recibir la luz por medio de la luz, la más ilustrada de la ilustración divina por la oscura de la fe sencilla, y percibir ya con la esperanza el bien del siglo venidero en compañía de los

La divina contemplación es la verdadera «ciencia del espíritu», la cual, según advierte el V. P. Luis de la Puente *(Guía,* Introd.) «enseña el camino de la *perfecta santidad* y el trato más secreto y familiar con Dios y sus ocultos misterios, y por esto se llama *mística,* secreta o escondida. La cual se va *ganando* con las obras de la vida contemplativa..., lección, meditación..., oración en que se piden a Dios sus dones y amorosa contemplación de sus grandezas, en que consiste la perfección de esta soberana ciencia, de cuyas excelencias pondré aquí una breve suma, para que *todos nos aficionemos a pretenderla*».

«Es, prosigue, «la ciencia más alta, porque su propio objeto es el mismo Dios... Y por esto la divina Sabiduría nos manda que la oigamos; porque tengo, dice *(Prov.* 8, 6), de hablar de cosas grandes, las mayores que puede haber en tierra y cielo.—Es también la más noble ciencia de todas, porque su origen y principio de donde le viene su nobleza es el E. S., que es su principal maestro, con el don de la sabiduría infusa; el cual no la enseña sino a los que tienen la nobleza de hijos de Dios; antes con la misma enseñanza se la comunica, cumpliendo lo que está escrito en los Profetas *(Joan.*, 6, 45; *Is.*, 54, 13), que los hijos de la Iglesia serían enseñados por el mismo Dios. Y de aquí es que por excelencia se puede llamar *ciencia santa*, porque hace a los que la aprenden santos con virtudes muy heróicas. Y como dijo el Sabio *(Sap.* 7, 27; 10, 10), *a ella pertenece hacernos amigos de Dios con amistad muy estrecha,* y por esto la llama *ciencia de los santos;* porque las otras ciencias son comunes a los pecadores...; mas esta ciencia hace serafines, ilustrando y abrasando con fuego de caridad... De aquí también procede ser sumamente provechosa, porque es madre de todos los bienes y los trae consigo, con innumerables riquezas de valor inestimable; y aunque sus principales tesoros son

Angeles, conversando ya con ellos, y aunque todavía en la tierra, desamparándola y viviendo con el espíritu en el cielo».

«Nada hay tan gustoso y agradable, añadía San Agustín *(Meditaciones,* c. 27), como el mirar y contemplar con la perspicacia del entendimiento y afectos fervorosos de la voluntad al mismo Dios, y con un modo maravilloso *ver invisiblemente* al invisible, y de esta suerte *gustar,* no esta dulzura mundana, sino otra más excelente y ventajosa, y ver no esta luz mudable, sino otra inaccesible».

«¡Oh luz perpetua, que excedes a toda luz creada! Envía desde lo alto tal resplandor, que penetre hasta lo más íntimo de mi corazón.—Purifica, alegra, clarifica y vivifica mi espíritu con sus potencias, para que con *trasportes de júbilo* se una contigo. ¡Oh, cuándo llegará esa dichosa y apetecida hora en que me sacies con tu presencia y seas para mí todo en todas las cosas» (KEMPIS, l. 3, c. 34).

«¡Qué felicidad para el alma, exclama el P. Chardón, O. P. *(La Croix de Jésus*, 1 entr. c. 2), si despojándose de la afición a los objetos que mantienen a la mayor parte de los hombres en una esclavitud digna de llorarse con lágrimas de sangre, se pierde a todas las cosas y a sí misma, para arrojarse en el Corazón de Aquel de quien brotan las aguas vivientes capaces de apagar la sed que el amor de las criaturas no puede apagar! ¡Qué gozo de verse unida con Jesucristo y hecha *digna* de la más adorable unión a que puede llegar el último esfuerzo de la Omnipotencia Divina en las comunicaciones de su amor *ad extra!*»

espirituales, y por esto el Sabio los llama infinitos *(Sap.* 7, 11, 14); mas de los provechos que recibe el espíritu, se derivan otros muchos y muy gloriosos y saludables para el cuerpo, gozando de grande alegría, quietud y descanso *(Sap.* 8, 16), y así quien la tiene, la estima en mucho más que la salud y hermosura corporal, y en su comparación no hace caso de las piedras preciosas, y al oro lo tiene por arena, y a la plata por lodo *(Sap.* 7, 9).—A esto se llega ser la más dulce y deleitable de todas las ciencias, porque no tiene amargura su conversación, ni tedio su familiar trato, sino grande gozo y alegría. Y como dice San Gregorio *(Hom.* 14 *in Ezech.)*, la contemplación es la misma dulzura, tan amable, que levanta sobre sí misma, y le descubre los secretos del cielo, y le da a gustar los deleites de la caridad... Y a esto se añade... ser muy durable. Porque la parte que escogió María nunca le será quitada».

Conforme a esto, dice muy bien—resumiendo al dominico P. Vallgornera (q. 3, d. 3, a. 3)—el ilustre Obispo carmelita P. Antonio del Espíritu Santo (tr. 3, d. 4, s. 4, N. 224-8): Teniendo, como tiene, la contemplación sobrenatural en alto grado las tres razones de bien; es decir, siendo un bien a la vez sumamente *honesto, útil* y *deleitable*, todos los fieles no sólo *pueden*, sino que *deben* aspirar a ella como a la "mejor parte„ (1). Y la contemplación es *honestísima*, pues tiene por *principio* al E. S.; por *objeto*, al mismo Dios; por *fin*, la íntima unión con El; y por *sujeto*, el entendimiento elevado mediante los siete dones; y así, por todos estos conceptos, no cabe mayor honestidad. Es además *utilísima*, pues con ella se adquieren los mayores méritos para la vida eterna. Y es, por fin, *delectabilísima*, pues consiste en el trato íntimo con el Dios de toda consolación (2).

(1) «Quae est ista pars optima, quam Maria elegit, pregunta Ricardo de San Víctor *(De Contemplatione*, l. 1, c. 1), nisi vacare et videre quoniam suavis est Dominus?... O quam singularis gratia! o singulariter praeferenda! per quam in praesenti sanctificamur et in futuro beatificamur».

«Hic ergo nobis principaliter debet esse conatus, haec immobilis destinatio cordis jugiter affectanda, ut divinis rebus ac Deo mens semper inhaereat: quidquid ab hac diversum est, quamvis magnum, secundum tamen, aut etiam infimum, seu certe noxium judicandum est». Casiano, *Collat. I*, c. VIII.

(2) «Omne quod appetitur, dice San Buenaventura *(De Profectu Religiosorum*, l. 2, c. 73, al. 72), propter istorum trium aliquid desideratur: vel quia putatur delectabile, vel honorabile, vel utile; sed in quo omnia simul et plene conveniunt, non invenitur, nisi in fructibus spiritualium deliciarum.—Alia autem aut delectant, sed turpia sunt et nociva; aut honesta vel utilia, sed difficilia et laboriosa. Virtutis autem affectus, et sapientiae gustus, et divinae suavitatis fruitio, dulcis est et venerabilis, et conscientiam laetificat et magnificat... Sed cum Sponsi amplexibus anima devota inhianter inhaeret, incipit inter ejus brachia aliquo modo consopiri..., ut non solum delectabiliter, sed etiam tenaciter Deo inhaereat, et quasi vi quadam abstrahatur ab omni visibili sensu et memoria».

«Quia ergo vita contemplativa praecipue consistit in contemplatione Dei, ad quam movet charitas, inde est quod in vita contemplativa non solum est

No importa, añade, que ofrezca sus dificultades y peligros, pues éstos no son tantos como los de la misma vida activa, y aquéllas se superan muy bien con la ayuda de la gracia, la cual no nos faltará si perseveramos fieles.

Y así como, a pesar de las dificultades que ofrece la fiel práctica de la virtud, debemos, observa Vallgornera (l. c.), aspirar a la más perfecta humildad y mansedumbre, y a todas las demás virtudes en grado heróico, ¿por qué no hemos de aspirar también a la más perfecta oración? No se diga que esto es presuntuoso; pues la presunción solamente estaría en querer llegar de repente a lo sumo, sin pasar por los grados intermedios, es decir, sin ir avanzando con el continuo ejercicio y perfeccionamiento de las virtudes (1).

Así, todos podemos y debemos aspirar a ella ardientemente, por lo mismo que en ella está nuestra mayor perfección, y, lográndola, seríamos, no sólo más dichosos, sino también incomparablemente más útiles a los demás que con cuanto pudiéramos hacer en la simple vida ascética o activa (2); pues nada hay tan excelente, tan glorioso, ni tan fructuoso en la Iglesia como esa mística ciencia de los santos (3).

delectatio ratione ipsius contemplationis, sed etiam ratione ipsius divini amoris. Et quantum ad utrumque ejus delectatio omnem delectationem humanam excedit». S. Thom. 2-2, q. 180, a. 7.

«Supernaturalis contemplationis scopus sive fines, decía el P. Tomás de Jesús *(De Contempl. div.*, l. 1, c. VI), est unio arcana et felicissima cum Deo per amorem fruitivum: concedit enim Deus donum hoc contemplationis *animabus sanctis,* ut eas ad *perfectam per amorem unionem* ac *transformationem in ipsum Deum* perducat: est enim haec unio hujus vitae beatitudo, si quae contingere potest in hac mortali peregrinatione. Et vere contemplatio, quae miro modo Dei amorem excitat, et desiderium intimae unionis ac transformationis in ipsum dilectum inflammat. Est praeterea contemplatio *ultimus et aliis perfectior gradus,* huic felicissimae unionis immediatus, ac in quo Spiritus Sanctus justorum animas mira quadam luce, medio sapientiae dono, interius illustrat, ardentissimo inflammat amore, ac demum jucundissima exultatione in Deum extra se positas, et a seipsis alienas transformat». «In supernaturali et infusa contemplatione añade *(ib.*, c. VII), Deus aperit coelum mentibus contemplativis, ac ingressis illis profundissima suae gloriae arcana revelat».

(1) «Ut anima debite ad Deum tendat, et ut ei intime uniatur, vuelve a advertir, non debet statim temere ad ejus dulces amplexus et ad oris osculum aspirare: sed prius velut humilis *ancilla* ad pedum osculum in via purgativa accedat, Magdalenam imitata; deinde velut *filia* dilecta ad osculum manuum properet in via illuminativa; et denique velut *sponsa* dilectissima ad sacrum oris osculum fidenter in via unitiva consurgat: sic enim ipso Domino admittente tam arcte cum eo conjungetur, quod erit unus cum ipso spiritus.» VALLGORNERA, *Theol. myst.* q. 4, d. 1, a. 12, núm. 932; *Phil.* a SS. TRINITATE, 3. P., tr. 1, d. 1, a. 6.

(2) Cf. SANTO TOMÁS, 2-2, q. 182, a. 2, ad 3; SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cánt. espir.* anot. a canc. 29; y nuestra obra *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia,* I, p. 240.

(3) «*Debent omnes,* dice en resumen Vallgornera *(Theol. myst.* q. 3, d. 3, a. 3, n. 430-1), ad supernaturalem contemplationem aspirare... Contemplatio

Y si todos deben por eso aspirar a la contemplación sobrenatural y emplear para lograrla los medios más adecuados, con doble razón deberán hacerlo cuantos profesen vida religiosa o estado de perfección, y así están a ello especialísimamente obligados como por oficio y por razón de sus santos ministerios (1).

No debemos, pues, detenernos sistemáticamente en la simple meditación, o sea en la oración discursiva, propia de la vida ascética, sino que con todas veras, continuamente y por cuantos medios podamos, debemos as-

supernaturalis habet spiritualem decorem: ergo est appetibilis... Ex parte principii habet Spiritum Sanctum cum suis donis influentem; habet pro objecto ipsum Deum in se ipso consideratum...; finem habet intimam animae cum Deo summe dilecto unionem fruitivam; subjectum habet intellectum hominis Spiritus Sancti donis illustratum, et ipsa propter se diligetur, cum sit actus vitae perfectissimus, sibique sufficientissimus... Expedit ad perfectissimam humilitatem, ad perfectissimam mansuetudinem et ad reliquas virtutes in perfectissimo gradu conari. Cur non expediat ad perfectissimam orationem contendere? Profecto expedit magnam sanctitatem desiderare, et nequaquam in infimis desideriis nos continere; expedit etiam hanc summis precibus efflagitare ad gloriam Dei, ut ei magis ac magis placeamus...: ergo et divinam contemplationem... Vitiosum esset et praesumptuosum quod aliquis in statu imperfectae virtutis existens, attentaret statim assequi ea quae sunt perfectae virtutis. Sed si quis ad hoc tenderet, ut proficiat in virtutem perfectam, hoc non est praesumptuosum, nec vitiosum... Et sic nihil utilius contemplatione supernaturali; quamvis enim qui vacant activae vitae, multis aliis prosint, multo tamen magis prosunt qui vacant contemplationi, ex cujus abundantia, cum aliquando proximorum saluti vacant, plus unico suadent verbo heroicae vitae conjuncto, quam alii multis concionibus: cujus rei signum est evidens quod qui vacant activae vitae, ut digne fungantur officiis, orationem seu contemplationem praemittunt; propterea Martha, vitam activam repraesentans, adjutorium sororis suae Mariae, vitam contemplativam repraesentantis, tam efficaciter a Domino postulabat».—Cf. ALVAREZ DE PAZ, T. 3, l. 5, P. 2, c. 13.

«La contemplación, observa a su vez el P. Meynard, O. P. (*La Vie intér.*, t. 2, n. 76), reune de una manera sobreeminente esas tres cualidades de *honesta, útil y deleitable*... ¿Qué cosa más noble que contemplar a Dios en sus infinitas perfecciones... y estar unidos con El? ¿Y qué puede haber más útil? Por este medio adquiere el alma numerosos méritos, pues siendo fiel, adelantará rápidamente en la práctica de las más sublimes virtudes, y alcanzará para los demás y para la Iglesia gracias infinitamente preciosas.—Por último, ¿qué cosa más deliciosa? Es un gusto anticipado del Cielo. Por tanto, el deseo de la contemplación derivada de los dones del E. S., siendo puro, humilde y moderado, se funda en principios sólidos e indiscutibles; es la busca del soberano Bien».

«La opinión ordinaria y casi universal, escribe por fin,—resumiendo las razones expuestas—el P. Lehodey (*Los caminos de la oración ment.*, 3.ª P. c. 13), es que pueden—todos—desear y pedir la contemplación sobrenatural, siempre que este deseo no proceda de orgullo..., y vaya acompañado de una humilde sumisión a la voluntad divina. Estas gracias de oración nacen, en efecto, del amor; tienen por principio el E. S. y sus mejores dones; por objeto a Dios; por fin, la unión divina, a Dios gustado y poseído; ellas enriquecen al alma de numerosos méritos, la llevan a las virtudes heróicas, la disponen a hacer grandes cosas en el servicio de Dios y del prójimo, y son una fuerte palanca para levantarla de la tierra y unirla al Bien soberano; aun más, son como un ensayo de las ocupaciones y de la dicha que el cielo nos promete: ¿Cómo no desearlas?»

(1) Antonio del Espíritu Santo (Tr. 3, d. 3, s. 4), dice así: «Quamvis omnes debeant ad contemplationem supernaturalem aspirare et media proportionata ad eam comparandam adhibere, maxime hoc debent facere qui ex proprio instituto ad illam obligantur». (Cf. Id., tr. 4, d. 1, s. 6).

pirar a un bien tan incomparable como es la contemplación sobrenatural y la consiguiente vida mística, que para todo es tan útil y ventajosa, teniendo, como tiene, tan gloriosas promesas para la vida presente y para la futura (1).

He ahí la razón por qué "siempre habemos de anhelar, conforme dice el V. Granada *(Devoción*, c. V, § 18), al *estado perfectísimo de la contemplación*". Porque toda nuestra felicidad y seguridad aquí abajo está, nos dice el mismo E. S., en encontrar la Sabiduría, conversar con ella, oir sus enseñanzas y descansar bajo su protección y sombra (2). En eso se cifran nuestra paz y ventura, nuestra honra y nuestras riquezas (3).

Por tanto, "aunque nadie, según decíamos en la *Ev. Mística* (p. 593), de por sí debe meterse donde aun no le llaman, ni menos echarse a volar sin alas, todos, sin embargo, pueden y *deben* "llamar" para conseguir que "les abran", y *pedir* "alas como de paloma"—que son los preciosos dones de sabiduría e inteligencia—para *volar* y *descansar*... (4). Por lo mismo que tanto vale y que no

(1) I *Tim.* 4, 8. «Non est sistendum, añade Vallgornera (q. 2, d. 6, a. 3, número 304), in meditatione imaginaria, sed debemus aspirare ad contemplationem supernaturalem. Tantum bonum est contemplatio supernaturalis, tam eminentem continet honestatem, tam magnam affert utilitatem, et tam excessivam communicat delectationem, ut plane ridiculum foret negare non *teneri omnes ad illam aspirare*». Esto mismo había dicho ya Felipe de la Sma. Trinidad (2.ª P. tr. 3, d. 1, a. 4).

(2) «Beatus vir, qui in sapientia morabitur..., et in sensu cogitabit circumspectionem Dei. Qui escogitat vias illius in corde suo, et in absconditis suis intelligens, vadens post illam quasi investigator... *Protegetur sub tegmine illius* a fervore, et *in gloria ejus requiescit.*» *(Eclí.* 14. 22-27).

(3) Beatus homo qui invenit sapientiam, et qui affluit prudentia...: pretiosior est cunctis opibus: et omnia quae desiderantur, huic non valent comparari *(Prov.* 3, 13-15). «La contemplación, como advierte el P. Lallemant *(Doctr. spir.*, pr. 7, c. IV, a 3), es la verdadera sabiduría tan recomendada en los libros Sapienciales. Los que la disuaden cometen una gran falta. Nunca es peligrosa, yendo acompañada de las debidas disposiciones.. El Apóstol exhorta a los fieles a desear estos dones espirituales».

(4) *Quis dabit mihi pennas sicut columbae? (Ps.* 54).—«Aestuantis animae, et ad contemplationem, decoremque orationis ascendere affectantis, dice San Lorenzo Justiniano(*Lignum vitae,* Tr. 13, *de Orat.*, c. 1), verba sunt haec... Toto nixu, et omni qua valet virtute contendit jugum a se excutere temporalium actionum, quatenus expeditis gressibus, ac celeri volatu ad coelestium contemplationem secretorum valeat properare».

«Perfectae contemplationis, dice Alvarez de Paz (l. 5, p. 2. c. XIII), bonum est ejus desiderium, et Deo grata ejus postulatio, vana tamen est ridicula intellectus et voluntatis applicatio... In quo hoc genus orationis a meditatione et ab aliis secernitur... Meditatio veluti ambulatio est, aut... veluti aquae extractio... At contemplatio... volatus est, pluvia de coelo cadens est. Haec desiderabis, haec postulabis...; sed si ipse (Deus) alas non dederit, si pluviam non miserit, in vanum conaberis perfecte contemplari.» Así lo reconoce también a su modo el P. Rodríguez, al decir (tr. 5, c. IV): «No solamente no se puede declarar esta oración ni enseñar a otros; pero ni vos mismo os habéis de querer *poner en ella,* ni levantaros a ella, si Dios no os levanta y os pone y sube a ella; porque sería gran soberbia y presunción, y mereceríais perder la oración que tenéis, y quedaros sin nada... Aquel entrar Dios al alma

podemos lograrlo con nuestros esfuerzos, debemos pedirlo con gran insistencia, diciendo con la Samaritana: "Señor, dadme de beber esta *agua*„ (1).

Así refiere Santa Teresa que lo hacía ella desde niña, movida como por instinto divino a repetir esa misteriosa petición. Y no contenta con pedir para sí esta agua mística que salta a la vida eterna, continuamente la vemos excitar en sus lectores tan santos deseos y provocarlos a la misma súplica (2). Y muy particularmente, al explicar en el *Camino de perfección* las compendiosas peticiones del *Padre Nuestro*, en casi todas ellas se ve, como a pesar suyo, obligada a insistir animándolos a procurar beber en la misma fuente de la vida, y no como quiera, no solamente hasta quedar *saciados* en la oración de *quietud*, sino hasta *embriagarse* e inundarse en el torrente de las divinas delicias *(Camino,* cap. XXXII). Por de pronto, Nuestro Señor, dice ella *(Ib.*, c. XX) "a nadie quitó que *procurase* venir a esta fuente de vida a beber„.

No se contenta, pues, la Santa con sólo aprobar expresamente estos deseos de entrar en la contemplación

en su retrete para tratar más familiarmente con ella, y en la bodega del vino para hartarla y embriagarla de su amor, es don particularísimo del Señor: no se entró la Esposa, no, sino el Esposo la tomó por la mano, y la entró allá. Aquel levantaros al ósculo de la boca no es cosa que vos podéis ni debéis hacer, si El no os levanta, que sería grande atrevimiento: y así no se atreve a eso la Esposa...: sino *pide al Esposo* que El le dé a ella ese ósculo... El por su bondad y graciosa liberalidad nos ha de levantar a ese ósculo, a esa altísima oración y contemplación».

(1) «¡Oh fuente de la vida!, llenad mi alma con la avenida de vuestros deleites y embriagad mi corazón con la santa embriaguez de vuestro amor... Elevad mi alma, que está sedienta de Vos, que sois fuente viva inagotable... Vos mismo dijísteis: *Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba*... Dadme vuestro Espíritu Santo, a quien simbolizan esas aguas que prometísteis a los sedientos... *Dadme alas* como de águila, para que mi espíritu vuele a Vos y no desfallezca jamás...: *Descanse en Vos mi corazón*... para que todas mis cosas logren serenidad y *quietud*, y yo me abrace con Vos, que sois mi único bien; y desvanecida la obscuridad de mis inquietos pensamientos, *os contemple claramente* a Vos, dulce luz de mis ojos. Acójase mi alma, Señor, debajo de la sombra de vuestras alas..., *y en esta perpetua paz dormiré y descansaré*... Concededme, pues, como os lo suplico, las alas de la *contemplación*, para que con ellas pueda volar a lo alto y llegarme a Vos».—San Agustín, *Meditaciones*, c. 37.

«Cum ergo haec tam efficax sit ad proficiendum in studio orationis, et tam valide vitam nostram emendet, et sursum ad perfectionem ferat; ardentibus desideriis et precationibus petenda est, ut aliquando tandem illa ditati, non jam cogitando humi repamus, sed volando sanctorum affectuum alis ad optatam mentis puritatem properemus».—Alvarez de Paz, *De Inquis. Pacis*, l. I, p. 3, c. 2.

(2) «Estas aguas de deleites interiores, dice conforme a esto San Juan de la Cruz *(Carta* VI; edic. crít. t. 3, p. 83), no nacen de la tierra: hacia el cielo se ha de abrir la boca del *deseo;* vacía de cualquier otra llenura y para que así la boca del apetito, no abreviada ni apretada con ningún bocado de otro gusto, la tenga bien vacía y abierta hacia aquel que dice: *Abre y dilata tu boca, y yo te la henchiré*».

—como cuando dice *(Morada* V, cap. II): "*Queréis* tener esta oración (de quietud), y *tenéis razón*"—sino que los excita de propósito y sin restricciones, al decir *(Vida,* cap. XVIII) que su "intención es *engolosinar las almas* de un bien tan alto".

"¿Qué mejor cosa podemos pedir, pregunta (1), que lo que yo os pido, Señor mío, que me déis esta paz con *beso de vuestra boca?* Esta, hijas, es *altísima petición*". "¿Qué hacemos los religiosos en el monasterio? ¿A qué dejamos el mundo? ¿A qué venimos? ¿En qué mejor nos podemos emplear que hacer aposentos en nuestras almas a nuestro Esposo y llegar a tiempo que le podamos decir que nos dé beso con su boca? Venturosa será la que tal petición hiciere, y cuando venga el Señor no halle su lámpara muerta, y de harto de llamar se torne...

"Porque, cierto, estas cosas no pueden ser nuestras. El *pedir* y el *desear* que nos haga esta merced *podemos*, y aun esto con su ayuda... ¿Pues qué remedio, hijas? Pedir con la Esposa: *Béseme el Señor*, etc..

Tales son, pues, los ardientes deseos de Dios, tan recomendados de los maestros espirituales; porque, como dice el V. Palafox (2): "Los deseos hacen de los pecadores buenos, de los buenos perfectos y de los perfectos santos".

Y así, el Espíritu Santo es quien, para mejor comunicarse a las almas, de continuo los excita y enciende, por lo mismo que sin ellos es imposible llegar a esa íntima unión entrañada en la divina contemplación (3). Por

(1) *Conceptos del amor*, cap. I, II y III.

(2) *Varón de deseos*, Introd.

(3) Paréceme a mi, dice Santa Teresa *(Conceptos del amor de Dios*, c. V), que el Espíritu Santo debe ser medianero entre el alma y Dios, y el que la mueve con tan ardientes deseos, que la hace encender en fuego soberano, que tan cerca está». «Est divina inspectio interior, dice San Bernardo *(In Cánt., Serm.* 31), cum *per seipsum* dignatur invisere Deus animam quaerentem se, quae tamen ad quaerendum toto se desiderio et amore devovit. Et hoc signum istiusmodi adventus ejus, sicut ab eo qui expertus est, edocemur: *Ignis ante ipsum praecedet, et inflammabit in circuitu ejus inimicos ejus.* Oportet namque ut sancti desiderii ardor praeveniat faciem ejus ad omnem animam ad quam ipse est venturus, qui omnem consumat rubiginem vitiorum, et praeparet locum Domino. Et tunc scit anima quoniam juxta est Dominus, cum se senserit illo igne succensam».—«Non enim, advierte San Buenaventura *(Itiner. mentis ad Deum*, Prol. 3), dispositus est aliquo modo ad contemplationes divinas, quae ad mentales ducunt excessus, nisi cum Daniele sit *vir desideriorum*». «Ricardo de San Víctor *(De la gracia de la contemp.* o *Benjamín Mayor)* titula así el cap. X del libro IV: «Con qué *avidez deben* los hombres espirituales *aspirar* a estos dos grados, y *acostumbran* a hacerlo.

El P. Osuna no se cansa en ponderar los bienes que esos santos deseos nos traen (Cf. *Ter. Abeced.*, tr. 11, c. 4-5).

El Card. Brancati de Laurea *(Opusc.* VI, c. XL), no contento con sostener la tesis de que «todos deben aspirar a la contemplación», se lamenta de que tal verdad sea «puesta en duda por muchos cuya cobardía, pereza y apegamiento al mundo les inducen a tachar de presuntuosos tan nobles deseos».

esto Blosio muestra con gran insistencia cómo "todos deben aspirar a la mística unión con Dios... Porque quien ésta lograse encontraría y *sentiría* dentro de sí mismo a Aquél cuya dulce presencia le colmaría de bienes y le llenaría de goces inefables *(Instit. spirit.,* c. I).

Y no es de extrañar que así hablen los grandes maestros, cuando el mismo Apóstol tan encarecidamente lo encargó, diciendo (I *Cor.* 12, 1, 31; 14, 1): "De spiritualibus nollo vos ignorare... *Aemulamini* autem charismata meliora... *Aemulamini spiritualia*, magis autem ut prophetetis„.

En suma: "la contemplación sobrenatural, conforme dice Felipe de la Santísima Trinidad (2.ª p. tr. 3, d. 1, a. 4) y repite Vallgornera (q. 2, d. 6, a. 3), es un bien tan grande, tan excelente y tan provechoso, que sería del todo ridículo suponer que no están obligados a aspirar a ella los que desean llevar una vida virtuosa y adelantar en la senda de la perfección„.

Artículo 3.º—Cómo a todos, sin excepción, nos invita Dios amorosamente a buscar esta celestial sabiduría, y cómo le corresponden sus siervos, y debemos corresponder todos, con ardientes deseos de ella.

Toda la divina Escritura y toda la agiografía y la sagrada Liturgia están llenas de vivos ejemplos y eficaces recomendaciones con que amorosísimamente nos invita el Espíritu Santo a buscar esta mística sabiduría en que están compendiados todos los bienes *(Sap.* 7, 11-14), y con ella la más íntima comunicación con el Dios de todo consuelo.

"Buscad al Señor, dice el Salmista, y confortaos: buscad su cara siempre„ *(Ps.* 104, 4).—"Buscad a Dios, y vivirá vuestra alma„ *(Ps.* 68, 33). "Tu cara buscaré, Señor, pues a Tí habla mi corazón y a Tí se dirigen mis miradas... Una sola cosa pido y busco, y es: habitar siem-

El mismo P. Faber *(Progreso del alma*, c. V) advierte que, aunque el *amor pasivo* no pertenezca de ordinario a los primeros períodos de la vida espiritual, lo menciona, sin embargo, «para que nos avecemos a suspirar por un bien que algún día quizás poseamos. ¡Oh! ¡qué suave gozo el ver que algún día, mediante Dios... hemos de habitar tan cerca de Jesús! El primer efecto que Jesús obra en el alma levantada a esa región sobrenatural, es traspasarla con dardo de amor tan punzante que le quita el gusto de todo lo que no es El, o como suyo. Sucédenos entonces como si nos dotara de nueva naturaleza, tan extraña al miserable mundo en que vivimos, que ni aun respirar en él podemos, como quien está fuera de su elemento propio... Levantad los ojos entre tanto, y mirad tan lejos como podáis, pues aun así no sé si lograreis ver la cima de la montaña donde os aguarda tan gran ventura».

«Síguese que será lícito desear la contemplación y pedirla a Dios para cuando el Señor vea que nos conviene, pues se trata de un medio excelente y encaminado a la perfección cristiana».—Naval, *Ascética y Mística*, n. 191

pre en la casa del Señor, de modo que pueda ver sus delicias... Dirígeme por el camino recto... Tengo confianza de llegar a ver los bienes del Señor.—Espera en El y sufre su tardanza; confórtese tu corazón, y obra varonilmente„ *(Ps.* 26, 4-14). "¡Dios de las virtudes, exclama con insistencia otra vez, muéstranos tu cara, y seremos salvos„ (1). "Como el ciervo desea allegarse a las fuentes de las aguas, así mi alma te desea a Tí, Dios mío. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios fuerte y vivo: ¿Cuándo vendré y compareceré ante El?... Esto he recordado, porque he de pasar adonde está su tabernáculo admirable„ *(Ps.* 41, 2-5).—"Abridme las puertas de la justicia, para que entrando en ellas confiese al Señor; ésta (la de los santos deseos y ferviente oración) es la puerta del Señor, y los justos entrarán por ella„ *(Ps.* 117, 19-20).—"Gustad y ved cuán suave es el Señor; dichoso quien en El confía„ *(Ps.* 33, 9).—"Si hoy oyéreis su voz, no endurezcáis vuestros corazones„ *(Ps.* 94, 8).—"Oiré lo que habla en mí el Señor, mi Dios, porque habla palabras de paz„ *(Ps.* 84, 9) (2).

"Tu nombre, Señor, y tu memorial, exclama Isaías, están en el deseo del alma.—Mi alma te deseó en la noche, y desde la mañana velaré a Tí con mi espíritu de lo íntimo de mi corazón„.—"Buscad al Señor mientras puede ser hallado; invocadlo mientras está cerca„ *(Is.* 26, 8-9; 56, 6) (3).

(1) *Ostende faciem tuam... (Ps.* 79, 4, 8, 20). «Faciei conspectum petit, advierte Alvarez de Paz (T. I, *De incitamentis,* l. I, P. II, c. 20), nec istud praesumptionis est, sed amoris. Licet enim sciat dictum esse a Domino *(Exod.* 33, 20): *Non videbit me homo, et vivet,* non tamen adversus hoc decretum se existimat postulare, cum jam mundo sit mortua... Petit itaque ostensionem divinae faciei... Hoc sine dubio amantium est, et magni amoris indicium. Nec tantum anima mundi rebus exuta videre appetit, sed etiam videri a Domino concupiscit... Cupit ergo anima in hoc statu, tanquam amatrix, praesentiam Dei, cupit etiam et ipso perfrui; ad hoc ergo carnales voluptates abjecit, ut coelestes et divinas acciperet, ad hoc mundi complexus ablegavit, ut Dei complexus experiretur, ad hoc desideria rerum temporalium extinsit, ut sponsi dulcissimi desideriis arderet.»

(2) «Utinam, exclama San Bernardo *(In Cant. Serm.* 8), et mihi aperiat aurem Dominus, et intret ad cor meum sermo veritatis, mundet oculum, et laetae praeparet visioni... Et ut sciam etiam Spiritum Sanctum hunc in animae spirituali profectu ordinem servare, ut videlicet prius formet auditum, quam laetificet visum, *Audi,* inquit, *filia, et vide.* Quid intendis oculum? Aurem para. Videre desideras Christum? Oportet te prius audire illum, audire de eo, ut dicas cum videris *(Ps.* 47): *Sicut audivimus, sic vidimus*».

(3) «Tria ista anima curiosa Dei non cessat inquirere, dice San Bernardo *(Serm. 33 in Cánt.), justitiam, et judicium, et locum habitationis gloriae* Sponsi, tanquam *viam* in qua ambulet, *cautelam* qua ambulet, et ad quam ambulet *mansionem;* de qua mansione sic habes in propheta: *Unam petii,* inquit *(Ps.* 26), *a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in Domo Domini omnibus diebus vitae meae...* Porro de reliquis duobus, *Justitia et judicium,* ait *(Ps.* 88), *praeparatio sedis tuae.*—Merito tria haec mens devota requirit, utpote sedem Dei, et sedis praeparationem... Petit siquidem ab eo quem dili-

Debemos, pues, en vista de esto, y deben todas las almas, "con ansias y en amores inflamadas", a semejanza de la mística Esposa, salir a buscar al divino Amado, que a su vez anda siempre como perdido en busca de ellas; deben preguntar por El a todas las criaturas, que son obras de sus manos, y deben llamarlo e invocarlo con grandes clamores y gemidos que salgan de lo íntimo del corazón, resueltas a dejarlo todo por El. Que así le llaman y le desean los Santos, y le hallan (1).

Daniel (9, 23), por ser *varón de deseos,* mereció ser visitado e instruído por el Arcángel San Gabriel. Y así vemos cómo "el principio de esta disciplina celestial es el ardiente deseo de la sabiduría" *(Sap.* 6, 16).

Busquémosla, pues, con vivas ansias y ardientes deseos, como se busca el más rico tesoro, y como la buscaba el Sabio, el cual para estimularnos con su mismo ejemplo, nos dice *(Sap.* 7, 7-11): *Lo deseé, y me fué dado el sentido* (místico o espiritual con que se sienten las cosas de lo alto); *lo invoqué, y vino sobre mí el Espíritu de la Sabiduría, la cual antepuse a los reinos y a los tronos, teniendo las riquezas por nada en su comparación... Pues su luz es inextinguible, y con ella me vinieron todos los bienes y una indecible honestidad...* (2).

Es, por tanto, incomparablemente más digna de buscarse que todos los tesoros del mundo, puesto que éstos son limitados, mientras ella, prosigue el mismo Sabio, "es un tesoro infinito para los hombres, del cual los que han usado, han sido hechos participantes de la amistad de Dios, recomendables por los dones de la doctrina... Pues *a nadie ama Dios, sino a quien mora con la sabiduría...* Si, pues, se apetecen riquezas en la vida, ¿qué cosa más rica que la sabiduría, que obra todas las co-

git anima sua, indicari sibi *ubi pascat* et *ubi cubet in meridie...* Quis non illic vehementer cupiat pasci et propter pacem, et propter adipem, et propter sacietatem? Nihil ibi formidatur, nihil fastiditur, nihil deficit».

(1) Quien *desea ser visitado* por Vos, Señor, dice Santa Magdalena de Pazzis *(Obras,* 1.ª p., c. XX), debe, ante todo, como María, concebiros por un *deseo ardiente* y cuidadoso, y criaros luego por la perseverancia en el bien. Quien desea elevarse a la cumbre de vuestra unión debe tener una fe tan grande que deje en cierto modo de ser fe para convertirse en *certeza.*—Cuando el alma llega a olvidarse completamente a sí misma, luego es *admitida a la unión divina y confirmada en la fe».*—Cf. San Bernardo, *Serm. 32 in Cánt.;* B.ª Foligno, cap. XXXIII.

(2) «Hanc luminosam sapientiam, advierte San Buenaventura *(De septem donis S. S.,* P. 2, s. 7, s. 4), desideravit qui dicebat *(Sap.* 7, 7): *Invocavi, et venit in me spiritus sapientiae;* et infra: *Proposui pro luce habere illam...* Sapientia pro luce merito habenda est, quia ipsa totum regnum animae dirigit, non solum in contemplandis, sed etiam in agendis... Unde etiam dicit: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa... et innumerabilis honestas per manus illius...* Nam decor et maturitas honestae vitae in luce sapientiae invenitur ab his, qui in regno animae et convivio sapientiae commorantur».

sas?... Y si alguien ama la justicia... ella enseña templanza, y prudencia, y justicia y fortaleza, que es lo más útil que hay en la vida para los hombres...

„Pensando esto entre mí... daba vueltas buscando cómo lograría alcanzarla... Y al ver que no podía ser de otra manera sino dándomela el mismo Dios, puesto que es don suyo, acudí a El y de todo corazón se la pedí, diciendo...: Envíala de tus santos cielos... para que esté conmigo y conmigo trabaje, y así sepa yo lo que es acepto ante Tí„ (1).

Así es como desean y piden los verdaderos sabios y discretos—cuales son los temerosos de Dios—esta divina sabiduría que tantos bienes les trae; y así debemos desearla y pedirla también nosotros, para poder gozar de los mismos bienes, y no vivir como necios, insensatos y enemistados con el mismo Dios, ya que no podemos ser amados de El viviendo de ella alejados (2); mientras que, investigándola, le llenamos de gozo y complacencia (3).

De este modo, pues, los finos amadores de Jesucristo, eterna Sabiduría encarnada, deseando ardientemente vivir en íntima comunicación con El y participar de sus divinos tesoros, y sabiendo muy bien que tales deseos no los pueden satisfacer con solas sus pobres fuerzas e industrias, se ven como obligados a clamar a El día y noche con la mística Esposa *(Cant.* 1, 3), diciéndole: "Tráeme, y correremos en pos de tí al olor de tus aromas„.—Y no cesarán estos clamores hasta que el alma oiga al mismo Amado decir *(Ib.* 2, 10): "Levántate y date prisa, amiga mía (4).

Esta consoladora invitación la hizo ya El por Isaías (55, 1) *a todos* los sedientos, diciéndoles: "Venid a las aguas, y aunque no tengáis dinero, acercáos, que de balde se os darán„. Y luego, por su misma divina boca, la repite y ratifica, añadiendo *(Jn.* 7, 37): "Si alguien tiene sed, venga a Mí y beba... y de su corazón brotarán ríos de agua viva„. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos„. "Venid

(1) Sap. 7, 14, 28; 8, 5, 7, 17-21; 9, 10.

(2) *Timor Domini, principium sapientiae. Sapientiam atque doctrinam stulti despiciunt. Prov.* 1, 7.

(3) *Stude sapientiae, fili mi, et laetifica cor meum. Prov.* 27, 11.

(4) «La eterna Sabiduría, decía el Bto. Susón *(Vida*, cap. IV), se nos presenta en las Sagradas Escrituras como una amante afable y llena de encantos que está deseosa de atraer hacia sí todos los corazones; y así nos muestra cuán engañosos son los otros amores, mientras el suyo es tan firme y tan sincero». Por lo cual, al oir él los reiterados llamamientos que la misma Sabiduría nos hace en los Libros Sapienciales, quedaba tan prendado de ella y tan encendido en deseos de buscarla, que ya no pudo descansar más hasta lograr poseerla y ser de ella lleno y poseído.

a mí todos los que trabajáis y estáis oprimidos, que yo os saciaré...„ *(Mt.* 5, 6; 11, 28). "Yo estoy a la puerta y llamo; si alguien me abriere, entraré a cenar con él„. "Al sediento le daré gratis de beber en la fuente del agua de la vida„ *(Apoc.* 3, 20; 21, 6).

Tal es la dulce voz del Amado que sin cesar llama a la puerta de los corazones, diciendo *(Cánt.* 5, 2): *¡Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía...!*

Y ante tales invitaciones, todas las almas verdaderamente devotas, piadosas y llenas del Espíritu de Dios deben responder con generosidad, repitiendo lo mismo que oyen decir al divino Espíritu y a la santa Esposa. "Mas el Espíritu y la Esposa dicen: *¡Ven!* Y así, el que escucha la voz del Espíritu Santo diga también: *¡Ven!* Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, recibirá gratis el agua de la vida„ *(Apoc.* 22, 17).

¡Ven, ven, Señor Jesús!... ¡Ven, y no tardes más! (1).

Así es cómo responden y se creen obligados a responder todos los cristianos fervorosos y santos, por lo mismo que un tan reiterado e insistente llamamiento no es un simple consejo, es un mandato. Pues "quien presume de permanecer en el Señor, *debe* proceder al modo de El, o como El procedió„ (I *Joan.* 2, 6), que fué siempre bajo la moción del Espíritu Santo, y no de un modo puramente humano, bajo y rastrero, como viven siempre los que se hacen sordos a las santas inspiraciones (2).

"Si, pues, vivimos del Espíritu, debemos proceder en todo según el Espíritu„ *(Gal.*, 5, 25). Así es como quedaremos libres de las esclavitudes de la carne y del mundo *(Ib.*, 16, 18), y triunfando de nuestras pasiones y de los vanos pareceres mundanos, podremos sentir en nosotros mismos lo que Jesucristo, "abundando nuestra caridad, conforme desea el Apóstol *(Phil.* 1, 9-10; 2, 5), en *toda ciencia* y en *todo sentido,* para poder experimentar los dones más excelentes„. Por eso debemos pedir también con él *(Col.* 1, 9-10; 2, 2) "ser llenos del conocimiento de la voluntad divina en *toda sabiduría y entendimiento espiritual,* para proceder dignamente, agradando a Dios

(1) «Adveni ergo, rogamus, et nobis, et in medium nostri consiste, ut te advenire in nostris cordibus *sentiamus*». Oratio Domin. in Ramis, ad benedict. Ram.

(2) «Tu ergo, advierte San Bernardo *(Serm.* 32 *in Cánt.)*, si vocem ejus audis, non jam nescias unde veniat, aut quo vadat, sciens quia a Deo exit et ad cor vadit. Vide autem quomodo *verbum quod egreditur de ore Dei, non revertatur ad eum vacuum, sed prosperetur et faciat omnia ad quae misit illud,* ut dicere possis et tu: *quia gratia Dei in me vacua non fuit.* Felix mens cui Verbum, individuus comes, ubique se affabilem praebet, cujus indesinenter oblectata suavitate facundiae, a carnis molestis et vitiis sese vendicet, omni hora redimento tempus a diebus malis».

en todo, y fructificando en toda suerte de obras buenas...; y para que así, instruídos por la caridad, se consuelen nuestros corazones con todas las riquezas de la plenitud de la inteligencia„.

Y por eso también hemos de procurar por nuestra parte esforzarnos por cumplir fielmente el mandato de "no conformarnos a este siglo, sino reformarnos en la novedad de nuestro sentido cristiano, para poder así experimentar cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta„ *(Rom.* 12, 2). Lo cual se logra precisamente con el don de oración, tan necesario a todos los cristianos para poder orar de continuo y sin intermisión (I *Thes.* 5, 17) y ser lo que deben, y muy en particular para cuantos hacen profesión de vida religiosa (1).

Las diversas formas de esa oración sobrenatural son las verdaderas *puertas de la justicia,* por donde piden entrar, para confesar el Señor, las almas fervorosas, y por las cuales, en realidad, logran al fin entrar todos los *justos (Ps.* 117, 19-20), para gozar del *pleno bien* que desearon y buscaron (2).

El alma verdaderamente cristiana, justa, fervorosa y prendada del amor de Jesucristo, no se contenta, en efecto, con mirarlo como a Salvador y Médico, Pastor, Señor y Maestro, ni aun siquiera con venerarlo como a Padre piadoso, de quien espera tantos regalos y tan gloriosa herencia; sino que, ardiendo en su amor, parece como que olvida todo lo demás y se olvida a sí misma y sus propias conveniencias, y sólo piensa en asemejarse a El, cueste lo que costare, como a modelo acabado de todas las perfecciones, y en complacerle como a Esposo

(1) «*Gratia orationis,* decía San Francisco *(Hist. Minor.,* P. 1, l. 1.º c. 77), viro religioso maxime desideranda est: nullus enim sine ea in Dei servitio fructus sperari potest». «Sine isto studio (orationis), dice San Buenaventura *(De Profec. Relig.,* c. VII), omnis Religio est arida, imperfecta, et ad ruinam promptior».

(2) Desiderium justorum omne bonum est.—*Prov.* 11-3. «Interdum non sustinentes cordis sui teporem ex recordatione donorum praeteritorum, dice S. Lorenzo Justiniano *(Lignum vitae,* tr. 13, *de Orat.* c. 1), gemebundo cordis affectu, voto pii amoris ingeminant, et dicunt *(Ps.* 54): *Quis mihi dabit pennas sicut columbae?*—Utique si hoc *merebimur,* volabimus per orationum frequentiam, et requiescemus in plenitudine Summi Boni per contemplationis studia. His namque exercitiis erigimur de imis ad summa, unde cecidimus evolando. Hujusmodi exhortationibus cuncti qui... quietis cupiunt tenere portum, se provocare non desinant; sed prae omnibus adimplere desudent, qui ...soli Deo vacare decreverunt. Cum enim et saeculi, et carnis oblectamenta repudiaverint, si non per internam delectationem mentem saginaverint, necesse est ut langueant ab arrepto proposito, et solo corpore militent Salvatori: cum revera ipsorum statui congruat in spiritu ambulare, spiritualia intelligere, et spirituali quadam anhelatione Deum et *futura gaudia sentire.* Quis vero attinget haec absque orationis exercitio et contemplationis dono? Munera nempe ista sunt vere quiescentium, et ad Deum ignito amoris desiderio per orationis studia currentium».

dulcísimo, siempre amando y sufriendo y suspirando por El. Así es como, no satisfecha con nada menos, aspira desde luego y sin miramiento alguno a su beso amoroso.

Esto es lo que desde un principio le pide la *Esposa*, que lo es toda alma sedienta de Dios, según advierte San Bernardo (1). Ebria de amor, no se acuerda de pedir salários, como piden los siervos, ni premios, como los más valientes soldados, ni aun pasto abundante de consuelos y doctrinas, como fiel oveja y discípula, ni tampoco la misma riquísima herencia que como hija tiene reservada; no se contenta con los simples dones, por preciosos e inestimables que sean; quiere, sobre todo, al Dador, quiere ser llena de su Espíritu para hacerse un solo espíritu con El. Esto es lo que desde lo íntimo del corazón desean, ansían y piden con gemidos inenarrables todos los fervientes cristianos, como verdaderamente prendados de Cristo y poseídos de su divino Amor: *Béseme*, dicen a una sus almas, sedientas de Dios, como verdaderas esposas de Cristo, *béseme con el beso de su boca*. ¡Mucho aman las que esto piden! (2).

Así amaba y clamaba el mismo San Bernardo, sabiendo muy bien que ese beso no es cosa de poco más o menos, sino el mismísimo íntimo lazo de la mística unión que Dios establece y estrecha con las almas, la plena comunicación de su amoroso Espíritu, con que a la vez se les revelan y muestran el Padre y el Hijo (3).

Piden, pues, las almas un sabrosísimo conocimiento experimental de las tres divinas Personas, que sea ya

(1) *Osculetur*, inquit, *me osculo oris sui*. Quis dicit? *Sponsa*. Quaenam ipsa? *Anima sitiens Deum*... Si servus est, timet a facie domini. Si mercenarius, sperat de manu domini. Si discipulus, aurem parat magistro. Si filius, honorat patrem. Quae vero osculum postulat, amat. Excellit in naturae donis affectio haec amoris... Non immerito *sponsae nomine censetur anima quae amat*... Non petit libertatem, non mercedem, non haereditatem, non denique vel doctrinam, sed osculum. More plane castissimae sponsae, ac sacrum spirantis amorem... An non tibi quasi dicere manifeste videtur: *Quid mihi est in coelo, et a te quid volui super terram?* Amat profecto caste, quae ipsum quem amat; quaerit, non aliud quidquam ipsius... Amat ardenter, quae ita proprio debriatur amore, ut majestatem non cogitet... Ebriane est? Ebria prorsus. Et forte tunc cum ad ista prorrumpit, exierat de cella vinaria, quo se nimirum postmodum introducta gloriatur».—SAN BERNARDO, *Serm. 7 in Cánt.*

(2) «Ves Teótimo, observa San Francisco de Sales *(Amor de Dios*, l. 1.°, c. IX), cómo el alma no pretende, por el primer deseo que expresa, más que una casta unión con su Esposo, como protestando que es el fin único a que aspira y por quien suspira; porque pregunto: ¿Qué otra cosa quiere decir este primer suspiro?: *Béseme con el beso de su boca*. Como si exclamase... ¿Cuándo será que derrame mi alma en su corazón, y que El vierta el suyo en mi alma, y que así dichosamente unidos vivamos inseparables?»

(3) «Non enim, añade *(In Cant. Serm.* 8), exiguum quid aut vile putat osculari ab obsculo, quod non est aliud nisi infundi Spiritu Sancto... Petit ergo audenter dari sibi osculum, hoc est, Spiritum illum in quo sibi et Filius reveletur et Pater».

como un anticipado gusto de la vida eterna y las haga desde ahora para siempre abrasarse en vivas llamas de inextinguible caridad (1).

Esto es lo que tantísimas veces y con tanto ardor pedía San Agustín, como habían pedido San Ignacio, mártir, y San Ambrosio, y seguirán pidiendo y aconsejando pedir todos los grandes Maestros de espíritu, desde San Bernardo hasta San Francisco de Sales, y cuantos lograron poseer las primicias del Espíritu que enseña a orar como conviene y hace suspirar y pedir con gemidos inenarrables lo que más grato es a Dios.

Veamos, para muestra, algunos testimonios y ejemplos:

«Como el alma del justo, dice San Ambrosio *(In Ps.* 118, *Serm.* 6), sea esposa del Verbo, si arde en deseos, y ora sin cesar ni reposar, y toda tiende hacia El, entonces parécele que de repente oye su voz sin verle, y siente íntimamente el olor de su Divinidad, como sucede *con frecuencia* a los que tienen una fe excelente, pues en un instante queda el olfato del alma lleno de una gracia espiritual que le indica la presencia de su Amado y le hace decir: He aquí a quien busco, he aquí a quien deseo».

Así deseaba y clamaba San Agustín, diciendo *(Meditac.,* capítulo XVIII): «Cristo, Dios mío, esperanza mía, dulce amante de los hombres, luz, camino, salud, vida, paz y honor de vuestros siervos...; luz mía verdadera, dulzura mía santa, camino mío derecho..., os pido, suplico y ruego que por Vos camine, a Vos llegue y descanse en Vos, que sois camino, verdad y vida, sin quien ninguno va al Padre; porque ansiosamente os deseo, dulcísimo y hermosísimo Señor... Corra mi alma a abrazarse con Vos, y no se aparte de Vos hasta esconderse en lo retirado y secreto de vuestro divino rostro».

«¡Oh, Esposo mío amantísimo, Jesucristo, amador purísimo, Señor de todas las criaturas!—exclama el V. Kempis (l. 3, cap. XXI).—¿Quién me dará alas de verdadera libertad para volar y descansar en Tí? ¡Oh! ¿Cuándo me será concedido ocuparme de Tí cumplidamente y sentir cuán suave eres, Dios mío? ¿Cuándo me recogeré del todo en Tí, que ni me sienta a mí por tu amor, sino a Tí solo, sobre todo sentido y manera y de un modo no manifiesto a todos?... No callaré ni cesaré de clamar hasta que tu gracia vuelva a mí, y me hables interior-

(1) «Trinae ergo hujus agnitionis infundi sibi gratiam, quantum quidem capi in carne mortali potest, sponsa petit, cum osculum petit. Petit autem a Filio, quia Filii est cui voluerit revelare. Revelat ergo Filius seipsum cui vult, revelat et Patrem. Revelat autem sine dubio per osculum, hoc est per Spiritum Sanctum, Apostolo teste, qui ait: *Nobis autem revelavit Deus per Spiritum suum*. At vero dando Spiritum per quem revelat, etiam ipsum revelat. Dando revelat, et revelando dat. Porro revelatio quae per Spiritum Sanctum fit, non solum illustrat ad agnitionem, sed etiam accendit ad amorem... Doctrina Spiritus non curiositatem acuit, sed caritatem accendit».—SAN BERNARDO, *In Cant. Serm.* 8.

mente».—«¡Oh, si me encendieses todo con tu presencia y me abrasases y transformases en Tí, para que, por la gracia de la unión interior y por la licuefación de un amor encendido me hiciese un espíritu contigo! *(Ib.* l. 4, c. 16).»

Cuando el alma santa así suspira tan ardientemente por el divino Esposo, escribe Enrique Harphio (1), «tunc Pater misericordiarum qui tribuit omnibus abundanter, et non improperat, dulciter se inclinat ut osculum conferat, id est, immediatam suam ignotam praesentiam ad amandum proflua prodigalitate funditus exponat. Ac anima illico suspensis susurriis, et desideriis universis, os suum, nudam scilicet et simplicem suam praesentiam, in Deum proclinat amorosa quadam profundatione sui ipsius, ibique se invicem osculantur Deus et anima; quoniam ipsa, sine medio, Deo conjungitur in unitatem amoris, et feliciter deificatur».

Así, estos grandes y altos deseos, estas nobles aspiraciones a lo mejor y más excelente, muy lejos de ofender al Señor, como si fueran presuntuosos, lo ensalzan sobremanera, pregonando su infinita largueza y misericordia, conforme a lo que dice el Salmista (63, 8): *Accedet homo ac cor altum, et exaltabitur Deus* (2).

Por eso la Santa Madre Iglesia desea y pide que *todos* tengan esta ardiente sed de Dios vivo, diciendo en una solemne *Oración* del Sábado Santo: *Omnes ad te fontem vitae sitiamus!*

Así aconsejan, pues, la prudencia santa y la divina Sabiduría, por más que la prudencia carnal y la sabiduría mundana sugieran otras cosas.

"O Sapientia—clamaremos, por tanto, con la misma Iglesia *(Aña.* XVII Decemb.)—quae ex ore Altissimi prodiisti, attingens a fine usque ad finem fortiter, suaviterque disponens omnia: veni ad docendum nos *viam prudentiae*„. (3).

Mas lo que la Iglesia aconseja y desea, y hacen los Santos y los cristianos perfectos, deben procurar hacer

(1) *De Mystica Theol.*, l. 3, part. 3, c. XXIII.

(2) «Non autem locorum spatio, non altitudine, seu longitudine dilatatur cor, sed desideriis. Si parum diligit, si desideriorum magnitudine non accenditur, angustum est, et ad suscipiendum Verbum minus dignum. Quomodo dignum est Verbo, cum non toto affectu diligat?»—S. Lorenzo Justiniano, *De casto connubio,* c. 13.

«Quaeque anima, quae Verbum in se suscipere concupiscit, amoris desideriis quantum valet, se dilatare non negligat... Suscepturus igitur quisque Verbum in cordis habitaculo illud amoris dilatet desideriis, mundet a maculis delictorum, ornetque decore virtutum; alioquin Sponsum Verbum fugabit a se». id. *ibid.*

(3) En la Oración de Epifanía pide que se nos manifieste mediante la luz de la contemplación, como se manifestó mediante la estrella a los Magos: «*...Ut, qui jam te ex fide cognovimus, usque ad contemplandam speciem tuae celsitudinis perducamur*».

por su parte y como mejor puedan, para así lograr ser lo que deben, todos los demás cristianos que presumen de tales (1). Nadie está dispensado de estas santas y nobles aspiraciones, por lo mismo que nadie está excluído de las correspondientes invitaciones, y todos estamos obligados a corresponder bien a ellas para lograr ser perfectos como nuestro Padre Celestial, y no hacer que vuelvan a El vacías esas divinas palabras de su boca con que tantas veces nos llama.

Así es como todos, aun los mismos principiantes, deben aspirar incesantemente a la más íntima unión y comunicación con Dios, so pena de perder por su culpa y descuido inestimables bienes.

«Los hombres que tienen pocos deseos, dice Ruysbroeck (2), no llegan a adherirse fuertemente a la esencia divina y quedar allí *suspensos*. No reciben el rayo divino, ni el contacto de la esencia que está sobre todas las maneras de ser... No pueden sumergirse en aquel abismo donde el alma se pierde».

Mas a los que tienen un ardentísimo deseo de ver a Cristo, añade (3), y, a semejanza de Zaqueo, se remontan cuanto pueden en el árbol de la fe, a esos se les hace encontradizo con todos sus dones.

«¡Oh, Sabiduría eterna!, exclamaba el Bto. Susón *(Eterna Sabid.* c., VII), qué amor me habéis mostrado al decir de Vos misma *(Eccli.* 24, 25-27): *Venid a Mí todos los que con ardor me deseáis, y llenaré vuestro corazón de mis fructificaciones. Yo soy la madre del amor hermoso; mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y el panal*... ¡Oh, dulce Señor! Os mostráis tan tierno y tan amable, que todos los corazones deberían desearos y suspirar por vuestro amor... Por éste suspira mi corazón, y éste desea mi alma. ¡Dignaos hablarme de él!...—«Yo soy el bien incomprensible «e inefable... Y Yo salgo al encuentro a los que me buscan, y recibo «gozoso a los que desean poseerme» (4).

(1) «*¡Oh, Jesús! exclamaba Gemma Galgani (Estasi,* XXV), ¡ten piedad de mí!... Soy un fruto de tu Pasión... ¡Oh, quién me dará las alas de águila, quién me dará las alas de paloma para volarme a Tí! Dámelas Tú, ¡oh Jesús!, las alas de la contemplación... Rompe estas cadenas que me impiden volar a Tí».

(2) *Libro de los amantes de Dios,* c. XXX.

(3) *Ornato de las bodas,* l. 1, c. XXVI.

(4) «Aunque esta unión—observa el P. La Puente *(Meditaciones,* 5.ª P., Introd), es *propia de los varones perfectos,* pero *todos han de aspirar a ella,* y tienen en ella no pequeña parte aunque sean de los principiantes... Hay dos modos de conocer a Dios, uno especulativo... otro práctico y experimental, que procede del supremo don del E. S. que llamamos sabiduría, o ciencia sabrosa de Dios..., el cual se funda en las maravillosas *experiencias que sentimos* dentro de nuestras almas, por las ilustraciones celestiales y por los efectos y dulzuras de la caridad y amor de Dios... En virtud de este soberano conocimiento quedaremos llenos de la plenitud de Dios, transformados en El por *unión perfecta*... Por lo cual dijo Santo Tomás (2-2, q. 9, a. 3, ad 3), que era lícito desear conocer a Dios de esta manera, y *tener experiencia* de su

Así, pues, «a todos conviene mucho, según advierte Santa Teresa (*Vida*, cap. XIII), no apocar los deseos, sino creer de Dios que si nos esforzamos un poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que si ellos no se determinaran a desearlo y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado. Quiere su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí, y *no he visto ninguna de éstas que quede baja en este camino*, y ninguna alma cobarde, aun con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que éstos otros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino *animarse a grandes cosas*... Creo el demonio hace mucho daño, para no ir muy adelante gente que tiene oración, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos y querer imitar a los Santos».

«Querría dar voces, añade en su *Relación* a San Pedro Alcántara, y dar a entender a todos lo que les va en no se contentar con cosas pocas, y cuánto bien hay que nos dará Dios en *disponiéndonos* nosotros».

«Siendo nosotros hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, estanos, dice Gerson, y repite Rodríguez (Tr. 1.º, c. VIII), nuestro Padre celestial exhortando y animando a la perfección. Hijos míos, no os contentéis con una vida común: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*. Mirad a la generosidad y perfección de vuestro Padre, y haced como hijos de quien sois: *Para que se os eche de ver que sois hijos de vuestro Padre, que está en los Cielos (Mt.* V), mirad el ejemplo de vuestros hermanos. Si queréis poner los ojos en vuestro hermano mayor, que es Jesucristo, El es el que honró todo vuestro linaje, aunque le costó su sangre y su vida... Y si os deslumbra tan alto ejemplo, poned los ojos en los demás hermanos vuestros, tan flacos como vos..., que para eso la Iglesia nos pone delante el ejemplo de los Santos... Procurad imitarlos, no seáis vos deshonra de vuestro linaje... El que con todo eso no se anima a hacer obras de valor, sino que se contenta con una vida ordinaria y común, ¿no es claro que, cuanto es de su parte, dará descontento y enojo al mismo Dios, que es nuestro Padre, y mal ejemplo a sus hermanos, y que merece que el Padre celestial no le conozca por hijo, y que los hermanos no le conozcan por hermano?»

«Habiendo recibido en el Bautismo las primicias del Espíritu, debemos, observa muy bien a este propósito la Abadesa de Solesmes (1), aspirar incesantemente al completo desarrollo espiritual, y no limitar nuestros deseos en el orden sobrenatural, así como en el natural nadie se contenta con llegar a la infancia o a la adolescencia. Debemos,

bondad y voluntad buena, agradable y perfecta, para no desviarse un punto de ella... Las meditaciones (de la vía unitiva) van encaminadas al primer conocimiento de Dios, *para alcanzar el segundo* y *gozar de la unión* con su infinita bondad y voluntad».

(1) *La Vie spirituelle*, c. 2-3.

pues, desear siempre llegar a la plenitud de esta vida superior cuyo príncipio poseemos *(Gal.* 5, 25)... Aspirar al más alto grado de la vida espiritual, que es la unión, es la condición normal para todos los cristianos, y, sobre todo, para los religiosos» (1).

Y con más razón, podemos añadir, para los sacerdotes, que deben ser ya maestros de espíritu, como otros Cristos que son (2).

Teniendo, pues, como tenemos, el deber imperioso de aspirar a grandes cosas (I *Cor.* 12, 31), y medios de conseguirlas, no te contentes, dice el P. Osuna (tr. 6, c. V), "con ser toda tu vida principiante, lo cual es de hombres rudos o descorazonados que no tienen aviso en sus cosas, y los cuales aprenden siempre y nunca acaban de llegar a la sciencia de la verdad, y son como aquel del cual se dice *(Luc.* 14): *Este hombre comenzó a edificar e no pudo acabar*... Tú, hermano, si quieres edificar para tu ánima la casa del recogimiento, ten este intento, que te aprovechará mucho, e sea que pienses de salir con ello... Pues que tú quieres aprender el recogimiento, sea para salir recogido, no en baja significación del nombre, sino en los grados y maneras más estrechas que viste; e si pudieres tanto recogerte que subas a la estrecha *cumbre del monte, gustando cosas altas,* piensa que en el monte de Betel, que quiere decir casa de Dios, hay muchas mansiones, y que la más baja de todas es la tuya. La manera con que alcanzarás la ejecución de este ejercicio. según tu deseo, es usándolo".

Mas con ser tan cierto que el reino de Dios es para

(1) «Si eres religioso, según dice el Gerson, eres *obligado* de entender en alcanzar la holganza de la contemplación, aunque apenas en fin de tu vida la puedas comprehender, porque aquesto requiere tu estado». G. DE CISNEROS, *Ejercitatorio,* c. LXIX.

«Todo religioso, advierte el V. Juan de Saint-Samson *(Maximes*, c. XX), debería saber por experiencia lo que Dios puede hacer con sus divinas irradiaciones en el espíritu».

«Como Nuestro Señor dé a cada uno la gracia de su vocación, para que pueda llegar al fin de ella, no negará el don de su trato familiar al que llamó para el estado y modo de vida en que se dedica a pretenderlo» (L. PUENTE, *Guía espiritual*, tr. 1.º, c. IV, § 1.º)

(2) «¡Ah, si comprendieran mis sacerdotes—decía poco ha Nuestro Señor a un alma confidente suya—el vehementísimo deseo que tengo de unirme a cada uno de ellos!... Muy contados son los que llegan al grado de unión que mi Corazón les tiene preparado en la tierra... Y ¿qué hacer para alcanzarlo? —Recoger sus afectos y concentrarlos sn Mí, que estoy allí en lo más íntimo de su alma. ¡Ah!, diles a todos... lo mucho que los amo; suplícales que escuchen... mi tierno ruego para que desciendan al fondo de su alma, para que se identifiquen allí en cierto modo conmigo... Y entonces ¡qué ricas bendiciones les prometo!... Acudan con entera confianza a mi Madre, que lo es también suya... Ella... posee el secreto de esa maravillosa unión».—*Mensaje del Sagrado Corazón*, hallado entre los papeles de un religioso Marista, y que parece comunicado a un alma muy privilegiada, publicado en 1910 con las licencias de Roma y de Namur.

los esforzados y animosos (*Mt.* 11, 12), es tan frecuente incurrir en el fatal extremo de la timidez, que por ahí pecan a veces hasta los mismos que en teoría reconocen, como el P. Rodríguez, no ya la necesidad de aspirar a grandes cosas para lograr siquiera las pequeñas, sino aun la seguridad que tenemos de recibir a su tiempo la visita de Dios (que vendrá a hacer en un día lo que no podríamos en muchos años), si de ella no nos hacemos indignos por nuestra infidelidad y poca perseverancia. Y, sin embargo, de tal modo exageran los peligros que pudiera haber de vanidad o de "ociosidad", que en la práctica querrían que todo fuera trabajar con las potencias, sin dejar nada para ese reposo divino, al cual no ignoran que somos todos invitados. Pues aunque dicen que *ya nos vendrá*, como viene a los perfectos, esa visita de lo alto, si entre tanto hacemos lo que podamos, quieren que, aun cuando ya haya *venido*, y con nuestros esfuerzos no se pueda más, con todo se hagan imposibles.

Contra este abuso y engaño no cesan de protestar a una los grandes Maestros de espíritu. Resumiendo las enseñanzas de todos ellos, el famoso *Tratado de la oración y meditación* que corre con el nombre y goza de la autoridad de San Pedro de Alcántara (1), dice así (1.ª p., cap. XII, § 8): "El último y más *principal aviso* sea que procuremos en este santo ejercicio de *juntar* en uno *la meditación con la contemplación*, haciendo de la una *escalón para subir a la otra*... De aquí se infiere una cosa muy común, que enseñan *todos los maestros* de la vida espiritual (aunque *poco entendida* de los que la leen), conviene a saber: que así como alcanzado el fin, cesan los medios; como tomado el puerto, cesa la navegación; así, cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación, llegase al reposo de la contemplación, debe por entonces cesar de aquella trabajosa y piadosa inquisición y, contento con una simple vista y memoria de Dios, como si le tuviese presente, gozar de aquel afecto que se le da... Y debe luego dejar todos los discursos y pensamientos, por muy altos que parezcan, no porque sean malos, sino porque entonces son impeditivos de otro bien mayor, que no es otra cosa que cesar el movimiento llegado al término y dejar la meditación por amor de la contemplación... En este tiempo, pues, deseche el hombre todas las imaginaciones que se le ofrecieren..., no

(1) En realidad su verdadero autor es el V. Granada, de quien está tomado, como puede verse en la edición crítica hecha por el P. Cuervo, tomo X, pág. 501. Madrid, 1906.

especulando por entonces cosas particulares de Dios; conténtese con el conocimiento que de él se tiene por fe y aplique la voluntad y el amor... Enciérrese dentro de sí mismo en el centro de su ánima... Y esté atento, como quien escucha... Y aun de sí mismo y de lo que hace se había de olvidar; porque, como decía uno de aquellos Padres, aquella es perfecta oración donde el que está orando no se acuerda que está orando„.

El mismo Santo Tomás (1), contra su habitual suavidad y moderación, reprende ásperamente, como a *ciegos* y *necios*, a los que pasan la vida buscando a Dios con las consideraciones y aspiraciones sin tratar de *gozarlo* como a su verdadera posesión y bien que tienen en sus corazones mismos. Y así, por andar siempre buscándolo sin hallarle y gozarle, permanecen siempre *imperfectos*. "In hac vita, dice, *continue deberemus frui Deo* tamquam re *plenissime propria*... Ad hoc enim, teste Isaía, Filius Dei datus est nobis proprie ad fruendum„.

"Anduve errante como una oveja perdida, se lamentaba conforme a esto San Agustín *(Soliloq.* c. XXXI), y me fatigué mucho buscándoos fuera de mí, siendo así que habitáis dentro de mí como yo tenga deseo de Vos... (2). Tarde os amé, hermosura tan antigua y tan nueva, muy tarde os amé... Vos estábais conmigo, y yo no estaba con Vos„.

"¡Ay de aquellos ojos tan ciegos que no os ven, siendo Vos el sol que ilumina el cielo y la tierra! ¡Ay de los ojos tan enfermos y flacos que no pueden ver vuestro resplandor„ (3).

Artículo 4.º—Cuánto importan los ardientes deseos de Dios, por ser ya un principio o presagio de oración infusa, y cómo se deben agradecer y aprovechar las visitas divinas.

Estos vivos y encendidos deseos de Dios,—como excitados y provocados que están "sobrenaturalmente„, a manera de *instintos divinos*, por aquel soberano Espíritu que *secundum Deum postulat pro sanctis*, enseñándonos a orar como conviene y pidiendo por nosotros y en nosotros con gemidos inenarrables *(Rom.* 8, 26, 27)—, no

(1) O quien sea el autor del *Opusc.* 63, *De Beatitud.* (c. III, *in fine)*, a él atribuído.

(2) *Erraverunt in solitudine, in inaquoso, viam civitatis habitaculi non invenerunt. Esurientes et sitientes, anima eorum in ipsis defecit (Ps.* 106). —«Longe enim a se scrutati sunt, observa a este propósito San Lorenzo Justiniano *(De casto Connubio*, c. 13), quod in se ipsis quaerere debuerunt... Est enim cor hominis Verbi receptáculum, ad quod gratenter se, ut inhabitet, declinat».

(3) *Ibid.* c. XXXIV. Cf. Santa Teresa, *Camino*, cap. XXVIII.

pueden menos de ser ya un verdadero *comienzo,* o a lo menos un feliz presagio, de vida verdaderamente *espiritual* o *mística;* puesto que hacen *sentir* de algún modo las cosas del espíritu y *gustar* las primeras dulzuras de la divina Sabiduría.

Tales deseos y gemidos vienen a producir, en efecto, la que suele llamarse *oración afectiva;* la cual no está en nuestra mano tenerla, pero con todo eso suele ser *alcanzada* después de más o menos tiempo de oración discursiva, o sea de meditación, y constituye, según los mejores Maestros, como un intermedio entre ella y la manifiesta contemplación sobrenatural, participando en alguna manera de ambas (1).

De ahí que esos tan ardientes deseos facilísimamente conduzcan a la divina contemplación, o la alcancen, porque en realidad son ya más bien que un presagio, una verdadera anticipación de esa amable Sabiduría que así sale al encuentro a cuantos con fervientes ansias y amores la buscan *(Sap.* 6, 13-17).

«El ánima que desta manera anda, advierte el V. Granada *(Memorial,* tr. 7, c. 3, § 1), como cierva herida con la saeta deste amor; la que arde e hierve con este deseo, porque ha recibido ya las primicias y arras del E. S., y gustado ya con el paladar purgado y limpio una gota de aquella inefable suavidad y bondad de Dios; está tal por ninguna vía puede reposar hasta llegar a la fuente de aquella agua de vida que ya probó... Desta manera nos manda el Señor que busquemos, y nos promete que alcanzaremos, en aquellas palabras que dice *(Luc.* 11): *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han...* No quiere el Señor que se hagan viles sus dones con la facilidad de alcanzarlos. Un tan precioso tesoro... pide un codicioso amador y un avariento negociador... Pues el que desta manera buscare, *tenga por cierto que hallará.* Mas el que caresciere de la flor deste deseo, también carescerá deste tan dulce fruto» (2).

«No se dan joyas ni perlas,—decía en un éxtasis (13 Oct. 1553) de parte del Salvador Santa Catalina de Ricci—, a quien no conoce su valor. Ni Yo concedo tampoco mis dones y favores a quienes no saben apreciarlos. No los doy sino a las almas que los buscan hasta hacerse importunas pidiéndolos noche y día a fuerza de suspiros y lágrimas».

Así, «la primera cosa que ayuda para alcanzar este gran bien—según añade en otro lugar el V. Granada *(De la Devoción,* c. 2), es

(1) Cf. Card. Bona, *Via compendii ad Deum,* c. 7; Nouet, *Introd. a la vie d'oraison,* l. 3, entr. 1; Alvarez de Paz, t. 3, l. 1, P. 3, c. 6; l. 4, P. 3, c. 7.

(2) El tratado *De septem itineribus aeternitatis,* atribuído a San Buenaventura, invita a todos diciendo *(de 3.° itin.* D. 7): «Veni ad interiores theorias mysticae contemplationis, tamquam ad interiora deserti, ubi jam apparent flores, idest splendores coelestis sapientiae, qui tibi apparent in contemplatione clara, qui prius te latebant in prima desideriorum extensione».

«Cualquiera que tiene oración, advierte Molina *(De la Orac.,* tr. 2, c. 6, § 3), debe concebir un ánimo y deseo generoso y una determinación grande de hacer cuanto en sí fuere y no cansarse hasta alcanzar esta merced de Dios, el cual está aparejado a darla *a todos los que se dispusieren».*

un grande y cuidadoso deseo de alcanzarlo, según que expresamente lo dice el Sabio por estas palabras *(Sap.* 6): «El principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo della».—Y poco antes, hablando deste mesmo deseo y cuidado, dice así: «Clara es, y »nunca se marchita la flor de la sabiduría: y fácilmente se deja ver de »los que la aman, y hallar de los que la buscan. Ella mesma se ade»lanta y previene a los que de veras la desean para mostrárseles pri»mero. Porque ella se tiene cuidado de andar por todas partes bus»cando a los que son merecedores de ella, y se les muestra con alegre »rostro en el camino; y con todo cuidado y providencia les sale a re«cibir»... Víspera de hallar a Dios es el buscarle; y ya tiene recibidas las primicias del E. S. quien le busca con este deseo... Y cuanto más la grandeza del deseo te hiciere cuidadoso y temeroso, tanto debes estar más seguro, entendiendo que tras desas flores vendrán los frutos, y que ya tiene Dios el uno de los pies dentro del ánima, cuando le ha dado deseos vivos de su presencia».

Y teniéndolo así lo gozará ya algún tanto con la misma devota consideración y meditación de sus infinitas maravillas; y luego más dulcemente con los sentimientos que poco a poco le va inspirando el don de temor, que es ya principio de la mística sabiduría y como la primera morada interior, donde el Señor empieza a introducir a las almas ya bien dispuestas, para enseñarlas por Sí mismo, y hacerles gustar de su dulce amor.—De ahí que, siendo ellas fieles y constantes, vengan poco después a sentir las ternuras, dulzuras e ilustraciones propias del don de piedad, y las luces y refrigerios del de ciencia; y así irán entrando por orden en las demás moradas o bodegas interiores, que tienen cada cual su vino delicioso, su maná escondido y su secreto de amor (1).

«¡Qué dichosos seríamos, exclama el P. Nouet *(Introd. a la vie d'oraison*, l. 4, entr. 15), si pudiéramos una vez entrar hasta el tercer gabinete de que habla San Bernardo! *(Serm.* 23 *in Cant.)*... Hay, dice, diversos gabinetes donde el Esposo hace sentir su presencia, según el beneplácito de su Padre; El es quien nos escoge y nos pone en el lugar y grado que le place: hay diversas moradas en su casa, y en cada una de ellas el alma allí admitida puede decir: *Mi secreto es para mí*... Hay un lugar en que el Esposo ordena y dispone todas las cosas, dando leyes a sus criaturas... Hay otro donde la justicia venga-

(1) Por esta razón San Buenaventura en su hermoso tratado *De Septem donis*, explica en cada uno de ellos estas dos cosas: «Qualiter per hoc donum dies spiritualis in anima oriatur»—y «quale convivium per hoc donum animae praeparetur».—Así, tratando del de piedad *(ib.* P. 2, sect. 2, c. II), se expresa en esta forma: «Videndum est qualiter per donum pietatis in regno animae dies spiritualis oriatur, proficiat et consummetur. De quo notandum est, quod, sicut dicit Gregorius in *Moralibus*, «dies uniuscujusque doni est sua illuminatio». Ipsa enim dona, *lumina sunt*. Cujus ratio est, quia ille donatur in eis, qui est sol infiniti splendoris, et ardoris, scilicet Spiritus Sanctus. Cum igitur elevatio solis corporalis super terram faciat diem corporalem, in qua oportet operari opera corporalia corpori necessaria, cur non multo magis praesentia Solis aeterni, scilicet Spiritus Sanctus, in mente humana causat diem spiritualem, in qua oportet operari opera spiritualia necessaria spiritui?»

dora del Dios terrible en sus juicios sobre los hijos de los hombres, vela para castigar... Y sin embargo es un lugar donde Dios se halla:... ahí es donde reina su temor y donde su nombre se muestra santo y terrible. Es como la entrada de su gloria, pues el temor de Dios es el principio de la sabiduría. Y en verdad, entonces es cuando el alma *empieza a gustar a Dios, cuando El le imprime el temor.* Temed el poder de Dios, temed su justicia, y lo gustaréis como justo y omnipotente. Pues el temor de Dios es ya cierto gusto de Dios, que hace al hombre cuerdo, así como la ciencia le hace entendido... La diferencia entre este lugar y el primero está en que el primero nos acerca a la sabiduría (mediante la consideración de las obras de Dios) y el segundo nos introduce en ella (mediante la luz infusa). En uno está como maestro, en el otro como juez... Pero hay un tercer lugar donde se muestra como Esposo, y ahí es donde reina la tranquilidad... Aquí es donde se ve la misericordia de Dios sobre los que le temen... ¡Oh Señor, concededme muchas veces una tan saludable visita, a fin de que pueda ver los bienes que a vuestros escogidos hacéis».

Y estas inestimables visitas del Señor, que tanto bien tienden a hacernos y que nos permiten ya tratar *familiarmente* con El, pueden en algún modo tenerse en toda oración *devota,* y en realidad se tienen, aunque apenas se adviertan, cuando esa oración sea del todo *fervorosa;* ya que este fervor lo sentimos y gozamos cuando El nos lo da, y no cuando nosotros lo queramos y procuremos. Ese ardor, dice San Bernando *(in Cant. Serm.* 31), es la señal de la presencia del Señor; quien de este modo viene a encendernos más y más en su amor y a mostrarnos la complacencia que tiene en vernos conversar así afectuosamente con El.

La verdadera oración, decía San Francisco de Sales, «es cierto trato y conversación del alma con Dios: por medio de ella hablamos a Dios y Dios, recíprocamente, *nos habla* a nosotros; aspiramos a El y en El *respiramos*, y El mutuamente *inspira* en nosotros y respira sobre nosotros».

Así es como en la devota oración se enciende el fuego del amor divino.—«Amorem Dei in homine ex gratia genitum, advierte la famosa *Epístola ad Fratres de Monte Dei*, lactat lectio, meditatio pascit, oratio *confortat* et *illuminat*... Oratio vero est hominis Deo adhaerentis *affectio* et *familiaritas* quaedam, et pia allocutio, et statio *illuminatae mentis ad fruendum* quandiu licet».

«*El trato familiar de la oración*, observa conforme a esto el Padre La Puente *(Guia esp.* tr. 1, c. 20), es coloquio y razonamiento entre Dios y el alma, trabando los dos amigable conversación, y la buena dicha del alma está en que Dios le hable al corazón; porque, como dice David *(Ps.* 84, 9), cuando habla dentro de nosotros, todo lo que dice es paz, justicia y santidad, para el pueblo de nuestras potencias. Y su *costumbre es hablar a los que le oyen...;* y tiene conversación con el sencillo; responde a lo que le pregunta, y pregúntale para que le responda... Por consiguiente las hablas de Dios no interrumpen la oración, antes la enfervorizan y ayudan a que prosiga... Y de ahí es que en la oración no hemos de ser tan importunos en hablar, que no paremos un rato, como quien escucha y oye lo que Dios

puede decirle e inspirarle... Porque suele Dios hablar de muchas maneras: exhortando, enseñando, consolando y reprendiendo; y siempre he de estar alerta para ver lo que me dice y cómo tengo de responderle, aprovechándome de su enseñanza, alentándome con su consuelo y aceptando su corrección... Así las visitas de Dios tienen por fin ayudarnos y alentarnos en estos ejercicios (de mortificación y oración), y premiarnos el cuidado que ponemos en ellos; de modo que alcancemos la divina unión y perfección que deseamos... Vuelve, pues, sobre tí y clama a Dios con David *(Ps.* 105, 4-5; 79, 15-16): «Acuérdate, Señor, de mí: visítame en tu salud... Mírame desde tu alto cielo; visita a esta tu viña, y perfecciónala, pues la plantó tu mano derecha». «Este es, añade *(ib.* § 2), el fin con que has de pedir las visitas de Dios y las gracias que de ellas proceden: no por la dulzura que traen, sino para que el mismo Dios sea glorificado en ellas, y tú quedes alentado a trabajar, haciéndote *digno* de recibir otras mucho mayores para servirle más con ellas».

Así, lo que importa, es aprovechar bien estas santas inspiraciones, mociones y demás favores y visitas que el Señor nos haga, procurando con toda diligencia que no se malogren o resulten vanas unas gracias tan preciosas. Mas para sacar de ellas el debido fruto y lograr así que vengan a ser más frecuentes, es preciso ante todo disponerse muy bien para recibirlas, preparando al Señor, con gran pureza de corazón y con grandes deseos de El, una morada de su gusto (1); y luego velar con toda atención y cuidado para que, cuando se presenten—que sí se presentarán si nos hacemos dignos (2)—, en vez de dejarlas pasar en vano y perder tan feliz ocasión por hacernos sordos e insensibles—nos apresuremos a recibirlas con amor y gratitud, procurando, por nuestra parte, secundarlas y utilizarlas cuanto podamos (3).

(1) «Tu ergo qui haec audis vel legis, advierte San Bernardo *(Serm.* 71 *in Cant.)*, cura habere lilia penes te, si vis habere hunc habitatorem liliorum habitantem in te. Opus tuum, studium tuum, desiderium tuum, lilia esse protestentur moralis quidam rerum ipsarum candor atque odor. Habent et mores colores suos, habent et odores... Et fortasis hoc est quod dicitur *pasci inter lilia,* candore et odore virtutum delectari... Ita ergo et cum pascit pascitur, et pascitur cum pascit, simul nos suo gaudio spirituali reficiens, et de nostro aeque spirituali profectu gaudens».

(2) Sobre las palabras: *Ad eum veniemus,* con que Nuestro Señor promete visitar a los que le aman, dice San Buenaventura *(De 7 donis S. S.,* P. 2, sect. 5, c. IV): «Veniet ad nos Pater visitando memoriam, et excitando ad operandum; Verbum Patris illuminando intellectum, seu intelligentiam, *ad clare contemplandum;* Spiritus Sanctus, voluntatem inflammando ad *dulciter amandum.*—Mansionem autem faciunt apud nos... De hac mansione in *Proverbiis* (8, 31) dicitur: *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* Tunc *(Eccli.* 43, 4) *in meridiano exurit* terram *Sol* divinus».

(3) «Quando Spiritus S. veniat, vel quando vadat, advierte San Bernardo *(Serm.* 17 *in Cant.),* id plane periculosissime ignoratur. Cum enim hae Spiritus Sancti circa nos dispensatoriae quidem vicissitudines vigilantissime non observantur, fiet ut nec absentem desideres, nec praesentem glorifices. Nempe qui idcirco recedit, ut avidius requiratur, quonam modo, si abesse nescitur, requiritur? Et rursum, qui dignanter ad hoc redit, ut consoletur, qualitur digne pro sua majestate suscipitur, si nec adesse sentitur? Mens ergo,

«Dichosa el alma, exclamaba el V. Kempis (L. 3, c. 1), que oye al Señor hablándola interiormente, y de su boca recibe palabras de consolación.—Dichosos los oídos que perciben las sutiles inspiraciones divinas, y no hacen caso de los ruídos mundanos.—Dichosos ciertamente si no escuchan las voces de afuera, sino la verdad que enseña adentro. Dichosos los ojos que están cerrados a las cosas exteriores y muy atentos a las interiores. Dichosos los que penetran estas interiores y con sus ejercicios cuotidianos procuran prepararse más y más a recibir los secretos celestiales... Considera bien esto, oh, alma mía, y cierra las puertas de tu sensualidad, para que puedas oir lo que te habla el Señor tu Dios».

Por esta voz consoladora suspiraron desde un principio, y cada vez más (*Apoc.* 22, 17), todos los verdaderos Santos y amantes de Dios, sabiendo que El solo puede remediarnos y saciar nuestros corazones, y que con sólo su presencia quedarán llenos de todos los bienes. Suspiran por El, porque lo aman de veras y en El confían y porque saben cuanto quiere El ser amado y deseado, esperado, invocado y ansiosamente llamado de todos sus siervos (1).

«Estas visitas divinas, dice Fr. Juan de los Angeles (*Vida perfecta*, diál. 2, § 9), aunque de gracia se hacen, hánse de desear con grandes ansias y deseos del corazón. Hásele de pedir al Esposo que baje a su huerto y coja de la fruta de sus frutales. Y principalmente se ha de labrar con grandísima vigilancia y cuidado el ánima con el ejercicio de las preciosas virtudes».

En prueba de lo cual cita estas palabras de Ricardo de San Víctor

quae ignorat abscessum, patet seductioni: et quae reditum non observat, erit ingrata visitationi... Vigilandum proinde, et vigilandum omni hora; quia nescimus qua hora Spiritus venturus sit, seu interum abiturus».

(1) «Illorum—veterum sanctorum—desiderium flagrans et piae expectationis affectum, añade el doctor Melífluo (*Serm. 2 in Cánt.*), spirat mihi vox ista: *Osculetur me osculo oris sui.* Senserat nimirum in spiritu quisquis tunc spiritualis esse poterat, quanta foret *gratia diffusa in labiis illius;* propterea loquens in desiderio animae ajebat: *Osculetur me osculo oris sui.*. Dicebat enim perfectus quisque: Quo mihi ora haec seminiverba prophetarum? Ipse potius *speciosus forma prae filiis hominum,* ipse me *osculetur osculo oris sui.* Non audio jam Moysem: *Impeditioris* siquidem *linguae (Exod.* 4, 10) factus est mihi. Isaiae (6, 5) *labia immunda* sunt. Hieremias (1, 6) *nescit loqui, quia puer est*; et prophetae omnes elingues sunt. Ipse, ipse quem loquuntur, ipse loquatur, ipse me osculetur osculo oris sui. Non in eis jam aut per eos loquatur mihi, quoniam tenebrosa aqua in nubibus aëris; sed ipse *me osculetur osculo oris sui,* cujus gratiosa praesentia et admirandae fluenta doctrinae fiant in me *fons aquae salientis in vitam aeternam (Joan.* 4, 14)... Cujus utique sermo vivus et efficax osculum mihi est, non quidem conjunctio labiorum, quae interdum pacem mentitur animarum, sed plane infusio gaudiorum, revelatio secretorum, mira quaedam et quodammodo indiscreta commixtio superni luminis et illuminatae mentis. *Adhaerens* quippe *Deo unus spiritus est* (I *Cor.* 6, 17). Merito proinde visiones et somnia non recipio, figuras et aenigmata nolo: ipsas quoque angelicas fastidio species. Quippe et ipsos longe superat Jesus meus *specie sua et pulchritudine sua*».

(in Cant. 2. P., c. 33): «Cordis consolatio, et spiritualis refectio, Dei quidem donum est; sed cooperare te oportet huic dono, et prudenter in eo exerceri».

Mas aun cuando se hayan de pedir y desear con gran ardor esas visitas y favores, no por esto se han de buscar con precipitación o inquietud, sino resignándose totalmente en la voluntad de Dios, para que El les conceda a la hora oportuna y como más convenga.

«Te es menester, añade Kempis (l. 4, c. 15), buscar con diligencia la gracia de la devoción, pedirla con instancia, esperarla con paciencia y confianza, recibirla con gratitud, guardarla con humildad, obrar con ella diligentemente y dejar a Dios el tiempo y el modo en que se digne venir a visitarte... Da El a veces en un instante lo que por largo tiempo negó... El que elevare su intención a Dios con sencillo corazón y se despojare de todo amor u odio desordenado a las cosas criadas, quedará bien dispuesto para recibir la gracia y *se hará digno del don de la devoción.*—Porque el Señor da su bendición donde halla los vasos vacíos.—Y cuanto más perfectamente renunciare uno a las cosas terrenas, y estuviere muerto a sí mismo por su propio desprecio, tanto más pronto le vendrá la gracia, entrará en él más copiosamente y elevará más alto su corazón ya libre.—Entonces *verá, y abundará, y se maravillará, y su corazón se dilatará;* porque la mano del Señor está con él, y él se puso enteramente y por siempre en sus manos. Así será bendito el hombre que busca a Dios con todo su corazón, y no ha recibido su alma en vano».

«En procurar las virtudes y *dones de Dios,* aconseja muy bien Rodríguez (tr. 8, c. 30), es menester que seamos muy diligentes y cuidadosos; pero de tal manera que no nos quite esto la paz y conformidad con la voluntad de Dios. Haced vos lo que es de vuestra parte; pero si con todo esto viéreis que no tenéis cuanto queréis, no por eso os habéis de dejar caer en una impaciencia... Porque este negocio de la oración y perfección no se alcanza por descontentos ni a puñadas, sino que Dios lo da a quien El quiere y como quiere, *al tiempo que él es servido...* Sólo hay aquí que temer... no se nos entre la tibieza, y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte, so color de decir: *Dios me lo ha de dar*».

«Los medios que hay para negociar las visitas de Dios, advierte a su vez el P. La Puente (l. cit., § 5), se reducen a tres principales, conviene a saber: ser muy cuidadoso en *pedirlas* y *procurarlas* cuando faltan, y muy humilde y agradecido en recibirlas cuando vienen, y muy solícito en conservarlas y aprovecharte de ellas después que han venido».

«¿Quién podrá decir, añade *(ib.* c. 23, § 2), la alteza de sentimientos, la ternura de afectos y la dilatación de *gozos* que entonces se reciben?... Mas si no quieres ser indigno de experimentarlos, levántate, como Elías, del sueño de la tibieza, camina con fervor por subir al monte de Dios, que es la oración y *contemplación,* entra dentro de la cueva secreta y escondida, que es el retrete de tu corazón, recógete a hablar y conversar con tu Amado, que El *vendrá a visitarte y hablar contigo,* en la forma que más te conviniere».

Y entre tanto, velemos y oremos, para estar siempre, como siervos fieles, bien dispuestos y atentos para oirle y salirle a recibir cuando venga; y no nos expongamos a contristarle, obligándole a dar muchas voces en vano, y a tener al fin que retirarse, quedando así nosotros, por nuestra descortesía, pereza y falta de vigilancia, priva-

dos de los favores que Él venía entonces a hacernos (1).

Así, "cuando el ánima, advierte el V. Granada *(De la Oración,* c. 9, § 7), fuere visitada en la oración, o fuera de ella, con alguna particular visitación del Señor (es menester), que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofresce; porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora, que sin él en muchos días (2). Por lo cual con mucha razón nos avisa el Eclesiástico (XIV), diciendo: *No dejes de gozar del buen día que Dios te diere, y ni una pequeña parte dél se te pase sin aprovecharla...* Los que así no hacen, suelen comunmente ser castigados con esta pena: conviene saber, que no hallen a Dios cuando le buscaren; pues cuando El los buscaba no los halló".

Por eso de N. P. Santo Domingo se lee que aconsejaba mucho no perder jamás la buena ocasión de estas deseables visitas; y por su parte cuidaba tanto de aprovecharlas, que aun cuando fuera de viaje y en compañía de muchos, no resistía al llamamiento, dejando a Dios por las criaturas; sino al contrario, tan pronto como sentía ese especial fervor que anuncia al alma la presencia de su Amado, mandaba a sus compañeros que fuesen andando delante, y él se quedaba solo con Dios, desahogando su corazón en tiernos cánticos de alabanza, si-

(1) «Aves cum volare volunt alas suas extendunt: sic debemus et nos cordis nostri alas per desiderium extendere, et divinae revelationis horam semper expectare, ut quacumque hora divinae inspirationis aura mentis nostrae nubila deterserit, verique solis radios detexerit, excussis statim contemplationis suae alis, mens nostra se ad alta elevet, et evolet, et fixis obtutibus in illud aeternitatis lumen quod desuper radiat, omnia mundanae volubilitatis nubila transcendat». RICARDO, *De Contemplat.*

«Cum autem desideriis charitatis dilatatum est cor, delictorum sordibus mundatum, ornatumque virtutibus, nil superest nisi ut observetur Sponsus, et fiant excubiae, ne veniendo pertranseat. Indignum nempe et regiae majestati Verbi incongruum est, ut pulset, nec sit qui ei aperiat. Quo enim pacto valet dormitare, qui diligit, cum sciat Sponsum omnino venturum?... Congruit itaque amanti dulciter, ut tantae aucthoritatis pulsanti Sponso confestim aperiat, et in secretius cordis cubiculum laetanter, humilterque suscipiat toto venerationis affectu. Quod ut expeditius agat, secum commoretur, et semper sui necesse est ut vigilet custodia». S. LORENZO JUSTIN., *de casto Connubio,* c. 13.

(2) «A los que este don tienen, escribía conforme a esto el P. Osuna *(Tercer Abeced. esp.,* tr. 1, c. 1), es de avisar que se aprovechen de lo que les es dado, porque este fervor y deseos del Señor no suele durar mucho, e por eso debes elegir los medios convenibles para darte priesa. Dios usura quiere y que ganes con lo que El te da... No dejes morir tus deseos: morírsete ha la candela y quedarás a escuras, e quitando el don quedarás más tibio que si no lo hubieras tenido. Las obras que este don hace en el ánima son muchas, y la principal es una ansia e congoja que fatiga el corazón e lo incita, despierta y constriñe a no tener reposo sin Dios... Otros responden con palabras y lición solamente, sin entrar dentro de sí, y todo se va en humo... Tú, hermano, si quieres mejor acertar, busca a Dios en tu corazón, no salgas fuera de tí, porque más cerca está de tí y más dentro que tú mesmo».

guiendo tranquilamente las divinas mociones y gozando a su sabor de las mercedes que Dios se dignaba hacerle.

De ahí se sigue que la reconocida conveniencia de ocultar en lo posible las gracias divinas, no ha de llegar, conforme advirtió ya San Gregorio, hasta el punto de suprimir las buenas obras a que esas gracias se ordenan, ni de ahogar los santos deseos de modo que con esta violencia se resista en realidad al Espíritu Santo o se le contriste, dejándole cobarde y descortesmente por no disgustar a las criaturas.

Esto ocurre más veces de lo que se supone; y es muy de temer siempre que la violencia o disimulo con que se traten de reprimir los sentimientos interiores y ocultar los favores divinos, implique cierta resistencia positiva al divino Espíritu, u obedezca más bien a miras terrenas, a temores o respetos humanos—a evitar un "qué dirán", una burla o un menosprecio—que no a verdaderos motivos de humildad.—Cuando esto pueda implicar así cierta vergüenza de seguir a Cristo con preferencia al mundo, o cuando con esa represión se ahogue en realidad el espíritu y se disipe el fervor, debe uno a todo trance aprovechar la gracia que se le ofrece, no dejando a Dios por miramiento ninguno, sino haciendo alarde ante todo el mundo necio de amar y seguir a Cristo y apreciar sus dones, dejando que esos vergonzantes cristianos de puro nombre—que de eso se sonrojan y se burlan o se disgustan—se rían cuanto quieran a causa de su propia insensatez y cobardía.

"Cuando por evitar que no se muestre de fuera alguna cosa, cesa también lo de dentro, observa el P. Osuna (tr. 9, c. 6), no solamente sería yerro estorbarlo, mas creo sería pecado de repugnancia al E. S. Por tanto más estudio debes tener en conservar lo de dentro, que en evitar la muestra de fuera... Si de ello se escandalizaren algunos, serán los malos y no los buenos... Dios se niega en secreto a los que le niegan en público, y por no perder su secreta comunicación, no debemos estorbar lo que públicamente quisiere obrar en nosotros, para que en todo sea glorificado".

"Dice más el Apóstol, añade (c. 7), que no mates el espíritu por encubrirlo. Bien es que lo encubras según te dije, empero mal es que lo mates; si no lo puedes encubrir sin matarlo, no lo encubras: más vale darle lugar que respire, porque no perezca en tí, que sin él perezcas".

Y para conservar bien este espíritu y reavivarle e impedir que se disipe, nada tan a propósito como darse

de lleno a la oración, donde el alma, tratando íntimamente con Dios, viene a hacerse semejante a El, y a participar de sus ardores divinos.

«Como la *verdadera oración,* añade el V. Granada *(Tr. breve de la Orac.* § 2), no sea otra cosa sino un allegar nuestro *corazón* a Dios, claro está que mientras más el hombre se allegare a El, más ha de participar de su claridad y de su luz: y así cada día se hará más perfecto y más semejante a El...

»¡Oh si de nuestra parte no hubiese impedimentos ni desvíos, cuánto más sería lo que dél recibiríamos que lo que recibe del fuego quien a él se allega? Y porque sabía muy bien esto el profeta David, nos aconseja con tanto cuidado que nos alleguemos a El diciendo *(Ps.* 33): *Allegaos al Señor, y recibiréis lumbre dél.* Y cuál sea esta lumbre, decláralo muy bien otro profeta, diciendo *(Deut.* 33): *El Señor tiene en su mano una ley encendida, y los que se llegan a sus pies, recibirán de su doctrina...*

»Tiene aún otra dignidad y excelencia la oración: que es *gustarse* en ella los *deleites espirituales* y la divina suavidad: que es una de las grandes ayudas que hay para la virtud, y uno de los principales frutos y dones del E. S.; y tan principal entre ellos, que deste señaladamente quiere El ser denominado, llamándose *Paracleto*, que quiere decir, *Consolador;* porque su principal oficio es consolar las ánimas y proveerlas de tales y tan maravillosos deleites, que por ellos pudiesen fácilmente despreciar todos los otros deleites.—Este oficio lo ejercita El señaladamente en la oración: como El mismo lo promete a sus siervos por Isaías, diciendo *(Is.* 56): *Yo los llevaré a mi monte santo, y alegrarlos he en la casa de mi oración.* Porque, como dice San Bernardo *(Sup. Cant., Serm.* 49), orando se bebe aquel vino espiritual que alegra el corazón del hombre y lo embriaga de tal manera, que le hace olvidar todas las cosas... Qué tan grandes sean estos deleites y cuán dulce este maná, no lo puede conoscer sino quien lo haya probado... Estos deleites son el principal instrumento con que Dios levanta el ánima de la tierra al cielo y la hace despreciar todas las cosas del mundo...

»No es mucho siquiera por algunos días recogerse el hombre... y ocuparse en alguna devota oración o meditación. Y quien esto hace *como debe,* muy cerca está del... *enternecérsele el corazón* una vez que otra, y venir a *gustar* alguna pequeña gota de la divina suavidad. Y esto hecho..., no hay necesidad de más para que el sabio mercader, hallada esta preciosa margarita, venda todo lo que tiene por alcanzarla *(Mt.* 13). Porque no es menester más que oler dende lejos esta divina suavidad, para que diga el hombre con la Esposa en los Cantares *(Cant.* I): *En pos de Ti correremos, Señor, al olor de tus ungüentos...* ¡Oh quién te pudiese agora, hermano, dar a entender este negocio y hacer que supieses cuán poco camino hay que andar hasta gustar de Dios; y cuán fácil cosa es, después de haberlo gustado, renunciar todos los otros gustos por este gusto! Cree cierto que no es Dios inexorable *ni tardío* para acudir a quien le llama de corazón; porque no sin grande espíritu y verdad fueron dichas aquellas palabras *(Ps.* 144): *Cerca está el Señor de los que le llaman, si le llaman de verdad.*

»Ruégote, hermano, que te dispongas a probar este negocio con sencillo y humilde corazón, y *verás tan grandes maravillas,* que te maravillarás cómo los que las sienten no salen por las plazas dando voces a los hombres porque *dejan de gozar de tan grande bien...*

Deste momento depende la eternidad de tu vida; y con sola esta arremetida podrás venir a decir con el Sabio: *Un poquito trabajé, y después hallé para mí grande descanso.* Bien veo que este poquito no es el todo, mas es principio del todo y grandísima parte dél».

Este feliz principio es el santo deseo de Dios; y si aun no lo hay, el desear siquiera tenerlo y pedirlo con insistencia para poder con esto llegar a ver las divinas maravillas (1).—Por de pronto esta hambre de tener más hambre y sed de justicia, nos hará tratar de andar siempre recogidos y en la presencia del mismo Dios, procurando traerle de continuo en el corazón y en la memoria para poder oirle y servirle con toda fidelidad y ofrecerle todo cuanto tenemos y cuanto hagamos y suframos, sin cesar de conversar con El o de suspirar por El; pues andando así en su divina presencia, muy pronto llegaríamos a ser perfectos *(Gen.* 17, 1), y suspirando de ese modo, no tardaríamos en conseguir las dulces visitas de nuestro amantísimo Señor (2).—Pues según enseña un muy experimentado e iluminado Maestro, con la fidelidad en escuchar su voz y cumplir sus indicaciones, es como se merece y consigue verle y gozar de sus consolaciones; ya que su misma palabra, bien oída y obedecida, nos purificará de modo que vengamos a ser dignas

(1) Cfr. Palafox, *Varón de Deseos,* P. 2.*, sent. 1; Rodríguez, *Ejerc. de perfec...,* P. 1.ª, tr. 1; P. 2.ª, tr. 8, c. 6.-*Concupivit* anima mea *desiderare* justificationes tuas, in omni tempore... Viam justificationum tuarum instrue me: et exercebor in *mirabilibus tuis...* Deprecatus sum faciem tuam in toto corde meo... Bonitatem, et disciplinam, et scientiam doce me... Faciem tuam illumina super servum tuum: et doce me justificationes tuas.—Ps. 118, 20, 27, 58, 66, 135.

(2) Con los simples actos de ofrecimiento de los trabajos y de presencia de Dios, decía San Ignacio *(Cartas,* Madrid, 1875, t. 2, p. 560), «*atraerán las visitas divinas,* las cuales, a pesar de su poca duración, producirán grandes resultados».

«Ad facile ac breviter acquirendam contemplationem, añade Antonio del E. S. (tr. 3, d. 1, s. 3), opus est, ut qui ad eam aspirat, studio comparandae *praesentiae Dei* sedulo vacet quibusdam adhibitis exterioribus signis, quae ad hujusmodi considerationem in die saepius habendam excitent».

Y si a esto se añade el suspirar y clamar por el Señor, muy pronto se conseguirá gozar de El con indecible consuelo.

«Aspirationibus, dice el Card. Bona *(Via comp. ad Deum,* c. 9), tanquam alis evehitur anima ad felicissimas cum Deo nuptias».

«Aptissimus modus quo se anima debet excitare ut ad hanc intimam sui cum Deo tendat unionem, est ut suaves erga illum aspirationes efformet... Unde quieta debet in intimo sui recessu permanere, et cum silentio potentiarum ipsi Deo vacare, donec ipsa ab eodem Domino ad similes aspirationes excitetur». VALLGORNERA, *Theol. Myst.* q. 4, d. 1, a. 12, n. 933.

«Muchos son, dice Fr. Juan de los Angeles *(Vida perf.,* diál. 6), los caminos por donde nuestra alma puede caminar a la unión íntima con Dios, pero el más breve y compendioso es éste: porque estos afectos y oraciones cortas, amorosas, como lo afirman San Dionisio y San Buenaventura, son como unas saetas de fuego que eficazmente penetran y sobrepujan todos los medios o estorbos que se pueden hallar entre Dios y el que ora».—Cf. Id., *Lucha espiritual,* tr. 1, c. 14.

moradas suyas (1).—Y a quienes—conforme se lee de N. P. Santo Domingo—no gustan de hablar sino *con Dios o de Dios*, no tarda El en hacérseles presente, e inflamarles los corazones como a los discípulos que iban a Emaús (2).

«Si quieres, dice el P. Cisneros *(Ejercitat.*, c. 9), *subir a la contemplación* y usar de los abrazos del Esposo, sey hombre de oración. Ca en ella se recibe la unción del E. S., la cual enseña a la mente todas las cosas; y a la contemplación y gusto de las cosas celestiales por el ejercicio de la oración venimos».

«Pues que tan útil es esta memoria de Dios, observa el P. Osuna (tr. XI, c. 4), débesla siquiera desear de todo corazón y llamar a Dios con suspiros para que te la dé según aquello que dice Isaías (29) hablando con Dios: *Tu memorial, Señor, está en el deseo del ánima. Mi ánima te deseó en la noche, y con mi espíritu en mis entrañas de mañana velaré a ti.*—En esta *noche del recogimiento,* que es nuestro alumbramiento en los deleites, hemos de velar a Dios con el espíritu interior... para que así en nuestras entrañas comencemos a velar al Señor en la mañana, que es el principio del gozo que aquí se recibe: la cual mañana se ordena a aquel medio día que la esposa demanda serle enseñado, llamando a Dios con sospiros...

»Manifiesta cosa es que verná de muy buena voluntad el justo Señor a consolar a los justos, pues que también llueve el agua de su consuelo sobre los injustos, y El en persona vino a llamar a los pecadores, para mostrar que viene muy presto siendo llamado de los que aborrescen los pecados; y si van a El hambrientos, les abre la puerta y les recrea con el convite de su gracia, para que del todo sean hartos los que por su amor dejaron los carnales deleites... Acostúmbrate, pues, ánima mía, a tener memoria del que nunca se olvida de tí; deséalo con sospiros íntimos de tus entrañas muy amorosos, y no los dejes de usar entre tí mesmo, ni aun los dejes de pronunciar muy quebrantados cuando estuvieres solo... El mayor descontento que tienen los siervos de Dios verdaderos, es la absencia dél y el no sentir su gracia íntimamente en el corazón. Por lo cual tienen por muy saluda-

(1) «*Quoniam nisi crediderimus non intelligemus,* ergo auditus, advierte San Bernardo *(Serm. 28 in Cánt.),* ad *méritum,* visus ad *praemium...* Interim ergo dum necdum paratus est visus, auditus excitetur, auditus exercitetur, auditus excipiat veritatem... *Dignus* qui videam, si prius quam videam, obedisse inveniar... Quam beatus qui ait *(Is.* 50, 5): *Dominus Deus aperuit mihi aurem, et ego non contradico, retrorsum non abii...* Utinam et mihi aperiat aurem Dominus, intret ad cor meum sermo veritatis, mundet oculum, et laetae praeparet visioni, ut dicam Deo etiam ipse *(Ps.* 9): *Praeparationem cordis mei audivit auris tua.* Ut audiam a Deo etiam ipse cum caeteris obedientibus *(Joan.* 15): *Et vos mundi estis propter sermonem quem locutus sum vobis...* Et ut scias etiam Spiritum Sanctum hunc in animae spirituali profectu ordinem observare, ut videlicet prius formet auditum, quam laetificet visum: *Audi,* inquit, *filia, et vide.* Quid intendis oculum? Aurem para. Videre desideras Christum? Oportet te prius audire eum, audire de eo, ut dicas cum videris *(Ps.* 47): *Sicut audivimus, sic vidimus*».

(2) «De se igitur loquentibus praesentiam exhibuit. Faciendo (praecepta Dei) illuminati sunt».—S. Gregorio M., *Homil. 23 in Evang.*

«Mira, dice a este propósito el V. Granada *(Comp. de Doctr. espir.*, c. 18), cuán afable se les mostró, cuán familiarmente los acompañó, cuán dulcemente se les disimuló, y al cabo cuán amorosamente se les descubrió y los dejó con toda la miel y suavidad en los labios. Sean, pues, tales tus pláticas cuales eran las destos; trata con dolor y sentimiento lo que trataban ellos (que eran los dolores y trabajos de Cristo); y *ten por cierto que no te faltará su presencia y compañía,* si tuvieres siempre esta memoria».

ble remedio gemir y sospirar al Señor como palomas amorosas dél, sabiendo que no hay voz que tanto penetre sus divinos oídos como el deseoso sospiro, al cual no solamente oye, mas esle como saeta... que luego hace sangre y prende al que no puede ser preso sino por amor; el cual por sólo aquesto hinche, como dice David *(Ps.* 102, 5), de bienes tu deseo; ca debes saber que el sospiro que sale del corazón es flecha muy ligera enviada con el arco del deseo al Señor que está en las alturas y no torna sin el mesmo Señor, según aquello del Salmo (77): «Lo que deseaban les trujo, y no fueron defraudados de su deseo» (1). Por gran cosa fué dicho a Daniel (IX) que era varón de deseos, como si acá dijésemos a uno que era varón de grandes fuerzas, y que por tanto estuviese seguro de la victoria: así el que fuere de fervientes deseos y sospiros al Señor, crea que alcanzará presto lo que demandare, y podráse decir dél aquello de Jeremías (II): «En el deseo de su ánima trujo el viento de su amor».

«Yo te prometo y te aseguro, decía la V. M. Hipólita Rocaberti, O. P., y lo sé por experiencia, que este mismo Divino Espíritu que te hace llorar y dar mil suspiros y gemidos inenarrables, te consolará sin falta; porque es *Consolator óptime.* ¡Oh Cristiano dilectísimo, si supieses cuán grande Consolador es el E. S.! El por quien es te lo dé a gustar: es *dulce Huésped del alma:* no le cierres la puerta...; no, que perderías todo tu bien por no querer abrir la puerta de tu corazón a la santa inspiración. Y El se queja, y aun te ruega que le abras diciendo: *Ecce sto ad ostium, et pulso.* ¡Oh Dios amoroso y paciente! ¡Cuántas veces tocáis!... ¡Oh, qué de misterios hay aquí en cada palabra, sin duda más para contemplarlos que para escribirlos! Quien empero, por la gracia de este Divino Espíritu, tiene el corazón abierto, cenan los dos juntos, y sabe por experiencia lo que dice San Pablo (I *Cor.* 6, 17), que *el que se llega a Dios, un espíritu es con el mismo Dios.* Y este tal amador de Dios, por mucho que trabaje..., el E. S. le es reposo: *In labore requies;* y en el calor del estío de las tentaciones, le hace consuelo y refrigerio. Así que los aprovechantes no tienen qué temer, sino que procuren caminar, pues tienen por sombra al Espíritu Santo, Guía, Maestro, Protector, Escudo de Verdad, del cual está rodeado cada caminante» *(Ps.* 90, 4).

«Conozcan, añade el P. Osuna (*l. cit.* c. 5), cuán excelente es aqueste ejercicio que ejercita Dios en el ánima con que mora; ca no hay fuego que más la purifique, ni lima que más la esmere, ni navaja que más la afeite, ni hay navío que más presto lleve al puerto de la perfección que desea; y por esto no deben ser negligentes, los que tienen a Dios, de sospirar a El para ser más santificados... Y de esta manera es menester que tú te ejercites en sospirar a Dios, aunque tibiamente, para que El perfeccione lo que comenzares tú; y si esto no tienes, aun este comienzo lo debes demandar con sospiros».

«Os escribo, decía conforme a esto el Beato Susón en una Carta (VI; colec. Munich), para excitar vuestra hambre a fin de que con todo corazón deseeis a Dios. Entrad libremente en los lazos de la Sabiduría eterna, que pronto se os transformarán en una corona de oro de la eterna felicidad. Que no os detenga el pensamiento del corto número de los que siguen el camino recto, la *vía estrecha*—pues los hombres quieren en todo buscar su comodidad—; sino tened ante los ojos el piadoso ejemplo de la santa vida de los que han menospreciado todo cuanto viene del mundo».

(1) ¡Cuán misericordiosa es, decía Sor Teresita del Niño Jesús *(Vie,* c. 7), la vía por donde el divino Maestro me ha conducido siempre! *Jamás me ha hecho desear cosa alguna sin dármela.* Por eso me parece delicioso su amargo cáliz».

Artículo 5.º—Singular importancia de una buena dirección y de la lectura de los grandes místicos para fomentar los santos deseos y aprender a estimar y aprovechar bien los favores de Dios: condiciones que el director ha de tener.

Para que las almas se alienten, pues, como deben, a buscar a Dios incesantemente y de todo corazón, y logren aprender a toda costa la ciencia de los santos—que es la de la salud—, sin desmayar, aflojar, ni retroceder por nada, sin dejarse arrastrar de los malos o imperfectos ejemplos que de continuo presencian, ni engañar de tantos errores especiosos y tantas máximas falaces como en esta materia suele inventar la humana flojedad y acreditar la vida rutinaria y tibia; les importa sobremanera, por una parte, un buen director, que las anime, aconseje y desengañe en todo, y por otra, la asídua lectura de los libros que mejor traten de dicha ciencia y más a propósito sean para enseñarla y aficionar a ella, cuales son los compuestos por los grandes Maestros de espíritu y en general las Vidas de los Santos, donde con palabras llenas de celestial sabiduría y ejemplos de virtudes heróicas, se aprende sin engaño el verdadero camino de la perfección y santidad y se encienden los corazones en vivos deseos de seguirlo fielmente.

Por lo que hace a los directores, debiendo como deben ser a la vez sabios, discretos, celosos y experimentados, es incalculable el bien que pueden hacer a las almas, y el que éstas se pierden—quedándose abandonadas como plantas incultas—si por su culpa se privan de tal cultivo, tal apoyo, tal guía y tal defensa (1).—Pues un buen director, con sus consejos disipa las dudas y temores y corrige los yerros y engaños; con sus fervientes exhortaciones y encendidas palabras, que penetran como agudas saetas en el corazón, obliga a sacudir la pereza y despertar de la tibieza; y con sus mismos ejemplos de vida y las vivas ansias de que han de estar animados, nos estimula y anima, y nos corrige y alienta, y nos asegura, tranquiliza y conforta, haciendo que nuestros corazones acrecienten su fervor y se dilaten con la esperanza (2).

(1) «El que solo se quiere estar sin arrimo y guía, advierte San Juan de la Cruz *(Avisos*, 178), será como el árbol que está solo y sin dueño en el campo, que por más fruta que tenga, los viadores se la cogerán y no llegará a sazón».

«El alma que camina sin director, decía Nuestro Señor a su sierva Sor Catalina de J. M. y J. *(Autobiog.* 2.ª P., c. 50, p. 382), presto se cansa en el camino. El alma es como una pared que se levanta, el director es su firme cimiento que la detiene: si este cimiento falta, la pared del alma presto caerá, antes de llegar a la cumbre de la perfección, y se convertirá en polvo y nada su trabajo».

(2) «En grandísima manera aprovecha al discípulo, advierte el P. Osuna *(Terc. Abec. esp.*, tr. 8, c. 6), si sabe que el maestro que le enseña ha gusta-

Así, con tales consejeros y conductores—oyéndoles como al mismo Señor a quien representan—, lejos de temer y desmayar, cada día se cobran nuevos alientos y se excitan y encienden más vivos deseos de Dios, aspirando a grandes cosas de su servicio y honra (1).

Todo esto y mucho más suelen hacer los buenos directores, según testifica la experiencia; mientras que sin ellos el alma está siempre muy expuesta a perder cuanto tiene en vez de ir ganando (2). Por lo cual, quien los halla del todo cabales—o por lo menos devotos y discretos, aunque no muy sabios—verdaderamente halla un rico tesoro; así como el dar con uno malo o disipado es una de las mayores calamidades (3). Por eso en esta elección hay que proceder con mucha madurez.

do lo que le enseña; y más le mueve un ejemplo que de sí mismo fielmente le dice, que cuantos lee escritos... Si tu maestro fuere experimentado, él te animará y por diversos rodeos te provocará al negocio; e si desmayares, él te esforzará; y aun si muriere en tí la voluntad de perseverar, él la resucitará; e si estuvieres triste, él te dará el remedio y te dará ejemplo orando delante de tí, y orando por tí... y así serás muy provocado, lo cual no podrá hacer el que no tiene experiencia».

(1) «Quaeris, pregunta San Buenaventura *(De septem donis S. S.*, P. 2, sect. 5, c. III), qualiter consilia divina audienda?—Respondeo, quod sunt consilia a Christo dicta; sunt consilia a sanctis doctoribus scripta; et sunt consilia a Spiritu Sancto inspirata. Consilia a Christo dicta nemo potest audire nisi sit ex Deo *(Joan.* 8, 47)... Ex Deo autem sunt, qui quantum ad intellectum sunt aliquibus luminibus divinis illuminati, et quantum ad affectum, aliquibus affectionibus divinis calefacti, et a Patre tracti.—Consilia a sanctis doctoribus scripta nemo potest audire, nisi cui Christus aperit sensum (cf. *Luc.* 24, 45)... Consilia autem a Spiritu Sancto inspirata nemo audire potest, nisi habeat aures interiores. Unde Dominus dicit *(Mt.* 13, 9; *Apoc.* 2, 7, 11, 17, 29): *Qui habet aures audiendi, audiat quid Spiritus dicat*».

(2) «El alma sin maestro es como el carbón encendido que está solo, que antes se irá enfriando que encendiendo».—San Juan de la Cruz, *Avisos*, 177.

(3) «Te digo, advertía el Eterno Padre a Santa Catalina de Sena *(Diálogos,* c. 85), que es mucho mejor ir a pedir consejo para bien del alma a un humilde, con santa y recta conciencia, que a un letrado soberbio; porque este no puede dar sino de lo que en sí tiene; y por eso muchas veces su vida tenebrosa presentará en tinieblas la misma luz de la Sagrada Escritura. Por el contrario mis siervos de la luz que en sí tienen, con gran celo darán a los demás».—Lo mismo viene a decir repetidas veces—a pesar de la importancia que da a las *muchas* letras poseídas *con humildad,* y de su amor a los *grandes* letrados, capaces de decir lo que es o no conforme con el Evangelio—la mística Doctora Santa Teresa. Cf. *Vida*, c. 4, 13 y 34; *Conceptos del amor*, c. 6. Cf. Juan de Santo Tomás, *in* 1-2, q. 70, disp. 18, a. 5, § 22.

«A sanctis praedicatoribus contemplativae vitae studium laudabile noscimus: sed perfectionem ejus in illis quaerimus, qui ad eam spiritualiter intendunt, qui in contemplativae vitae studio perfecti sunt... Quia videre internam lucem conditoris tanto clarius possunt, quanto studiosius mundum cor a mundi inquinatione custodiunt». S. Gregorio M. *in* I *Reg.*, c. X, l. 4.

«Spiritualem habeat praeceptorem, añade San Lorenzo Justiniano *(De casto Connubio*, c. 3), quicumque virtutum culmen, spiritualisque pugnae habere triumphum, atque ad dulcissimum Verbi cupit venire connubium.—Non tamen ad hoc elatus mente, non scientiae inflatus spiritu, non animo remissus et tepidus, sed humilis, sed mansuetus, sed sollicitus, sed interiori exercitationi prudenter intentus, sed coelestium secretorum amator ignitus. Hujusmodi quippe donum non ex arbitrio pendet volentium aut currentium, sed ex libera largitate miserentis et inclinantis se Verbi: non pro tempore *conceditur,* sed *pro meritis,* non aetas, non sexus, non conditio discernitur, sed

«En lo que toca a vuestra conciencia, advierte el B. Juan de Avila *(Audi Filia,* cap. LV), debéis de estar avisada, que no la fiéis de vuestro parecer, ni la fiéis de quienquiera. Conviéneos que toméis por guía y padre a alguna persona letrada y experimentada en las cosas de Dios; que uno sin otro ordinariamente no basta: porque las solas letras no son suficientes para proveer las particulares necesidades y prosperidades y tentaciones que acaecen en las ánimas de los que siguen la vida espiritual, en las cuales, como dice Gersón, se ha de ocurrir a los experimentados. Y muchas veces acaecerá a los que no tuvieren más que letras lo que acaeció a los Apóstoles andando una noche en la mar con tormenta, que pensaron que Cristo que a ellos venía, era un fantasma, temiendo por engaño lo que es merced y verdad de Nuestro Señor como hicieron los Apóstoles. Poneros han algunos dellos demasiados temores, condenándolo todo por malo; y como en sus corazones están muy lejos de la experiencia del gusto e iluminaciones de Dios, hablan dello como de cosa no conocida; y a duras penas pueden creer que pasan en los corazones de los otros cosas más altas que las que pasan en el corazón dellos.

»Otros hallaréis ejercitados en cosas de devoción, que se van ligeramente tras un sentimiento de espíritu, y hacen caso dél; y si alguno les cuenta algo de aquestas cosas, óyenlo con admiración, teniendo por más santo al que más tiene dellas, y aprueba ligeramente estas cosas, como si en ellas todo estuviese seguro. Y como no lo esté, muchos destos por ignorancia caen en errores, y dejan caer a los que tienen entre manos, por no darles suficientes avisos contra las cautelas del demonio. Por lo cual no son buenos para regir tampoco como los pasados.—Mas sabed que hay algunos de tan buen juicio, y que tienen entendido que la santidad verdadera no consiste en estas cosas, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor; y tienen experiencia de las cosas espirituales, y saben dudar y preguntar a quien les informe. Destos tales bien os podréis fiar, aunque no tengan letras, pues para quien todo su negocio es entender en sí mismo, aquesto le basta.—Y pues tanto os va en acertar con buena guía, debéis con mucha instancia pedir al Señor que os la encamine El de su mano; y enca-

gratia... Quamobrem spiritualis dux... doceat magis vita quam verbis: ipsius mores subjectorum documenta sint».

San Pedro de Alcántara, escribiendo a la misma Santa Teresa (14 Abril, 1562), le decía: «Me espanté que Vm. ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad. Porque si fuera cosa de pleitos, o casos de conciencia, bien era menester tomar parecer de Juristas o Teólogos; mas *en la perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven,* porque no tiene ordinariamente alguno más conciencia ni buen sentimiento de cuanto bien obra».

«Todo el remedio del alma, declara por fin, la misma Santa Doctora *(Vida,* c. 23), está en tratar con amigos de Dios».

En igualdad de circunstancias, dice el P. F. Naval *(Ascética y Mística,* n. 43), conviene «elegir el más santo para los casos ordinarios, y el más sabio para los extraordinarios, como se infiere de la doctrina de Santa Teresa» (Cf. *Vida,* c. 13, n. 12; y *Moradas,* VI, c. 8).

Los verdaderamente sabios y devotos, por de pronto, nunca son espantadizos y siempre suelen dar alguna luz.—«Aunque no hayan pasado por estas cosas, dice la Santa *(Morada V, I),* tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita, y si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que puede mucho más y más. Y en fin, aunque algunas cosas no tan declaradas, otras deben hallar escritas, por donde ven que pueden pasar éstas. De esto tengo grandísima experiencia; y también la tengo de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caro. Al menos creo que, quien no creyere que puede Dios mucho más, y que ha tenido por bien y tiene algunas veces, comunicarlo a sus criaturas, que tiene bien cerrada le puerta para recibirlas».

minada, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón, y no escondáis cosa dél buena ni mala; la buena para que la encamine, y os avise; la mala, para que os la corrija. Y cosa de importancia no la hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que El pondrá en el corazón y lengua a vuestro guía lo que conviene a vuestra salud. Y desta manera huiréis de dos males y extremos: uno, de los que dicen, no he menester consejo de hombre; Dios me enseña y me satisface. Otros están tan sujetos al hombre, sin mirar otra cosa, sino que es hombre, que les comprende aquella maldición, que dice: *Maldito el hombre que confía en el hombre.*—Sujetáos vos a hombre, y habréis escapado del primer peligro; y no confiéis en el saber ni fuerza del hombre, mas en Dios que os hablará y esforzará por medio del hombre, y así habréis evitado el segundo peligro. Y tened por cierto que, aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro para hallar la voluntad del Señor, como éste de la humilde obediencia, tan aconsejada por todos los Santos».

«Y porque pocas veces, añade en otro lugar *(Reglas de bien vivir,* IX), estos tales varones se hallan, es bueno, sin decir mal de los otros, escoger a quien Dios le encaminare, *uno entre mil* (1), al cual en el nombre de Dios incline su oreja con toda obediencia y humildad».

Así, desgraciadamente, vemos que suelen ser demasiado raros los perfectos directores, o sea los Maestros de espíritu que reunan todas las condiciones requeridas para poder siempre alentar las almas a ir por los caminos de Dios, y nunca estorbarlas, desanimarlas ni desconcertarlas, haciéndolas marchar por los que son propios de ellos (2).—Los que abundan son los medianos y

(1) San Francisco de Sales *(Vida devota,* P. 1.ª, c. 4) dice: *uno entre diez mil;* y Taulero, *entre cien mil...* Y todo por no querer aprender ni disponerse a recibir la ciencia mística: «Pauci ad eam recipiendam disponuntur» (Harphio, l. 3, c. 22).

(2) «Para este camino, dice San Juan de la Cruz *(Llama de amor viva,* canc. 3, v. 3, § 4), a lo menos para lo más subido de él y aun para lo mediano, *apenas se hallará una guía cabal* según todas las partes que ha menester; porque demás de ser *sabio* y *discreto* es menester que sea *experimentado;* porque para guiar el espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo que es puro y verdadero espíritu, no atinará a examinar al alma en él, cuando Dios se lo da, ni aun lo entenderá. —Desta manera muchos maestros espirituales hacen mucho daño a muchas almas, porque no entendiendo ellos las vías y propiedades del espíritu, de ordinario hacen perder a las almas la unción destos delicados ungüentos con que el E. S. les va ungiendo y disponiendo para sí, instruyéndolas ellos por otros *modos rateros* que ellos han usado o leído, que no sirven más que para principiantes».

«Con ser este daño, observa luego el Santo Doctor (§ 8), más grave y grande que se puede encarecer, es tan común y frecuente, que apenas se hallará un maestro espiritual que no lo haga... Porque cuántas veces está Dios ungiendo al alma contemplativa con alguna unción muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria, muy ajena del sentido, y de lo que se puede pensar, con la cual no puede meditar... y vendrá un maestro espiritual que *no sabe sino martillar y macear con las potencias como herrero,* y porque él no enseña más que aquello y no sabe más que *meditar,* dirá: Andad, dejáos de esos reparos, que es ociosidad y perder tiempo, sino tomá y meditá y haced actos interiores...; que esotros son alumbramientos...»

«Adviertan estos tales, prosigue (§ 9), que el principal agente y guía y movedor de las almas en este negocio no son ellos, sino el E. S... Y así todo

los imperfectos, o sea los que distan mucho de ser *buenos directores,* si es que, como tales, no merecen llamarse *malos;* es decir, los que, contentos con alguna que otra disposición o condición, no se cuidan apenas de ver cómo podrán reunir todas las demás: y así, por falta de la indispensable ciencia y discreción, o de virtud y celo, suelen no pocas veces dañar más que aprovechan; siendo no pocos los que, en vez de cultivar, destruyen la viña escogida del Señor (1).

Y todos ellos, si no procuran imponerse bien en los sagrados deberes de su oficio y tratan de desempeñarlo como están obligados, aunque procedan con cierta buena fe, incurren en responsabilidades tremendas, siendo como es a veces incalculable el daño que hacen y el bien que impiden o dejan de hacer en las almas (2).

Como nadie puede dar sino de lo que tiene, unos por falta de la debida *ciencia de los caminos de Dios,* engañados con rutinas o falsos pareceres humanos, engañan a los demás, sobre todo, obligándoles a resistir y contristar al E. S., queriendo que sigan con un proceder propio de principiantes cuando El quiere ya que procedan como aprovechados o perfectos; con lo cual vendrán a hacerles retroceder o extraviarse en vez de ayudarles a ir siempre adelantando; y entonces claro está que deben dejarse como verdaderos ciegos (3). Otros, por falta de la necesaria virtud y llevar una vida tibia y disipada, o desalientan por completo y desconciertan con unos consejos propios de su flojedad, y tan desatinados, que a veces parecen más conformes con las máximas munda-

su cuidado sea no acomodarlas a su modo y condición propia de ellos, sino mirando si saben el camino por donde Dios las lleva, y si no lo saben, déjenlas y no las perturben».

(1) «Pastores *multi* demoliti sunt vineam meam, conculcaverunt partem meam, dederunt portionem meam desiderabilem in desertum solitudinis. Posuerunt eam in *dissipationem...*, *quia nullus est qui recogitet corde*».—*Jerem.* 12, 10-11; cf. *Ezech.* 34, 2-10.

(2) Algunos de los que en vez de alentar infunden vanos temores, dice San Juan de la Cruz *(Llama,* canc. 3, v. 4, § 12), «por ventura yerran con buen celo, porque no llega a más su saber; pero no por eso quedan excusados en los consejos que temerariamente dan, sin entender primero el camino y espíritu que lleva el alma, y no entendiéndola entremeter su tosca mano en cosa que no entienden, no dejándola a quien la entienda; que no es cosa de pequeño peso y culpa hacer a un alma perder inestimables bienes, y a veces dejarla muy bien estragada por su temerario consejo. Y así, el que temerariamente yerra, estando obligado a acertar, *como cada uno lo está en su oficio, no pasará sin castigo,* según fué el daño que hizo; porque los negocios de Dios con mucho tiento y muy a ojos abiertos se han de tratar, mayormente cosas de tanta importancia y en negocio tan subido como es el de estas almas, donde se aventura casi *infinita ganancia* en acertar, y casi infinita pérdida en errar».

(3) Sinite illos: caeci sunt, et duces caecorum. Caecus autem se caeco ducatum praestet, ambo in foveam cadunt.—*Mt.* 15, 14.

nas que con las evangélicas (1): o resistiéndose a poner por obra lo poco bueno que, por razón de su ministerio, enseñan a los demás, menosprecian, como los fariseos, el consejo de Dios, y con sus mismas obras destruyen el fruto de sus palabras (2). Las cuales, por no ser palabras de vida, sino más bien muchas veces motivos de vanidad, sólo podrán servirles de mayor confusión y tormento (3).

Así, conforme dice Santa Teresa, más vale quedarse sin director, por no hallarlo cual es menester, que no tenerlo malo; pues los daños que éste suele causar—a no haber otro a quien poder consultar a veces para que supla sus deficiencias – apenas tienen remedio; y la falta de director, por sensible que sea, la pueden suplir algún tanto las buenas lecturas y la familiaridad con personas verdaderamente espirituales; y la suple con gran ventaja el mismo E. S. en las almas generosas y fieles que a toda costa desean complacer al Padre celestial y no cesan de pedirle que las dé sus luces, ya que tan necesitadas de ellas se reconocen por no hallar quien las guíe (cf. *Jacob.* 1, 5).

Pero, según la Providencia ordinaria, que quiere valerse del concurso de las causas segundas, vemos que muchísimas almas menos fieles y generosas, que, abandonadas o mal dirigidas, flaquean y retroceden, si aciertan a encontrar un buen director, con sus consejos y estímulos empiezan luego a subir a grandes alturas.

Así, donde hay buena dirección, o buenas lecturas que suplan, abundan, como nota el P. Caussade, las almas contemplativas (4); y donde no la hay, la inmensa mayoría de ellas—el 99 por 100 según el P. Godínez *(Teol.*

(1) Ex fructu arbor agnoscitur... Quomodo potestis bona loqui, cum sitis mali? ex abundantia enim cordis os loquitur.—Bonus homo de bono thesauro profert bona: et malus homo de malo thesauro profert mala. *Mt.* 12, 33-35.

«El alma que quiere aprovechar y no volver atrás, mire en cuyas manos se pone; porque cual fuere el maestro, tal será el discípulo; y cual el padre, tal el hijo».—San Juan de la Cruz, *Avisos,* 189; *Llama,* c. 3, v. 3, § 4.

(2) Pharisaei autem, et legisperiti consilium Dei spreverunt in semetipsos. *Lc.* 7, 30.

(3) «Quid vocatis me Domine, Domine; et non facitis quae dico?»—*Luc.* 6, 46; cf. *Mt.* 7, 21-23.—«Vae, qui bene de Deo, et sentire, et eloqui acceperunt, exclama San Bernardo *(Serm.* 45 *in Cant.),* si quaestum ac stimant pietatem, si convertant ad inanem gloriam, quod ad lucra Dei acceperunt erogandum, si alta sapientes humilibus non consentiunt».

(4) De la V. M. Ana de Jesús, predilecta discípula de Santa Teresa, se lee *(Vida,* 1.ª P., l. 2. c. 2, Burgos, 1901), que siendo Maestra de novicias, aunque recién profesa, «sacó tantas santas cuantas fueron sus discípulas».—Y preguntada cómo se arreglaba para eso, respondió: «Me limito a considerar y seguir la conducta de Dios en la dirección de cada una de ellas, y no hago más que evitar lo que pudiera obstruir, embarazar o torcer el camino particular por donde a cada cual lleva Su Majestad».

míst. l. 7, c. 1)—por falta de alientos y estímulos, se quedan estacionadas y flaquean en las primeras pruebas.

Siendo tan importante la buena dirección y debiendo todos los confesores de personas devotas contribuir más o menos a dirigirlas por las vías purgativa e iluminativa hacia la unitiva—puesto que para con ellas han de desempeñar ordinariamente los oficios de *padre, maestro* y *médico* espirial con preferencia al de juez—, y siendo todos responsables de no saber cumplir bien con su oficio, y de los daños que en él causen; claro está que todos sin excepción están obligados a procurarse las condiciones más indispensables, cuales son la ciencia y la virtud, o sea el conocimiento teórico y práctico de los caminos de Dios (1).

Aquí se engañan muchos creyendo que en este ministerio todo es negocio de propia experiencia, o de una gracia *gratis data* que pueda suplirla, como la de discreción de espíritus y de ciencia infusa. Pero, por una parte, todos tienen la *gracia ministerial,* que bien cultivada y empleada con la oración y el estudio, podría bastarles; y por otra—como advierte muy bien el V. Fr. Bartolomé de los Mártires (2), de acuerdo con Gersón—, aunque todavía no tengan bastante experiencia propia para poder por ella entender a fondo las cosas del espíritu y las altas cuestiones de Mística, si tienen sinceros deseos de aprovechar y viva fe para creer lo que dicen los grandes maestros y personas experimentadas, poco a poco irán *sintiendo* la verdad de eso que leen y oyen, y aficionándose a ello; con lo cual, por esa experiencia ajena que se han apropiado, lograrán conocer bastante bien los diferentes caminos por donde suele Dios llevar las almas y aprender a guiarlas a cada cual por donde El la lleve, y no por el propio (como hacen los que nada saben sino lo experimentado por ellos mismos). Y de este modo, con el amor que cobren a tan encantadoras doctrinas, van aficionándose a su práctica, mediante la cual lograrán subir a la palma de la contemplación y florecer en toda suerte de virtudes; y así es como llega-

(1) «¡Oh Dios, exclama S. Ligorio *(Práctica,* n. 4), cuán útiles serían los confesores a las almas, empleando este pequeñísimo cuidado! (de enseñarlas y preguntarlas acerca de la oración). Pero ¡ay! ¿qué cuenta tendrán que dar a Dios si no se conducen así? Porque ellos están obligados a procurar, en cuanto está en su mano, el adelantamiento espiritual de sus penitentes. ¡Oh! cuántas almas podrían dirigir por la senda de la perfección, y librarlas de reincidir en culpas graves, si tuvieran este pequeño cuidado de encaminarlas por el camino de la oración!... Cuando un alma se ha consolidado en la oración, es muy difícil que pierda a Dios, y por esto se ha de aconsejar la oración mental no sólo a las personas timoratas, sino también a los pecadores...»

(2) *Compendium Mysticae doctrinae,* c. 26.

rán a ser teólogos perfectos y consumados directores y maestros de espíritu (1).

A estó deben aspirar, pues, cuantos asumen el tan tremendo como sublime cargo de la dirección y formación de las almas. Para que la divina Sabiduría quede en ellos y por ellos justificada como en todos los Santos (*Luc.* 7, 35), deben a toda costa procurar conocer bien —no sólo por el estudio de los libros de Mística y la comunicación de personas espirituales, sino por propia experiencia—y sentir vivamente lo que han de enseñar a los otros, esforzándose por cumplir ellos mismos lo que aconsejan; de modo que, si no pueden siempre ir con el ejemplo delante, al menos trabajen por subir con sus discípulos hasta lo más alto, y así puedan decir con el devotísimo Cardenal Bona (*Via compendii ad Deum,* c. 1): "Nec erit haec via scandalum mihi docenti, et non facienti... Dirigens ergo pedes aliorum in viam pacis, et ipse incipiam ab omni via mala prohibere pedes meos: et cum perfecero gressus audientium me in semitis Dei, sequar ego et exultabo sicut gigas ad currendam viam, quae me *ad verticem montis,* ad tertium coelum, ad *caliginem in qua Deus habitat,* recto intinere vel pertrahat, vel perducat„.

Por tanto, los que hayan recibido la misión nobilísima de enseñar y encaminar a otros hacia la cumbre de la perfección—como sucede con todos los prelados, pastores de almas, predicadores y confesores—no pueden lícitamente callarse ni abandonar o descuidar su sagrado ministerio por nada, ni aun por pretextos de insuficiencia o inhabilidad; sino que, debiendo proceder ya en todo como *perfectos,* están obligados, o a renunciar sus car-

(1) «Ascendamus itaque ardentissimis desideriis, dice Alvarez de Paz (*de Inquisit. Pacis,* l. 5, *Prooem.*), in contemplationis palmam, ut in omni virtute crescamus... Nam contemplatio in filio crescit... O quam suavis et honorabilis filius, de quo spiritualis Jacob pater ejus dicebat: *Filius accrescens Joseph, filius accrescens, et decorus aspectu: filiae discurrerunt super murum.*—...Est filius bis accrescens, quia erga Deum et homines augmentum perfectionis sumit. Tam magnum enim est, et excellens, ut non tantum Deus ipsum videat, qui intuetur cor, verum et homines ex signis, quae exterius parent, et si coeci sint, illum ignorare non possunt. Est decorus aspectu, et adeo pulcher aspicientium oculis, ut animae sanctae tantam virtutem et mentis puritatem videre appetant, et vel ex aspectu, si occasio conversandi non detur, proficere concupiscant. Id quidem animae fervidorum faciunt, at imperfecti et discoli, qui nollent perfectorum exemplo damnari, *exasperaverunt,* et amaritudine *impleverunt eum, et jurgati sunt, inviderunt que illi, habentes* mordacium verborum *jacula.* Sed non timeat qui contemplatione donatus ita in omni virtute crescit, quoniam *sedebit in forti arcus ejus,* fortitudo ejus detractationibus malevolorum non confringetur, et ut supremum verticem virtutis aprehendat, *dissolventur vincula brachiorum ejus per manus Dei potentis Jacob. Et inde,* si in Deo confisus fueris, ad aliorum profectum assumeris, et *pastor egredieris, ac lapis Israël» (Gen.* 49, 22-24).

gos, o habilitarse cuanto antes para llenar debidamente sus sagradas funciones, cultivando y secundando cuanto puedan la gracia ministerial, que no les faltará si fervorosamente la piden, y aun les hará ser verdaderos contemplativos (1).

"La contemplación que Dios da como *premio* a los muy retirados, después de algún paso del desamparo, dice el P. Godínez *(Práct. de la Teol. Míst.,* l. 3, c. 6), la suele comunicar como confortante cordial concomitante, y aun como premio antecedente a estos valerosos capitanes de la vida mixta„.—Pero, añade, "no es razón que cueste poco lo que vale mucho„.

Deben, pues, leer con gran interés y atención a los mejores maestros de espíritu, procurando poseerse bien de su doctrina y practicarla como mejor puedan, para conocerla a fondo y hasta por propia experiencia; y así —purificados e iluminados de veras—lograrán comunicarla con acierto, para mucha gloria y servicio de Dios (2), consuelo y mérito propio y beneficio de los prójimos (3). Pues llegando a gustar de esa santa ley de la verdad que deben tener siempre en su boca *(Malac.,* 2, 6), vendrán a encenderse en el amor divino de suerte que, ardiendo, luzcan como verdaderas lumbreras espi-

(1) «Quidam sunt, dice Santo Tomás *(in III Sent. D.* 35, q. 1, a. 1, *ad* 5), qui exercitiis activae insistunt principaliter, quamvis etiam quandoque contemplationis actus exequantur: quidam vero sunt qui postpositis curis activae, principaliter contemplationi student: alii vero qui circa utrumque insistunt. Sunt nihilominus et quaedam operationes quae *utrumque requirunt,* sicut *praedicatio,* et *doctrina,* quae *a contemplatione inchoatae* in actionem terminant, sicut a causa in efectum procedentes».

«Et quia *praelatorum est,* añade *(ib.* a. 3, sol. 3), *in utraque vita perfectos esse,* utpote qui medii sunt inter Deum et plebem, *a Deo recipientes per contemplationem,* et populo tradentes per actionem; ideo oportet eos in moralibus virtutibus perfectos esse; *et similiter praedicatores; alias indigne quis praelationis, vel praedicationis officium assumit».*—«No deben tan sólo, añade (2-2, q. 182, a. 1, ad 1), ocuparse en la vida activa, sino que deben sobresalir—*esse excellentes*—en la contemplativa».

(2) «Quantum illi placeat cum puritate quidem mentis praedicatio veritatis, escribe San Bernardo *(Serm.* 62 *in Cant.),* ostendit cum infert *(Cant.* 2): *Vox enim tua dulcis.* Quia enim non placeat vox si displiceat facies, demonstrat cum illico subdit: *Et facies tua decora.* Quid internae decor faciei, nisi puritas? In pluribus haec absque praedicationis voce complacuit, illa absque ista in nemine. Impuris non se ostendit veritas, nec se credit sapientia. Quid ergo loquuntur quam non viderunt? .. Cur opus lucis ante lucem praesumitis?... Superbo oculo veritas non videtur, syncero patet. *Non est quod se veritas deneget intuendam puro cordi,* ac *per hoc nec eloquenda.* Multi puritate neglecta, ante loqui quam videre conati sunt, et aut graviter erraverunt nescientes de quibus loquerentur, neque de quibus affirmarent; aut turpiter viluerunt, dum alios docerent, seipsos non docuissent».

(3) «Por más alta que sea la doctrina, y por más esmerada que sea la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hará de suyo ordinariamente más provecho que tuviere el espíritu de quien la enseña».—San Juan de la Cruz, *Avisos,* 192.

rituales; las cuales, dice Santo Tomás, *no lucen si antes no arden* en ese místico fuego (1).

Si esto no hacen, y por pereza, tibieza o cobardía dejan que resulte vana la gracia de su vocación (II *Cor.*, 6, 1), contentándose con ser lumbreras fatuas, apagadas u ocultas bajo el celemín; callando cuando tienen el deber imperioso de hablar, o no hablando como deben, no luciendo con palabras de celestial sabiduría y ejemplos de vida santa, cuando tan obligados están a alumbrar a *todos* como verdadera *luz del mundo* (2); entonces serán doblemente culpables, como *pastores ignorantes,* o *perros mudos que no saben ladrar (Is.* 56, 10-11), y como amadores de las tinieblas (3).

Por lo cual justamente vendrán a quedar privados de lo poco bueno que aún tengan o se figuren tener; mientras que, utilizando bien las gracias recibidas, irían siendo colmados de otras nuevas y mayores que les serían de gran provecho para sí y para los demás (4).

Así que nadie tiene disculpa; pues, por una parte, dice el P. Osuna (tr. 8, c. 4), "Dios de suyo está apare-

(1) Cf. I *Cor.*, 8, 1.—«Aliqui sunt lucernae solum quantum ad *officium*, sed quantum *effectum* sunt exstinctae. Nam sicut lucerna lucere non potest, nisi igne accendatur, ita lucerna spiritualis *non lucet, nisi prius ardeat,* et inflammetur igne charitatis. Et ideo ardor praemittitur illustrationi, quia *per ardorem charitatis datur cognitio veritatis*». S. THOMAS, *in Joan.*, V, lect, 6.—Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Cánt. espir.*, anot. a canc. 29.

«Ideo Gerson (in lib. de *Mystica Theologia),* advierte el V. Fr. Bartolomé de los Mártires *(Comp. Myst. doctr.*, c. 26), asserit omnino theologis scholasticis expedire, quamvis devotionis sint expertes, libros Mysticae Theologiae saepe legere; ex ea enim lectione gignitur amor, et suboritur quidam ardor experiendi et cognoscendi illa... *Eloquium* namque Domini *ignitum est*. Qui si via hac ad contemplationem pervenirent, *tunc absolutissimi theologi* merito dici poterunt, quales fuisse scimus B. Thomam, Bonaventuram, et caeteros quorum merita gloriose recolimus».

(2) «*Vos estis lux mundi*... Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum, *ut luceat omnibus* qui in dómo sunt.—Sic luceat lux vestra coram hominibus, *ut videant opera vestra bona*». *Mt.* 5, 14-16.

(3) *Joan.* 3, 19.—«¡Ay de aquellos, exclama San Agustín *(Medit.* c. 35), que callan tanto como hay que alabar en Vos, que sabéis hacer hablar a los mudos, y hacéis discretas y elocuentes las lenguas de los recién nacidos infantes! ¡Ay de aquellos que no hablan de Vos, de quien hay que decir tantos elogios, que aun los que más hablan de vuestras alabanzas, dicen tan poco como si fueran mudos!... Hábleos mi espíritu: comunique mi alma con Vos, y mi corazón sea ilustrado con la luz de vuestra visión santa, para que siendo Vos mi director y guía, camine de una virtud a otra, y finalmente llegue a veros, Dios de los dioses en Sión».

(4) «Omni habenti dabitur, et abundabit: ei autem, qui non habet, et quod videtur habere, auferetur ab eo».—*Mt.* 25, 29; cf. *Luc.* 19, 26.

Este es uno de los mayores castigos con que amenaza Dios a su pueblo, el privarlo de buenos directores y consejeros espirituales y dejarlo en manos de guías inexpertos: «Ecce enim Dominator Dominus exercituum, dice Isaías (3, 1-4), auferet a Jerusalem et a Juda validum et fortem, omne robur panis, et omne robur aquae... judicem et prophetam..., et honorabilem vultu, et consiliarium..., et *prudentem eloquii mystici*... Et efeminati dominabuntur eis».

jado a ayudar a los que se ayudan„.—Y por otra, añade, "aunque el maestro humano de este negocio pueda hacer menos en él que el maestro de todas las otras cosas en su facultad; empero todavía es muy necesario, porque la plática viva del recogimiento mueve mucho los corazones; y en ella recibirás lo que no hallarás en los libros, porque lo que no puede escribir la péñola, por unas maneras y rodeos de hablar y voces encubiertas, te lo dará a sentir tu maestro, si es tal; y yéndote a tu oración sobreverná el celestial Maestro y te dará a gustar lo que el otro te dijo. Primero ha de ser el maestro humano y luego el divino: porque sentencia común es que haga el hombre lo que es en sí, y que luego Dios pone lo que de su parte falta: lo cual también acaesce en el caso presente„.

"El que, no poseyendo el recogimiento, advierte luego (c. 6), presume enseñarlo, solamente porque lo ha leído, no es fuente de doctrina que enseña vida, pues no mana en él por operación lo que enseña por palabra; y este tal no es sabio de corazón, pues su corazón no sabe a qué sabe lo que está en la boca; y éste no es llamado prudente, sino atrevido, pues se atreve a enseñar lo que no quiere obrar„ (1).

De ahí la necesidad que todos los fieles, y especialmente los llamados al estado religioso o al sacerdocio, tienen de ser bien instruídos en las cosas tocantes a la vida espiritual, sin excluir las más elevadas, que son las más propias para animarlos a proceder como esforzados conquistadores del reino de Dios; y de suplir las deficiencias de esa instrucción con la asidua lectura de los grandes Místicos y Maestros de espíritu y de las mejores biografías de Santos, donde teórica y prácticamente vean expuestas las verdades cristianas que tanto necesitan conocer para saber desde luego hacia dónde y cómo han de dirigir sus pasos, y el modo de superar las dificultades con que han de tropezar; y así, bien instruídos y ejercitados ellos, estarán en condición de poder ayudar a los demás cuando la caridad o la justicia lo pidan, que serán muchas más veces de las que se supone.

No deben, pues, contentarse, como muchos aconse-

(1) «Has ergo venas susurri ejus, et levitatem aurae intus inpirantis in cor, escribe Juan de Santo Tomás (in 1-2, q. 70, disp. 18, a. 1), solus cognoscere potest, qui experitur et gustat *quoniam suavis est Dominus;* quia hoc *manna absconditum*, et hoc *nomen novum* in *calculo candido* scriptum *nemo scit, nisi qui accepit.*—Et difficile per laborem, et contentiosa disputationum certamina disquiri potest quod solum ex connaturalitate quadam, et experientia divinorum..., dignosci potest».

jan, con sólo aprender los primeros rudimentos y luego, poco a poco, lo que más vayan necesitando; que si desde un principio no tienen bastante clara noticia de las grandes alturas a que Dios les llama y adonde deben con el tiempo encumbrarse, ignorando cuán grande es la vía que aun les resta y cuán portentoso lo que allí verán, nunca se darán en su caminar toda la prisa que deben, ni se precaverán con los medios y diligencias indispensables para no aflojar ni ser sorprendidos de tantos enemigos astutos ni de tantísimos errores y engaños como les han de asaltar.

Muy conforme a esto, el mismo P. Rodríguez (tr. 1, c. 8), declara «cuán importante es en las exhortaciones y pláticas espirituales que hacemos, *tratar cosas de grande perfección,* exhortando a una profundísima humildad que llegue hasta el último grado, a una perfecta mortificación de todas nuestras pasiones y apetitos, y a una entera conformidad con la voluntad de Dios, que no haya en nosotros otro querer, ni otro no querer, sino lo que Dios quiere o no quiere, y que ese sea todo nuestro contento y regocijo, y así en las demás virtudes. —Podría decir alguno: «¿Para qué es platicar y predicar cosas tan altas a gente flaca, y algunas veces a gente que comienza? Si nos dijéseis cosas proporcionadas a nuestra flaqueza, cosas llanas y fáciles, podría sar que las tomásemos, pero esas perfecciones que llegan hasta el tercer cielo, parécenos que no dicen ni hablan con nosotros»... —No tenéis razón, a vos dicen esas perfecciones... Porque sois flaco, es menester platicaros y poneros delante esas cosas altas y de gran perfección, para que, poniendo los ojos en ellas, vengáis siquiera a llegar a lo que es razón y no quedéis tan bajo y tan corto en la virtud.—Para esto ayuda también mucho leer y oir las vidas y ejemplos de los Santos, y considerar sus virtudes excelentes y heróicas, y para eso nos los propone la Iglesia».

De ahí que—contra la opinión vulgar y la práctica rutinaria de muchas comunidades mal aconsejadas—los buenos Maestros no reparen en proponer a *todas* las almas de buena voluntad, no sólo la doctrina sana que por el momento necesiten, sino hasta la más elevada que puedan algún día necesitar y que parece propia de los grandes santos; para que, por una parte, vean desde luego lo mucho que les falta por subir y sepan hacia dónde han de dirigirse con todos sus esfuerzos; y, por otra, con las grandes maravillas que se les descubren, se "engolosinen", según la gráfica expresión de Santa Teresa (1),

(1) *Vida,* c. 18: «Es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto».—Cf. *Camino,* c. 19.

a la vida verdaderamente espiritual, y así se animen de modo que nunca se desalienten con los trabajos, viendo cuán largo y generoso es Dios en premiarlos desde este mismo destierro.

Por eso Fr. Luis de León, en la *Censura* que en 1587 hizo de los celestiales libros de dicha Santa, no repara en decir que son de *grandísima utilidad para todos* los que los leyeren; porque enseñan *cuán posible es tener estrecha amistad el hombre con Dios*, y descubren los casos por donde se sube a este bien, y avisan de los peligros y engaños que puede haber en este camino...

Lo mismo había hecho constar Surio en 1555, respecto de las obras del Beato Susón; de las cuales, en la epístola dedicatoria a Blosio, dice que son *utilísimas a todo cristiano* (1).

«Este libro, advierte conforme a esto el P. La Puente en el preámbulo de su *Guía espiritual*, como ha de ser guía para personas de estados tan diferentes y desiguales en la virtud, abraza materias también muy desiguales, levantándolas algunas veces a más alta perfección de la que pueden tener los principiantes según su estado, aunque no más alta de la que *pueden* y *deben desear* y *pretender*, si no es cuando se realza a lo *muy raro* y *extraordinario* que Dios suele conceder a sus escogidos por singular privilegio. Pero *a todos está bien leerlas todas* para abrazar luego las que son más proporcionadas a su estado, y *pretender las que son más excelentes*, y *admirarse* de las que son más raras...; y procurando hacerse tales, que no sean indignos de semejantes favores, porque la mano del Señor no está abreviada, y puede hacer a los presentes las mercedes que hizo a los pasados, y *ninguna alma hay que no sea capaz del bien que Dios hace a otra, si ella se dispone* para recibirle por los medios que el divino Espíritu le inspira».

Y el P. Chardón, insigne místico dominico, en la *Advertencia* preliminar a su precioso libro *La Croix de Jésus*, publicado a mediados del siglo XVII, dice así: «*Cuantos me lean* creo que podrán hallar algún provecho en las verdades aquí expuestas, reconociendo la medida de la gracia recibida y, en todo caso, concibiendo *deseos de elevarse a mayores favores: Aemulamini meliora charismata*, nos dice San Pablo. A diferencia de las almas que no se entregan sino a medias, *el alma generosa* que no se reserva nada, *se eleva hasta las*

(1) «¡Hijos de nuestra santa Madre!—exclama Fr. Arnoldo en su primer Prólogo a la *Vida* e *Instrucciones* de Santa Angela de Foligno—, aprended de ella a despreciar el respeto humano... Aprended la voz de la magnificencia y la sabiduría de la Cruz!... Aprended a conocer a Jesucristo y a su Madre, y cuando lo hayáis aprendido, *enseñad esta ciencia a todos*, a hombres y mujeres, y enseñadla con el lenguaje imponente del ejemplo... No olvidéis que de una mujer aprendieron los mismos Apóstoles el misterio de la vida mortal del Salvador, y de otra mujer el de su resurrección».

alturas divinas que no se explican sino con el silencio. ¡Ojalá pueda yo contribuir de algún modo a esclarecer las santas ascensiones por las cuales se llega hasta ahí!«

Muy convencido de todo esto debía estar el V. P. García de Cisneros, cuando, en el Prólogo de su famoso *Ejercitatorio de la vida espiritual*—que al parecer sirvió de guía a San Ignacio—decía: «Trataremos cómo el ejercitador y varón devoto *se ha de ejercitar según las tres vías* que son dichas: *purgativa, iluminativa* y *unitiva;* y cómo, por ciertos y determinados ejercicios..., *meditando, orando, contemplando,* ordenadamente *podrá subir* y *alcanzar el fin deseado,* que es ayuntar el ánima con Dios: lo cual es dicho de los Santos verdadera y *no conoscida sabiduría*».

Del mismo modo el P. Osuna ordena su famoso *Abecedario espiritual* para «notificar a *toda suerte de personas* el recogimiento» y enseñarles a emprender una vida verdaderamente interior, donde toda su conversación sea en los Cielos.—Y Santa Teresa escribe su *Camino de perfección,* con grandes cosas relativas a la oración «sobrenatural», y luego todas sus maravillosas *Moradas,* para enseñanza, consuelo y estímulo de sus religiosas. Y así han hecho en general todos los grandes maestros (1).

Artículo 6.º—Importancia y necesidad de los divinos consuelos.

Por lo dicho se comprenderá ya cuánto importan para emprender con todo fervor y resolución la vida espiritual y dar de mano a todo lo terreno, esas divinas consolaciones con que tantas veces nos invita el Señor para atraernos a su servicio y hacernos olvidar, despreciar y aborrecer lo que el mundo ama.

Es muy cierto que no está en ellas la substancia de la vida espiritual, y que son simples medios a los cuales nunca debemos apegarnos y de que no habemos de usar sino en cuanto nos ayuden a mejor desprendernos del mundo y nos conduzcan a la mayor unión con Dios; y que por tanto, es preciso renunciar a ellas en cuanto a estos fines se opongan o los estorben. También es cierto que el poder servir a Dios fácilmente sin esas ayudas es mucho mejor y más perfecto que el necesitarlas y tener aun que apoyarse en ellas.—Y por eso los Santos, una vez que van siendo adultos en Cristo y capaces de gustar, a imitación suya, el duro pan de tales—que son las

(1) «Diximus qualiter *ad sapientiam veram pervenitur legendo et meditando;* videndum est nunc qualiter ad ipsam *perveniatur orando*».—San Buenaventura, *Incendium amoris,* c. 2.

«El fin y término de la oración mental, dice Molina *(De la Oración,* tr. 2, cap. 6), es la contemplación... Todos la deben procurar, en cuanto en sí fuere... Es la *perfección de toda la oración*». Por eso Juan de Santo Tomás trata de ella en su *Catecismo.*

grandes sequedades, penas y aflicciones—, van dejando esa leche de la infancia y haciéndose al alimento propio de los varones perfectos, prefiriendo a veces por su parte, y en cuanto es posible a la humana flaqueza, llevar a secas el yugo del Señor.

Pero no es menos cierto que, cuanto más procuran ellos—por el grande amor que a Dios tienen—huir de esas consolaciones sensibles, tanto más embriagados suelen ser con otras delicias espiritualísimas e inefables, que son como presagios de la eterna gloria que les está reservada, y con que El gusta ya de regalarles; por lo cual, aun en medio de las mayores penas, amarguras y contradicciones, *sobreabundan de gozo* (1). Y, antes de poder ser tan grandes y esforzados, tuvieron que empezar por ser como niños pequeñuelos y débiles; y entonces, para poder crecer en gracia, salud espiritual y virtudes, y llegar así a ser fuertes, valerosos y perfectos, ansiosamente codiciaron el debido alimento de la infancia, la leche de esas consolaciones sensibles, sin las cuales, por ser los medios ordinarios con que Dios nos atrae y nos anima y conforta, se hubieran quedado a mitad del camino, y nunca hubieran podido llegar a la cumbre de la santidad, donde muestran esa perfección que tanto admiramos (2).

(1) «Para los que voluntariamente llevan su Cruz, la amargura de las tribulaciones se trueca toda en gracias, dulzuras y amor... Por eso digo y afirmo que los que por esta vía divina pasan, bebiendo la amargura de la penitencia, *beben gozos divinos*... Si el hombre encuentra ansiedades y congojas en el camino de la penitencia, yo sé qué gozos le esperan una vez que vaya adelante».—Santa Foligno, *Visiones*, c. 50.

«Esta gran virtud del amor es la que más dispone al alma para todos los bienes, desnudándola de sí misma y de su amor propio... Esta es la que sube al alma a la cumbre de la perfección y unión con Dios..., que llega a tanto, que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es... Estas tales almas son las más amadas de Dios, las más santas, las *más consoladas*, y las que van *más seguras* por el camino de Dios: a *éstas visita*, a éstas descubre sus secretos; con éstas trata muy familiarmente, porque se dan todas a El, y ya no son propias, sino de su amado Jesús. Estas son las que padecen por El con perfecta caridad; estas son las que no se contentan con padecer poco, pero desean padecer más y más por el Amado; a éstas *consuela y regala y visita de muchas maneras*, por haberse de verdad entregado en sus manos...

»Los que padecen géneros de trabajos y no son visitados, enseñados y consolados, es por su culpa; porque con su amor propio no se resignan y entregan en su Dios, que los puede remediar mejor que no ellos; y así viven buscándose a sí mismos, tristes y desconsolados: lo cual no hicieran si no se buscaran, saliendo de sí, entregándose a su Dios, consolador y remediador de todos los que de verdad le buscan y se le entregan». San Alfonso Rodríguez, *Unión*, c. 15.

(2) En estos comienzos, añade Santa Angela de Foligno (*Visiones*, c. 64), «Dios muestra al alma un amor que se parece al amor creado: le prodiga con sus caricias asombrosas e inefables consolaciones. Estas no debe el alma pedirlas con demasiada importunidad; pero tampoco debe menospreciarlas cuando El se las da; pues son su alimento, y la excitan a proseguir su cami-

He ahí por qué los buenos Maestros, para ir atrayendo todas las almas y tratar de "corregir, enseñar, educar y formar a *todos los hombres* sin excepción, a fin de hacerlos perfectos en Cristo", conforme el Apóstol les manda *(Col.* 1, 28), de modo que puedan llegar a gustar las ocultas dulzuras de la Cruz, empiezan por animarles con la esperanza de esas consolaciones sensibles que en un principio tanto suelen abundar en el servicio divino, con las cuales olviden los gustos y consuelos terrenos (1). Y por eso mismo podemos y aun debemos nosotros empezar deseando y pidiendo con ardor, "como tiernos infantes, la razonable leche de los consuelos celestiales que nos hagan crecer en salud; si es que somos capaces de gustar cuán dulce es el Señor" (2).—Y por eso debemos también pedirle que nos llene de todo *gozo* y *paz* en creer; a fin de abundar en la esperanza y en la virtud del Espíritu Santo" *(Rom.* 15, 13): con que nos dispondremos para poder hacer y padecer como grandes y sacrificarnos en todo por su amor (3).

Pero hay muchos vanidosos y perezosos que, no haciendo nada, presumen de valientes, y olvidando esta doctrina, no reparan en decir que a ellos les basta la luz

no sin molestia ni cansancio. Mediante ellas es llevada el alma a la busca incesante del sumo Bien y a ser en El transformada... Y cuando la transformación sea completa, ya no tienen otro querer ni no querer que el de Aquel a Quien aman».—«Por eso el alma no debe en este camino buscar los consuelos espiririuales sino para apoyar su flaqueza y calentar su frialdad». *(Ib.,* c. 66).

(1) El amor sensible que nace de la compunción y vida interior y penetra dulcemente los corazones, dice Rusbrockio *(Adorno de las Bodas,* l. 2, c. 12), «es un gusto digno de desearse, y un apetito y deseo ardiente de Dios como bien eterno en que se contiene todo bien. Este amor sensible se aparta de todas las criaturas y las renuncia, no en cuanto a la necesidad, sino en cuanto al gusto y concupiscencia...: despreciando fácilmente todas las cosas para conseguir al que ama».

(2) «Sicut modo geniti infantes, rationabile sine dolo lac concupiscite, ut in eo crescatis in salutem, si tamen gustatis quoniam dulcis est Dominus». I *Petri,* 2, 2-3.

(3) «Las consolaciones sensibles, dice el P. Chardón, O. P. *(La Croix de J.,* 3.e entr. c. 9), son desde esta vida como un preludio del Paraíso en el corazón de los Santos. Hacen las potencias del alma más libres en sus operaciones y las preparan a producir sus actos con menos dificultad: de ahí que puedan ser procuradas y aun pedidas a Dios como poderosas ayudas que favorecen el progreso hacia la más eminente perfección del santo amor. Sus dulzuras no sólo hacen insípido al alma el placer que las criaturas podrían procurarle fuera de Dios, sino que producen en ella aversión a todos los gozos naturales... No hay poder capaz de asustar a un alma llena de las divinas consolaciones... Y sin embargo, su abundancia es más bien indicio de poca mortificación y aprovechamiento, que no una prueba de progreso en la perfección de la caridad. Hacen ver lo que puede la liberalidad de Dios, más bien que lo que puede la de la criatura».

«No está la perfección del hombre en tener consolaciones...; pero está esta perfección y paz del alma en ofrecerse de todo corazón a la divina voluntad, no buscando su interés en lo poco ni en lo mucho, en lo temporal ni en lo eterno». S. Alf. Rodríguez, *Decl. del P. N.* c. X.

de la fe, sin necesidad de esas dulzuras sobrenaturales; y que, a imitación de los grandes Santos, quieren proceder como fuertes y no como niños: por lo cual dejan todos esos consuelos para la otra vida. ¡Como si ellos estuvieran ya en condición de poder sufrir grandes trabajos sin alivio ninguno y sin nada que los endulce y los haga fáciles! ¡o como si el no preocuparse de los consuelos divinos fuera por puro amor a la cruz, y no por estar aún tan apegados aquí abajo, que no gustan de las cosas de lo alto, sino de las terrenas! Mas la santa Iglesia sabe muy bien la necesidad que todos tenemos del Espíritu *Consolador;* y así contínuamente en la santa Liturgia nos enseña a invocarlo como a tal y pedirle su gozo y sus consuelos. En la oración ordinaria del mismo E. S., pide: "Recta *sapere,* et de ejus *semper consolatione gaudere*". Y en una del dulce Nombre de Jesús: "Ut *omnes*... sanctae *consolationis dulcedinem* in praesenti percipiant...„ En las Letanías de los Santos: *Ut loca nostra et omnes in eis habitantes visitare et consolare digneris.*—Y en otra plegaria dice: "*Fac* nos próspera mundi despícere, et *coelesti semper consolatione gaudere*„.

Y así lo han hecho siempre los verdaderos Santos y grandes Maestros; pues aunque en ciertos momentos en que se sentían más animados—o cuando veían que así lo disponía Dios, prefiriesen el desconsuelo, no por eso dejaban de invocar al divino Consolador y pedirle que les devolviera la alegría de su salud, como lo hacen San Agustín, San Bernardo, San Lorenzo Justiniano, Blosio, Osuna, Granada y el Cardenal Bona, etc., etc. Pues todos sabían muy bien que la divina Escritura nos manda *andar siempre alegres* y gozosos, por ser la santa alegría, o sea el gozo espiritual, uno de los principales frutos del E. S. que en la oración se reciben, y porque tanto ayuda a la perfección de la paz y caridad y verdadera santidad (1): todos sabían que el Señor hace deleitables "los éxitos de la mañana y de la tarde„ *(Ps.* 64, 9); y todos repetían: "Acordándome de Dios, me deleité„ *(Ps.* 76, 5).—"Mi alma se regocijará en el Señor y se deleitará en su salud„ *(Ps.* 34, 9). Y todos, por fin, nos amonestarán

(1) «*Semper gaudete.* Sine intermissione orate. In omnibus gratias agite: haec est enim voluntas Dei... Spiritum nolite exstinguere... Ab omni specie mala abstinete vos.—Ipse autem Deus pacis santificet vos per omnia, ut integer spiritus vester, et anima, et corpus sine querela in adventu Domini N. J. C. servetur» I *Thes.* 5, 16-23.

«*Gaudete*, perfecti estote, exhortamini, idem sapite, pacem habete; et Deus pacis et dilectionis erit vobiscum... Gratia Domini nostri Jesu Christi, et caritas Dei, et *communicatio Sancti Spiritus sit cum omnibus vobis*». II *Cor.*, 13, 11, 13.

diciendo: "Deléitate en el Señor, y te dará lo que tu corazón pide... Los mansos se deleitarán en la muchedumbre de la paz„ *(Ps.* 36, 4, 11).

«Vos sois, Dios mío, dice San Agustín *(Soliloq.* c. 22), la eterna consolación, que solamente os comunicáis a aquellos que por conseguir ese consuelo vuestro, despreciaron los consuelos de este mundo... Os suplico, por Vos mismo, no permitáis que reciba ni halle yo consuelo en ninguna de estas cosas vanas, que dan fingida consolación, y solamente le reciba y le halle en Vos».

«Atravesad, os ruego, mi carne—añade *(Meditaciones*, c. 34)—con vuestro santo temor; y alégrese mi corazón de tal suerte que tema vuestro nombre... Pues, Dios mío, dador de todos los bienes, concededme que mientras os alabo tenga abundancia de lágrimas, juntamente con pureza de corazón y alegría del alma, para que *amándoos perfectamente* y dignamente alabándoos, *perciba, guste* y *experimente* con el paladar de mi corazón cuán dulce sois, Señor» (1).

«Da pro omnibus mundi consolationibus—piden las almas fieles, con el V. Kempis (l. 3, c. 26)—, suavissimam Spiritus tui unctionem».

«Intret Spiritus tuus bonus, exclamaba San Ambrosio *(Orat. ante Missam)*, in cor meum, qui sonet ibi sine sono, et sine strepitu verborum *loquatur omnem veritatem* mysteriorum... *Sentiat mens mea dulcedinem* beatissimae praesentiae tuae, et excubias sanctorum Angelorum in circuitu tuo... Ignem Sancti Spiritus in nobis clementer accende. Aufer cor lapideum de carne nostra: et da nobis cor carneum, quod te amet, te diligat, in te *delectetur,* te sequatur, et te *perfruatur...* Sana palatum cordis mei, ut *sentiam suavitatem amoris tui.* Sana illud ab omni languore, ut nullam praeter te sentiam dulcedinem. Panis candidissime, habens omne delectamentum..., comedat te cor meum, *et dulcedine saporis tui repleantur viscera animae meae*».

«¡Oh E. S. consolador, exclama a su vez el V. Granada *(Memorial*, tr. 5; *orac. al E. S.),* que en el día santo de Pentecostés descendiste sobre los Apóstoles, y hinchiste aquellos sagrados pechos de caridad, de gracia y de sabiduría: suplícote, Señor, por esta inefable lurgueza y misericordia, hinchas mi ánima de tu gracia, y todas mis entrañas de la *dulzura inefable* de tu amor. Ven, oh Espíritu Santísimo, y envíanos dende el cielo un rayo de tu luz. Ven, Dios mío, y aparéjame para tí con la riqueza de tus dones y misericordias. *Embriágame con el don de sabiduría,* alúmbrame con el don de entendimiento, rígeme con el don de consejo, confírmame con el don de

(1) «Quien supiere decir quién eres tú, Señor, sabrá decir a qué sabes tú. Sobre todo entendimiento es tu sér; y también lo es tu dulcedumbre, la cual está guardada y escondida para los que te temen; y para aquellos que por gozar de Tí renuncian de corazón el gusto de las criaturas... Y conociendo Tú, Señor sapientísimo, como Criador nuestro, que nuestra inclinación es a tener descanso y deleite, y que un ánima no puede estar mucho tiempo sin buscar consolación, buena o mala, nos convidas con los santos deleites que en Tí hay, para que no nos perdamos por buscar malos deleites en las criaturas. Voz tuya es, Señor *(Mt.* 11): *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os recrearé.* Y Tú mandaste pregonar en tu nombre *(Is.*, 55, 1): *Todos los sedientos venid a las aguas.* Y nos hiciste saber que hay deleites en tu mano derecha, que duran hasta la fin. Y que con el río de tu deleite, no con medida ni tasa, has de dar a beber a los tuyos en tu reino. Y algunas veces das a gustar acá algo dello a tus amigos; a los cuales dices *(Cant.* 5): *Comed y bebed, y embriagaos, mis muy amados.*—Todo esto, Señor, con deseo de atraer a Tí con deleite a los que conoces ser tan amigos dél». Beato Juan de Avila, *Audi Filia,* cap. IX.

fortaleza, enséñame con el don de sciencia, hiéreme con el don de piedad, y traspasa mi corazón con el don de temor. Oh dulcísimo amador de los limpios de corazón, enciende y abrasa todas mis entrañas con aquel suavísimo y preciosísimo fuego de tu amor, para que todas éstas abrasadas, sean arrebatadas y llevadas a Tí, que eres mi último fin y abismo de todos los bienes. Oh dulcísimo amador de las ánimas limpias, pues Tú sabes, Señor, que yo de mí ninguna cosa puedo, extiende tu piadosa mano sobre mí, y hazme salir de mí, para que así pueda pasar a Tí... ¡Oh quién me diese que a tan grande bien me quisieses admitir!... Tuvo sed mi ánima de Dios vivo: ¿cuándo vendré y paresceré ante la cara de todas las gracias? ¿cuándo entraré en el lugar de aquel tabernáculo admirable?...»

Así vemos que el alma fervorosa, conforme decía San Francisco de Sales (*Amor de Dios*, l. 1, c. 9), «no pretende por el primer deseo que expresa más que una casta unión con su Esposo... *Béseme*, dice, *con el beso de su boca*».

En vista de estos testimonios, se comprenderá ya cuán lastimosamente se engañan a sí mismos y engañan a los demás cuantos, por disimular o disculpar su propia flojedad y tibieza, tratan de menospreciar los divinos consuelos o no darles ninguna importancia y hacer que los demás no los tengan en el debido aprecio.

«Algunos libros he leído, observa el P. Osuna (*Ter. Abec. esp.* tr. 12, c. 6), que ponen menos bien esto de la consolación espiritual, con algunos espantos demasiados..., reprendiendo los sentimientos de la devoción que alabaron los Santos; y esto pienso que vino de no haber gustado cuán suave es el Señor, porque estos sentimientos, como dice Gersón, no se dejan entender sino de los que los sienten; ca sintiendo de Dios en bondad, y buscándole con simplicidad de corazón, luego sentiríamos las cosas del espíritu, y sentiríamos en nosotros lo que sentimos en Jesucristo, y se deleitaría en grosura de consolación nuestra ánima: y deleitándonos en Dios, nos daría las peticiones de nuestro corazón, porque sus deleites dice que son morar con los hijos de los hombres, para hacer que se deleiten en El».

Y a los que huyen de los consuelos, como si fueran obstáculos y no medios para crecer en virtud, les decía (*ib.* c. 4): «Busquemos, pues, al Señor, junto con su consolación, como lo buscan los justos, y no lo dividamos de su dulcedumbre, aunque el demonio nos lo amoneste...; porque así como la humanidad es vía para ir a Dios, así la dulcedumbre suya es un incitamiento y espuelas para que corramos a El, según dice San Bernardo: «Si el Hijo de Dios, por ser dulce, se llama en la Escriptura panal, no sé por qué no lo hemos de buscar con su miel».—«No piense alguno que ama a Dios, añade (c. 5), si no le quiere gustar, porque el fructo del amor es el gusto de lo que es amado, y mientras más se ama, mejor se gusta...

»Estos por ventura quieren venir a Dios a propia costa, pensando que podrán llevar los trabajos espirituales sin consolación ninguna y que las ruedas de su carro podrán ir sin untar con alguna gota de consolación».—Mas, «allende de se fundar en presunción (los que así dicen que prefieren dejar las consolaciones para el cielo), parece que sienten mal de N. Sr., que es padre de las misericordias y Dios de toda consolación; porque presuponen, según parece, que les ha Dios de quitar en el cielo lo que les da en la tierra; lo cual es contra aquello que El dice: *Recibirá ciento tanto, y poseerá vida eterna.*—Aquí

habla el Señor con *cada uno* de los creyentes, prometiéndoles dos premios... El mesmo se puso debajo de apariencias de pan y vino por nos enseñar cuanta voluntad tiene de nos inebriar a los pechos de su consolación».

«No piensen, advierte la V. Isabel de Jesús (*Vida*, l. 5, c. 42), que todo lo reservó su Majestad para la otra vida; pues en ésta *les daría a todos*, si se dispusiesen, lo que da a los Santos; porque no le cuesta nada, y no lo tiene para otra cosa sino para comunicarlo (1).

»Quiero avisar aquí de dos cosas: la primera de una gran tentación —que traen los que no experimentan cosas semejantes—de pensar y aun juzgar, que es la disposición de los que las prueban, ser mujeres o tener naturales mujeriles, y que a ellos los trata el Señor como a varones fuertes y que no tienen necesidad destas ayudas; siendo verdad que no nace el comunicar Dios estas gracias, por ser mujeres o dejarlo de ser; pues sabemos que no ha habido varones señalados en toda la Iglesia de Dios a quien Dios no haya señalado con estas o semejantes gracias.—Lo segundo es, que este juicio está, a mi ver, lleno de soberbia y presunción de sí, como se ve claro, y de una tácita disculpa de su negligencia; y aún es ocasión de que los que van por este camino, desmayen viendo que es desapoyado de tales hombres; y que los que no van, y pueden disponerse para ir por él, le desestimen, viendo lo poco que se precian los regalos de Dios... También hago saber que lo primero que obran estos regalos, es quitar este natural que a nosotros nos parece que es la causa de recibirlos, y hacer a los niños hombres, y a las mujeres, varones robustos y para mucho sufrimiento y constancia; y que éstos que llaman mujeriles, pasen trabajos sin queja, que el menor de ellos no pasan los que se tienen por hombres, y no lo son para sufrirlos».

«Las consolaciones espirituales, advierte a su vez el V. Granada (*De la Devoción*, c. 4, § 1), son como manjar de niños, y como una dulce leche con que el Señor los cría y los desteta de los deleites del mundo: para que... con la dulzura del amor divino despidan de sí todos los regalos del amor mundano. Porque de otra manera nunca los hombres podrían acabar consigo de soltar un amor, si no hallasen otro más dulce y excelente... Mas después que están esforzados algo con este manjar, quiere el Señor que dejen ya de ser niños, y comiencen a andar por su pie y comer pan con corteza... Y no por esta mudanza se menoscaba la devoción y amor que los buenos tienen a Dios, sino antes se muda en otra mejor... Cuando los hombres han llegado a este estado, no desfallecen en los trabajos, aunque les falten las consolaciones... A este grado de perfección *deben anhelar todos* los amado-

(1) «Fuera incomportable la vida del espíritu, dice el Beato Francisco Posadas (*Vida de Santo Domingo*, l. 2, c. XII), si no la visitara la bondad divina con dulces consolaciones, dando (como está escrito) el vino a aquellos que se hallan en el ánimo amargosos».

«A los que Dios mucho quiere, advertía Santa Teresa (*Camino*, c. 18), lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores... Ansí ha menester Su Majestad darles mantenimiento, y no de agua, sino de vino: para que, embriagados con este vino de Dios, no entiendan lo que pasan y lo puedan sufrir. Y ansí pocos veo verdaderos contemplativos que no los vea animosos y determinados a padecer».

«A los favores y regalos, observa el P. La Puente (*Vida de la V. Marina de Escobar*, Introd., secc. 4), sin las cruces, fácilmente suele vencer la soberbia, presunción y vanagloria; las cruces y tormentos sin alivios de regalos, fácilmente se despeñan en impaciencia, tedio y pusilanimidad de espíritu; las virtudes, sin la mezcla de esotras dos cosas, nunca son sólidas, ni fuertes, ni bien probadas, y así fácilmente las vence la pereza y tibieza del corazón; pero cuando todas tres se juntan, hacen una santidad aventajada y como inexpugnable».

res; y cuando en él se vieren, den muchas gracias al Señor porque los sacó ya de pañales y los puso en estado más seguro... El ánima que de verdad ama a Dios, una de las mayores cosas que por El puede hacer, es consentir en carescer deste gusto y suavidad espiritual, cuando El es desto servido».

Mas esto es ya propio de grandes amigos del Señor, que, con el mismo íntimo trato que tienen con El, han venido a quedar muy templados en su divina fortaleza.

"A los hombres que han llegado a este estado, añade el gran Maestro dominico, suele ya Dios dar parte de sus secretos, como a perfectos varones: según que claramente lo testifica el profeta Isaías (28) por estas palabras: "¿A quién enseñará Dios su sabiduría, y a quién abrirá el entendimiento para que entienda sus secretos? A los destetados de la leche, y a los apartados de los pechos...: conviene a saber, a los que por su amor han renunciado ya todo género de deleites, no sólo temporales y sensuales, sino también espirituales...

Pero los que por su tibieza, flojedad y cobardía nunca acertaron a gustar y saber cuán dulce es Dios Nuestro Señor, no deben escudarse con el desprendimiento predicado a los ya muy perfectos y espirituales, que a su tiempo gustaron esa dulzura; sino procurar muy de veras hacerse como niños, a fin de poder ser admitidos en el Reino de los cielos, y como niños, desear la leche razonable, a fin de poder crecer hasta ser perfectos, y tales que ya no necesiten de esos regalos.

Mejor es indudablemente el manjar de perfectos que el de niños; pero aún más indudablemente es mejor servir a Dios con ayuda de esa leche de pequeñuelos, que el no servirle de ningún modo, sino estarse abandonados a los gustos y caprichos del mundo, aunque sea pensando que con eso agradan a Dios. Mas si no se preocupan de merecer *gustarle*, es sólo por ignorar completamente *cuán dulce es El*, por no haber querido entrar en la soledad a conversar con El saliendo del mundanal Egipto (1).

(1) Ricardo de San Víctor *(De quatuor gradibus violentae charitatis)* dice: «In primo itaque gradu Spiritus ille super mel dulcis intrat in animam, et dulcedine sua inebriat eam, in tantum, ut habeat *mel et lac sub lingua* sua, et fiant *favus distillans labia* sua... Haec est prima consolatio quae abrenuntiantes saeculo primo excipit, et boni proposito consolidare consuevit. Hic est cibus ille coelestis, qui eggredientes de Aegypto solet reficere, et per solitudinem pascere; hoc est illud *manna absconditum quod nemo novit, nisi qui accipit*. Hic est ille dulcor spiritualis et interna suavitas, quae quasi modo genitos infantes solet lactare et alere, et ad maturitatis robur paulatim perducere.—In hoc itaque statu anima a Domino in solitudinem ducitur, ibique lactatur ut interna dulcedine inebrietur... *(Os.* 2, 14) Sed prius oportet Aegyptum deserere, prius oportet Mare Rubrum transire. Prius necesse est Aegyptios in aquis perire, prius necesse est Aegypti cibos deficere, quam possimus hoc spirituale alimentum cibumque coelestem percipere».

«Algunos hay, prosigue el mismo V. P. Granada, que toman ocasión de esta doctrina para no darse nada por las consolaciones espirituales, ni por los ejercicios con que se *alcanzan*, diciendo que no está la santidad y perfección de la vida cristiana en las consolaciones espirituales, sino en las virtudes.—Es el hombre en gran manera enemigo de condenarse por su propia sentencia; y porque los soberbios que nunca gustaron de Dios quedarían condenados por lo que son, si esto se tuviese en algo, han tomado por medio deshacer y menospreciar las consolaciones espirituales, por no quedar ellos dentro de sí mesmos confundidos, viéndose tan desnudos y tan ajenos de ellas. ¡Miserables de vosotros, pues no habéis gustado cuán suave es el Señor! Y mucho más miserables, pues por excusar vuestra negligencia, sembráis errores de pestilencia, encubriendo la lumbre de la verdad porque no se vea con ella la confusión de vuestra maldad; y de tal manera usáis de la llave de la sciencia, que *ni vosotros entráis en el cielo*, porque no queréis, *ni dejáis entrar a los otros*, pues les cerráis el camino con los yerros que habéis aprendido en la escuela de vuestra negligencia.

»Dices que en las consolaciones espirituales no consiste la santidad.—Verdad es: no está en ellas la santidad, mas son ayuda grande para la santidad; no está en ellas la perfección, mas son instrumentos muy principales para alcanzar la perfección... Porque si no fueran grandes espuelas éstas para andar por el camino de la virtud, no dijera el profeta David (*Ps.* 118): *Por el camino de tus mandamientos, Señor, corrí, cuando dilataste mi corazón.*—Lo cual se hace con el gozo y alegría espiritual, que es uno de los principales frutos y obras del Espíritu Santo: con lo cual se dilata y ensancha nuestro corazón y se despierta para todo lo bueno».

«Esta es la causa—había antes advertido (*ib.*, c. 1, § I)—por donde los siervos de Dios pueden con mucha razón desear y pedir al Señor estas alegrías y consolaciones espirituales, no por el gusto y contentamiento que hay en ellas (porque esto sería más amor propio que amor de Dios), sino por este provecho que nos traen para el bien obrar».

No desearlas ni pedirlas cuando tanto las necesitamos, es manifiesta presunción y lamentable engaño. Y este engaño es hoy, por desgracia, muy frecuente aun en personas que presumen de piadosas y devotas, por contribuir no poco a producirlo—a veces con la mejor intención—los mismos que debían disiparlo.

«Si algún asunto hay respecto del cual parezcan más contradictorias las tradiciones antiguas y modernas de la vida espiritual, advierte el P. Faber (*Progreso del alma*, c. 23), es éste, relativo al modo de aprovechar las mercedes espirituales que Dios nos otorga; pues mientras en los antiguos se nos recomienda procurarlas, orar por alcanzarlas y estimarlas debidamente, los escritores modernos nos exhortan a esquivarlas, temerlas, no utilizarlas sino con gran cautela mezclada de miedo, y pedir a Dios que se digne más bien llevarnos por las vías ordinarias de la piedad... La exageración, gusano roedor de tantos libros espirituales, suscitando vanos recelos en el alma de muchos lectores, les ha causado más grave daño que lo pudiera una ilusión procedente de Satanás..! La doctrina de los Santos nos dice que los favores espirituales—me refiero a las consolaciones y dulzuras—no son meros ornamentos ni dijes de la vida espiritual, sino una de sus condiciones esenciales... Todos los libros espirituales de la antigua escuela enseñan que, a ejemplo de la viuda del Evangelio, debemos importunar a Dios en nuestras súplicas para que nos las otor-

gue: si queremos saber, dice uno de aquellos libros, cómo debemos desear los favores del cielo, veamos cómo los patriarcas ansiaron el advenimiento del Mesías».

Esta es la verdadera doctrina tradicional. Querer, pues, prescindir de los divinos consuelos es dificultar o impedir el aprovechamiento y hacer que las almas no se animen de veras a emprender el camino de Dios, o desfallezcan desde los primeros pasos.

«Los que comienzan, advierte el Beato Juan de Avila (*Audi Filia*, cap. 26), ordinariamente han menester, conforme a su edad, leche de niños, y quien los quisiere criar con manjar de grandes y en un día hacerlos perfectos, errarlo ha mucho, y en lugar de aprovechar dañará. Tiene cada edad su condición y su fuerza, conforme a lo cual se le ha de dar su mantenimiento... Por tanto; si el Señor da estas consolaciones, recíbanse para llevar su cruz con mayores fuerzas, pues es su costumbre consolar discípulos en el monte Tabor, para que no se turben en la persecución de la Cruz. Y ordinariamente primero que entre la hiel de la tribulación envía la miel de la consolación: y nunca ví estar mal, ni tener en poco las consolaciones espirituales, sino a quien no ha experimentado qué son».

«Engáñanse, dice muy bien el P. Alvarez de Paz (*De inquisit. pacis*, II, 3, 2), los que tienen en poco aprecio esta dulzura espiritual, o no la piden con ahinco en sus oraciones, o no se duelen de que les sea quitada. Bien muestran con esto que no saben por experiencia lo mucho que vale, pues si la hubieran probado una vez siquiera, si hubieran visto cómo, por ella empujados, no sólo corrían, sino que volaban en el camino de la perfección, cierto habrían estimado un don tan precioso que así acrecentaba su virtud y tan divinamente la aquilataba... Cuando esta dulzura penetra el corazón de cualquier persona, aunque sea recién entrada en la vida espiritual, o aún imperfecta, engendra allí obras del todo perfectas; mientras que si, por el contrario, se retira de una persona adelantada en virtud, o ya perfecta, déjala incapaz de hacer cosa alguna sin incurrir en muchas imperfecciones durante esa privación. No se tenga, pues, por indicio de ánimo apocado ni afeminado o melindroso, el codiciar esa dulzura, sino al contrario, por afecto de persona discreta y varonil, que conociendo la ruindad de su condición, ansía un don que le permita poder volar a Dios con mayor agilidad y rapidez, y practicar obras más heróicas y a la vez más abundantes.—Quien otra cosa pensase, ni se conoce a sí mismo, ni tiene vivos deseos de perfección, ni barrunta siquiera el verdadero tesoro que con esa dulzura se alcanza».

«Buenas son, confiesa el mismo Rodríguez (*Tr.* 8, c. 24), las consolaciones y gustos espirituales, porque con ellos fácilmente desecha el alma y aborrece todos los placeres y gustos de las cosas de la tierra... y se anima y alienta para caminar con ligereza en el servicio de Dios... Ayudan también mucho para quebrantar uno su voluntad y vencer sus apetitos, mortificar su carne y llevar con mayores fuerzas la cruz y trabajos que se ofrecen; y así suele Dios enviar los consuelos y regalos a quien ha de enviar trabajos y tribulaciones, para que con ellos se aperciba y disponga para llevarlos bien...

»De manera que los gustos espirituales son *muy buenos y de mucho provecho*, si sabemos usar bien de ellos; y así cuando el Señor los diere, se han de recibir con hacimiento de gracias: pero si uno parase en estas consolaciones y las desease por sólo su contentamiento, eso ya sería vicio y amor propio desordenado... No se han de desear

ni tomar... sino como medio que nos ayuda para los fines que habemos dicho...

»Lo que digo de los gustos y consolaciones espirituales, entiendo también del *don de oración* y entrada que *deseamos tener en ella*, y de la paz, sosiego y quietud interior de nuestra alma, y de las demás ventajas espirituales; porque en el deseo de todas estas cosas puede también haber afición y codicia desordenada, cuando se desean con tanto ahinco y congoja, que si no alcanza uno lo que desea, anda querelloso y descontento y no conforme con la voluntad de Dios».

En suma: «Se da la consolación divina, conforme dice el Kempis (l. 2, c. 9), para que el hombre sea más fuerte en sufrir las adversidades. Y luego sigue la tentación para que no se envanezca del bien».

CUESTIÓN SEGUNDA

¿Es asequible la divina contemplación a cuantos sinceramente la buscan?

Artículo 1.º—A todos se ofrece.

No sería tan bueno y tan recomendable el buscar con todo interés esta preciosa margarita, si no hubiera plena seguridad de llegar a poseerla, más tarde o más temprano, si se busca en debida forma.

La contemplación sobrenatural es, en efecto, aquella celestial *sabiduría* no en vano tan pregonada en las Santas Escrituras, como *amable* y *deseable*, y tan solícita de nuestro bien, que "se deja hallar—dice el Sabio—de quienes la buscan y se muestra fácilmente a quienes la aman. Pues se adelanta a los que la codician para mostrárseles primero. Quien desde la madrugada (es decir, desde los albores de la vida de la gracia; desde el uso de la razón, o desde una sincera conversión) velare a ella, no necesitará fatigarse buscándola, pues a sus puertas la encontrará sentada. Por eso el pensar en ella es consumada prudencia; pues el que por amor de ella velare, luego estará seguro. Porque ella misma anda buscando a los que de recibirla son dignos, y en los caminos alegremente se les muestra y en toda ocasión se les hace encontradiza... Y así es como el deseo de la sabiduría conduce al reino eterno„ (*Sap.* 6, 13-17, 21).

Si, pues, de veras "lo deseamos—como lo deseaba el mismo Sabio—, nos será dado el *sentido espiritual;* y si con todo fervor lo invocamos, a nosotros vendrá el Espíritu de sabiduría„. Y esta sabiduría que es el principal don del Espíritu Santo y el que más propiamente nos ha-

rá contemplativos y místicos, debe "ser preferida a todas las dignidades, honras y riquezas, pues su luz es inextinguible, y con ella nos vienen juntos todos los bienes y una indecible honestidad„ *(Sap.* 7, 7-11.

Por eso debemos también "amarla y buscarla desde la juventud, para tenerla por esposa, y gozar así de la íntima comunicación con Dios„ (1). Puesto que los que tan temprano la buscan son quienes más pronto y con menos trabajo la hallan *(Prov.* 8, 17; *Sap.* 6, 15).

Pero nadie, por tarde que haya empezado a buscarla, debe desanimarse; que si de una vez se resuelve a amarla de todo corazón e ir en pos de ella con fidelidad y perseverancia, prefiriéndola a todos los bienes del mundo, al fin, seguramente, la encontrará y verá saciados todos sus deseos, por grandes que sean. Pues como éstos sean sinceros, nunca pueden quedar frustrados, siendo tan rico y generoso Nuestro Señor (2). Y cuanto más grandes, atrevidos y ardientes sean tales deseos, de modo que—a trueque de lograrlos—no se repare en privaciones y sacrificios, tanto más pronto y más cumplida y sobreabundantemente suele llenarlos El (3).

(1) *Sap.* 8, 2-3. «Videndum est, dice San Buenaventura *(De 7 donis S. S.»* P. 2, s. 7, c. 3), qualiter iste praetiosissimus thesaurus doni sapientiae *invenirí et obtineri possit.* De hoc notandum, quod sapientia, et est quaerenda, et est postulanda a Deo: *quarendo invenitur; sed postulando a Deo, possidetur...* Primo igitur quaeramus sapientiam, investigando per cognitionem, donec tandem *mereamur eam a Deo recipere per amplexum et degustationem.* Hunc praetiosum thesaurum sapientiae docet quaerere Salomon, dicens *(Prov.* 2, 4): *Si quaesieris sapientiam quasi pecuniam, et sicut thesauros effoderis eam, tunc intelliges timorem Domini,* qui est initium sapientiae. ...*Ipsa* enim *sapientia faciliter videtur ab his qui quaerunt eam; et cogitare de illa, sensus est consummatus (Sap.* 6, 16). Est igitur quaerenda sapientia, quia, sicut ipsa dicit *(Prov.* 8, 35): *Qui me me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino...*

»Est igitur etiam hoc praetiosum donum sapientiae, cum habitus sit supernaturalis, et a Deo animae infundatur, a Deo fideliter postulandum ut docet Jacobus (1, 5-6)... Sic igitur patet, qualiter est a Deo sapientia quaerenda et invenienda, et qualiter est a Deo postulanda, et possidenda».

(2) «*Omnis* qui credit in illum, non confundetur... Nam idem Dominus omnium, *dives* in *omnes* qui invocant illum» *(Rom.* X, 11-12; Cf. *Luc.* 1, 53). «Dilata os tuum, et implebo illud» *(Ps.* 80, 11). «Qui replet in bonis desiderium tuum» *(Ps.* 102, 5). «Deus impleat omne desiderium vestrum secundum divitias suas» *(Phil.* 4, 19).

(3) «Acerca de Dios, observa San Juan de la Cruz *(Subida,* III, cap. VI), cuanto más espera el alma tanto más alcanza; y entonces espera más, cuando se desposee más; y cuando se hubiere desposeído perfectamente, *perfectamente quedará* con la posesión de Dios en unión divina. Mas hay muchos que no quieren carecer del sabor y de la dulzura de la memoria en las noticias de cosas particulares, y por eso no vienen a la suma posesión y entera dulzura. Porque el que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser discípulo de Cristo» *(Luc.* 14, 33).

«Cada uno, dice Rusbrokio *(Las siete Clausuras,* cap. XVII), se junta y adhiere a Dios más o menos, según el hambre, la sed y el ardor que de El tiene. Y según esta medida es como logra sentir a Dios, gustarle y gozar de El; pues Dios es el alimento y el bien de todos, y cada cual lo goza según la excelencia de su vida, de sus deseos y de su salud espiritual».

«Si vemos que este sol corporal, dice el B. Juan de Avila (*Audi Filia,* cap. 86), se comunica tan liberalmente, y anda convidando a quien le quisiere recibir, y a todos se da cuando no le ponen impedimento, y si se lo ponen, aún está como porfiando que se lo quiten; y si algún agujero o resquicio halla, por pequeño que sea, por allí se entra y hinche la casa de su luz; ¿Qué diremos de la suma Bondad divinal, que con tanta ansia y fuerza de amor, anda rodeando sus criaturas para darse a ellas y hinchirlas de color de vida y de resplandores divinos? ¿Qué de ocasiones busca para hacernos bien a los hombres? Y aun a muchos, por un pequeño servicio, ha hecho no pequeñas mercedes. ¿Cuántos ruegos a los que dél se apartan para que se tornen? ¿Cuántos abrazos a los que a El vienen? ¿Qué buscar de perdidos? ¿Qué encaminar los errados? ¿Qué perdonar pecados sin darlos en rostro? ¿Qué gozo de dar salud a los hombres?...»

«Mientras estamos aquí abajo, advierte el P. Grou (*Manuel: Conduite de Dieu sur l' ame,* p. 44-47), el único deseo de Dios es entrar en nuestro corazón y reinar en él, no por su propia felicidad, cuando para nada necesita de nosotros, sino para hacernos a nosotros mismos venturosos no sólo en la otra vida, sino también en ésta... Para eso está siempre a la puerta de nuestro corazón llamando (*Apoc.* 3, 20) con luces, con buenas inspiraciones, con remordimientos, para inducirnos a buscar el bien y huir del mal. Si estamos atentos y con frecuencia entramos en nuestro corazón, notaremos que llama a cada instante, y que si no le oímos, es porque no le atendemos. Llama sin cansarse durante una larga serie de años, o, por mejor decir, durante toda nuestra vida. Su paciencia en esperarnos es inconcebible; y aguanta nuestros desdenes, nuestra resistencia y nuestra obstinación con una bondad y una perseverancia que no pueden expresarse...

»Y cuando después de haber llamado por más o menos tiempo, alguno le abre por fin la puerta, entra El y toma posesión del corazón, estableciendo allí su imperio para no salir jamás a no ser que lo echen... Y entra con todos los tesoros de sus gracias, resuelto a comunicarlas sin medida al alma que con fidelidad corresponda a sus liberalidades... Así hace correr sobre ella un río de paz, y de una paz íntima y deliciosa que excede a todo sentido. Si esto que digo no lo experimentan todas las almas, es porque vuelven a Dios más por el sentimiento de temor que por el de amor; porque no se le entregan del todo y sin reserva, y porque no corresponden con fidelidad a los beneficios (1)... Mas las que se le entregan plenamente y con todo el corazón abierto, movidas del amor divino más bien que del propio interés, éstas *desde un principio gustan cuán bueno es Dios* y cuán bien acoge al pecador sinceramente convertido... Y esta paz que entonces empieza el alma a gustar, no es nada en comparación de la que Jesucristo le promete, aun en esta misma vida, si ella continúa siendo

(1) Quien quiera experimentar la más alta contemplación, decía conforme a esto Rusbrokio (*Los siete grados de amor,* cap. XIII), debe ofrecer a Dios todas sus virtudes y buenas obras sin fijarse en ninguna recompensa. Y, sobre todo, debe ofrecerse a sí mismo y abandonarse a la libre disposición de Dios, y avanzar siempre sin mirar nunca hacia atrás por viva reverencia a El. Así es como debe, con la gracia de Dios, prepararse para la vida contemplativa, si quiere alcanzarla. Su vida exterior y sensible debe estar bien regulada y ordenada en buenas obras a vista de todos los hombres. Y su vida íntima debe estar llena de gracia y de caridad, sin disimulos, con recta intención, rica en toda virtud; su memoria, exenta de cuidados y solicitudes, libre y desprendida, del todo purgada de imágenes: su corazón, libre, abierto y levantado por encima de todos los cielos; su inteligencia, vacía de toda consideración y desnuda en Dios. Tal es la ciudadela de los espíritus amantes, donde todas las puras inteligencias se reunen en una sencilla pureza. Esta es la habitación de Dios en nosotros, donde nadie puede obrar, sino sólo Dios».

generosa y fiel. El término de la vida espiritual es una unión inmediata y central con Dios, y más bien que unión es transformación y unidad: es una expresión de la adorable unidad que reina entre las tres Divinas Personas... Dios se derramará en su criatura, y ésta se perderá en Dios, teniendo con El un mismo vivir y un mismo principio de vida. *He ahí lo que desde aquí abajo se promete al alma,* y lo que bajo el velo de la fe, *comenzará a gozar*».

«Un alma que por la mortificación se haya curado bien de sus pasiones, y por la pureza de corazón se haya establecido en una perfecta santidad, entra, dice el P. Lallemant (1), en admirables conocimientos de Dios, descubriendo cosas tan grandes, que hasta viene a perder el uso de sus sentidos. De ahí los raptos y los éxtasis».

Muy lejos, pues, de hacer excepciones o exclusiones, como odiosamente suelen hacerlas los hombres, la divina Sabiduría a todos se ofrece y a todos invita, sin excluir a nadie, ni aun a sus más declarados enemigos, si de veras a Ella se convierten y tratan de serle fieles (2). Llama a grandes y pequeños, a doctos e ignorantes, a religiosos y seglares, a justos y pecadores, con tal que de corazón se le entreguen, y con amor y docilidad la escuchen y se dejen guiar de su dulcísimo espíritu. Y no contenta con esto, con ofrecerse a todos tan generosamente, amenaza con terribles castigos a cuantos se hacen sordos a su invitación amorosa, o la menosprecian, así como promete gloriosos premios a cuantos saben corresponderle. A éstos se les comunicará con todas sus infinitas riquezas (3).

(1) *Doctrine spiritnelle,* pr. 4, ch. IV, a. 1.

(2) «Docuimus *omnem animam,* afirma San Bernardo *(Serm.* 83 *in Cánt.),* licet oneratam vitiis, peccatis irretitam, captam illecebris..., erroribus vagam, solicitudinibus anxiam, suspicionibus inquietam, et postremo advenam in terra inimicorum ac juxta prophetae vocem *(Baruc,* 3), coinquinatam cum mortuis, deputatam cum his qui in inferno sunt: licet inquam sic damnatam et sic desperatam, docuimus tamen hanc in sese posse advertere non modo unde respirare in spem veniae, in spem misericordiae queat, sed etiam unde audeat *aspirare ad nuptias Verbi, cum Deo inire foedus* societatis non trepidet, suave amoris jugum cum Rege ducere Angelorum non vereatur«.

Esto mismo textualmente enseñaba ya San Agustín *(Manual,* cap. 18).

«Si después de su conversión, decía N. Sr. a Santa Matilde (4.ª P., c. 58), resistiese el hombre enérgicamente a sus vicios, procurando extirpar todo el gusto y delectación del pecado, *sin duda alguna sentiría la dulzura del divino espíritu*».

«Debemos ante todo considerar a Dios, de tal suerte, dice Rusbrokio *(Perfección de los hijos de Dios,* c. V), que llame o convide a su unión con su muy libre bondad *indiferentemente a todos los mortales, ya malos, ya buenos, sin excluir a alguno.* Lo segundo que sentiremos de la bondad divina es, que dimana con la gracia a *todos aquellos que obedecen a la divina vocación.* Lo tercero, experimentaremos en nosotros y claramente entenderemos, que *podemos hacernos una vida y un espíritu con Dios* si totalmente nos renunciáremos a nosotros mismos y nos abnegáremos y siguiéremos la gracia de Dios hasta lo sumo a donde nos guiare; porque la gracia de Dios obra en cada uno de los hombres con orden, según el modo y medida del entendimiento y capacidad de cada uno».

(3) Sapientia foris praedicat, in plateis dat vocem suam: in capite turbarum clamitat, in foribus portarum urbis profert verba sua, dicens: Usquequo parvuli diligitis infantiam, et stulti ea, quae sibi sunt noxia, cupient et im-

Por tanto, bien podemos contar todos con estas liberalidades de la divina bondad y misericordia, si de todo corazón confiamos y nos abandonamos en Ella, renunciándonos de veras a nosotros mismos. Pues cuando un alma, desconfiando de sí, de su propia ciencia, habilidad y prudencia, tiene siempre puestos los ojos en Dios, entregándose en sus manos y esperándolo de El todo, nunca deja El de tomar plena posesión de ella, encargándose por sí mismo de dirigirla y gobernarla y proveerla en todas las cosas (1).

La misma Sabiduría nos asegura, en efecto, que ama a cuantos la aman y que, más tarde o más temprano, se dejará ver y hallar de cuantos con todo corazón la desean y la buscan, dispuesta a colmarlos de gloria y riquezas, de justicia y felicidad; que tiene sus delicias en morar con los hijos de los hombres, y que serán dicho-

prudentes odibunt scientiam? Convertimini ad correptionem meam: et proferam vobis spiritum meum... Quia vocavi, et renuistis... Despexistis omne consilium meum... Ego quoque in interitu vestro ridebo... Tunc invocabunt me, et non exaudiam... Qui autem me audierit, absque terrore requiescet, et abundantia perfruetur *(Prov.* 1, 20-23).

(1) Habe fiduciam in Domino ex toto corde tuo, et ne innitaris prudentiae tuae. In omnibus viis tuis cogita illum, et ipse *diriget gressus tuos.* Ne sis sapiens apud temetipsum *(Prov.* 3, 5-7).—«Potissima sapientia est, quod homo non innitatur sensui suo». Sto. Tomás, *Expos. Orat. Dom.,* 3.ª petit.—«Nullus potest veritatem cognoscere, nisi adhaereat veritati». Id., in Joan., 14, lect. 2.

«Cuando los hombres, dice Rusbrokio *(Espejo de la salud*, cap. XI), ponen en Dios su fe, su esperanza y su confianza, más bien que en sus propias prácticas y obras, entonces la luz divina los eleva por encima de la razón y de la inteligencia». «Muchos, observa el P. Lallemant *(Doctr. spir.,* pr. 2, s. 1, ch. III, a. 2), no llegan nunca a gran perfección, porque no esperan bastante... Debemos esperar confiadamente de Dios grandes cosas, puesto que nuestros son los méritos de Nuestro Señor; y es honrar mucho a Dios el esperar mucho de El». «El objeto—añade *(ib.* pr. 4, ch. II, a. 1, § 3)—a que debemos aspirar, después de habernos ejercitado largo tiempo en la purificación del corazón, es a quedar de tal modo gobernados y poseídos del Espíritu Santo, que sea El solo quien guíe todas nuestras potencias y sentidos y quien regule todos nuestros movimientos interiores y exteriores, abandonándonos completamente en El y renunciando a nuestros quereres y satisfacciones. Así es como no viviremos ya en nosotros mismos, sino en Jesucristo».

Sin embargo, «queremos, dice el P. Grou *(Maximes, X),* ser instruídos acerca de las cosas de Dios, y para eso consultamos a los hombres y sus escritos, y no nos dirigimos a Aquel que en un instante llena de luz al alma humilde, la enseña sin ruido de palabras y la hace aprender más en una sola oración de lo que en muchos años pudieran los hombres más consumados en la espiritualidad. Trabajamos y nos fatigamos la cabeza para estar recogidos en la oración..., queriendo hacerla con nuestros propios esfuerzos; y Dios la hace en nosotros, desde que íntimamente convencidos de nuestra impotencia, suspendemos nuestra acción para dar lugar a la suya; invitándonos El mismo a ese reposo cuando quiere obrar en nosotros. Pero nos agitamos queriendo buscar la paz... El hombre, celoso de su acción, quiere atribuírselo todo; y Dios, infinitamente más celoso de la suya, quiere que todo se le atribuya a El.—He ahí la causa de todas las falsas ideas formadas acerca de la vida interior y del poco éxito de nuestras tentativas.—Dios no hace nada en quien presume ser algo y pretende deberlo todo a sus esfuerzos; mas obra con complacencia en el alma que se mantiene humildemente tranquila en su presencia, llamándolo suavemente con sus deseos, no confiando en su propia industria, sino esperándolo todo de sólo la bondad de Dios».

sos los que la oyen y velan a sus puertas cada día; pues el que la hallare hallará la vida y gozará de la salud del Señor (1).

Todos, pues, la encontrarían, si con todo amor y diligencia la buscasen; si la codiciasen como se codicia el dinero, y si trabajasen por hallarla con el interés con que se cava y trabaja por encontrar un rico tesoro (2). Y con tanta más facilidad la hallarían, cuanto más pronta está ella misma para salirles al encuentro; y así adelantándose como madre piadosa *(Eccli.* 15, 2-3), por todas partes clama y manda en busca de los pequeñuelos para que se acerquen a ella, y se dirige hasta a los "insipientes„—o sea a los mismos que no quieren entender o se le hacen sordos—para que vengan a su casa a recibir el pan que les tiene preparado y embriagarse con el vino de la celestial consolación; de modo que así *dejen la infancia* espiritual y entren por las vías de la prudencia mística (3).

Ella da vida, infunde alientos, recibe con amor, consuela, dirige y colma de bendiciones a cuantos de veras la buscan y dócilmente se prestan a escucharla (4).

Nadie, pues, tiene disculpa para no atender a estas tan reiteradas, tan amables, tan vivas y tan apremiantes invitaciones que consigo traen las gracias necesarias para aceptarlas y seguirlas; y nadie, por humilde, despreciable, pecador, rudo, ignorante y pobre que sea, podrá con verdad decir: "Yo nunca he sido invitado a esas íntimas comunicaciones divinas, ni me siento con fuerzas, ni tengo por qué tratar de salir de mi vida ordinaria para emprender otra tan superior, aspirando a lo que es propio de los santos y de las almas privilegiadas„. Nadie puede hablar así, pues Dios no hace tales excepciones: a todos llama a la verdadera y plena santidad, a

(1) *Prov.* 8, 17-21, 31, 34, 35; *Sap.* 6, 12-21; 7, 11-14.

(2) *Prov.* 2, 3-5. «Los que cavan buscando tesoros, observa Fr. Juan de los Angeles *(Lucha espiritual,* tr. 2, cap. IX), no se desalientan ni desmayan si no luego topan con ellos; antes cobran mayor ánimo y brío cuanto más se llegan al tesoro, especialmente si de cuando en cuando se descubren algunos granos del oro tras que andan. El Apóstol San Pablo, escribiendo a los Hebreos, dice (X, 19-25): Trabajemos juntos y a una en buscar el tesoro escondido, porque unos a otros nos consolemos y animemos al trabajo; tanto más cuanto más de cerca consideráremos el día de su posesión. Bienaventurada el alma que, muerta perfectamente al mundo, halló un sepulcro adonde enterrarse y esconderse, por no tener que ver más con el mundo. Llama San Gregorio sepulcro a la contemplación».

(3) *Prov.* 1, 20-23; 8, 1-5; 9, 3-6; Cf. Agreda, *Mística Ciudad de Dios,* 1.ª p., l. 2, cap. XIII, núm. 110.

(4) Sapientia filiis suis vitam inspirat, et suscipit inquirentes se, et praeibit in via justitiae. Et qui illam diligit, diligit vitam: et qui vigilaverint ad illam, complectentur placorem ejus. Qui tenuerint illam, vitam haereditabunt: et quo introibit, benedicet Deus *(Eccli.* 4, 12-14).

una santidad propia de los hijos suyos, que en todo deben procurar parecérsele; con todos desea comunicarse de una manera íntima y cordial, y se comunicaría si ellos correspondiesen y no le ofrecieran obstáculos; en todos quiere tener sus delicias, y a todos les haría capaces de gustarlas, si ellos mismos no se lo impidiesen, resistiéndole y haciéndosele sordos (1).

Todos, en efecto, son llamados a gozar de sus consuelos, subiendo a su monte santo para regocijarse en la casa mística de su oración (2); todos pueden, si quieren de veras, ir a criarse a sus pechos para ser allí regalados y acariciados *(Os.* 2, 14; *Is.* 66, 10-13); todos son amorosamente invitados a entrar en la casa de la disciplina a saciar su sed de verdad y de justicia (3), y a ser allí enseñados por el mismo Dios *(Is.* 54, 13; *Joan.* 6, 45); pues a cuantos son fieles a la gracia, se lo enseña todo la *unción* del Espíritu Santo (I *Joan.* 2, 20-27).

Así para todos los fieles, y no únicamente para algunos más privilegiados, pide el Apóstol *(Eph.* 1, 17-18) "el Espíritu de *sabiduría* y de *revelación*, a fin de que, *iluminados los ojos del corazón,* puedan conocer bien a Dios y sepan apreciar las riquezas de su gloriosa vida y herencia en los santos... Y en poseer ese amoroso Espípíritu y quedar de El poseídos, consiste la vida mística, o sea la verdadera contemplación sobrenatural; a la cual llegan cuantos tienen tal sed de justicia, que no descansan hasta lograr beber en ese misterioso *Río de agua viva* que eternamente fluye del trono de Dios y del Cordero, y junto al cual están plantados, como árboles de vida, todos los verdaderos justos, cuyas hojas son salud

(1) «Se da Dios a Sí, dice Santa Teresa *(Vida*, cap. XXVII), a los que todo lo dejan por El. No es aceptador de personas, a todos ama: no tiene nadie excusa, por ruín que sea». «Un corazón que sólo quiere a Dios, decía la Beata Margarita María *(Oeuvres,* t. 2, p. 403), en todas partes lo encuentra».

Y en efecto: «La fuente de la sabiduría es el Verbo de Dios en las alturas, y su entrada son los mandamientos eternos... La creó Dios en el Espíritu Santo... La derramó sobre todas sus obras... y la dió a los que le aman» *(Eccl.* 1. 5-10).

(2) «*Adducam eos* in montem sanctum meum, et *laetificabo eos* in domo orationis meae... quia domus mea domus orationis vocabitur *cunctis populis*» *(Is.* 56, 7).

(3) «Appropiate ad me, indocti, et congregate vos in domum disciplinae. Quid adhuc retardatis? et quid dicitis in his? Animae vestrae sitiunt vehementer». *Eccli.* LI, 31-32.

«Quantae temeritatis, imo quantae insaniae est, dice S. Bernardo *(Serm. de 7 spirit.),* si forte cum alloquitur nos Dominus majestatis, nos insensati avertamus aurem, et ad nescio quas ineptias convertamus? Quanta est haec injuria, et quam graviter vindicanda, cum vilissimus vermis clamantem ad se audire dedignatur Creatorem universitatis? Quanta vero et quam ineffabilis divinae dignatio bonitatis, quae quotidie conspicit nos infelices, avertentes aures, obdurantes corda, et nihilominus clamat ad nos, et jugiter clamitat in plateis!»

de las gentes y cuyos frutos son los doce del mismo Espíritu Santo, los cuales van dando sin falta a sus debidos tiempos *(Apoc.* 22, 1-2).

Si no se posee ese don preciosísimo sobre todos los dones, es porque no se pide con el fervor y perseverancia con que San Pablo lo pedía; y si no se pide así, es tan sólo porque no se conoce debidamente ni se sabe apreciar (1). "Si conocieras el *don de Dios...*, a buen seguro que se lo pedirías, y El *te daría el agua viva...* que salta a la vida eterna *(Joan.* 4, 10-14).

A todos se nos dice *(Ps.* 33, 9): *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (2).

A todos los que tienen verdadera hambre y sed de justicia les promete el mismo Señor saciarlos plenamente *(Mt.* 5, 6), convidándonos al efecto con esta "agua de la sabiduría saludable y con el pan de vida y de entendimiento„ que los necios no logran alcanzar *(Eccli.* 15, 3, 7). A todos se la ofrece *gratuitamente,* junta con la *leche* de sus consuelos y el *vino* que embriaga con las delicias eternas y hace olvidar todo lo terreno (3).

(1) «Sunt enim haec mystica, et secretissima Dei dona, quae nemo novit, nisi qui accipit, nec accipit, nisi qui *desiderat*, nec desiderat, nisi quem ignis Spiritus Sancti inflammat». Card. Bona, *Via comp. ad Deum*, cap. X.

(2) In rebus spiritualibus, dice Santo Tomás *(In Ps.* 33), prius *gustatur,* postea autem *videtur*, quia nullus cognoscit qui non gustat: et ideo dicit prius: «Gustate», et postea: «videte».

(3) *Todos los sedientos venid a las aguas; y los que no tenéis plata, acercáos presto, y comed; venid y comprad, sin dineros y sin ningún trueco, vino y leche. ¿Por qué empleáis tantos dineros y esfuerzos* (en la consideración), *y no en cosas que puedan saciaros? Oidme y comed lo bueno* (el maná escondido en la contemplación), *y se deleitará en la grosura vuestra alma (Is.* 55, 1-2).

«El profeta Isaías, observa Fr. Juan de los Angeles *(Lucha espirit.*, tr. 2, cap. XV), convida a todos los sedientos a beber de las aguas que verdaderamente matan la sed del alma, sino que no persevera en su primer intento, porque habiendo convidado a beber agua, dice que compremos de balde vino y leche, y que comamos el bien que comido deleita y regala el ánima con su gordura. Es el secreto y misterio de este lugar, y del de los Cantares, que siendo una cosa a lo que somos convidados, conviene a saber, el amor y caridad de Dios, por los diversos efectos que causa en nosotros, unas veces se llama vino, otras leche, otras miel no exprimida, sino en el propio panal, otras agua, otras todo el bien. Galanamente dijo esto Rábano en un sermón por estas palabras: El amor divino en la meditación es fuego que purifica el alma de las suciedades de los vicios; en la oración es luz que esclarece el alma y la baña con el resplandor y claridad de las virtudes; en el hacimiento de gracias es miel que endulza y azucara el alma con la dulcedumbre de los beneficios divinos; en la contemplación es vino regalado que embriaga el alma con delectación jocunda».—«Primero dice *agua,* y luego *vino* y *leche. Agua,* porque mata y refrigera la sed y ardor del cuerpo y refresca los miembros cansados, y limpia todo lo sucio. *Vino,* porque te hace salir de tu seso y tomar el seso de Cristo; quítate tu parecer y voluntad, y date el parecer y voluntad y querer de Jesucristo, Nuestro Señor y Redentor. ¿Quién lo quiere recibir, que de balde se da?... Es también *leche,* porque así trata al Espíritu Santo al ánima del que lo tiene, como a niño que está a los pechos de su madre, y rígelo, gobiérnalo y regálalo como a niño: así es el ayo nuestro, defendedor nuestro, pedagogo de nuestra niñez... ¿Quién lo desea y está metido en pecado? ¿Quién lo pide con corazón ocupado en otras cosas? ¡Ah, Señor! ¿Qué es

Estas y otras muchas invitaciones generales que iremos viendo y que con tanta insistencia nos hace el Señor, prueban muy bien cuán deseoso está El de comunicarse íntimamente a todos los hombres y de colmarlos de preciosísimas gracias, si ellos, en vez de rehusarlas e incapacitarse para ellas, haciéndose sordos e indignos, de veras las codiciasen y procurasen, como hacen los Santos, disponiéndose cual conviene—purificando sus corazones—para recibirlas (1).

Para todos apareció, en efecto, la gracia de nuestro divino Salvador, a fin de que *todos,* aprendiendo bien a negarnos a nosotros mismos y renunciar a los deseos terrenos, podamos vivir santamente esperando el fiel cumplimiento de sus consoladoras promesas y su advenimiento glorioso a nuestras almas (2).

Y *por todos* murió también Jesucristo, a fin de que todos vivan en adelante, como nuevas criaturas, no para sí mismos, sino sólo para El (3); siempre muertos a todo

esto?... que os dais de balde y que no os precian».—B. JUAN DE AVILA, Tratado 4 *del Espíritu Santo.* «La *leche,* que es una vianda de amor, observa San Francisco de Sales *(Amor de Dios,* V, 2), representa la *ciencia mística;* quiero decir, el dulce regalo que proviene de la complacencia amorosa en las perfecciones de la bondad divina».

(1) «Trabajando incesantemente por purificar nuestra alma, advierte el P. Lallemant *(Doctr. spir.,* pr. 3, ch. 1, a. 2), poco a poco va descubriéndose su fondo, y Dios manifiesta allí, con efectos maravillosos, su presencia... Así la pureza de corazón conduce a la unión divina... Purificando nuestros corazones, es como quitamos lo que impide la acción de Dios; y cuán admirables sean los efectos que El produce en el alma una vez quitados los obstáculos, apenas es concebible».—«Así, pues, dice Rusbrokio *(Espejo,* cap. VIII), si queremos descubrir y conocer el reino de Dios, que está escondido en nosotros, debemos llevar una vida íntimamente virtuosa, al mismo tiempo que bien ordenada al exterior y dotada de una verdadera caridad. Imitando así a Cristo en todas las maneras, podremos con su gracia elevarnos, del amor a las virtudes, hasta la cumbre superior de nosotros mismos, donde Dios vive y reina».—Cf. tract. *De interiori domu,* c. 14, atribuído a San Bernardo.

«Necesse est ut scelerum abhorreat tenebras, dice San Lorenzo Justiniano *(De perfectionis gradibus,* c. 6), quicumque concupiscit aeternae sapientiae irradiari splendoribus. Nam semper praesto est et *parata se communicare poscentibus, omnes quoque praevenit* donis, excitat clamoribus, et praeoccupat promissis. Sic enim habes de illa scriptum *(Prov.* 1): *Sapientia foris praedicat, etc...* Est enim ipsa cordis munditia juge convivium, deliciarum internarum janua... Nemo prorsus explicare valet quanta bona, quanta charismata spiritualia, et quot gaudia ex munditia ipsa proveniant».

(2) Apparuit enim gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus, erudiens nos, ut abnegantes impietatem et saecularia desideria, sobrie, et juste, et pie vivamus in hoc saeculo; expectantes beatam spem, et adventum gloriae magni Dei, et Salvatoris nostri Jesu Christi *(Tit.* 2, 11-13). «No hallaréis paz ni reposo, dice la Beata Margarita María *(Oeuvres,* t. 2, p. 113), hasta que todo lo hayáis sacrificado a Dios. Para lograr eso, mucho tendréis que sufrir, pero no os faltará la gracia». «Nuestro corazón, añade *(ib.,* p. 186), es tan pequeño, que no puede contener dos amores, y estando hecho sólo para el divino, mientras allí se mezcle otro, no podrá hallar reposo».

«El Salvador, dice Rusbrokio *(El espejo de la salud,* cap. I), quiere ser enteramente vuestro con tal que consintáis en ser plenamente de El, viviendo y habitando en El, como un hombre celestial y divino...»

(3) Pro omnibus mortuus est Christus: ut, et qui vivunt, jam non sibi vi-

lo terreno y llevando ya una vida celestial y escondida con Cristo en Dios, para mostrarse con El también resucitados a una vida nueva y gloriosa, en que sólo busquen, gusten y sientan las cosas de lo alto (1).

"Todos los buenos cristianos se alegran, dice el B. Enrique Susón *(Sermón* I), de lo íntimo y familiar que, por su Encarnación, se nos ha hecho Nuestro Señor; de que se nos ha ya dado con todo cuanto es y puede hacer, y de que *esté aún dispuesto a darse a nuestra alma en todos los momentos. Nada hay en la tierra tan accesible ni tan fácil de alcanzar como Dios;* pues basta para ello nuestra buena voluntad y la fuerza de los deseos; y cuando no queremos dejarlo entrar en nuestro corazón, El se queda a la puerta llamando (2). La Santa Madre Iglesia nos exhorta muchas veces a prepararnos para recibir al Señor„ (3). Y en sus oraciones declara que El se manifiesta a los que con ansia le buscan (4).

Así, El, por su parte, a nadie excluye, y en todos

vant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est et resurrexit... Si qua, ergo in Christo nova creatura, vetera transierunt (II *Cor.* 5, 15, 17).

(1) Si consurrexistis cum Christo, quae sursum sunt quaerite... quae sursum sunt sapite, non quae super terram. Mortui, enim, estis, et vita vestra est abscondita cum Christo in Deo. Cum Christus apparuerit, vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria *(Col.,* 3, 1-4).

«A los justos, observa la V. Isabel de Jesús *(Vida,* l. 5, c. X), se comunica Nuestro Señor haciéndoles participantes en todo de su divina naturaleza por gracia... Además da todo su sér divino a cada alma por la Comunión, y murió por dar y más dar, y toda su ansia es esa; sino que muchas veces ni halla capacidad, ni aun quien quiera recibir... ¡Oh Amante escondido de quien no te busca!, que al alma que te sabe buscar no te escondes; porque es lo mismo que dices y deseas, que es comunicarte y estarte hablando sin palabras con tu esposa el alma santa. ¡Oh Señor, si yo considerase este amor que me tienes, que no hay amante derretido y deshecho de amor... como tú, Dios mío, estás por mi alma! ¡Oh alma, y lo que debes a tu Dios! Mira que dice ese tu Amante, que es su regalo estar contigo, y esos son sus entretenimientos, y eso anda solicitando, y eso parece que te ruega... para que siquiera le muestres algún amor y le quieras tener por amigo».

(2) «Gustoso te dirigiría mi palabra y te revelaría mis secretos, si tú esperases solícito mi llegada y me abrieses la puerta de tu corazón».—Kempis, l. 3, c. 26..

En el capítulo XL de su *Vida,* refiere Santa Teresa cómo le dijo una vez Nuestro Señor: «Ay, hija mía, qué pocos me aman con verdad, que si me amasen no les encubriría Yo mis secretos».

«¿Por qué no he de hablar, añadió a María Lataste *(Vie et Oeuvres,* t. 1, Lettre 36), a los que desean oir mi palabra, puesto que me dirijo aun a los mismos que apenas hacen caso de ella?»

(3) El Espíritu Santo, refiere la Beata Angela de Foligno *(Visiones e instr.* cap. XX), «me provocaba al amor diciendo: «¡Oh, mi hija querida! ¡Mi hija y »mi templo!... ¡Amame, pues Yo te amo mucho más que tú a Mí!... Mucho »me amó Francisco, y grandes cosas he obrado en él, pero si otros me ama»ran más, en ellos haría cosas mayores...»—Y se quejaba de la escasez de los fieles y de la escasez de la fe; y gemía diciendo: «Yo amo con inmenso amor »al alma que me ama sin mentira. Si en algún alma encontrara un amor per»fecto, le haría mayores gracias que a los Santos de los siglos pasados, de »quienes tantos prodigios divinos se refieren. *Nadie, pues, tiene excusa, ya »que todos pueden amar*».

(4) *Jesu... qui te revelas ansiis.*—Hymn. *Invent. D. N. J. C.*

quiere descansar *(Eccli.* 24, 11); a todos daría muy gustoso a beber de su propio Espíritu (1); a todos los sedientos convida con las místicas aguas *(Is.* 55-1) que saltan a la vida eterna y apagan toda sed mundanal *(Joan.* 4, 13-14; 7, 38-39); a todos ofrece el agua de la vida, resuelto a darla de balde a cuantos la quieran (2). A todos los vencedores promete colmarles de riquezas y de honores, dándoles la margarita preciosa y el tesoro escondido, y tratándoles como a hijos muy amados. Mientras que a los cobardes y desconfiados, que no se esfuerzan por buscar tan preciosos bienes, o desmayando no perseveran en buscarlos, les amenaza con la reprobación (3).

Nada importa que tales bienes nunca puedan ser *adquiridos* con solos nuestros pobres esfuerzos; basta que así se nos ofrezcan tan generosamente a todos, si de veras los codiciamos y los procuramos (4). Y a todos, sin

(1) «Si quis sitit, veniat ad Me, et bibat» *(Joan.,* 7, 37; cf. *ib.* 39).

(2) «Ego sitienti dabo de fonte aquae vitae gratis... Qui sitit, veniat; et *qui vult,* accipiat aquam vitae gratis» *(Apoc.* 21, 6; 22, 17).

(3) Qui vicerit, possidebit haec, et ero illi Deus, et ille erit mihi *filius. Timidis* autem, et *incredulis,* et execratis... pars illorum erit in stagno ardenti». *(Apoc.* 21, 7-8).

(4) Por más que esta ciencia no dependa de nuestro libre albedrío, sino de la misericordia de Dios, dice el P. Corderio, S. J. *(Prolegóm. a la Teol. míst. de S. Dion.* c. 2), siendo El, como es, «benigno e infinitamente misericordioso, por su dignación nos previene copiosamente, y llama a las puertas de nuestro corazón, y espera a que le facilitemos la entrada, removiendo los obstáculos, preparado para dirigirnos y guiarnos hasta el monte Oreb, *hasta la cúspide de la Teología mística,* con tal de que lo invoquemos por medio de constantes y ferventísimas oraciones, siguiendo con toda exactitud su dirección».

«Cuando el ánima se dispone de la manera que hemos dicho, afirma Fr. Juan de los Angeles *(Vida perfecta,* diál. IV, § 6), *la liberalidad inmensa de Dios no puede contenerse en hacerle mercedes:* háceselas dándole, no sólo gracia y amor sensible, sino las virtudes morales todas y los dones de su divino Espíritu, con que es adornada y hermoseada, y es agradable mucho al mismo Dios, y es ayuntada algunas veces a El inmediatamente, quiero decir sin el medio de las criaturas; y se celebran desposorios, dándole en arras las tres virtudes teologales... Cuanto más mortificamos en nosotros la naturaleza, esto es, las pasiones naturales que son la causa principal de la ceguedad de nuestro entendimiento, tanto más somos ilustrados con el don sobrenatural del entendimiento y adquirimos juntamente un espiritual apetito que nos impele y encamina a Dios y hace al hombre vivaz».

«Si quieres venir a la espiritual y intelectual contemplación, añade (§ 7), desnuda y vacía perfectamente tu voluntad de todo querer y no querer propio; porque la voluntad propia que no es traída y traspasada en el divino beneplácito, es como una columna que sustenta y tiene en peso todos los muros del desorden; y cuando ella cae por tierra, ellos caen juntamente».

A los que practican la verdadera abnegación, dice el P. Surin *(Fondements de la Vie spirituelle, III,* ch. 4), «se les da Nuestro Señor de tal suerte, que se sienten familiarmente unidos con El... Estas almas poseen a Jesucristo de hecho y gozan de El, no por una visión clara, sino por sentimiento exquisito y delicioso en fe y amor». «Estas uniones sobrenaturales, añade (IV, ch. 4), son los verdaderos favores que llevan a la santidad».

«Los que hacen la diligencia que es menester por mortificarse y purificarse, tienen en sí a Dios llenando todas sus potencias: el entendimiento y la voluntad, la memoria, la imaginación, el apetito y aun la misma carne, se encuentran llenos de los inefables dones de Dios, para llevar una vida sobrenatural y divina» *(ib.* l. V, ch. 14).

excepción, se nos dice terminantemente *(Luc.*, 11, 9-13; *Mt.* 7, 7-11): "Pedid y *recibiréis;* buscad y *hallaréis;* llamad, y *os abrirán.* Pues *todo* aquel que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá (1). Si vosotros, siendo malos, sabeis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto mejor dará vuestro Padre celestial el *Espíritu bueno* a los que se lo piden?".

En esta magnífica promesa de darnos a *todos* en general *todo* cuanto debidamente pidamos, y de un modo especialísimo este *Espíritu bueno*, claro está que entran muy principalmente todos los dones del mismo Espíritu Santo, que son los bienes por excelencia y sin mezcla de mal, los que en todo nos mejoran, asemejándonos al sumo Bien (2), y los que, por lo mismo, deben ser continuo objeto de todas nuestras peticiones (3). Y con los dones,

(1) «Mucho, Señor, presumo y me prometo de vuestra bondad, dice San Agustín *(Meditaciones*, c. 39), porque Vos mismo me enseñáis que pida, que busque, que llame a vuestras puertas: así por esta amonestación que me habéis hecho, pido, busco y llamo.—Y Vos, Señor, que me mandáis que os pida, haced que reciba y logre lo que pido; pues me mandáis que os busque, concededme también que os halle... Dignáos de regir y gobernar todos mis sentidos, todos mis pensamientos y todas mis acciones según vuestra voluntad, para que en adelante os sirva yo, para Vos solo viva y todo me entregue a Vos».

(2) Recordando esta promesa de Nuestro Señor: *Dabit bona et spiritum bonum petentibus se,* dice así el P. La Puente *(Guía esp.* tr. 1, cap. XV, § 4): «Dos suertes hay de bienes: unos, que a boca llena y con excelencia merecen este nombre, porque siempre son provechosos y nunca pueden ser dañosos, como son los bienes espirituales del alma, es a saber la gracia y caridad, y las virtudes y *dones del Espíritu Santo, que es el espíritu bueno,* de quien proceden los verdaderos bienes con que somos y nos llamamos buenos. Estos son el objeto propio de nuestra esperanza y la materia propia de nuestra petición, y los que se pueden pedir sin condición alguna a nuestro Padre celestial... Otros bienes hay que pueden ser provechosos para el alma y también pueden ser dañosos por el mal uso de ellos, como son... todos los bienes corporales, y algunos espirituales, como son las ciencias y algunas gracias *gratis datas* y aun los mismos consuelos y regalos del espíritu. Y éstos solamente han de ser objeto de nuestra esperanza y oración, bajo condición que nos sean convenientes para nuestra salvación y perfección».

(3) «Debemos, dice Rusbrokio *(Los siete grados de amor,* c. 7), suplicar a nuestro Padre celestial, fuente de toda gracia preciosa y de todo don perfecto, que nos comunique el espíritu de temor filial, por el cual quedaremos llenos de reverencia para con El y de cuidado de no irritarlo con nuestros pecados. Le pediremos el espíritu de piedad que, en su nombre y con su virtud, nos hará ser mansos, clementes, humildes y misericordiosos para con cuantos se dirijan a nosotros; y también el espíritu de ciencia, que nos permitirá obrar ante El y a los ojos de todos los hombres con honestidad de costumbres en toda sinceridad de palabras y obras en cuanto haya que hacer u omitir... Le rogaremos además que nos dé el espíritu de fortaleza que nos haga capaces de vencer a todo enemigo, al demonio, al mundo y la propia carne; porque este es el medio de vivir en paz con Dios. Pediremos al Padre de las luces y de toda verdad que nos dé el espíritu de consejo, a fin de que podamos ir en pos de Cristo por encima de todos los cielos y despreciar el mundo con cuanto le pertenece. Así es como seremos verdaderos discípulos e imitadores de Nuestro Señor Jesucristo. Desearemos también y pediremos que Dios nos dé el espíritu de inteligencia verdadera, a fin de que nuestra razón quede *iluminada* y podamos comprender toda verdad necesaria en el cielo y en la tierra.—Por fin, pediremos a nuestro Padre todopoderoso y a Jesucris-

que son el *espíritu bueno* en sus diversas formas, entran sus propias expansiones o consecuencias, que son las principales gracias de la vida mística, con todos sus consuelos, gustos y gozos, en la medida que los deseemos y con la ayuda de la gracia los procuremos y pidamos (1).

Por eso añade el Salvador *(Joan.* 16, 24): "Pedid en mi nombre, y recibiréis de modo que vuestro *gozo sea pleno*".

¿Qué es esto sino alentarnos a *todos*, como a los Apóstoles, a pedir incesantemente ser llenos del Espíritu Consolador, para enriquecernos con sus más preciosos dones y colmarnos de regalos? (2). Todos formamos, como miembros suyos que llevamos impreso su sagrado *Nombre*, un mismo cuerpo con El, animado de su mismo Espíritu: y así todos, por la virtud de ese Nombre, podemos merecer y lograr una comunicación plenísima de su divino Espíritu, que nos deje llenos de paz y de gozo (3). ¿Por ventura no se dirige a *todos* al decir *(Jn.* 7, 37-38): *Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba... y de su corazón fluirán ríos de agua viva?* (4). A cuantos se animen a

to su Hijo eternamente amado, el espíritu de sabiduría, que nos inspirará el disgusto y menosprecio de todo lo transitorio. Entonces es cuando seremos capaces de *ver, gustar y sentir la dulzura de Dios,* que es un abismo sin fondo. Y con toda confianza llamaremos en nosotros al Espíritu Santo, Señor de toda gracia y de toda gloria, de quien viene todo don y toda santidad en el cielo y en la tierra».

(1) «Este *spiritus bonus,* advierte la Abadesa de Solesmes *(La Vie spirit.* c. 6), ¿qué es sino el pleno desarrollo de la caridad y la consumación de la unión divina?....» «Díjome el Señor, refiere la V. Mariana de San José *(Vida,* l. 2, c. 12), que la mejor disposición y aparejo que podía tenerle era querer recibir las misericordias que su Majestad me quería hacer, y pedirle que me las hiciese. Fueron grandes los efectos que me causaron estas palabras, considerando la gran misericordia de nuestro Señor, que siendo tales sus dones, se diese por obligado de que los quisiésemos recibir, y que la mayor obligación en que le podíamos poner, era pedirlos y quererlos».

(2) «Ad hoc aliquid petitur, ut donetur: sed praecipuum donum Dei est Spiritus Sanctus et ea quae nobis per ipsum donantur» *(S. Thom.* 2-2, q. 83, a. 9, arg. 3). De ahí que las siete peticiones del Padre Nuestro correspondan de algún modo a los siete dones *(ib.* et *in* III *Sent.* D. 34, q. 1, a. 6).

«El alma fiel, decía Nuestro Señor a Santa Matilde *(Revelaciones,* o sea *Liber spec. grat.* 1.ª P., c. 22), debe pedir al E. S. que le dé a beber también —como a los Apóstoles—el vino del divino amor, el cual la hará olvidarse de sí misma y despreciar toda honra y todo interés que no sea de la gloria de Dios. Que pida también la *plenitud de la suavidad del Espíritu Santo,* a fin de no complacerse jamás en los gozos y delicias de la tierra, y ruegue a Dios que la encienda, por fin, en tal amor de las cosas celestiales y espirituales, que aspirando a El con todo su corazón tenga en nada la muerte y todos los sufrimientos... Sin haber valerosamente combatido, nadie puede poseer siempre plenamente los siete dones del Espíritu Santo...»

«¡Oh Rey de la gloria! exclama el P. La Puente *(Guia,* tr. 3, c. 4, § 2), éntrame en la celestial bodega de tu Divinidad y embriágame con estos afectos de caridad, ordenando en mí las obras del amor. Dame estas alas de tus encendidos serafines, para que con ellos vuele sobre todo lo criado, para unirme contigo».

(3) Cf. Calmes, *L'Evangile selon S. Jean,* 16, 23-26.

(4) «Todos y cada uno en particular, decía el Eterno Padre a Santa Catali-

llevar su yugo, aprendiendo de El mansedumbre y humildad, les dice: *Venid a Mí todos,* asegurándoles que encontrarán el verdadero *descanso* para sus almas (1).

"Todos los días, nos advierte el Apóstol *(Hebr.,* 3, 13, 14; 4, 1-12), se nos invita a entrar en ese *descanso;* para nosotros ha quedado este *sabatismo: apresurémonos,* pues, a entrar en él, y no seamos incrédulos. Porque viva y eficaz y más penetrante que espada de dos filos es la palabra de Dios, que penetra hasta la división del alma y del espíritu".

na de Sena *(Diálogos,* cap. LIII), habéis sido invitados por mi Verdad cuando en el Templo con ardiente deseo exclamaba: *Quien tenga sed, venga a Mí y beba...* Hallaréis de beber, hallando y gustando el fruto de su preciosa Sangre. Y hallándoos en El os hallaréis en Mí, que soy mar pacífico, porque soy una misma cosa con El... Así sois invitados a la Fuente del agua viva de la gracia... Pero debéis perseverar hasta encontrarme a Mí, que os doy agua viva, y os la doy por medio de este dulce y amoroso Verbo, mi Unigénito».—«Os conviene, pues, añade (LIV), tener sed; pues sólo los que la tienen son invitados por esas palabras: *Quien tiene sed, venga a Mí y beba.* Quien no tiene sed, no persevera caminando».—Y por eso nos invita con tanto amor, para excitarnos esa venturosa sed... «Dominus Jesus, dice Taulero *(Serm.* Dom. I p. Oct. Epiph.), adhuc sine cessatione vociferat in cordibus nostris, ut ipsum sitire velimus: paratus sitibundas animas nostras praetiossisimo divinae gratiae dilectionisque suae vino Cyprio non refocillare modo, sed inebriere etiam».

«Invitantur quidem, advierte Sto. Tomás *(in Joan.* 7, 37), *sitientes,* unde dicit: *Si quis sitit veniat ad me, et bibat. (Isai.* 51): *Omnes sitientes venite ad aquas...* De istis dicitur *(Mt.* 5): *Beati qui exuriunt, et sitiunt justitiam.* Quos quidem Dominus *non partialiter* vocat, sed *omnes.* Unde dicit: *Si quis sitit.* Quasi dicat: Quicumque est ille. *(Eccli.* 24): *Transite ad me omnes qui concupiscitis me...* Invitat autem ad potandum. Unde dicit: *Et bibat.* Potus enim iste est spiritualis refectio *in cognitione divinae sapientiae* et veritatis etiam in impletione desideriorum. *(Is.* 45): *Servi mei bibent, et vos sitietis... (Eccli.* 15): *Aqua sapientiae salutaris potabit illum.*—Fructus autem hujus invitationis est redundantia bonorum in alios; unde dicit: *Qui credit in me... flumina de ventre ejus fluent aquae vivae».*

Acudamos, pues, a El a beber, y en nuestro mismo corazón le hallaremos como fuente viva.

«Tal es su ansia de darse y entregarse, dice la V. Mariana de S. José *(in Cant.* 3), que da la sed para que le busquen, y para que hallándole se anieguen en El».

«Dichoso el hombre, exclama Blosio *(Inst. spirit.* cap. XXII, § 4), que llega a ver brotar en el fondo de su alma la fuente de las aguas vivas, aunque para eso haya tenido que cavar y ahondar durante muchos años. ¡Qué extraño es que haya que esperar a la puerta de la cámara del Rey Eterno, y haya que llamar por largo tiempo antes de ser admitidos a su unión!... Así es como llegaremos a lo que es el *fin de todos los ejercicios, de todos los preceptos y de todas Escrituras».*

(1) Venite ad Me *omnes* qui laboratis, et onerati estis, et Ego *reficiam vos.* Tollite jugum meum super vos, et díscite a Me, quia mitis sum et humilis corde; et invenietis requiem animabus vestris. *(Mt.* 11, 28-29).

«Esta invitación, observa el P. Grou *(Manuel,* p. 240), se dirige *a todos los hombres;* ninguno otro más que Jesús se la ha hecho nunca; y todos ellos tienen sumo interés en experimentar la realidad de esta promesa» (Cf. Santa Teresa, *Camino de perf.,* cap. XIX).

«Tunc qui laborat, vocatur: quando bene agenti desiderium aeternitatis infunditur. Et ad vocantem se accedunt, quando ad contemplativae vitae quietem veniunt. In qua nimirum laborantes, reficiuntur: quia amoris gaudia de divina contemplatione abundanter sumunt. Ipse quidem accedentes reficit, qui puris mentibus semetipsum ostendit». S. Gregorio M., *in* 1 *Reg.,* l. V, c. 15.

Así esta divina palabra de tantas y tan consoladoras promesas, triunfará en nosotros de todas las dificultades, si con docilidad la oímos y la seguimos.

A todos los corazones está incesantemente llamando el divino Esposo, que viene ansioso de celebrar con cada alma que dignamente le reciba el regalado banquete de las místicas bodas (1). Si no le abrimos, o nos hacemos sordos a sus llamamientos, o no velamos como los siervos fieles que están atentos esperando su venida, ni tenemos nuestras lámparas bien preparadas, como las vírgenes prudentes, culpa nuestra es.

"Todos nosotros, advierte San Bernardo (2), hemos sido llamados a estas bodas espirituales en que Jesucristo es el Esposo y la esposa nuestra misma alma".

Así, pues, nadie tiene excusa; nadie puede con razón decir que se siente sin vocación para cosas tan altas, o que nunca ha recibido el llamamiento que es menester para la vida mística, aunque realmente no lo haya recibido para ciertos favores del todo especiales que muchas veces la acompañan. Pues todos somos llamados al místico banquete del Reino, que en este mismo mundo nos tiene preparado el Padre celestial, aunque no todos al mismo puesto, sino cada cual al suyo; y quien a tiempo no entre a ocupar allí debidamente el lugar que tiene señalado y para el cual precisamente ha sido invitado, ese, por no saber corresponder a su santa vocación, será castigado duramente, a lo menos en el Purgatorio, cuando no arrojado para siempre de la casa de Dios (*Apoc.*, 21, 8; *Mt.* 22, 2-14; *Lc.* 14, 16-24).

Por tanto, así como en esta gran casa del Eterno Padre hay muchas mansiones, así también hay muchísimos y muy diversos puestos en el místico banquete; y por lo mismo, el no tener especial llamamiento para ciertas gracias singulares y favores privilegiados, no excluye el general llamamiento para la vida espiritual o mística, en que tantas moradas hay, y donde cada cual puede hallar, si quiere, la suya, la que según sus disposiciones

(1) En estas admirables palabras del Apocalipsis (3, 20): *Estoy a la puerta y llamo: si alguno me abriere, entraré y cenaré con él, y él conmigo*—, Nuestro Señor, según advierte San Juan de la Cruz (*Cánt. espir.* XV), «da a entender que El se trae la cena consigo, la cual no es otra cosa sino su mismo sabor y deleites de que El mismo goza; los cuales, uniéndose El con el alma, se los comunica y goza ella también; que eso quiere decir *yo cenaré con él, y él conmigo*. Y así en estas palabras se da a entender el efecto de la divina unión del alma con Dios, en la cual los mismos bienes propios de Dios se hacen comunes también al alma Esposa, comunicándoselos El graciosa y largamente».

(2) *Serm.* 2 *Dom.* I *post Oct. Epiph.*, núm. 2.

y aprovechamiento le corresponda y tenga señalada (1).

No importa, pues, que haya mucha desigualdad de gracias y de vocaciones, ni que de hecho gran parte de los cristianos, por malicia, pereza o cobardía, las dejen perderse todas, o casi todas, y al fin vengan a quedarse quizá sin ninguna; esto no basta para suponer que hayan sido excluídos de antemano, y no únicamente privados por culpa propia; así como también por culpa propia perecen para siempre tantísimos desgraciados, a pesar de haber sido criados y llamados para la vida eterna.

De todos modos, los deseos de Nuestro Señor al invitarnos a su íntimo trato, y al puesto que nos tiene señalado, no pueden ser más sinceros.

"¿Cómo se puede mostrar más claro, pregunta San Francisco de Sales (2), el cordial deseo que uno tiene de que otro coma bien, que previniéndole un convite espléndido, como hizo aquel rey de la parábola del Evangelio, y después llamarle, instarle y casi forzarle con ruegos, exhortaciones y porfías a que se venga a sentar a la mesa y coma?... Pero esta especie de beneficio quiere ser ofrecido por llamamientos, proposiciones y solicitudes, sin fuerza ni violencia; y esta es la razón por que se hace a manera de deseo y no de querer absoluto„ (3).

Por tanto, la diversidad de puestos efectivamente ocupados en la casa de Dios, depende, no sólo de la vocación, sino también de la propia fidelidad y generosidad del alma en cooperar a la gracia y corresponder al llamamiento divino (4). Este, de un modo o de otro, para una mansión o para otra, se dirige a cuantos desean oirlo y seguirlo, sin que nadie pueda tener disculpa de no querer atender a él y dejarlo frustrado.

"La desigual distribución de las gracias, advierte la Abadesa de Solesmes *(La vie spir.*, c. 3), mal entendida, ha sido ocasión de un error pernicioso que desalienta a las almas en sus aspiraciones hacia Dios, haciéndolas su-

(1) Cf. Santa Teresa, *Morada* I, cap. II; *Mor.* VII, Conclus.

(2) *Amor de Dios,* lib. 8, cap. III.

(3) «Sic ad bona Deus nos invitat, quod ea non passibus corporis, sed piis desideriis et devotis orationibus accedamus». S. Thom. 2-2, q. 83, a. 5, ad 3.

(4) «Concedit Deus gratiam, dice Ricardo (*Serm.* 3 *in Cant.*), sed usus homini subjacet: quia alius alio utilius et saluberrius per hanc operatur. Debet ergo considerare modum gratiae quo afficitur. Spiritus enim Sanctus unicus dicitur, et multiplex; quia cum unus sit, diversis tamen modis mentes visitat et afficit. Audire ergo debet anima quid et quod loquatur in ea Dominus. Et cum loquitur, inter audiendum rogandum est, ut audientem ducat... Cordis vero consolatio, et spiritualis refectio Dei quidem donum est; sed cooperari te oportet huic dono, et prudenter in eo exerceri. Hujus enim refectionis Deus auctor et largitor est, homo vero minister et coquus, ut vel bene sibi, vel male parare possit».

poner que no son llamadas a las cumbres de la vida espiritual. Mas al reconocer que Dios es esencialmente libre en sus donaciones, no queremos decir que mida con tal cortedad sus gracias, que haga inaccesible para cierto número de almas la plenitud de la vida cristiana. Verdad es que la mayor parte de las que se salvan no llegan, antes de la muerte, a la unión con Dios; mas esto no es razón para decir que fué por falta de medios... Así como tantísimos hombres, redimidos por Nuestro Señor Jesucristo, se pierden miserablemente sin poder imputar su desgracia más que a sí propios, tampoco aquí podemos concluir del hecho al derecho, ni del estado a que el hombre por su flojedad queda reducido, a lo que Dios había querido hacer en él. Si abrimos las Sagradas Escrituras, allí vemos las invitaciones más amplias, contínuas y vehementes a la vida unitiva, y en ninguna parte hallamos exclusiones sistemáticas que, por disposición de la Providencia, pongan a ciertas almas en la imposibilidad de llegar a la unión con Dios...

„Esa desigual distribución de gracias no nos cierra, pues, el camino a la unión divina, así como tampoco la diversidad de los ministerios nos impide pertenecer al cuerpo místico de Jesucristo„—ni aun contribuir eficazmente a su incremento y santificación (1).

"La misma doctrina de la Iglesia acerca del Purgatorio, añade la ilustre autora, parece que por sí sola basta para demostrar que el Señor dió a todos los hombres la facultad de llegar a la unión divina. Si todo cristiano, en efecto, no tuviera una verdadera posibilidad de llegar antes de la muerte a la vida unitiva, ¿cómo podría Dios después castigarle con el rigor de su justicia por haber menospreciado los medios de comparecer ante El libre de toda deuda?... Todos los cristianos, pues, pueden lle-

(1) Las funciones sagradas y los dones espirituales están repartidos entre los ministros y demás miembros del Salvador de tal manera, observa Bacuez (*Manuel bibl.* IV, n. 745), «que todos contribuyan a la edificación de la Iglesia, su cuerpo místico, y a la formación de los santos; y su ministerio tiene por objeto unir las almas en una misma fe, dar a conocer en todas partes al Hijo de Dios hecho hombre, comunicar su Espíritu a todos sus miembros y hacer de *cada uno de éstos* y de toda la Iglesia un Cristo completo, *Virum perfectum, en plena posesión de su vida,* de su fortaleza y sus virtudes: designio celestial... a que *todos deben colaborar sin descanso*».

Para esto ayuda de un modo especial procurar poseerse bien del espíritu de la S. M. Iglesia, siguiendo fielmente con ella, en nuestras consideraciones, el curso de los misterios del Año litúrgico. Cf. *Emmerich, Sda. Pasión,* LX.

«Todos los esfuerzos de la Liturgia, dice Dom Festugière *(La Liturgie catholique),* tienden a desarrollar en las almas la vida de Cristo. Considerada en sus efectos psicológicos y morales, la Liturgia es como el método auténtico, instituído por la Iglesia para asimilar las almas a Jesús...; el único método capaz de encaminarlas hacia los favores... de la unión con Dios, o sea hacia la vida mística».

gar a la unión con Dios, sin otra invitación más que la ya contenida en el bautismo„.

En éste es ya el alma, en efecto, hecha hija de Dios y desposada para siempre con Cristo en la fe, en la justicia y en la misericordia, de modo que por experiencia pueda saber que El es su único Dueño *(Os.* 2, 19-20); por lo cual, si mantiene firmes sus palabras y conserva puras las arras de este desposorio, logrará sin duda alguna ratificarlo algún día—por esa gran misericordia con que El se dignó tomarla por suya y hacer pacto con ella para purificarla y adornarla como a reina—en la plena y perfecta unión del matrimonio espiritual *(Ezech.* 16, 6-14).

Mas aunque todas las almas son llamadas a tan sublimes alturas y todas deben esforzarse por subir de virtud en virtud aspirando a la plena perfección que, según su especial llamamiento, les corresponde, y procurarla como mejor puedan en el estado en que se hallen; no son, sin embargo, llamadas todas igualmente, ni pueden lograr sus deseos en igual forma y condiciones, ni tampoco en un instante, sino por grados, y cada cual en la manera especial que le conviene. (Cf. Weiss, *Apolog.* IX, Cf.ª V).

"Es bien que entiendas, advierte el P. La Puente (1), que así como la luz y calor del mediodía no es igual en todos tiempos, porque en el invierno no es tan grande como en el principio del verano..., así el invierno de la vía purgativa y el verano de la vía iluminativa, tienen su mediodía y su propia cumbre en el conocimiento y amor; pero mucho mayor es en la una que en la otra. Y todos los que caminan por estas vías han de procurar crecer *como la luz de la mañana, hasta el perfecto día (Prov.* 4, 18), proporcionado a su estado, aunque suspirando por llegar al supremo, no solamente en los deseos y peticiones, sino en las diligencias„.

"Así todos debemos, según dice el P. Lallemant (2), aspirar a gozar de un día perfecto, que lucirá en nuestra alma cuando, teniéndola ya bien purificada, sigamos siempre la moción y dirección del Espíritu Santo„.

"Es preciso, decía Enrique Harpio (3), que por una diligente perseverancia vayamos poco a poco y por grados subiendo y aprovechando para conocer a Dios cada vez con más claridad, hasta que el ojo del entendimiento, más y más iluminado, y el afecto, más y más purificado, todo el hombre tanto interior como exteriormente se ordene a Dios„.

(1) *Guía espiritual*, tr. 3, cap. VI, § 3. (2) *Doct. spirituelle,* pr. 4, ch. II, a. 1, § 8. (3) *Theol. myst.*, l. 3, p. 4, cap. XXVII.

"Toda vida santa, escribe a su vez Rusbrokio (1), es una escala de amor de siete grados, por los cuales subimos al reino de Dios. La voluntad de Dios es que seamos santos„.

En realidad, el Señor, no sólo quiere ardientemente nuestra santificación (I *Thes.* 4, 3) y está del todo dispuesto a *saciar*, sin distinción de personas, a cuantos tienen verdadera hambre y sed de santidad y justicia (2), y a darles de beber *gratis* el *agua* de la vida (3), sino que expresamente prometió por Isaías (40, 31) a *todos* los que le temen y reverencian y en El confían, por una parte, el don de fortaleza, con que puedan correr sin fatigarse por las más difíciles sendas de la perfección, y además las místicas *alas de águila* con que fácilmente se remonten a las mayores alturas, donde descansen en la opulencia y en la plenitud de la paz (4). Por el Salmista (*Ps.* 102, 5), promete realizar nuestros santos deseos y renovarnos como el águila. En los libros Sapienciales, según ya hemos oído, no se cansa de repetir que colmará de los preciosísimos dones de sabiduría e inteligencia a cuantos los deseen y busquen de veras, como se busca un tesoro (5). Y en fin, por Sí mismo nos asegura cómo las vírgenes prudentes, hallándose bien preparadas, fueron admitidas a las místicas bodas (*Mt.* 25, 1-10); y promete a todos los siervos fieles, a quienes también encuentre bien dispuestos y velando, servirles El mismo y hacerlos del todo dichosos (6); y al fin de su vida de un modo

(1) Los siete grados de la escala de amor espir. Pról.

(2) *Mt.* 5, 6; 11, 28; *Eccli*, 15, 3; *Prov.* 9, 5.

(3) *Is.* 55, 1; *Jn.* 7, 37; *Apoc.* 21, 6.

(4) «Cuando Isaís (XL, 31) dice que las almas confiadas en Dios *assument pennas sicut aquilae*... ¿qué hace, pregunta la ilustre autora de *La Vie spirituelle,* cap. VI, sino asegurar a la confianza en Dios, junto con la victoria definitiva, el más vigoroso vuelo en la contemplación?»

(5) «Si quaesieris eam quasi pecuniam, et sicut thesauros effoderis illam; tunc... *scientiam Dei inveniens; quia Dominus dat sapientiam*» (*Prov.* 2, 4-6). «Fili, a juventute tua excipe doctrinam, et usque ad canos *inveniens sapientiam.* Quasi is qui arat, et seminat, accede ad eam, et sustine bonos fructus illius. In opere enim ipsius exiguum laborabis, et *cito edes* de generationibus illius... Audi, fili, et accipe consilium intellectus... Subjice humerum tuum, et porta illam, et ne acedieris vinculis ejus. In omni animo tuo accede ad illam, et in omni virtute tua conserva vias ejus. Investiga illam, et *manifestabitur tibi*, et continens factus ne derelinquas eam: in novissimis enim *invenies* requiem in ea, et convertetur tibi in oblectationem. Et erunt tibi compedes ejus in protectionem fortitudinis, et bases virtutis, et torques illius in *stolam gloriae:* decor enim vitae est in illa, et vincula illius alligatura salutaris... Cogitatum tuum habe in praeceptis Dei, et in mandatis illius maxime assiduus esto: et ipse *dabit tibi cor*, et *concupiscentia sapientiae* dabitur tibi».—*Eccli.* 6, 18-37.

(6) *Luc.* 12, 25-28. «Nam Deus omnipotens singulis angelis, sanctisque animabus in tantum se subjicit, quasi sit *servus emptitius* singulorum, quilibet vero ipsorum sit Deus suus. Ad hoc innuendum, *transiens ministrabit illis,* dicens in Psalmo: *Ego dixi: dii estis*» (S. Thomas, *Opus.* 63, *de Beat.*, cap.

solemne se compromete a manifestarse y visitar y comunicar su misma claridad a los que de veras le aman *(Jn.* 14, 21-23; 17, 22-26), y hacer desde aquí participantes de las riquezas y delicias del Reino a los que en sus tribulaciones le acompañen *(Luc.* 22, 28-30).

Si, pues, nunca llegamos a merecer y recibir su íntima comunicación, es porque huímos muchas veces de su compañía, porque no nos resolvemos a entrar en su estrecha senda por la angosta puerta de la contínua abnegación, o porque no perseveramos en seguirle e imitarle fielmente abrazando con amor la cruz de cada día. Por sólo esto es por lo que no acabamos de gustar por experiencia, como gustan *todos los santos,* ¡cuán suave es el Señor, cuán llevadero su yugo, cuán ligera y dulce su carga y cuán inefablemente delicioso su íntimo trato, que es gloria anticipada, donde en este destierro mismo se embriaga ya el alma en el torrente de las divinas delicias!

"¿Pues cuál es—pregunta el V. Granada (1)—el hombre que, oídas estas nuevas, y sabiendo que *tan aparejada está la divina gracia para él como para todos los santos,* no trabaja por entrar por esta puerta a gozar de tan grandes bienes en esta vida? ¡Oh, perdidos y ciegos hijos de Adán! ¿Para qué andáis buscando con tanto trabajo y en tantos lugares lo que con menos trabajo se halla todo junto en solo Dios? Verdaderamente *los cami-*

II).—«Comunícase Dios en esta interior unión al alma con tantas veras de amor, dice San Juan de la Cruz *(Cántico espir.* anot. a canc. 27), que no hay afición de madre que con tanta ternura acaricie a su hijo, ni amor de hermano, ni amistad de amigo que se le compare. Porque aun llega a tanto la ternura y verdad de amor con que aquel inmenso Padre regala y engrandece a esta humilde y amorosa alma ¡oh cosa maravillosa y digna de todo pavor y admiración!, que se sujeta a ella verdaderamente para la engrandecer, como si El fuese su siervo y ella fuese su señor. Y está tan solícito en la regalar, como si El fuese su esclavo y ella fuese su señor. Y así aquí está empleado en regalar y acariciar al alma como la madre en servir y regalar a su niño, criándole a sus mismos pechos: en lo cual conoce el alma la verdad del dicho de Isaías, que dice (66, 12: «A los pechos de Dios seréis llevados y sobre sus rodillas os halagará»,—¿Qué sentirá, pues, el alma aquí entre tan soberanas mercedes? ¡Cómo se derretirá en amor!»

¡Así amó Dios al mundo!... Y sin embargo, ¡cuán pocos hay que conozcan y crean a esta divina Caridad!... (I *Joan.*, 4, 16). ¡Oh, si conociésemos bien el Don de Dios!... ¡cómo lo desearíamos, lo procuraríamos y lo pediríamos sin descanso hasta lograrlo! *(Joan.*, 4, 10).

Si todo hombre, como dice San Gregorio *(Moral.*, VIII, cap. 14), *nació para contemplar,* «¿por qué, pregunta el V. Falconi *(Camino*, l. 1, cap. X), quieren tan pocos animarse a hacerlo? y aun desanimar a tantos para que no lo hagan? ¡Válgame Dios, Señor! y qué poco conocemos la facilidad y afabilidad con que os comunicáis íntima y amigablemente a *todos* aquellos que quisieren abrir tantica puerta en su corazón! Dádnoslo Vos a entender, Padre amorosísimo, en nuestras almas, ya que no queremos verlo más claro que el día en vuestra Escritura Sagrada, donde tan encarecidamente nos lo certificáis diciendo: «que gustáis de andar... regalándoos con nosotros».

(1) *Memorial*, tr. 7, cap. I, § 3.

nos de Sión están llorando, porque no hay quien venga a esta solemnidad, a esta fiesta, a este Sábado espiritual, en que el alma fiel huelga y reposa en Dios„.

Por tanto, si de veras nos apresuramos a entrar en ese místico reposo, esforzándonos, con la gracia que al efecto se nos ofrece, por conquistar ese divino reino que padece violencia, sin duda lo alcanzaremos, como de hecho lo alcanzan todos los valerosos y esforzados (1). Así vemos en el Apocalipsis (2, 17, 26-28; 3, 5, 12, 21) que a todos los *vencedores,* sin distinción, les promete Nuestro Señor darles a gustar las inefables dulzuras del *maná escondido* y del *árbol de la vida;* hacerles sentar en su mismo trono, como coregnantes, y darles posesión de la margarita preciosa—*cálculum cándidum*—y del misterioso *nombre nuevo* en ella grabado, y que nadie puede conocer sino quien lo recibe; condecorarlos con las insignias reales de su gloriosa Madre, la "Estrella de la Mañana„, y hacerlos terribles a los mundanos; y por fin constituirlos en firmes columnas del templo de Dios, de donde nunca más saldrán, etc., etc. Por todos estos tan variados símbolos, conforme advierte San Juan de la Cruz *(Cánt. espir.,* 38), manifiesta el Salvador esas sus inefables comunicaciones que tiene con sus fieles seguidores y que con ninguna palabra pueden expresarse.

Por de pronto, "¿qué son, pregunta la Abadesa de Solesmes *(l. cit.* c. 6), ese alimento misterioso y este nombre no conocido? *(Apoc.,* 2, 17). ¿Qué son sino el gran secreto que Dios dice al alma cuando ésta llega a la perfecta

(1) *Mt.* 11, 12. «Podemos muy bien, asegura Rusbrokio *(Los siete grados de amor,* cap. XII), buscar a Dios hasta el punto de llegar a un estado de vacío de nuestro sér. Una vez en ese estado de vacío, el Espíritu Santo viene a descansar y morar en nosotros con todos sus dones... El mismo habita en nuestra esencia, reclamando de nosotros el vacío y la unidad con El por encima de toda virtud».

«Sicut enim imber copiosus, dice Taulero *(Serm.* 2 *in Pent.),* si nulla forent media vel impedimenta, omnes facile valles et foveas ei expositas repleret, ita et Spiritus S. non Apostolis modo, verum etiam omnibus, qui illius capaces erant, hodierna die fecit: imò et in hanc usque diem horis omnibus facit, implens et perfundens absque intermissione fundos omnes, corda omnia, cunctasque animas, ubi locum habere potest, opulentis charismatibus, amore et donis, de quibus dicere non sufficimus... Quicumque talis est, tam nudus, tamque vacuus, huic soli totus se infundit, eumdemque perfecte implet Spiritus Sanctus... In ejusmodi abstracto et introverso homine, mira Spiritus Sanctus operatur, etiam eodem ipso hoc ignorante».

«Quam ergo libenter toto affectu nos ipsos et omnia relinquere, et abnegare, atque hunc superdulcissimum et liberalissimum Spiritum sequi debemus, qui... omni adhuc die, imo et qualibet hora, *datur omnibus* qui illius sunt capaces?...» (Id. *Serm.* 3 in Pentec.

«Hi etiam repleri Spiritu Sancto quasi in domo possunt: quia illi percipiunt abundanter gratiarum ejus dona, qui ad ea percipienda sese, visibilia contemnendo, paraverunt... Lux quippe est, quia a mundis cordibus qualitercumque videri potest». S. Greg. M. *in* I *Reg.,* c. X, l. 4.

caridad y a la consumación de su unión con el celestial Esposo?„

"La gracia de la vida unitiva, advierte muy bien la misma autora (cap. IV), sería mucho más habitual en los cristianos si fuera mejor comprendida, más estimada y también más ardientemente deseada... El Evangelio nos ofrece la preciosa seguridad de que no ha de ser vana nuestra perseverancia en implorarla confiadamente de la bondad divina, al decir *(Luc.* 12, 37-38): *Beati servi illi quos, cum venerit Dominus, invenerit vigilantes... Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi.* ¿Por qué *beati*, sino porque a esta vigilancia le están reservados ciertos dones eminentes y favores especialísimos? A veces nos dejará el Señor aguardar y suspirar hasta la tercera vigilia, y entonces vendrá: ¿y cuál no sería el daño y la desventura del alma que, poco antes de la visita del Señor, se hubiese cansado de esperarle?„ (1)

Artículo 2.º—La divina contemplación no es gracia "gratis data„, sino don exclusivo de los justos, ordenado a la propia santificación, prometido a la fidelidad y perseverancia y ordinario y común en las almas perfectas.

Es cierto que la contemplación sobrenatural y la consiguiente unión mística son, de alguna manera, *dones gratuitos* o gracias muy especiales de Dios, por cuanto El, generosamente y sin hacer agravio a nadie—como bienes suyos que son—, los da, según observa Santa Teresa *(Morada* IV, cap. I), "cuando quiere, y como quiere y a quien quiere„, sin que sean bastantes todas nuestras diligencias e industrias para *adquirirlos,* por más que nos sirvan para *alcanzarlos* de la divina piedad (2).

Pero también es muy cierto y del todo innegable, que no son, como en estos últimos siglos solía suponer-

(1) «Orationis exercitia mordicus tene, encarga Alvarez de Paz (*de inquis. Pacis,* l. V, P. I, appar. 1, c. X), nec propter mentis ariditatem, nec propter aliqua incidentia negotia, nec propter alia impedimenta, illa unquam deseras, imo nec (si possibile est) interrumpas. Quo tempore Deo in studio orationis vacas, gratiam contemplationis es acepturus; nescis autem qua hora orationis hoc magnum donum experiri incipies. Ne igitur sine evidenti causa statutis horis ab oratione te subtrahas. Nam forte tunc deeris, et quasi absens eris, quando haec pluvia salutaris super te descenderet, et ad multos annos, et forte in perpetuum ea ob tuam instabilitatem carebis».

(2) «Estos son dones, dice otra vez la Santa *(Vida,* cap. XXXIV), que da Dios cuando quiere y como quiere, y ni va en el tiempo ni en los servicios. No digo que no *hace esto mucho;* mas muchas veces no da el Señor en veinte años la contemplación que a otros da en uno: Su Majestad sabe la causa».

Pero, así y todo, advierte la misma Santa, que si amáramos a Nuestro Señor perfectamente, a *todos nos la daría (Morada* VI, cap. III; cf. *Vida,* capítulo XL).

se, gracias *gratis datas*—, las cuales se ordenan ante todo el bien común, y por lo mismo se encuentran en justos y pecadores—, sino que son verdaderas gracias *gratum facientes,* como directamente ordenadas que están a la propia santificación (1). Además, son favores muy especiales que por estar fundados en la acción de los dones del Espíritu Santo, nunca los hace Dios sino a los justos, y habitualmente tan sólo—como pronto veremos—a los muy justos, o sea a los muy adelantados o

(1) «Las gracias de Dios, escribe muy oportunamente el P. Lamballe *(La Contemplation, ou principes de Théol. myst.,* París, 1912, ch. I, § 1), se dividen en santificantes y gratuítas, *gratum faciens* y *gratis data.* La expresión *gratum faciens* designa una gracia ordenada a hacer mejor a quien la recibe... Tal es la *santificante,* propiamente dicha, o *habitual,* que le hace justo y santo a los ojos de Dios, y la *actual,* que nos solicita y ayuda a hacer las buenas obras, mediante las cuales aumenta la gracia habitual y la santidad. Se nos dan, al menos en cierta medida, según las leyes establecidas por Dios, y por eso suelen muchas veces llamarse *ordinarias* o *comunes.* Todos las reciben en el grado suficiente para la salud. Pero nuestra cooperacion, nuestras disposiciones y el uso que de ellas hagamos nos las obtienen en más abundancia. Por esto no son del todo gratuitas, aunque lo sean por lo menos en las que nos permitieron merecerlas. Las gracias *gratis datae* son, por el contrario, como su nombre lo indica, del todo *gratuitas,* sin poderse nunca merecer. Por mucho que nos santifiquemos, recibiremos las primeras, pero no éstas, tales como la de hacer milagros o de hablar una lengua no aprendida, etcétera... Sólo podemos merecer la salud y los medios de alcanzarla, y estos favores están fuera del orden de la santificación personal. Responden a especiales miras de la Providencia, y sirven para utilidad de otros. Así, pertenecen al orden *extraordinario* y milagroso... Hay muchos que, engañados por las palabras, piensan ligeramente que las gracias de contemplación son *gratis datae;* pero esto es un error, tanto más grave cuanto más fundamental. Santo Tomás y San Juan de la Cruz así lo declaran terminantemente, y hasta el siglo XVII todos son de su parecer; y los mismos autores modernos que presentan la contemplación como una gracia milagrosa, reconocen, con Santo Tomás, que es efecto de los dones del Espíritu Santo, sin que nadie contradiga a esta doctrina... Ahora bien; ¿quién se atreverá a sostener que estos dones, recibidos en el bautismo y aumentados en la confirmación, sean gracias, no de santificación personal, sino *gratis datae?* Santo Tomás sostiene lo contrario repetidas veces, y especialmente en la *Suma* (1-2, q. 68, a. 3, ad 1 et 2, y 2-2, q. 45, a. 5)». En cuanto a San Juan de la Cruz, cf. *Subida del Monte Carmelo,* III, 29.

«Gratia, observa San Buenaventura *(De Septem donis S. S.* 1.ª P., c. 3), est lumen multos habens radios, vel gradus diversarum virtutum, et ornamentorum spiritualium. In ipsa enim gratia gratum faciente datur Spiritus Sanctus, qui est donum perfectum perficiens animam, ut efficiatur filia Patris aeterni, sponsa Christi, et templum Spiritus Sancti. Ideo necesse est ut per varios radios gratiae habeat anima varia exercitia virtutum, donorum, beatitudinum, fructuum spiritualium, et spiritualia dona sensuum, ut et *vita spiritualis* ex ipsis *perfecta manifestetur*».

«...Igitur illa pignora, seu dona, quibus Spiritus specialissimo modo jungit cor suum cordi nostro, faciendo nos conjunctos sibi et mobiles a se, vocantur *spiritus,* quia ex amore spirante et ponderante in nos procedunt, et vocantur specialiter *dona,* quia per illa seipsum nobis donat, et in nobis est» (Juan de Santo Tomás, *In.* 1-2, q. 70, dist. 18, a. 1, § 10).

Por aquí se comprenderá cuán extrañamente engañado se hallaba Bossuet al escribir *(Instruct. sur les étas d'oraison,* tr. I, l. VII, n. 29): «*Todos* los teólogos y aun los místicos convienen en el principio de que el estado místico o pasivo no es un don perteneciente a la gracia que nos justifica, *gratia gratum faciens,* sino que, como la profecía y el don de lenguas y de milagros, debe incluirse entre las gracias gratuitas, *gratia gratis data*».

perfectos (1). Pues aunque la divina contemplación consista esencialmente en cierto conocimento sobrenatural, éste, por proceder más o menos del don de sabiduría, nunca es frío como el de la simple fe muerta que existe en los pecadores, sino siempre ardiente y afectuoso, como que en todo, hasta en su mismo deseo, procede de la caridad (2); y consiste en una altísima noticia amorosa de Dios (3), aprendida en la secreta y sagrada escuela del Espíritu Santo, único Maestro de esta celestial sabiduría (4); noticia que supone una íntima experiencia sabrosa y un trato familiar y cordial con el Dios de toda consolación.

(1) In sancto habitans, et cum contrito et humili spiritu: ut vivificet spiritum humilium, et vivificet cor contritorum... Vias ejus vidi, et sanavi eum, et reduxi eum, et reddidi consolationes ipsi *(Is.* 57, 15-18).

(2) «Contemplationis desiderium, dice Santo Tomás *(in III Sent.* D. 35, q. 1, a. 2, sol. 1), procedit *ex amore objecti*... et sic habet affectionem vita contemplativa... Sed tamen contemplatio essentialiter in actu cognitivae consistit, *praeexigens charitatem:* unde Gregorius dicit *(super Ezech. Hom.* 14): «Contemplativa vita est charitatem Dei et proximi tota mente retinere, ab exteriori actione quiescere: ita ut nihil jam agere libeat, sed calcatis curis omnibus, ad videndam faciem sui Creatoris animus inardescat».—«Sapientiae donum *eminentiam cognitionis habet* per quandam *unionem ad divina,* quibus non uniuur nisi per *amorem,* ut qui adhaeret Deo, sit unus spiritus cum eo (1 *Cor.* 6). Unde Dominus *(Joan.* 15) secreta patris se revelasse discipulis dicit, *inquantum amici erant.* Et ideo *sapientiae donum dilectionem quasi principiunt praesupponit,* et sic in affectione est. Sed quantum ad essentiam in cognitione est: unde ipsius actus videtur esse et hic, et in futuro *divina amata contemplari,* et per ea de aliis judicare non solum in speculativis, sed etiam in agendis, in quibus ex fine judicium sumitur». S. Thom. *in III Sent.* D. 35, q. 2, a. 1, sol. 3; cf. *ib.* D. 36, q. 1, a. 3, c. et ad 4; 2-2, q. 45, a. 5.

«Quare donum sapientiae dilectionem Dei supponit, et in ea fundatur, quia est *mystica et affectiva scientia divinorum*». Juan de Santo Tomás, *l. cit.* a. 4, § 19.

Así el cristiano en pecado ya no puede tener verdaderos *sentimientos místicos,* ni juzgar por experiencia actual acerca de las cosas divinas, como puede más o menos el que está en gracia.

«Qui post peccatum discurrit et judicat de divinis, sicut ante, añade el mismo teólogo *(ib.* § 33), non hoc facit per donum sapientiae, sed per sapientiam acquisitam, quae est virtus intellectualis, aut per aliquam illustrationem, quae est gratia *gratis data,* vel solum est recordatio quaedam eorum quae ante faciebat... Caeterum quod *ex gustu et interna experientia divinorum* tunc (peccator) contempletur, et judicet, *est impossibile;* quia illam internam suavitatem, illam pacem quae exuperat omnem sensum, illam ebrietatem spiritus, et tactum divinae unionis, nemo scit, nisi qui accipit. Itaque cessante experientia affectiva divinae unionis, cessat motio Spiritus Sancti ad intelligendum et judicandum de veritatibus divinis experimentaliter et affective, et sic cessat donum sapientiae».

(3) «La contemplación, enseña San Juan de la Cruz *(Noche* II, cap. XVIII), es *ciencia de amor,* la cual es *noticia* infusa de Dios *amorosa,* y que juntamente va ilustrando y enamorando al alma». «La contemplación, dice a su vez San Francisco de Sales *(Amor de Dios,* l. 6, cap. III), no es otra cosa sino una amorosa, sencilla y permanente atención del espíritu a las cosas divinas». El vino de la contemplación, añade *(ibid.,* cap. VI), sólo se da a gustar a los *amigos;* y a los *muy amigos* se les da hasta *embriagarlos.*

(4) «Mediante este amor experimental, dice el *Tratado del conocimiento obscuro de Dios,* cap. II (que algunos atribuyen, aunque sin razón, a San Juan de la Cruz), al alma, en un instante, por una manera que no se puede declarar cuán suave es, la enseña el Señor mucho más que si leyera muchos libros o estudiara muchos años para entenderlo».

«Nuestra sabiduría, advierte el V. Juan de Saint-Samson *(Maximes spir.*, cap. XXIII), no es como la de los antiguos filósofos: es divina, y a ella vacamos, no a fuerza de especulación, sino por la *estrecha unión de nuestros corazones con Dios*, de quien excelente y abundantemente recibimos el *amor* y *la sabiduría* como una sola cosa».

«Esta sabiduría, dice Fr. Juan de los Angeles *(Lucha espiritual*, 1.ª P., cap. 13), no es de todos, sino *de solos los* (buenos) *cristianos*, y así presupone el conocimiento de la fe y el *fundamento de caridad*. De donde se sigue que ningún hombre mortal, por grande filósofo que sea, pudo ni podrá comprender, investigando ni raciocinando, esta sabiduría que se asienta en el supremo afecto del alma y trasciende toda facultad de la inteligencia humana, porque está reservada y se descubre a los *hijos de Dios*, los cuales de sólo El esperan consolación; que por eso se llama *mística*, esto es, cerrada u oculta, porque es de pocos conocida». «No puede saber nadie de la alteza del amor, decía Nuestro Señor a la V. Sor María de la Antigua *(Desengaño*, l. 8, cap. IV), si no es otro enamorado; ni podrá compadecerse de heridas, sino es otro herido: por lo cual ha de estar herido de mi amor el corazón a quien tengo yo de descubrir el mío, y desocupado y vacío ha de estar de las cosas de la tierra y aun muy alejado de ellas, porque yo le ensanche más de lo que su capacidad puede, para llenarle de mis tesoros... Porque *con mis amigos tengo Yo siempre de comunicar*, porque en esto consisten mis deleites: en estar entre los hijos de los hombres. Y si estoy entre ellos, claro está que tengo de comunicar con ellos; y que si comunico, que mi trato y comunicación les ha de sacar de su bajeza, y darles parte de mis grandezas, que esto es propio del amor, hacer todas las cosas una»

Y mal puede El comunicarse tan íntima y amistosamente con quien aun no esté en su santa gracia (1).

(1) Dicen algunos atrevidos, observa el P. Osuna (3r. *Abeced. esp.* tr. 5, cap. III), que hace Dios con el gusto interior del ánima, que también lo da a los malos... Esto yo no lo osaría decir, ni aprobar ni dejar escrito, aunque fuese por vía de amenaza: más deben ser los hombres convidados que amenazados a la tal cosa. La dulcedumbre y gusto de las cosas celestiales es uno de los dones del Espíritu Santo, y de los siete que guarda El para sus amigos, e de los siete el principal; porque así como entre las virtudes tiene la caridad el principado, así lo tiene la sabiduría entre los dones».

«La cosa con que menos se compadece el pecado mortal, después de la caridad, añade (cap. IV), es el gusto espiritual del Señor, muy dulce y suave a los que lo temen».

En este punto está Santa Teresa muy terminante: dice, en primer lugar *(Vida*, cap. VIII), que esta manera de oración «es trato de *amistad* a solas con quien *sabemos nos ama*». «Entendí, añade *(ib.*, cap. XXXIV), que bien me podía consolar y confiar que estaba en gracia, porque *semejante amor de Dios*, y hacer Su Majestad aquellas mercedes y sentimientos que daba al alma, que no se compadecía hacerse a alma que estuviese en pecado mortal». «Paréceme a mí, advierte otra vez *(Relación* 5.ª), que si ésta es unión, estar tan hecha una nuestra voluntad y espíritu con el de Dios, que no es posible tenerla quien no esté en estado de gracia». «Una visión, observa por fin muy oportunamente *(Cámino*, cap. XV; cf. edic. de LA FUENTE, cap. XXIV), permitirá el Señor que la vea uno estando en mal estado, para tornarle a sí; mas ponerle en contemplación no lo puedo creer, porque en aquella unión divina, adonde el Señor se regala con el alma y el alma con El, no lleva camino alma sucia, deleitarse con ella la limpieza de los cielos».—Cfr. *Morada V*, c. 2.

Por aquí se ve cuán equivocados están los autores que—como Ribet *(Mystique*, I, c. 6, p. 126)—tienen la contemplación no sólo por peligrosa, sino hasta por compatible con la enemistad de Dios, o sea con pecados graves; y más los que, como Juan de Jesús María *(Theol. myst.* c. 3, t. 2), pretenden

Por consiguiente, unos favores así, tan propios de verdaderos amigos, por lo mismo que se ordenan a perfeccionar la propia salud y santificación y a estrechar la divina amistad, y son prenda de esta misma y de la verdadera unión con Dios, como prometidos que están a la fidelidad a la gracia y al entrañable y sincero amor a Nuestro Señor, de seguro que no los ha de negar El para siempre—por mucho que a veces quiera dilatarlos—a las almas generosas y fieles que de todo corazón le aman, con toda diligencia le sirven y, para mejor conocerle, servirle y amarle, con tanta humildad y perseverancia se los piden que, aun cuando tarden mucho en recibirlos, llenas de filial confianza persisten pidiéndolos y deseándolos, a la vez que sirviéndole y amándole con desinterés.

Sabemos ya con plena certeza—y nadie se atreverá a ponerlo en duda—que tales favores, o sea en general las gracias propiamente místicas, son consecuencia del *sentido de Cristo—que tenemos para conocer lo que Dios se ha dignado darnos*, y las maravillas que obra en nosotros (I *Cor.*, 2, 12, 16)—y de los dones del Espíritu Santo, los cuales no en vano se nos comunican inseparablemente juntos con la misma gracia santificante y crecen con la caridad (1); y obra muy especial de los dos

apoyar ese desatino con la autoridad de Santa Teresa, que tan expresamente dice todo lo contrario. Lo que sí podría ser compatible con el pecado es lo relativo a favores *extraordinarios*, tales como ciertas visiones y revelaciones que a veces se mezclan en la contemplación, y que por eso algunos llaman *contemplación clara* y *distinta;* pero que no son obra de los dones del E. S., como aquélla lo es siempre, sino de gracias *gratis datas*, ordenadas al bien de otros, mientras la verdadera contemplación se ordena al bien propio.

Mal puede, pues, ser compatible con el estado de perdición lo que siempre está produciendo frutos de vida eterna. «Reduciremos, dice el mismo Ribet (*ib.*, c. 7, p. 133), a los siguientes, los atribuídos por los místicos a la contemplación: la paz, la purificación, la humildad, la fortaleza y paciencia, el hambre y sed de justicia, el desprendimiento y desprecio de las cosas creadas y el ardiente deseo de Dios».

Así la divina contemplación es en todo rigor trato íntimo de cordialísima amistad con Nuestro Señor, y verdadera conversación familiar en los cielos.

«Omnis oratio deffinitur quod sit elevatio mentis in Deum; sed in modo hujus elevationis inter communem orationem et contemplationem magnum discrimen est. Nam in communi oratione mens cum labore se elevat: in contemplatione cum mira suavitate se efferri sinit. In illa discursibus quasi gressibus quibusdam per clivum rerum spiritualium ascendit: in ista brevissime et quasi in ictu oculi supra verticem montis se positam videt... In illa anima quasi in terra manet et oculos in coelum attolit; in ista, veluti in *coelum admittitur*, et in eo suum nidum ac mansionem ponit».—ALVAREZ DE PAZ, l. 5, P. 2, c. 7.

(1) «Sicut virtutes morales connectuntur sibi invicem in prudentia, ita dona Spiritus Sancti connectuntur sibi invicem in charitate: ita scilicet, quod qui charitatem habet, omnia dona Spiritus Sancti habeat, quorum nullum sine charitate haberi potest» (S. THOM., 1-2, q. 68, a. 5). «Hujusmodi dona sunt in omnibus habentibus charitatem». (Id. *ib.* ad 1).

más excelentes, el de sabiduría y el de inteligencia, que de suyo tienden a la contemplación (1), y cuyo ejercicio normal supone o implica ya gran intimidad con Dios *(Sap.* 7, 14; 8, 3). De donde se sigue que todos aquellos en quienes el mismo Dios—con el gran deseo que tiene de comunicarse a los hombres—se haya dignado depositar esas inestimables prendas de su bondad infinita, es decir, *todos los justos,* procurando proceder como tales, creciendo como deben en santidad y justicia, disponiéndose en cuanto es de su parte y haciendo que se desarrollen y fructifiquen los dones que han recibido, pueden tener plena confianza de que más tarde o más temprano, en el tiempo y forma que más les convenga, lograrán—si permanecen fieles—saborear los dulces frutos de la divina contemplación, ya que sin ella nunca podrán llegar a la plena perfección y santidad que Dios les tiene señalada (2).

"Con ser tanta la alteza de esta sabiduría, advierte el P. La Puente *(Guía espir.*, Introd.), es tan infinita la liberalidad de nuestro gran Dios, que a todos los justos concede los dones y hábitos de donde proceden sus nobilísimos ejercicios; *y éstos suele conceder a toda suerte de personas, en todo género de estados y oficios, para que ninguno se tenga por excluído de bien tan soberano,* si lo desea y pide a Dios con grandes ansias; porque el deseo y la oración son medios muy poderosos para alcanzarle„.

Aunque la contemplación infusa, observa el Rmo. Padre Antonio del Espíritu Santo (3), es una gracia especial de Dios y un don que de ningún modo podemos lograr con sola nuestra industria; sin embargo, la divina piedad y benignidad suele conceder esa gracia en conformidad con los deseos y disposiciones que haya para recibirla. Pues a quien hace lo que está de su parte—aprovechando bien las gracias recibidas—, nunca le niega la que sea menester para pasar a un grado ulterior

(1) «Procedit sapientiae donum ad quamdam *deiformem contemplationem*» (S. THOMAS, *in* III *Sent.* D. 35, q. 2, a. 1, sol. 1).

(2) «Timor Domini delectabit cor, et dabit laetitiam, et gaudium, et longitudinem dierum... Initium sapientiae timor Domini, et cum fidelibus in vulva concreatus est, cum electis feminis graditur, et cum justis et fidelibus agnoscitur» *(Eccli.*, l. 12-16) «Sin duda alguna, observa Lamballe (*La Contempl.* chap. II, § 2), que el Espíritu Santo inspira donde quiere, y escoge la hora y manera más conveniente. Pero jamás deja de derramar su gracia en un alma bien preparada para recibirla: *Facienti quod in se est, Deus non denegat gratiam...* ¿Por qué está incesantemente llamando a nuestros corazones, y para qué nos dió los dones del Espíritu Santo sino para hacernos santos?

(3) *Direct. myst.*, Tr. 3, disp. 3, sect. V, n. 230-36.

de perfección, puesto que empieza sus obras para acabarlas felizmente, si nuestra mala voluntad no se lo impide. De ahí que se comunique sobrenaturalmente al alma, *según ésta se vaya disponiendo* (1).

Y las disposiciones, según iremos viendo, son la pureza de corazón, la sencillez, fidelidad y humildad, junto con la soledad, recogimiento y contínua oración (2).

Con esto, viendo Dios los piadosos deseos y la fiel diligencia del alma, vendrá en su ayuda ilustrándola con el don de sabiduría, conforme a lo que dice Isaías (58, 11): *El Señor te dará siempre el descanso y llenará de resplandores tu alma* (3).

Así debemos perseverar en la oración, hasta que *merezcamos beber en esa fuente* (Tr. 4, disp. 1, s. VI, n. 44) (4).

(1) «Cuando el alma, dice conforme a esto San Juan de la Cruz (*Subida*, II, cap. IV), quitare de sí totalmente lo que repugna y no conforma con la voluntad divina, *quedará transformada en Dios por amor*... De donde aquella alma se comunica a Dios más, que más aventajada está en amor... Y la que totalmente le tiene conforme y semejante, *totalmente está unida y transformada en Dios sobrenaturalmente*... De manera que el alma no ha menester más de desnudarse de estas contrariedades y disimilitúdines naturales, *para que Dios... se le comunique sobrenaturalmente*». «Cuando el hombre, advierte el Beato Susón (*Vida*, cap. L), es del todo purificado interiormente de las manchas de pecados, viene a quedar desprendido de las imágenes o representaciones, y así logra elevarse sobre los tiempos y espacios, a los cuales estaba antes atado... Allí comienza a respirar otro aire mejor; conoce la verdad y gusta de la felicidad divina, dando una mirada al *ahora*, siempre presente, de la eternidad... Entonces sucede, yo no sé cómo, que el hombre viene a quedar maravillado, considerando lo que era y lo que es; ve que antes era pobre y andaba sediento de Dios, estando al mismo tiempo ciego y alejado de El; y ahora le parece estar lleno de Dios, y que Dios lo es todo...»—Lo mismo vienen a decir en substancia otros muchos maestros y grandes contemplativos.

(2) «Si enim *sapientiam* invocaveris, et inclinaveris cor tuum prudentiae, si quaesieris eam quasi pecuniam, et sicut thesauros effoderis illam; tunc intelliges timorem Domini, et *scientiam Dei invenies;* quia Dominus dat sapientiam: et ex ore ejus prudentia et scientia» (*Prov.* 2, 3-6). «Sentite de Domino in bonitate, et in simplicitate cordis quaerite illum, quoniam *invenitur* ab his qui non tentant illum: *apparet* autem eis, qui fidem habent in illum... Quoniam Spiritus Domini replevit orbem terrarum» (*Sap.* 1, 1-2, 7).

«Oh, Señor, Dios mío, quién te buscará con amor puro y sencillo, que te deje de hallar muy a su gusto y voluntad, pues que tú te muestras primero y sales al encuentro a los que te desean». San Juan de la Cruz, *Avisos y Sent.*, edición crítica, t. 3, p. 17.

(3) «Sicut se habet sapientia, quae est virtus intellectualis, ad intellectum principiorum, quia quodammodo comprehendit ipsum... ita sapientia quae est donum, ad fidem, quae est cognitio simplex articulorum, quae sunt principia totius christianae sapientiae. Procedit enim sapientiae donum ad quamdam deiformem contemplationem, et quodammodo *explicitam* articulorum, quae fides sub quodam modo involuto tenet secundum modum humanum», S. Thom. *in* III *Sent.* D. 35, q. 2, a. 1, sol. 1.

(4) «Conveniens est ut oratio tantum duret, quantum est utile ad excitandum interioris desiderii fervorem». S. Thom. 2-2, q. 83, a. 14.

El tiempo que debemos emplear en la oración, dice el V. Granada (*De la Devoción*, cap. IV, § 8), ha de ser, por lo menos, «tanto, cuanto baste para traer el corazón *muy a la contínua* con recogimiento y devoción: lo cual es *andar en espíritu*, como nos lo aconseja San Pablo (*Gal.* 5). Y... andar el hombre en espíritu, es andar *más en Dios que en sí mesmo*, trayendo el corazón, no con la disposición y con los afectos naturales que él se tiene de

Verdad es que siendo don gratuíto, como también lo es la misma devoción (1) y como toda dádiva preciosa que desciende del Padre de las luces, puede Dios concederlo a quien quiere y como quiere, sin hacer injuria a nadie; y así de hecho a veces lo concede a unos muy pronto, cuando todavía son principiantes, mientras a otros más adelantados se lo niega por mucho tiempo, hasta encontrarlos muy bien dispuestos, y aún después se lo retira por largas temporadas (2). Sin embargo, aunque no sea más que por cierta congruencia, vemos que lo concede muy más preferentemente a los perfectos que a los imperfectos, siendo en éstos verdaderamente *rara*, mientras en aquéllos podemos decir que es del todo *ordinaria* esta gracia de la contemplación (Tr. 3, d. 3, s. 6) (3).

suyo, sino con los que le vienen por parte de la devoción actual con que anda... por parte del Espíritu Santo y del afecto continuo del amor y temor de Dios...»

(1) Cf. V. GRANADA, *De la Oración*, cap. IV; *De la Devoción*, cap. V, § 17.

(2) «Gratia contemplationis, observa Vallgornera (q. 3, d. 3, a. 5), multoties subtrahitur, accedit et recedit Deus: *Spiritus ubi vult spirat, et nescis unde veniat, aut quo vadat.* Accedit, et accedendo nos illustrat, recedendo obscuritate et moerore discrutiat. Experiebatur has vicissitudines et accessus et recessus Dei Sponsa, quae *(Cant.* 8) ait: *Fuge, dilecte mi, et assimilare capreae hinnuloque cervorum super montes aromatum.* Quandoquidem, o Sponse, fugiturus est, et me tuo more relicturus, oro ut fugias ad instar capreae hinnulique cervorum, qui ita insequentes fugiunt, ut frequenter ad eos se convertant, oculisque respiciant. Vade, sed redi; ut sicut discessu tuo humilior, et meam infirmitatem agnosco, ita accessu virtutum augmento exalter, et amoris affectu respirem... Fac mecum sicut aquila quae modo filios pennis impositis in sublime rapit, modo solos, ut ad volandum provocet, in terra dimittit. Ita sic me dimittes, ut desideriis precer, et iterum consolatione subvecta, ad superna volem. Sentiebat eas Job, qui cap. 36 profert haec verba: *In manibus abscondit lucem, et praecipit ei ut rursus adveniat...* Aufert quidem Dominus donum lucis suae, ut postmodum cum illud restituerit, dulcius et pretiosius habeatur». (Cf. ANTONIO DEL E. S., Tr. 3, d. 3, s. 7; ALVAREZ DE PAZ, *De Nat. Contempl.*, l. V, P. 2, c. 12.

(3) «Solet autem Deus, escribe Tomás de Jesús *(De Contempl. div.*, l. 1, cap. IX), contemplationis gratiam *aliquando imperfectis* et inexercitatis liberaliter elargiri... *Communiter* vero haec contemplationis gratia *perfectis* a Deo post multam exercitationem infunditur».—«Ex quadam decentia et congruitate, Deus potius perfectis quam imperfectis sua dona communicat, et ideo illis *ordinarie*, istis *raro*, supernaturalis gratiam contemplationis concedit. Cujus ratio est, quia *secundum viam ordinariam*, Deus sua dona *magis dispositis solet concedere*, quamvis *via extraordinaria* aliter contingat». (PHILIP. a. SS. TRINIT., p. 2, tr. 3, d. 1, a. 6, t. 2. Esto mismo repiten textualmente VALLGORNERA, q. 3, d. 3, a. 6, y ANTONIO DEL E. S., tr. 3, d. 3, s. 6).—«Videtur sequi, dice Suárez (*De Orat.*, l. 2, cap. XI, núm. 1, 4, 10), contemplationem hujus vitae *solis viris* in vita et sanctitate *perfectis* posse *convenire*. Quia contemplatio, aut est *perfecta unio* cum Deo per amorem, vel est perfectissima Dei *intuitio* quae in hac vita esse potest; utraque vero est *propria perfectorum*... Addendum est non esse ita propriam contemplationem virorum perfectorum, quin magna ex parte degustari possit ab imperfectis, imo et ab incipientibus».—Le Gaudier (*De natura et stat. perf.*, P. 1, sect. 3, cap. IV) sostiene también «contemplationem proprium esse tertii status (sc. unionis, seu *perfectorum*), licet in aliis aliquando inveniatur». «Perfecta haec *mystica unio*, dice Benedicto XIV (*De Serv. Dei beat.*, l. 3, cap. XXVI, núm. 6), reperitur *regulariter in perfecto* contemplativo, qui in via purgativa et illuminativa... diu exercitatus, ex speciali Dei favore ad infusam contemplationem evectus est»—Cf. S. ALFONSO RODRÍGUEZ, *Declaración del Padre Nuestro*, cap. XIII-XIV.

En esa fiel "herencia del Señor„ es, pues, donde de asiento mora la divina Sabiduría, aunque en todos anda buscando su descanso *(Eccli.* 24, 11).

Los perfectos, como ya bien dispuestos para recibir esta gracia, merecen que esa amorosísima Sabiduría que con tanta piedad anda por todas partes buscando a cuantos son *dignos de ella (Sap.* 6, 17), *alegremente les salga al encuentro y se les muestre*, comunicándoseles muy de lleno y enriqueciéndolos en premio de sus trabajos, según les tiene prometido (1); mientras que a los imperfectos, a los *pequeños* o *insipientes*, aunque los llame a sí y se les dé a veces a gustar algún tanto, no es porque ya lo merezcan, sino para que con estos regalos y atractivos logren salir de *la infancia y entren por las vías de la prudencia*, y así, viviendo santamente *(Prov.*, 9, 3-6), se dispongan más pronto para recibirla cual conviene, y con esto vengan luego a merecer sus más preciosos favores (2).

Pero toda alma en gracia, para poder mantenerse en ella debe ser ya de algún modo *contemplativa*, gustando a sus tiempos de la dulzura de Dios y procurando ejercitar como mejor pueda ese principio de sabiduría que ya tiene; aunque la perfecta contemplación esté reservada para los perfectos (3).

Las almas imperfectas, dice la V. Marina de Escobar *(Vida*, l. 5, c. 23, § 3), "no están dispuestas, a mi pare-

(1) Custodite judicium, et facite justitiam: quia juxta et salus mea ut veniat, et justitia mea ut revelctur... Adducam eos in montem sanctum meum, et laetificabo eos in domo orationis meae. (*Is.* 56, l. 7).—Non affliget Dominus fame animam justi.—*Prov.* 10, 3.

«Nobis multum proficientibus, declara San Gregorio (*Moral.*, l. V, c. 26), parum de se (Dominus) aliquid sensibus nostris aperit».

«Semper enim Deus in majus eos provehit, qui quae ab ipso acceperunt, dona, rite collocant: cupit enim pro sua immensa bonitate, quod quidem ad se attinet, *ad summum omnes evehere*. Atque quemadmodum sol, sine personarum, aut gentis alicujus discrimine lucis, quos ex se emittit, radios undequaque diffundit,... sic largitas Dei ultro se offert nobis».—Fr. Luis de León, *In Cant.* 2.

(2) «Ex his quibus donum contemplationis conceditur, advierte Alvarez de Paz (l. 5, p. 3, cap. III), quidam nondum perfecti sunt, sed per hanc viam suavissimam ad perfectionem paulatim subveuntur. At *communiter* et ut plurimum *donum contemplationis perfectorum est*... Datur itaque contemplationis donum quasi *ex habitu perfectis*».

(3) «Quamvis ad *perfectum statum contemplationis* non perveniat omnis qui in vita activa est, tamen omnis Christianus qui in statu salutis est, oportet quod aliquid de contemplatione participet, cum praeceptum sit omnibus: *Vacate, et videte quoniam ego sum Deus* (*Ps.* 45, 11), ad quod etiam est tertium praeceptum legis». (S. Thom., *in* III *Sent.* D. 36, q. 1, a. 3, ad 5).

«La bondad y piedad de este Señor es tan inmensa, dice la M. Cecilia del Nacimiento (*Transform. del alma*, Canc. 9, Com. 2.°, p. 410), que en muchas maneras y diferentes grados comunica su divina suavidad a las almas que tienen su gracia, conforme a lo que se disponen, y El por su dignación divina quiere comunicarles».

cer, para que Nuestro Señor se les comunique con bendiciones de dulcedumbre... La misericordia y merced que yo creo que hará Nuestro Señor a estas almas..., será inspirarlas secreta y blandamente, como Su Majestad ve y conoce que lo han menester, conforme a su natural; y esto hará Su Majestad una y muchas veces, para que de esa manera, ayudadas de su misericordia, entre en ellas la paz de los buenos y verdaderos deseos, y vayan soltando lo que es demasía en el natural y abrazándose con lo que es verdaderamente virtud perfecta„.

Mas la "perfecta virtud, prosigue (§ 4), es una muy buena y excelentísima *disposición* para que Nuestro Señor obre en nuestra alma..., visitándola por Sí mismo y por sus Santos, y comunicándose con ella y descubriéndola sus secretos divinos... Y en tanto es esto verdad, que creo yo de la bondad de Nuestro Señor, y lo tengo por *sin duda,* que *ninguna alma de estas* tan dichosas, que han alcanzado esta perfecta virtud, *dejarán de recibir* de Su Majestad algunas de estas misericordias suyas, más o menos, según su santa voluntad y sabiduría infinita, y *disposición de aquella alma...*

„Lo *común* y *ordinario* de la bondad de Nuestro Señor es lo que digo; y *cuanto más perfecta y levantada virtud* tuviere el alma, *tanto más* tengo para mí por *sin duda* que *tendrá de comunicación con Nuestro Señor,* y Su Majestad con ella, y tanto más *recibirá de su mano estos dones suyos* particulares y divinos. Y si no hay mucha comunicación de Nuestro Señor con las almas, yo tengo para mí que la falta está en la imperfecta virtud de ellas, porque Nuestro Señor y su bondad siempre es el mismo que ha sido, y no puede mudar ni ha mudado de condición jamás, y bien sabemos las misericordias que Su Majestad ha hecho a las almas aventajadas en virtud„.

Así, pues, cuando a veces, como por vía del todo *extraordinaria,* concede Dios esa gracia a los imperfectos o principiantes, es para mostrar que es dueño de sus dones, y también para que, mediante este señaladísimo favor, puedan esas almas, verdaderamente *privilegiadas,* adelantar mucho en poco tiempo, sin lo cual, como a ingratas, se la retirará. Y cuando tarda en concederla a los ya muy adelantados o se la retira a los perfectos, no es, como algunos pretenden, porque quiera negársela toda la vida, sino sólo para probar su fidelidad durante una temporada más o menos larga, haciendo que le sirvan por puro amor y a expensas propias, humillándolos, acri-

solándolos y glorificándose en ellos, para poder luego encumbrarlos a mayores alturas (1).

Pero así y todo, aunque ellos se crean sin esa gracia, y por lo mismo la pidan con muchos suspiros y lágrimas y gemidos inenarrables, no por eso carecen totalmente de ella. En realidad ya la tienen, y quizá en muy alto grado, cuando así la desean y buscan, y así se conducen tan conforme a ella; por más que no la sientan ni logren de ningún modo advertirla a causa de la obscuridad, aridez, amargura y sinsabor en que el mismo espíritu de sabiduría, para mejor desprenderlos de todo lo criado, empieza a ponerlos. Así es como tienen ya en acto ese don excelente, aunque les hace gustar lo amargo antes que lo dulce, y aunque todavía apenas logren dar señales claras del de inteligencia, cuyo recto ejercicio debe prepararse poco a poco con esas mismas obcuridades que sufren (2). Pero lograrán mostrarlo cuando de estas pa-

(1) «Gratiam contemplationis supernaturalis, escribe el P. Antonio del Espíritu Santo (Tr. 3, d. 3, s. 6), dat Deus cui vult... Unde nonnumquam imperfectis et incipientibus statim a principio eam concedit, et perfectis eam denegat... Ex quadam decentia... potius perfectis quam imperfectis sua dona communicat, quamvis istis *raro,* illis vero *ordinarie* gratiam contemplationis concedit... Quando... concedit, misericorditer concedit, et quando perfectis denegat, misericorditer negat... Concedit autem hanc gratiam aliquando imperfectis, ut suam liberalitatem hominibus ostendat, tum ut majoribus gratiis postmodum concedendis *dignos efficiat,* tum ut in illis repente fieret, quod alia via et longo tempore non posset efficere... Perfectis autem eam aliquando negat (aunque no para siempre), ut appareat eorum constantia et ut propriis, ut dicunt, expensis pro Domino militent..., ut eorum corona sit gloriosor». Cf. Phil. a Trinit. P. 2, tr. 3, a. 6.

Dilata Dios, dice San Agustín *(in Ps.* 83), el satisfacer los deseos de sus siervos para que crezcan, y creciendo puedan ser más cumplidamente llenos: «Desiderium eorum differtur, ut crescat, et crescit ut capiat: non enim aliquid parum daturus est Deus desideranti, aut parum exercendus est ad capacitatem tanti boni: non aliquid Deus, quod fecit, daturus est, sed seipsum, qui facit omnia. Ad capiendum Deum exercere: quod semper habiturus es, diu desidera».

(2) El don de inteligencia exige, en efecto, tal limpieza de corazón, dice Santo Tomás *(In* III *Sent.,* D. 34, q. 1, a. 4; cf. *ib.* D. 35, q. 1, a. 2, sol. 2, ad 1), que sea «non solum a passionum illecebris (quam munditiam donum intellectus non facit, sed praesupponitur per vitam activam perfectam), sed etiam ab erroribus et *phantasmatibus*, et *spiritualibus formis* (consideraciones), a quibus omnibus docet abscedere Dionysius in Lib. de *Mystica Theologia*, cap. I, tendentes in divinam contemplationem».—Así, para el buen ejercicio de este don—que es el que nos da la *contemplación* en el sentido más restricto de *intuición*—se requiere más que para el del mismo de sabiduría, el cual puede ya mostrarse claramente en la simple *meditación*, dándonos en ella cierto *gusto* divino, y permitiéndonos con esto sentir y juzgar de todo según Dios y ordenar nuestra conducta por la misma participación que ya sintamos de El en nosotros. En lo cual excede, por otra parte, muchísimo, según añade el mismo Santo Doctor *(ib.* D. 35, q. 2, a. 2, sol. 3), este don al de entendimiento: «Intellectus—advierte él—videtur nominare simplicem *apprehensionem;* sed sapientia nominat quamdam *plenitudinem certitudinis* ad judicandum de apprehensis. Sed quia judicium non potest esse de apprehensis nisi per suprema, quibus sapiens mente unitur, ut quasi in superiori collocatus de omnibus judicet, quae quidem unio ad divina per dilectionem est: ideo sapientia circa divina principaliter est, et habet circa ea *delectationem*

vorosas tinieblas venga a salir su luz que les haga ver y *contemplar* con claridad meridiana *(Is.* 58, 10), convirtiéndoseles la *noche oscura* en iluminación llena de inefables delicias (1).

"La experiencia y los Maestros, dice a este propósito Saudreau *(Vie d'union,* núm. 16), parecen probar que, si bien Dios concede este don a unos muy pronto y a otros muy tarde, no por eso lo niega indefinidamente... Casi todas las almas perfectas que, a primera vista, no parecer ser contemplativas, se encuentran en la contemplación árida„ (2).

Por tanto, los que absolutamente carezcan toda su vida de ese inapreciable don, no echen la culpa a nadie sino a la propia negligencia en procurarlo con la oración y la abnegación y la fidelidad a la gracia (3); y los que aun procurándolo con cuidado tardan mucho en recibirlo, es porque así les conviene disponerse largo tiempo para mejor purificarse y ensanchar más la capacidad de sus corazones, a fin de quedar más llenos (4).

ex dilectione causatam; intellectus autem est indifferenter circa omnia apprehensa spiritualia, et delectationem ex amore ad apprehensa causatam, quantum in se est, non importat».

(1) *Ps.* 138, 11.—Consolabitur ergo Dominus Sion, et consolabitur omnes ruinas ejus: et ponet desertum ejus quasi delicias, et solitudinem ejus quasi hortum Domini. Gaudium et laetitia invenientur in ea. *(Is.* 51, 3; cf. *ib.* 66, 10-14).

(2) Como este don de la contemplación, advierte el V. Falconi *(Camino,* l. 1, cap. VI), «lo da Dios ordinariamente en grado imperfecto a los imperfectos—que también en esto, como en las demás cosas espirituales hay grados...—, así ellos lo usan imperfectamente y con divertimiento y distracciones: por lo cual algunos no acaban de persuadirse que hay este don en los imperfectos; pero verdaderamente le hay. Porque, aunque padecen esos divertimientos, pero por otra parte apetecen aquel reposo y quietud en Dios sin discursos; y ese apetito e inclinación les viene del don que tienen...: que también hay contemplación imperfecta y muchos grados en ellas... Pero después se va perfeccionando el don; y con eso van caminando a lo alto de la contemplación y unión».

(2) «Si quieres venir a la sabiduría espiritual, dice el P. Osuna *(3er. Abec.* tr. 12, cap. II), date al trabajo de la oración; ca no hay cosa tan pesada que la atención y el estar sobre aviso no la haga ligera... Una cosa singular pocos la alcanzan; y singular es, loable e muy excelente cosa es e muy grata a Dios ser del número de los pocos. Ni porque en tí sientas alguna inhabilidad para esta manera de oración has perdido la esperanza de aprovechar, antes has hallado necesidad para que tengas más industria». «No está la falta, Dios mío, exclama San Juan de la Cruz *(Noche* II, cap. XIX), en no querer tú hacer mercedes, sino en no emplear nosotros las recibidas en tu servicio; para *obligarte* a que nos las hagas de contínuo... El inmenso amor del Verbo Cristo no puede sufrir penas en su amante sin acudirle».

(4) «La consolación del Espíritu Santo, advierte el Beato Juan de Avila *(Trat. I del Espíritu Santo),* es muy delicada, y poca cosa le hace estorbo...: no se da a los que admiten consolaciones humanas... Con mucha razón quiere el Espíritu Santo ser deseado... Debes asentar en tu corazón que si estás desconsolado, y llamas al Espíritu Santo, y no viene, es porque aún no tienes el deseo que conviene para recibir tal huésped... No es porque no quiera venir..., sino para que perseveres en este deseo, y, perseverando, hacerte capaz de El, ensancharte ese corazón, hacer que crezca la confianza: que de su parte te certifico que *nadie lo llama que salga vacío de su consolación...*

"A los que no están bien purificados, advierte el Padre La Puente *(Guía,* tr. 3, cap. II, § 2), si alguna vez, por gracia especial, les concede Nuestro Señor el don de contemplación, suele quitárselo por algún tiempo, para que traten más de veras de la abnegación propia y del ejercicio de otras virtudes... Y, cuando llegan a ser perfectos, les restituye Nuestro Señor más de asiento la perfecta contemplación... El gusto de la contemplación no *se debe* sino *a la obediencia* de los mandamientos„ (*Ps.* 118, 104) (1).

"Cuando el Señor quiere tornar el alma a sí, dice Santa Teresa *(Camino,* cap. 16), pónela, estando aún sin tener estas virtudes, en contemplación algunas veces, pocas, y dura poco; y esto, como digo, acaece porque las pruebas si con aquel favor se querrán disponer a gozarle muchas veces más... Tengo para mí que hay muchos con quienes Dios Nuestro Señor hace esta prueba, y pocos los que se disponen para gozar siempre de esta merced; que, cuando el Señor la hace, y no queda por nosotros, tengo por cierto que nunca cesa de dar *hasta llegar a muy alto grado*„ (2).

Llamarán tus pensamientos, palabras y obras al Espíritu Santo, que sobrevendrá en tí, sin que tú sepas cómo...; y hallarlo has dentro en tu corazón aposentado: hallarás dentro de tu ánima una alegría grande, un regocijo tan admirable, tan lleno, que te hará salir de tí... Oirás al Espíritu Santo... que te hablará en tu oreja y te mostrará todo lo que debes hacer. El mismo que tiene por oficio consolar, tiene por oficio exhortar; y ese mismo que te consuela, te reprende... Y, pues, por los merecimientos de Jesucristo se da el Espíritu Santo, *no ceses de pedirlo, no dejes de desearlo con gran deseo*, sintiendo dél que vendrá a tu ánima; y será tanto consuelo para tí, que nadie bastará a quitártelo».

(1) «El que rehusare, añade San Juan de la Cruz *(Noche* II, cap. XXIV), salir en la *noche* ya dicha a buscar al Amado, y ser desnudado de su voluntad, y ser mortificado, sino que en su lecho y acomodamiento lo busca, no llegará a hallarle».

«Est enim contemplatio, advierte el P. Tomás de Jesús *(De Contempl. divina,* l. 1, cap. VIII), *praemium* actionis. Quare non semper eam quarentibus aut procurantibus datur, quia ad eam aspirant aliqui non plane domitis terrenis affectibus, nec in virtutibus exercitati... Errant igitur tyrones qui actualis vitae exercitiis neglectis, ad contemplationis gratiam evolare contendunt. Sed quia non omnes apti sunt, nempe meditationibus, neque contemplationi *acquisitae; non ideo,* qui hujusmodi sunt, tamquam indigni aut minus idonei a *contemplationis supernaturalis* gratia procuranda *rejiciendi sunt:* nam continuis saepe aspirationibus seu actibus anagogicis, qui cordis pariunt munditiam, saepissime a Deo *promerentur illuminari,* ut breviter scripsit Carthusianus, *De Fonte lucis,* cap. IX».—«Vita activa, decía conforme a esto Santo Tomás *(in* III *Sent.,* D. 35, q. 1, a. 3, sol. 3), est dispositio ad contemplativam; unde Isidorus *(in Lib. de sum. Bono,* l. 3, cap. XV): Qui prius in vita activa proficit, bene ad contemplationem ascendit. Et ideo quamdiu homo non pervenit ad perfectionem in vita activa, non potest in eo esse contemplativa vita, nisi secundum quandam *inchoationem imperfectam...* Sed quando jam vita activa perfecta est, tunc operationes virtutum moralium in promptu habet, ut eis non impeditus libere contemplationi vacet».

(2) «Tengo para mí, advierte luego *(ib.* c. 31), que por eso no hay muchos más espirituales, porque como no responden en los servicios conforme a tan gran merced, ni tornan a aparejarse a recibirla, sino antes a sacar al Señor

Y esto es tanto que, conforme escribe la misma Santa en otro lugar (*Vida*, cap. 21), "no podrá nadie creer, si no lo experimenta, lo que el Señor la da aquí; que *no hay diligencia nuestra que a ésto llegue*... Saca el alma de la tierra y le da señorío sobre lo que hay en ella, aunque en esta alma no haya más merecimientos que había en la mía. El por qué lo hace Su Majestad es porque quiere, y como quiere hácelo, y aunque no haya en ella disposición, *la dispone para recibir* el bien que Su Majestad le da. Ansí que *no todas veces los da porque se lo han merecido* en granjear bien el huerto, aunque *es muy cierto a quien esto hace bien y procura desasirse, no dejar de regalarle,* sino que es su voluntad mostrar su grandeza algunas veces en la tierra que es más ruín, como tengo dicho (por humildad, hablando de sí misma), y disponerla para todo bien...

El Salmista certifica que Dios tiene reservada para quienes le temen una dulzura admirable (*Ps.* 30, 20); con más razón la tendrá para cuantos con toda el alma le aman (1).

Así, el no llegar nunca a gustarla, no es porque Dios sea avariento en concederla, sino sólo por falta de su santo amor y temor, y por estar siempre el corazón pegado a cosas que lo dividen, lo endurecen, lo impurifican o lo amargan y le impiden atender a las divinas inspiraciones y poder hallar perfecta paz y sosiego (2).

Mas las almas fervorosas y fieles que, buscando a Dios en el recogimiento y soledad, han procurado purificarse y disponerse en lo posible para tratar íntimamente con El y recibir sus favores, haciendo cuanto es de su parte por merecerlos, como ya verdaderas amigas suyas, no pueden, en realidad, tardar mucho en recibir su consoladora visita (*Joan.*, 14, 21), por más que a veces sea ésta tan delicada y disimulada que apenas la no-

de las manos la voluntad que ya tiene por suya, y ponerla en cosas bajas, váse a buscar adonde le quieran para dar más, aunque no del todo quita lo dado, cuando se vive con limpieza de conciencia».

(1) Cfr. Kempis, l. 3, c. X.—«¡Qué grande es, Señor, exclama San Agustín (*Meditac.*, cap. XXXVII, núm. 11), la abundancia de aquella dulzura que comunicáis a los corazones de vuestros amados! ¡Qué admirable es la suavidad de vuestro amor, del cual *gozan aquellos que nada aman fuera de Vos,* y que ninguna otra cosa buscan, desean ni quieren pensar, sino en sólo Vos! Dichosos aquellos cuya única esperanza sois Vos solo, y que todo lo que hacen y ejecutan es continua oración. Bienaventurado el que sentado y solitario se está callando para meditar, y vela continuamente de día y de noche para guardarse a sí propio, para que, sin embargo de vivir todavía en este frágil cuerpo, pueda de algún modo gustar de vuestra dulzura».

(2) «Nos certe in causa sumus, quod nunquam contemplationis ineffabilem suavitatem gustemus». ALVAREZ DE PAZ, *De orat ment.*, l. 1, p. 3 cap. XXVII.

ten, y a veces el Señor se les retire antes de que logren sentirlo, o las haga esperar mucho tiempo para mejor disponerlas; y otras veces, con ser muy visitadas y favorecidas, por la gran obscuridad en que la misma luz divina las pone, aparenten como privadas de todos los bienes (1).

"Toda alma completamente entregada a Dios, sostiene con razón el P. Grou, S. J. (2), es favorecida con el don de oración, aunque a veces—por su mayor bien—lo ignore; y la que no es toda de Dios, o no tiene ese don, o no gozará de él por mucho tiempo» (3).

Así, "aun cuando Dios, advierte el P. Chardón, O. P. (4), no es avaro de sus dulzuras y *en abundancia las derrama en el corazón de sus amigos*, no por eso se compromete a concederlas siempre. Antes se complace en retirarlas, a fin de probar la constancia de las almas, darles ocasión de practicar la virtud, hacer su humildad más meritoria, quitarles la confianza que pudieran tener en sus propias fuerzas, y ponerlas en esa dependencia de la gracia que acrecienta su caridad y las dispone a la unión perfecta a que quiere elevarlas...

Si, pues, de ningún modo se acaba de lograr la íntima unión y comunicación con el Dios de todo consuelo, es sólo por causa de los muchos obstáculos que a ella se oponen y que el alma tibia no se cuida bastante de quitar, por no aspirar con todas veras a su perfección (5).

(1) Cuando os sintáis llenos de obscuridad, aridez y hastío, dice Rusbrokio *(Espejo de salud*, cap. II), «arrojáos en la mano de Dios, deseando que en todo se haga su santa voluntad. Luego se irá disipando la nube obscura y pesada, y la brillante luz del Sol, que es nuestro Señor Jesucristo, os inundará con los rayos de su consolación y su gracia, más de lo que hayáis experimentado antes. Y esta gracia la alcanzaréis abnegándoos y abandonándoos humildemente a todo sufrimiento y aflicción. Entonces es cuando llegaréis a quedar interiormente del todo llenos e iluminados de la gracia de Dios, y comprenderéis que El os ama y que le complacéis. Vuestro corazón y vuestra alma se regocijarán juntamente... Entonces sentiréis y gustaréis muchas cosas extraordinarias, que sólo pueden ser conocidas de quienes se dan de lleno a un tal amor».

(2) *Le don de soi-même a Dieu*, 22.

(3) «Lo muy *común y ordinario*, dice Molina *(De la Oración*, tr. 2, cap. 6, § 3), es darse (el don de la contemplación) después de haber el hombre perseverado mucho tiempo con fidelidad y continuación en oración mental y mortificación como en *premio de lo que en eso ha trabajado*, cumpliendo muy abundantemente el ciento por uno que promete en esta vida. Aunque algunas veces hace esta merced de repente..., esto es muy pocas veces y dura muy poco: sino es que el alma que lo recibe se ayuda mucho y se aprovecha bien de ello». Cf. P. Nicolás de J. M.ª *Elucidatio Op. S. J. a Cruce*, c. 21, § 1.

(4) *La Croix de Jésus*, 3.me entret., chap. XVI.

(5) San Bernardo *(Serm. 6 in Ascens. Domini)*, describe a los tibios y perezosos diciendo: «Homines pusillamines et remissos, deficientes sub onere, virga et calcaribus indigentes, quorum brevis et rara compunctio, animalis cogitatio, tepida conversatio; quorum obedientia sine devotione, sermo sine circunspectione, oratio sine cordis intentione, lectio sine aedificatione; quos denique vix gehennae metus inhibet, vix frenat ratio, vix disciplina coercet».

"Quita, oh ánima mía, dice el P. Osuna *(Terc. Abec.*, Tr. 15, cap. 6), de tu parte todo estorbo, haciendo todo lo que en tí es, porque luego el Señor tiene cargo de hacer lo que es de su parte, ca por El nunca falta. El llama siempre a la puerta de tu consentimiento: a tí conviene abrir el deseo... El Esposo llama a la media noche, denunciando cómo está cerca; mas a las prudentes vírgenes conviene aparejar sus lámparas, que son sus voluntades„ (1).

"El, yendo delante, añade (Tr. 17, cap. 3), nos provoca a lo seguir, prometiéndonos refrigerio y recreación de nuestros trabajos, e dice *(Mt.* 11): "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, e yo os daré refección: tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis holganza para vuestras ánimas, porque mi yugo suave es y mi carga liviana„. Llama el Señor mesmo por dar confianza y provocar a lo seguir, diciendo *(Jn.* 8): *Venid a mí todos.* No señala personas particulares El, que no es aceptador de personas, sino a *todos en general.* Y desta manera llamó otra vez en público y decía *(Jn.* 7): *El que tenga sed venga a mí, que yo apagaré su sed.* Agora llama a los que se sienten trabajados en lo seguir, y se sienten cargados con la enfermedad de la carne que llevan a cuestas: a éstos recrea el Señor con muchas consolaciones. Es tanto el consuelo que sienten los que en las penitencias y aspereza exterior siguen a Cristo, que son constreñidos a decir con David *(Ps.* 93, 20): *Fingís,* Señor, *trabajo en vuestro mandamiento„.*

Artículo 3.º—Todos podrían, si de veras lo procurasen, conseguir este inapreciable don.

Estando Dios tan dispuesto, como sabemos que está, a comunicarnos a todos la inestimable gracia de la con-

(1) «El Espíritu Santo, dice S. Nilo *(De la Oración,* n. 59), condoliéndose de nuestra flaqueza y miseria, no deja de visitarnos aunque no estemos del todo limpios de culpas; y si hallare el alma sola, metida en la oración, entra en ella y le quita todo género de pensamientos, incitándola más al amor de la oración espiritual».

«Si nos disponemos para recibir estos dones, el Señor nos tratará como a amigos y nos invitará a las virtudes más perfectas y sublimes... y se alegrará nuestro corazón». S. Efrén, *De Virtute,* c. X.

«Te hago estas gracias, decía Nuestro Señor a Santa Verónica Juliani (cf. *Diario,* 19 *Dic.* 1715), para mostrar que hago bien aun a los ingratos, y para animar a todas las almas a que me amen. *Todo cuanto te concedo, lo concedería a todas las criaturas si quisieran servirme*».

«Me hizo Dios entender, refiere Marcelina Pauper *(Vie,* c. 18), que si las almas le fueran fieles, las colmaría de sus gracias y las enriquecería con los dones del Espíritu Santo.—Me dijo: «Busco a quien comunicarme, pero quiero almas puras».

templación, con tal que sinceramente la deseemos y se la pidamos; a nosotros toca, si es que de veras queremos entrar en su íntima comunicación y gozar de las inefables dulzuras de su trato amoroso, no ponerle obstáculos ni resistirle en nada, sino al contrario, quitar de nosotros todo cuanto le desagrade o pueda impedir su venida, salirle al encuentro, buscarle con fervor y perseverancia, y disponernos para recibirlo en la manera que El desea: de este modo sin duda alguna conseguiremos que algún día venga, con todos sus místicos tesoros, a establecer, según nos ha prometido, su morada deliciosa en nuestros corazones *(Joan.* 14, 23). (1).

Los obstáculos se quitarán procurando la perfecta pureza de corazón y el total desprendimiento y vacío de todo lo terreno (2); y las disposiciones y medios para hallarlo serán los ardientes deseos, las vivas ansias de amor y tiernos suspiros, la ferviente oración, la continua abnegación y espíritu de sacrificio, la perfecta resignación y entrega, o filial abandono en las manos de

(1) «Si alguno quisiera sentirme dentro de su alma, decía el Señor a la Beata Foligno (cap. XXXIII), no me retiraría de él; si alguien quisiera verme, Yo le daría con transporte la *visión de mi cara;* y si quisiera hablarme, conversaríamos juntos con inmensos gozos».

Por tanto, aconseja Santa Teresa: «No os congojéis del trabajo y contradición que hay en el camino... Mirad que convida El a *todos*... Si no fuera general este convite... aunque nos llamara, no nos dijera: *Yo os daré de beber*. Pudiera decir: «Venid todos, que, en fin, no perderéis nada, y a los que a mí me pareciere, yo les daré de beber». Mas como dijo, sin esa condición, *a todos,* tengo por *cierto* que a todos los que no se quedaren en el camino no les faltará esta *agua viva*». SANTA TERESA, *Camino de perfección,* cap. XIX.

«A donde Dios halla esta disposición y aparejo—de un alma completamente entregada a El—, dice el V. Tomás de Jesús *(Trabajos de J.: doctrina), comunica larguísimamente sus bienes,* y cuanto el alma está más libre y puramente resignada y sujeta a Dios, tanto hace en ella el amor divino mayores, más puras y perfectas operaciones».

Y para no quedar rezagados en el camino, es preciso seguir al Señor con toda fidelidad, abrazando con amor las cruces y trabajos que El nos envíe; que en eso mostraremos ser sus fieles amigos y discípulos, animados de su Espíritu, como El proseguía diciendo a la Beata Angela de Foligno.

(2) «Si quaerat aliquis, quidnam agendum sit ei, qui hujus cupit esse Spiritus particeps, plane respondeo, curandum illi esse, ut locum et spatium det Spiritui S. suum in illo opus perficiendi, et ab illo se sinat ad hoc praeparari. Hoc autem quam pauci faciant, etiam ex illis qui habitum gerunt religiosum, quique *ad hoc ipsum a Deo singulariter vocati et electi sunt,* puto nulli esse ambiguum. Omnes pene suis affectibus serviunt, et nunc haec, nunc illa inordinato prosequuntur amore, seseque multipliciter impediunt, dum suis quique conceptibus, *suo sensui, suis propositis, suis modis,* et suis denique institutis nimium inhaerent, et omnes fere ad exteriora sese convertunt: nec est jam qui se Spiritui S. relinquere velit... Hoc est quod homini faciendum incumbit, ut Spiritui S. locum in se operandi praebeat... In ejusmodi abstracto et introverso homine, mira Spiritus S. operatur, etiam eodem ipso hoc ignorante... Quod si hanc Sancti Spiritus operationem homo sentire velit, vires ipsas in animae fundum, in quo operatur, quemque inhabitat idem Spiritus Dei, reflectere oportebit... Valde purus sit et a seipso prorsus exierit oportet, in quo Spiritus Sanctus proprie secundum dignitatem et immensitatem suam debeat operari». TAULERO, *Serm. 2 in Pentec.*

Dios, y la fidelidad y perseverancia en buscarle y servirle con toda suerte de virtudes y buenas obras, especialmente con las que más nos recomendó, cuales son la caridad y la sencillez, la humildad y la mansedumbre.

Así no bastan los simples deseos teóricos, fríos y vanos, como son las veleidades que matan al perezoso (1); sino que son menester unos deseos tan prácticos, tan vivos, ardientes y eficaces, que luego sin dilación se traten de poner por obra en la mejor forma posible: no basta un estéril *querría*, es menester un vigoroso *quiero*, que por nada se arredra y está resuelto a pasar por todo, cueste lo que costare (2).

"A los que quieren beber de esta agua de vida, dice Santa Teresa *(Camino de perf.*, cap. XXI), importa mucho y el todo una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera me muera en el camino u no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo... Ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren, ni de los peligros que os pintaren„.

Y poco antes (cap. XX), advertía muy cuerdamente que el no sentirse aún con tan grande y generosa determinación, no es razón para dejar de emprender este santo camino. "Porque Dios le irá perfeccionando; y cuando no hiciese más de dar un paso en él, el mesmo camino tiene en sí tanta virtud, que no haya miedo lo pierda, ni le deje de ser muy bien galardonado... Por eso *a todas las personas* que os trataren... procurá quitarlas el miedo de comenzar tan gran bien„.

Así el mismo camino de Dios inspira fortaleza y aliento a las almas sencillas, mientras tánto asusta a los pecadores y a los tibios, siempre cobardes y perezosos (3).

Para que el alma "libremente se allegue en la contemplación a Dios, dice conforme a esto Fr. Juan de los Angeles *(Vida perfecta,* diál. IV, § 5), se requiere que no pueda hallar... alguna cosa tan grave, tan dura, tan penosa o tan contraria para ser de la naturaleza acep-

(1) «*Vult, et non vult piger: anima autem operantium impinguabitur... Desideria occidunt pigrum*». *(Prov.* 13, 4; 21, 25).

(2) «¿Será posible, decía la Beata Margarita *(Oeuvres,* t. 2, p. 255), que os atreváis a no querer dar a Dios vuestro corazón?... Basta un buen *yo lo quiero* para entregarnos del todo a El, quien, en su misericordia no nos negará las fuerzas que nos son menester para vencer nuestras repugnancias y triunfar de todas las pequeñas flaquezas que tantas veces nos apartan de El».

(3) Fortitudo simplicis via Domini: et pavor his, qui operantur malum. *Prov.*, X, 29.

tada, que no esté dispuesta para ello, ora sea persecución, confusión, injuria, perdimiento de bienes temporales, enfermedad o penas de amigos; y generalmente se debe resignar en tiempo y eternidad en el beneplácito divino para todos los sucesos, cualesquiera que sean... Esta voluntaria resignación engendra en el alma libre entrada o accesión a Dios, y libertad de pedir cuanto Dios puede dar y, lo que es más, todo lo que Dios es. La razón está en la mano, porque ¿con qué cara puede el hombre pedir lo que Dios pueda darle y lo que El es, si primero no ofrece a Dios con liberal y amoroso corazón y afecto lo que él es y puede dar, hacer o padecer? Esto es propiamente convertirse el hombre todo a Dios y hacerse idóneo para recibir el influjo de las gracias divinas... Así, añade luego (diál. VI): "La perfecta abnegación y resignación total de nosotros en Dios, por la cual salimos de nosotros y de toda propiedad nos desnudamos, conformándonos en todas las cosas con el querer de Dios, es la llave para la altísima perfección, para la gracia y para la gloria...

De este modo, negándonos a nosotros mismos, no podremos contentarnos con sólo desear a Dios, sino que, inflamados en su amor, saldremos con ansia a buscarlo por cuantos medios podamos.

Acordándose aquí el alma, advierte San Juan de la Cruz *(Cánt. esp.*, 3), del dicho del Amado, que dice (*Luc.* 11, 9): *Buscad y hallaréis,* ella misma se determina a salir... a buscarle por la obra, por no se quedar sin hallarle, como muchos que no querrían que les costase Dios más que hablar, y aun eso mal, y por El no quieren hacer cosa que les cueste algo... sino que así se les viniese el sabor de Dios a la boca y al corazón, sin dar paso y mortificarse en perder alguno de sus gustos, consuelos y quereres inútiles. Pero hasta que de ellos salgan a buscarle, aunque más voces den a Dios, no le hallarán; porque así le buscaba la Esposa de los Cantares, y no le halló hasta que salió a buscarle *(Cant.* 3, 1)... Y después de haber pasado algunos trabajos, dice allí que le halló. De donde el que busca a Dios queriéndose estar en su gusto y descanso, de noche le busca, y así no le hallará; pero el que le busca por el ejercicio y obras de las virtudes, dejado aparte el lecho de su gusto y deleites, éste le busca de día, y *así le hallará*... Esto da bien a entender el mismo Esposo en el libro de la *Sabiduría* (VI, 13)... Da a entender que, en saliendo el alma de la casa de su propia voluntad y del lecho de su propio gusto, acabado

de salir, *luego allí afuera hallará* a la Sabiduría Divina„.

"Así el alma, añade luego *(ib., Canc.* X), que no tiene cosa que la entretenga fuera de Dios, *no suele estar mucho sin visitación del Amado*„.

"No puede, prosigue diciendo *(Anot. a Canc.* XI), el amoroso Esposo de las almas verlas penar mucho tiempo a solas...; porque, como dice por Zacarías (2, 8), sus penas y quejas le tocan a El en las niñetas de sus ojos: mayormente cuando las penas de las tales almas son por su amor... Que por eso dice también por Isaías (65, 24): "Antes que ellos clamen, Yo oiré; aun estando con la palabra en la boca los oiré„. Y el Sabio *(Prov.* 2, 4) dice de El que si le buscare el alma como el dinero, le hallará„.

Si, pues, contra la solemne promesa del Señor (1), buscamos y no hallamos, es porque no buscamos con verdadero interés (2); si pedimos y no recibimos, es porque no pedimos *sicut oportet,* en espíritu y en verdad, ni invocamos de veras al Espíritu Santo para que remedie nuestra flaqueza y nos haga orar con el debido fervor, pureza de intención, confianza y perseverancia (3); si llamamos y no somos oídos, es porque no llamamos con los íntimos deseos del corazón, ni perseveramos llamando, ni acompañamos nuestras oraciones con la necesaria mortificación y pureza de vida (4). Quien de todo cora-

(1) «Petite, et dabitur vobis: quaerite, et invenietis: pulsate, et aperietur vobis. Omnis enim, qui petit, accipit: et qui quaerit invenit: et pulsanti aperietur». *(Mt.* 7, 7-8: *Lc.* 11, 9-10).

(2) «Aunque hay algunos que dicen que lo buscan—mi amor—y no lo alcanzan, advertía Nuestro Señor a Sor María de la Antigua *(Desengaño,* l. 12, c. 38), en su mala disposición está la falta; porque Yo sé que no hacen esto como deben... No es mi amor de tan poca estima que por él no se desnude el hombre de sí y de todas las cosas. Así que *si buscasen de veras, de veras se les daría.* Mas no las hay en ellos, y por esto no gozan dél: que escrito está: El que buscare madrugando la Sabiduría, en los umbrales de su casa la hallará sentada, esperando que la busque.—Mas ha de ser de veras buscada, que si ella halla en la posada otras extrañas gentes, vase de ella luego, porque sola y para sola desea al alma, y a esta soledad la convida siempre y la llama por mil bocas en toda la Escritura Sagrada.—Apártate tú de las criaturas, y hallarás al Criador; lo cual es imposible que goce nadie sino sola el alma que dellas supiere huir».

(3) «Spiritus, dice Santo Tomás (2-2, q. 83, a. 5, ad 1), in hoc *adjuvat infirmitatem nostram,* quod inspirando nobis sancta desideria, recte postulare nos facit. Unde Dominus dicit *(Joan.* 4): quod veros adoratores adorare oportet in spiritu et veritate».

(4) «Petitis, et non accipitis, eo quod male petatis, ut in concupiscentiis vestris insumatis. Adulteri, nescitis quia amicitia hujus mundi inimica est Deo?... Resistite autem diabolo, et fugiet a vobis. Appropinquate Deo, et appropinquabit vobis. Emundate manus, peccatores, et purificate corda, duplices animo» *(Jac.,* 4, 3-8). «Muchas personas dadas a la oración, dice el V. Juan de Saint-Samson *(Maximes spir.,* chap. XX), no logran gustar nunca a Dios porque fuera de ella no se aplican a El».—«Y pues esta divina palabra—*pedid* y *daros han*—no puede faltar, si pedimos y no nos dan, advierte la V. Agreda *(Escala,* § 12), en nosotros que pedimos está la falta. El verdadero

zón invoca al divino Paráclito, luego empieza de veras a adelantar en la vida espiritual: ése ora, y es oído; busca la luz, y la encuentra (1).

"El hombre que, junto con el cuidado de mortificarse, une la perseverancia y el celo en el ejercicio del recogimiento, de la oración mental y de las santas aspiraciones, alcanzará, por fin, dice Blosio (2), la pureza, la simplicidad, la pobreza, la libertad de un corazón elevado por encima de todo lo transitorio y fuertemente unido a Dios, y así reposará en la unidad de espíritu con el Señor, y llegará a la cumbre misma de la perfección; porque elevado por un purísimo amor sobre las imágenes y sobre toda suerte de formas, y adornado en alto grado con todas las riquezas de la vida mística, quedará arrebatado en Dios, y, absorto venturosamente en El, encontrará ya en este mundo el Paraíso. Será admitido, digo, a esta unión divina que excede a todo entendimiento...; quedará del todo transformado en Dios, y así el Espíritu Santo vivirá sobrenaturalmente en El como vivía en los Apóstoles„.

¡Tan grandes son los bienes que se nos ofrecen y que nos sería fácil lograr buscándolos con fidelidad y perseverancia! (3).

"Y no es pequeña lástima, advierte la M. Cecilia del Nacimiento (4), que por no perseverar y esperar un poquito, hay tantos que los pierden; y tanta multitud, que por no comenzar a gustarlos; que por eso dijo David:

pedir ha de ir acompañado con ánimo de obrar lo que el Señor nos manda, a lo menos lo necesario para poder recibir».

(1) Invocabitis me, et *ibitis;* et orabitis ad me, et ego exaudiam vos. Quaeretis me, et invenietis, cum quaesieritis me in toto corde vestro *(Jerem.,* 20, 12-13). «Si quieres adelantar, conocerme y seguirme, decía el 18 de Mayo de 1873 Nuestro Señor a su sierva, la humilde árabe carmelita Sor María de Jesús Crucificado (1846-1878; cf. *Vie* por el P. Estrate, 1913, chap. XV), invoca la luz, al Espíritu Santo que ilustró a mis discípulos y que ilumina a todos los pueblos que lo invocan. En verdad te digo, en verdad, en verdad: Quien invoque al Espíritu Santo, me buscará y me encontrará. Su conciencia vendrá a ser delicada como la flor de los campos».

(2) *Brevis regula tyron. spiritual.,* § 5.

(3) «Con ser tan alta la Mística Teología, dice el autor de *Conocimiento obscuro de Dios,* cap. III, núm. 11), ninguna persona de las que tratan de veras de oración y se ha ejercitado en la vía purgativa e iluminativa, es incapaz de ella; porque como es ciencia afectiva..., ninguno está excluído de ella, porque el ejercicio de estas aspiraciones... es común y general para todos. Verdad es que unos están más propincuos y dispuestos para entrar que otros; porque los que se han ejercitado mediante la fe en actos de caridad y de las demás virtudes, cosa cierta es que están más propincuos que los que van por vía de discurso, por tener ya más ejercitada la voluntad, y asimismo por tener menos que desnudar y purgar el entendimiento de imágenes y de discursos, como lo han necesariamente si quieren entrar en esta divina contemplación».

(4) *Unión del alma con Dios,* p. 457: entre *Obras de San Juan de la Cruz,* ed. crítica, 1912-1914, t. 3.

Gustad y ved cuán suave es el Señor... Bienaventurados todos los que esperan en El, porque es *imposible* que la fidelidad de Dios falte y su misericordia a quien en El espera, y después que se ha vencido y mortificado a sí mismo, le llegó a servir sobre toda razón y sobre toda medida... Tanto cuanto sobrenaturalmente esperare de su Dios, tanto le concederá y mucho más infinitamente„.

Por lo mismo, "no se debe nadie maravillar, conforme advierte el V. Granada *(De la Devoción*, c. I, § 3), que se pidan aquí muchas cosas para conseguir este fin; porque... hase de mirar que aquí tratamos de la *perfecta oración*, mediante la cual se alcanza la unión de Dios: y por esto no se puede llamar mucho lo que se pide para una cosa tan alta, qué hace al hombre un espíritu con Dios„ (1).

Pero, por mucho que sea, todo se puede con la gracia, y ésta se alcanza con la misma oración ferviente y contínua.

«Llamad, nos dijo el Salvador, y abriros han». «Y éste llama y le abren, advierte S. Alfonso Rodríguez *(Decl. del P. N.*, cap. 18), que da buenos y grandes golpes con la aldaba y deseo de su corazón a la puerta de la misericordia de Dios: y ése llama recio, que tiene algún trabajo que remediar; y ése más recio, más recio, que sus trabajos son mayores, como aquel que tiene grandes deseos de remediarlos, para en ello hacer la voluntad de Dios y servirle mejor: y ése acude más y más recio a llamar a las puertas de la misericordia de Dios que le abran, que no halla ni ve en ninguna criatura remedio alguno, por santa que sea. Y a tanto llega algunas veces el trabajo en el alma, antes que la abran, que da bramidos y aullidos y gemidos inenarrables, y como saetas a su Dios los arroja aquéllos que dice San Pablo: *Gemitibus inenarrabilibus... secundum Deum.* Y llámanse *secundum Deum*, porque Dios mueve al alma a tan gran fervor de espíritu, y El es la causa de ello, porque *tépida est oratio, quando non est inspiratio:* porque El quiere remediarla por aquel camino, con los cuales *siempre alcanza el alma lo que pide*, porque siempre lo endereza y encamina a contentar a Dios».

«Tengo, dice San Bernardo *(Serm.* 49 *in Cant.)*, confianza en Aquél que dijo: *Pedid*, y *recibiréis*. Si perseveráis llamando, no volveréis con las manos vacías... Entonces podréis con toda verdad decir: *Me introdujo el Rey en la bodega del vino*» (2).

(1) «Pretiosa res contemplatio, et plurimorum bonorum causa, non mirum si animum purum et omni virtute ornatum requirat. Et ut ingrediamur in locum tabernaculi admirabilis, usque ad domum Dei, necesse est ut anima monilibus virtutum ornata procedat». ALVAREZ DE PAZ, de *Inquis. Pacis*, l. 5, P. I, c. 1.

(2) Ten por cierto, decía Nuestro Señor a la V. Isabel de Jesús *(Vida*, l. 2, cap. XXXV), que al que perseverare llamándome con paciencia y conformidad, haré que oiga la voz y la gloria de mi gozo».

«Cum aliquandiu tardius dat, advierte S. Agustín *(Serm.* 5 *de Verbis Dom.)*, commendat dona, non negat. Diu desiderata dulcius obtinentur, cito autem data vilescunt. Petendo et quaerendo crescis ut capias. Servat tibi Deus quod non vult cito dare, ut et tu discas magna magne desiderare».

Pero siempre es menester enderezar esas peticiones a «contentar a Dios», haciendo en todo su santa voluntad y aceptando con amor todas las disposiciones de su Providencia.—«En una elevación de espíritu he conocido, decía, conforme a esto, la admirable Sor Benigna Gojoz *(Vie,* P. 1, ch. XIII), que un corazón, que sobre todo tema el desagradar a Dios, lo atrae fuertemente hacia sí, donde El tendrá sus delicias; y que si esta alma es luego fiel en desear con firme resolución no cometer jamás el menor pecado deliberado, *llegará a gustar las dulzuras del amor,* que le hará *oir su palabra íntima y saciará sus justos deseos*».

El mismo San Alfonso de Ligorio *(Regula et const. prim.,* XI) declara a sus religiosos, que «Dios admite fácilmente a la unión mística a las almas que con toda humildad y sinceridad se esfuerzan por adquirir la perfección».

Mas para esto hay que llegar hasta morir del todo a nuestro *modo ordinario* de proceder y vivir. Y he ahí por qué el P. La Puente dice *(Guía,* tr. 3, cap. I, § 2), que «la contemplación se llama *muerte,* por la perfectísima quietud que causa, dando de mano a todas las cosas del mundo, como quien está muerto a ellas. *Bienaventurados,* llama la voz del Cielo *(Apoc.* 14, 13), a *los muertos que mueren en el Señor* con este modo de muerte, porque *desde luego les dice* interiormente el divino *Espíritu que descansen de los trabajos que han tenido* en la vida activa, *porque las obras que han ejercitado los siguen,* haciéndolos *dignos de este premio* (1). Esta es la tierra de promisión, que por excelencia se llama en la Escritura *reposo (Ps.* 94, 11), descanso, holganza; y mana leche y miel de celestiales consuelos: en la cual entran los que han salido de Egipto, pasando el mar Rojo, y caminando por el desierto de la penitencia con los rigores de la vida activa, para que gocen el fruto de sus trabajos y reciban algún descanso y premio de ellos, con que se alienten a proseguir la jornada hasta la tierra de la promisión eterna. Y aunque no todos los que salen de este miserable Egipto y caminan por este áspero desierto, entran en esta tierra de promisión, como ni entraron en la otra sino pocos, y esos *muy perfectos;* mas tú *deberías animarte y procurar,* como dice San Basilio *(Serm. de abdic. rerum), ser del número de los pocos,* para recibir el descanso que *desechan los tibios...* ¡Oh, Salvador dulcísimo, que dijiste *(Mt.* 11, 28-29): *Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cansados, que Yo os recrearé; tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras almas.* A Tí quiero llegarme muy de cerca para conocerte y unirme contigo: tu yugo quiero abrazar para obedecerte y darte contento en todo: dame el descanso que *me prometiste* en la tierra de esta vida, para que camine hasta alcanzar la tierra de la promisión eterna! Amén».

«Mas mira bien, prosigue (cap. II), no te suceda lo que sucedió a

(1) «Utinam hac morte ego frequenter cadam, exclama S. Bernardo *(Serm.* 32 *in Cant.),* ut evadam laqueos mortis, ut non sentiam vitae luxuriantis mortifera blandimenta, ut non obstupescam ad sensum libidinis, ad aestum avaritiae, ad iracundiae et impatientiae stimulos, ad angores sollicitudinum, ad molestias curarum. *Moriatur anima mea morte justorum,* et nulla illam illaqueet fraus, nulla oblectet iniquitas. Bona mors quae vitam non aufert, sed transfert in melius. Bona, qua non corpus cadit, sed anima sublevatur».

«Quisquis sapientiam, quae Deus est videt, dice San Gregorio M. *(Mor.* l. 18, c. 28), huic vitae funditus moritur, ne jam ejus amore teneatur...; quia nemo potest Deum simul amplecti et saeculum. Qui enim Deum vidit, eo ipso moritur, quia vel intentione cordis, vel affectu operis ab hujus vitae delectationibus tota mente separatur... Nullus unquam Deum spiritualiter videt, et mundo carnaliter vivit. Unde Paulus...: *Mihi mundus crucifixus est*».

los exploradores que envió Moisés, de los cuales, aunque todos conocieron la hermosura y fertilidad de la tierra de promisión y trajeron algunos frutos de ella; mas los diez perdieron la confianza de poder conquistarla y acobardaron a los demás, y por ello vinieron a perecer sin entrar en ella; y solos dos tuvieron gran confianza y alentaron al pueblo a que la tuviese, y *por ello alcanzaron lo que los otros perdieron.* Y ¿qué fué esto sino avisarte que cuando hubieres conocido por la fe y por el discurso algo de la suavidad que *Dios concede a los que tratan de oración y contemplación,* no pierdas el ánimo y confianza de *alcanzarla perfectamente?* Porque quien dió a los exploradores algunos frutos de la tierra, para que los gustasen, tiene deseo de entrarlos en ella, para que con quietud la posean y gocen. Tierra se llama de *promisión,* porque *Dios la ha prometido;* y, si peleas valerosamente, confiado en la divina gracia, *alcanzarás cumplimiento entero de su promesa* (1). Y habiendo peleado, te mudarán, como dice Hugo de San Víctor (Lib. IV *de Claust. anim.,* cap. III), el nombre de Jacob en Israel, y el de *luchador* en *hombre que ve a Dios:* porque, si luchas con tus aficiones y pensamientos desconcertados, *alcanzarás la luz de la quieta contemplación del Señor*».

Si, pues, no acertamos a ser del número de los pocos que de hecho logran entrar en ese descanso, no es por falta de llamamiento, sino de diligencias y fidelidad en corresponder a la gracia.

«Si me decís, advierte el P. Grou (*Maximes,* IX), que no está en vuestro poder el entrar por este camino de oración, de parte de Dios os respondo que El está pronto a secundar vuestra buena voluntad, y que *de hecho os introducirá si os disponéis* con los medios de que podéis valeros. Tened esta buena voluntad; y como no podéis estar nunca seguros de tenerla, pedídsela a Dios encarecidamente; y esta oración será ya un comienzo de ella: ¿y cómo podrá Dios negaros lo que El mismo os inspira que le pidáis? Si son pocos los que la tienen, es por ser pocos también los que desean tenerla; y aun los mismos que la piden, en su mayoría, temen alcanzarla. Como Dios lee en el corazón, ve si respondemos a los sentimientos que allí nos pone, y *escucha siempre a cuantos corresponden;* pero sólo a ellos. Los otros tratan de echarle a El mismo la culpa, como si desechara sus demandas... Pero ya les hará Dios ver algún día que, si no la han alcanzado, ha sido únicamente por culpa propia (2). Lo repito: no es posible

(1) «Vide, advierte Alvarez de Paz (*de Inquis. pacis,* l. V, P. I, c. 5), quid scriptum sit de filiis Israël promissam sibi terram despicientibus, ob difficultatem ingrediendi in eam...: *Pro nihilo,* inquit (*Ps.* CV, 24), *habuerunt terram desiderabilem. Non crediderunt verbo ejus.*—Idem prorsus opprobrium in te jactabitur. Pro nihilo ducis hoc donum Dei vere desiderabile, si abnegationem tui magnum praetium existimes. Vix credis verbo Domini ineffabilia promittentis, si tuas affectiones retines, et non magis propter manna absconditum, quod de coelo super te cadet, illas fortiter cohibes atque repellis... Profecto tanta sublimitas est contemplatio Dei, ut qui propter illam altitudines mundi non despicit, merito se ab illa inveniat exclusum».

(2) «Yo soy Dios y Señor de todos, decía el Salvador a Sor María de la Antigua (*Deseng.,* l. 12, cap. XXXVIII), y en todos tengo mis deleites, y a todos me comunicaría si ellos tuvieran para ello vasos y disposición; y así la causa de no gozar de Mí está en ellos: que como conozco la disposición de cada uno, hago conforme a lo que obran, y no a lo que hablan. Y la *comunicación particular* no es para todos, ni se les concede a todos por el mismo provecho de las personas a quien se les niega; que no es un manjar para todos los estómagos. Fíense de Mí, que doy a cada uno lo que mejor le está: y

que un alma que coopera cuanto puede a la gracia presente, deje de alcanzar en cada momento mayores gracias; y que si continúa cooperando, no llegue a toda la santidad que Dios espera de ella» (1).

«Por tanto, sigue a Dios como la Cananea, hasta el fin, y no callen las lágrimas de tus ojos, y porfía sin descansar hasta que halles esta preciosa margarita. Considera también cuán fiel es Dios, y cuán leal a aquellos que esperan en El *(Mt.* 13)... «Mirad, hijos,—dice el Ecle«siástico (II)—, por todas las naciones del mundo y decidme: ¿Quién «esperó en el Señor, y cayó de su esperanza?» (2).

«Tu humildad y tu paciencia—se dignó el Salvador decir a la B. Crescencia Höss *(Vida,* l. 2, c. 7)—, me han cautivado. *Cuando se me busca, se me halla;* y quien me halla, tendrá la vida eterna y la tendrá sobreabundantemente. Yo no me dejo vencer en amor ni en generosidad... Sé fiel y constante, y será grande mi gracia» (3).

«Si el hombre mortal, polvo y ceniza, advirtió el mismo Señor a Sor María de la Antigua *(Desengaño,* l. X, c. X), así se da todo a Dios, que no deja para sí rincón ni escondrijo donde entre ninguna criatura, la Majestad de Dios ¿cómo *pagará* esta dádiva? ¿Qué tendrá que no le dé? Y lo que no le diere será porque él no tiene capacidad para recibir más».

¡Dichosos, pues, los esforzados que, negándose y muriendo del todo a sí mismos, oyen con sinceridad las divinas inspiraciones y con toda docilidad las aceptan y las siguen! Porque no tardarán en entrar en el divino descanso, donde se hallan reunidos todos los bienes (4).

mi amor a ninguno falta, sino que a cada uno acude como si sólo aquel hubiese en el mundo; y con esta confianza anden seguros por el camino que Yo les llevaré».

(1) A la mística contemplación, dice Lehodey *(Los caminos de la orac. ment.,* p. 3, cap. 1), «puede y debe el alma disponerse, aunque sólo Dios pueda introducirla. He aquí el medio más eficaz para desprender las almas de la tierra; he aquí la escuela de las virtudes heróicas... Mil prevenciones nos hacen mirar con espanto la oración mística y nos impiden estimarla en su justo valor: por esto Dios, que quiere ver apreciados sus dones, no nos la otorga».—«Dios—añade luego, en vista de lo que dice Santa Teresa *(Camino,* cap. XIX)—, ofrece y casi promete la contemplación a las almas de buena voluntad».

(2) Granada, *De la Devoción,* cap. III, § 6.

(3) «Cum ergo quaesieris Dominum Deum tuum, invenies eum, si tamen toto corde quaesieris, et tota tribulatione animae tuae *(Deut.* 4, 29). ...Oportet itaque postquam se homo ad meditationem et ordinariam orationem paravit, advierte según esto Alvarez de Paz *(De Inquis. Pacis,* l. 5, P. 1, ap. 1, c. 1), quasi de novo incipere pro assequenda contemplationis gratia, et in diligentiorem praeparationem incumbere. Unde Eliu apud Job (34, 14) de justo loquens, sic ait: *Si direxerit ad Dominum cor suum, spiritum illius et flatum ad se trahet. Deficiet omnis caro simul, et homo in cinerem revertetur.*—Si, inquam, homo omnes cogitationes et appetitiones suas a terrenis evocaverit, et in Deum quasi in scopum direxerit, tunc Deus tum interiora, tum exteriora hominis ad se pertrahet, et quidquid est in homine vitiosum absumet. Quare Gregorius (24 *Moral.* c. 11) ait: «Deum spiritum hominis et flatum ad se trahere, est ad conversiones sui desiderii et interiora nostra et exteriora commutare; ut nihil jam menti exterius libeat, nihil caro inferius vel si appetit, adipisci conetur, sed omne quod homo est, ad eum videlicet a quo est, et interius desiderando ferveat, et exterius se edomando constringat. Tunc autem omnis caro deficit, quando jam nullis suis motibus servit; quia praesidens spiritus cuncta ejus fluxa restringit, et quodam districtionis suae gladio omne quod in illa male vivebat interficit».

(4) Estando una vez la M. Francisca de la Madre de Dios orando por sus religiosas, le dijo N. Sr. (cf. *Vie,* c. 14): «No deben menospreciar nada de

Esos son los bienaventurados *muertos* que mueren en el Señor, a los cuales desde ahora los llama ya el divino Espíritu a descansar bajo sus alas, gozando del fruto de sus obras y trabajos *(Apoc.* 14, 13; *Ps.* 60, 5; 62, 8) (1).

Pero «es necesario, decía San Pedro Damiano *(De la perf. monást.* c. 8), fatigarse en diversos combates antes de llegar a la suavidad del reposo interior.—Hay que abajarse a servir, para tener luego el *derecho a ser elevado* a la perfecta libertad».

«Primum, dice Casiano *(Collat.* 9, c. 2), sollicitudo rerum carnalium generaliter abscindenda est. .: deinde superponenda virtutum spiritalis extructio, et ab omni discursu atque evagatione lubrica animus inhibendus, ut ita paulatim ad contemplationem Dei, ac spiritales intuitus incipiat sublimari».

cuanto viene de Mí: un buen movimiento, una idea, un pensamiento, aunque pasen pronto, son otras tantas voces con que Yo llamo al alma, aunque imperceptiblemente. Y si ella responde con fidelidad venciendo por mi amor las dificultades que opone su naturaleza, entonces me abre la puerta de su corazón y atrae mi bondad para que la asista y ayude a llegar a Mí, según el camino que tenga a cada cual señalado».

«¡Cuántas religiosas, exclamaba la B. Crescencia Höss *(Vida,* l. 3, c. 1), llegarían a la cumbre de la perfección, si supieran obedecer a las divinas inspiraciones y vencerse a sí mismas! Y en vez de eso permanecen siempre al pie del monte, por no haber ofrecido con generosidad todo su corazón».

Refiere María Brotel (1819-1888) que estando ella rezando el Rosario en la vigilia de Pentecostés, se le apareció Jesús triste y lloroso.—«Yo, dice, le pregunté por qué lloraba así al acercarse una tan gran fiesta de gozo. Y El respondió que era porque quería derramar su Espíritu en la Iglesia, y encontraba la mayor parte de las almas sin preparación para recibirlo; que en las más el amor de las cosas terrenas, los deseos de orgullo, de placeres, de riquezas, llenan sus corazones, sin dejar casi ningún lugar al E. S... Yo doy mi gracia, pero como las almas son libres, es menester su cooperación... Esas gracias—que los más no tratan de recibir—las daré a los corazones bien dispuestos, es decir, a los que estén vacíos de todo amor y de todo apego terrestre. Estas son las almas a quien yo colmaré de mis dones». *Vie,* Append. I, n. 15.

«Yo, dice el Señor, enseñé a los Profetas desde el principio, y no ceso de hablar a todos hasta ahora; pero muchos son duros y sordos a mi voz...; y el que tiene mis palabras y las desprecia, tiene quien le juzgue en el postrero día».—Kempis, l. 3, c. 3.

(1) «Felix quidem anima, dice el P. Tomás de Jesús *(De Contempl. div.* l. 1, c. 8), quae sicut alter Moises die septimo, sex integris diebus in medio caliginis haerens, post multam laborum exercitationem, animi desolationes, ac ingentia suspiria, ad montis verticem, id est ad jucundissimam contemplationem, jucundissimamque cum Deo unionem invitatur. Felix servus hebraeus, qui sex annis serviens, septimo liber evadit: id est, felix anima, quae post longum tempus, moram in actione consumpta, ad contemplationis quietem tandem pervenit.—*Invitantur tamen omnes* ad contemplationis dulcedinem, Isaiae 55: *Omnes sitientes venite ad aquas.* Neque ea ratione invitantur, ut uno, ut ita dicam, tractu ad fontem viventium aquarum pervenire debeant, imo potius ut gradatim sensimque nostro labore, exercitatione, et praecipue orationibus aliisque exercitiis perveniamus. Opus igitur est magna longanimitate, magna et constanti perseverantia ad fores divinae Sapientiae pulsare, quousque ad sublimem ipsius contemplationem, et felicissimam unionem ingrediamur.

»Richardus *(De praeparat. ad contempl.,* c. 79), ad tria potissimum media reducit ea, quae juvare possunt ad gratiam contemplationis, comparandam; nempe, studium operis, studium meditationis, studium orationis, *quibus,* inquit, *paulatim promovemur, et quandoque perducimur ad perfectionem cognitionis.* Et infra addit: *Absque dubio, sine ingenti exercitio, sine frequenti studio, sine ardenti desiderio ad perfectam scientiae altitudinem mens non sublevatur*».

«Quo purior est (homo) conversatione vitae, advierte Alvarez de Paz *(De Inquis. pacis*, l. 2, P. I, c. 1), eo est ad orationem paratior: et si communem divinae Providentiae modum intueamur, nunquam quis ad perfectam contemplationem stabiliter admittetur, quousque plus quam mediocriter in omni mortificatione et virtute profecerit... Haec itaque sit prima ac praecipua oratoris, seu contemplatoris cura, seipsum ab omni inquinamento mundare, seipsum affectuum moderatione pacare, a seipso quidquid Deo displicet constanter abjicere».

Así como el Señor dió el maná a los israelitas en el desierto, y se lo dejó de dar cuando volvieron a proporcionarse los alimentos ordinarios *(Josue,* 5, 12), así, dice otra vez (l. I, P. I, c. 2), hace con el espíritu de oración: «Ita spiritum orationis et contemplationis in deserto manentibus tribuit, carnis nimirum voluptates, et saeculi ambitionem relinquentibus: et ab illis qui corde in saeculum redeunt, abscondit... Hinc videmus homines orationi deditos terrena despicere, seipsos et universa visibilia relinquere, et in quadam mirabili altitudine vitae constitui, quia videlicet orationis Spiritus e coelo descendens suam originem petit, et ad locum unde venerat redit. De viris carnalibus... ait Paulus: *Qui terrena sapiunt;* de spiritualibus vero ad interiora se colligentibus: *Nostra autem conversatio in coelis est (Phil.* 3, 20)».

«Primo debemus, advierte Santo Tomás *(Opusc.* 58, c. 19), spiritualiter esurire, Christum ardenter desiderando... Secundo, debemus spiritualiter manducare totum Christum, scilicet membra et caput, id est, nosmetipsos et Sanctos, et Salvatorem mundi districta discussione cogitare, nosmetipsos dijudicando, Sanctorum vitam ad imitandum pertractando, incarnationis Christi beneficia devota mente ruminando... Tertio, *debemus* in spirituali manducatione *delectari interna dulcedine...* Haec dulcedo spiritualis est quaedam praegustatio gaudii coelestis».—*Gustare,* añade *(Opusc.* 61, c. 2), *perfectorum est.*

He aquí por qué debemos purificarnos todo lo posible y pedir ser perfectamente purificados para que, iluminados los ojos de nuestro corazón con los dones de inteligencia y sabiduría, podamos—con todos los santos y perfectos—, ver a Dios, conocer sus riquezas y gozar de sus infinitas dulzuras *(Eph.* 1, 17-18).

«Prius, dice conforme a esto S. Gregorio *(Moral.,* l. 24, c. 6), a mentis acie exurente tristitia interposita malorum caligo detergitur; et tunc resplendente raptim coruscatione incircumscripti luminis illustratur. Quo utcumque conspecto, in gaudium cujusdam severitatis absorbetur, et quasi post defectum vitae praesentis ultra se rapta, in quadam novitate aliquo modo recreatur. Ibi mens ex immenso fonte infusione superni roris aspergitur; ibi non se sufficere ad id ad quod rapta est contemplatur, et veritatem *sentiendo, videt,* quia quanta est ipsa veritas, non videt. Cui veritati tanto magis se longe existimat, quanto magis appropinquat: quia nisi illam utcumque conspiceret, nequaquam eam conspicere se non posse sentiret».

«Menti igitur taliter reformatae, añade Dionisio Cartujo *(De Laude vitae solit.* c. 36), ac instar speculi splendidi fulgidae et ornatae, fons opulentiae, munificientiae, et dilectionis penitus infinitae, Deus gloriosus naturaliter bonus, essentialiter pius, incomparabiliterque magnificus, atque beneficus ostendet per donum sapientiae, per illuminatissimam fidem, per illustrationem theoricam seipsum et infinitos suarum divitiarum, id est perfectionum thesauros... Itaque mens purgata, contemplativa ac fervida, sic desuper illustrata, elevabitur super se, et contemplabitur Dominum Deum suum tam infinite perfectum».

Y hasta lo contemplará y gozará como a Esposo dulcísimo y regalado, si todo su bien está en unirse íntimamente con El.

«Si cui nostrum, dice San Bernardo *(Serm.* 32 *in Cánt.)*, cum sancto propheta *adhaerere Deo bonum est...*, is profecto non secus quam in forma Sponsi suscipiet Verbum in tempore visitationis, hora videlicet qua se adstringi intus quibusdam brachiis sapientiae, atque inde sibi infundi senserit sancti suavitatem amoris. Siquidem *desiderium cordis ejus tribuetur ei*, etsi adhuc peregrinanti in corpore... Nec tamen vel in transitu praesto erit sic omni animae, nisi illi dumtaxat quam *ingens devotio*, et *desiderium vehemens*, et *praedulcis affectus sponsam probat*, et *dignam* ad quam gratia visitandi accessurum Verbum decorem induat, formam Sponsi accipiens».

«¡Ah! los que nunca han experimentado el amor del Hijo de Dios, no pueden imaginar sus delicias. Los corazones frios, tibios e ignorantes, no perciben la penetrante luz que irradia en torno suyo el Salvador mil veces bendito... Mas no sucede así con la Esposa, atenta a las divinas comunicaciones: ésta *conoce* las ardientes impaciencias de Cristo, que quiere amar y ser amado, que quiere poseer los corazones que ha hecho para sí, y ser de ellos poseído; y así *tiene ella hambre y sed de merecer todo su divino amor*, todas sus divinas complacencias». (S. Lorenzo Justiniano, *De Casto Connubio*, c. 25).

Esto la obliga a purificarse más y más para poder seguir fielmente las huellas de su Esposo, y así merecer acompañarle en gozos y penas, configurándose con El y cooperando a sus obras.

«Para venir a *alcanzar tan gran cosa*, advierte San Alfonso Rodriguez *(Declarac. del P. N.*, c. 14—13), conviene que el alma a los principios camine por la vía purgativa, es a saber, que llore sus pecados con grande amargura de su corazón... Que se ejercite a menudo también en la iluminativa, es a saber, en la consideración de la vida santísima y muerte y pasión de N. S. J. C.: *para que por aquí el Señor la comunique de su santa luz* (1)... Por el cual camino viene el alma a unirse y transformarse en Cristo y a encerrarse por amor en El, o por mejor decir, Cristo N. Sr. la mete dentro de su Corazón, y habita en él, adonde la comunica grandes cosas de su santa Pasión...; y dala a ella en sí misma a sentir sus trabajos de manera que desde los pies hasta la cabeza le parece que allá dentro de su Corazón está crucificada y atormentada con su Jesús crucificado. Comunícale allá dentro al alma grandes y muchas virtudes para que con ellas y con el padecer le imite, abrasándola allá dentro el corazón en mayor amor, y unión y transformación en su Majestad; porque el Corazón de Cristo es un fuego y horno de amor que abrasa al alma que habita en é!... De que el alma está en el Corazón de Cristo crucificado, y El en ella..., viene a estar unida y transformada en Cristo. Transfórmala en su amor, y así lleva grande fruto; transfórmala en la santidad, dándole muchas virtudes en que le imite; transfórmala en sus trabajos, dándole muchos en que le imite; transfórmala en la puridad y

(1) «Entre los desprecios y obras bajas—decía N. S. a Sor María de la Antigua *(Desengaño*, l. 4, c. XX), es menester que se cure (el alma) primero, y antes que busque la alteza de los justos y contemplativos, sufra las injurias con paciencia y sin indignarse contra quien las dice y hace; y hecho hábito desto, no le estará dificultosa la entrada de las cosas de la contemplación. Mas sin esto no las busquen, que es por demás, por ser este *seguro y cierto camino para ellas*».

«Si me busca, añade *(ib.* c. XXI), ha de ser a solas y sin placer a ninguna criatura de la tierra; porque hasta hoy ninguno me halló perfectamente, que con un oído me oyese a Mí y con otro al mundo... Que le quite este estorbo al Espíritu Santo, que El obrará en ella si ella sabe dejarse en sus manos y hacerse libre».

limpieza del alma, limpiándola de sus pecados, de sus vicios y pasiones; transfórmala en Sí mismo, haciéndola semejante a El en alguna manera, en su vida santísima, virtudes y trabajos como a amada y querida suya».

Para esto convida el Salvador tiernísimamente a sus más fieles Esposas a que le acompañen cuanto puedan en todos sus pasos y en todas sus mansiones (1), y en todas sus visitas a las almas (2), y a que de contínuo se le asocien, como víctimas expiatorias, en el gran misterio de su amor, recordándoles el que allí nos muestra y reprendiéndolas dulcemente cuando se descuidan; pues tiene pocas tan generosas que así se le ofrezcan (3). Y ésta es la gran lección que allí enseña a todos sus amados discípulos y esforzados seguidores, queriendo que estén donde El está (*Jn.* 12, 26; 17, 24), y en la misma manera que está, para que, viendo su divina claridad, siempre tengan luz de vida y la comuniquen ocultamente a los otros, sintiendo en todo lo que El mismo siente, asociándose a su mística obra salvadora y reparadora, y aprendiendo la la sobreeminente ciencia de su caridad que les hará en todo gustar y ver cuán suave es el Señor, al mismo tiempo que van quedando llenos de su plenitud Divina (*Phil.*, 2, 5; *Eph.*, 3, 17-19).

"Este gusto de Dios, dice el P. Grou (*Máximas espirit.* I), esta ciencia experimental, ha sido objeto de los deseos y ansias de *todos los santos*„. Mas "para que Dios

(1) «Yo me retiro por orden de Jesús, decía Sor Benigna Gojoz (*Vie*, 1 P., c. 9), con El al desierto para hacer allí penitencia; al Tabor, para gozar de ciertas entrevistas de su presencia gloriosa; al Huerto de los Olivos, para participar de sus dolores y de su pasión de amor; a Galilea y Nazaret, para gozar los deleites del puro amor en compañía de Jesús, María y José. Hasta soy conducida a las bodas de Caná, para ver las primeras maravillas de Jesús. Tales son las *deliciosas casas de campo, a que el divino Amante conducía a la santa Esposa para hablarle a solas al corazón*» (*Cánt.* 7, 11).

(2) «Esta mañana (22 Agosto, 1907), refiere la sierva de Dios Gertrudis María, se me presentó Jesús bajo la figura de un viajero, y me dijo: «Ven conmigo; Yo recorro todo el mundo, y llamo a la puerta de todos los corazones, pero la mayor parte de ellos me niegan la entrada. Ven, acompáñame en todas partes; cuando Yo llame, tú orarás; y cuando Yo sea rechazado, tú me consolarás».

(3) «N. Sr. me reprende, dice una de ellas, siempre que voy a buscarle al Sagrario, de la soledad en que le tengo: me dice que me espera siempre, que nunca voy a El sin que me abra su Corazón y venga como a desahogarse conmigo llenándome de gracias... Siento que atrae mi corazón y me hace ir como a la fuerza al coro, a preguntarle qué tiene y qué quiere de mí... Se queja con mucho dolor, como que me echa en cara su amor, y me dice que vaya cada día un momento a consolarle, que lo desea y lo necesita mucho... Me dijo que como Rey, tenía ministros y representantes suyos en la tierra que ejercían su poder, pero que como Maestro, apenas tiene discípulos que imiten y enseñen su humildad, su mansedumbre y su vida de sacrificio, y sobre esto último me dijo que *tiene muy pocas víctimas que se inmolen a Dios en espíritu de sacrificio:* muchas traen al Claustro este espíritu, pero son muy pocas las que lo conservan».—Sor Bernarda Ezpelosín, *Carta* 13 (Diciembre 1882: en *Vida*, p. 338-40).

se nos comunique así, añade, hay que entregarse enteramente a El, pues no concede tan señalada gracia sino a sus más caros amigos. Cuando hayamos renunciado a todo, como San Francisco, cuando sea Dios para nosotros, como para él, nuestro único bien, entonces podremos decir con igual verdad y sentimiento: *Mi Dios y mi todo*...

Así, pues, cuando un alma fiel cuyos deseos son todos servir y complacer a Cristo, perseverando en cumplir sus divinas palabras, acierta a llegar, aunque sea por las vías que pasan por más *ordinarias*, a cierta *unión de conformidad,* a poco que se recoja en sí misma, luego empezará a *sentir* más o menos claramente la paz y libertad espirituales, el tesoro divino que ya posee y aun la misteriosa renovación con todos los frutos de vida que en ella va produciendo el Espíritu vivificante (1). Conocerá ya por *experiencia* que aquel Dios por quien tanto suspiraba y en cuyas palabras confiaba, descansa ya y reina como único Dueño en su mismo corazón (2); pues como fiel oveja de Cristo, no puede ya menos de oir su voz y reconocerle y seguirle, notando de algún modo cómo le está El dando vida eterna (*Joan.* X, 14-28); y por fin logra ver cuán amorosamente *se manifiesta*, según prometió, a cuantos de veras le aman (3).

(1) «Si vos manseritis in sermone meo, vere discipuli mei éritis: et *cognoscetis veritatem,* et veritas liberabit vos... Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis petetis et fiet vobis.—In hoc clarificatus est Pater meus, ut fructum plurimum afferatis, et efficiámini mei discipuli».—*Joan.* 8, 31-32; 15, 7-8; cf. 14, 17-20.

(2) «In hoc cognoscimus quoniam in Eo manemus, et Ipse in nobis: quoniam de Spiritu suo dedit nobis... Et nos cognovimus, et credidimus charitati, quam habet Deus in nobis». I *Joan.* 4, 13, 16; cf. *Rom.* 8, 16.—Rusbrok (*Clausuras*, c. 19), después de describir cuatro maneras de vida piadosa, caracterizadas por la fortaleza, la generosidad, la discreción y la pureza de intención, añade: «Si con gran devoción os ejercitáis en estas cuatro maneras, experimentaréis en el fondo de vuestra voluntad el contacto del E. S., que se parece a una fuente viva de donde salen y se derraman las aguas de la eterna dulzura. Y en vuestra inteligencia descubriréis los claros rayos del sol eterno, que es N. Sr. J. C., del todo resplandeciente con la verdad divina. Entonces el Padre celestial despojará vuestra memoria de toda imagen y os llamará, os invitará y os atraerá hasta su altísima unidad.

»Cuando desfallecen los procedimientos humanos y ya no pueden más, entonces comienza el procedimiento divino. Cuando, pues, con recta intención y amor y deseos insaciables se aficiona el hombre a Dios, sin poder sin embargo llegar a la unión, interviene a su vez el Espíritu del Señor como un violento fuego que abrasa, consume y devora cuanto hay en él, de suerte que el hombre queda olvidado de sí mismo con todas sus prácticas, y ya no se siente de otra manera sino como si fuera un solo espíritu y un solo amor con Dios. Aquí se callan los sentidos y todas las potencias, por estar calmados y saciados; pues la fuente de la bondad y de la riqueza de Dios lo ha inundado todo; y el don excede a cuanto se podía desear».—Cf. M. Cecilia del Nacimiento. *Transform. del alma*, canc. 4.

(3) «Qui autem diliget me, diligetur a Patre meo: et ego diligam eum, et *manifestabo ei meipsum*».—*Joan.* 14, 21.

«El amor, dice Fr. Juan de los Angeles *(Lucha espiritual*, 2.ª P., c. 6), para todas partes halla paso y camino y no descansa hasta que llega a lo más íntimo de la cosa amada. No hay secreto que no alcance el espíritu enamorado: penetra hasta lo profundo y secreto de Dios. Es subtilísima ganzúa el amor, y no hay puerta cerrada para él ni en el cielo ni en la tierra».

«Dios, advierte a su vez San Juan de la Cruz *(Noche I*, c. X), no deja a los que con sencillo y recto corazón le buscan (1), ni les dejará de dar lo necesario para el camino *hasta llevarlos a la clara y pura luz de amor*, que les dará por medio de la otra noche oscura del espíritu, si *merecieren* que Dios les ponga en ella».

«Es cosa cierta, afirma con razón Saudreau *(Vie d'union*, n. 427 bis)—la enseñanza de los autores y la observación cuotidiana no dejan la menor duda—que cuando un alma llega a ser fervorosa y desadida, no tarda apenas en recibir gracias infusas de luz y de amor».

Resta, pues, advierte San Alfonso Rodríguez *(Unión*, c. 5), para despertar al alma en el amor de Dios, usar de algunas devotas y amorosas palabras, como decir: «Amado de mi alma, abrásame en tu amor!» Y particularmente valen mucho aquellas con que el alma más gusta y halla más fruto... para que viva tan encendida en el amor de su Dios, que no pueda pensar sino en El o de El, o por El, ni hablar sino de El, ni obrar sino por El, para que la haga tal, que El sea el que mire por sus ojos, y hable por su boca, y oiga por sus oídos, y obre por sus manos, de manera que el alma y el cuerpo no sea otra cosa sino un instrumento movido por las manos de Dios, porque así viva el alma toda elevada, embebida, empapada, anegada, escondida, trasladada y transformada en su Dios y de El poseída, para que ya como cosa propia suya disponga y haga de ella siempre a su voluntad».

Si el alma devota, declara Blosio *(Inst. spir.* c. 12, § 1), se ejercita de contínuo en tender a Dios con fervientes aspiraciones; si con internos coloquios y amorosos deseos trata incesantemente de unirse con El y persevera constante en la mortificación y negación de sí misma, de suerte que, ni por los muchos trabajos, ni por las innumerables distracciones abandone su santo propósito, no hay duda que llegará a la mística unión, si no en vida, a lo menos cerca de la muerte... Persevere, pues, el asceta pidiendo, buscando, llamando y *esperando con longanimidad*».

«Caritatis affectus jugiter repetitus, dice Alvarez de Paz (T. I, *De Nat. Perfectionis*, l. 3, P. I, c. 9), validissimum perfectionis instrumentum est... Isti actus sunt, qui virum justum semper reficiunt, incipientem ad modum lactis enutriunt, proficientem tanquam cibi solidiores sustentant, et perfectum instar nectaris et ambrosiae, id est instar alimenti coelestis ad vitam purissimam et plane coelestem impellunt... Istos anima (actibus jam et operibus ad perfectionem provecta) solet tanquam portionem praemii recipere, ut inter molestias vitae hujus, aliquam veluti stillam gustet exultationis coelestis. Nam ut ait Bernardus *(Serm.* 50 *in Cant.)*, caritas in opere mandatur ad *meritum;* et caritas in affectu datur in *praemium*».

(1) «Anda Dios con los sencillos, se descubre a los humildes, da entendimiento a los pequeñuelos, ilumina a las almas puras y esconde sus gracias a los curiosos y soberbios». Kempis, l. 4, c. 18.

«Lo que detiene la efusión divina en tu alma, decía N. Sr. a Gertrudis-María (14 Abril, 1907), es tu falta de sencillez y de abandono para con tu Padre celestial. Yo querría colmar tu alma, y tú me impides hacer lo que en tu favor deseo».

Artículo 4.º—Cómo por la ferviente oración se puede realmente alcanzar la verdadera devoción y la familiaridad divina, y, con ella, la dulce consolación y la plena comunicación del Espíritu Santo.

Si Nuestro Señor se ha dignado manifestarnos que *sus delicias son morar con los hijos de los hombres*, sin duda fué para que con esto nos animemos a entregarle, conforme luego nos pide encarecidamente *(Prov.* 23, 26), *todo nuestro corazón,* y así podamos a nuestra vez tenerlas en estarnos siempre con El; ya que *su trato no tiene amargura, ni su conversación tedio, sino gozo y alegría* (1). Esto supone que, en cuanto es de su parte, El está prontísimo a conversar y tratar íntimamente con todos, sin excluir absolutamente a ninguno de cuantos procuren serle fieles. Pues vino para que todos *tengamos vida, y una vida cada vez más abundante (Joan.* X, 10); y vino *a poner fuego* en nuestros corazones, y no quiere sino que todos se enciendan y abrasen en ese divino fuego *(Luc.* 12, 49).—Entre tanto sufre nuestras frialdades y descortesías, y dulcemente nos llama a Sí para encendernos e iluminarnos y luego colmarnos de tesoros y gracias, si nos dignamos oirle y frecuentar su trato amoroso (2).

De este modo vemos cómo a todos los que de El han aprendido a ser ser pobres de espíritu—es decir, a cuantos implorando de contínuo su ayuda, procuran seguirle con fidelidad, y desprendiéndose de sí mismos y de todas las cosas creadas, ponen todo su bien en *adherirse a Dios*—, les promete *(Mt.* 5, 3-8) la felicidad de gozar ya de algún modo desde este mundo del *Reino de los cielos* (3); a los mansos y confiados en Dios, la de poseer la

(1) *(Sap.* 8, 16). «El que ama a Dios, dice S. Nilo *(De la Oración,* n. 51), siempre procura tratar y conversar con El como con Padre amoroso, dando de mano a todas las demás cosas que le puedan inquietar».

(2) «¡Cuán cierto es sufrir Vos a quien no os sufre que estéis con él! ¡Oh qué buen amigo hacéis, Señor mío, cómo le váis regalando y sufriendo, y esperáis a que se haga a vuestra condición, y tan de mientras le sufrís Vos la suya!... No veo, Criador mío, por qué *todo el mundo* no se procure llegar a Vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condición, se deben llegar para que nos hagáis buenos, con que os sufran estéis con ellos siquiera *dos horas cada día*». Santa Teresa, *Vida,* c. 8.

(3) «Istam mens indesinenter formulam *(Deus in adjutorium meum intende)* teneat, dice Casiano *(Collat.* X, c. XI), donec usu ejus incessabili et jugi meditatione firmata, cunctarum cogitationum divitias amplasque substantias abjiciat et refutet, atque ita versiculi hujus paupertate constricta, ad illam evangelicam beatitudinem, quae inter ceteras beatitudines primatum tenet, prona facilitate perveniat. *Beati* enim, inquit, *pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum (Mt.* 5, 3). Et ita per istiusmodi paupertatem egregius pauper existens, illud propheticum implevit eloquium: *Pauper et inops laudabunt nomen tuum (Ps.* 73, 21). Et revera quae major et sanctior potest esse paupertas, quam illius, qui nihil se praesidii, nihil virium habere cognoscens, de aliena largitate quotidianum poscit auxilium... quo-

tierra bendecida (1); a los misericordiosos, sus inefables misericordias; a los que por su amor lloran, los divinos consuelos; la saciedad de su casa, a cuantos tienen hambre y sed de justicia; y, por fin, el ver a Dios, a los limpios de corazón.—Todos estos premios de las bienaventuranzas, aquí prometidos, no son sino distintas formas o aspectos de la contemplación y la vida mística (2).

Así es como nos asegura y certifica que todos los dignos hijos del Reino serán desde luego *enseñados por el mismo Dios;* que sus fieles ovejas *oyen su voz, le siguen y reciben de El vida eterna;* y por fin promete a cuantos de veras le aman, no sólo abrirles la puerta de los adorables misterios de su Humanidad y Divinidad, donde podrán "entrar y salir y hallar pastos abundantísimos", no sólo indicarles donde descansa al medio día y apacienta a los suyos, sino *visitarlos y manifestárseles El mismo* de modo que vean su divina claridad *(Joan.* 6, 45; 10, 9, 27-28; 14, 21; 17, 24).

Mas para esto nos manda velar orando siempre en todo tiempo y lugar, sin desfallecer, adorando al Padre en espíritu y en verdad y hablándole, no con muchas palabras y discursos (3), sino con encendidos afectos y ardientes deseos, suspiros y lágrimas, o sea con continuos actos de viva fe, firme esperanza y ardentísima caridad (4), y con todos los delicados sentimientos que con sus dones sugiera el Espíritu Santo *(Rom.* 8, 26-27).

Conforme a esto quiere San Juan que nuestro trato

tidie clamans: *Ego autem mendicus et pauper sum, Deus adjuvat me? (Ps.* 39, 21). Et sic ad illam quoque multiformem scientiam Dei ipso illuminante conscendens, incipiat deinceps sublimioribus ac sacratioribus mysteriis saginari, secundum illud quod dicitur per Prophetam: *Montes excelsi cervis, petra refugium herinaciis (Ps.* 103, 18)».

(1) «Qui autem fiduciam habet mei, haereditabit terram, et possidebit montem sanctum meum. *Is.* 57, 13; cf. *Mt.* 5, 4; *Ps.* 36, 11, 29, 34.

(2) «Perfectionem beatitudinum, advierte San Buenaventura *(Centiloquium, P.* 3, *sect.* 46), consequitur duplex usus, scilicet quinque sensuum spiritualium, et duodecim fructuum Spiritus. Fructus dicunt *affectuales delectationes* circa bonitatem Sponsi degustandam; sensus autem dicunt intellectuales *perceptiones* circa veritatem Sponsi *contemplandam.*—Quae contemplatio fuit in prophetis per revelationem quantum ad triplicem visionem, scilicet corporalem, imaginariam, et intellectualem. In aliis vero *justis* reperitur per speculationem, quae incipit a sensu, et pervenit ad imaginationem; de imaginatione, ad rationem; de ratione, ad intellectum; de intellectu, ad intelligentiam; de inteligentia, ad sapientiam, sive *notitiam excesivam: et sic assistitur vero Salomoni*».—Cf. Id. *Breviloq.* P. V, c. VI; y Santo Tomás, 1-2, q. 69, a. 2.

(3) «Orantes autem nolite multum loqui, sicut ethnici: putant enim quod in multiloquio suo exaudiantur. Nolite ergo assimilari eis: scit enim Pater vester quid opus sit vobis, antequam petatis eum».—*Mt.* 6, 7-8.

(4) «Fides, dice S. Agustín *(De orando Deum; Epist.* 121, c. 8), credit, spes et charitas orant, et orando impetrant».

«Orationis negotium, añade *(ib.* c. 10), plus gemitibus quam verbis agitur, et plus fletu quam affatu».

sea todo con las divinas Personas; y que a este fin, llenos de confianza, nos santifiquemos de modo que nuestro gozo sea pleno (1). Y no podrá serlo ciertamente sin una plenísima comunicación del mismo Espíritu Consolador y Santificador, que nos haga ser "espirituales", santos, perfectos, contemplativos, místicos.

San Judas Tadeo manda que nos *sobreedifiquemos* por encima del *modo humano* de practicar las más santas virtudes, orando no como quiera, sino en el Espíritu Santo—es decir, "sobrenaturalmente"—para que, encendidos en amor divino, podamos con toda seguridad esperar las divinas misericordias (2); que son sin duda los señaladísimos favores de la contemplación.

Y S. Pablo desea que nuestra caridad abunde cada vez más en toda ciencia infusa y en todo sentido espiritual, a fin de que así logremos experimentar hasta las cosas más altas (3). Y por eso con tanto fervor pide por todos nosotros para que, arraigados en la caridad y corroborados por el E. S., lleguemos pronto a gozar de la dulce presencia de Cristo morando por la fe en nuestros corazones; a fin de que así podamos conocer por experiencia sus infinitas grandezas, como las conocen *todos los santos*, y quedar llenos de la plenitud de Dios (4).—En otro lugar se extraña de que pueda haber cristianos que no *sientan* en sí a Cristo, a los cuales llega a tener como por sospechosos en la fe, y aun casi por *réprobos*, diciendo (II *Cor.* 13, 5): *Vosmetipsos tentate si estis in fide: ipsi vos probate. An non cognoscitis vosmetipsos, quia Christus Jesus in vobis est? nisi forte reprobi estis.*—Y sintiendo al mismo Cristo, podremos cumplir el encargo de sentir lo que El sentía, estando siempre y en todo perfectamente de acuerdo con El: *Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu (Phil.* 2, 5).—De este modo es como podremos penetrar en sus adorables misterios, y participar de los tesoros de su infinita sabi-

(1) «Societas nostra sic cum Patre, et cum Filio ejus, Jesu Christo. Et haec scribimus vobis ut *gaudeatis*, et *gaudium vestrum sit plenum*... et omnis qui habet hanc spem in eo, *santificat se sicut et ille sanctus est*». I *Joan.* I, 3-4; 3, 3.

(2) «Superaedificantes vosmetipsos sanctissimae vestrae fidei, *in Spiritu Sancto orantes*, vosmetipsos in dilectione Dei servate; *expectantes misericordiam Domini*». *Judae*, 20-21; cf. *Eph.* 6, 18.

(3) «Oro ut caritas vestra magis ac magis abundet in scientia et in *omni sensu*,—ut *probetis potiora*». *Phil.* I, 9-10.

(4) «Ut det vobis (Pater) *secundum divitias gloriae suae*, virtute corroborari *per Spiritum ejus in interiorem hominem;* Christum habitare per fidem in cordibus vestris..., ut possitis *comprehendere cum omnibus sanctis*, quae sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum; scire etiam supereminentem scientiae caritatem Christi, *ut impleamini in omnem plenitudinem Dei*». *Eph.* 3, 16-19; cf. ib. 1, 16-20; 5, 18-19.

duría, quedando llenos de las riquezas de la plenitud del don de inteligencia *(Col.* 2, 2).

Por consiguiente, todos podemos y debemos no sólo aspirar a estas gracias, sino tener plena confianza y aun seguridad de alcanzarlas algún día, si somos constantes en pedirlas y desearlas, diligentes en procurarlas y fieles y dóciles en secundarlas y corresponder bien a ellas, según las vayamos recibiendo (1).—Así a todos nos conviene tener presente lo que a este propósito escribe San Buenaventura *(De Perfectione vitae ad Sorores,* c. V): "Nolli décipi, non amittas magnum orationis tuae fructum, non perdas suavitatem, non frustreris dulcedine, quam in oratione haurire *debes.* Oratio enim hausorium est, quo Spiritus Sancti gratia hauritur de fonte superefluentis dulcedinis illius beatissimae Trinitatis„.

Tal es la doctrina de todos los maestros de espíritu, a los cuales podemos decir que resume Fr. Juan de los Angeles en este pasaje *(Lucha espiritual,* 2.ª P., c. XI): "Presupuesta la abnegación de sí mismo y mortificación de los sentidos..., sobre todos los ejercicios ha de insistir el hombre en el de la oración. La cual conviene que sea continuada toda la vida... Pues ¿qué ha de hacer el alma que se siente y conoce desterrada y apartada de su Dios, sino orar con importunidad y lágrimas para que *merezca* apoyar y mamar aquellos divinos pechos, mejores mucho que el vino de la mundana consolación?...

„De manera que lo sabroso y gustoso y lo admirable de Dios por la oración se alcanza, mas en la contemplación se gusta; la oración abre la puerta, y la contemplación entra y ve cosas que no es lícito al hombre hablarlas„.

El principal medio para lograr tanto bien, dice el V. Granada *(Del amor de Dios, c. X, § 1),* «es levantar nuestro corazón a Dios con aficiones y deseos encendidos de su amor: conversando con El, y hablando con El, andando siempre recogido en su presencia, y tomando motivo de todas las cosas para mejor conoscerle y más amarle. *Este ejercicio es el propio estudio de la verdadera sabiduría y mística teología:* la cual no se aprende leyendo ni disputando, sino orando y levantando la pura afición a Dios (2)...

(1) «Confidenter state, et videbitis auxilium Domini super vos».—II *Paralip.* 20, 17.

«Con estas tres cosas—buena intención, humildad y resignación—dice la V. Agreda *(Escala,* § 17), entre con ánimo el alma, y crea que Dios es fiel, y le dará lo que busca. Y pues se lo dió a la más inútil y ruín del mundo, *es cierto que se lo dará a todos...* Si no lo tengo, mía es la falta; y lo será de todos los que comenzaren y no perseveraren; y si no lo alcanzaren, por Dios no faltará...

»De las almas que de veras se dieren a la oración, no hay duda que será el mismo Señor su Maestro».

(2) «A la contemplación, dice San Juan de la Cruz *(Subida,* II, c. 7), lla-

»Por donde podemos conoscer la diferencia que hay entre la teología escolástica y la mística; porque la una se aprende con actos de entendimiento, y la otra con afectos amorosos de la voluntad, que dan nuevas al entendimiento de cuán bueno y cuán suave es el Señor. Pues según esto, el camino para alcanzar esta sabiduría es tratar siempre con Dios y conversar día y noche con El... Al cual ejercicio nos convida el E. S. muy de propósito en los libros de la Sabiduría debajo de muy hermosas semejanzas, diciendo así *(Eccli.* 14): «Bienaventurado el varón que mora en la sabiduría, y piensa en las obras de justicia y contempla con atención las cosas de Dios. El que trata en su corazón los caminos de la sabiduría y escudriña los secretos della, siguiendo el rastro della, como quien la va a buscar, y perseverando en los caminos della: el cual se pone a mirar por sus ventanas y a oirla por entre sus puertas; el que hace su asiento en la casa della, y arrima su bordón a las paredes della. Este tal edificará su casa al lado della; en la cual se hallará siempre abundancia de todos los bienes»...—Mira, pues, con cuántas maneras de palabras y semejanzas nos pinta y representa aquí el E. S. los ejercicios del hombre estudioso y deseoso de alcanzar este tesoro... Esta fué la vida, este el estudio y ejercicio contínuo de los Santos; y esto es lo que significa aquel seguir el rastro de la sabiduría, etc... insistiendo contínuamente en la contemplación de las cosas divinas y descansando en su sombra: que es *gozando dulcemente de los fructos y refrigerios admirables desta sabiduría.*—A este mesmo ejercicio nos convida también el Apóstol, aunque por claras y simples palabras, diciendo *(Col.* 3), que andemos dentro de nosotros mismos platicando en salmos e himnos espirituales, cantando en nuestros corazones al Señor y dándole gracias por todas las cosas» (1).

«Aun mucho más declaran esto, advierte luego el mismo V. P. *(ib.* 7 *consid.* 1.ª, § 3), aquellas divinas palabras que el Señor dice por San Juan, en las cuales parece haber abierto de par en par las puertas de su misericordia a *todos sus amigos,* cuando dijo *(Joan.* 15): *Si permanesciéredes en Mí, y mis palabras permanescieren en vosotros, todo lo que quisiéredes pediréis, y hacerse ha.* ¿Pudiera por ventura el corazón humano pedir merced más universal, donde a la voluntad del hombre se da libertad para que pida lo que quisiere, y Dios interpone la verdad de su palabra para cumplirlo?—Todas éstas son promesas del Evangelio. y no son diferentes las de los profetas. En un lugar dice David *(Ps.* 144): *El Señor hará la voluntad de los que le temen, y oirá sus oraciones, y salvarlos ha.*—En otro dice *(Ps.* 33): *El Señor tiene puestos sus ojos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos.*—En otro dice *(Ps.* 101): *Miró el Señor en la oración de los humildes, y no despreció el ruego dellos.*—A este mesmo tono canta el profeta Isaías cuando, después de haber de-

man *teología mística,* que quiere decir sabiduría de Dios secreta, porque está secreta al mismo entendimiento que la recibe. S. Dionisio la llama rayo de tiniebla. De la cual dice el Profeta Baruc (III, 23): «No hay quien sepa el camino de ella, ni quien pueda pensar las sendas de ella».

(1) «Non cessamus, había dicho antes, pro vobis orantes, et postulantes ut *impleamini agnitione* voluntatis ejus, *in omni sapientiae et intellectu spiritali, ut ambuletis digne Deo per omnia placentes,* in omni opere bono fructificantes, et crescentes in *scientia Dei,* in omni virtute confortati» *(Col.* 1, 9-11).

Y en otro lugar añade: «Deus autem spei *repleat vos omni gaudio* et *pace* in credendo, ut *abundetis* in spe, et *virtute Spiritus Sancti», Rom.* 15, 13.—«Implemini Spiritu S., loquentes vobis metipsis in psalmis et himnis, et canticis spiritualibus, cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino».—*Eph.* 5, 18-19; cf. I *Thes.* 5, 16-23.

clarado con qué género de virtudes se sirve el Señor, promete al que con ellas le sirviere, diciendo *(Is.* 58): *Entonces invocarás el nombre del Señor, y oirte ha; llamarle has, y responderte ha, diciendo: Vesme aquí estoy presente*».

«La oración, declara el P. La Puente *(Guía esp.*, c. 2, § 2, tr. 1), es medio para que venga a nosotros el reino de Dios; así *el reino que nos promete en esta vida*, que según el Apóstol *(Rom.* 14, 17), *es justicia, paz y gozo en el E. S.*, como también el que esperamos en la otra, reinando con Dios en el paraíso. De suerte que la oración trae del cielo el primer reino para que entre dentro de nuestro corazón *(Luc.* 17, 21), y después nos lleva al cielo, para que entremos dentro del segundo; y ella nos descubre la cabeza de ambos, y nos comunica con abundancia la sabiduría *(Jac.*, 1, 5), que es la ciencia sabrosa del espíritu, y la justicia que sube tan alto como los montes de Dios, y la paz que sobrepuja a todo sentido, y el gozo que es fruto del Espíritu Santo (1). El cual dijo por su Profeta *(Is.* 56, 7): « *Yo los traeré a mi monte santo y los alegraré en la casa de mi oración*» (2).

Así es como, según advierte este mismo devotísimo Padre *(ib.* tr. 3, c. 6, § 3), «tiene Dios en este destierro su medio día con mucha semejanza al que hay en la Gloria, *concediendo a sus amigos* un pasto y reposo que sea retrato del cielo. Porque si nos manda *(Mt.* 6, 10) pedir que *venga su reino a nosotros;* ¿qué maravilla es nos dé alguna vez a gustar lo que allá pasa, como lo dió a sus Apóstoles *(Mt.* 16, 28)?, pues no lo mandara pedir, si no lo quisiera dar (3). Y pues también nos manda cumplir su *voluntad en la tierra como en el cielo (Mt.* 6, 10), ¿qué mucho es dé la refección del cielo al que cumple esto en la tierra? Esta es aquella *alta contemplación*, de la que dijo el discípulo amado del Señor *(Apoc.* 21, 2-3): *Vi la santa ciudad de Jerusalén la nueva, adornada por Dios como esposa para su esposo: y oí una gran voz que salía del trono, y decía: Mirad la morada de Dios con los hombres.*—¿Qué vista es ésta, sino una contemplación muy alta, en que Dios N. S. descubre a sus escogidos las grandezas que pasan en los cielos, haciéndolos a ellos cielos donde El more y les comunique algo de lo mucho que da a los bienaventurados? Allí por un rato de tiempo les da juntamente pasto y reposo..., teniendo desde la tierra amoroso trato y conversación con los ciudadanos del cielo *(Phil.* 3, 20). A esta soberana contemplación nos convida el Apóstol cuando dice *(Col.* 3, 1-3): *Si habéis resucitado con Cristo, procurad buscar las cosas que están en el cielo, donde está Cristo...*, procurad el conocimiento sabroso y gustoso de las cosas del cielo, olvidándoos de todo punto de las cosas de la tierra» (4).

(1) Cf. S. Alfonso Rodríguez *(Declarac. del Padre Nuestro*, c. 4-12), donde muestra cómo debemos pedir y procurar alcanzar estos cuatro reinos, que son como las progresivas manifestaciones del mismo Reino de Dios en nosotros; a saber: el de la *gracia*, el de la *paz* o *quietud*, el de la perfecta *contemplación* y el de la *gloria*.

(2) La oración, dicen los teólogos, «debitis vestita conditionibus, ex liberali Dei promissione *infallibilem* habet *efficaciam* impetrandi ea quae petuntur».

Esas condiciones, por parte del objeto pedido, son su *necesidad, utilidad* o *conveniencia para la salvación*—las cuales se cumplen todas en la contemplación sobrenatural—; y por parte del sujeto, además del estado de *gracia*, la *humildad, confianza y perseverancia*.

(3) En vez de esta petición: *Adveniat regnum tuum*, en algunos códices del Evangelio de San Lucas, según S. Gregorio Niseno *(de Orat. domin.)*, se leía: «Veniat Spiritus tuus (sanctus) super nos, et purificet nos».—Cf. S. Nilo, *De la Oración*, n. 55.

(4) «Si orare desideras, decía S. Nilo *(de Orat.*, c. 62), nihil facias eorum quae orationi adversantur, ut tibi appropinquet Deus, et tecum ambulet».

Conforme a esto no repara S. Alfonso Rodríguez *(Decl.* P. N., c. 15, 16), en señalar numerosos medios para *alcanzar* seguramente el don de la contemplación; entre los cuales está el «pedirlo con ansias y suspiros continuos, con suma confianza,»—el acostumbrarse a «arrojar en todo lugar y tiempo unas oraciones abrasadas y palabras amorosas a Dios, con coloquios muy dulces de amor», y el considerar los beneficios divinos de modo que, aun sin preceder meditación, siempre se encuentre el alma inflamada con sólo recordarlos (1). «Esta *inflamación,* añade, *es único remedio* y fundamento de la vida contemplativa: de donde se levanta el suspirar y anhelar al amor unitivo, con el cual el alma fiel aspira con abrasados deseos para que por amor se pueda unir al infinito amor, que es Dios, y de El ser absorta del todo (2)... Este ejercicio del amor unitivo es principio y *fin de toda perfección,* con el cual todas las tentaciones luego se quitan, y el alma es acosada y estimulada a darse prisa a la altísima semejanza de Dios, con la perfecta mortificación de todos los vicios, y consecución de todas las virtudes... Y así el alma se viene a unir y transformar, y trasladar y traspasar su voluntad con el divino beneplácito para que con los encendidos deseos sea hecha una cosa con él, a lo cual nos hace llegar el amor actuoso y experimental. De aquí con tanto fervor comenzarás a buscar la honra de Dios en todas las cosas, que como olvidado de tí mismo, tengas en nada ponerte a mil peligros por amor de Dios y no sientas diferencia entre tu honra y la afrenta, gozo y dolor, etc.»

Mas aunque tardes mucho en sentirte animado de tanto celo y tan vivos sentimientos, no por eso desmayes; que si perseveras en buscar a Dios y hacer lo que es de tu parte, El te irá dando todo lo que necesites, consolándote y animándote desde luego, y reservándote para la hora más oportuna y menos pensada el premio y fruto de tu oración y de tus santas aspiraciones (3).

«Cum vero haec, advierte Alvarez de Paz *(de Inquisit. pacis,* l. 1, P. 3, c. 4), sit mater verae sapientiae, viri profecto spirituales, qui sunt sapientiae amatores, eidem deberent toto conatu mentis intendere, ut seipsos hoc perfectissimo instrumento, quo utitur gratia Dei, in omni virtute et puritate perficerent. Quot si non faciant, statu quidem spirituales erunt, sed conversatione sua hominibus mundana quaerentibus annumerabuntur... «Non enim ad hoc animam creaverat, ut contra suam generositatem multitudine quaternorum ovinarum pellium repleretur; sed ut esset sedes sapientiae et in ipsa Rex Pacificus... resideret» (ait Bonav. in Prol. *Myst. Theol.)*»

(1) «La consideración de las cosas divinas, escribe a su vez el V. Granada *(Memorial,* tr. 6, c. 1), es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría divina, que es el mayor de los dones del Espíritu Santo, al cual se ordenan todos los otros».

«Por estas y otras consideraciones (de la Pasión), añade S. Alfonso R. *(Unión.* c. 5), viene el alma a encenderse en el amor de Cristo; y *por este camino la comunica la contemplación,* cesando ya los discursos. Porque los discursos son el *camino para ella;* y en llegando a este término y fin, cesan ellos».

(2) «*Hoc praecipue est in oratione petendum, ut Deo uniamur, secundum illud Psalmi 26:* Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitatem in domo Domini omnibus diebus vitae meae... *Ex parte ipsius petentis... oportet accedere ad eum a quo petit*».—S. Thom. 2-2, q. 83, a. 1, ad 2.

(3) «Oratio, dice Sto. Tomás (2-2, q. 83, a. 15), praeter affectum spiritualis *consolationis* quam praesentialiter affert, habet duplicem virtutem respectu futuri effectus, sc. virtutem *merendi,* et virtutem *impetrandi*... Habet *efficatiam merendi,* inquantum procedit ex radice charitatis, cuius proprium objectum est bonum aeternum, cuius fruitionem meremur... *Efficatiam* autem *impetrandi* habet ex gratia Dei quem oramus: qui etiam nos ad orandum

«Deben notar los que se dan al recogimiento, dice el P. Osuna (*3.r Abec. esp.*, tr. XI, c. 5), que si ordenadamente perseverando proceden, aunque ellos no paren mientes en este llamar a Dios con sospiros, vernales el tiempo y verse han en un *estado* o *edad espiritual* de hombre interior, en el cual tiempo desearán sobremanera y con entrañables y profundos sospiros lo que no sabrán; porque acaesce... desear con gran ansia y no saber qué es aquello porque salen sospiros entrañables del corazón; mas está el ánima en aquel tiempo espantada con admiración, y no sabe quién obre en ella tales y tan verdaderos deseos sin saber lo que desean. Gloria e gozo grande es al ánima cuando ve que habiendo tenido descuido un poco antes, la despierta y aviva un gemido y sospiro del profundo del corazón que sale diciendo: *Jesús santo de mis entrañas*... Los que tienen esta gracia de llamar a Dios con sospiros... mejor diríamos que Dios los llama a ellos que le sigan al desierto de la *contemplación*... El remedio verdadero desto es continuar la oración; en la cual, como el ánima halla a Dios, paresce que se satisface algo, y vuélvese el gemir en una complacencia y contentamiento que no se puede explicar según se siente. Estos deseos no hay duda sino que, aunque procedan del corazón, no los causa él principalmente, mas por entonces debe ser movido secretamente de quien lo puede mover, que es Dios, en cuya mano está. El lo mueve a que tenga deseo, y el mesmo corazón no sabe de qué es aquel deseo, según el talante e disposición que de tal deseo es causa; bien ve que el deseo es de bien, pero no sabe de qué bien, ni se determina ni acaba de entender adónde se enderezan sus sospiros... Así éstos desean más que saben, porque el entendimiento dellos no alcanza lo que sus corazones desean».

Mas esto no suele lograrse sino después de mucho hacer y sufrir por Dios, y de mucho gemir y suspirar pidiéndole luz y consuelo.

«No puede venir alguno a la perfección de la contemplación, dice el V. P. G. de Cisneros (*Ejercitat.* c. 61), sin fuerte perseverancia».

«Muchos hay, añade (c. 64), que no son bien avisados acerca de la fortaleza de la perseverancia...; ca rehusan de se dar a la oración y meditación, salvo si por devoción se sienten afectados a ellas, o que en ellas hallen delectación, paresciendo a los tales que en otra manera las dichas cosas no les aprovechan nada. Estos son comparados a aquel que es muy atormentado del frío, y rehusa llegarse al fuego si primeramente no ha calor».

«La oración, decía N. Sr. a M.ª Lataste (*Lib.* 7, IV), es la llave de mis tesoros. ¿Por qué se quejan los hombres de su miseria y flaqueza y de las pocas gracias que sienten? Porque no oran. Que pidan, y serán atendidos. Sin embargo, Dios no oye siempre, pues quiere muchas veces probar la paciencia y perseverancia de los hombres. No pongáis, pues, límites a su misericordia, perseverad en la oración esperando el momento del Señor para que se os conceda lo que pedís. No desmayéis por la tardanza: orad hasta que seais oídos, que seguramente lo seréis, puesto que Dios oye toda buena oración (1). Jamás

inducit. Unde Augustinus dicit in lib. de Verbis Domini (*Serm.* 29): *Non nos hortaretur ut peteremus, nisi dare vellet*».

(1) «Obsecrationibus vero, dice la *Epístola ad Fratres de Monte Dei*, insistendum est, sed in omni humilitate et patientia; quia non afferunt fructum nisi in patientia. Nonnumquam enim cum celerius gratia non subvenit, fit obsecranti coelum aeneum, et terra sua ferrea. Et cum relicta sibi cordis humani duritia ad votum exaudiri non meretur, ansietas desiderantis negari sibi aestimat quidquid differtur... Nonnumquam vero sine labore petens accipit, quaerens invenit, et pulsanti aperitur. Et consolationes ac suavitates

le atribuyáis a El la recusación de vuestra demanda, sino a vuestra oración mal hecha o al poco fruto que de ser oídos sacaríais; y en este caso, si habéis orado bien, os concederá otra gracia más provechosa que la solicitada» (1).

Con la oración, había dicho el mismo Salvador a Sor María de la Antigua *(Desengaño*, l. 5, c. 37), el hombre «tiene entrada y comunicación con las cosas espirituales, para las cuales no hay otra puerta sino ella.—Todos estos bienes le vienen al hombre por sólo comunicar conmigo en la oración, y a todos estos bienes llamo y convido; porque para su bien propio no me buscan, ni me dan lo que en ellos hay para Mí de provecho, que son corazones y voluntades. No quiero dellos otra cosa sino esto, y para bien dellos mismos: y si no me lo quieren dar y conocieren su desmedro y las ventajas de sus hermanos, quéjense de sí mismos y no conozcan de mi trato, pues no quieren saber el modo dél, siendo apacible y llano para todos; que *todos son hijos y gozarían de los brazos del Padre amorosísimo,* como lo soy, si ellos supiesen y quisiesen buscarme como he de ser buscado, y con el cuidado y solicitud con que ellos buscan las cosas de la tierra (2).

Por tanto, seamos fieles a Dios y perseveremos buscándole en la oración; y sin duda lo encontraremos (3); pues con ella nos vendrán el fervor de la devoción y el resplandor de la justicia, que son la *preparación de su asiento (Ps.* 88, 15); y luego vendrá la misma divina Sabiduría con todos los bienes juntos (4).

"Si deseas la Sabiduría, dice el Sabio *(Eccli.*, 1, 33), guarda la justicia y Dios te la concederá...

Y para guardar bien la justicia, es menester pedirla

orationis invenire tandem aliquando *meretur labor obsecrantis.* Nonnumquam etiam purae orationis affectus et bona illa orationis suavitas non invenitur, sed quasi invenit eum non petentem, non quaerentem, non pulsantem, et quasi nescientem gratia praevenit, et tanquam genus servorum recipitur in mensa filiorum, cum rudis adhuc et incipiens animus in eum orandi assumitur affectum, qui pro *premio sanctitatis* reddi solet *meritis perfectorum...* In quo, proh dolor, plurimi falluntur, quia cum pascuntur pane filiorum jam se esse filios arbitrantur: et deficientes unde proficere debebant, ex visitante gratia evanescunt a conscientia sua, arbitrantes se aliquid esse cum nihil sint, et de bonis Dei non emendantur, sed indurantur».

(1) «En la oración, dice S. Nilo *(Tr. de la Oración, n.º 29)*, no pidas que se haga tu voluntad, porque no es siempre conforme con la de Dios; mas tu oración sea como el Señor te enseñó, pidiendo que haga su voluntad en tí y en todas las cosas... Porque todo lo que quiere es bueno y para nuestro provecho; y tú no siempre quieres esto».

(2) «Quiero que me andes buscando, decía N. Sr. a su humilde sierva María Brotel (1819-1888; cf. *Vie*, 1909, append. II). ¡Cuántos hay que, después de haberme buscado un instante apenas, se van diciendo que pierden el tiempo! No me encuentran, porque no se toman el trabajo de buscarme seriamente. ¡Ah, si hubieran perdido sus bueyes o vacas, ¡cómo los buscarían hasta haberlos hallado! Pero soy Yo, y no les valgo la pena!»...—Cf. Sta. Catalina de Ricci, Extasis del 11 Nov. 1505.

(3) «Encontrar a Dios, dice el P. Surín *(Fondements de la Vie spir.*, II, ch. 7), es sentirlo el alma en sí misma, es decir, sentir su corazón unido a El... en la tranquilidad que se hace experimentar cuando el hombre tiene a Dios presente».

(4) «Expecta Dominum, et custodi viam ejus; et exaltabit te, ut haereditate capias terram».—*Ps.* 36, 34.

Uno de los grandes bienes de la oración, dice Santo Tomás *(Expos. Orat. Domin.)*, es introducirnos en la intimidad divina: *Facit nos familiares Dei.*

fervientemente junto con la misma Sabiduría que nos enseñará a juzgar santamente de todo. (Santo Tomás, 2-2, q. 45, a. 5) (1).

"Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, dice San Buenaventura *(Medit. de Vita Christi)*, sé hombre de oración. Si quieres desarraigar de tu alma todos los vicios y plantar en su lugar las virtudes, sé hombre de oración, porque en ella se recibe la unción y gracia del E. S., la cual enseña todas las cosas (1 *Joan.*, 2). Y demás de esto, *si quieres subir a la altura de la contemplación y gozar de los dulces abrazos del Esposo, ejercítate en la oración; porque este es el camino por donde sube el alma a la contemplación y gusto de las cosas celestiales.*. (2).

«Dádiva es esto de Dios, advierte el V. Granada *(Devoc.* c. 4, § 7), y uno de los principales dones del E. S. Y por esto más se alza con lágrimas que con disputas, y más con oraciones que con porfías».

He aquí por qué, «los que son buenos principiantes, según dice el P. Osuna *(Terc. Abec. esp.*, tr. 10, c. 2), lloran por recogerse enteramente con aquel que tanto se da más copioso cuanto más a solas: éstos trabajan de alcanzar por lágrimas lo que no creen merecer sus obras, e importunan a Dios, no por otra cosa sino por sí mesmo, para el cual se aparejan».

«Al bienaventurado S. Francisco y a S. Agustín, escribe el mismo Rodríguez (tr. V, c. 17), los días y las noches enteras se les pasaban en aquellas breves palabras: *¿Quién sois Vos y quién soy yo?*... Pero para llegar a eso es menester que hagamos nosotros lo que es de nuestra parte, acostumbrándonos a detener en los misterios... Y aunque es verdad que para alcanzar el don de oración u otro alguno sobrenatural, no es bastante ningún ejercicio nuestro, sino que nos ha de venir de la graciosa y liberal mano del Señor: *Quia Dominus dat sapientiam, et ex ore ejus prudentia et scientia (Prov.* 2, 6); pero quiere su Majestad que nosotros *nos ejercitemos en eso, como si por sólo ese medio lo hubiéramos de alcanzar;* porque dispone El todas las cosas suavemente...; y así dispone las obras de la gracia conforme a las de la naturaleza; y como las demás ciencias y artes se alcanzan con el ejercicio, quiere El enseñarnos esta ciencia también de esta manera. Tañendo se aprende a tañer, y andando se aprende a andar, y *orando se aprende a orar.* Y así dice Gersón que la causa porque en el día de hoy hay pocos contemplativos, es por falta de este

(1) «Id ergo ex oratione et contemplatione quaere, advierte el P. Alvarez de Paz *(De Inquis. pacis*, l. 2, P. I, c. 5), peccata etiam levia vitare, teipsum vincere, mundum contemnere, virtutes exercere, caritatem augere, et per obtentum perfectionis vitam coelestem aemulari».

(2) Esto mismo repite con el Santo Doctor el V. Granada *(Comp. de la Doctr. espir.;* tr. 1 *de la Orac. ment.* c. 1), y lo reproduce con ambos San Pedro de Alcántara *(Tr. de la Orac.*, 1.ª P., c. 1), y luego lo vuelven a repetir otros muchos autores.

La oración, añade el mismo S. Buenaventura *(Tr. de perfect. vitae*, c. 5), «tantae virtutis est, ut ad omnia valeat, et in omni tempore homo possit per eam lucrari in hyeme, in aestate, in sereno et in tempore pluviali, imo in quacumque hora lucratur homo oratione devota, plusquam valeat totus mundus; quia tali oratione adquirit homo regnum coelorum».

ejercicio. Antiguamente vemos que en aquellos monasterios de monjes había tantos varones de grande oración y contemplación, y ahora apenas hallaréis un hombre de oración, sino que cuando se trata de la contemplación, les parece aquello como una algarabía o metafísica, que no se entiende. La causa de esto, dice, es porque aquellos santos monjes ejercitábanse mucho en la oración».

«Y porque el saber orar como conviene, advierte el V. Granada (*De la Oración*, c. 4), es *muy especial don de Dios, y obra del Espíritu Santo (Rom.* 8), pídele humildemente... que El te enseñe a hacer este oficio, y te dé gracia para estar allí hablando con El con aquella atención y devoción, y con aquel recogimiento de corazón y con aquel temor y reverencia que conviene a tan grande Majestad» (1).

«Como hay don de fe y de sabiduría, advierte a su vez el V. P. La Puente (*Guía esp.* tr. 1, c. 4), así hay *don de oración*, que procede del mismo E. S. Y como sin espíritu de fe no se puede creer como conviene, así también sin espíritu de oración no se puede orar con acierto» (*Rom.* 8, 26).—Este espíritu se ofrece a todos los verdaderos hijos de Dios, según lo que dice el Apóstol (*Gal.* 4, 6): *Porque sois hijos de Dios, envió Dios el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, que está clamando: Abba, Padre.*—«Porque como las obras de Dios son perfectas, prosigue el P. La Puente, por el mismo caso que nos da el espíritu de hijos, nos da el espíritu de oración para pedirle lo que hemos menester, como los hijos lo piden a sus padres; y como es don suyo levantarnos a la dignidad de hijos, así lo es darnos espíritu de oración propia de ellos... Y aunque los hombres pueden darnos reglas y avisos para ello, mas todas serán de poco efecto, si no asiste el divino Espíritu, como principal maestro y ayudador para obra tan gloriosa.-«Sé constante, dice San Juan Clímaco (*Scal.*, grad. 29), en tu oración, y tendrás a Dios por maestro de ella».

Si no todos alcanzan ese altísimo don de oración, que hace que ésta sea toda *espiritual*, añade luego (*ib.* § 1), «ordinariamente la culpa es nuestra, porque no usamos bien del don ordinario que a todos es concedido. Y pues Dios no es escaso en dar sus dones, no has de ser corto en pretenderlos con la excelencia con que El suele comunicarlos».

«Quien la haya comenzado—la oración—, advierte conforme a esto Santa Teresa (*Vida*, c. 8), no la deje, pues es el medio por donde puede tornarse a remediar... Y quien no la haya comenzado, por amor del Señor le ruego yo no carezca de tanto bien.—No hay aquí que temer, sino que desear; porque cuando no fuere delante, y se esforzare a ser *perfecto, que merezca los gustos y regalos que a éstos da Dios*, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo... No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino *tratar de amistad*, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama».

«A los que tratan de oración, añade (*ib.*) el mesmo Señor les hace la costa; pues, por un poco de trabajo, da gusto para que con él se pasen los trabajos. De estos *gustos que el Señor da a los que perseveran* en la oración... sólo digo, que para estas mercedes tan grandes... es la puerta la oración; cerrada ésta, no sé cómo las hará; porque aunque quiera entrar a regalarse con un alma, y regalarla, no hay por donde, que la quiere sola y limpia y con gana de recibirlas».

(1) «Si quieres orar, dice S. Nilo (*Tr. de la Oración*, n. 55), menester es que Dios te dé el don de la oración, el cual debes pedirle con aquellas palabras: *Santificado sea tu nombre, venga a nos el tu Reino:* esto es, el Espíritu Santo y tu Unigénito Hijo; porque esto nos enseñó el Señor cuando dijo: *En espíritu y en verdad habemos de adorar al Padre*».

«Al que persevera en la oración—escuela de toda virtud, cuyo Maestro es el E. S.—, decía la V. Hipólita Rocaberti, O. P.—El le quitará el trabajo de (cavar en la consideración de los divinos misterios), porque de la consideración le subirá... al monte de la contemplación».

La oración, escribe a su vez la V. Agreda *(Escala*, § 17), «es el muro fuerte que defiende a los amigos del Señor... es la escuela docta donde estudian los verdaderos sabios; es el refugio y consuelo de afligidos, y es adonde la pobre alma se comunica a su deseado Dios y Señor en esta vida; es donde se conoce con distinción el bien y el mal, y lo que nos ayuda a apartarnos del mal y llegarnos al bien: es trato con el mismo Dios y sus Santos, abstraído de todo lo impuro; en esta conversación divina se hace el hombre ángel y serafín: es un maná que a todo sabe, todo se halla en este tesoro escondido: y me atrevo a decir que quien no la tenga, trae en peligro su salvación..., porque no se podrá guardar la ley de Dios sin ejercitar las partes de la oración; y así es cierto y más que cierto, que es cosa preciosa el tenerla...

»Hasta que el Señor enseñe sobrenaturalmente, es menester trabajar; y cierto que yo he conocido es trabajo éste bien empleado y bien *pagado;* y no hay que desmayar aunque el pago no se conozca..., que es Dios fidelísimo a quien por su amor trabaja, y da ciento por uno».

«Jam vero, exclamaba San Bernardo *(Serm. 3 de Circumcis.)*, cum in his (lección, meditación, abnegación, etc.) fueris diutius exercitatus, roga dari tibi *devotionis lumen, diem serenissimam*, et *sabbatum mentis*, in quo tamquam *emeritus miles*, in laboribus universis vivas absque labore, dilatato nimirum corde currens viam mandatorum Dei: ut quod prius cum amaritudine et coactione tui spiritus faciebas, de cetero jam cum summa dulcedine peragas et delectatione. Hanc, ni fallor, gratiam petebat qui ait: *Remitte mihi ut refrigerer*» (Cfr. La Puente, *Guía*, tr. 3, c. 1, § 1).

Así, «por la oración, conforme advierte en conclusión el P. Grou *(Maximes*, XXIV), se puede alcanzar ser del número de las almas interiores; que son las que más gloria dan a Dios y las incomparablemente más felices... Que ore, pues, el cristiano, pero con toda paz, aguardando pacíficamente el efecto de su oración; puesto que Dios tiene su tiempo marcado para escuchar. Que no trate de acelerar ese momento con deseos demasiado apresurados... Mas si ora como conviene, tomará Dios al fin posesión de su alma, o de repente, o por grados.—Si es de repente, tendrá al punto una completa seguridad por el súbito cambio que experimentará en sí mismo.—Si por grados, que siga paso a paso la operación de la gracia, y que sea extremadamente fiel; pues de ahí depende todo...

»Pocos cristianos hay que no reciban alguna semilla de vida interior, ya en la juventud, ya cuando se vuelven sinceramente a Dios, aunque sea después de largos y grandes extravíos; pues *la gracia tiende siempre a ese fin.*—Si supieran o quisieran cultivar esta semilla; si los directores—siendo interiores también—se tomasen todo el cuidado que es menester para desarrollarla, no tardarían unos y otros en ver el fruto de sus trabajos... Los obstáculos provienen de las ideas falsas o imperfectas que de la devoción se hayan formado al abrazarla, haciéndola consistir en muchas prácticas, muchos métodos y mucha actividad, con mucho propio juicio y propia voluntad. Provienen luego de los hábitos contraídos y planes prefijados, los cuales vienen a estorbar las operaciones de la gracia. Provienen también de los prejuicios corrientes en contra de la vida interior, como si fuera un camino *extraordinario*, peligroso, sujeto a mil ilusiones. Por último, el obstáculo viene de los mismos directores que, por razones

análogas, o porque no quieren tomarse el trabajo necesario, o porque temen exponer su reputación, cierran la puerta de la vida interior a sus dirigidos (1).

»Si unos y otros tuviesen verdadero celo por la gloria de Dios, pensarían de muy diferente manera; pues la mayor gloria que a Dios se le puede dar está sin duda alguna en consagrarse completamente a El a fin de que nos conduzca en todo según su mayor beneplácito, sin hallar en nosotros ni la menor resistencia... y constituyéndose en Dueño absoluto de todas nuestras facultades... Mas la gloria que la criatura da a su Autor viene a ser regla y medida de la propia felicidad».

Artículo 5.º—Necesidad que todos tenemos de la oración contínua y de la vida interior para poder vivir como perfectos cristianos, y cómo la perfecta oración es ya verdadera contemplación sobrenatural, y en esta íntima comunicación con Dios se entra por Jesús y María.

Tales son, como acabamos de ver, los preciosos frutos de una oración fervorosa, contínua y perseverante, con la cual seguramente alcanzamos las bendiciones y misericordias del Señor, mientras sin ella quedamos abandonados a nuestra propia flaqueza, decayendo en vez de adelantar y expuestos siempre a perecer.

De ahí que las Sagradas Escrituras y los SS. Doctores con tanta insistencia nos la recomienden y aun nos la impongan, por sernos tan provechosa y tan necesaria, como un alimento indispensable (2) y como un aliento de vida sin el cual pronto nos asfixiamos (3).

El Salmista nos dice que traía al Señor siempre ante sus ojos, para no conmoverse jamás: *Providebam Dominum in conspectu meo semper; quoniam a dextris est mihi, ne commovear (Ps.* 15, 8).—El Sabio nos encarga quitar de nosotros lo que nos impida estar "siempre orando„; pues para guardar bien la divina ley, hay que multiplicar el sacrificio de la oración: *Non impediaris orare semper (Eccli.* 18, 22; cf. 35). Y el mismo Salvador nos enseña con su ejemplo a perseverar en la oración (4), y por su divina boca nos advierte que "nos es pre-

(1) Véase sobre esto al P. MEYNARD, O. P., *La Vie intérieure,* I, n. 167, donde muestra los gravísimos daños que de ahí se siguen.

(2) «Sicut ex carnalibus escis alitur caro, dice S. Agustín *(De salutar. monitis ad quemd. Comit.,* c. 28), ita ex divinis eloquiis, et orationibus interior homo nutritur, et pascitur».

(3) «Sicut corpus sine anima non potest vivere, sic anima sine oratione mortua est et graviter olens».—S. Juan Crisóst. *De orat.,* c. 2.

«*Oratio est mentis ad Deum affectuosa intentio*». S. August. *Serm.* IX, 3.

(4) «Orat misericordia, advierte S. Agustín *(De Orat. Domin.),* et non orat miseria; orat caritas, et non orat iniquitas; prostratus in terra orat medicus, et non humiliatur aegrotus? Orat innocentia, et non orat iniquitas; orat qui peccatum non fecit, nec inventus est dolus in ore ejus, et non se prosternit multis obnoxius? Orat judex, et desiderat parcere, et non orat reus, ut indulgentiam mereatur accipere; orat judicaturus, et orare dissimulat judicandus?»

ciso orarsiempre sin nunca desfallecer„, y que debemos "velar y orar en todo tiempo—para no caer en tentación: *Oportet semper orare, et non deficere.— Vigilate itaque, omni tempore orantes (Luc.* 18, 1; 21, 36).— *Vigilate, et orate, ut non intretis in tentationem (Mt.* 26, 41).

Conforme a esto se lee de sus Discípulos *(Act.* 1, 14), que "perseveraban todos unánimes en la oración, en unión con la Sma. Virgen„. Y los Apóstoles no se cansan de recomendar esta santa práctica.—San Pablo ya en su primera Epístola a los Tesalonicenses, cuanto éstos aun acababan de convertirse, les dice que estén siempre alegres en el Señor, que "oren sin cesar„ y que no apaguen el espíritu: *Semper gaudete.—Sine intermissione orate... Spiritum nolite extinguere (I Thes.* V., 16, 17, 19), para que así puedan, en espíritu, alma y cuerpo, conservarse con toda integridad ante Dios *(ib.* V, 23).—A los Romanos (XII-12) les encarga que insistan en la oración: *Orationi instantes.* A los Efesios (VI, 18) les dice que "oren en todo tiempo y con toda oración hecha en espíritu, y que en espíritu velen con insistencia„. Casi lo mismo viene a decir a los Filipenses (IV, 6) y a los Colosenses (III, 16).—A Timoteo le escribe *(I Tim.* 2, 8; 5, 5): "Quiero que los varones oren en todo tiempo, levantando a Dios las manos puras„ y "que las viudas perseveren insistiendo en la oración día y noche„. Y del mismo modo a los casados encarga San Pedro *(I Ep.* 3, 7) que se porten de tal suerte que "no sean impedidas sus oraciones„.

Esta insistencia de las Escrituras en recomendarnos con tanto empeño y en proponernos bajo tan variadas formas la oración *contínua y hecha en espíritu,* prueba cuán necesaria nos sea ésta para poder llevar una vida irreprensible y verdaderamente cristiana, y para ir adelantando y no decaer, hasta hacernos por fin capaces de recibir las grandes comunicaciones del Espíritu Santo (1), entrando en la mística bodega donde se ordena la caridad y se produce la santa embriaguez de amor (2).

(1) «Implémini Spiritu Sancto, loquentes vobismetipsis in psalmis, et hymnis, et canticis spiritualibus, cantantes et psallentes in cordibus vestris Domino».—*Eph.*, 5, 18-19.

«Qui mundi mala odiunt vilipendendo et contemnendo, Hierusalem ascendunt mundum fugiendo, et se elongando; in templo cordis Spiritum Sanctum quaerunt, fideliter orando; sedent unanimes in domo cordis humiliter quiescendo, et Paracletum desiderando; praestolantur adventum Spiritus Sancti, inspirationes ejus studiose observando: hi sunt, qui *capaces ejus sunt*». S. Bonaventura, *De 7 donis,* 1. P., c. V.

(2) «An non tibi cella videtur fuisse vinaria, pregunta S. Bernando *(Serm., 49 in Cánt.),* illa domus in qua erant discipuli pariter congregati, cum *factus est repente de coelo sonus tamquam advenientis spiritus vehementis, et*

"El alma que se descuida en orar, observa M. Olier (*Lettres,* 347), cae luego en tibieza y retrocede... no advirtiendo la necesidad que tiene de nuevas gracias para obrar el bien... Y las gracias actuales de Dios no son menos necesarias en la continuación de la vida interior que en sus comienzos... Siempre estáis necesitando gracias actuales que os alumbren, os dirijan y os exciten en el servicio de Dios, y que os fortalezcan y aparten de toda creatura y de vos mismo: de suerte que en el momento en que ellas cesen de obrar en vos, cesaréis de obrar por Dios... Y si este socorro es de tanta necesidad, no lo es menos la oración mediante la cual se alcanza. Esta es la razón de por qué debe ser *contínua,* según lo encarga S. Pablo: oración que se hace en el fondo del alma, por una mirada, o un suspiro hacia Dios, que lo atrae y lo llama incesantemente y que de contínuo está pidiendo su vida... La vivificación que en nosotros produce el Espíritu Santo depende de la oración que, a manera de lazo, tiene a Jesús atado a nuestro corazón para darnos la vida e influir en nosotros".

Y si esta oración contínua es necesaria a todo buen cristiano, mucho más lo será a cuantos hacen profesión de vida religiosa, que con sus oraciones y ejemplos deben apoyar y edificar a los otros (1); y todavía más nece-

replevit totam domum ubi erant sedentes, adimplevitque prophetiam Joëlis? Et nonne unusquisque illorum exiens inebriatus ab ubertate domus illius, et torrente voluptatis tantae potatus, dicere merito quibat, quoniam *introduxit me Rex in cellam vinariam?* Sed et tu quoque si collecto tuo spiritu, mente sobria et vacua curis, orationis domum solus introëas, et stans coram Deo... coeli januam tangas sancti desiderii manu, et praesentatus choris sanctorum tua penetrante devotione (si quidem *oratio justi penetrat coelos)* in ipsorum praesentia miserandus deplores miserias et calamitates quas pateris, crebris suspiriis et gemitibus inenarrabilibus prodas necessitatem, flagites pietatem: Si inquam hoc egeris, confido in eo qui dixit *(Mt.* 7): *Petite, et accipietis,* quod si perseveraveris pulsans, non exibis vacuus. Verum cum te nobis reddideris plenum gratia et caritate, nec poteris spiritu fervens dissimulare munus acceptum, quod sine invidia communicabis, erisque omnibus in gratia, quae data est tibi, non modo gratus, sed fortassis etiam admirandus; poteris et ipse veraciter protestari, quia *introduxit me Rex in cellam vinariam.*— Tantum cautus esto non in te, sed in Domino gloriari».

(1) «Omnis monachi finis cordisque perfectio, advierte Casiano con el abad Isaac *(Collat.* 9, c. II), ad *jugem* atque *indisruptam* orationis perseverantiam tendit, et quantum humanae fragilitati conceditur, ad immobilem tranquilitatem mentis ac perpetuam nititur puritatem. Ob quam (possidendam) omnem tam laborem córporis, quam contritionem spiritus indefesse quaerimus et jugiter exercemus».

«Altissima enim est professio vestra, dice la *Epistola ad Fratres de Monte Dei.* Coelos transit, par angelis est, angelicae similis puritati. Non enim vovistis omnem sanctitatem, sed omnis sanctitatis perfectionem, et omnis consummationis finem. Non est vestrum circa communia praecepta languere, neque hoc solum attendere *quid praecipiat* Deus, sec *quid velit,* probantes *quae sit voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecta.* Aliorum est enim Deo *servire* vestrum *adhaerere.* Aliorum est Deum credere, scire, amare, revereri: vestrum est *sapere, intelligere, cognoscere, frui.* Magnum est hoc,

saria a los predicadores y pastores de almas, que no sólo deben velar y orar por la propia, sino también por todas las que tienen a su cargo; a las cuales deben apacentar con palabras de vida eterna, comunicándoles lo que de Dios han recibido en la contemplación (1), y de las cuales han de dar cuenta; y por lo mismo, a imitación del supremo Pastor, deben pedir por todas ellas, por que no perezca ninguna, sino que todas tengan vida, y una vida cada vez más lozana (2). Así, el bien que podemos hacer en el santo ministerio depende, más que de nada, de nuestro recogimiento y unión con Dios (3); y por eso un alma verdaderamente contemplativa, dicen los maestros espirituales, hace más en un día por el bien de sus prójimos que en años enteros otros que trabajan mucho, pero sin fecundarlo con el espíritu de oración (4).

Con razón advierte, pues, el Cardenal Manning *(Eterno sacerdocio,* c. 10): "Cuando S. Pablo dice (I *Thes.* 5, 17): *Sine intermissione orate,* no empleó una exageración retórica; significó que podemos siempre y en todo lugar hablar con Dios por medio de nuestras aspiraciones, deseos y propósitos... Un sacerdote de mucha oración hará en una hora lo que otro de poca difícilmente hará en muchos días. Las palabras de un sacerdote siempre unido con Dios tienen una vida, un calor, una energía y una persuasión que los dones naturales no pueden comunicar. Hacemos poco, porque oramos poco, y por orar poco somos lo que somos...

Mas para poder tener la oración así tan de contínuo, conforme se nos encarga a todos, sin interrumpirla día y noche, velando siempre en espíritu—sin distraernos ni

arduum est hoc: sed omnipotens et bonus est Deus qui in vobis est pius promissor, fidelis redditor, indefessus adjutor, qui magno ejus amore magna profitentibus, et in fide et in spe gratiae ejus majora viribus suis aggredientibus, et voluntatem, et desiderium suggerit in idipsum: et qui voluntatis gratiam praerrogavit, subrogabit etiam virtutem ad proventum».

(1) «Ad praelatos non solum pertineat vita activa, sed etiam *debent esse excellentes in vita contemplativa*». S. Thom. 2-2, q. 182, a. 1, ad 1; cf. Id. *in* III *Sent.* D. 35, q. 1, a. 1, ad 5; a. 3, sol. 3.

(2) El buen pastor, dice S. Bernardo (*Epist.* 201, *ad Bald.),* debe apacentar no sólo con la doctrina y el ejemplo, sino también, y de un modo especial, con la oración: «Tu tamen si sapis, junges et tertium, studium videlicet orationis, ac complementum utique trinae illius repetitionis in Evangelio de pascendis ovibus. In hoc noveris illius Trinitatis sacramentum in nullo frustratum a te, si pascas verbo, pascas exemplo, pascas et sanctarum fructu orationum. Manent itaque tria haec, verbum, exemplum, oratio: major autem his est oratio. Nam etsi vocis virtus sit opus, et operi tamen, et voci gratiam efficaciamque promeretur oratio».

(3) *Inebriabo animam sacerdotum pinguedine: et populus meus bonis meis adimplebitur.—Jerem.* 31, 14.

(4) «Un hombre de oración, afirma el P. Lallemant, S. J. *(Doctr. spir.,* pr. 2, s. 2, c. 4, a. 2, § 2), hará más en un año que otro en toda su vida».—Cf. San Juan de la Cruz, *Cántico espir.,* anotac. a canc. 29.

turbarnos, como Marta, en medio de nuestras ocupaciones, del necesario descanso y del fiel cumplimiento de nuestros deberes—, es preciso haber logrado ya el don *infuso* de la contínua presencia de Dios, para poder hacerlo todo a su gloria (1) y vivir por tanto como en un contínuo estado de contemplación sobrenatural. Pues sólo así es como podremos, en medio de los negocios y del indispensable trato con las criaturas, tener nuestro corazón, nuestro tesoro y nuestra conversación en los cielos (2). Solamente los muy perfectos, los que tienen ya en alto grado el hábito infuso de la contemplación sobrenatural, dice Sto. Tomás (3), son los que pueden emplearse a la vez en la vida activa y en la contemplativa sin que la una perjudique a la otra (4). Y Sta. Teresa advierte que para eso no basta la misma oración de *quietud*, sino que es preciso haber llegado a la de *unión*, que es donde empiezan a juntarse en uno Marta y María.—Así la perfecta contemplación, lejos de ser obstáculo, como muchos falsamente se figuran, es el mayor estimulante y la más poderosa ayuda de la verdadera y eficaz acción cristiana: la cual no puede ser del todo perfecta sin estar inspirada, apoyada y animada de la santa contemplación (5).

(1) Cf. I *Cor.* 10, 31; *Col.* 3, 17.

(2) *Mt.* 6, 21; *Phil.* 3, 20.—«Alias namque mandatum istud *(Sine intermissione orate)* perficere non valebimus, nisi mens nostra, ab omni vitiorum purificata contagio..., jugi omnipotentis Dei *contemplatione pascatur*».—CASIANO, *Collat.* 9, c. 3. Cf. ALVAREZ DE PAZ, *De inquis. Pacis*, l. V, P. 1, app. 3, c. 2.

(3) Cf. 2-2, q. 45, a. 3, et 5; in III *Sent.* De 35, q. 1, a. 1, ad 5; a. 3, sol. 3.

(4) «*Los varones perfectos*, advierte el V. Granada *(De la Devoción*, c. 4, § II), tan prontos se hallan para los trabajos y obras de la vida activa, como para los regalos y dulzuras de la contemplación».

«Sciendum, advierte Alvarez de Paz *(De Inquis. Pacis*, l. 2, P. I, c. 2), perfectam orationem, quae etiam usque ad extasim, et coelestium illustrationum acceptionem provehatur, nunquam a solitudine pendere, neque omnem externam occupationem excludere... Quis autem in animum inducat solos eremitas ad contemplationem vocari, viros vero Apostolicos in salutem animarum incumbentes, quibus pro suo munere tan necessaria est contemplatio, ab ejus possessione rejici?... Certe Apostoli formam Ecclesiae ministrorum habentes ad sublimissimam orationem evecti sunt: et Bernardus, ac Dominicus, et Franciscus, et Ignatius, et alii similes ad ineffabile donum orationis admissi, et plurimi filii eorum, qui a tantis Patribus non degenerant, ad perfectam orationem sublati, cum tamen aliquando magnas occupationes sustineant».

«Creed, mis queridas hermanas, decía María del D. Corazón *(Vida*, c. 6), que se puede llevar una vida de trabajo y de ocupaciones exteriores, y al mismo tiempo toda interior y de unión con Dios... Acostumbraos a hacer de vuestro corazón una celda, donde no entre el rumor del mundo, y hallaréis allí al Amante de vuestras almas. Ofrecedle vuestras penas y vuestros sufrimientos y trabajos, decidle todo cuanto os preocupa y haced como que tome parte en vuestras penas y alegrías... Cuanto mayor sea nuestra confianza tanto más le agradamos».

(5) «Para que nuestro comercio con los hombres, en las mismas funciones que, por ganarlos a Dios, ejercemos, no nos sea perjudicial, observa el P. Lallemant *(Doctr. esp.*, pr. 4, c. 4, a. 3), de tal modo debe estar nuestra

Y como, por otra parte, Dios nunca manda imposibles, al recomendarnos tanto e imponernos así como un deber de perfección esa oración contínua, sin duda alguna se compromete a darnos a su tiempo, si debidamente las procuramos, todas las gracias que para ello nos son menester; y por tanto las de la mística unión y contemplación, sin las cuales nos sería imposible orar y velar siempre y en espíritu, y sólo podríamos hacerlo con grandes interrupciones y a nuestro pobre modo, tan imperfecto y aun tan propenso a impedir con nuestras industrias aquello mismo que se trata de procurar.

Esto es lo que, por desgracia, sucede no pocas veces con el abuso de la oración metódica o de la reglamentación exagerada, que llega hasta el extremo de marcar el límite de los tiempos en que se ha de orar o tratar con Dios, separándolos como con un tabique, de los destinados a otras ocupaciones: ¡como si no pudiera y debiera continuarse durante todas ellas nuestra oración para darles más valor y vida, y como si la hora destinada expresamente para meditar no fuera la de encender o atizar el fuego sagrado que ha de durar todo el día y arder siempre en el altar de nuestro corazón! (1)

Con razón lamenta Tissot esta separación de ejercicios, como antitradicional y como funesta para la contemplación.—"¡Triste enfermedad, exclama *(La Vie intér. simpl.*, 3.ª P., l. 2, ch. 3), esa del aislamiento!... Esta reglamentación mecánica, perversión materialista de la regularidad, hace de la vida como una suerte de armario lleno de cajoncitos. A tal hora abro uno de éstos, el de la meditación: le dedico media hora, y lo cierro, y por hoy basta. Luego abro otro, el del rezo: por tres cuartos de hora, y vuelvo a cerrarlo. Y así con los

vida mezclada de la contemplación y la acción, que ésta siempre se encuentre animada, dirigida y ordenada por aquélla: que entre los trabajos exteriores de la vida activa, gocemos siempre del interior reposo de la contemplativa, y que nuestros empleos, lejos de impedirnos la unión con Dios, más bien sirvan para ligarnos más íntima y amorosamente con El».

«Los que estamos llamados a una Orden apostólica, en que es preciso juntar la acción con la contemplación, añade *(ib.*, a. 4), podemos sin presunción aspirar al más alto grado de excelencia de la vida contemplativa y de la activa. Porque ninguna presunción es aspirar a la perfección del propio estado y al cumplimiento de los designios de Dios en todo el alcance de esa vocación».

(1) «No basta consagrarme una parte del día: quien quiere sentir a Dios interiormente, quien quiere oir sus palabras secretas y experimentar sus atractivos misteriosos, debe permanecer en un *contínuo recogimiento.* ¿Por qué has de dejar que tus ojos y tu corazón anden vagueando inconsideradamente, cuando tienes delante la imagen más bella, la imagen eterna que nunca se aparta de tí?... ¿Qué puede, pues, buscar tu alma afuera, cuando dentro de sí lleva escondido el reino de los cielos?»—B.º Susón, *La Eterna Sabiduría,* c. 9.

demás ejercicios y ocupaciones: cada uno de ellos tiene su cajoncito. Los ejercicios de piedad vienen a quedar de esta suerte aislados en aquella parte del día a ellos dedicada y separados del curso de la vida; y sólo ejercen en el alma esa momentánea influencia, si es que ejercen alguna... El conjunto de mi vida resulta descosido y sin unidad...

«La invasión del formulismo aislador, prosigue (ch. 4), en ninguna parte ha sido más funesta que en la oración. Confinando la meditación a una media hora, se hará este ejercicio para tener la satisfacción de haberlo hecho; y con guardar mejor o peor el tiempo reglamentario, creerá uno haber cumplido, y se dará por terminada la oración, sin que ésta apenas tenga eco en lo restante del día, y sin saber casi lo que es la *vida de oración*.—Con este acantonamiento de la meditación es como se llegó a matar la contemplación... Antes no había este formulismo y exclusivismo; y se procuraba más la unidad de los ejercicios y la circulación de la vida... Como el alma cristiana vivía de la liturgia, la vida iba progresivamente transformándose en un estado de meditación contínua que por fin llegaba a la contemplación. Si la media hora de oración que hoy acostumbran a tener todas las personas algún tanto deseosas de aprovechar, estuviera menos aislada; y en vez de ser una pieza como las otras y yustapuesta a ellas, tratara de ser como el resumen y el corazón del día, que vivificara todos los demás actos y ejercicios; si en vez de hacerla salir tan exclusivamente de un método a veces demasiado convencional, y de libros snperficiales, viniera a brotar de las entrañas y del alma de la vida ordinaria; si se aprovechara del rezo del Oficio divino, de la misa, de las devociones y de los incidentes y ocupaciones de la vida, para ordenarlo todo a Dios: si en ella aprendiéramos a leer la acción de Dios sobre nosotros... y en vez de confinarse en su media hora, tendiera a invadir todos los momentos del día, creando en el corazón como una necesidad de volvernos a empapar de cuando en cuando, siquiera por algunos minutos, en un coloquio con Dios; entonces vendría a ser también más eficaz y más fácil: nos costaría mucho menos trabajo, y produciría mucho más fruto.—El aislamiento lo mata todo, pero en nada daña tanto como en la oración».

De ahí las contínuas distracciones en todo y la creciente disipación con los mismos ejercicios, ministerios y ocupaciones que habían de contribuir a enfervorizarnos, debiendo como debemos procurar estar siempre unidos con Dios y vivir en El, ya oremos, ya trabajemos, consultando con El todos nuestros negocios, atendiendo a ver en cada caso qué quiere de nosotros, pidiéndole siempre luz y acierto, y ofreciéndolo todo para su mayor honra y gloria.

Así, conforme refiere María Lataste (*Oeuvres*, l. 7, II), que le decía N. Sr.: «No basta orar una vez, ni dos ni ciento, sino que es preciso orar todos los días y a cada instante, haciendo de todos los actos una oración continua y una elevación del alma a Dios; porque en cada momento lleváis vuestra pobre naturaleza pecadora e inclinada al mal y vuestro título de creaturas... Mas para esto no siempre son menes-

ter palabras... Estas os fatigarían, mientras el corazón no se cansa de desear. Y los íntimos deseos del corazón llegan más fácilmente a los oídos de Dios que las palabras de la lengua. El corazón es un deseo viviente. Mientras viváis, desearéis; y si deseáis a Dios y lo que es de El, estaréis orando continuamente: vuestra vida será una *vida de oración*, y Dios os escuchará favorable» (Cfr. Sta. Catalina de Sena, *Diálogos,* tr. 2, c. 66).

Y esto es ya indudablemente verdadera contemplación.—«Ipsum desiderium tuum, dice San Agustín *(in Ps.* 37), oratio tua est, et fit continuum desiderium, *contemplativa oratio.* Non enim dicit frustra Apostolus: *Sine intermissione orantes.* Numquid sine intermissione genu flectimus, aut manus levamus? Orare hoc pacto sine intermissione, non possumus facere. Est alia interior oratio sine intermissione, oratio quae est desiderium. Si non vis intermittere orare, noli intermittere desiderare: continuum desiderium tuum, continua vox est».

«Oratio, escribe Peraldo *(Summa Virtutum,* 3.ª P., tr. 5, *De Orat.* c. 2), est pius mentis affectus in Deum directus. Iste affectus desiderium est... Pietas, a qua pius est affectus quae est oratio, est theosebia, sive cultus Deo debitus, qui comprehendit fidem, spem, et charitatem. Unde August. *(De orando Deo, ad Probam):* Ipsa fide, spe, et charitate *continuato desiderio semper oramus*».

«Para mí, decía la B. Margarita *(Obras,* t. 2, p. 183), no encuentro mejor oración que el mismo amor; pues todo en nosotros habla y clama cuando se ama» (1).

(1) «*Continua oratio,* advierte Alvarez de Paz *(De Inquis. Pacis,* l. V, P. I, ap. 3, c. 1), non secernitur ab assiduitate divinae praesentiae... Hujus sententiae Domini *(Oportet semper orare)* non pauci sensus occurrunt..., sed non omnes qui litterae, aut plano textui conveniant... Latissime orationis nomen pro orandi desiderio, aut pro fructu ejus, quod est bonum opus, accipiunt. Sed Dominus de *ipso orationis actu* locutus videtur, ita nimirum, ut nunquam a praecatione, aut a *mentis in Deum elevatione* desistamus. Quidam ergo illud semper modo humano et consueto intelligunt, secundum quem illud semper fieri dicitur, quod consuetis temporibus non omittitur... Sic dicendum est eum semper orare, ait Beda, et non deficere, qui canonicis horis, quotidie..., praecibusque consuetis Dominum laudare et rogare non desistit».

«Quamvis haec ita sint, prosigue (c. 2), tamen illa verba Domini sensum habent magis reconditum, magisque sublimem qui ad sitientes perfectionem spectat, et *viam ad contemplationem parat.* Secundum quem oratio non pro sola postulatione decentium, sed *pro divina praesentia et pro quacumque mentis in Deum elevatione* accipitur, sive fiat per desideria virtutum, sive per caritatis affectus, sive per gratiarum actiones, sive per laudes aut quolibet alio modo: et semper, non pro physica continuatione temporis, sed pro morali desumitur. Unde intellectus est, quod in quocumque loco et tempore, in quocumque opere et ministerio, sive soli, sive aliis associati, sive alacres, sive tristes, sive sani, sive aegroti, *Deo per actualem memoriam praesentes simus, et cor sursum ad illum habeamus. Hoc est opus perfectorum*... Ita illi nituntur quantum possunt, nec ad momentum a Deo cogitatione recedere... Est enim hoc mandatum Domini... simile praecepto dilectionis *(Mt.* 22, 37)... Nam sicut hoc praecepto id solum nobis injunctum est, ut Deum *quantum possumus diligamus, et ad amoris perfectionem aspiremus;* ita mandato perpetuae orationis injungitur, ut *quantum potuerimus Dei recordemur, et ad perpetuam ejus memoriam, et colloquia cum illo habenda contendamus.*—Hanc esse perfectorum orationem Laurentius Justinianus *(de Disc. Monast.* c. 18) sic ait: «Veris oratoribus, et diu in spiritu exercitatis omnis locus, et omne tempus congruet orationi. Pusillis autem et lacte nutriendis locus et tempus habile accommodandum est.—Illi corda sua altaria Domino consecrarunt, in quibus juxta praeceptum Domini *(Lev.* 6, 12) ignis caritatis semper ardebit. Quem semper aliis ac aliis affectibus nutriunt... Tandem in tantum solet hoc orandi studium occupare, ut in somniis etiam Deum cogitent, et verba amoris in ipsum jaculentur... Legem amoris perfecte custodiunt, quae amatum oblivioni tradi non patitur».

La oración contínua que N. Sr. nos encarga, advierte el P. Grou (*Manuel*, p. 223), «es la del corazón, la cual consiste en una habitual y constante disposición de amor de Dios, de confianza en El y de sumisión en todo a su voluntad; en una contínua atención a su voz, que se deja oir en el fondo de la conciencia, sugiriéndonos incesantemente pensamientos de bien y de perfección.—En esta disposición deberían hallarse *todos los cristianos;* pues en ella estuvieron *todos los Santos:* y en eso únicamente consiste la *vía interior.*—Dios llama a todo el mundo a esta disposición del corazón: puesto que es indudable que Jesucristo se dirigía a todos los cristianos al decir, que *es preciso orar siempre;* y es cierto que *todos llegarían a ese estado,* si fielmente correspondiesen al atractivo de la gracia».

«La oración contínua, añade (p. 224), con no ser difícil en sí misma, es sin embargo muy rara, porque lo son aún más los corazones bien dispuestos para hacerla, y bastante generosos y fieles para perseverar. No se empieza a entrar en ella hasta que uno se haya entregado por completo a Dios. Y son muy pocas las almas que se le entreguen sin reserva... Mas cuando esta entrega es plena y total, la recompensa Dios al momento con la donación de Sí mismo, y estableciéndose en el corazón, forma esta oración contínua, que consiste en la paz, en el recogimiento, en la atención a Dios en lo interior aun en medio de las ocupaciones ordinarias. Este recogimiento en un principio es sensible y advertido; luego va resultando del todo espiritual, y se tiene sin notarlo».

«Los efectos de la oración contínua, prosigue (p. 226-8), son en un principio, cuando es sensible, enseñarnos por experiencia lo que es el vivir interior y el reino de Dios en nuestras almas; inspirarnos el amor del retiro y de la soledad, y el disgusto del mundo y de sus vanos pasatiempos y falsos placeres... Cuando ya no es sensible ni advertida, sus efectos son desprendernos de los consuelos espirituales... Esta prueba dura cuanto es menester para que el alma muera del todo al amor propio. Pero después de esta muerte mística, resucita y entra, desde aquí abajo, en una especie de gozo de la vida gloriosa. He ahí adonde conduce la oración contínua bien entendida y practicada».

Mas para entenderla bien y practicarla cual conviene y no exponerse a errar ni divaguear, hay que tener siempre muy presente a N. Sr., que es el único camino para ir al Padre (*Jn.* 14, 6), y la única puerta por donde se puede entrar en *su tabernáculo admirable* y a conversar y alegrarse con El en la casa de su oración. Siguiendo ese camino y entrando por esa puerta, hallaremos pastos abundantísimos (1) en todos los misterios de su vida santísima y especialmente en su sacratísima Pasión; donde al fin, penetrando por la llaga de su amoroso costado, lograremos entrar en su Corazón adorable en que están encerrados los tesoros de su sabiduría y los secretos de la Divinidad, y encontrar en él no ya un refugio seguro y una dulce morada de perpetua paz donde descansar (2), sino el venturoso lugar de la habitación

(1) «Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur; et ingredietur, et egredietur, et pascua inveniet». *Joan.* 10, 9.

(2) «Es menester, decía N. Sr. al B.º Susón (*Eterna Sabid.* c. 18), que entres por la abertura de mi costado, en mi Corazón herido de amor, y que allí

de su gloria y sus delicias, donde tiene preparado el místico banquete con que regala a sus amigos y donde a los más amantes los embriaga con el vino dulcísimo de su santo amor (1).

Y para no exponernos a divaguear en pos de otros y no hallarle a El, lo mejor es buscarle y llamarle dentro de nuestro propio corazón, donde, procurando vivir en caridad, sabemos que mora por la fe, y donde seguramente podremos dar con El a poco que con amor y cuidado lo busquemos (2). Pues a muchos les pasa lo que de sí mismo refiere y lamenta S. Agustín *(Soliloq.* c. 31), que buscaba a Dios por todas partes, y no lo hallaba, por buscarle afuera, siendo así que El está siempre dentro de nosotros, si allí tratamos de recogernos y conversar amorosamente con El.

Por eso "es gran ceguedad y grandísima necedad, conforme exclamaba el Doctor Angélico, o sea el autor del *Opúsculo 63* a él atribuído *(de Beatit.* c. 3, n. 60), la de muchos que siempre buscan a Dios, contínuamente suspiran por El, frecuentemente lo desean, y cada día claman a El en la oración (como si estuviera ausente), siendo verdad que, como dice el Apóstol, ellos mismos son templo de Dios vivo, y Dios habita verdaderamente en ellos, siendo sus almas asiento de Dios, donde El de contínuo reposa. Pues ¿quién, no siendo algún necio, busca afuera lo que sabe, tiene adentro? ¿O quién podrá útilmente usar de lo que anda buscando? ¿O quién podrá ser confortado del manjar que apetece, pero no lo gus-

te encierres; es menester que allí busques tu habitación y que allí mores. Entonces Yo te purificaré con agua viva y te enrojeceré con mi sangre, y me juntaré y uniré contigo eternamente».—«No hay imán, Señor, replicó el Santo, que atraiga el hierro con tanta fuerza como el ejemplo de vuestros amables sufrimientos atrae los corazones para unirlos con el vuestro».

(1) «El Esposo divino, dice S. Francisco de Sales *(Amor de Dios,* l. 6, c. 6), previene un suntuoso festín..., que místicamente representa los misterios todos de la redención... *Comed,* dice *(Cant.* 5, 1), *y bebed amigos míos, y embriagaos, mis muy amados.* En todos estos misterios de la vida de N. Sr. hay harto de que puedan *comer y beber* los *amigos,* y mucho con que *embriagarse* los muy amados: los unos comen y beben, pero comen más que beben, y éstos no se embriagan jamás; los otros... beben más que comen, y son los que se embriagan.—*Comer* es *meditar;* porque quien medita, masca trayendo la vianda espiritual entre los dientes de la consideración para quebrantarla, adelgazarla y digerirla: esto se hace con algún trabajo; pero el *beber* es *contemplar,* y esto sin pena ni resistencia se hace, antes con placer y facilidad. Finalmente el embriagarse es contemplar con tanto esfuerzo y ardor, que sale el alma de sí misma para estar toda en Dios. ¡Oh santa y sagrada embriaguez! cuán al contrario de la del cuerpo nos enajena no del sentido espiritual, sino del corporal: no nos entorpece ni embrutece, antes nos *angeliza* y como que nos *divinizа*».

(2) Véase la hermosa poesía IV de Sta. Teresa:

Alma, buscarte has en Mí:
Y a Mí buscarme has en tí.

ta?—Pues de esta manera es la vida de cualquier justo que siempre ande buscando a Dios (con los discursos y consideraciones), sin nunca gozarlo (en la quietud de la contemplación); y por eso todos sus ejercicios son poco perfectos y de escaso fruto„.

En cambio producirán frutos copiosos, y llevarán una vida muy perfecta y muy venturosa cuantos procuren vivir recogidos en el íntimo trato y comunicación con Dios.

«Beata illa anima—exclama el autor del hermoso tratado *De interiori domo* (c. 3)—, quae in pace Christi fundata est, et in Dei amore solidata...: in qua quaecunque molestiae foris perstrepant, usque ad silentium internae quietis non irrumpunt, quoniam gustu internae dulcedinis tacta intus est per desiderium collecta... Talem animam *frequenter visitant angeli* atque archangeli, et honorificant, utpote Dei templum, et Spiritus Sancti habitaculum. Esto igitur templum Dei, et Deus excelsus habitabit in te».

«Omnes igitur cordis distractiones et mentis fluctuationes, añade (*ib.* c. V), in unum collige, et in solo Deo totum desiderium tuum fige, et ibi sit cor tuum ubi est thesaurus tuus desiderabilis, multumque amabilis. Ipse enim *frequenter visitat* et libenter inhabitat tranquilitatem cordis, et ocium quietae mentis, quoniam pax est, et *in pace factus est locus ejus*. Propterea talem te praepara, ut tecum adsit Deus: sit in ore, sit in corde, semper tecum eat, tecum redeat, nec recedat a te».

Por los ejercicios interiores, hechos con libertad de espíritu y un corazón vacío de imágenes, dice Rusbrockio (*Perfec. de los hijos de Dios, c. 2*), «*se llega a sentir la espiritual unión con Dios*... Cualquiera, pues, que en su ejercicio se llega a Dios libremente y desnudo de imágenes, y no mira otra cosa sino la honra de Dios, éste *no puede dejar de gustar la bondad divina y sentir interiormente la verdadera unión con su Majestad,* en la cual *se perfecciona y consuma la vida interior;* porque de esta unión se excita siempre y se mueve nuevamente el deseo o afecto a nuevas acciones interiores, y luego obrando el espíritu sube a nueva unión; y así la acción y unión contínuamente se renuevan, y esta renovación de ambas cosas es la *vida espiritual*... Y sin estas dos cosas no puede ser ni espiritual ni bueno».

«Hasta que halles dentro de tí ese centro o íntimo, advierte Fray Juan de los Angeles (*Conquista del Reino de Dios,* diál. I, § 3), no habrás sabido qué cosa es vida interior o esencial, que es lo que yo deseo que sepas y experimentes; porque luego no hay necesidad de más preceptos ni documentos en la vida espiritual, porque todos llegan hasta allí; y allí puesta un alma, toma Dios la mano y la enseña por sí mismo, que es la mayor bienaventuranza que le puede venir en esta vida, como dijo el Profeta (*Ps.* 93): *Bienaventurado el que tú, Señor, enseñares y le dieres la inteligencia de tu ley*...

»El alma apartada de las cosas visibles percibe y contempla las invisibles; y llena de las invisibles, perfectamente menosprecia las visibles y oye a hurtadillas las venas de la habla divina, porque conoce delicada y secretamente los modos ocultos de la inspiración suya. Lo cual no puede hacer el que no se habituare a vivir dentro de sí mismo en este divino y esencial centro de su ánima, que propiamente hablando es el Reino de Dios, donde El mora con todas sus riquezas (*Rom.* 14)... Este comparó por S. Mateo (13) al tesoro escondido, que el que lo halla lo escondió más, y vendidas todas sus cosas compró el

campo en que estaba para cavar en el más a solas y para con mayor libertad gozarle».

Se encuentra este místico tesoro del *Reino de Dios*, asegura Taulero *(Div. Instit.*, c. 28), «aprendiendo uno a ser diligente morador de sí mismo, y a recogerse dentro de sí con una perpetua *introversión;* porque allí verdaderamente se siente resplandecer la luz; allí se oyen las inspiraciones, los movimientos y los instintos del E. S., los cuales debe con diligencia el hombre seguir; porque este Espíritu Divino sin cesar tira, insta y atrae a los suyos... Todo esto debe advertir en sí el hombre interior y devoto, para que pueda *sentir a Dios dentro de sí;* y habitando contínuamente consigo le dará lugar para que en él disponga y lleve su obra a perfección. No es otro el lugar de Dios sino el interior... El que rehusa ir donde está el tesoro, no tendrá razón de quejarse que es pobre..., como ¡ay dolor! muchos vanísimamente se quejan, que nada les concede Dios, que no los atrae ni lo sienten dentro de sí. Porque ¿con qué razón puede culpar al sol, que no esparce los rayos de su luz en lo más retirado de su casa, aquel que cierra y cubre todas las ventanas por donde ha de entrar?... Al hombre interior... el divino Sol contínuamente le envía los rayos de su luz en el nobilísimo centro de su alma, y... levanta más y más el espíritu hasta que lo conduce a la esfera de su Divinidad y lo hace totalmente divino».

Nadie tiene, pues, razón para quejarse ni darse por excluído; todos podríamos gozar de este cielo en la tierra, si de veras lo procurásemos.

«Si queremos conocer, amar y escoger por nuestra porción a Dios, dice Rusbrokio *(Espejo de la salud*, c. 17), entonces N. Padre celestial nos mostrará en el ápice de nuestra alma su claridad divina; pues somos su reino, y habita y reina en nosotros.—Y así como el sol del cielo penetra con sus rayos, ilumina y fecundiza toda la tierra, así la claridad de Dios que reina en la parte superior de nuestro espíritu, derrama en todas nuestras potencias brillantes y claros rayos, es decir, sus divinos dones de ciencia, sabiduría, clara inteligencia, consideración razonable y discreción en todas las cosas. Tal es el verdadero ornamento del reino de Dios en nuestra alma... Todo cuanto en la luz natural podemos conocer, es imperfecto, sin gusto y sin sabor; pues no podemos contemplar a Dios ni descubrir en nuestra alma su reino sin su ayuda y su gracia y nuestra aplicación asídua a su amor».

«En nombre de N. Sr. J. C., que es un espejo voluntario de Sí mismo, prosigue (c. 18), es como Dios se muestra a quien quiere. Esta revelación se hace a los que, renunciando a sí mismos, obedecen a su gracia en todas circunstancias, para obrar o abstenerse y para practicar todas las virtudes. Por la fe, la esperanza y la caridad se elevan por encima de todas sus obras hasta la vista pura del alma, es decir, hasta ese ojo sencillo siempre abierto, por encima de la razón, a lo más profundo de la inteligencia. Allí se muestra la verdad eterna que inunda nuestra vista purificada, es decir, el ojo sencillo de nuestra alma, cuya esencia, vida y operación consisten en contemplar, volar, correr y sobrepujar siempre a nuestro sér creado, sin mirar ni volver atrás. Bienaventurados los ojos que ven y a los cuales muestra Dios su reino y su gloria, que es El mismo. Pues el Padre celestial vive en el reino de nuestra alma como en Sí mismo. Allí nos presenta a lo más íntimo de la inteligencia su claridad incomprensible... Y el Padre con el Hijo hacen que corra en nosotros su amor insondable. El Padre engendra allí a su Hijo, y allí se derrama su mutuo amor sin fondo. Allí estamos bajo la acción y la transformadora influencia del Espíritu de Dios, y allí somos hijos de Dios por gracia... y nuestras potencias se derriten ante el amor eterno de Dios».

«Hay que buscar al Espíritu divino, advertía el B.º Susón *(Sermo II)*, en lo más profundo de nuestro sér, en lo más íntimo de nuestra alma y hablarle de espíritu a espíritu, de corazón a corazón. Así dice Nuestro Señor que adoremos *en espíritu y en verdad*. Dios comprende la palabra del corazón, el lenguaje del alma».

«Yo soy, decía el Señor a Sta. Angela de Foligno *(Visiones*, c. 33), más íntimo a tu alma que ella misma... Si alguien quisiese sentirme en la suya, no me retiraría de él; si quisiese verme, le daría con transporte la visión de mi cara, y si quisiera hablarme, juntamente conversaríamos con indecibles gozos».

«Es Dios, advierte la M. Cecilia del Nacimiento *(Transform.*, com. 1.º, p. 358-9), muy amigo de comunicarse en esto íntimo, como amigo íntimo del alma; y así gusta de morar en lo más secreto... Y siente (el alma) por esta manera de comunicación íntima—tan divina y levantada del sentir natural—ser este piélago inmenso de la Esencia de Dios (en quien vive), de donde se le comunican aquellos ríos de vida eterna que dijo el Salvador correrían en su vientre hasta la misma vida eterna» *(Joan.* 7, 38).

Así es como viene el alma a quedar, por la virtud del E. S., del todo renovada, transformada y elevada sobre sí misma, para que viviendo ya Cristo en ella, pueda vivir y obrar en todo con la debida perfección.

Enseñadme, Dios mío, exclamaba Sor Benigna Gojoz *(Vie*, 3. P., c. 1), cómo un alma religiosa debe por gracia conoceros con vuestro propio conocimiento y amaros con vuestro amor: que Vos *debéis ser visto, conocido y amado en su corazón*, por vuestra gracia, la cual hace conoceros y amaros por una luz y un amor que es vuestro y Vos le dáis».

A esto se llega entrando por la consideración de los misterios del Salvador, cuya sacratísima Pasión debemos tener siempre presente, trayéndola como un manojo de mirra sobre nuestros corazones.

«Este modo de traer a Cristo con nosotros, advierte Santa Teresa *(Vida*, c. 12), aprovecha en todos los estados, y es un medio *sigurísimo* para ir aprovechando en el primero (meditación) y *llegar en breve al segundo* grado de oración (recogimiento infuso y quietud), y para los postreros andar siguros de peligros».

«Haec est, dice el P. Tomás de Jesús *(De contempl. div.*, l. 3, c. X), hablando de los misterios de Cristo, via plana, secura et *brevissima perveniendi ad altissimam Divinitatis contemplationem*».

«Ille igitur qui quaerit spiritualibus deliciis abundare, añade *(ib.* c. XI), debet juxta vires sibi a Domino collatas huic contemplationi insistere, et Christo crucifixo fortiter adhaerere. Desudet huic thesauro abscondito effodiendo... Haec autem Christi utilissima contemplatio copiosissimam continet materiam. Nam modo Christi mysteria, ut Incarnationis, Nativitatis, etc., modo ejus amarissimam Passionem, et crucem intrantes, ad Divinitatis cognitionem altissimam sublevamur, ac ingredientes in illam, ac iterum ad humanitatem egredientes, tam in ingressu quam in regressu pascua uberrima inveniemus».

Así es, en efecto, cómo logra el alma purificarse cual conviene, y se ilumina de veras y se enciende en puro amor, y se allega a las fuentes de la vida.

Tanto quis magis puritate se munire debet, dice S. Buenaventura (*Meditationes Vitae Christi*, c. LIV), quanto ad celsiorem contemplationem ascendere cupit. Depuratur autem anima in meditationibus vitae Christi, et maxime passionis ipsius... Depuratur autem in oratione quae vicina et *proxima est contemplationi, et quod oratio laboriosis sudoribus impetrat, contemplatio amoene quiescendo degustat*».

«¿Quieres, alma devota, pregunta el P. Grou (*Maximes, V*), llegar a la unión con Dios? ¿Quieres alcanzar el don precioso de su contínua presencia?... Pues pasa cada día algún tiempo en oración delante del Crucifijo, sin otro objeto de meditación más que éste: mírale, tómale en tus manos, conjura a J. C. clavado en la cruz, que se digne ser El mismo tu maestro y director. Que tu entendimiento calle en su presencia y sólo el corazón le hable. Besa tiernamente sus pies y sus manos y la llaga de su costado; y tu alma se enternecerá y quedará inundada de torrentes de gracias; *recibirás gozosa las aguas en las fuentes del Salvador* (*Is.* 12, 3), y adelantarás en las vías del espíritu, las cuales están encerradas todas en la cruz».

Aunque he visto, dice el B.º Juan de Avila (*Audi Filia*, c. 81), a personas ejercitarse en ella—la meditación de la Pasión—, años y años, sin gustar mucho della, mas perseverando les ha pagado Nuestro Señor lo que antes les había dilatado: que dieron por bien empleados los trabajos pasados con la paga presente».

«Nec verendum quod patiatur repulsam, afirma San Bernardo (*In Cant.* Serm. 62), qui et vocatur ut intret. *Ingredere*, inquit (*Is.* 2, 10), *in petram, et absconde te in fossa humo a facie timoris Domini, et a gloria majestatis ejus*. Infirmae adhuc et inerti animae, fossa ostenditur humus (pedes Christi) ubi lateat donec convalescat et proficiat; ut possit et ipsa per se cavare sibi foramina in petra, per quae intret ad interiora Verbi, animi utique vigore et puritate... Quid enim tam efficax ad curanda conscientiae vulnera, necnon ad purgandam mentis aciem, quam Christi vulnerum sedula meditatio? Verum donec purgata et sanata perfecte fuerit, non video qualiter illi aptari possit quod dicitur (*Cánt.* 2, 14): *Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis*.—Quomodo denique faciem suam ostendere audet, vel levare vocem suam cui et latere indicitur? *Abscondere*, inquit, *in fossa humo*. Quare? Quia non est pulcha facie, nec digna quae videatur. Non erit digna videri, quandiu non erit videre idonea. Cum vero per inhabitationem *fossae humi* in sanando oculo interiori tantum profecerit, ut revelata facie speculari gloriam Dei et ipsa possit; tunc demum quae videbit, fiducialiter jam loquaetur, voce et facie placens. Placeat necesse est facies quae in Dei claritatem intendere potest. Neque enim id posset, nisi clara ipsa quoque esset et pura utique transformata in eamdem quam conspicit claritatis imaginem... Ergo cum pura puram intueri potuerit veritatem, tunc faciem ipsius Sponsus videre cupiet, consequenter et vocem ejus audire».

Si ad contemplationis quietem volueris pervenire, advierte conforme a esto S. Buenaventura—o sea el autor del *Stimulus amoris* (Pars. 3.ª, c. 1), in te tria studeas radicare.—Primum est, ut quantum tuum conditorem offenderis, et a te, et ab aliis quotidie offendatur, recognoscas..., de tuis sceleribus intime dolens... Secundum est, ut nitaris, quantum potest, Christi compati passioni, et ubique eum tecum circumferre in corde... Si enim bene passionem fueris meditatus, et multum intraveris latus ejus, cito venies ad cor ejus. O felix cor, quod sic Cordi Christi dulciter colligatur!... Quicumque enim ad contemplationis quietem et dulcedinem, nisi per istud ostium, voluerit intrare, furem se reputet et latronem.—Tertium est, ut possidere non

cupias nisi Deum, et quidquid nisi Deum habueris, aut oblatum fuerit, vel videris aut nominare audieris, debes tanquam de tot foliis non curare; sed in Deo solo stabilias mentem tuam, et solus soli sibi jungaris. Tunc in auribus tuis melos suae eloquentiae resonabit, thesauros suae sapientiae revelabit, melliflua oscula exhibebit, neque prae deliciis non poteris sustinere, et suis te sustentans amplexibus, nimia dulcedine absorberis... O mira benignitas Salvatoris, qui se singulariter diligentes tam dono visitat excellenti!»

Así es como se llega a conocer a Dios en verdad y a amarle de todo corazón.—«Quien conoce en la verdad, decía Sta. Angela de Foligno *(Visiones,* c. 57), ama en fuego.—Mas este conocimiento profundo no puede el alma tenerlo ni por sí misma, ni por la Escritura ni por la ciencia ni por criatura alguna; estas cosas exteriores pueden disponer el alma para el conocimiento; pero introducir en él sólo pueden la luz divina y la gracia de Dios.—Y para alcanzar de El este conocimiento, no conozco otra vía más segura ni más corta que una oración pura, *continua,* humilde y violenta; una oración que no salga tan sólo de los labios, sino del espíritu y del corazón y de todas las potencias del alma y de todos los sentidos del cuerpo; una oración llena de inmensos deseos, que se lanza sobre el objeto deseado.

»El alma que quiere encontrar la piedra preciosa, conocer la verdad y ver la luz, ore, medite y lea contínuamente el libro de la vida, que es la vida mortal de J. C... Por tanto, si deseáis la luz de la gracia, librar vuestro corazón de cuidados, poner freno a las tentaciones y llegar a ser *perfectos* en el camino de Dios, refugiaos a la sombra de la cruz de J. C. Pues en verdad no hay otro camino abierto a los hijos de Dios: no hay otro medio de hallarle y tenerle, que la vida y muerte de Jesús crucificado: esto es lo que yo llamo *libro de la vida;* cuya lectura está reservada para la *oración contínua,* que *ilumina, eleva y transforma* el alma. El alma así iluminada, ve claramente el camino de Cristo; y cuando por él corre, se siente no sólo libre del peso del mundo y sus cuidados, sino llena de delicias y dulzuras divinas; y abrasada en el fuego que Dios enciende en ella, es cambiada en El mismo. La oración asídua todo lo encuentra en la vista de la cruz... Mas esta manifestación no se hace sino a los hijos legítimos de Dios, a los hijos de la oración, a los fervientes lectores del Libro de la vida... Si, pues, quieres la Luz que excede a toda luz, lee en ese Libro»...

«Ut illuminentur Verbi cognitione omnes, qui ad fruitionem et amoris ipsius unionis cupiunt ascendere, ipsum Verbum in assumpto quaerant homine. *Omnis qui sic quaerit invenit.* Nam sic quaesisse ex parte invenisse est. Quaerat etenim ardens anima Verbum, ut de cognitione ad virtutem transeat, de virtute ad sapientiam, de sapientia ad decorem, de decore ad foecunditatem, de foecunditate ad fruitionem».—S. LORENZO JUSTINIANO, *de C. Connubio,* c. 11.

«Nadie puede llegar a las sublimes alturas de la Divinidad, decía N. Sr. al Bto. Susón *(Eterna Sabiduría,* c. 2), ni gustar su extraordinaria dulzura, si antes no ha pasado por la contemplación de la amargura y bajeza de mi Humanidad (1). Sin eso, cuanto más uno se remonte, más abajo cae. Mi Humanidad es el camino que ha de seguir quien desea llegar a lo que tú buscas (2)...

(1) «Ni es posible entrar en el cielo, ni en la más alta cumbre de contemplación y unión, sin la señal de este Cordero *(Apoc.* 14, 1), sin entrar por esta puerta, ni subir por esta divina escala» M. Cecilia del Nacimiento, *Transformación del alma,* canc. 7, pág. 398.

(2) «Ea quae sunt Divinitatis, sunt secundum se maxime excitantia dilectionem, et per consequens devotionem... Sed ex debilitate mentis humanae

»Nadie gusta mejor mi inefable dulzura que los que conmigo sufren las mayores contrariedades (1).—Sólo pueden quejarse de la amargura de la corteza los que ignoran la dulzura del interior».

«El alma que quiere poseerme interiormente y gozar tiernamente de Mí, añadía *(ib.* c. 24), debe antes purificarse de sus imperfecciones, adornarse de virtudes, desprenderse de todo, cubrirse de las rosas encarnadas de un ardiente amor, de las hermosas violetas de la humildad y de las blancas azucenas de la pureza. Debe prepararme un lecho con la paz del corazón; pues la paz es el lugar donde Yo habito *(Ps.* 75, 2); y debe estrecharme entre sus brazos, excluyendo cualquier otro amor, pues yo lo detesto y no lo puedo tolerar. Debe cantarme el cántico de Sión, es decir un cántico de ardiente amor y de profunda alabanza; pues quiero abrazarla y debe reposar sobre mi Corazón. Si entonces me busca en silencio, si me contempla y siente un gozo extraordinario, un anticipado gusto de la eterna dulzura, un sentimiento de la eterna bienaventuranza, que lo guarde y lo conserve: que quien no está familiarizado con estas cosas no puede sentirlas».

De ahí la necesidad que todos tenemos de entrar en esta mística soledad interior y permanecer en silencio para oir en el corazón la voz del Señor y aprender los secretos que quiere comunicarnos *(Os.* 2, 14), a fin de poder así proceder en todo según su santísima voluntad. Entonces, y sólo entonces es cuando llegará ya a ser *perfecta* nuestra oración (2).

«¡Oh si nos aficionáramos a esta oración—de recogimiento activo—exclama la V. Isabel de Jesús *(Vida,* l. 6, c. 1), en gran precio la habíamos de tener y dar muchas gracias a Dios por ella! Y si perseveras en continuar, *presto llegarás a la contemplación.*—Déjate allí, alma mía, déjate allí enseñar de tu Dios, que desea enseñarte y que aprendas; y no procures acrecentarla, que no podrás, sino deja obrar al Señor cuanto quisiere. Y ten entendido que el verdadero recogimiento es en la voluntad de Dios; y siéntese el alma empleada, y sale dilatada y esforzada e inclinada a la oración, y con alabanzas de Dios, y llena de luz, y con gran serenidad y paz».

est quod sicut indiget manuductione ad cognitionem divinorum, ita ad dilectionem, per aliqua sensibilia nobis nota; inter quae praecipuum est Humanitas Christi... Et ideo, ea quae pertinent ad Christi Humanitatem, per modum cujusdam manductionis, maxime devotionem excitant, cum tamen devotio principaliter circa ea quae sunt Divinitatis consistit».—S. Thom. 2-2, q. 82, a. 3, ad 2.

(1) «Por aquí—por tomar lo amargo por dulce y lo dulce por amargo—dice S. Alfonso R. *(Unión,* c. 13), viene el alma a *alcanzar el don de la oración* y contínua presencia de su Dios, mortificando todas las cosas que se lo impiden... Por aquí viene el alma a alcanzar la perfecta alegría de corazón».

(2) «Cum stas in oratione, te totam debes in teipsam convertere et colligere, et cum Dilecto in cubiculum cordis tui ingredi, et cum eo sola morari, omnium exteriorum oblivisci, et toto corpore, tota mente, toto affectu, toto desiderio, tota devotione debes te levare supra te. Nec debes spiritum tuum ab oratione relaxare; sed tamdiu per dovotionis ardorem sursum ascendere, donec ingrediaris *in locum tabernaculi admirabilis, usque ad domum Dei,* et ibi utroque cordis oculo Dilecto tuo viso, et utcumque degustato quam suavis est Dominus, et quam magna dulcedo ejus, in amplexus ejus ruas, impressis labiis intimae devotionis oscula figas, ut sic tota a te alienata, tota in coelum rapta, tota in Christum reformata, et transformata, non valeas cohibere spiritum tuum».—S. Buenaventura, *De perfect. vitae ad sorores,* c. V.

«Siendo Dios, observa el P. Grou *(Manuel des ames int.; De la vr. dévot.* 1901, p. 2), la única fuente y el autor único de la santidad, debe la criatura depender en todo de El, y dejarse absolutamente gobernar por el Espíritu de Dios. Debe siempre estar unida a El por su fondo, siempre atenta a escucharle dentro de sí misma, siempre fiel en cumplir lo que El exija de ella en cada momento.—Es imposible ser verdaderamente devotos sin ser *interiores,* dados al recogimiento, acostumbrados a entrar en sí mismos, o más bien a no salir de sí jamás y poseer en paz su alma (1)...

»El verdadero devoto es un hombre de oración, que tiene sus delicias en conversar con Dios, sin nunca o casi nunca perder su presencia,... por estarle siempre unido de corazón y ser en todo conducido por su Espíritu. Para hacer oración no tiene necesidad de libros ni de métodos, ni de hacer esfuerzos con la cabeza ni aun con la voluntad. Bástale entrar suavemente en sí mismo; y allí encuentra a Dios, y encuentra la paz, unas veces sabrosa, otras seca, pero siempre íntima».

Esta es la paz de Dios que supera a todo sentido y sólo se halla en la mística contemplación, a la cual, por tanto, debemos siempre tender sin descansar hasta lograrla: pues lo demás, conforme decía el V. P. Juan Falconi *(Camino derecho para el Cielo,* cap. proem. 1783), «es quedarse en los medios y viaje, y no llegar a la *perfecta oración*».

«La oración, dice S. Buenaventura *(De Profectu Relig.,* c. 73, al. 72), está en su *última perfección,* cuando el alma ha logrado lo que busca... de suerte que ya no quiera ni pueda gustar de otra cosa sino de Dios, donde halla su verdadero tesoro, y donde goza de la dulce paz».

Esta sola es la perfecta oración, la que se logra hacer, no ya a nuestro pobre modo y según nuestra pequeñez, sino olvidándonos del todo a nosotros mismos, con todas nuestras imperfectísimas maneras y habilidades, y perdiéndonos en Dios para proceder de un modo divino, bajo la moción del Espíritu que nos hace gemir y pedir según agrada a Dios, y así nos enseña a orar como conviene.

«Decía S. Antonio Abad, escribe el P. La Puente *(Guía esp.* tr. 1, c. 1, § 6), que no era perfecta la oración de aquel que se acuerda que ora. Porque *la perfecta oración arrebata el espíritu,* de modo que no hace estas reflexiones, ni se acuerda de otra cosa que de su Dios con quien trata (2).—Y por esta causa entre otras, los menos letrados suelen ser más devotos, porque son menos reflexivos, y con sinceridad oran, sin mirar el modo como discurren; y tanto más gustan la suavidad de esta música del cielo, cuanto menos se ocupan en mirar por entonces las reglas del arte».

Esto es orar en espíritu y en verdad; y así la perfecta oración a que debemos aspirar siempre—y que, siendo fieles y perseverantes en procurarla y pedirla, nos será al fin comunicada por la divina piedad

(1) «Si preferís derramaros al exterior más bien que vivir al interior y gustáis de conversar acerca de las vanidades y novedades del mundo, entonces, dice Rusbrokio *(Clausuras,* c. 9), os será imposible ser interiormente ilustrados; antes os irán rodeando cada vez más las tinieblas y la pesadez. Y aun cuando ya hubiéreis gustado, por gracia íntima o como fruto de virtud, algún don excelente de Dios, éste mismo lo vendréis a perder».

(2) «Pura est oratio, dice conforme a esto Hugo de S. Víctor *(De Modo orandi,* c. 11), quando ex abundantia devotionis mens ita accenditur, ut cum se postulatura ad Deum converterit etiam suae petitionis obliviscatur».

y misericordia—no puede menos de confundirse o mezclarse íntimamente con la verdadera contemplación donde se goza de los dulces frutos de la mística sabiduría (1).

«Oración, advierte muy bien el V. Granada *(Tr. breve de la Orac.* Preámb.), es un levantamiento de nuestro corazón a Dios, mediante el cual nos llegamos a Él, y nos hacemos *una cosa con Él.* Oración es subir el ánima sobre sí y sobre todo lo criado, y juntarse con Dios y *engolfarse en aquel piélago de infinita suavidad y amor* (2). Oración es *salirse el ánima a recibir a Dios cuando viene a ella, y traerlo a sí como a su nido y aposentarlo en sí como en su templo: y allí poseerlo, y amarlo, y gozarlo.* Oración es estar el ánima en presencia de Dios, y Dios en presencia de ella, mirando Él a ella con ojos de misericordia, y ella a Él con ojos de humildad: la cual vista es de mayor virtud y fecundidad que la de todos los aspectos de las estrellas y planetas del cielo. Oración es una *cátedra espiritual,* donde el ánima, asentada a los pies de Dios, *oye su doctrina* y recibe las influencias de su misericordia, y dice con la Esposa en sus Cantares *(Cant.* 5): *Mi ánima se derritió después que oyó la voz de su Amado.* Porque, como dice S. Buenaventura, allí enciende Dios el ánima con su amor, y la unge con su gracia, la cual así ungida, *es levantada en espíritu, y levantada contempla,* y contemplando ama, y amando gusta, y gustando *reposa:* y en este reposo tiene toda aquella gloria que en este mundo se puede alcanzar. —De manera que la oración es una pascua del ánima, unos deleites y abrazos con Dios, un *beso de paz* entre el Esposo y la Esposa, un *Sábado espiritual* en que Dios huelga con ella; y una casa de solaz en el monte Líbano, donde el verdadero Salomón tiene sus deleites con los hijos de los hombres (III *Reg.* 7; *Prov.* 8)... Ella es leche de los que comienzan, manjar de los que aprovechan, puerto de los que peligran, y *reposo de los que triunfan.* Ella es medicina de enfermos, alegría de tristes, fortaleza de flacos, remedio de pecadores, *regalo de justos,* ayuda de vivos, sufragio de muertos y común socorro de toda la Iglesia.—Ella es una *puerta real* para entrar en el *Corazón de Dios,* unas *primicias de la gloria* advenidera, un *maná* que contiene en sí toda suavidad, y una escalera como aquella que vió Jacob, que llegaba de la tierra al cielo... Esto es, pues, lo que en este lugar *comunmente entendemos por oración,* y desta entendemos aquí tratar».

Y sin embargo, casi todo esto, como es evidente, pertenece de lleno a la oración que llaman «sobrenatural» o infusa, o sea a la *mística contemplación.*

«Estando los hombres en oración, añade luego *(ib.* § 2), son espiritualmente transfigurados en otros hombres... y allí es donde principalmente se recibe el espíritu de palomas, que es la mesma gracia del E. S. que los hace tales... Mientras más uno se diere a ella, comúnmente más gracia alcanzará; y así cresciendo siempre el uso de la oración, crescerán también las riquezas de la gracia, y por consiguiente de toda virtud y perfección... Pues como la verdadera oración no sea otra cosa sino un allegar nuestro corazón a Dios, claro está

(1) Mystica theología, et oratio *perfecta,* decía Gersón *(De Myst. th. spec.,* Consid. 43), aut idem sunt, aut se invicem praesuponunt».

(2) Esto mismo repite el B.° Posadas *(Vida de N. P. S. Domingo,* l. 2, 14), diciendo que tal es la doctrina de *casi todos* los maestros.

que, mientras más el hombre se allegare a Él, más ha de participar de su claridad y de su luz: y así cada día se hará más perfecto».

Por tanto, «no sin gran misterio, confome observa el P. Osuna (tr. 21, c. 5), nos manda tantas veces la Escritura entrar dentro en nosotros mesmos y tornarnos al corazón, y que cada uno huelgue en sí, no saliendo fuera, sino que cierre la puerta sobre sí cerrándola muy bien, para que en secreto se comunique Dios al ánima; la cual no debe abrir la puerta de los sentidos ni quitar la aldaba de la vigilancia, que en esto ha de tener; ca de otra manera írsele ha el que confortaba las cerraduras de sus puertas, de lo cual se le recrescía bendición para sus hijos, que son sus deseos».

«Es menester, decía Bossuet, que escuchemos en nuestro interior al Espíritu de J. C. que nos habla por sus inspiraciones, que nos atrae por llamamientos interiores, que nos hace amar la virtud por sus atractivos; que nos llama, nos atrae y une a sí mismo por medio de toques secretos, de impresiones amorosas y de gracias prevenientes. Es menester escucharle con atención y observar los momentos favorables en que quiere derramar sobre nuestro corazón la luz pura de la sabiduría y de la gracia. Es menester mucha atención para conocer cuándo este divino Espíritu llama a la puerta de nuestro corazón con el carácter de Doctor y de Maestro.—En esos felices momentos es cuando se necesita mayor tranquilidad y apartamiento del ruido y tumulto de las criaturas... Cuando habla el Criador es menester que la criatura calle y lo escuche con respetuosa atención y en medio de un profundo recogimiento. El Espíritu de Dios se complace en los corazones pacíficos y tranquilos, y huye de las almas agitadas o turbadas por el tumulto de las pasiones, o disipadas en vanas conversaciones» (1).

Pero si somos fieles en atender a esta misteriosa voz de un Dios que así se digna hablarnos al corazón y enseñarnos, morar y conversar con nosotros y educarnos para su Gloria, luego en esta escuela aprenderíamos grandes maravillas que el mundo no conoce ni puede conocer ni aun sospechar (2).

«Creé cierto, advierte Sta. Teresa *(Camino,* c. 27-28), que si con cuidado os acostumbráis a considerar que traeis con vos a este Señor, y a hablar con El muchas veces, que sacaréis tan gran ganancia, que aunque yo ahora os la quiera decir, por ventura no me creeréis... Mirá que os va mucho tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de nosotras, y que allí nos estemos con El.—Es arte de rezar que, aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad se recoge el entendimiento, y es oración que tray consigo mil bienes: llámase *recogimiento,* porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios. *Viene con más brevedad a enseñarla su divino Maestro,* y a *darla oración de quietud,* que de ninguna otra manera... Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que hizo el cielo y la tierra, y acostumbrar a no mirar, ni estar donde oya cosa que la distraya, crea que lleva excelente camino, y que *no dejará de llegar a beber*

(1) Véase a Fenelón, *Sentiments de pieté. La parole intérieure;* en *Evolución mística,* p. 635.

(2) «Cuando entramos en el camino de la virtud, en un principio marchamos a oscuras; pero si fiel y constantemente seguimos la gracia, *infaliblemente llegaremos a una gran luz* para nosotros y para los demás».—LALLEMANT, *Doctr. spir.,* pr. 4, c. 2, a. 1, § 4.

el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo... Estáse sola el alma con su Dios, hay gran aparejo para entenderse... Cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequeña, para tener en sí cosa tan grande, no se da a conocer, hasta que va ensanchando esta alma poco a poco, conforme a lo que entiende es menester para lo que pone en ella... Y como El no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le dan, mas no se da a sí del todo hasta que nos ve nos damos del todo a El».

«Por eso, hermanas, añade (c. 29), por amor del Señor os acostumbréis a rezar con este recogimiento el *Pater noster,* y veréis la ganancia antes de mucho tiempo, porque es modo de orar que *hace tan presto costumbre* a no andar el alma perdida, y las potencias alborotadas... Sólo os ruego lo probéis... *Yo os aseguro que antes de mucho,* os será gran consuelo entender que, sin cansaros en buscar adonde está este santo Padre, a quien pedís, *le halléis dentro de vos*».

«Oh, pues, alma hermosísima, exclama S. Juan de la Cruz *(Cánt. espir.* I), que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado para buscarle y unirte con El; ya se te dice que tú misma eres el aposento donde El mora, y el retrete y escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para tí ver que *todo tu bien y esperanza* esté tan *cerca de tí,* que esté en tí... *El reino de Dios está dentro de vosotros (Luc.* 17, 21)... ¿Qué más quieres, oh alma, y qué más buscas fuera de tí, pues dentro de tí tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con El, pues le tienes tan cerca. Ahí le ama, ahí le desea, ahí le adora, y no le vayas a buscar fuera de tí, porque te distraerás y cansarás, y no le hallarás ni gozarás más cierto ni más presto ni más cerca que dentro de tí. Sólo hay una cosa, que aunque está dentro de tí, está escondido. Pero, gran cosa es saber el lugar donde está escondido, para buscarle allí a lo cierto.

...Dices: ¿puesto está en mí el que ama mi alma, cómo no lo hallo ni le siento? La causa es, porque está escondido, y tú no te escondes también *para hallarle* y *sentirle...* Como quiera, pues, que tu Esposo amado es el tesoro escondido en el campo de tu alma, por el cual el sabio mercader dió todas sus cosas *(Mt.* 13, 44), convendrá que para que tú le halles, olvidadas todas las tuyas y alejándote de todas las criaturas, te escondas en tu retrete interior del espíritu *(Mt.* 6, 6), y cerrando la puerta sobre tí (es a saber, tu voluntad a todas las cosas), ores a tu Padre en escondido, y así *quedando escondida con El, entonces le sentirás* en escondido, y le amarás y gozarás en escondido, y te deleitarás en escondido con El; es a saber, *sobre todo lo que alcanza la lengua y sentido.* Ea, pues, alma hermosa, pues ya sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con El bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afición de amor. Y mira que a este escondrijo te llama El por Isaías (26, 20; 48, 3) diciendo: «Anda, entra en tus retretes, cierra tus puertas sobre tí, es«cóndete un poco hasta un momento... Daréte los tesoros escondidos, «y descubriréte la substancia de los misterios»... (1).

(1) Conforme advierte muy bien la M. Cecilia del Nacimiento *(Tr. de la Transformación del alma en Dios,* canc. 1.ª, Com. 2.º; en edic. crít. de San Juan de la Cruz, t. 3, p. 354), «son tantos los impedimentos que se ponen a las almas no ejercitadas para buscar a Dios en este su centro, que así pierden muchos la esperanza de hallarle, por no tener fuerza para quitar esos impedimentos, ni lo piden con continuidad al Señor (que es de cuya mano ha de venir todo el bien); porque la falta de perseverancia en la oración es de los mayores impedimentos... Mas disponiéndose para tan gran bien, no se le ne-

...Si se escondiere como Moisén *(Exod.* 33, 22), en la caverna de la piedra, que es la verdadera imitación de la perfección de la vida del Hijo de Dios, Esposo del alma, amparándola Dios con su diestra, *merecerá que le muestren* las espaldas de Dios, que es llegar en esta vida a tanta perfección, que se una y transforme por amor en el dicho Hijo de Dios, su Esposo. De manera que *se sienta* tan *junta con El,* y tan *instruída* y *sabia* en sus misterios, que cuanto a lo que toca conocerle en esta vida, no tenga necesidad de decir: *¿A dónde te escondiste?*»

Mas por desgracia «¡cuán pocos son, aun entre los sacerdotes más piadosos y llenos de celo—que debían enseñar este recogimiento a los demás—cuán pocos son, dice el precioso *Mensaje del Sagrado Corazón,* los que saben que estoy en el fondo de su alma, ardiendo en deseos de identificarla conmigo mismo!... Porque no viven sino en la superficie de ella. ¡Ah, si quisieran apartarse de las cosas sensibles, de las impresiones humanas, para bajar así, *solos a lo más íntimo, a lo más recóndito de su alma, donde estoy Yo; al punto me encontrarían allí, y entonces ¡qué vida de unión, de luz y de amor sería la suya!...* Muchos, so pretexto de hallarse en buen camino y de ejercer cierta vigilancia sobre sí mismos, quedan satisfechos... Pero acudan con entera confianza a mi Madre, que lo es también suya... Ella posee el secreto de esa maravillosa unión».

Por tanto, clamemos al Señor con el devoto P. La Puente *(Guía espir.,* tr. 3, c. 6, § 2), diciéndole: «Recógeme en este lugar seguro de tu amoroso Corazón, para que no comience a vaguear en cosa que te desagrade, uniéndome contigo con perpetuo amor. Tú dijiste *(Jn.* 10, 9): *Yo soy la puerta: si alguno entrare por Mí, hallará su pasto.* —Éntrame, Señor, por las puertas de tu Humanidad, para que goce dentro de Tí los soberanos pastos de tu Divinidad».

«Y Vos, Señor, exclama S. Agustín *(Manual,* c. 31), ¿hasta cuándo nos habéis de olvidar? ¿Hasta cuándo aparteréis vuestro rostro de nosotros?... ¿Cuándo iluminaréis nuestros ojos, y nos mostraréis vuestro semblante?... Miradnos, Señor, y oidnos, iluminadnos y manifestáos a nosotros... *Enseñadme a buscaros,* y *manifestaos* cuando os busque; porque ni buscaros puedo si Vos no me enseñáis, ni tampoco puedo hallaros, si Vos mismo no os descubrís y manifestáis. Pues haced que yo os busque deseándoos, os desee buscándoos, os halle amándoos, y os ome habiéndoos hallado».

Pero bien sabemos ya que debemos clamar a Él y buscarle por medio de Aquella tan fina amante suya que de tal modo halló gracia en su presencia, que fué encargada de comunicarlo al mundo y de darlo luego a gozar a las almas. Pues así como Jesús es puerta y camino para ir al Padre, así su Inmaculada Madre, la *Madre de la gracia y de la misericordia,* lo es para ir a Jesús: como "bendita entre todas las mujeres", mereció que en pos de Ella puedan ser conducidas al Rey de la gloria todas las almas puras *(Ps.* 44, 15); como *puerta de Cielo* y *asiento de la Sabiduría,* es quien nos ha de introducir en ese Cielo interior donde Jesús tiene sus delicias, y nos

gará su Divina Majestad, si la mortificación y desnudez es de veras, y podrá gozar de su presencia en esta divina niebla, hasta que con la duración se le vuelva en mayor luz».

ha de comunicar los místicos tesoros de que es depositaria; como *estrella de la mañana* nos prepara la venida del *Sol de justicia*. Al Autor de la gracia, de la caridad y de la vida, no se le encuentra sino en unión con la *Madre del amor hermoso y de la divina gracia* (1), *en quien está la esperanza toda de vida y virtud (Eccli.* 24, 24-25). Ella sola, en efecto, puede decirnos dónde mora y dónde suele esconderse el Amador de las almas.

Quien la encuentre, pues, "encontrará la vida y recibirá la salud del Señor„ (2). Viviendo en unión con María, verdadero *sagrario del Espíritu Santo*, estaremos en condición de que este amoroso y dulcísimo *Consolador y vivificador* obre en nosotros cosas maravillosas, dignas de su poder y bondad.

"Si no obra el E. S. notables maravillas en nuestras almas, dice el B.º Luis Grignión de Montfort *(La Vraie Dévot. a la Vierge,* 2.ª P. I), es muy principalmente porque no encuentra en ellas una unión bastante grande con su fiel e indisoluble Esposa... No creo que se pueda adquirir una unión íntima con N. Sr. ni una perfecta fidelidad al E. S., sin estar grandemente unidos con la Sma. Virgen y muy bajo su protección... A María sola ha dado Dios las llaves de las bodegas del amor divino, y el poder de entrar en las más sublimes y secretas vías de la contemplación, y de hacer entrar a los otros„ (3).

(1) «*Invenerunt Mariam et Joseph, et Infantem positum in praesepio.*— Ideo invenerunt, quia solicite quaesierunt, et absque fictione. Invenitur cum Maria... In hoc etiam instruimur, si volumus Christum invenire, prius ad Mariam debemus accedere. De ipsa enim dicitur: *Invenisti gratiam apud Deum*». S. Bonaventura, *in* c. 2 *Luc.*

(2) «No sin razón la Iglesia, advierte la ilustre autora de la *Vie spirituelle*, ch. 21, atribuyendo indistintamente los textos de los libros sapienciales al Hijo de Dios y a su Madre Inmaculada, pone en los labios de Ella estas nobles afirmaciones: *Ego mater pulchrae dilectionis et timoris, et agnitionis et sanctae spei. In me gratia omnis viae et veritatis; in me omnis spes vitae et virtutis (Eccli.* 24, 24-25).—Ella es la Madre de estos bienes: luego puede comunicarlos a sus hijos, a los cuales dice también *(Prov.* 8, 35): *Qui me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem a Domino.* Ella misma es como una suerte de sacramento que nos comunica la vida y los bienes sobrenaturales.—Y lo que es verdad en todos, parece tener mayor realidad en las almas más adelantadas. Según aquello de los Cantares (3, 4): *Tenui eum, nec dimittam, donec introducam illum in domum matris meae*—, el alma que empieza a tener conciencia de la presencia del Señor en ella, siente más vivamente la necesidad de ser guardada por esta Madre, abrigada, protegida y sostenida por Ella en estas vías en que aspira no sólo a ser esposa del Hijo de Dios, sino a crecer hasta ser proclamada su hermana; así vuelve a repetir *(Cant.* 8, 2): *Apprehendam te, et ducam in domum matris meae, ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino condito, et mustum malorum granatorum meorum.*—En presencia de María es, en efecto, donde la esposa, gloriosamente adoptada por esta bendita Madre, recibirá las más fructuosas enseñanzas y, divinamente instruída, aprenderá a amar al Señor con una caridad perfecta».

(3) «No hay en la Iglesia verdadera vida interior, ni ciencia y sabiduría místicas, ni conocimiento íntimo de Cristo, ni penetración seria en los mis-

A Ella, pues, debemos recurrir confiados, como a digna Esposa de ese divino Espíritu de santificación; y como a fiel cooperadora de su mística obra, debemos invocarla para que nos purifique e ilumine, nos encienda en llamas de caridad, y nos introduzca allí donde ésta se ordena y perfecciona y donde en el divino amor se embriagan los grandes amigos de Cristo; y para que, atrayéndonos con los vivos resplandores y el fragante aroma de sus virtudes, nos lleve por los caminos de la paz y santidad verdadera; y, por fin, como jardinera mística *(Cánt. 8, 12)*, cultive y guarde nuestras almas de modo que en ellas pueda recrearse Aquel que se apacienta y apacienta entre azucenas.

"Oh María purísima y dulcísima, exclama Blosio *(Preculae adm. piae*, coloq. 6), purificad de toda mancha y de la menor imperfección los más íntimos repliegues de mi corazón. *Iluminad mis tinieblas* interiores con un rayo de vuestro esplendor; *quitad y destruid* mis vicios, a fin de que yo contemple en plena luz vuestra hermosura!... *Iluminad*, os suplico, el fondo de mi sér con el sereno resplandor de vuestra cara, para que mi corazón se regocije en Vos. Traedme en vuestro seguimiento para que yo corra alegremente al olor de vuestros perfumes... Escuchad los gemidos de mi alma, deseosa de amaros; saciad mis deseos..., separad mi corazón de todo cuanto hay debajo del cielo, y fijadlo en la pura contemplación de vuestras perfecciones, y hacedle así saborear los deliciosos gustos anticipados de la Gloria!„

Si así clamamos a María y por ella buscamos a Jesús, no tardaremos en decir lo que decía no ha mucho un alma generosa (1): "He encontrado el cielo en la tierra; porque el cielo eslo Dios, y Dios está en mi alma. Desde que conozco esta verdad, todo se me presenta bajo una nueva y clarísima luz„.—"La felicidad de mi vida, añade, es la intimidad interior con los Huéspedes de mi alma... Jesús quiere que os retiréis a esta soledad que ha escogido en lo íntimo de vuestro corazón... Allí os espera para establecer con vos un "*admirable comercio*„..., una intimidad de esposo y esposa„.

Aquí está el reinado de la paz; aquí la soledad venturosa a donde Dios llama y quiere llevar las almas para comunicarse con ellas, cuando las encuentre puras y hermosas como tórtolas (2).

terios y comunicación profunda de la gracia de que están llenos, sin el intermedio y concurso de la Sma. Virgen». Gay, *Elévat.* XVIII *sur J. C.*

(1) Sor Isabel de la Trinidad, 1880-1906; *Souvenirs*, 1910, p. 83-105.

(2) *Pulchrae sunt genae tuae sicut turturis.* «Cur sicut turturis? pregun-

«La *soledad del corazón,* decía N. Sr. a su sierva María Lataste *(Vie et oeuvres,* t. 1, Lettre 4), no podéis adquirirla por vosotros mismos: es un don de Dios. Pero basta para lograrla el pedírsela con gran deseo de poseerla. Dios *jamás la niega,* pues desea ardientemente que todos pasen su vida en esta soledad... El alma solitaria tiene los ojos constantemente puestos en sí misma—para examinar y corregir su vida...; en sus enemigos, para que no la sorprendan...; y en Dios, para ejecutar sus menores voluntades. Dios la habla, y ella, por ser solitaria, oye esa voz divina que penetra en su corazón. Dios le da sus gracias, y ella está pronta a recibirlas y utilizarlas y agradecerlas a quien se las da. Dios se le acerca, y ella le recibe con ardor y sin dilación; y así se establece entre el Criador y la criatura una *familiaridad íntima* que hace al alma feliz y alegra el corazón de Dios, padre de esta alma.—Todos los mayores Santos del cielo vivieron en esta soledad del corazón, donde hallaron sus delicias, fortaleza en sus luchas, consuelo en sus tribulaciones, luz en sus trabajos y apostolado, refugio en los peligros y ascensión segura y cierta hacia la eterna felicidad.—Esta soledad del corazón es la cosa que más me agrada y que Yo más amo».

Allí está, en efecto, la paz donde Dios mora, la paz que supera a todo sentido, la paz que el mundo no puede dar ni conoce, la paz que sólo conocen y gustan las almas verdaderamente espirituales y que es uno de los más preciosos frutos del Espíritu Santo.

«No está la paz solamente como tú, alma mía lo pensabas o imaginabas en otro tiempo, dice Sor Catalina de J. M. *(Autobiogr.,* 3. P. c. 4), en sólo no tener discordias ni controversias con las criaturas. Bueno es esto; pero la paz que te ha de llevar al Señor es la que has de tener con tus potencias y sentidos, no manteniendo en ellos especies que no sean de Dios, llenando tu memoria de sólo las finezas del Amado, desechando todo acuerdo por acordarte de Dios: tu entendimiento, alma mía, no ha de querer conocer otra cosa que a Dios y sus perfecciones, desechando de tí todo otro conocimiento del mundo y sus falacias, ocupándolo en aquellas perfecciones divinas y el conocimiento de ellas, para que de aquí pase tu voluntad a sólo amar a tu Dueño, sin que esta última potencia ame otra cosa que a Dios y en

ta S. Bernardo *(Serm.* XL *in Cánt.)* Pudica avicula est... Tu ergo qui haec audis, ut sane non ociose audias... si ad istiusmodi Spiritus Sancti incitamenta moveris, et inardescis dare operam quomodo animam tuam facias sponsam Dei, stude ambas speciosas habere has genas tuae intentionis, ut imitator castissimae volucris sedeas, secundum prophetam *(Threu.* 3), solitarius, quoniam levasti te supra te. Omnino supra te est, Angelorum Domino desponsari. An non supra te, adhaerere Deo, atque unum spiritum esse cum eo? Sede itaque solitarius sicut turtur, nihil tibi et turbis, nihil cum multitudine caeterorum, etiamque ipsum *obliviscere populum tuum, et domum patris tui, et concupiscet Rex decorem tuum (Ps.* 44). O sancta anima, sola esto, ut soli omnium serves teipsam, quem ex omnibus tibi elegisti. Fuge publicum, fuge et ipsos domesticos, secede ab amicis et intimis, etiam et ab illo qui tibi ministrat. An nescis te verecundum habere Sponsum, et qui nequaquam suam velit tibi indulgere praesentiam praesentibus caeteris? Secede ergo, sed mente non corpore, sed intentione, sed devotione, sed spiritu... quamquam et corpore interdum non ociose te separas, cum opportune potest, praesertim in tempore orationis... De caetero sola indicitur tibi mentis et spiritus solitudo. Solus es, si non communia cogites, si non affectes praesentia, si despicias quod multi suspiciunt, si fastidias quod omnes desiderant, si jurgia devites, si damna non sentias, si non recorderis injuriarum. Alioquim nec si solus corpore es, solus es. Videsne posse esse te et solum cum inter multos, et inter multos cum solus es?»

caridad por Dios... Si tú, alma mía, no conoces otra cosa ni otro objeto que a sólo Dios y sus grandezas, a El solo le amarás, y a El solo te inclinarás, porque El solo debe ser el objeto de tu amor. Y helo aquí en paz estas tres señoras; y esta es la paz verdadera.

»Pero si al tiempo que así debías estar, tu memoria anda atrayendo cosas de mundo e inútiles recuerdos, tu entendimiento corre con curiosidades a conocer terrenas y fantásticas criaturas y hermosuras, la voluntad, como ciega, corre a amarlas. Y el alma que es virtuosa luego siente la guerra .. El alma que jamás conoce a Dios y sus verdades, esa vive en paz en sus engaños, y morirá y se perderá en ellos con esa paz. Pero la que conoció la verdad, nunca podrá tener paz, queriendo a un mismo tiempo acordarse, conocer y amar en el cielo y en la tierra... Pasa, alma mía, a ver cómo puedes tener paz con tus sentidos, por donde puede entrar a tus potencias también el perder la paz... Si tus ojos andan a decir: esto no es malo..., si eso no es lo más perfecto, ¿cómo quieres que no pierdan y hagan perder la paz de tus potencias?... He oído decir a veces entre gente virtuosa ser amiga de lo suave de músicas y olores, para dar gracias a Dios de que lo crió todo santo y bueno. Me parece que, si en continua presencia de Dios viven siempre, antes de deleitar el sentido ya estuvo la virtud adelantada, y así más se engolfa en el Criador que en el deleite de la criatura. Si después de errada la plana la enmiendo, cosa santa es: pero mejor fuera no haberla errado. Y así tengo yo tanto miedo, que si no tengo antes la pronta consideración, y me dan una flor por olorosa, por no ser notada la llego al olfato y suspendo el aliento. Y así en todo lo demás: que Vos, Señor, me dáis luz, y esa es mi intención» (1).

«He aquí, pues, la intención verdaderamente recta y pura, y la paz donde Dios reina y se deja encontrar.

Artículo 6.º—Cómo el don preciosísimo de la divina contemplación, según Santo Tomás, es corona de justicia, y así puede ser en rigor merecido con la fiel, humilde, amorosa y perseverante correspondencia a la gracia.

Puesto que, en el orden sobrenatural, todo es obra de la gracia, todo tiene que ser substancialmente "gratuíto", *alioquim gratia jam non est gratia (Rom.* 11, 6); todo es graciosamente dado o infundido por la piedad y generosidad del "Padre de las luces, de quien procede todo don precioso" *(Jac.* 1, 17), y quien, conforme dice San Agustín *(Enchirid.* 107), cuando galardona nuestros trabajos, en realidad galardona sus propios dones.

(1) Sobre este punto interesantísimo que muchos entienden de muy diversa manera, hace la V. Agreda *(Leyes de la Esposa*, c. 16), con palabras que pone en boca de N. Sr., las siguientes declaraciones: «Si mirares las cosas criadas que deleitan la concupiscible y divierten el corazón, como la hermosura del campo y del cielo adornado de varias estrellas, y la tierra de plantas, si te fuere motivo de alabarme como a su Criador, *bueno es,* haciendo actos de mi amor; pero si por retirarte a conocerme y mirar mis atributos con los ojos del entendimiento, los cerrares a todo lo criado, *más perfecto es y a Mí más agradable;* y si por mortificar tu gusto y el que la concupiscible tiene en cualquier objeto, lo dejares de mirar por mi amor, *más virtud y merecimiento es*... Si bien tal vez ha menester la criatura llena de muchas miserias estos alivios, y en sus deliquios y tibiezas de espíritu estos motivos de amarme y alabarme, y para tí será bueno y lícito. Pero en mi perfecta doctrina y consejo, y lo que deseo obres, *lo mejor es cerrar los ojos*».

Como la vida eterna excede infinitamente a nuestra capacidad natural, nada podemos por nosotros mismos hacer ni merecer en orden a ella (1); y así, mal podríamos, en este orden trascendente, hablar de premios ni de méritos, si no fuera la misma gracia de Jesucristo que nos eleva sobre nuestra humilde y servil condición, nos hace participantes de la naturaleza divina e hijos adoptivos de Dios, capaces de obrar como tales, entrando de ese modo en sociedad familiar con las tres divinas Personas, y gozando por lo mismo de los nobilísimos *derechos* que tan generosamente nos han sido conferidos por la adopción y por las diversas y gratuítas promesas del Padre de las misericordias (2).

Si, pues, no cabe hablar aquí de premios merecidos según rigurosa y absoluta justicia, cuando todo se funda en una gran misericordia, supuesta esa primera gracia —de que penden todas las demás con todos los frutos de las buenas obras (3)—, hablar cabe de premios y méritos verdaderos, según cierta justicia y equidad relativas (4), fundadas en ese legítimo *derecho* adquirido en virtud de dichas promesas, por las cuales quiso Dios constituirse en nuestro deudor (5); de la adopción, por la cual se nos *debe* ya la herencia de *condigno* (6); y aun de la misma elevación que, por los méritos del Salvador y la comunicación del Espíritu Santo, nos hace hábiles para producir frutos *dignos* de vida eterna (7).

(1) «Nulla creatura est sufficiens principium actus meritorii vitae aeternae, dice Santo Tomás (1-2, q. 114, a. 2), nisi superaddatur aliquod supernaturale donum, quod *gratia* dicitur».

(2) «In omni qui meretur, advierte el mismo Santo Tomás (*In* II *Sent.* D. 27, q. 1, a. 4), exigitur ut actus ejus sit aliquo modo proportionatus ad id quod meretur: nullus enim meretur nisi id quod secundum suam conditionem potest eum contingere; sicut servus non meretur a domino ut in haereditatem filiorum admittatur, sed ut mercedem suam recipiat».

«Ante infusionem gratiae, añade (*Ib.* a. 5, ad 3), homo nondum est particeps divini esse; unde actus sui sunt omnino improportionati ad merendum aliquod divinum, quod facultatem naturae excedat: sed per gratiam infusam *constituitur in esse divino,* unde jam actus sui proportionati efficiuntur ad promerendum augmentum, vel perfectionem gratiae».

(3) «Omne bonum opus homini procedit a prima gratia sicut a principio». (S. Thom. 1-2, q. 114, a. 5, ad 3).

(4) «Non gratiam aliquid meriti praecedit humani, sed ipsa gratia meretur augeri, ut aucta *mereatur perfici*» (S. August., *Epist.* 186-10).

(5) «Debitor enim factus est, non aliquid a nobis accipiendo, sed quod ei placuit promittendo» (S. August., *Serm.* 158, n. 2).

(6) «Si loquamur de opere meritorio secundum quod procedit ex gratia Spiritus Sancti, dice Santo Tomás (1-2, q. 114, a. 3), sic est meritorium vitae aeternae ex condigno. Sic enim valor meriti attenditur secundum virtutem Spiritus Sancti moventis nos in vitam aeternam, secundum illud (*Joan.* 4): *Fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam.* Attenditur etiam pretium operis secundum dignitatem gratiae, per quam homo, consors factus divinae naturae, adoptatur in filium Dei, cui debetur haereditas ex ipso jure adoptionis, secundum illud (*Rom.* 8): *Si filii, et haeredes*».

(7) «Meritum hominis apud Deum esse non potest, nisi secundum praesup-

Así es de fe que las buenas obras de los justos son verdaderos *méritos* suyos, a la vez que dones de Dios; por ellas, hechas con las debidas condiciones, pueden merecer de condigno, por una parte la Gloria, en la cual entrarán a su tiempo, si perseveran en la amistad divina; y por otra un aumento de gracia (1).

Ocurre, pues, ahora preguntar si el don de la contemplación infusa, o sea la vida mística, por lo que tiene de gloria anticipada o bienaventuranza incoada, y, sobre todo, por el aumento de gracia que implica, puede ser no sólo impetrado de la divina misericordia por la perseverante oración, sino también *alcanzado* como *corona de justicia* y como verdadera *recompensa merecida* propiamente, o sea *de condigno*.

Los que lo miran como si fuera una gracia *gratis data,* que se ordenara ante todo al bien de otros (2), claro está que no lo han de contar entre las cosas que son objeto de mérito, al menos del de condigno. Lo sumo que dirán es que podrá a veces merecerse como de *congruo,* ya que esta manera impropia de mérito sólo se funda en cierta decencia y conveniencia, y no, como aquél, en verdadera justicia.

Pero, según hemos visto, ya es del todo innegable que esa preciosa gracia de la contemplación supone amistad de Dios, se ordena directamente y ante todo a la propia santificación y es obra de los dones del Espíritu Santo y no de las gracias *gratis datas* (3). Por tanto, parece claro que debe caer bajo verdadero mérito, como caen las demás gracias que, una vez supuesta la primera, concurren a nuestra salvación y santificación; y caen en la proporción que a ese fin concurran. Ahora bien; las gracias místicas, como fundadas en los dones, son precisamente las que más de cerca y más plenamente lo hacen, y las que, por lo mismo, con más razón podrán

positionem divinae ordinationis: ita scilicet ut id homo consequatur a Deo per operationem, quasi *mercedem*, ad quod Deus ei virtutem operandi deputavit» (S. Thom. 1-2, q. 114, a. 1).

(1) «Si quis dixerit hominis justificati bona opera ita esse *dona Dei* ut non sint etiam bona ipsius justificati *merita*, aut ipsum justificatum bonis operibus, quae ab eo per Dei gratiam, et Jesu Christi meritum, cujus vivum membrum est, fiunt, non vere mereri augmentum gratiae, vitam aeternam, et ipsius vitae aeternae, si tamen in gratia Dei decesserit, consecutionem, atque etiam gloriae augmentum, A. S.» *(Concilio Tridentino, S. 6, Can.* 32).

(2) «Gratia gratis data non ordinatur directe ad hoc quod ille, qui eam recipit, ad finem ultimum dirigatur, sed ut per eam alii dirigantur» (S. Thom. *in Ep. ad Rom.* c. 1, lect. 3).

(3) «A gratia gratum faciente dependent, dice Santo Tomás *(Qs. Ds. de Verit.* q. 21, a. V, ad 12), virtutes et dona»—así como también—«gratiae sacramentales». «Effectus gratiae mediantibus virtutibus et donis, prosigue, est elicere actus meritorios, quod pertinet ad gratiam cooperantem».

merecerse (1). Ellas son, en efecto, las que dan la *perfección* a la misma vida de la gracia (2); y si ésta "merece aumentarse", es "para que, según la feliz expresión de San Agustín, aumentada—mediante el ejercicio de las virtudes—, merezca *perfeccionarse*, mediante el de los dones: *Ipsa gratia meretur augeri, ut aucta mereatur perfici.*

Y puesto que las obras con que eso se merece se hacen en virtud de la moción divina y de la gracia ya recibida, que tiende como a expansionarse y llegar a su perfección; puesto que no salen del libre albedrío aspirando a cosas superiores a que no tenga verdaderos derechos, sino tendiendo adonde puede y debe aspirar y adonde le es dado llegar con ayuda de la gracia; de ahí que ese mérito sea *de condigno*, y no simplemente de *congruo* (3). Y, por eso, según el mismo Santo Tomás (1-2, q. 69, a. 2), se pueden merecer *de condigno* hasta las mismas ocho bienaventuranzas, en que se resumen los mejores y más preciosos frutos de las virtudes y de los dones, y en que está la esencia de la divina contemplación y de la *vida mística* (4).

(1) «Ad finem beatitudinis movetur aliquis et appropinquant per operationes virtutum, et *praecipue per operationes donorum* si loquamur de beatitudine aeterna, ad quam ratio non sufficit, sed in eam inducit Spiritus Sanctus, ad cujus obedientiam, et sequelam per dona *perficimur*» (S. Thom. 1-2, q. 69, a. 1).

(2) «Dona sufficienter *perficiunt* in omnibus quae sunt activae et contemplativae vitae» (S. Thom. *in* III *Sent.*, d. 34, q. 1, a. 6). Y perfeccionan para poder obrar de un modo sobrehumano: *ultra humanum modum perficiunt;* mientras las solas virtudes nos dejan en nuestra pobre *manera humana de obrar* (Cf. *ib.* a. 1, ad 1 et 2; 1-2, q. 68, a. 1, 2, 8; q. 69, a. 1, etc.).

«El uso de los dones, advierte S. Buenaventura, *in* III *Sent.*, d. 34, P. 1, a. 1, q. 3), promueve al alma al *estado de perfección*, mientras que el de las virtudes puede tenerse en el de imperfección».

Si obramos mediante los dones, entonces, conforme dice San Francisco de Sales (*Amor de Dios*, l. VII, c. 6), «no vivimos sólo una vida civil, honesta y cristiana, sino una vida *sobrehumana, espiritual*, devota y extática; es decir, una vida que está en todos sus modos fuera y por encima de nuestra condición actual».

(3) «Opus nostrum habet rationem meriti ex duobus. Primo quidem ex *vi motionis divinae*, et sic meretur aliquis *ex condigno*. Alio modo habet rationem meriti, secundum quod procedit ex *libero arbitrio...;* et ex hac parte est meritum *congrui*, quia congruum est, ut dum homo bene utitur sua virtute, Deus secundum superexcellentem virtutem excellentius operetur» (S. Thom. 1-2, q. 114, a. 6; cfr. *ib.* a. 8).

(4) «Santo Tomás, observa muy oportunamente el P. Lamballe (*La Contemplation*, c. 2, § 2), nos dice que en las bienaventuranzas debemos distinguir dos cosas; la obra meritoria: *Beati qui lugent, qui persecutionem..., etc.*, y la recompensa: *Quoniam ipsorum est regnum coelorum..., quoniam Deum videbunt..., etc.* Mas estas diferentes recompensas, añade, en realidad se reducen a una, que es *la contemplación*. Así es como se propone expresamente esta cuestión, preguntando: Si las recompensas de las bienaventuranzas se nos dan aquí abajo. Y responde, que hay dos suertes de contemplación: la perfecta y la incoada. Aquélla es propia del cielo; esta última de la tierra. Así añade dos veces el santo Doctor, sin distinción ni limitación ninguna,

Conforme a esto, Vallgornera y otros respetables autores dicen que esa gracia de la "contemplación sobrenatural puede merecerse *saltem de congruo*" (1); con lo cual dan a entender, por más que no lo digan, que bien podrá merecerse también en todo rigor, o sea de condigno. Pero esto lo negó expresamente Schram (2), y lo acaba de negar también—con extrañeza nuestra—el doctísimo abate Saudreau, al decir (*Vie d'union*, p. 14), que "no se puede merecer *de condigno*, ni adquirir como de derecho, sino el aumento de *la gracia santificante;* toda gracia *actual* es un *don*, y a *fortiori* las gracias *eminentes* que son *necesarias para la unión:* ya que para ésta no bastan las gracias actuales comunes y se necesita una acción especialísima del Espíritu Santo".

Mas, según esto, mal podría merecerse el aumento de la misma gracia santificante hasta su verdadera perfección—*ut aucta mereatur perfici*—; ya que esa perfección está seguramente en la más íntima unión con Dios que en esta vida cabe, o sea en la plena expansión de la vida mística (3). Y, por otra parte, la verdad es que el *don de la contemplación* no es una gracia *actual* o pasajera, sino permanente, *habitual;* y toda gracia inmanente en nosotros, y toda facultad o virtud sobrenatural es un *don* de Dios; y, sin embargo, sabemos que con la fidelidad a las luces y gracias recibidas se puede merecer con todo rigor un acrecentamiento de las mismas, y con ése el de la cari-

que «los santos, los perfectos», no *quidam sancti, quidam perfecti,* sino *viri sancti, viri perfecti,* la reciben desde aquí abajo».

(1) «Ex quadam decentia vel *congruitate* Deus potius perfectis quam imperfectis sua dona communicat, et ideo illis *ordinarie*, istis *raro* supernaturalis gratiam contemplationis concedit. Cujus ratio est quod *secundum viam ordinariam* Deus sua dona magis dispositis solet concedere, quamvis via extraordinaria aliter contingat. Primum contingit ex quadam subjecti *exigentia: dignus* est enim, *saltem de congruo,* qui plus laboravit majorem percipere fructum, et qui fidelis fuit erga Deum ab illo copiose *praemiari.* Sed secundum aliquando contingit ut inde manifeste pateat quod Deus dominus est in suorum distributione bonorum, et quod nullus potest ei dicere: *Cur ita facis?*» (VALLGORNERA, q. 3, d. 3, a. 6).—Esto mismo repite el P. Antonio del Espíritu Santo (*Tr.* 3, d. 3, s. 6, n. 240), y había dicho Felipe de la Sma. Trinidad, 2 P., tr. 3, d. 1, a. 6.

(2) «Quemadmodum contemplationem desiderare ac petere possumus, ita et illam, dice Schram (§ 258) *mereri* valemus, non de condigno, sed *de congruo*».—Conforme a esto decía ya el autor de *Conocimiento oscuro* (c. 9, n. 8)—muy contra el modo de sentir de San Juan de la Cruz, a quien en vano atribuyen algunos este tratado—que «de nuestra parte no puede haber merecimientos para que de justicia se nos deba dar esta gracia, ni disposiciones por las cuales necesariamente se siga esta merced y soberano bien». Pero que con todo, hay «algunas a que se suelen seguir».

(3) Así el mismo P. Naval reconoce (*Ascética y Mística*, 2.ª ed., n. 219, página 310) que en nuestra teoría es lógico sostener que se merece *de condigno*, lo que tenemos por simple expansión y coronamiento de la *gracia habitual* ordinaria.

dad y demás virtudes infusas; y aun el de todos los siete dones del Espíritu Santo: ya que éstos son también cierta manera de *virtudes* sobrenaturales (1); y como tales, o como hábitos infusos destinos a obrar nuestra salud, se recibieron en la justificación para crecer en unión con la misma gracia habitual o santificante (2); por más que el *actuarlos*, o sea excitarlos a la obra por una moción o gracia actual, sigue quedando—sea cual fuere la perfección lograda—a la merced del Espíritu Santo, que inspira donde, como y cuando quiere, sin depender de nadie.

Pero, precisamente a eso se ordenan estos dones, que, según dijimos, son los que producen la contemplación y, haciéndola como *habitual*, constituyen la vida mística (3): a *disponernos para poder corresponder* bien a todas las mociones e inspiraciones que Dios nos está *prodigando de contínuo (Apoc.* 3, 20), mientras las virtudes nos perfeccionan para obrar conforme a razón (4).

Y así como, a pesar de todo, con la oración y las buenas obras se alcanza y se merece, en rigor, el aumento

1) «*Dona* possunt dici *virtutes*, inquantum *perficiunt ad bene operandum*... Sed sunt *supra virtutes*, inquantum *ultra humanum modum* perficiunt». (S. Thomas, *In* III *Sent.* D. 34, q. 1, a. 1, ad 1).—«In virtute enim, añade, est considerare *habitum*, et *actum*. *Habitus* autem virtutis perficit ad bene agendum. Et si quidem perficiat ed bene operandum *modo humano*, dicitur *virtus;* si vero perficiat ad bene operandum *supra modum humanum* dicitur *donum*... Cognoscere invisibilia Dei sub aenigmate, est per modum humanum, et haec cognitio pertinet ad *virtutem* fidei; sed *cognoscere ea perspicue*, et *supra humanum modum*, pertinet ad *donum* intellectus. *Actus* autem virtutis vel est *perficiens*, et sic est *beatitudo;* vel est delectans, et sic est fructus». S. Thom., *in Gal.* V, lect. 6.

(2) «Justificatio, dice el *Concilio de Trento (Sess.* 6, c. 7), non est sola peccatorum remissio, sed et sanctificatio et renovatio interioris hominis per voluntariam susceptionem gratiae, et *donorum*».

(3) Y entre ellos, muy principalmente, como todos reconocen, el de sabiduría y el de inteligencia.—«Ad sapientiam, dice Santo Tomás (2-2, q. 45, a. 6, ad 3), pertinet... *contemplari divina*».—«Ipsius actus, añade *(In* III *Sent.* D. 35, q. 2, a. 1, sol. 3), videtur esse *divina amata contemplari*».

«Donum intellectus mentis domum contemplatione illuminat».—San Buenaventura, *De 7 donis S. S.*, 1.ª p., c. 4.—«Ex his deducitur donum intellectus maxime deservire contemplationi internae, quia per ipsum acuitur et subtilizatur mens a Spiritu ut intelligat, et in tenebris non ambulet, sed in luce, etiam dum in caligine Divinitatis ambulat... sic enim intrat in potentias Domini, et ingreditur speculando gloriam Domini, transformatur de virtute in virtutem quasi a Domini Spiritu».—(Juan de Santo Tomás, *in* 1-2, q. 68-70, *disp.* 18, a. 3, § XXII).

4) «Virtutes humanae, dice Santo Tomás (1-2, q. 68, a. 1), perficiunt hominem secundum quod homo natus est moveri per rationem in his quae interius, vel exterius agit: oportet igitur inesse homini altiores perfectiones, secundum quas sit *dispositus ad hoc quod divinitus moveatur;* et istae perfectiones vocantur *dona*, non solum quia *infunduntur a Deo*, sed quia secundum ea homo *disponitur ut efficiatur prompte mobilis ab inspiratione divina*». «Dona, añade *(ib.* a. 2), sunt quaedam hominis perfectiones, quibus homo disponitur ad hoc, quod bene sequatur instinctum divinum».

«Habitus virtutum, advierte San Buenaventura *(Breviloq.* P. V, c. VI), ad exercitium principaliter disponunt activae (vitae); habitus vero *donorum, ad actum contemplativae*».

de la caridad y demás virtudes infusas—las cuales tienen que perfeccionarse con sus propios *actos*—, de igual modo se puede alcanzar y aun merecer el de los dones e irlos perfeccionando con su fiel ejercicio, o sea cooperando con ellos lo mejor posible a esas divinas mociones e inspiraciones que los excitan a funcionar y que son las más elevadas y preciosas *gracias actuales,* con las cuales podremos obrar *divinamente* y gozar los frutos de una bienaventuranza incoada (1) y subir progresivamente los diversos grados de la contemplación (2).

Y puesto que, por otra parte, estos dones nos han sido infundidos—lo mismo que las virtudes sobrenaturales—, no para tenerlos ociosos, sino para ejercitarlos, cultivarlos, desarrollarlos y hacerlos fructificar abundantemente, de modo que a sus tiempos produzcan todos los frutos del Espíritu Santo y las bienaventuranzas (3); y como con esos tan excelentes hábitos infusos se nos da el poder orar y obrar a veces de un modo *sobrehumano,* y con este poder la respectiva *tendencia* o inclinación (4); claro está que, cuando mediante el simple ejercicio de las virtudes, estén ya los mismos dones bien desarrollados y libres de obstáculos, no podrán menos de *tender* a traducirse, llegada la ocasión oportuna, en los correspondientes actos (5) y *reclamar,* en cierto modo, la *gracia actual* que para esto sea menester y que Dios nunca niega (6). Pues a todos ofrece generosamente las gracias

(1) «In precibus, dice la *Glossa in Mt.* 6, est ut impetremus dona, in donis *ut operemur:* de operatione beatitudines consequentur».

«Quamvis homo, advierte Santo Tomás, non habens virtutes, non possit dona impetrare ea merendo, potest tamen impetrare per modum *dispositionis* ad illa: et iterum aliquis habens virtutes, et dona potest *impetrare perseverantiam* in eis». (S. Thom., *in* III *Sent.,* D. 34, q. 1, a. 6, ad 5).

De este modo, según el Santo Doctor, con la fiel práctica de las virtudes se pueden alcanzar, mediante la oración, los dones, *mereciéndolos;* sin aquéllas, solo *disponiéndonos;* y con las virtudes y los dones se *puede alcanzar* de la divina misericordia el don gratuíto de la perseverancia en el bien obrar, o sea el fiel ejercicio de virtudes y dones.

(2) «Cuando una persona se hubiere ejercitado diligentemente en algún grado inferior de contemplación, reconoce el autor del *Conocimiento obscuro de Dios,* c. 3, podrá subir a otro superior. La razón de esto es, porque el ejercicio de la contemplación y juntamente de las virtudes, tiene por *premio* en esta vida más luz y más alto conocimiento de Dios: y así, siendo la luz mayor, podrá el alma con ella levantarse a más alto conocimiento y contemplación, que para eso la da Nuestro Señor».

(3) «Deberá creerse, pregunta el P. Massoulié (*Amour de Dieu,* 2.ª P., c. 3), que todos estos dones, todas estas virtudes han sido dados al alma para permanecer sin acción y sin movimiento? ¿Y para eso habían de distinguirse entre sí por sus fines y su naturaleza estos hábitos infusos y no para reducirse al acto?...»

(4) Cf. S. Thom., *in* III *Sent.,* D. 35, q. 2, a. 1, sol. 1 et 3.

(5) Cf. Juan de Santo Tomás, *in* 1-2, q. 70, disp. 18, a. 2, § XL.

(6) «Per assiduum usum orandi, cum adjutorio gratiae Dei, quae studiosis proficiendi *semper subvenire parata est,* dice San Buenaventura (*De profectu Religiosorum,* l. 2, c. 73, al. 72), memoria aliquando perficitur et stabi-

necesarias para poder adelantar en la virtud y llegar a la plena perfección y unión con El a que nos ha llamado y que nos exige y recomienda (1); y no poniéndole obstáculos, a nadie se las retira o rehusa, y menos a quienes debidamente y con insistencia se las piden (2).

Así, contra la afirmación del ilustre abate Saudreau, es doctrina común que se pueden merecer de *condigno*

litur: jam sine gravi difficultate valet orationi intendere, et evagationes mentis faciliter cohibere, juxta illud Psalmi (146, 2): *Ædificans Jerusalem Dominus, dispersiones Israëlis congrebit.* Intelligentia etiam, quae prius quasi caecutiens fuit exterius, et visibilibus involuta, incipit dilatari et illustrari ad videndum quae prius non videbat... Et quia Deus summe suavis et bonus est, et omnia quae ab ipso fluunt sapida sunt et bona; ideo cum intellectus coeperit in agnitione veri dilatari, statim etiam gustus animae... incipit quodam spirituali sapore incognitis delectari... Proficit autem homo Deo deditus in studio adhaerendi Deo sic... ut avulsio ab hujus quiete sit ei desolatio...: semper vellet, si posset, talibus deliciis inhaerere».

(1) «Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester coelestis perfectus est». *Mt.* 5, 48. «Ego in eis, et Tu in me; ut sint *consummati in unum*».-*Joan*, 17, 23.

(2) «Siendo la contemplación, observa Lamballe *(La Contempl.*, c. 2, § 1), efecto de ciertos dones del Espíritu Santo puestos en ejercicio por mociones divinas, que son gracias actuales del mismo orden que las demás; y como estas gracias—salvo las primeras indispensables para la salud—, según el curso ordinario de la Providencia, nos son dadas en conformidad con nuestras disposiciones, con el uso que de ellas hagamos o bien por la virtud de los Sacramentos, ¿no será justo deducir que están al alcance de todas las almas que saben disponerse para recibirlas?... Pero como estas gracias de la contemplación son las más elevadas entre las actuales, y como requieren cierta intensidad... no es de extrañar que apenas se noten, al menos de un modo contínuo, en los que empiezan aún a entrar por la vía espiritual. Además, es preciso no poner obstáculos a la acción de Dios... Y he aquí la cuestión clásica de las excepciones y de los obstáculos... Pero, prescindiendo de éstos, debemos decir que las almas perfectas son *(de jure)* generalmente contemplativas. Esta doctrina tan lógica es la de toda la tradición».—Y después de mostrar cómo Santo Tomás la supone siempre y la enseña expresamente, sacando por conclusión que «todos los santos o perfectos reciben esa gracia», añade *(ib.* § 2): «Esta conclusión explícita se deriva necesariamente de la doctrina que dejaba expuesta acerca de los dones... Todos tenemos estos siete dones del Espíritu Santo; y son siete específicamente distintos, porque cada uno de ellos debe producir su respectivo acto. Como Dios no hace nada sin objeto, no los ha puesto en el alma para que fuesen estériles, como la higuera maldita *(Lc.*, 13, 7). Su sabiduría le hace ponerlos en ejercicio, con tal que no le ofrezcamos obstáculos. Y entre ellos hay dos, el de sabiduría y el de inteligencia, cuyos actos propios son la contemplación (1-2, q. 68, a. 7, et a. 6, ad 2, ad 3). Por tanto, con tal que nosotros nos pongamos en las debidas condiciones, *Dios se compromete a ponerlos* también *en acto*, y así producirán en nosotros una fe y un amor pasivos y sobrehumanos que constituyen el fondo de la contemplación».

Si, pues, raras veces entran en acción, es sólo por falta de disposiciones y sobra de obstáculos.—«Se pregunta, dice el P. Lallémant *(Doctrine spirit.*, pr. 4, ch. 3, a. 3), cómo es que tantos religiosos y personas tibias, poseyendo los dones—puesto que viven en estado de gracia—los ejercitan tan raras veces.—Mas eso proviene de que los tienen ligados con hábitos y afectos contrarios; y con los muchos pecados veniales que diariamente cometen excluyen las gracias necesarias para producir el acto de los dones. Apliquémonos sin descanso a procurar la perfecta pureza de corazón, resueltos a no negar a Dios nada de cuanto nos pida...; y de este modo nos veremos pronto libres de esos lazos y llenos de la plenitud del Espíritu... Mas teniendo aquéllos atados, no es de extrañar que no se vean sus efectos... Los pecados veniales impiden el fervor de la caridad y, por lo mismo, la operación de los dones... Si aumentara ese fervor, luego en toda la conducta vendrían a resplandecer los dones del Espíritu Santo».

las gracias actuales suficientes para poder poner en acto, a sus respectivos tiempos, tanto los dones como las virtudes; ya que cierto ejercicio de ellos, lo mismo que el de ellas, es, hasta para nuestra misma salvación, del todo indispensable (1), y que todos ellos van incluídos, como en un don fundamental, en la mismísima caridad (2).

Será del todo gratuita esa gracia actual cuando el alma no tenga en sí nada que en rigor la exija, ningún título legítimo, como lo es el respectivo hábito infuso, que de suyo la reclame; y así sucede en las que, estando aún en pecado mortal y careciendo por lo mismo de los dones del Espíritu Santo, reciben con todo ciertas luces o inspiraciones que las disponen para ponerse en buen estado y aun quizá para que, una vez recibidos los dones, entren luego en contemplación; y sucede también en las tibias y poco adelantadas en la virtud, que teniendo esos dones por desarrollar y además como ligados o impedidos con muchos pecados veniales, y estando así aún muy indispuestas para la contemplación, con todo reciben a veces pasajeramente esa gracia para que con ella más fácilmente rompan sus apegos y se dispongan para recibirla dignamente y con frecuencia, y de este modo puedan adelantar mucho en poco tiempo. Así es como dice Santa Teresa *(Camino*, c. 16) que se concede a veces a personas muy ruines o que "estén en mal estado", entendiendo por éste, según ella misma se cuida de advertirlo en el Códice del Escorial (Cf. edic. de La Fuente, cap. 24), a los tibios o imperfectos, o por contemplación, no la ordinaria o mística, propia de los dones, sino la verdaderamente *extraordinaria*, o que llaman "distinta", propia de ciertas inspiraciones o luces proféticas o de otras gracias *gratis datas*.

Mas cuando un alma tiene ya en sí, por la misericordia divina, cierta facultad sobrenatural bien desarrollada y dispuesta para entrar en ejercicio mediante esa

(1) Cf. D. Thomam, 1-2, 68, a. 2; q. 69, a. 1; 2-2, q. 139, a. 1; *in* III *Sent.*, D. 35, q. 2, a. 3, sol. 2; D. 36, q. 1, a. 3, c. et ad 4:—«*Omnis*... qui in statu salutis est, oportet quod aliquid de contemplatione participet» *(ib.* ad 5).

(2) «Charitas, quae est virtus, est donum, in quo omnia dona alia nobis donantur... Illud enim proprie *donum* dici debet quod ex sola liberalitate donantis competit ei in quo est, et non ex debito suae conditionis». S. Thom., *in* III *Sent.*, D. 34, q. 1, a. 1. «Dona Spiritus Sancti sunt de necessitate salutis, sicut et caritas, quam comitantur».—Juan de Santo Tomás, in 1-2, q. 70, disp. 18, a. 2, § XVI. »Sufficit, añade *(ib.* § XL), quod tam virtutes quam dona per se requirantur ad salutem, licet per accidens, ex defectu materiae, non sit in omnibus exercitium aliquarum virtutum vel donorum, semper tamen manebit habitualis *inclinatio* eorum (ut etiam in parvulis invenitur) et promptitudo animi ad exequendas istas motiones Spiritus Sancti, si occasio et materia ocurrat».

gracia actual, o sea mediante la moción especial o el *instinto divino* que la pone en acto de contemplación infusa; cuando, en suma, tiene ya no sólo infundidos, sino bien dispuestos para funcionar los sublimes hábitos de los dones del Espíritu Santo, entonces, como estos mismos, para no ser ociosos y vanos, reclaman de suyo y con todo rigor exigen su ejercicio normal, a esa feliz alma, según las mismas leyes ordinarias de la Providencia, y en virtud de esa exigencia en ella connatural, le es ya *debida,* en cierto modo, la correspondiente gracia motriz; la que de seguro no ha de faltarle a su hora, estando como está ella siempre atenta y dispuesta a moverse sin resistencia al menor soplo divino (1).

En resumen: así como, según sentencia común el Sacramento del Orden y en general las *gracias de estado,* no poniéndoles obstáculos, confieren cierto verdadero *derecho* a recibir a sus tiempos las *gracias actuales* necesarias para desempeñar bien las respectivas funciones y cumplir los propios deberes; así también el de la Confirmación, al corroborarnos con los dones del Espíritu Santo, lo confiere para recibir cuando sea menester, según el beneplácito divino—una vez que estén bien desarrollados y dispuestos—, los respectivos instintos o mociones.—Pues como dice muy bien el P. La Puente *(Perfec. en gener.,* tr. 2, c. V, § 1), "la gracia de este Sacramento no solamente incluye las virtudes y dones sobrenaturales que permanecen de asiento en los justos, sino también *abundancia de ilustraciones e inspiraciones del Espíritu Santo,* con que los va ayudando y favoreciendo en el ejercicio de las buenas obras para que *crezcan en la perfección cristiana*".

Por otra parte, como el Señor tiene empeñada su palabra de dar, a cuantos perseveren fieles todo el tiempo que El les señaló, aquel místico maná que tiene reservado para los vencedores, claro está que la cumplirá plenamente, y que, por tanto, no dejará de conceder a cada cual a su hora (hora que El solo sabe) ese *premio* así prometido; al modo como prometió y dará sin falta la eterna corona de justicia a cuantos perseveren hasta el fin. Lo que no se puede merecer de condigno, y por lo mismo se ha de *obtener* a fuerza de súplicas, es la indispensable *perseverancia.* Pero supuesta ésta, y no como quiera, sino tal y tan prolongada como el Señor tenga

(1) Cfr. La Puente, *Guía espir.,* tr. 1, c. 21, § 1; *supra,* cuest. 1.ª art. 1; Gardeil, *Les Dons du St.-Esprit,* p. 32; Card. Billot, *De virtutibus infusis,* p. 181.

marcado y exija en particular a cada uno, creemos que, en virtud de sus santas promesas y de sus mismos méritos que nos tiene comunicados, y haciendo con su gracia lo que para esto se nos exige, podemos merecer, no ya de *congruo,* sino también de *condigno,* el inapreciable don de la vida mística, o sea el hábito de la contemplación infusa (1).

Por eso Santa Teresa y otros grandes Maestros de espíritu hablan muchas veces de los favores que ordinariamente acompañan a la contemplación sobrenatural como de cosas que verdaderamente se *merecen* o pueden merecerse (2), y de que en rigor se hacen *dignos* todos los cristianos *perfectos* (3). Y así es como S. Alfonso

(1) Cfr. B.º Juan de Avila, *Audi Filia,* cap. 89.

(2) En su *Vida,* c. 21, dice que «*no todas las veces* los da (Dios) porque se lo han *merecido*». Con la cual da muy bien a entender que por lo menos *algunas veces*—, y quizá las más, ya que «no todas»,—*sí se lo han merecido.*

(3) Ricardo de S. Víctor *(De Contempl.,* l. 1, c. 2), hablando de tres modos de contemplación, de los cuales el tercero es *ex sola gratia divina,* advierte que todos ellos los experimentan quienes lo *merecen:* «Hos igitur contemplationis modos experiuntur qui usque ad summam ejusmodi gratiae arcem *sublevari merentur*». «Soli *spirituales,* añade *(ib.,* l. 3, c. 8), *digni inventi sunt,* qui videant opera Dei et mirabilia ejus in profundo. In hoc sané profundo invenies multa stupenda et admiratione digna: ibi invenire licet alium quemdam orbem, latum quidem et amplum... Ibi sua quaeque terra suum habet coelum, nec unum tantum, sed secundum post primum, et tertium post primum et secundum... Ad tertium autem spectant spiritualium ipsorum etiam divinorum comprehensiones et contemplationes».

La visión, o sea el conocimiento experimental de las cosas de Dios y la divina contemplación, según San Bernardo *(Serm.* 46 *in Cánt.),* es *premio* de la obediencia a sus palabras, realmente *merecido* con la fidelidad en oirlas y seguirlas: «Ergo auditus, advierte *(Serm.* 28 *in Cánt.),* ad *meritum,* visus ad *praemium.* Unde propheta: *Auditui meo,* inquit *(Ps.* 50), *dabis gaudium et laetitiam:* quod fidelis retributio auditionis, beata visio sit... Felix, cui veritas attestatur dicens *(Ps.* 17): *In auditu auris obedivit mihi. Dignus qui videam* si prius quam videam obedisse inveniar... *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud*». *(Lc.* 11). Entonces, añade (Ib. *Serm.* 62), será ya el alma también *digna de ser vista* o mirada con ojos de complacencia: «Non erit digna videri quandiu non erit videre idonea... Placeat necesse est facies, quae in Dei claritatem intendere potest». De un alma así, vuelve a decir *(Serm.* 69), no negaré que sea ya *digna de los favores del divino Esposo*». «Los consuelos de la oración, dice a su vez la famosa *Epístola ad Fratres de Monte Dei,* a veces los *merecen* nuestros esfuerzos: *meretur labor obsecrantis;* otras veces concédese gratuitamente a los imperfectos lo que *pro praemio sanctitatis reddi solet meritis perfectorum*».

Según Santo Tomás (In Dionys., *De divinis Nomin.* c. 1, l. 3), las inefables comunicaciones de la vida mística son propias de quienes se han hecho *dignos* de vivir con los ángeles: «Licet nunc hujusmodi immissiones sint nobis ineffabiles et ignotae, inerunt tamen aliquibus hominibus, sed illis solis qui *digni habiti sunt* ipsis angelis, id est, societate et consortio angelorum quantum ad cognitionem superangelicam».

Nadie es *digno* de los celestiales consuelos, dice el Kempis (l. 1, c. 20), sino *el que diligentemente se ejercita en la santa compunción*». (Cf. id. lib. 4, c. 15).—«Sólo el amor, escribe el P. Massoulié, O. P. *(Tr. de la veritable oraison,* p. 2, c. X; cf. *ib.* P. 3, c. IV), *merece* las divinas comunicaciones».

El P. Godínez, S. J. *(Teol. míst.* l. 3, c. 6) declara que la contemplación la da Dios «como *premio* a los muy retirados». Y el mismo Apóstol *(Col.* 1, 12) da gracias al Señor por haber sido hecho *digno* de entrar en esas sublimes regiones de luz, propias de los santos. Cf. S. Agustín, *Meditat.* c. 16, n. 3; Ca-

Rodríguez dice y repite (1), que debemos procurar, buscar y pedir—seguros de que lo podremos conseguir como de justicia—este reino de la divina contemplación.

Santo Tomás, enseña, en efecto, que se puede merecer propiamente, o sea de condigno, junto con la vida eterna—término o expansión de la gracia—y con el aumento de ésta, todo el proceso de su desarrollo y todo cuanto contribuya a favorecerlo, ya le sea del todo necesario, ya simplemente útil, sin excluir los mismos bienes temporales en cuanto a ese fin convengan (2).

Luego, como las gracias místicas—por sentencia hoy ya casi común—pertenecen a ese desarrollo de la gracia santificante, o sea de la vida eterna en nosotros, y son evidentemente y a juicio de todos, según hemos visto ya, por de pronto medios poderosísimos de santificación, uti-

siano, *Collat.* X, c. 6 y 7; Santa Teresa, *Camino*, c. 16; *Morada* III, c. 2; San Juan de la Cruz, *Noche* I, c. 3 y 10; *Cánt. espir.*, 10, 31, 32, 33; *Llama*, canc. 2; canc. 3, v. 3, § 4.—S. L. Justiniano, *De C. Connubio*, c. 11, dice así: «Non gratis accepit..., sed gratia secum cooperante hoc *meruit*». Cf. *Fasciculus amoris*, c. 14. S. Pedro Damiano, *De perfec. monast.*, c. 8.

Así interpretan los maestros de espíritu la bendición de Jacob a Isacar (*Gen.* 49, 14-5): *Isacar es como jumento fuerte, que mora entre dos términos: vió el descanso que era bueno, y la tierra que era escogida; puso el hombro a la carga, y sirvió con tributo.*—«¿Quién, dice Ricardo (*De Praep. ad Contempl.* P. 1, c. 36),— y con él el P. La Puente (*Guia*, tr. 3, c. 1, § 1), ¿quién es Isacar, que significa *jornal* o *premio*, sino aquel varón que con la esperanza de los *premios de esta vida*, y de la otra, se ha hecho como jumento fuerte, sintiendo de sí bajamente por la humildad, y llevando fuertemente las cargas de la ley por la obediencia, diciendo con David (*Ps.* 72): *Hiceme como jumento delante de Ti, para estar siempre contigo?* Este varón tan humilde y fuerte «mora en los dos términos», porque ni bien está en esta vida temporal ni tampoco en la eterna. En la una está con el cuerpo, en la otra con el espíritu... *Vió*, con la ilustración del Cielo, *que el descanso* y *holganza* de la vida eterna, que se goza en la tierra de los vivos, y la que se goza por la contemplación en esta tierra de trabajos, *era buena*, santa, provechosa, deleitable y apetecible; y aficionado a lo que vió, bajó el hombro para llevar cualquier carga que Dios le pusiese, y resolvió de *pagarle* cualquier tributo que le echase, en razón de alcanzar la holganza y descanso que esperaba». Así añade el mismo P. La Puente (*ib.*, c. 2, § I) que debemos detenernos en la meditación, hasta que seamos *dignos* de que nos llame el Señor a la contemplación.

«El verdadero obediente, dice S. Juan Clímaco (*Escala*, c. 18), es todo esclarecido de Dios cuando se llega a la oración, y muchas veces es allí maravillosamente consolado y visitado...»

De este modo *premia* Dios en esta misma vida con las dulzuras de su amor el fiel ejercicio de la caridad que nos tiene mandada, según lo que dice San Bernardo (*in Cant., Serm.* 1): «Charitas in opere mandatur ad *meritum*; charitas in *affectu* datur in *praemium*».—Cf. Alvarez de Paz, *De Perfect.* t. 1, l. 3, P. 1, c. 9.

(1) *Declaraciones del Padre Nuestro*, c. 4, 9, 11-12.

(2) «Illud cadit sub merito *condigni*, ad quod motio gratiae se extendit: motio autem alicujus moventis non solum se extendit ad ultimum terminum motus, sed etiam ad *totum progressum in motu:* terminus autem gratiae est vita aeterna, progressus autem in hoc motu est secundum augmentum charitatis vel gratiae; secundum illud (*Prov.* 4): *Justorum semita quasi lux splendens, procedit et crescit usque ad perfectum diem,* qui est dies gloriae. Sic igitur augmentum gratiae cadit sub *merito condigni*». (S. Thom. 1-2, q. 114, a. 8).

lísimos para llegar en menos tiempo y con menor trabajo a mayor altura en la vida espiritual; y, según luego veremos, más que *útiles* son, conforme reconoce Saudreau, del todo *necesarias* e indispensables para llegar a la unión divina y adquirir la plena perfección y santidad a que somos llamados; de ahí que por esta imperiosa *necesidad,* y cuando menos por su grande e indiscutible *utilidad,* caigan sin duda alguna, de suyo, bajo el mérito riguroso (1). Porque si se puede merecer de condigno lo que de algún modo ayude, aunque sea muy remotamente, a la consecución de nuestro último fin, ¿cuánto más lo que tan de cerca y tan eficazmente contribuye a realizarlo plenamente y según la voluntad divina?

Ya S. Máximo hacía ver muy bien en pocas palabras ese maravilloso proceso de la gracia, mostrando cómo la primera, bien recibida, nos llevaría a merecer su plena expansión en la vida mística: "El que cree—cual conviene, o sea con fe viva—, dice (P. G. t. 90, *col.* 1089. *Cent.* I, n. 16), teme; el que teme, se hace manso y humilde; el manso y humilde, guarda los mandamientos; el que guarda los mandamientos, es purificado; el purificado va siendo iluminado; y el que es iluminado *merece* penetrar en la cámara más íntima de los misterios y gozar de los abrazos del Verbo Esposo".

"En todos los cristianos, añade *(col.* 1209, n.º 73), está presente el Espíritu Santo como autor de la adopción; mas como dador de la (mística) sabiduría sólo está en aquellos que, por su conducta inspirada de Dios se han *hecho dignos* de poseerlo y ser por El deificados."

Puesto que el Concilio de Trento (S. 6, can. 32) pone al mismo nivel el mérito en lo relativo a todo verdadero aumento de la gracia y en lo tocante a la consumación de ésta, o sea a la vida eterna—declarando de fe que los justos pueden merecer verdaderamente ambas cosas—, y puesto que las gracias místicas se reducen en rigor a

(1) «Illud quod *sub merito* cadit est *praemium vel merces,* quod habet rationem alicujus boni. Bonum autem hominis... *simpliciter est ultimus finis ejus... Et per consequens omnia* illa quae ordinantur ut *ducentia* ad hunc finem, ut talia, *simpliciter cadunt sub merito...* Si temporalia bona considerentur prout sunt utilia ad opera virtutum quibus perducimur in vitam aeternam, secundum hoc directe et simpliciter cadunt sub merito: sicut et augmentum gratiae et *omnia illa quibus homo adjuvatur ad perveniendum in beatitudinem* post primam gratiam». (S. Thom. 1-2, q. 114, a. 10).

En esto deben comprenderse, según Medina, aun los auxilios especiales para llegar a las cumbres de la santidad, y por tanto, las gracias místicas.

«Haec bona quae *ex speciali Dei auxilio* et providentia conceduntur homibus justis, *ut procedant de virtute in virtutem, donec videatur Deus in Sion,* cadunt sub *merito de condigno,* et sunt enumeranda inter effectus praedestinationis». Medina, *in* 1-2, q. 114, a. 10.

los siete dones del E. S., los cuales se unen siempre en la caridad y crecen con ella y con la gracia santificante (1); al merecer el aumento de esta última no podrán menos de merecer también, siquiera indirectamente, el de sus anexos: la caridad y los místicos dones.

Y como, por otra parte, es indudable que estos mismos no pertenecen a las gracias *gratis datas* (que no pueden de suyo merecerse por lo mismo que se ordenan ante todo al bien de otros), sino a las que nos son del todo necesarias para nuestra propia salud, que nos hacen gratos a Dios, que nos justifican y santifican (2), está claro que aun directamente se debe merecer su aumento—como se merece en general el de la gracia santificante—con el buen uso y santo ejercicio de los mismos dones, mediante la fidelidad y docilidad a las inspiraciones divinas, que tienden a ponerlos en *acto;* y con el acto o ejercicio directamente crecen y se desarrollan y corroboran como los demás hábitos infusos.

No obsta que el Espíritu Santo sea quien principalmente obra por ellos, por ser tan suyos; que esto no quita de que también nosotros cooperemos (3), y aun debamos cooperar con toda el alma, cueste lo que cueste, haciendo y previniendo cuanto está de nuestra parte, so pena de ser privados de sus favores (4). Ni tampoco obsta que El inspire donde quiere y divida sus dones a su placer; que otro tanto hace para el caso, según Santo

(1) «Dona Spiritus Sancti connectuntur sibi invicem in charitate: ita se. quod qui charitatem habet, omnia dona Spiritus Sancti habeat, quorum nullum sine charitate haberi potest».—S. Thomas, 1-2, q. 68, a. 5.

(2) Cf. S. Thom. 1-2, q. 68, a. 2; q. 69, a. 1; *In* III *Sent.* D. 35, q. 2, a. 3, sol. 2; D. 36, q. 1, a. 3.

(3) «Dona sunt tantum a Deo, dice Sto. Tomás *(in* III *Sent.* D. 34, q. 1, a. 4, ad 4). Sed operationes donorum, quae sunt etiam beatitudines, sunt etiam a nobis».

(4) «Mientras no se pone algo de parte de la criatura, decía Nuestro Señor a Sor María de la Antigua *(Desengaño,* l. 9, c. XI), es señal de que no quiere recibir el don del Criador; y por no sentir el acíbar que hay en esto, tienen por bien ser excluídos de la dulzura de mis regalos, aunque ya les han probado.—Conoce lo poco que aprovechan las muchas mercedes mías en no habiendo disposición en el alma, y cómo mienten los que dicen: si nos hiciese las particulares mercedes que hace a los suyos, también le serviríamos como ellos: antes el no hacerlas Yo es señal cierta de lo mal que dellas se habían de aprovechar. Sin comenzar a servir, quieren ser *pagados*... Yo soy justo en mis obras, y así doy a cada uno *según la medida de sus merecimientos;* los cuales no consisten tanto en las obras que hacen, cuanto en la libertad con que se determinan a hacerlas.—Escrito está *(Luc.* 6, 38): *Da para que seas digno de recibir.* Y el que no sólo no da antes que reciba, sino después de haber recibido la grandeza de mis mercedes y dones, no les quisiere hacer lugar... ¿a qué estará este tal obligado? Si el que no busca la Sabiduría ni pone en esto su cuidado, dice el Sabio que morirá de hambre por justo castigo de su pereza, ¿qué castigo se le dará al que la misma Sabiduría le buscó sin que lo mereciese, y él, por no salir de su propio amor ni tomar las armas contra los vicios, quiso más la fingida paz del enemigo que romper por las dificultades que se le ponían delante?»

Tomás (1), con la caridad y demás virtudes infusas, a las cuales por eso mismo llama él también "gratuítas" (*In* III *Sent.* D. 36, q. 1, a. 2), y aun con la misma gracia santificante, que hemos recibido como otra nueva naturaleza; y, sin embargo, crecen normalmente con las buenas obras que así lo merecen de condigno (2). Y si el incremento de las gracias místicas lo recibimos sólo cuando y como al E. S. le place, lo mismo en substancia viene a suceder también con el de las virtudes y la gracia habitual, a juicio de Santo Tomás y de todos los tomistas, según los cuales no crecen de continuo, sino a sus tiempos, cuando el mismo divino Espíritu lo determina y ve que es hora de remunerar el trabajo, sea con el aumento de las virtudes, sea con el de los dones (3).

Además, en todas las siete peticiones de la *Oración Dominical* pedimos siempre algo que a ellos se refiere; si no el aumento de uno de ellos en cada una (4), al menos el de todos en todas (5). Y como esas admirables peticio-

(1) «Quantitas charitatis non dependet ex conditione naturae, vel ex capacitate naturalis virtutis; sed *solum ex voluntate Spiritus Sancti distribuentis sua dona prout vult*» (S. Thom. 2-2, q. 24, a. 3).

(2) «Vere justi nominamur et sumus, justitiam in nobis recipientes unusquisque secundum suam mensuram, quam Spiritus Sanctus partitur singulis prout vult et secundum propriam cujusque dispositionem et cooperationem».—«Si quis dixerit justitiam acceptam non conservari, atque etiam augeri... per bona opera, A. S.— *(Conc. Trident.* S. 6, c. 7, et can. 24).

«Ipsa justitia, cum proficimus, crescit..., et unusquisque vestrum jam in ipsa justificatione constitutus..., proficiens de die in diem..., *proficiat et crescat donec consummetur*».—S. August. *Serm.* 158, 5.

«Illa virtus secundum quam sua dona Deus dat unicuique, est *dispositio vel praeparatio* praecedens, sive *conatus* gratiam accipientis. Sed hanc etiam dispositionem vel conatum praevenit Spiritus Sanctus movens mentem hominis vel plus, vel minus, secundum suam voluntatem. Unde Apostolus dicit ad Colos. 1: Qui *dignos nos fecit* in partem sortis sanctorum in lumine». (S. Thom. 2-2, q. 24, a. 3, ad 1).

(3) «Quolibet actu meritorio meretur homo augmentum gratiae, sicut et gratiae consummationem, quae est vita aeterna. Sed sicut vita aeterna non statim reditur, sed suo tempore; ita nec gratia statim augetur, sed suo tempore, cum scilicet aliquis sufficienter fuerit dispositus ad gratiae augmentum». S. Thom. 1-2, q. 114, a. 8, ad 3.

(4) S. Agustín, *De Serm. Dom. in Monte*, l. 2, 38.

(5) «Petitur per quamlibet petitionem aliquid eorum quae ad aliquod donorum pertinent... Sicut dona sufficienter perficiunt in omnibus quae sunt activae et contemplativae vitae, sive in praesenti, sive in futuro, ita et in omnibus per petitiones divinum auxilium imploratur... Sed petere oportet omnia quibus indigemus ad operandum; quae non possumus nisi a Deo habere. Unum autem donum ad sui operationem indiget pluribus auxiliis, et idem auxilium valet ad actus multorum donorum... In operibus autem contemplativae indigemus duplici auxilio. Unum est ut ipsorum contemplabilium, sc. divinorum, majestas et dignitas appareat... et hoc auxilium petitur per primam petitionem: *Sanctificetur nomen tuum*... Et quia ex hoc quod homo hujus excellentiae particeps fit, ordinare et judicare habet, quod est sapientiae; ideo haec petitio ad sapientiam reducitur, et ad septimam beatitudinem.— Aliud auxilium est ut *in contemplatione horum magnalium nostram beatitudinem cognoscamus*, ut sic magis his contemplandis homo inhaerescat: et auxilium petitur per secumdam petitionem: *Adveniat regnum tuum. Glossa:* «idest, *manifestetur* hominibus», ut sc. in nobis veniat, et in Christo regnare

nes, hechas en el nombre del Señor y *para el fin que El mismo las ordenó*—que es para todo lo perteneciente a nuestra salud espiritual—y en las debidas condiciones, no sólo son infaliblemente *impetratorias*, sino también rigorosamente *meritorias de condigno*, de ahí que al pedir que *venga ya a nosotros el reino de Dios*—o como explica Santo Tomás, "se nos manifieste"—mediante la vida mística, no solamente lo *alcancemos*, pidiéndolo con perseverancia, sino que de justicia lo *merezcamos* recibir a su tiempo, aunque no siempre desde luego, como a su tiempo entraremos en el de la Gloria, perseverando, y no desde luego al punto de merecerla con las buenas obras de cada día (1).

Por eso con gran razón insiste S. Alfonso Rodríguez en que debemos pedir fervorosa y constantemente fiados de poder alcanzarlos con igual derecho y seguridad el reino de la gloria y el de la contemplación o vida mística. Y ya Santa Teresa, al explicar el *Pater Noster*, advirtió que, rezándolo como conviene, apenas se podrá

mereamur... Unde idem est hoc petere, quod dicere: *Ostende faciem tuam, et salvi erimus (Ps.* 79, 8): et ideo haec petitio reducitur ad sextam beatitudinem, et donum intellectus.—In operibus autem activae indigemus... ut bona nobis conferantur, quibus ad bene operandum adjuvemur... Et hoc petitur in tertia petitione: *Fiat voluntas tua*... Idem est hoc petere, quod dicere: *Gressus meus dirige secundum eloquium tuum (Ps.* 118, 133); et hoc reducitur ad quintam beatitudinem... et ad donum consilii»...—S. Thom. *In* III *Sent.* D. 34, q. 1, a. 6.—«*In hac oratione*, añade *(ib.* ad 2), non solum petuntur habitus donorum: quia petitiones horum habituum, quantum ad intellectum et sapientiam comprehenduntur in primis duabus petitionibus; et quantum ad omnes habitus donorum, vel virtutum, qui dirigunt in via activa, petuntur in tertia petitione, quia omnes habitus operativi non sunt nisi ad obediendum Deo; sed *per singulas petitiones petuntur ea quae aliquo modo pertinent ad omnia dona*».

Por cada petición, dice en otro lugar, podemos alcanzar una bienaventuranza. Así, por la 2.ª, «cum petimus quod adveniat regnum, oramus quod non regnet in nobis peccatum, sed ipse Deus.—Per hanc autem petitionem *pervenimus ad beatitudinem*, qua dicitur *(Mt.* 5): *Beati mites*».—Por la 4.ª petición, pedimos, añade, «ut det nobis panem, id est, verbum suum. Ex hoc autem provenit homini beatitudo quae est *fames justitiae*. Nam postquam spiritualia habentur, magis desiderantur; et ex hoc desiderio provenit fames, *et ex fame sacietas vitae aeternae*». S. Thomas, *Exposit. Orat. Dominicae*, 4.ª petit.—«Hoc praecipue est in oratione petendum, ut Deo uniamur» (2-2, q. 83, a. 4, ad 2).

(1) «Si id quod petitur sit *utile* ad beatitudinem hominis, quasi *pertinens ad ejus salutem, meretur illud* non solum *orando*, sed etiam alia bona opera faciendo.—Et ideo indubitanter accipit quod petit, sed quando debet accipere.—Quaedam enim non negantur, sed ut congruo dentur tempore differuntur, ut Augustinus dicit *(super Joan.*, tr. 102). Quod tamen potest impediri si in petendo non perseveret. Et propter hoc dicit Basilius *(Serm. de orando Deum)*: «Ideo quandoque petis et non accipis, quia perperam postulasti vel infideliter, vel leviter, vel non conferentia tibi, vel destitisti...» Et ideo ponuntur quatuor conditiones, quibus concurrentibus semper aliquis impetrat quod petit, scilicet, *pro se* petat, *necessaria ad salutem, pie, et perseveranter*» (S. Thom., 2-2, q. 83, a. 15, ad 2).—Así la buena oración merece no sólo para la vida eterna, como toda obra buena, sino también la misma asecución temporal de los bienes que le están vinculados por promesas divinas.

menos de entrar por fin en oración sobrenatural o contemplación, pues esto le parece ser lo allí principalmente pedido (1). Este es, pues, el reino que *padece violencia*, y que los valerosos y esforzados *arrebatan*, ganándolo como por *derecho de conquista*.

Tal es el reino de Dios que está dentro de nosotros (*Lc.* 17, 21), el reino donde, después de pasar por muchos aprietos, despojos, purificaciones, privaciones y trabajos, vencidos nuestros enemigos, se logra gozar de la dulce paz del Espíritu Santo y de las imponderables riquezas de las bienaventuranzas (2). Estas, siendo aún como flores respecto de la felicidad venidera, con todo ya en sí mismas, con respecto a la vida presente, son frutos de santidad y merecida corona de honor y justicia (3). Pues fru-

(1) El alma, dice Sor María de la Antigua (*Desengaño*, l. c, c. 4), «fué hecha para este fin—para tratar y comunicar con Dios día y noche—, y así en sólo él no hay dificultad ninguna de parte de mi dulce y buen Señor; porque en las demás cosas que le pedimos sí la hay; porque por la mayor parte, cuando son cosas de la tierra, le pedimos lo que nos convenía rogar que lo apartara. Mas en pidiéndole este don, que le dió a nuestro padre Adán, y con él a todos nosotros; quitando nosotros los estorbos que nos lo impiden, reconoce mi gran Señor... que *pedimos con justicia*, y que es este el mayorazgo a tenemos *derecho*» (Cf. Casiano, *Collat.* 9, c. 18).

(2) «Antes de llegar a descubrir este secreto centro, advierte la M. Cecilia del Nacimiento (*Transformac.* canc. 4, Declar. 2.ª), hay mucho que pasar; porque hasta que más se purifique el alma, adelgace y sutilice el espíritu, y se le descubra esta secreta y divina luz, no es capaz que se le quite el velo y velos que obscurecen e impiden el ver y sentir este divino bien que da Dios a las almas que con gran sed le buscan, y es propia obra de Dios muy sobrenatural, y la obra El en quien quiere más presto o más tarde como El se digna y el alma se dispone con su gracia».—Tal es, dice Osuna (tr. 6, c. 3), «el reino de Dios que *por conquista debemos ganar*». «Exterso igitur speculo, et diu diligenter inspecto, dice San Bernardo—o sea el autor del tratado *De interiori domo*, c. 14—incipit ei quaedam divini luminis claritas interlucere, et immensus quidam insolitae visionis radius oculis cordis apparere. Ex hujus luminis visione animus inflammatus, incipit munda cordis acie superna et interna conspicere, Deum diligere, Deo adhaerere, cuncta quae adsunt, tanquam non sint considerat, cunctis suis affectionibus renunciat, et totus soli incumbit amori, sciens solum illum esse beatum, qui Deum amat.—Porro ad tantam gratiam numquam pertingit mens per propriam industriam: *Dei donum est* hoc, non (en cuanto *excesivo*) hominis meritum. *Sed absque dubio talem ac tantam gratiam ille accipit, qui deserit curam seculi, et agit curam sui;* qui studet se frequenter cogitare, et diligenter agnoscere quid ipse est.—Redi ergo ad cor tuum, et diligente discute te ipsum... De cognitione tui poteris sublevari ad contemplationem Dei».

«*Hujusmodi quippe donum*, advierte S. Lorenzo Justiniano (*De casto Connubio*, c. 3), non pro tempore conceditur, *sed pro meritis*, non aetas, non sexus, non conditio discernitur, *sed gratia*».

(3) «In istis beatitudinibus, quaedam ponuntur ut mérita, et quaedam ut praemia. Et hoc in singulis: *Beati pauperes;* Ecce méritum. *Quonim ipsorum* etc. Ecce praemium; et sic in aliis. Circa meritum sciendum quod Philosophus distinguit duplex genus virtutis: unum communis, quae perficit hominem humano modo; aliud quam vocat heroicam, quae perficit supra humanum modum... Et istae virtutes vocantur divinae. Isti ergo actus sunt *perfecti*... Ergo *ista merita* vel sunt actus donorum, vel actus virtutum *secundum quod perficiuntur a donis... Ista praemia* quae Dominus hic tangit possunt dupliciter haberi, se. perfecte et consummate, et sic in patria tantum; et secundum inchoationem et imperfecte, et sic in via. Unde sancti habent

tos de honor y honestidad son las místicas flores de la divina sabiduría *(Eccli.* 24, 23); y son a la vez una *heren-*

quandam inchoationem illius beatitudinis... Beati ergo pauperes spiritu; non spe tantum, sed etiam re». S. THOMAS, in Matth., V.

«Ea quae in beatitudinibus tanguntur tanquam *merita*, añade (1-2, q. 69, a. 2), sunt quaedam praeparationes vel dispositiones ad beatitudinem vel perfectam vel inchoatam: ea vero quae ponuntur tanquam *praemia*, possunt esse vel ipsa beatitudo perfecta, et sic pertinent ad futuram vitam; vel aliqua *inchoatio beatitudinis*, sicut *in viris perfectis; et sic praemia pertinent ad praesentem vitam*».—Y esa *bienaventuranza incoada, propia de los varones perfectos* en general, y que así se recibe como *premio en esta vida*, no es otra cosa, conforme hemos visto ya, sino la misma *divina contemplación*, o sea la *vida mística*.—«Omnia illa *praemia*—advierte el Santo (*ib.* ad 3)—perfecte quidem consummabuntur in vita futura, sed interim etiam in hac vita quodammodo inchoantur; nam regnum coelorum potest intelligi *perfectae sapientiae* initium, secundum quod incipit in eis Spiritus regnare. Possessio etiam terrae significat affectum bonum animae quiescentis per desiderium in stabilitate haereditatis perpetuae, per terram significatae. Consolantur autem in hac vita per Spiritum Sanctum... In hac etiam vita, purgato oculo per donum intellectus, Deus quodammodo videri potest. Similiter etiam in hac vita qui motus suos pacificant ad similitudinem Dei accedentes, *filii Dei* nominantur: tamen haec perfectius erunt in Patria».—Cf. 2-2, q. 9, a. 4, ad 1.

«Ad has vero beatitudines, advierte a su vez San Buenaventura *(Breviloquii*, P. 5, c. VI), propter sui perfectionem et plenitudinem, duodecim fructus Spiritus, et quinque spirituales sensus consequuntur: qui non dicunt novos habitus, sed *status* delectationum, et *usus spiritualium speculationum*, quibus *replentur et consolantur spiritus virorum justorum*... Sapientia disponit ad pacem... Qua pace adépta, *necessario sequitur superabundans delectatio spiritualis*, quae in duodenario fructuum Spiritus continetur, ad insinuandam superabundantiam delectationum... Et tunc est homo *ad contemplationem idoneus*, et ad adspectus et amplexus Sponsi et sponsae, et qui fieri habent secundum sensus spirituales, quibus videtur Christi Sponsi summa pulchritudo, sub ratione splendoris; auditur summa harmonia, sub ratione Verbi; gustatur summa dulcedo, sub ratione sapientiae comprehendentis utrumque, verbum scilicet et splendorem; odoratur summa fragrantia, sub ratione verbi inspirati in corde; astringitur summa suavitas, sub ratione Verbi incarnati inter nos habitantis corporaliter, et reddentis se nobis palpabile, osculabile, amplexabile, per ardentissimam charitatem, quae mentem nostram per *extasim et raptum transire facit ex hoc mundo ad Patrem*... Habitus virtutum ad exercitium principaliter disponunt activae vitae; habitus vero *donorum*, ad *actum contemplativae*; habitus autem beatitudinum, *ad perfectionem utriusque*. Fructus vero Spiritus... dicunt *delectatiónes consequentes opera perfecta*. Sensus vero spirituales dicunt *perceptiones mentales* circa veritatem *contemplandam*».

«Haciéndoos gozar de mi *vista*, de la plenitud de mi dulzura y de mis gustos divinos, decía el Eterno Padre a Sor Benigna Gojoz *(Vie*, 3.ª P., c. 3), *recompenso* vuestra fe, afianzo vuestra esperanza y aumento vuestro amor para conmigo y os muestro el mío; de suerte que vuestra caridad es *coronada* en cierta manera desde esta vida mortal».

«Apparet autem his qui fidem habent in illum *(Sap.* 1); fide enim purificatur cor. *(Act.* 15).—Et quia visio succedet fidei, ideo dicitur: *Quoniam ipsi Deum videbunt*, qui scilicet habent munditiam generalem ab alienis cogitationibus per quam cor eorum templum Dei sanctum est, in quo *Deum contemplandum vident*... Specialiter vero: *Beati mundo corde*, id est, qui habent munditiam carnis. Nihil enim ita impedit spiritualem contemplationem sicut immunditia carnis». S. THOMAS, *in Mt.* 5.

«Vitae puritatem et morum honestatem sectaberis, dice Alvarez de Paz *(De Inquis. Pacis*, l. V, P. 1, appár. 1, c. 9), si omnino vis ad contemplationis gratiam pervenire... Huic puritati contemplatio Dei *promissa est*. Nam *beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt (Mt.* V, 8). Et Bernardus *(Serm.* 67 *in Cant.*), illi soli experimentum divinae suavitatis concessum esse ait, qui praecipua mentis puritate et corporis sanctitate pollet».

cia y un *galardón: Ecce haereditas Domini, filii, merces fructus ventris (Ps.* 126, 3).

Por lo que hace a las promesas que el Señor nos ha hecho de comunicarnos tan excelente bien, de darnos la corona de la vida si somos fieles, de saciarnos en la fuente misma de las aguas vivas, si tenemos verdadera sed de ellas (1), de imponernos el nombre nuevo de los vencedores, si logramos serlo, y hacernos gustar el maná escondido y los dulcísimos frutos del árbol de la vida, a cuya sombra hallaremos el verdadero descanso para nuestras almas—frutos que son los mismos de la justicia y de la sabiduría—; esas promesas y otras muchas que dejamos ya indicadas son tan reiteradas y tan terminantes, que no pueden menos de cumplirse generosamente si por nuestra parte ponemos las debidas condiciones (2).

Estas se resumen todas en la perfecta *justicia,* a la cual tantas veces se ofrece, en diversas formas y figuras, ese excelente premio como su corona de gloria (3);

(1) «Effundam enim aquas super sitientem, et fluenta super aridam: effundam spiritum meum...» *Is.,* 44, 3.

(2) «Es tan inmensa la liberalidad de Dios N. Sr., advierte el P. La Puente *(Guía,* tr. 3, c. 1), que no se contentó con habernos prometido una bienaventuranza eterna... La cual consiste en la contemplación y vista clara de su Divinidad, con el amor encendidísimo de su infinita bondad y con el gozo y posesión de sus inestimables riquezas, sino también quiso *prometernos y darnos* en esta vida otra bienaventuranza muy parecida a la eterna, por lo que della participa: la cual, como dice San Agustín (ex D. Th., 1-2, q. 5, a. 3; lib. 11 de Trin. cap. 8), consiste en la *contemplación amorosa y gozosa del mismo Dios*».

(3) «Dicite justo quoniam bene, quoniam fructum adinventionum suarum comedet».—*Is.,* 3, 10.—«A los justos, dice el V. Beda *(Opera,* P. 3, sect. I, lib. 2, Homil. XI), no sólo concede el Espíritu Santo el descanso perfecto en la gloria futura, sino que también al presente derrama sobre ellos grandísima consolación cuando enciende sus almas en el fuego celeste de la caridad. Y esta es cabalmente la verdadera y, por mejor decir, la única felicidad de las almas en la presente vida... Todos los que, inspirados por el divino Espíritu, llevaren el suavísimo yugo del Señor... gozarán al presente de cierta imagen de la futura gloria..., anhelando alcanzar la perfecta contemplación».

«Corramos, pues, ahora, hermanos, corramos *porque merezcamos gozar de la entrada* y aposento de este palacio real... No nos excusemos con la carga de nuestro cuerpo, ni con la condición del tiempo, ni con ser tan deleznable nuestra naturaleza; pues todos los que fuimos lavados y reengendrados en el bautismo, recibimos poder para hacernos hijos de Dios».—S. Juan Clímaco, *Escala,* c. 30.

«Habet quippe virtus, escribe Alvarez de Paz (de *Inquisit. Pacis,* l. 5, *Prooem.),* suum praemium in coelis, quo absque dubio nullus virtutis particeps fraudabitur. *Sed ultra illud* solet Dominus aliquos *in hac vita quasi in partem praemii altissima contemplatione donari.* Prudenter te geres, vir Dei, si haec contemplationis desideria frequentes, quoniam vere id desideras quod majus omnibus est».

«El engaño de muchos hombres, dice la V. Hipólita Rocaberti, O. P. *(in Mt.* 5, 5), es que oyendo estas *promesas* de N. S. J. C., creen que todo el consuelo se guarda en la otra vida; y como les parece tan lejos, no arrostran a ello, por ser tan amigos del deleite presente... Verdad es que a los escogidos en el cielo les está aparejado aquel sumo y grandísimo consuelo y alegría que ha de durar para siempre; pero no por eso los deja Dios ayunos de consuelo en el camino: antes de ordinario estos que sirven a Dios N. Salvador

y pueden reducirse a la *humildad,* con que el alma, reconociendo su propia nada y flaqueza, procura honrar y admirar la grandeza de Dios, agradecerle sus favores y utilizarlos bien, sin nunca apropiárselos (1); la *generosidad* en corresponder a los beneficios divinos aceptando con amor los sacrificios que en cambio se nos impongan; el amor y aprecio de la gracia y los ardientes *deseos* de la justicia; la *fidelidad* a las santas inspiraciones y mociones, y, por fin, la firme *confianza* y *perseverancia* en llamar a las puertas de la divina piedad, a fin de *merecer* que a su debido tiempo nos sean abiertas, según nos prometió el Señor *(Mt.* 7, 7) (2).

Por tanto, esta perseverante oración, hecha en gracia y en espíritu y verdad, no sólo obtiene o *alcanza,* sino que por disposición divina *merece alcanzar* lo que así pide en orden a la vida eterna; mientras que, sin la gracia y las virtudes, sólo se puede *obtener,* pero no *merecer,* como ni tampoco obrar la salud (3).

A los que de ese modo oran y adoran y sirven a Dios con limpio corazón, como inocentes y justos de veras, se les ofrece y asegura el poder subir a la cumbre del monte de la santidad y recibir tales bendiciones y gracias, que puedan allí descansar gozando de los más preciosos bienes y de una anticipada gloria (4). A las almas que

están más consolados sin comparación que los que sirven al mundo. No tienen número los consuelos que en la oración recibieron, y aun reciben el día de hoy, *todos* los que de veras se dan a la oración mental, y de veras la saben tener. De esta oración no se puede excusar ninguno cristiano, ni el casado ni el soldado, ni de ningún estado, por negociante y ocupado que sea».

(1) Cf. Santa Teresa, *Morada* IV, c. 2; *Vida,* c. 39. «Perfecti viri, *pro humilitatis merito* sublimitatem supernae contemplationis accipiunt (S. Gregorio, *in* I *Regum,* lib. III, c. 4.

(2) «Esta alma, dice San Juan de la Cruz (*Llama,* c. 2), que antes que llegase a este estado, estaba fuera, sentada como Mardoqueo a las puertas del palacio llorando..., en un día, como al mismo Mardoqueo, le *pagan* todos sus *trabajos* y *servicios,* haciéndola, no sólo entrar dentro del palacio y que esté delante del rey vestida con vestiduras reales, sino que también se le ponga la corona y el cetro y silla real, con posesión del anillo del rey para que todo lo que quisiere haga, y lo que no quisiere no haga, en el reino de su Esposo; porque los de este estado todo lo que quieren alcanzan».

(3) «Oratio innititur principaliter fidei, non quantum ad efficatiam merendi, quia sic innititur principaliter caritati, sed quantum ad efficatiam impetrandi, quia per fidem habet homo notitiam omnipotentiae divinae et misericordiae, ex quibus oratio impetrat quod petit» (S. Thom. 2-2, q. 83, a. 15, ad 3).

Por eso hasta los aun indispuestos, imperfectos o pecadores pueden alcanzar los dones de Dios, *pidiéndolos* y procurando a la vez *disponerse* para recibirlos.—«Quamvis ejus (peccatoris) oratio non sit *meritoria,* potest tamen esse *impetrativa,* quia meritum innititur justitiae, sed impetratio innititur gratiae» *(Ibid.,* a. 16, ad 2).

(4) Quis ascendet in montem Domini? Aut quis stabit in loco sancto ejus? *Innocens* manibus et mundo corde... Hic accipiet benedictionem a Domino *(Ps.* 23, 3-5).—*Domine... quis* requiescet *in monte tuo? Qui ingreditur* sine macula, *et operatur* justitiam *(Ps.* 14, 1-2).—*Quia misericordiam et veritatem diligit Deus,* gratiam et gloriam *dabit Dominus. Non privabit bonis eos qui ambulant in innocentia (Ps.* 83, 12-13).

son fieles a los compromisos contraídos en el bautismo y perseveran en la justicia allí recibida, se les prometen los divinos consuelos con que llegarán a *saber* por experiencia quién es el Señor, gozando de El como esposas (1) y hospedándole en sus mismos corazones como en casa propia de El (2). La verdadera justicia lleva a gozar de la dulce quietud de la paz y de los hermosos frutos y preciosas riquezas que en la paz se producen (3).

Así, quien ama y guarda la justicia, hallará la sabiduría *(Eccli.* 1, 33); la cual se le mostrará como cariñosa madre *(Ib.* 15-2), pues hijos de ella son todos los verdaderos justos (4). "Quien anda por las sendas de la justi-"cia... quien tapa sus oídos para no oir lo injusto y cie-"rra sus ojos para no ver lo malo, ese, dice Isaías (33, 15-"17), habitará en las alturas... Sus ojos verán al Rey en "su hermosura y mirarán de lejos la tierra... Así al justo

«Quis autem ascedet in hunc montem Domini? Utique vere quiescentes, si tamen strenue abdicaverint a se... cuncta quae mentem ab interiori exercitatione diffundere valent... Sunt haec studia... devotis exhibita, mundis corde tradita, divina non negligentibus mandata concessa... Quum autem purgatus fuerit animus, tunc novo lumine clarificatur, insolito affectu depascitur, et *contemplationis munere foecundatur;* quia nec corona tribuetur sine certaminis labore, nec virtutis bonum absque vitiorum impugnatione et victoria, neque contemplationis fastigium sine aliqua perfectione virtutum. Quapropter virtutum non horreat inire conflictum, qui devotionis concupiscit gustum, sed laeto animo, laeto desiderio, voluntate pertinaci, charitate non ficta, magnanimitate ingenti, corde strenuo, prudenti discretione, sagaci ingenio, humili mente, oratione assidua, solicitudine non pigra, et perseveranti studio *se disponat*, sibi vim faciat in acquisitione virtutum. *Non enim gustu Dei privabitur,* neque coelesti remuneratione expers erit, quisquis vitiorum acerrimus impugnator, et virtutum pro charitate Christi Jesu extiterit non ociosus amator». S. Lorenzo Justiniano, *Lignum vitae,* tr. 13; *De Orat.* c. X, conel.

«Optimum ad haec percipienda suffragium, añade *(De Casto Connubio,* c. 18), est humilitas non labiorum, sed cordis, quae magnam cum Verbo habet auctoritatem. Hanc ipse docuit sermone et vita... Est et mentis munditia sufficiens ad haec suscipienda rudimenta coelestia. Deo amabilis, tabernaculum sapientiae..., allicicns Verbum, Verbique fidelissima sponsa... *Huic se ostendit Deus...* Exhibet nempe testimonium certum divinae charitatis ipsa cordis integritas; necnon ad Verbum pura dilectio. Qui Deum sincero diligit corde, securus gaudeat, quoniam a Verbo irrefragabiliter adamatur. Hinc axultatio sponsae, hinc amicitiarum indissolubilis nexus: ideo laetanter nec praesumptuose ait *(Cant.* 2): *Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia.*— Unde suo non est fraudata desiderio... Gustavit et vidit quia suavis est sapientia...»

«Ille igitur ad montem Christum per contemplationem ascendit, ille in divinitate ejus per amorem requiescit, ille aptus efficitur hanc amplam benedictionem et eximiam misericordiam suscipere, qui in operibus innocentiam tenet, et in cogitationibus munditiam servat».—Alvarez de Paz, *De Vita spir.,* l. 2, P. 3, c. 21.

(1) *Ecce Ego lactabo eam... et loquar ad cor ejus... Sponsabo* te mihi in justitia... Et sponsabo te mihi in fide: et *scies quia ego Dominus (Os.* 14, 19-20).

(2) *Eph.* 3, 17. Quae *domus sumus nos,* si *fiduciam,* et *gloriam spei* usque ad finem, firmam retineamus *(Hebr.* 3, 6).

(3) Erit opus justitiae pax... Et sedebit populus meus in pulchritudine pacis, et in tabernaculis fiduciae, et in requie opulenta *(Is.* 32, 17-18).

(4) Filii sapientiae, ecclesia justorum (*Eccli.* 3, 1).

lo conduce el Señor por los caminos rectos y le muestra el Reino de Dios, dándole la ciencia de los Santos (1).

Con razón son, pues, todos los justos invitados por el Salmista a regocijarse y deleitarse en el Señor, porque en ellos está muy bien esa alegre alabanza *(Ps.* 32, 1; 67, 4; 96, 11). Y el Sol de justicia saldrá seguramente para sanar, confortar, alegrar y colmar de bienes a cuantos honran y temen el santo Nombre de Dios (2).

Los mansos y humildes de corazón, junto con los justos, los confiados y los temerosos del Señor, heredarán, sin duda alguna, a su tiempo, esa feliz tierra de promisión y poseerán el monte santo, donde con inefables deleites hallen la paz y el deseado descanso para sus almas (3). Pues en ellos—como en todos los que de corazón aman la mística Jerusalén—descansará el divino Espíritu que les enjugará sus lágrimas y los inundará de consuelos, derramando en sus corazones un río de paz y de delicias, con que se dará Dios a conocer a sus siervos (4). "¿Sobre quién reposará mi Espíritu, dice el Señor por "Isaías (66, 2), sino sobre el manso y humilde—el pobre y

(1) Sobre estas palabras de la Sabiduría (X-10): *Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei,* escribió el admirable Rusbrokio su libro titulado *El Reino de los amantes,* donde muestra cómo conduce Dios a todo hombre fiel por sus caminos, mediante los siete dones del Espíritu Santo, hasta llevarlo a la contemplación y posesión de su reino.—Por tanto, el que no merezca ser así conducido, no presuma de ser suficientemente *justo;* que de seguro aun no guarda bien todos los mandamientos. Si con perfección los guardara, sin duda cumpliría Dios su promesa de derramar sobre él un río de paz: *Utinam attendisses ad mandata mea, facta fuisset sicut flumen pax tua. Is. 48, 18.* «Quia enim perfectus quisque, advierte el P. Alvarez de Paz (T. 1, l. 4, P. 2, c. 17), Dei mandatis intendit, et universa praecepta absolutissime complet, non tantum hac abundantissima justitia instar gurgitum maris cumulatur, verum etiam *praemio laetissime pacis* afficitur».

Con sólo la fiel guarda de los mandamientos, dice Sta. M.ª Magdalena de Pazzis (1.ª P. c. 24), «acaban los seglares por hallar las ocho bienaventuranzas con su recompensa».

«Qui omnia adimplevit, quae scripta sunt de Dei dilectione et proximi, decía ya Orígenes *(Hom. 23 in Mt.), dignus est maximas gratias a Deo percipere,* quibus praepositus est sapientiae sermo per Spiritum Sanctum».

(2) Orietur vobis timentibus nomen meum Sol justitiae, et sanitas in *pennis ejus:* et egrediemini, et salietis *(Malach.* 4, 2. Cf. Ps. 33, 10, etc.; *Micheas,* 7, 8-9).

(3) Mansueti haereditabunt terram, et delectabuntur in multitudine pacis (Ps. 36, 11; cf. *Mt.,* 5, 4; 11, 29, Ps. 60, 6). Qui autem fiduciam habet mei, haereditabit terram, et possidebit montem sanctum meum *(Is.* 57, 13.—«Timor Domini *delectabit cor,* et dabit laetitiam, et gaudium, et longitudinem dierum».—*Eccli.,* 1, 12.—«Qui timetis Dominum, sperate in illum: et in oblectationem veniet vobis misericordia.—Qui timetis Dominum, diligite illum; et *illuminabuntur corda vestra*».—*Eccli.,* 2, 9-10).

(4) Laetamini cum Jerusalem, et exultate in ea *omnes* qui diligitis eam: gaudete cum ea gaudio universi, qui lugetis super eam, ut sugatis, et repleamini ab ubere consolationis ejus... Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis...: ad ubera portabimini, et super genua blandientur vobis. Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos, et in Jerusalem consolabimini. Videbitis, et gaudebit cor vestrum, et ossa vestra quasi herba germinabunt: et cognoscetur manus Domini servis ejus *(Is.* 66, 10-14).

"contrito—que tiembla ante mis palabras?„—Verdaderamente, Señor, exclama el mismo profeta *(Is.* 57, 15), *habitas en lo santo (en las almas santas), y vienes al corazón contrito y humilde para vivificarlo* (1).

Si, pues, con toda humildad perseveramos en ofrecer a Dios sacrificios de verdadera alabanza y de justicia, bien podremos esperar grandes cosas de la bondad de Nuestro Señor, porque de ese modo lograremos que nos muestre el camino de la salud (2), y vendremos a descansar en la abundancia de todos los bienes (3). Muy dichosos seremos indudablemente si, confiando en el auxilio divino, disponemos en nuestro corazón una escala de santos deseos y altísimas aspiraciones, pues con eso recibiremos la bendición para poder subir de virtud en virtud, hasta ver a Dios en la cumbre de Sión (4). Por de pronto esforcémonos y animémonos a hacer por nuestra parte lo posible por ir subiendo a este monte santo. y luego veremos cómo nos sale el Señor al encuentro y nos muestra sus caminos, nos hace andar por sus rectas sendas y por fin nos da su santa ley de amor *(Is.* 2,3) (5). Tratemos, pues, de unirnos con El y perseveremos constantes, buscándole, sin desmayar por ausencias, repulsas, arideces, obscuridades o sequedades y tribulaciones que sintamos; que al fin, sin duda, lograremos recibir su *alegre visita* y ser con ella consolados y revivificados (6).

(1) «Muchos pretendieron, advierte San Juan Clímaco *(Escala*, c. 21), a fuerza de trabajos y asperezas corporales alcanzar suma tranquilidad y riquezas de gracia, y todo su trabajo fué veneno; porque no entendieron los miserables que estos dones no se alcanzan... sino con suma humildad... El que siempre se conoce por deudor, éste recibirá súbitamente riquezas de gracia no esperadas».

«Estando el alma humilde sumergida en el abismo de su nada, decía poco ha N. S. a Sor Benigna Consolata (Salesa muerta en olor de santidad en 1916 en Como), desciendo Yo con amor al lugar de su retiro, y acercándome a ella con especiales comunicaciones, la hago gustar de antemano las delicias del Paraíso. ¡Oh! quién podrá expresar lo que Yo digo al alma humilde, y quién podrá repetir lo que Yo le explico! Estas son lecciones que el Amor da por amor, y que únicamente al alma humilde le es dado el poder comprenderlas».

(2) Sacrificium laudis honorificabit me; et illic iter, quo ostendam illi salutare Dei *(Ps.* 49, 23).

(3) Sacrificate sacrificium justitiae, et sperate in Domino. Multi dicunt: Quis ostendit nobis bona?... A fructu frumenti, vini, et olei sui multiplicati sunt... In pace in idipsum dormiam et requiescam *(Ps.* 4, 6-9).

(4) Beatus vir cujus est auxilium abs te: ascenssiones in corde suo disposuit... Etenim benedictionem dabit Legislator, ibunt de virtute in virtutem: videbitur Deus deorum in Sion *(Ps.* 83, 6-8).

(5) «Desiderio igitur contemplationis ascende, postulationibus ac gemitibus habere contende; non tamen te ingere, non te intrudere, sed Domini largitatem suo tempore bona dantem exspectare decerne» ALVAREZ PAZ, V, 2, 13.

(6) Sustine sustentationes Dei: conjungere Deo, et sustine, ut crescat in novissimo vita tua *(Eccli.* 2, 3; cf. *Ps.* 70, 20; 79, 15; 84, 7, etc.—*Laetabitur deserta, et invia, et exultabit solitudo, et florebit quasi lilium...* Dicite pusillanimis: Confortamini, et nolite timere: ecce Deus vester... Deus ipse veniet, et salvabit nos *(Is.* 35, 1-4; cf. 30, 20-21; 42, 16-21; 54, 11). Non enim de-

El que tan de veras invitó a *todos* los que *trabajan* y están *oprimidos,* sufriendo el peso de su cruz para que vayan a El a encontrar su refrigerio y descanso (1); y ofreció a todos los sedientos *(Joan.* 7, 37; *Is.* 55, 1), y a cuantos verdaderamente *quieran (Apoc.* 22, 17), darles de beber *gratuitamente* en la fuente de las aguas de la vida, a buen seguro que no defrauda los deseos de nadie que en El confíe, y se encargará de hacer lo que por nosotros mismos no podamos (2). ¿Pues qué otra cosa desea El sino que prenda en todos los corazones el divino fuego con que vino a incendiar toda la tierra? *(Lc.* 12, 49).

Así no se contentará con dar a nuestra alma cuanto ella ardientemente desea y pide, aunque todavía del todo no lo merezca, sino que le dará incomparablemente más de lo que uno acierte a desear y pedirle, correspondiendo con generosidad divina, no a lo que el alma en su cortedad e ignorancia balbucea, sino a lo que en ella y por ella pide con gemidos inenarrables el mismo Espíritu de amor, que sabe lo que le conviene. Por eso queda ella siempre tan maravillada de estos *premios,* pareciéndole en extremo *excesivos* y creyéndose muy bien recompensada de sus trabajos todos con sólo el menor de los consuelos o con sólo el ínfimo grado de oración sobrenatural que reciba, como tantas veces advierte Santa Teresa (3).

Y, sin embargo, los deseos y ruegos del divino Espíritu dentro de ella son tales, que desde un principio, según dice San Juan de la Cruz, no se contenta con menos que el sumo grado de la unión estable, o sea el matrimonio espiritual, que es la mayor felicidad y grandeza que en esta vida puede caber en un alma (4).

lectaris in perditionibus nostris, quia post tempestatem tranquillum facis, et post lacrymationem et fletum *exultationem infundis.* Sit nomem tuum, Deus Israel, benedictum in saecula *(Tob.* 3, 22-23).

(1) Venite ad me *omnes* qui *laboratis,* et *onerati estis,* et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite a me, quia mitis sum et humilis corde: et invenietis *requiem* animabus vestris *(Mt.* 11, 28-29).

(2) Revela Domino viam tuam, et spera in eo, *et ipse faciet* (*Ps.* 36, 50).—Cor hominis disponit viam suam: sed Domini est dirigere gressus ejus (*Prov.* 16, 9; cfr. *ib.* 20, 24).

(3) ¿Qué deseo hay que lo merezca, pregunta la M. Cecilia del Nacimiento (*Unión del alma con Dios;* en *Obras de San Juan de la Cruz,* t. 3, p. 449), pues es dádiva liberal de la mano de Dios?... Mas quiere que también intervenga la voluntad del hombre, y que un bien tan alto le desee mucho; y que deseándolo tánto, aun sea gracia suya el concedérsele. Puesto que *no lo negará* a los que de verdad no lo impidieren y se dispusieren para ello, si al que siendo siervo verdadero y fiel no se le concede, es que no le conviene o que no es llamado a ese camino».—Aquí la ilustre autora hace esta restricción muy contra su parecer, y como forzada de ciertas prevenciones en contra: y así prosigue: «Mas *de mala gana digo esto,* que *verdaderamente está en nuestra falta,* y en que no nos desnudamos de veras con Jesucristo y dejamos limpia y pura nuestra alma, para que la esencia suya se junte con la de Dios... y por eso no son todos unidos con Dios».

(4) San Juan de la Cruz *(Cánt. espir.,* anot. a Canc. XX), hablando del

Y esto no lo conseguimos todos tan sólo porque no queremos de veras; pues no para menor cosa nos dió el Padre Celestial a su mismo Unigénito (1), y nos dió el *agua viva* de su Espíritu que, desde nuestros mismos corazones, salta con ímpetu a la vida eterna *(Joan.* 4, 14) y alegra la ciudad de Dios *(Ps.* 45, 5), que lo son todas las almas justas.—Así éstas, siendo fieles, al fin se convierten en *fuentes de huertos* (o sea de bendición para otras almas) *y pozo de aguas vivas que fluyen con ímpetu del Líbano (Cant.* 4, 15); por el cual se representa la gracia bautismal.

Por ser tan "colmada„ y excesiva esa recompensa (2). y tan incomparablemente superior a todos los trabajos y penas de este mundo, es por lo que parece, y tantas veces se llama, del todo *gratuita,* dada *de balde,* aunque en realidad según la divina disposición y promesa, sea o pueda ser—hasta cierto punto, en lo que no sea *colmado* de pura generosidad—verdaderamente *merecida de condigno,* como lo es la Gloria eterna, a pesar de que tampoco, a ojos de San Pablo, *sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam quae revelabitur in nobis (Rom.* 8, 18).—Y, sin embargo, sabemos que una "momentánea y leve tribulación *produce* en nosotros un inmenso e inconcebible peso eterno de Gloria„ (II *Cor.* 4, 17).

Por otra parte, aunque ese premio no tuviera nada

Matrimonio espiritual, dice así: «Deseando el Espíritu Santo, que es el que interviene y hace esta junta espiritual, que el alma llegase a tener estas partes (pureza, fortaleza y amor competentes), para *merecello*, hablando con el Padre y el Hijo en los *Cantares*, dijo: ¿Qué haremos a nuestra hermana en el día que ha de salir a vistas y hablar, porque es pequeña y no tiene crecidos los pechos?»

(1) «Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo *omnia nobis donabit?*» *(Rom.* 8, 32).

«Si todos los fieles correspondiesen a su vocación, escribe Bacuez *(Manuel bibl.* IV, n. 587), en ellos viviría Jesucristo, reproduciendo en *cada cual,* junto con sus sentimientos y sus virtudes, una viva imagen de sus misterios; de suerte que podría decirse de cada miembro del Salvador que, a la manera de su cabeza y modelo, está crucificado, muerto al mundo, sepultado, resucitado y glorioso».

«El hombre que llega a la plena perfección, decía el B. Susón *(Vida*, c. 55), experimenta en un sencillo reposo estas admirables palabras que el Verbo dijo en el Evangelio *(Joan.* 12, 26): *Donde yo estoy, allí estará también mi servidor.* Quien haya seguido al Hijo adonde El fué según su Humanidad, muriendo en la cruz; quien no haya temido esta dura imitación, *podrá muy bien, según la promesa de Cristo, seguirle gozosamente adonde El está según su pura Divinidad, y gozar de ella* de una manera espiritual y venturosa en el tiempo y en la eternidad».

(2) «Date, et dabitur vobis: mensuram bonam, et confertam, et coagitatam, et superefluentem dabunt in sinum vestrum» *(Luc.* 6, 38).

«Semper dona Dei excedunt merita nostra». S. THOMAS, *in Mt.*, 5.

«Mensuram meritorum excedens supra omne condignum amplissimis remunerat praemiis. Unde inferunt theologi, quod Deus praemiat ultra condignum». MEDINA, in 1-2, q. 114, a. 1.

de excesivo, de *colmado* de pura gracia, sino que, supuesto el orden actual, fuera del todo *merecido*, todavía, a pesar de eso, tendría el alma que reconocerse por indigna de él, como debe reconocerse por *sierva inútil*, aun después de haber hecho bien todo lo que tiene a su cargo; y como se creerá también completamente indigna del cielo, aunque en realidad, con la ayuda de la gracia, lo tenga bien merecido (1). Pues la primera cosa con que ha de disponerse para merecerlo—como no lo merecerá por sí misma, sino por los méritos de N. Sr. Jesucristo—habrá de ser una profundísima humildad; ésta es, dice Santa Teresa, el medio más seguro (2). Y el verdadero humilde, el hombre que *verissima sui cognitione sibi ipsi vilescit* (3), nunca se cree digno de premios, sino siempre de grandes castigos; pues lejos de apropiarse las gracias recibidas, las mira como prendas de las cuales está obligado a responder con un contínuo agradecimiento y con un fidelísimo empleo; y fijándose por otra parte, en lo que de suyo tiene, que son sus pecados y su mala correspondencia, nunca acierta a ver méritos, sino deméritos y deudas (4). Y así como nunca se tiene por

(1) «Servus hebraeus, dice a este propósito S. Gregorio, post sex annos gratis liber egreditur *(Exod.* 21, 1), ex labore nimirum et servitute actionis ad libertatem contemplationis, qui postquam omnia debita fecerit, debet se inutilem servum existimare. Cui proculdubio, sicut ex munere data fuit actio, ita *ex munere, et gratia dabitur contemplatio*».

No niega aquí el Santo el premio debido *ex munere*, aunque vaya concedido por una *ley de gracia*. Pero es *debido*, una vez que está así *prometido*.

(2) «Queréis, dice *(Morada* IV, c. 2), procurar tener esta oración (de quietud), y tenéis razón..., que cierto está desear saber cómo alcanzaremos esta merced. Yo os diré lo que en esto he entendido...: después de hacer lo que los de las Moradas pasadas, *humildad, humildad;* por ésta se deja vencer el Señor a cuanto de El queremos; y lo primero en que veréis si la tenéis, es en *no pensar que merecéis* estas mercedes y gustos del Señor... No está obligado Su Majestad a dárnoslos (si no ponemos *todo* lo que para eso nos exige) como a darnos la gloria si guardamos sus mandamientos... Es un poco de poca humildad pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar cosa tan grande». Y, sin embargo, añade: «Bien creo que quien de verdad se humillare y desasiere..., que no dejará el Señor de hacernos *esta merced* y *otras muchas que no sabemos desear*».

«No digo yo, advierte en otro lugar la Santa *(Vida,* c. 39), que no *lo merecen,* y les será *bien pagado;* mas cualquier espiritual que *le parezca* que por muchos años que haya tenido de oración merece estos regalos de espíritu, tengo yo por cierto que no subirá a la cumbre de El... No digo yo que no vaya creciendo un alma y que no *se lo dará Dios, si la oración ha sido humilde;* mas que se olviden estos años, que es todo asco cuanto podemos hacer».

Lo mismo vienen a decir otros autores, al reconocer que esta gracia es *debida* a la perfecta fidelidad en el servicio divino, y que, sin embargo, por lo excesivo que es respecto a nuestros obras, debe mirarse como del todo *gratuita,* sin que nadie pueda *creerse digno* de ella.

«Sufficit scire ad meritum quod non sufficiant merita... Merita proinde habere cures, habita data noveris, et sic omne periculum evasisti paupertatis et praesumptionis». S. Bernardo, *Serm.* 68 *in Cant.*

(3) San Bernardo *(De grad. humilitatis,* c. 1): «Humilitas est virtus qua homo verissima sui cognitione sibi (ipsi) vilescit».

(4) «Absit tamen, ut Christianus homo in seipso vel confidat, vel glorie-

digna del cielo, por grandes méritos que tenga, menos podrá creer serlo de recibir ya parte del premio en esta misma vida, que es vida de trabajos.

Esto es precisamente lo que Santa Teresa añade: no que el alma sea siempre indigna, pues reconoce que los *perfectos* son ya *dignos,* sino que nunca podrá acertar a compararse con esos tales y tenerse por bien dispuesto el verdaderamente humilde (1). Y si bien advierte que, a pesar de merecerlo, nunca se alcanzará ese bien con la seguridad con que se alcanza la gloria muriendo en gracia, eso no quita que sea en ambos casos de igual condición el mérito.

De suyo, éste sólo implica, dice Sto. Tomás, un orden necesario al premio, el cual a su tiempo se alcanzará seguramente si no median obstáculos; pero no implica esta asecución, la cual con los obstáculos que haya aún puestos o que se pongan, podrá dilatarse mucho o impedirse completamente (2). Así es como "no está Dios obligado a dar ese bien, como la gloria„ al alma que acierte a morir en grácia y queda entonces confirmada en ella; pues por más que acaso la tenga en ínfimo grado y que

tur, et non in Domino: cujus tanta est erga omnes homines bonitas, ut eorum velit esse *merita,* quae sunt ipsius *dona*» *(Conc. Trid.* S. 6, c. 16).

(1) «¿Cómo podrá el verdadero humilde, dice la Santa *(Camino de perfección,* c. 17), pensar que es *tan bueno como los que llegan* a este estado de contemplativos? Que Dios lo puede hacer tal que *lo merezca, sí,* por los méritos de Cristo; mas de mi consejo siempre se siente en el más bajo lugar. *Dispóngase* por si Dios la quisiere llevar por ese camino; cuando no para eso es la verdadera humildad... No por eso desmaye ni deje la oración..., que a las veces viene el Señor muy tarde, y *paga* tan bien y tan por junto, tarde, como en muchos años ha ido dando a otros. Yo estuve catorce, que nunca pude tener meditación, sino junto con lición». «Estad seguras, añade (c. 18), que haciendo lo que es en vosotras y aparejándoos para *subida contemplación,* con la perfección que queda dicha, que si El no os la da aquí (lo que creo *no dejará de dar,* si es verdad el desasimiento), que os tiene guardado ese regalo».

«Las almas que han entrado en las *terceras Moradas*—advierte al tratar en éstas (c. 1) de los que ya han logrado prepararse algún tanto con cierta perfección en la vida ascética o activa—creo hay muchas en el mundo; son muy deseosas de no ofender a Su Majestad... y de hacer penitencia amigas, sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercítanse en obras de caridad con los prójimos, muy concertadas en su hablar y vestir... Al parecer *no hay por qué se les niegue la entrada hasta la postrera Morada, ni se la negará el Señor, si ellos quieren,* que *linda disposición* es para que les haga toda merced... Lo más ordinario vienen aquí las grandes sequedades en la oración... *No hay duda* que, si persevera en esta desnudez y dejamiento de todo, que *alcanzará lo que pretende.* Mas ha de ser condición... que *se tenga por siervo sin provecho...* y crea que no ha obligado a Nuestro Señor para que le haga semejantes mercedes, antes, como quien más ha recibido, queda más adeudado».

(2) «Impetratio importat consecutionem ejus quod petitur; sed *meritum non importat consecutionem,* sed *ordinem justitiae ad consecutionem;* et ideo impedimentum interveniens per instabilitatem, tollit rationem impetrationis, quia tollit consecutionem; sed non tollit ordinem ad consecutionem, et ideo non tollit meritum: unde *meretur etiam qui non perseveraverit; sed non impetrat nisi perseverans*» (S. THOM. *In* IV *Sent.* D. 15, q. 4, a. 7, sol. 3, ad 4).

además esté cargada de deudas por satisfacer, al fin, aunque tarde años y siglos, irá pagando todas éstas hasta la más mínima (1), y una vez del todo purificada entrará, seguramente, a gozar de la gloria que a ese grado de gracia corresponda. Mas la vida mística, como es una manera de gloria anticipada y de gloria *muy alta*, para merecerse realmente de condigno supone ya un alto grado de purificación y de perfección, virtudes muy sólidas, grandes trabajos valerosamente sufridos y gracias muy elevadas, sin las cuales era de todo punto imposible merecer tanto bien (2). Pues no se puede comprar este divino tesoro, sino dando por él todo cuanto tenemos y aun todo cuanto somos (3).

(1) Non exies inde, donec reddas novissimum quadrantem (*Mt.* 5, 26).

(2) «No es *digno* de la sublime contemplación de Dios quien por El no ha sido ejercitado en alguna tribulación. Así la tentación suele ser anuncio de consuelos. Pues a los que han sido probados con tentaciones se *les promete* la celestial consolación.—*Al que venciere*, dice el Señor, *daré a comer del árbol de la vida*» (*Kempis*, l. 2, c. 9, n. 7).

«La cual merced, escribe Sor María de la Antigua (*Desengaño*, l. 4, c. 3), no me ha sido concedida hasta que, con la ayuda de mi Señor, me desnudé de todas las cosas de esta vida; y en la misma merced he conocido que, si no fuera de esta suerte, no se puede gozar de ella, porque es altísima».

«Por maravilla, dice Santa Teresa (*Camino*, c. 36), llega Su Majestad a hacer *tan grandes regalos*, sino a personas que han pasado de buena gana muchos trabajos por El. Porque, como dije..., son grandes los trabajos de los contemplativos». Mas no por eso andan tristes, pues aunque a veces sientan un primer movimiento de pena, ésta desaparece con el gozo que le da al alma «ver que la ha puesto el Señor cosa en que en un día podrá *ganar* más delante de Su Majestad, de *mercedes* y *favores* perpetuos, que pudiera ser que ganara él en diez años con trabajos que quisiera tomar por sí».

(3) «¿Cómo tendrán mis siervos excusa conmigo, decía Nuestro Señor a Sor María de la Antigua (*Desengaño*, l. 12, c. 34), habiéndoles Yo avisado de qué suerte han de comprar la *margarita preciosa* de mi amor? Porque no la doy por menos que lo que cada uno tiene, ni les pido cosa que no la puedan dar. Y nadie se excuse, que Yo *a todos llamo*, y cada hora la saco a pregonar *y les ruego con ella a todas las almas*. Y ellas son las que no la quieren, ni dejarse a sí ni a todos los cuidados impertinentes... Mas como Yo conozco su valor, no la daré sino a los que de todo en todo dieren en el suelo con el reino del mundo... *A todos éstos* daré yo esta margarita preciosa y éstos serán *coronados como fuertes*. En estas almas me regalaré, y descubriré a éstas mis secretos y seré fortaleza contra todos sus adversarios, como *dignos* y *merecedores* desta joya de mi amor».—«Si es largo el hombre para conmigo, ¿cómo no lo seré Yo para con él?» (*Ib.* l. 11, c. 12).

«El Reino de los Cielos, decía San Agustín (*Manual*, c. 16), tanto te ha de costar, cuanto tú eres; date en precio a tí mismo, y lo *conseguirás*». Y puesto que se *compra* (*Mt.* 13, 44-45; cf. *Apoc.* 3, 18), luego dando por él su *precio* señalado, ya se *merece* de *justicia*. Y porque *vale tanto*, por eso quiere el Señor que *cueste tan caro*.—«Debes venderlo todo, decía Jesús a Benigna Consolata, es decir todas las satisfacciones de los sentidos, con la mortificación, para comprar el campo del recogimiento donde está escondida la vida de unión con Dios... Gusta el perderse en Dios, mas para eso hay que emplear los medios; y un alma que está en algo pegada a sí misma, jamás lo conseguirá perfectamente... Mi Benigna, la mortificación es como el canal por donde pasan mis gracias de elección; si ese canal es pequeño, pasan pocas, pero si es grande pasan muchas...»

«Cari, dice Ricardo (4 de *Contempl.* c. 16), *comedunt*, sed carissimi *bibunt*; quia *secundum mensuram dilectionis dispensatur et modus manifestationis*... Et supernae quidem revelationis infusio eos dumtaxat, qui carissimi sunt, in mentis excessum abducit».

"Donec hucusque perveniat, advierte S. Lorenzo Justiniano *(De Compunctione et compl. christ. perfect.* II, n. 22), labores plurimos, et tribulationes sentit non modicas. Non enim sublimia donantur gratis, aut vili *emuntur pretio*„ (1).

Muy trocados habrán de hallarse y mucha pureza de vida han de tener ya, en efecto; muy ricos de virtudes y buenas obras, y muy ejercitados en grandes trabajos han de estar ordinariamente los que Dios admite a su íntima comunicación, para darles parte de sus secretos como a buenos amigos y tratarlos, según la expresión de Santa Teresa *(Camino,* c. 16), no ya como a fieles siervos, que con celo trabajan en su viña, sino como a hijos muy queridos y regalados que comen en su misma mesa y a veces de su mismo plato (2).

Y si algún alma, por especial misericordia recibe sin esa preparación verdaderas y notables gracias místicas, es para que así pueda hacerse más pronto digna de ellas, y no porque ya lo sea (3).

Y aun mereciendo realmente esas gracias, como no se habrán de recibir hasta el momento señalado, que varía de unas almas a otras—conforme varía también el tiempo que para la vida eterna tenemos aquí de prueba—, y como antes debe quitar todos los obstáculos, pasando acá su purgatorio en las *purgaciones pasivas,* que Dios no suele enviar en todo su rigor sino a quien voluntariamente las acepta (4); de ahí que, no recibiéndolas con generosidad, se incapacite entre tanto para recibir ese premio, y así aunque acaso *merecido* para en vida—según el orden que implica el mérito—, no pueda, sin embargo, ser *recibido* hasta que en el purgatorio se quiten a toda costa los obstáculos; pues sabido es que

«Es mucho de notar, escribía la M. Cecilia del Nacimiento (*Transformac.* c. 5), la dificultad y obscuridad que muchos tienen para buscar este Amado, la multitud de nieblas que se les ponen delante, los estorbos y dificultades que en ello sienten, y todo por no le buscar de veras perdiéndose del todo a sí mismos; y así nunca acaban de llegarle a ver, porque nunca tienen vista fuerte y eficaz para mirarle, sino obscurecida con otras vistas miserables; y es por no acabar de vaciar el alma de todas las cosas».

(1) En cambio, añade, quien todo lo da a Dios, merece de justicia poseerlo a El todo: «*Sane aequitatis censura hoc exigit,* ut qui totum Deo tribuit, Deum totum habeant». (*De spirit. animae Resurrect.,* l. 2, n. 32).

(2) «Quae supra sunt, non verbo docentur, sed spiritu revelantur. Verum quod sermo non explicat, consideratio quaerat, oratio expetat, *mereatur vita, puritas assequatur*». S. Bernardo, *De Consider.* 2.

(3) «Deus non dat gratiam nisi dignis, non tamen ita quod prius digni fuerint, sed quia ipse per gratiam eos facit dignos» (S. Thom., 1-2, q. 114, a. 5, ad 2).—«No creo que da muchos gustos, añade Santa Teresa (*Morada 3.ª*, c. 2), si no es alguna vez para convidarlos, con ver lo que pasa en las demás Moradas, porque se *dispongan* para entrar en ellas».

(4) Cf. Sta. Catalina de Génova, *Diálogos,* II, c. 2; en *Evolución mística,* p. 454.

los dones del Espíritu Santo, para su buen ejercicio, reclaman mucha secillez y pureza (1), y mucho adelanto en la práctica de las virtudes (2). Además, por esa falta de generosidad en no haberse dejado acrisolar, ni tratado de quitar a tiempo esos obstáculos, y en no haber querido sufrir por Dios (que es el mayor servicio y sacrificio que podemos hacerle), quizá muy lejos de ser uno postergado, como acaso se le figure, a los que por su abnegación y fidelidad merecieron ser coronados, haya abusado de gracias muy especiales; y así, en vez de ir acumulando méritos, como debía, haya acumulado deméritos, hasta el punto de hacerse realmente *indigno* de lo que antes por ventura sería *digno* (3).

Por tanto, así como, a veces, orando se *alcanza* ese premio sin merecerlo, otras veces podrá muy bien ser *merecido,* y por una cosa o por otra *no alcanzado* (4).

Por otra parte, aunque en absoluto pueda merecerse de condigno, como creemos que se puede y que de hecho lo han merecido algunos grandes Santos, fidelísimos en corresponder a las mercedes de Dios; y aunque igualmente podamos merecerlo nosotros si correspondemos también a las gracias recibidas con toda la fidelidad que Dios nos exija para eso, y logramos perseverar en el buen uso de ellas y en la victoriosa lucha contra nosotros mismos y contra todos los obstáculos, todo el tiempo que El tenga señalado a cada uno para darle ya desde aquí abajo esta anticipada corona de gloria (5); sin embargo, como es tan sumamente difícil la fiel y generosa correspondencia y magnánima perseverancia que a todos se nos exigen, y como *in multis offendimus omnes (Jac.* 3,

(1) *Sap.* 1, 5.—«Quamvis dona sint quaedam bona a Deo data, tamen ad hoc quod possint habere debitas operationes, oportet quod a malis homo liberetur» (S. Thom. *In* III *Sent.* D. 34, q. 1, a. 6, ad 3).

(2) «Quantum ad actum, dice Santo Tomás (1-2, q. 68, a. 8, ad 2), virtutes morales et intellectuales praecedunt dona, quia per hoc quod homo bene se habet circa rationem propriam, disponitur ad hoc quod se bene habeat in ordine ad Deum».

(3) «¿Pues cómo se harán *dignos* de mis grandezas, decía el Señor a Sor María de la Antigua *(Deseng.* l. 11, c. 12), los que regatean lo que de sus misérias me pueden dar para *obligar* a mi amor con eso? Estos tales son tasadísimos en el dar, y quieren que, en el recibir, se alargue con ellos mi amor, como quiera que siempre es *más largo para dar que lo que nadie merece.* Mas si conocen en los otros alguna merced mía, no miran cómo ellos *se hicieron dignos de ella,* sino que, codiciándola para sí sin poner los medios necesarios, les parece esta cosa injusta»...

(4) «Oratio, advierte Santo Tomás *(In* IV *Sent.* D. 15, q. 4, a. 7, sol. 3), ex charitate semper habet efficatiam merendi, sed non habet semper (absque aliis conditionibus) efficaciam impetrandi». «*Impetratio* orationis innititur misericordiae: *meritum* autem *condigni* innititur justitiae: et ideo multa orando impetrat homo ex divina misericordia, quae tamen non meretur secundum justitiam» (1-2, q. 114, a. 6 ad 2).

(5) Cf. S. Thomam, 1-2, q 69, a. 2...

2) y los más raras veces hacemos del todo bien lo que está de nuestra parte; de ahí que nadie queda suponer o presumir de sí que tuvo siquiera la fidelidad suficiente e indispensable, ni menos la debida *perseverancia*, pues la duración o largura de ésta depende tan enteramente del arbitrio del Señor, que expresamente nos mandó por eso velar sin interrupción, porque no nos sorprenda su venida cuando más descuidados estemos; ya que no sabemos la hora y sí que vendrá en la menos pensada (*Lc.* 12, 35-40). Y así puede suceder, y quizá tantas veces suceda, que cuando, por suponer que ya es demasiado tarde para esperar su alegre venida, suspendemos la vigilancia, aflojando en los deseos de verle, esté El ya llegando; y por unos minutos de descuido, después de años enteros de vigilancia, cuando ya no nos faltaba sino bajar a abrirle la puerta, o, como dice Santa Teresa (*Camino*, c. 19), bajarnos a beber en la Fuente de la vida, por desmayar y aflojar a hora tan inoportuna, venimos a perder tanto bien como lo perdieron las vírgenes necias. Verdad es que esto no quita que volvamos de nuevo a esperarle con mayores deseos y diligencias, permaneciendo más retirados y silenciosos, velando y orando de contínuo para estar siempre bien despiertos y atentos a fin de oirle y abrirle cuando otra vez se digne El visitarnos; que no dejará de hacerlo si le esperamos de veras (1). Pues sabido es que, aunque muchas veces y muy indignamente le desechemos, así y todo su infinita bondad le mueve a insistir llamando a la puerta de nuestros corazones (2), a tocarnos con gracias especialísimas que, conforme a los ardientes deseos de su amor, nos conmuevan y atraigan a El de suerte que, del todo convertidos, lleguemos luego a gozar de sus caricias y consuelos; o enviarnos un director lleno de su Espíritu que

(1) Si revertamini et quiescatis, salvi eritis: in silentio et in spe erit fortitudo vestra (*Is.* 30, 15; cf. *Jerem.* 3, 1, 4, 14-15).

«Cuando mis hijos, declaraba el Salvador a la Beata Angela de Foligno (*Visiones*, c. 35), han abandonado mi reino; si después de haberse hecho hijos del diablo, vuelven al Padre, Este los recibe con gran gozo y les hace sentir superiores deleites. Tanto se alegra el Padre, que les da ciertos consuelos negados a las vírgenes fieles. Esto procede del inmenso amor que les tiene y de su inmensa misericordia, excitada con la vista de tanta miseria; y también de que el pecador, ante tal majestad y grandeza, se reconoce digno del infierno. He ahí por qué cuanto mayor haya sido el hombre en el pecado, tanto mayor podrá ser también en el otro abismo de gracia».

(2) Sábete, decía Nuestro Señor al Beato Susón (*Eterna Sabiduría*, c. 9), que muchas veces vengo y quiero entrar en mi casa, y se me impide la entrada; y otras veces soy recibido como un forastero, y, después de ser tratado indignamente, por fin soy echado fuera. Yo vengo a los que me aman y en ellos permanezco gustoso y con amor. Pero esto se hace tan misteriosamente, que los demás no lo notan, no siendo los que, viviendo alejados del mundo, conocen mis caminos y en todo tiempo velan por *merecer* mi gracia».

nos aliente y encamine hasta que vengamos a quedar llenos de todos los bienes (1).

Sin embargo, en su adorable justicia suele castigar severamente esos desdenes con mayores tardanzas y dificultades de su parte, haciéndose esperar mucho más de los que por El no esperaron, y no atendiendo a los clamores de quienes se hicieron sordos a los suyos. Y de ahí un muy general motivo de grandes tardanzas, que algunas veces pueden llagar a definitivos abandonos, a positivas exclusiones del místico reposo, en castigo de la dureza de corazón y sordera espiritual del alma (2); aunque ordinariamente no suelen ser, en las almas piadosas, sino pruebas de nuevo amor con que el Señor, exigiéndoles más fidelidad, las dispone a favores mucho más grandes que los perdidos en la primera visita; que así suele El, a veces, según dice Santa Teresa, *castigar*, concediendo mayores mercedes y misericordias.

Pero como nadie puede saber si esa tardanza de que quizá se queja, es acaso una grandísima misericordia del Señor que tiene desde un principio dispuesto retrasarle su visita para venir con mucho mayores gracias; o si es, por el contrario, un muy merecido *castigo* de los propios descuidos no reparados—pues "sin una revelación especial„ (3) ni aun siquiera puede el hombre saber con toda certeza *si es digno de amor o de odio* (4)—; de ahí que nadie pueda juzgarse *digno* de una visita *inmediata*—que no sabe si le está prometida ni si por lo mismo se le *debe*—ni aun de recibirla a su tiempo debido, pues ignora si acaso por descuidos e infidelidades perdió el derecho a las promesas que pudo tener. Y, por fin, como dadas las enormes dificultades que hay para poner realmente lo que en absoluto está de nuestra parte, es tan raro tener la fidelidad y perseverancia debidas—no siendo que el mismo Señor, en vista de nuestra gran flaqueza *(quoniam ipse cognovit figmentum nostrum)* supla con extraordinarios auxilios o haya querido ser muy poco *exigente* en las condiciones de ese mérito—, rarísimas vendrán a ser las almas que *de hecho* lo lleguen a tener *de condigno,* y que en rigor de justicia, a los mismos ojos de Dios, puedan llamarse *merecedoras* de

(1) In caritate perpetua dilexi te; ideo attraxi te, miserans. Rursumque aedificabo te, et aedificaberis, virgo Israël... Et convertam luctum eorum in gaudium, et consolabor eos, et laetificabo a dolore suo. Et inebriabo animam sacerdotum pinguedine; et populus meus bonis meis adimplebitur (Jerem. 31, 3-4, 13-14).

(2) *Num.* 14, 28-34; *Ps.* 94, 8-11; *Hebr.* 3, 7-13: 4, 1-2.

(3) Cf. S. Thom., 1-2, q. 112, a. 5; *Conc. Trident.,* Sess., 6, c. 9.

(4) *Eccle.*, 9, 1.

tan inestimables gracias que con nada pueden dignamente granjearse ni aun compararse (1).

Así, aunque *en absoluto* ese mérito *de condigno* sea *posible*, y aunque no falten almas tan fieles y generosas que, a imitación de la Santísima Virgen y de muchos grandes Santos, hayan logrado tenerlo para muestra siquiera de que Dios no nos exige imposibles, sino lo que realmente podemos con su gracia (2); sin embargo, *de facto*, en la triste realidad, quizá las más de las veces sea tan sólo *de congruo*, es decir, de conveniencia y decencia, dada nuestra flaqueza y la divina misericordia y generosidad. De esta suerte se comprende muy bien que adelante El tanto esa graciosa dádiva en algunas almas, que están aún muy distantes de merecerla ni aun *de congruo*, y que a otras que parecen mucho mejores o ya

(1) Esto en la teoría; que en la práctica lo que importa es saber que Dios está muy pronto a coronar, aunque sea tan sólo por cierta *congruencia*, y aun del todo *gratuitamente*, con sus místicos dones nuestros pobres trabajos, como lo está ciertamente, movido de su amor y compasión, según vienen a reconocerlo aun los mismos que asocian las gracias propiamente místicas de la íntima unión y comunicación con El, a las *revelaciones, raptos, visiones sensibles* y otros favores exteriores y del todo *gratuítos;* y a pesar de eso convienen en que *todo ello* es *liberalísimamente* concedido a cuantos debidamente se dispongan.—«Quamvis enim, advierte Fr. Juan de Jesús María *(Myst. Theol.*, c. 9), dona Dei sint unio, raptus, fruitio, revelatio, et illa indulgentissimi Dei interna blandimenta, et solis conatibus nostris, quantumvis nervosis, illa non producamus, at certe animae sese idonee ad eas nuptias ornanti, et comparanti, munificentius, quam cogitare valeat, indulgetur».

«Por tanto, aun dado que no podamos *merecerlo*, como muchos dicen o suponen a veces (aunque otras veces claramente indican todo lo contrario), o sólo dificilísimamente podamos, con todo preparémonos haciendo lo que está de nuestra parte, que seguramente por la de Dios no habrá de quedar. Propiedad de N. Sr., dice el P. Luis de la Puente *(Vida del P. B. Alvarez*, c. IX), «es honrar a los que por su amor se desprecian, y dar los consuelos del cielo a los que renuncian a los de la tierra».

Esta merced, escribe, conforme a esto—aunque casi contradiciéndose inocentemente en cuanto a lo del *merecer*—la V. Sor María de la Antigua *(Desengaño*, l. 4, c. 3), «es altísima y *sobre todo humano merecimiento*. Ya que no la puede *nuestra flaqueza* gozar ni merecer con merecimiento, pero a lo menos (hagamos) siquiera esta poquita diligencia de nuestra parte para siquiera con ella abrir las manos para recibir el don. ¡Ay, Señor y Bien mío! ¡Si me fuera concedido salir por todas las plazas del mundo a buscar quien os buscara y quien quisiera recibir vuestros bienes *de balde!*»

(2) «Habet Ecclesia Dei, dice San Bernardo *(Serm. 69 in Cant.)*, spirituales suos, qui non modo fidenter, sed et fiducialiter agant in eo, cum Deo quasi cum amico loquentes... Quidnam illi sint, id quidem penes Deum: tu vero audi qualem te esse oporteat, si talem vis esse. Quod tamen dixerim non quasi expertus, sed quasi *experiri cupiens*. Da mihi animam nihil amantem praeter Deum, et quod propter Deum amandum est: cui vivere Christus non tantum sit sed et diu jam fuerit, cui studii et ocii sit providere Deum in conspectu suo semper; cui solicite ambulare cum Domino Deo suo, non dico magna, sed una voluntas sit; da, inquam, talem animam, et ego non nego *dignam Sponsi cura*, majestatis respectu, dominantis favore, solicitudine gubernantis; et si voluerit gloriari, non erit insipiens, tantum ut qui gloriatur, in Domino glorietur... *Dilectus*, inquiens, *meus mihi, et ego illi*. Ergo ex propriis quae sunt penes Deum, agnoscit nec dubitat se amari quae amat... Bonus es, Domine, animae quaranti te: occurris, amplexaris, Sponsum exhibes, qui Dominus es, imo qui es super omnia Deus benedictus in secula. Amen».

casi perfectas, se la retrase, en lo visible, hasta muy tarde y aun quizá—por razones especialísimas que no conocemos—toda la vida, sin hacer el menor agravio a nadie, antes mostrándose muy generoso y misericordioso con todos, aunque con cada cual a su manera, y acaso más con quien menos lo aparentaba (1).

Así a muchos esforzados a quienes parece retrasar excesivamente o negar por completo esos consuelos y regalados favores que suelen acompañar a su íntima comunicación, dales, en cambio, aunque muy ocultamente y sin que lo conozcan, una fortaleza, ciencia y prudencia maravillosas, para que, así y todo, en medio del aparente olvido en que les tiene y de las sequedades prolongadas y demás pruebas singulares con que suele aquilatar tan sólo a sus mayores amigos, le sirvan tan fieles como los mejores. De ahí que a veces muchos de los que aparecían como desechados y olvidados, vengan a ser precisamente los más privilegiados y a quienes hace mayor merced y misericordia, preparándoles más brillantes coronas y reservándoles sus premios para dárselos juntos hacia el fin de su carrera, y sosteniéndolos entretanto disimuladamente con singularísimas gracias a fin de que con ellas logren merecerlos de condigno (2).

(1) «Esta oración es un don particularísimo de Dios, que da El a quien es servido: unas veces en *pago* de los servicios que le han hecho y de lo mucho que uno se ha mortificado y padecido por su amor, otras sin tener cuenta con *méritos precedentes,* porque es gracia liberalísima suya y comunícala El a quien quiere, conforme a aquello del Evangelio *(Mt.* XX): *Non licet mihi, quod volo facere?* ¿Por ventura no puedo hacer yo lo que quisiere de mi hacienda?»—Rodríguez, 1.ª P., Tr. 5, c. 4; cf. *Epís. ad Frates de Monte Dei,* l. c.

«Unos hay, dice S. Juan Clímaco *(Escala,* c. 26, § II), que por inefable providencia de Dios reciben el *premio* de sus trabajos antes de los mismos trabajos, y otros en medio de los trabajos, y otros después de los trabajos, y otros en la misma muerte, disponiéndolo así la inefable providencia de Dios».

«Quisque quod suum est agat, advierte S. Lorenzo Justiniano *(De casto Connubio,* c. 12), *ut dignus ad Verbum in se suscipiendum efficiatur,* humiliter ac diligenter se *praeparet,* reliquum vero totum Verbi committat providentiae; quoniam paterno omnes amans affectu nihil substrahit animae profuturum, quamvis mens haec humana non capiat».

(2) «Después de unos catorce años de angustias, desmayos y dolores de muerte con que el Señor se ha dignado probarme—escribía conforme a esto en 1866 la sierva de Dios Sor Filomena de Santa Coloma (1841-1868), fallecida en olor de santidad en el convento de Mínimas de Valls (cf. *Vida y Escritos,* por Sucona, 1897, p. 163)—, cuando parecía que estaba luchando con la muerte, cesaron mis gemidos y lamentos con la amable presencia de mi dulce Jesús. Esta amable presencia es muy contínua y causa en mi interior varias operaciones y una abstracción de toda criatura; de modo que parece estoy sola entre muchas. El que habita en mí no cesa de instruirme siempre en lo más perfecto, y a veces me pide cosas superiores a las fuerzas humanas, o más bien la práctica de las virtudes con perfección suma; y cuando yo temo, viendo mi gran miseria, emprender cosas grandes, desde luego mi soberano Dueño se queja amorosamente, porque siendo El mi camino, verdad y vida, no me arrimo a seguir sus fuertes impresiones, apoyada únicamente en el que ama mi alma. Lo que me admira entre otras cosas, es que parece que este buen Pastor no tiene otra oveja que a mí, por la solicitud y vigilancia

Esto no quiere decir que, para lograr tales premios, no necesitaran verdaderas gracias místicas, como lo son ciertas luces y fuerzas infusas y muy superiores a las propias del estado ascético; si bien ésas pudieron permanecer tan ocultas, que ni ellos mismos ni nadie las advirtiera (1). Pero con todo, bien podrían reconocerlas indirectamente, si con cuidado se fijaran, en la misma obscuridad prolongada y en la pertinaz y excesiva sequedad tan superiores a las ordinarias, y, sobre todo en la manifiesta incapacidad para obrar y ejercitar sus potencias al modo de los puros *ascetas,* mientras que a la vez están dando admirables ejemplos de vida y preciosos frutos de virtud y santidad (2). De ahí que pueda haber y haya, no sólo verdaderos místicos, sino grandes místi-

tan contínua que de mí tiene, reprendiendo mis infidelidades y mostrándome la preciosidad de las virtudes»...

Así, después de los apuros, estrecheces y privaciones por que hace el Señor pasar al alma, después de haberle dado, según dice Isaías (30, 20-21), *panem arctum et aquam brevem,* «de allí adelante—se le asegura—no hará que se aleje de tí tu doctor, y tus ojos estarán viendo a tu preceptor. Y tus orejas oirán la palabra del que ocultamente te amonesta diciendo: Este es el camino, andad por él, y no torzáis ni a la diestra ni a la siniestra».—Cf. ib. 42, 16-21; 54, 11.

(1) «Non est autem credibile servos fideles a Domino semper suavitate et gratia devotionis privari, si absque illa per alium modum secretiorem, et interdum tutiorem virtutum profectum non daret, nec mentis puritatem efficeret».—ALVAREZ DE PAZ, *De Inquis. Pacis,* l. 2, P. 3, c. 6.

(2) Así, algunos que parecen como abandonados de Dios, en realidad, según advierte la M. Cecilia del Nacimiento *(Unión del alma con Dios,* l. cit. p. 449), «le tienen y El se les esconde. Mas este gran fuego que se apodera del alma (si de verdad lo es) y crece con su grandeza, no es posible deje de traslucirse por mil partes; porque éste que tan íntimamente tiene a Dios, hace obras de Dios, y esa participación que tiene con El le va perfeccionando hasta llegarle a estado de perfección, y pone en él infinitas riquezas y maravillas de Dios».

«Ese perseverar en esa fe oscura, advierte el V. Falconi (*Camino,* l. 1, cap. VI), no lo pudieras tú hacer según tu querer y voluntad (aunque fuera ayudado de la gracia común), si no fuera en virtud de algún don y gracia especial de contemplación que Dios te hubiese dado. Porque sin tener ese don era moralmente imposible perseverar un alma una y dos horas cada día, y un día y otro; y siempre... resignada en la voluntad de Dios, sufriendo sequedades, dolores, tentaciones, batería de pensamientos importunos, y sin considerar o discurrir en algo... y antes tomaría el mayor trabajo del mundo, que perseverar tanto tiempo en esta sequedad... Especialmente se ve que no quisiera faltar a aquella oración a sus horas; y se reconoce en ella una prontitud y voluntad de agradar a Dios... y enmienda en las costumbres: todo lo cual es señal de que en aquella oración va Dios obrando en el alma, y dando la virtud interior con el don de contemplación, para perseverar en la oración... Y así resta, que aquel perseverar allí en fe y resignación y acabarlo consigo el alma sin discurrir ni meditar, que no lo hace ella tan voluntariosamente, y porque quiere ponerse en ello; sino porque *la pone Dios en eso;* pues la da fortaleza para perseverar en ello, mediante el don de contemplación que la va ya comunicando, aunque en grado imperfecto entonces, sin el cual era moralmente imposible el perseverar en aquella muerte voluntaria de toda la naturaleza. Y si no, pruebe a estarse así otra persona de las que pueden meditar... y verá cómo, aunque se lo manden y aprieten en ello, no le será posible el perseverar allí cuatro días; sino que reventará de pena, y tomará estar cavando día y noche, antes que estarse allí callando una hora sin discurrir en algo».

cos, muy poseídos del divino Espíritu, sin ellos, ni quienes los tratan, saberlo ni aun sospecharlo.

Así, el poder permanecer fieles sin recibir por mucho tiempo consuelos en medio de la obscura *noche del sentido* o de la obscurísima del *espíritu*, es, según San Juan de la Cruz, una de las mayores y más apreciables gracias místicas; puesto que así, a obscuras, va el alma hacia el puerto de su navegación espiritual tanto más segura y más a prisa, cuanto menos obstáculos acierta a poner con su propia acción y su modo humano y sus ensayos de iniciativas. De esta suerte vemos cómo lo que parecía pérdida es la mayor ganancia (1). En ese fruto de perseverancia magnánima se muestra muy bien la presencia e influjo del don de fortaleza; en la fidelidad amorosa al Padre que así corrige y castiga, se muestran el de temor y el de piedad; en el "entender no entendiendo", así tan a obscuras, pero "toda ciencia trascendiendo", el de inteligencia; y por fin, en tantas *amarguras* espirituales, sequedades y angustias sufridas en silencio y con toda resignación, por una parte, el de sabiduría que es el que hace *sentirlas*, como hace sentir también las consolaciones y dulzuras (pues con un mismo sentido se percibe lo dulce y lo amargo), y por otra, el de ciencia y consejo y los mismos de fortaleza y piedad, en saber, querer y poder sufrirlas tan dignamente. De esta manera, venciéndose y triunfando de todo, logran esos esforzados subir a la palma y recoger sus frutos (2).

Así es como a todos los justos—aunque a cada cual a su modo y según más les convenga—les prepara el Señor grandes y fuertes combates, no para dejarlos allí abandonados, sino para que, saliendo con su gracia vencedores, a pesar de todas las dificultades, vean por experiencia cómo la divina Sabiduría es más poderosa que todo (*Sap.* 10, 12).

De estas tan diferentes maneras que Dios tiene de comunicarse y tratar a sus siervos, y de los muchos favores manifiestamente *gratuitos* que con no poca frecuencia les hace, viene sin duda alguna la extraña confusión

(1) «No sabe de deleite ni gloria—advierte la M. Cecilia del Nacimiento (*Transform.*, Canc. 4, p. 380)—el alma que no sabe de esta obscuridad divina; ni puede llegar a Dios por esta divina manera, la que no sabe dar este vuelo divino a él ni en él. Aunque es imposible darle ella por sí misma hasta que Dios le hace esta misericordia, mas puede disponerse y el Señor la va disponiendo, y con la perfecta resignación en él y abnegación, a que *es muy cierto responder él y darse al alma* puesta de veras en los fundamentos de la verdad».

(2) «Quien se supiere vencer—Con un no saber sabiendo—Irá *siempre trascendiendo*».—S. Juan de la Cruz, *Poesías*, t. 3, ed. crít. p. 168.

que en este punto suele notarse en los autores, y en que, por ser tan común, incurren a veces, como por contagio, hasta algunos de los más ilustres maestros y bastantes almas muy experimentadas.

Les veremos, en efecto, muchas veces decir o dar a entender que *todas* las gracias místicas son dones *gratuitos* (fundándose en que algunas ciertamente lo son, y otras aparentan serlo por estar tan diversamente comunicadas), y que, por lo mismo, Dios las da siempre del todo *de balde* y sólo a quienes por puro favor especial quiere, sin que para eso valgan disposiciones ni méritos; y con todo esto reconocen y declaran, a vuelta de hoja o cuando la ocasión se presta, que *a todos*, sin excepción ninguna, se nos ofrece generosamente la divina contemplación—como ordenada a santificarnos—y que a todos seguramente se nos daría si en vez de ofrecerle obstáculos, nos dispusiéramos de modo que, con nuestra fidelidad y correspondencia, llegásemos a *merecerla* o *hacernos dignos de recibirla*.

Y la verdad, como acabamos de ver, es que realmente se nos promete y por lo mismo puede ser merecida hasta cierto punto, o sea en cuanto pertenece al fondo común de la verdadera vida mística, en que convienen todos los santos y cristianos *perfectos;* pero no en cuanto a las diversas formas, modos, tiempos y manifestaciones especiales en que unos santos difieren mucho de otros – como las estrellas del cielo—, y que por lo mismo no es indispensable para la verdadera santificación de cada alma, aunque sí muy conveniente para el decoro general de la Iglesia; pues sabido es que el Señor se complace en dar a cada fiel siervo suyo—y aun a cada familia religiosa—cierto predominio de algún don especial, para que cada cual, como un nuevo astro—o como nueva constelación en el cielo de la Iglesia—, sobresalga y brille de un modo singular con su propia y característica forma y manera de santidad y de vida mística. Y así vemos cómo, según decía Sor María de la Antigua "la comunicación particular no es para todos", ni por lo mismo puede ser de todos merecida; aunque sí la general o común, que a todos se nos ofrece y promete (1).

Esta comunicación particular—o del todo *singular*—, por lo mismo que es tal, y no para todos, aunque se ordene o contribuya a completar la santificación propia de

(1) «Spiritus Sanctus, observa San Buenaventura (*De 7 Donis Sp. S.*, 1.ª p., c. V), cum sit summae liberalitatis, radios suorum donorum *omnibus exhibet liberaliter*, qui ab uno lumine procedentes, *exhibentur diversimode diversis*, secundum cujuslibet capacitatem».

quien la recibe, siempre tiene algo o mucho de *gratuito*; y es cuanto, supuesta la propia santificación, se ordena a otras cosas supererogatorias o "extraordinarias", como es a darle algún realce muy accesorio, no implicado en el mismo concepto de esa tal santidad, o directamente al bien de otros, como una de las diversas "manifestaciones del Espíritu, dadas para utilidad común".

Así, a todos los dones del E. S., con pertenecer evidentemente a las gracias santificantes, podemos muy bien aplicar lo que Santo Tomás tan hermosamente dice acerca del de sabiduría; conviene saber, que ciertas manifestaciones suyas superiores no son comunes a todos los justos, sino propias y exclusivas de algunos que han de sobresalir en el conocimiento de los divinos misterios o de las reglas supremas de nuestra conducta, y contribuir así al bien común y a la edificación de los demás. Y esas manifestaciones, con no hallarse sino en almas perfectísimas, participan, a pesar de eso, de la condición de gracias *gratis datas*, y así las comunica Dios tan sólo a ciertas almas *privilegiadas*, sin que ningún otro pueda merecerlas, por no estarle prometidas ni ser necesarias a su propia santificación (1).

Conforme a esto, dice muy bien Santa Teresa (*Vida*, c. 17): "Una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia; y otra es saber decirla y dar a entender como es; y aunque *no parece es menester más de la primera*, para no andar el alma confusa y medrosa e *ir con más ánimo* por el camino del Señor..., es de *gran provecho entenderlo* y merced; porque cada una es razón alabe mucho al Señor, quien la tiene y quien no, porque la dió Su Majestad a alguno de los que viven, *para que nos aprovechase a nosotros*".

Con esto creemos que se resuelven muchas dificultades y se explican las vacilaciones, confusiones o contradicciones aparentes de tantos autores que, según como

(1) «Sapientia, dice Santo Tomás (2-2, q. 45, a. 5), importat quandam rectitudinem judicii circa divina et conspicienda et consulenda. Et quantum ad utrumque *ex unione ad divina* secundum diversos gradus aliqui sapientiam sortiuntur. Quidam enim tantum sortiuntur de recto judicio tam in contemplatione divinorum quam etiam in ordinatione rerum humanarum secundum diversas regulas, quantum est necessarium ad salutem. Et hoc nulli deest sine peccato mortali existenti *per gratiam gratum facientem*... Unde dicitur (I *Joan.* 2): *Unctio docet vos de omnibus*... Quidam autem *altiori gradu* percipiunt *sapientiae donum*, et quantum ad contemplationem divinorum, in quantum scilicet *altiora quaedam mysteria et cognoscunt, et aliis manifestare possunt;* et etiam quantum ad directionem humanorum secundum regulas divinas, inquantum possunt secundum eas *non solum seipsos; sed etiam alios ordinare*. Et iste gradus sapientiae *non est communis* omnibus habentibus gratiam gratum facientem, sed magis pertinet at gratias *gratis datas*».

miren las gracias místicas, unas veces las tienen por gratuitas y dicen que de ningún modo pueden merecerse, y otras, viendo que se ordenan ciertamente a nuestra santificación, reconocen que pueden ser merecidas y que debemos procurar hacernos dignos de ellas. Por nuestra parte diremos, en resumen y por conclusión: que hay algunas gracias, como la de profecía y milagros, que—con hallarse en muchos místicos—por ordenarse de suyo al bien de otros y ser comunes a justos y pecadores, son en todo rigor *gratis datas* y nunca pueden merecerse; otras que se ordenan directamente a la propia santificación y son exclusivas de los justos y comunes a todos los cristianos perfectos; y así, como opuestas a las *gratis datas*, pueden en absoluto ser merecidas de todos los fieles, aunque de hecho muy pocos—solamente los muy fieles y esforzados—logren *merecerlas;* y hay, por fin, otras intermedias, especialísimas, que sólo se hallan en algunos justos y están ordenadas, ante todo, a completar la forma característica de su manera particular de santidad, y luego a contribuir, como por redundancia, a la salud de otros o de todos; y éstas, aunque de suyo santificantes, tienen, sin embargo, más o menos de *gratuitas,* y por lo mismo no pueden ser merecidas sino a lo sumo de aquellos a quienes Dios las ofrece y destina y a cuya especial manera de santificación convienen y se ordenan.

Artículo 7.º—Esta divina contemplación, que todos debemos desear y procurar, y que a todos se nos ofrece como recompensa, es la propiamente sobrenatural o infusa, y no la que hoy llaman "adquirida„.

Conviene mucho advertir, que esta santa contemplación, de que venimos tratando, y que los Padres y Maestros nos presentan como tan deseable y asequible, no es la modernamente denominada "activa„ o "adquirida„ (y que algunos hoy tanto ponderan llamándola *ordinaria* y aun presentándola como si no hubiera apenas más que desear), sino la propia y estrictamente "sobrenatural„ o "infusa„, debida principalmente a los sublimes dones de sabiduría e inteligencia, que es la única de que nos hablaron y trataron ampliamente los Santos Padres y todos los grandes Maestros de espíritu hasta principios del siglo XVII, y a la cual, por lo mismo, se refiere directamente cuanto dicen acerca de su excelencia y utilidad cuando, según queda dicho, nos la presentan como único objeto digno de todos nuestros conatos y aspiraciones, como término y coronamiento de toda la vida espiritual y en fin, como la verdadera y única oración perfecta y

por lo mismo propia de los santos y de los perfectos cristianos (1).

No negamos que a veces exista la otra—o cosa muy parecida—ni que a ella puedan casualmente referirse algunas explicaciones de los Padres y Maestros antiguos cuando hablan de los primeros grados o ensayos, en que aun interviene no poco el esfuerzo y la iniciativa propia; y así a veces nos recomiendan ejercitarnos en "contemplar", como si eso estuviera del todo en nuestra mano. Lo que sí negamos es que presenten esta manera de oración como una clase de contemplación especial, y menos como si fuera la más *ordinaria,* y mucho menos aún como si estuviera totalmente separada de la verdadera contemplación infusa o *perfecta,* que es a la que directamente se refieren y ordenan todos sus trabajos. Si, pues, algo dicen que a ella pueda aplicarse, es lo relativo a la misma contemplación sobrenatural incipiente, que suele no pocas veces comunicarse como para coronar los esfuerzos hechos en la simple meditación o consideración (2).

De ahí que vengan a tener a esta misma, sobre todo cuando se contenta con sólo una cierta vista amorosa, general y vaga, pero atenta y rica en afectos, como una disposición ya inmediata y aun como un primer grado de

(1) «Los grandes maestros, cuya doctrina tratamos de exponer—advierte Lamballe *(La contempl.,* ch. II, § 6.º)—, no sospecharon que hubiera una tal contemplación adquirida, ni ésta cabe en sus sistemas. Después de la oración metódica de discursos y afectos, Santa Teresa coloca inmediatamente las oraciones que llama *sobrenaturales,* es decir, pasivas, de recogimiento y de quietud, de sueño de las potencias, de unión y éxtasis. ¿Qué lugar reserva entre los *consuelos* de la meditación y los *gustos divinos* de la quietud? Lejos de dejar ese hueco, excluye formalmente toda oración intermedia. Después de hacer en su *Vida* (cap. XIII) una descripción, que puede allí leerse, de la oración afectiva, añade: «Es el modo de oración en que han de comenzar y »de mediar y *acabar* todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el »Señor les lleve a otras cosas *sobrenaturales*». ...Es doctrina universalmente admitida en la Iglesia católica que los actos que ofrecen dificultad especial requieren el ejercicio de los dones del Espíritu Santo. Y por esto toda la tradición atribuye la contemplación, como cosa muy sublime, a esos dones, y por esto es llamada pasiva e infusa».

No sin razón el P. V. Peralta *(Estudios Franciscanos,* 1912, pág. 260) considera la «contemplación adquirida» como una simple palabra, tan vacía como fascinadora, que ha desconcertado a muchísimos autores e impedido que gran número de almas, contentas con sólo esa *novedad,* entraran en la única y verdadera *contemplación.*

(2) «Hemos hecho notar, con San Juan de la Cruz *(Subida,* II, cap. XV)—observa Lehodey *(De la Orac.,* 3.ª P., cap. IV)—, que hay un período intermedio en que el alma medita unas veces y otras contempla; en una misma oración puede comenzar meditando y concluir contemplando. Viene después un tiempo en que (de ordinario) se cuenta a todas horas con gracia para contemplar, mas no para meditar; cada vez que se hace oración es por medio de esa mirada sencilla y amorosa; poséese entonces el hábito perfecto de la contemplación».—«Este es—advierte, en efecto, el mismo Santo—el ordinario estilo y ejercicio del *estado de contemplación,* hasta llegar al *estado quieto,* que nunca permanece en un estado, sino todo es subir y bajar».—(S. Juan de la Cruz, *Noche* II, cap. XVIII).

la misma contemplación sobrenatural, obra del don de sabiduría, pero que así y todo participa a la vez de la meditación, y que por tanto tiene algo de adquirido y algo de infuso, y viene a constituir como un término de transición (1).

Así la presenta Hugo, bajo el nombre de "especulación", como intermedia entre la meditación y la contemplación sobrenatural y aun como primer grado de esta misma, o sea primera manifestación del don de inteligencia (2); y la presentan San Buenaventura, en los prime-

(1) Ricardo de S. Víctor *(De Contemplatione)* dice así: «Veritatem diu quaesitam, tandemque inventam, mens solet cum aviditate suscipere, mirari cum exultatione, ejusque admirationi diutius inhaerere. Et hoc est *meditationem in contemplationem transire...*»

El mismo autor de *Conocimiento obscuro de Dios*—que, según luego veremos, parece ser quien por primera vez, en 1608, habló de la contemplación adquirida—la viene a reducir a la infusa o mística, diciendo (cap. VIII): «En la contemplación de la *Mística teología* se consideran cinco grados.—El primero es cuando, mediante la fe o la contemplación afirmativa, procura el alma fijar los ojos en la incomprensibilidad de Dios y se ejercita el afecto en los actos anagógicos; esta contemplación (adquirida) es el primer escalón o grado de esta mística, en la cual parece que no asienta el alma los pies, ni tiene estable ni habitual conocimiento; y así es más *principio de contemplación* que contemplación. El segundo grado es cuando el alma poco a poco habituada a este conocimiento de Dios por negación, se quieta y reposa en aquella noticia amorosa y general de Dios... El tercer escalón es cuando el espíritu, más habituado a estos actos anagógicos, se levanta y entra en Dios prontamente..., se quieta y fija en Dios... Este tercer grado tiene mucho de sobrenatural e infuso. El cuarto grado es cuando totalmente es esta contemplación infusa de Dios, en la cual muchas veces, sin disposición alguna, es puesta el alma, y tiene gran quietud y delectación y un íntimo silencio, como sueño de las potencias... Esta es muy más perfecta contemplación que la tercera, por ser de todo punto sobrenatural e infusa, y se dice oración de *quietud* y de silencio, y la tercera se dirá de *recogimiento*. El quinto y último grado es cuando el alma..., toda enajenada de los sentidos, está transformada y *unida* con Dios; y este es el más alto grado que hay de oración; porque así como la meditación, excediéndose a sí misma, *para en contemplación*, así la contemplación, excediéndose a sí misma, para en unión».

(2) Compara, en efecto, Hugo de S. Víctor *(Homil. I in Ecclesiastem)* los progresos de la oración a lo largo de las tres vías con los de la combustión de un leño, diciendo: «Primum ergo visus est ignis cum flamma et fumo; deinde ignis cum flamma sine fumo, postremo ignis purus sine flamma et fumo. Sic nimirum carnale cor quasi lignum viride, et necdum ab humore carnalis concupiscentiae exsiccatum, si quando aliquam divini timoris seu dilectionis scintillam conceperit, primum quidem pravis desideriis reluctantibus, passionum et perturbationum fumus exoritur: deinde roborata mente cum flamma amoris, et validius ardere, et clarius splendere coeperit, mox omnis perturbationum caligo evanescit, et jam pura mente animus ad contemplationem veritatis se diffundit. Novissime autem, postquam assidua veritatis contemplatione cor penetratum fuerit, et ad ipsum summae veritatis fontem medullitus toto animae affectu intraverit; tunc in idipsum dulcedinis quasi totum ignitum, et in ignem amoris conversum, ab omni strepitu et perturbatione pacatissimum requiescit... Tunc cordi toto in ignem amoris converso, vere Deus omnia in omnibus esse sentitur, cum tam intima dilectione suscipitur, ut praeter illum etiam de semetipso corde nihil relinquatur.—Ut igitur tria haec propriis vocabulis distinguamus, prima est *meditatio*, secunda *speculatio*, tertia *contemplatio*. In meditatione mentem pia devotione succensam, perturbatio passionum carnalium importune exurgens obnubilat. In speculatione *novitas insolitae visionis in admirationem sublevat*. In contemplatione *mirae dulcedinis gustus* totam in gaudium et jucunditatem com-

ros de sus siete grados o caminos (1); San Juan de la Cruz, cuando encarga que nos vayamos habituando a esa contemplación inicial, árida y obscura, o a esa noticia amorosa en que Dios suele poner ya *sobrenaturalmente* a los aprovechados (2); y hasta el mismo P. Tomás de Jesús, cuando, al defender su "contemplación adquirida", la declara *disposición* inmediata y uno de los mejores *medios* para lograr o *merecer* la propiamente infusa (3), y aun casi para poder entrar de lleno, como por nuestros pies, en los arcanos de la mística (4).

Por tanto, esa célebre "contemplación adquirida", de que tanto se habla desde que dicho Padre carmelita en

mutat. Igitur in meditatione est *sollicitudo,* in speculatione *admiratio,* in contemplatione *dulcedo*».

Esta «especulación», que así excita la admiración con una *luz nueva,* es ya, evidentemente, cierta contemplación inicial que coincide con la que hoy llaman *adquirida,* y, sin embargo, tiende hacia la infusa, como disposición inmediata, y participa mucho de ella.—Cf. S. Lorenzo Justiniano, *De casto Connubio,* c. 19.

(1) Cf. *Itinerarium mentis in Deum,* c. I-III.

(2) «Los *aprovechantes,* dice San Juan de la Cruz *(Subida,* II, cap. XIII), es a los que *Dios comienza a poner* en esta *noticia sobrenatural de contemplación*». «A los *principios,* añade *(Ib.),* ni está tan perfecto el *hábito* de ella (la contemplación), que luego que ellos quieran se puedan poner en el acto de ella, ni por el semejante están tan remotos de la meditación, que no puedan meditar y discurrir algunas veces... Antes en estos principios, cuando... echaren de ver que no está el alma empleada en aquel sosiego o noticia, *habrán menester aprovecharse del discurso hasta que vengan en ella a adquirir el hábito* que habemos dicho, en alguna manera perfecto, que será cuando todas las veces que quisieren meditar, luego se quedan en esta noticia y paz, *sin poder meditar* ni tener gana de hacerlo».—Por aquí se ve cómo, según el Santo, con el ejercicio mismo de la meditación y la fidelidad a la gracia se logra *adquirir el hábito* de esa *noticia sobrenatural de contemplación infusa,* en la cual «Dios comienza a poner» a los *aprovechantes.* Así, apenas cabe separación entre la contemplación que llaman *adquirida* y la propiamente *infusa,* sino en que ésta suele a veces ser comunicada sin previo ejercicio de consideraciones.

(3) «Juvat etiam non parum acquisita contemplatio ad eam quam infusam appellamus comparandam, et illam puto, si habitualis sit, potiorem ac proximiorem esse dispositionem ad hanc gratiam divinam *promerendam*».—(Tomás de Jesús, *De Contemplatione divina,* 1620, lib. I, cap. VIII).—Lo mismo, en substancia, había enseñado ya el autor de *Conocimiento obscuro,* diciendo: «La más cierta señal de la contemplación sobrenatural e infusa es no tenerla siempre que queramos, ni el cesar de ella cuando es nuestra voluntad, sino el venir cuando Dios quiere, y faltar cuando Dios se sirve: la cual da y quita el Señor cuando quiere y le parece. Verdad es que *de ordinario la suele dar a los que perseveran en la oración y contemplación natural y adquista, recompensando el trabajo* que allí pasan con esta *contemplación infusa y sobrenatural*».—*(Tr. del Conocimiento obscuro de Dios,* cap. I).

Este importante tratado está muy malamente incluído entre las obras de San Juan de la Cruz (ed. crít.; Toledo, 1814, t. III); pues no tiene la menor traza de pertenecerle. Más bien debe pertenecer al benedictino P. M. Antonio Alvarado, que lo incluyó como propio en su obra *Arte de bien vivir,* publicada en 1608, que por lo mismo parece ser cuando por primera vez se habló de contemplación *natural* o *adquirida.*

(4) «In illa (contempl. acquisita), añade Tomás de Jesús *(De Contempl. div.,* lib. I, cap. IV), homo proprio assurgit labore, ac propriis pedibus gradiens divina arcana perlustrans, *arcam illam contemplationis mysticam ingreditur;* in supernaturali vero quasi alis quibusdam contemplationis sursum velocissime a Spiritu divino ad ea quae Dei sunt intuenda elevatur».

1610 y, sobre todo, en 1620 la puso como de moda, o se reduce a la puramente filosófico-teológica, que no es oración, sino simple especulación o estudio—y así deja el corazón del todo frío—; o es efecto del don de sabiduría y, por tanto, verdadera contemplación infusa (1); o si no sólo es término y complemento natural de las meditaciones ordinarias, en que, con la sola vista general de lo ya considerado, se logra, a fuerza de ejercicio y hábito, reproducir, aunque casi siempre de un modo más remiso, los mismos afectos ya sentidos al meditar; por lo cual, para que estos afectos no se amortigüen, se necesitan de cuando en cuando nuevas consideraciones que los exciten y enciendan.

Si, pues, en vez de amortiguarse, como era natural al separarse de ese fuego que los avivó *(Ps.* 38, 4), aumentan en intensidad o en firmeza al cesar la consideración y quedarse el alma tranquila en pura fe, con sola esa vista general *amorosa,* es señal evidente de que ese aumento de luz y fervor lo produce, no nuestro trabajo *adquisitivo,* el cual suponemos que ha cesado, sino un influjo superior de los dones infusos, para el cual fué el alma *disponiéndose* con la meditación, y cuyas simplicísimas *noticias,* por vagas y confusas que sean, siempre son "palabras que, a manera del mismo Verbo divino, respiran y suscitan amor„. Y si tras de eso hay ya gran dificultad o verdadera imposibilidad para discurrir como antes, es más evidente aún que esto no puede provenir del mismo hábito de meditar, el cual debía dar, por el contrario, mayor facilidad, sino de la *sobrenatural* "ligadura„ que Dios produce en las facultades y modos naturales cuando va a introducir al alma en la oración que llamamos infusa o mística, o sea en la contemplación sobrenatural (2).

Así, la que suele pasar por *adquirida* y hasta se trata de presentar como *ordinaria,* no es en rigor ni lo uno ni lo otro; es realmente el grado inferior de la *infusa* con

(1) En la contemplación filosófica, dice Santo Tomás (*in* III *Sent.*, d. 34, q. 1.ª, art. 2.º), «motus humanus est ut ex simplici inspectione altissimarum causarum homo de inferioribus judicet, et ordinet; et hoc fit per *sapientiam*... intellectualem virtutem... Sed quod homo illis causis altissimis uniatur transformatus in earum similitudinem, per modum quo *qui adhaeret Deo, unus spiritus est* (I *Cor.* 6), ut sic quasi ex intimo sui de aliis judicet et ordinet non solum cognoscibilia, sed etiam actiones humanas, et passiones; hoc *supra humanum modum* est, et hoc per *sapientiae donum* efficitur» (Cf. 2-2, q. 45, art. 3 et 6).—Y «el don de sabiduría, en su primer grado, advierte Dionisio Cartujo *(De Contempl.* lib. I, art. 41), constituye el *primer grado de la contemplación» mística* o *infusa.*

(2) Cf. San Juan de la Cruz, l. cit. y *Noche obscura*, II, cap. V y XVII; *Cántico espiritual,* 39; *Subida,* II, cap. I y XII, etc.

que Dios, según dijimos, suele dignarse coronar nuestros esfuerzos por meditar a conversar afectuosamente con El. Y así mucho mejor se llamaría, conforme la llamaron algunos Maestros, contemplación sobrenatural *incipiente* o *imperfecta* (1).

La verdadera "contemplación adquirida„ sería la que pudiésemos lograr con nuestro trabajo e industria, ayudados de la simple gracia ordinaria, sin ningún influjo especial de los dones del Espíritu Santo, y tenerla a nuestro *modo humano*, y aun siempre a nuestro arbitrio, por lo menos después de mucho meditar, así como logramos tener la misma meditación procurando recogernos. Mientras que la perfecta contemplación sobrenatural no está en nuestra mano lograrla o *adquirirla,* sino que nos es amorosamente *infundida* por Dios y obrada de un modo verdaderamente "sobrenatural„, *sobrehumano* y *divino* por el mismo Espíritu Santo mediante alguno de sus dones (2).

(1) «*Contemplatio acquisita*, reconoce López Ezquerra *(Lucerna myst.*, Proleg.), illa est, quam Theologi vocant *orationem fidei;* non quia sola fides concurrat, quia simul concurrit charitas in illa *affectiva* et *amatoria Dei notitia*... Haec... *activa contemplatio nuper inventa est*, sed ab antiquis... edocta». Pero los antiguos no la enseñaron como cosa del todo distinta de la infusa, sino como principio de ésta. Por aquí se ve cuánto se engaña el Padre Dosda al decir *(L'Union avec Dieu*, 4.ª p., ch. XVII; París, 1912) que, «según la *escuela antigua,* hay dos suertes de contemplaciones, la *ordinaria* o *adquirida* y la *extraordinaria* o *infusa*». Reconoce, sin embargo *(ib.)*, que «la contemplación *activa alcanza,* con más frecuencia de lo que puede pensarse, a los *grados inferiores de la pasiva*. Las almas *elevadas* a la oración de simplicidad se hallan quizá de cuando en cuando, pasajeramente, bajo la influencia de una gracia mística. Esta oración, que pertenece a la contemplación activa, confina, indudablemente, con los primeros grados de la *sobrenatural*». Pero ésta, o sea la *infusa*, es la misma *recibida* sobrenaturalmente de Dios, aunque el autor quiera negarlo, con esta chocante frase: «Entre las almas que marchan por la vía unitiva, hay muchas que, sin estar elevadas a la unión mística, o sea a la contemplación sobrenatural, *reciben*, sin embargo, un *don superior* a la simple meditación» *(Id. ib.*, ch. XVII). Así no repara en admitir *(ib.*, cap. XVIII)—inventando nuevos nombres y un grado intermedio—tres clases de oración: la *ordinaria* o meditación, la *superior*—, oración de simplicidad, contemplación adquirida—, y la oración *eminente* o contemplación infusa *(ib.* ch. XIX).—«Entre la meditación y contemplación activa, dice a su vez el P. Naval *(Ascét. y Míst.*, 1914, núm. 59), suponen algunos autores... un grado medio que llaman *oración afectiva*..., pero que en rigor no es otra cosa sino la misma contemplación activa, en la cual abundan los afectos con variedad, aunque no sean sensibles. La contemplación activa en la cual se halle cierta unidad de afecto llámase *oración de sencillez,* y es la más propiamente dicha contemplación adquirida, según los autores que admiten la *oración afectiva*».

En realidad, como a su tiempo veremos, la *oración afectiva* y la de *simple vista amorosa* son intermedias entre la meditación y la verdadera y notoria contemplación infusa, de la cual van participando más y más.

(2) «*Acquisitam* (contemplationem)—dice el P. Tomás de Jesús *(De Contempl. div.*, lib. I, cap. II)—, eam nuncupamus, quam industria et exercitatione propria, non tamen sine divina cooperatione et gratia, *acquirimus: Infusam* vero, quae ex sola gratia sive inspiratione divina promanat... Quantum ad *modum operandi*... constat aliam esse contemplationem, quam Spiritus Sanctus *divino et supernaturali modo* in nobis operatur, ab aliquo

Mas una oración de este modo *adquirida,* no tendría por qué ser más fructuosa que la precedente meditación de que le vendrían todos sus frutos, si no se añadiese alguna especial moción del Espíritu Santo que la hiciese tener lo que de suyo no tenía, y por lo mismo le diese un carácter intermedio entre el de la propiamente *adquirida* y el de la marcadamente *infusa.*

Y así es como los autores modernos, que tratan de darle gran importancia y presentarla como mucho más fructuosa que la meditación, aunque no tanto como la perfecta contemplación infusa, la reconocen y declaran producida también, como ésta, realmente por medio de los dones del Espíritu Santo, aunque obrando con menos intensidad; lo cual, sin ellos advertirlo, equivale a declararla del mismo orden, aunque más imperfecta o de grado inferior (1).

La diferencia, pues, entre esta manera de contemplación y la perfectamente sobrenatural o infusa, por mucho que la traten de hacer resaltar y por mucho que se empeñen en contraponer esas dos maneras de oración, vendría a ser sólo de grado y no de naturaleza, de *menos a más*, o sea de mayor o menor influjo de los dones que le den un modo de ser más o menos notoria o plenamente *sobrehumano;* pero el *magis et minus non mu-*

inquam, ex septem donis, vel gratia aliqua *gratis data* profluentem: aliam quae *modo humano*, id est, per discursum rationis, etiam cooperante gratia, aliisque virtutibus supernaturalibus procedit, quae etiam in suo sensu (id est, quoad substantiam) supernaturalis merito posset apellari. Sed quia ratio humana, etiam virtutibus theologicis informata, *humano modo* movetur...; tamen quantum ad nostrum attinet propositum, non dicitur contemplatio supernaturalis et infusa».

(1) «Hay también en la contemplación ordinaria o *adquirida*—reconoce el P. Meynard, O. P. *(Tr. de la Vie intér.* 2.ª p., *Théol myst.*, lib. I, n. 1.ª)—algo de *infuso,* de *pasivo* y de *sobrenatural,* puesto que no puede tener lugar sin una *especial iluminación* de la divina gracia». Y como esta *iluminación* es debida, según suelen reconocer sus defensores, a los dones del Espíritu Santo, aunque influyendo en menor grado, toda la diferencia de esta contemplación, a la que todos reconocen por mística, es puramente accidental, de menos a más. Y así, por más que la inferior pueda o suela llamarse *ordinaria* y *adquirida,* no por eso deja de ser *sobrenatural* e *infusa* y obra de los mismos dones, aunque todavía aparente estar hecha al simple *modo humano.*

«Hay—decía ya según esto el cronista carmelitano Fr. José de J. María *(Don que tuvo San Juan de la Cruz para guiar las almas,* cap. X)—dos maneras de *contemplación sobrenatural:* una, concedida a nuestro *modo humano* por medio de la luz sencilla de la fe y de los auxilios comunes de la gracia; y ésta la podemos ejercitar siempre que quisiéremos, como hacer otro cualquier acto de fe con estos mismos auxilios; y la *ilustra el don de sabiduría a lo sobrenatural,* y *también a nuestro modo.* La cual ilustración, dice Santo Tomás (2-2, q. 45, art. 5), que no se niega a ninguno de los que están en gracia, si saben disponerse para recibirla.—La otra contemplación es más elevada y precedida de auxilios particulares y más eficaces: levanta al alma a conocimiento y amor de Dios *sobre nuestro modo humano,* al cual no puede llegar el hombre sino cuando Dios se lo concede».

tant speciem (1). Esa oración, pues, por ser obra de los dones, ya no es en realidad producida, aunque aparente serlo, de un simple *modo humano,* como la oración *ordinaria;* y no estando en nuestro arbitrio sentir o recibir ese influjo especial, por más que lo procuremos, tampoco podemos llamarla en rigor *adquirida,* aunque muchas veces venga a coronar nuestros esfuerzos, industrias y trabajo. Es, pues, intermedia entre la propiamente *adquirida* y la plenamente *infusa;* pero en realidad pertenece ya a este orden superior de lo "sobrenatural„ *reduplicative,* o sea *etiam quoad modum,* y constituye sus primeros grados o manifestaciones (2).

Así vemos que dichos autores citan a veces como ejemplos de la tal "contemplación adquirida„ ciertos pasajes de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz (3), en que estos grandes Maestros expresamente declaran y

(1) «La contemplación pasiva—reconoce López Ezquerra *(Lucerna myst.,* tr. I, cap. III)—, considerada en su *substancia* es *lo mismo que la activa,* y no se distingue sino en el *modo* y en la *intensidad*». Según el P. Dosda *(L' Unión,* 4.ª p., ch. XVIII), la contemplación activa o adquirida es «un don comunicado por Dios», lo mismo que la pasiva o sobrenatural, y se puede reconocer por las mismas señales. Lo cual es declararla tan infusa como esta última. Además la tiene también por obra de los dones del Espíritu Santo.

«Los efectos que deja en el alma la contemplación activa, reconoce el Padre Naval *(Ascética,* núm. 190), son *los mismos que se enumeran en la Mística como propios de la contemplación infusa,* aunque en grado muy inferior a los de ésta...: Mayor *ilustración* del entendimiento..., sentimientos de paz y de confianza más profundos, etc.»

(2) Así la viene a presentar el P. Nouet, S. J., al declararla propia de los Santos y de los ya muy perfectos, y obra del Espíritu Santo, lo mismo que la notoriamente infusa: «La contemplación cristiana y divina—dice *(Intr. a la Vie d' oraison,* lib. IV, 1 entr.), la consideramos como un *ejercicio de los santos,* íntimamente unidos a Dios, y de quienes aspiran a la unión perfecta». «La contemplación *activa*—añade (entret. 3)—se adquiere, se perfecciona y conserva por la meditación contínua, la cual sería defectuosa si con el tiempo no se trocase en contemplación (adquirida), así como ésta *debe convertirse en una vista habitual de Dios* y de las cosas divinas; de otra suerte, como dicen los maestros de la vida espiritual, es un cuerpo sin alma, un viaje sin término, una navegación sin puerto. La contemplación *infusa* no depende de la industria humana, sino de la bondad de Dios, que la da a quien le place. Con todo, *es su costumbre darla por recompensa* a quienes por largo tiempo se han ejercitado en la vía purgativa e iluminativa y en la práctica de la *oración mental ordinaria.* La causa productora *de una y otra es el Espíritu Santo y el ferviente amor de Dios,* que mueve al alma a desocuparse de las cosas creadas y *hacer todos sus esfuerzos por acercarse, unirse y perderse en Dios.* Pues las luces del cielo requieren un corazón humillado y anonadado».

(3) De este Santo suelen desde un principio aducir algunos textos obscuros, interpretándolos muy mal, o pasajes de escritos que le atribuyen, y no son auténticos. Pero en cuanto a Santa Teresa, el mismo P. Quiroga reconoce *(Don que tuvo San Juan de la Cruz,* cap. VII) que «todas las veces que nombra contemplación, habla de la *del todo infusa*».—Lejos de admitir ninguna otra, expresamente la rechaza como perjudical, diciendo *(Morada* IV, c. 3): «*Si su Majestad no ha comenzado a embebernos,* no puedo acabar de entender cómo se puede *detener el pensamiento,* de manera que no haga *más daño que provecho...* Pues Dios nos dió las potencias para que con ellas trabajásemos..., no hay para que las *encantar,* sino dejarlas hacer su oficio, hasta que *Dios las ponga en otro mayor*».

hacen constar que hablan de una suerte de oración ya propiamente sobrehumana y rigurosamente sobrenatural, cual es la infusa de recogimiento o de quietud, aunque a veces esta oración sea también procurada o adquirida en cierto modo con la propia industria y trabajo con que la buscamos y pedimos, y hacemos por conservarla, o con que nos disponemos para recibirla, exponiendo con humildad y confianza al Señor nuestros deseos y necesidades, y esperando que El lo remedie, como nos lo aconseja el Salmista, diciendo *(Ps.* 36, 5): "Revela Domino viam tuam, et spera in eum; *et ipse faciet*„ (1).

También suelen invocar en su apoyo otros testimonios de Santo Tomás, San Buenaventura y hasta de San Francisco de Sales, que a primera vista parecen ciertamente favorecerles, por referirse igualmente a una manera de contemplación en que aun intervienen, y a veces no poco, nuestros esfuerzos, y que, por lo mismo, parece coincidir con la propiamente *adquirida.* Mas no quieren advertir que estos Santos Doctores protestan contra esa arbitraria manera de entenderles, al presentar la contemplación de que nos hablan, no como totalmente distinta de la perfecta oración infusa, sino como un término de transición y un verdadero grado para llegar a ella, atribuyéndola por lo mismo terminantemente al don de sabiduría o al de inteligencia.

Así hace, en efecto, San Buenaventura en sus famosos siete grados del *Itinerario*, pues aunque los primeros puedan pertenecer de suyo a la oración adquirida y aun a la meditación más ordinaria, sin embargo, él los considera como obra de dichos dones y como pasos para llegar a merecer ser admitidos a lo más encumbrado de la contemplación sobrenatural y de la vida mística (2).

(1) «Hay, observa el P. Grou, S. J. *(Maximes,* II), más de infuso en una vía y más de adquirido en la otra; pero de tal suerte, sin embargo, que lo mismo infuso es en cierta manera adquirido, pues hay que trabajar por conservarlo y acrecentarlo... Todo el mundo puede y debe, con la gracia ordinaria, marchar por la vía activa; y sólo a Dios toca introducir en la pasiva. Sin embargo, es cierto que muchas almas no entran en ésta, o no perseveran en ella por pura culpa suya. Y también es cierto que, en la intención de Dios, la primera *debería servir* muchas veces *de disposición* para la segunda, si más fielmente se correspondiese a la gracia y hubiese más generosidad, más ánimo y sencillez: si se consintiese en un total despojo del propio parecer, y si mil falsos prejuicios no cerraran la entrada».

(2) «Breviter tangamus—escribe en otro lugar el mismo San Buenaventura *(De parvo bono,* partic. 3)—qualiter contemplando (seu considerando) ad *veram sapientiam pervenitur.* Per contemplationem namque transit mens nostra ad supernam Jerusalem... Gradus autem perveniendi ad *splendorem veritatis,* ad quem pervenitur imitatione Christi, sunt septem; scilicet, assensus rationis, affectus compassionis, aspectus admirationis, *excessus devotionis,* amictus assimilationis, amplexus Crucis, et *intuitus veritatis*... Septimo considera, quid ex hoc consequitur quod patitur, et veritatis radium *in-*

Santo Tomás dice expresamente que las diversas partes que suelen contarse en la simple meditación, son ya como disposiciones para llegar a lo más alto de la divina contemplación, a la que se ordena también toda nuestra vida activa interior y exterior (1); y que la común tendencia hacia este sublime término da unidad verdadera a todo lo demás. Para quitar toda duda acerca de su parecer, añade que la misma meditación está ya ordenada por el don de sabiduría hacia la más alta contemplación (2), y

tuere per contemplationis oculum: quoniam ex hoc quod Agnus passus est, septem signacula libri aperta sunt».

(1) «Vita contemplativa simpliciter melior est quam activa, inquantum magis assimilatur illi vitae ad quam per activam et contemplativam nitimur pervenire: unde et *contemplativa est finis activae* et fini ultimo vicinior...; quia vita aeterna non est nisi quaedam consummatio contemplativae vitae, quae per vitam contemplativam in praesenti praelibatur» (S. Thom. *in* III *Sent.*, D. 35, q. 1, art. 4.°, sol. 1).

«Et illi qui sunt magis apti ad activam vitam possunt per exercitium activae ad contemplativam praeparari»—*(Id.*, 2-2, q. 182, art. 4.°, ad 3).

«Activa igitur vita est, dice conforme a esto Alvarez de Paz *(De Vita spirit.*, l. II, P. 3, c. 21), illud vitae spiritualis institutum, quo homo studiosis actionibus ex professo vacat, *ut se ad contemplationem* veritatis, et amoris perfectionem *disponat*... Quia re vera hunc finem in omni externo opere sibi praefigit, ut aptus sit in Dei omnipotentis *familiaritatem* ac consuetudinem *admitti...;* studiosa opera etiam tantae dignitatis oblitum..., natura sua aptum ad divinas res contemplandas, et ignem divini amoris suscipiendum, efficiunt... Qui ergo Christum cupimus, qui ejus dulcia oscula et purissimos optamus amplexus, quaeramus eum primum per activam vitam, ministremus ei in proximis, ut postea illum in seipso invenire, eoque cum ingenti gaudio perfrui possimus... Haec est prima vitae spiritualis pars, initium coelestis itineris, janua incomprehensibilium thesaurorum, vitare mala, praestare bona, seipsum per mortificationem ordinare, proximis ptopter Christum inservire».

(2) «Vita contemplativa, escribe *(in* III *Sent.*, D. 35, q. 1, art. 2, sol. 2), principaliter in operatione intellectus consistit; et hoc ipsum nomen *contemplationis* importat, quod *visionem* significat. Utitur tamen inquisitione rationis contemplativus, *ut deveniat ad visionem contemplationis, quam principaliter intendit;* et haec inquisitio, secundum Bernardum, dicitur *consideratio*». «Quamvis creaturae visibiles, añade *(ibidem*, ad 2), sint via *deveniendi in contemplationem divinorum*, tamen in hac via non consistit *principaliter* contemplatio, sed in termino viae». «Cum vita contemplativa, prosigue (sol. 3), consistat in operatione quam quis maxime intendit, oportet quod sit circa contemplationem maximi amati...: unde principaliter consistit in operatione intellectus circa Deum... Nihilominus tamen et contemplativus considerat alia, inquantum ad Dei contemplationem ordinantur sicut ad finem, puta creaturas, in quibus admiramur divinam majestatem, et sapientiam, et beneficia Dei, ex quibus inardescit in ejus amorem; et peccata propria, ex quorum ablutione mundatur cor, *ut Deum videre possit.* Unde et nomem contemplationis significat illum actum principalem, quo quis Deum in seipso contemplatur; sed *speculatio* magis nominat illum actum quo quis divina in rebus creatis quasi in speculo inspicit». «*Contemplatio*, añade *(in IV Sent.*, D. 15, q. 4, art. 1.°, sol. 2, ad 1), aliquando capitur *stricte pro actu intellectus divina* meditantis: *et sic contemplatio est sapientiae actus.* Alio modo communiter pro omni actu quo quis a negotiis externis sequestratus soli Deo vacat... Posuit Hugo tres contemplationis partes, primam *lectionem*, secundam *meditationem*, tertiam *orationem.* Nec tamen oportet quod sit oratio sapientiae actus ab ea elicitus, quamvis *sapientia per meditationem viam orationi praeparet*».—En la *Suma* (2-2, q. 180, art. 6.°, ad 1; art. 8.°, ad 2), hace ver cómo todos esos actos y los diversos *movimientos* que solían llamar *recto, oblícuo* y *circular*, pertenecen a la misma *quietud de la contemplación*, la cual va poco a poco *perfeccionándose*, pasando por muchos grados desde la misma vista o consideración de los reflejos de Dios en las cria-

que ese don sublime es el que debe regular toda nuestra conducta (1).

De aquí que no deba ofrecer extrañeza ninguna la extensión que a esta contemplación divina suele dar San Francisco de Sales al decir *(Amor de Dios*, IV, c. 3) que su primer grado lo constituye la simple meditación al engendrar la devoción y producir amor, el cual luego hace *contemplar con gran suavidad,* o sea místicamente. Esto mismo enseñaron en substancia aquellos dos grandes Doctores escolásticos (2), y lo viene a indicar Vallgornera al considerar la meditación como primer grado de la vida contemplativa (3).

La verdad es que en la misma meditación que pasa por más ordinaria puede ya haber algo, y aun mucho de *infuso* o de *sobrenatural;* pues aunque podamos ordinariamente tenerla cuando queremos, raras veces logramos hacerlo conforme querríamos, debiendo siempre procurar poner lo que está de nuestra parte y en *lo demás* contentarnos con lo que nos sea *dado.* Así, el *fervor* de la devoción lo tenemos sólo cuando Dios misericordiosamente se digna concedérnoslo, y nos viene a fal-

turas, hasta la *sublime contemplación de la divina verdad, «in qua finaliter contemplatio perficitur». (Ib.*, art. 4.º, ad 3).

(1) «Ad sapientiam secundum quod est donum, añade (2-2, q. 45, a. 6.º, ad 3), pertinet non solum contemplari divina, set etiam regulare humanus actus».

(2) «Planum est, dice San Buenaventura *(De Intineribus aetern.*, 3, dist. 1), quod spiritus humanus per ipsam meditationem in aeternis non figitur nec quietatur donec per contemplationem *ei ostendatur,* quod per meditationem quaerebat. Sed quam cito quaesitum invenitur, et spiritus illi quasi acquiescendo *cum admiratione inhaerere coeperit,* tam cito *meditatio esse desinit, et in contemplationem transiit,* ait Richardus. Per meditationem veritatem diu quaesitam, tandemque inventam, mens solet cum aviditate suscipere, mirari cum exultatione, ejusdem quoque admirationi diutius inhaerere. Et hoc est jam... *per meditationem in contemplationem transire*».

«La meditación, advierte conforme a esto Fr. Juan de los Angeles *(Conquista,* diál. 8.º, § V), si es atenta y devota..., se convierte muchas veces en contemplación... Los que se ocupan en la meditación reciben gran provecho della, hácense sabios, enciéndense en el amor de Dios, crecen en la devoción, en la humildad y menosprecio del mundo, y finalmente en todo género de virtudes; y, lo que es más, *llegan a lo sabroso y gustoso de la contemplación,* mediante la cual la racional criatura ardientemente es unida con su Criador y sabrosamente le gusta; y tanto es su entendimiento elevado, que, dejadas las operaciones de los sentidos exteriores, se torna casi divino».

«Has de saber, añade (diál. 9.º, § 6), que como dice Ricardo de Santo Victore y Hugo, la contemplación lleva delante de sí de ordinario tres como doncellas que le van abriendo camino; conviene a saber: lección, meditación y oración... La lección pone el manjar sólido en la boca, la meditación lo rumia y quebranta, la oración adquiere sabor y la contemplación es la misma dulzura que recrea y regala el corazón... Poquitos hay verdaderos contemplativos, porque los más se ocupan en la lección, y algunos en la meditación poco atenta y menos devota y nunca perseverante; y muchos menos en la oración que pide con gemidos y ansiosos deseos, y casi ningunos en la contemplación que *gusta cuán suave es el Señor*».

(3) «Meditatio est primus gradus vitae contemplativae, et ordinate non possumus sine illa ascendere ad contemplationem».—(VALLGORNERA, *Theol. myst. D. Thomae,* q. 2, d. 6, art. 2).

tar acaso cuando más lo procuramos y mejor tratamos de disponernos; con lo cual se ve que es cosa gratuita o infusa. Algo así sucede con la misma devoción, pues aunque se nos señalan varios medios de adquirirla—y entre ellos la meditación de la Pasión del Señor y de los beneficios divinos—sin embargo, los buenos Maestros añadirán con Santo Tomás (1) que la verdadera causa principal de ella es el mismo Dios, que la infunde (2).

Por eso el V. Granada la viene a considerar como un verdadero don gratuito e infuso, o como "pura dádiva y misericordia de Dios„ (Cf. *Tr. de la Devoción,* cap. V, § 17), conforme puede serlo la contemplación o cualquier otra gracia mística. Y así viene a tenerla por compañera, casi inseparable en la práctica, de la perfecta oración, o sea de la misma contemplación sobrenatural (3).

Y con mucha razón, pues en realidad no son raras esas admirables mezclas que a primera vista parecían chocantes; muy frecuente es juntarse así la oración infusa con la adquirida y acabar sobrenaturalmente la que

(1) «Causa devotionis extrinseca et principalis Deus est... Causa autem intrinseca ex parte nostra oportet quod sit meditatio... inquantum sc. homo per meditationem concipit quod se tradat divino obsequio».—(S. Thom. 2-2, q. 82, a. 3). «Consideratio eorum quae nata sunt dilectionem Dei excitare, devotionem causat».—*(Id. ib.* ad 1).

(2) «Considerando el hombre estas cosas (los beneficios de Dios) y haciendo con el favor divino lo que es de su parte—advierte el V. Granada *(De la Oración y consid.,* cap. I. § 3)—, hace Dios también lo que es de la suya: que es mover a quien se mueve y ayudar a quien se ayuda, favoreciendo nuestra consideración con la lumbre del Espíritu Santo y con el *don de entendimiento,* el cual cuanto más penetra y entiende todas estas razones de amor, tanto nos enciende más en ese amor». «No es otra cosa devoción—añade *(ib.* § 4.°)—sino un refresco del Cielo y un soplo y aliento del Espíritu Santo, el cual... pone sabor en lo desabrido, y así nos hace prontos y ligeros para todo lo bueno. Lo cual experimentan cada día los siervos de Dios cuando tienen alguna grande y señalada devoción, porque entonces se hallan más ganosos y alentados para todo trabajo, y entonces parece que se alegra y renueva la juventud de sus ánimas, y entonces experimentan en sí la verdad de aquellas palabras del Profeta, que dicen *(Is.* 40): *Los que esperan en el Señor, mudarán la fortaleza: tomarán alas como de águila; correrán, y no se cansarán; andarán, y no desfallecerán*».

(3) El V. Granada apenas quiere, en efecto, distinguir prácticamente entre la simple meditación y la verdadera contemplación infusa, por lo muy unidas que, según él dice, andan; y así es como, tratando de la primera, da muchos avisos para cuando en ella se mezcle algo relativo a la segunda. «Porque todo—advierte *(De la Devoción,* cap I, § 2.°)—va a una mesma cosa: devoción, oración, contemplación, ejercicio en el amor de Dios, consolaciones espirituales... Aunque en la escuela andan (estas cosas) apartadas, *en el ejercicio andan juntas,* porque por la mayor parte donde está *la perfecta oración, ahí está la devoción y la contemplación y la consolación* y el amor actual de Dios, con todo lo demás, porque es tanta la semejanza que hay entre estas cosas, que *fácilmente hay tránsito y pasaje de las unas a las otras...* Siendo esto así, tratar agora de los medios por do *se alcanza* la devoción, es tratar de los medios por do *se alcanza la perfecta oración y la contemplación y las consolaciones del Espíritu Santo y el amor de Dios y la sabiduría del Cielo, y aquella beatísima unión de nuestro espíritu con Dios, que es el fin de toda la vida espiritual*». Cf. S. Francisco de Sales, l. cit.

empezó del modo más humano, ordinario o connatural (1). Así sucede con frecuencia, principalmente en la época de transición de la vida ascética a la mística. Entonces el estado incipiente de contemplación no impide recurrir, ni aun tener que recurrir muchas veces, a la simple meditación, no viniendo aquella oración sobrenatural sino después de largo rato de ensayarse el alma en su propio modo humano o natural de meditar, y de haberse fatigado en sacar así, a fuerza de brazos, como dice Santa Teresa, el agua de la divina gracia (2). De ahí que, según hace constar la gran Doctora, al principio de la contemplación, y en sus primeros grados manifiestamente "sobrenaturales" del *recogimiento* infuso y de la *quietud*, aunque el trabajo propio no fatigue ni se eche de ver apenas, por ser mucho menor que en la meditación, no por esto cesa del todo ni deja de ser necesario (3); y sólo después en la unión y, sobre todo, en la unión extática, es cuando el alma se contenta ya con *recibir* sin ningún esfuerzo, industria o trabajo propio (4).

El no fijarse bien en estas preciosas enseñanzas, ha dado ocasión a muchas y graves confusiones, en que suelen hoy incurrir los partidarios o ponderadores de la contemplación adquirida. Definen a ésta arbitrariamen-

(1) «Yo comienzo mi oración por un acto de humildad y de contrición de mis pecados, y luego me pongo a meditar un punto de la Pasión. Pero mi corazón no tarda en ser atraído por Dios y lanzarse hacia El, clamando: ¡Dios mío!. Y quedo allí donde mi ímpetu me llevó, sin poder ya discurrir nada». B.ª María de los Angeles, *Vie et Opusc. spir.*, lib. II, cap. IV. «Sed si quis *orando* obtineat *mente excedere* in id divini arcani unde mox redeat divino amore vehementissime flagrans, et aestuans justitiae zelo, necnon et in cunctis spiritualibus studiis atque officiis pernimium fervens, ita ut possit dicere (*Ps.* 38): *Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis:* is plane cum ex caritatis abundantia beatam et salutarem vini laetitiae ructare crapulam coeperit, in *cellam* non immerito perhibebitur *vinariam introisse.*—Cum enim duo sint *beatae contemplationis excessus,* in intellectu unus, et alter in afectu; unus in *lumine,* alter in *fervore;* unus in agnitione, alter in devotione: pius sane affectus, et pectus amore calens, et sanctae *devotionis infusio,* etiam et vehementis spiritus repletus zelo, non plane aliunde quam e *cella vinaria* reportantur: et cuicumque cum horum copia surgere ab oratione donatur, potest in veritate loqui: quia *introduxit me Rex in cellam vinariam*».—San Bernardo, *In Cánt. Serm.* 49.

(2) «A los principios casi siempre es después de *larga oración mental*».—S. TERESA, *Vida,* cap. XVIII. Cf. V. Angela M.ª de la Concepción, *Riego espiritual,* cap. XXX.

(3) «Todo esto que pasa aquí, dice Santa Teresa (*Vida,* cap. XIV), es con grandísimo consuelo y con *tan poco trabajo, que no cansa* la oración aunque dure mucho rato; porque el *entendimiento obra aquí muy paso a paso*, y saca mucha más agua... Comienza Su Majestad a comunicarse a esta alma, y quiere que *sienta ella cómo se le comunica*... Quiere Dios por su grandeza que entienda esta alma, que está Su Majestad tan cerca de ella, que ya no ha menester enviarle mensajeros, sino *hablar ella misma* con El, y no a voces, porque está Su Majestad tan cerca de ella, que en meneando los labios le entiende».

(4) Véase a la misma Santa, *Vida*, capítulos XVI-XVIII.

te, diciendo que es, en general, la procurada o lograda con nuestros esfuerzos; como si éstos en vez de servirnos de preparación, fueran un obstáculo absoluto para recibir la infusa. Y así en toda oración elevada en que los Padres y Doctores nos hablen del propio trabajo o industria, o donde nos induzcan a procurarla o a ejercitarnos en algo relativo a ella—aunque expresamente hagan constar que eso no es tratar de *adquirirla,* sino sólo *disponernos* para que Dios nos la dé a la hora oportuna—ya quieren ver una suerte de *contemplación adquirida,* por más infusa y sobrenatural que sea (1). Así, con esa tan inexacta y tan vaga definición y con el contínuo círculo vicioso de dar por adquirido lo que exija o de cualquier modo implique algún esfuerzo, conato o industria, aunque todo esto sólo sea disposición remota o simple medio de conservar la gracia ya recibida, vienen a cercenar de la verdadera *contemplación mística,* no ya sus primeras formas o grados, sino también hasta sus maneras más auténticas, o más típicas, y con eso todo cuanto se les antoja.

Mas, por mucho que digan, siempre resultará pura arbitrariedad vender así por adquirido todo aquello que presuponga o entrañe esfuerzos y aspiraciones; pues una cosa es *adquirir* propiamente esa oración con nuestro trabajo, y otra muy distinta aspirar con ardor a *recibirla* y trabajar por disponernos a ese efecto lo mejor que podamos, ya negativamente, quitando cuantos obstáculos la impidan o dificulten, ya también positivamente, empleando los medios que más la favorecen, y mediante los cuales suele Dios concederla más pronto y en mayor abundancia; cuales son la verdadera y sólida piedad y justicia, el recogimiento, la pureza de corazón, la contínua memoria de los padecimientos de N. S. Jesucristo y la perfecta fidelidad a la gracia; pues con esto y los ardientes deseos de ella y la fiel perseverancia en pedirla, sabemos que se *alcanza* o que se logra, en efecto, *recibirla de Dios,* conforme enseñan a una los buenos Maestros (2). Y esa oración, así comunicada, sobrenatural-

(1) «Contemplatio, dice San Buenaventura *(Lumin. Eccle. Serm.* 2), *fit per gratiam;* tamen ad hoc *juvat industria* ut separetur homo ab omni eo quod Deus non est, et etiam a seipso». Así como una pluma limpia se levanta de un soplo, «ita mens quoque nostra, dice Casiano *(Collat.* 9, cap. IV), si accedentibus vitiis curisque mundanis aggravata non fuerit..., velut naturali puritatis suae beneficio sublevata, levissimo spiritalis meditationis afflatu sublimabitur ad superna, et humilia deserens atque terrena, ad coelestia et invisibilia transferetur».

(2) «*Benignus est Spiritus sapientiae (Sap.*, VI), et non consuevit—dice San Bernardo *(Serm.* 15 *in Cant.)*, esse difficilis se invocantibus, qui saepe etiam antequam invocetur, dicit *(Is.* 58, 9): *Ecce adsum*».

mente, no dejará de ser en todo rigor *infusa,* por más que presuponga no poca actividad en nosotros. Esta actividad no es adquisitiva, sino sólo dispositiva; y así es como, según advierte Santa Teresa *(Vida,* c. XVIII), el recogimiento y la quietud no se *infunden* ordinariamente en un principio, sino después de mucho meditar; y conforme a esto, el mismo Tomás de Jesús enseña que la contemplación infusa suele ser muchas veces premio de la adquirida, y ésta una de las mejores disposiciones y medios de alcanzar y merecer la otra, en la cual va insensiblemente *convirtiéndose* (1).

«Quien desee adquirir—advierte el B. Susón *(Eter. Sabid.,* cap. XIV)—una ciencia elevada y una profunda sabiduría, quien quiera permanecer siempre igual en el gozo y en el dolor, quien quiera ser seguramente preservado de todo mal y aspire a una dulzura y mansedumbre *extraordinaria,* debe tener en todo momento a Jesús crucificado ante los ojos de su corazón».

«Ten tus ojos—decía Santa Angela de Foligno *(Visiones,* cap. LVII)—fijos en la Pasión, porque esta vista, si le eres fiel, *encenderá en tu alma la luz y el fuego...* Si tus ojos se apartan de ahí, vuelve a fijarlos, ¡te lo suplico! Cuando tu alma no esté elevada a la contemplación del Hombre-Dios crucificado, vuelve a considerar los caminos de la Cruz; y si aun esto te parece demasiado, pronuncia, a lo menos con los labios, las palabras que representan la Pasión, porque esta costumbre se irá grabando luego en el corazón, y éste irá encendiéndose... En cuanto a la gracia divina, todos pueden tenerla y encontrarla, pues Dios, en su munificencia, la da generosamente a quien la quiere y la busca, y así nadie tiene excusa».

«Muy en breve se nos daría este bien—afirma Santa Teresa *(Vida,* cap. XI)—, si en breve del todo nos *dispusiésemos...* Gran misericordia hace (el Señor) a quien dé gracia y ánimo para determinarse a *procurar* con todas sus fuerzas este bien; porque, si persevera, *no se niega Dios a nadie».*—(Cf. *ib.,* cap. XII).

«Es cierto—observa el P. Grou *(Maximes esp.,* II)—que no podemos entrar por nosotros mismos y tenemos que esperar a que Dios nos llame. Mas también hay ciertas *disposiciones que nos preparan para este llamamiento,* y ésas están en nuestro poder... La primera de estas disposiciones es concebir un deseo sincero, aunque tranquilo y calmado, de quedar bajo el dominio de la gracia, y ofrecerse muchas veces a Dios, a fin de que se digne establecer su reinado en nuestro corazón y gobernarlo a su gusto. La segunda, hacer todas nuestras buenas obras con la mira de alcanzar esa dicha. La tercera, es ser extremadamente fieles a Dios y corresponder a todas sus inspiraciones según nuestro presente estado».

«Es verdad—advierte conforme a esto San Juan de la Cruz *(Subida,* III, cap. I)—, que Dios la ha de poner (al alma) en este estado sobrenatural; mas... ella, cuanto es en sí, se ha de ir *disponiendo...* Y así, *al modo que de su parte va entrando* en esta negación y vacío de formas, *la va Dios poniendo* en la posesión de la unión; y esto va Dios obrando en ella *pasivamente...* Así, cuando Dios fuere servido, *según el modo de su disposición,* la acabará de *dar el hábito de la divina unión perfecta.* Y los divinos efectos que hace en el alma cuando lo es..., no los decimos en esta noche y *purgación activa,* porque sólo *con ésta no se acaba de hacer la divina unión;* pero dirémoslos en la pasiva, *mediante la cual se hace la junta del alma con Dios».*

(1) «Quemadmodum meditatio transit in contemplationem—advierte *(De Contempl. div.,* lib. I, cap. III; Cf. *ib.,* cap. VIII)—, ita cum contemplatio frequentius exercetur, transit in habitualem et promptam divinorum inspectionem, soletque non raro mens contemplationi assuefacta divinis inspirationibus *illustrari,* ac *in infusam* et supernaturalem *converti».*

«Quando mens aliqua divina inspiratione tangitur, enseña Sto. Tomás *(De Verit.* q. 12, a. 1, c.), etiam illa inspiratione abeunte remanet habilior ad iterato recipiendum, sicut per devotam orationem remanet mens devotior».

«Per assiduum *usum orandi* cum adjutorio gratiae Dei—dice conforme a

Esa contemplación adquirida viene, pues, a ser simplemente el término ordinario de toda meditación atenta y fervorosa, en que después de mucho considerar en particular los motivos que tenemos para servir fielmente a Nuestro Señor, los miramos todos juntos de un golpe, para más movernos, si es posible, con esa vista general; quedando así, sin descender a particularidades, entretenidos con santos afectos que el mismo Dios nos sugiere (1), o del todo en silencio y como atendiendo a lo que

esto San Buenaventura *(De Profectu Relig.,* lib. II, cap. LXXIII)—, memoria perficitur et stabilitur... Intelligentia etiam... incipit dilatari et illustrari... Et hac illustratione dilatatur ad multa cogitanda, et alia colligit ex ratione, alia ex spirituali intelligit illuminatione, alia discit ex divina revelatione, et confert illa cum his, quae aprehendit ex humana eruditione et imbibit ex sacra lectione; et consolatur non modicum, quod videt alios eruditos et sanctos eadem sensisse, quae ipse, Spiritu Sancto illustratus, intellexit. Ex quo securus reditur, quod non ab alieno spiritu, vel a proprii sensus opinione seducatur... Cum intellectus coeperit in agnitione veri dilatari, statim etiam gustus animae, hoc est, interior affectus, incipit quodam spirituali sapore in cognitis delectari. Et sic quod in solo intellectu fuerat scientia, accedente sapore affectus, dicitur *sapientia,* id est, *sapida scientia...* Quantum enim amas quodcumque bonum, tantum gaudes de ejus adeptione. Et quantum speras, vel quantum cupis illud adipisci, tantum times vel odis id, quod posset, id quod amas, tibi auferre... Proficit autem homo Deo deditus in studio inhaerendi Deo sic, ut primo cum labore mentis evagationes comprimat, et ad Deum colligat. Deinde ex usu studii istius, facilius jam cor suum cohibere, et secum habitare discit...» Tandem non solum faciliter, sed et delectabiliter Deo valet inhaerere: ut avulsio ab hujus quiete sit ei desolatio, aut tribulatio non modica; sed semper vellet, si posset, talibus deliciis inhaerere».

«Entrando por este dichoso camino de la oración—escribía Sor María de la Antigua *(Desengaño,* lib. VIII, cap. II)—, *luego halla el alma una estrella de luz infusa,* que llama el Profeta *(Ps.* 15, 11) *caminos de la vida,* que van a parar al *Pueblo de la alegría*». «El que entró en el camino de la vida a obscuras—añade luego (cap. V)—, en él hallará el henchimiento de la alegría con la presencia agradable de su dulce y amoroso Señor... Sólo a los principios hay esta dificultad, que llamamos *noches;* mas después de pasada ésta, más es el amor de Dios Paraíso en la Tierra, y caminos de la vida, y Pueblo de alegría, que no de trabajos... En comenzándole a andar, es tanta la facilidad que en él halla el alma, que luego suspira porque no le anduvo toda su vida».

«¡Cuánto le importa a un alma—exclama la M. Cecilia del Nacimiento *(Transformac.,* canc. 2, com. 2.°, pág. 368)—subir por los grados del amor, para enseñorear todas las cosas (*Rom.* 8, 35-39), habiéndose bien sujetado al Señor de ellas, y buscándole de veras y *ganándole* por suyo! Y ¡qué fácil es esto a quien bien se determina vencer todas las dificultades con la divina gracia, que tan aparejado está el Señor a dar a quien se la pida!... En todos tiempos y estados jamás se la ha negado a quien de veras se la ha pedido; pues ¿cómo la negará a los que la buscan y se la piden en el dichoso puerto de la Religión, donde están tan seguros de las ondas del siglo, si ellos no se quieren meter en ellas? Que las ocupaciones de obediencia, hechas con perfección, no estorban el buscar a Dios por estos divinos grados de amor... Mas al alma que con fidelidad busca a Dios, *no se le puede El negar,* que infinitamente más desea darse que nosotros recibirle».

(1) «La oración afectiva—observa el P. Nouet (*Introd. a la Vie d' oraison,* lib. III, entr. 1), con menos trabajo que la meditación, tiene *más amor* y *más luz,* ya porque ordinariamente no da Dios esa oración sino a quienes, mediante un largo uso de la meditación, tienen ya el espíritu muy ilustrado, y por tanto necesitan menos del discurso; ya porque, *previniendo al alma* con su misericordia, como sucede a veces antes que ella se haya dado a este santo ejercicio, suple su ignorancia con *luces más altas* y con movimientos *más dulces y enérgicos,* sirviéndole de maestro interior, que en poco tiempo la

El se digne hablarnos, o bien haciendo a ese efecto varias pausas en la misma consideración, conforme los buenos Maestros aconsejan, para que nuestra oración pueda ser *perfecta*, llegando así a verdadera *contemplación infusa* (1). Pues precisamente en ese respetuoso silencio y en esa atención y vista general amorosa va Dios secreta y misericordiosamente, como tantas veces afirma San Juan de la Cruz, infundiendo en el alma su dulzura y suavidad, y su misma luz, verdad y fortaleza, con que podamos subir a la cumbre de la santidad, conforme le pedimos en el Salmo 42 (v. 3), diciendo: *Envíame tu luz y tu verdad, para que me conduzcan a tu monte santo.* Y en el 85 (v. 3-4, 11), añadiendo: *Compadécete de mí, Señor, pues a Tí estoy clamando todo el día; regocija el alma de tu siervo, puesto que a Tí la he levantado...*

instruye y le da unos conocimientos más puros y amorosos, que ella no hubiera podido adquirir en muchos años de trabajo y discursos».—«Con estos dos ejercicios (de la fe y caridad) continuados—advierte el P. La Puente (*Guía*, tr. 3, cap. VII)—, se viene a *alcanzar* la *soberana contemplación*, que *perfecciona* lo que ellos han *comenzado*, que es lo que dijo San Pablo, *ut impleamini in omnem plenitudinem Dei:* para que seais llenos de Dios en toda su plenitud, esto es, con todos los dones que suele llenar a sus grandes amigos. De modo que vuestro espíritu quede lleno del Espíritu Santo; vuestra alma, del resplandor de su divina gracia; vuestras potencias, de las obras de todas las virtudes; la memoria se llene de la presencia de Dios y de santos pensamientos; el entendimiento de un conocimiento de Dios muy subido, con gran penetración de sus misterios, y la voluntad de todo género de afectos, cumpliendo con entereza el precepto del amor, que llena espíritu, alma y fuerzas. ¡Oh, dichosa contemplación, que a tanta plenitud de Dios levanta! ¡Oh, dulce Jesús! mora por fe en mi corazón, y arráigame en tu caridad, para que alcance la contemplación que llena con tanta plenitud».

(1) «En esto está—reconoce Rodríguez (Tr. V, cap. IX)—todo el negocio de la meditación: en tocar a Cristo y sus misterios, de manera que *sintamos* en nosotros la virtud y fruto de ellos». «Es de tanta importancia—añade (cap. XII)—el detenernos y hacer pausa en los actos y afectos de la voluntad, y estímanlo tanto los Santos y los maestros de la vida espiritual, que dicen que en eso consiste la *buena y perfecta oración*, y aun lo que llaman *contemplación...*» «En la *perfecta oración* está como adormecido el entendimiento, porque ha dejado el discurso y especulación, y la voluntad está velando y derritiéndose en amor de su Esposo. Y le agrada tanto al Esposo este sueño en su Esposa, que manda que se le guarden y no la despierten en él hasta que ella quiera... De manera que la meditación y todas las demás partes que ponen de la oración, se *ordenan y enderezan a esta contemplación*, y son como unos escalones por donde habemos de subir a ella». «Este negocio de la oración—prosigue (cap. XII)—, más consiste en afectos y deseos de la voluntad que en discursos y especulaciones del entendimiento». «Toda meditación en que el entendimiento trabaja—decía San Ignacio en su *Carta* 2.ª a Sor Regadella—, fatiga el cuerpo. Pero hay otras maneras de meditación *demasiado olvidadas en nuestros días*, que están *llenas de paz* para el entendimiento, y se hacen *sin nigún esfuerzo* interior ni físico».

«Ad hoc ergo ut fructuosa sit meditatio, advierte la *Scala claustralium* (cap. 11-12), oportet ut sequatur orationis devotio, cujus, *quasi effectus*, est *contemplationis dulcedo...* Lectio sine meditatione, arida est. Oratio sine meditatione est tepida. Meditatio sine oratione infructuosa. Oratio cum devotione contemplationis est *acquisitiva*. Contemplationis adeptio sine oratione, aut rara, aut miraculosa».—Mas a pesar de alcanzarse así con la oración devota, no se *adquiere* propiamente con nuestras diligencias, sino que es siempre *infundida* por Dios. «Non enim est, dice (cap. 3), meditantis hanc sentire dulcedinem, nisi *data fuerit desuper*».

Condúceme por tu camino e introdúceme en tu verdad; alégrese mi corazón de modo que tema a tu santo Nombre (1).

Y así es como esa manera de oración, aunque haya empezado por ser *adquirida* con esfuerzos, acaba por ser *infusa,* logrando nuestro trabajo y preparación ser coronados por Dios con *nuevas luces* que ponen en *admiración* y hacer suspender el discurso (2).

En vano, pues, cierto autor moderno trata de presentar como ejemplo de oración simplemente adquirida lo que los Santos proponen como principio de la infusa. Así se extraña mucho de que San Francisco de Sales tenga por sobrenaturales y propios de la mística hasta los primeros rudimentos de contemplación, que él se empeña en tener totalmente por adquiridos, aun reconociendo que no es nada fácil separarlos, tal como están descritos por el Santo, de los más notoriamente infusos. Mas si un Doctor tan sagaz no quiso aquí establecer esa distinción, que tan claramente hizo en otros casos, no pudo ser sin misterio ni motivo. En el *recogimiento* sabe distinguir

(1) Ricardo de San Víctor *(De praeparat. animae ad contempl.,* cap. LXXVII), recordando estas palabras del Salmo 42: «*Emitte lucem tuam, et veritatem tuam: ipsa me deduxerunt, et adduxerunt ad montem sanctum tuum, et in tabernacula tua*», advierte muy oportunamente: «Videsne quod non nisi veritas in hunc montem deducit, at adducit?... Sequatur ergo veritatem, qui vult ascendere in montem. *Sequere Christum quicumque cupis ascendere* in montem istum. Docente Evangelista didicimus, quia assumpsit Jesus discipulos suos... et duxit eos in montem excelsum seorsum. Ducuntur ergo discipuli Jesus sursum et seorsum, ut possint apprehendere montem istum excelsum. Via ardua, via secreta et multis incognita, quae ducit ad montis hujus fastigia. Ipsi soli, ut arbitror, sine errore currunt, illi soli sine impedimento perveniunt, qui Christum *sequuntur,* qui a Veritate *ducuntur.* Quisquis ad alta properas, securus eas si te praecedit Veritas, nam sine ipsa frustra laboras».

(2) «Quien medita—observa el P. Lapuente *(Guía,* tr. 3. cap. III)—va por sus discursos y afectos, como quien sube a un lugar alto con una escalera, pasando de un escalón a otro, asentando primero un pie y otro después; ya discurriendo, ya amando. Mas quien contempla es como el ave que sube volando con sus dos alas, juntamente conociendo y amando, y de pronto *pone su nido en lugar muy alto,* como *el águila,* a quien Dios N. S. le compara *(Job.* 39, 27). Y de aquí es que la contemplación *ordinariamente,* después que han pasado la variedad de consideraciones y discursos que se han dicho, y habiendo apurado y sacado en limpio las verdades eternas, descansa en mirarlas con gran quietud y admiración de lo que descubre en ellas, no por nuevos discursos, sino por *nuevas ilustraciones del Cielo,* con que las penetra».

Por tanto, es indudable que, conforme dice San Juan de la Cruz (*Avisos y sent.,* 276, edic. crít., t. III, pág. 47), «la meditación se ordena a la contemplación como a su fin. Y así, como conseguido este fin cesan los medios, y llegado al término del camino se descansa, así en llegando al *estado de contemplación* ha de cesar la meditación». Y esa contemplación es ciertamente la infusa, puesto que el Santo, en sus escritos auténticos, nunca enseñó ni dió a conocer otra. Así, hablando de ella en general, dice *(Noche,* II, cap. XVIII): «*La contemplación es ciencia de amor,* la cual es *noticia infusa de Dios amorosa,* y que juntamente va ilustrando y enamorando al alma, hasta subirla de grado en grado a Dios su Criador. Porque sólo el amor es el que une y junta al alma con Dios».

muy bien el *adquirido* del *infuso*, el procurado y logrado con nuestra industria, del gratuitamente comunicado por Dios. Mas en la contemplación no distingue así, y es porque aun hasta en la más imperfecta y naciente—en que con sólo un vago recuerdo o una simple vista general de Dios se empieza a sentir especial devoción—reconoce ya como un verdadero germen y principio de toda contemplación sobrenatural por elevada que sea (1).

La principal causa de engaño en dicho autor, está, conforme dijimos, en dar por rigurosamente adquirido y no infuso "todo cuanto se alcance por grados, con propio esfuerzo e industria y *obrando* más que *recibiendo*".

No advierte que esto que así se *reciba*, por poco que sea, basta para informar una oración con el carácter de *infusa*, dándole ya cierto aspecto o *modo sobrehumano*. Así cree también que en la verdadera contemplación mística no caben preparaciones *positivas*, ni se concibe que los Santos se atrevieran a buscarla aspirando a cosa tan alta; y que, por tanto, sus aspiraciones deben entenderse tan sólo de la contemplación adquirida. Pero el caso es que a ésta ni la mencionaron ni la indicaron, sino a lo sumo como grado para subir a las cumbres de la infusa o mística, a la cual, por ser la única que conocen, deben referirse todas sus ansias, y de hecho se refieren cuando tan ardientemente piden el *beso* amoroso de Dios (2) y cuando nos encargan esforzarnos por conquistar o buscar el místico reino que está dentro de nuestros corazones (3), o remontarnos sobre nosotros mismos y sobre toda imagen transitoria hasta la cumbre del espíritu o de la pura inteligencia (4).

(1) «De ordinario, antes de llegar a la contemplación—advierte el Santo Obispo (*Amor de Dios*, lib. VI, cap. VI)—, tenemos necesidad de oir la palabra santa de Dios, de tratar con otros de las cosas espirituales..., de leer libros devotos, orar, meditar..., porque la contemplación (evidentemente habla de la sobrenatural) es el fin y *blanco a que se encaminan los demás ejercicios, y todos se reducen a ella*». Luego (cap. VII) empieza a hablar del recogimiento infuso, por contraposición al adquirido, y dice así: «El recogimiento de que quiero hablar no se tiene porqué lo ordena el amor, sino por el amor mismo; quiero decir, no le buscamos por elección nuestra, porque ni está en nuestra voluntad, ni depende de nuestra diligencia el conseguirlo cuando queremos. Dios sólo lo da cuando es servido y le agrada por su santísima gracia». «Hay—observa a su vez el P. Grou (*Maximes*, X)—, dos suertes de recogimientos: uno *activo*, que es obra de la voluntad ayudada de la gracia; y otro *pasivo*, que es un don de Dios. El segundo es *ordinariamente recompensa del primero*, cuando por algún tiempo se practica con fidelidad».

(2) Cf. SAN BERNARDO, *In Cant. Serm.* 8 y 9; SANTA TERESA, *Conceptos del amor*, cap. I-III; SAN F. SALES, *Amor de Dios*, lib. I, cap. IX.

(3) «Habían los hombres de trastornarse a sí mismos *buscando estos bienes*, que a pocas vueltas hallarán dentro de sus mismas almas».—Sor María de la Antigua, *Desengaño*, lib. IV, cap. III.

(4) El B. Susón (*Vida*, cap. XLIX), cuando vió que su discípula Sor Isabel Staglín estaba ya muy adelantada en la práctica de la virtud, «muy ejer-

Por otra parte, es indudable que la fidelidad a las inspiraciones ordinarias y la buena correspondencia a las gracias recibidas son excelentes disposiciones positivas para merecer y recibir otras gracias y otras inspiraciones más preciosas y elevadas, propias de los dones (1).

citada en la imitación del Señor y dispuesta, como la blanda cera, para recibir la impresión del sello», le escribió diciéndole: «Tiempo es ya de que dejes el nido de esas consoladoras imágenes o consideraciones, propias de principiantes, y que te remontes más arriba. Extiende, pues, tus alas, que ya son bastante fuertes, es decir, las potencias superiores de tu alma, y *vuela* hacia las cumbres de la contemplación, propia de una vida venturosa y perfecta... Tus precedentes ejercicios fueron una buena *preparación* para llegar a esa tierra prometida a los corazones puros y tranquilos, donde comienza ya la felicidad que se consumará en la otra vida». «¿Queréis llegar—pregunta luego (cap. LV)—al secreto escondido? Pues avanzad animosamente, como decía San Dionisio, hacia la simple unidad, dejando a un lado vuestros sentidos interiores y exteriores, y abandonando la obra propia de vuestra razón».

«Deseo--advertía a su vez Rusbrokio a cierta alma *(Clausuras,* cap. XIV)—que estéis siempre elevada a vuestra quinta clausura, *contemplando* en ella, amando, mirando y siguiendo a Dios, de suerte que vuestro espíritu se anonade y venga a *desfallecer en el amor,* para hacerse él mismo amor en el amor, un espíritu y una vida con Dios». «Aquí—dice conforme a esto San Juan de la Cruz *(Subida,* lib. III, cap. I)—vamos dando doctrina *por pasar adelante en contemplación* a unión de Dios, para lo cual todos esos medios y ejercicios sensitivos de potencias han de quedar atrás y en silencio, para que Dios de suyo *obre en el alma* la divina unión». «En habiendo *hábito de unión,* que es ya *estado sobrenatural*—añade *(ib.)*—, desfallece del todo la memoria y las demás potencias en sus naturales operaciones, y pasan de su término natural al de Dios, que es *sobrenatural*». A todos guiaba N. S. P. acertadísimamente—dice el P. José de J. María *(Don que tuvo San Juan de la Cruz,* cap. VIII)—a esta contemplación, y a todos procuraba sacar de la edad de niños en la virtud a la de varones robustos. Pero mucho más se descubrió este su singular don en los aprovechamientos de espíritus de personas religiosas, a las cuales, como más dispuestas, acortaba los términos de la meditación». «Eo tendunt omnia quae de mystica Theologia scribuntur—dice el Cardenal Bona *(Via compendii,* cap. V), *ut animam perducant ad intimam cum Deo unionem,* in qua medulla hujus sapientiae, et summum ejus arcanum consistit». «Los que han pasado por los ejercicios de oración y meditación—advierte el P. La Puente *(Guía espiritual,* tr. 3, Introd.)—, como tengan humilde resignación en la divina voluntad para contentarse con cualquier cosa que les diere, bien pueden *procurar* cuanto es de su parte, estribando en la divina gracia, *subir a lo más alto de la vida espiritual* que les fuere posible; diciendo con generoso corazón aquello de los *Cantares* (7, 8): *Subiré a la palma y cogeré sus frutos...* Con mucha razón podemos comparar la vida espiritual a la palma, que en la parte más baja y cercana a la tierra es estrecha y áspera..., y en su cumbre tiene copiosos frutos y muy dulces; y quien ha comenzado a subir por ella con ejercicios de mortificación y oración, *no ha de parar hasta cogerlos...* Pero hase de advertir que a esta cumbre no suben todos de una manera. Porque unos suben con facilidad, volando como pájaros... Otros van con trabajo trepando... De *ley ordinaria* se sube con tres ayudas. La primera y principal es la *ilustración* y enseñanza *interior de Dios.* La segunda es la dirección exterior de algún maestro diestro en esta ciencia. Y a esta pertenece la lección de los libros que tratan de ella. La tercera es *nuestra propia industria* y diligencia en aquellas cosas que dependen de nuestra libertad y están a nuestra cuenta; procurando subir a la palma, si no volando, a lo menos trepando y aplicando la industria con la divina gracia, no tanto a *lo muy alto de la contemplación,* que *no está en nuestra mano,* cuanto a *lo más bajo, que es camino ordinario para ello,* como es: la mortificación de sí mismo, la limpieza de corazón, el ejercicio contínuo de oración y meditación y otras diligencias especiales».

(1) «Lo que te exijo—decía Nuestro Señor a María Lataste *(Oeuvres,* t. III, l. XII, IX)—es que estés siempre atenta a seguir el atractivo y la inspiración de mi gracia, cuando te sea dada, y a cumplir mis menores voluntades. Esta

Así afirman los Maestros que podemos subir a la cumbre de la contemplación de dos modos: ora siendo prevenidos del todo gratuitamente por Dios; ora tratando nosotros mismos de disponernos y de merecerlo con fervientes oraciones y con grandes esfuerzos y trabajos, ayudados de la gracia (1); y a la vez dejándonos conducir, disponer y como introducir por los directores que El se digne enviarnos para que nos preparen sus caminos, de

disposición de tu corazón te unirá cada vez más conmigo, hará más firme esta unión y te hará crecer en la perfección a que son llamadas todas las almas que se me entregan, y *así te colmaré yo de los más ricos y preciosos favores*».

«Lo primero que Dios pone en el corazón de las almas llamadas a la vida interior—dice el P. Grou *(Maximes,* XXI)—es una inviolable fidelidad en seguir en todo las inspiraciones de la gracia».

(1) «Ad hanc *unitivae sapientiae mysticam contemplationem*—dice Dionisio Cartujo *(De Fonte lucis,* a. 14)—uno modo pertingit homo se ipsum *excitando* ac *disponendo* ad eam... per recollectionem et simplificationem, per orationem et meditationem atque considerationem eorum quae divinae dilectionis fervorem magis provocare ac parere solent in anima, donec apex voluntatis valide accendatur ac pure afficiatur in Deo, sicque vertex intelligentiae *desuper illustretur* ad contemplationem... Alio modo ad *contemplationem istam* pertingit homo absque suo conamine... dum sc. misericordissime desuper praevenitur, atque divinitus fortiter illustratur, valide inflammatur, gratiosissime praeoccupatur, ac mirabiliter nimis perstringitur». «Fideles—añade *(De myst. theol.,* a. 9)—mysticam theologiam sortiuntur, experiuntur, venantur *per supernaturalia charismata* Spiritus Sancti, quod dupliciter accidere solet. Primo, per eorum *praeparationem, cooperationem* et *conatum,* ad hoc dando seipsos ad abstractionem a cunctis creatis et ad fervidam unionem cum Deo, per recollectionem mentis suae ad intra, et per affectuosissimam divini invocationem auxilii, et considerando inflammativa divini amoris. Secundo fit istud modo mirabiliori et eminentiori, quamvis forsam non magis meritorio semper, v. gr., dum fervens amor absque conamine proprio praeparationeque praevia repente pervenit, praestingitur, inflammatur, et super se tollitur, contemplationisque luce exuberanter perfunditur, praeocupatur, ac vincitur».

«*Duobus modis*—repite Alvarez de Paz *(De inquis. pacis,* l. V, P. 1.ª, app. 1, cap. I)—solet animus ad *contemplationis gratiam pervenire:* altero per solam Dei gratiam, altero *per divinam gratiam excitantem et adjuvantem hominis propriam industriam.* Qui primo illo modo perveniunt, dicuntur *pertrahi...;* qui secundo, dicuntur *introduci*... In illa coelestis Sponsus... animam abripit...: in hac, ut magister docet... In illa non semel nullam ex parte animae praeparationem expectat...; in ista puritatem et non exiguam virtutem animae postulat, ut luce illa supernaturali divinae sapientiae perfundat. Illa prima ratione trahuntur pauci, imo et rari, non quidem ut in salebra suorum vitiorum haereant, sed ut *brevius* et *efficatius* atque *felicius* perfectionem consequantur; hac ducuntur et *vocantur multi,* ut *seipsos* ex divina gratia *praeparantes, munere contemplandi donentur*».

«Hay—dice a su vez M. Olier *(Introd. a la Vie chrét.,* cap. X)—dos vías muy diferentes por las cuales *comunica Dios sus virtudes* a las almas. En la primera las comunica por un puro efecto de su bondad y liberalidad, sin exigir ningún trabajo de su criatura. En la segunda requiere que la criatura trabaje, y no las da sino después de violentos esfuerzos y de grandes pruebas de fidelidad. La primera puede llamarse vía de *infusión,* la segunda vía de *adquisición.* La primera es rara en la Iglesia, y no siendo que Dios tenga especiales designios sobre un alma, no se da sino a los inocentes. La segunda no es menos rara, por ser pocos los que en esa larga fidelidad perseveran. La infusión es dulce, y todos querrían poseer por esta vía las virtudes, lo mismo que los otros dones del Espíritu; mientras la adquisición es áspera y nadie la quiere. Sin embargo, ésta es *para todos* los pecadores y para la Iglesia, y aquélla está reservada para los inocentes y para pocos más».

modo que luego venga El mismo a traernos a Sí por ellos, a sanarnos del todo y colmarnos de sus consuelos y caricias (1): con lo cual resultan tres modos de aprovechar esa gracia (2).

Decir que "la contemplación así verificada, aunque sea mediante los dones, no puede ser mística, por cuanto presupone discurso", es girar en un eterno círculo vicioso y volver a la petición de principio que a ese autor sirve de única prueba. Y así es como viene a incurrir en lastimosas confusiones e inexactitudes y en la extravagancia de ofrecer como ejemplo de contemplación adquirida, por "presuponer el ejercicio y hábito de meditación", este hermoso pasaje de San Juan de la Cruz (*Subida*, II, cap. XII), donde se describe la segunda señal de que el

(1) Viam facite, *praebete inter*..., auferte offendicula de via populi mei... Vias ejus vidi, et sanavi eum, et reduxi eum, et reddidi consolationes ipsi (*Is.* 57, 14, 18).

(2) «Modis tribus, dice Ricardo (5 de *Contempl.*, c. 1), in gratiam contemplationis proficimus; aliquando ex sola gratia; aliquando ex adjuncta industria, aliquando ex aliena doctrina... Ex proprio opere proficimus, cum in eandem gratiam nostro studio et labore artem comparamus. Tunc autem... quasi ex aliena operatione accipimus, quando ex aliena traditione in hujusmodi gratiae usum assuescimus... Sed aliud est contemplationis gratiam divinitus accipere, atque aliud est ejusmodi donum, Dei quidem cooperatione, proprio exercitio comparare. Modis itaque tribus hanc gratiam obtinemus, et modo quidem ex divina inspiratione, modo ex propria exercitatione, modo autem ex aliena traditione».

«Primo modo, advierte a este propósito Alvarez de Paz (*De inquis. pacis*, l. 2, *prooem.*), solet Dominus eos orationem docere..., quibus status, aut locus, aut ineruditio impedimento est, ne valeant praeceptoris auditione, vel librorum spiritualium lectione in hac disciplina proficere. Etenim non sine admiratione aliquas reperimus foeminas a Deo solo in studio contemplationis edoctas, et ad eximiam quamdam ipsius familiaritatem admissas, quas non vox magistri, sed inspiratio divina; non libri, sed unctio Spiritus Sancti ita instruxit et erudivit, ut brevi tempore ad incredibilem contemplationis gratiam, et ad ineffabiles mentis excessus pervenirent... Aliis duobus modis industria et doctrina illi de rebus orationis erudiuntur, qui capaces sunt, ut ad regulas meditandi et contemplandi capiendas, propriam industriam adhibeant; quique magistrum mediocriter instructum habent, a quo doceantur, et libris non carent... Nec propterea minus proficit, qui non proxime, sed medio homine, scientia orationis imbuitur, quia Deus hominem ad magisterium hominis vocat... Vult ergo Dominus ut homo gratiae suae propriam industriam et alienam doctrinam adjungat... Quia jam ex parte pro donis, quae recipimus, *laborantes*, ad ea obtinenda *disponimur*, et divitias quibus ditamur, aliqua ratione *meremur*».

El P. Gabriel López Navarro, mínimo (*Teología mística*, 2.ª ed. Madrid, 1651, tr. 1, c. 3.º), advierte que, «aunque la gracia de la contemplación es superior a lo que activamente podemos alcanzar, no es desproporcionada a lo que podemos recibir a modo pasivo o infuso, disponiendo para esto el entendimiento y la voluntad».

Su intento, decía según esto el P. Miguel de la Fuente (*Las tres Vidas*, Introd.), «es dar reglas y documentos espirituales y doctrina sólida... para que el hombre exterior y corporal pueda, si quiere, vivir en espíritu de razón, perfecto y verdadero, y por meditaciones y discursos racionales, vaya poco a poco por lo corporal y sensible rastreando lo espiritual e inteligible, y de allí pase a lo más superior, puro y del todo espiritual y divino, y venga a estado tan dichoso, que sea todo regido por espíritu en todas las cosas, y no se goce sino en Dios y en las cosas puramente espirituales de su honra, gloria y servicio».

alma, mediante ese ejercicio, ha logrado entrar ya "en la vía del espíritu", y aun en la "noche del espíritu", siendo así *introducida* de lleno en la alta contemplación mística o *infusa* (1). "Ya el alma en este tiempo, dice el Santo, tiene el espíritu de meditación en substancia y hábito. Porque es de saber que el fin de la meditación o discurso en las cosas de Dios es sacar alguna noticia y amor de Dios, y cada vez que por la meditación el alma la saca, es un acto; y así como muchos actos en cualquier cosa vienen a engendrar hábito en el alma, así muchos actos de estas noticias amorosas, que el alma ha ido sacando en veces, vienen con el uso a continuarse tanto, que se hace hábito en ella, *lo cual Dios* también *suele hacer* en muchas almas sin medio de estos actos (a lo menos sin haber precedido muchos), *poniéndolas luego en contemplación* y amor, y así lo que el alma antes iba buscando en veces por su trabajo de meditar en noticias particulares, ya, como decimos, por el uso se ha hecho en ella hábito y substancia de una *noticia amorosa* general, no distinta ni particular como antes. Por lo cual, en poniéndose en oración, ya como quien tiene allegada el agua, bebe sin trabajo en suavidad, sin ser necesario sacarla por los arcaduces de las pasadas consideraciones y formas y figuras. De manera que luego, en poniéndose delante de Dios, se pone en acto de *noticia confusa, amorosa, pacífica* y sosegada, en que está el alma *bebiendo sabiduría, amor* y *sabor*. Y esta es la causa porque el alma siente mucho trabajo y sinsabor cuando, estando en este sosiego, la quieren hacer meditar y trabajar en particulares noticias. Porque le acaece como al niño que, estando *recibiendo* la leche que ya tiene en el pecho alle-

(1) «Toda la pretensión de N. P. en este libro II de la *Subida del Monte Carmelo*—advertía ya Fr. José de J. M.ª Quiroga (*Don que tuvo San Juan de la Cruz*, cap. XII)—es desnudar de todas las semejanzas criadas al alma *ya sazonada con hábito de meditación*, y dejarla vestida solamente de la luz sencilla de la fe, para *recibir* con esta *disposición sobrenatural* la *iluminación* del *don de sabiduría* con que se curan todas las dolencias del alma, como dijo el Espíritu Santo (*Sap.*, 9, 19). Y la va disponiendo y divinizando para unirla con Dios, porque esta *iluminación* anda siempre acompañada con la luz sencilla de la fe».

«Sicut enim is qui scribendi scientiam cupit adipisci, magnam initio diligentiam adhibere..., saepinsque magno labore litterarum sibi imagines imprimere cogitur...; ita Deus per continua exercitia in homine fixe stabiliterque praesens fieri debet. Ipse namque adeo nos ubique et semper movet, admonetque, ut si illius saltem curam haberemus, nec ad alia plus satis essemus effusi, *ipsum utique ubique in omni re, loco et tempore, praesentem haberemus, in nobis sentiremus, imaginis suae forma transformaremur*, et in ipso uncti ac (ut ita dicam) *habituati* essemus, adeo ut citra dificultatem nulloque negotio, et absque alia quavis imagine ejus nos amabilis omni in re, loco et tempore possideret praesentia, nosque pro ordinata in Deum propensione prorsus liberi atque expediti maneremus». RUSBROCKIO, l. 6, *de Praecip. quib. virt.*, c. 6.

gada y junta, le quitan el pecho... O como el que, habiendo quitado la corteza, está gustando de la substancia, si se la hiciesen dejar para que volviese a quitar la dicha corteza que ya estaba quitada; que no hallaría corteza y dejaría de gustar de la substancia que ya tenía entre las manos... Y así hacen muchos que comienzan a entrar en este estado: que pensando que todo el negocio está en ir discurriendo y entendiendo particularidades por imágenes y formas, que son la corteza del espíritu, como no las hallan en aquella quietud amorosa y substancial en que se quiere estar su alma, donde no entienden cosa clara; piensan que se van perdiendo y que pierden tiempo, y vuelven a buscar la corteza del discurso, lo cual no hallan, porque está ya quitada; y así no gozan la substancia ni hallan meditación, y túrbanse a sí mismos, pensando que vuelven atrás y que se pierden. Y á la verdad *se pierden,* aunque no como ellos piensan, porque se pierden a los *propios sentidos* y a la *primera manera de sentir* y entender, lo cual es ir ganando al *espíritu que se les va dando.* En el cual, cuanto ellos van menos entendiendo, van entrando más en la *noche del espíritu*..., por donde han de pasar para unirse con Dios *sobre todo saber*„.

¡Y esta altísima contemplación que así se va *dando* al alma en la misma *noche del espíritu*, donde se le hace sentir, gustar y entender de un modo tan *sobrehumano*, se atreven a presentarla como "adquirida„! (1). ¿Qué res-

(1) «Esta *noche obscura*—dice expresamente el mismo San Juan de la Cruz (*Noche* II, cap. V)—es una *influencia de Dios en el alma*..., que llaman los contemplativos *contemplación infusa* o *mística teología,* en que de secreto enseña Dios al alma, y la instruye en *perfección de amor,* sin hacer ella nada ni entender cómo es esta *contemplación infusa*». «Esta *ciencia sabrosa*—advierte en otro lugar (*Cánt. esp.,* 27)—es la *teología mística,* que es ciencia secreta de Dios, que llaman los espirituales *contemplación,* la cual es muy sabrosa, porque es ciencia por amor, el cual es el maestro de ella y el que todo lo hace sabroso». Así el Santo no conoce otra manera de *contemplación* sino esta *infusa, mística, sabrosa.* «Esta *noche*—añade (*Canc.* 39)—es la contemplación en que el alma desea ver estas cosas (las maravillas de Dios); llámala *noche* porque *la contemplación* es obscura, que por eso se llama por otro nombre *mística teología,* que quiere decir sabiduría de Dios secreta o escondida, en la cual, sin ruido de palabras y sin ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, a obscuras de todo lo sensitivo y natural, *enseña Dios* ocultísima y secretísimamente al alma sin ella saber cómo, lo cual algunos espirituales llaman *entender no entendiendo*».

«Cuando el alma—advierte el autor de *Conocimiento obscuro de Dios* (cap. V, n. 4)—, ejercitada ya en la vía purgativa e iluminativa..., se comienza a ejercitar en los actos anagógicos..., poco a poco viene a adquirir el *hábito de contemplación,* el cual consiste en una habitual *noticia amorosa* quieta y pacífica del mismo Dios, y éste se engendra de los actos anagógicos que hace, porque cada uno de éstos no es más que un encendido deseo de amor y juntarse con este Dios, que conoce por la fe... Cuando esta noticia general confusa que, mediante la fe, tenemos de Dios... se ejercita habitualmente junto con el amor, viene a ser *contemplación de mística teología,* y llámase vista

tará, pues, para la *infusa,* sino a lo sumo ciertas gracias *gratis datas* que muchas veces la acompañan, pero que, lejos de caracterizarla y serle indispensables, pueden faltar en grandes contemplativos y hallarse en cambio en pecadores?

Para colmo, sostiene el mismo autor que esa manera de contemplación que él vende por *adquirida* y aun por *ordinaria,* ni está en nuestro poder adquirirla, por muchos esfuerzos que hagamos—antes "sería efecto de soberbia querer pasar de la meditación a ella con nuestras fuerzas„, aunque ayudadas de la gracia ordinaria—, ni aun podemos *merecerla* de condigno, ni es, por tanto, asequible ni accesible a todos los verdaderos fieles, por bien que se industrien y esfuercen o dispongan; y que, por lo mismo, lo único que todos debemos hacer respecto a ella es "remover los obstáculos por si Dios se digna *graciosamente concederla„*.

De donde resulta, y por lógica consecuencia se deduce, que muy lejos de ser propiamente *adquirida* ni *ordinaria,* debe de ser un don tan infuso y aun tan *gratuíto* y raro como el que más (1). Así, con razón advierte el Abate Chatel (2): "Si esa contemplación que llaman *adquirida* no está en poder del alma, es realmente *infusa„*.

Pero aun más, debemos añadir: aunque la tal contemplación tenga mucho de adquirido, y aunque realmente estuviese en nuestra mano lograrla con la gracia ordinaria, después de largas meditaciones, si a pesar de todo eso, a la luz adquirida se añade otra especial que obligue a suspender la meditación, ese exceso de luz que no se adquirió meditando y que hasta impide meditar, es ya cosa evidentemente *infusa* y hace que toda esa oración resulte en rigor sobrenatural y mística (3).

o noticia general y amorosa de Dios... Esta noticia general es *lo más puro y fino de la mística teología*». «Cuando sintiere en sí esta quietud y juntamente una inclinación y propensión a Dios—añade *(Ib.*, núm. 10)—, aunque por entonces no entienda lo que ama, es cierta señal que ha comenzado a gustar de esta sabiduría. Cuando también sintiere esta quietud y ocio, aunque no sienta tan perceptiblemente aquella propensión de la voluntad, como sienta en ésta ocio, paz y quietud y deseo de estar allí, también es conjetura de que tiene esta contemplación, principalmente si pasado aquel rato de quietud experimenta en sí una aversión y apartamiento y una manera de tedio con todas las cosas que no son de Dios».

(1) Por fin, él mismo ha venido ya a declarar que «actualmente los partidarios de la contemplación adquirida *se ven apurados* y como estrechados de los que—huyendo de argucias y sutilezas, y ateniéndose a las descripciones de los místicos—la niegan»; y que, por otra parte, tal como la describen sus mejores partidarios, es casi imposible distinguirla de la infusa. ¡Y tan imposible!

(2) *De l'oraison mentale et de la contempl.*, ch. XXV.

(3) Cada uno de estos tres modos de contemplación (la que llaman *adquirida,* la *infusa* que es obra de los dones, y la que lo es de gracias grátis da-

Así viene a suceder con la misma presencia de Dios, entrañada en la verdadera contemplación; podemos adquirirla hasta cierto punto con repetidos actos y diligencias; mas, a pesar de eso, no llega a convertirse en habitual sin un don especial de Dios, por el cual ese hábito resultará *reduplicative "infuso"* (1).

Lo mismo debemos decir de la "contemplación adquirida" en general, si ésta, conforme algunos suponen, es tal cual la define Ribet, diciendo (2): "Consiste en una mirada sencilla y admirativa sobre una verdad en que antes se haya ejercitado el alma por la meditación, pero que, *mediante la luz de la gracia, resplandece con tal claridad, que suspende el trabajo discursivo*".

Esta suerte de *suspensión*, esta sustitución del modo de proceder propiamente humano por otro sobrehumano y sobrenatural, nos hace entrar ya de lleno en el orden místico.

En resumen: lejos de ser la llamada "contemplación adquirida"—como se pretende—un *término* final, correlativo de la *infusa*, es un verdadero *medio* o una disposición ya inmediata para llegar a ésta, o más bien un verdadero *comienzo* de la misma, tal como la describen los grandes Místicos, en la cual, según reconoce el mismo P. Tomás de Jesús, va por grados convirtiéndose.

Artículo 8.º—Testimonios de los Padres y Maestros de espíritu en confirmación de toda esta doctrina.

Los SS. PP. y todos los grandes contemplativos y Maestros de espíritu están de acuerdo en alentarnos con la consoladora esperanza de lograr algún día, si perseveramos fieles en buscar a Dios, gozar de El mediante la contemplación infusa, recibiendo así en la tierra ciertas primicias de la eterna felicidad.

1. El glorioso mártir S. Ignacio nos asegura que, si servimos al Señor con la perfección que El nos manda, seremos tratados como amigos a quienes se comunican hasta los más íntimos secretos: «*Nada*

tas), tiene, decía ya el P. López Navarro (*Teol. mística*, tr. 1, c. 5), algo de infuso y algo de adquirido. Pero porque aquel primero tiene menos de infuso, le llaman los autores místicos absolutamente adquirido; y porque el 2.º y 3.º tienen menos de adquirido, absolutamente se llaman infusos... Donde se halla más de industria y trabajo humano, dan nombre de oración adquirida; y en la que se halla más de luz sobrenatural y divina, la llaman infusa».

(1) «En vano nos esforzaremos por tener esta presencia de Dios—observa el P. Lallemant (*Doctr. spir.*, pr. 7, ch. IV, a. 2)—si El mismo no nos la da. Es un *puro don* de su misericordia. Mas cuando la hayamos recibido, por ella y en ella veremos la voluntad de Dios en nuestras acciones... Esta gracia es fruto de una gran pureza de corazón, y conduce al alma a una íntima unión con Dios. El nos la da cuando por nuestra parte hacemos cuanto podemos y debemos hacer».

(2) *Mystique divine*, p. 1.ª, ch. III, n. 11.

se os ocultará, decía *(Eph.* 14, 1), si guardáis *perfectamente* la fe y el amor de Jesucristo, que son el principio y el fin de la vida cristiana».

2. «Aprended de Magdalena, exclamaba ORÍGENES al terminar su preciosa *Homilía* sobre esta Santa, aprended de ella, a buscar a Jesús en la tumba de vuestro corazón... Arrancad de él toda codicia mundana, y mirad cuidadosamente si está en vuestra alma el Salvador. Si no le halláis, perseverad allí, deseadle y llorad: sed constantes en la fe...; que yo me atrevo a prometeros que, si perseveráis en esta vía, si lloráis y seguís buscándole, si os humilláis ante El, y si, a ejemplo de Magdalena, no queréis consolaros sino con su presencia, *lo hallaréis y se os manifestará*».

«Una vez purificada el alma, añadía en otro lugar *(Pról. in Cánt.),* sube por el amor sincero y espiritual a la contemplación de la verdad mística y de la Divinidad».

3. «Quien desee librarse de los lazos del mundo y... gustar la divina dulzura, decía S. BASILIO *(Constitut. monast., Proaem.),* trabaje por apartar sus pensamientos de todo afecto terreno que perturbe el alma; así es como podrá contemplar las cosas divinas... Con esto vendrá a hacerse, en cuanto es posible, semejante a Dios..., y entonces no es de maravillar que llegue al divino coloquio».

«El alma limpia, añade *(Homil. de Fide),* colocada ya en lo alto de la creación, allí verá al Espíritu Santo».

Por tanto, «omni humanarum rerum cura abjecta, advierte otra vez *(Orat. 1.ª de Amore divino),* summo studio et diligentia par est nos cor nostrum observare, ac simul etiam atque etiam videre ne quando cogitationem de Deo abjiciat, aut dum res stultas atque nihili agitat, memoriam rerum omni admiratione dignarum deponat, verum ut in contemplatione Dei optimi maximi assidue versetur, et sinceram ejus doctrinam perpetuamque recordationem in penetralibus suis veluti signum quoddam quod deleri non potest, impressam habens sanctitatem ejus colat observetque. Hac enim ratione amore flagrabimus Dei, qui nos excitabit ac inflammabit ad mandata ejus religiose persequenda, et ab illis ipsis rursus ad constantiam atque stabilitatem quamdam».

4. S. GREGORIO NACIANCENO *(Orat.* 39, núm. 8), enseña que «una vez instruídos, purificados y anonadados por el santo temor, podremos *elevarnos a las grandes alturas* de la vida espiritual».

5. «Si pusieres gran empeño en desentenderte de las cosas del mundo, escribía S. EFRÉN *(De Vita spirit.,* n. 21), con alma pura podrás vacar a la contemplación de las cosas que no se ven, y regalarte y regocijarte en el recuerdo de Dios».

6. «El alma que recibe—mediante los místicos dones—la perfección de la fe, decía S. CIRILO DE JERUSALÉN (cf. *Migne,* P. G. t. 33, col. 519), penetrada de esa divina luz, ve a Dios cuanto es posible en esta vida».

7. A su vez S. GREGORIO MAGNO asegura que, a semejanza de las Santas Mujeres, lograrán tratar con los ciudadanos del cielo quienes, con santos deseos y el buen olor de las virtudes, andan en busca del Señor:—«Ille autem mulieres Angelos vident, quae cum aromatibus venerunt: quia videlicet illae mentes supernos cives aspiciunt, quae cum virtutum odoribus ad Dominum per sancta desideria proficiscuntur». *(Hom.* 21 *in Evang.)*—Así, la gracia de la divina contemplación, añade *(Hom.* 17 *in Ezech.),* no está como reservada para los grandes, o sea para unos cuantos privilegiados, sino que se da a toda suerte de personas que se hagan dignas de ella, y con preferencia a los más humildes: «Non enim contemplationis gratia summis datur, et minimis non datur; sed saepe hanc summi, saepe minimi, saepius remoti, aliquando etiam conjugati percipiunt. Si ergo *nullum est fide-*

lium officium a quo possit gratia contemplationis excludi, quisquis cor intus habet, illustrari etiam lumine contemplationis potest... ut nemo ex hac gratia quasi de singularitate glorietur».

»*Ad hanc salutis gratiam,* non solum electa, sed *etiam despecta,* quae videntur mundi, *perveniunt*» *(In* I *Reg.* lib. V, c. 14).

»Nobis multum proficientibus, dice en otro lugar *(Moral.* l. V, c. 26), parum de se (Dominus) aliquid sensibus nostris aperit».

8. «Quien busca al Señor, dice S. Pedro Damiano *(De perfect. monast.*, c. 8), no lo hace seguramente por sólo sufrir trabajos y tentaciones, sino, al contrario, con la esperanza de encontrar algún día el descanso verdadero sumergiéndose en el gozo de la alta contemplación».

9. S. Bernardo *(De conversione*, c 12-14) invita al pecador arrepentido, no sólo a llorar sus pecados, sino también a buscar luego «el paraíso de las delicias interiores, *seguro de hallarlo si con fidelidad lo busca;* pues... no miente el que dijo: *Tomad mi yugo sobre vosotros, y encontraréis el descanso para vuestras almas...* Quien tan gran bien desee, que comience por tener hambre de justicia, y esté seguro de que al fin la saciará... Que procure *experimentar,* aunque no sea sino un momento, el *sabor de la justicia,* a fin de que con eso la desee cada vez más y merezca mejor el alcanzarla».

«Quis mihi tribuat, exclama *(Serm.* 4 *de Ascens.),* ut omnes surgentes stetis in excelso, et videatis exultationem que ventura est vobis a Domino?... Vos autem, *filii hominum..., usquequo gravi corde?*—Ascendite *ad cor altum, et exaltabitur Deus.* Hic est enim mons in quo transfiguratus Christus. Ascendite, et scientis *quoniam Dominus sanctum suum mirificavit.* Obsecro vos, fratres mei, *non graventur corda vestra in curis saecularibus...* Exonerate, obsecro, corda vestra gravi mole terrenarum cogitationum, ut sciatis mirificatum a Domino sanctum suum. Levate corda vestra cum manibus quibusdam cogitationum, ut transfiguratum Dominum videatis».

«*Cualquier alma*—añade con San Agustín *(Serm.* 83 *in Cant.)*—aun la que está llena de pecados o cogida en las redes del vicio..., puede entrar en sí misma y no sólo respirar con la esperanza del perdón, sino también atreverse a aspirar a las bodas del Verbo, y contraer con Dios una alianza íntima».—«El beso divino, había dicho *(Serm.* 9 y 32), es de tanto valor, que no lo negará Dios a las almas bien dispuestas... Si, pues, hay alguno que, con el profeta, ponga su felicidad en unirse con Dios... y sus deseos son ardientes y contínuos, ése sin duda alguna recibirá al Verbo como Esposo.—Su visita de Esposo recibe cuando interiormente se sienta estrechado entre los brazos de la sabiduría y lleno de la suavidad del santo amor. De este modo, antes de que su alma abandone el cuerpo, serán oidos sus deseos de unirse con Cristo».

10. La Famosa *Scala Paradisi,* atribuída por algunos a S. Agustín, y por otros muchos, con el nombre de *Scala Claustralium,* al mismo S. Bernardo, y que justamente ha gozado de gran autoridad, resume y confirma nuestra doctrina, diciendo (Cap. 1): «...Lectio, meditatio, oratio, et *contemplatio:* Haec est *scala claustralium,* qua de terra in coelum sublevantur gradibus distincta paucis, immensae tamen et incredibilis magnitudinis. Cujus extrema pars terrae innixa est, superior vero nubes penetrat, et secreta coelorum rimatur... Est autem lectio sedula Scripturarum cum animi intentione inspectio. Meditatio est studiosa mentis actio, occultae veritatis notitiam ductu propriae rationis investigans. Oratio est devota mentis intentio in Deum, pro malis amovendis, et bonis adipiscendis. Contemplatio est mentis in Deum suspensae quaedam elevatio, aeternae dulcedinis gaudia degustans...

(Cap. 2). »Lectio inquirit, meditatio invenit, oratio postulat, contemplatio *degustat*. Unde ipse Dominus dicit: *Quaerite, et invenietis; pulsatè, et aperietur vobis*. Quaerite legendo, et invenietis meditando. Pulsate orando, *et aperietur vobis contemplando*.—Lectio quasi solidum cibum ori apponit. Meditatio masticat et frangit. Oratio saporem acquirit. Contemplatio est ipsa dulcedo quae jocundat et reficit.—Lectio in cortice, meditatio in adipe, oratio in desiderii postulatione, contemplatio in adeptae dulcedinis delectatione...

(Cap. 3) »...Non enim est legentis atque meditantis hanc sentire dulcedinem, nisi data fuerit desuper. Legere enim et meditari tam bonis quam malis commune est... Solus (spiritus sapientiae) dat veram sapientiam, sapidam scilicet scientiam, quae cum alicui inest, inaestimabilis sapor jocundat et reficit; et de illa dictum est: *Sapientia non intrat in malevolam animam*. Hoc autem a solo Deo est... Hic est qui sapientiae saporem dat, sapidam animae facit scientiam...

(Cap. 4). »Videns autem anima quod ad desideratam cogitationis et experientiae dulcedinem per se non potest attingere..., humiliat se et fugit ad orationem dicens...: Da mihi Domine arrham aereditatis futurae, saltem guttam coelestis pluviae, qua refrigerem sitim meam, quia amore ardeo.

(Cap. 5). »His et hujusmodi ignitis eloquiis suum inflammat desiderium, sicut ostendit suum affectum. His incantationibus advocat Sponsum. Dominus autem cujus oculi super justos, et aures ejus non solum ad preces, sed ipsas preces eorum non expectat donec sermonem finierint, sed *medium orationis cursum interrumpens festinus ingerit se*, et *animae desideranti festinus occurrit* coelestis rore dulcedinis circumfusus, unguentis optimis delibutus animam fatigatam recreat, esurientem reficit, aridam impinguat, facit eam terrenorum oblivisci... ut... fiat homo quasi *totus spiritualis*... (Cap. 6) ...Inexperti talia non intelligunt in libro experientiae quos ipsa docet unctio.

(Cap. 7) »...Data ergo benedictione..., et mutato nomine de Jacob in Israël, paulisper secedit Sponsus diu desideratus, cito elapsus. Subtrahit se... a dulcedine contemplationis; manet tamen praesens quantum ad gubernationem, quantum ad gloriam, quantum ad unionem.

(Cap. 8). »Hanc autem gratiam, cui vult, et quando vult Sponsus attribuit... Recedit ergo ne forte nimis asiduus contemnatur, et absens magis desideretur, desideratus avidius quaeratur, diu quaesitus tandem gratius inveniatur...—(Cap. 9) ...Esto ergo casta, esto verecunda et humilis, ut sic a Sponso tuo *merearis frequenter visitari*...

(Cap. 10). »Lectio... data materia mittit nos ad meditationem. Meditatio vero quid appetendum sit diligentius inquirit, et quasi effodiens thesaurum invenit et ostendit, sed cum per se obtinere non valeat, mittit nos ad orationem. Oratio vero se totis viribus erigit, ubi repperit thesaurum desiderabilem, contemplationis suavitatem: haec adveniens praedictorum trium laborem remunerat... Primus gradus est incipientium; secundus est proficientium; tertius est devotorum: quartus beatorum. (Cap. 11) Hi autem gradus incatenati sunt, et vicaria ope sibi invicem deserviunt, quod praecedentes sine subsequentibus, aut parum, aut nihil prossint... Quid prodest homini si per meditationes quae agenda sunt videat, nisi orationis auxilio et Dei gratia ad obtinenda convalescat... Vult siquidem Deus ut eum oremus, et ut ei advenienti et praestolanti ad ostium aperiamus... Ad hoc ergo ut fructuosa sit meditatio, oportet ut sequatur orationis devotio, cujus, quasi effectus est contemplationis dulcedo...

(Cap. 12). «Ex his possumus colligere, quod lectio sine meditatione arida est, meditatio sine lectione erronea est; oratio sine meditatione est tepida, meditatio vero sine oratione infructuosa: oratio cum

devotione contemplationis est acquisitiva; contemplationis adeptio sine oratione, aut rara, aut miraculosa... Beatus homo cujus animus a caeteris negociis vacuus, in his quatuor gradibus versari semper desiderat...; qui in primo gradu excitatus, in secundo circunspectus, in tertio devotus, in quartu supra se elevatus, per has ascensiones quas in corde suo disposuit, ascendit de virtute in virtutem, donec videatur Dominus dominorum in Sion... Aperte videmus in his quatuor gradibus bonae vitae perfectionem contineri, et in his spiritualibus bonis hominis exercitium debere versari».

11. «Meditare et tu cum corde tuo... scopa tu spiritum tuum. Exerce agrum istum, attende temetipsum: absque dubio, insistens huic exercitio, invenies thesaurum istum absconditum in agro. Ex hoc exercitio crescit auri copia, multiplicatur scientia, augmentatur sapientia. Ex hoc exercitio cordis oculus mundatur, ingenium acuitur, intelligentia dilatatur, nihil recte aestimat qui seipsum ignorat. ...Nunquam desistas..., donec divinae suavitatis dulcedinem praegustare incipias. Ad hujus desiderium animare nos voluit qui dixit: *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus*».—RICARDO, *De Contemplatione*.

12. El B. ALBERTO MAGNO *(De adhaerendo Deo*, c. 13) dice que «ese debe ser el intento del hombre espiritual, el merecer llegar a poseer en este cuerpo corruptible, una imagen de la bienaventuranza, y comenzar ya a gustar en este mundo una prenda de la gloria y conversación celeste.—Tal es, digo, el fin de toda la perfección... Por tanto, si perseveras en tu introversión y recogimiento, te llegará a ser fácil y expedito el *contemplar y gozar*».

«Finis omnium exercitiorum, había dicho ya *(ib.*, c. 4), hic est, scilicet, intendere et quiescere in Domino Deo intra te, per purissimum intellectum, et devotissimum affectum, sine phantasmatibus, et implicationibus... Quamobrem diabolus diligentissime et maxime conatur impedire illud exercitium... ex quo est quodammodo praeambulum, et initium vitae aeternae».

«Ab hujus ergo mundi distractionibus, añade (c. 7), cor nostrum colligamus, et ad interiora gaudia revocemus, ut aliquando in divinae contemplationis lumine hoc figere valeamus. Nam haec est vita, et requies cordis nostri... Oportet ergo, et necesse est, ut cum humilitatis reverentia, ac fidutia nimia, mens elevet se supra se et omne creatum per abnegationem omnium... Et tunc fertur in mentis caliginem, et altius intra se elevatur, et profundius ingreditur. Et hic modus ascendendi usque ad aenigmaticum contuitum SS. Trinitatis... tanto est fructuosior, quanto affectu proximior... Quapropter numquam desistas, nunquam quiescas, donec illius plenitudinis aliquas (ut ita dicam) arrhas, seu experientias degustes; et donec divinae suavitatis dulcedinem per quantulascumque primitias obtineas: et in odorem ipsius, post eam currere non desinas, donec videas Deum deorum in Sion».

13. Según STO. TOMÁS (2-2, q. 180, a. 3 y 4), la contemplación es el «acto final a que tienden todos los ejercicios piadosos» (1). Por lo mismo, pueden todos los fieles, aun los más inclinados a la vida acti-

(1) «Homo, escribe (2-2, q. 180, a. 3), *quodam processu*, ex multis *pertingit ad intuitum simplicis veritatis*. Sic ergo *contemplativa vita unum quidem actum habet* in quo finaliter *perficitur*, sc. contemplationem veritatis, a quo habet *unitatem*. Habet autem *multos actus, quibus pervenit ad hunc actum finalem*».—A estos actos *preparatorios*, con que el alma se dispone para llegar a la contemplación, pertenecen la *meditación*, la *consideración*, la *lección*, etc. *(Ibid.* ad 2 et 4).—Cf. a. 4, ad 2 et 3, donde señala diversos *grados* por los cuales, de la consideración de las creaturas, se llega a la «sublime contemplación de la divina verdad».

va, irse disponiendo para ella mediante la práctica de las virtudes (1). Así el principal empleo de los que ya se acercan a la perfección es la contemplación misma, o sea el unirse con Dios y gozarle: *ad hoc principaliter intendat,* dice (2-2, q. 24, a. 9), *ut Deo inhaereat, et eo fruatur;* et hoc pertinet ad *perfectos*».

Y como éstos necesitan poseer ya en alto grado los dones de inteligencia y de sabiduría, para poder así *gozar* de Dios, de ahí que la contemplación con que a Él se unen sea—no cualquiera, como alguien supone—, sino la perfecta, sobrenatural o infusa, que es la que a dichos dones corresponde y la propia de los amigos de Dios, a los cuales el mismo Espíritu Santo les hace ser perfectos contemplativos (2). A esta fuente de agua viva, dice en otro lugar *(in Joan.* 7, 37) que son invitados no ya algunos, sino en rigor *todos los sedientos.*

14. Todo esto lo declara más ampliamente S. BUENAVENTURA, en su famoso *Itinerario del alma a Dios,* donde trata de enseñar el modo seguro de poder alcanzar la ciencia mística, propia de los perfectos, y llegar así al «*descanso* de la contemplación».

Para evitar equívocos, veamos cómo desarrolla su pensamiento, sin dar lugar a falsas interpretaciones.—En el capítulo I, dice así: «Quien *desea elevarse* a Dios, debe no sólo evitar el pecado que deforma la naturaleza, sino ejercitar las facultades del alma y *prepararlas:* por la oración, a la gracia que reforma; por una conducta santa, a la justicia que purifica; por la meditación, a la *ciencia* que *ilumina;* y por la *contemplación,* a la *sabiduría* que *perfecciona.*—Y así como nadie llega a la sabiduría sino por la gracia, la justicia y la ciencia, nadie llega tampoco a la contemplación sino por una meditación profunda, una conducta santa y una oración ferviente. Por tanto; como la *gracia* es la que endereza la voluntad y alumbra el entendimiento, debemos ante todo orar, luego vivir santamente, y por fin aplicarnos a la consideración de la verdad y subir así gradualmente hasta llegar al monte excelso y ver a Dios en Sión (3).

(1) Los actos de éstas, enseña *(Contra Gent.* III, c. 137), se ordenan a la vida contemplativa, quitando de nosotros las pasiones y perturbaciones que impiden la pureza de corazón.—«*Unde et illi qui sunt magis apti ad activam vitam, possunt per exercitium activae ad contemplativam praeparari.*»—Id. 2-2, q. 182, a. 4, ad 3.

(2) «Hoc videtur esse amicitiae *máxime proprium,* simul *conversari* ad amicum; conversatio autem hominis ad Deum est per *contemplationem* ipsius, sicut et Apóstolus dicebat: *Nostra conversatio in coelis est (Phil.* 3, 20). Quia igitur Spiritus S. nos amatores Dei facit, *consequens est quod per Spiritum Sanctum Dei contemplatores constituamur*». S. THOMAS, *Contra Gent.* IV, c. 22.

(3) «Gradus habemus... deformatos per culpam, reformatos per gratiam, purgandos per justitiam, exercendos per scientiam, *perficiendos* per *sapientiam*... Scientiam veritatis edocuit (Verbum) secundum triplicem modum theologiae..., ut per *simbolicam* recte utamur sensibilibus, per propriam recte utamur intelligibilibus, per *mysticam* rapiamur ad *supernaturales excessus.* Qui igitur vult ad Deum ascendere, necesse est ut vitata culpa deformante naturam, naturales potentias exerceat ad gratiam reformantem, et hoc per orationem..., ad *sapientiam perficientem,* et hoc in *contemplatione*... Sic ad contemplationem non venitur nisi per meditationem... Sic primo oran-

Y aunque alguien pudiera creer que esta contemplación así procurada es la que hoy llamán *adquirida*, el Santo pone expresamente en el 7.º grado lo más notable de la infusa, a la que dice somos *invitados*.

Y no sólo en el 7.º grado habla el Santo Dr. expresamente de la contemplación mística, sino que hace lo mismo en los anteriores. Así en el cap. 4.º trata de los *sentidos espirituales*, con que se conoce experimentalmente a Dios. «Nuestra alma, escribe allí, debe ser revestida de las tres virtudes teologales por las cuales es purificada, iluminada y perfeccionada... Mientras por la fe cree en J. C.—Verbo increado y encarnado, camino, verdad y vida—, recobra el *oído espiritual* para oír sus palabras, y la *vista* para *contemplar los resplandores de su gloria*.—Y suspirando por el Verbo inspirado, mediante la esperanza, a fuerza de deseo y de amor recobra el *olfato espiritual;* mientras por la caridad abraza al Verbo encarnado, que *la llena de delicias*, en el ímpetu de su amor, pasa a El, y así recobra el *gusto* y el *tacto*.—Recobrados de este modo todos sus sentidos, el alma *ve, oye, respira, gusta* y *abraza a su divino Esposo*, y puede entonces cantar, como la Esposa, el *Cantar de los Cantares*, que fué hecho para el ejercicio de la *contemplación*, según este 4.º *grado*.—Pues, en efecto, cuando haya llegado a este grado de contemplación, después de haber recobrado los sentidos interiores para ver la soberana hermosura, escuchar la inefable harmonía, respirar los divinos perfumes, saborear la suprema dulzura, y tocar al soberanamente deleitable, es cuando el alma está dispuesta para los *amorosos transportes* y los *excesos mentales*».

«A *todas las almas* verdaderamente espirituales, añade (c. 7), las invita Dios a este tránsito y a estos admirables transportes del amor divino.—*Omnes viros vere spirituales Deus invitat ad hujusmodi transitum et mentis excessum*.—Y para que este tránsito sea *perfecto*, hay que dejar en reposo todas las operaciones intelectuales, hay que transportar y transformar en Dios todo el afecto de nuestro corazón. Mas éste es un don *místico* y *secretísimo*, que *nadie conoce sino quien lo recibe (Apoc.* 2, 17), ni lo recibe sino quien lo desea, ni lo desea sino quien es inflamado hasta lo íntimo de las entrañas por el fuego del E. S., que Cristo vino a poner en la tierra *(Luc.* 12, 49). Por eso dice el Apóstol que esta mística sabiduría es revelada por el E. S. (I *Cor.* 2, 10).—Y como en esto nada puede la naturaleza y muy *poco la industria*, hay que dar poco a la investigación y *mucho a la unción*, poco a la lengua y mucho al gozo interior, poco a la palabra y a los libros, y *todo al don de Dios*, es decir, al Espíritu Santo».

Por aquí se ve cómo, según el Doctor Seráfico, hay verdadera transición gradual e insensible en todo el proceso de la vida espiritual, y muy particularmente desde los primeros albores de la contemplación en que ésta—con ser toda obra de la gracia que nos purifica y alumbra y enciende en amor, despertando nuestros sentidos espirituales—, aun parece ser como *adquirida* con nuestros esfuerzos e industrias (que aunque «muy poco», algo hacen), hasta la claramente mística, en que todo es secreto e infuso, y hasta los mismos transportes y excesos mentales del éxtasis y el rapto, que el Santo no repara en hacerlos entrar

dum est nobis, deinde sancte vivendum, tertio veritatis spectaculis intendendum et intendendo gradatim ascendendum, quousque veniatur ad *montem excelsum*, ubi videatur Deus deorum in Sion». S. Buenavent., *Itiner. mentis*, c. 1.

en la plenitud del desarrollo normal de la mística contemplación; por más que el Doctor Angélico, al menos en lo que estos excesos y transportes tienen de exterior y chocante, parece excluirlos de los grados de la misma contemplación y mirarlos como gracias *extraordinarias*. Así la avenencia entre estos dos íntimos amigos e incomparables maestros debe buscarse en que uno se fija en la exterioridad que puede a veces faltar, y otro en la interior gracia de luz y de amor, que, aun sin traducirse por necesidad afuera, no parece faltar nunca en el completo desarrollo, y por eso figuran en Sta. Teresa y otros grandes maestros como parte integrante de los principales grados de la contemplación mística.

En el opúsculo *De perfectione vitae ad sorores*, añade el mismo San Buenaventura: «Olvídate por completo de todo lo exterior, procurando, con todo el afecto de tu alma, remontarte sobre tí misma, sin aflojar nunca, sino subiendo con tan ardiente devoción, que logres entrar en el *tabernáculo admirable*, donde, a fuerza de *contemplar* al Amado y gozarle, puedas quedar en El *arrebatada y transformada*».

15. «Yo pongo una corona sobre la cabeza del alma, decía N. Sr. a Sta. MATILDE (*Revelac.*, 1.ª P., c. 22), cuando le doy por adorno las virtudes.—Desde entonces tengo en ella mis complacencias, y no pudiendo contener ya mi amor, se lo muestro con mis tiernos abrazos.—Cuando así es admitida a mi intimidad, le muestro por experiencia las dulzuras que hay en Mí». «El soplo de mi Espíritu, añade (*ib.* 3.ª P., c. 20), hace sentir al alma cierta dulzura, de donde nace el *gusto de Dios*. Si el alma quiere prestarse y disponerse a recibir más, tendrá agradecimiento. Y si practica éste, no recibiendo ningún don de Dios sin sentir una gratitud especial, se lanzará vigorosamente hacia el bien, y avanzando así de día en día en la virtud, *se encontrará* por fin *en la abundancia de todos los bienes*».

16. Según la Bta. Angela de FOLIGNO (*Visiones e instruc.*, c. 62), la oración mental bien hecha tiende de suyo a la contemplación *sobrenatural*.—Y así cuantos procuran meditar y orar como conviene acaban por ser *contemplativos*.—«La oración, advierte, es la fuerza que atrae a Dios y el santuario donde se le halla.—Hay tres maneras de oración: la corporal, la mental y la sobrenatural.—La corporal supone el concurso de la voz y de los miembros, para honrar y reverenciar con todo al Señor... No debe descuidarse, pues *es camino para las otras*. Pero hay que hacerla con recogimiento... Hay oración mental cuando el espíritu está tan lleno y poseído de Dios, que de ninguna otra cosa se acuerda; y así la lengua viene a quedar enmudecida. *La oración mental conduce a la sobrenatural*. Hay oración sobrenatural cuando el alma, arrebatada sobre sí misma y poseída de la plenitud divina, es levantada a tal altura, que ve y comprende lo que no puede explicar... La divina Sabiduría que en todo ama el orden, ha dado la oración corporal como apoyo de la mental, y ésta como escabel de la sobrenatural. Quiere que cada cosa sea a su tiempo, a no ser que en la oración mental o sobrenatural quede el alma poseída de un gozo tal que le cierre los labios...

»La oración requiere unidad: exige la totalidad del hombre, y no una sola parte de él: reclama todo el corazón: y si tan sólo una parte de él se le da nada se consigue... Hay que dar en ella todo el corazón para poder *gustar* del fruto de este árbol. Del corazón dividido viene la tentación. Orad y orad contínuamente. Cuanto más oréis, más iluminados seréis, y tanto más perfecta y sublime llegará a ser vuestra

contemplación... Entonces veréis cómo aumenta vuestra capacidad de comprender, y llegaréis a la plenitud de luz e inteligencia. ¿Queréis emprender el buen camino? Pues orad.—¿Queréis crecer y subir al monte santo de la perfección?—Orad.—¿Queréis subir por encima de la luz?—Orad... ¿Queréis recibir al Espíritu Santo?—Orad.—Los Apóstoles estaban orando cuando El bajó sobre ellos.—Orad y guardaos de dar entrada al enemigo, que está siempre observándoos. Y le daréis entrada desde que dejéis de orar... La oración os libra de él, os ilumina y os une a Dios».

17. «Los que por el estudio y cuidado de las virtudes y ejercicios interiores, dice RUSBROKIO (*Adorno de las bodas*, l. 2, c. 54), penetraron y cavaron hasta el fin en su centro, y hasta su mismo origen, que es la entrada en la vida eterna, éstos *pueden sentir y percibir ese contacto divino*, donde verdaderamente resplandece tan inmensa claridad de Dios, que toda razón y entendimiento deje de caminar adelante y sea compelida, quiera o no quiera, a rendirse a la claridad incomprensible de Dios».

«Este contacto interior de Dios, añade (c. 55), causa en nosotros esa hambre y deseo del espíritu...; y cuanto es más vehemente el tocamiento, tanto es mayor el hambre y codicia. Esta es llanamente la vida del amor, según la principal y más excelente operación suya, que transciende también la misma razón y entendimiento; porque aquí nada puede la razón dar ni quitar al amor, porque nuestro amor está tocado del amor divino; y según lo que yo entiendo, cualquiera que llega a esto, no podrá en adelante separarse fácilmente de Dios».

Nuestro Salvador, advierte en otro lugar (*Espejo de la Salud*, c. 1), «quiere ser eternamente vuestro con tal que consintáis en ser plenamente de El... Dad a Cristo, vuestro Esposo, todo cuanto sois, todo cuanto tenéis, y todo cuanto está en vuestro poder. Hacedlo con un corazón libre y generoso; que en cambio os dará El cuanto tiene y cuanto está en su poder: jamás habréis visto un día tan gozoso. Os descubrirá su Corazón amante y lleno de gloria, así como también lo íntimo de su alma, toda llena de hermosura, de gracia, de gozo y de fidelidad... La llaga de su costado será para vos puerta de la vida eterna y entrada de este paraíso viviente, que es El mismo... En esta intimidad de N. Sr. fluyen ríos de miel, que exceden en suavidad y dulzura a cuanto puede imaginarse... Cuando así estéis en posesión de El, experimentaréis y conoceréis que vivís en el amor y que el amor vive en vosotros: y esto es la fuente de la verdadera santidad».

18. Muy conforme a esto, el B.º SUSÓN consagra su hermoso libro, *La Eterna Sabiduría*, a excitar en todos los corazones los más vivos y ardientes deseos de ella, en la seguridad de poder alcanzarla si de veras la buscan.—En su encantadora *Vida* recuerda con cuántas ansias la buscó él mismo, y cómo por fin la alcanzó siguiendo los pasos de Ella, y cómo la podrán alcanzar también los demás si de una vez se resuelven a buscarla de igual modo.

«Quien haya seguido al Hijo de Dios, advierte (*ib.*, c. 55), a donde El fué según su Humanidad sufriendo muerte de cruz, quien no tema esta dura imitación, ése podrá muy bien, según la promesa del mismo Cristo (*Joan.*, 12, 26) seguirle también gozosamente a donde está según su pura Divinidad y gozar de ella de un modo espiritual y venturoso en el tiempo y en la eternidad».

19. El V. Juan TAULERO, en su famoso sermón sobre el tema: *Ecce Sponsus venit, exite obviam Ei* (*Mt.* 25, 6), hace ver cómo a todos los fieles se dirige esta voz, por más que sean tan pocos los que se dignan oirla y disponerse debidamente para ir a esperar al Esposo.—Por el ejercicio de la vida interior, advierte en sus *Divinas Institucio-*

nes (c. 27), «se viene a *sentir* la unión del espíritu con Dios... De esta unión es el alma nuevamente impelida al deseo, y excitada al trato interior; y ya amando, ya obrando, sube a nueva unión con El.—Así la obra, la unión y el aprovechamiento en Dios se renuevan; y esta renovación es la vida espiritual».—«Si alguien preguntare, añade (c. 28), cómo podrá más fácil y compendiosamente conseguir esa vida deiforme y llegar a ser hecho un espíritu con Dios, le diré que aprendiendo a ser diligente morador de sí mismo, recogiéndose dentro de sí con una perpetua *introversión*. Porque allí verdaderamente *se siente* resplandecer la luz; allí se *oyen* las inspiraciones, los movimientos y los instintos del Espíritu Santo».

20. Sta. CATALINA DE SENA insiste, desde el primer capítulo de sus *Diálogos*, en mostror cómo toda alma en gracia puede muy bien, mediante la contínua oración y los santos deseos, llegar a la íntima unión y comunicación con Dios.—Hace ver (cap. 53) cómo a todos los sedientos se ofrecen las místicas aguas; cómo se manifiesta N. Sr. a todos sus siervos que procuren servirle y amarle con desinterés, o sea con amor filial y de verdadera amistad (cap. 60-61); y cómo son por fin sobrenaturalmente iluminados con «luz infusa» cuantos llegan a verdadero estado de unión (cap. 85).

Y en sus preciosísimas *Cartas*, tan llenas de fuego divino, no se cansa de exhortar a toda suerte de personas a que se laven y purifiquen en la sangre del Verbo para poder luego encenderse y abrasarse en su amor, y quedar así iluminadas y deificadas.

«Nuestro divino Médico, dice ella (*Ep.* 52), nos dió una medicina contra todas nuestras enfermedades; y es un bautismo de sangre y de fuego, en el cual lava, purifica y consume toda escoria e imperfección del alma.—Esta debe pasar por fuego y por sangre; la cual no falta donde arde el amor del E. S., que es el mismo fuego. Porque el amor fué aquella mano que hirió al Hijo de Dios y le hizo derramar su sangre; y desde entonces quedaron juntamente unidos y en tan perfecta unión, que *no podemos tener fuego sin sangre, ni sangre sin fuego*. Cada día podemos recibir este bautismo que se nos ha dado por gracia y no por deuda. Y cuando el alma comprende la excelencia de este bien que posee, y se ve arder en el fuego del E. S., así se *embriaga en el amor* de su Criador, que del todo *se pierde a sí misma;* y viviendo, vive muerta, y no siente en sí amor ni gusto de criatura alguna, sino sólo de la divina bondad, con lo cual su amor se hace *perfecto en Dios*».

21. «Extirpatis, escribe S. VICENTE FERRER (*De vita spirit.*, 1 P., c. 3), sollicitudinibus quae impediunt virtutum semina, ne, quantumcumque in agro cordis saepe et saepius seminata *inspiratione divina*, valeant pullulare: jam tibi superest cura virtutibus illis amplius insudare, quae te adducunt ad illam cordis munditiam, per quam *interiores oculi*, juxta Salvatoris eloquium (*Mt.* 5, 8), *aperiantur in contemplatione divina*, per quam habeas *quietem* et *pacem*..., ut jam non libeat homini aliquid cogitare, nisi de Deo, vel propter Deum».

Y después de encargarnos vivir transformados en Jesucristo (3.ª P., c. 1), y procurar gustar cuanto se pueda de la suavidad divina (ib., c. 2), declarando las «perfecciones que son necesarias al siervo de

Dios» c. 3), cuenta entre ellas estas tres que implican un alto grado de contemplación infusa: «Diutissima et continua recordatio beneficiorum Dei...; die ac nocte stare in oratione...; *gustare et sentire de divino dulcore continue*».

«Consolatio autem spiritualis, añade *(Tr. Consolatorius,* c. 3), *a Deo liberaliter cunctis ad se confugientibus infunditur*».

22. S. Lorenzo Justiniano *(De Vita solit.,* c. 1), advierte que las palabras: *Quién me dará alas como de paloma?...,* son propias de un alma inflamada en el deseo de la contemplación y que, «llena de amor, aspira al reposo que ese mismo amor le procura... Para lograrlo, debe aplicarse a los ejercicios interiores... y con ayuda de las dos alas espirituales—del conocimiento y el amor—*volará* y *llegará* al reposo en que se gusta a Dios, y ya no podrá hartarse de su presencia».

Y en otro libro *(Lignum Vitae,* tr. 13, c. X), dice que procuró allí «explicar los diferentes grados que *conducen hasta la cumbre de la contemplación;* porque la contemplación es el *fin* y *término de la oración*».

Esta gracia la concede el Señor, *sin aceptación de personas,* a todas las almas adelantadas en la virtud: «Qui nullius personam accipit, escribe otra vez *(De spirit. animae resurect.,* l. 2, n. 31-33), terrenam dignitatem non praefert, sed sanctitatem vitae... Quos enim in virtutum studio *perfectiores* esse Dominus intuetur, spiritualis dulcedinis, et *coelestium praemiorum abundantiori laetificat gustu...* Illis nedum futura bona ineffabilia pollicetur, verum etiam *in praesenti interna dona largitur.* Quis valet explicare sermone quam dulcia, quam magna, quam jucunda, quam delectabilia sint *justorum secreta,* mentis convivia?... Sane *aequitatis censura hoc exigit, ut qui totum Deo tribuit, Deum totum habeat...* Quotquot saeculo et cunctis pompis ejus sponte renunciant, et tanquam incolae et peregrini in ista conversantur vita, minime prorsus tam arduum arriperent propósitum, si non veritatis perspicua irradiarentur luce, et internae dulcedinis amabili refectione pinguescerent... Nullus sine praelibatione divinae bonitatis laudabiliter sperare potest coelestia gaudia, quae repromisit Deus diligentibus se».

«In cunctis Deus noster, añade *(De casto Connubio,* c. 4), benevolus est... Nulli gratiam subtrahit, *omnibus offert, neminem excludit venientem ad se...* Non sufficit humanus sermo explicare, sed nec animus capere quam crebro, quam dulciter justi mens suorum degustet mercedem in Domino studiorum, nunc per compunctionem, nunc per lacrymarum effusionem, nunc per spiritus exultationem, nunc *per coelestium contemplationem.* Haec quidem sentiri possunt corde, ore autem minime proferri: unde unusquisque magis experientiam, quam ex aliorum verbis donorum Dei studeat habere notitiam... *Charitas* namque est, quae *secretorum coelestium attingit arcana. Amantem enim perfecte nil latet*».—«A corde perfecti diu abesse non valet Sponsus» *(Ibid.,* c. 14).

23. El V. Kempis no sólo pide repetidas veces la gracia de la contemplación, de modo que pueda unirse a Dios con trasportes de gozo —*jubilosis excessibus*—(l. 3, c. 34), sino que expresamente nos asegura que la lograremos, si hacemos lo que está de nuestra parte.—«Aprende, dice (l. 2, c. 1), a menóspreciar las cosas exteriores y darte a las interiores, y verás cómo viene a tí el reino de Dios.—Porque el reino de Dios es paz y gozo en el E. S., que no se concede a los im-

pios.—*Vendrá Cristo a tí* mostrándote sus consuelos, si en tu interior le preparas una morada digna.—*Con el hombre interior su visitación es frecuente,* su conversación dulce, su consolación agradable, la paz que le comunica, abundante, y la familiaridad con que le trata, *estupenda sobre manera.*—Ea, pues, alma fiel, prepara tu corazón para este Esposo... Da lugar a Cristo, y cierra la puerta a todo lo demás... Si renuncias a los consuelos exteriores, *podrás contemplar* las cosas celestiales, y *gozar con frecuencia del júbilo interior*».—Mas «por eso hay tan pocos contemplativos, añade (l. 3, c. 31), porque son muy pocos los que están del todo desprendidos de las criaturas«.

24. «Cum Deus, cujus opulentiae ac munificentiae nullus est finis, sit essentialiter sapientia infinita, dice DIONISIO CARTUJO *(De Fonte lucis*, a. 8), cum videt animam modo praetacto purgatam, humilitate, patientia, mansuetudine, castitate, justitia, caeteris quoque virtutibus moralibus informatam, veritatisque avidam et fonti sapientiae inhiantem, ac desuper illustrari affectantem, *mox vultum suum super eam illuminat,* sapientiae radio eam clarificat, seipsum ei prae solito clarius, gratiosiusque ostendens, atque incerta et occulta sapientiae suae propalans».

25. Lo mismo en sustancia viene a decir el B. Juan de AVILA *(Tratado I del Espíritu Santo;* cf. *supra,* p. 192-3).

26. «Jesucristo, observa Juan LANSPERGIO *(Alloquiorum,* l. 1, c. 16), está diciendo al alma: escucha, hija mía, en todo tiempo y lugar mi voz; la cual te repite que entres en tí misma. Ahí está esa *teología mística* que mi Padre escondió a los sabios del siglo para revelarla a los pequeñuelos. Yo, como supremo doctor, la hago penetrar en los corazones cuando están desprendidos del mundo, de sí mismos y de todas las criaturas. Clama sin cesar, hija mía, suspirando por conseguirla, deséala con una humildad profunda, y en la paz y el silencio espérala con longanimidad y confianza».

En su *Pharetra divina amoris,* empieza diciendo: «Licet variae ad obtinendam caritatis perfectionem a Sanctis tradantur viae, in eumdem scopum finemque dirigentes, haec tamen omnium creditur esse facillima atque maxime compendiosa, quam... docent, ut per flammigeras affectiones anima ad Deum continue se levet, ad ipsum aspiret, eidem loquatur, ipsum attingere eique inhaerere gestiat. Haec via, hoc exercitium, *studium est sapientia,* quod non multitudine librorum, nec disputationum argutia discitur, sed extensione affectus in Deum, qua excitetur juge desiderium vehementius amandi Deum, perfectiusque ipsi placendi. Propterea vocatur... *mystica theologia,* utpote quae divina irradiatione in animam humanam infunditur, et affectione magis quam cognitione frequentatur».

27. «La vía unitiva y perfectiva, dice el V. P. García de CISNEROS *(Ejercic.* c. 26), ayunta el ánima con Dios y la hace perfecta. Y esto, según los Santos, es alcanzar la verdadera *sabiduría*». «En la tercera vía, que es la unitiva, añade (c. 30), *hallamos* a Aquel que la nuestra ánima ama y desea.—De manera que en la primera vía son dejadas las codicias del mundo. En la segunda, la mente es alumbrada y levantada en alto. En la tercera, ya quieto huelga en Dios... Dice sobre esto Ricardo en sus Contemplaciones: ¡Oh ánima cristiana!, pues en este paraíso puedes subir y estar en esta vida: vende todo lo que tienes y sabes, y compra esta gloriosa posesión, y no te sea cara: ca

el vendedor es Cristo, que se ofrece a venderla *a todos* los que la querrán comprar».

28. «Si el hombre llegara a la divina unión, dice BLOSIO (*Instit. espirit.*, c. 1), *encontraría* y *sentiría* en su alma a Aquel cuya agradable presencia destierra toda pobreza, a Quien da las verdaderas riquezas y colma de un gozo inefable.—Entonces dejaría de derramarse en las criaturas y de mendigarles sus placeres: Todo lo que no es Dios le resultaría insípido y amargo». «El ejercitarse de contínuo en tender a Dios con fervientes aspiraciones o jaculatorias y ardientes suspiros, al mismo tiempo que en la verdadera mortificación y abnegación, es, añade (c. 5), un atajo segurísimo *para llegar pronto y fácilmente* a la perfección y *experimentar el sabor de la mística teología* y la unión divina... Muy de lamentar son, pues, los que derramados en las cosas sensibles, viven olvidados de aquella venturosa unión con Dios... El querría traerlos a *todos* a su conocimiento y unirlos consigo, si ellos no lo estorbasen; y lleva muy a mal que nos contentemos con tan poco, siendo tanto lo que quiere darnos; pues desea dársenos El mismo y *del modo más excelente*».

29. El V. BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES insiste repetidas veces en esta misma doctrina; y, con gran abundancia de testimonios de los antiguos doctores, procura inducirnos a todos a disponernos con frecuentes *introversiones*, para llegar a la contemplación, declarando cómo podrían todos lograrla, si en la *soledad*, con *amargo dolor* y *firme perseverancia*, la buscasen; pues por estos grados *certísimamente* se puede alcanzar.—En el cap. X de su *Comp. Mysticæ doctrinæ*, dice que sus documentos se ordenan ya a «inflamar las almas en el deseo de la verdadera contemplación y mostrar cómo se ha de caminar hacia ella». Y el cap. XIII (a. XIV) se titula: *Quaedam media perveniendi ad hanc mysticam Theologiam*. «Diu laborandum est, advierte (c. 26), ut ad hujus felicitatis conditionem pervenias... Tu ergo *persevera, et sustine Dóminum, spe enim tua non frustraberis*». «Perambulemus ergo ham viam, añade (c. 27); purus animus pura Deum devotione frequentet, frequentando *gustet*, gustando probet *quam suavis est Dóminus*, quo tandem inebriatus amore, totam in Deum considerationem inflectat, toto in ipsum desiderio pergat, nihil dulcius, nihil jucundius in vita habeat, quam *vacare et videre quoniam ipse est Deus*. Affecta sic ánima Sponsum arctissime complectitur, stringit, et tenet dicens: *Tenui eum, neque dimittam*».

Todos podríamos conseguir esta gracia, si de veras la buscásemos, amando a Dios de todo corazón y huyendo de los consuelos exteriores: «Quanto aliquis ardentius Deum amat, dice (cap. 24, § 4), tanto plenius Dilectus revelatur; et quanto dilectio est ardentior, tanto divinorum cognitio est profundior, et magis perspiqua... Si quis diligenter a delectatione exteriori distrahitur mox necessario degustare incipit aliquid internae dulcedinis... Quantus autem hic gustus sit nec is, cui gustare datum est, satis potest exprimere: sola enim noscitur experientia».

30. «Eam (margaritam) utique inveniet, qui quaesierit, ceu homo quaerit, laborando, et terram effodiendo, ut thesaurum inveniat». Beato OROZCO, *De suavitate Dei*, c. 36.

31. S. IGNACIO DE LOYOLA, muy en conformidad con esto y con el V. Taulero, en quien tan inspirado estaba, escribía en 1548 a S. Francisco de Borja aconsejándole que moderase sus penitencias y tratase de unirse más íntimamente a Dios por medio de sus altísimos dones, y que «en vez de querer derramar un poco de sangre, procure... el don de lágrimas..., un más claro conocimiento de Dios, la viveza de la fe, de la esperanza y de la caridad, el *gozo* y el *descanso espiri-*

tual, las grandes *consolaciones,* la *elevación del espíritu,* las *impresiones* e *iluminaciones* divinas y todos los demás gustos y sentimientos espirituales. Todos estos dones santísimos deben ser preferidos a todos los actos corporales (de mortificación), los cuales en tanto son buenos, en cuanto sirven para adquirir dichos dones... Estos *dedebemos desearlos* para que, mediante ellos, puedan llegar a ser perfectas nuestras obras y logremos dar mayor gloria a Dios».

Y el mismo S. Francisco había escrito ya al Santo Fundador rogándole le ayudase a alcanzar «lo que Dios desea para sus criaturas, a saber, el ejercicio de la *continua contemplación*».

32. «Por la mayor parte, advertía—según hemos visto ya—el Venerable GRANADA *(De la Devoción,* c. 1, § 2), donde está la perfecta oración, ahí está la *contemplación,* y la consolación, y el amor actual de Dios con todo lo demás... Así vemos que cuando los siervos de Dios se recogen a este ejercicio, primero comienzan por la meditación, y de ahí proceden a la oración, y después acaesce venir a la contemplación».

Hablando de la aparición del Señor resucitado a Sta. M.ª Magdalena *(Vita Christi),* dice así: «A aquella primero apareció que más amó, más perseveró, más lloró, y más solícitamente le buscó: *para que así tengas por cierto que hallarás a Dios, si con estas mesmas lágrimas y diligencias le buscares*».

«Este contínuo estudio, advierte otra vez *(Amor de Dios,* c. 11), de estar *actualmente amando a Dios,* y deseando y pidiendo contínuamente este amor, porfiando con fe, humildad y devoción en esta demanda..., es el propio estudio de la mística Teología, que es el conocimiento amoroso de Dios: el cual se frecuenta no tanto con discursos de entendimiento, cuanto con afectos, gemidos y deseos de la voluntad; a los cuales nunca deja de responder aquella infinita Bondad, viendo el ánima andar triste y afligida en busca dél. Mayormente siendo el mesmo Señor el que desta manera la llama y la mueve y la trae en pos de sí al olor de sus ungüentos. Porque ¿cómo será posible que se niegue a los que le buscan, el que mueve a que le busquen, y el que ninguna cosa más desea que comunicarse a todos?... Pues el que con este ardor y cuidado buscare esta joya tan preciosa, tenga por cierto que *la hallará (Prov.* 2 y 8: *Sap.* 6)».

33. «A los que han caminado por la meditación, advierte a su vez el P. GRACIÁN *(Itinerario,* c. 9, § 1), *lleva Dios a más alta* y soberana luz, que es *fin y remate de la vía iluminativa.* A ésta podemos llamar *espíritu* o *contemplación...* Al que persevera nunca *le faltan* de estas soberanas luces».

34. «Este es el fin y blanco de la oración, escribe Fr. JUAN DE LOS ANGELES *(Lucha espirit.,* tr. 2, c. 11)... *contemplar perfectísimamente...* De manera que lo sabroso y gustoso, y lo admirable de Dios, *por la oración se alcanza;* mas en la contemplación se gusta: la oración abre la puerta, y la contemplación entra y ve cosas que no es lícito al hombre hablarlas, ni podría aunque quisiese, porque no entra por ninguno de los sentidos corporales, y por eso ninguno es capaz de explicarlo».

35. «Una vez que se halle bien guarnecida y amurrallada la ciudadela del alma, cuando ésta, ejercitada en la vida activa, haya alcanzado algunas victorias del diablo, la levanta el Señor a los altos montes de la contemplación».—Card. BELARMINO, *Exhortat. domesticae,* p. 32.

36. Perseverando uno en llamar y en procurar ser fiel en todo y mantenerse de contínuo en la divina presencia, al fin, dice el V. Padre TOMÁS DE JESÚS *(Trabajos de Jesús, aviso* 12), «tendrá por bien el

Señor abrirle la puerta, y deshacerle la niebla, y darle entrada en la casa de los olorosos vinos de su amor, y ordenar en su alma la caridad, adonde hablando El cesarán las humanas lenguas, y en la paz y en El mismo dormirá y descansará».

37. El P. Luis de La Puente *(Guía espir.*, tr. 1, c. 4, § I) enseña que nadie debe desesperar de obtener este don de oración, o sea la contemplación infusa.—Y en la *Vida* del P. Baltasar Alvarez, con el ejemplo de este siervo de Dios, aconseja mucho que perseveremos años y años solicitando un tan gran bien, seguros de que a lo mejor seremos introducidos en la cámara regia. En el cap. XV refiere cómo el P. Baltasar acostumbraba a decir que, cuando Dios incapacita al alma para discurrir en la oración, es señal de que quiere ser El mismo su maestro; pues él solo puede entrar en ella estando todas las puertas cerradas. Y así esa gracia es muy segura y exenta de ilusiones.

38. El P. Alvarez de Paz (L. I, 3.ª P., c. 27), después de decir que «la contemplación es el fin de la meditación y el objeto que debemos proponernos, disponiéndonos para ella con la perfecta abnegación y el contínuo ejercicio de todas las virtudes»—añade: «Y ciertamente que si no logramos jamás experimentar las inefables dulzuras de la contemplación, a nosotros mismos debemos echar la culpa... Corregíos de vuestros pecados y de vuestras inmortificaciones y procurad asemejaros a Cristo en toda vuestra conducta, y *seguramente no se os negará el don de la contemplación*».

39. El mismo Rodríguez (Tr. 1, c. 3), recordando las palabras de la Sma. Virgen *(Luc.* 1, 53) y las del Salmo CVI, 9, dice: «A los que tienen tanto deseo de la virtud y perfección, que tienen hambre y sed de ella, a esos enriquece y llena el Señor de *dones espirituales;* porque se agrada mucho del buen deseo de nuestro corazón... De Zaqueo dice el sagrado Evangelio *(Luc.* 19, 5), que deseó ver a Jesús; y primero fué visto de Jesús y El se convida y se le entra por las puertas de su casa».—Y ponderando luego las palabras del capítulo VI de la Sabiduría: *Fácilmente se deja ver de los que la aman y hallar de los que la buscan,* añade: «Sabéis que tan fácilmente?... *Ella misma se adelanta y previene a los que de veras la desean, para mostrárseles primero... El que madrugare a buscarla... en abriendo la puerta de su casa, la hallará allí sentada...* ¡Oh bondad y misericordia infinita de Dios! No se contenta con andarnos El buscando a nosotros, y dar aldabadas a nuestra puerta una y otra vez para que le abramos.—*Mira que Yo soy el que estoy llamando,* dice en el Apocalipsi (III, 20); y en los Cantares (V, 2): *Abreme, hermana mía:*—no se contenta con eso, sino que, como de cansado de llamar, se sienta Dios a nuestra puerta; dándonos a entender que ya hubiera entrado si no hallara la puerta cerrada; y que con todo eso aun no se va, sino siéntase allí, para que en abriendo luego topéis con El... Aunque os habéis tardado en abrir a Dios vuestro corazón, y en responder a su buena inspiración, con todo eso aun no se ha ido Dios, que más gana tiene de entrar que eso: sentado está allí a la puerta esperando que le abrais... *Esperando está el Señor* (dice Isaías, 30, 18), *para usar de misericordia con vosotros;* porque no hay amigo que así desee entrar en casa de su amigo, como Dios desea entrar en vuestro corazón. Más gana tiene El de comunicársenos y hacernos mercedes, que nosotros podemos tener de recibirlas; sino que está esperando que nosotros lo deseemos, y tengamos esta hambre y sed de ello...—Quiere el Señor que tengamos grandes deseos de la virtud y perfección, para que cuando El nos diere algo de esto, lo sepamos estimar y con-

servar como cosa muy preciosa; porque lo que se desea poco suélese tener en poco después de alcanzado; y así una de las principales causas porque medramos poco en la virtud y nos quedamos tan atrás en la perfección, es porque no tenemos hambre y sed de ella».

40. «Cuatro reinos y paraísos que el alma *ha de pedir* a Dios y *alcanzar* con su divina gracia, dice SAN ALFONSO RODRÍGUEZ *(Declaración del P. N.*, c. 4), son los que se siguen, los cuales *ha de alcanzar de Dios el alma con la oración y mortificación.* El primer reino es el de la gracia y amistad de Dios, cosa tan preciosa. El segundo es el de la *gran paz* del alma. El tercero es el de la *contemplación* y *unión del alma con Dios.* El cuarto es el reino de la gloria».

«El segundo reino, añade (c. 9), que ha de *procurar* el alma y *pedir* a su Dios, es..., el de la grande paz y *suma tranquilidad* y *reposo* que acá el alma en esta vida puede alcanzar... Esta tan grande paz se alcanza con la pelea: *Regnum coelorum vim patitur, et violenti rapiunt illud;* y también con pedirla a Dios, juntando el ejercicio de la oración y mortificación... El cual reino de la paz... es tan grande, como dice San Pablo, que excede a todo sentido, y que no hay seso humano que baste a comprender lo que es, sino aquel que lo ha probado. Lo cual *da Dios al que varonilmente se vence* y mortifica en el espíritu...; porque este reino de los cielos y paz verdadera *lo alcanzan los esforzados* y que se niegan y persiguen a sí mismos por amor de Dios. Porque sin pelea, desengañémonos, que no hay victoria, ni ganancia, ni limpieza de alma, ni reino de la paz, ni santidad, ni ejercicio de virtudes, ni perfección, ni imitación de Cristo, ni en el cielo corona».

«El tercer reino, continúa (c. 11), es el de la contemplación y unión con Dios..., paraíso que el alma, con la gracia de Dios, *puede alcanzar en esta vida* y suma tranquilidad y reposo tan grande y tan deleitable, cual solos lo saben los que lo han probado; y esto por estar toda el alma con pureza mental anegada y escondida y trasladada en su Dios, estando los dos a solas, comunicándosele Dios al alma alta y divinamente con grande familiaridad y amor... Y como Dios es Dios de paz, y lleno de resplandor infinito, ¿a dónde llegará el resplandor y gozo y paz que allí comunicará al alma? No hay entendimiento humano que baste a decir lo que allí pasa, y el amor con que allí se ama el uno al otro, y la familiaridad tan grande como el uno con el otro se tratan; pero ella bien lo sabe gustar». «En esta contemplación, prosigue (cap. 12), siendo—el alma—llevada y visitada por su Dios, *suele* estar en su presencia con grande adoración.., *apartados de sí los sentidos,* por estar ella *toda en su Dios* en alta *elevación*... donde se le comunica Dios tanto y le da tan grande conocimiento de sí mismo, que viene a abrasarse toda en su amor. Y mientras aquí más fuertemente el alma ama a su Dios, más altamente y más cerca de sí le *siente*... Pero como engolfada toda en Dios y en su amor, sola la voluntad parece que se ejercita... Y por las grandezas que Dios de Sí allí la comunica... está como perdida; y entonces está altamente ganada, estando toda trasladada en su Dios, sin saber de sí... Habla allí con su Dios sin hablar, oye sin escuchar y sin ruído de palabras, viéndose en otra región y olvidada de sí y de todas las cosas de esta vida: y como si no hubiese más del alma y su Criador, así está toda ocupada en El por la grandeza del amor .

41. «Mi Divino Espíritu, decía N. Sr. a Sta. M.ª MAGDALENA DE PAZZIS *(Obras,* 1.ª P., c. 28), reposa y derrama sus dones en todas las almas que encuentra bien dispuestas; y a éstas las renueva y hace que me conozcan».

«Vuestra liberalidad, añade la Santa (c. 29), *a nadie se niega,*

pero exigís, oh divino Espíritu, que el alma corresponda a vuestros favores. Y si la encontráis perfectamente fiel, en ella acumuláis gracias sobre gracias y dones sobre dones».

»Si el ojo de los Religiosos, vuelve a decir (2.ª P., c. 4), no puede sufrir la menor cosa capaz de empañar el brillo de su pureza, les abrirá mi Dios los ojos del alma, y les hará ver, gustar y penetrar su grandeza, su bondad, su amor, como lo hizo a los Santos, y les comunicará sus secretos y les dejará descansar en su seno, como al Discípulo virgen.

42. La V. MARIANA DE S. JOSÉ, fundadora de las Recoletas Agustinas (1568-1638), asegura repetidas veces cómo a todos llama N. Sr. y sólo queda por nuestra culpa. Así recordando *(in Cant.* 1) aquellas palabras de la Sabiduría (12, 1): «*O quam bonus et suavis est Domine spiritus tuus in omnibus!* advierte: «A los verdaderos hijos se les dará esta dulzura... Si con resolución valerosa nos determináremos a ello, entenderemos y gustaremos de las dulcísimas misericordias que en este divino *aceite derramado* se gustan».

43. «Después que el alma, como otra Magdalena, le busca con mucho amor, sin duda se le manifiesta Jesús, y le llama por su nombre con mucha familiaridad». V. HIPÓLITA ROCABERTI, *in Joan.* 14, 21.

44. El devotísimo P. SURÍN, S. J., imitando a su ilustre maestro el P. Lallemant, no se cansa de ponderar los grandes bienes y tesoros espirituales, las luces, la paz y el gozo inefable que Dios nos ofrece y está dispuesto a conceder a cuantos , desprendidos de lo terreno, procuran arder en su amor.—«Puedo asegurar, advierte *(Dialogues*, t. I, l. 4, c. 2), que de cuantas personas he visto entregadas plenamente a Dios, no he hallado *ninguna* que, después de haberse ejercitado por algún tiempo en la meditación, no haya sido agraciada con el don de la contemplación».

«Cuantos hacen las diligencias que son menester para mortificarse y purificarse, añade *(Fond. de la vie spir.*, l. V, c. 14), tienen en sí a Dios llenando todas sus potencias... y se encuentran colmados de sus inefables dones para llevar una vida *divina*».

45. «No basta dejar lo sensible, dice el V. P. Fr. MIGUEL DE LA FUENTE *(Las tres vidas del hombre,* Introd.), sino que es necesario entrar en el atrio interior de la porción racional, y desterrar del alma y sus potencias espirituales, los malos hábitos, y purificarlas de todo vano y desordenado afecto, y echar de ellas las imágenes y formas de las cosas criadas, y adornarlas con excelentes virtudes; que de esta manera podrán entrar al *sanctasanctorum,* que es lo más íntimo, puro y escondido del espíritu donde está Dios, y allí habla al alma y la enseña la mística teología, cuando está desnuda y purificada de todo lo sensible e inteligible... de tal suerte que no sienta dentro de sí otra cosa sino la imagen y semejanza del mismo Dios en la esencia o sustancia del alma, quedando el entendimiento supremo y la voluntad afectiva libres y desocupados para las divinas impresiones, en una renunciación total y resignación general de todo lo que no es Dios, mirándole con suma atención... por una introversión sencilla, quieta, pacífica y amorosa en el íntimo centro del alma, donde Dios mora, y amándole sin cesar con un afecto fervoroso, intenso, puro y desnudo, hasta que el alma toda sea transformada en el mismo Dios y hecha un espíritu con El».

46. El sabio y devoto Cardenal BONA en su *Via compendii ad Deum,* insiste, a imitación de los VV. Taulero, Granada y Blossio y del P. A. de Paz, en inculcar el santo ejercicio de las fervientes aspiraciones, como medio seguro de llegar a la contemplación.—«Este ejercicio, dice (c. 9), conviene sobre todo a los que ya han purificado su

alma del hábito del pecado y, mediante la práctica de las virtudes y el ejercicio de la meditación, han hecho ya algunos progresos en la vía iluminativa.—Cuando el alma, en efecto, ha logrado, mediante la oración mental, desprenderse de las cosas del mundo, comienza a sentir dentro de sí el fuego del amor divino, y pasa del estado de *meditación* al de *aspiración*, y más tarde de éste a la *contemplación* y *teología mística*... Tal es la *doctrina de todos los místicos*, que a la oración vocal y la meditación suceden las aspiraciones, que son un modo de oración más perfecto; y *las aspiraciones conducen a la oración infusa*».

47. «Tengo bien conocido, dice S. LEONARDO DE PORTO MAURICIO (*Manual S. de Religiosas*, n. 6), que Dios no se deja aventajar de nadie en cortesía; por lo que, si tenéis el corazón desembarazado y el ojo de la fe bien abierto, acostumbráos a mirar con atención a Dios dentro de vuestro corazón: ¡oh cuántas veces el buen Jesús con una interior amorosa correspondencia os atraerá para Sí, y con un cuarto de hora de *oración unitiva*, os pagará todas las anteriores penas!»

48. Por último, el V. LIBERMANN sostiene, como San Francisco de Sales y otros tantos maestros, que la contemplación es «el fin y blanco de todos los demás santos ejercicios». Y hablando de la oración afectiva, dice también que «no es un estado permanente, sino un camino para llegar a la contemplación si el alma es fiel».

49. En resumen, diremos con el P. CAUSSADE (*Abandon.*, t. 1, l. 2, § 10): «Jesús nos envía un Maestro a quien apenas escuchamos; habla a todos los corazones, y dice a cada cual una palabra sola, que es la palabra de vida; pero no la percibimos. Queremos saber lo que dice a los demás; y no atendemos a lo que nos dice a nosotros; pues no consideramos las cosas en el *sentido sobrenatural* que la acción divina les imprime... ¡Oh Amor divino! Ciertamente que *todas las almas llegarían a estados sobrenaturales* sublimes, admirables e inconcebibles, si todas atendiesen a cooperar a vuestra acción!—Todas llegagarían, sí, a la *perfección más encumbrada*, si supieran dejar hacer a esta mano divina. Todas, si fueran fieles, vivirían, obrarían y hablarían *divinamente*, sin necesidad de copiarse unas a otras».

50. «*Todos* podrían ejecutar acciones heróicas y hacerse perfectos y santos, si no pusieran óbice a los dones del divino Espíritu».—WEISS, *Apología del Cristianismo*, IX, Cf.ª 3, Ap. 2, n. 6.

51. «Por tanto, *toda alma que quiere* generosamente llegar hasta donde su fe la lleva, es una *santa*. El E. S. puso en ella, en el Bautismo, todo lo que es menester para llegar a serlo; y siempre le está presente para hacerla vivir, si ella quiere, con una perfección *más que ordinaria*. Basta para ello abandonarse a sus direcciones e impulsos.—*Todos* podríamos *sentir* estos toques *especiales*, estas direcciones, estos impulsos del Espíritu de sabiduría, de inteligencia, de temor..., si quisiéramos, todos los días, a cada hora, sin cesar».—SAUVÉ, *Etats mystiques*, p. 115.

Artículo 9.º—Nueva serie de testimonios.

En la verdadera perfección cristiana, como estado de íntima amistad con Dios, nunca faltan ni pueden faltar, según la promesa del Señor, ciertas manifestaciones suyas, ciertas comunicaciones propias de la vida mística. Si todas las almas perfectas sufren con fortaleza y paz sus trabajos, y en medio de ellos «sobreabundan de gozo», es porque de algún modo les hace sentir su dulce presencia aquel amoroso Paráclito encargado de consolar a cuantos santamente lloran.

1. «No pienses, advertía el P. OSUNA (*Tercer Abeced. esp.*, tr. 1, c. 1), que los que andan llorosos e tristes al mundo, hambrientos, mal vestidos e alcanzados de sueño, menospreciados y perseguidos..., no pienses que se contentan con estas asperezas... Desfallecerían sin duda éstos en breve si no saliese Dios N. Sr. a los rescibir abiertos los brazos de su amistad con mayor alegría e consuelo verdadero que la madre rescibe a su hijo chiquito que se viene a ella huyendo de las cosas que le afligen... Es Dios N. Sr. tan deseoso de tener amigos, que... como escribe S. Lucas (XV), sale al camino del que viene y echando los brazos de su amistad sobre el cuello, dale beso santo de paz en el rostro, y manda traer estola y ornamento nuevo... Si estas cosas, en figura de las espirituales que hace con un gran pecador, se aplican a Dios... ¿qué piensas que hará el mesmo Dios con un justo que con estudio e continuación lo busca? Conozco, sin duda, que los justos tienen paraíso en esta vida y en la otra: así como los pecadores, si miras en ello, tienen infierno en esta vida y en la otra... Como tú eres malo piensas de Dios mal, y reduces a pereza y flojedad el cuidado que sus siervos ponen en buscarle... Para mientes lo que dice Dios N. S. por Isaías (66): «Holgáos con Jerusalém y saltad de gozo los que »la amáis; ...seréis traídos a los pechos y sobre las rodillas os harán re»galos. Como la madre consuela a su hijo halagándolo, así os conso»laré yo: verlo heis y gozarse ha vuestro corazón»... Pues Dios no es aceptador de personas, esta comunicación no es a tí, oh hombre quien quiera que seas, menos posible que a los otros; pues que no eres menos hecho a imagen de Dios que los otros, ni creo tienes menos deseo de ser bienaventurado». «La Teología mística, añade (tr. 12, c. 7), aunque sea suprema y perfectísima noticia, puede empero ser habida de *cualquier fiel*, aunque sea mujercilla e idiota.—*Si tú quieres* haber este gusto, *allégate afectuosamente* a los pies del Señor, humillándote a ejemplo de la Magdalena, para que, según está escripto, recibas de su doctrina».

2 Inspirada en esta hermosa lectura y amaestrada con su propia experiencia, la gran STA. TERESA no se cansa de afirmar y sostener, contra toda suerte de objeciones y dificultades, que Dios está dispuesto a conceder la gracia de la perfecta contemplación—sin la cual no ès posible la perfección de las virtudes (cf. *Vida*, c. 15; *Camino*, c. 19)—a cuantos procuran servirle con toda fidelidad, y con desapego, humildad, confianza y perseverancia la buscan y se la piden (*Vida*, c. 8, 12, 15; *Camino*, c. 16-23, 28, 40; *Moradas*, 3.ª, c. 1; 4.ª c. 2; 5.ª c. 1-2; 7.ª, c. 1); aunque a veces tarde mucho en concederla, para probar mejor la fidelidad de sus siervos y disponerlos con esa prueba para mayores gracias.—De esto se vale ella (*Camino*, c. 17-18), para consolar y animar a ciertas religiosas cobardes, muy expuestas a desmayar o murmurar por no haber aún recibido ese excelente don.—A éstas les dice que se mantengan humildes, reconociéndose indignas de él y contentas con la oración que Dios les haya dado, aunque, por ocultos juicios suyos, no les quisiera dar otra más alta; que sí que se la dará si para ella se aparejan con verdadero desasimiento (*ib.* c. 18); que no desmayen ni dejen sus horas de oración, aunque les pase lo que a ella misma que, durante 14 años, no podía tenerla sino junta con lección; que quizá les reserva Dios esas gracias para dárselas después *todas juntas*, y entre

tanto podrán agradarle más sirviéndole a expensas propias, como fuertes, y por lo mismo ser con eso más perfectas que otros que ya gozan o empiezan a gozar de ciertos favores y consuelos, aunque, por otra parte, disten mucho de poder compararse con los *perfectos contemplativos*, que ya los han *merecido* (Cfr. *Vida,* c. 8).

Con esto claro está que no enseña—como algunos, interpretándole mal ciertas frases algo confusas (Cfr. *Camino,* cap. XVII), erróneamente suponen—que pueda haber almas del todo *perfectas* que de ningún modo posean el don de la contemplaciòn sobrenatural, o que con la simple *vida ascética* logren algunas llegar a una *santidad* igual y aun superior a la de los grandes místicos.—Lo que la ilustre Doctora quiere decir es lo mismo que dicen otros muchos insignes maestros, conviene a saber: que a veces concede el Señor la contemplación a ciertos *principiantes* para que con ella se hagan perfectos más pronto—resuelto a quitársela si no lo hacen así (cf. *ib.* c. 16)—, mientras la niega por mucho tiempo, aunque no para siempre, a otros ya muy adelantados. Así la misma Santa prosigue prometiendo esa gracia a cuantos hacen lo que es de su parte, y se encarga de desvanecer su aparente contradicción, advirtiendo (c. 20), que lo antes (c. 17) dicho para *consolar* a las que aun no llegaron, no impide que Dios invite a todos: ya que a todos los quisiera llevar por este camino, único que conduce a la verdadera y plena *santidad* y *perfección;* aunque, por desgracia, muchísimos desprecian sus invitaciones.

«¡Oh Señor!, exclamaba en el cap. XVI, todo el mal nos viene de no tener puestos los ojos en Vos, que si no mirásemos a otra cosa sino al camino, *presto llegaríamos*» (1).—Que *todas* lo *procuren,* añade

(1) «Ciertamente, observa Saudreau *(Vie de'union,* n. 328), que Sta. Teresa *(Camino,* c. 10) no hubiera tenido este lenguaje si creyera, como ciertos autores modernos, que muchas almas perfectas no están predestinadas a recibir las gracias místicas».

Lo más que podrá decirse con fundamento es lo que el P. Gárate sostiene en *Razón y Fe* (Julio, 1908), donde, después de confrontar muchos pasajes de la Santa y de explicar y desvanecer las aparentes contradicciones, saca de ellos (pág. 325) esta importante conclusión: «Cuantos se dan al ejercicio santo del trato con el Señor tienen gracias congruas para llegar a la *perfección del estado místico*».—Si aconteciere que alguien, haciendo lo que es de su parte, no lo consigue, eso sería «por Providencia extraordinaria», que la Santa llama secretísimos juicios de Dios: sería «una como derogación de las leyes místicas» *(ib.* p. 323-4).—Y de esta hipotética derogación (aunque sin admitirla) se vale ella para alentar a las religiosas que aun no lo consiguieron.—«Por tanto, añade (p. 327), parece ser doctrina de Sta. Teresa que el *modo ordinario de conducir el Señor a la santidad* es mediante las gracias del *estado místico;* o en otros términos, que *la contemplación es moralmente necesaria* para adquirir la santidad».—Esto ha venido a reconocerlo también en la misma Revista el P. Villada, Febr.º 1919.

Pero en realidad, según la Santa, si no llegamos a la mística unión es sólo por nuestra culpa, y por tanto, sin esa gracia permaneceremos siempre muy imperfectos. Y aunque en la *Mor.* 5.ª, c. 3, habla de dos maneras de unión, una muy *regalada* y otra sin cosas *tan sobrenaturales*, esta *verdadera unión* de conformidad no es puramente *ascética,* como muchos suponen, sino *mística* también, pero oscura, dolorosa, con menos favores y cosas extraordinarias; pero sí con la incapacidad de meditar y otras cosas «sobrenaturales», propias del estado pasivo, o sea de un alma *poseída* de Dios.

(c. 18), pues no estamos aquí a otra cosa, y no un año ni diez solos, porque no parezca lo dejáis de cobardes, y es bien que el Señor entienda, no queda por vosotras... Ansí, que, hermanas, oración mental, y quien ésta no pudiere, vocal, y lección, y coloquios con Dios: nunca lo deje las horas que todas. No sabe cuándo la llamará su capitán, y la querrá dar más *trabajo disfrazado con gusto*«.—«Una vez que se beba, prosigue (c. 19), tengo por cierto deja el alma clara y limpia de todas las culpas, porque como tengo escrito, no da Dios lugar a que beban de esta agua, que no está en nuestro querer, de perfecta contemplación, de verdadera unión, sino es para limpiarla y dejarla limpia y libre de lodo... Bendito sea el que nos convida que vamos a beber... ¿Para qué pensáis, hijas que, he pretendido declarar, como dicen, el fin, y mostrar el premio antes de la batalla, con deciros el bien que tray consigo llegar a beber de esta fuente celestial y de esta agua viva? Para que no os congojéis del trabajo y contradicción que hay en el camino y vais con ánimo y no os canséis; porque, como he dicho, podrá ser que ya no os falte sino bajaros a beber, y lo dejéis todo y perdáis este bien, pensando no terneis fuerza para llegar a él, y que no sois para ello. Mirá que *convida el Señor a todos;* pues es la verdad, no hay que dudar, *si no fuera general este convite, no los llamara Dios a todos... Tengo por cierto que todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará esta agua viva*». «*Parece que me contradigo,* advierte enseguida (c. 20), porque *cuando consolaba a las que no llegaban aquí,* dije que tenía Dios, nuestro Bien, diferentes caminos que iban a El... Ansí lo torno a decir, porque como entendió su Majestad nuestra flaqueza, proveyó como quien es; mas no dijo, por este camino vengan unos y por éste otros. Antes fué tan grande su misericordia, que *a nadie quitó procurase venir a esta fuente de vida* a beber... Antes públicamente nos llama a voces. Mas como es tan bueno, *no nos fuerza,* antes da de muchas maneras a beber de los que le quieren seguir, para que *ninguno vaya desconsolado* ni muera de sed... Y pues esto es, tomá mi consejo, y no os quedéis en el camino, sino peleá como fuertes hasta morir en la demanda, pues no estáis aquí a otra cosa sino a pelear, y con ir siempre con esta determinación de antes morir que dejar de llegar a esta fuente».

Por ultimo, en el cap. 23 hace esta advertencia: «Es muy necesario que comencéis con *gran siguridad,* en que si peleais con ánimo y no os dejais vencer, que *saldreis con la empresa,* esto sin *ninguna falta.* Por poca ganancia que saqueis, saldreis *muy rico.* No haya miedo os deje morir de sed el Señor, que *os llama a que bebais* de esta fuente, Esto queda ya dicho y querríalo decir muchas veces».

Y en efecto lo vuelve a repetir e inculcar con gran insistencia, especialmente en las *Moradas,* donde a todos promete y vuelve a prometer que llegarán indudablemente hasta la última y más encumbrada si hacen cuanto es de su parte. «Confíen en la misericordia de Dios y nada en sí, dice (*Morada* 2.ª, c. 1), y verán cómo su Majestad les lleva de unas moradas a otras».—A los que viven cristianamente, prosigue (*Mor.* 3.ª, c. 1), «no hay por qué se les niegue la entrada *hasta la postrera morada, ni se la negará el Señor, si ellos quieren...* No hay duda, sino que si persevera en esta desnudez y dejamiento de todo, que alcanzará lo que pretende».—«*Queréis,* mis hijas, añade (*Mor.* 4.ª, c. 2), tener esta oración (de quietud), y *tenéis razón...* Quien de verdad se humillare y desasiere... no dejará el Señor de hacerle esta merced, y otras muchas que no sabremos desear». «Es muy cierto, advierte por fin (*Morada* 7.ª, c. 2), que en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y desasiéndonos della por amor de Dios, el mesmo Señor la ha de henchir de Sí (al alma)».

Así que no puede caber la menor duda de que según Sta. Teresa la contemplación mística no sólo es deseable, sino también *asequible a todo cristiano,* y que si de hecho la inmensa mayoría no la alcanzan, no es por falta de llamientos y auxilios, sino por sobra de cobardía y resistencia.

«A esta oración sobrenatural, advertía ya el P. Ribera en la *Vida* de la misma Santa (c. 8, § 21), *convida siempre a todos,* y los anima a que con gran determinación la procuren, hasta morir en la demanda; y dice que si no se cansan ni aflojan, la alcanzarán».

Así hace ella constar con satisfacción en varios lugares que, entre sus religiosas, apenas hay ya ninguna que no reciba esa merced; advirtiendo a las venideras que, si no se ven tan favorecidas, échense a sí mismas la culpa y *teman*... «Son, dice *(Fundaciones,* c. 4), tantas las mercedes que el Señor hace en estas casas, que si hay una de las hermanas que la lleve el Señor por meditación, *todas* las demás llegan a *contemplación perfecta,* y otras van tan *adelante,* que llegan a *arrobamientos*... Como todas las pláticas y trato no sale de El, ansí su Majestad no parece se quiere quitar de con ellas. Esto es lo que veo ahora, y con verdad puedo decir: *teman las que están por venir* y esto leyeren; y *si no vieren lo que ahora hay,* no lo echen a los tiempos, que para hacer Dios grandes mercedes a quien de veras le sirve, siempre es tiempo, y procuren mirar si hay quiebra en esto, y enmendarla... Bien sé que *está la falta en mí de no me hacer las mercedes que a mis pasados*».

Otra vez, al tratar de la unión *(Mor.* V, c. 1), no repara en decir a sus mismas hijas que entre ellas «bien pocas hay que no entren en esta Morada... Hay más y menos, y a esta causa digo que son las más las que entran en ellas... Todas las que traemos este hábito... somos llamadas a la oración y contemplación... Por eso, hermanas mías, alto a pedir al Señor que, pues en alguna manera podemos gozar el cielo en la tierra, que nos dé su favor..., y nos muestre el camino, y dé fuerzas en el alma para cavar hasta hallar a este tesoro escondido; pues es verdad que le hay en nosotras mesmas... Dios N. Sr. *no imposibilita a ninguno* para comprar sus riquezas, con que dé cada uno lo que tuviere se contenta».

3. Idéntica es en sustancia la doctrina de S. JUAN DE LA CRUZ, que escribió su *Subida del Monte Carmelo* (en que está toda la *purgación activa* y todo lo que con nuestra industria podemos hacer y evitar) para mostrar cómo puede llegar el alma—haciendo lo que es de su parte—hasta la cumbre de la perfección, que consiste en la unión y transformación en Dios. Para lo cual dice (L. II, c. 4), no basta la simple meditación, sino que es preciso pasar por las oscuridades y *purgaciones pasivas* de las dos *Noches* en que el alma se dispone para la más subida contemplación, que es la manera de oración propia de los cristianos perfectos; la cual se recibe tan pronto como el alma se vacía de «todas las formas e imágenes aprehensibles»; pues «faltando lo natural, luego se infunde lo divino... sobrenaturalmente» *(ib.* c. 13).

«El estado y ejercicio de los *principiantes,* advierte en otro lugar *(Llama de amor,* (canc. 3, v. 3, § 5), es de *meditar* y hacer actos y

ejercicios discursivos... Porque cebando el apetito con sabor de las cosas espirituales, se desarraiga del sabôr de las cosas sensuales y desfallece en las cosas del siglo. Mas cuando ya el apetito está algo cebado y habituado a las cosas del espíritu en alguna manera, con alguna fortaleza y constancia, *luego comienza Dios,* como dicen, a destetar el alma y *ponerla en estado de contemplación,* lo cual suele ser en algunas personas muy en breve, mayormente en gente religiosa, porque más en breve, dejadas las cosas del siglo, acomodan a Dios el sentido y el apetito, y pasan su ejercicio al espíritu, *obrando Dios en ellos. Lo cual es cuando ya cesan los actos discursivos y meditaciones* de la propia alma y los jugos y fervores primeros sensitivos, no pudiendo ya discurrir como antes, ni hallar nada de arrimo para el sentido: este sentido quedando en sequedad, por cuanto le mudan el caudal al espíritu, que no cae en sentido. De aquí es que *ya Dios en este estado es el agente,* y el alma es la *paciente;* porque ella sólo se ha como el que recibe y como en quien se hace, y Dios como el que da y como el que en ella hace, dándole los bienes espirituales en la *contemplación,* que es noticia y amor divino junto, esto es, *noticia amorosa,* sin que el alma use de sus actos y discursos naturales».—Y así no queda espacio para la «contemplación adquirida».

«De donde, prosigue el Santo(§ 6-7), en este tiempo totalmente se ha de llevar el alma por modo contrario del primero, que si antes le daban materia para meditar y meditaba, que ahora antes se la quiten y que no medite; porque, como digo, no podrá aunque quiera, y en vez de recogerse, se distraerá..., porque se divierte del bien pacífico y quieto que secretamente *le están dando en el espíritu...* Y así, perdiendo lo uno, no hace lo otro, pues ya no se le dan los bienes por el sentido como antes. Y por esto *en ninguna manera la han de imponer que medite...,* porque sería poner obstáculo al agente principal, que es Dios, el cual oculta y quietamente anda *poniendo en el alma sabiduría y noticia amorosa,* sin especificación de actos... Y así entonces el alma también se ha de andar sólo con advertencia amorosa a Dios, sin especificar actos, habiéndose... *pasivamente,* sin hacer de suyo diligencias, con la determinación y advertencia amorosa, simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor... Por tanto, cuando acaesciere que de esta manera se siente el alma poner en silencio y escucha, aun el ejercicio de la advertencia amorosa, que dije, ha de olvidar, para que se quede libre para lo que entonces la quiere el Señor; porque de aquella advertencia amorosa sólo ha de usar cuando no se siente poner en soledad u ociosidad interior u olvido o escucha espiritual..., con algún sosiego pacífico y absorbimiento interior».

Según toda esta doctrina, claro está que sólo—a lo sumo—por una providencia muy extraordinaria o por ocultos juicios de Dios, como dice Sta. Teresa, podría explicarse el que un alma, haciendo de veras cuanto es de su parte, no lograra ser elevada a la contemplación: esto sería tan de extrañar, que apenas se concibe. Y así este iluminado Doctor sólo una vez se atreve a indicarlo, diciendo *(Noche,* I, c. 9): que «no a todos los que se ejercitan de propósito en el camino del espíritu lleva Dios a contemplación ni aun a la mitad: el por qué El se lo sabe». Pero, probabilísimamente, no es porque Dios haya de antemano excluído a ninguno de esos que no llegan—pues como dijo Sta. Teresa, «a nadie imposibilita»; sino sólo porque ellos nunca acabaron de

disponerse como debían, ni se esforzaron y oraron cuanto era menester; y así, por mucho que hayan hecho, no hiceron, sin embargo, *todo* lo que a ese efecto les exigía El, ni perseveraron constantes hasta el momento preciso que les tenía señalado (1). Pues al que en realidad persevera venciéndose hasta el fin, recibirá la corona y gustará el maná escondido, conforme el mismo Santo hace constar innumerables veces (2). Así, entre otras, advierte poco después (c. 10): «Los que de esta manera se vieren, conviéneles que se consuelen *perseverando con paciencia,* y no teniendo pena confíen en Dios, que *no deja a los que con sencillo y recto corazón le buscan,* ni les dejará de dar lo necesario para el camino, *hasta llevarlos a la clara y pura luz de amor,* que *les dará* por medio de la otra noche oscura del espíritu, *si merecieren que Dios les ponga en ella*».—Sin pasar por esta noche, o al menos por la del sentido, siempre quedarán con muchas flaquezas e imperfecciones; y por eso, para librarse de ellas y poder llegar a estado de unión y perfección, deben pedir a Dios que los ponga en esas oscuridades y *purgaciones pasivas,* en que empieza ya la verdadera *contemplación* (3).

4. Cuando las almas dadas a la oración se aplican al mismo tiempo con celo y cuidado a la abnegación y al desprendimiento de las cosas terrenas, al ejercicio de las virtudes y a la mortificación de las pasiones, dice el P. NICOLÁS DE JESÚS MARÍA *(Elucidatio phras. myst. Operum Joannis a Cruce,* c. 21, § 1), regularmente hablando no tarda Dios en darles la gracia de la contemplación».—Sin embargo, añade, «esta gracia es a veces concedida a ciertas almas imperfectas, mientras se niega a otras *más adelantadas y fervorosas*».—Aunque no por esto se niega del todo a las ya *perfectas.*

5. Muy conforme a eso explicaba el P. G. de CISNEROS *(Ejercit.* c. 28) «cómo la mente ya ejercitada por algún tiempo (en la meditación), se levanta en Dios sin ninguna obra del entendimiento, y se ayunta con El, lo cual es dicho de los Santos verdadera *sabiduría*». Y luego añade: «Aquesta sabiduría no *nasce en nosotros,* así como las otras ciencias, por vía de entendimiento, mas *por ejercicios de entrañables afectos.* Y por esta manera se muestra cómo *cualquier,* por simple que sea, aunque sea un labrador o una simple vejezuela, *puede ser en aquesta alta sabiduría prestamente levantado en gran discípulo,* según que pluguiere a Dios darle de aquella sabiduría en grande cantidad o en pequeña; *según la preparación que cada*

(1) «Coelestem consolationem *non merentur,* licet studio orationis se tradant, quia non se ad illam percipiendam disponunt». ALVAREZ DE PAZ, t. 3, l. 2, P. 3, c. 6.

(2) Cfr. *Noche* II, c. XIX: «No está la falta, Dios mío, en no nos querer tú hacer mercedes de nuevo, sino en no emplear nosotros las recibidas en tu servicio, para obligarte a que nos las hagas de continuo».

Y en la *Llama de amor* (canc. 2), añade: «No es porque Dios quiera que haya pocos espíritus levantados..., sino porque halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra».

(3) Cfr. *Noche* I, c. 1 y 3.—«Según S. Juan de la Cruz, advierte Lamballe *(La Contempl.,* c. 2, § 3), la ley ordinaria de la Providencia es que conviene empezar por la meditación; pero cuando el alma es fiel en la práctica de las virtudes y en la universal abnegación, la llama Dios a la contemplación y, mediante ésta, a la *perfecta unión* con El».

uno hiciere, ca si no se apareja, ni hace lo que es en sí, nunca verná a esta sabiduría».

6. «Después que con el discurso y meditación de algunos días, observa a su vez el P. La Puente *(Guía,* tr. 3, c. 4, § 2), hubieres apurado y sacado en limpio todas las excelencias y perfecciones divinas que las criaturas te descubren y los nombres de Dios te significan: podrás *con el favor del divino Espíritu* dejar a tiempos estos largos discursos; y, puesto en tu recogimiento, has de refrescar y renovar la memoria de aquel alto y generoso sentimiento que has alcanzado de tu Dios, o de su bondad y omnipotencia, o caridad, *deteniéndote con pausa en mirarle;* admirándote de la grandeza que tiene en sus perfecciones, y entregando tu corazón a amarle sumamente por ellas: y esto será contemplación... Esto es ya *transformarse* en la viva imagen de Dios, no como quien la hace con el pincel, poco a poco y parte por parte, sino como la que se hace toda junta y de un golpe con algún molde. Y quizá por esto, hablando N. Sr. con el alma ya perfecta, le dijo *(Cant.,* 8, 6), que le pusiese *como sello sobre su corazón,* para significar que, como la imagen del sello no se imprime en la cera blanda poco a poco, sino de un golpe toda junta; así la *perfecta contemplación* brevísimamente hace lo que otros alcanzan con largos discursos, transformando su espíritu en Dios con el conocimiento y amor; uniéndose con El, como la cera con el sello, para recibir de El la imagen de su gloria».

Esta contemplación, pues, aunque tan *procurada,* es en todo rigor *mística e infusa,* y no debe llamarse «adquirida».

7. «La oración y la teología mística dice terminantemente San Francisco de Sales *(Amor de Dios,* l. 6, c. 1), son una misma cosa. Llámase teología, porque... no habla sino de Dios... La especulativa se dirige a conocerle, y la mística a amarle: de manera que la una saca a sus cursantes sabios, doctos y teólogos; y la otra ardientes enamorados, amantes de Dios, y filoteos y teófilos.—Llámase, pues, *mística,* porque toda su conversación es secreta, y no se habla entre Dios y el alma sino de corazón a corazón, con cierta comunicación incomunicable a otros fuera de aquel que la tiene... En suma, la teología mística y la oración no es otra cosa que una conversación en la cual el alma se entretiene amorosamente con su Dios, hablando de su amabilísima bondad para unirse y juntarse con ella».

«La santa meditación, añade *(ib.* c. 2), da principio a la teología mística... La meditación no es otra cosa que un místico rumiar, necesario para que no seamos inmundos *(Levit.* 11, 3); al cual nos convida una de aquellas devotas pastoras que seguían a la sagrada *Sulamitis (Cant.* 7, 9)... Así la esposa santa, como una abeja mística, en el *Cántico de los cánticos* va volando ya a los ojos, ya a los labios, ya a las mejillas, ya a los cabellos de su Amado, para sacar de todas estas partes la suavidad de mil amorosos afectos, declarando por menor todo lo que halla de raro en El: de manera que, toda encendida en el amor sagrado, habla con El, le pregunta, le escucha, suspira, aspira a El, le admira, y El por otra parte la llena de gozo, la inspira, la toca y abre el corazón para derramar en él luces, claridad y dulzura inmensa».—«La contemplación, prosigue (c. 3), no es otra cosa que una amorosa, sencilla y permanente atención del alma a las cosas divinas... Así la oración se llama meditación hasta que produce la miel de la devoción, y desde allí se convierte en contemplación... El deseo de alcanzar el amor de Dios nos hace meditar, y este amor conseguido nos hace contemplar: dándonos *experiencia* de una suavidad tan agradable en lo que amamos, que no se harta nuestro espíritu de verla y

considerarla... La meditación es madre del amor, mas la contemplación es su hija».

Por aquí se ve que el Santo habla únicamente de la contemplación sobrenatural o infusa, que es la que produce esa *experiencia* de lo divino y esa tan agradable *suavidad*. Y así no menciona siquiera la contemplación adquirida; y los mismos que se la atribuyen tienen que reconocer que no es en él fácil separarla de la manifiestamente infusa.

«La simple vista de la contemplación, añade luego (c. 6), se practica de una de tres maneras: unas veces ponemos la vista solamente en una de las perfecciones divinas... Otras veces atendemos a mirar en Dios muchas de sus infinitas perfecciones... Otras, finalmente, miramos... una acción u obra suya, y en ella ponemos la atención... Pero en cualquiera de estas tres suertes de orar, la contemplación tiene esta excelencia, que se hace con placer; porque lleva el alma presupuesto que ha hallado a Dios y su santo amor, que la regocija y deleita, y puede decir: *Ya hallé a quien mi corazón ama, ya le hallé y no le dejaré*. Y en esto se diferencia de la meditación, que casi siempre se tiene con pena, trabajo y discursos, andando en ella nuestro espíritu de consideración en consideración, buscando en diversos lugares o al Amado de su amor, o el amor de su Amado».—«La contemplación, advierte en resumen *(ib.)*, es el fin y blanco a que se encaminan todos los demás ejercicios—lección, meditación, oraciones y devociones—; y todos se reducen a ella».—De este modo comprenderemos cómo «este *don de oración* es *liberalmente concedido a todos* los que de corazón consienten en las inspiraciones divinas» (l. 3, c. 4).

8. «Dios, observa el P. CHARDÓN, O. P. *(La Croix de J.*, 3 entret. c. 6), se comunica de *ordinario* a su creatura *en la medida de sus disposiciones*. Cuando éstas son más puras, las Personas Divinas se hacen *más íntimamente presentes* al alma; su unión es más profunda y la posesión que de ellas tiene el alma, es más completa, siéndole principio y objeto de operaciones más elevadas... Aquellos a quienes el divino Espíritu se comunica—que son cuantos no ofrecen resistencia a sus adorables comunicaciones—, están santificados por su acción y de *El reciben una vida* no sólo sobrenatural, sino sobre eminente y *mística*».

9. «Si queréis que Dios os abra los ojos para contemplar sus encantadoras bellezas, dice el P. NOUET, S. J. *(Introd. a la Vie d'oraison*, Préface), cerradlos a las criaturas... Si quereis aprender las verdades eternas y saber las nuevas del cielo, no os inquieteis por las del mundo... Si queréis gustar las consolaciones divinas, sed enemigos de las sensuales: el gozo de los santos no se aviene con el de los mundanos...En fin, si querés tratar familiarmente con N. Sr. dejad las conversaciones, visitas y pasatiempos inútiles. Sobre todo, sed constantes una vez que os hayáis resuelto a daros a la oración. Esta última disposición es como la clave de todo lo demás».

«La oración infusa, advierte luego (l. 5, entr. 1), no *pertenece propiamente* sino a los *perfectos;* porque presupone en el alma excelentes virtudes, y si aun no las encuentra, las introduce pronto y nos acerca a Dios mucho en poco tiempo».

Sin embargo, no repara en añadir, como otros varios autores, que «no todos los perfectos son elevados a esta oración».—¡Como si alguien pudiera ser perfecto sin el frecuente ejercicio de los dones, que le permitan obrar con heroismo; y como si ese ejercicio no constituyera o supusiera un modo de oración infusa!

10. «El fin y término de la oración mental, advertía el P. MOLINA (*De la Oración*, tr. 2, c. 6), es la *contemplación*... Lo *muy ordinario* es darse después de haber el hombre perseverado mucho tiempo con fidelidad en la oración mental y mortificación... Esta gracia es tan grande y excelente y de tan grande estimación, que no se puede encarecer ni ponderar... Cualquiera que tiene oración *debe* concebir un ánimo y deseo generoso y una determinación grande de hacer cuanto en sí fuere, y no cansarse hasta alcanzar esta merced de Dios; el cual está aparejado a darla a *todos los que se dispusieren;* y no es aceptador de personas, ni está abreviada su mano... Nunca pierda la esperanza... que muchas veces tarda Dios en darla por lo que El solo sabe; y por tarde que llegue, paga tan abundantemente, que suple todo lo que se ha trabajado en esperarla. Y... debe concebir deseo de pasar muy adelante... Tengo por *cierto* que *no se niega a ninguno* que persevere en hacer todo lo que es de su parte».

11. «Para *merecer* los favores de Dios, que es el Rey de reyes, advierte el P. MASSOULIÉ (*Tr. de l'Amour de Dieu*, 1.ª P., c. 2, § 3), no hay más que querer: pues mientras los hombres están a la puerta de los reyes, está El mismo a la nuestra, golpeando, llamándonos, solicitándonos y ofreciéndonos sus gracias para hacernos capaces de recibirle. Y así nos dice por boca del Discípulo Amado (*Apoc.* 3, 20): *Si alguno me oyere y abriere la puerta, entraré en su casa*».

12. «Nimis pius, ac misericors, ac suavis est coelestis Sponsus, ut suae sponsae desideria despiciat, moestam ejus inclamantis vocem negligat, currentis et pulsantis diligentiam repellat, cum ipse dixerit: *Petite, et accipietis*... Unde laetabunda gloriatur sponsa (*Cant.* 2), se a dilecto post tot clamores exauditam, et ad delicias societatis ejus post hyemis rigores ac tempestates vocatam». FELIPE DE LA SMA. TRINIDAD, 3.ª P. tr. 3, d. 1, a. 6.

13. «Yo soy luz del mundo, y en quitando del corazón humano las tinieblas, advierte en nombre del Señor el V. PALAFOX (*Peregrinación de Filotea*, II, c. X), lo alumbro, lo aliento, lo caliento con mi luz. Ese olor que tanto te recrea y aficiona, sale del monte que vas buscando, y es el olor de la virtud, que es amable y deleitable y trae consigo esa admirable fragancia... Cuanto te vas acercando a este santo monte... tanto vas participando de gozo, de contento, de consuelo más que humano».

14. El P. HOYOS (*Vida*, p. 84) entendió en cierta ocasión cómo «el infinito amor de Dios para con los hombres le inclina a comunicar sus especiales favores a muchos, aunque desgraciadamente son muy pocos los que se preparan para recibirlos».

Y eso mismo se ha dignado el Señor manifestar y declarar de muchas maneras y en diversos tiempos a sus confidentes privilegiados.

15. «Mi amor infinito, decía a Sta. CATALINA DE GÉNOVA (*Dial.* II, 3), está siempre buscando almas... Las ilustro, llamo a su libre albedrío con contínuas solicitaciones, más vivas y más variadas que las radiaciones del sol del mediodía; y cuando el alma se abre a la *claridad* de mi amor, muy pronto queda *inundada de su fuego*».

«Cuando Dios, advierte la misma Santa (*Vida*, c. 47), encuentra un alma que se abandona en sus manos, la lleva a la mayor perfección... constituyéndose en su único guía, moviéndola e ilustrándola en cada momente según lo que entonces quiere de ella».

16. «Si nos dejamos verdaderamente en vuestras manos y ponemos toda nuestra fe, esperanza y amor en Vos, mi Rey, todos los bienes nos vienen juntos... ¡Cómo *paga* Dios una determinación resuelta y confiada... de buscar la *margarita preciosa!*... Y después, que (por su amor el alma) lo deja todo del todo..., jamás le parece haber he-

cho nada, ni dejado nada...: todo se lo dan de balde...»—V. ANA M.ª DE S. JOSÉ, Franciscana Descalza de Salamanca, † 1632, *Autobiografía*, n. 48.

17. «Conserva estas lecciones—acerca de la propia nada y de mi infinita misericordia—decía el Eterno Padre a Sor BENIGNA GOJOZ (*Vie*, 3. P. c. 3), y verás *que Yo lleno y sacio el alma que tiene hambre de Mí;* que si hablo, ejecuto; que dejándoos a vosotros mismos, me poseeréis; que separándoos verdaderamente de las criaturas, tendréis mi eterno gozo y la familiaridad de los Angeles aquí abajo; que si dejáis vuestros cuidados, mi Providencia cuidará de vosotros...; que el alma que más olvide su tierra y parentela, será también la que mejor entrará en el interior de J. C., verdadera tierra prometida».

18. «A mis amigos que quieren agradarme, declaraba N. Sr. a la V. MARINA DE ESCOBAR (*Vida*, l. 3, c. 9, § 2), Yo les quiero dar aquí un poquito, que es como muestra de lo que han de ver y gozar acá».

19. «Si las criaturas desocupasen su corazón de los afectos y amor terreno, decía la Sma. Virgen a la V. AGREDA (*Mist. Ciud.*, 1.ª P., l. 2, c. 13), participarían sin tasa el torrente de la Divinidad infinita por medio de los inestimables dones del Espíritu Santo».

20. «El Espíritu Santo, afirmaba a su vez la ilustre escritora dominica, V. ROCABERTI, indubitablemente sabe, *quiere* y puede, *si no le resistimos*, enseñar más en una hora, y ¿qué digo?, en muy más breve espacio, alumbrar y encender en su divino amor, que todos los sabios de este mundo; y así: *Beatus homo quem tu erudieris, Dómine, et de lege tua docueris eum (Ps.* 93, 12)».

21. «El E. S., decía la V. M. ANGELA M.ª DE LA CONCEPCIÓN (*Vida*, l. 3, c. X), se da con *toda plenitud* a las almas que, desnudas de todos los afectos humanos, buscan en los divinos el agrado de su Dios y Señor». Entendí, añade *(ibid.)*, que así como el Señor «estuvo esperando hallar disposición en mí para luego comunicarme sus dones, lo hiciera con los demás si quisieran recibirlos; y que es en tanto grado esto, que si una alma estuviese privada de su gracia por algún tiempo, todas las gracias y dones de que por su culpa ha carecido en él, es tal su bondad que, volviéndose a S. M. por la contrición y penitencia, hallando disposición en la tal alma, todas aquella mercedes que violentamente, según su caridad ardiente, tenía en sí por aquel tiempo, las comunica juntas, sin atender más de a su bondad, olvidando las ofensas e ingratitudes pasadas».

22. «Paréceme, según me atrevo a decir muchas veces, escribía la V. Salesa ANA MAGD. REMUZAT (1696-1730; *Vie*, 1868, c. 8, p. 105), que con ser Dios, como es, Todopoderoso, no tiene, por decirlo así, el poder de negarse a un alma que a El se entregue totalmente y sin reservarse nada».

23. «Búsquenme todas las almas, decía N. Sr. a su sierva la dominica SOR CATALINA DE J. M. (*Autobiogr.* 2.ª P., c. 6), y verán si con alguna ando corto; y entonces no dudarán de mis favores».

24. «¡Cuál no ha sido mi sorpresa—exclamaba la admirable vidente franciscana de Fougeres, SOR NATIVIDAD describiendo las inefables comunicaciones que el Señor tiene con el alma en el altísimo estado del *Matrimonio espiritual (Revelaciones,* II, c. 5)—, al oir de los mismos labios de J. C. que *nadie está excluído de este grado de perfección;* que hasta los mayores pecadores pueden esperarlo con la gracia, y que no se acordará más de sus antiguos pecados sino para celebrar los gloriosos esfuerzos con que triunfaron de todo! La vida se les contará tan sólo desde el momento de su perfecta conversión!... ¡Quién no se esforzará por llegar a un estado tan deseable!... Mas aunque este comercio del divino amor deba entenderse de toda alma

que de veras tienda a la santidad y perfección evangélica, según su propio estado, sin embargo J. C. me hizo ver que debe aplicarse muy especialmente a las que son fieles a una vocación más perfecta, como es la de los eclesiásticos, consagrados mediante la ordenación, o la de los religiosos, que lo están mediante los votos solemnes, y en general la de las almas que consagran a Dios una perfecta pureza».

25. «En la fiesta de Pentecostés de 1868, refiere la M. M.ª DOMINICA CLARA DE LA CRUZ, fundadora del convento de Dominicas de Luxemburgo, 1832-1895 (*Vie*, c. 9, p. 117), me hizo el E. S. ver en las propiedades de su divina Persona cosas tan sublimes, que no puedo expresarlas. Reconocí los incomparables tesoros encerrados en sus siete dones y sus doce frutos, y cómo los *derrama en las almas* que con buena voluntad *siguen sus inspiraciones*. Mas para esto es indispensable purificar el corazón de todo egoísmo y de toda vana complacencia, a fin de hacerse cada vez más dignos de sus gracias, que *El tiene un ardiente deseo de derramar*».

26. «¡Oh Santo y Divino Espíritu!—exclamaba en 1908 un alma (V.) muy experimentada (Cfr. *Evolución mística*, p. 161)—, mediante tu gracia y tus dones, que... *no niegas a ningún hijo de Adán*, siempre que con entera voluntad te lo pidamos y estemos dispuestos para recibirlos..., nos das el que podamos realmente aspirar y *conseguir* el celebrar nuestro Desposorio y nuestras Bodas formales con el Rey de la eterna Gloria... Si no es el ser dioses por naturaleza, no podemos aspirar ni a cosa más grande, ni a más gloriosa, ni a más perfecta; y todo esto, el conseguirlo y el poseerlo y después de poseerlo no perderlo, está en nosotros.—El que quiera esto conseguir, no tiene más que pedir de corazón y constantemente al Espíritu Santo que venga a ser su maestro; y sin duda alguna lo consigue; porque este divino Espíritu está como hambriento de hacernos bien; y tan pronto como un corazón le empieza a llamar, no se hace esperar: al punto es atendido. Y mirad que sus enseñanzas no son para llevarnos paso a paso por los caminos de Dios, sino que se da tales trazas su caridad, que en muy poco de tiempo nos hace correr y como volar por ellos».

27. «Comprendí, decía la M. MARGARITA M.ª DOENS (1842-1884; *Vie*, 1810, c. XI, p. 205), que el Corazón de Jesús está dispuesto a hacer entrar las almas en la comunicación de sus más íntimos secretos; mas ellas, con sus malas disposiciones, se le resisten; y el divino Maestro, al entrar en ellas—sacramentalmente—se ve como obligado a concentrar en sí mismo los rayos de luz que las esclarecerían, en cierto modo, como naturalmente, si ellas no se obstinasen en permanecer en sus tinieblas».—«Si dejásemos obrar a Jesús, añade (*ib.* p. 209), muy pronto seríamos elevados hasta El; sí, hasta El, no temo repetirlo. El lo quiere; mas nosotros somos quienes ponemos obstáculo a la efusión de sus gracias».

28. «Yo soy un tesoro infinito, declaraba poco ha N. S. a Sor Benigna CONSOLATA, puesto por mi Padre a disposición de todos; mis creaturas me desechan con tan gran detrimento suyo, que sólo en la eternidad podrán comprenderlo».

«Si supieras (le añadía en Agosto de 1915), lo que Yo haría en un alma, aunque estuviese llena de miserias, con tal que me dejase hacer! El amor sólo necesita no hallar resistencia; y muchas veces todo lo que de un alma quiero para hacerla santa, es que me deje hacer...»

29. «Ideoque et nos — diremos ahora con el Apóstol (*Hebr.* 12, 1-8)—, tantam habentes impositam nubem testium, deponentes omne pondus, per patientiam curramus ad propositum nobis certamen; adspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem... Recogitate enim eum qui talem susti-

nuit a peccatoribus adversum semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficientes... In disciplina perseverate. Tanquam filiis, vobis se offer Deus: quis enim filius quem non corripit pater?—Quod si extra disciplinam estis, cujus participes facti sunt omnes, ergo adulteri, et non filii estis».

30. «Cuanto más se alejan de Mí las naciones—decía no ha mucho N. Sr. a un alma confidente suya *(Mensaje del Sdo. Corazón)*, tanto más me insta mi dulcísima Madre para que abra los tesoros de amor, de misericordia y de santificación de mi Corazón... ¡Cuán lejos están las almas de comprender estos infinitos tesoros!... Mi Madre me insta y mi Corazón me apremia para que los derrame e invite a las almas buenas a venir a *sumergirse*, a *perderse* en este océano de misericordia y de amor... Oh! lleva hasta los últimos confines de la tierra el llamamiento de mi Corazón; sobre todo llévalo a mi sacerdote, a quien tanto amo. ¡Mi sacerdote! ¡ese otro Yo mismo, mi *alter ego!*... ¡Ah! ¡si comprendieran el vehementísimo deseo en que ardo de unirme a *cada uno de ellos!*... Muy contados son los que llegan al grado de unión que mi Corazón les ha preparado en la tierra... Y ¿qué hacer para alcanzarlo? Recoger, reunir en cierto modo los afectos y concentrarlos en Mí, que estoy allí, en lo más íntimo de su alma. ¡Ah! diles a todos, diles lo mucho que les amo; suplícales que escuchen el apremiante y amoroso llamamiento de mi Corazón, mi tierno ruego para que desciendan al fondo de su alma; para que se unan allí con Quien no les abandona jamás; para que se identifiquen en cierto modo conmigo... y entonces ¡qué ricas bendiciones les prometo! Esta misteriosa y divina unión será el principio de una vida mucho más santa y fecunda que la anterior... Son muchos los sacerdotes que conocen muy bien la teoría de la unión del alma conmigo; muchos los que aspiran a ella; pero ¡cuán pocos los que la conocen prácticamente! ¡cuán pocos, aun entre los más piadosos y llenos de celo... los que saben que estoy allí, en el fondo de su alma, ardiendo en deseos de identificarla conmigo mismo! ¿Por qué?—Porque no viven sino como en la superficie del alma. ¡Ah! si quisieran apartarse de las cosas sensibles, de las impresiones humanas, para bajar así, solos a lo más íntimo, a lo más recóndito de su alma, donde estoy Yo; al punto me encontrarían allí; y entonces ¡qué vida de unión, de luz y de amor sería la suya!...

»Acudan con entera confianza a mi Madre, que lo es también suya. ¡Ah! ¡cuánto ama a mis sacerdotes y cuán grato le es rogarme por ellos!... Esta Madre del divino amor posee el secreto de esa maravillosa unión».

Ella es, en efecto, la «Puerta del Cielo», del *Sancta Sanctorum*, y la «Puerta del Señor, por la cual han de entrar los justos» *(Ps.* 117, 20).

«Habentes itaque, fratres, fiduciam in *introitu sanctorum*, in sanguine Christi, quam initiavit nobis viam novam et viventem per velamen, id est, carnem suam... accedamus cum vero corde in plenitudine fidei». *(Hebr.* X, 19-22).—«*Accedamus ad introitum Sanctorum*, exclama *(in h. l.)* el Card. Hugo de S. Caro... Habemus enim multa per quae accedere debemus. Habemus introitum in sanguine Christi; habemus viam novam et viventem ostensam nobis in ejus conversatione; habemus in carne ejus viaticum, quam sumimus in sacramenti velamine; habemus ipsius summi Sacerdotis auxilium in nostra ad Patrem ascenssione. Quid ergo stamus? Cur non per ipsum ad Deum accedimus? Cur non per ipsum ingredi in Sancta Sanctorum festinamus?... Accedamus ergo, accedamus ad introitum Sanctorum».

Si después de todo, nos hacemos sordos a tales llamamientos, o no confiamos en las divinas promesas, muy terrible habrá de ser el juicio con que se falle nuestra causa.

«Timeamus ergo ne forte, relicta pollicitatione introëundi in requiem ejus, existimetur aliquis ex vobis deesse.—Etenim et nobis nuntiatum est, quemadmodum et illis... *Ingrediemur enim in requiem qui credidimus... Festinemus ergo ingredi in illam requiem,* ut ne in idipsum quis incidat incredulitatis exemplum. Vivus est enim sermo Dei, et efficax» *(Hebr.* 4, 1-3, 11-12).

CUESTIÓN TERCERA

¿Por qué hay tan pocos contemplativos?

Habiéndonos detenido tanto en los precedentes artículos, por ser los fundamentales, bien podremos ahora reducir y condensar lo tocante a las demás cuestiones, ya que en gran parte queda más o menos indicado o viene a ser simple corolario de lo hasta aquí expuesto.

Por lo que hace a esta tercera *Cuestión,* nos bastaría decir que si son tan pocos los que alcanzan la inapreciable gracia de la contemplación y la vida mística, es porque los más no quieren resolverse a entrar por la angosta puerta de la abnegación cristiana ni abrazar con amor cada cual su propia cruz para poder seguir a Cristo por su estrecho camino. Y nosotros podríamos muy bien ser del número de esos pocos, haciendo lo que ellos hacen; que es perseverar en *negarse a sí mismos, llevar su cruz de cada día y seguir con ella al Salvador.* Pues cuantos le siguen, "no andan en tinieblas, sino que tienen luz de vida„ *(Joan.* 8, 12). Acercándose a El, son iluminados y no quedan confundidos *(Ps.* 33, 6); antes acaban por hacerse una misma cosa con El, hasta ser consumados en uno y llegar a ver su divina claridad, según nos está prometido *(Joan.* 14, 21; 17, 21-24), pues las palabras del Señor no pueden fallar.

Con esto está dicho todo. Pero no sobrará, sin embargo, insistir un poco más y explicar una doctrina de tan capital importancia, en que tantísimos vanos pretextos y tan delicados y sutiles sofismas suele hallar casi siempre la humana flaqueza ayudada de la prudencia carnal.

Artículo 1.º—La prudencia carnal y la falta de generosidad y de abnegación cristiana.

Teniendo tantas promesas como quedan hasta aquí referidas y tan plena seguridad de poder lograr, si queremos, el cielo en la tierra—porque, como decía Sor Isabel de la Trinidad, "el cielo eslo Dios, y Dios está en nuestras almas„—no debía restarnos sino limpiar muy

bien los ojos de nuestro corazón para poder verle y gozarle *(Mt.* 5, 8) y ungirlos con el colirio de la caridad y de la divina Sabiduría *(Apoc.* 3, 18), tratando de purificarnos muy de veras de toda mancha del cuerpo y del espíritu y obrando nuestra santificación en el temor y reverencia del Señor (1): a quien santamente debemos llevar en nuestros corazones (2), procurando, mediante las buenas obras, asegurar y hacer cierta nuestra elección y santa vocación (II *Petri,* 3, 10).

Mas como por pereza, flojedad o descuido no hacemos eso poco que está de nuestra parte y Dios quiere de nosotros, de ahí que sólo por nuestra culpa permanezcamos siempre tan pobres y desmedrados.

Si, pues, son tantísimos los que de ningún modo llegan a beber en esa fuente de *agua viva,* no es por falta de invitaciones ni de los auxilios oportunos, sino por sobra de cobardía, de inmortificación, de negligencia o ingratitud en corresponder a los divinos llamamientos, y de resistencias a la gracia, con que siguiendo los impulsos de la naturaleza y los simples dictámenes de la propia razón y contristando de contínuo al Espíritu Santo, se hacen del todo inhábiles para sentir sus admirables operaciones y recibir sus inefables consuelos, y, por tanto, para figurar en el número de los *escogidos;* los cuales así, por culpa o flaqueza nuestra, aciertan a ser desgraciadamente tan *pocos,* siendo en realidad muy *muchos* los *llamados* (3). Pero unos, con mil diversos y muy dorados pre-

(1) «Has ergo habentes promissiones, charissimi, mundemus nos ab omni inquinamento carnis et spiritus, perficientes sanctificationem in timore Domini» (II *Cor.* 7, 1).

(2) «Glorificate et portate Deum in corpore vestro» (I *Cor.,* 6, 20). «Dominum autem Christum sanctificate in cordibus vestris» (I *Petr.,* 3, 15).

(3) «La causa porque no se llega nunca a la perfección o se tarda muchísimo en llegar, dice el P. Lallemant *(Doctr. Spir.,* pr. 4, c. 2, a. 2), es el no seguir en casi todo sino a la naturaleza y el sentido humano, y no atender apenas al E. S., cuyo oficio es ilustrar, dirigir y enfervorizar.—La mayoría de los religiosos, aun de los buenos y virtuosos, no siguen en su conducta ni en la de los demás sino lo que dictan la razón y el buen sentido... Lo cual no basta para la perfección cristiana.—Conduciéndose de ordinario por el común sentir de aquellos entre quienes viven, que suelen ser imperfectos, viven imperfectamente como ellos y así gobiernan a los demás, sin llegar nunca a las sublimes vías del espíritu.—El E. S. les espera por algún tiempo a que entren en su interior para que, distinguiendo las operaciones de la gracia de las de la naturaleza, se dispongan a dejarse guiar de El; pero como ellos abusan del tiempo y favor que les ofrece, le obligan a que por fin los abandone a sí mismos, y los deje en esa obscuridad o ignorancia de su interior a que se han aferrado, y en la cual vivirán en adelante con gran peligro de perderse». «Con verdad puede decirse, añade *(ib.* § 2), que hay muy pocos que se mantengan constantemente en las vías de Dios: muchos están apartándose de ellas sin cesar. El E. S. los llama con sus inspiraciones; pero como no le son dóciles y están llenos de sí mismos y apegados a sus pareceres, y engreídos de su propia discreción, no se dejan conducir fácilmente, raras veces entran en la vía de los designios de Dios y apenas permanecen en ella, volviendo luego a

textos y excusas, desoyendo los mensajes y menospreciando a los mensajeros del Señor, a sí mismos obstinadamente se excluyen del místico banquete a que con tanto amor habían sido invitados. Otros sin llegar a tanto, antes creyéndose fieles hijos de la Iglesia, buenos cristianos o religiosos, por serlo de nombre, y teniéndose por verdaderos seguidores de Cristo, sólo porque a veces gustan de oir sus palabras y se precian de invocarlo y adorarlo, andan, sin embargo—por no querer violentarse y esforzarse para seguirle de cerca—siempre envueltos en tinieblas y sombras de muerte (1); mientras los que de verdad le siguen, como "han desechado las obras de las tinieblas„ *(Rom.* 13, 12), ya "no andan en ellas, sino que tienen luz de vida„ *(Joan.* 8, 12). En vez de oir, pues, tan sólo a esa eterna Verdad, que libra de todos los engaños y esclavitudes *(ib.* 32), y de seguir en todo a ese único *Camino* que conduce al místico reposo de la plena iluminación y unión con Dios; en vez de dirigirse por la luz de sus santísimos ejemplos y de sus divinas palabras e inspirarse en la prudencia de su Espíritu, la cual es vida y paz, claudican por dos vías (3 *Reg.* 18, 21), queriendo adorar, junto con el Dios vivo y verdadero, muchos idolillos que tienen escondidos en sus propios corazones; y así, creyendo buscar el reino de Dios y su justicia, se buscan a sí mismos, su propia honra, sus comodidades y conveniencias, procediendo, ofuscados, según las falsas máximas del mundo y la prudencia carnal, que es muerte del alma *(Rom.* 8, 6). Así, por más que se precien de buenos cristianos y aun de verdaderos religiosos, como no saben negarse y mortificarse para andar siempre recogidos y en unión con el Salvador, en vez de seguir en todo y acompañar realmente al que es la verdadera "Luz del mundo„, viven disipados y entenebrecidos, mezclados con los "*muchos* que van siempre huyendo de la cruz de Cristo—en que está toda nuestra salud—y acercándose a su eterna ruina, teniendo por dios a su vientre y por gloria su confusión, gustando como gustan de las cosas terrenas„ (2); mientras la conversación de

sus propias ideas e invenciones. Así avanzan muy poco y les sorprende la muerte cuando aun no han dado veinte pasos, mientras hubieran andado diez mil si se hubieran abandonado a la dirección del Espíritu Santo».

(1) Omnis qui audit verba mea haec, et non facit ea, similis erit viro stulto, qui aedificavit domum suam supra arenam; et... flaverunt venti, et irruerunt in domum illam, et cecidit, et fuit ruina illius magna *(Mt.* 7, 26-27). —Quid vocatis me Domine, Domine; et non facitis quae dico? *(Luc.* 6, 46).

(2) «Los que siendo inmortificados escuchan mi palabra, decía Nuestro Señor a María Lataste *(Oeuvres,* t. 2, lib. 5, VI), no quedarán vivificados por ella.—La inmortificación deja que broten en el alma las espinas que la hie-

los verdaderos cristianos está toda en los cielos, por lo cual esperan tan confiados la visita de su Salvador *(Phil.* 3, 18-20).

Estos, sabiendo muy bien que la celestial sabiduría no entra en almas malévolas, ni habita en cuerpos manchados ni en corazones dobles *(Sap.* 1, 4-5),—ni, por lo mismo, puede encontrarse "en la tierra de los que viven con regalo„ *(Job.* 28, 13),—procuran tener muy limpios y puros los ojos del corazón, y recto y sencillo el de la intención, para poder ver a Dios y sus maravillas *(Mt.* 5, 8; *Ephes.* 1, 18) y quedar del todo iluminados, sin nada tenebroso (1). Y así con horror huyen de ese desdichado camino tan *ancho* y *trillado,* por donde van ciegos hacia su perdición los "muchos„ comodones, muelles y amadores de sí mismos; y temiendo imitarles, "se *apresuran* a entrar por la angosta puerta„ *(Luc.* 13, 24) y a seguir fielmente la estrecha senda que conduce a la vida, y que solamente los *pocos* esforzados encuentran *(Mt.* 7, 13-14). Tomando así el suave yugo de Jesús, y aprendiendo de El mansedumbre y humildad, triunfan de sí mismos y del mundo, y hallan el verdadero descanso para sus almas *(Mt.* 11, 29); el cual no puede hallarse sino en esa

ren, la desgarran y la incapacitan para el bien. Estos reciben con gusto la palabra de Dios, mas no queriendo mortificarse y corregir lo que tienen de vicioso, no hacen esfuerzos, no toman resoluciones, o si las toman, no las ejecutan o las olvidan pronto. Mi palabra germina como la semilla, crece y produce fruto, mas éste queda luego ahogado por las pasiones, que son las espinas del alma».

(1) Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit... Non habens partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te *(Luc.* 11, 34, 36).

«Si virtutibus Christo similis esses, dice Alvarez de Paz *(De Inquis. Pacis,* l. I, P. 3, c. 27), *absque dubio illum contemplari posses*... Tolle ergo peccata tua, tolle immortificationes tuas, assimilare Christo in moribus, et a dono contemplationis non excluderis».

«Solem justitiae illum, qui illuminat omnem hominem venientem in huc mundum, videre in hoc mundo sicut illuminat, *illuminatus potest,* tamquam jam in aliquo similis». S. Bernardo, *Serm.* 31 *in Cant.*

Sobre estas palabras del Apóstol (I *Tim.* 6, 16): *Lucem inhabitat inaccessibilem, quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest,*—advierte muy bien S. Gregorio *(Mor.* l. 18, c. 18): «Inaccessibilem dixit, sed omni homini, sed humana sapienti. Scriptura quippe sacra omnes carnalium sectatores humanitatis nomine notare solet. Unde idem Apostolus quibusdam discordantibus dicit: *Cum enim sit inter vos zelus et contentio, nonne carnales estis, et secundum hominem ambulatis?* Quibus paulo post subjicit: *Nonne homines estis?* Et unde alias testimonium protulit quod *oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus diligentibus se.* Et cum hoc hominibus dixisset absconditum, mox subdidit: *Nobis autem revelavit Deus per Spiritum suum:* ipsum se ab hominis vocatione discernens, qui raptus supra hominem divina jam saperet. Ita etiam hoc loco cum lucem Dei inaccessibilem perhiberet, ut ostenderet quibus, subdidit: Quem vidit nullus hominum, sed nec videre potest. More suo homines vocans omnes humana sapientes; quia qui divina spiunt, videlicet supra homines sunt. *Videbimus igitur Deum, si per coelestem conversationem supra homines esse mereamur*».

gloriosa victoria de la fe (I *Joan.* 5, 4), que enseña a todo fiel cristiano a ser como Cristo (1).

Nadie puede servir a dos señores *(Mt.* 6, 24); nadie puede seguir a Jesucristo si a la vez oye las máximas mundanas y busca el propio regalo y conveniencia.

"No podrá aplicarse expeditamente a las cosas divinas quien no se desembarazare de toda criatura. *Y por eso se encuentran pocos contemplativos*, porque son raros los que quieren renunciar por completo a las cosas criadas y perecederas... Muchos hay que desean la contemplación, pero sin ejercitarse en lo que para ella se requiere. Es gran impedimento fijarse en las cosas exteriores y sensibles, y tener muy poco de verdadera mortificación„ (KEMPIS, III, 31).

"Mientras viva en vosotros, advierte el B. SUSÓN *(Serm.* III), algo que no sea Dios, ya sea vuestro o de quien fuere, no estará Dios perfectamente en vosotros„ (2).

"Para *venir a gustarlo todo*, añade San Juan de la Cruz *(Subida*, I, 13), no quieras tener gusto en nada„.

"Si alguien quiere venir en pos de mí, nos dice en efecto el mismo Salvador *(Mt.* 16, 24-25), niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (3). Pues el que quisiere

(1) Non est discipulus super magistrum: *perfectus* autem *omnis erit, si sit sicut magister ejus (Luc.* 6, 40).—«Si supieras anonadarte perfectamente y desarraigar de tí todo amor creado, entonces muy grande sería ciertamente la gracia que sobre tí se derramaría... Aprende a vencerte en todo por el Criador, y entonces podrás llegar al conocimiento divino». (KEMPIS, lib. 3, cap. 42).

(2) Una vez después de comulgar la V. Francisca de la Madre de Dios (cf. *Vie*, ch. 29), oyó que el Salvador le decía: «Quiero daros vida, pero antes es menester que destruya vuestra vida propia... Así empiezo por hacer en el alma el oficio de criado, limpiándola y purificándola y quitando de ella todas las basuras, para hacer de ella una morada que me sea agradable, pues hasta que esté del todo purificada no puedo complacerme en ella. Mas una vez que la deje limpia, ya no estoy en ella como criado, sino como dueño absoluto. En ella descanso y establezco mi morada, y Yo solo vivo en ella, siendo el único principio de sus acciones, movimientos, respiraciones, palabras y pensamientos; de modo que ella ya no puede obrar ni moverse sino por Mí. Como Yo soy su vida, doy virtud, valor y eficacia a cuanto de ella procede, según mi beneplácito, a fin de que en nada pueda ella apartarse de Mí. ¡Oh, cuán pocos hay que me dejen darles esta vida! ¡Cuán pocos que quieran sufrir lo que para recibirla es menester! La ofrezco a muchos, pero pocos la reciben».

«Deus enim homines his praeparamentis dispositos, et per sanctam ac spiritualem vitam ad contemplandum idoneos, libenter ad ejus beatam possessionem extollit... Nos certe in causa sumus, quod numquam contemplationis ineffabilem suavitatem gustemus: qui si cor ad hunc coelestem liquorem accipiendum disponeremus, et mundi cogitationibus et desideriis vacuaremus, non pateretur benignus Dominus, qui tam ardenter homines diligit, nos tanto bono carere, et hac stilla futurae felicitatis privari.—Filium prodigum... redeuntem, pater, non utcumque, sed... laetanter admissit.—Quid faciet Pater coelestis cum viris spiritualibus ex corde compunctis...? Equidem... introducet eos in cellam vinariam... et a contemplatione amicissimis parata non excludet».—ALVAREZ DE PAZ, *(De Inquis. Pacis,* l. I, P. 3, c. 27; cf. V, 3, c. 16).

(3) «Uno es el canon, advierte Fr. Juan de los Angeles *(Lucha espir.,* 1.ª

salvar su alma, debe sacrificarla, y quien por mi amor la *perdiere*—es decir, la expusiere a toda suerte de sacrificios—, ese la hallará„.

"¡Quién pudiera ahora, exclama luego el citado Santo *(Subida,* lib. II, cap. VI), dar a entender y ejercitar y gustar lo que está encerrado en esta tan alta doctrina que nos da aquí *(Marc.* 8,34-35) nuestro Salvador, de negarnos a nosotros mismos, para que vieran los espirituales cuán diferente es el modo que en este camino les conviene llevar del que muchos de ellos piensan! Los cuales entienden que basta cualquier manera de retiramiento y reformación en las cosas, y otros se contentan con, en alguna manera, ejercitarse en las virtudes, y continúan la oración, y siguen la mortificación; mas no llegan a la desnudez y pobreza, y abnegación espiritual y pureza (que todo es uno) que aquí nos aconseja el Señor... De donde les nace que en ofreciéndoseles algo de estilo sólido y *perfecto,* que es la aniquilación de toda suavidad en Dios, en sequedad, en sinsabor, en trabajo, lo cual es cruz pura espiritual y desnudez de espíritu pobre en Cristo, huyen de ello como de la muerte... (1). ¡Oh quién pudiese dar a entender hasta dónde quiere Nuestro Señor que llegue esta abnegación! Ella, cierto, ha de ser como una muerte y aniquilación temporal y na-

P., c. 16), pero tiene tres cosas tan necesarias y de tanta importancia y tan hermanadas, que no sufren división: es torzal de tres ramales que nos lleva infaliblemente a la perfección y nos subirá al Cielo; y un solo ramal que se quiebre, de ningún provecho son los que quedan; es una trinidad de preceptos, que cada uno de por sí lo es y uno de otro diferentes, pero constituyen una esencia, que es una vida esencialmente buena; y cualquiera que se niegue o se deje, se niega esta esencia; quiero decir, que no queda cosa esencial en vuestra vida. Si os negáis a vos mismo y tomáis vuestra cruz y no seguís a Cristo, no sois cristiano, sino pagano, porque muchos dellos hicieron eso; si no os negáis, aunque llevéis cruz (que nadie vive sin ella), no podéis seguir a Cristo, porque Cristo y carne vuestra, cruz y sensualidad, nunca pueden ser amigos. Y así es imposible que vos sigáis a Cristo sin desterrar primero por la mortificación y penitencia los afectos y pasiones de la carne, que es el primer escalón de la vida religiosa y perfecta: *niéguese a sí mismo*... Como si dijera... Deje de ser lo que es, y será lo que no es; deje de ser carnal y será espiritual, que carnal y amigo de Dios (que es espíritu) es imposible: vivir según la carne y agradar a Dios no se compadece, según la doctrina del Evangelio» *(Rom.* 8).

(1) «Hace ya mucho, decía Nuestro Señor a su sierva María Brotel *(Vie,* 1909, app. II), que ando buscando un alma que quiera entretenerse conmigo largo tiempo en la oración, y no la encuentro. Nadie quiere entrar en sí y en Mí, nadie quiere conversar conmigo... Se buscan a sí mismos y no a mi Padre ni a Mí; y así no llegarán a la santidad. ¡Cuánto tiempo perdido que no se podrá recobrar! ¡Cuántas gracias de las cuales se privan para siempre!... Sólo en la oración es donde Yo puedo darles luz y amor... Se dice que Dios no pedirá sino lo que El mismo ha dado. Pero yo pediré a esas almas lo que no les dí, puesto que de ello se privan por su pereza e indiferencia, por no querer molestarse ni mortificarse. Les pediré todo cuanto les habría dado si ellas hubieran sabido querer; les pediré las almas que habrían logrado salvar junto con ellas si hubieran hecho lo que Yo les exigía».

tural y espiritual en todo, en la estimación de la voluntad, en la cual se halla toda ganancia. Y esto es lo que quiso aquí decir el Señor en decir: que el que quisiere salvar su alma, ese la perderá„.

He aquí, pues, la grande y compendiosa lección—que muy pocos quieren escuchar—en que están señaladas las indispensables condiciones para oir con provecho y seguir de veras a Jesucristo, entrar con El en su Reino, gozar de su íntimo trato y "estupenda familiaridad„ y hallar el tan deseado *descanso* para nuestras almas: la total abnegación—en la cual entran toda suerte de *purgaciones* o mortificaciones *activas*, internas y externas—y la fiel tolerancia de las adversidades que la Providencia nos envía, o sea la generosa aceptación de *nuestras cruces cuotidianas (Luc.* 9, 23), en las cuales están todas las *purgaciones pasivas*, o sea las que sin buscarlas nos vienen.

Sin hacernos esta contínua violencia, no podremos conquistar el Reino celestial que la padece *(Mt.* 11, 12); y tanto más pronto entraremos y medraremos en él, "tanto más aprovecharemos, cuanto mayor sea la violencia que nos hagamos„ *(Kempis*, lib. I, cap. XXV). El que no quiere hacérsela, renunciando a sí mismo y a todo cuanto posee y llevando su cruz en pos del Salvador, no puede ser discípulo suyo *(Luc.* 14, 27, 33), ni, por lo mismo, aprender los grandes secretos de su escuela, pues no es digno de quien por nuestro amor quiso ser crucificado *(Mt.* 10, 38) (1).

"Por eso son tan pocos, nos dice el V. Kempis (Lib. IV, cap. VIII) en nombre del Señor, los que logran quedar iluminados e interiormente libres, porque no saben negarse del todo a sí mismos. Es firme mi sentencia: *No puede ser discípulo mío el que no renunciare a todo.* Si, pues, deseas ser mi discípulo, ofréceteme con todos tus afectos„ (2).

(1) «Los que me aman y siguen el camino que Yo seguí, el camino de los dolores, decía Nuestro Señor a la B. Angela de Foligno *(Visiones*, cap. 33), esos son mis hijos. Aquellos cuya mirada interior está fija en mi Pasión y mi muerte, en mi muerte, vida y salud del mundo, y no en otra cosa, esos son mis hijos legítimos; los demás no lo son».—«Si extra disciplinam estis... ergo adulteri, et non filii estis» *(Hebr.* 12, 8).—«Ne miremur si absque cura sancte et spiritualiter vivendi in orationis exercitatione non proficiamus; quia potius mirabile esset immortificatum atque impurum animum tot vinculis, quot imperfectiones habet, irretitum, ad coelestia contemplatione volare».—ALVAREZ DE PAZ, *De inquis. Pacis*, l. 2, P. 1, c. 1).

(2) «Omnia igitur consilia quibus ad perfectionem invitamur, ad hoc pertinent, ut animus hominis ab affectu rerum temporalium avertatur: ut sic liberius mens tendat in Deum, *contemplando*, amando, et ejus voluntatem implendo». S. THOMAS, *Opusc.* 18: *De Perfect. vitae spirit.* c. 6.

"En esto habíamos de estudiar noche y día, advierte S. Alfonso Rodríguez *(Unión y transform.*, cap. XXIV), en perseguirnos como a grandes enemigos: esto había de ser nuestro cuidado; sobre esto habíamos de tener nuestra oración, y todos nuestros cuidados y diligencias habían de ser salir de nosotros mismos y vaciarnos y desnudarnos de todo nuestro amor propio para que el Señor se aposente en nuestros corazones desnudos de todo amor terrenal,.. Y por no velar en esto, echando de nosotros a nosotros mismos, medramos tan poco, que al cabo de la vida se está el hombre tan lleno de sí mismo como al principio de su conversión y con pocos merecimientos delante de su Dios en la otra vida, por habérsele pasado en buscarse a sí mismo... Si el grano de trigo en la tierra muere, lleva mucho fruto, y si no, no; pues por este camino del morir el alma a sí misma viene a alcanzar la santidad y las virtudes, negándose a sí misma y tomando su cruz y siguiendo al Hijo de Dios. Pues ¿en qué me negaré, persiguiéndome? Digo que en lo poco y en lo mucho, no teniendo cuidado de mí, y no se me dando nada de mí, no me buscando en nada; porque buscándose, crece el amor propio y el alma vuelve atrás; y por el vencimiento de sí persiguiéndose, pasa adelante. Miremos por nosotros, porque cada vez que nos regalamos sin necesidad hacemos una locura: de condición que ninguno puede alcanzar la perfección, si no se persigue de veras„.

"Si me mortificare y negare, dice el P. La Puente *(Sentim.* § 13), habré quitado los impedimentos y estorbos de alcanzar la unión con Dios y *perfecta familiaridad con El*, y podré decir *(Cant.* 2, 4): "*Introdújome en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad*„. "Si quieres que Dios no te deje solo, añade (§ 14), procura en todo hacerle placer; pero esto no podrás alcanzarlo si no es muriendo a tí mismo: muere, muere por vivir; muere, que es penosísima cosa caminar solo por un camino tan áspero, tan peligroso y tan largo. Si mueres a tí mismo, luego serás digno de que Dios te acompañe y ande contigo, porque al mortificado se hace encontradiza la divina Sabiduría en todos sus caminos y obras, y le entretiene y alimenta: *Quoniam dignos se ipsa circuit quaerens (Sap.* 6, 17). Como el mortificado pierde los cuidados de sí mismo, así los toma Dios a su cargo con toda su providencia„.

"Los que seriamente trabajan por conseguir el completo desprendimiento que de sí mismos y de todas las co-

sas están obligados a procurar, decía Nuestro Señor al B. Susón *(Vida,* c. 34), esos *todos* vienen a tener sus sentidos y su espíritu tan perdidos en Dios, que ya no se acuerdan de sí mismos... De ahí que tengan tanto gozo y placer en todo lo que Dios hace y dispone... Y así es como tienen cuanto desean... El hombre que sabe sufrir se verá en parte recompensado en esta misma vida con la paz y gozo que en todas las cosas encuentra„.

Así debemos pedir día y noche al Señor, con sus fieles esposas, que nos atraiga en pos de El y nos dé virtud y gracia para seguirle en todos sus pasos por el estrecho sendero de la abnegación y el sacrificio, que lleva hasta el Calvario y la Cruz; pues sin seguirle, nos será imposible conseguirle (1), y cuantos de él se alejan, sin remedio habrán de perecer *(Ps.* 72, 27); mientras que muriendo con Cristo, luego vendremos a vivir con El, y participando de sus padecimientos, también participaremos de sus gozos (2).

"Muriendo el cristiano cada día a sí mismo, decía Nuestro Señor a María Lataste *(Oeuvres,* t. II, lib. 6, VI), por su inmolación y por su muerte *va a Dios;* por su inmolación quita lo suyo para recibir lo divino, y por su muer-

(1) «*Trahe me post te...* Quia dicit *post te,* magis illud mihi postulare videtur, advierte San Bernardo *(Sermo* 21 *in Cant.),* ut conversationis ejus valeat vestigia sequi, ut possit aemulari virtutem, et normam tenere vitae, et morum queat apprehendere disciplinam. In his quippe maxime opus est adjutorio, quo valeat abnegare semetipsam, et tollere crucem suam, et sequi Christum. Hic prorsus trahi necesse habet sponsa, nec sane trahi ab alio quam ab ipso qui ait: *Sine me nihil potestis facere.*—Scio, inquit, me nequaquam posse pervenire ad te nisi gradiendo post te, sed neque hoc quidem nisi adjutam abs te: ideoque precor ut trahas me post te. *Beatus,* siquidem, *cujus est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit in valle lacrymarum:* perventurus quoandoque ad te *in montibus gaudiorum.*—Quam pauci post te, o Domine Jesu, ire volunt, cum tamen ad te pervenire nemo sit qui nolit, hoc scientibus cunctis quia *delectationes in dextera tua usque in finem.* Et propterea volunt omnes te frui, at non ita imitari; conregnare cupiunt, sed non compati... Non curant quaerere quem tamen desiderant invenire, cupientes consequi, sed non sequi.—Non sic illi quibus aiebat: *Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus meis (Luc.* 22)... Dicebant ergo gloriantes *(Mt.* 19): *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te.*—Sic itaque et dilecta tua relictis omnibus propter te, concupiscit semper ire post te, semper tuis inhaerere vestigiis, ac sequi te quocumque ieris, sciens quoniam *viae tuae viae pulchrae, et omnes semitae tuae pacificae,* et quia *qui sequitur te, non ambulat in tenebris.* Precatur autem se trahi, quoniam *justitia tua sicut montes Dei,* nec sufficit ad illam suis viribus... *Trahe me post te, in odorem unguentorum tuorum curremus...* Curremus autem postea, cum reddideris *laetitiam salutaris tui...* Nunc vero interim *trae me post te...* Ergo cum te torpore, acedia, vel taedio affici sentis, noli propterea diffidere aut desistere a studio spirituali, sed juvantis require manum, trahi te obsecrans sponsae exemplo, donec denuo suscitante gratia factus promptior alacriorque, curras».

(2) «Communicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriae ejus gaudeatis exultantes. Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis: quoniam quod est honoris, gloriae, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos quiescit» (I *Petr.* 4, 13-14). «Nam si commortui sumus, et convivemus; si sustinebimus, et conregnabimus» (II *Tim.* 2, 11-12).

te cambia de vida para vivir de la de Dios. La inmolación y la muerte lo transforman por completo. La vida divina no puede venir al hombre sino por la destrucción de la humana; y he ahí por qué debe el cristiano, como sacerdote, sacrificar su vida para recibir la de Dios. Y sacrificando esa vida material, grosera, terrestre, animal y carnal, que siente en sí, sacrificándola cada día, cuanto más se sacrifica, tanto más va volviéndose su vida, desde aquí abajo, pura, celestial, espiritual, santa y divina. El sacrificio no aniquila, pues, su vida, sino que la transforma„.

Así es como, renunciándonos por completo a nosotros mismos y entregándonos a Dios totalmente y sin reserva ninguna, lejos de perder, venimos luego a quedar libres de nuestras miserias y llenos de la plenitud de El, y a gozar desde esta vida mortal de sus eternas riquezas y de sus más preciosos favores y misericordias. Aquí está, pues, la suma de la prudencia cristiana.

Todo lo que os he avisado en este libro, escribe Santa Teresa *(Camino de perf.,* c. 32), va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador, y poner nuestra voluntad en la suya, y desasirnos de las criaturas... Nuestro buen Maestro... sabe lo mucho que ganaremos de hacer este servicio a su eterno Padre, porque nos disponemos para que con *mucha brevedad* nos veamos acabado el camino y bebiendo el agua viva de la fuente... Esto es *contemplación perfecta...* ¡Oh, hermanas mías, qué fuerza tiene este don! No puede menos, si va con la determinación que ha de ir, de traer el Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza, y transformarnos en sí, y hacer una unión del Hacedor con la criatura...

„ *Y mientras mayor determinación tiene el alma..., más la llega el Señor a sí y la levanta* de todas las cosas bajas de acá y de sí mesma, para habilitarla a *recibir grandes mercedes,* que no acaba de *pagar en esta vida* este servicio. En tanto le tiene, que ya nosotros no sabemos qué nos pedir, y su Majestad nunca se cansa de dar, porque no contento con tenerla hecha una cosa consigo, por haberla ya unido a sí mesmo, comienza a regalarse con ella, a descubrirle secretos, a holgarse de que entienda lo que ha *ganado,* y que conozca algo de lo que la tiene por dar. Hácela ir perdiendo estos sentidos exteriores, porque no se la ocupe nada; esto es *arrobamiento,* y comienza a tratar de tanta amistad, que no sólo la torna a dejar su voluntad, mas dale la suya con ella, porque se huelga el Señor, ya que trata de tanta amis-

tad, que manden a veces, como dicen, y cumplir El lo que ella le pide, como ella hace lo que El le manda„.

Pero si no procuramos sinceramente despojarnos del hombre viejo con todos sus malos actos y hábitos viciosos, muriendo a nosotros mismos y a todo lo humano, mal podremos vestirnos del nuevo, creado en verdadera santidad y justicia, y ser renovados en el Espíritu, a fin de vivir de un modo del todo divino y fructificar para la vida eterna (1). El que así muere, a semejanza del grano de trigo *(Jn.* 12, 24-25), es el que revive y prospera y da frutos copiosos para la gloria (2); mientras el que ama sus gustos y comodidades y no se aborrece santamente, ese perderá su alma, haciéndose incapaz de entrar en el reino de Dios e indigno de vida eterna.

Por eso tenemos siempre que "cercar nuestros cuerpos de la mortificación de Jesucristo, a fin de que también su vivir divino se manifieste en nuestra misma carne mortal„ (II *Cor.* 4, 10-11); de tal suerte, que "ya no vivamos para nosotros, sino para quien por todos nosotros murió *(ib.* 5, 15), ni por lo mismo procedamos *a lo humano,* según nuestras pobres miras, sino en todo conforme a las de El, de un modo verdaderamente "sobrenatural, *sobrehumano*, como propio de verdaderos hijos de Dios, que en todo son movidos del divino Espíritu *(Rom.* 8, 5 14) y *gustan* y *sienten* las cosas del Espíritu (3).

(1) *Eph.* 4, 22-24; *Col.* 3, 9-10; *Gal.* 5, 22. «Por ser pocos los que trabajan por morir perfectamente a sí mismos y despojarse del amor propio, por eso —los más—se quedan enredados en sus afectos y no pueden levantarse en espíritu sobre sí mismos» (Kempis, lib. III, cap. 53).

Para que veamos cuán delgado hila Dios y cuán limpias de todo vicio y de todo lo terreno quiere las almas con quienes ha de comunicarse, basta recordar lo que escribe la V. M. Isabel de Jesús (1611-1682). Después de referir cómo un sacerdote conocido suyo tuvo que penar muchísimo en el Purgatorio por haber tomado tabaco en polvo, manchando así los dedos consagrados, añade *(Vida,* l. 3, cap. 3), que ese mismo sacerdote le encargó decir, para escarmiento de otros, «lo mucho que Dios se ofende de que los que le tratan y le comunican en la oración tomen el tabaco (en cualquier forma que sea).—Y también te hago saber que *el no medrar muchos en la virtud, y no comunicarles Dios muchos favores, es por este vicio...* No dejes de decirlo, porque les es de gran peligro a los que se llegan a Dios» (Cf. *ibid.*, l. 4, c. 1).

(2) «Cuanto la naturaleza es más mortificada y reprimida, tanto mayor gracia es infundida: y cada día el hombre interior va reformándose según la imagen de Dios, con nuevas visitaciones» (Kempis, III, 54).

(3) *(Ib.* 5). «Si rationi tuae magis inniteris vel industriae, quam virtuti subjetivae Jesu-Christi, raro et tarde eris homo illuminatus; quia Deus vult nos sibi perfecte subjici; et *omnem rationem per inflammatum amorem transcendare*» Kempis, lib. I, cap. 14).

«El aprovechamiento del alma, decía Santa Teresa *(Fundaciones,* c. V), está, no en pensar mucho, sino en amar mucho».

«¡Oh si supiesen los espirituales, exclamaba San Juan de la Cruz *(Subida,* I, cap. 5), *cuánto bien pierden y abundancia de espíritu* por no querer ellos acabar de levantar el apetito de niñerías; y cómo hallarían en este sencillo manjar del espíritu el gusto de todas las cosas si ellos quisiesen gustarlas! Mas *porque no quieren hacerlo, no le gustan*» (Cf. id. *Noche,* II, cap. 9).

Así, pues, los que son de Cristo y en todo proceden según El, han renunciado por su amor al de todo lo demás, al de honras y riquezas, gustos, habilidades, prácticas y comodidades, y, muy especialmente, al amor propio, al propio juicio y discurso y a la propia voluntad en todas sus manifestaciones (1); considerando como pérdida lo que el mundo tiene por ganancia y mirando como basura, por merecer a Cristo, todo cuanto los mundanos apetecen *(Phil.* 3, 7-8). Y después de haber "crucificado su carne con todos sus vicios y concupiscencias„ *(Gal.* 5, 24), viven muertos a sí mismos *(Col.* 3, 3), crucificados al mundo *(Gal.* 6, 14) y ajenos a todas sus máximas y vanidades, que reputan por locuras ante la eminente ciencia de Jesucristo *(Phil.* 3, 8) y la sublime sabiduría de su cruz, en que se muestra la virtud de Dios, por más que parezca necedad a cuantos perecen (I *Cor.* 1, 18). Y por eso, mientras los mundanos y carnales, y aun los que viven al *modo humano* de ellos—codiciosos de gloria vana y no conforme al espíritu de que viven *(Gal.* 5, 25-26)—no sienten ni gustan las cosas espirituales, sino sólo las terrenas; los que realmente proceden según el Espíritu de Jesucristo logran *sentir* y experimentar—como "espirituales„ y como hijos de Dios—las cosas del Espíritu (2).

"Después que el alma se ha tan bien mortificado y vencido, advierte S. Alfonso Rodríguez *(Unión,* c. XIII), como ya está desnuda y vacía de todo amor propio y de todas las cosas criadas, *de su peso, sin ningún impedimento se halla en Dios y con Dios y gusta altamente de su Dios,* por tener todo su amor en El solo; y así anda siempre con Dios y le halla en todas las cosas y criaturas; y así mira el alma a su Dios y le ama y adora en todas las cosas y criaturas, siente a su Dios... gusta de Dios, adora y ama en todas las cosas y criaturas„ (3).

(1) «No consiste el amor que Yo te pido, decía N. Sr. a su sierva Angela María de la Concepción *(Vida,* lib. 3, cap. 17), en afectos; efectos son la substancia del amor, y éstos han de ser padecer con igualdad y mucha resignación, sufriéndome a Mí, sufriéndote a tí y sufriendo a todos por mí: este es amor».

(2) «Non secundum carnem ambulamus, sed secundum spiritum. Qui enim secundum carnem sunt, quae carnis sunt sapiunt; qui vero secundum spiritum sunt, quae sunt spiritus *sentiunt*... Qui autem in carne sunt, Deo placere non possunt... Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis. Quicumque enim Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei» *(Rom.* 8, 4-5, 8, 13-14).

(3) «Deus itaque sublimis, dice Dionisio Cartujo *(De Fonte lucis,* a. 16), cum viderit mentem hominis spiritualis zelo justitiae penetratam, caritate flammigeram, puritate ac omni virtute fulcitam, ad divina fortiter aspirantem, mox dignantissime, exuberantissime, amorose, ac frequentissime ei occurrit, succurrit, cooperatur, seque ei communicat, manifestat, infundit,

"Por eso hay tan pocos santos, añade *(ib.* c. XIV), porque no nos vencemos, lo cual es cosa más heróica que no hacer milagros„.

Son muy pocos, observa S. Juan de la Cruz *(Noche* I, cap. XI, § 1.º), "los que sufren y perseveran en entrar por esta puerta angosta y por el camino estrecho que guía a la vida, como dice nuestro Salvador *(Mt.* 7, 14). Porque la *angosta puerta* es esta *noche del sentido,* del cual se despoja y desnuda el alma para entrar en ella, fundándose en fe, que es ajena de todo sentido, para caminar después por el *camino estrecho*, que es la otra *noche del espíritu,* en que adelante entra el alma para caminar a Dios en pura fe, que es el medio por donde él se une con Dios; por el cual camino, por ser tan estrecho, oscuro y terrible, son muchos menos los que caminan por él, pero son sus provechos también mucho mayores„.

"Es muy cierto, afirma Santa Teresa *(Moradas,* VII, cap. II), que en vaciando nosotros todo lo que es criatura y deshaciéndonos de ella por amor de Dios, el mesmo Señor la ha de henchir de Sí... ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste! Y no dejamos de entrar *aquí todos,* porque ansí dijo Su Majestad: *¡ Yo estoy con ellos!* ¡Oh, válame Dios, qué palabras tan verdaderas, y cómo las entiende el alma que en esta oración lo ve por sí! ¡Y cómo lo entenderíamos *todas* si no fuese por nuestra culpa! Pues las palabras de Jesucristo no pueden faltar; mas como faltamos en no disponernos y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, adonde nuestra imagen está esculpida„.

"Las causas porque muchos no alcanzan la gracia de la perfecta contemplación, según el P. La Puente *(Guía,* tr. 3, cap. II, § 3.º), son de dos maneras: unas, con culpa; otras, sin ella. Las primeras, que son *más ordinarias,* se reducen a las cuatro que reunió el santo Job, diciendo *(Job.* 28, 13, 14, 21) que la divina sabiduría, cuya obra es la contemplación, *no se halla en la tierra de los que viven suavemente,* siguiendo los gustos de la carne o de la propia voluntad, ni en el *abismo* y *mar* de los que andan engolfados con muchos negocios, turbados con cuidados, alterados con pasiones y amargos con remordimientos de pecados. Y además de esto, *está escondida a las aves del cielo*, que son los hombres de corazones

eam ad se elevat, intra se rapit, deosculatur, amplectitur, atque se ei intuendum, gustandum, fruendum offert ac exhibet».

altivos... Y finalmente, *está encubierta a los ojos de todos los vivientes,* esto es, de los que viven vida carnal y mundana... Porque, como declara San Gregorio *(Moral.,* lib. 18, c. 22), quien vive carnalmente no puede ver a Dios espiritualmente; pues por esto dijo El mismo *(Exod.* 33, 20): *No me verá hombre que viva...* Las otras causas... una es su mala disposición o complexión natural, que es *inhábil* para ella *si no se doma y habilita por la mortificación...* Mas, como advierte también el mismo Santo, *ninguno debe desconfiar,* si hace de su parte lo que puede para recibir los dones de Dios, porque así como el amor divino saca al contemplativo de su recogimiento... cuando la necesidad del prójimo lo pide, o la obediencia de los mayores lo manda; así también el temor de Dios refrena el natural inquieto y le hace estar sosegado en la oración y trato interior, por ver la necesidad que tiene de semejante ejercicio, y frecuentándolo con humildad... quizá *recibirá de gracia el don que repugnaba a su naturaleza...*

En efecto, añade: "*A todos* ofrece (Dios) la gracia de la oración y trato interior que les conviene para hacer con provecho sus ministerios; y ésta deberíamos todos aceptar y *procurar,* esperando de la divina liberalidad que nos dará la parte de la vida contemplativa en el grado y con la frecuencia y continuación que más nos conviniere, aplicándonos a ella, como dice San Agustín *(De Civit. Dei,* lib. XIX, cap. XIX), por todo el tiempo que otras ocupaciones de necesidad o caridad y de obediencia nos dejaren. Pues no sin causa dice el Salvador *(Luc.* 10, 42) de María, que ella *había escogido la mejor parte,* para significar que, aunque esta elección principalmente nace del mismo Cristo..., mas *también nosotros,* aceptando su inspiración, *la escogemos*".

Con la misma práctica de las virtudes que la vida activa reclama pueden hasta los más refractarios, dice Santo Tomás (2-2, q. 182, a. 4, ad 3), disponerse para la divina contemplación.

De ahí que el gran paso decisivo para llegar al verdadero seguimiento del Salvador y el único que, según decía el santo Cura de Ars, cuesta mucho en la vía espiritual, sea éste primero de resolvernos firmísimamente a hacer en todo y por todo, cueste lo que costare, lo que en cada caso veamos ser más grato a Dios, correspondiendo así fielmente a cuanto exija de cada uno de nosotros para santificarnos en verdad, y procurando reno-

var esta resolución cuantas veces podamos y siempre que por flaqueza la hayamos quebrantado (1).

Y he ahí por qué son tan raros los verdaderos contemplativos, y sobre todo, los que logran llegar hasta la más íntima unión y familiar comunicación con Dios; por ser tan raros—aun entre los mismos que pasan por buenos, recogidos y fervorosos—los que de veras se resuelven a dar ese paso decisivo de no negar a Dios absolutamente nada de cuanto vean claro que les pide, y de corresponder así con toda sinceridad y fidelidad a cuanto para nuestra santificación exija de cada uno (2). Y los que ni siquiera se resuelven a huir de la disipación y vivir en continuo recogimiento; los que en vez de no negar a Dios nada, no se quieren negar en nada a sí mismos, no haciéndose la menor violencia sino a lo sumo cuando se creen rigurosamente obligados, esos en vano se quejan de no saber a qué sabe el *maná escondido*, que está reservado para los *vencedores* (3).

Artículo 2.º—Este místico reino padece violencia.

Que todos empiecen, pues, a vencerse de veras, y luego empezarán también todos a gozar del fruto de sus victorias en las dulzuras de la paz que supera a todo sentido; luego sabrán a qué saben los frutos del árbol de la vida y el maná escondido; luego se encontrarán firmes

(1) «Hablando de los principios de los que ya van determinados a seguir este bien, y a salir con esta empresa..., en estos principios está todo el mayor trabajo; porque son ellos los que trabajan, dando el Señor el caudal, que en los otros grados de oración lo más es gozar, puesto que primeros y medianos y postreros todos llevan sus cruces, aunque diferentes» (SANTA TERESA, *Vida*, cap. XI).

(2) «Neque enim fas est mysticis, dice el Card. Bona (*Via compendii*, cap. IV), quidquam operari, quod divinis inspirationibus vel minimum repugnet... Continua igitur in rebus omnibus mortificatione opus est, ut secum ipse non dissideat, nec divisus sit, qui ad unum colligi cupit. Propterea pauci sunt viri spirituales, et religiosi qui hujus mysticae sapientiae notitiam habeant; quia paucissimi sunt, qui seipsos fortiter abnegent, et perfecte mortificent... Quamdiu enim, ait Richardus (lib. IV de *Contempl.*, cap. XVI), consolationem ab aliqua creatura accipimus, nondum Dilectum perfecte tenemus.—Quando autem tales fuerimus, ut nihil prorsus terrenorum nos delectet, *eodem momento*, eodem puncto temporis *videbimus quod cupimus*, ut promittit Augustinus (lib. I *Soliloq. de cogn. Dei et animae*, cap. XIV).

(3) «Jamás llegará un religioso, advertía el V. Juan de Saint-Samson (*Maximes Spirit.*, ch. XIII), a gustar el delicioso maná, no conocido sino de quien lo recibe, hasta no ser perfecto vencedor de sí mismo. Quien no tiene sus pasiones perfectamente mortificadas, no está dispuesto para recibir el don de entendimiento, sin el cual no hay cambio en espíritu». «Quien no ama la vida interior, añade (ch. XX), es juguete de sus pasiones... Los religiosos perezosos y tibios en la divina *introversión*, y en la ocupación interior, jamás experimentarán la dulzura y suavidad divinas, y así se verán como forzados a andar rodando por defuera, buscando apoyo y consuelo en los sentidos. Dista mucho de ser perfecto quien no sabe encontrar a Dios en todas las cosas».

como columnas en el templo de Dios y verán escritos sobre sí dos nombres nuevos maravillosos—símbolos del amor de Jesús y María—que los llenarán de aliento y de consuelo (1), y luego gustarán de esa admirable sabiduría que es más poderosa que todo y que, adelantándose a cuantos la buscan, les ha hecho vencedores. Dios está siempre dispuesto a concederla en abundancia, y sin reparar en las infidelidades antiguas, a quienes con toda sinceridad y confianza se la piden *(Jac.* 1, 4-5).

"Si, pues, invocas de veras a la divina Sabiduría e inclinas tu corazón a la prudencia espiritual; si la buscas como el dinero, y cavas para hallarla como se cava en busca de tesoros, entonces entenderás por experiencia en qué consiste el temor del Señor, y *hallarás la ciencia de Dios.* Porque el Señor *da la sabiduría,* y de su boca la prudencia y la ciencia„ *(Prov.* 2, 3-6).

El mismo que nos asegura esto, se nos ofrece a mostrarnos las sendas de la misma Sabiduría y conducirnos por ellas fácilmente, si con resolución las emprendemos y nos mantenemos en la santa disciplina (2).

"Recibe en tu juventud la doctrina—nos advierte en otro lugar—y hasta encanecer hallarás la sabiduría. Acércate a ella como los que aran y siembran, y espera confiado sus buenos frutos. Porque en su obra un poco tendrás que trabajar; pero luego comerás de sus productos. ¡Cuán excesivamente áspera es la sabiduría para los necios que no la conocen! El insensato no permanecerá en ella... Mas en los que la conocen permanece hasta la presencia de Dios... Con todo tu corazón procura acercarte a ella, y con todas tus fuerzas guarda sus caminos. Investígala y *se te manifestará;* y teniéndola, de ningún modo la dejes, porque en tus postrimerías hallarás reposo en ella, y se te convertirá en contentamiento... En ella está la hermosura de la vida, y sus cadenas son ligadura de salud... Piensa de continuo en los Mandamientos de Dios, y El te dará un corazón discreto, siempre ansioso de la sabiduría„ *(Eccli.* 6, 18-31, 37).

(1) «Vincenti dabo edere de ligno vitae, quod est in Paradiso... Vincenti dabo manna absconditum... Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei; et foras non egredietur amplius; et scribam super eum nomem Dei mei; et nomen civitatis Dei mei novae Jerusalem, quae descendit de coelo a Deo meo; et nomen meum novum» *(Apoc.* 2, 7, 17; 3, 12).

(2) Audi, fili mi, et suscipe verba mea, ut multiplicentur tibi anni vitae. *Viam sapientiae* mostrabo tibi, ducam te per semitas equitatis: quas cum ingressus fueris, non arctabuntur gressus tui, et currens non habebis offendiculum. Tene disciplinam, ne dimittas eam: custodi illam, quia ipsa est vita tua *(Prov.* 4, 10-13).

"Sentid, añade, bien del Señor, y buscadle con sencillez de corazón; porque es hallado de los que no le tientan, y se manifiesta a los que en El confían„ *(Sap.* 1, 1-2).

El Apóstol quiere que corramos por la senda de la virtud de tal modo, que logremos alcanzar el objeto de nuestros deseos: *Sic currite, ut comprehendatis* (I *Cor.* 9, 24). Que vivamos llenos de *gozo* y colmados de riquezas espirituales *(Rom.* 15, 13). Y que la paz de Dios, que supera a todo sentido, guarde nuestros corazones *(Phil.* 4, 7). Y vemos cómo la Sma. Virgen *(Luc.* 1, 53), de acuerdo con el Salmista (106, 9), nos asegura que Dios nos colmará de bienes si de veras los deseamos.

Si vivimos tan escasos de esos excelentes bienes que con tanta insistencia nos promete N. Señor, no es, pues, porque El se niegue a dárnoslos, sino sólo porque no queremos buscarlos como El nos manda y disponernos debidamente para recibirlos (1). Si nunca logramos saborear las dulzuras del maná escondido, es porque no nos vencemos (2); pues a los que temiendo a Dios se vencen, se les dan en prodigiosa abundancia *(Ps.* 30, 20); pero están escondidas y reservadas para sólo ellos. Venzámonos de veras por amor de Dios, y por experiencia veremos cuán grandes son (3).

(1) «Argüit nos pro certo negligentiae et incuriae, dice San Bernardo *(In Cant. Serm.* 57), ipsa inopia nostra. Nam si quis nostrum integre et perfecte, justa verbum Sapientis *(Eccli.* 39), *cor suum tradat ad vigilandum diluculo ad Dominum qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecetur,* simulque votis omnibus studeat (secundum Isaiam prophetam, cap. XL), *parare vias Domini, rectas facere semitas Dei sui;* cui cum propheta sit dicere *(Ps.* 24): *Oculi mei semper ad Dominum,* et *(Ps.* 15): *Quia providebam Dominum in conspectu meo semper:* nonne *hic accipiet benedictionem a Domino, et misericordiam a Deo salutari suo (Ps.* 23)? *Visitabitur* profecto *frequenter,* nec unquam ignorabit tempus visitationis suae, quantumlibet is qui in spiritu visitat, clandestinus veniat et furtivus... Ipse enim ait *(Prov.* 8): *Qui mane vigilaverint ad me inveniet me*».

(2) «El alma que otra cosa no pretendiere sino guardar perfectamente la ley del Señor y llevar la cruz de Cristo, será arca verdadera que tendrá en sí el verdadero maná, que es Dios» (S. Juan de la Cruz, *Subida,* I, c. V).

(3) «¡Oh cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura que tienes reservada para los que te temen! Pues ¿qué será para los que te aman? ¿Qué para los que te sirven de todo corazón? Verdaderamente es inefable la dulzura de tu contemplación, que das a los que te aman... Hallarán la suavísima consolación del Espíritu Santo los que por amor tuyo despreciaren todo deleite carnal» (Kempis, lib. III, cap. X).

«Cuanto más te apartares del consuelo de las criaturas, tanto más suaves y poderosas consolaciones hallarás en Mí» *(Ibid.* cap. XII).

«A las almas que me aman, decía al B.º Susón la *Eterna Sabiduría* (c. 13), no sólo *vengo a ellas con la efusión de mi cariño,* sino que en ellas habito y permanezco fijando allí mi mansión secreta; y nadie lo nota sino algunos pocos que viven alejados de las cosas de este mundo y con el corazón vuelto hacia Mí para conocer mis deseos y seguirlos».

Abscondisti timetibus te... «Haec est contemplationis dulcedo, advierte Alvarez de Paz *(De Inquis. Pacis,* l. 2, P. 3, c. 8), non omnibus pervia, sed tepidis et instabilibus abscondita; quia illi capiunt, qui assiduo labore et perseverantia, non aliter quam pretiosum thesaurum effodiunt.—Perfecisti eis

Por tanto, "los que teméis al Señor, esperad confiados su misericordia, y no os apartéis de El para no caer. Los que le teméis, creedle; y no perderéis vuestro galardón. Esperad en El, y su misericordia os llenará de *consuelo*. Amadle, y *serán iluminados vuestros corazones*... Nadie, esperando en El, quedó confundido„ *(Eccli.* 2, 7-11).

Si, pues, no somos iluminados ni consolados por Dios, es porque no le tememos ni amamos cual conviene, porque no perseveramos en buscarle, creyendo en El, guardando fielmente sus palabras de vida y confiando en sus santas promesas, y porque no le pedimos que con su santo temor crucifique nuestra carne *(Ps.* 118), ni nosotros tratamos de crucificarla cuanto es debido (1). Y "el don de la contemplación, observaba el P. Alvarez de Paz (t. II, lib. II, P. 1, cap. XI), está subordinado más que ningún otro a la práctica de la mortificación. Así se explica este fenómeno extraño en apariencia. Hallaréis en las Congregaciones religiosas muchas almas que viven con rectitud, absteniéndose de todo pecado grave y practicando, hasta cierto punto, las austeridades corporales y algunas obras de misericordia; y, sin embargo, ¿cómo es que se encuentran tan pocas que tengan el don de oración y gocen de las luces de la contemplación? ¿Acaso es nuestro Dios como un tirano que no permite a sus servidores que se le acerquen y le traten familiarmente? No; puesto que El mismo dijo: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*... Si, pues, hay muchos que, deseando aquel don, no lo alcanzan, y queriendo volar siguen arrastrándose por la tierra..., es porque la contemplación exige una práctica seria y continua de la mortificación. Y como es tan corto el número de los que saben negarse a sí mismos, no menos reducido tiene que ser el de los que penetran en la divina bodega para beber el vino de las comunicaciones celestiales„ (2).

Si no logramos con todas nuestras oraciones recibir nunca la visita del Señor, es porque con ellas no vamos a buscarle adonde El prometió ir, y donde seguramente

qui sperant in te, in conspectu filiorum hominum. Eam, inquam, dulcedinem in illis usque ad perfectionem provehis, o Domine, quorum est palam, et quasi in conspectu hominum eam sperare, id est per indefessam orationis perseverantiam se ejus amatores dignos ostendere».

(1) «Qui timent Dominum, custodiunt mandata illius; et patientiam habebunt usque ad *inspectionem illius*».—*Eccli.* 2, 21).

(2) «Homines stulti non apprendent illam, et homines sensati obviabunt illi... Non dixeris: Per Deum abest: quae enim odit ne feceris».—*Eccli.* 15, 7, 11. «Ego Dominus docens te utilia, gubernans te in via quam ambulas.—Utinam attendisses mandata mea: facta fuisset sicut flumen pax tua».—*Is.* 48, 17-18.

se le halla, que es al *monte de la mirra y al collado del incienso;* porque no le hacemos allí, donde El acostumbra a recrearse, una morada de su gusto; porque no juntamos debidamente el incienso de la oración con la indispensable mirra de la mortificación (1).

«Esta es, observa el V. Granada *(Devoc.*, cap. V, § 10), aquella mirra e incienso de que habla el Esposo en los Cantares, cuando dice *(Cant.* 4): *Yo iré al monte de la mirra y al collado del incienso.* Porque así como por el incienso se entiende la oración, así también por la mirra la mortificación; la cual, por una parte, es amarguísima a nuestro gusto, y por otra, de suavísimo olor y precio delante de Dios. Y no sin misterio se atribuye al monte la mirra y al collado el incienso, sino por ventura para dar a entender la ventaja que hace la mortificación a la oración, así en la dificultad como en la dignidad».

«Si somos fieles en mortificar nuestra carne en sus apetitos y deseos, dice M. Olier *(Introd. a la Vie chrét.*, ch. VIII, sect. 5), Dios *se hará presente en nosotros* y se unirá a nosotros íntimamente; y cuanto más cuidemos de mortificarnos, abnegarnos y cercenar hasta las menores cosas en que la carne pudiera buscarse, tanto más cuidará El de vivificarnos y animarnos. No hay mejor camino para llegar a la contemplación que la purgación de nosotros mismos, desterrando de nosotros todo lo que no es Dios y teniendo nuestra alma limpia y pura como un espejo en que el sol gusta de reflejarse».—«Dios, añade *(ib.* s. 6), es santo y quiere que sus hijos lo sean (I *Petr.* 1, 16). Su Hijo, dice San Pablo *(Rom.* 6, 4), a este fin resucitó, para que procedamos en novedad de vida, es decir, en santidad. Y a este fin nos ha dado también su divino Espíritu santificador, el cual está en nosotros para hacernos sus templos y santificarnos en todo (I *Cor.* 3, 17; 6; 19). Su intento es hacer tantos ángeles, tantos espíritus, separados de la carne por la santidad, como cristianos hay en la Iglesia».

«Purificad más y más, decía Nuestro Señor a María Lataste *(Oeuvres*, t. III, lib. 10, IX), vuestro corazón; desprendedle de vosotros mismos y de vuestras inclinaciones; desprendedle del mundo y de cuanto es del mundo; desprendedle de Satanás y de sus inspiraciones para unirle de la manera más perfecta a vuestro Dios y Salvador. No os desalentéis; luchad contra vuestras imperfecciones; llorad vuestras miserias; humilláos profundamente; abrid vuestros ojos a mi luz, vuestro oído a mi palabra, vuestra alma a mi gracia, y vuestro corazón llegará a ser puro. Entonces Yo habitaré en él y *me manifestaré a vosotros*... en ese vuestro corazón mismo... Yo lo dispondré como una habitación de placer en que quiero morar, y os entregaré su llave para que me podáis hallar al sentiros atraídos hacia Mí (2). En-

(1) Santo Tomás *(In Cánt.* IV) sobre aquellas palabras: *Vadam ad montem myrrhae et ad collem thuris,* dice así: «In myrrha, carnis mortificatio, vel mortificationum pro Christo tolerantia; in thure vero sancta devotio orationum accipitur. Mons ergo myrrhae et collis thuris, sunt excelsae animae sanctorum per *contemplationem. Promittit ergo Sponsus se ad montem myrrhae venturum, et ad collem thuris,* quia illas mentes sua visitatione dignatur inhabitare, quae membra cum vitiis et concupiscentiis mortificant, quae etiam seipsas per sancta orationum studia Deo gratum sacrificium faciunt».

Así comprenderemos con cuanta razón nos exhorta el Apóstol diciendo: «Mortificate ergo membra vestra... expoliantes vos veterem hominem cum actibus suis, et induentes novum, eum qui *renovatur in agnitionem,* secundum imaginem ejus qui creavit illum» *(Col.* 2, 5-10).

(2) «Veis aquí, hijas, dice Santa Teresa *(Morada V,* cap. II), lo que podemos con el favor de Dios hacer, que Su Majestad mesmo sea nuestra morada,

tonces tendréis en este destierro y valle de lágrimas un anticipado gusto de la realización de mi palabra: *Dichosos los corazones puros, porque verán a Dios*. Seréis dichosos, porque *me veréis*» (1).

«¡Oh Dios mío y vida mía!, exclama San Juan de la Cruz (*Llama*, canc. 2). Aquellos te *verán* y *sentirán tu toque* delgado, que enajenándose del mundo se pusieren en delgado..., a los cuales tanto más delgadamente tocas cuanto por estar ya adelgazada y pulida y purificada la substancia de su alma, enajenada de toda criatura y de todo rastro y de todo toque de ella, estás Tú escondido morando muy de asiento en ella; y en eso les abscondes a ellos en el escondrijo de tu rostro (que es el Verbo) de la conturbación de los hombres» (*Ps.* 30, 21).

Artículo 3.º—La falta de perseverancia.

Otra de las principales causas de no alcanzar este precioso don, es la falta de perseverancia, tanto en pedirle como en disponernos para alcanzarle con un contínuo, atento y amoroso recogimiento para poder oir la voz de Dios, y un confiado abandono en sus manos para que El haga de nosotros lo que quiera, y así nos purifique y disponga a su gusto; de confianza en su infinita misericordia, de generosidad en corresponder a sus continuos beneficios y llamamientos, y de resignación y longanimidad en sufrir todo el tiempo que El disponga las pruebas, quizá rudas y prolongadas, que su mismo amor se digne enviarnos, para acrisolarnos y hacernos digna morada suya (2).

labrándola nosotras... No habremos acabado de hacer en esto todo lo que podemos, cuando este trabajillo, que no es nada, junte Dios con su grandeza y le dé tan gran valor, que el mesmo Señor sea el premio de esta obra. Y ansí como ha sido el que ha puesto la mayor costa, ansí quiere juntar nuestros trabajillos con los grandes que padeció Su Majestad, y que todo sea una cosa. Pues ea, hijas mías, priesa a hacer esta labor y tejer este capuchillo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas a ninguna cosa de la tierra, poniendo obras de penitencia, oración, mortificación, obediencia, todo lo demás que sabéis... Muera, muera este gusano..., y veréis como *vemos a Dios*, y nos vemos tan metidas en su grandeza, como lo está este gusanillo en este capucho. Mirá que digo *ver a Dios*, como dejo dicho que se da a *sentir* en esta manera de unión. Si después que Dios llega a un alma aquí, *se esfuerza a ir adelante, verá grandes cosas*».—«Más alto es su vuelo, añade (cap. IV), y no os puedo satisfacer de este deseo hasta la *postrera Morada*».

«Justo es, decía N. Sr. al B.º Susón (*Vida*, c. 35), que los que sufren mucho por Mí y siempre viven con grandes trabajos en medio del mundo, vengan a ser las delicias de mi Corazón y vivan en un océano de gracias, en medio de un inalterable gozo espiritual.—Sábete, pues, que *todos* mis siervos que conmigo han muerto y resucitado, gozan... de una paz deliciosa que criatura ninguna les podrá quitar, y de muchas dulzuras y caricias divinas que Yo les prodigo interiormente, de modo que son una misma cosa conmigo».

(1) «Contemplatio volatus est, et volatus ad coelum: peccatum pondus est quo anima deprimitur et inclinatur ad terram. Abjiciendum est pondus ut mens tua ex societate corporis satis ad terram prona ad res coelestes efferatur. Nec putes haec de majoribus peccatis dici, quoniam minora quoque quibus non resistimus, gratiae contemplationis obsistunt. Soli enim mundi et puri ad Dei amplexus admittuntur» (ALVAREZ DE PAZ, *De Inquis. pacis*, lib. V, p. 1, app. I, cap. III).

(2) El autor de *Conocimiento obscuro de Dios* (cap. IX) señala, siguiendo a Gersón, entre otros, los siguientes impedimentos: «Algunos, dice, no lle-

Los que con toda humildad y confianza perseveran sin desmayar pidiendo a Dios el *Espíritu bueno* – que es la principal petición que se nos encarga hacer—y porfían en esa demanda, conforme el Señor nos advierte, día y noche, sin reparar, como la Cananea, en aparentes desdenes y repulsas, sufriendo con resignación y generosidad las sequedades, desolaciones, obscuridades y contrariedades, y venciendo las dificultades, tentaciones y repugnancias, resueltos a pasar por todo a trueque de no perder tanto bien; esos alcanzan seguramente, según la divina promesa, todo lo que pretendían y muchísimo más que ni acertaban a concebir y desear.—"Bienaventuradas, pues, exclama el V. Granada *(Oración*, cap. IX, § 5), las ánimas que desta manera perseveran; porque sin duda cuanto mayor fuere su perseverancia, tanto mayor será su gracia. Una de las cosas principales que han de tener los que han de recibir grandes dones de Dios, es la longanimidad de corazón para aguardar fielmente todo el tiempo que El quisiere; y en el entretanto consolarse con aquella esperanza del profeta, que dice *(Habac.* 2, 3): *Si un poco se tardare, no dejes de aguardarle; porque viniendo vendrá, y no tardará.* Pues cuando desta manera hayas aguardado un poco de tiempo, y el Señor viniere, dale gracias por su venida; y si te paresciere que no viene, humíllate delante dél, y conosce que no meresces lo que no te dieron, y conténtate

gan a contemplar, porque al principio de la subida de este monte hallan dificultades con las cuales vuelven atrás; y aunque tienen otra vez deseo de pasar adelante y subir al monte de esta contemplación..., luego desmayan; y así toda la vida son principiantes... Otros hay que quieren llegar a la cumbre de este monte de un salto... Estos son los que sin haber tratado primero de mortificación de los vicios, y sin haberse ejercitado en las virtudes y meditaciones santas, quieren subir al monte de la contemplación. Otros quieren caminar este camino cargados de grandes pesos de ocupaciones terrenas... Otros, llamándolos la gracia para que suban con frecuentes aspiraciones, y ofreciéndoles la puerta abierta, se distraen a otras ocupaciones, como diciendo a la gracia: que les espere un poco, que luego volverán; y no saben los miserables que si una vez se les va la gracia, no la podrán cobrar cuando quisieren».

«Quicumque per contemplationem ad summitatem montis Dei vult pervenire, dice San Buenaventura—o quien sea el autor del *Stimulus amoris* (P. 3, cap. IV)—, oportet quod nunquam quiescat dum vigilat, sed semper per mentis elevationem ascendat. Nam in isto ascensu non quiescere, est quiescere; et qui quiescere vult, fatigatur: nec postea sic potest bene ascendere... Ideo stulti sunt, et quid sit contemplatio inexperti, qui causa resumendi vires requiescunt... Et ista est ratio, sicut credo, quare sic pauci homines contemplativi attingunt supercilium montis. Unde si homo ascenderet quantum posset, et ibi quiesceret non inde recedens aliquo modo, et eras elevaretur altius,... sic faciendo semper..., plus iste proficeret in uno mense, quam alius in quadraginta annis, qui retrocederet ad quiescendum, et semper ad idem rediret. Unde... qui voluerit per contemplationem ad summitatem montis Dei pervenire, non quiescat nec retrocedat, donec assecutus fuerit quod intendit». «El que no deja de andar e ir adelante, aunque tarde, llega».—STA. TERESA, *Vida*, c. 19.

con haber allí hecho sacrificio de tí mesmo... Créeme cierto, que este es el paso más peligroso desta navegación, y el lugar donde se prueban los verdaderos devotos; y que si deste sales bien, en todo lo demás te irá prósperamente„ (1).

Los que así perseveran con magnanimidad, esperando contra toda esperanza, confiando siempre en la divina misericordia, y tras de juntar, en la forma que agrada al Esposo, la mirra con el incienso, totalmente se abandonan en sus amorosas manos, entregándosele con toda generosidad para que de ellos haga lo que más le plazca, y conformándose con toda resignación aun en las más dolorosas y largas pruebas; esos no tardan en recibir, en la forma que menos pensaban, todos los bienes reunidos; aunque a veces vengan tan disfrazados, que al principio cueste trabajo reconocerlos y agradecerlos; pues, como dice Sta. Teresa, "la paciencia todo lo alcanza„ (2).

La «voluntaria resignación, advierte Fr. Juan de los Angeles (*Vida perfecta,* diál. 4, § 5), engendra en el alma libre entrada o accesión a Dios y libertad de pedir cuanto Dios puede dar... ¿Y cómo no pedirá libremente el que tal renunciación hace?... Aquí se incluye también la preparación de la voluntad, que se ha de transfundir o traspasar de tal manera en la de Dios, que a nada se pegue ni asga en sí misma... Y según fuere la preparación en estas cosas, hallará la entrada y esperará el divino y espiritual influjo de los multiformes dones e ilustraciones de Dios».

«Cuanto más mortificamos, añade (*Ib.* § 6), las pasiones naturales, que son la causa principal de la sequedad de nuestro entendimiento, tanto más somos ilustrados con el don sobrenatural del entendimiento y adquirimos juntamente un espiritual apetito que nos impele y encamina a Dios, y hace al hombre vivaz y vigilante y que se convierta fácilmente al Señor».

«Creed, pues, almas santas, exclama el P. Caussade (*L' Abandon,* p. 1.ª, lib. II, ch. I, § 3), esperad y amad; pero por un simple toque que el Espíritu divino produce en vuestro corazón. He ahí su unción, he ahí su palabra, esa revelación mística y esa prenda de la predestinación y de todas sus dichosas consecuencias... El *abandono*—o entrega en las manos divinas—es un *medio general* para recibir las virtudes especiales en *toda la variedad de esos toques.* No pueden to-

(1) «Nemo illum invenire praesumat, dice S. Lorenzo Justiniano (*De casto Connubio,* c. 11), si non diligenter perseveranterque quaesierit. Non enim repente invenitur, quum etiam sollicite quaeritur. Quibusdam namque gradibus pervenit ad ipsum. Nullus ad ultimum attinget, nisi gradatim ascendat... Praecipua itaque regula animae affectantis Verbi connubium est, ut propriis viriliter repugnet concupiscentiis malis».

(2) «Patientes igitur estote et vos, et confirmate corda vestra, quoniam adventus Domini appropinquavit» (*Jac.* 5, 8).

Perseverando, dice S. Bernardo (*Serm.* 9 *in Cant.*), se logra muchas veces el deseado fervor: «Saepe corde tepido et arido accedimus ad altare, orationi incumbimus: persistentibus autem repente infunditur gratia, pinguescit pectus, replet viscera inundatio pietatis, et si sit, qui premat, lac conceptae dulcedinis ubertim fundere non tardabunt».

das las almas aspirar al mismo estado bajo las divinas impresiones; pero *todas pueden unirse a Dios,* todas abandonarse a su acción, todas recibir el toque del estado que les es propio, todas, en fin, *encontrar el reino de Dios* y participar de su excelencia y sus ventajas. Este es un imperio en que cada alma puede aspirar a una corona... Anunciemos, pues, a todas las almas (a todas las sedientas de justicia), no el estado de pura fe o de puro amor...; sino el *abandono a la acción divina* en general; y hagámosles entender a *todas* que *por ahí recibirán el estado singular* que ésta les tiene señalado. No las desolemos ni rechacemos; no alejemos a nadie de la eminente perfección. Jesús llama a ella a todo el mundo, puesto que de todos exige que estén sometidos a la voluntad de su Padre y que sirvan a formar su cuerpo místico, cuyos miembros no pueden con verdad llamarle su cabeza sino en cuanto la propia voluntad se encuentra perfectamente de acuerdo con la de El. Repitamos incesantemente a todas las almas que la invitación de este dulce y amable Salvador no les exige cosas tan difíciles y *extraordinarias...;* lo que les pide es que sus buenas voluntades se unan a El para conducirlas, dirigirlas y favorecerlas a proporción de esta unión».—«Quiero hacer ver a todos, añade (§ 8.º), que *todos pueden aspirar,* no a las mismas cosas distintas, sino al mismo amor, al mismo abandono, al mismo Dios, a su misma obra, y, por tanto, todos sin distinción *a la eminente santidad.* Los que se llaman favores extraordinarios y privilegiados, lo son únicamente por haber pocas almas bastante fieles para hacerse *dignas de recibirlos;* conforme se verá muy bien el día del juicio. ¡Ay! Entonces se verá que el haber quedado la mayor parte de las almas privadas de estas divinas larguezas, ha sido por culpa propia y no por cierta reserva de parte de Dios».

«Quien quiera, pues, *gozar de la abundancia de todos los bienes,* prosigue (§ 9.º), sólo una cosa tiene que hacer, y es: purificar su corazón, desprenderse de las criaturas y entregarse enteramente a Dios. En esta pureza y esta entrega lo *encontrará todo*».

Con esto, en efecto, superará todos los obstáculos y llegará a vencer hasta las mayores dificultades que parecían inhabitarle para las divinas comunicaciones.

Así nadie tiene por qué desmayar, aunque se vea sin fuerzas para practicar grandes austeridades y otras cosas que suelen hacer muchos Santos, si, a pesar de eso, tiene verdadera hambre y sed de justicia y con humildad sincera busca lo que el mismo Dios así le hace desear. Pues los deseos del humilde sacan fuerzas hasta de la propia flaqueza, la cual le hace poner en Dios toda su confianza, refugiándose bajo sus alas, y esperándolo todo de su infinita piedad y misericordia (1).

"Mi deseo, decía conforme a esto Sor Teresita del Niño Jesús *(Sa Vie,* ch. IX), fué siempre llegar a ser santa. Pero ¡ay!, al compararme con los Santos me he visto siempre como un granito de arena ante una altísi-

(1) «Lo que a nosotros toca, observa el P. La Puente *(Guía,* tr. 3, cap. IV), es suplicar a este Señor, que es camino, verdad y vida, nos ponga en aquel camino que más nos conviene para recibir la luz con que contemplemos la verdad eterna y el ardor con que amemos y alcancemos la vida bienaventurada».

ma montaña. Mas, lejos de desalentarme, me decía a mí misma: "Dios no inspira deseos irrealizables; por tanto, puedo muy bien, a pesar de mi pequeñez, aspirar a la santidad... Voy a buscar el medio de ir al cielo por un caminito nuevo, derechito y corto... Voy a buscarme *un ascensor,* pues soy excesivamente pequeña para subir por la ruda escala de la perfección...„ Entonces hallé estas palabras salidas de boca de la Sabiduría eterna: *Si alguien es* PEQUEÑUELO, *venga a mí (Prov.* 9, 4)... Queriendo luego saber qué haría con el *pequeñuelo,* he aquí lo que hallé *(Is.* 66, 13): *Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré Yo; os llevaré en mi seno y os acariciaré en mi regazo.* ¡Ah, jamás mi alma se regocijó con palabras más regaladas y melodiosas! ¡Tus brazos, oh Jesús, son el ascensor que ha de elevarme hasta el cielo! Para eso no necesito agrandarme; antes debo empequeñecerme cada vez más. Habéis, Dios mío, sobrepujado mis esperanzas, y quiero cantar vuestras misericordias„ (1).

Y puesto que Dios así atiende a los deseos de los humildes y pobres de espíritu y escucha propicio hasta las preparaciones o disposiciones que tienen en el corazón *(Ps.* 9, 48), claro está que la única dificultad principal—a que se reducen todas cuantas hay para recibir esta gracia de la divina contemplación—es la falta de sinceros deseos de ella, y, por tanto, de resolución para perseverar pidiéndola y esperándola, y para disponerse a recibirla con los medios que estén a nuestro alcance, y sobre todo, con la humildad, fidelidad y pureza de corazón.

«La principal causa de que tan pocos lleguen a este feliz estado, dice el V. Taulero *(Divinas Instituciones,* cap. XXV), es porque no perseveran en solicitarle y ponen poco o ningún cuidado en la extirpación de los defectos y vicios, en alcanzar la pureza de corazón y en allegarse perpetuamente a Dios... Todos los demás ejercicios—como la meditación, las oraciones vocales, los ayunos y vigilias—han de ordenarse, como a su propio fin, a esta amorosa unión con Dios, y en tanto se deben tomar con verdadera discreción en cuanto a ella conducen... Cuando el alma se hallare en esta unión con Dios, alégrese mucho y déle gracias; y cuando sienta que ha decaído de ella, pésele, suspire y gima: una y otra vez retírese a su interior, y aunque al principio sienta alguna dificultad, no por eso cese..., que al fin ya lo hará con facilidad y gusto como no desista de la empresa... Manténgase continuamente en un dulce y afectuoso recuerdo de Dios, y con ferviente amor estréchese con el sumo Bien de tal modo que, jun-

(1) «¿Cómo queréis que os haga finezas y os descubra mis secretos, si estáis llenas de hinchazón y no conocéis lo mucho que os falta de virtudes?... ¿Cómo queréis que os levante en mis brazos, si sois tan grandes a vuestros ojos?... Si no os miro rodar como 'pequeñuelos en el polvo de vuestra nada misma, ¿cómo os he de levantar'».—B.º Francisco Posadas, O. P., *Carta del Esposo,* § XII.

tando allí toda su alma con todas sus potencias y sentidos, venga a hacerse un espíritu con El. Esta es la suma de la santidad por la cual se toca fácilmente al supremo grado de la perfección, a la cual, entre mil, apenas hay uno que aspire, porque los más gastan el tiempo y las fuerzas en medios de poco fruto y así pasan años y años vanísimamente, no aprovechando nada en el espíritu y menospreciando miserablemente este bien incomparable. Quien desee, pues, verse felizmente libre de los pecados y adornado de todas las virtudes, recurra siempre a Dios y en El permanezca; ponga en El sus tiendas de campaña, y saldrá vencedor de todo... ¿Por qué ponemos nuestro afecto en las criaturas, con las cuales, a pesar de eso, no podremos unirnos, mientras que renunciando a ellas *podemos*, en cierto modo, *transformarnos en Dios*? Entreguémonos, pues, del todo a El y por su amor resignemos en su voluntad todas las cosas, y de esta manera en un día alcanzaremos más de verdadero aprovechamiento, que alcanzaríamos en treinta años con nuestra propiedad».

Esta resignación nos hará aceptar valerosamente las pruebas y medicinas con que el Señor se sirve acrisolarnos y disponernos para la perfecta unión con El.

«Aquí nos conviene notar, advierte a su vez San Juan de la Cruz (*Llama*, canc. 2), la causa por qué hay tan pocos que lleguen a tan alto estado de perfección de unión de Dios: en lo cual es de saber que *no es porque Dios quiera que haya pocos espíritus levantados*, que antes *querría que todos fuesen perfectos*; sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra, que como los prueba en lo menos y los halla flojos, de suerte que luego huyen de la labor no queriendo sujetarse al menor desconsuelo y mortificación, obrando con maciza paciencia, de aquí es que, no hallándolos fuertes y fieles en aquello poco que les hacía merced de comenzarlos a desbastar y labrar..., no va adelante en purificarlos y levantarlos (1). Así hay muchos que desean pasar adelante y con gran continuación piden a Dios los traiga y pase a este *estado de perfección*; y cuando Dios los quiere comenzar a llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas y hurtan el cuérpo, huyendo el camino angosto de la vida, buscando el ancho de su consuelo, que es el de la perdición; y así no dan lugar a Dios para recibir lo que le piden... y así se quedan como vasos inútiles...

»¡Oh almas que queréis andar seguras y consoladas en las cosas del espíritu!, si supiéredes cuánto os conviene padecer sufriendo para venir a esa seguridad y consuelo, y cómo sin esto no se puede venir a lo que el alma desea, sino antes volver atrás, en ninguna manera buscárades consuelo, ni de Dios ni de las criaturas; mas antes llevaríades la cruz y, puestos en ella, querríades beber allí la hiel y vinagre puro, y lo habríades a gran dicha viendo cómo muriendo así al mundo y a vosotras mismas, viviríades a Dios en deleites de espíritu; y así sufriendo con paciencia y fidelidad lo poco exterior, *mereceríades* que pusiese Dios los ojos en vosotras para purgaros y limpiaros más adentro... Porque muchos servicios han de haber hecho a Dios y mucha paciencia y constancia han de haber tenido y muy aceptos han de haber sido delante de El en su vida y obras, a los que El hace tan seña-

(1) «Dios, decía el famoso P. Baptista de Crema, O. P. (*De la cognitione et vittoria de si stesso*, lib. I, cap. XIX), no falta a ninguna suerte de hombres para querer hacerlos perfectos; pero algunos—y muchos por desgracia—se faltan a sí mismos y echan la culpa a otros; y en ese número figuran los pusilánimes».

lada merced de tentarlos más adentro, para aventajarlos en dones y merecimientos... Les hace y deja tentar para levantarlos *todo lo que puede ser*, que es llegar a la unión con la Sabiduría divina».

Artículo 4.º—La verdadera abnegación y el amor a la Cruz.

En la *abnegación total* que el Señor nos pide y en que no se hace excepción alguna, entran—según queda dicho—toda suerte de mortificaciones o *purgaciones activas*, tanto exteriores como interiores, que con nuestra industria podamos emplear para vencernos, corregir nuestros defectos y vicios y aficionarnos a la virtud: y esto es lo que caracteriza la *vía purgativa* y los comienzos de la *iluminativa* en cuanto pertenecen a la *ascética*.—En la tolerancia y el amoroso abrazo de las cruces que en cada hora se digna enviarnos N. Sr., como a fieles amigos suyos, entran toda suerte de *purgaciones pasivas* con que providencialmente vamos siendo curados por su paternal mano de los vicios o defectos que resisten a la purgación activa y muy en particular de los *ocultos*, que no podríamos siquiera conocer ni por tanto corregir por iniciativa propia, y sólo se conocen y remedian según nos va El así poniendo el dedo y la medicina en la llaga; y además, de los mismos que conocíamos y lamentábamos sinceramente, sin lograr, a pesar de eso, acabar por completo de remediarlos (1).—Así, con estas purgaciones pasivas, con estas cruces que, por la virtud de Dios, son nuestra medicina, nuestra corrección, nuestra disciplina y nuestra luz verdadera o ciencia de la salud, vamos siendo curados espiritualmente, educados cristianamente, acostumbrados al bien e informados en la ciencia de los santos. Son, pues, la "disciplina del Se-

(1) «Cuando Dios quiere comunicarse familiarmente a la criatura, advierte el P. Nouet (*Intr. a la Vie d'oraison*, l. 4, entr. 10), acostumbra darle a conocer las infidelidades y las manchas de su corazón, a fin de purificarlo antes de derramar en él una más abundante infusión de sus dones.—Y lo hace mediante una luz sobrenatural que esclarece el alma y en un instante le descubre todos sus más secretos movimientos, todos sus afectos desordenados, todas las resistencias que ha opuesto a las inspiraciones del E. S., todas las promesas infieles que ha hecho a N. Sr. sin cumplirlas, todos los buenos propósitos y santas resoluciones que la gracia había formado en su corazón y que ella, por su negligencia, ha dejado perecer: en una palabra, todas sus malicias, sus rodeos, sus extravíos, que jamás había conocido en toda su vida tan claramente como ahora en un momento.—Esta luz es en cierto modo semejante a la que Dios nos dará en el juicio particular y más aún en el universal... ¿Cómo ha de poder un enfermo buscar los remedios de su mal, si no lo siente ni lo conoce? Preciso es, pues, que N. Sr. le muestre al alma sus defectos, a fin de que, corrigiéndolos poco a poco, según el conocimiento que de ellos se la da, se disponga para la unión y se haga capaz de ser admitida en la cámara regia. De ahí que haya tan pocos que lleguen a la perfección, porque no dedicándose al conocimiento de sí mismos, y a evitar las menores ofensas, permanecen siempre en sus imperfecciones, las cuales llevarán al Purgatorio para encender los devoradores fuegos que deben purificarles antes de que puedan entrar en el cielo».

ñor, que nos corrige hasta el fin, y nos enseña „ *(Ps.* 17, 36), haciéndonos entrar de veras por las sendas de la justicia; y son la "vara de su virtud con que domina en medio de sus enemigos„ *(Ps.* 109, 2), y con que, una vez bien corregidos, nos gobierna y nos *consuela (Ps.* 22, 1-4), indicándonos donde mora, donde apacienta y reposa al medio día *(Cant.* 1, 6), para que allí vivamos de asiento y no andemos extraviados.

Así estas purgaciones, como no hechas ya de un *modo* simplemente *humano* ni por *iniciativa propia,* pertenecen de lleno a la *mística*, y empiezan a sufrirse en la misma *vía purgativa,* disponiendo para la *iluminativa,* en que de veras se emprende ya la senda de la virtud, y se aprende la ciencia de la salud; y así abundan más en ella y sobre todo en la *unitiva,* donde saliendo ya las almas de sí mismas y siguiendo en todo a Jesús como único *camino,* y acercándose y uniéndose cada vez más a El como a verdadero foco de *luz* y de *vida,* van quedando del todo iluminadas *(Ps.* 33, 6), renovadas, revivificadas y abrasadas en amor divino (1). Y así, desechadas las obras de las tinieblas y revestidos de las armas de la luz *(Rom.* 13, 12), los fieles siervos de Dios tienen plena luz de vida *(Jn.* 8, 12); y a fuerza de adherirse o El más y más—en lo que ya por experiencia saben que está todo su bien *(Ps.* 72, 28)—van quedando hechos un espíritu con El (2).

(1) «Hijo, cuanto puedas salir de tí mismo, tanto podrás pasarte a Mí. Así como el no desear nada exteriormente produce la paz interior, así el abnegarse interiormente produce la unión con Dios... Sígueme...: Yo soy el camino que debes seguir, la verdad a quien debes creer, la vida que debes esperar... Si permanecieres en el camino, conocerás la verdad, y la verdad te librará y alcanzarás la vida eterna».—KEMPIS, l. 3, c. 56.

«El precioso don de la vida contemplativa, dice el V. Juan de Saint-Samson *(Maximes spir.,* c. 21), no es sino para aquellos que son viles a sus propios ojos y que incesantemente y con firmeza cultivan la gracia con las prácticas del amor... Para entrar en esta vida tan alta, hay que pasar antes por varios grados que, en su conjunto, consisten en una perfecta purificación, iluminación y unión».

(2) I *Cor.* 6, 17.—«Así como el sol envía sus rayos al mundo, consolándole y alegrándole, así, dice S. Alfonso R. *(Del E. S.—Obras,* t. 2, p. 209-10), este verdadero sol de justicia, el Espíritu Santo, como ve al alma que se va a El y se sujeta, *luego la visita,* la enseña y *se le da a conocer,* y la enciende en su amor, ilustrando su entendimiento con el conocimiento de este Señor; y como amigos, se tratan con gran suavidad y amor y familiaridad y dulzura. Allí la mueve y inspira a que le pida mercedes, para concedérselas, como aquel que tanto la ama; allí crece el alma tanto en el amor de Dios, que toda ella está inflamada y abrasada... Y es de tanta virtud el E. S. (porque es amor), y ama tanto al alma, que la hiere su corazón de amor, para que se asemeje a El...: por do viene a estimar en tanto a este Señor, que causa en el alma un gran menosprecio de sí misma y de todas las cosas terrenales y carnales; y estando toda cebada en este divino amor, todo su gusto es el contentarle y servirle muy de veras, dando de mano a todas las cosas de esta vida por su amor».

Las mortificaciones *activas* se ordenan, según ya dijimos, a corregir todos los defectos y malas inclinaciones que en nosotros veamos, sean interiores o exteriores, pues todo ha de quedar dominado, rectificado, ordenado y sometido a Cristo.—Así no basta, como hoy tantos amadores de sí mismos suponen o pretenden, negarse interiormente, aunque esto sea lo principal: no basta, digo, tratar de vencer el amor propio, el propio gusto y la propia voluntad, etc., descuidando las penitencias corporales con pretexto de que pueden dañar a la salud, o de que, solas, "sirven de poco, mientras la piedad es útil para todo„ (I *Tim.* 4, 8); que de menos que poco les servirá la salud del cuerpo si por conservarla pierden la del alma (1); y en vano aspirarán a la verdadera *piedad,* sin avasallar por completo sus pasiones y malas inclinaciones: lo cual exige *castigar* a todo trance con ayunos, vigilias, disciplinas, cilicios y otros rigores y austeridades, las rebeldías de nuestro cuerpo y someterlo a servidumbre, para no hacernos réprobos (2). Pues sin prácticas de penitencia, no podríamos entrar en el Reino de Dios (3).

(1) «Qui enim voluerit animum suam salvam facere, perdet eam.. *Bonum tibi est ad vitam ingredi debilem, vel claudum, quam duas manus vel duos pedes habentem mitti in ignem aeternum*».—*Mt.* 16, 25; 18, 8.

(2) I *Cor.* 9, 27.—«Si los directores de almas nos preguntasen, declara el P. Weiss *(Apología,* t. IX, cf.ª 9, n. 12), por qué, a pesar de todos sus esfuerzos, suelen alcanzar tan pocos resultados en su ministerio, les diríamos: ejercitad en la mortificación y abnegación personal a cuantos a vosotros se dirijan; y para que mejor lo hagan, dadles ejemplo de ello».

(3) *Mt.* 3, 2-4; 4, 17; 11, 21-22; *Luc.* 13, 5. Benedicto XIV *(De serv. Dei beatif.* l. 3, c. 28 et 29) advierte que no se pasa adelante en ninguna causa de beatificación o canonización (salvo las de los mártires) si consta que el sujeto de quien se trata no se ejercitó en austeridades.

Las ventajas de éstas, dice muy bien el P. F. Naval *(Ascética y Mística,* 1914, n. 51), «son principalmente: 1.º la de *satisfacer* por los pecados, según aquello de Joel (2, 12): «Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejunio, et in fletu, et in plantu»; 2.º, *domar* los apetitos, siguiendo el ejemplo de San Pablo (I *Cor.* 9, 27): «Castigo corpus meum, et in servitutem redigo»; 3.º, *dar eficacia* a las oraciones, como el Arcángel San Rafael dijo a Tobías (12, 8): «Bona est oratio cum jejunio»; 4.º, *atraer* las divinas consolaciones, conforme a los vaticinios de los profetas *(Jerem.* 31, 13) y a las sentencias de Jesucristo *(Mt.* 5, 5): «Beati qui lugent...»; 5.º, *resistir* al enemigo, como lo practicaba David *(Ps.* 34): «Cum mihi molesti essent, induebar cilicio», y lo confirmaba San Antonio Abad: «Credite mihi, fratres, pertimescit satanas piorum vigilias, orationes, jejunia»; 6.º, *ofrecer* a Dios un sacrificio místico de todo nuestro sér según lo encarga el Apóstol *(Rom.* 12, 1): «Ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum»; 7.º, *imitar* la Pasión de J. C. y participar de ella, cumpliendo así lo que le falta, según la idea de San Pablo *(Col.* 1, 24): «Adimpleo ea quae desunt passionum Christi, in carne mea»; 8.º, *disponerse* a la meditación, a la contemplación y a la unión con Dios, como lo afirman San Gregorio *(Morales,* l. 5, c. 5), Sta. Teresa *(Moradas,* V, c. 2), Benedicto XIV *(ob. cit.* l. 3, c. 28, n. 19) y otros; 9.º, *ejercitar* digna y fructuosamente el apostolado, correspondiendo al ejemplo y exhortación del Apóstol de las gentes (II *Cor.* 6, 4-10): «In omnibus exhibeamus nos metipsos sicut Dei ministros..., in vigiliis, in jejuniis».

Verdad es que deben mirarse sólo como un puro medio y que no ha de pegarse el alma a ellas como si ahí estuviese el todo; y así deben ser reguladas según la salud y las obligaciones lo permitan, empleándolas conforme sean necesarias para su objeto, y siempre para mejor lograr y de ningún modo impedir el fin de la mortificación interior, que es la principal. Y esta regulación no puede hacerla por sí mismo el interesado, sino dejarla a su director espiritual.—Pero los que, sin suficientes motivos, priven a un alma de sus debidas penitencias, tendrán sin duda alguna que sufrirlas ellos mismos en cambio, y bien duras, en un terrible purgatorio. Y los que por sistema disuadan de ellas, como de cosas poco importantes, a pesar de verlas tan recomendadas por la Iglesia y tan practicadas de todos los Santos, tales consejeros o directores—según enseñan a una los verdaderos maestros de la vida espiritual—aunque hagan milagros, no deben ser creídos, sino huídos como falsos profetas y como el mismo demonio (1).

Esta abnegación y mortificación nos obliga ante todo a eludir toda influencia dañosa, y luego a procurar y fomentar las provechosas: nos obliga a evitar en lo posible el trato del mundo y las malas compañías; a huir de la disipación y de las conversaciones vanas, sabiendo que no morá Dios en la conmoción y que habremos de darle cuenta hasta de una palabra ociosa *(Mt.* 12, 36) o de un punto de tiempo mal gastado, y a entrar en nosotros mismos, y vivir ante el Señor con toda modestia y recogimiento *(Phil.* 4, 5; *Prov.* 22, 4), velando y orando incesantemente para no caer en tentación ni dejarnos sorprender de ninguna mala inclinación, sino, al contrario, vencer en todo con el auxilio divino, que se da a los que lo piden (2). Así podremos en silencio atender bien a lo

»Y no se diga en contrario que los tiempos actuales y la civilización moderna exigen otros procedimientos; pues las razones aducidas son absolutas y tienen idéntico valor para todos los tiempos y civilizaciones: las pasiones humanas son las mismas, el cielo es el mismo, la ley de J. C. no ha variado ni variará nunca. Y santos hay ahora que prueban, como lo probaron los del tiempo de Sta. Teresa, que la naturaleza humana puede muy bien llevar esta carga de la penitencia con las debidas condiciones».

(1) «Si algún tiempo le persuadiere alguno, sea a no Prelado, escribe San Juan de la Cruz *(Carta* 25; edic. crít. t. 3.°, p. 109), doctrina de anchura y más alivio, no la crea ni abrace, aunque se la confirme con milagros; sino penitencia y más penitencia, y desasimiento de todas las cosas: y jamás, si quiere llegar a poseer a Cristo, le busque sin la Cruz».—Cfr. S. Ligorio, *Homo apost.*, append. 1, 3, 25.

(2) «Pongamos, pues, dice el B.° Avila *(Audi Filia,* cap. 56), un velo entre nosotros y toda criatura, no hincando los ojos del todo en ella, porque ocupados allí no perdamos la vista del Criador... Y creed cierto, que una de las más ciertas señales del corazón recogido es la mortificación en el mirar, y del corazón disoluto, la disolución del mirar. No hay pulso que tan cierto

que nosotros se digne hablar N. Sr., que habla en sus siervos palabras de paz (1).

Y a fin de ser más fieles a la gracia y más dóciles a las divinas inspiraciones, las almas generosas no se contentan con negarse y mortificarse en lo que están obligadas, por ley de Dios o de la Iglesia, bajo pecado grave o leve,—lo cual es del todo indispensable para no morir, ni enfermar espiritualmente—sino que, deseando crecer de veras en salud, y cumplir del mejor modo posible "la voluntad de Dios *buena, agradable* y *perfecta*", para *experimentar* cuál es, procuran, según nos encarga el Apóstol, ofrecerle "sus mismos cuerpos como una hostia viva, santa y agradable, no conformándose en nada a este siglo, sino reformándose en la novedad del sentido cristiano" (2); renunciándose en todo y por todo a sí mismos para mejor atender a las menores indicaciones de Dios, como quiera que nos las haga (3); ya mediante los consejos evangélicos, o las disposiciones de la obediencia, ya mediante la voz interior que nos lleva a imitar a Cristo, escogiendo lo más amargo y molesto (*Hebr.* 12, 2) y sacrificando nuestro gusto siempre que lícitamente se pueda, para mejor disponernos a cumplir con fidelidad y sin dificultad el divino, sirviendo a Dios como verdaderos hijos y no como siervos o extraños (4).

declare lo que hay en el cuerpo cuanto el ojo declara lo que hay en el ánima de bien o de mal. Por lo cual el Esposo alaba a la Esposa de los ojos, diciendo (Cant. 1 et 5): *Tus ojos son de paloma*».

(1) «Conviene al ánima de todo punto, observa el P. G. de Cisneros (*Ejercit.* c. 44), lanzar de sí todas ocupaciones interiores y exteriores, y que solamente entienda en recibir a su Esposo; por cuanto es simple y uno, y quiere ser buscado en simplicidad y unidad del corazón; ca el tal corazón no es simple y uno, que en tantas partes está diviso por cuidados humanos, vanos... Vos, Señor, resucitais al menguado y postrado del polvo de las vanas cogitaciones... Aqueste don de gracia verdaderamente es atribuído a aquellos solos que diligente y ardientemente lo buscan, y para esto se disponen».

(2) «Obsecro itaque vos, fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam Deo placentem... Et nolite conformari huic seculo; sed reformamini in *novitate sensus* vestri; ut *probetis* quae sit voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecta». *Rom.* 12, 1-2.

(3) «Negar a Dios advertida y deliberadamente una cosa cualquiera con pretexto de que es una nonada, eso advierte el P. Grou (*Manuel*, p. 102: *De la fidelité aux petites choses*), es faltar al amor en un punto esencial; es renunciar a la familiaridad o íntima unión con Dios; es privarle de su mayor gloria; pues en esto la pone, en que la criatura no mire nunca como cosa ligera lo que a El agrada o desagrada, sino que esté siempre dispuesta a sacrificarlo todo al menor beneplácito de su Dios... Un alma fiel en la resolución de complacerle a El aun en las menores cosas *gana infaliblemente el corazón divino*, y atrae sobre sí *toda su ternura, todos sus favores, todas sus gracias;* y amontona en cada instante inconcebibles tesoros de méritos».

Sin embargo, añade, «el amor quiere una santa libertad: todo consiste en no perder de vista a Dios, en hacer en cada momento lo que su gracia nos inspire, y en apartarnos de cuanto vemos que le desagrada... Cuando esto no vemos, es señal de que allí no hay nada contrario a su beneplácito».

(4) «Sobrii, *perfecte sperate in eam, quae offertur vobis, gratiam, in revelationem Jesu Christi;* quasi filii obedientiae, non configurati prioribus ig-

Y para que este sacrificio sea más acepto y más duradero, se consagra y ratifica—cuando para ello haya la gracia de un llamamiento muy especial—con los tres votos religiosos, mediante los cuales totalmente se renuncia a las tres grandes concupiscencias del mundo (I *Jn.* 2, 16), que tanto apartan de la caridad de Dios, y con ellas aún a los más legítimos placeres que puedan hallarse ya en los bienes exteriores, ya en el cuerpo y ya en la misma alma; muriendo de veras a todo y a sí mismos, y muy particularmente a lo más noble que en nosotros hay, cual es la propia voluntad y el propio juicio, para seguir en todo y por todo a Jesucristo, cautivados y cautivando en obsequio suyo todo gusto, todo querer y, lo que es aún más difícil y más necesario—*todo entendimiento* (1).—Y así este feliz cautiverio, que se hace mediante la santa obediencia, necesitan hacerlo, de un modo o de otro—como también el sacrificio de la pobreza de espíritu y castidad de alma, o pureza de corazón—hasta los mismos seglares, procurando sujetarse y obedecer en

norantiae vestrae desideriis, sed secundum eum qui vocavit vos, sanctum, et ipsi in omni conversatione sancti sitis». I *Petr.* 1, 13-15.

«N. Sr. incesantemente nos inculca, dice el P. Chardón *(La Croix,* I entret. c. 23), la verdadera abnegación y la total renuncia no sólo a las cosas agradables y superfluas, sino también a las que nos son necesarias, dado que impidan la *perfecta unión* con el soberano Bien».

«Compara Cristo N. Sr., advierte San Juan de la Cruz *(Subida,* l. I, c. 6), a los que negando todos los apetitos de las criaturas se disponen para recibir el Espíritu de Dios puramente, a los hijos de Dios; y a los que quieren cebar su apetito en las criaturas, a los perros. Porque *a los hijos es dado comer con su padre* a la mesa y de su plato, que es *apacentarse de su espíritu,* y a los canes las migajas que caen de la mesa». «Llamo hijos del Espíritu, dice Sta. Angela de Foligno *(Visiones,* c. 65), a aquellos que por la gracia y la caridad viven en Dios, en la perfección del amor transformado... Llamo *perfecto* a quien ha transformado su vida en la semejanza del Hijo de Dios».

(1) II *Cor.* 10, 5.—«Cuanto uno más se ligare con Dios, dice San Ignacio *(Reg.* 19 *sum. Const.),* y más liberal se mostrare con su divina Majestad, *tanto le hallará más liberal consigo,* y él será más dispuesto para recibir cada día *mayores gracias y dones espirituales*«.—«El que anda con mucho cuidado y diligencia para agradar a Dios, no sólo en las cosas de obligación—advierte a este propósito Rodríguez (Tr. 1, c. 10)—, sino en las de supererogación y perfección, y no sólo en las mayores, sino es también en las menores, ese es el liberal con Dios. Pues *con los que son así liberales, es también Dios muy liberal; estos son los favorecidos de Dios, a quien El hace las mercedes:* a estos les da, no solamente aquellos auxilios generales que bastan para resistir y vencer las tentaciones, sino también los especiales y superabundantes y eficaces. Pero si no sois liberal con Dios, ¿cómo queréis que sea Dios liberal con vos?... De donde se verá bien cuánto nos importa el hacer mucho caso de cosas pequeñas, si pequeñas se pueden llamar las que nos acarrean tanto bien... Por eso dijo el Sabio *(Eccles.* VII): *Qui timet Deum nihil negligit:* El que teme a Dios, en ninguna cosa se descuida, por mínima que sea».

«Muchas veces se me ha hecho saber, decía Sor Benigna Gojoz (1615-1692; *Vie,* 1.ª P., c. 9), que para amar a Dios perfectamente, debo hacer que su amor reine sobre la razón, y la razón sobre mis inclinaciones y movimientos naturales...; que el alma que vive de Dios debe incesantemente morir a sí misma...; y no es querer morir el conservar advertidamente un solo gusto de la vida. Sí, Jesús me ha dicho que, para llegar a la muerte mística, que con-

todo a un sabio y celoso director; sin lo cual, como ciegos que no tienen quien les lleve, les será poco menos que imposible entrar por las vías del espíritu (1).

De este modo, purificados para acercarnos a Dios, El se acercará luego a nosotros *(Jac.* 4, 8): haciendo lo que es de nuestra parte por enderezar nuestra conducta y reformar nuestra vida, prepararemos los caminos del Señor para que, cuando bien le plazca, venga a perfeccionar la obra de nuestra salud y dirigirnos, en pos de El, por las sendas de la paz. Procurando estar muertos a nuestras malas inclinaciones y crucificados al mundo, para lograr que nuestro vivir sea Cristo *(Gal.* 2, 20; 6, 14), no querremos gloriarnos sino en su cruz, y así gustosos y agradecidos abrazaremos las que El mismo, para acabar de sanarnos y enseñarnos, tenga a bien ofrecernos; sin jamas rehusar ninguna por muy terrible, pesada y larga que nos parezca. Pues abrazándolas con amor, y sin hacer distinciones—que nos expondrían a quererlas quedar sin ninguna—, todas se tornan tan llevaderas, fáciles y suaves, que hasta nos ayudan a andar (2); y no sólo aceleran nuestra purgación, sino que la hacen dulce y sabrosa, como obra que es del Espíritu de inteligencia y de sabiduría que nos sana y consuela (3). Al

duce a la *plena posesión del divino amor,* debo muchas veces negarme hasta lo *necesario;* que el verdadero anonadamiento encierra la privación de todo placer de bienes y de honores, tomado en ellos mismos, y que sólo así es como se muere a todo lo que en nosotros no es de Dios o por Dios».

(1) «Per obedientiam homo perfectus redditur in vita activa, et contemplativa». (S. Thom., *in Joan.* XI, lect. 1).

Mientras uno faltare en la obediencia, advierte Santa Teresa *(Camino,* c. 18), «yo le aseguro... que nunca llegue a ser contemplativo, ni aun buen activo: y esto tengo por muy cierto.—Y aunque no sea persona que tiene obligación, si quiere, u pretende llegar a contemplación, ha menester para ir muy acertadamente, dejar su voluntad con toda determinación en un confesor que sea tal que la entienda».

«A los que se hacen ciegos por *ver* a Dios, dice el P. Osuna *(Ter. Abec.,* tr. 3, c. 1), el mesmo Dios es ojos, y El es el que los adiestra para que no yerren: antes por esto acierta mejor, ca los lleva Dios por do ellos no supieran ir aunque tuvieran ojos: por lo cual dice el Señor por Isaías (42): *Sacaré los ciegos por el camino que no saben, e hacerlos he andar por las sendas que ignoraron: pondré las tinieblas adelante de ellos en luz.* La vía más ajena y apartada del conocimiento de los mortales es la vía negativa... Mas si ellos se hacen ciegos creyendo al que los guía, serán del Señor guiados».—Cfr. B. Juan de Avila, *Audi Filia,* cap. 50.

(2) «Alia sarcina pondus habet,» dice S. Agustín *(in Ps.* 59, 8); *sarcina Christi alas habet».*

(3) *Sap.* 7, 22; 9, 19.—«¿Cómo puede ser, pregunta el P. Osuna *(Tr.* 15, c. 4), que el yugo del Señor sea suave, pues en otra parte se dice que es estrecha la vía que lleva al cielo y que pocos van por ella?»—A lo cual responde: «Lo que se comienza en estrechura, con el proceso del tiempo y la inefable dulcedumbre del amor se dilata y se ensancha. Así los que comienzan a seguir por aspereza a Cristo sienten al principio estrecho e dificultoso el camino, y la carga se les hace pesada, mas perseverando, todo se vence, y los callos que se engendran quitan mucho del trabajo».

«Si por ventura te paresciere, advierte el V. Granada *(De la Devoc.*—

paso que rechazándolas, por una parte, nos incapacitamos para entrar en la intimidad del Salvador y hallar el descanso de nuestras almas (1); y por otra, haciendo imposible nuestra completa purgación en la vida presente, pasaremos ésta atesorando ira y preparándonos, por lo menos, un terribilísimo purgatorio *(Jac.* 5, 3), que después tendremos que sufrir por pura violencia y sin fruto; mientras que aquí, aceptando gustosos el que Dios nos envía, lo abreviamos y dulcificamos a la vez que lo convertimos en una fuente riquísima de méritos (2).

Por esto nos es tan ventajosa—a la vez que tan necesaria—la perfecta resignación y conformidad con la voluntad de Dios, que es a lo que nuestras mortificaciones y la total abnegación se ordenan; porque sin esa conformidad, aun los mayores trabajos y sacrificios, tras de ser doblemente dolorosos, como forzados, resultan poco menos que estériles. Pues en medio de ellos, al no querer aceptarlos, no hacemos más que resistir y contristar al E. S. que en nosotros mora, y por nuestro bien, para ejercitarnos en la paciencia, purificarnos, aquilatarnos, perfeccionarnos y hacernos digna morada suya, nos los envía (3); y así le impedimos llevar a cabo la obra

Conclusión), que son muchas las cosas que aqui te pedimos, cree cierto que en un rato de oración *suele Dios recompensar* todos estos trabajos con el alegría y esfuerzo que allí da para andar por el camino de la virtud: el cual es tan grande, que no te dejarán tan consolado todos los acaecimientos prósperos, todos los corporales deleites, todos los honrosos favores del mundo, como dos horas de una profunda y devota oración.—Y no hay por qué tener congoja de que las cosas que para esto se requieren sean muchas; porque... después que la gracia del E. S., que es una forma sobrenatural y divina, entra en un ánima, ella basta para hacer que ejercites todos los oficios de la vida espiritual: porque ella alumbra el entendimiento y le enseña todo lo que debe hacer, y mueve la voluntad con todas las fuerzas inferiores para lo que han de obrar».

(1) «Querer amar a Dios sin padecer, dice la B.ª Margarita M.ª *(Oeuvres,* t. 2, p. 223), es una ilusión. Mas con todo eso, yo no puedo comprender que uno diga que sufre si verdaderamente ama al Sdo. Corazón de N. S. J. C., puesto que El cambia en dulzuras aun las más amargas amarguras, y hace gustar delicias en medio de las mayores penas y humillaciones... En verdad que, para un alma que una vez se haya abrasado en este sagrado fuego, y que no tiene otro ejercicio ni otro empleo sino amar padeciendo, creo que todo se le cambia en amor». Por eso, «para amar mucho, como decía Sor Bernarda Ezpelosín *(Vida,* p. 254), es preciso sufrir mucho».

«Creer que admite (el Señor) a su amistad a gente regalada y sin trabajos, dice Santa Teresa *(Camino,* c. 18), es disparate».

(2) «¿Por qué temes llevar la cruz por la cual se va al reino?... Mira que de ella pende todo, y todo está en morir: y no hay otro camino para la vida y para la verdadera paz interior, sino el de la santa Cruz y continua mortificación... Si gustoso llevas la cruz, ella te llevará a tí y te conducirá al fin deseado... Si la llevas de mala gana, se te hará más pesada y molesta; y sin embargo, te será forzoso llevarla.—Y si desechas una cruz, tendrás que cargar con otra, y tal vez más pesada».—Kempis, l. 2, c. 12.

(3) *Hebr.* 12, 5-8; *Jac.* 1, 2-4.—«Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur». II *Tim.* 3, 12.

de nuestra renovación y santificación, que debe hacerse toda en su santo temor y reverencia (1).

Por eso, conforme decía la sierva de Dios M. María de la Reina de los Apóstoles, "el que no se entrega a N. Sr. más que a medias, es el que peor lo pasa; porque ni de Dios ni del mundo podrá gozar„ (2).—Por lo mismo, según advertía el B. Cura de Ars (Cf. *sa Vie*, l. V, ch. 7): "No hay más que una sola manera de darse a Dios, en el ejercicio de la abnegación y del sacrificio; y es entregarse a El del todo, sin reservarnos nada. Pues lo poco que nos reservemos, no nos servirá sino para estorbarnos y atormentarnos„ (3).—Por eso advertía también muy oportunamente la B.ª Margarita María *(Avis.* X, XIV, XXXV): "No encontraréis la verdadera paz, hasta poneros en esa completa desnudez en que Dios os quiere... Todo eso que os reserváis ocupa el lugar de Dios y os impide encontrarle a El y poseerle; pues no os enriquecerá de sus dones y de Sí mismo, sino en cuanto os despojéis de las criaturas y de vosotros mismos... Vaciaos de todo, y El os llenará„ (4).

He ahí, pues, la razón de que haya tan pocas almas llenas de los místicos dones, por ser tan raras las que al pedirlos a Dios, lo hacen con plena sinceridad, resueltas a trocar por ellos todo cuanto tienen, queriendo, por amor de El, despojarse de sí mismas y de todo (5).

(1) «Hijo, abandónate, y me hallarás.—Está indiferente para todo, y sin apego a nada, y siempre ganarás... Algunos se resignan, pero con excepciones... Otros hay que al principio lo ofrecen todo, pero luego en la tentación, se lo vuelven a tomar... Estos nunca llegarán a la verdadera libertad de un corazon puro ni a la gracia de mi gozosa familiaridad, si antes no se renuncian enteramente, haciendo cada día el sacrificio de sí mismos, sin lo cual ni hay ni puede durar una unión fruitiva... Déjate y resígnate y gozarás de gran paz interior. Dalo todo por el todo, nada busques, nada exijas; permanece pura y confiadamente en Mí, y me poseerás». KEMPIS, l. 3, c. 37.

(2) «Es una de las vidas penosas que me parece se pueden imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo». STA. TERESA, *Vida*, c. 8.

(3) «He comprendido, decía Sor Teresita del Niño Jesús (cf. *Sa Vie*, ch. 1), que para hacerme santa, es preciso sufrir mucho, buscar siempre lo más perfecto y olvidarse uno a sí mismo... Si cada alma es libre de escoger entre los sacrificios que se le piden, yo, Dios mío, *¡lo escojo todo!* no quiero ser santa a medias. No tengo miedo a sufrir por Vos; sino a una sola cosa, que es conservar mi voluntad: tomadla, pues yo *escojo todo* lo que Vos queréis».

Conforme a esto, añade (ch. 4), «cada día hago numerosos sacrificios y actos de amor, que se transforman en otras tantas flores: ora en violetas, ora en rosas...»

(4) «Toda la pretensión de quien comienza oración, dice Sta. Teresa *(Mor.* II), ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer su voluntad conforme con la de Dios; y estad muy ciertas que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere esto, *más recibirá del Señor,* y más adelante está».

(5) Cf. *Jac.* 4, 3-5. «Es lástima, advierte S. Juan de la Cruz *(Subida*, l. I, c.

Y quizá son mucho más raras aún las que logran aprovechar bien las gracias recibidas sin desperdiciar ninguna por pequeña que sea, correspondiendo fielmente a todas las divinas inspiraciones y tratando de poner por obra las resoluciones tomadas en presencia del Señor y los santos deseos que El se digna comunicarles (1).

11), ver algunas almas, como unas ricas naos cargadas de riquezas de obras y ejercicios espirituales, virtudes y mercedes que Dios les hace, y por no tener ánimo para acabar con algún gustillo, o asimiento, o afición (que todo es uno), nunca irán adelante, ni llegarán al puerto de la perfección, que no estaba en mas que en dar un buen vuelo y acabar de quebrar aquel hilo de asimiento, o quitar aquella pegada rémora del apetito. Cierto harto es de dolerse que haya Dios hécholes quebrar otros cordeles más gruesos de aficiones de pecados y vanidades; y por no desasirse de una niñería que les dejó Dios que venciesen por amor de él, que no es más que un hilo y que un pelo, dejen de ir adelante y *llegar a tanto bien*».

«No se da este Rey, dice Santa Teresa *(Camino,* c. 15), sino a quien *se le da del todo.*—Ansí que, hijas, si quereis que os diga el camino para llegar a la contemplación, sufrí que sea, en cosas que no os parecerán tan importantes, un poco larga... Y si no las queréis oir ni obrar, yo os aseguro que no llegaréis a verdadera contemplación».—«Cuando no nos damos a su Majestad, añade (c. 16), con la determinación que se da a nosotros, harto hace de dejarnos en oración mental, y visitarnos de cuando en cuando, como a criados que están en la viña. Mas estotros son hijos regalados, no los querría quitar de cabe sí, ni los quita, porque ya ellos no se quieren quitar. Siéntalos a su mesa, dales de lo que come... ¡Oh dichoso cuidado! ¡Oh bienaventurada dejación de cosas tan pocas y tan vanas, que llega a tan gran estado!...»

«El Señor, añade la B.ª Margarita M.ª *(Oeuvres,* t. 2, p. 137), querría veros avanzar a grandes pasos por las sendas de su amor; no andéis, pues, regateando con El, sino dádselo todo, y El os hará hallarlo todo en su divino Corazón».

«Hecho está el *precio,* advertía el mismo Salvador a Sor María de la Antigua *(Desengaño,* l. 5, c. 32), y no por boca de algún Santo, sino por la mía *(Mt.* 13, 44): *Ve, y vende cuanto tienes, y compra el campo.* Para todos se da, hija, este pregón: a *todos llama y nadie excluye.* Pues, ¿por qué son tan pocos los que lo buscan? ¿Por qué no dan lo que poseen por él? A Mí, hija, nadie me puede engañar ni decir que soy Yo su amor y cuidado, y que no les dan ninguno las cosas de la tierra... Poco hace al caso que hayas quitado de tí lo injusto, si tu cuidado y amor lo pones todo en lo que te parece justo; que no es nada lo que has dado, pues guardas escondedijos de esa nada. ¿Tan poco precio regateas con tal mercadería? Mira que es campo el que se te da, y no señalado un pedazo, sino todo el campo... Sus espacios no tienen fin... *Se compra por todo lo que el hombre posee:* ¿Cómo, pues, se dará al que dejare idolillos dentro de sí? En vano trabajará el tal, y sin ninguna ganancia; porque no gozará de lo que el mundo llama gozo, ni tampoco de los gozos verdaderos, porque está trabado entre dos caminos, y atado de pies y manos, sin tener libertad para andar ni por el uno ni por el otro».

(1) «Pro eo quod vocavi, et non respondistis, locutus sum, et non audistis, et quae nolui, elegistis, ecce servi mei comedent, et vos esurietis..., laetabuntur, et vos confundemini».—*Is.* 65, 12-14.

«Una de las causas principales, advierte Rodríguez (tr. 1, c. 11), porque medramos poco y *no nos hace el Señor más mercedes,* es porque no ponemos por obra los buenos propósitos y deseos que El nos da, y así, porque no damos buena cuenta de lo que nos ha dado, no nos da otras cosas mayores... Tanto más tarda en darnos grandes cosas, cuanto más tardemos nosotros en obrar lo dado; y cuanto más se anima uno a ír asentando y poniendo por obra los deseos que el Señor le da en la oración, tanto más le mueve a que le vaya dando mayores cosas... Pues si queremos aprovechar, y que el Señor nos haga muchas mercedes, seamos diligentes en ir poniendo por obra las inspiraciones y deseos que el Señor nos da».

«S. Jerónimo, sobre aquellas palabras de S. Mateo (24, 19): *Vae autem pregnantibus, et nutrientibus, in illis diebus!* dice: *Vae illis animabus, quae*

Mas las que eso hacen o procuran de veras con una total abnegación, de la cual nada excluyen, y la perfecta conformidad con la voluntad de Dios—en que realmente está nuestra verdadera perfección—por una parte, tras de proceder en todo con suma facilidad, sin trabas ni resistencias, en todo, aun en la menor obra, en el menor sacrificio, y aun en lo que es de suyo gustoso, le llenan a El de complacencia *(Cant.* 4, 9) y a sí mismos de inestimables tesoros, pues todo, con el puro amor con que va animado, reviste un mérito y un valor casi infinito; y por otra, al proceder así con tanta bondad, justicia y verdad, como hijos de la luz (1), logran que Dios los colme de dones según la medida de sus deseos; pues se apresura a hacer la voluntad de los que le temen. *(Ps.* 144, 19).

Y esa feliz conformidad, tan ventajosa y tan necesaria, se logra abatiendo poco a poco e insensiblemente el amor propio con la fiel tolerancia de las pequeñas crucecitas de cada día, de cada hora y de cada momento, mediante las cuales nos viene la salud, la luz y la vida, y por tanto la verdadera unión con Cristo.—«Por la cruz, decía El mismo no ha mucho (en 1896) a su fiel sierva María del Divino Corazón (cf. *Vida,* c. 9), redimí el mundo, y por ella vengo ahora a santificaros a vosotros (2).—Quien más la ama y abraza, más íntimamente se une a Mí».

Y se le unirá cada vez más, porque amando de veras la cruz el alma despertará del sueño de la tibieza, será iluminada por el Señor, procederá como cuerda e inteli-

non perduxerunt sua germina in virum perfectum!—¡Ay de aquellos que los deseos buenos que concibieron no los sacaron a luz, sino que ahogaron allá dentro los hijos que habían concebido! Pues nunca sacarlos a la luz de la obra, es ahogarlos y matarlos dentro del vientre. ¡Ay de estos que se les pasa toda la vida en deseos, y los halla la muerte sin obras! Porque después no sólo no les aprovecharán los deseos que tuvieron, sino que serán castigados porque no efectuaron las buenas inspiraciones que el Señor les dió». (Id. Tr. 1, c. 3).

«Luchamos contra Dios, dice el P. Lallemant *(Doctr. spir.* pr. 2, s. 1, c. 1, a. 2, § 3), años enteros, resistiendo a los movimientos de su gracia que interiormente nos llevan a librarnos de una porción de miserias dejando los vanos entretenimientos que nos detienen y dándonos a El sin reserva ni intermisión. Pero, oprimidos de nuestro amor propio, cegados de nuestra ignorancia y detenidos por falsos temores, no nos atrevemos a dar el paso decisivo; y por temor de ser miserables, permanecemos siempre miserables, en vez de entregarnos del todo a Dios, que no quiere poseernos sino para librarnos de nuestras miserias».

(1) «Ut filii lucis ambulate. Fructus enim lucis est in omni bonitate, et justitia, et veritate: *probantes* quid sit beneplacitum Deo». *Eph.* 5, 8-10.

(2) «Venit per aquam et sanguinem Jesus Christus: non in aqua solum, sed in aqua et sanguine. Et Spiritus est qui testificatur, quoniam Christus est veritas». I *Joan.* 5, 6.—«Ad hoc quod consequamur effectum passionis Christi, oportet nos ei configurari». *S. Thomas,* 3.ª P., q. 49, a. 4, ad 2.

gente, redimiendo en breve todo el tiempo perdido, y por fin quedará llena del divino Espíritu, que es el lazo de esa unión (1).—Si, pues, de veras amamos la cruz, tendremos perfecta resignación en la divina voluntad, y podremos ya cumplirla fielmente; libres de los obstáculos que nos impedían seguir animosos a Jesucristo nuestro Salvador, podremos ya gozar de su íntima comunicación y familiaridad; y sintiendo y obrando en todo de acuerdo con El, vendremos luego a quedar llenos de la plenitud de Dios (2).

Artículo 5.º—Las purgaciones pasivas y medios de facilitarlas.

No sólo debemos, pues, con incesantes aspiraciones y contínuas mortificaciones pedir y conjurar a N. Sr. que nos atraiga hacia Sí para que podamos correr en pos de sus aromas, sino que, como enseña San Juan de la Cruz (*Noche* I, c. 1), debemos también rogarle encarecidamente nos introduzca en esa *purgación pasiva*, en esa mística *noche* donde se iluminan nuestras tinieblas (*Ps.* 17, 29), y se reconocen y corrigen las numerosas imperfecciones de los principiantes—o sea de "los que meditan„ y viven tan sólo *ascéticamente*, para que luego puedan entrar por las luminosas sendas de la verdadera santidad y justicia (3). Y además de desearlo y pedirlo "conviene al alma, prosigue el Santo (*ib.* c. 3), procurar de su parte hacer por purgarse y perfeccionarse, porque *merezca que Dios la ponga* en aquella divina cura, donde sana el alma de todo lo que ella no alcanza a remediarse„.—"Por más que el principiante, añade (c. 7), se ejercite en mortificar en sí todas estas sus acciones y pasiones, *nunca del todo* ni con mucho puede, hasta que Dios lo hace en él *pasivamente* por medio de la purgación de la *noche oscura*„.

"Esto, continúa (c. 8), a la gente recogida *comúnmente* acaece más en breve después que comienzan, que a los demás; por cuanto están más libres de ocasiones para volver atrás, y reforman más presto los apetitos de las cosas del siglo, que es lo que se requiere para co-

(1) «Surge qui dormis..., et *illuminabit* te Christus.—Videte itaque fratres, quomodo caute ambuletis: non quasi insipientes, sed ut *sapientes*, redimentes tempus... Nolite fieri imprudentes, sed *intelligentes* quae sit voluntas Dei... Implemini Spiritu Sancto». *Eph.* 5, 14-18.

(2) «Yo soy, decía N. Sr. al B.º Susón (*Vida*, c. 15), la puerta por donde los verdaderos amigos de Dios deben pasar para llegar a la felicidad verdadera que desean. Si, pues, quieres de veras llegar a mi pura Divinidad, es menester que antes pases por mi Humanidad paciente, y que te conformes con ella».

(3) «*Cum sedero in tenebris, Dominus lux mea est*... Educet me in lucem, et *videbo* justitiam ejus». *Micheas*, 7, 8-9.

menzar a entrar en esta dichosa noche del sentido. Y *ordinariamente* no pasa mucho tiempo después que comienzan, antes que entren en esta noche del sentido, y *todos los más entran en ella*, porque *comúnmente los verán caer en estas sequedades*. De esta manera de purgación sensitiva, por ser *tan común,* podríamos traer aquí gran número de autoridades„.

Mas con ser tantos los que entran en ella, poquísimos son los qué de esta prueba sacan el fruto que Dios se propone; los más, el 99 por 100 según el P. Godínez, por flaqueza propia o incuria de los directores, en vez de perseverar y consolidarse en la virtud, flaquean y retroceden.

"Pocas son, advierte el P. Grou *(Maximes,* XV), las almas que logran salir airosas de la primera crisis—de la noche del sentido—. La mayor parte son tan comodonas, sensuales e interesadas, que no se resuelven a sacrificar los consuelos de la primera edad espiritual; y así hacen cuanto pueden por conservarlos, y cuando de ellos son privadas por largo tiempo, lo creen todo perdido... La mayor parte, pues, viendo que las privaciones duran, a su juicio, demasiado, desesperanzadas dejan la oración con pretexto de que allí pierden el tiempo; y relajándose en la práctica de la vigilancia, vienen a caer en la disipación„.

Mas para cuantos perseveran fieles será esa noche la iluminación del alma y sus delicias *(Ps.* 138, 11), introduciéndola en el alegre y claro día de la contemplación deleitosa (1). Para eso oscurece primero el sentido y lo oprime terriblemente con toda suerte de penas, privaciones, aprietos y contrariedades, para así purificarlo, ordenarlo y someterlo dócilmente al dictamen de la recta

(1) «A cada uno de los varones recogidos, dice el P. Osuna *(Tercer Abec.,* tr. X, c. 2), se endereza aquello del profeta Isaías: «Saldrá tu luz en las tinieblas, y tus tinieblas serán como medio día; y darte ha tu Dios holganza siempre, e henchirá tu ánima de resplandores; e librará tus huesos, y serás como huerto de regadío, e así como fuente de aguas, cuyas aguas no fallecerán».—Cuando la persona devota cierra las ventanas de los sentidos, queda en tinieblas el entendimiento, porque ninguna lumbre puede subir a él sino por ellas; empero si él se sujeta al yugo de la fe..., entonces, si se recoge como debe, recibirá aquel buen dado y aquel don perfecto que es de arriba y desciende del Padre de las luces, y las tinieblas que antes tenía, negando el propio entender, se le tornarán en medio día muy claro, donde el Esposo apacienta; porque al entendimiento se comunica otra manera de conocimiento más alta, que es como una media lumbre entre los comunes viadores y los comprensores; donde no dejan los varones recogidos la operación del entendimiento por no entender, si no por más altamente entender, para que su ánima sea llena de resplandores e ilustraciones divinas: donde se conocen cosas tan grandes y por tan alta manera, que ni las cosas conocidas ni la manera del conoscimiento se pueden declarar, ni por palabra se puede dar a sentir lo que el hombre sintió y conoció».

razón; y oscurecerá más tarde la misma razón, cegándola con excesos de luz inefable, para que no acierte a ver sino la propia nada, flaqueza y miserias, y la infinita distancia y contraposición de nuestro espíritu al Divino, hasta que aquél se anonade por completo y se someta fielmente a éste, corroborándose en la virtud mediante El, consolidándose en la fe y en la esperanza, y arraigándose en la aquilatada caridad que allí mismo con mil pruebas, contrariedades, artificios y juegos maravillosos de amor, se le purifica y ordena, de modo que triunfe de la misma muerte (1). Así, muriendo uno a todo y en todo por puro amor de Cristo (2), con El viene a quedar sepultado, llevando una vida del todo escondida con El mismo en Dios, para salir de esa mística sepultura renovado y como resucitado con nueva vida celeste y sobrehumana *(Col.* 3, 3-4), a la manera que el torpe gusano, encerrado en su capullo, se transforma en mariposa que sólo se alimenta de flores y lleva una vida aérea (3).

Esta es la terribilísima *noche del espíritu*, en que no entran sino las almas generosas y esforzadas que—después de haber felizmente pasado por la del sentido—, se encuentran tan adelantadas, que ya han llegado o están llegando a la mística unión (4); y queriendo ahora que

(1) «Me dice muchas veces el Angel, escribía la angelical Gemma Galgani *(Lettere, IX al Direct.)*, que por medio de los padecimientos puedo hacerme semejante a Jesús, demostrarle mi amor y asegurarme el suyo».—«¿Sabes, hija, me ha dicho Jesús, en qué manera me divierto en mandar cruces a mis amigos? Yo deseo poseer su alma, pero entera, y para esto la rodeo de cruces y la enclavo en las tribulaciones, para que no se me escape de la mano; y por esto esparzo en sus cosas espinas, para que a nada se aficione, sino que en Mí solo tenga su consuelo... Estáte segura de que bajo la cruz no te perderás. El demonio no tiene fuerza contra las almas que por mi amor gimen bajo la cruz. ¡Oh hija mía, cuántos me habrían abandonado si no los hubiese crucificado! La cruz es un don muy precioso, y en ella se aprenden muchas virtudes». Id. *ibid.* VII *al Confesor*. Cfr. B.º Susón, *Eterna Sabiduría*, c. 18 y 19.

(2) «Hay, dice el V. Juan de Saint-Samson *(Maximes spir.*, c. 22), gran diferencia entre el obrar, el padecer y el morir: el obrar es gozoso para los principiantes que van emprendiendo la vida espiritual; el padecer en acción, es deseo efectivo de los verdaderos proficientes que han progresado mucho en la lid del amor; el perpetuo *morir* en deseo y sufrimiento, es propio de los perfectos».

(3) Cfr. Sta Teresa, *Morada* V, c. 2.—Al modo como «los gusanos de seda mudan su sér y se vuelven mariposas, dice a su vez S. Francisco de Sales *(Amor de Dios*, l. 7, c. 6), lo mismo nos sucede, Teótimo, si somos *espirituales;* porque dejamos nuestra vida humana para vivir otra más eminente más allá de nosotros mismos, escondiendo toda esta vida nueva en Dios con Cristo, que solo la ve, la conoce y la da».

(4) «Para que una alma llegue al estado de la perfección, advierte S. Juan de la Cruz *(Subida*, l. 1, c. 1), *ordinariamente* ha de pasar primero por dos maneras principales de noches, que los espirituales llaman purgaciones o purificaciones del alma... Esta primera noche (la del sentido) pertenece a los *principiantes* al tiempo que Dios los *comienza a poner en estado de la contemplación*... Y la segunda noche o purificación pertenece a los ya *aprovechados*, al tiempo que Dios los quiere comenzar a poner en el *estado de la unión*».

ésta se consolide y se haga estable, no teniendo otro querer ni no querer que el divino, se entregan libremente al Amor increado a fin de que El las purifique, labre, aquilate y reforme a su gusto, haciéndolas pasar aquí todo su purgatorio, para salir de él completamente deificadas y como transformadas en el mismo Dios! (1).

Estas dolorosas y terribles purgaciones se abrevian, facilitan y completan con las suave e insensiblemente producidas *ex ópere operato* mediante los sacramentos de la confesión y comunión; pues aquél a eso se ordena, a revivificar, sanar y purificar las almas; y este último las acrisola en fuego de amor al mismo tiempo que las alimenta de amor y de gracia y las hace crecer en salud, en fortaleza y en vida espiritual (2); y a la vez les da el amor a la Cruz, y fuerza y disposición para llevarla (3).

También se facilita y acelera grandemente con contínuos ejercicios y afectos de amor puro y desinteresado, inspirados en los del amantísimo Corazón de Jesús, y con actos externos de caridad y misericordia con los prójimos (4). Pues con estos frutos de buenas obras se

(1) «Este Dios de toda santidad, escribe la V. M. María de la Encarnación (*Vie.* por Chapot, l. P. c. 4), se me mostró como un vasto mar que no puede retener en sí nada impuro y manchado, sin arrojarlo afuera... Entonces empecé a comprender la asombrosa desproporción que existe entre la pureza de un alma, por grande que se la suponga, y la que se requiere para entrar en la unión y comunicación con Dios. ¡Oh Dios mío! cuántas impurezas tienen que desaparecer en nosotros para que podamos llegar a esa *unión completa* que es el *término de vuestras operaciones en nuestra alma*».

Mas el mismo amor divino se encarga de facilitarnos esa obra tan dolorosa. Un día presentó N. Sr. a la B.ª Margarita M.ª su Corazón Sagrado en forma de un horno de amor, y le dijo (*Contemp.* p. 193): «He ahí el divino purgatorio de mi amor donde te es menester purificarte durante la vida purgativa; luego te haré hallar en él una mansión de luz, y por fin la unión y transformación».

Así se cumplirá lo que dijo por Isaías (54, 11): «Paupercula, tempestate convulsa, absque ulla consolatione. Ecce ego sternam per ordinem lapides tuos, et fundabo te in sapphiris».

(2) «Jesús nos cría para la vida divina en el santo bautismo: mas como, por divina que sea, esa vida permanece débil en esos seres débiles que la reciben, necesita mantenerse. He ahí por qué les preparó un alimento divino a fin de que, sumergiéndose, por decirlo así, en su propia fuente, pueda conservarse la vida de esos dioses-niños». Gay, *Elévat.* XVI *sur N. S. J. C.*

(3) «Eucharistia est, dice Sto. Tomás (3 P. q. 73, a. 3, ad 3), sacramentum Passionis Christi: *prout homo perficitur in unione ad Christum passum*».

«Cuando quiero conducir un alma a la cumbre de la perfección, decía N. Sr. a Gertrudis-María (19 Oct. 1907), le doy la cruz y la Eucaristía: ésta hace primero aceptar, luego amar y por fin desear la cruz. La cruz purifica el alma, la dispone y prepara para el banquete divino; y la Eucaristía alimenta y fortalece el alma, la ayuda a llevar la cruz y la sostiene en el camino del Calvario. ¡Qué dones tan preciosos la cruz y la eucaristía! ¡son los dones de los verdaderos amigos de Dios!»

(4) Cf. *Jac.* 1, 27.—«Pedid a N. Sr. que os dé con perfección este amor del prójimo, y dejad hacer a su Majestad, que El os dará más que sepáis desear, como vosotras os esforcéis y procuréis en todo lo que pudiéredes esto, y for-

sustenta y con aquellas flores de virtud se apoya el alma enferma de amor *(Cant.* 2, 5), mientras espera que el divino Médico venga a curarla (1).

Pero de un modo singular se facilita todo recurriendo con filial confianza a la dulcísima Madre del amor hermoso, del santo temor, del conocimiento verdadero de Dios y de la firme esperanza—en quien está la gracia de hallar todo camino y verdad y la confianza toda de poseer la vida y las virtudes, y cuyo espíritu es la misma dulzura *(Eccli.* 24, 24-27)—, para que ella nos comunique su virtud y su espíritu; es decir, para que, como verdadera Madre de la gracia y de la misericordia, nos críe a sus purísimos pechos, cual a "tiernos infantes que sin engaño desean la leche razonable para crecer en salud„ (I *Petr.* 2, 2), resplandecer con los encantos de su inmaculada pureza y perfeccionarnos con el resplandor de sus celestiales virtudes (2); y como *norma* o *molde* divino, según la llama San Agustín, nos imprima su imagen, configurándonos así a la de su Unigénito; y en fin, para que, como fidelísima Esposa del Espíritu renovador y santificador, produzca, en unión con El, la perfecta renovación y santificación de nuestras almas, y como puerta del cielo, nos introduzca en el *Sancta Sanctorum,* en el tabernáculo admirable de la perfecta contemplación, donde—como arca de esta alianza mística, trono de la gracia, sagrario del Espíritu Santo, asiento de la sabidu-

zar vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas». Santa Teresa, *Morada* V, c. 3.

«Cum effúderis asurienti ánimam tuam, et ánimam aflictam repléveris, *orietur in ténebris lux tua,* et tenebrae tuae erunt sicut meridies. Et *requiem* tibi dabit Dóminus semper, et *implebit splendoribus ánimam tuam*».—*Is.* 58, 10.

(1) «El primer grado de amor, dice S. Juan de la Cruz *(Noche* II, c. 19), hace *enfermar* al alma provechosamente. En este grado de amor habla la Esposa, cuando dice *(Cant.* 5, 8): «Conjuroos, hijas de Jerusalén, que si encontráredes a mi Amado, le digais que estoy desfallecida de amor».—Pero esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios; porque en esta enfermedad desfallece el alma al pecado y a todas las cosas que no son Dios, por el mismo Dios, como David testifica diciendo *(Ps.* 142, 7): *Desfalleció mi alma...* Porque... pierde el alma el gusto y apetito de todas las cosas, y muda como amante el color y accidente de la vida pasada. En esta enfermedad no cae el alma si *de arriba* no le envían el exceso de calor, según se da a entender por este verso de David, que dice *(Ps.* 67, 10): *Pluviam voluntariam segregavit Deus haereditati tuae, et infirmata est, tu vero perfecisti eam.* Esta enfermedad y desfallecimiento a todas las cosas... es el principio y primer grado para ir a Dios... cuando en ninguna cosa puede hallar arrimo, gusto, ni consuelo, ni asiento».

(2) «Quoties mihi necesse est, fratres, exclama S. Bernardo *(Serm.* 1 *in Dom.* 1 *post oct. Epiph.),* post lacrymosas querimonias vestras exorare Matrem misericordiae, ut suggerat suo benignissimo Filio, quoniam vinum non habeatis? Et Ipsa, dico vobis, charissimi, si pie a nobis postulata fuerit, non deerit necessitati nostrae: quoniam misericors est, et Mater misericordiae. Nam si compassa est verecundiae illorum a quibus fuerat invitata, multo magis compatietur nobis, si pie fuerit invocata».

ría, Madre del buen consejo y enseñadora de la ciencia de Dios—, sea verdaderamente "causa de nuestra alegría„ espiritual y a la vez nuestra fortaleza, nuestra luz y nuestra guía (1).

Ella es la mística jardinera encargada de cultivar nuestras almas *(Cant.* 1, 5; 8, 12-13); es nuestra Madre espiritual, que ha de criarnos para Dios, educándonos, formándonos y reformándonos, hasta hacernos llegar a la madurez de varones perfectos; y es, en suma, nuestra "vida, dulzura y esperanza...„ (2).

Por no acudir, pues, a Ella con el amor y confianza que debíamos, andamos tan desmedrados en la virtud, y tan raquíticos en la vida espiritual, que nunca llegamos a la perfección que es propia de los contemplativos.

"Una de las razones porque son tan pocas las almas que llegan a la plenitud de la edad de J. C., dice el Beato Montfort *(La vr. Dévotion a la V.*, 2.ª P., II), es porque María—siempre Madre del Hijo y fecunda Esposa del E. S.—no está bastantemente formada en sus corazones... Quien quiera tener el *fruto de vida,* J. C. debe tener el *árbol de vida,* que es María. Quien quiera tener en sí la operación del E. S., debe tener a su fiel e inseparable Esposa, la divina María, que le hace sér fértil y fecundo. Estad, pues, bien persuadidos de que, cuanto más miréis a María en vuestras oraciones, contemplaciones, acciones y penas, si no de un modo distinto, al menos con una vista general e imperceptible, tanto más perfectamente encontraréis a Jesucristo, que está siempre con María, grande, poderoso, obrador e incomprensible„.

Artículo 6.º—Otros testimonios de la Tradición.

Los Santos Padres y los grandes Maestros de espíritu están conformes, según se puede ver ya por los muchos textos alegados, en que el alma que se renuncia del todo a sí misma, se entrega y abandona en las manos de

(1) «Adeamus ergo cum fiducia ad *thronum gratiae,* ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio oportuno». *Hebr.* 4, 16. «Hija mía, decía la misma Sma. Virgen a Sta. Verónica Juliani *(Diario,* 4 Agosto, 1716), debes depender de Mí en todo y hacerlo todo en unión conmigo. En adelante debes vivir una vida divina en medio de los sufrimientos; una vida en que incesantemente se muere. Para llegar a eso es menester un despojo universal, un completo desprendimiento de tí misma. Todo será por vía de amor; pero de tal suerte que tú no conozcas el amor, porque siempre te hallarás en trabajos, penas y dolores. Ahí se encuentra el verdadero amor; pues el puro sufrimiento es el amor verdadero. En el sufrimiento el amor nos acerca a Dios, nos une con El y nos hace una sola cosa con El».

(2) Así como el Salvador quiso empezar perteneciendo en su infancia completamente a María, así también, observa Mgr. Gay *(Elévat.* XIX *sur J. C.),* «uno de los numerosos y santos efectos de la infancia espiritual es dar el alma a la Sma. Virgen de una manera especialísima y del todo íntima».

Dios sin reserva, y con ardientes deseos le busca mediante el ejercicio de las virtudes y en particular de la oración y mortificación—sin desmayar ni desconfiar por nada y contenta siempre con las gracias recibidas—; ésa, tarde o temprano, con su humildad, confianza y perseverancia, consigue por fin muchísimo más de cuanto acertó a desear, entrando, por la misericordia de Dios, en tan íntima comunicación con El, que viene a encontrar en la tierra un cielo anticipado.

Y los que no alcanzan este bien es o porque no tratan de disponerse, con una perfecta pureza de corazón, para recibirle, o porque no se mortifican y niegan de veras ni se entregan a Dios sin reserva, o, en fin, porque no perseveran en pedirle y buscarle debidamente.

Veamos ahora, en prueba de esto, algunos nuevos testimonios que completan los ya aducidos y acaban de confirmar las proposiciones aquí asentadas.

1. «Quien después de pasar, dice ORÍGENES *(In Cant.*, prólog.), por el primer grado en que el alma se aplica a corregir sus costumbres y guardar los mandamientos, comprendiendo la vanidad del mundo y la fragilidad de las cosas pasajeras, renunciare a todo lo de aquí abajo, ése llegará a la contemplación y deseo de lo invisible y eterno. Mas para esto es menester una gracia debida a la divina misericordia que nos haga *contemplar la hermosura del Verbo y arder en su amor*».

2. S. BASILIO, en el prefacio de su libro sobre las *Constituciones monásticas,* exhorta a los religiosos a que se dispongan para gozar de las dulzuras de la contemplación infusa, purificando sus almas y renunciando a todo por amor de Dios. Pues «cuando el ojo del alma haya quedado puro y sin sombra alguna, *entonces puede ya contemplar las cosas divinas,* gracias a la luz de lo alto que viene a llenarle abundantemente, aunque sin hartarle. Y cuando esto venga a ser como habitual, entonces se *unirá uno con Dios,* cuya semejanza ha adquirido en lo posible y a quien se ha hecho grato y carísimo entre los demás».

3. «Puesto que *el principio de la sabiduría es el temor de Dios,* no queramos, advierte S. GREGORIO NACIANCENO *(Orat.* 39, núm. 8-10), comenzar por la contemplación y acabar por el temor; porque tal contemplación sería arbitraria y peligrosa. Pero instruídos antes por el santo temor y por él purificados, y si me atrevo a decirlo, adelgazados y reducidos a nada, *podremos entonces elevarnos a las altas regiones espirituales...* Cuando con toda vigilancia hayamos procurado guardar nuestro corazón *(Prov.* 4, 23) y puesto en él escalas espirituales *(Ps.* 83, 6) y con ardientes deseos hayamos atraído la luz, entonces podremos hablar el lenguaje de la secreta y misteriosa sabiduría de Dios (I *Cor.* 2, 7). Mas para eso purifiquémonos..., hagámonos semejantes a Dios, y entonces recibiremos la visita del Verbo, lo guardaremos dentro de nosotros y lo haremos brillar a los ojos de los demás».

4. «Apliquémonos, decía S. EFRÉN *(De virtute,* c. X), a la vida espiritual, a fin de... llegar a ser *hombres perfectos.* Sólo entonces seremos aptos para la *teología* (mística), cuando tengamos ya sujetas

nuestras pasiones, destruída en nosotros toda afición natural y vaciado de toda preocupación nuestro espíritu. Entonces, en efecto, hallando el E. S. nuestra alma en reposo, y comunicando a nuestra inteligencia *un nuevo poder,* encenderá la luz en nuestros corazones, al modo como se enciende una lámpara bien preparada, donde basta acercar la llama para que luego empiece a derramar sobre todos los asistentes una luz benéfica y gozosa... Dispongamos, pues, ante todo nuestras almas para recibir la luz divina; y de este modo *hagámonos dignos de recibir los dones de Dios*».

5. El fin de nuestra perfección, afirma CASIANO *(Collat.* 10, c. 5), es proceder de tal modo que el alma, «despojándose de cuanto tiene de terrestre y carnal, se eleve incesantemente y cada vez más a las cosas espirituales, hasta que todas sus obras, todos sus pensamientos y todos los deseos de su corazón vengan a ser una *oración continua*». «Este es, añade (c. 6), el fin que debe proponerse todo solitario, y a lo que debe reducirse toda la aplicación de su espíritu, el ponerse en un estado tal, que venga a poseer en cuerpo mortal una imagen de la felicidad eterna».

«Quisquis, advierte luego *(Collat.* 14, c. 2), ad θεωρητικὴν voluerit pervenire, necesse est ut omni studio atque virtute actualem primum scientiam consequatur... Gradus enim quidam ita sunt ordinati atque distincti, ut his humilitas humana *possit ad sublime conscendere:* qui si invicem sibi ea quae diximus ratione succedant, potest ad altitudinem pervenire, ad quam sublato primo gradu non poterit transvolari. Frustra igitur ad conspectum Dei tendit, qui vitiorum contagia non declinat».

6. «Quisquis ergo jam in se contumelias carnis edomuit, enseña S. GREGORIO M. *(Morales,* l. 6, c. 25), superest ut mentem per studia sanctae operationis exerceat: ut quisquis jam mentem per sancta opera dilatat, superest ut hanc usque ad secreta intimae contemplationis studia extendat».—Pero añade luego (c. 27): «Qui igitur culmen perfectionis apprehendere nituntur, cum contemplationis arcem tenere desiderant, prius se in campo operis per exercitium probent».

«Nunquam vero, había dicho ya (l. 5, c. 33), commotioni contemplatio jungitur, nec praevalet mens perturbata conspicere, ad quod vix tranquilla valet inhiare: quia nec Solis radius cernitur, cum commotae nubes caeli faciem obducunt, nec turbatus fons inspicientis imaginem reddit, quam tranquillus proprie ostendit».

Quien viva disipado o derramado en lo exterior no logrará gozar de esa luz interior, ni podrá nadie conservarla sino con mucha humildad. «Qui adhuc exteriora immoderatius congitant, añade *(Homil.* 17 *in Ezech.),* quae sunt de aeterno lumine rimae contemplationis ignorant. ...Sed quisquis jam lumine contemplationis intendit, curare magnopere debet, ut mentem semper in humilitate custodiat; numquam se de gratia qua infunditur, extollat».

El Señor dice a sus discípulos: «Permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto». «Permanecer en la ciudad, observa el Santo Doctor *(In* I *Reg.,* c. 2, n. 6), es velar con una continua solicitud por la guarda de nuestro interior. Mientras allí permanezcamos, alcanzaremos ser revestidos de la fortaleza de lo Alto; porque estando así dispuestos para ser templos del E. S., seremos por fin *elevados a la contemplación* de la gloria celeste».—«El alma fiel, prosigue *(ibid.* n. 7), desea elevarse a la contemplación de las cosas divinas, a fin de que, fortalecida con estas vistas espirituales, pueda hollar con sus pies todo lo que es sensual y *recibir la plenitud de los goces divinos*».—Mas, «si no se comienza, añade *(ib.* c. 4, n. 18), por la práctica de las buenas obras, jamás se alcanzarán las luces de

la contemplación... Pues el Señor promete manifestarse, pero sólo a los que le aman y guardan sus mandamientos... mostrando así claramente que no concede estas luces de la secreta contemplación sino *en recompensa de una vida virtuosa*».

En cambio, los que han alcanzado la perfección de las virtudes, llegan *todos* a la verdadera contemplación: «Percepta namque perfectione operis, dice *(Moral. in Job*, l. 22, c. 22), *ad contemplationem venitur*».—Si guardamos, añade en otro lugar *(In Cánt.* 2, n. 8), estas virtudes—las tres teologales—en toda su pureza, gracias a ellas subiremos a las altas montañas de la contemplación».—«Quien ha cumplido perfectamente, advierte otra vez *(In Ezech. Hom.* 3, n. 10), los deberes de la vida activa, pasa a la libertad de la contemplativa. Y nótese que pasa *gratuitamente,* pues los que cumplieron cuanto les está mandado deben reconocerse por siervos inútiles. Y así, *para ellos,* la vida contemplativa es una *pura gracia*».

7. «En forte appetis et ipse, advierte a su vez S. BERNARDO *(Serm.* 46 *in Cant.)*, contemplationis quietem, et *bene facis;* tantum ne obliviscaris flores, quibus lectulum sponsae legis aspersum. Ergo cura et tu tuum similiter circumdare bonorum floribus operum, virtutum exercitio, tamquam flore fructum, sanctum otium praevenire: alioquim delicato satis otio dormitare voles, si non exercitatus quiescere appetas. Sed et praeposterus ordo est, ante *meritum* exigere *praemium,* et ante laborem sumere cibum, cum dicat Apostolus: *Qui non laborat, non manducet.*—A mandatis tuis intellexi, inquit; ut scias, nisi obedientiae mandatorum contemplationis gustum penitus non *deberi*».

8. «Videat ergo sancta anima, dice un opúsculo atribuído a Santo TOMAS *(de Humanitate Christi,* a. 23), si huic mundo mortua est: et tunc poterit ad sepulchrum internae quietis anhelare».

9. Para merecer gozar contemplando a Cristo reinante, hay que configurarse a toda costa con Cristo paciente. «Quien no tenga aún estos tres deseos—de la pobreza, de los desprecios y de los padecimientos—dice Sta. Angela de FOLIGNO *(Vis.,* c. 66), todavía no tiene la venturosa semejanza de Cristo... Esta hay que buscarla en el interior del mismo J. C. por una meditación incesante y una sabrosa oración; y pidiendo ardientemente ser transformados en El... quedaréis sumergidos en el gozo de los gozos y subiréis por la escala de la contemplación a encontrar la plenitud de Jesús... Entonces huiréis como de la peste de cuanto os separe de vuestro amor».

10. «Muchos son, decía Nuestro Señor al B.º SUSÓN *(Eterna Sabiduría,* VI), los llamados a la celestial contemplación, pero pocos los escogidos».

«—¿Es que Vos los rechazáis, replicó el siervo de Dios, o que se alejan ellos mismos?»

—Y el Señor, por respuesta, se le mostró en una visión en forma de humilde y desvalido peregrino que entraba en una ciudad llena de gente, entre la cual había muchas personas que con tener un exterior humano parecían bestias salvajes. El pobre peregrino iba mirando a ver quién le recibía; pero todos le rechazaban tan indignamente, que muchos ni aun querían mirarle. Y algunas pocas personas que trataban de socorrerle, eran groseramente impedidas por los demás.—«Yo soy, dijo entonces el Señor, ese pobre peregrino de todos rechazado... Esas bestias feroces con figura humana son las almas mundanas que tienen cierta apariencia de vida espiritual, pero con sus vanidades me arrojan de sus corazones. Los que querrían recibirme y son impedidos, son los que tuvieron buenos principios y conservan aún un poco de buena voluntad; pero con los malos consejos y ejemplos de los otros se apartan del buen camino...

»—¿Y qué seréis, amable Señor, para aquellos que, a pesar de ese aspecto humilde y miserable que ha provocado la repulsión de la muchedumbre, os reciben con amor y fidelidad?

»—Aquí abajo uniré a mi amor divino y *haré gustar mi dulzura a cuantos* por Mí abandonen todo amor terrestre, me reciban con fidelidad y amor y permanezcan constantes en su afecto. Y a última hora les tenderé mi mano y los haré subir al trono de mi eterna dignidad en presencia de todos los bienaventurados.

»—Pero, Señor, hay muchos que creen poder amaros sin renunciar por eso al amor del mundo...

»—Esto es del todo imposible... Se engaña quien quiere hospedar al Rey de los reyes en una posada ordinaria o relegarle a la apartada habitación de un esclavo...

»—¡Qué lástima, Señor dulcísimo, que tantas almas nobles y amantes, hechas a vuestra imagen, así se extravíen y envilezcan cuando podrían llegar a ser vuestras esposas, reinas y señoras de cielos y tierra!

»—Es cosa a la vez asombrosa y lamentable; pues saben todo eso y lo recuerdan a todas horas y, sin embargo, continúan viviendo como antes: lo saben y querrían más no saberlo; y así tratan de colorar con brillantes pretextos su conducta, nada conforme con la verdad. Muchos de ellos lo comprenderán así por fin, pero cuando ya sea demasiado tarde... Quieren evitar las penas y trabajos que Yo les envío...; me rechazan a Mí, soberano Bien, por no querer aceptar mi yugo; y por permisión de mi severa justicia tienen que cargar en vano con otros más pesados.

»—Acordáos, Señor misericordioso, que nadie puede nada sin vuestra ayuda...

»—Yo pronto estoy, en todo tiempo, a ayudarles...: no me alejo de ellos, sino ellos son quienes se alejan de Mí».

«Así como una pluma que no está pegada a nada, advertía luego el mismo Salvador *(ibid.* cap. 28), es fácilmente levantada en los aires, así también el alma, libre de toda pesadez del pecado, muy fácilmente puede elevarse hacia las cosas celestiales con un ligero soplo de la contemplación espiritual. Por eso, cuando un alma está libre de deseos terrenos y tranquila, toda su atención, en cuanto es posible, quedará fija en el bien inmutable y así en todo tiempo me alaba; pues cuando el alma ha llegado a esa pureza, el sentimiento humano queda en cierto modo transformado de terrestre que era en espiritual y angélico; y entonces todo lo que el hombre recibe del exterior, todo cuanto hace y obra, que beba, que coma, que duerma, que vele, no es otra cosa sino una purísima alabanza».

11. «La principal causa de que tan pocos lleguen a este estado es, según advierte TAULERO *(Instit.,* cap. 25), el no perseverar en solicitarle».—«Nos derramamos—decía en el capítulo V—por los sentidos, somos perezosos y tibios en la oración, no dirigimos a Dios ardientes suspiros y deseos, no observamos nuestro fondo interior, ni procuramos, mediante la abnegación, corresponder a las divinas inspiraciones: no insistimos con atención y viveza en la presencia de Dios, y apartando nuestra mente de aquella simplicísima luz que está dentro de nosotros, nos derramamos en otras muchas cosas; y por eso no somos iluminados ni acabamos de conocernos, permanecemos en lo interior varios e inconstantes, y fuera, en los sentidos, insaciables».

12. «¿Por qué, pregunta el KEMPIS, fueron tan perfectos y contemplativos muchos Santos? Porque trabajaron en mortificarse enteramente a todo deseo terreno y así pudieron unirse íntimamente y de todo corazón a Dios... Si estuviésemos del todo muertos a nosotros

mismos y libres de toda interior preocupación, entonces *podríamos gustar las cosas divinas y experimentar algo de la contemplación celestial.* El mayor y aun total impedimento es que no renunciamos a nuestras pasiones y concupiscencias ni trabajamos por entrar en el perfecto camino de los Santos» (lib. I, cap. II). «De no tener o gustar rara vez los consuelos divinos, nosotros tenemos la culpa, pues no buscamos la compunción del corazón ni desechamos del todo los consuelos vanos y exteriores» (lib. I, cap. XXI). «Cuando el hombre llega al punto de no buscar su consuelo en criatura alguna, *entonces comienza a gustar de Dios perfectamente*» (lib. I, cap. XXV). «El hombre verdaderamente interior y libre de todo afecto desordenado, que ama a Jesús y a la verdad, fácilmente puede dirigirse a Dios y elevarse sobre sí mismo y descansar gozosamente... *Si renuncias a los consuelos exteriores podrás contemplar las cosas celestiales y gozar con frecuencia en tu interior*» (lib. II, cap. I). «Es menester que te despojes de todo y presentes a Dios un corazón puro si quieres gozar del interior reposo y probar cuán suave es el Señor. Y no lo lograrías si no fueras prevenido y traído de su gracia para que, desprendido y libre de todas las cosas, sólo seas unido con El solo» (lib. II, cap. VIII).

13. Sin estas condiciones la contemplación sería falsa o del todo insegura. «Las señales ciertas de la verdadera contemplación, dice S. LORENZO JUSTINIANO *(De Vita solit.*, cap. I), son éstas: Regular las costumbres por la prudencia, velar por la guarda del corazón, recoger los pensamientos en la unión, rectificar las intenciones dirigiéndolas a un fin laudable y divino, tender a la práctica de las cosas espirituales, aspirar a la presencia de Dios, amarle con un corazón humilde y sumiso, complacerse sobre todo en conversar con El, arder en deseo de las cosas celestiales y gozar de la paz interior con amable dulzura». (Cf. *Fasciculus amoris*, c. 2).

«Quemadmodum contemplatio se importune carnaliter quaerentem fugit, advierte en otro lugar *(De casto Connubio*, c. 19), ita reverentem, et spiritualiter simpliciterque se quaerentem insequitur... Prius sensualis habitus pristinae conversationis exuendus, quam ad montem contemplationis accedendum. Deus nempe spiritus est; qui non ambulat in spiritu, spiritualia non discernit, neque de spirituali proficit alimento. Crescat lacte nutritus, sensibus roboratus, gratia praeventus, amore accensus, spiritu exercitatus, mente suspensus, ut post ista ad contemplationis arcem ascendat... Ideo ante resecanda sunt vitia gladio spiritus et virtutum mucrone, quam ad contemplationis otium supersedeat mens. Praestita igitur superna gratia, subactis disciplina virtutum vitiis, evolet quisque ad contemplationis exercitium».

14. «Cualquiera que apetece prepararse para la contemplación, advierte RUSBROKIO *(La Contemp. divina*, c. 7), es necesario que entre por los caminos que guían a ella, como son la pureza inmaculada de la conciencia, la inocencia bien ordenada de vida, la honestidad compuesta y agradable de costumbres, la sobriedad de todos los sentidos, el reprimir y refrenar las propensiones desordenadas de la naturaleza y socorrerla razonable y discretamente en las cosas necesarias, convertirse y volverse exteriormente a todos los que necesiten de él, y esto con piedad y benignidad bien acostumbrada, estar introvertido en ocio santo, que no admita imágenes algunas, sino que las excluya todas; la vista interior elevada a la verdad eterna,... el alma amante y que está sedienta de estar con Dios por toda la eternidad, la abnegación y renunciación de toda propiedad en la muy libre voluntad de Dios, la recolección de todas las fuerzas del alma en la unidad de espíritu, alabar a Dios con perpetua reverencia, darle gracias,

amarle, reverenciarle y juntamente servirle dignamente. Cualquiera que no rehusa ejercitarse en estas virtudes por el amor, le es lícito esperar la vida contemplativa; porque si se ha mostrado fiel a Dios y a sí mismo, contemplará ya cuando Dios quisiere manifestársele».

«Muchos se engañan, advirtió poco antes (c. 6), para no poder llegar a la contemplación, ni a lo que no tiene modo; y los que no pueden llegar a estas cosas, es cierto que están detenidos con algunos impedimentos. Estos, pues, son los que tienen multiplicidad en el corazón...»

15. «Qui ad statum contemplationis supernaturalis pervenire desiderat, dice DIONISIO CARTUJO *(De fonte luminis*, a. 9), abstineat mentem suam ab exterioribus et a sensibilibus eam recolligat...; et tunc Deus..., videns diligentiam hominis fidelem, ac pium ejus conatum, manum applicabit ac porriget adjutricem, mentem per donum sapientiae illustrando».

16. Si nunca recibimos esa divina ilustración es sólo por nuestra culpa. «Aunque Gersón, advierte el P. OSUNA (tr. 12, c. 5), dé quince razones porque el Señor aparta de nosotros el gusto de la devoción, la principal me parece a mí que es nuestra culpa e tibieza; conforme a esto de S. Bernardo: Séate señal cierta, o ánima, cualquier que seas, que menos amas a tu Amado, o menos eres amada de El, si aun no eres llamada a aquellos *altos excesos,* o aun no mereces seguir al que te llama. Desecha, pues, de tí la negligencia y busca la espiritual consolación, ca te será una señal muy cierta para conoscer si eres digno de odio o de amor».

17. «Verdaderamente, dice el V. GRANADA *(Memorial,* tr. 7: *del Amor de Dios*, c. I, § 3), *los caminos de Sión están llorando, porque no hay quien venga a esta solemnidad,* y a este sábado espiritual, en que el ánima fiel huelga y reposa... Algunos hay que, oyendo esto, comienzan luego a disponerse para buscar a Dios, mas no con aquella humildad y simplicidad, ni con aquella determinación que el negocio requiere... Otros hay que dicen: Bástanos vivir como los otros viven. ¿Qué necesidad hay agora de hacer singularidades y extremos, pues sin esto nos podemos salvar?—Desta manera andan batallando los hombres a los principios; porque pelean entre sí la voluntad carnal y espiritual, el amor mundano y el divino... Y no se puede negar sino que es muy trabajoso este divorcio y como desafío de dos partes tan poderosas; mas la gracia de Dios y la firme voluntad y perseverancia todo lo vence; porque poco a poco continuando los espirituales ejercicios, viene a esforzarse la parte superior del ánima contra la inferior...: el ejercicio continuado de las devotas lecciones, oraciones y meditaciones santifica y purifica nuestro espíritu; el cual así purificado comienza a gustar cuán suave es el Señor; y gustada la espiritual suavidad, luego toda carne pierde su sabor, y luego el hombre corre ligeramente por los caminos de Dios al olor de sus ungüentos... Pero esta gracia más se alcanza con íntima compunción, que con profunda especulación; más con suspiros que con argumentos, más con lágrimas que con palabras».

«Las dos principales cosas que sirven para alcanzar esta divina unión, añade (c. V. § 3), son la oración y la mortificación; porque la mortificación despide del hombre todo lo que es contrario a Dios; y la oración junta al hombre con Dios, y así lo hace semejante a El».

18. «Somos tan caros y tan tardíos de darnos del todo a Dios, dice Sta. TERESA *(Vida,* c. 11), que, como su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin *gran precio,* no acabamos de disponernos. Bien veo que no le hay con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra: mas, si hiciésemos lo que podemos en no nos asir a cosa della,

sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo; creo yo sin duda *muy en breve se nos daría* este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos. Así que *porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro:* plega al Señor que gota a gota nos le dé su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo. Harto gran misericordia hace a quien da gracia y ánimo para determinarse a *procurar con todas sus fuerzas este bien,* porque *si persevera, no se niega Dios a nadie,* poco a poco va habilitando el ánimo para que salga con esta victoria... Tiempo verná que se lo *pague* por junto: no haya miedo que se pierda el trabajo: a buen amo sirve, mirándolo está... He visto claro que *no deja Dios sin gran premio aun en esta vida*».

19. «¡Oh Verbo eterno! exclamaba Sta. Magdalena de PAZZIS *(Obras,* 1.ª P., c. 30), dadme a conocer los obstáculos que impiden a vuestro Espíritu, tan fecundo y activo, realizar cumplidamente su obra en las almas ¡Es El tan dulce y tan amable! ¿Cómo son, pues, tan poco conocidas sus suaves operaciones?...—Esos obstáculos, esposa mía carísima, son tan variados como graves, a causa de los diversos estados en que las criaturas se encuentran... Unas están alejadas de Mí: la malicia de que está su corazón lleno es un obstáculo que impide a mi Espíritu descansar en ellas. En algunas el obstáculo es la propia voluntad; en otras no es sólo la propia voluntad, sino también sus miras, su prudencia y la pretensión que tienen de servirme a su modo. Otros quieren mi Espíritu; pero lo quieren como les agrada y cuando les conviene, y se hacen así inhábiles para recibirlo. Otros, que me tocan más de cerca, oponen un obstáculo que no me desagrada menos que los precedentes; y es esa maldita tibieza que les hace creer que me sirven, mientras que, sin darse cuentra, no viven sino para sí mismos».—«Nuestro maldito amor propio, advierte la Santa *(ib.* c. 28), es lo que detiene el impetuoso curso de la divina gracia... Para contener la mar y resistir a su oleaje basta un poco de arena, y no son menester montañas. Tampoco son menester montañas de pecados enormes para detener el curso de ese rápido río, o de ese océano de la gracia; basta la arena de esos defectos que nos parecen ligeros, pero què no lo son cuando a Dios se oponen. ¡Oh a cuántas esposas del Verbo que volaban en la vida espiritual al principio de su conversión, ha hecho detenerse tristemente o retroceder ese desdichado amor propio!... Por eso emplead toda vuestra diligencia primero en conocerlo y luego en combatirlo e impedir que arraigue en vuestros corazones; pues Dios sabe los estragos que allí haría, si se le dejase».

20. «La contemplación, escribe el P. ALVAREZ DE PAZ (T. 3, l. I, p. 3, c. 27: *de Orat. ment.),* es el *principal instrumento con que se edifica el templo de la perfección...* Si nunca gustamos su inefable suavidad, echémonos a nosotros mismo la culpa; que si dispusiéramos nuestra alma para recibir este don celestial, y la vaciásemos de los pensamientos y deseos del mundo, no permitiría el Señor, que tan ardientemente ama a los hombres, que de tan gran bien careciésemos... Si al hijo pródigo lo... obsequió su padre con música y un gran convite, ¿qué no hará el Padre celestial con sus hijos compungidos de corazón?... En vez de tratarlos con dureza, los introducirá en lo más recóndito de sus moradas, y no los excluirá de la contemplación».

21. «Entendí con una noticia clara, dice la V. ANGELA M.ª DE LA CONCEPCIÓN *(Vida,* l. 3, c. 8), lo mucho que importa la desnudez del espíritu para que Dios imprima en el alma sus comunicaciones y para subirla a la divina unión. Dióseme a entendèr, así como poniéndome delante una tabla lisa, que a los PP. espirituales lo que les toca es trabajar por poner en aquel estado a las almas, y en la conformidad que

esto se ha de hacer, poniendo todo su cuidado en desnudarlas no sólo de toda imagen y cosas sensibles que suele haber por la vía de la meditación, mas también de las comunicaciones sobrenaturales, que aquí es donde más se apega el alma y donde hay más dificultad... Porque le parece que ya no ve camino... no quedándole otro medio que arrojarse con fe desnuda de todo apetito en la providencia de Dios, y dejarse llevar con confianza de que la encaminará por otro más seguro, por ser Dios el guiador cuando se aparta el alma de su propia habilidad.—De la misma suerte ha de ser ésta, pasando por las comunicaciones sobrenaturales pasivamente, sin que en ellas haga parada ni reflexión, porque será de impedimento lo mismo que puede ser de gran provecho; porque se queda en el medio, que es el don, sin pasar al fin, que es el Dador de él: y es un punto en que se detienen muchas almas, por lo cual son pocas las que llegan a la unión con Dios, que es el fin de la contemplación. Pero si las comunicaciones son suyas, sin hacer reflexión en ellas, dejan los efectos en el alma, porque para esto no ha menester ella relamerse, que es lo que suele suceder cuando se hace reflexión... Ha de estar tan abnegada en ellas, que cuando las reciba sea sólo porque lo quiere Dios; pero inclinada a buscarle por fe pura y desnuda de todo lo criado, así de arriba como de abajo; y entonces está la tabla lisa y bien labrada, para que el Señor la vaya pintando y dando los retoques más superiores, pues este es oficio suyo propio (no de ella ni del Padre espiritual)».

22. «Querría yo persuadir a los espirituales cómo este camino de Dios no consiste en multiplicidad de consideraciones, ni modos, ni maneras, ni gustos, aunque esto en su manera sea *necesario a los principiantes;* sino en una sola cosa necesaria, que es *saberse negar de veras,* según lo interior y exterior, dándose al padecer por Cristo y aniquilándose en todo. Porque ejercitándose en esto, todo esotro y más que ello se obra y se halla aquí. Y si en este ejercicio hay falta, que es el total y la raíz de las virtudes, todas esotras maneras es andar por las ramas y no aprovechar. Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es el camino y la verdad y la vida, y ninguno viene al Padre sino por El». S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida,* II, c. 6.

23. La V. FRANCISCA DE LA MADRE DE DIOS (1615-1671), carmelita de gran santidad, que fué Superiora en el convento de Dieppe, oyó a N. Sr. decirle (cf. *Vie,* París, 1906, c. 15): «Estoy buscando en todas partes almas para entregarme y comunicarme a ellas, y encuentro bien pocas en quienes pueda hacer plenamente lo que quiera».

24. «N. Sr. me hizo comprender, escribe Sta. VERÓNICA JULIANI *(Diario,* 5 Abril, 1697), que en su gran amor no desea otra cosa sino unirse a las almas, y entrar en ellas ya por luces, ya por la contrición, ya por llamamientos e iluminaciones interiores; pero bien pocas quieren aprovecharse».

25. Abrasada de amor, la V. Hipólita ROCABERTI, «rogaba al amado Jesús que arrebatase a Sí con tan dulce y suave fuerza a *todos* los corazones». Y le fué dicho: «*¡Muchos hay que resisten!... Yo les envío muchas y buenas inspiraciones, así por el Espíritu Santo, que procede de Mí y del Padre, como por el Angel custodio; y ellos resisten. Como les di franco albedrío, no se les quito*».

26. «Como el sol material a nadie niega su calor y luz, si hay capacidad y disposición para recibir la fuerza de sus rayos; tampoco la divina Sabiduría, que dando voces en los altos montes, sobre los caminos reales *(Prov.* 8, 1) y en las sendas más ocultas, en las puertas y plazas de las ciudades, convida y llama a todos, a ninguno se negaría ni ocultaría. Pero la estulticia de los mortales los hace sordos, o la malicia impía los hace irrisores y la incrédula perversidad los aparta

de Dios, cuya sabiduría no halla lugar en el corazón malévolo».—AGREDA, *Mística Ciudad de Dios*, 1.ª P., l. 2, c. 13, n. 110.

27. Por tanto, conforme observa el P. GROU *(Le don de soi-même à Dieu*, 22): «Si el *don de oración* es tan raro, no nos debe extrañar; pues se reserva para las almas que son enteramente de Dios. Cierto es que a algunas las previene El con esta gracia; pero es para que mejor se le entreguen. Y si no lo hacen, no tardará en retirársela. Puede establecerse, pues, como regla segura, que *toda alma completamente entregada a Dios es favorecida con el don de oración*, aunque, por su bien, disponga El a veces que lo ignore; y que al contrario, el alma que no es toda de Dios, no tiene ese don, o no gozará de él por mucho tiempo, o su oración será una ilusión. Así es como la entrega total viene a ser la piedra de toque de la verdadera oración».

28. «Querríamos, dice el P. WEISS *(Apología*, IX, Cf. 9.ª, n. 9), llegar a la perfección de los Santos y gozar de sus consuelos sin llevar la vidaque ellos llevaron... Creemos haber hecho maravillas cuando, medio en broma y medio por entretenimiento, echamos una mirada fugitiva sobre el camino de la vida espiritual. Y enseguida nos quejamos ya de no poder encontrar a Dios, de tardar tanto en quedar renovados, y de no sentir ya nacer las alas con que podamos elevarnos y volar a las mayores alturas...»

29. «Conforme a esto, quejábase N. Sr. a su sierva Sor MARIANA DE STO. DOMINGO (1743-1794), dominica en Sevilla, diciéndole (cf. *Vida*, 1901, p. 300): «¡Ay hija! qué pocas son las (almas) que oyen mi voz y me dan el corazón vacío de las cosas de este mundo. Y luego se quejan de Mí; mas ellas no quieren darme su voluntad, sino que Yo me sujete a la suya. Yo quiero ser solo; y los corazones humildes son en los que yo habito».

30. «¿Por qué, preguntaba poco ha Jesús a otra su sierva BENIGNA CONSOLATA hay tan pocos contemplativos, tan pocas almas a quienes pueda Yo hacer gracias extraordinarias? Porque no hay bastante mortificación... Pocas almas van con paso ligero por la vía del amor, porque hay muy pocas que entren generosamente en la del sacrificio».

CUESTIÓN CUARTA

¿Son místicos todos los Santos?

Para convencernos de que no hay ni es posible que haya verdaderos Santos no místicos, y de que, por lo mismo, para la plena perfección y santificación es necesaria la contemplación infusa, debería bastarnos saber que, según la práctica de la Iglesia, jamás se procede a la canonización, ni aun a la simple beatificación de un siervo de Dios, sino después de haberse probado con todo rigor que practicó habitualmente las virtudes con perfección y heroismo: lo cual, en realidad, equivale a probar *a posteriori*, o sea por los frutos, que fué un verdadero *místico* en toda la extensión de la palabra. En efecto, según enseña Santo Tomás (1-2, q. 68, a. 1 y 2; 2-2, q. 139, a. 1), y reconocen la generalidad de los teó-

logos (cf. *Evolución mística,* p. 188), esa perfección y ese heroísmo, sobre todo habituales, son obra manifiesta de los dones del Espíritu Santo, y los presuponen bien desarrollados y ejercitados. Ahora bien, este ejercicio normal de los dones, haciendo como hace que el alma venga a proceder de un modo *espiritual, sobrehumano* y *divino,* es cabalmente lo que de una manera indiscutible constituye y caracteriza el *estado místico:* luego, así como no puede haber verdaderos Santos no heróicos en la virtud, o no espirituales y perfectos en Cristo, así tampoco los puede haber no místicos: lo cual no quita que pueda haber algún mártir cuyo heroísmo no se nos mostrase hasta última hora.

Con sólo esto creemos que podía bastar para dar por resuelta la presente *Cuestión.* Mas a fin de poner las cosas del todo en claro, veamos más en particular las relaciones de la perfección y santidad con la vida mística, y la clase de oración que de ordinario suelen tener las almas perfectas.

Artículo 1.º—La perfección cristiana y la vida mística.

La verdadera santidad o perfección cristiana, dicen los maestros de espíritu, implica la fiel imitación de N. S. J. C., con una perfecta pureza de corazón y de alma, una íntima unión, comunicación y familiaridad con Dios y una completa docilidad a la contínua inspiración, moción y dirección del Espíritu Santo (1). El cual me-

(1) «Perfectus autem erit omnis, si sit sicut Magister ejus» *(Luc.* 6, 40).

«El hombre *perfecto,* advertía el P. Surín, S. J., es aquel que, habiendo adquirido gran *pureza de corazón,* con una verdadera *unión y familiaridad con Dios,* sigue en todo los movimientos de la gracia y la *dirección del Espíritu Santo*».

«*Perfecti,* escribe Alvarez de Paz (T. 3, l. 3, p. 3, Introd.), dicuntur, non qui amplius spiritu perfici non possunt, quod est proprium Sanctorum cum Christo regnantium, sed qui virtutibus moralibus in optimo gradu acquisitis, et magna puritate mentis adepta *idonei sunt ad osculum oris, et ad magnam Sponsi familiaritatem* admitti. Horum institutum vocatur via unitiva, quoniam tum in oratione, tum in aliis..., ad illud praecipue aspirant, ut *ad purissimam Dei contemplationem,* et ad perfectam cum ipso unionem amoris ascendant».

«No se glorie el alma, decía conforme a esto San Bernardo *(Serm.* 71 *in Cant.* n. 6), de estar perfectamente *unida a Dios,* mientras no *sienta* que El permanece en ella, y ella en El».—Para que el hombre bueno pueda hacerse mejor, esto es, interior y espiritual, necesita, dice Taulero *(Inst.* c. 27), tres cosas: 1.ª, pureza de corazón, que lo deje libre de toda imagen o representación terrenal; 2.ª, libertad de espíritu, y 3.ª, *sentir la unión con Dios.*—Esto mismo repite Fr. Juan de los Angeles *(Conquista, Diál.* IX, § 7). Cfr. B.º Avila, Tr. 1.º del *Espíritu Santo;* y S. Vicente Ferrer, *De Vita spirit.* 3.ª P. c. 3, donde afirma que entre las perfecciones necesarias, una es *gustare et sentire de divino dulcore continue* (cf. *ib.* c. 1).

«El varón perfecto, enseña S. Ambrosio *(Super Luc.* l. 3), tiene que dejar de ser niño... y gozar de los sentidos espirituales que le dan el conocimiento de las cosas místicas: *nec carens sensibus mysticae cognitionis*».

«Esta *perfecta perfección de los perfectos,* advierte S. Juan Clímaco *(Es-*

diante sus dones, no sólo nos instruye y nos mueve y nos dirige y gobierna, sino que hasta nos imprime y comunica sus mismas propiedades, haciéndonos ser verdaderamente "espirituales", santos (1), cristianos perfectos (2) y, por lo mismo, hijos legítimos de Dios que, abrasados en amor de El, proceden en todo según Jesucristo; y así obran ya habitualmente de un *modo sobrehumano,* o sea del todo sobrenatural y *divino* (3).

Mas como esto es precisamente lo constitutivo y característico de la *vida mística,* es claro que sin ella será imposible nuestra plena santificación y perfección (4).

Todos los referidos elementos en ésta implicados suponen, en efecto, y entrañan ese "modo pasivo y sobrehumano" propio de quien obra mediante los dones y por tanto característico, según luego veremos, del *acto* y sobre todo del *estado místico* (5). La perfecta *pureza,* a la

cala, c. 30), de tal manera santifica al hombre y así lo arrebata y levanta sobre todas las cosas terrenas, que después que ha entrado en este puerto celestial, la mayor parte de esta vida carnal gasta en estar absorto y arrebatado en Dios, de manera que su conversación es, como el Apóstol dice, en los cielos... El que ha *merecido* llegar a este estado, viviendo en carne tiene dentro de sí a Dios, que *lo rige y gobierna en todas sus palabras y obras y pensamientos*». Cf. GRANADA, *Amor de Dios,* Pról. y c. 1; *Memorial,* tr. 7, c. 2.

(1) «In *viro spirituali* sunt proprietates Spiritus Sancti, sicut in carbone succenso sunt proprietates ignis» (S. Thomas, *in Joan.* 3). «*Homo spiritualis* non solum *instruitur* a Spiritu Sancto quid agere debeat, sed etiam cor ejus a Spiritu Sancto *movetur*... Illi enim agi dicuntur, qui quodam superiori instinctu moventur... Homo spiritualis non quasi ex motu propriae voluntatis principaliter, sed *ex instinctu Spiritus Sancti inclinatur ad aliquid agendum*». (Id. *in Rom.* 8, 14).

(2) «Spiritus humanus,... nisi regatur aliunde, añade el mismo Sto. Tomás *(in Gal.* V, lect. 4 et 7), fluctuat hac atque illac. *Non ergo perfecte stare potest* ratio humana, nisi secundum quod est *recta a Spiritu divino*... Si ergo *Spiritu vivimus,* debemus *in omnibus ab ipso agi.* Sicut enim in vita corporali corpus non movetur nisi per animam, per quam vivit; ita in *vita spirituali omnis motus noster debet esse a Spiritu Sancto*».

(3) «Si ea quae hominis sunt, *supra humanum modum* quis exequatur, erit operatio non humana simpliciter, sed quodammodo *divina*... Dona a virtutibus distinguuntur in hoc quod virtutes perficiunt ad actus *modo humano,* sed dona *ultra humanum modum*» (S. THOMAS, *in* III *Sent.* D. 34, q. 1, a. 1). «Cum dona sint ad operandum *supra humanum modum,* añade *(ib.* a. 3), oportet quod donorum operationes mensurentur ex altera regula quam sit regula humanae virtutis, quae est *ipsa Divinitas ab homine participata* suo modo, *ut jam non humanitus, sed quasi Deus factus participatione operetur*».

(4) «Los dos elementos de la vida espiritual, dice el P. Lallemant *(Doctrine spir.* pr. 4, c. 2, a. 1), son la purificación del corazón y la dirección del Espíritu Santo... Por aquí es por donde se llega a la *perfección,* la cual será proporcionada al grado de pureza adquirida y a la fidelidad con que hayamos cooperado a los movimientos e insinuaciones del divino Espíritu.—De esta fidelidad depende *toda nuestra perfección;* y así puede decirse que el compendio de la vida espiritual consiste en reconocer las vías y mociones del Espíritu de Dios en nuestra alma y afianzar nuestra voluntad en la resolución de seguirlas, empleando a este fin todos los ejercicios: la oración, la lección, los sacramentos, la práctica de las virtudes y de las buenas obras».

(5) «In donis Spiritus Sancti mens humana non se habet ut movens, sed magis ut mota» (S. THOM. 2-2, q. 52, a. 2, ad 1). «Hoc enim proprie spectat ad haec dona Spiritus Sancti, dice Juan de Sto. Tomás (in 1-2, q. 70, disp. 18, a.

vez que, hasta cierto punto, es previa condición indispensable para el recto ejercicio de los dones—y muy en particular de los dos más excelentes, el de sabiduría y el de inteligencia, que son los que principalmente intervienen en la contemplación—, no puede plenamente lograrse sin que intervengan ya de algún modo esos mismos dones(1). Pues éstos son los que del todo sanan y limpian y acrisolan las almas y les dan el esplendor de las virtudes (2), a la par que las iluminan y encienden con el mismo fuego divino del Espíritu Santo, según pide la Iglesia, diciendo: "Ure igne Sancti Spiritus renes nostros et cor nostrum, Domine, ut tibi casto corpore serviamus et *mundo corde placeamus.—Purifica, per infusionem Sancti Spiritus,* cogitationes cordis nostri, ut te *perfecte diligere,* et digne laudare mereamur„ (3).

De suerte que no lograremos *agradarle* ni *amarle*

1, § IX), in quibus ita Deus dat hominibus et distribuit dona sua, quod per ea subjicit sibi homines, et reddit bene mobiles a Spiritu suo; et ita cum reliqua dona homines accipiant a Deo, in istis donis etiam homines ipsos Deus accipit, et in ipsis hominibus captis, sibique subjectis etiam dona sua iterum accipit, et sua facit, utique cum usura et foenore. Sunt ergo ista dona, munera quaedam in quibus *accipiuntur homines a Deo,* et *passive* magis ad divina se habent, quam se moventes».

(1) «Cogitationes enim mortalium timidae, et incertae providentiae nostrae... Sensum autem tuum quis sciet, nisi tu dederis sapientiam, et miseris Spiritum sanctum tuum de altissimis: et *sic correctae sint semitae* eorum, qui sunt in terris, et quae tibi placent didicerint homines? Nam per sapientiam sanati sunt quicumque placuerunt tibi, Domine, a principio».—*Sap.* 9, 14, 17-19).

Mediante los dones del Espíritu Santo, dice S. Buenaventura *(De septem Donis S. S.*, 1.ª P., cap. 3), «Deus totum regnum animae *purgat,* et *foecundat,* et omnes vires mentis *sanat, ornat,* et *consummat*». «Spiritus Sanctus, añade *(ib.* 2.ª P., s. 6, cap. V), per donum intellectus, mentem nostram a terrenis *elevat,* et *purgat,* et *inflammat*».—Cfr. V. Agreda, *Mística Ciudad,* 1.ª P., l. 2, c. 13).

(2) «Los dones, dice Sto. Tomás *(De Carit.* q. un., a. 2, ad 17), *perfeccionan* las virtudes elevándolas a un modo de obrar sobrehumano».

(3) «Itaque ista dona quasi poliunt, et deaurant, et splendere faciunt virtutes in his ad quae per se non attigunt; sola enim et nuda fides in obscuritate nos relinquit; et ideo homines ordinario modo procedentes in contemplatione solius fidei, attaediantur, et non multum possunt perseverare; sed qui contemplativi sunt, et penetrare conantur mysteria fidei, oportet uti dono intellectus». (Juan de Sto. Tomás, in 1-2, q. 70, disp. 18, a. 1, § XII. Cf. Dionys. Cartus., *De Contempl.*, l. 1, a. 22).

«Si este sol material, advierte S. Alfonso Rodríguez *(Unión,* c. 16), hermosea tanto las nubes, ¿cómo hermoseará Dios, sol de justicia, a las almas, vistiéndolas... de Sí mismo?... Así en el alma que se ha dado toda a su Dios, está en ella hermoseándola la viva fe; en ella está hermoseándola la firme esperanza y segura confianza; en ella está hermoseándola la encendida, abrasada y perfecta caridad; en ella la profunda humildad y la mansa paciencia; en ella la prudencia y fortaleza, en ella la justicia, en ella la continua oración, en ella la imitación de la santísima vida de J. C. N. Sr. Y así esta perfecta caridad es la que desnuda al alma del bajo y sucio sayal de sí misma y la viste del brocado de tres altos de la divinidad de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; porque llega a tanto este amor entre los dos, Dios y el alma, que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es».—Cf. Granada, *Memorial,* tr. 7; *Amor de Dios,* c. 1, § 1-4.

perfectamente, o como perfectos, mientras El mismo, de un modo verdaderamente "sobrenatural„ y *sobrehumano,* no nos haya *purificado,* colándonos y acrisolándonos como el oro *(Malac.* 3, 3), lavándonos más y más con el agua limpia de su gracia, infundiéndonos su Espíritu, renovándonos en El, dándonos un sér y un nombre nuevos y creando así en nosotros un corazón puro, para comunicarnos la alegría de su salud perfecta cuando nos haya confirmado con el espíritu principal, que es el de sabiduría *(Ps.* 50; *Ezech.* 36, 25-26); con el cual podamos sanar de todas nuestras dolencias *(Sap.* 9, 19) remediar nuestras flaquezas *(Rom.* 8, 26) y triunfar de todos nuestros enemigos *(Sap.* 10, 12) (1).

Esa íntima *unión,* sobre todo habitual, tampoco es posible sin estar del todo animados y poseídos del Espíritu de Jesús; puesto que "quien se adhiere a El es un Espíritu con El„ (I *Cor.* 6, 17). Y este mismo Espíritu de piedad es quien, al alma perfecta, le hace *gemir* y *suspirar (Rom.* 8, 26; *Apoc.* 22, 17) por el Padre y por el Esposo (2); y El es también quien la enseña a orar y amar y

(1) «Contra singula tentamenta, dice con S. Gregorio S. Buenaventura *(De 7 Donis S. S.,* 1.ª p., cap. IV), Spiritus Sanctus erudit et munit mentem. Unde contra stultitiam humanam, vel mundanam, dat sapientiam divinam; contra hebetudinem humanam, dat donum intellectus; contra praecipitationem periculosam, dat donum consilii; contra timorem, ut est passio, dat donum fortitudinis; contra totam ignorantiam, dat donum luminosae scientiae; contra cordis duritiam, dat donum benignae pietatis; et contra pertinacem superbiam, dat donum humilis timoris». Y así, «el ejercicio de los dones —conforme observa el mismo San Buenaventura en otro lugar *(in* III *Sent.,* D. 34, p. 1, a. 1, q. 3)—nos promueve al *estado de perfección*».

(2) «Quae in vobis anima sensit aliquando in secreto conscientiae suae Spiritum Filii clamantem: *Abba Pater?* Ipsa, ipsa paterno se diligi praesumat affectu, quae eodem se Spiritu quo et Filius, affectam sensit. Confide, quaecumque es illa, confide nihil haesitans. In Spiritu Filii, filiam cognosce te Patris, sponsam Filii et sororem... Soror siquidem est, quia ex uno Patre: sponsa, quia *in uno Spiritu*» (S. Bernardo, *In Cant. Serm.* 8).

«Cuando este divino amor toma posesión de un alma, decía Jesús a Benigna Consolata *(La Prefecc.,* 10), trae consigo una paz divina, una confianza inquebrantable, una fidelidad absoluta y un perfecto reposo. Entonces el Amor se detiene en esta alma afortunada, y la hace *centro de sus divinos favores y como un depósito de sus gracias de elección.*

«El fundamento de la caridad considerada como amistad, advierte según esto el P. Massoulié *(Tr. de l'Amour de Dieu,* 1.ª P., c. 2, § 3), es la comunicación de los bienes sobrenaturales; y a medida que esta comunicación es más perfecta, es preciso que la amistad sea también más elevada».

«Los principiantes, dice Gersón *(Theol. mys. prac.,* Ind. 1), consideran aun a Dios con temor—y por lo mismo no son todavía aptos para la contemplación, que es fruto del amor; los aprovechados, a su vez, trabajan en vista de la recompensa. Y es *propio* de los *perfectos* el mirar a Dios como a un amoroso Padre y un Esposo amadísimo, y aspirar a sus dulces abrazos».

«Via *perfectiva* seu *unitiva,* añade Dionisio Cartujo *(De Fonte lucis,* a. 12), est studium... ad sincerissimae caritatis ardorem, ad Deitatis extaticum flammigerumque amorem, ad *mysticae sapientiae* aestuantissimum, quietissimum, ac secretissimum tendens intuitum. Consistit namque haec via in hoc ut ex contemplatione Dei... mens divino amore tota accendatur, et velut ignea atque seraphica efficiatur».

obrar siempre como conviene, de modo que tenga su continua conversación en los cielos y sus delicias en hacer en todo la voluntad del Padre (1).

Y allí, en lo alto es donde tienen su corazón y su tesoro *todos los perfectos cristianos,* que son los que, habiendo ya muerto y resucitado con Cristo, sólo sienten y desean lo que el mismo Jesucristo, y ya no tienen tratos ni conversaciones terrenas; no proceden a lo humano —*secundum hominem*—, no buscan sino las cosas altas y excelentes, ni gustan sino lo que es propio del espíritu (*Col.* 3, 1-3; *Rom.* 8, 5; I *Cor.* 5, 8), sirviendo a Dios con toda pureza, como "ázimos de sinceridad y de verdad".

«Cum ad caritatem perfectam prout huic vitae possibile est, pervenerit homo, *donum quoque sapientiae in ipso perficitur,* et per illud fit homo velut *consiliarius* et *secretarius* Dei: et subveniente Spiritu Sancto, dispositissimus est ad suscipiendum uberrime et saepissime illustrationes divinas, inflammationes internas, consolationes supernas, ita quod nihil sibi facilius est, nihil suavius, nihil familiarius, quam per contemplationem fervidumque amorem se ad Deum levare, in ipso quiescere magis aut minus diu prout Spiritus Sanctus concesserit» (*Id., De Vita inclus.,* a. 19).

(1) «Non dubium quin Deus impense velit, dice Alvarez de Paz (*De Inquis. pacis,* l. V, P. I, ap. 2, c. 2), hominem sui memoriam continenter imbuere. Hoc est bonum, ut vidimus ex Michaea (6, 8), et quod Dominus requirit a nobis, ut sollicite ambulemus cum Deo nostro, id est, eum *semper actuali memoria* praesentem gestemus. Idem significant illa verba...: *Oportet semper orare, et nunquam deficere (Luc.* 18, 1). Quomodo enim Deum semper orabimus, nisi eum semper praesentem consideremus? .. Sed absque ulla tergiversatione hoc... ex 1.º mandato colligitur... *Perfecta* enim hujus mandati impletio *assiduam Dei memoriam involvit*... Quomodo Deum semper amabis, et non semper cogitabis? Quomodo *toto corde, et tota anima, et tota mente* illi inhaerebis, si praecipuam aut unam ex praecipuis tuis partem ab illo disjungis?... Certe Augustinus et Hugo Victorinus ita hoc praeceptum intellexerunt (Hugo, *Eluc. Ep. ad Rom.)* Qui ergo vult et praecipit ita diligi, omnem cogitationem homnis quantum haec vita mortalis sustinuerit, vult et praecipit in seipsum impendi».

«Un alma que hace en todo la voluntad de Dios, y que atiende hasta a sus menores deseos para ejecutarlos, está por decirlo así *siempre escuchando,* y es un alma que está *siempre en oración*».—Sor B. Consolata.

«Después que el ánima en los ejercicios de la vida activa concibe a Dios, observa el P. Osnna (*Terc. Abec. esp.,* tr. 2, c. 7), *sube a la montaña de la contemplación,* levantándose a gran priesa, esto es, con gran fervor, a *cosas altas y grandes,* promovida y esforzada de aquel que concibió; y allí en los altos ejercicios de la contemplación oye a Elisabet, que le da fe de haber concebido a Dios. Elisabet quiere decir septenario de Dios, y significa los siete dones del E. S. que en la contemplación se reciben; los cuales dan testimonio a nuestro espíritu de la familiaridad que con Dios tenemos, que es verdadera y no fingida ni engañosa; lo cual, cuando el ánima oye con los oidos espirituales, debe con hacimiento de gracias engrandescer al Señor, que así la ha querido engrandescer y subirla por la escalera de su gracia a tan alto grado».

Así se cumple esta sentencia del Angélico: «Homo, inquantum est *contemplativus,* est aliquid *supra hominem;* quia in intellectus *simplici visione* continuatur homo superioribus substantiis, quae Intelligentiae vel *Angeli* dicuntur» (S. Thom., *in* III *Sent.* D. 35, q. 2, sol. 2, ad 1).

«Datur ergo ad hoc quaedam lux, añade Alvarez de Paz (*de grad. Contempl.* V, 3, 12), qua mens sublevata ita perfecte res divinas inspicit, ut videatur statum hujus mortalitatis excedere. Et vere secundum sublimitatem cognitionis est et vitae sanctitudo. Accipit enim anima tunc efficacissima auxilia ad sancte vivendum et sine querela inter homines conversandum. Mirum est quam lynceos oculos habeat, ut vel minimas imperfectiones fugiat... Bona opera sic exeunt omnibus numeris absoluta».

Esto es proceder ya habitualmente bajo la moción y animación del Espíritu Santo, revestidos de Jesucristo, unidos y configurados con El, poseídos e inspirados de sus sentimientos, para perpetuar en la tierra su divina misión y vivir en todo como hijos de la luz, fructicando en *toda bondad, justicia* y *santidad* (1).

Así es como no puede llamarse ni ser del todo "espiritual„ un alma, según advierte nuestro profundísimo teólogo Juan de Santo Tomás *(in* 1-2, q. 68-70, disp. 18, a. 1, § 3), hasta que no se vea instruída y conducida de un modo sobrehumano, es decir: "Quando non solum illuminativam viam ingreditur secundum *communem modum,* et regulam virtutum in quibus proficit; sed etiam *nomen novum,* id est, *regulam novam,* et obligationem novam accipit (nomen enim saepius ipsam obligationem, seu munus designat) qua *regulatur,* et *dirigitur,* et *docetur* humana mens non solum stylo hominis, et modo quodam communis prudentiae, sed etiam *digito Dei,* et excellentia motionis divinae„ (2).

(1) «Haec est in nobis, exclama San Bernardo *(De Amore Dei,* c. 4), voluntas Filii tui: haec pro nobis oratio ejus ad te Deum Patrem suum: Volo, ut sicut ego et tu unum sumus, ita et ipsi in nobis unum sint.—Ut scilicet, ament te, propter te, et se non nisi in te. Hic est finis, haec consummatio, haec est *perfectio,* haec est pax, hoc est gaudium Domini, hoc est gaudium in Spiritu Sancto, hoc est *silentium in coelo*».

«Nunca podremos conseguir la unidad de corazón, dice Rusbrokio *(Adorno de las bodas,* l. 2, c. X), si no es que el Espíritu de J. C. encienda su fuego en nuestros corazones... Esta unidad da interior paz y tranquilidad, y es como un vínculo y nexo que une, junta y abraza cuerpo, alma, corazón, sentidos y todas las fuerzas internas y externas en unidad de caridad».

«Así este hombre a quien se le han comunicado estas cosas, añade el mismo autor *(ib.,* c. 40), queda hecho hombre *espiritual* e *iluminado,* porque la misma gracia se contiene en la unidad de espíritu a manera de fuente, y sus ríos hacen que manen las fuerzas del alma con todas sus virtudes».

«Todos los buenos que están ilustrados con la divina gracia, escribe en otro lugar *(Contempl. divina,* c. 17), hallan dentro de sí, en su introversión sobre la razón, el Reino de Dios y a Dios mismo en su Reino; y esta vida se llama contemplativa, la cual pide el Espíritu del Señor y nos aconseja. Pero en nuestra extroversión ejercitamos nuestros sentidos en las virtudes... La acción y contemplación, si está juntamente bien ordenada en el mismo hombre, es claramente bienaventurada, y vida santa».

(2) «Propter hoc, añade *(ib.* § IV-V), ut recte observat Cajetanus, super III Joannis, viam, et statum Spiritus et spiritualis hominis designavit Christus Dominus in illis verbis, cum dixit: *Spiritus ubi vult spirat; et vocem ejus audis, et nescis unde veniat, aut quo vadat: sic est omnis, qui natus est ex Spiritu.*—Ubi cum Christus Dominus, qui est veritas ipsa, apertissime dicat sic esse omnem, qui natus est ex Spiritu, judicare debemus non alio meliori modo explicari posse *statum Spiritus, et spiritualis hominis, qui per dona Spiritus Sancti formatur,* quam in illa comparatione praefatis verbis a Domino designata. In quibus tres conditiones spiritualis hominis designantur. Prima, pertinens ad interiorem dispositionem in illa clausula: *Spiritus ubi vult spirat:* secunda, ad exteriorem communicationem, cum dicit: *Et vocem ejus audis;* tertia, ad occultam Dei motionem, et instinctum cujus certitudinem plene capere non possumus, cum dicit: *Et nescis unde veniat, aut quo vadat.*..

«Et prima explicatur sic, quia dispositio interior per dona Spiritus Sancti et ad discernendum homines spirituales, ea est, ut homo valde liberum, voluntarium, et expeditum se sentiat in operando, sine obscuritatibus, sine im-

Esto es *andar en espíritu,* como nos lo aconseja y encarga San Pablo *(Gal.* 5, 16, 25). "Andar el hombre en espíritu, advierte el V. P. Granada *(De la Devoción,* cap. IV, § 8), es *andar más en Dios que en sí mismo,* trayendo el corazón no con la disposición y con los afectos naturales que él se tiene de suyo, sino con los que le vienen por parte de la devoción actual con que anda; porque esta manera de disposición no es la que nos viene por parte de la carne y de la sangre, sino la que *viene por parte del Espíritu Santo,* y del afecto continuo del amor y temor de Dios... Pues como ésta sea raíz y principio de todo nuestro bien, todo nuestro trabajo ha de ser en procurar de tener tan larga y tan profunda oración que baste para *traer siempre el corazón con esta manera de recogimiento* y devoción. Para lo cual *no basta cualquier manera de oración... Esta es la manera de vivir que tuvieron los Santos;* este es un muy principal punto de toda la vida espiritual; *esta es la que hace al hombre espiritual y divino;* esta es la que dispone en peso, número y medida todas sus obras„.

Y de esta manera es como debemos procurar vivir y proceder todos para poder ser verdaderamente *hombres espirituales, perfectos* a imitación de los Santos, y *fieles* a nuestra vocación, no dejando que se malogren las gracias recibidas ni resistiendo y contristando al Divino Espíritu, por hacernos sordos a sus continuos y amorosos llamamientos. ¿Para qué mora El en nosotros sino para hacernos a todos *espirituales y divinos,* con tal que le seamos dóciles y nos dejemos en todo llevar y gobernar de su dulce moción e inspiración como verdaderos *hijos de Dios?* (1).

Para ser, pues, lo que debemos, es decir, verdaderamente "espirituales„, es preciso no ahogar esa voz divina, sino procurar siempre oirla y seguirla con toda fidelidad„.

pedimentis, sine ligaturis, quia *ubi Spiritus Domini, ibi libertas...* Primum autem quod facit Spiritus ingrediens cor, est disrumpere vincula peccatorum quibus homo ligatur, et vectes ferreas duri cordis confringere: et tunc sentit se homo quasi alleviatus a magno pondere, et agilem ad operandum; imo assumit pennas quasi columbae, et volat, et quiescit in solitudine; nec enim est requies cordis, ubi non est volatus ad Deum... Sic qui aguntur a Spiritu, non ut servi, sed ut liberi, ut volentes et ut voluntarii moventur; et per principia sibi inhaerentia, a Spiritu Sancto tamen derivata, aguntur ad eas operationes quae in sua regulatione et mensura *modum humanum et communem excedunt*».

(1) *Rom.* 8, 14. «Spiritus Sanctus, dice S. Basilio *(De Spiritu Sancto,* c. 26, n. 61), vim habet *perficiendi* rationales creaturas, absolvens fastigium earum perfectionis. Nam qui jam non vivit secundum carnem, sed *Spiritu Dei agitur,* et *filius Dei* nominatur, et conformis imagini Filii Dei factus est, *spiritualis* dicitur».

"Ser espirituales y vivir en espíritu en todas las cosas, se dice propiamente, observa M. Olier *(Introd. a la Vie chrét.* ch. 8, sect. 1), cuando el Espíritu Santo es en nosotros el principio de todo, el posesor de todo nuestro sér, que nos tiene entre sus brazos y nos lleva a cuanto le place. Y aunque esto se haga de una manera más sensible en unos que en otros, se hace sin embargo, realmente en *todos* cuantos quieren de veras mortificarse y renunciar por completo a sí mismos. Cuando damos lugar a este Divino Espíritu y le dejamos en libertad de obrar y usar de nosotros, nunca deja El de obrar en nosotros y conducirnos. Nunca deja de poseer nuestras potencias para elevarlas a obrar lo que Dios quiere de nosotros; puesto que ni está ni habita en nuestros corazones sino para obrar por nosotros a gloria de Dios. Y no está en nosotros sino para vivificarnos, para ser principio de nuestra vida nueva, de esa vida divina de que debemos vivir„.

Y tal es, en su principio, fin y operaciones, la vida mística, la vida espiritual, o sea la vida propia de las almas que, mediante la contemplación infusa, han sido elevadas al *estado místico* o *unitivo* (1).

"Conoce, hija mía, decía el Eterno Padre a Santa Catalina de Sena *(Diálogos,* c. 85), la perfección de este estado unitivo donde el ojo del entendimiento es arrebatado del fuego de mi caridad, en la cual reciben mis siervos las *luces sobrenaturales.* Con estas luces me aman, porque el amor sigue a la inteligencia y cuanto más se conoce más se ama y cuanto más se ama más se conoce: y así lo uno es alimento de lo otro... Este es aquel exce-

(1) «Causa efficiens contemplationis infusae, dice Vallgornera (q. 3, d. 3, a. 2), est Spiritus Sanctus cum suis donis, et intellectus creatus talibus donis illustratus... Causa finalis... est intima, arcana et felicissima animae contemplativae cum Deo per amorem fruitivum *unio*».

«Notandum est quod secundum Philosophum, ad hoc quod actus contemplativi *faciant beatum,* duo requiruntur: unum substantialiter, sc. quod sit actus altissimi intelligibilis, quod est Deus; aliud formaliter, sc. amor et delectatio. Delectatio enim perficit felicitatem... Hoc enim pertinet ad unionem amoris». S. Thomas, *in Mt.* 5.—Y a esta íntima unión, y a esta perfección y felicidad implicada en las bienaventuranzas, se ordena toda la doctrina evangélica: «*Christus in doctrina sua primo praemisit istas beatitudines, ad quas omnia alia reducuntur*». (Id. *ib.).* Pero nadie las goza ni puede conocerlas bien, sin el don de sabiduría.

«Beatitudo, dice Peraldo *(Summa virtutum,* P. 5.ª I), est gratia non cuicumque, sed vere sapienti nota, faciens ad suavitatem conscientiae, propinqua gloriae.—Et videtur posse sumi haec descriptio ex eo quod dicit Ambros. in lib. *de Offic.:* Dico, inquit, beatam vitam consistere in altitudine sapientiae, suavitate conscientiae, virtutis sublimitate... Ad eos qui habent profundam sapientiam pertinet cognoscere quod paupertas hominem beatum eficiat... Virtus sublimis est virtus perfecta: *virtus perfecta est virtus propinqua fini* suo, sive gratia propinqua gloriae. Beatitudo, prout hic sumitur, est beatitudo viae, et ideo est beatitudo semiplena».

lentísimo estado en que, siendo aun mortales, *gozan con los inmortales:* de suerte que muchas veces la unión viene a ser tal, que apenas saben si están en el cuerpo o fuera de él y gustan las arras de vida eterna„ (1).

Sin esta habitual y continua inspiración, animación y dirección del Espíritu Santo, que se logra con el pleno desarrollo y ejercicio de los siete dones (2), se nos mezcla más o menos el antiguo fermento de malicia; y para excluir todo contagio de éste, hay que estar ya perfectamente purgados, acrisolados y transformados por el Espíritu de sabiduría, que vino a llenar toda la tierra y renovarla *(Ps.* 103, 30), y conducir al justo siempre por las rectas sendas, y mostrarle el reino de Dios dentro de nosotros mismos, darle la ciencia de los santos y enriquecerlo, honrarlo y consolarlo en los trabajos (3). Pues

(1) En el grado de los *perfectos,* dice conforme a esto Antonio del E. S. (tr. 1, d. 1, s. 7, n. 127), «mens totaliter transformatur per unionem affectivam et experimentalem, fruitivam et realem, quantum praesens status hujus vitae patitur, ita ut ex parte Dei oporteat concipere ipsius Dei in animam illapsum sive deosculationem et amplexum unitivum; ex parte vero animae unionem amoris et *perceptionem fruitivam* et suavissimam ipsius Dei.—Ad hanc igitur osculationem sive amplexum et animae fruitivam unionem resultat in intellectu altissima et perfectissima Dei cognitio, in qua formaliter consistit principaliter *theologia mystica*».

«In hac actuali fruitiva unione, consistit hujus vitae felicitas et inchoata beatitudo... Haec inchoatio beatitudinis, quae, ut docet D. Thomas (1-2, q. 109, a. 2), *in hac vita in viris perfectis invenitur,* in hac intima unione animae cum Deo, tum per cognitionem experimentalem praesentiae ipsius, tum per amorem fruitivum, omnino consistit». FELIPE DE LA SMA. TRINIDAD, 3.ª P. tr. 1. d. 1. a. 5.

Sin esto, añade *(ib.* a. 6), no podremos hallar felicidad ni reposo: «Quamdiu charitatis arctissimo vinculo, et intima hac unione fruitiva, Deo tuo suavi sponso non jungeris, et brachiis amoris ejus dulcíssimi non constringeris, nec osculo oris ejus recreaberis, tamdiu sine quiete vaga, sine refectione famélica, et misera aberrabis: quibuscumque... virtutibus abundes, satiari profecto non poteris, nisi per amoris contactum et intimam unionem Deo conjungaris».

(2) «Dona sunt quidam habitus perficientes hominem ad hoc quod prompte sequatur instinctum Spiritus Sancti, sicut virtutes morales perficiunt vires appetitivas ad obediendum rationi» (S. THOM. 1-2, q. 68, a. 4).

(3) *(Sap.* X, 10). «Sapientia his gradibus, advierte Alvarez de Paz *(de inquis. Pacis,* l. V, P. I, appar. 1, c. XI), justum ad sui possessionem, ac ad veram contemplationem perducit. Primo ducit illum *per vias rectas* dum a vitiis avocat et omnium virtutum operibus implet. Secundo in visione scalae mysticae ostendit illi regnum Dei, ut per eam meditando ad Deum ascendat, et ad se descendat. Tertio ex hac visione, in qua non minimus labor est, ad *sanctorum scientiam,* id est, ad contemplationem accedit, in qua sancta, id est, coelestia et divina perspicit. Quarto laboribus honestatur, id est, dilatatur ac multiplicatur, quia nimirum fructibus, quos labore multiplici acquisierat, plenus agnoscitur. Tandem labores isti complentur, cum usque ad finem vitae perseverantia coronatur. Ecce quomodo *ex labore meditationis ad requiem contemplationis, et ex hac ad divitias perfectionis pervenitur*».

Sólo recibiendo así el Espíritu de alta contemplación es como puede convertirse en un *Carmelo,* o en un jardín delicioso, el erial de nuestros pobres corazones: «Donec effundatur super nos spiritus de excelso: et erit desertum in charmel... Et habitabit in solitudine judicium, et justitia in charmel sedebit. Et erit opus justitiae pax...» *Is.* 32, 15-17.

«Dios, dice Rusbrokio *(Regnum Deum amantium,* c. 41), muestra su reino

"sólo por esta mística sabiduría han logrado sanar perfectamente cuantos agradaron a Dios„ *(Sap.* 9, 19) (1).

De aquí que, sin los dones del Espíritu Santo, sea imposible la perfecta pureza de corazón, la verdadera espiritualidad, el heroismo en la virtud y la santidad encumbrada (2).

Para mejor convencerse de esto, conviene recordar brevemente qué son estos preciosos dones mediante los cuales así podemos remontarnos a las alturas de la santidad, cuál es su oficio y manera de obrar, en qué difieren de las virtudes, cómo las completan y perfeccionan y

a las almas *perfectas y heróicas*... y de un modo que está por encima de nuestra manera ordinaria de conocer. En esta contemplación descubre Dios al alma cosas sublimes, en medio de los ardores de su amor. Mas para esto es menester una comunicación perfecta del don de sabiduría».

«Per sapientiam, advierte Peraldo *(Summu virt.,* P. 4.ª, tr. *de Donis,* II), *maturi sumus.* Ad maturitatem sapientiae pertinet puerilia despicere, et digna viris intellectu capere, et affectu desiderare».

(1) Sólo queda sana el alma, dice S. Gregorio M. *(Morales,* l. 6, c. 18), cuando introducida en la mística bodega en que se ordena la caridad, puede decir con la Esposa: «*Vulnerata charitate ego sum.* Male enim sana anima, atque in hujus exilii statu caeca securitate prostrata, nec videbat Deum, nec videre requirebat: percussa autem charitatis ejus spiculis, vulneratur in intimis affectu pietatis, ardet desiderio contemplationis, et miro modo vivificatur ex vulnere, quae prius mortua jacebat in salute, aestuat, anhelat, et jam videre desiderat quem fugiebat».

«Contemplatio quidem internae lucis, añade *(in* I *Reg.*, l. V, c. 14), splendida valde atque clarissima *dies* est, in qua Dominus Israëlem salvat, quia quorum corda luce intimi splendoris irradiat, in celsitudinem perpetuae salutis levat. Salvare quippe in die illa Dominus dicitur, quia ad eternae vitae amorem nemo succenditur, cui intimae lucis splendor occultatur. Ad hanc salutis gratiam, non solum electa, sed etiam despecta, quae videntur mundi perveniunt».

«No puede el cuerpo quedar purificado, dice S. Máximo (P. G. t. 90, col. 1405, n. 20), sin los ayunos y vigilias, ni el alma sin la misericordia y la verdad, *ni el espíritu sin la contemplación* y el trato con Dios».

Así, «son muchos, advierte luego (col. 1433, n. 145), los que, entregados a la acción, corren en la arena de las virtudes, pero no conseguirá el premio sino quien aspire a lograr su fin mediante la contemplación».

«El hombre de acción, añade (col. 1440, n. 163), podrá cercar su viña con un muro, y protegerla así contra las bestias, que representan las pasiones del cuerpo; mas librarla de las aves, que son las pasiones del alma, eso no puede lograrlo sino el contemplativo».

(2) «¿Por qué está el divino Espíritu incesantemente llamando a nuestros corazones, y para qué nos dió sus dones, sino para hacernos santos? ¿Qué es la santidad sino la práctica de las virtudes heróicas? ¿Y qué son los dones sino el medio de practicar la virtud con heroismo? ¿Podrá concebirse la santidad sin esa fe y ese amor sublimes, que son obra de los dones?» (Lamballe, *La Contemplation,* ch. 2, § 2).

«Ista septem dona, dice Peraldo (l. cit.), sunt quasi septem stellae in dextera Christi *(Apoc.* I et III). Stellae dici possunt, quia noctem praesentis vitae illuminant. Item hae dona sunt septem lampades, de quibus. *Apoc.* 4 et 7.— Iterlin.: Dona Spiritus Sancti, quae accendut et illuminant, parata omnibus, quae sunt sedes Dei... Donum sapientiae lumen est quo agnoscuntur superiora. Scientia lumen est quo agnoscuntur inferiora. Intellectus, lumen est, quo agnoscuntur interiora... Donum consilii est lumen, a quo cognoscuntur periculosoria... Ad ea quae communiter agenda sunt *ab omnibus,* pertinet donum pietatis, cui lumen ministrat donum scientiae... Circa ea quae pertinent *ad perfectionem* est donum fortitudinis, cui lumen ministrat donum consilii.., Dono timoris sapientia inchoatur... Dono sapientiae consummatur, donis vero mediis *proficiendo ad consummationem sapientiae appropinquat*».

cuán necesarios sean para la plena expansión y desarrollo y, aun para la misma conservación de la vida sobrenatural y cristiana.

Los dones del E. S.—dice María Lataste *(Oeuvres,* t. 3, l. 9, VII) con palabras que ella cree haber oído de N. Sr. y que resumen admirablemente la doctrina de Sto. Tomás—, son hábitos o inclinaciones inherentes al alma, distintos de las virtudes infusas, necesarios para obrar el bien y alcanzar la salud, e inseparables unos de otros... Son hábitos infusos o inherentes al alma; pues, por la gracia, en ella mora el E. S. con sus dones. Y así esta permanencia del don no es cosa transitoria, sino una realidad fija que permanece en el alma, una inclinación, un hábito que la lleva a obrar según la tendencia del don del E. S.—... Se distinguen de las virtudes y podrían llamarse mejor que nada *inspiraciones,* por estar en el alma como el soplo del E. S... Las virtudes humanas perfeccionan al hombre según como por la razón es movido a obrar interior o exteriormente. Mas es preciso que en el hombre haya otras perfecciones o virtudes más elevadas, por las cuales esté *dispuesto a recibir en sí la acción de Dios.* Y los dones del E. S. son estas perfecciones y virtudes que soplan en el alma a fin de que ésta reciba el movimiento que Dios quiere imprimirle. *Los dones del E. S. elevan al hombre a Dios y le disponen para recibir el movimiento divino.*—He aquí por qué son inferiores a las virtudes teologales; pues éstas unen el alma con Dios, mientras los dones se reducen a dirigirla y moverla hacia El.—Y he ahí por qué son superiores a las morales, pues éstas no hacen sino quitar los obstáculos que apartan de Dios, mientras los dones dirigen verdaderamente y mueven hacia El.—Y son *necesarios para obrar el bien y alcanzar la salud...;* pues *toda la perfección* que mediantes las simples virtudes puede alcanzarse es *siempre imperfecta;* ya que, aun con las mismas teologales, no conocemos y amamos a Dios sino de un *modo imperfecto.* Por tanto es menester otra fuerza que las mueva a obrar. No estando la razón sino imperfectamente ilustrada por las virtudes teologales, necesita, para tender con seguridad hacia el fin sobrenatural, de la inspiración y movimiento que le dan los dones del E. S. (1).—Quienes por El son conducidos son verdaderamente hijos de Dios y recibirán su herencia que nadie puede alcanzar sin ser movido del soplo de su divino Espíritu.—Así mismo no basta el alejamiento de los obstáculos que impiden ir a Dios, y es preciso que la voluntad sea impelida hacia El; lo cual es obra de los dones.—Por tanto, no bastan al hombre las virtudes teologales y morales, sino que le son también menester los dones del E. S. *para hacerle alcanzar su último fin...* Si aquéllas le dan numerosos conocimientos y le apartan de mil peligros y dificultades, no le dan a conocer todo lo que necesita, ni se lo hacen posible. Mas Dios, que es Omnipotente y lo conoce todo, *perfecciona* en el hombre la obra de su gracia mediante los dones del Espíritu S... (2).

(1) «Omnia dona ad perfectionem theologicarum virtutum ordinantur». S. Thomas, 2-2, q. 9, a. 1, ad 3.

(2) Cfr. Weiss, *Apología,* t. 9, Cf ª 3.ª, Apénd. 2, n. 5.

«Estos dones son todos comunicados con la gracia santificante y están fundados en la caridad, que une al alma con Dios... Y así quien pierde la caridad, los pierde todos, y no puede percibir el efecto de ese soplo del Espíritu Santo».

Y todos esos dones preciosísimos, recibidos ya en el Bautismo, se desarrollan y corroboran, poniéndose en condición de funcionar normalmente, en el sacramento de la Confirmación, por algo llamado el de la «perfección del cristiano».

Por la Confirmación, dice el P. La Puente (*Perfec. en gener.*, tr. 2, c. V), Dios «nos unge con la unción que enseña todas las cosas (I *Joan.* 2, 27), y nos llena de *alegría* para servirle *con excelencia:* El nos señala tomándonos por suyos, imprimiendo en el alma el carácter y señal del Sacramento, y en el corazón el sello de su amor; El nos da la la prenda del espíritu, que es el mismo Espíritu Santo, en prenda de que... remediará nuestras necesidades, oirá nuestras oraciones, y será nuestro padrino, protector y defensor en las tentaciones, y nuestro *ayo, maestro y ayudador para alcanzar la perfección* que pretendemos».

Todo esto, añade (§ I), «es para que los justos *crezcan en la santidad* que recibieron en el Bautismo, y *lleguen a la alteza de la perfección* cristiana a que son llamados, porque como el niño... recibe virtud para crecer... hasta que llega al estado de perfecto varón; así, dice Sto. Tomás (3.ª P., q. 72, a. 1), el que es engendrado por el Bautismo en el sér sobrenatural recibe por la Confirmación *especial gracia y virtud para crecer* y aumentarse hasta llegar al *estado de perfecto cristiano*».

«Como el Espíritu Santo, vuelve a decir (c. 8), *se da con plenitud* en el sacramento de la Confirmación para que los justos *suban a la alteza de la perfección cristiana con firmeza,* será bien declarar los modos como ayuda para esto por medio de los *grandes dones* que concede y de las *fervorosas inspiraciones* que comunica, con las cuales despierta a los dormidos, aguija a los perezosos, consuela a los desmayados, y pone nuevos bríos a los fervorosos, y con ellas hace oficio de guia y gobernador en el camino del espíritu, descubriéndoles el bien que han de seguir y ayudando a que le sigan, para que sean *perfectos en todo género de virtudes,* en la oración y en la mortificación, en el amor de Dios y en el amor del prójimo, en el trato con Cristo N. Sr. y en el trato con los hombres, y generalmente en los actos de las vidas activa y contemplativa, cuyo dibujo también tenemos en el sagrado crisma; porque como él se compone de aceite y bálsamo, así la vida cristiana y perfecta abraza las obras de penitencia y misericordia, figuradas por el aceite, porque curan nuestras llagas y remedian las miserias del prójimo; y también las obras de *oración y contemplación, figuradas por el bálsamo oloroso y precioso,* porque son de grande estima en los ojos de Dios, y echan de sí grande olor delante de los ángeles y de los hombres... La congregación de

los justos... tiene por guia la moción e inspiración del Espíritu Santo el cual no se contenta con darles hábitos de virtudes y dones sobrenaturales, sino también *El mismo les mueve al uso de ellos*».

Para que las virtudes infusas, añade *(ib.* § 2), «suban a *toda su perfección* concede N. Sr. a los justos las *alas* de la *vida contemplativa*..., porque como las aves con las alas se levantan a lo alto, así los justos con los cuatro dones del Espíritu Santo que llama Isaías sabiduría, entendimiento, ciencia y consejo, y con las cuatro obras que llama S. Bernardo *(Scala claustr.)* lección, meditación, oración y *contemplación,* se levantan sobre sí mismos a tener su trato y conversación en el cielo...

»¿Quién sabrá contar las grandes ayudas que da N. Sr. a los justos, visitándolos y alentándolos con su divina presencia para ejercitar obras tan grandiosas? Porque su visita, dice Job (X, 12), guarda nuestro espíritu, ella le confirma, ilustra, enciende y afervora, levanta los rostros de las virtudes, menea con fervor las alas de los pensamientos y afectos y hace que con harmonía del cielo se provoquen unas a otras. Esto declaró el mismo Profeta *(Ezequiel,* I, 13) diciendo, qué en medio de los animales andaba discurriendo de una parte a otra un resplandor de fuego, y del fuego salía un relámpago.—¿Qué fuego, qué resplandor y qué relámpago es este, dice S. Gregorio *(Hom.* 5 *in Ezech.),* sino el Espíritu Santo que discurre entre los justos y los visita, consumiendo como fuego sus vicios e imperfecciones, ilustrándolos como resplandor con las ilustraciones celestiales, y encendiéndolos como relámpago o rayo con las inspiraciones y afectos tiernos, y aguijándoles en el ejercicio de todas las virtudes, y con un modo maravilloso, con ser siempre uno, juntamente es estable y movible, firme y variable, no en sí, sino en los efectos que obra en sus amigos? Es *estable en cuanto* a las virtudes y dones y *ayudas necesarias para la salvación y perfección...;* pero es variable cuanto a otros dones y gracias que llaman *gratis datas*».

«No solamente las visitas de Dios, sino también las ausencias, prosigue, son medios de nuestra perfección, aunque entre los perfectos el espíritu anda como corriendo con ligereza; porque si un poco se ausenta, es para volver presto a visitarlos, y para que ellos también se den prisa a correr siguiendo sus divinos impulsos. Y por esto añade luego el profeta Ezequiel, que *los animales iban y volvían a semejanza de relámpago resplandeciente;* porque como el Espíritu Santo tiene sus idas y sus vueltas, ellos también tienen las suyas, siguiendo la dirección del Divino Espíritu en ambas cosas. Cuando Dios viene y les visita, vanse tras Él acometiendo las obras grandiosas que les inspira. Pero cuando Dios se esconde y los deja, vuélvense a su pequeñez, humillándose y encogiéndose dentro de sí mismos. A tiempos van a la contemplación y suben hasta lo alto del cielo a unirse con Dios; y a tiempos vuelven a la acción, y bajan a tratar de mortificarse a sí y aprovechar a otros, y en todo son como relámpagos resplandecientes,

porque con presteza acuden a todo lo que Dios quiere, alto y bajo; y no menos resplandece su santidad en la humillación que en la exaltación».

Sin los dones seremos siempre niños en la virtud, y como tales aun distaremos mucho de ser perfectos cristianos; y sólo con el buen uso de ellos, que se tiene procurando ser dóciles a la moción del E. S., es como procederemos cual «adultos en Cristo» y dignos hijos de Dios.

«No pongáis jamás obstáculo a la eficacia de estos dones—añade María Lataste *(ib.* VIII)—. Dejáos conducir del E. S.; y el Espíritu de verdad os mantendrá en la verdad, os adherirá a ella, y por El seréis *unidos con Dios* y en Dios *hallaréis la felicidad*».

Y, con ésta, se hallará la única verdadera perfección cristiana, que está toda en las *bienaventuranzas.*

Así es como para hacerse el alma verdaderamente espiritual y perfecta, tiene que renunciar a su propio sentir y a los procederes humanos a fin de sentir y obrar en todo según Dios.

Por tanto, conforme advierte San Juan de la Cruz *(Avisos,* 270), "el que se quiere arrimar mucho al sentido corporal, *no será muy espiritual;* y así se engañan los que piensan que, a pura fuerza del sentido bajo, pueden llegar a la fuerza del espíritu„ (1).

De ahí el que con tanto empeño insista siempre este admirable Doctor en mostrar que, para lograr ser verdaderamente *espirituales* y *perfectos,* y aun para poder pasar de simples *principiantes* y llegar a *aprovechados,* necesitamos ser introducidos en la *Noche obscura* donde, según él, se inicia la *vida mística,* o sea la divina contemplación; con la cual se purifica y corrige el alma de las muchas impurezas e imperfecciones que suelen te-

(1) Cf. Id. *Llama*, c. 2.—«Ninguno recibe plenamente el Espíritu de sabiduría, advierte San Gregorio *(Moral.* l. 18, c. 25), sino aquel que trabaja por apartarse del movimiento de las operaciones sensibles. Por lo cual dice el mismo E. S. *(Eccli.* 38, 25): «En el tiempo del ocio escribe la sabiduría, y el que menos actos ejercite ese la recibirá y percibirá».

«Cuando levantados en alas del amor, asegura Rusbrokio *(Espejo,* c. 3), queda nuestro pensamiento desnudo y sin imágenes, tal como Dios lo crió, entonces quedamos bajo la acción del Espíritu y nos hacemos hijos de Dios».

«Todo el tiempo que se ocupa en esas consideraciones, figuras e imaginaciones, advierte el V. Falconi *(Camino,* l. 3, c. 27), le gasta en conocer a Dios al revés de como El es... Colíjase de aquí cuán fuera de *modo perfecto* andará el que no pasare de este modo imaginario de conocer a Dios, y cuánta lástima es el que haya quien tanto detenga las almas, enseñándolas que se estén siempre y toda la vida en este modo corto de imaginar a Dios, pues es al revés de como su Majestad es en Sí, impidiéndoles el llamamiento divino, a que Dios las llama para que le conozcan, no con figuras, sino como El es en Sí. Cierto que es una cosa lastimosa, y que desengaña harto claramente, cuánto importa cuando Dios llama a ello y quita la gana de meditar, el no porfiar entonces, sino dejar estas meditaciones imaginarias para quedarse en fe simple y pura de los misterios que se quisieren contemplar creyendo sencillamente como la Iglesia los propone... sin añadir otra imaginación o discurso».

Casi lo mismo enseñaba el famoso Capuchino P. Canfeld († 1611).

ner los principiantes, y de las cuales nunca lograrán librarse con solas sus propias industrias, pero felizmente lo conseguirán mediante las dolorosas purgaciones a que la divina Sabiduría somete a las almas fieles. Las palabras del Santo no pueden ser más terminantes: "En esta *Noche obscura,* advierte desde luego al empezar a describirla (cap. I), comienzan a entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de *principiantes,* que es el de los que *meditan* en el camino espiritual, y las comienza a poner en el de los *aprovechados,* que es ya el de los *contemplativos,* para que, pasando por aquí, lleguen al estado de *perfectos,* que es el de la *divina unión* del alma con Dios„. "Por tanto, prosigue, convendrá tocar aquí algunas propiedades de los principiantes, para que, entendiendo la flaqueza, del estado que llevan, se animen y *deseen que los ponga Dios en esta noche, donde se fortalece y confirma el alma en las virtudes*„.

"Estas imperfecciones,—añade por fin, después de indicar uñas cuantas (cap. VII)—, baste aquí haber referido de las muchas en que viven los de este primer estado de principiantes, para que se vea cuánta sea la necesidad que tienen de que *Dios les ponga* en el estado de *aprovechados;* lo cual se hace *metiéndolos en la noche obscura* que ahora decimos„ (1). "Porque por más que el alma se ayude, había dicho poco antes (cap. III), *no puede por su industria purificarse de manera que esté dispuesta* en la menor parte para la divina unión de *perfección de amor con Dios,* si El no toma la mano y la purga en aquel fuego obscuro„ (2).

El Espíritu Santo, dice Taulero, hace en nosotros dos cosas: nos vacía y luego nos llena ese vacío hecho... Cuanto más vacíos estemos tanto mayor capacidad tendremos para recibir... Es menester que salga el agua para que pueda entrar el fuego... Para que Dios entre en nosotros, es menester que salga la criatura... Tan pronto como se realice esa primera operación, ejecutará

(1) Aquí es donde el Señor ciega a sus siervos para que vean la pura verdad y se dejen guiar de El en medio de estas misteriosas tinieblas en que los ilumina: «Et ducam caecos in viam, quam nesciunt, et in semitis, quas ignoraverunt, ambulare eos faciam: ponam tenebras eorum in lucem, et prava in recta... Quis caecus nisi servus meus?... Et Dominus voluit *ut sanctificaret eum,* et magnificaret legem et extolleret».—Is. 42, 16-21.

(2) «Dios mismo, dice Dionisio el Místico *(De Eccles. Hierarch.* c. 5), es quien ante todo *purifica* las almas en que reside; luego las *ilumina;* y una vez iluminadas *las perfecciona*».

«Nihil, advierte Alvarez de Paz (l. V. P. 2, c. 12), ita imperfectiones nostras domat, absumit, ac donum istud perfectissimae contemplationis, qua homo beneficio Domini novit angelicos spiritus aemulari. Quod ergo natura denegat, gratia donat, et quod homo communi subsidio non obtinet, singularibus auxiliis assequitur».

el Espíritu Santo la segunda, llenando la capacidad del corazón que El mismo ha vaciado... (1).

"Este Espíritu de la Sabiduría, advierte Rusbrokio *(Contempl. divina,* c. 77), enseña, manifiesta y hace sentir y experimentar qué sea la unidad de amor con Cristo en Dios... Esta unidad es bienaventuranza, quietud y fruición sempiterna... Todos los que nacieron de Dios, ésos son herederos e hijos legítimos de su Majestad, bautizados en el Espíritu Santo, y así vuelven a nacer de nuevo y viven juntamente con Cristo en Dios... Estos a nadie injurian..., oran por sus enemigos, y por la salvación de todos los mortales, y así viven en paz y quietud con Dios en el tiempo y en la eternidad. Y todos los que murieron a sí y a la propia voluntad, renunciando a toda propiedad y resignándose en manos de Dios, *hallaron en sí mismos la vida eterna y la bienaventuranza* interminable... Porque permanecen y habitan en Dios, y Dios en ellos, y por esto están ciertos y seguros de la vida eterna; porque de sí mismos corrieron a una eterna pérdida en el amor que nadie puede alcanzar, y allí se hicieron ciertos de la vida eterna, lo cual nadie les puede quitar... Estos tales hallan dentro de sí el Reino de Dios, porque Dios se manifiesta en su mente elevada y vacía de imágenes. La cual vida se llama contemplativa, donde abundan inmensas riquezas y luce el día de la caridad, que sólo Dios lo comunica y no puede explicarse con palabras... Porque la caridad está aquí perfecta, y se ama infinitamente a Dios...

"Esta caridad, añade c. 18), tiene una latitud inmensa... Enseña a amar *contínuamente* y *sin olvido*, porque por sí misma posee y ocupa a los que se llegan a ella... El que sabe anhelar puede gustarla...

"Como el alma, observa el mismo S. Juan de la Cruz

(1) «Certe ut proximo et excellentissimo modo ipsum queamus recipere, non nisi suae operationis est. Ipse hoc praestare habet, ipse inquam, locum in nobis sibi ipsi coaptare et praeparare debet, et etiam suscipere seipsun intra nos... Duo quaedam ipsius in homine opera sunt. Alterum est quod evacuat; alterum, quod implet quaecumque vacua invenit. Itaque evacuatio ista prima est atque praecipua praeparatio ad recipiendum Spiritum S. Quo enim evacuatior homo fuerit, eo et capatior erit... Hoc modo sese quisque a S. Spiritu capi, evacuari, ac praeparari sinet: ita tamen ut nihil sibi tribuat, nihil sibi fecisse videatur, nec aliquid propterea de se sentiat, sed in suum sese mere nihilum demergat. Alioqui... certo certius impedimento erit Spiritui S., quo minus in ipso modo excellentissimo possit operari. Verum nemo est, proh dolor, qui hanc viam aggredi velit. Ubi autem haec per evacuationem praeparatio in homine agitur, statim Spiritus S. alterum opus suum in eodem jam praeparato, hoc est, evacuato operatur, totam illius replens capacitatem. Si multum se studuit evacuare, tantundem recipit; si parum, similiter parum illi infunditur. Quo enim minus vacuus est, eo minus est capax... Quicumque talis est, tam nudus, tamque vacuus, huic soli totum se infundit, eumdemque perfecte implet Spiritus Sanctus... (TAULERO, *Serm. 2 in Pentec.).*

(*Subida* II, c. 13), se acabe bien de purificar y vaciar de todas las formas e imágenes aprehensibles, se quedará en esta pura y sencilla luz, transformándose en ella en *estado de perfección* (1). Porque *esta luz nunca falta en el alma;* pero por las formas y velos de las criaturas con que el alma está velada y embarazada, no se le *infunde;* que si quitase estos impedimentos y velos del todo, quedándose en la pura desnudez y pobreza de espíritu, *luego* el alma ya sencilla y pura *se tranformaría* en la sencilla y pura *Sabiduría Divina*, que es el Hijo de Dios. Porque faltando lo natural al alma ya enamorada, *luego se infunde* lo divino natural y *sobrenaturalmente.* Aprenda el espiritual a estarse con advertencia amorosa en Dios, con sosiego de entendimiento cuando no puede meditar, aunque le parezca que no hace nada. Porque así, *poco a poco* y *muy presto se infundirá* en su alma el divino sosiego y paz con *admirables y subidas noticias de Dios*, envueltas en divino amor. Y no se entrometa en formas, imaginaciones o meditaciones..., porque no desasosiegue el alma y la saque de su contento y paz... Y si le hiciere escrúpulo de que no hace nada, advierta que no lo hace poco en pacificar el alma y ponerla en su sosiego y paz sin alguna obra y apetito; que es lo que el Señor nos pide por David, diciendo: *Vacate, et videte quoniam ego sum Deus (Ps.* 45, 11): Aprended a estaros vacíos de todas las cosas (es a saber, interior y exteriormente), y veréis cómo Yo soy Dios„.

"Llano es, advierte Fr. Juan de los Angeles *(Conquista del Reino de Dios,* diál. 1, § V), que la sabiduría que sabe y engorda al alma, que es el gusto dulce de las cosas celestiales, se recibe mejor cuanto más vacío y desocupado tenemos el corazón, no sólo de amor de las criaturas, sino de los actos de los sentidos interiores y exteriores; porque éstos retirados y en silencio, el espíritu puro vuela a su Criador y sufre en este tiempo la operación del Espíritu Santo, que obra grandes maravillas en el alma así desembarazada y vacía.—Primeramente que este divino Espíritu en el principio del mundo viniese sobre las aguas y las fecundase y produjese tantas vidas, se dice que la tierra estaba vacía o vacante *(Gen.* 1, 2), que es decir (hablando al hombre interior) que la tierra de nuestros corazones se ha de vaciar y

(1) «Esta doctrina tan terminante de S. Juan de la Cruz en que muestra en las gracias místicas el medio sin el cual no llega el alma a la perfección, embaraza en extremo, observa Saudreau *(Vie d'union,* n. 332, nota), a los partidarios de esa teoría moderna que las considera como puros privilegios».

desembarazar de toda criatura para que pueda recibir mejor la venida del que todo lo hinche, que es Dios» (1).

Así, todos los justos, en cuanto tales, viven de su fe (*Habac.* 2, 4; *Rom.* 1, 17; *Gal.* 3, 11); todos los verdaderos espirituales o perfectos en Cristo, son habitualmente enseñados y educados por la unción interior del Espíritu Santo (2) y guiados por este Espíritu de la verdad y santidad que los conduce a la tierra recta (*Ps.* 142, 10); y a todos los que verdaderamente temen a Dios y confían en El, se les promete el espíritu de fortaleza y las alas de águila, o sea el hábito de la contemplación, para volar a las cumbres de la santidad (3) y hallar la consumada per-

(1) «Es mucho de notar, escribía conforme a esto la M. Cecilia del Nacimiento (*Transformac.* canc. 5), la dificultad y obscuridad que muchos tienen para buscar este Amado, la multitud de nieblas que se les ponen delante, los estorbos y dificultades que en ello sienten, y todo por no le buscar de veras perdiéndose del todo a sí mismos; y así nunca acaban de llegarle a ver, porque nunca tienen vista fuerte y eficaz para mirarle, sino oscurecida con otras vistas miserables, y es por no acabar de vaciar el alma de todas las cosas».

«Cuanto más se desprenda el alma de sí misma y de la tierra, tanto más adelanta en la contemplación». M.ª LATASTE, *Oeuvres*, l. 7, IX.

A este fin aniquila Dios al alma y la hace sentir tan al vivo su pobreza y su nada, para poder luego llenarla mejor de Sí mismo con sus ricos tesoros.

«Tú, decía N. Sr. a Sta. Verónica Juliani (*Diario*, t. 6, p. 921), nada eres y nada haces. Pero Yo estoy reinando en tí y lo hago todo, y todo lo obro según me place; y *lo hago cuando no te encuentro a tí en tí*. Cuando te mantienes fuera de tí misma y en Mí, entonces eres toda mía y Yo obro en tí maravillas que no conoces. No te las doy ahora a conocer, porque hay en tí un impedimento, que eres tú misma. Despójate por completo de tí, y despréndete de todo, y entonces experimentarás los efectos de mi divina gracia, y mediante ella te manifestaré muchas cosas que ahora te tengo encubiertas».

La admirable sierva de Dios Sor María Josefa Kumi (1763-1817), religiosa dominica del convento de Wesen (Suiza), oyó que el Salvador le decía: «Deja tus sentidos, renuncia a todo lo que es y que no es, a fin de que seas unida a El *que es* por encima de todo sér. Si libre y puramente te desprendes de tí misma y sufres por amor, llegarás a la unión perfecta» (Cf. *Vie*, c. 7).

«Cuando tu alma, dice S. Nilo (*De la Oración*, n. 58), se levantare tanto a las cosas celestiales, que venga como a descarnarse del cuerpo y a desechar toda suerte de pensamientos, entonces puedes creer que has llegado a la cumbre de la oración».—«Si en la oración, añade (n. 147), sientes una alegría sobre toda alegría, y un gozo sobre todo gozo, entonces puedes creer que has tenido *verdadera oración*».

(2) *Jn.* 6, 45; I *Jn.* 2, 20, 27; Cf. S. AUGUST., *Tract.* 26 *in Joan.*; *Medit.*, c. 29; S. THOM., *in Joan.* VI, lect. 5; *De Verit.*, q. 11, a. 1; q. 18, a 3. «Todos los Santos, todos los que han llegado al estade de unión, decía el Eterno Padre a Santa Catalina de Sena (*Diálogos*, c. 85), son iluminados con esta perfecta luz, sobrenatural infusa».

(3) *Mutabunt fortitudinem, assument pennas ut aquilae.*—«Non ut homines, advierte Juan de Sto. Tomás (in 1-2, q. 70, disp. 18, a. 1, § 8), *modo humano* operantes, sed ut aquilae *per dona Spiritus elevati*».

«Está escrito, añade (*ib.* a. 2, § 13-14): *El Señor vió que los discípulos tenían mucho trabajo en remar* (*Marc.* VI, 48). Y en efecto se va con gran trabajo en el camino de Dios, cuanto se camina con los propios esfuerzos e industrias mediante las virtudes ordinarias. Mas si el D. Espíritu nos llena el alma interiormente y nos lleva según sus procedimientos, entonces corremos sin trabajo, porque está nuestro corazón dilatado, como las velas con el soplo del viento. Por eso se dice en el Salmo 118: *Corrí por el camino de tus mandamientos cuando dilataste mi corazón*».

«Has contemplationum alas soli *perfecti*, in hac vita, vix habere possunt.

fección bajo los resplandores de la misma Verdad eterna (1). Por eso también, a todos los sedientos de justicia, a fin de que puedan lograrla y llegar a ser perfectos, se les convida a beber en las místicas aguas *(Is.* 55, 1), a saciarse con la leche de los divinos consuelos, y embriagarse con el dulcísimo vino de la caridad de Dios, en la mística bodega del Corazón de Jesús, abierto para que todos puedan entrar allí a reposar y refrigerarse (2).

Sin esto desfallecerían, y con eso logran llegar hasta el monte santo, entrar en el tabernáculo admirable, y ser allí escondidos en lo más recóndito de la cara de Dios y beber en el torrente de sus delicias *(Ps.* 41, 15; 30, 21; 35, 9).

"Solamente los contemplativos, decía Orígenes *(in Ps.* 133), están dentro de la casa de Dios; los demás se quedan en el vestíbulo„ (3). "Y no llamaría, añade *(in Cant.* l. IV), Nuestro Señor a un alma: *amiga, hermosa y paloma*—como de hecho llama a las almas perfectas—, si no la viera llena del Espíritu que apareció en forma de

Has omnes in futura vita electi omnes... habituri sunt». (RICARDO DE SAN VÍCTOR, *Benjamin major,* I, 10).

(1) «Ultima perfectio humani intellectus est veritas divina; aliae autem veritates perficiunt intellectum in ordine ad veritatem divinam». (S. THOMAS, 2-2, q. 18, a. 4).

(2) «Haec cella vinaria, escribe S. Buenaventura *(De 7 donis Spiritus Sancti,* P. 2, s. 7, c. 6), sicut dicit Vercellensis, est Verbum aeternum, sapientia Patris, continens omnes theorias, id est revelationes, quae plenissime continent vinum spiritualis gaudii, et ubertim fundunt in amantes. In hac namque cella vinaria invenitur omne genus vini mentes sanctas reficiens et laetificans, secundum varios gradus amoris... Quid haec diversa vina significant, nisi quosdam gradus charitatis, amatrices animas potantes et reficientes, non tamen adhuc inebriantes, secundum Richardum qui dicit *(De Contempl.,* l. 4. c. 16): «Attende quod ex magnitudine divinae dilectionis, pendet modus divinae revelationis?» Quare dicit ibidem (l. 5, c. 5): «Dilecti comedunt, chari bibunt, sed charissimi inebriantur». Cujus rationem infra assignat dicens: «Quandiu hujusmodi ebrietatem et excessum in nobis *non sentimus,* quid aliud de nobis sentire debemus nisi quod *minus diligimur,* et nisi quia *minus diligimus?*»

(3) «Recumbit *intus,* dice San Bernardo *(Serm.* 14 *in Cant.),* Ecclesia *perfectorum.* Spes temen est nobis. Excubemus *pro foribus qui minus perfecti* sumus, spe gaudentes. Sponsus et sponsa soli interim intus sint, mutuis secretisque fruantur amplexibus, nullo strepitu carnalium desideriorum, nullo corporeorum phantasmatum perturbante tumultu. Turba vero *adolescentularum,* quae absque hujusmodi inquietudinibus nondum esse possunt, foris expectent. *Expectentque secure,* scientes ad se illud expectare quod legunt *(Ps.* 44): *Adducentur Regi virgines post eam, proximae ejus afferentur tibi.* Et ut quaeque sciat cujus spiritus sit, *virgines* dico illas quae ante Christo foederatae quam foedatae mundi amplexibus, ipsi firmiter perseverant, cui se tanto felicius quanto maturius devoverunt: *proximas* vero quae pristinam suam deformitatem... erubescentes et exuentes, in novi hominis formam quanto serius tanto syncerius reformare festinant. Et hae et illae sane proficiant, non deficiant neque fatigentur, etsi necdum plene in se sentiunt unde dicant et ipsae: *Oleum effusum nomen tuum.* Nec enim audent adolescentulae per se facere verba Sponso. Tamen si magistrae vestigiis presius inhaerere student, effussi olei saltem odore delectabuntur, et incitabuntur etiam de odoris perceptione cupere et quaerere potiora».

paloma y bajo cuya acción se renueva en ellas de día en día su propia imagen y se hacen un espíritu con El„.

Sólo bajo la mística acción purificadora e iluminadora de este Espíritu de santificación, es como se puede entrar en la íntima cámara regia, donde se ordena y hace perfecta la misma caridad, y se aprende el cántico nuevo del divino amor (1). Sólo así, con la luz de la contemplación y las gracias de la unión mística, conforme enseña Santa Teresa, se puede aprender la "verdad verdadera„, y se adquiere la perfección de la humildad y de la caridad, de la abnegación, del desprecio del mundo y de todas las demás virtudes (2). Por lo cual con tanto empeño insiste en persuadirnos a todos, a que, convencidos de nuestra gran flaqueza, de veras procuremos, para remediarla como es debido, esa excelente gracia de la contemplación, y con grandes deseos de ella y contínuos ejercicios de humildad y caridad, nos dispongamos para recibirla, ya que sin ella siempre permaneceremos ena-

(1) El mismo San Bernardo *(Serm. 1 in Cant.)*, advierte que el cantar este Cántico del amor celestial, y aun el entenderlo, no es propio de principiantes, sino de almas tan crecidas y *perfectas*, que están en edad de ser admitidas a las místicas bodas. «Non est, dice, illud cantare seu audire animae puerilis et neophitae adhuc et recenter conversae de saeculo; sed provectae jam et eruditae mentis, quae suis nimirum profectibus Deo promovente, in tantum jam creverit, quatenus ad *perfectam aetatem* et nubiles quodadmodum pervenerit annos, annos dico meritorum, non temporum, facta nuptiis coelestis Sponsi idonea».

(2) Hablando de la humildad dice así *(Vida*, c. 15): «El mismo Señor la da de manera bien diferente de la que nosotros podemos ganar con nuestras consideracioncillas, que no son nada en comparación de una verdadera humildad con luz... que hace deshacer. Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interés suyo. En fin, es un principio de todos los bienes». Declara que la luz allí recibida es sin comparación mayor que la adquirida con la consideración. «Muéstrale, dice *(Camino*, c. 19), en un punto más verdades, y dala más claro conocimiento de lo que es todo, que acá pudiéramos tener en muchos años». En suma, con la contemplación infusa queda el alma tan mejorada, que ella misma no se conoce *(Moradas*, V, c. II). Cf. Angela María de la Concepción, *Riego espiritual*, cap. 38.

«Un momento de la operación divina, decía por 1666 la sierva de Dios M. Genoveva Granger (cf. H. Bremond, *L' invasion mystique*, 1916, ch. 6, § 2, p. 466), vale más que nuestra obra de toda la vida».

«Sicut modicum auri merito magnae quantitati argenti praeponitur, ita parum contemplationis, et amoris qui illam subsequitur, multiplici discursui et meditationi praefertur». ALVAREZ DE PAZ, *de Inquis. Pacis*, l. 5, P. 1, c. 1.

«Todo es poco y niñería lo que no es Dios, y el conocimiento que se tiene por las criaturas es como *tiniebla* respecto del que Dios *infunde* en el alma desembarazada y libre dellas... En la privación del actual conocimiento de las criaturas están los deleites y gustos suavísimos del alma del contemplativo». Fr. Juan de los Angeles, *loc. cit.*

La humildad que «obra Dios en el alma de los varones perfectos, dice San Juan Clímaco *(Escala*, c. 5), es una rica y alegre humildad que no puede explicarse con palabras».—Sólo aquellos que son movidos del Espíritu de Dios, añade (c. 25), podrán saber en qué consiste. «Humildad es una gracia del ánima que no tiene nombre sino en solos aquellos que tienen experiencia de ella. Humildad es don de Dios, y un nombre inefable de sus riquezas; porque lo que Dios da a quien da humildad, como no se puede comprender, así no se puede hablar».

nos en la virtud y, en todo bien, raquíticos y desmedrados; mientras con ella lograremos alcanzar la debida madurez espiritual, complacer a Dios como fieles hijos, y ser de El enriquecidos y colmados de favores y gracias (1).

Así es como vendrán muy pronto—según la expresión de otro gran místico—a "andar a porfía Dios y el alma„; ella procurando complacerle en todo, y El engrandeciéndola y haciéndola digna de sus complacencias (2).

Y así, por el fiel ejercicio de las virtudes, según pueden practicarse *a nuestro modo* con las gracias recibidas, nos vamos disponiendo para recibir dignamente el don de la contemplación; y luego mediante ésta es como podremos llegar a ejercitar todas las virtudes en grado verdaderamente perfecto y heróico (3).

(1) «Sígnese, declara el P. Weiss *(Apología,* IX, cf. V, n. 6), que la mística es *para todos,* y que es *necesaria* a cuantos quieran cumplir de una manera *perfecta* sus deberes de estado».

Conforme a esto, llegó a sostener ya en 1661 el carmelita P. León de St. Jean *(La France convertie,* p. 305) que «no hay cristiano que, por su misma profesión bautismal, no esté obligado al estudio y práctica de la mística».

(2) «Andan a porfía, dice S. Alfonso R. *(Opúsc. del Espíritu Santo.*-Obras, t. 2, p. 202), Dios con el humilde y el humilde con Dios; el humilde a bajarse, y Dios a levantarle, porque *Humilibus dat gratiam.* ¿Y qué es lo que hace el humilde? Lo que hace es *disponerse* para que el Espíritu Santo venga a él y le hincha de sus tesoros y riquezas. Y ¿como se dispone? El disponerse es vaciarse de sí mismo, y de todo su amor propio y de todo amor terrenal y carnal, para que hallando el Señor la casa vacía, venga y se aposente en ella, apoderándose de él... Si el alma quita los impedimentos .. el Espíritu Santo *luego se entra dentro de ella, y la visita con su luz y dones y consuelos y riquezas del Cielo*».

(3) «Sin las virtudes, decía Casiano *(Coll.* 9, c. 2), es imposible adquirir esa *tranquila y contínua oración* a que se ordenan todos los ejercicios y aspiraciones del monje y *en que está la perfección de toda la vida religiosa.* Y sin esta manera de oración—tan sobrenatural—las virtudes que le sirven de fundamento *no pueden alcanzar su perfección*»: «Sicut ad orationis perfectionem omnium tendit structura virtutum, ita nisi hujus cúlmine haec omnia fuerint colligata atque compacta, *nullo modo poterunt* vel stabilia perdurare».

«Quemadmodum ubi regina quaepiam ingreditur civitatem, advierte San Juan Crisóstomo *(De Orando,* 2), necesse est omnis opulentia pariter consequatur; sic videlicet posteaquam deprecatio venit in animam, omnes virtutes simul ingrediuntur».

«Nihil sic cor ab omni mundano amore emundat, dice Ricardo *(De Contempl.*, l. I, c. 1), nihil sic animum ad coelestium amorem inflammat. Ipsa utique est quae emundat, ipsa, quae sanctificat, ut per assiduam veritatis contemplationem fiat mundus per contemptum mundi, et sanctus per dilectionem Dei».

«De la manera que no puede haber perfecta contemplación sin purificación y limpieza de afectos y pasiones, así también, dice a su vez el P. López Navarro *(Teol. míst.* 1651, tr. 4, c. 2), *no se llegará a esta purificación y limpieza sin ejercicio de oración y contemplación...* Por todo lo cual no solamente nos es necesaria esta oración de contemplación para que el alma se una a Dios por medio de ella..., sino también para que los imperfectos se perfeccionen, purifiquen y dispongan para esta unión».

Así viene a declararlo también, aunque sin quererlo, el P. F. Naval *(Ascética y Mística,* núm. 168).—Después de describir estos cinco grados de paciencia: 1.º, reprimir las muestras de tristeza; 2.º, reprimir la tristeza interior; 3.º, soportar *alegremente* las tribulaciones como los Apóstoles *(Act.* 5,

Sin la gracia de la contemplación, repite también con insistencia el devoto P. Lallemant, toda la vida cristiana y religiosa aparecerá llena, no sólo de imperfecciones, sino también de pecados veniales, de miras humanas, de puntillos de honra, de amor propio y de otras mil cosas que los mundanos y tibios tienen en nada, y sin embargo todo lo vician, esterilizando las gracias y poniéndoles obstáculos y haciendo así que resulten vacíos de fruto tantos trabajos que, hechos con verdadero espíritu, serían fuentes de bendiciones.

"Sin la contemplación, advierte en resumen (1), nunca se adelantará mucho en la virtud ni se estará en condición de hacer adelantar a los otros.—No se acabará nunca de salir de las propias flaquezas e imperfecciones. Siempre se sentirá uno pegado a la tierra, sin poderse levantar mucho sobre los sentimientos de la naturaleza, y no será posible hacer a Dios un servicio perfecto.—Mas con ella se hará más provecho a uno mismo y a los otros en un mes, que sin ella en diez años (2). Con ella se producen actos excelentes y libres de impurezas, actos de amor de Dios elevadísimos...; y con ella, en fin, se

41); 4.°, desear otras mayores; 5.°, estar siempre hambrientos de ellas—como Sta. Teresa—, reconoce, en efecto, que «los tres últimos grados *trascienden la vía* iluminativa, *ascética*».—Y, pues implican un gran influjo de los dones del E. S., pertenecen de lleno a la *vía mística*, con la cual se identifica realmente la *unitiva* y aun casi toda la *iluminativa*.

Y así, como enseña Sto. Tomás (2-2, q. 139, a. 1), para obras muy árduas, para persistir sin desfallecer en la práctica de las virtudes y en la fiel guarda de los mandamientos, evadiendo toda suerte de peligros, no basta la simple virtud de la fortaleza, sino que es menester el don del mismo nombre, con que el E. S. mueve al alma a obrar de un modo sobrehumano, es decir, *heróica* y *místicamente*.

Para que la virtud sea heróica, dice Benedicto XV *(De serv. Dei beatif.*, l. 3, c. 22, n. 1), efficere debet ut eam habens operetur expedite, prompte et *delectabiliter, supra communem modum* ex fine supernaturali, et sic *sine humano ratiocinio*».—Y esto es ya proceder *místicamente*.

«La *vida mística*, decía el P. Lombez *(Lettres espirit.* 33), es la oración tan recomendada por Jesucristo, que nos manda orar en todo tiempo...; la *vida mística* es la misma *vida interior* sin la cual no hay cristianos sino *a medias...;* es la adoración en espíritu y en verdad; es el trato íntimo de Dios con el alma cristiana».

«La mística, dice el P. Weiss *(Apología*, IX, Cf. 2.ª, n. 8), no es otra cosa sino la ejecución y aplicación *perfecta* de las enseñanzas y de los deberes del cristianismo...; es el cristianismo llevado a sus últimas consecuencias». «Jesucristo, poco conocido e imperfectamente imitado, añade (ib. n. 9), he ahí en qué consiste un cristiano principiante: Jesucristo conocido e imitado en la medida de nuestras fuerzas, he ahí en lo que consiste el *místico, el hombre perfecto, el santo*».

«Ningún cristiano está exento del deber de aspirar a ser perfecto. Y al iluminar el Espíritu Santo con sus dones nuestra inteligencia, nos da a todos la posibilidad de elevarnos a la cumbre de la perfección». Id. Cf. 4.ª, n. 1.

(1) *Doctrine espirit.*, princ. 7, c. 4, a. 4; cf. pr. 4, c. 2, a. 1; c. 3, a. 3.

(2) «Et ipsa constat experientia, dice Felipe de la Sma. Trinidad *(Theol. Myst.*, 2.ª P., tr. 3, d. 1, a. 4), quod unicus vir insignis et sanctus, *qui sine contemplatione supernaturali non potest esse talis*, plus honoris, plus utilitatis, plus commodi causat Ecclesiae, quam alii plures mediocris sanctitatis».

perfecciona la fe y todas las demás virtudes, elevándolas al más alto grado a que pueden llegar„ (1).

Por esto son tan de lamentar, como dice Blosio *(Instit. spir.*, c. V, § 2-4), los que, "derramados en las cosas sensibles, pasan toda la vida contentos con sólo los ejercicios exteriores, olvidándose del fondo de su alma y de aquella venturosa unión con Dios. Teniendo en poco la verdadera mortificación, se ocupan tan sólo en cosas menos necesarias; y así muy poco o nada aprovechan en el espíritu, y siempre están llenos de lodo, mientras con el corazón, cuando no también con la boca, dicen: "Unase „a Dios quien quiera, que nosotros no nos cuidamos de „eso, pues no nos creemos llamados„... Buenos son y gratos a Dios los ejercicios exteriores... Pero sin comparación valen más los interiores, los fervientes deseos con que el alma se dirige a El, no por los sentidos e imágenes, sino de un modo *sobrenatural,* para unírsele íntimamente... Los que esta unión descuidan, después de pasar

(1) Cf. San Juan de la Cruz, *Noche*, I, c. 1, 7, 8; II, c. 4, 14, etc.—Uno de los efectos de la divina unión, dice con Santa Teresa el P. Vallgornera *(Myst. Theol.*, q. 4, disp. 2, a. 2), «est gradus heroicus omnium virtutum... Incipit hic propter Deum operari magna. Vult Dominus quod flores virtutum pateant, et odorem suum suaviter spirent».

«Haec est, dice San Buenaventura hablando de la contemplación (II *Sent.* D. 23, a. 2, q. 3, n. 6), in qua *mirabiliter inflammatur affectus*».

«Contemplatio *virtutum perfectio* est, complementum desideriorum, laborum requies, finis orationis et ad assequendam beatam unionem singulare et efficacissimum instrumentum. Haec inter omnia mentis exercitia primum obtinet locum, est enim clarior, rectior, securior, jucundior, sublimior, ac vitae beatae similior». Morotio, *Cursus vitae spiritualis,* 3.ª P., c. 2, § 1.

«Cuanto más el alma se allegare a este divino bien, observa la M. Cecilia del Nacimiento *(Transform.*, canc. 6), tanto más fuerza tendrá contra sus pasiones y con más facilidad las rendirá con el espíritu que este Señor infunde. Y así vale más una hora de verdadera y pura contemplación para esto y salir con ello con perfección, que muchas diligencias nuestras: porque si es de veras el comunicarse Dios en el alma que no le impide, deja en ella innumerables riquezas; porque muy ocupada en las verdades de Dios y en su divino sér, luego la adormece sus males. Y así vienen los Santos a tener estas pasiones tan adormecidas y sin fuerza que, aunque no están sin ellas, es como si no las tuviesen».

«Tantum differunt qui virtutibus ordinariis excercentur, ab his qui donis Spiritus Sancti aguntur, quantum qui solis pedibus laborando ambulant, quasi proprio studio et industria regulati; vel qui pennis aquilae, superiori aura inflatis, moventur, et currunt in via Dei quasi sine ullo labore».—Juan de Santo Tomás, *In.* 1-2, q. 70, disp. 18, a 1. Cfr. *Evolución Mística,* p. 182-189, 215, etc.; Agreda, *Mística Ciudad,* 1.ª P., l. 2, c. 13.—«Con los dones, dice el P. Froget *(De la inhabitation du St. Esprit,* p. 421), puede remontarse hasta las altas cumbres de la *perfección* el alma que, con las virtudes infusas, se había hecho apta para practicar las obras ordinarias de la vida cristiana».

S. Bernardo *(De Consider.* 2): «Magnus ille qui usum sensuum veluti quasdam civium opes expendere satagit, dispensando in suam et multorum salutem. At omnium maximus qui spreto usu rerum et sensuum, quantum quidem humanae fragilitatis fas est, non ascensoriis gradibus, sed inopinatis excessibus avolare interdum, contemplando, ad illa sublimia consuevit».

«Ad *omnem* denique *perfectionem* efficacius aspirando ad Deum, et *diligendo,* quam *meditando* pervenimus». Alvarez de Paz, *De Inquis. Pacis.* l. 4, P. 3, c. 4.

una vida tan viciada de imperfecciones, tendrán que sufrir en el Purgatorio tanto mayores penas, cuanto más aquí se buscaron a sí mismos... Dios desea obrar en ellos y espera a ver si los halla por fin preparados y libres de obstáculos. Pero entre tanto los deja en sus ejercicios y pareceres; pues no quiere forzar a nadie, aunque tanto desea atraerlos a *todos* a su conocimiento y unirlos consigo, si ellos no lo estorbasen„.

"La quietud del ánima, dice S. Juan Clímaco *(Escala,* c. 28), es conocimiento y ciencia de todos los pensamientos y movimientos interiores, y moderación de todos ellos, y una recta atención para con Dios..., para que de este modo todo el hombre... esté *perfectamente* compuesto y quieto.... No faltará quietud a su tiempo a los que pelean contra su propia carne, si tuvieren quien les sepa guiar... Quieto es aquel que dice: *Yo duermo y vela mi corazón*... Aquellos cuya ánima sabe orar de verdad, hablan con Dios rostro a rostro, como quien habla con el Rey al oído... El oído del ánima quieta recibirá de Dios grandes cosas„.

Renuncia a todo, niégate de veras y toma tu cruz, y entonces, añade en nombre del Señor, "llevarte he a la posesión de esta beatísima y sosegadísima quietud, y enseñarte he, estando en carne mortal, a mirar la esclarecida conversación de los Angeles.... Mas por falta de esa abnegación, es por lo que son tan pocos "los que han llegado a la cumbre de esta celestial filosofía de la quietud; la cual por gusto y experiencia sabe qué cosa sea quietarse interiormente y reposar en Dios„.

En resumen: sin gustar las dulzuras de la divina contemplación que nos hagan amargo todo lo terreno, y entrar de lleno en la vía unitiva, propia de la vida mística, que nos permita conocer por experiencia cuán grande y cuán suave es Dios, nunca lograremos crecer en salud y ciencia divina de modo que, desarrollados nuestros sentidos espirituales, podamos debidamente apreciar las cosas eternas y menospreciar las transitorias (1); permane-

(1) «Como dice San Bernardo, al que gusta la suavidad del espíritu, se hace desabrida toda la dulzura de la carne. Por lo cual dijo San Juan Climaco *(Grad.* 14), que no puede ser perfectamente vencida la gula, hasta que se ha gustado la suavidad interior del alma. Y generalmente, nadie despreciará perfectamente los deleites sensuales, hasta que comience a gustar los espirituales en el trato interior con Dios. Como le sentía aquella alma que pedía *(Cant.* 1, 6) a su amado le mostrara el lugar donde daba a sus queridas ovejas el pasto y reposo del medio día, *mediante la contemplación*, para que no anduviese más vagueando tras los rebaños de los deleites sensuales y bestiales, a que la convidan los falsos pastores». La Puente, *Guía,* tr. 4, c. 10, § 5.—«Neque enim quis praesentis vitae mala, sicut sunt, conspicere praevalet, dice S. Gregorio M. *(Moral.,* l. 23, c. 21), si aeternae patriae per *contem-*

ceremos siempre raquíticos y defectuosos, siempre en la fase de principiantes o pequeñuelos, sin poder nunca llegar al estado perfecto a que hemos sido destinados (1); y por fin nos encontraremos como incapaces de vencernos en miles de cosas a nosotros mismos y triunfar de nuestros astutos enemigos, y hasta de llevar con resignación las más ordinarias y ligeras cruces que nos envía la Providencia (2). Y más incapaces seremos aún de apreciar debidamente—y sobre todo de practicar—las virtudes heróicas de los perfectos; cuyo heroismo, quizá nos parecerá cuando menos una "rareza„ (3), si es que no lo tenemos por "locura„, como lo es para los "insensatos„ la sabiduría de la cruz (4). De esta divina sabiduría sólo gustan y entienden los "espirituales y perfectos„ (5); que

plationis gustum contingere non valet... Sublevatus quippe vidit, quod se videre non posse ad se relapsus ingemuit».

«Postquam supernae lucis radios raptim contemplando contingit, añade *(ib.* l. 27, c. 12), admiratione summorum, sese ab infimis suscitatus elevavit, ut nulla jam ei nisi quae aeterna sunt, libeant: et despectis transeuntibus, sola quae permanent, requirant».

(1) «Escucha en pocas palabras, decía el Señor al B. Susón *(Eterna Sabiduría,* c. 22), la regla de una vida pura y *perfecta:* Mantente apartado de los hombres y libre de recuerdos e imágenes de cosas pasajeras, guárdate de todo lo que pueda turbar tu corazón, ganar tu afecto o inquietarte con los cuidados del mundo, y levanta en todo tiempo tu espíritu a una secreta contemplación en que Yo sea el único objeto de todos tus pensamientos. A este fin ordena todos los demás ejercicios espirituales, las vigilias, ayunos, austeridades, etcétera, no practicándolos sino en cuanto a eso te ayuden. Así es como llegarás a la cumbre de la perfección a donde apenas llega uno entre millares, porque la mayor parte de los cristianos se figuran que todo consiste en las prácticas exteriores. Y así es como se agitan años y años, sin realizar ningún progreso, permaneciendo siempre lo mismo, siempre alejados de la verdadera perfección».

«Ecce ductu rationis et Scripturarum testimoniis aperte videmus, dice la *Scala Claustralium* (c. 12), in his quatuor gradibus (lección, meditación, oración y *contemplación)* bonae vitae *perfectionem* contineri».

(2) «Non es istud hominis virtus, sed gratia Christi... Non est secundum hominem crucem portare, crucem amare, corpus castigare et servituti subjicere: honores fugere, contumelias libenter sustinere, seipsum despicere et despici optare: adversa quaeque cum damnis perpeti, et nihil prosperitatis in hoc mundo desiderare.—Si ad teipsum respicis, nihil huiusmodi ex te poteris. Sed si in Domino confidis, *dabitur* tibi *fortitudo de coelo,* et subjicientur ditioni tuae mundus et caro». *Kempis,* L. 2, c. 12.

(3) La *Teología mística*, atribuída por mucho tiempo a San Buenaventura y que ha merecido gozar de gran autoridad, dice así en su Prólogo: «La vía unitiva supone un conocimiento de Dios que la razón humana no nos puede dar y que es fruto de un amor ardiente y *obra del mismo Dios*... Es una sabiduría sublime, y un estado que supone *todas las virtudes*. Por lo mismo merece ser deseada con los más vivos deseos y procurada con todos nuestros esfuerzos. No es fácil de explicar; y el único medio para llegar a entenderla es ejercitarse fielmente en la vía purgativa y en la iluminativa.—Entonces será uno *elevado a la unitiva,* y, con la íntima experiencia de las operaciones de Dios en el alma unida, se comprenderán los libros que de ese estado tratan y a los doctores que esta ciencia enseñan».

(4) «Verbum enim crucis pereuntibus quidem stultitia est; iis autem qui salvi fiunt... Dei virtus est» (I *Cor.* 1, 18).

(5) «*Sapientiam* autem loquimur inter *perfectos*... in doctrina Spiritus, spiritualibus spiritualia comparantes. *Animalis* autem homo (es decir, quien no tiene aún desarrollados los *sentidos espirituales),* non percipit ea quae sunt

lo son únicamente los que ya tienen bien desarrollados y ejercitados sus místicos sentidos (1). Y así es como gozan ya de los doce frutos del Divino Espíritu y de las ocho bienaventuranzas (2).

Sin esto será tan imposible la perfección cristiana como lo es la humana sin el uso de la razón. *Perfecto* es tan sólo aquello a que nada le falta: *cui nihil deest,* lo que está *acabado* de hacer, de formar, de desarrollar. Por tanto, lo que esté aún a medio hacer, es *esencialmente imperfecto.*—Y tal sucede con el cristiano que no cultivó aún suficientemente ni hizo que fructificasen los mejores talentos que de Dios recibió, como son los siete preciosísimos dones del E. S., que nos han de dar la perfección y heroismo verdadero en las virtudes, y así nos hacen *sentir* al vivo las cosas divinas y nos constituyen en el estado *místico,* o sea en el de *adultos o perfectos en Cristo.*

Por tanto, sin el buen ejercicio de esos dones, muy lejos de poder ser mirados de ningún modo—ni aun por milagro—como perfectos, y de merecer el premio de tales, recibiríamos, como infieles a malos cristianos, el terrible castigo del siervo *perezoso (Mt.* 25, 26-30).

"El hombre justo, dice conforme a esto Rusbrokio *(Clausuras,* c. 17), posee tres vidas, dos de las cuales son imperfectas y defectuosas, y sólo la tercera es una vida perfecta. La vida inferior es corporal y *sensible*... La vida media que hay en nosotros es espiritual, racional, y en todo hombre justo es *conforme a razón.* Aspira a la ciencia y a la sabiduría, a la devoción y al fervor, a la caridad y rectitud, y en una palabra, a todas las virtudes... Así, esta vida es imperfecta en sí misma, porque es siempre *indigente,* y sus deseos no pueden colmarse

Spiritus Dei: stultitia enim est illi, et non potest intelligere; quia spiritualiter examinantur. Spiritualis autem judicat omnia» (I *Cor.* 2, 6, 13-15).

«Ille dicitur *perfectus,* escribe Vallgornera *(Myst. Theol.*, q. 4, d. 3, a. 1), qui veram sapientiam habet. Doctrina est D. Thomae, fundata in illa auctoritate D. Pauli (I *Cor.* 2): *Sapientiam autem*—idest profundam doctrinam—*loquimur inter perfectos.* Dicuntur autem aliqui *perfecti* dupliciter. Uno modo secundum intellectum; alio modo secundum voluntatem... Dicuntur autem perfecti intellectu illi quorum *mens elevata est super omnia carnalia et sensibilia, qui spiritualia et intelligibilia capere possunt*... Perfecti autem secundum voluntatem sunt quorum voluntas *super omnia temporalia elevata, soli Deo inhaeret*... Imperfectis et incipientibus ambulare vias Domini initia sapientiae proponimus, et perfectionis rudimenta praedicamus, quia necdum sunt sublimioris disciplinae capaces: at perfectis... non jam exordia sapientiae, sed occulta et abscondita perfectionis et sanctitatis loquimur».

«Cum aliquis incipit *proficere* in actibus virtutum *et donorum* potest sperari de eo quod *perveniet ad perfectionem*». S. Thom., 1-2, q. 69, a. 2.

(1) Cf. S. Thom. *in Hebr.* 5, lec. 2; y *Ciencia Tomista,* Mayo 1919, p. 301-2.

(2) «Cum beatitudo sit actus virtutis perfectae, omnes beatitudines ad perfectionem spiritualis vitae pertinent». S. Thomas, 2-2, q. 19, a. 12, ad 1.

con nada menos que el mismo Dios. Por eso El nos ha dado una vida que está por encima de nosotros mismos, es decir, una vida *divina* que consiste en *contemplar a Dios asiduamente, adherirse a él por puro amor, gustarlo, gozarlo y derretirse de amor,* renovando *incesantemente este mismo acto* (1). Pues cuando somos elevados por encima de la razón y de todas nuestras obras a una sencilla mirada, entonces venimos a quedar bajo la acción del Espíritu del Señor: una influencia íntima de Dios se apodera de nosotros, nos ilustra una luz divina, comparable a la del Sol que ilumina los aires; y por fin, al modo que el hierro es penetrado por el calor del fuego, así somos penetrados y de claridad en claridad transformados en la imagen misma de la Santa Trinidad„.

"Esto es, advierte San Juan de la Cruz *(Subida,* II, c. 4), lo que quiso dar a entender San Juan, diciendo (I, 13): *Qui non ex sanguinibus... sed ex Deo nati sunt.* Como si dijera: dió poder para que puedan ser hijos de Dios, esto es, se puedan *transformar en Dios,* solamente a aquellos que no de las sangres, esto es, no de las complexiones y composiciones naturales son nacidos; ni tampoco de la voluntad de la carne, esto es, del albedrío de la habilidad y capacidad natural; ni menos de la voluntad del varón: en lo cual se incluye *todo modo* y manera *de arbitrar* y comprender *con el entendimiento;* no dió poder a ninguno de éstos para poder ser hijos de Dios *en toda perfección,* sino a los que son nacidos hijos de Dios; esto es, a los que renaciendo por gracia, *muriendo primero a todo lo que es hombre viejo, se levantan sobre sí a lo sobrenatural, recibiendo de Dios* la tal renacencia y filiación, que es sobre todo lo que se puede pensar. Porque como el mismo San Juan dice en otra

(1) «Puedes obrar, advierte Fr. Juan de los Angeles *(Vida perfecta,* diálogo I, § 1), de una de cuatro maneras: la primera es puramente corpórea (mortificaciones y buenas obras exteriores). La segunda mezclada de cuerpo y espíritu. La tercera, puramente espiritual. La cuarta, *sobrenatural.* Son como cuatro estados o *escalones para la perfección.* El primero dispone para el segundo; y el segundo para el tercero; y éste para el cuarto; y aun algunas veces se mezclan y se hallan en el ínfimo cosas del más alto, y en el más alto cosas del más bajo; y no es inconveniente, sino necesario a tiempos y en ocasiones».

«Hay afectos en nosotros, dice S. Francisco de Sales *(Amor de Dios,* I, 5), que proceden del discurso que hacemos según la experiencia de los sentidos; otros hay que se forman sobre los discursos sacados de las ciencias humanas; otros también de discursos hechos según la fe; otros que tienen su principio del simple *sentimiento y asenso del alma a la verdad y voluntad divina.* Los primeros se llaman *naturales...* Los segundos se llaman *racionales...* Los del tercer grado se llaman *afectos cristianos,* porque tienen su origen en los discursos hechos acerca de la doctrina del Señor... Pero los afectos del *grado supremo* se llaman *divinos y sobrenaturales,* porque *Dios mismo los infunde en nuestros espíritus*».

parte (III, 5): *El que no renaciere en el Espíritu Santo, no podrá ver este reino de Dios,* que es el *estado de* PERFECCIÓN„.

En consecuencia, decir que "hay Santos no místicos, o no contemplativos„, es como decir que los hay sin que hayan cultivado y utilizado bien las gracias recibidas, sin virtudes heróicas (1), sin morir a sí mismos, ni resucitar a vida nueva, sin necesidad de haber sido renovados en el Espíritu Santo y transformados en Dios (2).

Los Santos son todos verdaderamente *perfectos en Cristo;* y esa perfección sólo puede hallarse en la vida mística, que es donde tienen su plena expansión las gracias bautismales que nos hacen cristianos (3). Quien cultive y aproveche bien estas gracias—como hacen los Santos en general—tarde o temprano, logrará, según dice el Doctor Seráfico, gozar del íntimo trato y familiaridad con el Sumo Bien, que es en lo que consiste el ser "místicos„ (4).

(1) En vano se nos replicará que en muchos procesos de beatificación no se menciona siquiera la contemplación infusa, puesto que se menciona y se comprueba en todo rigor otra cosa que la entraña y la supone, y que por otra parte es más fácil de probar o atestiguar. Y así, como advertía muy bien un religioso muy práctico en lo tocante a dichos procesos, el P. Ory, S. J., «para probar la heroicidad se pregunta a los testigos acerca de lo que es visible, que es el ejercicio de las virtudes, y no acerca de la manera de oración, de que no podrán dar testimonio».

(2) «Omnis qui relictus fuerit in Sion..., *sanctus vocabitur... Si abluerit Dominus sordes* filiarum Sion... *in spiritu* judicii, et spiritu ardoris». *Is.* 4, 3-4.

(3) Por eso, «ningún cristiano, advierte el P. Weiss *(Apología,* t. IX, Cf. 4), está exento del deber de aspirar a la perfección. Y al iluminar el E. S. con sus dones nuestra inteligencia, nos da a todos la posibilidad de elevarnos a la cumbre de la perfección... El primer deber que incumbe a cuantos empiezan a andar por la vía de la justicia, es *tener ante sus ojos la perfección a que se encaminan*».—Cf. supra, *Cuest.* 1.ª, art. I, p. 90-94.

(4) «Gratia, observa San Buenaventura *(De Septem Donis Spiritus Sancti,* 1.ª p., c. 3), est lumen multos habens radios, vel gradus diversarum virtutum, et ornamentorum spiritualium. In ipsa enim gratia gratum faciente datur Spiritus Sanctus, qui est donum perfectum perficiens animam, ut efficiatur filia Patris aeterni, Sponsa Christi, et templum Spiritus Sancti... Ideo necesse est ut per varios radios gratiae habeat anima varia exercitia virtutum, donorum, beatitudinum, fructuum spiritualium, et spiritualia dona sensuum, ut et *vita spiritualis* ex ipsis *perfecta manifestetur.*

»Spiritus S., qui est *fons aquae vivae salientis in vitam aeternam,* ut dicit Dominus *(Joan.* 4, 14), septem flumina tam splendida veritate, quam ignea charitate, et vivida veritate, effudit in orbem terrarum. Haec autem flumina septem sunt dona Spiritus Sancti, quibus Deus totum regnum animae *purgat,* et *foecundat,* et omnes vires mentis *sanat, ornat,* et *consummat,* in tantum ut *quilibet credens* fiat fons *de cujus ventre fluent aquae vivae...* Sanctissima dona nos *habilitant* et disponunt *ad summi Boni capacitatem, familiaritatem, et fruitionem*».

«Es verdad, advierte S. Alfonso R. *(Unión,* c. 3), que el alma no vive siempre en este tan dichoso estado, porque todo don es de Dios, y El le da cuando es servido; pero mientras más en el alma permaneciere esta merced de Dios, que la da a los vencedores de sí mismos, más santa será y más agradará a su Dios, por obrar ella venciendo sus quereres y no quereres con actos tan *heróicos,* buscando en ellos sólo la gloria de Dios... ¡Oh dichosa y bienaventurada el alma que a *tan alto grado de caridad* Dios la ha levantado, que

No es, pues, la *vida mística* una vida *extraordinaria,* sino del todo *ordinaria en los Santos,* como la única que lleva a la verdadera perfección y santidad. Si su modo de proceder, por ser mediante los dones, es *sobrehumano* y, por tanto, muy superior al *modo común de los hombres,* no lo es al de los *perfectos cristianos* o verdaderos *hijos de Dios,* que aun peregrinan en este mundo (1).

Si *de facto* es en extremo rara, no es porque deba serlo *de jure,* sino porque también son, por desgracia, muy raros los verdaderos santos, los cristianos perfectos; pues aunque *todos deberíamos* llegar a serlo, pues todos hemos sido llamados a la verdadera perfección y santidad *(vocatis sanctis: stote perfecti)*—a "santificar a Cristo en nuestros corazones„, configurándonos con él, y alegrándonos de sufrir por él (2)—de hecho la inmensa mayoría viven y aun quizá mueren en el pecado (cf. *Luc.* 13, 25; I *Petri,* 4, 18), o por lo menos en la tibieza; y de los mismos tenidos comúnmente por buenos y fervorosos, aunque lleven muchos años en la escuela de la virtud y debieran ser en ella grandes y maestros, pocos hay que en realidad pasen de pequeñuelos en Cristo, de simples *principiantes,* más o menos "carnales„ aún, por no tener bien ejercitados los sentidos espirituales, y ser incapaces de alegrarse en los padecimientos y gustar las dulzuras de la Cruz (3); pocos los que entren de lleno, venciéndose a sí mismos, en la fase de *aprovechados*, y por tanto en la simple *vía iluminativa;* y poquísimos los que aciertan a entrar por la "angosta puerta„ y seguir

esté toda *enajenada* de sí y entregada en su Dios, siendo este Señor señor de ella, y ya no ella de sí! ¡Qué cuidado que tendrá Dios tan grande de esta su hacienda! Porque propio es de Dios y de su grande honra y fidelidad... tomar a su cargo la tal alma, y con su infinito poder y saber hacer los negocios y todas las cosas del alma que a El se dió y entregó; y este Señor con su gran fidelidad y amor, con providencia de padre los negocia, así espirituales como temporales, a gloria suya y bien del alma».

(1) «Quantumcumque dona ad *altiorem modum* elevent quam sit *communis homini modus,* nunquam tamen in via ad modum patriae pertingere possunt». S. THOM. in III *Sent.* D. 34. q. 1, a. 3.

(2) «Dominum autem Christum sanctificate in cordibus vestris... Christo igitur passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini... ut *jam non desideriis hominum, sed voluntati Dei,* quod reliquum est in carne vivat temporis... Sed communicantes Christi passionibus gaudete, ut et in revelatione gloriae ejus gaudeatis exultantes... Deus autem omnis gratiae, qui vocavit nos in aeternam suam gloriam in Christo Jesu, modicum passos *ipse perficiet, confirmabit, solidabitque*». I *Petr.* 3, 15; 4, 1-2, 13; 5, 10.

(3) «Cum deberetis magistri esse propter tempus... facti estis quibus lacte opus sit, non solido cibo. Omnis enim qui lactis est particeps, expers est sermonis justitiae: parvulus enim est.—*Perfectorum* autem est solidus cibus; eorum qui pro consuetudine *exercitatos habent sensus* ad discretionem boni et mali.—Quapropter intermittentes inchoationis Christi sermonem *ad perfectiora feramur*». *(Hebr.* 5, 12-14; 6, 1).

la "estrecha senda„ que conduce a la *unitiva (Mt.* 7, 17), donde podrán ir llegando a la condición de varones *perfectos en Cristo*, que gusten ya de los sólidos alimentos de tales y como *amigos* suyos merezcan ser admitidos a sus íntimas comunicaciones; las cuales no se conceden a los *siervos* (1), sino a quienes le aman *con todo el corazón, con toda la mente, con toda el alma y con todas sus fuerzas* (*Deut.* 6, 5; *Marc.* 12, 30).—Estos que así guardan, con la perfección requerida, el primer mandamiento, son los únicos que en rigor merecen llamarse "santos„, o sea *perfectos cristianos.*

Nuestra perfección verdadera, según dice, con Santo Tomás y el B.º Alberto Magno, el V. Granada, consiste en imitar lo más posible a los bienaventurados, procurando "que el ánima esté *siempre unida con Dios por oración, contemplación y actual amor*„ (2).

Cierto, decía al B.º Susón la *Eterna Sabiduría* (c. 23), que nadie podrá aquí abajo vivir en tan continua contemplación. "Pero te digo esto para que al menos te esfuerces por lograrlo, deseándolo, ordenando a ello todos tus ejercicios y consagrando a eso tu corazón y tu mente. Cuando notes que de esto te has desviado, distrayéndote de esta contemplación, piensa que te privas de la felicidad misma, vuelve al instante a tu objeto y vela de continuo sobre tí para no apartarte nunca de la divina presencia. Cuantas veces de ella te olvides, marchas al acaso, a la manera del piloto que, en medio de una terrible tempestad, perdió los remos y el timón... Si no puedes estar de continuo aplicado a la contemplación de mi Divinidad, al menos vuelve a ella incesantemente por la oración y recogimiento, de modo que con tus es-

(1) Suárez *(De orat. ment.* c. 11; y *De Relig.*, tr. X, l. 9, c. 6) dice que la mayor parte de las personas devotas se quedan en la fase de «proficientes». Y ¡gracias que lleguen ahí, y salgan de principiantes!...

(2) *Amor de Dios*, c. 2.—«Cum enim totum et perfectum, dice Sto. Tomás (*Opusc.* 18: *De Perfectione vitae spir.*, c. 4), sit *cui nihil deest*, ex toto corde, et anima, et fortitudine et mente Deus diligetur, si nihil in his omnibus desit, quin *totum actualiter convertatur in Deum*».—Y aunque esta perfección tan consumada sea propia de los comprensores, a ella sin embargo deben procurar acercarse todo lo posible los viadores; y en esto precisamente consistirá su perfección verdadera: «Ut *in similitudinem perfectionis illius*, quantum possibile est, nos trahamus; et *in hoc perfectio hujus vitae consistit*» (*Ib.* c. 6).—Cf. Id. *in* III *Sent.*, D. 34, q. 1, a. 4, donde dice: «Vita enim contemplativa et *hic incipit*, et in futuro consummatur: unde actus quí erunt perfecti in Patria, quodammodo in hac vita inchoantur».

«Conviene, advierte en otro lugar (*In* I *Sent.* pról. q. 1, a. 1), que las cosas que se ordenan al fin, se proporcionen con el mismo fin, y que el hombre, en el estado de esta vida—en que es posible participar algún tanto de la contemplación beatífica—sea guiado como de la mano a esta contemplación por un conocimiento no tomado de las criaturas, sino *inspirado inmediatamente por iluminación divina*».

fuerzos por andar en mi presencia, te afiances en Dios cuanto aquí abajo es posible„.

Cuando el hombre, advierte el P. Miguel de la Fuente *(Las 3 Vidas*, l. 3, c. 8), está "haciendo de su parte lo que puede por tener unidas sus potencias, en medio de ellas está Dios ayudando a su recogimiento y unión total, y uniéndolas consigo mismo por actual gracia y amor. Y aquí es donde *con perfección se cumple* aquel mandamiento de amor de Dios, que dice: amarás a Dios de todo corazón, con toda el alma y con todo tu espíritu. Porque aquí está unido todo el hombre exterior y sus potencias sensitivas... El entendimiento está unido con Dios, conociendo *actualmente su infinita grandeza*... La voluntad,... amando su bondad inmensa, y gozándose y abrazándose con ella con gozo inefable. La inteligencia del hombre íntimo está unida con Dios, por un *conocimiento actual altísimo* de la Divinidad. La afectiva más suprema también está unida con Dios por un vínculo estrechísimo de amor unitivo. Y cuando de este modo están unidas entre sí las potencias todas, el mismo Dios las une a sí, y viene a quedar toda el alma y todas sus potencias empleadas en Dios... Y el hombre más íntimo y espiritual y divino cumple mejor y con mayor perfección el precepto del amor, pues con modo más íntimo está unido al mismo Dios, por inteligencia y afecto, conociéndole con soberana luz, y gozándose en él con gozo inefable, y amando con el corazón, alma, espíritu y mente„.

"Aquel será *perfectamente santo,* escribe conforme a esto el P. La Puente *(Perfec. en gener.* tr. 2, c. 6, § 1), que *ejercitare todas las cosas* que *manda* y *aconseja* la ley evangélica, *con un modo excelente,* cual se pide en el primero y supremo mandamiento... Y aunque esta perfección, como advierte S. Agustín, no se halla enteramente sino en los bienaventurados, pónese este precepto a todos los mortales, para que sepamos el fin altísimo de nuestra vocación a que debemos enderezar nuestra intención y deseo, *procurando acercarnos lo más que pudiéremos a este grado de perfección*„.

"Con ser tan alta esta vocación, añade *(ib.* § 2), es tan grande la excelencia de la vocación cristiana, que *todos* en alguna manera *están obligados a pretenderla.* Cuya primer señal es haber querido N. Sr., como dice Sto. Tomás (3.ª P. q. 72, a. 8), que el sacramento de la Confirmación se diese a todos los bautizados sin excluir a ninguno; porque... *quería que todos fuesen perfectos,*

recibiendo la plenitud del Espíritu, que aquí se comunica; y no se dicen estar llenos cuanto pide la vocación del cristiano, si no tienen *esta perfección tan excelente*„.

Y esa plenitud del E. S., o sea esta "perfección excelente„, es indudable que sólo cabe en almas elevadas a muy alta contemplación.

"Los varones contemplativos, íntimos y puramente espirituales, añade a su vez el P. Miguel de la Fuente (*ib.* c. 12), son los *perfectos en el verdadero amor de Dios,* que por el uso frecuente... han llegado a hacer un hábito de aspirar a Dios, y han encendido unas llamas de divino fuego que de tal suerte se han apoderado de la porción afectiva del alma, que *perpetuamente la están llevando a Dios* y produciendo actos preciosísimos de divino amor... Este es el fuego que *siempre arde* en el altar del alma... Arde sin cesar, hasta llegar a la vida eterna, adonde con una perfección consumada es el amor perdurable y eterno„.

Por esto "es señal de no haber llegado a la perfección del amor, dice Ricardo de S. Víctor (*Benjamin major,* c. 16), el no haber merecido aún ser elevados a los *transportes de la contemplación* (1). Pues la manifestación de estos divinos secretos es la prueba que de su afecto nos ha dado el Amigo divino (*Joan.* 15, 15)... Si, pues, deseamos experimentar estos santos transportes, esforcémonos por amar a Dios con un amor íntimo y soberano, y no dejemos pasar una hora sin desear con ardentísimo deseo la dicha de gozar de esta divina contemplación„.

Sin esto, nuestro amor será más bien que filial o de verdadera amistad, casi puramente servil o mercenario, propio de principiantes o imperfectos que están aún muy expuestos a desmayar y retroceder en vez de adelantar.

"En muchos inconvenientes, decía el Eterno Padre a Sta. Catalina de Sena (*Diálogos,* c. 60), caen los que suben la escala sólo con el temor servil y el amor mercenario. Deben, pues, elevarse y proceder como hijos, sirviéndome por puro amor desinteresado... Y, en efecto, si no abandonan el ejercicio de la santa oración y de las demás buenas obras, y con perseverancia van creciendo en la virtud, *llegarán sin duda al verdadero amor filial...* Yo os correspondo al amor con que soy de vosotros amado. Si me amas como el siervo, yo como Señor te pago el salario que hayas merecido. Pero no me ma-

(1) «Sic igitur anima cui adhaerere Deo bonum est, non ante se existimet ipsi perfecte unitam, nisi cum et illum in se, et se in illo manentem *persenserit*». San Bernardo, *Serm.* 71 *in Cant.* núm. 6.

nifestaré a tí, porque los secretos se manifiestan sólo al amigo que está identificado con uno mismo, y no al siervo... Lo cual sucede a estos tales, que mientras permanecen en el amor mercenario, no me manifiesto a ellos. Mas si corrigiendo sus imperfecciones y desarraigando el amor propio, a la luz de la santísima fe procuran reprimir los movimientos del temor servil y del amor mercenario, me complacerán tanto que llegarán de este modo a ser tratados como amigos. Y así *me manifestaré a ellos,* conforme a lo que dijo mi Verdad: *Si alguien me ama... me manifestaré a él...* (1). Tal es la condición del carísimo amigo..., porque el amor transforma en la cosa amada. Y si es hecho una misma alma, ninguna cosa le puede ser secreta„ (2).

De este modo comprenderemos los muchos grados que hay en la caridad, y cómo va ésta poco a poco purificándose, encendiéndose y perfeccionándose; y cuando

(1) Por aquí podrá, pues, conocerse nuestro aprovechamiento espiritual, al modo como se conoce por el pulso la salud corporal. El quinto golpe de amor de los aprovechados, dice Fr. Juan de los Angeles *(Lucha espiritual,* 1.ª P., c. VI), «es manifestación de los secretos divinos, ca no se puede preciar de vuestro amigo el que os encubre los secretos del corazón. Al fin, de la grandeza del amor divino pende el modo y medida de las divinas revelaciones, y para conocer lo poco que medramos en el amor, no hay que mirar más que a la poca confianza que Dios hace de nosotros en levantarnos a los excesos mentales y manifestarnos los secretos de su casa y reino».

(2) «El amor, decía la B. Angela de Foligno *(Visiones e Instruc.,* c. LXV), entraña cierta fuerza revelatriz de los secretos, que obliga a mostrar hasta el fondo de uno mismo. Esta señal de amor me parece capital».—«Un fiel amigo, advertía conforme a esto el mismo Salvador a Santa Matilde *(Revelaciones,* 1.ª p., c. XIII), hace participante de todos sus bienes a su amigo, y le comunica sus secretos; y así hago Yo también».

Y no contento con esto nos certifica que quiere tratar y ser tratado de los suyos con la más íntima y cordial y «estupenda familiaridad».—«Nadie sabe, decía poco ha el buen Jesús a Gertrudis-María (10 Mayo, 1907), hasta dónde llegaría mi familiaridad con un alma que se me entrega totalmente».

A los perfectos, dice Alvarez de Paz (T. 1, l. 4, P. 3, c. 25), no sólo los alumbra, sino que hasta les revela cosas extraordinarias: «supernaturali luce eorum mentes illuminat, et corda eorum igne sancti amoris inflamat... Lux ista perfectis data non tantum coelestia mysteria detegit, sed divinas dispositiones futuras revelat, et quae longa post tempora ventura sunt aliquando praedicit. Nam si lex amicitiae est, ut inter amicos sint corda patentia, Dominus qui viros perfectos ad intimam familiaritatem admittit..., in his quae decent, sui cordis secreta ab illis minime abscondit».

Además, añade (c. 31), los colma de sus dones. «Quis ambigat omnibus Spiritus Sancti donis abundare, et sapientes ac intelligentes esse, fortes ac pios, et consilio, scientia, ac timore coopertos, quorum mentes ipse Spiritus divinus inhabitat?... Quis non affirmet eos ad Dei familiaritatem admissos, Deum intima luce cognoscere, Deum sitire, Deum purissimo amore complecti, cum Deo colloqui, atque ei imitatione perfectionis inhaerere? Quis tandem non fateatur sanctorum animas abundantissima gratia fulgere, singulari coelestium notitia splendere, scientia agendorum et vitandorum illustrari, necnon et purissimis desideriis, ac sanctissimis operibus occupari?... Praedicta *dona ad sanctitatem perfectorum spectant.* Quae vero decori serviunt, plurima quoque sunt, et eorum largitas Dei, prout decet, quaedam his, quaedam aliis non sine magno discretionis judicio dispensat».

es ya perfecta, lleva a la íntima unión y comunicación con Dios.

"Nunquid mox ut nascitur perfecta est charitas?—pregunta San Agustín *(in* I *Ep. Joan.* tr. 5, n. 4)—. Ut perficiatur nascitur; cum fuerit nata, nutritur; cum fuerit nutrita, roboratur; cum fuerit roborata, perficitur; cum ad *perfectionem venerit,* quid dicit? *Mihi vivere Christus est*".

Lo cual es ya pleno y perfecto *estado místico.*

Y mucho antes van iniciándose y desarrollándose ciertos estados indiscutiblemente *místicos* también, aunque menos perfectos, a medida que van progresando la verdadera santificación e iluminación del alma.

Así, aun cuando sean muy pocas las que logran llegar a las más altas regiones de la vía unitiva y aun penetrar en aquella íntima *bodega (Cánt.* 2, 4), donde se guardan los preciosísimos vinos destinados para las *bodas del Cordero* y donde se *ordena* la perfecta *caridad* que es menester para poder ya celebrar con El los místicos *Desposorios*—y sobre todo para el *Matrimonio espiritual*—; son, sin embargo, muchas proporcionalmente las que llegan siquiera a cierto grado de perfección relativa y logran ser *introducidas* en los secretos camarines del Rey Celestial, donde empiezan ya a gustar las inefables dulzuras de su *maná escondido,* y de tal modo se alegran y regocijan con su divina presencia, y aun con sólo el recuerdo de sus consuelos, que ya no conciben cómo puede haber corazones rectos que no amen apasionadamente a tan fino Amador y que al menos no corran al olor de sus aromas *(Cánt.* 1, 3).

Artículo 2.º—La Oración más ordinaria y propia de las almas perfectas es la contemplación infusa o mística, y su modo de obrar, el sobrehumano.

Los *Camarines secretos* en que N. Sr. empieza a introducir las almas prendadas de su amor, son ciertamente los primeros grados de la *oración sobrenatural,* o sean los de *recogimiento infuso* y de *quietud,* donde se produce ya el verdadero *sueño místico* y ante cuyas puertas se comienza a notar el misterioso *silencio espiritual,* se siente la presencia infusa de Dios, y aun se percibe a veces el susurro de su *palabra escondida (Job.* 4, 12).—Hasta aquí, según Sta. Teresa *(Vida,* c. 15), son muchas las almas que llegan, por más que resulten poquísimas las tan animosas que por nada retroceden ni se detienen, sino que prosiguen siempre avanzando.

Así, aun cuando son innumerables los llamados y no

pocos los que con cierto amor, mercenario o filial, empiezan a correr en pos de Cristo y le siguen de lejos, rarísimo viene a ser, sin embargo—sólo podremos decir uno entre millares—, el que, vencida la pereza y cobardía y rompiendo con toda suerte de obstáculos que le ofrece, sobre todo, el amor propio, logra *correr tanto que alcanza* lo que buscaba, como manda San Pablo, diciendo: *Sic currite, ut comprehendatis.* Y así uno sola entre muchísimas almas amantes que con más o menos fervor siguen al Esposo divino, viene a ser la verdadera *esposa*, la *elegida, perfecta* y sin tacha. Las demás, aunque realmente *buenas,* no acaban de llegar a del todo *perfectas,* o adultas en Cristo; sólo son aún *proficientes* y más o menos *aprovechadas,* pues por su culpa y descuido, por falta de generosidad, de fervor, de abnegación, abandono y resignación, no logran llegar nunca, o no llegan hasta muy tarde, a la cumbre del monte santo de la contemplación, donde Dios se deja ya ver, mostrándose con toda amabilidad, como dulce Padre, como íntimo Amigo o como Esposo amantísimo a las almas ya defallecidas de amor (1).

"Currunt, dice San Bernardo *(Serm.* 23 *in Cant.),* spiritu ferventes animae. Currit sponsa, currunt adolescentulae; sed *quae amat ardentius, currit velocius,* et *citius pervenit.* Perveniens non dico repulsionem, sed nec cunctationem patitur. *Sine mora aperitur ei* tanquam domesticae, tanquam charissimae, tanquam specialiter dilectae et singulariter gratae. *Adolescentulae* autem quid? Sequuntur a longe. Neque enim, cum adhuc infirmae sint, pari possunt devotione cum *Sponsa* currere, nec ipsius omnino imitari desiderium et fervorem: ideoque *tardius pervenientes, foris remanent*".

Mas, aunque tan raras, nunca faltan, gracias a Dios, esas almas generosas y esforzadas que, en mayor o menor grado y en una forma u otra, llegan a *perfectas* y entienden el lenguaje de la mística sabiduría (I *Cor.* 2, 6);

(1) «Amant, advierte Orígenes *(in Cant.* 2, 5), incipientes, ardent proficientes, sed *languent in amore perfecti.*»

«Fué subiendo Filotea, dice el V. Palafox *(Peregrinación de F.* II, c. XX), y pasando con grande ánimo caminos dificultosos, cada día más animosa y más fuerte... Llegó finalmente a lo alto de aquel monte, en donde apenas puso los pies, cuando conoció grande mudanza. Sintióse herir en lo más profundo de ella, como si una saeta le hubiera traspasado el corazón; y luego un viento suave y dulce, de grandísima fragancia, llenó y alegró sus facultades, sus sentidos y potencias, de dulzura, de ternura y suavidad.—Comenzó a sentir en su alma un ardiente amor de Dios, tan caliente y excesivo, que ya más padecía con el amor al sentir, que con la cruz al andar. ¿Qué es esto, dijo,... qué fuego abrasa mi corazón?...»—¡Así se siente trocada e inflamada allí el alma!...

las cuales, teniendo toda su conversación en los cielos, son el sostén de la tierra. Aun hoy mismo hay no pocas, siendo, por la divina misericordia, siempre bastante más numerosas de lo que suele suponerse. Y muchas más son todavía las *casi perfectas,* que han llegado ya como a establecerse en los primeros grados de la unión y comunicación con Dios; e incomparablemente más las *incipientes* y las *proficientes* o *aprovechadas,* que a veces logran gustar algún tanto del silencioso *recogimiento* o de la dulce *quietud* mística. Y todas ellas, cada cual en su grado y su manera, aprenden del Maestro celestial su propio secreto y escuchan su inefable *palabra escondida,* y tienen, por lo mismo, verdadera *oración infusa.*

"Nec una est regina, profecto, añade el mismo Santo, sed plures... et adolescentularum non est numerus. Et unaquaeque invenit secretum sibi cum Sponso, et dicit: *Secretum meum mihi, secretum meum mihi.* Non omnibus uno in loco frui datur grata et secreta Sponsi praesentia, sed ut cuique paratum est a Patre ipsius. Non enim nos eum elegimus, sed ipse elegit nos et posuit nos: et ubi ab eo quisque positus est, ibi est... Sic ergo apud Sponsum mansiones multae sunt, et sive regina, sive... etiam de numero sit adolescentularum, congruum *quaeque, pro meritis, accipit locum* terminumque, quousque liceat sibi *contemplando procedere* et introire in gaudium Domini sui, et rimari dulcia secreta Sponsi...

Mas para esto, según dice San Juan de la Cruz, no bastan las purgaciones y preparaciones *activas,* propias de la ascética; son menester las *pasivas* o *místicas* de las dos grandes *noches* de los contemplativos, por donde nos es forzoso pasar para llegar a pleno estado de unión y perfección: las de la *noche del sentido,* en que el alma, con muchas obscuridades y aprietos, va entrando, bajo la moción divina, por la angosta puerta de la abnegación que lleva a la vía iluminativa, o sea a la estrecha senda del fiel seguimiento de Cristo; y luego las de la terribilísima *noche del espíritu,* en que, sometida al abrasador fuego del Espíritu Santo, se le consumirán todos los restos de escorias terrenas y de modos y procederes humanos, y logrará configurarse con el divino Modelo, llegando a verdadero *estado de unión* permanente con El, y, por tanto, de perfección propiamente dicha, en que, transformada en Dios, sólo busca lo que es de Dios, y así viene ya a proceder de una manera más divina que humana (1).

(1). Ni aun la misma terrible purgación pasiva de la *noche del sentido*

Sólo entonces puede, en efecto, llamarse perfecta la vida cuando ya lo es habitualmente la oración, puesto que, como dice San Agustín: *Recte novit vivere, qui recte novit orare.* Y la oración perfecta y propia de perfectos es, por confesión unánime de todos los grandes Maestros de espíritu desde San Antonio Abad, la alta y divina contemplación en que el alma se pierde a sí misma de vista, y ora aun sin saber que ora (1).

Esta perfección, propia de los amigos íntimos y verdaderos hijos de Dios, requiere ya una completa semejanza y muy estrecha unión con El (2); y exige de nos-

basta, pues, para librar al alma de sus muchas imperfecciones, ni, por tanto, para conducirla a la verdadera perfección espiritual, que está en la plena unión con Dios. Pues, como advierte San Juan de la Cruz (*Noche* II—o sea *del espíritu*—, c. 2): «la purgación del sentido sólo es puerta y *principio de contemplación*... Más sirve de acomodar el sentido al espíritu que de unir el espíritu con Dios. Mas todavía se quedan en el espíritu las manchas del hombre viejo, aunque a él no se le parecen, ni las echa de ver, las cuales si no salen con el jabón y fuerte lejía de la purgación de esta noche, no podrá el espíritu venir a pureza de unión divina. Tienen también éstos la *hebetudo mentis*... y la distracción y exterioridad del espíritu... Estas habituales imperfecciones, *todos* los que no han pasado de este grado de aprovechados, las tienen, las cuales no pueden estar, como decimos, con el estado perfecto de unión por amor».

(1) Cfr. Taulero, *Institut.*, c. 26; B.º Susón, *Vida*, c. 56; Kempis, l. 2, c. 1; San Juan de la Cruz, *Noche* I, c. 1; B.º Avila, *Audi Filia*, c. 37; Osuna, *Ter. Abeced.*, tr. 13, c. 4; Granada, *De la Devoc.*, c. 1, § 2; Rodríguez, 1.ª p., tr. 5, c. 4; La Puente, *Guía*, Prólogo; S. Alfonso R., *Unión*, c. 5; *Declarac. del P. N.*, c. 13-14; Tomás de Jesús, *De contempl. div.*, l. 1, c. 9 y 13; Juan de J. M.ª, *Theol. myst.*, t. 2, c. 2; Felipe de la Sma. Trinidad, Pról. y 2.ª p., tr. 3, d. 1, a. 6; Vallgornera, q. 3, d. 3, a. 6; Antonio del Espíritu Santo, tr. 1, d. 1, s. 7; tr. 3, d. 3, s. 6; Alvarez de Paz, l. 5, p. 3.ª, c. 3; Suárez, *De orat.*, l. 2, c. 11; Le Gaudier, *De nat. et stat. perfect.*, p. 1.ª, s. 3, c. 4; Crasset, *Consider. sur. les princ. act. du Chét.* XIV; Grou, *Maximes*, XIII; *Du Don de soi même*, 22; Gerson, *De Myst. Theol. spec.*: Consid. 43; Santo Tomás, *Opus.* 63, c. 3; etc.

(2) «La perfección verdadera, dice el B. Susón (*Carta* X), consiste en la completa unión de las más nobles potencias de nuestra alma con el principio de todo sér, mediante una *sublime contemplación*, acompañada de un ardiente amor y un inefable goce del sumo Bien... Cuando el hombre, considerando a Cristo crucificado, llega a conformarse a esta divina imagen, logra contemplar la gloria del Señor, pues llevado del Espíritu de Dios de claridad en claridad, de la luz de su dulce Humanidad pasa a quedar transformado en los resplandores de su Divinidad. Y así, mientras más lo contemplamos amorosamente y, llenos de los santos deseos, más conformemos nuestra vida con la suya, tanto más plenamente gozaremos en la eternidad de su bienaventuranza esencial».

En esto principalmente se ocupan las almas perfectas, o sea las que han llegado a la tercera vía, dice Santo Tomás: «Tertium studium est ut homo ad hoc principaliter intendat, ut *Deo inhaereat*, et eo *fruatur:* et hoc pertinet ad *perfectos, qui cupiunt disolvi et esse cum Christo*». S. Thom., 2-2, q. 24, a. 9.

A esto les llevará el fuego del divino amor.

«Por el amor, dice San Agustín (*Manual*, c. 18), nos unimos y nos juntamos con Dios... El amor primeramente hace componer y arreglar las costumbre; después hace considerar estas cosas presentes como si no las hubiera, y, en tercer lugar, hace contemplar con la vista purísima del alma las cosas interiores y sobrenaturales. Al principio se hacen y tratan bien por amor las cosas buenas y honestas de este siglo; después, las mismas cosas buenas y honestas del siglo se vienen a despreciar, y, últimamente, por el amor se llegan a ver los secretos del mismo Dios».

Será, pues, perfecta imagen de Dios nuestra ánima, dice—con palabras

otros que nos enajenemos de nosotros mismos, y nos remontemos infinitamente sobre nuestra pobre condición y nuestro humilde modo de proceder, dejando de ser hombres para hacernos *dioses*, y así poder tener nuestra conversación en los Cielos, tratar íntimamente con el Padre y proceder a lo *divino* (1). Y esa transformación tiene que obrarla el mismo Dios en nosotros durante la prolongada noche del espíritu.

"Va sacando esta noche al espíritu, dice San Juan de la Cruz *(Noche* II, c. 9), de su *ordinario y común sentir* de las cosas para traerle al *sentido divino,* el cual es extraño y ajeno de toda *manera humana*, tanto que le parece al alma que anda fuera de sí. Otras veces... anda maravillada de las cosas que ve y oye, pareciéndole muy peregrinas y extrañas, siendo las mismas que comúnmente solía tratar".

De este modo comprenderemos cómo "en el proceso de la santificación de un alma, según observa el P. Grou *(Manual,* p. 259), la acción de Dios va siempre en aumento y la del alma en disminución, de suerte que todo el cuidado de ella es reprimir su propia actividad, a fin de no poner ningún obstáculo a la acción divina. El alma resulta, pues, cada vez más pasiva, y Dios va ejerciendo siempre en mayor grado su dominio sobre ella, hasta que la voluntad de la criatura quede del todo transformada en la divina. Lo principal, pues, una vez que el

del B. Alberto M. *(De adhaerendo Deo,* c. 3)—Fr. Juan de los Angeles *(Lucha espiritual,* 2.ª p., c. X), cuando la inteligencia, según su capacidad, perfectamente fuere alumbrada por el conocimiento de Dios, que es suma verdad; cuando la voluntad perfectamente estuviere aficionada para amar la suma bondad; cuando la memoria plenariamente fuere absorbida para contemplar, tener y gozar la suma felicidad. Y porque en la perfecta consecución de estas cosas consiste la bienaventuranza que esperamos, bien se sigue que en la *perfecta incoación* y principio dellas estará la *perfección de los viadores.* Grandes cosas son estas, por cierto, y que exceden nuestras fuerzas, industrias y conatos, pero no imposibles a los hombres, ayudados de la gracia y favores del Cielo, si ellos se ayudan y con humildad hacen de su parte lo que pueden».

(1) «Per hoc (quod dicitur: *Pater noster, qui es in coelis),* excitatur nostrum desiderium ad coelestia. Tendere enim debet desiderium nostrum ubi Patrem habemus, quia illic est haereditas nostra... Secundo, per hoc informatur ut sit *vita coelestis,* ut simus conformes Patri coelesti». S. Thomas, *Exposit. Orat. Domin.*

Esta continua elevación de espíritu, es por de pronto, el ideal del verdadero religioso, según aquello que dice S. Juan Clímaco *(Escala espiritual,* c. 1): «Monje es el que trae siempre los ojos del ánima puestos en Dios, y hace oración en todo tiempo, lugar y negocio: monje es una perpetua contradicción y violencia de la naturaleza... y un ánimo esclarecido con los rayos de la luz divina». Y tales deben ser todos los ministros del Señor, como dispensadores que son de su misma palabra de vida y de sus divinos misterios. «Aquel merece ser tenido por verdadero ministro de Dios, que teniendo el cuerpo en la tierra, y tratando con los hombres, con el ánima está en el cielo por oración». *Ibid.,* c. 4, § 4.

alma se haya entregado perfectamente, es dejarse despojar de todo, porque Dios toma todo cuanto se le da... Mas no lo toma sino para devolverlo en un estado más excelente de perfección, que está por encima de cuanto se puede decir y pensar„.

Y tal es la inefable *deificación* a que estamos destinados y a que debemos siempre aspirar con toda el alma, so pena de quedarnos envueltos en nuestras humanas miserias y merecer por ello terribles correcciones y castigos. Así, San Pablo echa en cara a los corintios el que aun sean *hombres,* procediendo a lo humano, y, por lo mismo, como cristianos muy imperfectos y carnales. "Puesto que hay aún entre vosotros, les dice (I *Cor.* 3, 3), celos y discordias, ¿acaso no sois *carnales* y procedéis *según el hombre?* Y, pues, uno dice: Yo soy de Pablo, y otro: Yo de Apolo, ¿acaso no seguís siendo *hombres?*„

"¿Qué quería que fuesen, pregunta San Agustín *(Tr.* 1 *in Joan.* n. 4), puesto que los reprende por ser hombres? ¿Queréis saber lo que de ellos quería? Pues oid al Salmista *(Ps.* 81, 6): *Yo he dicho: sois dioses e hijos todos del Altísimo.* A esto es, pues, a lo que Dios nos llama, a que ya *no seamos hombres.* Pero no podremos llegar a esa condición sobrehumana si antes no empezamos por reconocer que somos hombres, porque sólo estando bien fundados en la humilded es como podemos ser encumbrados a tanta altura. Y si llegásemos a creer que somos algo, siendo nada, no solamente no recibiremos lo que no somos, sino que hasta perderemos lo que somos„.

"Es menester, pues, advierte a este propósito Tissot *(La Vie intér. simpl.* P. 2, l. 3, c. 4), que yo cese de ser hombre, que mis ideas, sentimientos y acciones dejen de ser como las ideas, sentimientos y acciones del hombre. Y para esto es menester que se unan a la idea, al deseo y a la acción de Dios. La aceptación de la acción divina—o sea la *piedad pasiva*—es para mí la puerta de la vida. Cuando la vida entra por esta puerta, mi acción viene a quedar poseída y gobernada por la divina... Y cuando toda la actividad humana está así unida al movimiento divino que la regula, entonces el hombre logra ser *perfecto cristiano,* y puede decir con San Pablo *(Gal.* 2, 20): *Vivo yo, mas ya no soy yo, sino Jesucristo quien vive en mí.* Mi ideal es, pues, el dejarme invadir de la acción divina hasta el punto de que todas mis potencias sean poseídas y gobernadas por Dios, y por El llevadas a obrar en la plenitud de su actividad„.

Y esto se logra únicamente en la contemplación y la vida mística, a que por lo mismo todos debemos con grande fervor aspirar, y a donde ciertamente llegaríamos si fuésemos recogidos y mortificados, fieles a la gracia y atentos y dóciles a las divinas inspiraciones.

"¡Oh, si dejases obrar en tí a Cristo, exclama Fray Juan de los Angeles (*Conquista*, diál. I, § 6), cómo inflamaría tu voluntad, cómo adelgazaría tu entendimiento y cómo avivaría tu memoria para que, no ya tú en tí, sino El en tí viviese y tú fueses verdaderamente otro Cristo por amor, como San Pablo, poderoso para convertir muchas almas a su servicio como él! Esta es aquella unión tan deseada y tan pedida, y con tantas veras, por el mismo Cristo (*Joan.* 17, 22-23)... Altísimo vuelo es... que nos hace *dioses* en Dios, y *cristos* en Cristo, e *hijos* en el Hijo... De aquí vino a llamarse Cristo vid, y a nosotros sarmientos (*Joan.* 15), para significar más esta unión estrechísima que quiere que haya entre El y nosotros... ¡Oh corazón distraído y vano! recógete un poco en tí mismo, o, por mejor decir, en tu Cristo, que no es otro que tú, y acaba ya de entender que de aquí adelante ninguna otra cosa has de desear que ser dios hombre en Cristo, desfalleciendo de tí mismo para que puedas con el Apóstol gloriarte diciendo: *Vivo yo, y no vivo yo, vive en mí Cristo*... Con esto habrás entendido... qué cosa es vivir más Cristo en nosotros que nosotros mismos, y cómo se cumple con aquel tan estrecho mandamiento de amor que pide el corazón, el ánima, la mente y todas las fuerzas interiores y exteriores... Por lo cual te pido, cuán encarecidamente puedo, que libre de toda distracción, mores dentro de tí y recojas o retires todas tus fuerzas y sentidos... de las acciones exteriores inútiles al secreto interior, y cerrando la puerta del corazón contra las imágenes y fantasías vanas que distraen el ánima, a solas mores con tu Señor Dios, que su santo templo labró dentro de tí; que el que sin medio de criatura, esto es, con pureza y simplicidad se allega a Dios, una cosa se hace con El... No seas fariseo en tu corazón, que muy pocas palabras bastan para este recogimiento, y las muchas suelen impedirle. Por tanto, calla, reposa y sufre; confía de Dios, y lo que fuere de tu parte hazlo de buena voluntad, y créeme que muy en breve serás *maravillosamente alumbrado* para conocer las perfectísimas sendas de la vida interior„.

Así, esta perfección eminente y divina a que debemos ser encumbrados no se adquiere ni puede adquirirse con

la simple *iniciativa propia* y el *modo humano* de orar y de ejercitar la virtud, que son característicos de la *Ascética;* porque si el Señor, sobrenaturalmente, es decir, mediante sus dones, no se digna elevarnos a su condición, en la nuestra miserable nos quedamos (1); y si El mismo no edifica la casa de nuestra aima con la perfecta caridad (2), en vano madrugaremos antes del místico amanecer y trabajaremos nosotros por edificarla *(Ps.* 126, 1; cf. Dionys. Carthus. *in h. l.)*

Si El no nos aparta de nuestros modos de ver, de apreciar, de andar y de obrar, y nos introduce en los suyos, mostrándonos sus sendas y caminos *(Ps.* 24, 4),—que distan infinito de los nuestros *(Is.* 55, 9)—, y conduciéndonos por ellos, no entraremos en su plena verdad mediante una humildad del todo sincera; por lo cual debemos decirle: *Deduc me, Domine, in via tua, et ingrediar in veritate tua (Ps.* 85, 11). Y si El no nos ilumina con la luz de su verdad misma, mal podremos acertar con su monte santo; por lo que necesitamos añadir: *Emitte lucem tuam et veritatem tuam; ipsa me deduxerunt, et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua* (3).

He aquí, pues, cómo podremos subir a las sublimes cumbres de la santidad y entrar a comunicar íntimamente con el mismo Dios en su *tabernáculo admirable.*

(1) «Dona perficiunt vires animae in comparatione ad Spiritum Sanctum moventum; virtutes autem perficiunt... in ordine ad rationem. Manifestum est autem, quod ad altiorem motorem oportet *majori perfectione* mobile esse dispositum. Unde perfectiora sunt dona virtutibus». S. Thom. 1-2, q. 68, a. 8. «Donum in hoc transcendit virtutem, quod *supra modum humanum* operatur; qui quidem modus ex mensura altiori quam sit humana mensura, causatur. Hric autem mensurae, quae est Deus, mens humana per charitatem innititur». S. Thom. *in* III *Sent.* D. 36, q. 1, a. 3.

«Cum usus virtutum habeatur in statu imperfectionis, *usus vero donorum promoveat hominem ad statum perfectionis,* dice San Buenaventura *(in* III *Sent.* D. 34, p. 1, a. 1, q. 3), sic dona sunt excellentiora virtutibus, sicut status proficientium perfectior est statu incipientium».

(2) «Domus Dei—quae sumus nos—credendo fundatur, sperando erigitur, *amando perficitur*». S. August. *Serm.* 27 *in verb. Dom.*

(3) *Ps.* 42, 3.—«Videsne, escribe Ricardo de San Victor *(De Praeparat. ad contempl.* c. 77), quod *non nisi veritas in hunc montem deducit* et adducit? Ipsa ducit, ipsa est quae perducit: libenter sequor Veritatem, non habeo suspectum talem ducem. Sed quid est veritas? Quid tu dicis, Doctor bone, Doctor Christe? Quid est veritas?—Ego sum, inquit, via, veritas et vita... Via ardua, *via secreta et multis incognita, quae ducit ad montis hujus fastigia*».

«Quaerat igitur Verbum, ut illustretur ad agnitionem... Absque Verbi lumine ad ipsum non pervenitur Verbum. Ardenter quidem anima concupiscens in Verbi amore proficere et per ipsum ad perfectionem transcendere, legem spiritus, hostium qualitatem, Verbique Personam non ignoret. His si sufficienter fuerit erudita, facile ad summa evolabis... Lex spiritus lumen est, virtus est, habitus est: *amor est in animam infusus* per donum gratiae gratum facientis». S. Lorenzo Justiniano, *De casto Connubio,* c. 11.

«Deus per hoc quod sanctos illuminat de lumine sapientiae et gratiae, facit eos fieri conformes sibi». S. Thom. *in Rom.* 8, lect. 6.

Mas, puesto que ahí, y sólo ahí, es donde se halla la verdadera felicidad, la fuente de la vida, las delicias interminables y la plenitud de los bienes, ¿quién no suspirará y clamará de todo corazón por ser elevado a esas divinas alturas? ¿Quién no pedirá *alas como de paloma para volar y descansar* en la mística contemplación y en el trato familiar y amoroso con el Dios de todo consuelo? "¿Quién, pregunta la M. Cecilia del Nacimiento (*Unión del alma con Dios*, p. 450-54), no atropellará dificultades, a trueco de venir a un estado de tan íntima participación con Dios en que trata como Moisés con El, como amigo, y parece en alguna manera aquella gran Majestad se quiere igualar con El y levantarle a Sí para hacerle Dios consigo, de manera que se pueda decir con verdad..., no que será como Dios, sino que será Dios e hijo del Altísimo?

„Así, ninguna alma capaz de este bien había dejar de hacer de su parte todo lo posible en disponerse para él y quitar los estorbos que se lo impiden, andando siempre uniéndose a él y con él, para que todas las demás cosas que hace y es necesario hacer en esta vida, sean en él y por él, y sean obras de Dios en la criatura más que de la misma criatura„ (1).

Así veremos claro que "la santidad, conforme advierte el P. Grou (*Manuel*, p. 24), comienza por nuestros esfuerzos apoyados en la gracia, y se termina y consuma por la operación divina. El hombre levanta el edificio cuanto puede; mas por lo que allí hay de humano, tiene Dios que destruir la obra del hombre, reemplazándola con la suya, donde la criatura se reduce a *dejarse hacer*, pues ya no hace, sino que padece lo que Dios obra en ella... Este *estado pasivo* es, sin comparación, más penoso. Mientras que el alma obra, se siente con fuerzas y se apoya en su propia acción; en lo cual se mezcla algo de amor propio, atribuyéndose en parte la victoria... Mas cuando se le quita la facultad de obrar, siente que Dios es quien obra en ella, y se guarda muy bien de atribuirse nada a sí misma„.

Y tal es la enseñanza de todos los grandes Maestros, según hace constar el abate Saudreau (*Vie d' Unión*).— "De esa enseñanza, dice (n. 428), resulta que la perfec-

(1) «Mantente en tal estado—decía Nuestro Señor a Sor María Amada de Jesús (1837-74; cf. *Vie*, c 17)—que cada vez que Yo venga a comunicarme a tí te encuentre pura, desprendida y pronta a recibirme con mis dones».

«Ahí en tu corazón—añadía a Gertrudis-María (19 Dic., 1906)—, estamos nosotros, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo... A medida que te purifiques, nos estableceremos en tí; a medida que tu alma se vacíe, la llenaremos».

ción, con suponer esfuerzos generosos y constantes, no puede alcanzarse sin especiales gracias... por las cuales el divino Espíritu ilustra al alma fiel, la fortalece y hace capaz de practicar grandes virtudes y producir intensos y frecuentes actos de amor. Por más consideraciones que hagamos sobre nuestra miseria y nuestra nada, jamás alcanzaremos la perfecta humildad si el mismo Dios no nos ilustra haciéndonos comprender esa nuestra nada y sentir bajamente de nosotros mismos (1). Por más que procuremos vencernos, nunca lograremos la verdadera mortificación y la perfecta abnegación, si Dios no aumenta nuestra fortaleza y nuestro ánimo. Por más atención que pongamos en conservar el recuerdo de Dios, no llegaremos al punto de no perder de vista su presencia si El mismo no nos tiene de una manera constante unidos a El con amor».

Así es como la pura ascética viene a reducirse toda a los ejercicios de la *vía purgativa*, y, cuando más, a solo una parte muy pequeña de la *iluminativa*, sin poder, por sí sola, introducir realmente en la *unitiva*, que está en lo alto del monte. Es, pues, aquella vida del todo propia de *principiantes*, a los cuales tiende a convertir en *aprovechados*, disponiéndoles para que lo sean; pero sin el oculto soplo del Espíritu Santo, que, conduciendo como por sí solo las naves al puerto, haga prescindir muchas veces de las iniciativas y maneras humanas, no logrará introducir a nadie en la verdadera *iluminación*, que empieza con las ilustraciones de lo alto, o sea con la

(1) «Por la *consideración*, observa San Alfonso R. (*Unión*, c. 19), ya la comunica Dios luz para que se conozca el alma, pero es un conocimiento como de rendija, en comparación del que comunica Dios por el *amor* y *oración*».

«Va tanta diferencia de la una a la otra—de la luz recibida en la contemplación a la que se puede lograr con la meditación—añade (*Obras*, t. 3, tr. 7, *de la Orac.* c. 5), como de la del sol a la de una pequeña candela. De donde viene que, como la luz del cielo es tan grande, *así excede el amor que Dios comunica al alma*, el uno al otro».

«En el acto desta oración de contemplación comunican a la alma como unos arcaduces, que son del Espíritu Santo, la virtud divina que dél procede, y esta virtud es el sustento fuerte que dice S. Dionisio (*Ep. ad Tit.* post med.) que se comunica a la alma en la oración de contemplación, a diferencia del sustento sensible que se comunica en la meditación a los niños en la vida espiritual, que este nombre da a los que se ejercitan en la meditación, y no han salido deste estado al robusto y de hombres hechos, que es el de la oración de contemplación». (P. Gabriel López, tr. 4, c. 1).

Por esto, Santa Teresa con tanta gracia llama *consideracioncillas* aun a las mejores meditaciones que podemos tener, dada la escasez de luces que se logran con la simple oración discursiva. Otros, tales como Fr. Juan de los Angeles y la V. Agreda, no reparan en darles el nombre de *niñerías*, como a cosa propia de principiantes o pobres *pequeñuelos*. Y San Juan de la Cruz (*Llama de amor viva*, can. 3, v. 3, § 4) terminantemente declara que con sólo ellas *el alma puede hacer muy poca hacienda;* mientras que, elevada al matrimonio espiritual, hace actos de amor «preciosísimos, y *merece más en uno, y vale más que cuanto había hecho toda la vida*». (*Ib.* canc. 1).

luz infusa de la divina contemplación (1); ni menos llevar a la plena *unión* y *perfección*, la cual sólo se consigue de un *modo sobrehumano,* propio de la *mística* (2).

(1) Aunque «de la vía iluminativa no está excluída la meditación, sin embargo, reconoce el P. Meynard *(La Vie intér., ch.* prélim.), no se engaña San Juan de la Cruz cuando en ella ve ya un comienzo de contemplación: en esto está de acuerdo con Sto. Tomás, Dionisio Cartujo y los grandes autores místicos».

«*Via illuminativa*, dice, en efecto, Dionisio Cartujo *(De Contempl.* L. 1, a. 18), est occupatio, conatus seu studium mentis nostrae in contemplatione divinorum, in speculatione spiritualium, supernaturalium, coelestium bonorum, in susceptione sapientiae radiosae... cujus luce mens clarificata, intuetur divina».

«Cum etenim in clara et immediata per speciem horum contemplatione, añade *(De Fonte lucis*, c. 8), tota consistat nostra felicitas, profectus nester hic est ut contemplationi illi tam beatificae ac perfectae nunc quotidie propinquemus proficiendo in fidei illustratione, in bono sapientiae, in summae et increatae veritatis ac divinorum cognitione».

(2) Se engaña, pues, mucho el docto P. Francisco Naval en su hermoso compendio de *Ascética y Mística* cuando dice (n. 21) que los tres grados de incipientes, aprovechados y perfectos «se dan lo mismo en el terreno de la Mística que en el de la Ascética, pero los de aquélla pertenecen a una esfera muy elevada sobro los de ésta... Allí donde terminan los grados ascéticos empiezan los místicos».

Luego la verdadera *perfección* sólo puede estar en estos últimos, que pertenecen a las alturas donde reververá la luz del Cielo, y no en los de otra esfera muy inferior. Y así el simple «principiante» místico resultará ya superior al tenido por «perfecto» asceta.

«El estado de *proficientes,* reconoce luego el mismo autor (n. 153), se caracteriza primariamente por el adelanto o progreso en las virtudes, movidas e informadas por la caridad y alimentadas y *dirigidas por superiores ilustraciones* que descienden del Padre de las luces *(fac.* 1, 17). Coincide con las *terceras Moradas* de Santa Teresa, debiendo pertenecer las *primeras* y *segundas* a los comienzos y fines, respectivamente, de la vía purgativa; en cuanto a la *unitiva,* corresponden a ella los diferentes grados contemplativos que empiezan en la *Morada cuarta*».—Los cuales todos son evidentemente *infusos.*

En el grado de oración que sucede a la discursiva, dice muy bien la V. Agreda *(Escala para subir a la perfección,* § 22), «comienza la vía iluminativa; porque después que el alma ha trabajado en la meditación con el discurso de las potencias, movido y obligado el Señor de nuestras *niñerías,* comienza por su bondad a alumbrar e ilustrar el interior; las potencias comienzan a tener luz, y el alma a recibir con ella particulares favores y engolosinarse de modo que por ningún acontecimiento dejará la oración. Paréceme que ya se llega a gustar algo de la dulzura y suavidad del Señor, porque las potencias se ilustran y reciben luz particular, y como la luz se comunica, se declaran estos beneficios y se van conociendo... Y así la voluntad ama con menos trabajo.

»A este modo de oración pertenece el purificar las potencias como a la purgativa purificar los sentidos... Si ellas no se purifican, no encontrará la luz divina... El Señor quiere... estar a solas con el alma... ¡Y qué cierto es que habla Dios al corazón a solas!

»En esta oración no ha de ser hablar siempre el alma, sino también escuchar, que es cierto la hablarán; sólo por esta habla se había de procurar la soledad interior. ¡Qué habla tan dulce, qué quietud deja!... Y trato aquí de ella, porque al punto que las potencias se desocupan... viene esta luz, o habla o iluminación... Las hablas que yo digo aquí, a mi parecer, son muy gran parte de la *conciencia fiel,* y no se puede distinguir aún bien si es habla o fuerza que ella interiormente se hace de bien obrar».

Considerando la M. Ana-Margarita Clement (1593-661; cf. *Vie,* ch. 25), el banquete con que sació N. Sr. a los que le seguían en el desierto, se dignó El declararle que «el alimento presentado a los que comienzan a servir a Dios es «ese pan de cebada—de la penitencia—. El de los aprovechados es la Sda. Es-

Así ésta es un complemento indispensable con respecto a la *perfecta vida cristiana;* la cual, aunque poquísimos la viven, todos sopena de condenación—al menos temporal, en el purgatorio—, *debemos* vivirla para hacer que se expansione y fructifique toda la gracia bautismal (1), y no ser castigados como siervos perezosos e infieles que sepultan los divinos talentos *(Mt.* 25, 26).

Por tanto la ascética, lejos de ser una vía independiente o suficiente para llegar a la santidad, se ordena todo a la mística, o sea a preparar los caminos del Señor, que distan de los nuestros y de los modos y pareceres humanos, cuanto dista el cielo de la tierra *(Is.* 55, 9), pues están ya en lo *santo (Ps.* 76, 14), donde El mismo viene a darnos la ciencia de la salud y dirigirnos por la recta senda de la paz *(Luc.* 1, 77, 79), a fin de que por ella *adelantemos* y demos copiosos frutos que permanezcan *(Joan.* 15, 16); como los dan todos los verdaderos justos que han pasado ya por las tinieblas divinas (2).

Así, conforme enseña San Buenaventura *(in Hexae-*

critura, las meditaciones *fervientes*, los buenos consejos y los sacramentos. Mas para las almas *perfectas* y siempre unidas a Dios les están preparados tres preciosos licores que encuentran en la *contemplación;* donde el Hijo de Dios las alimenta con su sabiduría, el E. S. con una paz divina y una unción santa, y el Padre de las misericordias con su infinita caridad en tal abundancia, que llega hasta saciarlas del todo». Esta es, añade ella, la miel, leche y vino de las divinas consolaciones; mientras el alimento de los proficientes es la práctica de las virtudes, la comunión y la oración; y el de los principiantes, la contrición, el sacramento de la penitencia y la resolución de mejorar de vida.

(1) Cf. San Buenaventura *(De Septem Donis S. S.* 1.ª P. c. 3).—«La unión mística u oración sobrenatural—reconoce el redentorista P. Dosda *(L'Union avec Dien,* 4.ª P. ch. 19)—se puede decir que es la plena expansión terrestre de la gracia bautismal». Y sin embargo, contradiciéndose lastimosamente, añade luego que «sin ella puede uno ser perfecto cristiano». ¡Como si pudiera llamarse *perfecto* lo que está *sin acabar,* o sea a *medio desarrollar!...*

El mismo P. F. Naval, a pesar de admitir también cierta manera de perfección puramente *ascética*—o sea una perfección que no es perfección—se ve precisado a reconocer que no es esta la doctrina enseñada por los grandes Místicos; pues primeramente declara *(ob. cit.* n. 183, p. 246, nota) que todo un San Juan de la Cruz *(Noche* I, c. 1 y 14; II, c. 1) «incluye en la categoría de *principiantes* o incipientes a *todos los que* no *han llegado a la contemplación infusa,* y entiende por *vía iluminativa* la de los contemplativos místicos en su primer grado». Y no contento con esto, añade (242): «Divide nuestro sublime maestro San Juan de la Cruz toda la carrera espiritual en tres etapas, que llama *estados (Noche* I, c. 1), y son: de *principiantes,* dedicados a la *meditación;* de *aprovechados*, o contemplativos, que tienen ya *contemplación infusa (ibid.* c. 14); y de *perfectos,* que han llegado ya a la divina unión pasiva. Los primeros, hasta la noche obscura del sentido inclusive, están en la *vía purgativa* y sólo tienen algún principio de contemplación; los segundos andan por la *vía iluminativa* mística y gozan de contemplación verdadera e infusa; y los terceros han llegado a la *vía unitiva* o unión pasiva con la Divinidad *(ibid.* l. 2, c. 24».

(2) «La senda del justo es derecha, derecha la vereda por donde el justo camina. Y en la senda de tus juicios, Señor, te hemos aguardado; tu nombre y tu memorial son el deseo de mi alma. Mi alma te deseó en la *noche,* y con mi espíritu en mis entrañas madrugaré a Tí». Is. 20, 7-9.

mer. Serm. XX), las almas aun no elevadas a la contemplación, están en el *invierno*—de la vía purgativa—; las elevadas a los primeros grados de la contemplación, en la *primavera*—de la vía iluminativa—; y las remontadas a una contemplación ya *extática* o muy alta, en el *verano* y *otoño*—de la vía unitiva—, donde se recoge todo el fruto de la perfección: "Animae non sublevatae sunt quasi in *hieme;* sed quae sunt sublevatae ad mediocrem contemplationem sunt quasi in *vere;* sed quae elevatae sunt ad excessus *extaticos,* sunt quasi in *aestate;* et percipiunt fructus autumnales, quia quiescunt„.

Muy conforme a esto es lo enseñado en los preciosos *Diálogos* de Sta. Catalina de Sena (cap. 26), donde el Eterno Padre le declara cómo en el Puente que une el Cielo con la Tierra, esto es, en Jesucristo, "hay *tres escalones*„ en los cuales, le dice, "reconocerás *tres estados del alma,* que voy a declararte. El primer escalón son los pies, los cuales significan el afecto; porque así como los pies llevan el cuerpo, así el efecto lleva el alma. Los pies de Cristo traspasados te sirven de escalón para que puedas subir al Costado, *donde se te manifestarán los secretos de su Corazón.* Porque en subiendo allí, empieza el alma a gustar los afectos más cordiales, poniendo los ojos de la inteligencia en el Corazón entreabierto de mi Hijo, donde encuentra consumado el amor inefable... Por lo cual, viéndose tan amada, se llena de amor, y levantada a este escalón segundo, del costado, puede llegar al tercero, esto es, a la boca, donde encuentra la paz después de la guerra que sus culpas le habían causado. En el primer escalón, levantando los pies de la tierra, se despoja del vicio (vía purgativa); en el segundo (vía iluminativa), se llena de amor con la virtud; en el tercero (unitiva), gusta la paz„.

Los dos últimos, como es evidente, caen de lleno dentro de la mística, pues pertenecen a almas que están ya levantadas a la contemplación y participan más o menos de la comunicación de los secretos divinos.

La simple ascética, mediante la consideración de las verdades cristianas nos lleva a reconocer en cierto modo y corregir—en cuanto nos es dado lograrlo *activamente*—algunos de nuestros principales y más visibles defectos, introduciéndonos y guiándonos por la *vía purgativa,* propia de los *principiantes;* cuyo modo ordinario de oración mental es la *meditación,* aunque ayudada de cierto influjo transitorio, pero a veces muy notable, de los dones de temor y piedad principalmente, los cua-

les de cuando en cuando alumbran nuestros pasos, nos hacen amables los caminos de la justicia, y ablandan nuestros corazones y los encienden en santos deseos, sin necesidad de muchas consideraciones (1).

Con esta ayuda va introduciéndonos en la *iluminativa,* propia de *aprovechados,* cuya manera de oración, tanto por la forma especial que reviste, como por los ricos frutos que produce, muestra tener ya no poco de *infusa.* En efecto, suele ser, ora del todo *afectiva*, en que sólo el corazón habla, movido no tanto de discursos, cuanto de los íntimos deseos y sentimientos que el mismo Espíritu Santo le sugiere, dejándonos muy mejorados (2); ora la de *simple vista amorosa,* en que se simplifican los afectos y van haciéndose cada vez más imperceptibles, hasta el punto de reducirse a una vista de *pura fe,* seca y oscura, cual conviene en la *noche del sentido,* en que el alma, sin ningún apoyo de discursos, ni consuelo sen-

(1) Así participará el alma algo de la divina contemplación, como partipan, según Santo Tomás, cuantos se hallan en buen camino: «Omnis christianus, qui in statu salutis est, oportet, quod aliquid de contemplatione participet». S. Th. *in* III *Sent.* D. 36, q. 1, a. 3, ad 5.

Así es necesario también ejercitar alguna vez el mismo don de sabiduría, cuyo primer grado, según dice Dionisio Cartujo, constituye el primero de contemplación. «Primus sapientiae gradus, añade *(De Contempl.,* L. 1, a. 44), est de Deo agnoscere et sentire seu affectualiter judicare quod ipse sit summum bonum et primum ens, cui soli principaliter atque finaliter adhaerere oportet, cunctaque alia ordinare in ipsum... Et *gradus hic contemplationis necessarius est ad salutem,* quamvis non ad semper, *et incipientibus competit*».

Conforme a esto nos habla Rusbrokio de siete *Clausuras,* que vienen a coincidir con las siete *Moradas* de Santa Teresa; pues, lo mismo que éstas, las tres primeras (apartamiento del mundo, practicado por amor de Dios, sumisión de lo sensible a lo racional, y oración afectiva) corresponden más o menos a la vida ascética; y las cuatro últimas a la mística.—Y sin embargo, antes de empezar a describirlas, dice así *(ib.* c. 9): «Nadie más que el Espíritu Santo pueda dar acceso a estas siete *Clausuras,* y nadie entra en ellas si no ama a Dios».—Y luego (c. 13) añade que «el amor afectivo nos introduce en la cuarta *Clausura,* donde abandonamos nuestra voluntad y todo lo que nos es propio en la libre voluntad de Dios... para que allí quede por su amor la nuestra poseída y clausurada. He ahí la despensa donde el amor introduce a sus escogidos, y *donde se les ordena la caridad y toda virtud*».

(2) «Toda persona enteramente consagrada a Dios—o sea aprovechada en la virtud—advierte muy luego, según observa el P. Faber *(Progreso del alma,* c. XV), que la meditación no es la especie de oración más acomodada para ella, y que le conviene más la práctica notada por los autores ascéticos bajo el nombre de *oración afectiva...* El tránsito de la meditación a la oración afectiva es toda una crisis en la vida espiritual... La oración afectiva excede a la meditación en fervor, en constancia y en continuidad.—Cuando hemos pasado en tiempo oportuno y en debida forma de la meditación a la oración afectiva, muy luego recoge el alma los frutos propios de esta dichosa mudanza; primeramente, grande amor a Dios, que del corazón rebosa en nuestras ideas y palabras, en nuestros actos y gustos; después vivísimo deseo de hacer la voluntad de Dios, celo ardoroso de su gloria, hambre y sed insaciable de comunión, afición a la soledad y apartamiento, santo afán de conocer cada vez más a Dios, ansia de verle cara a cara, celo de la salvación de las almas y desprecio del mundo».—Cf. Meynard, *La Vie intérieure,* n. 168, 185.

sible, va *pasivamente* purificándose en todo, acrisolándose y a la vez orientándose espiritualmente hacia Dios con este principio de verdadera *contemplación infusa*, como dice San Juan de la Cruz *(Noche* 1, cap. I y XIV), aunque otros, equivocadamente, la llamen *adquirida* (1).

"Oh, pues, almas, advierte a las que así se hallan el gran Doctor místico *(Llama de amor viva,* canc. 3, v. 3, § 15), cuando Dios os va haciendo tan soberanas mercedes, que os lleva por esta soledad y recogimiento, apartándoos de vuestro trabajoso sentir, no os volvais al sentido; dejad vuestras operaciones, que si antes os ayudaban para negar al mundo y a vosotras mismas, cuando érades *principiantes,* ahora que Dios os hace merced de ser el obrero, os serán obstáculo grande... Como tengáis cuidado de no poner vuestras potencias en cosa ninguna..., porque no alteréis la paz y tranquilidad, *Dios os cebará de refección celestial*„ (2).

En efecto, en medio de esa obscura vista e incipiente manera de contemplación, bajo cierto influjo muy disimulado de los dones de ciencia y consejo, de inteligencia o de sabiduría—que empieza a obrar haciendo sentir, en

(1) La *purificación pasiva* de los sentidos, dice muy bien el P. Lehodey *(Caminos de la orac.,* 3.ª P., c. 3, § 2), no es, por lo tanto, una (simple) disposición natural para la contemplación infusa, es *su entrada* y *su principio.* La contemplación purgativa y la contemplación sabrosa son un mismo único y divino fuego; débil al principio y destinado a aumentarse, encuentra al alma semejante a un tronco lleno de savia; primero la dispone secándola, para envolverla después en brillante y ardiente llama... Hay, pues, aquí una mezcla de actividad y de pasividad; tenemos todavía un pie en las oraciones afectivas; el otro está ya en la quietud árida».

«La oración de simple presencia o de atención amorosa a Dios, reconoce a su modo el P. Dosda *(L'Union avec Dieu,* 4.ª P., c. 18), es un recuerdo afectuoso de Dios presente. Sin exceder, por lo general, los límites de la *contemplación adquirida,* se acerca más a los estados místicos, y viene a ser como una *introducción a ellos*».

(2) «La misma alma, añade el Santo *(ib.* § 16), no entendiéndose, se perturba y se hace daño, porque como no sabe obrar sino por el sentido y discurso de pensamiento, cuando Dios la quiere poner en aquel vacío y soledad donde no puede usar de las potencias ni hacer actos, como ve que ella no hace nada, procura hacerlo y así se distrae y se llena de sequedad y disgusto el alma, la cual estaba gustando de la ociosidad de la paz y silencio espiritual en que Dios la estaba de secreto poniendo a gusto. Y acaecerá que Dios esté porfiando por tenerla en aquella callada quietud, y ella porfiando también con la imaginación y con el entendimiento a querer obrar por sí misma; en lo cual es como el muchacho que, queriéndole llevar su madre en brazos, él va gritando y pateando por irse por su pie; y asi, ni anda él, ni deja andar a la madre; o como cuando queriendo el pintor pintar una imagen, y otro se la estuviese meneando, que no se haría nada, o se borraría la pintura. Ha de advertir el alma en esta quietud que, aunque ella entonces no se sienta caminar ni hacer nada, camina mucho más que si fuese por su pie, porque *la lleva Dios en sus brazos.* Y así, aunque camina al paso de Dios, ella no siente el paso; y aunque ella misma no obra nada con las potencias de su alma, *mucho más se hace que si ella lo hiciese, pues es Dios el obrero*».

Por donde se ve claro cómo ya entonces se halla el alma en un estado *pasivo* o *místico,* propio de una manera de oración verdaderamente *infusa.*

vez de dulzura y consuelo, sequedad y amargura—, el alma, sin saber lo que hace, admira en silencio, por una parte la grandeza y santidad de Dios, y por otra su propia nada y miserias; y afligiéndose de esa violenta contraposición, aprende a conocer al *Todo* y la *nada,* a amar de veras a Dios y gozarse en él, y a despreciarse a sí misma. Con lo cual, iniciada en la sublime *Ciencia de los Santos,* se dispone para entrar en la *vía unitiva,* propia de los *perfectos,* en que, cesando cada vez más el discurso y la propia iniciativa, bajo un influjo más continuo e intenso de los dones, va siendo casi en todo movida y dirigida del mismo Espíritu Santo, como verdadera hija de Dios que, a fuerza de unirse a El en la contemplación, va quedando hecha un solo espíritu con El.

Por eso casi todos los autores a una—según ya dijimos y luego veremos confirmado—reconocen que la contemplación es la oración propia de los perfectos, o sea de los que han entrado ya en la vía unitiva; mientras que en la iluminativa, o sea de los aprovechados, el modo más habitual de oración mental es la afectiva, o la contemplación imperfecta, que va aun muchas veces acompañada o precedida de algo de meditación; y que ésta, o sea la oración discursiva y laboriosa, es la propia de los principiantes, que están en la vía purgativa. Y así van correspondiendo las diversas maneras de oración a los grados de la vida espiritual (1).

"Es evidente, observa Lehodey *(De la Orac.* 3.ª P., c. 5), que existe un orden progresivo y admirable en los caminos de la oración: la oración vocal, llena de fórmulas y palabras, aunque acompañada de la atención y devoción, es muy ruidosa;—la meditación es más interior,

(1) «Cada uno, dice el P. Lallemant *(Doctr. Spir.* pr. 7, ch. 1, a. 2), debe atenerse fielmente a la oración propia del grado o estado en que se halla en la vida espiritual. La meditación u oración discursiva, conviene a los principiantes, que están en la vía purgativa; la oración afectiva, a los que van adelantando y se hallan en la iluminativa; la contemplación y oración de unión, a los perfectos, que están en la vía unitiva».

«Muy buenos modos de oración y para muchos de harto provecho», advierte el V. Falconi *(Camino derecho para el Cielo,* cap. proem.), son la discursiva y la afectiva «y otros modos sensibles»; pero el estancarse ahí, añade, «es quedarse en los medios y viaje, y no llegar a la *perfecta oración*... por no querer disponerse a pasar adelante».

Oración perfecta, dice la *Epístola ad Fratres de Monte Dei (post. med.),* «est hominis ad Deum *adhaerentis affectio,* et familiaris allocutio, et statio *illuminatae mentis ad fruendum* quamdiu licet».

«Puedo asegurar, advertía el devoto P. Surín *(Dial. Spir.* t. 1, l. IV, c. 2), que entre todas las personas que he visto entregarse plenamente a Dios, no he hallado ninguna que, despues de haberse ejercitado por algún tiempo en la meditación de los misterios y de las verdades de la fe; no haya sido favorecida con este don de la contemplación». Y los que menos pueden meditar, suelen ser—con tal que permanezcan fieles—los que más pronto lo consiguen, conforme dice Santa Teresa *(Vida,* c. 4).

pero exige todavía mucho discurso—; la oración efectiva simplifica el trabajo del espíritu,—la de sencillez simplifica el de la voluntad, y la oración llega a convertirse en mirada amorosa hacia Dios, quedando convertida el alma en silencioso santuario. Dios, que habita en este santuario, hace sentir por modo misterioso su presencia y derrama la luz y el amor en la paz de una unión santa y suavísima; su acción no alcanza al principio sino a parte de las facultades del alma, después a todas, más adelante queda también el cuerpo cautivo; por último, después de tantos preparativos..., llegará el alma al matrimonio espiritual, que es a su vez otro preparativo de la visión beatífica„.

Así, conforme decía ya Casiano, a las diversas suertes de súplicas, meditaciones y oraciones afectivas, sucede el sublime estado de la contemplación de Dios, que es obra del ferviente amor y de la perfecta caridad, y término a donde toda oración bien hecha conduce como a su verdadera perfección (1).

Los mismos que admiten para la vía iluminativa y aun para gran parte de la unitiva esa simple manera de contemplación que, por el sólo hecho de que suele seguirse a grandes esfuerzos de meditación, llaman "adquirida„, reconocen, sin embargo, que ni estos esfuerzos ni todas nuestras industrias bastarían para lograrla en esa forma a la vez gozosa y fructosa que muchas veces no pueden menos de ver en ella; que para esto, para que no resulte fría y estéril como la contemplación filosófica, necesita cierto influjo superior de los dones, aunque no tan marcado como el de la contemplación perfecta o notoriamente *mística;* y que sin ese influjo no podemos tenerla, y por eso no la tenemos cuando queremos, sino sólo cuando el Señor, compadecido de nuestros pobres esfuerzos, nos la *da.*

(1) «Haec itaque supplicationum genera, sublimior adhuc *status* ac *praecelsior subsequitur,* qui *contemplatione Dei* solius et *charitatis ardore formatur,* per quam mens in illius dilectionem resoluta atque rejecta familiarissime Deo, velut Patri proprio, peculiari pietate colloquitur. Quem statum debere nos diligenter expetere, formula dominicae orationis instituit, dicens: *Pater noster*». «Haec igitur oratio, prosigue, *provehit* domesticos suos *ad illum praecelsiorem,* quem superius commemoravimus *statum,* eosque *ad illam igneam* ac perpaucis cognitam vel expertam, imo (ut proprius dixerim) *ineffabilem orationem gradu eminentiore perducit,* quae omnem transcendens humanum sensum nullo non dicam sono vocis, nec linguae motu..., sed quam mens infusione coelestis illius luminis illustrata non humanis atque angustis designat eloquiis, sed conglobatis sensibus velut de fonte quodam copiosissimo effundit ubertim atque ineffabiliter eructat ad Dominum, tanta promens in illo brevissimo temporis puncto, quanta nec eloqui facile, nec mens percurrere in semetipsam reversa praevaleat». CASIANO, *Collat.* 9, c. 18 y 25.

Mas esto es declararla *infusa* y *no adquirida;* el modo de proceder en ella es también más sobrehumano o místico, que no humano o ascético; y, por tanto, según hemos advertido ya, no puede diferir de la más notoria contemplación sobrenatural, o mística, sino sólo en el *grado*--que hay muchos—y no en la *naturaleza* o especie, que es una misma en toda oración verdadera que merezca el nombre de *contemplación* (1).

Y así es como esa famosa "contemplación adquirida", a que tan excesiva importancia quieren dar ciertos autores, y que a tantas confusiones y desorientaciones viene dando ocasión, apenas puede considerarse como una manera de oración especial, ni, aunque lo fuera, sería jamás la propia de los perfectos. En general, lo que bajo el nombre de ella suele proponerse, no es sino la mismísima contemplación infusa, pero en estado incipiente y muy imperfecto, en que todavía (conforme reconoce Santa Teresa que a veces sucede en el *recogimiento* y la *quietud)* no se excluye del todo el propio trabajo e industria, y suele ser preciso empezar casi siempre meditando: cosa que, como advierte San Juan de la Cruz, no sucede ya en las almas perfectas. En éstas, dice, casi siempre que se ponen a orar, su oración es altísima contemplación.

Esta contemplación, según S. Alfonso Rodríguez *(Decl. del Padre Nuestro,* c. 12), «es un heróico enajenamiento del alma en su Dios; y así necesario le es enajenarse de sí el que quiere subir sobre sí; porque cuanto más el siervo de Dios se extraña y aleja de lo que es..., de la vida y condición de hombre, entonces se halla subido a lo que no es, es a saber, a la vida y condición de ángel, por la gran familiaridad que tiene con Dios». Y esto es *orar con perfección,* y tener caridad. «Esta caridad perfecta, añade, que se alcanza con el ejercicio de la oración y *contemplación,* es un amor de *grande amistad* y *familiaridad muy íntima con Dios* que trae consigo una grande *unión* y *transformación* del ánima en Dios...

»Es de notar que no cualquier grado de caridad basta para dar al hombre esta paz y hartura interior, sino la *perfecta caridad:* por lo cual es de saber que esta virtud, así como va creciendo, así va obrando en el ánima mayores y más excelentes efectos. Porque, primeramente, cuando Dios la ordena, trae consigo un conocimiento experimental de la bondad, suavidad y nobleza de Dios, del cual conocimiento nace una grande inflamación de la voluntad, y de esta inflamación un maravilloso deleite, un encendidísimo deseo de Dios, y del deseo una nueva hartura, y de la hartura una embriaguez, y de ésta una seguridad y cumplido reposo en Dios, en el cual nuestra ánima descansa. *Esto se alcanza* con trabajo de las virtudes y con la imita-

(1) «Contemplationis *una est natura;* multi vero gradus, quos non est facile numerare. Sicut Deus innumerabilibus modis animae contemplativae se communicat, ita innumerabiles possunt distingui hujus altissimae communicationis gradus».—ALVAREZ DE PAZ, Lib. 5, P. 3.ª Introd.

ción de Cristo... Pues de esta tan grande seguridad nace la tranquilidad del alma, que es un cumplido reposo y una holganza espiritual, un silencio interior, un sueño reposado en el pecho del Señor, y es, finalmente, aquella paz que el Apóstol dice que sobrepuja todo sentido, porque no hay seso humano que baste a comprender lo que es, sino aquel que lo ha probado: Este es el Reino del Cielo en la tierra».

Y el reino de que podremos gozar, si servimos a Dios con perfección (Cf. *Mt.* 5).

«No sólo gozan los que este camino de la *perfecta virtud* siguen con diligencia, escribe el B.° Avila *(Audi Filia,* cap. 37), de ser librados por Cristo en los peligros que se les ofrecen, mas también de alcanzar y poseer tales bienes en su ánima, que se les diga con mucha verdad *(Luc.* 17): *El reino de Dios dentro de vosotros está.* El cual reino, como dice San Pablo *(Rom.* 14): consiste en tener dentro de sí *justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.* Y así están estos tales tan aficionados y amadores de lo justo y bueno, que si las leyes de la virtud se perdiesen de los libros, las hallarían escritas en los corazones dellos: no porque la sepan de memoria, mas porque el amor determinado de su corazón es aquello mismo que la ley dice de fuera, por estar ya la voluntad tan transformada en el amor del bien, y obrarlo con tanta presteza y deleite: y seguir lo que su corazón quiere, es seguir la virtud y huir de los vicios, hechos una viva ley y medida de las obras humanas, según atinaba Aristóteles. Y de aquí les nace una paz y un gozo tan cumplidos, cuanto nadie puede entender sino quien lo prueba; pues que dice Isaías (48), que la paz destos tales es como río y como golfos de mar. Y San Pablo dice *(Phil.* 4), que esta paz de Dios sobrepuja a todo sentido. Y San Pedro dice, que esta alegría no se puede contar. Maná escondido es, que *se da a quien varonilmente se vence;* y no lo sabe sino quien lo recibe. ¿Pues de dónde diremos que viene esta tan acabada virtud y descanso, que es arra y principio de la eterna felicidad? *Dádiva es del Padre de las lumbres,* del cual desciende todo perfecto don...

»*Estas experiencias que los perfectos en su ánima sienten...* pues son de cosa que pasa en el corazón, no las habéis de buscar en los libros, ni vidas ajenas, mas en vuestra propia conciencia, esforzándoos a la *perfecta virtud,* para que tengáis testigos cercanos a vos y conocidos de vos, por estar dentro de vos; y cumpláis lo que la Escritura dice: *Bebe el agua de tu cisterna.* Y veréis tales maravillas dentro de vos, que se os quite la gana de buscar otras fuera de vos».

«Los *muy amados,* dice Ricardo *(De Contempl.* l. 4, cap. 16), de tal manera se embriagan en la divina contemplación, que con la luz de revelación que reciben vienen a quedar fuera de sí arrebatados».

«Aquel en quien habita el amor de Dios, exclamaba San Agustín *(Manual,* cap. 28), siempre tiene su corazón elevado a las cosas soberanas... y con sus pensamientos, palabras y obras muestra lo suave y dulce que es el amor de Dios, y cuán malo es y amargo el del mundo... Juzga que para todos es dulce lo que para él es sabroso... que a todos es manifiesto lo que él tiene muy conocido. Contempla frecuentemente en su Dios y se recrea suave y gustosamente con esta contemplación, y tanto con mayor facilidad, cuanto con mayor frecuencia. Porque Dios siempre es dulcísimo para los que le consideran, y muy suave y delicioso siempre para los que le aman y alaban».

Esta es la verdadera doctrina en diversas formas enseñada e inculcada por los grandes maestros de espíritu.

"Los apartados y destetados de la leche—o sea de los

consuelos de esta vida—, son especialmente enseñados por Dios (Is. 28). Aquel cuyos sentidos y potencias están *perfectamente* unidas con Dios, éste es por El secretamente en lo íntimo de su ánima instruído y endereza-do...—S. Juan CLÍMACO, *Escala espiritual*, c. 31.

"Cualquiera que en sus ejercicios se llega a Dios, libre y desembarazado de imágenes y sin buscar otra cosa que la honra y gloria de Dios, dice con Rusbrokio Fray Juan de los Angeles *(Conquista,* diál. IX, § 7), no puede menos de sentir la bondad suya y de *sentirse interiormente unido con El;* en la cual unión tiene la vida interior *su espiritual perfección* y *consumación*".

Por consiguiente, sin participar más o menos de la contemplación sobrenatural, que es donde se produce esa mística unión, mal podremos decir que un alma es verdaderamente *espiritual* y *perfecta.*

Así, «en tanto que no llegamos a tenerla—añade luego el mismo autor *(Diál.* X, § 4, 5, 7, 12) hablando de la oración de *recogimiento infuso*—no podemos decir que hemos puesto los pies en el camino de la *vida espiritual*... Este recogimiento es más que de principiantes, y no le tiene el alma sin la gracia del Señor... Y aquí es donde los *aprovechados* suelen sentir y recibir muchas cosas del Señor.—Entrando Dios en el alma, hay calor y vida; y en faltando, frío, amargura y muerte... Si entrares dentro de tí a Dios muchas veces en el día, siempre saldrás con ganancia y en breve alcanzarás recogimiento. Y cuando te haya Dios hecho esta merced, no la trocarás por todos los tesoros y riquezas del mundo. Muchos en un año, y otros en medio y algunos en menos tiempo han salido con esta empresa. El Señor nos la conceda a todos, por quien El es: Amén».

«Profecto homines orationi et contemplationi dediti, dice Alvarez de Paz *(De Inquis. Pacis,* l. I, P. I, c. 3), coelestes fiunt... Inde est quod... terrena contemnunt, visibilia relinquunt, et coelestia ac divina more nobilium cupiunt... Paulus id docere non destitit: *Nos omnes,* inquit (2 *Cor.* 3, 18), *revelata facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur a claritate in claritatem, tanquam a Domini Spiritu.* Quinam sumus nos omnes, nisi qui in Christo credimus?... Nos, inquam cum revelata facie mentis nostrae, illuminataque per fidem, et sapientiae donum, Christum Patris gloriam contemplamur, tunc quasi esse terrenum amittimus, et in eamdem imaginem Patris, sc. in Christum, transformamur, ut non jam nos, sed ipse vivat in nobis».

«Oratio, añade *(ib.* c. 4), animam *ad fastigium perfectionis attollit.* Ipsa enim peccata fugat, vitia eliminat, daemones superat, virtutes inserit, dona supernaturalia ipsa prius oratione obtenta custodit: caritatem promovet, et mentis puritatem immittit... Sed adhuc apertius Dominus perfectionem oratione obtineri nos docuit, cum petitionem ejus in Oratione dominica primo loco constituit: *Sanctificetur,* inquit, *nomen tuum.* Neque enim sanctificari nomen Dei tantum est ejus existimationem celebrari..., sed ad nos quoque ejus sanctitatem derivari... Si ergo ad hoc ut detur nobis spiritus Dei bonus orandum est, certe oratio quasi vitae spiritalis substantia est... Homo enim virtutibus moralibus solum praeditus, studiosus dici potest, et rationalis

vocari, quoniam ductu rectae rationis ducitur; at *donis* orationis et *contemplationis ornatus* non solum rationalis, sed *spiritualis et* quasi angelus dicitur, quoniam spiritualia cogitat, et *legibus spiritus gubernatur*».

Artículo 3.º—Nuevos testimonios de la Tradición.

Según los grandes Maestros y las almas bien experimentadas, nadie es perfecto en Cristo, sin ser «contemplativo» y místico en todo rigor.

1. CLEMENTE ALEJANDRINO (*Strom.* IV, 8; VI, 12), identifica la perfección con la verdadera gnosis cristiana, que es la contemplación, «la cual en su apogeo, lo abarca todo de una sola mirada».—Esta, añade, «es el más excelente de los bienes, y nunca podrá ser bastantemente deseada, en vista de los muchos que nos trae consigo».

Y no se diga que habla sólo de la «contemplación adquirida»; porque ésta, claro está, no es «la más excelente».

2. «Los contemplativos, decía ORÍGENES (*in Ps.* 133), están en la misma casa de Dios, mientras los que llevan una vida activa se quedan en el vestíbulo».—Que es lo mismo que Sta. Teresa en otros términos advertirá diciendo, que a los primeros los sienta el Señor a su misma mesa y les da de lo que El come, mientras los segundos están lejos de El, ocupados en cultivar su viña (*Camino de perfec.*, c. 16).

3. «Todos los dones divinos, dice S. DIADOCO (*De perfect. spirituali*, c. 67), son preciosos..., pero ninguno inflama nuestros corazones y nos lleva a amar al Dios de toda bondad como el don de la *teología* (mística)... Este don nos hace renunciar gustosos a todas las amistades del siglo, despreciar las cosas transitorias y apreciar más de lo que puede decirse los tesoros de la palabra divina.—El ilustra nuestras inteligencias y cambia por decirlo así la naturaleza de nuestras almas, comunicándoles propiedades angélicas.—Este es el don que debemos desear y al cual *debemos disponernos*. Es un don admirable: por él nos elevamos a la contemplación universal, quedamos libres de toda solicitud, y llenos de secretos, de brillantes luces, y nuestro espíritu se alimenta de la palabra divina: por él, en suma, entra el alma en una unión inseparable con el Verbo de Dios».

«Al principio de la vida espiritual, añade (c. 90), el E. S. concede al alma grandes luces y consuelos, queriendo darle una idea de las recompensas reservadas a sus trabajos. Pero luego oculta, y por mucho tiempo, esos agradables favores, a fin de que el alma se funde en la humildad. Debe pues ella perseverar en sus esfuerzos y luchas hasta llegar a la *paz perfecta y a la plenitud de los gustos divinos:* éstos no se conceden sino a las *santas* almas, que son verdaderos mártires, y *perfectos* confesores.—Los que van avanzando, pues, hacia la perfección, pueden en parte gustar a Dios; mas *gustarle plenamente* está reservado a aquellos en quienes todo lo que es humano ha quedado absorto por lo divino».

4. S. MACARIO EL GRANDE, en su famosa *Epistola ad Filios* en que a grandes rasgos resume todo el proceso de la vida espiritual, desde los primeros pasos de ella supone ya verdaderas luces y gracias infusas, sin las cuales sería imposible adelantar de veras en la virtud y acercarse a las cumbres de la santidad.—«Si coeperit homo, dice (n. 1-2), semetipsum agnoscere quur creatus sit, et exquisierit factorem suum Deum, tunc incipiet paenitere super his quae commisit in tempore negligentiae suae. Sic demum benignus Deus *dat illi tristitiam* pro peccatis... et *orationis instantiam*...

3 »Post haec tribuit illi desiderium fletuum».—4 Entonces vendrá a quedar sometido a la purgación pasiva, donde permitirá el Señor sea el alma tentada de diversos modos, y en medio de su oscuridad se verá la pobre afligida de pensamientos como estos: «Quanto temporis spatio hunc laborem sufferre poteris? et quia ardui laboris sit ut mereatur quis inhabitatorem habere Deum, praesertim tu qui multa peccasti...»

7 Mas a quien permanece fiel, «benignus Deus... tunc respicit eum de coelo sancto suo et immaculatum semper custodit... 9 (Lo corrobora con el don de fortaleza): Mittit illi virtutem sanctam, et confirmat cor ipsius et dat illi laetitiam et refrigerium et possibilitatem ut fortior inimicis inveniatur... 12 Et sic demum benignus Deus incipiet adaperire oculos cordis ipsius ut intelligat quoniam ipse est qui confirmat, et tunc *vere incipiet nosse homo honorem dare Deo cum omni humilitate*... Cum his igitur omnibus fuerit probatus, tunc incipiet illi Spiritus S. revelare Ecclesiam, hoc est quae sanctis jure meritoque debentur et his qui sperant super misericordia ejus... Et sic etiam incipient illi revelari tormenta quae passuri sunt peccatores, et multa alia quae me tacente sanctus vir intelligit.

14 »Post haec vero omnia incipiet Paraclitus inire pectum cum puritate cordis ipsius et animae firmitate... et facit eum supergredi omnem creaturam... 16... et tunc homo agnoscet quia indesinenter adhaerere Deo bonum est, et quoniam in ipso est vita ejus».

Y en una hermosa descripción que hace de la vida mística (*Homil.* 18, n. 7-12), muestra muy bien cómo no sólo es deseable y asequible, sino también propia de todas las almas perfectas.—Sus palabras con firman cuanto dejamos dicho acerca de estas cuestiones; y así conviene citarlas por extenso.

«Los que han *merecido*, dice, llegar a ser verdaderos hijos de Dios y renacer del E. S., los que poseen en sí mismos a Cristo que los ilumina y consuela, éstos reciben del Espíritu de Dios unos favores y operaciones de otro género, y la gracia obra invisiblemente en sus corazones sin turbar su quietud. Semejantes a los huéspedes de un convite regio, sienten ora transportes inenarrables, ora un gozo divino e íntimo...; ora les pone en una santa embriaguez la comunicación de los divinos misterios... A veces se mantienen en un profundo silencio y su alma goza de una gran paz, y en su quietud siente indecibles delicias.—Otras veces el E. S. alumbra su inteligencia y le comunica una inefable sabiduría y unos altísimos conocimientos que la lengua humana no puede expresar. En otros momentos no se distingue de los demás hombres.—Así es como la gracia divina hace pasar al alma fiel por numerosas alternativas; consolándola y ejercitándola según los designios de la Providencia, a fin de hacerla *del todo pura y perfecta* a los ojos del Padre celestial.—Mas estas operaciones del E. S. *suponen un alto grado de virtud* que no está ya lejos de la *perfección*.—Y cuando a ésta haya llegado el alma, libre de las aficiones naturales y *unida al Espíritu de Dios* por un lazo secreto y tan íntimo que la hace ser, por decirlo así, un solo espíritu con El, hácese toda luz, visión, gozo, delectación, transporte, caridad, ternura, bondad y misericordia... Penetradas por todas partes del Espíritu de Dios, estas santas almas se hacen semejantes a Cristo, tienen en sí la fuerza y la virtud del Espíritu, permanecen recogidas en su interior y llevan una vida pura e intachable. Pidamos también nosotros al Señor, animados de una encendida caridad y llenos de confianza, que se digne concedernos sus gracias y los dones del E. S., de suerte que este divino Espíritu nos gobierne y nos haga dóciles en todo a la voluntad de Dios, y nos conceda el descanso y el consuelo, para que así, reanimados y movidos por la gracia, merezcamos, conforme dice

San Pablo *(Eph.* 3, 19), *quedar llenos de la plenitud de Dios,* y lleguemos a ser *hombres perfectos,* establecidos en la *plena posesión* de la vida de Jesucristo.—¿Por ventura no prometió el Señor, que a cuantos crean en él y se lo pidan con sinceridad, les concederá los misterios de la unión inefable con el Espíritu Santo?—Hagamos, pues, la donación total de nosotros mismos al Señor y aceleremos, con nuestros deseos, la recepción de un bien tan grande».

5. Sabemos que la perfección cristiana está esencialmente en el amor.—Y el amor, según dice S. AGUSTÍN *(Manual,* c. 18), cuando es perfecto, «hace *contemplar* con la vista purísima del alma las cosas interiores y sobrenaturales... Por el amor se llegan a ver los secretos del mismo Dios».—«El alma a quien visita el amor divino, añade (c. 19), la despierta cuando duerme, la excita, la ablanda y la hiere el corazón, ilumina sus oscuridades, la abre lo que está cerrado, la inflama cuando está fría, amansa su condición... auyenta sus vicios... y reforma y renueva su espíritu... Así de tal modo hace oración, como si fuera arrebatada de este mundo».

6. Lo propio de los «perfectos y consumados», advierte S. JUAN CLÍMACO *(Escala,* c. 7), «es profunda humildad del ánimo, deseo de ignominias, hambre voluntaria de molestias y trabajos... Son bienaventurados... porque ellos serán hartos de aquel manjar que nunca harta... El llanto... acompañado con fervor de espíritu, es precursor de aquella beatísima quietud y tranquilidad que se halla en Dios (1). La grandeza del llanto merece consolación, y la limpieza del corazón merece lumbre del entendimiento. Y esta lumbre es una secreta operación de Dios, entendida sin entenderse, y vista sin verse; una iluminación (del alma) mediante la cual se le da un sobrenatural conocimiento de la verdad.»

«Las virtudes de aquellos que han llegado a la cumbre de la perfección, añade (c. 26, § I), son éstas: Corazón fijo siempre o casi siempre en Dios, sin haber cosa que lo aparte de El, caridad perfecta, fuente de donde manan siempre arroyos de humildad; peregrinación del ánima, que es olvido y desamparo de todas las cosas transitorias; participación copiosa de la luz divina, oración pura y libre de todo derramamiento, abismo de ciencia, casa de misterios, guarda de los secretos divinos, ser morada espiritual y templo vivo de Cristo...»

A esto se asocian muchas suertes de gracias *gratis datas.* «El ánima purísima, advierte *(ib.* § II), no puede menos de barruntar la suavidad del olor que ella alcanzó de Dios, o el hedor de que fué librada cuando esto hay en los otros; quedando la otra gente sin sentir nada de esto».

«El varón heróico, prosigue, que está ya perfectamente purgado, aunque no vea perfectamente el ánima del prójimo, todavía entiende la disposición que en ella hay».

7. «Los varones perfectos, enseña S. GREGORIO MAGNO *(in* I *Reg.* lib. 3, c. 4), por su misma humildad *merecen ser elevados a las alturas de la contemplación».*

Pero no podrían remontarse a ellas, añade *(Moral,* lib. 31, c. 24), si no huyeran en lo posible del ruido de los negocios exteriores; y sin entrar en ese silencio interior, nunca hubieran podido sujetar los sentidos a la razón ni menos la razón al espíritu: «Nequaquam culmen contemplationis attingimus, si non ab exterioris curae oppressione cessemus. Nequaquam nosmetipsos intuemur, ut sciamus aliud in no-

(1) «In hac beatitudine (3.ª, *Beati qui lugent...)* ponitur luctus pro merito, et consolatio consequens pro premio, quae quidem *inchoatur in hac vita, perficitur autem in futura».* S. Thomas, 2-2, q. 9, a. 4, ad 1.

bis esse rationale quod regit, aliud animale quod regitur, nisi ad secretum hujus silentii recurrentes, ab omni exterius perturbatione *sopiamur*».

Así todos los perfectos y santos son contemplativos.

«Vir itaque sanctus, añade *(ib.* c. 35), cum terrena despicit, more se aquilae ad altiora suspendit, et per contemplationis spiritum sublevatus, perennem angelorum gloriam praestolatur, atque huic mundo hospes, illa appetendo quae aspicit, jam in sublimibus figitur... Igitur *sancti viri in alta se contemplatione erigunt*».

Sin participar más o menos de esta santa contemplación, por la cual repose en ella J. C. y quede llena de su divino Espíritu, distará el alma siempre mucho de ser perfecta y andará disipada en vanos pensamientos: «Vere in quo Christus non cubat, dice *(in Cant.* 1, 6), vagatur; quia mens quam ille suavis et ponderosus Christi spiritus non implet, multis cogitationibus dissoluta circumfertur».

8. La *Scala claustralium* (c. 1) enseña que los grados para remontarnos de la tierra al cielo, y llegar a la verdadera perfección y santidad de vida, los forman la lección, meditación, oración y contemplación. «La meditación, añade (c. 12), sin la oración es infructuosa; mas la oración ferviente *alcanza* la *contemplación*. Y es tan raro que casi parece milagroso, el que sin la oración se llegue a la contemplación».

Esta *contemplación* que no se *adquiere* como resultado de nuestras consideraciones, sino que ha de *alcanzarse* con ardientes súplicas, claro está—contra lo que alguien supone—, que es la divina o infusa, y no la *adquirida*. Lo que sí podemos hacer es irnos disponiendo gradualmente para recibirla.

9. La famosa *Epistola ad Fratres de Monte Dei*—que también mereció ser atribuída a San Bernardo—hace ver cómo, según las exigencias de los diversos estados progresivos del alma, va ésta pasando gradualmente de la lección a la meditación y de la meditación a la oración afectiva, con la cual se inicia la contemplación infusa, propia de las almas espirituales y perfectas, y que lleva hasta el grado supremo de la deífica transformación; y cómo debemos prepararnos para ésta:

«Incipientium status, advierte, potest dici *animalis,* proficientium *rationalis,* perfectorum *spiritualis*. Ignoscendum est in aliquibus aliquando eis qui adhuc sunt animales, in quibus ignosci non debet eis qui jam habentur quasi rationales. Rursumque rationalibus in quibusdam ignoscitur, in quibus non ignoscitur *spiritualibus,* quorum *perfecta omnia esse debent*... Initium vero rationalis est intelligere quae in doctrina fidei apponuntur. Profectus, talia praeparare qualia apponuntur (meditación, firmes resoluciones). Perfectio, *cum in affectum mentis* transit judicium rationis (oración afectiva).—*Perfectio vero hominis rationalis, initium est hominis spiritualis.* Profectus ejus, *revelata facie speculari gloriam Dei* (alta contemplación sobrenatural).--Perfectio vero, *transformari in eamdem imaginem a claritate in claritatem, sicut a Domini Spiritu* (unión transformativa).

»Docendus est animalis incipiens et Christi tyrunculus *Deo appropinquare, ut et Deus appropinquet ei*... Amorem ergo Dei in homine ex gratia natum, lactat lectio, meditatio pascit, oratio confortat et illuminat... Cum vero de his quae de Deo vel ad Deum sunt cogitatur, et voluntas eo proficit ut amor fiat, *continuo per viam amoris infundit se Spiritus Sanctus,* Spiritus vitae, et omnia vivificat, adjuvans seu in oratione, seu in meditatione, seu in tractatu infirmitatis cogitante. Et continuo memoria efficitur *sapientia,* cum suaviter ei sapiunt bona Dei... Intellectus vero cogitantis efficitur *contemplatio*

amantis... Sed modus hic cogitandi de Deo *non est in arbitrio cogitantis* (no adquirido), sed *in gratia donantis* (infuso), scilicet cum Spiritus Sanctus, qui ubi vult spirat, quando vult, et quomodo vult, et quibus vult, in hoc aspirat. Sed hominis est *jugiter praeparare cor*, voluntatem expediendo ab affectionibus alienis, rationem vel intellectum a solicitudinibus, memoriam ab ociosis et negotiosis, nonnunquam et a necessariis occupationibus, ut in die bona Domini, et in hora beneplaciti ejus, cum audierit vocem Spiritus spirantis, ea quae cogitationem faciunt, continuo libere concurrant sibi, et cooperentur in bonum».

10. «En la vida de los justos, advierte HUGO DE S. VICTOR *(Erudit. didac.* l. 5, c. 9), hay cuatro grados por los cuales pasan para llegar a la perfección, a saber: el estudio de la doctrina, la meditación, la oración y las obras. Luego viene la contemplación, que es como un anticipado *gusto de la gloria*... De estos cinco grados, el último, o sea la contemplación, es el *propio de los perfectos*.—Debemos, pues, aplicarnos a la lección, a la meditación, a la oración y a las buenas obras, y de todo ello recibiremos la recompensa cuando, después de haber así trabajado penosamente, seamos *ilustrados con las luces de lo alto, y gustemos y veamos cuán suave es el Señor*. He ahí cómo se cumple lo que hemos dicho: la oración busca, la contemplación encuentra; he ahí cómo los que se elevan por grados progresivos, alcanzan la perfección, y los que así no se elevan, *no pueden ser perfectos*».

11. «Iis sex contemplationum alis, advierte RICARDO *(De Contempl.)*, a terrenis suspendimur, et ad coelestia levamur.—*Citra perfectum* te esse non dubites, si adhuc aliquibus illarum cares... Terrenum et nondum coeleste animal es, quandiu tantum duabus alis contentus fueris: habes tamen unde corpus tuum velare, unde volare possis... Has sex alas contemplationum soli perfecti in hac vita vix habere possunt... Primum genus contemplationis debet esse incipientium. In hoc genere contemplationis homo Deum in omnibus operibus ejus mirabilem, laudabilem, et amabilem repetit».

12. «En el meditar, advierte a su vez el B.º ALBERTO MAGNO *(Paraíso del alma*, c. 33), hay trabajo y fruto: en el contemplar hay fruto sin trabajo». «Lo que debe movernos a desear esta contemplación, añade poco después, es la *inefable suavidad* que en ella se encuentra, la *admirable perfección* que en ella se adquiere y el principio de toda nuestra bienaventuranza que en ella se cifra... Si alguien procurase desasir el alma de este bien con que está abrazada, no le sería menos grave que si se viese arrojar del paraíso...»

«Qui Deo adhaeret, escribe en otro lugar *(De adhaerendo Deo*, c. 3), versatur in lumine... Qua ex re, est hominis in hac vita sublimior perfectio: ita Deo uniri, ut tota anima cum omnibus potentiis suis, et viribus in Dominum Deum suum sit collecta, ut unus fiat spiritus cum eo, et nihil meminerit nisi Deum, nihil sentiat vel intelligat nisi Deum, et omnes affectiones in amoris gaudio unitae, in sola Conditoris fruitione suaviter quiescant... Et quandiu illae (potentiae) ex toto Deo impressae non sunt, non est anima deiformis... Hoc autem nunquam plane fit, nisi cum ratio perfecte juxta capacitatem suam, *illuminatur* ad cognitionem Dei, qui est summa veritas; et voluntas perfecte afficitur ad amandam summam bonitatem; et memoria plene absorbetur ad intuendum, et fruendum aeterna felicitate... Et quia in horum consummata adeptione consistit gloria beatitudinis, quae perficietur in patria, liquet, quod istorum *perfecta inchoatio* est *perfectio in hac vita*».

13. La contemplación divina, añade STO. TOMÁS, es la ocupación

propia y principal de las almas *perfectas;* y a ella deben tender y disponerse las que aspiran a serlo: «Eorum (perfectorum) studium circa hoc maxime versatur: *ut Deo inhaereant.* Et quamvis etiam hoc quaerant incipientes et proficientes, tamen magis sentiunt circa alia suam sollicitudinem: incipientes quidem, de vitatione peccatorum, proficientes vero de profectu virtutum» (2-2, q. 24, a. 9, ad 3).

Mas las virtudes verdaderamente heróicas propias de los que en rigor pueden llamarse perfectos, «sunt, dice (1-2, q. 61, a. 5), virtutes jam assequentium divinam similitudinem, et quae vocantur virtutes jam purgati animi; ita scilicet quod prudentia sola divina intueatur, temperantia terrenas cupiditates nesciat, fortitudo passiones ignoret, justitia cum divina mente perpetuo foedere sotietur».

En otro lugar *(in Hebr.* V, lect. 2) declara que la perfección en sí misma consiste, según el Apóstol, en tener bien ejercitados los místicos *sentidos espirituales,* con que se sienten y gustan las cosas de Dios y así se aprende a amarle de todo corazón y con toda el alma.

14. «Diversi sunt gradus charitatis, escribe PERALDO *(Summa virtutum,* P. 2, tr. 4, c. 18). Est enim charitas incipiens, proficiens et perfecta. (August.): Perfecta charitas haec est: ut quis paratus sit etiam mori pro fratribus... Charitas operibus pietatis nutritur, tribulationibus et consolationibus roboratur; consiliis perficitur».

Para el estado de principiantes, añade (3.ª P., tr. 2, c. 5), basta el conocimiento de Dios que se tiene por la fe; al de *aprovechados* cuadra el del *don de entendimiento;* y al de los *perfectos,* el que proviene del *don de sabiduría,* mediante el cual se experimenta y gusta la divina suavidad.—«Sunt perfecti, añade con la Epístola *ad Fratres de Monte Dei*—qui *spiritu aguntur,* qui a Spiritu Sancto plenius illuminantur: et quia sapit eis bonum cujus trahuntur affectu, sapientes vocantur».

15. «Conforme a esto la *Mystica Theologia* atribuída a S. BUENAVENTURA (y que otros atribuyen a BALMA, el Confesor de Sta. Coleta), dice que en la vía purgativa se dispone el alma para alcanzar la verdadera sabiduría; en la iluminativa es ya inflamada a la vez que esclarecida con los rayos divinos; y en la unitiva es por Dios elevada a altísima contemplación: *Supra omnem intellectum, rationem et intelligentiam a solo Deo sursum actu dirigitur;* allí recibe el místico beso de la boca divina y goza a su sabor de Dios: *Experimentaliter percipit, solo Deo interius dirigente et docente... Quotiescumque vult, sine aliqua cognitione praevia..., affectus per amorem dispositus supernatat, sola amoris unitivi regula».*

«En la misma vía purgativa se dispone por tanto el alma para ser elevada a la iluminación infusa: *ut experimentaliter... ad practicam non ad theoricam illuminationem sublevetur...* Pues una vez suficientemente purificada, recibe la iluminación espiritual: *Irradiatio spiritualis purgationem consequitur».*

16. STA. CATALINA DE SENA, en su preciosísimo *Diálogo breve de la Perfección consumada,* resume toda ésta en vivir *atendiendo incesantemente a reverenciar,* alabar y complacer al Señor, para cumplir en todo su voluntad santísima, *amándole con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas.* Para lo cual, añade, es preciso permanecer, aun en medio de las ocupaciones exteriores, en un *continuo recogimiento,* de modo que nunca se le pierda de vista y, sintiéndole interiormente, por experiencia se pueda conocer su divino beneplácito. Pues «de esa manera el mismo E. S. *enseñará todo lo que se debe hacer».* Lo cual supone al alma muy elevada en la contemplación y en muy alto *estado místico.*

17. «Cualquiera que desea vivir en este estado perfectísimo, dice

RUSBROKIO (*Perfección de los hijos de Dios*, c. 1), conviene que sea hombre diligente, y bueno y *espiritual, interno y elevado, que contemple a Dios* y a todos sea común con gran piedad. Cuando estas cuatro casas concurren en uno juntamente, su estado es ya *perfecto*, y éste luego crece y aprovecha en la gracia y en todas las virtudes y en el conocimiento de la verdad delante de Dios y de los hombres».

«Si queremos *gustar de Dios*, o sentir y experimentar en nosotros la vida eterna, añade (c. 9), es necesario que entremos en Dios sobre la razón con nuestra fe viva, y allí permaneceremos simples, ociosos y vacíos de imágenes y elevados por el amor a una desnudez manifiesta de nuestra mente; porque mientras excedemos todas las cosas por amor y toda consideración hasta una obscuridad, ignorancia o nesciencia, entonces somos transformados y configurados con el Verbo eterno, que es imagen de Dios Padre, y en el mismo ocio de nuestro espíritu recibimos claridad incomprensible, que nos rodea y penetra como se baña y penetra el aire con la claridad del sol».

«Si queremos *sentir a Dios en nosotros*, prosigue (c. X), y que arda en nuestros corazones perennemente el fuego de su amor, es necesario... lo primero, que permanezcamos dentro de nosotros unidos a este fuego por el estudio de la vida interior; lo segundo, que salgamos de nosotros mismos a todos los mortales con fidelidad y fraternal amor; lo tercero, que vayamos por la parte inferior a hacer penitencia y ejercitar todo género de actos buenos, y pelear y luchar contra nuestros apetitos desordenados; lo cuarto, que subamos con la llama de este fuego sobre nosotros mismos, con devoción, alabanza, acción de gracias y ruegos interiores, y nos lleguemos a Dios con recta intención y ferviente amor... Aquel es, pues, gratísimo a Dios... que en estas cosas es perfectísimo; y por eso son necesarias a todos los hombres, y nadie puede alcanzarlas sino los hombres *contemplativos*... Cuando vivimos una vida contemplativa, sentimos que vivimos en Dios...»

«La contemplación sobreesencial es *fondo* y fin de toda la santidad y de toda la *vida perfecta* que puede ejercitarse en este tiempo». (Id. *Adorno de las bodas*, l. 3, c. 1).

18. Cuando un hombre, advierte el B.º SUSÓN (*Vida*, c. 56), ha logrado desprenderse de todas las cosas y resignarse completamente en la voluntad de Dios, «sus sentidos antes bien expeditos, van perdiendo su actividad, y su espíritu, privado de la facultad de ejercer sus más nobles operaciones naturales, *llega a tener una sensibilidad sobrenatural*, con la cual penetra más profundamente, por el despojo de su naturaleza, en el círculo de la eterna Divinidad. Así llega a la *perfección espiritual*, donde elevado, por la virtud divina, a una luminosa inteligencia, viene a gozar de los divinos consuelos.

Para esto, añade (*Serm.* 4), no bastan nuestros esfuerzos; es preciso abandonarnos en las manos del Señor, y quedar por tanto en un estado pasivo. «Nec tam nostris conatibus, quam nostri resignatione, mortificatione, perditione, abnegatione ad perfectionem pervenimus».

«N. S. Jesucristo, escribía otra vez (*Carta* X), no ha llamado a sus siervos a una vida baja y ordinaria, sino a la *perfección de una santidad sublime*, puesto que dijo a sus discípulos: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*... Así tienen que ser (pasivamente) *purificados, iluminados y santificados*.—La purificación consiste en desterrar de nuestra mente toda imagen creada... A toda la creación debe el hombre morir, y no dejar entrar en su alma ninguna imagen, ninguna representación de las criaturas, para quedar libre de ellas y no pensar sino en el Creador.—A la purificación sucede la iluminación y la claridad de la luz divina... Esta luz llega muchas veces sin intermedio alguno, haciendo sentir al alma el gozo que

causan las admirables noticias que consigo trae. Y cuanto más viva y abundante es esta luz, tanto más perfectamente muere el hombre a las cosas vanas y frágiles de la tierra y se reviste de incorruptibilidad. De ahí le viene la perfección del alma; la cual consiste en la *completa unión* de nuestras potencias y de nuestras fuerzas intelectuales *con Dios, al cual nos adherimos por una contemplación sublime, un amor ardiente, y un delicioso gozar del sumo Bien,* en cuanto lo permite la flaqueza de nuestro natural».

19. «Quien quisiere aprovechar en el camino de la virtud, dice el V. TAULERO *(Instituciones,* c. 7), necesita tres cosas: la primera es un total apartamiento de los placeres del siglo; la segunda, una completa entrega en las manos de Dios, para sufrir por su amor cuanto El disponga; la tercera es que imprimirá en su corazón la Pasión de N. Sr. Crucificado por su amor, y seguirá valerosamente su santísima vida, suavísima doctrina y mansísima conversación, que nos puso delante, para que por su medio se esfuerce a penetrar más adentro. Y dejando después toda ocupación exterior, se pondrá en un silencio mental; y esto con varonil y eficaz resignación de la propia voluntad, y abnegación en todas las cosas, en verdadera humildad como un muerto, no buscándose en cosa alguna a sí mismo, sino sólo la alabanza de Cristo y de su Padre celestial, atendiendo en todo a su gloria y mostrándose a todos, así amigos como enemigos, humilde y amable.—Ejercitándose el hombre en esto, llega a una cierta *quietud* y sosiego de sus sentidos exteriores, que antes eran muy activos y laboriosos en las cosas de afuera; y el espíritu con sus fuerzas supremas excediéndose o elevándose, llega a una cierta *experiencia* sobrenatural; desde la cual, esforzándose a pasar más allá de su propia naturaleza, como desnudándose o despojándose de ella... es *conducido* a una *opulentísima perfección.* Porque las supremas fuerzas del espíritu propiamente consisten en que, sin el peso de los vicios, soplando el viento de la divina gracia, se pueda el hombre levantar en una clara y luminosa inteligencia, en la cual recibe un perpetuo influjo de celestial consolación y aprende a mirar virtuosamente todas las cosas y a ejecutarlas prudentemente... Y esto puede llamarse *exceso de la mente* o del *espíritu,* porque pasando éste sobre todo tiempo y lugar, con amorosa e íntima contemplación vuela a Dios... Mientras el propio sentido, el entendimiento y la voluntad no están bastantemente mortificados y ejercitados corporal y espiritualmente en lo interior y exterior, siempre el hombre permanece *rudo* e *imperfecto,* y *no merece ser iluminado* y bautizado en el Espíritu Santo».

«Los *varones perfectos,* añade este insigne místico dominico (c. 26), nunca se apartan de esta interior conversión sino en cuanto parece lo pide la humana flaqueza... Mas al punto que lo advierten, luego, dando de mano a todo, de nuevo se recogen en este verdadero y esencial fondo, en este estudio ocupados con toda su fuerza, sin buscar ni esperar otra cosa sino dar lugar a los amorosos influjos de la Divinidad; y en preparar y allanar el camino dentro de sí al mismo Dios, para que pueda en ellos perfeccionar su operación gozosísima, y el mismo Padre Celestial, sin medio alguno, hable y produzca su eternal Palabra. Verdaderamente estos tales son los hombres más nobles, y en una breve hora causan más provecho a la Iglesia santa, que todos los demás juntos en muchos años; porque en este fondo del alma y Dios mismo, una sola introversión es más aventajada y excelente, que fuera de él muchos y grandes ejercicios y obras.—En este solo fondo y centro del alma, se halla verdadera y deiforme vida y segura paz».

«Perfecti atque sapientiores quique, dice en otro lugar *(Serm.* 3 *in Pentec.),* qui nihil nisi Deum desiderant, nihilque in fundo cordis sui

nisi Deum intendunt, quocumque illi pergant extrinsecus, semper tamen secum intus manent per *continuam* sui *introversionem;* et quoquo se vertant, *semper pacem* et pacis amatorem Spiritum Sanctum in corde suo circumferunt retimentque».

Para poseer así el Reino de los cielos, se necesita una perfecta pobreza de espíritu; y ésta, según el mismo Taulero escribe poniéndolo en boca de uno de los interlocutores del *Convivium M.* ECKARDI, «in tribus consistit: Primum est, ut quis sic se gerat in hoc tempore, ut nihil sciat praeter se et Deum. Secundum, ut Deum extra se non requirat, sed in ipso Deo in se praesente contempletur aeternam salutem. Tertium, ut nullum spiritale bonum cum proprietate de loco ad locum secum ferat, neque creaturarum imagines creaturali modo secum ad lectum portet, sed nudo et evacuato corde cubitum pergat. O quam nobilis est haec vita, et quam jucunda quies, sic pura conscientia dormire in Deo, tametsi super saccum straminum jacueris, dummodo liber et absolutus ab omnibus desideriis non divinis fueris».

20. Casi lo mismo repitirá BLOSIO, diciendo *(Instit. spirit.,* cap. 1): «Profecto qui Deo absque medio uniuntur, et illi locum in se operandi praebent, eidem Domino charissimi sunt, et plus utilitatis una horula Ecclesiae adferunt, quam multis annis adferre valeant alii qui tales non sunt. Isti singulares Dei amici ac filii jucunda tranquillaque mentis libertate gaudent, elevati supra omnem perturbationem... Neque frequentia hominum, neque occupationes externae, eis praesentiam Dei praeripiunt: quia ipsi in omni multiplicitate unitatem spiritus servare norunt, stabili essentialique introversione donati. Ex omnibus quae visu vel auditu percipiunt, celerrime in Deum diriguntur... Supernaturalem et angelicam vitam in terra ducunt, ob idque terrestres Angeli vocari possunt... Jam qui eo anhelat, cupiens aliquando *perfectus* esse, et intimum divinae unionis amplexum experire, debet abnegationi mortificationique sui ipsius strenue insistere, et sanctae introversioni diligenter operam dare, atque ad Deum per jaculatorias orationes ac pia desideria ardenter adspirare: debet omnia quae agit aut dimittit, propter Deum agere dimittereque, illum in omnibus pure spectans, et illi soli placere desiderans. *Ista via, et non alia, ad perfectionem mysticamque cum Deo unionem pertingere poterit».*

21. «Quotquot autem sancti, dice S. LORENZO JUSTINIANO *(De casto Connubio,* c. 2), Veritatis lumine, et Sapientiae splendore fulserunt, in ipsius lumine Verbi *lumen videre meruerunt.* Communicat enim absque sui diminutione lumen suum, communicat et dona. Nemo vitiorum tenebras, pericula peregrinationis hujus, et inimicorum insidias valet evadere sine hac praeeunte luce. Haec quidem lucet in corde, *sentitur* in corde, et cordis nobilitat habitaculum. Mundet ergo cor, quisquis almae lucis hujus particeps fieri concupiscit. Non qui fulgent in saeculo..., sed qui pauperes sunt spiritu, et qui mundum habent cor, beati praedicantur. Hi lumen hoc admittentes, *in se Deum videre merentur (Mt.* 5)».

«Quemadmodum vero alia sunt infantium joca, alia juvenum exercitia, alia senum instituta, ita, añade (c. 3), etiam spiritualiter. Non enim incipientium, proficientium et perfectorum similia sunt, licet finis dissimilis non sit. Primi circa exteriora, secundi circa interiora, *circa divina* tertii exercentur. Primis homo, mediis ratio, *ultimis Paracletus ducatum praebet...* Incipientes disponunt sua ad imperium praesidentis, proficientes autem ad judicium rationis, ideo secum habitare conantur, et interiora sua dijudicare non cessant... Haec autem—dux ratio—*minime* per se *sufficit...* Non valet inimicorum saevitiam, et vitiorum numerositatem debellare, *nisi sapientiae illustretur splendore... Est enim* in ipsa sapientia *spiritus intelligentiae*

sanctus... Nulli quidem dubium, quin qui... illa dignus fuerit, spiritualis pugnae victor existat, laureatusque *de proficientium statu ad perfectorum adscribatur* numerum... Ratio per Verbum instituta, errores latebrasque vitiorum detegens semper ad altiora provehitur, jaculo quodam spirituali intimi amoris vulnerata et sapientiae lumine perfusa, *perfectorum studia utcumque degustare meretur;* non tamen absque Paracleti ducatu auderet vel posset... Hoc donum, hanc spiritualem scientiam nullus accipere, nisi ex magisterio Spiritus Sancti meretur. Nemo Paracleti disciplina *dignus* efficitur, nisi prius carnem spiritui et animum subegerit virtuti. De caetero *hujusmodi licebit contemplari divina*... Ex his nempe profectibus et Verbo fit familiarior, et crebrius visitatur ab ipso...Nemo igitur ad hujus gradus tertii fastigium attigisse confidat, nisi primi, secundique ascensum fecerit. Possunt quippe ex divina dispensatione quaedam primitiae secundi et tertii in primo gustari gradu, sed longe inter se meritis distant, id quod ex Dei largitate repente sentitur et transit, et id quod ex mentis *habitu possidetur*».

«Nihil in te sit quod displiceat Sponso. Praecipue tamen cordis habeto munditiam, quae *ex juge Dei visione* ac familiari ejus tibi allocutione proveniat. *Haec* namque viro *debent inesse perfecto,* qui in spiritu judicii et spiritu ardoris opera sua disponit. Disponit inquam non ex naturali intelligentiae acumine, sed ex assidua mentis elevatione in Deum, atque *contemplationis acquisito habitu, per quem sapientiae percipit donum, et ignitum charitatis affectum.* Efficitur qui talis est, alter quam fuerat, divino id operante contubernio. O quam saepe tanquam de cellario pretiosorum aromatum Sponsi accensus et doctus ab oratione egreditur! Fulget tunc mens sapientiae splendore, et cor charitatis incendio concrematur». Id. *De compunctione et complanctu christianae perfectionis,* II, n. 22.

22. «Cum fuerit anima, advierte DIONISIO CARTUJO *(De Contempl.* l. 1, a. 18), in sensitivo appetitu reformata, atque in intellectu decorata, jam apta est tertiam ingredi viam, quae *perfectiva* seu *unitiva* vocatur, *consistens in hoc, ut mens in contemplatione divinorum amore vehementer succendatur,* tota aestuans, ignita atque flammigera efficiatur, utpote in immenso illo Divinitatis igne per cujusdam illapsum scintillae incensa, sicque cuncta creata transcendens ac deserens, seipsam quoque et omnia obliviscens, sincere, integre, liberrime fertur, resolvitur, liquetur, transformatur, et absorbitur in Deum».

«Debent, añade *(ib.* l. 3, a. 21), per amorosum purissimae caritatis affectum directe ac linealiter in Deum verti, figi, proficisci, seu elevari, nihil orantes seu adipisci petentes nisi ipsummet Dominum Deum, et quidquid de ejus voluntate in nobis esse debet... Itaque affectuosissime deprecemur ut ipse nobis se applicet, uniat et infundat, nos sibi astringat, illustret, accendat, mentem nostram indesinenter inhabitet, totam semper possideat, impleat et gubernet, ut sic eum quotidie perfectius honoremus, limpidius contemplemur, ferventius diligamus, strictius et intimius complectamur».

«Insuper..., ascendere debes... ad heroicarum virtutum, ad immovilem ac coeliformem prorsus suavissimam tranquilitatem et pacem mentis in Deo, ut jam per supremum doni sapientiae gradum sis quasi consiliarius et secretarius Dei tui, qui incerta et occulta sapientiae suae tibi tali existenti copiose et dignantissime pandet, sicque in te quasi in thalamo jugiter requiescit» (Id. *Inflammatorium divini amoris,* a. 1).

23. Las tres principales maneras de oración—o sea la vocal, la mental y la espiritual o de contemplación—observa el P. OSUNA (III *Abec. esp.,* tr. 13, c. 4), «son figuradas por las tres ciudades de refu-

gio... La primera es beso de los pies; la segunda beso de las manos; la tercera beso de la boca. La primera se reduce a la fe, que se debe confesar por la boca; la segunda se reduce a la esperanza, que debemos tener en el corazón; la tercera a la caridad, que debemos mostrar en la obra.—La primera pertenece a la *purgación;* la segunda a la *iluminación;* la tercera a la *perfección*... Así en la tercera hace Dios mayores mercedes que en las otras dos primeras».

24. El V. GRANADA *(Prólogo a La Escala espiritual de S. Juan Clímaco)* nos asegura, con el autor de la *Scala Claustralium,* que los principales grados «por donde los verdaderos Religiosos suben a la cumbre de la perfección» son lección, meditación, oración y contemplación, a la cual «se ordenan todos esotros... El 1.º dispone para el 2.º... el 3.º para el 4.º... La oración perfecta viene a parar en contemplación, donde el alma, olvidada de todas las cosas y de sí misma, dulcemente reposa y se adormece en Dios».

Y sin oración perfecta no es posible haya virtud perfecta ni por tanto vida perfecta.

«*Vida perfecta,* enseña el mismo V. P. *(Amor de Dios,* Pról.), es estar en la tierra, y morar con el espíritu en el cielo; vivir entre los hombres, y conversar con los Angeles».—«La condición del *perfecto amor,* añade *(ib.* c. 1, § 1), es tener todos los sentidos en la cosa que ama, y estar todo unido y transformado en ella».—«El principal estudio del siervo de Dios ha de ser trabajar todo lo posible porque el ánima esté siempre unida con Dios por oración, *contemplación* y *actual amor» (Id. ib.* c. 2).

25. S. IGNACIO en una carta a S. Francisco de Borja (Roma, 1548) le advertía que no se debe buscar la contemplación tan sólo por el gusto que en ella se encuentra; sino reconociendo que, *sin estos dones,* «todas nuestras cogitaciones, palabras y obras» son *imperfectas,* es decir, «van mezcladas, frías y turbias», debemos desear aquéllos a fin de que éstas vengan a ser puras, ardientes y claras, para mayor servicio de Dios.

26. Sta. TERESA insiste repetidas veces en mostrar cuán imperfecta es el alma hasta que por el Señor sea reformada mediante la oración infusa, con la cual se encuentra, sin saber cómo, trocada de repente, libre de sus imperfecciones y llena de virtudes y santos deseos. En su *Vida,* c. 23, hace ver cómo lo que en adelante va a describir, desde que empezó a recibir de lleno ese don celestial, es una *vida nueva,* una *vida divina,* en que ya no es ella, pues desaparecieron como por encanto sus imperfecciones, sino Dios quien en ella vive y obra. Transformada así el alma, añade *(Morada* V, c. 2), «ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano... Hánle nacido alas; ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, con andar paso a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los Santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor, y transforma un alma, que no parece ella ni su figura; porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte; el atamiento con deudos y amigos o hacienda..., ya se ve de manera que le pesa estar obligada a lo que, para no ir contra Dios, es menester hacer. Todo la cansa; porque ha probado que el verdadero descanso no lo pueden dar las criaturas... ¿Pues a dónde irá la pobrecita?... ¡Oh grandeza de Dios, qué pocos años antes estaba esta alma (y aun quizá días) que no se acordaba sino de sí! ¿Quién la ha metido en tan penosos cuidados?»

Y en ellos persistirá hasta merecer ser introducida en la cámara regia, o sea en la 7.ª Morada, donde está la unión plena y estable y la perfección más consumada que cabe en esta vida (1).

(1) «¿Cómo es posible, pregunta Lamballe *(La Contempl.,* ch. 2, § 4), sos-

«No en todas las Moradas, advierte la misma Sta. Teresa en la *Conclusión,* podréis entrar por vuestras fuerzas..., si no os mete el mesmo Señor del Castillo: por eso os aviso que ninguna fuerza pongáis si hallardes resistencia... Es muy amigo de humildad.—Con teneros por tales, que no merecéis entrar en las terceras (meditación y oración afectiva) le ganaréis más presto la voluntad para llegar a las quintas (unión mística), y de tal manera le podéis servir desde allí... que os meta en la *mesma morada que tiene para Sí, de donde no salgáis más*... Y aunque mucho estéis fuera por su mandado, siempre cuando tornardes, *os terná la puerta abierta.*—Una vez mostradas a gozar de este Castillo, en todas las cosas hallaréis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar a él... Aunque no se trata de más de siete Moradas, en cada una de éstas hay muchas, en lo bajo y alto y a los lados, con lindos jardines y fuentes y laberintos y cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en alabanza del gran Dios que lo crió».

27. Por lo que hace a S. JUAN DE LA CRUZ, ya hemos visto cómo declara de la manera más formal y terminante que, muy lejos de poderse llegar con sólo la ascética al estado de perfección, nadie logrará entrar en la simple fase de *aprovechados,* ni por tanto en la *vía iluminativa,* sin recibir la luz infusa de la divina contemplación y penetrar así en la *vía del espíritu,* la cual empieza—según él—con la iluminativa misma.—Prescindiendo de otros muchos pasajes suyos que ya hemos tenido ocasión de citar, bástenos ahora consignar éste, tomado de la *Noche del sentido,* cap. XIV: «Estando ya, dice, mortificadas sus pasiones, apagadas sus codicias, y los apetitos sosegados y adormidos por medio de esta noche dichosa de la purgación sensitiva, salió el alma a comenzar el camino y *vía del espíritu,* que es el de los aprovechantes y aprovechados, que por otro nombre se llama la *vía iluminativa* o de *contemplación infusa,* con que Dios de suyo anda apacentando y reficionando el alma, sin discurso ni ayuda activa con industria de la misma alma».

28. SUÁREZ *(De orat. ment.* c. 11), afirma que la contemplación sobrenatural es propia de los *perfectos.*

«El estado de perfección, advertía en otro lugar *(De Statu perf.,* l. I, c. 5, n. 12), por su naturaleza y principalmente se ordena a la contemplación, no sólo como a su fin intrínseco..., sino también como a *acto necesario a tal estado*».

29. «No hay Santo alguno, afirma BELARMINO, que no haya *sobresalido en la oración*».

30. «Licet enim contemplatio non sit necessaria ad salutem, est tamen *necessaria ad plenam sanctitatem et perfectionem* quae animam omni sollicitudine et perturbatione liberat, facitque omnino tranquillam, utpote Deo plane unitam et in eo quiescentem». CORNELIO A LÁPIDE, *in Luc.* X, 42.

31. «Aunque la contemplación no es del todo extraña al 1.º y 2.º estado—de los *principiantes* y *aprovechados*—es sin embargo *propia del 3.º,* o sea de los *perfectos,* porque en éste no se concede accidentalmente y de paso, como en aquéllos, sino que *ese estado pide y exige por su naturaleza* que la contemplación, como por hábito y

tener, autorizándose con Sta. Teresa, la teoría de la bifurcación, según la cual Dios llevaría a ciertas almas a la santidad por las vías extraordinarias de la contemplación, mientras que las otras serían apartadas de esas vías por designios providenciales?»—«A partir del siglo XVII, añade en nota *(ib.* p. 77), se trató de desdoblar la vía unitiva en ordinaria y no mística, y extraordinaria, contemplativa o mística. Pero hasta entonces siempre se había identificado la perfección, o la vía unitiva, con la vía contemplativa o mística».

Bien claro aparece en esta larga serie de testimonios.

necesidad..., y sin que por lo común preceda el discurso de la meditación, *ilumine y fortalezca el alma*».—LE GAUDIER, *De Perfect. vitae spir.*, cap. 4.

32. «Dos maneras hay, dice RODRÍGUEZ (1.ª P., Tr. 5, c. 4), de oración mental: una es común y llana; otra es especialísima, *extraordinaria (?)* y *aventajada*, la cual se recibe más que se hace... La primera puédese enseñar en alguna manera acá con palabras; pero la segunda no la podemos nosotros enseñar, porque... es un *maná escondido*, que nadie sabe lo que es, sino el que lo gusta. S. Antonio Abad llama esta oración: *Divina, coelestis, et plusquam humana.*—Non «est *perfecta oratio*, in qua se Monachus, vel in hoc ipsum, quod orat, «intelligit».—Esta alta y encumbrada oración no da lugar a que el que ora se acuerde de sí, ni haga reflexión en lo que está haciendo, o por mejor decir, padeciendo más que haciendo... En esta misma especialísima oración y contemplación pone S. Bernardo *(Serm. 52 ex parvis)* tres grados. El primero compara al comer, el segundo al beber, que se hace con más facilidad y suavidad que el comer, porque no hay el trabajo en el mascar; el tercero es embriagarse...: eso es lo más perfecto: todo esto es recibir más que hacer.—Unas veces saca el hortelano el agua a fuerza de brazos de su pozo: otras, estándose él mano sobre mano, viene la lluvia del cielo, que empapa la tierra, y no tiene que hacer el hortelano más que recibirla o enderezarla a los pies de los árboles para que fructifiquen; así son estas dos maneras de oración, que la una se hace con industria ayudada de Dios, y la otra se halla hecha. Por la primera andáis vos trabajando y mendigando y comiendo de esta *mendiguez;* la segunda os pone una *mesa llena*, que Dios os tiene preparada para hartar vuestra hambre, mesa *rica* y *abundante: Introduxit me Rex in cellaria sua* (Cant. 1), que decía la Esposa.—*Et laetificabo eos in domo orationis meae*, que dice Isaías (cap. LVI): Alegraos y regalaos he en la casa de mi oración».

Sólo aquí es donde se aprende a amar con toda perfección.

33. «El corazón del que *perfectamente ama*, dice S. ALFONSO RODRÍGUEZ *(Unión*, c. 5), siempre piensa en amor y siempre habla de amor... *Roba los sentidos* la gran fuerza del amor, anegándose en su Dios: santifica el alma y purifícala y límpiala la fuerza del amor de las manchas de sus pecados, y llega a tanto, que transforma todo el hombre en Dios. Esta caridad hiere y traspasa el corazón; porque así como el que está herido no puede dejar de estar pensando en el dolor, así el que está herido con este amor no puede dejar de pensar en lo que ama.—Estos gozan de una maravillosa tranquilidad y libertad de ánimo, la cual nos levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones del mundo y sobre todos los temores de la muerte y del infierno..., porque confiados y abrazados con Dios, todas las cosas tienen debajo de los pies, y ni la compañía de los hombres ni las ocupaciones exteriores los apartan de la presencia interior de Dios, porque ya están habituados a conservar la unidad del espíritu en la muchedumbre de los negocios. Los cuales como están dentro de sí tan ocupados y tan unidos con Dios, andan como fuera de sí, viendo las cosas como ciegos, y oyendo como sordos y hablando como mudos; porque trasladado todo su espíritu en Dios, andan entre las criaturas como si estuvieran fuera de ellas. De esta manera viven una *vida angélica, sobrenatural*, por la cual se pueden llamar ángeles de la tierra, pues conversando con sólo el cuerpo en la tierra, todo lo demás está en el cielo: *tal fué el espíritu, la vida y conversación de todos los Santos*... Y la felicidad de estos dos *postreros grados prometió el Señor a sus escogidos* por Isaías, cuando dijo *(Is.* 32, 18): «Asentarse ha mi »pueblo en la hermosura de la paz y en los tabernáculos de la con-

»fianza, y en el descanso cumplido y abastado de todos los bienes...» Para lo cual conviene que el principal estudio del siervo de Dios sea trabajar todo lo posible por que su ánima esté siempre unida con Dios por oración, *contemplación y actual amor.* Ha de asentar, pues:.., que *el principal fundamento de su vida es esta comunicación y trato familiar con Dios,* creyendo que este es su tesoro y todo su caudal, y que cerrados los ojos a todas las cosas y puesto bajo los pies todo lo demás, trabaje por emplearse siempre en este amor de Dios: porque sin duda este es el fin para que fué criado, y esta es la mejor obra de cuantas puede hacer un cristiano; y ésta es aquella mejor parte que escogió María, y ésta es, entre todas las cosas, de la que Dios más se sirve... y aquí finalmente se ejercita nuestro corazón en el *amor actual* de Dios, que es la mejor de todas nuestras obras, como dice Sto. Tomás, que la interior afección de la caridad es el más excelente acto y más meritorio de cuantos el hombre puede hacer».

34. Según Sta. M.ª MAGDALENA DE PAZZIS hay cuatro clases de amores que los bienaventurados, como conocedores de los quilates del perfecto amor, nos van alcanzando progresivamente. Así «piden para las criaturas, dice (4.ª P., c. 29), un amor *activo,* un amor *impaciente,* un amor *doliente* y un amor perfectamente *resignado.* Y de estos cuatro amores *sólo el último* (que supone un alto grado de contemplación) *es perfecto,* los otros tres son imperfectos... Ejercítase el alma en el amor activo hasta haber llegado al grado siguiente, que no pide ya las mismas obras... Los que ese amor poseen, al verse privados de cualquier cosilla, enseguida se turban y se entristecen, porque no aman a Dios por Dios, como deberían, sino por sí mismos.—También el segundo grado está sujeto a muchas turbaciones, por no haber aún triunfado de su inconstancia las almas en que se encuentra; y así no puede en ellas descansar Dios, como desea... Esas tienen cierta envidia a las más adelantadas y no las estiman como merecen; no tienen los debidos miramientos para con sus iguales, y menosprecian a los inferiores, mirándolos como más simples y menos ilustrados y adelantados que ellas.—El tercer grado, o sea el del amor que sufre, *también dista mucho aún de ser perfecto;* pues cuando el alma que lo posee pierde el sentimiento de él, viene a sentir tanta pena, que no tiene momento de reposo... Y esto no procede del amor de Dios, sino del temor y del amor de sí misma, que es el mayor obstáculo para la perfección... Así, pues, estos tres amores imperfectos nos los alcanzan los bienaventurados para con ellos irnos poco a poco disponiendo para el perfecto. A los principiantes les alcanzan el *amor activo,* para que no retrocedan permaneciendo ociosos... A los que van *adelantando* les alcanzan el *amor impaciente,* porque ven que sin él caerían en la tibieza. Y *luego* les alcanzan el *amor doliente a fin de disponerlos para el perfecto,* el cual alcanzan para quienes son capaces de recibirlo...

»Es éste un amor tan resignado, que no quiere, ni desea ni posee nada sino lo que Dios quiere. No aspira a la perfección para ser coronado en el Cielo, no se detiene en los dones de Dios, no examina a qué grado de perfección puede llegar, no considera los que ha franqueado ni menos aún el en que actualmente se encuentra: sólo mira a una sola cosa, que es la gloria de Dios... Este sufre con gozo sus tentaciones, porque Dios lo quiere así; se alegra de ver a su prójimo más perfecto que él y más adelantado en el amor divino; y se consume viendo que los hombres no aman a Dios, o que lo aman menos que él. No se inquieta por que Dios obre de esta manera o de otra, que le trate como a tal santo o como a tal otro; todo lo que busca y lo que desea es que Dios sea honrado; el que lo sea por él mismo o por el prójimo,

por éste u otro medio, eso poco le importa. Este es el amor a que debemos aspirar, aunque sin desearlo con inquietud, porque este inquieto deseo sería incompatible con él».

35. El P. La Puente en el prólogo de su *Guia espiritual* advierte cómo en ella podrán los principiantes aprender a reformar su vida, los aprovechados a imitar las virtudes de N. Sr. y de los Santos, y por fin los *perfectos* hallarán la *ciencia mística* que conduce a la contemplación y a la unión con Dios.—Y luego (tr. 1, c. 3) vuelve a advertir que si no todos llegan a estas alturas, es, al menos de *ordinario*, por culpa nuestra, por no usar bien de las gracias recibidas; y que como Dios no es avaro de sus dones, tampoco hemos de ser nosotros cobardes en pedírselos, antes debemos aspirar a recibirlos en el grado eminente en que El desea comunicárnoslos.

36. «Cuando N. Sr., dice la V. M. Marina de Escobar (*Vida*, l. 1, c. 5), es servido de llevar por este camino (de la contemplación), el alma va con gran ligereza, y con la abundancia de dones de gracia que se le comunican, en una hora puede andar grandes jornadas; las cuales por la mayor parte no podrá andar tan a priesa ni con tanto fruto, quien por aquí no fuere llevado».

De ahí que sea tan poco fructuosa la meditación cuando no logra terminar, como en su fin y complemento en que está su perfección, en contemplación verdadera.

37. «Infructuosam meditationem debemus facile credere, et existimare, escribe Tomás de Jesús (*De Contempl. div.*, l. 1, c. 13), quae in contemplationem, quae illius finis est, non transit; erit enim tunc sicut via sine termino, navigatio sine portu, corpus sine anima».—Pues es quedarse, efectivamente, en la vía purgativa o en la iluminativa, sin llegar al término de la unitiva, a que, según los Maestros, pertenece como propia la perfecta contemplación.

38. «La meditación, dice el P. Fr. Juan de Jesús y María (*Escuela de oración*, tr. 7, n. 7), es un discurso del entendimiento que va buscando la verdad, la contemplación es una vista quieta de la verdad *hallada;* la meditación es como el *camino;* la contemplación es como el *término* de este camino».

«Ita—añade en otro lugar—purgativa et illuminativa (via) activae (vitae, seu asceticae), unitiva contemplativae apta consensione respondent... Ex his... facile eruitur ad quem charitatis gradum seu statum theologia mystica pertineat; cum enim sit cognitio ingenua Dei per unionem elicita, aperte cernimus ad tertium procul dubio statum seu viam, *cui familiaris est contemplatio,* pertinere» (Joannes a Jesu Maria, *Theol. myst.*, t. 2, c. 2).

Así lo hacen constar también Felipe de la SS. Trinidad (*Theol. myst.*, Prólog.) y Antonio del E. S. (Tr. 1, d. 1, s. 7).

39. «Postquam enim anima, advierte el Card. Bona (*Via comp.*, c. 7), ab affectu saeculi mentalis orationis exercitio abducta fuerit, ita ut sentiat divinum in se ignem succensum, *relictu statu maditationis,* ad statum transit *aspirationis,* post quem demum ad contemplationem, et *ad mysticam Theologiam perlingit*... Sententia haec est omnium Mysticorum, post orationem mentalem, et meditationem poni aspirationes (oración afectiva), tanquam modum orandi perfectiorem, *per quem fit transitus ad orationem* internam, et *divinitus infusam*... Omnis fructus, et finis orationis, ex sententia Bonaventurae (*De proces. relig. proc.* 7, c. 14), est Deo adhaerere, et unum cum eo spiritum fieri, per liquefactionem purissimi amoris, et speculationem serenissimae cognitionis, et absconsionem in Dei vultu ab omni mundanorum strepitu, per excessum quietissimae fruitionis...»

40. «Hay, decía el P. Surín, tres clases de oración mental: la dis-

cursiva, la afectiva y la contemplación. La *discursiva* es propia de los *principiantes;* la *afectiva,* de los *aprovechados;* y la *contemplación,* según el curso ordinario, lo es de los *perfectos;* pero algunas veces, en su misericordia, quiere Dios comunicarla a algunos que comienzan».

41. «En la primera vía, observa el V. PALAFOX *(Varón de deseos,* Introducción), se considera el alma penitente, en la segunda devota, en la tercera enamorada. En la primera gime, en la segunda desea, en la tercera *suspira...; contempla* lo que halló... La primera es de los principiantes, la segunda de los aprovechados, la tercera de los *perfectos*... Son los tres grados de San Buenaventura...: El primero, alma que sigue el Espíritu divino; el segundo, alma que vive con el Espíritu divino; el tercero, alma en quien sólo vive ya el Espíritu divino».

42. En la *vía iluminativa,* dice el P. MIGUEL DE LA FUENTE *(Las 3 Vidas,* l. 1, c. 7), el alma «va *recibiendo nueva luz y claridad.* Por lo cual los justos se llaman hijos de la luz, que como Dios N. S. es luz por esencia,... cuando la porción racional del hombre interior está limpia de pecados y adornada con virtudes, dale una copiosa luz y *enséñala con su divino Espíritu* las cosas que debe saber para más agradarle».

«Los *perfectos,* añade *(ib.),* son los que viven vida *del todo espiritual*... Su vida es la *unitiva,* y pertenece al hombre intelectual y divino, cuyo trato es puramente con Dios, *contemplando* su divinidad altísima, su hermosura infinita, su bondad inmensa..., inflamándose con la parte afectiva... y uniéndose perfectamente con Dios y transformándose en El por actos suavísimos de amor y reposando venturosamente en aquella paz... que sobrepuja todo sentido».

43. El P. ALVAREZ DE PAZ, S. J., sostiene con insistencia y gran copia de doctrina que la bienaventuranza que en esta vida cabe se identifica con la perfección y santidad, y ésta requiere como *premio* el goce de la contemplación con sus inefables y purísimas delicias.—«Perfecti sunt, dice (T. 1, l. 4, *de Perfect.* P. 2, c. X), qui dum saeculi consolationem despiciunt, *deliciae coelestes illos mirum in modum consolantur.* Perfecti sunt, quorum justiciae esuries, et puritatis sitis virtutum solidarum alimento satiatur, et dulcissimo vino cupitae puritatis extinguitur... Haec sane *perfectio virtutis beatitudo est,* cui multiplex illud *praemium* ore Domini proclamatum, adhuc *in hac vita promittitur*...

...*Isti igitur sunt beati,* quos Christus ipse, qui errare non potest, beatos vocat, quos *praemio beatitudinum* afficit... Sapienter ergo Ambrosius... vitam beatam cum vita perfecta confundit... Si igitur perfectio animae, possessio Dei est, ergo et felicitas; et si perfectus Deum possidet, est ergo beatus... Hanc possessionem Dei in perfecta caritate, sive in perfectione vitae spiritualis positam, omnia alia bona sequuntur ad veram felicitatem viae necessaria... Nam si *beatitudo hujus vitae exigit contemplationem Dei,* tanquam operationem perfectissimam, ac deliciarum plenissimam, qua homo aliquid supernae patriae degustat, hanc perfecta caritas affert, aut saltem ejus fructum atque effectum importat... Quem Deus sua contemplatione dignabitur, nisi illum cujus tota vita est jugis ad contemplationem praeparatio?... Quia enim perfecti a lacte consolationum terrenarum ablactati sunt, *digni censentur,* qui a Domino doceantur, et in schola orationis ejus verba et alloquia percipiant *(Is.* 28)».

Y así como el Señor no da el preciosísimo don de la contemplación a todos los buenos, sino que de ordinario lo reserva para los que con un trato más frecuente, íntimo, familiar y amoroso, se han hecho

más dignos, otro tanto viene a suceder con el de la perfección.—«Hoc enim perfectionis *donum,* añade *(ib.* c. 12), non quibuslibet, sed animabus dilectissimis, et Deo amicissimis reservatum est, a cujus participatione non solum non amici, verum etiam qui non sunt intimi, et *familiarissimi Dei amici,* sine ulla nota injusticiae, aut rigoris, arcentur... Inter amicos Dei sunt amicissimi, et inter familiares sunt familiarissimi, et inter dilectos sunt quidam dilectissimi... Alii sunt amici Dei, quibus esca et potus datur, alii vero carissimi aut amicissimi, quibus tanta abundantia vini coelestis ingeritur, ut prae satietate inebrientur *(Cant.* 5)... Iste perfectorum coetus est Domino amantissimus, quia non amicos tantum, sed amicissimos Dei continet, qui in ejus corde jugiter, cogitatione et desiderio et amore habitant... His amicissimis Dei perfectio tanquam optimum vinum in fine convivii propinandum, servata est,... cum desiderium cordis sui, id est, perfectam caritatem recipiunt».

Los grados de la perfección, o sea de la vida espiritual, advirtió antes con S. Gregorio *(in Ps.* VI poenit.), están representados por los 15 por donde se subía al antiguo Templo, entre los cuales había dos descansos que los separaban en tres secciones.—Estas vienen a representar los estados de *principiantes, aprovechados* y *perfectos.*

«*Incipientes* ergo in via spiritus sunt, prosigue *(De Vita spirituali,* l. II, P. I, c. 9), qui vitam spiritualem incipiunt, et a malis vitae carnalis recedunt, et hi quinque primos gradus conscendunt.--*Primus gradus* est cum divinae amicitiae ac familiaritatis magnitudine allecti, gravia peccata deserunt, et a Deo per grave crimen nunquam separari proponunt, firmissimeque hanc spiritualem mortem vitare decernunt... *Secundus gradus* est cum incipientes, non tantum gravia peccata fugiunt, sed a levibus quoque peccatis abhorrent. Quae licet omnino in hac morte vitali, vitari non possint,... possunt tamen quotidie minuere; possunt in dies leviora facere, possunt nullum ex malitia et ex professo committere, possunt quae ignorantia et infirmitate faciunt, statim confessione abluere, et amaris lacrymis deplorare... *Tertius gradus* est, omnium rerum externarum contemptio, et divitiarum, honorum, ac dignitatum derelictio: cum sc. quis haec vel affectu, et voluntate abjicit... *Quartus gradus* est castigatio corporis, sensus cohibitio, universorumque carnalium mortificatio vitiorum... *Quintus gradus* est abnegatio proprii consilii, et propriae conculcatio voluntatis: quam qui cum corporis ac omnium vitiorum mortificatione non fuerit consectatus, frustra bona externa contempsit, et vitam religiosam arripuit».

Así ya a los verdaderos y buenos *principiantes* exige más este sabio autor de lo que hoy algunos de sus colegas exigen para los que muy fácilmente denominan «perfectos». Y si en aquéllos se contenta con dejar traslucir la necesidad de cierto influjo de los dones, en los *aprovechados* ya la reconoce expresamente.

«Sicut incipientes sunt, qui a malo recedunt, et universa vitia cordis ixtirpant, ita, advierte luego (c. X), *proficientes* appellamus eos, qui in bono virtutis se exercent, et *dona mentem exornantia,* tum oratione cum gemitibus a Deo impetrant, tum proprio labore divinae gratiae subnixo comparare nituntur. Postquam ergo religiosi viri infantiam vitae spiritualis praeterierunt, hoc proficientium stadium debent magna cum celeritate percurrere, quod in quinque gradus, aut ascensiones asserimus distributum.

»*Primus gradus* in vita spirituali proficientium est, *virtutum omnium* acquisitio: cum sc. quis praedictis malis abjectis, virtutis decorem axoptat... Non tantum se continet, sicut cum in statu mortificationis residet, sed plane *regnat* et cum *magna tranquillitate* suis

affectibus dominatur... Ex hoc gradu ad *secundum* perveniunt, qui in hoc revera consistit, ut illi qui cura et labore virtutes acquisierunt, facti sint aliis virtutum exempla... Non erit illis difficile ad *tertium gradum* ascendere; ut sc. per ostensionem sanctissimae vitae apud alios, opinione sanctitatis adepta, potentes sint verbo, ut quod ante opere docuerunt, valeant postea sermone persuadere, et doctrina monstrare... Neque vero putandum est istum gradum ad solos doctos et litteratos pertinere. Idiotae quoque, qui bono exemplo alios aedificant, solent etiam verbo efficaci repleri, et oratione quadam simplici, agresti et inculta, aliquando magis persuadent, et perfectius spiritus difficultates attingunt, quam alli qui non in propria conscienctia, sed in mortuis voluminibus res spirituales praelegerunt... *Quartus gradus proficientium* erit, si postquam virtutes acquisisti, alios sodales tuos sanctitatis exemplo promovisti, et verbo virtutis ad omnem perfectionem incitasti, te ipsum sub pedibus omnium constituas; et tanquam vermiculum abjectissimum, omnium te infimum reputes, et verissima humilitate contemnas... *Quintus* ergo *gradus*... est, si patientiam habeant, et detractiones, irrisiones, dejectiones mansuete sustineant...»

«Qui praedictos gradus vitae spiritualis ascendit, et ex amore Dei omnia, quae diximus, opera virtutis exercet, añade (l. cit. c. XI), tanquam in caritate radicatus, atque fundatus, potes vocari *perfectus*. Nam perfectus est qui perfectam caritatem assequitur. Manifestum est autem tantam sui ac rerum terrenarum despectionem, tantam virtutum omnium excellentiam,... sine perfecta caritate haberi non posse... Sed qui ita perfectus est, adhuc habet majorem altitudinem spiritualis vitae, ad quam Dei beneficio valeat ascendere.

...*Primus (gradus)* est, cum anima orationis ac *familiaritatis divinae secretum ingreditur, mente cum coelestibus spiritubus commoratur, ac cum summo coelorum Rege novit miscere colloquia.*—In hoc gradu constituta, o bone Deus, quantum potest in sanctitate proficere, et seipsam in dies, magis, ac magis attolere! Hic, externas occupationes minime necessarias deserit, colloquia cum hominibus, quae vitari possunt, sine dispendio caritatis derelinquit, ut hanc nobilissiman occupationem orationis teneat, totoque intellectu, et affectu suo Sponso dulcissimo copuletur. Hic, magnitudine hujus divinae communicationis concepta,... sola spiritualia et divina concupiscit... Hic aliquando ita species corporeas derelinquit, ut Deum sine corporali imagine contempletur, sine praevia cognitione diligat, et intra seipsam jugiter aeternum Regem inspiciat, adoret, et colat illum in spiritu et veritate. *Haec omnia Dei dona,* et alia innumerabilia in hoc vitae spiritualis gradu animae *conceduntur,* non semper omnia, sed nunc ista, nunc illa, quae... silens praetereo... *Secundus* itaque est, si in otio orationis, aut in labore occupationis anima consolationem non quaerat, suavitatem non cupiat, commodum, honorem, aut aliud creatum non exoptet, sed soli Deo placere desideret.

...*Tertium gradum*... anima tunc est adepta, quando omnia divina obsequia, sive ad actionem, sive ad contemplationem referantur, ingenti spiritus fervore perficit... In ea illud Pauli apparet impletum: *Quicumque spiritu Dei aguntur, hi filii Dei sunt.* Neque enim ipsa in bonis operibus jam videtur agere, aut se movere; sed ab spiritu divino agi, et in omne bonum magno impetu ferri... Ex hoc tertio fervoris gradu ad *quartum* enitendum est pervenire... Hic... est, perfecta in divino beneplacito (ut vocant) resignatio, et sincerissima in omnibus cum Dei voluntate concordia. Quem ille jam tenet, qui magna praestare volens, nec valens..., videns hoc esse a divina voluntate dispositum, sua manet infirmitate quietus, sua impossibilitate conten-

tus. Vellet quidem cum martyribus mille tormenta, et acervissimas mortes perferre; cum Apostolicis viris universum peragrare orbem... Et tamen propriae imbecilitati se accommodat... His ditata perfectorum monilibus, *meretur* ad postremum, et *quindecimum* vitae spiritualis gradum pervenire; ut sc. unus spiritus cum Deo facta, *eum semper intra seipsam praesentem habeat, illique sine intermissione, intellectu et affectu cohaereat.*—Et quemadmodum oculis creata lustrantes, in omnibus lucem vident..., ita *anima perfecta in omnibus... illam divinam lucem... intuetur...*

...Hi sunt gradus vitae spiritualis, et felicissimi nos, si omnes conscenderimus, quoniam beatus homo, o Domine, cujus est auxilium abs te, non ob aliam profecto rationem, nisi quia ascensiones posuit in corde suo *(Ps.* 83, 6). Sed non infelices, imo etiam beati, si ascendere nitimur, et in hoc labore atque conatu vitam impendimus».

«Est contemplatio, advierte por fin *(de Natura Contempl.*, l. V, P. 2, c. 1), requies laborum, complementum desideriorum, *perfectio virtutum, praemium abnegationis, finis orationis, et ad assequendam mentis puritatem instrumentum efficacissimum.*—Haec *inter omnia* exercitia mentalia est *rectior*, est clarior, est mundior, est *securior*, est quietior, est jucundior, est permanentior, est sublimior, est rarior, est *vitae beatae similior*».

«Si contemplatio, añade *(ib.* c. 3), est haec intuitio clara et quieta divinorum, voluntatem ad perfectum amorem inflammas, sequitur quod solis viris perfectis conveniat... Certe *contemplatio perfectorum est*... Datur itaque contemplationis donum quasi ex habitu perfectis: illis nimirum qui... idonei sunt ut in tranquilla mente altissimam Dei cognitionem et amorem unientem accipiant».

Sin esto, por más que a veces—entendiendo por *contemplación* ciertos favores singularísimos—dé a entender lo contrario, es imposible la perfección cristiana.

«Ita anima—, añade él mismo luego (c. 6) como rectificándose—*ut perfecta Dei amatrix* et contemplatrix fiat, prius virtutum omnium et *doniorum* vestimentis induitur (luego sin esto mal podía tener ni alta ni perfecta «contemplación», sino sólo apariencias); adepta vero contemplatione eisdem donis ad perfectissimum gradum subvectis tanquam effectibus ejus ornatur. Quare hic est ille desiderabilis circulus, quo sancte vivimus ut Deum contemplemur; et *Deum contemplamur ut sancte vivamus*... Hoc itaque summum est, quod perfecta contemplatio in nobis efficit, ut Dei sanctitatem imitemur...

»Contemplatio ergo: 1.º excessus corrigit; quoniam lucem animae tribuit, qua in minimis etiam Dei voluntatem agnoscat: et robur ut eam impleat, impertit... 2.º radices vitiorum evellit. Ignis enim ille coelestis qui in corde contemplantium accenditur, non ramos tantum concupiscentiarum nostrarum, sed et initia earum absumit... 3.º affectus ordinat. Quia animam ad tantam altitudinem sublimat, ut facile sit illi corpus domare, ac spiritui perfecte subjicere... 4.º proprium judicium et propriam voluntatem abnegat. Est enim opus sapientiae, de qua inquit Jacobus, quod est *suadibilis*, id est, tractabilis et *docilis*, non dura, non proterva, sed blanda... 5.º Contemplationis est *tentationes perfecte superare*, imo saepe nec earum ullum sensum habere. Abscondit enim Dominus in ea dilectam suam in abscondito faciei suae a conturbatione hominum *(Ps.* 30, 21), et a conturbatione doemonum, ut ad sic absconditam ac custoditam non accedant... 6.º Contemplationis est *virtutes perficere, quae in statu meditationis* robustae erat(?), *sed non usquequaque perfectae*... Lux in contemplatione data *multa sublimia* et subtilia *virtutum patefacit, quae prius nobis erant in-*

cognita. Ardor autem caritatis ad ea exequenda se accingit, et ita virtutes ipsas ad *supremum gradum perducit*».

44. El P. MASSOULIÉ *(Tr. de l'Amour de Dieu,* 3.ª P., c. 6, § 1), después de recordar cómo, según Sto. Tomás, el supremo grado de amor, o sea el propio de los perfectos, es aquel en que el alma trata de unirse a Dios y poseerle, añade: «Tal es la perfección de la vida unitiva y *contemplativa,* que supone haber pasado por los rigores de la purgativa, y por todos los ejercicios de las virtudes cristianas, y que de la oración se han sacado todas las luces que en la vida iluminativa son necesarias para llegar a la unión».

Puesto que hemos sido hechos participantes de la misma naturaleza divina, añade (ch. 7, § 1), para vivir cual conviene en un orden tan elevado, «no debería el hombre tener otra regla de sus acciones sino la misma Divinidad participada; pues ya no es un hombre el que obra, sino un Dios por participación, según lo que dice Sto. Tomás *(in* 3 *Sent.* D. 34, q. 1, a. 3): «Oportet quod regula sit divinitas ab homine participata suo modo, ut jam non humanitus, sed quasi Deus factus participative operetur».—¡Oh buen Dios, y qué pocos cristianos se encontrarán a medirlos por esta regla! Y sin embargo, *ésa es la que debería seguirse para mantener sólidamente el nombre de cristianos*».

Y eso supone a un alma del todo poseída del divino Espíritu. «No podrá razonablemente dudarse, añade (§ 5) que las almas santas reciban grandes favores de Dios en la oración. Pues Dios se les comunica de mil maneras que no conocemos».

«Las almas más perfectas, vuelve a decir (c. 8, § 1), en el curso de su oración han gozado con frecuencia de las puras delicias del amor, como de un gusto anticipado de las del Paraíso».

45. VALLGORNERA hace constar que ya en la misma fase de incipientes se requiere entrar de algún modo en la vida mística, por lo cual le es aplicable la definición de la mística teología.

«In isto gradu—sc. incipientium, in quibus charitas est nutrienda—, advierte *(Myst. Theol. D. Th.* q. 1, *Disp. Prooem.* a. 1, n. 5), *jam purgantur purgatione passiva* partis sensitivae, et mens dicitur aliqualiter *intrare divinan caliginem,* et aliqualiter conquiescunt per amorem et *contemplationem*... Gradus secundus eminet supra primum, quia non solum plura in divina caligine videntur mysteria, sed quia perfectius et perfectiori modo videntur: nam in primo gradu non ita clare et distincte, sed tantum transitorie videntur, sed in hoc secundo clarius et distinctius, et pene *habitualiter inspiciuntur, et mens per affectum Deo firmiter ac suavissime adhaeret*... «Tertium autem studium... ut Deo inhaereat, et eo fruatur... pertinet ad perfectos» (S. Th.)... In isto gradu mens totaliter transformata *illustrationibus divinis, et amore ferventissimo liquefacta,* non tantum per unionem affectivam (sed etiam) experimentalem, fruitivam et realem, quantum praesens status vitae patitur, Deo copulatur: ita ut ex parte Dei *praerequiratur illapsus ejus in animam, qui dicitur deosculatio, seu amplexus unitivus*». Cf. *ib.,* n. 6.

46. «El alma, decía el P. Juan CRASSET *(Consider. sur les princ. act. du chrét.,* XIV), llega a la unión divina y a las bodas del Cordero mediante tres de sus operaciones, que son: la meditación, la afección y la contemplación. La meditación instruye el espíritu, la afección calienta el corazón, y *la contemplación une el alma con Dios.* La meditación la purga de los vicios y errores, la afección la inflama y la hace practicar las buenas obras, la contemplación la eleva y la hace entrar en la cámara del Esposo.—La meditación es para los que

comienzan, la afección para los que avanzan, *la contemplación para los perfectos*... En la meditación el espíritu busca, en la afección el corazón desea, y en la contemplación el alma encuentra lo que buscaba y goza de lo que deseaba».

47. «Cuanto mayor es la sencillez, observa Bossuet *(Modo fácil de orac.)*, tanto más perfecta es la unión con el sumo Bien. He ahí por qué la gracia solicita interiormente a los que quieren ser *perfectos*, a simplificarse para hacerse capaces del gozar del *unum necessarium*..., diciendo: *Deus meus et omnia*... La meditación es muy buena a su tiempo, y muy útil al principio de la vida espiritual: mas no hay que permanecer en ella, puesto que el alma, por su fidelidad en mortificarse y recogerse, *recibe* de *ordinario* una oración más pura y más *íntima*, que puede llamarse de *simplicidad*, la cual consiste en una simple vista, mirada o *atención amorosa hacia Dios*... Dejando, pues, el discurso, se queda en una dulce *contemplación* que la tiene tranquila y atenta a *recibir las operaciones e impresiones que el E. S. le comunica*. Así *hace poco* y *recibe mucho*».

Esta, como se ve por la descripción, es una verdadera *contemplación infusa*.

48. Por tanto, bien podemos decir que, según la legítima Tradición, «las palabras, *vía mística, vía contemplativa, vía unitiva* y *vía perfecta*—conforme sostiene M. Saudreau *(Etat. mystique*, c. 13)—, designan un mismo estado».

«El fin de la vida espiritual—advierte otra vez *(Vie de Union*, n. 20), resumiendo la doctrina tradicional acerca de la vía unitiva—, el término a que debe tender y a que de ordinario llega cuando hay fidelidad, es un muy íntimo comercio del alma con Dios; es un estado en que el alma, ilustrada con vivas luces acerca de las perfecciones divinas, se une a Dios con actos de un amor perfectísimo.—Estas luces no brotan de los laboriosos discursos de la meditación; no son *adquiridas*, sino *recibidas;* son, lo mismo que los correspondientes actos de amor, efecto de los dones del E. S.—En ese estado los actos de amor son frecuentes, intensos y puros, y cuando no se producen de nuevo, el alma sigue en una disposición amorosa muy perfecta y muy grata a Dios, resuelta a no obrar en nada sino sólo por El.—Este estado tan glorioso para Dios, tan ventajoso para el alma y tan provechoso para el prójimo, es muy digno de desearse y debe ser objeto de las peticiones y aspiraciones del alma piadosa. La bondad infinita de Dios no rehusa ordinariamente este don a las almas verdaderamente fieles y bastante adelantadas en la perfección.—Posible es que lo conceda a algún alma de improviso, sin ella haber hecho aún nada, o apenas nada, para disponerse.—Mas la *conducta ordinaria de la gracia* es acomodarse al estado de las almas, las cuales, poniéndose en las disposiciones convenientes, pueden atraer hacia ellas estos preciosos favores o hacer que resulten más fáciles y frecuentes.—Para disponerse a ellos hay que esforzarse por alcanzar, mediante una mortificación generosa, la total abnegación; pues los apegos voluntarios apartan de Dios el corazón y el pensamiento y son obstáculo a esta unión amorosa. Hay que procurar, por lo mismo, un recogimiento absoluto, evitando las vanas solicitudes, las fantasías y pensamientos inútiles.—Y lo que de un modo singular favorece la acción de la gracia unitiva, es el olvidar, en cuanto esté de nosotros, todo lo sensible, para tener la vista fija en sólo Dios y abismarse en el pensamiento de sus incomprensibles perfecciones».

«El *estado de perfección*, o sea la *vía unitiva*, añade (n. 26) es el coronamiento normal de la vida espiritual.—Hay estados que los teólogos llaman de perfección adquirida, en que cuantos los han abraza-

do, deberían poseer la perfección; y hay otros en que hay obligación de tender a ella sin descanso, y por lo mismo con plena esperanza de poder lograrla. Verdad es que muchos no responden a los designios de Dios, y se quedan en el camino. Pero los perfectos, aunque relativamente muy raros, no por eso dejan de ser bastante numerosos».

49. «La contemplación, reconoce RIBET (*Mystique*, t. 1, c. 6, p. 124), es el *apogeo de la vida espiritual* y como el preludio del cielo». «Lo propio de la contemplación, como *estado de oración*, añade más adelante (c. 9, p. 150), es el ser *unitiva*. Pues no sólo ilumina el entendimiento, sino que se apodera de la voluntad y la hace adherirse a Dios. Por lo mismo supone en el alma la gracia... Cuando la voluntad está unida a Dios por amor no puede al mismo tiempo estar de El separada por el odio: esto implica contradicción... Y aunque esta inseparabilidad de la justicia y la contemplación pudiera parecer dudosa en los primeros grados de la oración sobrenatural (1), no puede serlo en los superiores que con toda evidencia traen al alma el sentimiento de su unión con Dios.—Y no sólo es esta gracia propia de los justos con exclusión de los pecadores, sino que, en general, no es concedida sino a los *perfectos*».

50. Si, pues, un alma hace cuanto está de su parte por adelantar en la perfección con el fiel ejercicio de todas las virtudes, «día vendrá, conforme dice el P. J. DELACROIX (*Etudes franciscaines*, Déc. 1908, p. 515-16), en que, sintiéndose incapaz de realizar—de ese modo humano—sus últimas purificaciones y de encender en sí misma las luces especiales y el amor intenso, sin los cuales sería ilusorio querer llegar a una alta perfección, logre que el mismo Dios venga en su ayuda con gracias eminentes que ilustrarán su inteligencia e inflamarán su voluntad con ardores amorosos hasta entonces no conocidos... Así es como la ascética viene a expansionarse en la mística, reclamándola y necesitándola para coronamiento de la vida espiritual... La perfección se halla en la unión con Dios; mas *la unión perfecta requiere gracias místicas:* y así la contemplación es el medio normal de llegar a la plena perfección».

Tal es, añade, la doctrina tradicional, comúnmente admitida desde los primeros siglos hasta el XVI y aun el XVII.

51. «La contemplación, dice a su vez el P. SCHWALM, O. P. (Préf. a *La Vie avec Dieu*, por el P. FAUCILLON, p. 33-36), entra en el *desarrollo normal* de la virtud y de la *perfección cristiana*... No es, ciertamente, el estado general de las almas en gracia; pero es la cumbre a que tienden con el buen ejercicio de las virtudes... Es efecto del amor divino triunfante... Los Místicos dominicos están unánimes en excitar el deseo de esta gracia. Y no es esto una simple tradición de Escuela; es una doctrina que comparten con S. Buenaventura, S. Bernardo, Ricardo y Hugo de S. Víctor, Casiano y S. Gregorio Magno. Los Padres de la Iglesia les habían indicado el camino... Taulero, Susón y Sta. Catalina de Sena desarrollan las consecuencias prácticas y encaminan a sus lectores a disponerse para recibir el don de la contemplación..., mirando gustosos como un deber el atraer a ella las almas fervorosas».

52. Tal es, reconoce H. BREMOND (*L'Invasion mystique*, París, 1916, ch. 3, I, p. 137), el parecer de «Sta. Teresa y casi todos los contemplativos».

(1) En realidad nunca lo es: pues, como obra de los dones del E. S., la verdadera contemplación infusa siempre supone o implica estado de gracia: lo que podrá ser dudoso es si se trata o no, en un caso dado, de verdadera contemplación.

53. «La contemplación, advierte por conclusión del estudio que sobre ella hace el eudista P. LAMBALLE *(La Contempl., ou Principes de Theol. myst.*, París, 1912, c. 2, § 7, p. 105), es el término normal de la vida espiritual; las almas ávidas de perfección tienen derecho a pretenderla, y sus directores deben disponerlas a ese efecto».

54. Tal es también la doctrina últimamente expuesta por el docto benedictino, Dom S. LOUISMET *(The Mystical Life*, 2.ª ed. 1918, c. 1, p. 4). «La vida mística, dice, es la vida cristiana normal, completa, tal como debía ser vivida por todos, en todas partes, y en todas las circunstancias; mientras que la vida cristiana tal como la practica la inmensa mayoría del pueblo es simplemente anormal y monstruosa, despojada de sus derechos sobre todos los detalles de la vida y privada de su eficacia y de sus más preciosos frutos».

«Es absolutamente cierto, añade, que la vida mística, aún en toda su plenitud y perfección, sin necesidad de una vocación especial, está al alcance de *todos los hombres,* de cualquier edad, profesión o condición de vida, como lo prueban abundantemente la historia de la Iglesia y los anales de la santidad» (c. II, p. 10).—«La vida mística no es, pues, impracticable, ni mucho menos imposible, ni tan sólo escogida para unos pocos. Es simplemente la *verdadera perfección de la vida cristiana, a la cual todos somos llamados,* y por lo que, de no alcanzarla, seremos duramente castigados en el Purgatorio. Si nos aparenta *extraordinaria* y poco menos que imposible de conseguir, es porque somos hombres de *poca fe*, y porque hemos dejado enfriar nuestra caridad» (cap I, pág. 6).

55. «La vida cristiana, dice resumiendo a S. Agustín y Sto. Tomás el ilustre Abad olivetano Dom MARECHAUX *(La Vie Spir. ascetique et myst.* n. 5.º Feb. 1920, p. 322), debe estar toda bañada en estas grandes y vivificadoras luces de los dones, y penetrada de estas unciones que desprenden al alma y la fortalecen. Donde se echen de menos la presencia y la acción del E. S., la religión quedará reducida a formulismos... y será incapaz de resistir a las causas disolventes, al respeto humano, al menoscabo de los intereses terrenos y al ímpetu de las pasiones... Así se explica la impotencia de los cristianos de nuestros días para rechazar las audacias sacrílegas de la impiedad: viven muy de su propio espíritu y muy poco del divino... El Espíritu Santo es quien da a la religión su caracter sobrenatural y *perfecto*».

56. Así bien podemos terminar afirmando enérgicamente y una vez más con el P. WEISS, O. P. *(Apología del Cristianismo,* t. IX, Cf.ª V, n. 1, 8-9): «La Mística es verdaderamente la flor y el término de la vida cristiana».—Es «el Cristianismo en su entero desenvolvimiento. Por eso concierne a todos cuantos quieren aceptar el Cristianismo entero».—«La Mística es para todos... Sustraerse a los deberes de ella, es descuidar la propia *salvación*... No se da, pues, condición, estado u ocupación que autorice a nadie para decir que no le concierne la Mística» (1).

(1) Véanse nuestro trabajo: *La verdadera perfección implica vida mística,* en «La Ciencia Tomista» (Marzo y Mayo de 1919; y la *Exposición mística del Cantar de los Cantares,* especialmente Cap. II, v. 4-14.—Véanse también los sustanciosos Artículos del P. Garrigou-Lagrange en la nueva e interesantísima Revista *La Vie Espirituelle Ascétique et Mystique,* N. 1.º y 3.º (Octubre y Diciembre, 1919).

CUESTIÓN QUINTA

¿Son independientes o difieren esencialmente la Mística y la Ascética?

En realidad, esta cuestión apenas necesita ya resolverse: basta proponerla debidamente para que pueda darse por resuelta, siendo, como es, un verdadero corolario de lo hasta aquí expuesto.

Hemos ya, en efecto, podido muy bien comprender cómo la vida ascética y la mística, aunque realmente distintas en el grado de perfección y en el modo de manifestarse, no lo son en el fondo de su íntima esencia, ni constituyen dos vías independientes o bien separadas, sino que están del todo subordinadas una a otra, y tan íntimamente unidas y compenetradas, que de lo más característico de la primera a lo de la segunda, se pasa por grados completamente insensibles. Con esto podríamos darnos ya por satisfechos. Mas la excepcional importancia de estas afirmaciones bien merece que nos detengamos un poco a examinarlas por partes.

Artículo 1.º—Subordinación de la ascética y la mística

Si, conforme acabamos de ver, la *Ascética*—ya se la considere como *ciencia de la salud,* como *vía* o como *vida*—no se basta por sí sola, ni basta para llevarnos a la perfección, a que todos debemos tender, sino que se ordena a disponernos para encontrar esta plena perfección en la *Mística,* en la cual se empieza a entrar, más o menos, desde el final de la misma vía purgativa para engolfarse en ella durante la iluminativa y la unitiva; si en suma, la *vida ascética* se confunde casi totalmente con la *vía purgativa* y sólo puede extenderse a lo sumo hasta los comienzos de la *iluminativa,* quedando todo lo restante para la vida que llamamos propiamente *mística;* y sabiendo, por fin, que esas tres vías no están separadas, sino del todo compenetradas y subordinadas (1); síguese

(1) Cfr. Sto. Tomás, 2-2, q. 24, a. 9, ad 3; Vallgornera, q. 1, n. 5-6. «Constat hos tres status nunquam esse in via ita condistinctos, quin unusquisque illorum aliquid de caeteris participet. Cuilibet ergo illorum, ab eo quod in ipso praedominatur, nomen et rationem accipit». Suárez, *De Orat.,* l. 2, cap. XI. «Praedictarum trium viarum, dice Dionisio Cartujo *(De Fonte lucis,* a. 12), unam aliam secundum aliquem gradum comprehendit atque includit... Sic et via purgativa aliquid habet admixtum de via iluminativa et perfecti-

de ahí que también lo deben estar las dos maneras de vidas que se llevan en dichas tres llamadas *vías,* y que mejor se llamarían *fases* de una misma *vía,* de la *vía santa, celestial* y divina *(Is.* 35, 8). que es la perfecta imitación de Cristo, nuestro Salvador y único *camino de Dios*, donde verdaderamente podemos ser *iluminados* (1) y *vivificados* (2), por ser, a la vez, el *camino,* la *verdad* y la *vida* (3).

El ilumina *(Jn.* 1, 9) a todos, y a todos quiere encender en su amor *(Lc.* 12, 49); y cual dulce esposo, arrebata y alegra los corazones y atrae a sí las almas humildes y les enseña esa mística sabiduría que empieza en el santo temor de Dios (4).

va, quoniam sine verae sapientiae directione, caritate, et gratia, nemo purgatur a culpa, nec passiones reformat».

«Es la vida mística de tal calidad, advierte el V. Palafox *(Varón de deseos,* Introduc.), que el que se halla en la primera jornada ha de tener presente la segunda y tercera, y el que se halla en la última no se ha de olvidar de la segunda, y el que estuviera en la segunda ha de tener presente la una y la otra... Es necesario que (el alma) esté siempre llorando como penitente, aunque le parezca que goza como enamorada y que procure amar como enamorada, aunque esté llorando como penitente, y que cuando desea a Dios tema a Dios, y que cuando le parezca que tiene más altos los conocimientos de su divina Majestad, los procure mayores, para penetrar su propia miseria».

«Quanto quis est perfectior, tanto imperfectum se magis cognoscit».—S. Thomas, *in Phil.* 3, lect. 3.

(1) *Ps.* 85, 11; *Luc.* 1, 79.

(2) *Ps.* 118, 17, 37, 50, 93, 107.

(3) «Es el camino, con sus ejemplos santos; la verdad, como Maestro; y la vida, dándonos a cada uno la fuerza con que podamos practicar sus ejemplos y enseñanzas.—Quien busque la vida, debe pues atenerse a Cristo indivisible, al Maestro de la verdad, a la fuente de santidad, a quien da fuerzas para practicarla. Mas quien posee al verdadero Cristo viviente, tiene cuanto es menester para llegar a la perfección».—Veiss, *Apología* X, Cf. 16, n. 4.

«¡Oh divino Verbo!, exclama San Agustín *(Soliloq.* c. 4), que sois el *camino, verdad* y *vida,* en quien no hay tinieblas, *error, vanidad* ni *muerte;* luz sin la cual todo es tinieblas; camino sin el cual todo es error; verdad sin la cual todo es vanidad; vida sin la cual todo es muerte...; alumbrad a este ciego..., y dirigid sus pasos al *camino de la paz,* para que por este camino pueda entrar yo al lugar de aquel *tabernáculo admirable* con voces de alegría y alabanza». Cfr. Kempis, III, c. 56.

«Yo soy tu *vía,* decía N. Sr. a la M. Ana Margarita Clement, Salesa (1593-1661: cf. *Vie,* por Saudreau, 1916, ch. 22); quiero que mi amor te conduzca para hacerte seguir mis pasos con la fiel imitación de mis sufrimientos en una perfecta mortificación de tus sentidos. La humildad, el silencio y la oración alcanzan la pureza de corazón, que hace al alma *digna de ver a Dios aquí abajo* por la viva fe.—Como tu *verdad,* quiero que escuches con tranquilidad mis palabras, y que te despojes de tu propio sentir, a fin de que *goces de la bienaventuranza prometida a los pobres de espíritu.*—En fin, como tu *vida,* bajé del Cielo para dártela muy abundantemente».

«Cuando el alma, advertía el P. Gracián *(Itinerario de los caminos de la perfección,* c. 1), se ha limpiado muy bien por la *vía purgativa,* y llegado al Sol divino por la *iluminativa,* recibe en sí misma la figura de Cristo, por la *unitiva:* de esta *unión* le viene aquel divino *resplandor* que se llama *Teología mística*».

(4) «In sole posuit tabernaculum suum: et ipse *tanquam sponsus*... Nec est qui se abscondat a calore ejus... Testimonium Domini fidele, *sapientiam* praestans parvulis. Justitiae Domini rectae, *laetificantes* corda; praeceptum Domini lucidum *illuminans* oculos. Timor Domini sanctus». *Ps.* 18, 6-10.

Siguiéndole, no andamos errados, y bajo su influjo, vamos siendo cada vez más purificados—*ab omni inquinamento carnis et spiritus*—e iluminados y santificados con el don de temor—, *perficientes sanctificationem in timore Domini* (II *Cor.* 7, 1). Oyéndole y atendiéndole, acercándonos bien a El, nos iluminaremos más y más (*Ps.* 33, 6), a la vez que nos encenderemos en su amor; con que proseguiremos aún purificándonos más hondamente (1). Y abrazándole con perfecto amor, al abrazar de veras su cruz, quedaremos con El unidos y convivificados (2). Y sólo así es como podremos subir hasta la cumbre de nuestra perfección, que está en el mismo Cielo (3).

Pero todas estas cosas, el fiel seguimiento y la purificación, el estudio de la verdad y la iluminación, y, hasta cierto punto, la misma unión y vivificación, pueden hacerse de un *modo humano,* proporcionado a la condición de los aun *pequeñuelos en Cristo* (4), como es el verificado mediante las consideraciones, devociones y prácticas ordinarias en la generalidad de los fieles; y de un *modo* verdaderamente *sobrehumano,* propio de los ya adultos en gracia, varones espirituales y *perfectos cristianos;* el cual modo se logra cuando, como dignos hijos de Dios, nos encontremos del todo animados, poseídos, movidos y dirigidos y gobernados por su mismo Espíritu (5). Entonces ya no procederemos ni obraremos como "carnales„, de un modo humano y rastrero, sino como los verdaderos "espirituales„: es decir, como los que ya tienen desarrollados y ejercitados los sentidos y saben sentir, desear y apreciar las cosas de lo alto, co-

Quien no logre, pues, gozar de su íntima *unión*, es porque no le ama como debe, ni quiere corresponder a sus dulces invitaciones.

«Al alma amante, decía el mismo Salvador a S. Matilde (1.ª P. c. XX), le dirijo Yo tres palabras: la primera es *Ven,* es decir, sepárate de todas las criaturas; la segunda es *Entra,* con la confianza de una esposa; la tercera, *en el lecho nupcial,* que es el Corazón divino».

(1) Santa Angela de Foligno (*Visiones,* c. 47) vió que había tres grados de purificación o tres maneras de purificaciones progresivas: «la primera comunicaba graciosamente al alma una gran fortaleza que le hacía fácil la fuga del mal; la segunda, un gran gozo en el cumplimiento del bien, y la tercera es ya la plenitud de la *perfección* y la transformación del alma en Dios. Tan transformados en El—decía—me parecen los justos en ese grado, que en ellos ya no veo más que al mismo Jesús, ora sufriendo, ora glorificado».

«Nuestro Señor, refiere la B.ª Margarita M.ª (*Oeuvres,* t. II, p. 187), me dijo que me daría su amor... para *purificarme*, consumirme y transformarme en El».

(2) «Nam si commortui sumus, et convivemus: si sustinebimus, et conregnabimus». II Tim. 2, 11-12.

(3) «Nemo *ascendit in coelum* nisi *unus cum eo factus,* et tanquam membrum compactus in ejus corpore qui *descendit*». S. August. *Serm.* 61 *de Verb. Domini.*

(4) I *Cor.* 3, 1-3; *Hebr.* 5, 11-13. (5) *Rom.* 8, 14; cf. S. Thom. *in h. l.*

nociendo, por experiencia, la renovación del espíritu, los misterios de la cruz y el lenguaje de la divina Sabiduría (1). Así tenderemos a proceder, si es que en realidad hemos gustado ya la dulzura y suavidad de Nuestro Señor (I *Petri*, 2, 3) y, por lo mismo, deseamos crecer en santidad y unión con El (2).

Este sentimiento, no "humano", ni mucho menos "carnal", sino del todo "espiritual", y ese proceder no *secundum hominem*, sino *secundum Spiritum, secundum Deum*, o sea *in Spiritu Sancto, in suavitate et longanimitate, in caritate non ficta, in verbo veritatis et in virtute Dei*, con plena indiferencia a ir *per infamiam, et bonam famam* (II *Cor.* 6, 8), se tienen, no cuando nosotros queremos ni del modo que queremos, sino cuando y como Dios lo da, haciéndonos sentir, mediante los místicos dones, la oculta obra de aquel soberano Espíritu renovador y santificador que inspira donde quiere y hace oir su voz sin que sepamos de dónde viene ni adónde va (*Jn.* 3, 8); pero que viene siempre a saciar sobreabundantemente nuestros deseos, renovándonos y transformándonos, a veces, como por completo, y obrando en nosotros, en muy breves momentos, lo que con nuestros

(1) I *Cor.* 1, 18; 2, 2-6, 12-16; *Hebr.* 5, 14.—«Qui ergo sentit quae Dei sunt, perfectus est». S. Thom. *in Hebr.* V, lect. 2.

(2) «Nullum omnino praesentiae ejus certius testimonium est, dice San Bernardo (*Serm.* 2 de San Andrés), quam desiderium gratiae amplioris».

«Si tenéis hambre y sed de las cosas espirituales y de Dios, añade Rodríguez (1.ª P. tr. 1, c. V), alegraos, que esa es señal y testimonio muy grande de que mora Dios en vuestra alma; El es el que pone esa hambre y causa esa sed; topado habéis con la vena de este divino tesoro... Dios. que está dentro de vos, os lleva tras sí; y si no sentís en vos esta hambre y sed, temed no sea por ventura porque no mora Dios en vuestro corazón; que eso tienen las cosas espirituales y de Dios, como dice San Gregorio (*Homil.* 39 *in Evang.*), que cuando no las tenemos, entonces no las amamos, ni deseamos, ni se nos da nada por ellas».

A los que de ningún modo perciben aún en sí a Cristo Salvador, ni por experiencia le reconocen como principio de salud y de vida, sintiendo el hambre y sed de justicia que en los corazones donde vive provoca, el Apóstol les dice estas terribles palabras, muy dignas de ponderación (II *Cor.* 13, 5): «An non *cognoscitis vosmetipsos*, quia *Christus Jesus in vobis est?* nisi forte *reprobi* estis».

«Con la vehemencia del amor, dice San Agustín (*Manual*, c. XX), se aparta un alma y se enajena de los sentidos corporales, de tal modo, que no se siente a sí misma, *sintiendo a Dios solamente*... Un alma que está tocada del amor de Dios, ninguna otra cosa puede pensar ni apetecer».

«El amor, observa S. Alfonso Rodríguez (*Unión*, c. II), no es ocioso, sino que adonde está, obra como fuego, comunicando al alma todas las virtudes, y así, no consiente en ella faltas grandes ni pequeñas; limpia las imperfecciones, corrige las inclinaciones y no la deja buscarse a sí misma, pero incítala y muévela a grandes y santísimas obras, y fortalécela contra las tentaciones, y desnúdala de sí misma, y, finalmente, trae todos los bienes al alma y apártala de todos los males; y por este alto camino del amor de Dios se camina más en pocos días que por otros en mucho tiempo».

pobres esfuerzos no hubiéramos podido lograr en muchos años (1).

Mediante esta *inspiración* divina, que a nadie se niega (2) y que, bien recibida, dilata nuestros corazones, podemos, ora correr, sin fatigarnos, por el camino de los mandamientos de Dios *(Ps.* 118, 32); ora navegar, viento en popa y a vela desplegada—o al irresistible impulso de este misterioso "*vapor* de la virtud de Dios„ *(Sap.* 7, 25)—, hacia el puerto de salvación, bajo la dirección del divino Piloto *(Ps.* 142, 10); ora volar, como palomas, a descansar y anidar en los "agujeros de la piedra„ *(Ps.* 54, 7; *Cant.* 2, 14), o bien, como águilas reales, remontándonos hasta las cumbres de la santidad *(Is.* 40, 31). Pero mientras no sintamos claramente ese divino soplo, y cada vez que cese, tendremos que esforzarnos por caminar, como mejor podamos, ya del todo a *nuestro modo* y valiéndonos de nuestros métodos e industrias, ya como nos sea dado; ora entre aprietos y dificultades por la "estrecha senda„ del fiel seguimiento de Cristo; ora remando, contra viento y marea, por el piélago de este mundo donde ejerzamos nuestro ministerio; ora procurando trepar animosos, sin arrimo ninguno, en pura fe, y sin tener "nada, nada„ a qué poder asirnos, ni aun apenas en qué apoyarnos (pero asistidos ya, aunque muy ocultamente, del espíritu de temor o de piedad, de ciencia, consejo o fortaleza), por la escarpada "subida del monte Carmelo„, hasta que logremos recibir las deseadas alas con que po-

(1) Cf. Lallemant, *Doctrine spirit.,* pr. 4, ch. 1, a. 1; pr. 7, ch. 4, a. 4. «Lo que la pobre del alma, con trabajo, por ventura, de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto». Santa Teresa, *Vida,* c. XVII.

«Me sentía, dice la V. M. María de la Encarnación *(Vie,* por Chapot, 1.ª P., c. 3), como trocada en otra criatura, hasta el punto de no reconocerme a mí misma. Todas mis pasadas ignorancias quedaban disipadas, y muchas acciones que yo había hasta entonces considerado como justas y buenas en sí mismas, me parecían ahora defectuosas».

«Esta oración de contemplación, decía el P. G. López Navarro, mínimo *(Teol. mística,* tr. 4, c. 1), es el camino más seguro, más breve y más descansado para llegar a Dios... La experiencia de esta verdad se puede ver en tantos... que al cabo de diez y veinte y 30 años que tratan de oración..., no medran más un día que otro, porque en lugar de abrir la puerta a la divina luz, quitando todos los velos de sus propias luces y conocimientos, van poniendo otros de nuevo cada día».

El no llegar a ser todos iluminados por el Verbo, que *illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum,* no queda por parte de Dios, dice Sto. Tomás *(in Joan.* I, lect. 5), sino «ex parte hominis est *avertentis se a lumine illuminante*».

(2) *Apoc.* 3, 20: «No hay nadie en el mundo, decía el Salvador a Sta. Brígida *(Revel.* l. 1.º, c. 54), por arraigado que esté en el mal, a quien no visite, a veces, el Espíritu bueno, y le excite y le mueva el corazón. Así como tampoco hay nadie, por bueno que sea, a quien el diablo no atormente con alguna tentación». Cf. *Kempis,* III, c. 3, n. 3.

damos salvar obstáculos y precipicios, corriendo siempre sin cansancio ni desfallecimiento (1), y a veces—precisamente cuando se cree uno como perdido, o en el aire, sin ningún apoyo—, volar y remontar el vuelo, a fin de poder llegar a lo más elevado de la perfección y santidad, o sea a la cumbre misma de ese altísimo monte en que Dios tiene su habitación predilecta: *Mons in quo beneplacitum est Deo habitare in eo: Mons Dei, mons pinguis (Ps.* 67, 16).

Así es como el alma generosa y fiel va pasando ordinariamente del *modo humano* al *divino*, saliendo, poco a poco y penosísimamente, de sí misma, en pobreza, estrechez, obscuridad, amargura y desarrimo de todo, para encontrarse luego toda enriquecida, dilatada, iluminada, consolada y reposada en Dios (2). Y así irá poco a poco, sin ella apenas darse cuenta, pasando de la vida ascética a la mística; es decir, a esta misteriosa manera de vida, *oculta* a los hombres y escondida con Cristo en Dios, que llevan cuantos van muriendo de veras a sí mismos y al mundo, y viviendo espiritual y divinamente, en estado de unión y perfección, que es a lo que se ordenan todas las fases de la vida cristiana.

Artículo 2.º—La distinción es modal y no esencial.

La *vida ascética* es, pues, la misma vida *sobrenatural* de que viven los Santos y los grandes contemplativos; pero todavía en estado incipiente, por vivirla los simples *ascetas* de un modo imperfecto, connatural y *humano,* mientras los místicos la viven ya plenamente, o sea de un modo perfecto, espiritual y *divino.* Y así, la *vida mística* es la mismísima vida de la gracia, recibida en el bautismo, pero llevada ya a su plena expansión y desarrollo (3): es la misma vida sobrenatural de que vivían los ascetas; pero vivida ya "sobrenaturalmente", o sea con perfección y de un modo sobrehumano.

Por tanto, la vida mística es "sobrenatural" *reduplicative,* o sea *quoad substantiam, et quoad modum,* mientras que la ascética lo es tan sólo *simpliciter;* pues no es

(1) «Assument pennas ut aquilae, current, et non laborabunt, ambulabunt, et non deficient» *(Is.* 40, 31). «Ubi non absurde notandum, advierte Juan de Santo Tomás (in 1-2, q. 70, disp. 18, a. 1, § 8), pennas aquilae promitti, non tamen dicitur quod semper volabunt, sed quod current, et ambulabunt, scilicet tanquam homines adhuc in terra viventes, acti tamen et moti pennis aquilae... quia dona Spiritus, etsi in terrá exerceantur, et actionibus consuetis videantur fieri, tamen pennis aquilae ducuntur, quae superiorum spirituum, ac donorum communicatione moventur et regulantur».

(2) Cfr. San Juan de la Cruz, *Noche oscura,* l. II, cap. IV.

(3) Cf. S. Bonavent. *De 7 donis S. S.,* 1.ª p., cap. III.

supernaturalis quoad modum, aunque sí lo es *quoad substantiam,* por ser substancialmente la misma vida de la gracia, adornada como está, desde un principio, con las virtudes infusas y los dones (1). Si bien éstos apenas se ejercitan aún sino raras veces, y esas casi siempre de un modo imperfecto, incipiente y con cierta subordinación a las pobres normas de nuestra razón, que es la que en un principio —auxiliada e ilustrada como está de la fe y de la prudencia cristiana—dirige y domina, "usando, como dice Santo Tomás (2), del Espíritu Santo y de sus dones", hasta que, una vez muy adelantados en la práctica de las virtudes, esos mismos dones se desarrollen y empiecen a funcionar normalmente, de suerte que, mediante ellos, ya nos dejemos poseer, dirigir, mover y dominar del mismo Divino Espíritu. El cual así empezará de hecho a "reinar y gobernar" en nosotros como verdadero "Señor y vivificador" de nuestras almas; pues antes, aunque con tanto derecho y por tantos títulos "vivía y reinaba", apenas le dejábamos nosotros ejercer pacíficamente su dominio y gobierno (3). Y así es como entonces procedíamos *activamente* o *a nuestro propio modo,* valiéndonos de esfuerzos e industrias, como verdaderos "ascetas"; mientras después, bajo su dulce moción y dirección, vendremos a proceder de una manera *pasiva*, pero misteriosa y *divina,* como sucede a los "místicos", que proceden ya como fieles *hijos de Dios* (4).

(1) Confundiendo lastimosamente lo «sobrenatural» *reduplicative,* o *quoad modum,* con lo sobrenatural *simpliciter,* o sólo *quoad substantiam*, un autor reciente no repara en decir que la oración ascética no es—ni aun *simpliciter*—«sobrenatural», mientras la mística sí. «De donde podremos inferir, añade, que, como lo sobrenatural no es la expansión ni el complemento de lo natural, sino que difiere esencialmente de él, la vida mística («sobrenatural» *reduplicative)* no es la espiritual ordinaria (ya «sobrenatural» *quoad substantiam)* perfeccionada, ni su complemento, ni su extensión, sino que trasciende a otro orden diverso».—Pero es evidente que no es *otra* vida «espiritual» o cristiana, sino la misma de antes, aunque vivida o manifestada de *otro modo* más excelente. De lo contrario, resultaría que la vida ascética permanecería en el simple *orden natural* y sería *vida natural,* como la de un pagano. Esta es la que, en realidad, pertenece a «otro orden diverso» y la que, por lo mismo, «difiere esencialmente de la mística». Mas «la contemplación mística—según reconoce, por fin, el mismo autor—es el ejercicio de las virtudes cristianas, principalmente de la fe, esperanza y caridad, en virtud de los dones del Espíritu Santo». Y todas estas facultades sobrenaturales las hemos recibido ya en el bautismo.

(2) 1.ª P. q. 43, a. 3; *id* I *Sent.* D. 14, q. 2, a. 2, ad 2.

(3) Cf. S. Juan de la Cruz, *Llama de amor viva,* canc. 4, v. 3.

(4) «Obrando por las virtudes infusas, observa el P. Nouet *(Introd. a la Vie d'oraison,* l. 1, 7 entret.), nos hallamos en un estado *más activo que pasivo,* porque el Espíritu Santo se acomoda entonces a nuestra manera de obrar. Mas cuando obramos por los dones, nos vemos en un estado *más bien pasivo que activo,* porque entonces el divino Espíritu, apoderándose de nuestras potencias, las eleva y las hace obrar *a su manera. Todos los que son movidos y conducidos por el Espíritu de Dios,* dice S. Pablo *(Rom.* 8, 14), *son hijos de Dios*».

En efecto, *ascético* y *místico*—ασκητικός y μυστικός—, "según su valor, no sólo etimológico, sino real, histórico y tradicional, dice oportunamente el P. V. Peralta (1), no han significado otra cosa sino esfuerzo atlético o ejercicio de propia industria el primer término, y operación invisible, arcana, secreta, el segundo; lo cual deja de ser de tan difícil y pesada inteligencia, desde el momento que no vemos en ello sino el alma mística puesta con sus potencias en una comunicación especial, oculta y no visible con el Invisible, pues tienen que comunicarse sus secretos de parte a parte, en el santuario o centro más profundo del castillo interior de Santa Teresa.

„*Substancialmente* considerados, uno y otro estado son *sobrenaturales*, pues la caridad es la misma, no sólo en todos los viadores, sino en los comprensores y aprensores; y el conocimiento ascético y místico, el mismo, es decir, de fe y de obscuridad (sin perjuicio de cierta *claridad* que a veces añade el don de inteligencia); pero, atendido el *modo* de obrar, con razón se llama *natural* el primero y *sobrenatural* el segundo. Ambos estados son infusos en cuanto producidos con las virtudes y auxilios de la divina gracia; pero en el ordinario o ascético son infusos los medios sobrenaturales que para él se requieren, y en el místico es infuso – además—el acto mismo de la contemplación, pues, aunque no sin el concurso de las potencias del alma, Dios es el que las sube a tal elevación. Los ascéticos *agunt*, los místicos *aguntur*, son *divina patientes*„.

Y tal es, conforme hemos ya indicado y luego mostraremos, lo que mejor caracteriza y distingue la vida ascética y la mística; las cuales, por lo mismo, sólo pue-

Y así es como todos los perfectos hijos de Dios son contemplativos o místicos, pues oran y adoran ya «en espíritu y en verdad», como realmente poseídos del Espíritu Santo.

«Hay, dice Lehodey (*Los caminos de la orac. ment.* 1.ª p. c. 2, § 1), oración ordinaria y oración mística: en otros términos, *oración activa* y *oración pasiva*... En la oración activa domina el esfuerzo del alma, siendo menos evidente la operación de Dios... En la oración pasiva es la acción de Dios la que domina, llegando a reducir al alma a cierta pasividad, más o menos acentuada, según el grado de unión mística; y cuando esta unión es muy señalada, lo sobrenatural está patente, se toca casi con la mano. Esta pasividad, sin embargo, no impide sino ciertas operaciones del espíritu y de los sentidos; el alma, bajo la acción de Dios, queda libre para merecer, aun en el éxtasis, y puede ocuparse en contemplar y amar a Dios, a veces con una intensidad maravillosa».

Y, en efecto, es grandísimo error suponer que en ese sublime estado, en que tanto se ama, no se merece. «Deus suis amicis, dice muy bien Antonio del Espíritu Santo (tr. 3, d. 3, s. 11), taliter in hac vita suos favores communicat, ut simul in eis fruantur et mereantur. Non enim credendum est, quod tantam gratiam in raptu eis communicet, ut sit eis inutilis ad meritum».

(1) *Estudios Franciscanos*, Marzo 1911, p. 172.

den diferir en el modo y no en la naturaleza o esencia y especie, aunque otra cosa sucediese o pudiera suceder con las respectivas ciencias, en cuanto especulativas (1).

Así, la *Teología mística,* en su acepción más amplia, abraza toda la *vida espiritual* en todas sus fases y desarrollos; mientras la *ascética* sólo trata de las primeras fases de esa misma vida (2). En esta acepción, la *Teología ascética* es como una primera parte de la *mística,* y así se distinguen como la parte y el todo. Pero, tomadas en sentido estricto, aunque la *ascética* se subordina siempre a la *mística,* hacia la cual debe conducir (y con la cual debe por lo mismo contar a cada paso), se distingue, sin embargo, de ella, o podrá distinguirse, más o menos, porque su objeto propio y formal es precisamente ese *modo humano* que al respectivo estado caracteriza; mientras que el de la *mística, stricte sumpta,* es el *modo sobrehumano.* Aquélla estudia los caminos de Dios en cuanto se puede empezar a andar por ellos esforzándonos o ejercitándonos a nuestro modo y según las simples normas de la razón cristiana; la *Teología mística* los estudia en cuanto se elevan infinito sobre los nuestros y se deben andar de un modo del todo *sobrenatural* y *divino,* y, por tanto, *misterioso, místico.*

Pero aunque esas dos *ciencias* puedan distinguirse así por solos esos diversos *modos,* el *humano* y el *sobrehumano,* tomados como sus respectivos *objetos formales* (3), no por eso podrá decirse—como alguien se em-

(1) Si se trata de la Teología mística práctica o experimental, ésta, en realidad, viene a identificarse con la misma contemplación o con la vida mística, puesto que se identifica con los dones del Espíritu Santo, y especialmente con el de sabiduría, ya en estado de funcionar normalmente. «La mística Teología o sabiduría unitiva, decía Dionisio Cartujo *(De Fonte lucis,* a. 13), es, en realidad, el mismo don de sabiduría, esto es, aquella sabiduría que, entre los siete dones del Espíritu Santo, es el primero y más excelente; y es un hábito sobrenatural infuso que da a conocer a Dios, *gustándole interiormente*».—Lo mismo dicen en substancia Antonio del Espíritu Santo *(Direct. myst.,* tr. 1, d. 1, s. 1) y el Cardenal Bona *(Via compendii,* cap. 3).

(2) Cf. *Evolución mística,* p. 608; Weiss, *Apología,* t. 9, Cf.ª IV, 4. «La mística, observa este insigne apologista dominico *(ib.* Cf.ª 5, n. 5), no es solamente la más elevada flor del pensamiento y de la vida cristiana, ni la manera más perfecta de cumplir los deberes del cristianismo, sino que abraza el cristianismo entero en su completo desarrollo.—Así nada de cuanto pertenece al orden de la salud se sustrae al dominio de la mística».

(3) Decimos que acaso *puedan distinguirse,* y no que se distingan, porque, de hecho, apenas habrá un tratado de Ascética que no tenga algo y aun mucho de Mística, ni viceversa. Y así estas mismas ciencias andan realmente muy unidas y compenetradas.

«La ascética y la mística, dice conforme a esto el P. Garrigou-Lagrange *(La Vie spirituelle ascetique et mystique,* n. 3.º, Déc. 1919, p. 164), no son dos ramas distintas de la teología, sino dos partes o aspectos de la misma rama... La *doctrina espiritual* es *una,* y debe empezar exponiendo el fin aquí abajo asequible a que debe tender el progreso espiritual, es decir, la perfección cristiana, mostrándola en toda su elevación y grandeza según el

peña en decir y repetir sin pruebas—que las respectivas *vidas,* ascética y mística, también se distinguen *esencialmente* (1). Pues éstas ya sabemos que son, en *substancia, idénticas,* y sólo pueden diferir, y difieren, en sus fenómenos, o en cuanto al simple *modo* de proceder y manifestarse, como se distingue la vida de un niño de la del mismo ya adulto y en pleno desarrollo, siendo, a pesar de esto, *esencial* y numéricamente idénticas y tendiendo de suyo la primera a manifestarse en la segunda.

Pues lo mismo sucede, proporcionalmente, con la vida de la gracia en sus progresivas manifestaciones; idéntica es, en substancia, aunque muy diversamente desarrollada, utilizada y manifestada, en los devotos principiantes o *pequeñuelos en Cristo* y en los venturosos adultos que, "ya corroborados por el divino Espíritu y hechos *hombres interiores*" (*Eph.* 3, 16), han llegado a la plenitud de su edad espiritual y a la talla del *varón perfecto* (2).

testimonio del Evangelio y de los Santos. Luego debe indicar los medios para lograr ese fin: la lucha contra el pecado, el ejercicio de las virtudes, la perfecta docilidad al E. S. Ahora bien, ese fin propuesto, tal como se expresa por ejemplo en las ocho bienaventuranzas, si no se trata de rebajarlo, excede al dominio de la simple ascesis. Mas ésta no cesa cuando entra el alma en la unión mística; antes, por el contrario, viene a ser entonces mucho más perfecto el ejercicio de las virtudes».

«Muchos autores, y sobre todo entre los antiguos, reconoce el P. Meynard (*La Vie intérieure,* Préf.), no adoptaron esta división—de la ascética y la mística—: y bajo el nombre de *Teología mística* comprendieron todo el conjunto de actos y fenómenos de la vida interior. Su única división consistía en las tres vías, purgativa, iluminativa y unitiva... La Teología mística completa a la ascética... Pues los actos y fenómenos de que en aquella se trata, pueden manifestarse en todos los grados de la vida interior, *aun en las vías purgativa e iluminativa*».

(1) Sostiene además que la vía mística y la ascética son «como dos líneas paralelas que nunca se encuentran». Y, sin embargo, hablando de la moral cristiana, asegura que «la mística es *su parte esencial*... La ascética ocupará su lugar, a manera de roca granítica que sirve de fundamento al edificio. Y la mística brillará como *cima sublime de toda la moral cristiana*». «*Donde acaba el asceta*—añade—*empieza el místico*». Y, no contento con esto, asegura, que «los Santos Padres consideraron (la mística) como la quinta esencia de la moral católica». ¡Y esta *quinta esencia* difiere *esencialmente* de lo que así forma parte fundamental de la misma cosa!...

(2) *Eph.*, 4, 13.—«La vida interior, añade Meynard (ch. Prélim.), no es otra cosa sino la misma vida cristiana perfeccionada bajo la acción sobreabundante del Espíritu Santo: estas dos vidas no difieren sino en el grado».

«Por muy alta que nos parezca la experiencia mística, dice muy conforme a esto H. Bremond (*L'Invasion mystique,* 1916, Append., p. 587-605), lejos de desconcertarnos o repelernos como una quimera, nos seduce como una promesa. En vez de poner la mística fuera de la humanidad, más bien nos vemos tentados a abrir la carrera mística a la humanidad toda... ¿Quién no ve que la devoción se orienta hacia la mística como hacia su pleno desarrollo normal, y que por lo mismo entre estos dos estados hay íntimas relaciones?... De ahí que el *devoto* y el *místico*, sin hablar completamente el mismo lenguaje, se entienden admirablemente... Una misma realidad les ocupa..., un sola vía les conduce... De ahí que una misma obra, la *Imitación de J. C.* o el *Tratado del amor de Dios,* parezca simplemente devota a unos, y propiamente mística a otros».

"La gracia, con todas las virtudes y dones del Espí„ritu Santo, observa—con Mgr. Gay (*Vida y virt. crist.* t. 1, p. 65)—el P. Vicente Peralta (*l. cit.* pág. 175), es „vida, y la vida nos es dada para vivir; es fuerza, y la „fuerza nos es dada para ejercitarla; es semilla, y la se„milla nos es dada para que fructifique„. La vida humana, que comienza en el niño, según la intención de la Naturaleza y de Dios, que la da, tiene por término natural la perfección de la misma en la virilidad, pasando por la juventud. ¿Por qué el término de la vida sobrenatural de la gracia, por la ley ordinaria de la misma y por la bondad de Dios, que la da, no ha de ser la virilidad de la misma, que es el estado místico, pasando por la juventud, que es el estado ascético?„.

"Los principiantes en la virtud y en su recogimiento, dice Fr. Juan de los Angeles (*Conquista,* diál. X, § XI), son como niños para Dios, que, como alma suya, mora y está en la de ellos, encogido y fajados los brazos y como envuelto en pañales y mantillas; empero, como el alma va creciendo y se va entregando al Esposo divino, desocupada ya de las cosas de la tierra y de sí misma, El también se extiende y crece y *toma en ella el gobierno;* y es el alma del alma y espíritu del espíritu y vida de la vida; y viene a verificarse lo de San Pablo (*Gal.* 2): que vivía más Cristo en él que él en sí mismo. Dios no fuerza nuestra voluntad, mas toma lo que le damos; pero no se da a Sí todo ni obra como *señor de la posada hasta que nos damos todos a El y entramos en su pleno dominio y señoría*„ (1).

Y con esto se pasa de las propias iniciativas y maneras de obrar a las divinas; del proceder activo y humano, al pasivo y sobrehumano, del *estado ascético,* al *místico.*

"Para todo lo que en este estado se ha de obrar, añade el mismo autor (*Vida perfecta,* diál. V, § II), la llave la tiene Dios: El abre y El cierra cómo y cuándo le parece. Aquí es donde sin medios propios está el alma dispuesta para recibir los dones y mercedes del Altísimo Señor. Es *estado de recibir y no de investigar ni discurrir.* En este estado, el ánima recibe de Dios una *luz clara* en los ojos intelectuales, cuando El tiene por bien dársela, en la cual ve claramente las cosas que por vía natural es imposible saber ni alcanzar. Es un enseñamien-

(1) «Ne ergo velimus semper esse infantes, sed curemos viros spiritu mortificationis et virtutis fieri, et ad *perfectiorem orationem* aspirare». ALVAREZ DE PAZ, l. V, P. 2, c. 13.

to que, junto con la claridad, trae una *reformación* del hombre interior, con un *sabor* que atrae y endereza el alma *para amar,* seguir y perseverar en todo bien y huir de todo mal, por pequeño que le considere„.

Y así como, con ser una misma la vida natural, puede haber acerca de ella varias ciencias de algún modo distintas, aunque más o menos subordinadas, que la traten cada cual en una de sus fases—como la higiene de la infancia se distingue de la ordinaria de los adultos—, asimismo puede también la vida sobrenatural ser objeto de otras dos ciencias sagradas: una, la Ascética, que la considere en su fase incipiente, en que el modo de vivir aun suele, casi siempre, ser muy humano e imperfecto; y otra, la Mística, que la estudie principalmente en la fase perfecta y bajo el punto de vista sobrehumano (1).

(1) Pero también tiene que estudiarla en la misma fase incipiente en cuanto en ella influyan los dones dando aun a la vida ascética cierto aspecto sobrehumano; y como esto sucede más veces de lo que se supone, de ahí la dificultad o imposibilidad real de separar del todo estas dos ciencias.—Al decir esto hablamos de la *Mística especulativa,* que de algún modo puede estudiarse o aprenderse en los libros, como la *Ascética,* y donde, en cuanto les sea posible, deben procurar imponerse en ella todos los directores de almas y todos los verdaderos amantes de la sublime «ciencia de los caminos de Dios», haciendo a la vez cuanto está de su parte para lograr que se les dé a conocer también *prácticamente,* o sea por viva experiencia. Esta mística teología práctica, puesto que en el fondo se confunde con la misma divina contemplación, nadie puede conocerla sino gustándola y saboreándola bajo la interna acción del Espíritu Santo, su único Maestro. Pues ella es el verdadero *maná escondido, que nadie conoce, sino el que lo da y quien lo recibe.* Y en esto difiere de la Ascética y de todas las otras ciencias.

Así, esta sublime que llamamos *Teología mística,* dice el autor de *Conocimiento obscuro de Dios* (cap. II), «es diferente de las demás, porque, en cualquier ciencia, aunque sea práctica, que se ordena para obrar, primero es menester saberla que ejercitarla; pero acá es al contrario, porque precede la práctica a la Teología mística, y primero se obra y se experimenta que se entienda, como lo dicen muy bien Casiano y S. Buenaventura. También difiere de las demás ciencias porque ésas las enseñan y declaran los doctores del mundo; pero ésta es inmediatamente enseñada por el Espíritu Santo, no por hombres, sino por Dios; las demás se escriben con pluma y tinta, ésta con rayos de luz divina y rocío de la gracia que se infunde en el corazón. Y habiendo el alma llegado a beber de esta fuente divina, se quieta y harta y dice que basta, porque dice que no tiene más que desear; las demás ciencias nunca hartan ni satisfacen, porque son aguas frías por falta de la caridad, y, en fin, hinchan y desvanecen, como lo dice el Apóstol; pero *la Mística edifica, une y enciende y aumenta el edificio espiritual;* y así la llama la divina Escritura *agua de sabiduría saludable y ciencia saludable y ciencia de Santos;* porque quien la deprende queda juntamente *docto y santo,* alumbrado en el entendimiento con la noticia de la verdad e inflamada la voluntad en el amor divino. Y, según esto, esta contemplación es el acto del don de la sabiduría divina, que es uno de los principales del Espíritu Santo... Esta sabiduría y contemplación... es totalmente infusa de Dios, la cual no se alcanza por industria humana, bien que nos podemos *disponer para hacernos capaces de ella;* porque el poseerla y gozarla es primero que el conocerla, y lo uno y lo otro lo da el Espíritu Santo, que es el maestro interior de esta maravillosa teología, el cual, asentado en la cátedra del corazón, cerradas las ventanas de los sentidos exteriores, por un modo que es más para gustarse que decirse, la revela e infunde».

«Desta sciencia, decía Nuestro Señor a Sor María de la Antigua *(Desen-*

Por tanto, la vida ascética y la mística—por mucho que en sus fenómenos difieran—, mal pueden diferir específica ni aun numéricamente, siendo, como son, dos simples *estados* sucesivos de un mismo *viviente*, o sea dos grandes *fases* distintas de la mismísima vida espiritual, que va realizándose ahora de un modo, ahora de otro; pero siempre y en todo con la sobrenatural virtud del Espíritu Santo, si bien, en un principio, ordinariamente, bajo nuestra propia iniciativa y dirección, que, en cierta manera, la aprisionan y coartan, dándole un aspecto rastrero, natural y humano; y luego, cada vez más, bajo la soberana moción, dirección y normas del mismo Espíritu santificador, con las cuales podrá brillar con su propio esplendor divino.

Artículo 3.º—Transición gradual y compenetración: consecuencias.

Así como en la adolescencia se va pasando gradualmente de los ligeros modos de pensar y proceder propios de la niñez, a los maduros y graves de la virilidad, intercalándose unos con otros, pero sin que en la misma ancianidad falten a veces algunas cosas propias de los niños, ni en la niñez presagios de virilidad; así también en la vida espiritual, durante la fase de principiantes, el predominio del modo humano, que la caracteriza, no excluye ciertos actos sobrehumanos; ni el predominio de este modo sobrehumano, en el estado místico o de perfectos, excluye ciertos actos ascéticos, hechos al *modo humano;* y en la fase intermedia, de *aprovechados,* se combinan e intercalan de continuo esos dos modos de vivir y proceder, o sea la *vida ascética* y la *mística*, haciendo imposible hasta la misma perfecta separación de las respectivas ciencias.

Este vivir sobrehumano y divino, antes de hacerse

gaño, l. 9, c. XV), sólo soy Yo el Maestro, y es sciencia de sciencias y *la guardo para mis hijos*... Esta es la Sabiduría con que Yo ruego a las almas con quien deseo tener trato familiar; y son los dones de mi desposorio con ellas, la cual Yo envío algunas veces antes que traten de mi verdadero amor, dándoles a conocer lo que les interesa buscar este tesoro, para, con estas mercedes, ponerles disgusto en todas las cosas de la tierra... A estos tales dichosos hijos mios la misma Sabiduría los busca antes que ellos a ella, y, sólo con abrir la puerta, la hallarán en ella sentada, pidiéndoles que le abran la puerta, para entrar, que es la voluntad libre...; que cosa tan grande ha menester casa desocupada...

»Esta es la que Yo tengo guardada y escondida de los sabios del mundo; y no la verán en sí jamás, si no la pidieren y la buscaren así como uno de mis pequeñuelos hijuelos. Hanse de desnudar de su sabiduría, esto es, del espíritu que trae consigo llamarse sabios y maestros; y luego juntarse, como pequeñuelos, con los que lo son en espíritu en sus mismos ojos; y así no serán engañados de la sombra de sabios, porque los verdaderos sólo son los que Yo enseño *sciencia infusa*».

como *habitual,* se inicia, pues, y se desarrolla con repetidos *actos* que empiezan con la misma vida de la gracia, y van siendo tanto más enérgicos y, por lo común, más frecuentes también, cuanto mayor sea la fidelidad a las divinas inspiraciones, la pureza de conciencia que permite distinguirlas y seguirlas, y el consiguiente desarrollo de los dones que, a manera de los otros hábitos infusos, crecen con el fiel ejercicio, o sea con la frecuencia y perfección de sus actos (1). Estos, aunque no podemos producirlos a nuestro arbitrio, siempre que queremos—como producimos los de las virtudes—, sino sólo cuando sentimos para ello la moción especialísima, podemos con todo, por desgracia nuestra, impedirlos, retardarlos y entorpecerlos o dificultarlos con nuestra sordera espiritual, infidelidad a la gracia y resistencia a las divinas mociones e inspiraciones (2). Y tantísimas veces y tan lastimosamente lo hacemos sin reparar, o nos exponemos a hacerlo, por causa de nuestros apegos, vicios e imperfecciones, que nos tienen presos, atados y como tullidos e insensibles espiritualmente; y también por el gusto y empeño que tenemos en proceder a nuestro modo, *activamente,* por iniciativa propia, ejercitando nuestras potencias y apoyándonos en nuestra habilidad e industria, y no *pasivamente,* al modo y gusto de Dios, privados de todo apoyo humano, fiados tan sólo de la bondad divina, y siguiendo la moción que en cada momento se digne N. Sr. imprimirnos (3).

Con todo esto contristamos y resistimos al Espíritu Santo, y haciéndole dar a la puerta de nuestros corazones tantas voces en vano, le obligamos como a retirarse contristado y a no atreverse a llamar de nuevo ni con tanta insistencia ni tan fuertemente—que es lo que suele pasar con el amor contrariado y resentido—: con lo cual

(1) Cf. LALLEMANT, *Doctr. spir.*, pr. 4, c. 1 y 3, a. 3; pr. 7, c. 4, a. 4.

(2) «La que llamamos voz de la conciencia, advierte el P. Grou *(Manuel,* p. 12), es la voz del mismo Dios, que nos avisa, nos reprende, nos ilustra y dirige. Lo que importa es atender y ser fieles a esta voz, la cual no se deja oir en la disipación, en la agitación y el tumulto, sino en la soledad, en la paz, en el silencio de las pasiones y de la imaginación. El mayor paso que el alma puede dar hacia la perfección es el de mantenerse habitualmente en estado de escuchar la voz de Dios y poseer en paz su alma, evitando todo cuanto la disipe y la inquiete». Cfr. V. Agreda, *Escala,* § 22, l. cit.; Fenelón, *Sentiments de pieté: La parole intérieure,* en *Evolución Mística,* p. 635.

(3) «Cuando Yo derramo en tí mi gracia, decía Nuestro Señor a Sta. Matilde *(Revelac.,* 3 p., c. 11), déjalo todo, suspende tu actividad, para que, libre y desprendida, puedas gozar con plenitud de esa gracia. Ninguna cosa podrías hacer entonces que fuera mejor y más provechosa». Cf. Santa Catalina de Sena, *Diálogos,* c. 66; San Juan de la Cruz, *Subida,* II, 11; *Noche,* I, cap. X; B.° Avila, *Audi Filia,* cap. LXXV; Santa Teresa, *Camino de perfec.,* c. 31; V. Granada, *Comp. de doctr. espir.,* tr. 1 *de la orac. ment.,* c. 27, § 7; Grou, *Maximes,* X.

nos será cada vez más difícil el oirle y atenderle del modo que conviene (1). Y entre tanto, no ejercitándose los dones—que son los hábitos infusos con que podíamos corresponder a la divina moción—no pueden crecer; antes van quedando más ligados y entorpecidos con nuevos vicios y apegos terrenos.

De este modo es como tantísimas almas, no esforzándose a entrar por la angosta puerta del total despojo, endureciendo sus corazones al oir la voz divina, que dulcemente las invita a que se *apresuren a entrar,* y resistiendo así obstinadamente al Espíritu Santo, que las quería conducir por sí mismo a la tierra santa prometida, se hacen inhábiles para entrar en ella y gozar del místico reposo divino (2), y, sobre todo, para participar del banquete nupcial (3).

Pero, aun las mismas que son fieles, como a veces no suelen sentir ni aun recibir sino de tarde en tarde la inspiración, entre tanto deben hacer lo que es de su parte, ejercitando sus potencias y ejercitándose en todo como mejor puedan, según su pobre *modo humano;* y este modo será el más *habitual* entonces, aunque vaya intercalándose con *actos* cada vez más frecuentes del *modo sobrehumano*, hasta que, por fin, este último prepondere y, llegada el alma a la perfección, venga a ser el habitual.

Así, en un principio—a no ser en ciertas almas *privilegiadísimas* que, desde el primer uso de la razón, se encuentran prevenidas con bendiciones de dulzura y poseídas y dirigidas, ya como habitualmente, del Espíritu Santo—, suele preponderar la *vida ascética* (4). Pero ésta, en los verdaderos *fieles,* que no la pierden por el pecado grave, ni la entorpecen con leves deliberados—y en especial, cuando ayudados de un celoso y discreto director, desde los albores de la niñez "madrugan a buscar la sabiduría"—, va siendo interrumpida cada vez más con *actos* verdaderamente *místicos;* hasta que és-

(1) «No hay que lisonjearse, decía la B. Margarita María *(Oeuvres compl.,* 1867, t. 2, p. 132), porque si pensamos resistir siempre a la gracia, ésta se cansará, por fin, de perseguirnos, y retirándose suavemente de nosotros, vendremos a quedar como insensibles a nuestra perdición. Por eso, *si hoy ois la voz del Señor, no endurezcáis vuestros corazones*».

(2) *Luc.* 13, 24; *Hebr.* 4, 1-11.

(3) *Mt.* 22, 14; *Apoc.* 3, 20.

(4) «Parecerá que para llegar a estas Moradas—dice Santa Teresa en la IV, c. 1, en que empieza a tratar de la oración infusa—se ha de haber vivido en las otras mucho tiempo; y aunque lo *ordinario* es que se ha de haber estado en las que acabamos de decir, mas no es regla cierta, porque da el Señor cuando quiere, y como quiere y a quien quiere, como bienes suyos, que no hace agravio a nadie».

tos—alcanzado ya el don de oración con la fidelidad a las inspiraciones—vengan a ser los más frecuentes y *ordinarios* (1), aunque, a su vez, se interrumpan con otros *ascéticos*. Los cuales, por más que vayan siendo menos frecuentes, nunca en este mundo acaban de desaparecer; pues siempre hay momentos en que se retira la gracia especial del Espíritu Santo. Y por eso dice Santa Teresa (*Vida* 13 y 18) que no hay alma tan elevada que no necesite a veces volver a *meditar*, y que debemos buscar un agua cuando nos falte la otra (2).

De ahí el que esas dos maneras de vidas se unan y compenetren, más o menos, desde el principio hasta el fin y se asocien del todo en el punto de transición, que es la *oración afectiva*, donde poco a poco, y casi sin darse cuenta, se irá pasando de la simple meditación a verdadera contemplación (3).

(1) «Este don de oración, dice San Francisco de Sales (*Amor de Dios*, l. 3, c. 4), es liberalmente concedido a todos los que de corazón consienten en las divinas inspiraciones».

(2) «Tandiu in hoc amoris tripudio—scilicet contemplatione—immorandum est, dice San Lorenzo Justiniano (*De discipl. et perf. monast.*, c. 18), quandiu perseverat affectus; quo deficiente aut tepescente, ad interposita meditationis studia redeundum est».

«Videsne illum qui in spiritu ambulat, nequaquam permanere in uno statu, nec eadem semper facilitate proficere, et quod non sit in homine via ejus, sed quemadmodum ei Spiritus moderator prout vult dispensat, nunc segnius, nunc alacrius quae retro sunt oblivisci, et ad anteriora se extendere?» San Bernardo, *Serm.* 21 *in Cánt.*

«Abscondit se ista lux interdum, et cessat flamma interiora depascens, adhuc in his qui perfectam orationem habent, ut hae esse dona Dei cognoscant, et humiliter postulare non omittant. Et iterum redit, ut se exauditos esse sciant, et per hunc divini afflatus adventum magis magisque proficiant». Alvarez de Paz, *De Inquis. Pacis*, l. 1, P. 3, c. 3.

(3) El P. M. Fr. Juan T. de Rocaberti, O. P. (*Teol. mística*, t. I, Barcelona, 1669, tr. 7, caps. 1-6), admite cuatro grados progresivos de oración, en que sin rotura de continuidad se pasa de la adquirida a la infusa. Esos grados son: 1.°, oración *discursiva;* 2.°, *recogimiento adquirido;* 3.°, *recogimiento infuso*, y 4.°, *oración de quietud*.

En el tr. 11, hablando de diversas suertes de oración afectiva, admite en ellas la misma transición gradual de lo adquirido a lo infuso, y de lo activo a lo pasivo, haciendo ver cómo con la de *aspiraciones* se puede llegar hasta la unión extática.—«Frecuentándose, dice (c. 8), a menudo las aspiraciones, el amor de Dios, con el auxilio divino, va creciendo cada día, y haciéndose vehemente en el alma, de tal manera que viene a hacerse extático, y aun a suspender al hombre del todo... y entonces pára la oración afectiva en *oración suspensa*».

«Hujus orationis affectivae summa finalisque perfectio, advierte según esto Alvarez de Paz (*De Inquis. Pacis*, l. 4, p. 3, c. 7), potest dici sublimissima *contemplatio*, quoniam sicut opus meditationis proxime in affectum amoris desinit, ita affectus amoris ad omnia illa dona contemplationis... assurgit... Nam qui affectivae orationis perfectionem nondum accepit, variis amoris, gratiarum actionis et laudis affectibus et postulationibus gaudet, et indiruptum amorem gratiarum iteratione supplet. Horum autem actuum assuetudine illud efficitur, ut indiruptus Dei amor, ac multo tempore durans, obtineatur... Ita anima jam nuptias Domini ambiens, ejus pulchritudinem et amabilitatem simplici quodam intuitu inspiciens, absque ulla interruptione ad multum spacium temporis diligit...

»Habemus ergo tres hujus amoris, sive affectivae orationis gradus. Primus

"Después que el hombre de oración, advierte el Padre Nouet *(Intr. a la Vie d'oraison*, l. 3, 1.r entret.), ha hecho en la meditación un progreso considerable, *pasa insensiblemente a la oración afectiva,* la cual, por estar entre la meditación y la contemplación, como la aurora entre la noche y el día, *participa de una y otra.* Al empezar, aun tiene bastante de meditación, porque aun se sirve del discurso, aunque poco, en comparación del tiempo que emplea en los afectos... Luego, a medida que se perfecciona, deja el razonamiento y se contenta con una simple vista, un simple recuerdo de Dios y de su único Hijo, Jesucristo, y produce muchos afectos amorosos, según los diversos movimientos que *el Espíritu Santo la imprime.*—Mas cuando ha llegado al punto culminante de su *perfección*, simplifica sus afectos lo mismo que sus luces; de suerte que el alma permanecerá a veces una hora y a veces un día o más en un mismo sentimiento de amor o de contricción, o de reverencia, o de cualquier otro movimiento *que se le haya impreso*...

Lo cual es ya manifiesta contemplación (1).

Y, en efecto: "Entonces—prosigue—comienza a elevarse *sobre la manera ordinaria* que tienen de obrar el

in quo multis ac variis et repetitis amoris affectibus insistimus. Secundus in quo unico amoris affectu per aliquod tempus sine intermissione durante per Dei gratiam et nostram industriam exercemur. Tertius in quo uni etiam amoris actui in longius tempus protracto, sine labore et cum mira suavitate vacamus. Primus est initium ac tyrocinium hujus viae, secundus est profectus, tertius perfectio. Cum vero ad profectum amoris pervenerit dicit... *Laeva ejus sub capite meo...*»

Los *perfectos,* advirtió poco antes (*ib.* c. 1) «simplici aspectu Dei, in quo jam *non parum contemplationis est,* affectibus amoris adimplentur».

(1) El mismo P. Poulain *(Des grâces d'oraison*, ch. 2, n. 3-9), viene a reconocer esta transición gradual de la meditación a la contemplación mediante la oración afectiva y la de simple vista amorosa. En aquélla, dice, «no deja de haber consideraciones, pero son poco variadas y menos numerosas que los efectos... El alma se simplifica en lo intelectual. La simplificación puede seguir adelante y llegar hasta la voluntad; los efectos vienen a ser tan poco variados como las ideas, y entonces tenemos la oración de simplicidad o simple vista... Estos estados no están del todo separados de la oración discursiva... Pueden relacionarse entre sí y con la meditación mediante una serie de transiciones insensibles... Es, pues, un engaño creer que hay como un muro entre estas maneras de oración más sencillas y las metódicas. Estas últimas no son una prisión de donde no se pueda salir. Son más bien un jardín abierto, comunicado con bosques adonde, los que se sienten atraídos, pueden ir libremente y penetrar en lo más hondo. Cuando San Ignacio escribía en Manresa una colección de métodos, seguramente que meditaba de una manera más sencilla y más elevada que aquellos a quienes después los había de explicar. Del mismo modo, la oración de simplicidad conduce suavemente a los estados místicos».

«Es difícil, reconoce a su vez el P. Meynard *(La Vie intér.* l. 2, c. 3, n. 168), que un alma entre en realidad en la oración afectiva sin gozar más o menos de la contemplación».

«La oración afectiva, añade *(ib.* n. 185), se encuentra con bastante frecuencia mezclada con los más altos grados de la contemplación, y así puede decirse que conduce al alma a la íntima unión con Dios».

entendimiento y la voluntad... Por eso esta oración es tanto más excelente, cuanto más sencilla y más estable en sus afectos y sus miras; y en esto se acerca al don de contemplación, con el cual se mezcla de una manera tan delicada, que es difícil e imposible distinguirla exactamente... Ambos ejercicios provienen de un mismo principio y tienden a un mismo fin. *El Espíritu Santo es*, en efecto, *el maestro de esta oración afectiva*, y a El sólo, como puro Amor, toca enseñar este ejercicio amoroso, del cual es el principal autor„ (1).

De ahí que ésta sea ya oración *infusa*, y así no esté en nuestra mano el tenerla, sino sólo el pedirla y disponernos para alcanzarla (2).

Y si al principio, según acabamos de ver, suele predominar bastante la propia actividad, o sea la vida ascética, nunca por eso falta alguna que otra moción o inspiración sobrenatural más o menos fielmente admitida y secundada mediante el don de piedad o el de temor, el de ciencia, consejo, fortaleza, etc., ya que, según dice Santo Tomás (3), sin cierto ejercicio, mayor o menor, de los dones—o sea "sin participar algo de la divina contemplación„—, ni aun salvarnos podríamos: siendo, por tanto, indispensable el *acto místico*, no ya para la santificación, sino también hasta para la misma salvación (4).

Y así es como pueden muy bien hacerse sentir, más o menos, durante la vida ascética, o de principiantes, ciertas dulzuras y amarguras y purgaciones pasivas, de que tanto nos hablan los místicos; y de ahí el que, en cierto modo, quepa y pueda ser comprendida en la Mística toda la Ascética (5).

(1) «Es, este ejercicio de la oración afectiva—añade—, el lenguaje del corazón, que habla al Verbo, y el lenguaje del Verbo hablando al corazón. Unas veces pone al alma en una simple atención para escuchar a Dios, cuya palabra produce maravillosas impresiones; otras, la excita a hablar ella misma, conversando familiarmente con Dios, derramando su corazón en presencia de El y consumiéndole en las llamas del amor. En este trato y conversación íntima trabaja poco el entendimiento; y así el alma, como dice Casiano (*Coll.* 10, c. 10), «se despoja de la riqueza de sus pensamientos y de sus discursos», para reducirse a este santo y venturoso estado de pobreza, de que habla David cuando dice (*Ps.* 37, 31): *El pobre y el indigente alabarán tu nombre*».

(2) «Orationem intellectivam debemus humiliter quaerere, et postulare, et media a Sanctis Patribus et viris spiritualibus tradita ad eam obtinendam adhibere. Affectivam vero humiliter expectare, et per vitae puritatem et magnam mortificationem nos ad illam disponere, si forte Dominus aliquando misertus nostri dicat: *Amice, ascende superius*».—ALVAREZ DE PAZ, t. 3, l. 1, P. 3, c. 6.

(3) 1-2, q. 68, a. 2; 2-2, q. 139, a. 1; III Sent. D. 35, q. 1, a. 3; D. 36, q. 1, a. 3, ad 5.

(4) Cfr. WEISS, *Apología del Cristianismo*, t. 9, cf.ª 3, ap. 2, n. 5-6.

(5) «Quamvis ergo specialiter et principaliter sola *via unitiva theologiae*

Por eso los siete preciosísimos dones del Espíritu Santo nos han sido dados junto con la gracia y las virtudes, y crecen a proporción de la misma caridad; la cual, al ser perfecta, ayudada de ellos—que son los que la hacen ya producir los doce sabrosos frutos del mismo divino Espíritu—, nos pone en estado de unión fruitiva y gozosa y de contemplación mística. (1). Pero si las virtudes no llegan a su plena perfección—en que ya habitualmente obran sin dificultad y hasta con heroísmo—sin que a eso concurran de algún modo los místicos dones, sin embargo, para que éstos logren desarrollarse y ponerse en condiciones de entrar en ejercicio normal, necesitan, dice Santo Tomás, o suponen una larga práctica de todas las virtudes; las cuales deben precederles en el acto, aunque no en el hábito (2). Y así, con la misma fidelidad en practicar como mejor podamos todas las virtudes, nos dispondremos con la perfección que es menester para ser movidos del divino Espíritu y ejercitar sus dones debidamente cuando El tenga a bien irlos actuando, insinuándose en nuesttos corazones (3). De ahí que la *Teología mística* tenga aplicación en todos los grados de la vida cristiana, aunque de un modo especial se refiera a la vía unitiva, propia de los perfectos (4).

mysticae nomen, quasi *proprium,* obtineat, toti tamen huic operi praefigetur..., quia *saepissime* theologiae mysticae suavitas aliis viis, etsi non perenniter, transeunter tamen admiscetur». Philip. a SS. Trinit. *Theol. myst.* Prolog.

(1) Cfr. S. F. de Sales, *Tr. del Amor de Dios,* XI, 15; Granada, *Amor de Dios,* c. 1.

(2) Cf. Casiano, *Collat.* IX. «Quantum ad actum, observa Santo Tomás (1-2, q. 68, a. 8, ad 2), sic virtutes morales et intellectuales praecedunt dona; quia per hoc quod homo bene se habeat circa rationem propriam, *disponitur* ad hoc quod se bene habeat in ordine ad Deum».

(3) «Ad altiorem motorem oportet majori perfectione movilem esse dispositum. Unde perfectiora sunt dona virtutibus». Id. *ib.* c.

(4) «Theologia mystica, dice con Vallgornera Antonio del E. S. (tr. 1, d. 1, s. 7), in triplicem gradum dividitur, juxta tres gradus charitatis, quos ponit D. Thom. (1-2, q. 24, a. 9), et vocantur *incipiens, proficiens* et *perfectus.* Nam *in primo* incumbit homini studium principale ad recedendum a peccato et resistendum concupiscentiis ejus... et hoc pertinet ad *incipientes,* in quibus charitas est nutrienda et fovenda, ne corrumpatur. In isto gradu jam purgantur purgatione *passiva* partis sensitivae, et mens dicitur intrare aliqualiter divinam caliginem, et *aliqualiter conquiescunt per amorem et contemplationem. Secundus gradus* est illorum qui principaliter intendunt ut in bono proficiant et in eis gratia per augmentum roboretur, qui gradus est proprius *proficientium... Tertius gradus* est illorum, qui Deo inhaerent et Deo fruuntur, et est perfectorum... In isto gradu mens totaliter transformatur per unionem affectivam et experimentalem, fruitivam et realem, quantum praesens status hujus vitae patitur, ita ut ex parte Dei oporteat concipere ipsius Dei in animam illapsum sive deosculationem et amplexum unitivum; ex parte vero animae unionem amoris et *perceptionem fruitivam et suavissimam ipsius Dei.* Ad hanc igitur deosculationem sive amplexum et animae fruitivam unionem resultat in intellectu *altissima* et *perfectissima de Deo cognitio,* in qua formaliter consistit *theologia mystica...* Hi *tres gradus theologiae mysticae* correspondent tribus viis, quae dicuntur *purgativa, illuminativa* et *unitiva*».

De aquí también la suma importancia de velar desde muy temprano sobre estas preciosísimas mociones e inspiraciones divinas—de que depende toda nuestra perfección—para que nunca resulten vanas, conforme nos encarga el Apóstol (II *Cor.* 6, 1), sino siempre fructuosas, y para que, bien cultivadas y utilizadas, se acrecienten, haciéndose cada vez más frecuentes y más intensas, de modo que nos permitan luego llegar a plena madurez espiritual, o sea a perfectos cristianos (1).

Así es como, empezando desde la niñez, ayudados de un buen director, a buscar esta divina sabiduría, hay tanta seguridad de hallarla pronto y casi sin ningún trabajo; pues a las dichosas almas que de esa manera madrugan a buscarla, ella misma les sale al encuentro, previniendo sus diligencias, con tal que sinceramente procuren quitarle los estorbos que encuentra a su paso y la impiden entrar en sus casas: y por eso el Sabio nos la presenta como sentada a la puerta de esos tiernos corazoncitos para aprovechar la primera ocasión de entrar en ellos y poseerlos de lleno y hacerlos participantes de sus dones y tesoros, que son los encantos de la vida mística (2). Y así es como, a veces, algunas de ellas, inocentemente, se lamentan de no haber podido nunca *meditar,*

«Unica ponitur definitio theologiae mysticae, *quae convenit omni statui secundum proportionem, principaliter statui perfecto, et minus principaliter aliis.* Et est ista, quae colligitur ex pluribus locis D. Thomae: *Theologia mystica est contemplatio perfectissima et altissima Dei, et fruitivus ac suavissimus amor ipsius intime possessi*». VALLGORNERA, q. 1, n. 6.

(1) «Así como, en cuanto hombres, observa el P. Grou *(Le don de soï-même,* X), debemos seguir en todo la razón, sin permitirnos jamás cosa alguna que ella repruebe; así, en cuanto cristianos, debemos en todo seguir al Espíritu de Dios, sin separarnos de El jamás. Cualquier disposición interior o acción exterior que el divino Espíritu no reconozca por suya, es censurable en un cristiano, o, por lo menos, no le merece ninguna alabanza y le es del todo inútil para la salud. Según esta regla, que es indiscutible, ¡cuántas obras resultarán perdidas para el Cielo! ¡Cuántas horas vacías en la vida de la mayor parte de los cristianos! ¿Y de dónde les viene esta inmensa pérdida, sino de no haberse entregado a Dios para ser en todo gobernados de su Espíritu?»

(2) «¡Cuántas almas, exclamaba la angelical Sor Teresita del Niño Jesús *(Sa Vie,* ch. 5), llegarían a un altísimo grado de santidad si desde un principio fueran bien dirigidas! Bien sé que Dios no necesita de nadie para realizar su obra de santificación; mas así como permite a un hábil jardinero criar plantas raras y delicadas, dándole para eso la ciencia necesaria, aunque reservándose el cuidado de dar fecundidad, así quiere también ser ayudado en el divino cultivo de las almas».

«Mi corazón, decía Sor Bernarda Ezpelosín *(Carta* 5; *Vida,* p. 308-9), ha sufrido mucho considerando cuánto deben padecer aquellas almas (ciertas niñas muy fervorosas) que, necesitando comunicarse, se ven privadas de hacerlo... Me da mucha tristeza el ver que muchos piensan que éstas son niñerías..., dejando al tiempo el cuidado de pasar a estas almas más adelante; yo creo que *este es el tiempo mejor para hacer mucho bien a las almas,* y que aquí, deteniéndose en cositas pequeñas, las llevaremos con más facilidad y seguridad a cosas muy grandes. Nada aflige tanto a mi corazón como ver a una pobre criatura deseosa de descubrir su alma, y que encuentre dificultad para hacerlo».

no advirtiendo que eso provenía precisamente de una gracia especial del Señor, que desde un principio se dignó admitirlas a su íntimo trato mediante la contemplación infusa o la oración afectiva (1).

De ahí que cuando acierta a haber una buena dirección, cuando se vive bajo el gobierno de un sabio director verdaderamente *espiritual*, o se siente el benéfico influjo de almas fervorosas que con sus ejemplos y palabras animan y alientan, o, a falta de ellas, se leen con frecuencia buenos libros místicos que de algún modo puedan suplir las deficiencias de la dirección, entonces abundan grandemente las almas contemplativas; mientras donde eso falta escasean sobremanera.

Así se ha visto siempre en el primitivo fervor de todas las grandes fundaciones, mientras vivieron los Santos o siervos de Dios a quienes fueron confiadas; y en el decaimiento que suele sobrevenir cuando faltan aquéllos y no hay quien dignamente los supla. Así se comprobó muy bien en las primeras hijas y fieles imitadoras de Santa Teresa y Santa Juana Chantal, según ellas mismas expresamente declaran (2). Y así pudo reconocerse

(1) «Casi en toda mi vida, declaraba en 1866 la sierva de Dios Sor Filomena de Santa Coloma (1841-1868), muerta en gran olor de santidad en el convento de Mínimas de Valls (cf. *Vida y Escritos*, por Sucona, 1897, p. 164), no me he podido valer de meditaciones para la santa oración, y aun siendo de pocos años; lo que me causaba a veces mucha pena. Y al presente alguna vez me pongo de propósito a los primeros principios de la oración mental para empezar según las reglas manuales, pero no puedo lograr nada por más que haga, y así me humillo viendo mi miseria y lo nada que puedo».

Mas así es como fué elevada en poquísimo tiempo y sin ella poder apenas advertirlo, a muy alto grado de unión y contemplación.

«Cum Deus animam ad divinam unionem elevare vult, dice Antonio del E. S. (tr. 2, d. 1, s. 6), eam ab omni discursu suspendit».

«Por esta vía de no poder obrar con el entendimiento, advierte Sta. Teresa (*Vida*, c. 4), llegan más presto a la contemplación, si perseveran».

(2) «Preciso es, advertía Sta. Chantal (*Réponses sur le Coutumier de la Visit.*), que diga sencillamente lo que por buenas razones venía callando, pero que la necesidad de las almas me obliga ahora a decir con toda franqueza; y es que voy viendo cada vez más claramente que Nuestro Señor conduce a *casi todas* las hijas de la Visitación a la oración de una sencillísima unidad y única simplicidad de presencia de Dios por un entero abandono de ellas mismas en su santa voluntad y en los designios de su Providencia... Sé que esta oración es *muy combatida por los que caminan por la vía de las consideraciones;* y muchas de nuestras hermanas han sido por ellos inquietadas, como si estuvieran ociosas y perdiendo el tiempo. Mas, sin querer faltar al respeto debido a esos tales, os aseguro, carísimas hermanas, que por nada os debéis apartar de vuestro camino».

Y escribiendo a una superiora, le dice: «El atractivo casi general de las hijas de la Visitación es hacia una simplicísima presencia de Dios y un completo abandono... Y bien podría decir sin *casi*, porque verdaderamente he reconocido que *todas* aquellas que desde el principio se aplican debidamente a la oración, luego sienten ese atractivo».

Por lo que hace a las Carmelitas, son en extremo dignas de ponderación las declaraciones que Santa Teresa hace en el cap. IV de *Las Fundaciones*, donde dice que «teman las que están por venir, si no vieren lo que ahora hay», que era llegar casi todas a «contemplación perfecta».

en los felices resultados de cuantos siguieron fielmente la atinadísima dirección de San Juan de la Cruz, y en el desconcierto y decaimiento de los que luego la olvidaron.

De sus contínuas enseñanzas, refiere el P. José de J. María (1), "seguíanse en esta nueva congregación los mismos efectos de este ejercicio celestial, que se habían experimentado por tantos siglos en las congregaciones antiguas; y como abundaron tanto de tantos y tan altos contemplativos, de varones heróicos y de grandes Santos, de que nos dan a cada paso gran noticia las historias de la Iglesia, lo mismo se experimentaba en esta reformación mientras los frailes y monjas de ella se gobernaban por el espíritu de N. S. P. Fr. Juan de la Cruz... Toda la pretensión de N. S. P. en el gobierno de las almas de oración era quitarles los estorbos de los recibos sobrenaturales de Dios y encaminarlas a su unión, como al paradero de su felicidad, por el camino de espíritu y en quietud y pureza de las potencias...

„Cuanto, pues, valga para aventajarse las almas contemplativas la guía de Maestro espiritual experimentado, lo ha enseñado la misma experiencia en esta Congregación; porque en faltando en ella la influencia y magisterio de N. S. P. Fr. Juan de la Cruz, entraron otros maestros, que, *favoreciendo más al discurso de la razón* y a la operación inquieta del alma, que los actos sencillos espirituales, *donde se recibe la operación divina* y los efectos de la influencia sobrenatural, que *obran nuestra perfección*, hacían en sus discípulos tan diferente labor, que, saliendo de ellas muchas veces *con las cabezas lisiadas*, se conocían *pocos espíritus elevados*. Y como en los noviciados no les enseñaban cómo habían de caminar a la contemplación, cuando estuviesen sazonados para ella, salían de la escuela sin saber lo principal de su vocación, y después se quedaban lo demás de su vida sin saberlo, *trabajando en la oración con su operación natural, sin dar lugar a la divina, que introduce la perfección en el alma*„ (2).

Del increible daño que causa en todas partes, y muy

(1) *Don que tuvo S. J. de la Cruz para guiar almas*, c. 22.

(2) Muchos son, por desgracia, los que de este engaño han participado y participan. Así, entre las diversas causas de ser tan pocos los contemplativos, observa Saudreau (*Vie d'union*, n. 26, p. 43), «según lo declaran los Santos y lo comprueba la experiencia, hay que contar la enseñanza de una doctrina espiritual incompleta o errónea. ¿Cuántas almas sacerdotales y religiosas hay que, por haber recibido una formación insuficiente y no haber comprendido en qué consiste la vida unitiva y cuáles son los caminos que para llegar a ella hay que seguir, no alcanzan la perfección a que Dios las llama?»

especialmente en las casas religiosas, esta falta de instrucción verdaderamente espiritual y mística, y la consiguiente ignorancia de la *Ciencia de los caminos de Dios,* se lamentaron siempre, junto con los profetas, todos los grandes santos y varones apostólicos. Y casi no es menos de lamentar el funesto apego, que de ahí suele seguirse, a la propia acción e iniciativa y a los acostumbrados métodos e industrias, con que, en vez de facilitar la obra del Espíritu Santo, no se hace más que resistirle y ponerle obstáculos e incapacitarse para entrar en el místico reposo cuando es llegada la hora. Así lo lamentan y reprueban grandemente todos los buenos maestros de espíritu, desde el B.º Susón, Taulero y Sta. Catalina de Sena, hasta el B.º Avila, el V. Granada, Sta. Teresa y San Juan de la Cruz, insistiendo mucho en encargarnos que estemos siempre muy atentos a las interiores mociones e insinuaciones del Divino Consolador, para seguirlas con toda docilidad, fundando en ellas la esperanza de nuestro aprovechamiento, y no en el apego a nuestras prácticas, habilidades e industrias.

«Advierta el contemplativo, dice Fr. Juan de los Angeles *(Vida perfecta,* diál. V, § 7), y guárdese cuidadosamente de poseer algún ejercicio tenazmente y con propiedad; pero en su introversión observe con atención el tracto o llamamiento o impulso del Espíritu Santo, el cual de muchas maneras trae a sí el espíritu del hombre y le inflama en su amor, ahora con este ejercicio, ahora con otro diferente. Cuando, pues, se sintiere el contemplante con alguna interior aspiración o inspiración ser llevado a algún ejercicio, debe luego dejar los suyos propios, cualesquiera que fueren, y seguir con afectuosa y pronta voluntad aquella moción o atracción y ejercitarse en aquello que interiormente es enseñado. Pero si no siente especial impulso del Espíritu Santo, ni puede hallar entrada franca a Dios, entonces conviene que se esté y persevere en la presencia de Dios por aspiración del amor unitivo (oración afectiva), en la que se contienen cuatro modos principales para despertarse, como cuatro martillos de que se ha de servir para llamar a esta puerta para entrar a gozar de la simple unidad con Dios y en Dios.—Los modos son éstos: *Ofrecer, demandar, conformarse* y *unirse*».

Así se cumplirá lo que tan acertadamente encarga S. Lorenzo Justiniano, diciendo *(De Perfectione monast.* cap. 18, n. 30): «Debe el espíritu humano sujetarse a la divina influencia y aplicarse siempre solícitamente a ella, y donde y de la manera que el espíritu del que ora enderezase al alma, ha de consentir en ello. Porque el que según el beneplácito de su voluntad quisiere torcer la inspiración sobrenatural y visitación de Dios, sacará de la oración no provecho,

sino perjuicio. Porque ha de sujetarse en ella el hombre a Dios, y no Dios al hombre; y quien otra cosa hiciese, nunca será enriquecido de dones divinos».

«No sólo habéis de huir del peligro de imaginar con trabajo, advierte a su vez el B.º Juan de Avila *(Audi Filia*, cap. 75), mas también de pensar con ahinco y costa de la cabeza; porque allende del daño que en ella se hace, cáusase deste modo sequedad en el ánima, que suele hacer que se aborrezca la oración. No penséis de manera, ni con tanta fuerza, que parezca que vos sola y a fuerza de brazos lo habéis de hacer; porque aquesto más semejanza tiene con el modo de estudiar que de orar... En ninguna manera presumáis en el acatamiento de Dios, de estribar en vuestras razones y ahinco, mas en humillaros a El con un afecto sencillo, como niño ignorante... Sabed que este negocio *más es de corazón que de cabeza;* pues el amar es fin del pensar. Y por no entender esto y el sosiego ya dicho, *han fatigado muchos muchas cabezas,* suyas y ajenas, con daño de la salud e impedimento para bienes, que pudieran hacer...

»Y no os hablara con tantas particularidades, si no hubiera visto gente tan atada a sus reglas y a cumplir sus tareas, que aunque haya causas para creer que el Señor quiere que se interrumpan, ellos no quieren. Y si *los quiere Dios llevar por un camino, ellos quieren ir por otro,* fundándose en su prudencia. Siendo gran verdad que no hay cosa más contraria a este ejercicio, que pensar los hombres que se pueden por su discreción regir en él. Y a muchos he visto llenos de reglas para la oración, y hablar della muchos secretos, y estar muy vacíos de la obra della...

»Y no os digo esto para quitar las industrias razonables que de nuestra parte hemos de poner, especialmente cuando somos principiantes; mas para que se haga con tanta libertad, que no os impidan estar colgados del Señor, esperando sus mercedes por la vía que El las quisiere hacer. Y tened por cosa muy cierta, que en este negocio aquel aprovecha más, que más se humilla, y más persevera, y más gime al Señor, y no quien sabe más reglas».

«Por lo que hace a la oración, advertía conforme a esto Sta. Chantal *(Lettre a Mgr. de Bourges, Pensées,* p. 145), no os canséis en hacer consideraciones; pues ni vuestro espíritu ni el mío son para eso: seguid vuestra manera de hablar a N. Sr. espontáneamente, con amor, confianza y sencillez, según os lo dicte el corazón; y a veces contentaos con estar un poquito en su divina presencia con una postura humilde y devota, como un niño ante su padre, que está esperando sus órdenes, dependiendo totalmente de su voluntad, en la cual tiene todo su amor y confianza.—A este propósito podréis, si os place, decirle algunas palabras, pero muy suavemente, como, por ej.: Vos sois mi Padre y mi Dios, de quien espero toda mi felicidad, y otras semejantes, procurando saborearlas».

«De donde, observa por fin S. Juan de la Cruz *(Subida,* II, c. 11),

yerran mucho muchos espirituales, los cuales habiéndose ellos ejercitado en llegarse a Dios por imágenes y formas y meditaciones, cual conviene a *principiantes,* queriéndolos Dios recoger a bienes más espirituales, interiores e invisibles, quitándoles ya el gusto y jugo de la meditación discursiva, ellos no acaban ni se atreven ni saben desasirse de aquellos modos palpables a que están tan acostumbrados... En lo cual trabajan mucho, y hallan muy poco jugo o nada: antes se les aumenta y crece la sequedad y fatiga e inquietud...; porque ya no gusta el alma de aquel manjar tan sensible, sino de otro más delicado, interior y menos sensible, que no consiste en trabajar con la imaginación, sino en reposar el alma y dejarla estar en su quietud, lo cual es más espiritual... Se pone el alma en un solo acto general y puro, y así cesan de obrar las potencias del modo que caminaban para aquello donde el alma llegó, así como cesan y paran los pies acabando su jornada: porque si todo fuese andar, nunca habría llegar; y si todo fuese medios, ¿dónde o cuándo se gozarían los fines y términos? Por lo cual es lástima ver que hay muchos que, queriendo su alma estar en esta paz y descanso de quietud interior, donde se llena de paz y refección de Dios, ellos la desasosiegan y sacan aluera a lo más exterior, y la quieren volver hacer a que ande lo andado sin propósito, y que deje el fin y término en que ya reposa, por los medios que encaminaban a él, que son las consideraciones. Lo cual no acaece sin gran desgana y repugnancia del alma, que se quisiera estar en aquella paz que no entiende, como en su propio puesto... Y como ellos no saben el misterio de aquella novedad, dáles imaginación que es estar ociosos y no haciendo nada; y así no se dejan quietar... De donde viene que se hinchen de sequedad y trabajo por sacar el jugo que por allí no han de sacar».

En contra de este tan frecuente como pernicioso engaño los buenos directores, sabiendo que la meditación, según enseñan a una todos los grandes maestros, es un simple *medio,* si bien el más ordinario, para disponernos a lograr el fin principal de la divina contemplación, en que está la unión con Dios, procuran que sea hecha en forma que siempre tienda a facilitar la asecución de ese altísimo bien, y nunca sirva de obstáculo o impedimento; pues los medios son siempre por el fin, y nunca se debe éste sacrificar en nada por ellos.

Así lo hacía con grandísimo fruto, a la vez que con tan admirable discreción y acierto el mismo S. Juan de la Cruz.

«Aunque nuestro Santo P., advierte el mencionado P. José de J. M.ª (l. cit., c. 3), no trató de propósito en sus escritos de la meditación, sino que la supone para pasar ordenadamente a la contemplación, la practicaba a sus discípulos con toda utilidad y acierto. No así a bulto, como muchos maestros hacen, sino dividiéndola en tres partes, que van mejorando así el ejercicio como los ejercitados.—La 1.ª es, representación de los misterios sobre que se ha de meditar.—La 2.ª, ponderación intelectual sobre los misterios representados.—La 3.ª, quietud atenta y amorosa a Dios, donde se coge el fruto de las

otras dos primeras, y se *abre la puerta* del entendimiento *a la iluminación divina* para los efectos sobrenaturales que en la oración se pretenden... Se pasa al (conocimiento) *sobrenatural,* cuando se pone en esta quietud pacífica, amorosa y sosegada de fe... En las dos primeras partes dispónese el alma para orar y para hablar con Dios, *pero si no pasa a la tercera, ni ora ni habla con Dios,* sino consigo misma. Pues esta manera provechosa de meditación aconsejada de los Santos era la que enseñaba y predicaba N. P. S. Juan de la Cruz a sus discípulos, con la cual los llevaba presto a la contemplación y los sazonaba para ella.—Enseñábales primero que gastasen poco tiempo en la representación de figuras formadas en la imaginación... En la ponderación activa sobre lo representado, les enseñaba detenerse más... Enseñábales también cómo de esta ponderación activa habían de pasar a otra más *iluminada,* movida de Dios, levantándose el alma de los actos de la razón a la luz sencilla de la fe, y cómo esto se hacía cuando quietaban la operación intelectual movida de su propia industria, y quedaba el alma atendiendo a Dios devotamente en acto de amor... En esta tercera parte de quietud atenta a Dios, donde se perfecciona la meditación provechosa y se logran los frutos de ella, enseñaba a sus discípulos a detenerse más que en las dos primeras, donde se abre la puerta a la iluminación divina».

«Con estos medios, prosigue (c. 4), va guiando N. S. P. a sus discípulos por los pasos sensibles a los espirituales y *sazonándolos para pasar de la meditación a la contemplación,* y del manjar de niños, que dijo el Apóstol, al manjar y sustento sólido de los hombres fuertes en la vida espiritual. Y como iban aprovechando, los iba mejorando en la misma meditación, haciéndolos caminar más de paso por lo más imperfecto de ella y detenerse más en lo más perfecto (1). Y de esta manera, aun sin haber dejado los medios sensibles, *eran ya contemplativos;* porque *acababan su meditación en contemplación,* y antes de entrar de propósito en ella, tenían ya vencida la mayor dificultad que hay en la vida contemplativa, y por cuyo defecto, dicen los maestros de la sabiduría mística, que hay pocos contemplativos, por no saber quietar el alma en Dios, para ser iluminada y movida de El. Y reprendía los largos discursos en la oración, aunque fuera para pensar en la utilidad de las virtudes, que es más propio ejercicio de otro tiempo; pues con estos discursos impiden la influencia divina, de donde las virtudes infusas reciben su aumento y perfección».

Así es como enseñan los buenos maestros a buscar en la meditación la mística *piedra preciosa* de la divina sabiduría.

Mas quien por su propia frialdad y dejadez en amarla, desearla y buscarla, o por culpable descuido de quienes debían preparar en él los caminos del Señor y dirigirle hacia las sendas de la paz, se hace sordo a las primeras inspiraciones de la gracia, y negligente en ven-

(1) «Al principio de la vida espiritual, dice conforme a esto Lehodey *(Los caminos de la orac.,* 1.ª P., c. 2, § 2), las consideraciones ocupan mucho lugar, porque la fe necesita robustecerse; más tarde, a medida que la práctica de la oración y de la virtud ha hecho arraigar en el alma las convicciones profundas, las consideraciones disminuyen como por grados para dar lugar al simple pensamiento, a la sencilla y atenta mirada. Lo contrario sucede con los afectos; raros y difusos al principio, van después multiplicándose y ganando el terreno que pierden las consideraciones, hasta que al fin también ellos se simplifican».

cerse a sí mismo, abnegándose en todo y dejándolo todo por seguir las suaves pero enérgicas mociones con que a veces es singularmente atraído; por esa falta de vigilancia y de generosidad, o de docilidad y fidelidad, se encontrará luego con mayores dificultades y trabajos para entrar en el místico reino y para hallar esa divina sabiduría, que debe ser preferida a todos los tesoros y comodidades (*Sap.* 7, 8-10; *Prov.* 8, 11) y que no se puede comprar sino dando por ella cuanto tenemos y somos (1).

A los negligentes en atender a sus santas inspiraciones o poco fieles en corresponder a sus amorosos llamamientos, suele el Señor castigarlos haciéndose luego El sordo también a sus clamores. Pues muy justo es que se haga esperar mucho más tiempo de quienes primero no quisieron escucharle o le obligaron a El mismo a esperar en vano (2). Y como suelen ser tan pocos los que desde un principio le atienden y le corresponden fielmente, y menos quizá los que después perseveran llamándole y buscándole todo el tiempo que les será menester, de ahí la escasez relativa de los *actos místicos,* en muchísimas almas, y, sobre todo, la de las almas que, por su fidelidad y perseverancia, logran ser introducidas en el *estado místico*, a pesar de que todas, permaneciendo fieles, irían, de un modo o de otro, recibiendo, a su debido tiempo la correspondiente invitación (3).

(1) Cf. S. Agustín, *Manual,* cap. 16; V. María de la Antigua, *Desengaño,* l. 12, cap. 34.

(2) «Cuando el ánima fuere visitada en la oración o fuera de ella con alguna particular visitación del Señor, dice el V. Granada (*Comp. de Doctr. esp.,* tr. 1 *de la Orac. ment.* c. 27, § 7), que no la deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofrece; porque es cierto que con este viento navegará el hombre más en una hora, que sin él en muchos días. Así se dice lo hacía N. P. Sto. Domingo... Los que así no lo hacen, suelen comúnmente ser castigados con esta pena, que no hallen a Dios cuando lo buscan, pues cuando El los buscaba no los halló».

(3) «Unos, dice el P. Grou (*Maximes*, II), son invitados por un atractivo interior desde los primeros años, como en muchos Santos se ve... Otros en edad más avanzada, después de haber caminado más o menos tiempo por la vía común, notan que no pueden ya aplicarse a la meditación ni aun producir los afectos que antes producían: sienten aversión a los métodos que seguían hasta entonces, y un no sé qué les lleva a suspender toda acción en la oración; pero Dios mismo les invita a ello con la paz y calma que les hace gustar... Al confesor experimentado toca descubrir este designio de Dios y determinar, a los que en esta crisis se hallan, a que generosamente hagan el sacrificio de sí mismos, entregándose sin reserva ni retorno a la voluntad divina. Hecho este sacrificio, cesa la inquietud, y el alma experimenta una paz hasta entonces no conocida, entrando en una nueva región.—Algunos, aun viviendo con piedad, están descontentos de su estado, sienten que Dios les pide otra cosa, y buscan sin saber lo que buscan. Por fin una ocasión providencial los conduce a un hombre que, sin conocerles ni saber apenas por qué, empieza desde luego a hablarles de la vida interior. A esta palabra cesan sus inquietudes y quedan tranquilos y satisfechos, por haber hallado, cuando menos lo pensaban, lo que por tanto tiempo andaban buscando». Cf. *Id. Manuel,* p. 44.

Mas cuando un alma, sinceramente arrepentida de sus negligencias, descuidos y extravíos, se vuelve al Señor de veras y con todo su corazón, como el Hijo pródigo, resuelta a no disgustarle más en adelante, cueste lo que costare, y a servirle fidelísimamente como sus mejores criados, juzgándose indigna de tratarle y ser tratada como hija, entonces no suele tardar mucho en ver también cómo aquel tierno Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, olvidando todo lo pasado, le sale al encuentro, prodigándole mil caricias y colmándola con exceso todos sus deseos y esperanzas (1).

Así vemos, en efecto, cómo los actos místicos suelen ser más frecuentes de lo que se cree a raíz de las grandes conversiones, donde el corazón contrito y humillado, a quien Dios nunca desprecia, se deshace en dulces lágrimas bajo la presión de los dones de temor y piedad. Tampoco es del todo raro que, aun las almas tibias, que tantas veces al día contristan al Espíritu Santo, alguna que otra vez, siquiera como por casualidad, sigan su santa moción o inspiración: lo cual basta para constituir en ellas, como en los demás, un verdadero *acto místico* (2), aunque esto a ellas mismas les choque y les extrañe, por creerse—y con sobrada razón, por desgracia suya—del todo *refractarias a la mística* (3).

Pero si dejan de ser *tibias,* dejarán también de ser refractarias a la moción divina y a ese vivir sobrehumano, y, poco a poco, irán haciéndose cada vez más dóciles

(1) Cf. *Is.* 30, 15; B.ª Angela de Foligno, *Visiones,* cap. 35.—«Si según el cuerpo, advierte S. Alfonso R. (*Decl. P. N.* c. 7), obró Dios con ellos (los Israelitas) tantas maravillas, ¿qué hará a los que El saca sus almas del cautiverio del demonio, y se vuelven a El, y se humillan y sujetan?... ¿Qué favores serán los que recibirán de Dios tan grandes? ¿Qué de regalos, qué de consuelos, qué de dones y perfecciones, tesoros y riquezas que pondrá en la tal alma, como aquella que es tan graciosa y hermosa a sus ojos? No parará hasta llevarla a la tierra de promisión celestial».

(2) Al tibio precisamente se dirige el Señor cuando dice: *Estoy a la puerta y llamo... (Apoc.* 3, 15-20)

(3) «Sé que muchas personas, rezando vocalmente, las levanta Dios a muy subida contemplación, sin procurar ellas nada ni entenderlo... Ansí que, *no penséis los que sois enemigos de contemplativos, que estáis libres de serlo,* si las oraciones vocales rezáis, cómo se han de rezar, tiniendo limpia conciencia».—Sta. Teresa, *Camino,* c. 30.

«Si el Señor les diere lo que piden, añade (c. 31), no se lo tornen a los ojos; que hay muchos, y yo he sido la una, que está el Señor enterneciéndolos y dándoles inspiraciones santas, y luz de todo esto, y en fin dándolos este reino, poniéndolos en esta oración de quietud; y ellos haciéndose sordos... Hay almas tan amigas de hablar, y decir muchas oraciones vocales muy apriesa, y acabar su tarea... que aunque les ponga su reino el Señor en las manos, y las dé esta oración de quietud y esta paz interior, no la admiten, sino que ellos mesmos, con su rezar, piensan que hacen mejor, y se divierten. Esto no hagáis, hermanas, cuando el Señor os hiciere esta merced, mirá que perdéis un gran tesoro, y que hacéis mucho más con una palabra de cuando en cuando del *Pater noster,* que con decirle muchas veces apriesa y no os entendiendo».

a la gracia y más deseosas de proceder en todo según el Espíritu de que viven *(Gal.* 5. 25); y así, de *fervorosas* en todos los santos ejercicios de la ascética, irán, insensiblemente, pasando a almas interiores, a verdaderas contemplativas, a *místicas* en todo rigor, sin por eso dejar nunca de ser rígidas "ascetas„ y de proceder a sus tiempos al modo de tales (1).

Así es como se asocian y se compenetran estas dos formas de la vida cristiana, y así, por grados insensibles, se pasa de la una a la otra, como pasamos de niños a adultos.

Decir, pues, que son del todo *independietes* y difieren *esencialmente*, es como decir que difieren *substancialmente* y no guardan entre sí dependencia ninguna los simples *modos* de un mismo sér, el *mayor* o *menor* grado de su desarrollo, o las sucesivas fases de una misma vida, ya sea ésta natural y humana, ya sobrenatural o cristiana.

CUESTIÓN SEXTA

Característica del estado místico

Artículo 1.º—Doctrina tradicional.

Acabamos de ver cómo lo que, por común sentencia de los grandes maestros, distingue la *vida ascética,* y lo que, por tanto, viene a formar su nota *característica*, es el proceder que suele llamarse "ordinario„, por ser casi totalmente de ese *modo humano,* propio de principiantes en las vías del espíritu, de "pequeñuelos en Cristo„, que aun juzgan y sienten y obran según suelen ordinariamente los hombres, y no como cristianos perfectos, o sea del todo espirituales (I *Cor.*, 3, 1-3), que tienen ya bien despiertos, desarrollados y ejercitados sus místicos *sentidos (Hebr.*, 5, 14).

Pues aunque los verdaderos ascetas deben suponerse desde luego en gracia de Dios y, por tanto, animados del divino Espíritu y enriquecidos de sus dones y de las virtudes infusas, sin embargo, raras veces ejercitan aún aquéllos como conviene; y así, aunque *viven* en cierta manera del Espíritu, de ordinario no *proceden según el Espíritu (Gal.,* 5, 25), sino según las simples normas de

(1) Cfr. Grou, *Maximes,* 24.—Las almas que no se contentan con tener ciertos tiempos marcados para la oración, sino que procuran que ésta se continúe en medio de todos los quehaceres, mantenida con la continua presencia de Dios y frecuentes aspiraciones, logran, dice Tissot *(La Vie intér. simpl.* 3, P. I. 2, c. 4), «vivir en un estado de meditación permanente, y por fin llegan a la contemplación».

la razón humana, tal como se halle adornada y fortalecida, más o menos, de las virtudes infusas; las cuales, mientras no vayan inspiradas y ayudadas de los dones, con ser sobrenaturales y meritorias de vida eterna, se ejercitan al modo de las naturales, es decir, de un *modo humano;* y a veces tan excesivamente humano, tan rastrero, que pueden viciarse con numerosas imperfecciones y ruines modos de ver, propios, no ya de *pequeñuelos,* sino más bien de hombres *mundanos* y *carnales,* que son, por eso mismo, los que San Pablo suele contraponer a los propiamente "espirituales", que sirven y "adoran a Dios en espíritu y en verdad", y en todo proceden según el divino Espíritu. En los cuales, por tanto, ya de hecho "vive y reina" El—con el Padre y el Hijo—como verdadero "Señor y Vivificador".

De ahí el que no sea fácil distinguir esas virtudes que llamamos *infusas* o *cristianas,* de las simplemente *naturales* que les corresponden; pues unas y otras se ejercitan bajo la norma, dirección e impulso de la propia razón, tal como ésta se halle. Y de ahí que, en esas condiciones, "no pueda saber el *hombre* si es digno de odio o de amor", pues, aunque él ame a Dios, no sabe si es con verdadera caridad o amor filial, que supone o implica el estado de gracia, o con simple amor natural, como el que puede tener un gentil; ya que, a la manera de este mismo, excitó el respectivo conocimiento a fuerza de consideraciones, o sea, de un *modo* propiamente *humano.*

Mas con el desarrollo y ejercicio de los dones, adquiriendo el uso normal y como habitual del *sentido cristiano* y de la *inteligencia espiritual*, nos hacemos adultos en Cristo y verdaderamente "espirituales" y nos acostumbramos a "andar en espíritu" y proceder en todo según el divino Espíritu; y, por tanto, es ya éste y no la propia razón quien dirige y mueve y gobierna y sirve de norma (1). Y de ahí que en el ejercicio de aquéllos, y aun en el de las mismas virtudes por ellos inspiradas, se proceda de un *modo* verdaderamente "sobrenatural", *sobrehumano* y *divino* (2). El cual proceder, y por tanto el salir de nuestros propios *modos, sentires* y *procederes*—debiendo ser, *de derecho,* el *ordinario* y *normal* en todos los cristianos que no quieran pasar ya por "pequeñuelos"—, sin embargo, por ser *de hecho* tan *raro,* suele impropiamente llamarse "extraordinario" (3).

(1) Cf. S. Thom., *In Rom.,* 8, 14; 1-2, q. 68, a. 1; *In III Sent.,* D. 36, q. 1, a. 3, etc.

(2) Cfr. *Evolución mística,* p. 193; S. Thom., in III *Sent.,* D. 34, q. 1, a. 1-2.

(3) En confirmación de esto podríamos citar a innumerables autores, y

Y tal es, conforme acabamos de ver, el *modo característico* de la *vida mística,* cuyo *constitutivo* íntimo es el predominio de los dones en la psicología sobrenatural, o sea el proceder, las más de las veces, bajo la altísima moción y dirección del Espíritu Santo, mientras que el *constitutivo* de la *ascética* es el predominio de las virtudes infusas y el proceder bajo la dirección y normas de la propia razón; lo cual hace que la *nota característica* sea ahí el *modo humano* o connatural de obrar, siéndolo, por el contrario, en la mística el *sobrehumano*, "sobrenatural„ o divino. Y, por eso, la oración propia de esta nobilísima vida se llama por excelencia, o *reduplicative,* "oración sobrenatural„, por serlo, no sólo *quoad substantiam*, sino *quoad modum.*

Por tanto, sin haber procurado salir de veras de nosotros mismos y de todos nuestros modos y maneras, para entrar en los del mismo Dios, no apoyándonos en nuestra escasa fortaleza, habilidad o industria, ni en las luces de nuestra pobre y flaca razón, sino sólo en la luz y fortaleza divina, no podremos entrar, según tantas veces declara San Juan de la Cruz *(Noche* II, cap. IV, IX, XIII, XIV, XVI, etc.), en el *estado* de verdaderos *contemplativos*, *espirituales o místicos* (1): lo cual es entrar de lleno *in potentias Domini* (2).

entre ellos, a Suárez, quien, después de atribuir expresamente la contemplación a los dones del Espíritu Santo—y muy en particular al de entendimiento y de sabiduría *(De Gratia,* l. II, c. XIX, n. 8-11)—advierte *(ib.,* c. XXI, n. 1), que, según los Padres, los dones figuran entre las gracias *más sobrenaturales* y especialmente infundidas por el Espíritu Santo: «Aperte numerant (Patres) haec dona inter gratias *maxime supernaturales* et a Spiritu Sancto *specialiter infusas*».

Por tanto, según él—conforme hace constar M. Saudreau *(Etat myst.,* n. 67)—, «la naturaleza del acto contemplativo o místico se explica por una especial operación del Espíritu Santo. *El estado místico es fruto de los dones.* Y como éstos, por otra parte, son gracias eminentes y no favores excepcionales, gracias que, *para desarrollarse y ejercitarse, no reclaman sino un corazón del todo dócil a las inspiraciones divinas*—como lo es el de las almas perfectas—, lógicamente presenta Suárez la vía unitiva o contemplativa, no como una vía *extraordinaria,* sino como la vía *común de todos los cristianos perfectos*».

«Las virtudes, advierte el P. Schwalm (Préf. a *La vie avec Dieu,* por Faucillon), son el dominio propio del ascetismo, que en el ejercicio de ellas, como lo indica su mismo nombre, consiste. Los dones son un dominio más misterioso, puesto que a los recursos activos de la naturaleza y de la gracia se sobrepone allí la iniciativa divina: *los dones son las facultades propias de la vida mística*».

(1) «Si rationi tuae magis inniteris vel industriae quam virtuti subjectivae Jesu Christi, *raro et tarde eris homo illuminatus;* quia Deus vult nos sibi perfecte subjici, et *omnem rationem per inflammatum amorem transcendere*».—*Kempis,* lib. I. cap. XIV.

(2) «Quoniam non cognovi litteraturam, introibo in potentias Domini» *(Ps.* 70, 15). «En pobreza, desamparo y desarrimo de todas las aprehensiones de mi alma, advierte San Juan de la Cruz *(Noche* II, cap. IV), sola la voluntad, tocada de dolor y aflicciones y ansias de amor de Dios, salí de mí mis-

Con sólo esto creemos que podrían fácilmente entenderse los principales contendientes en esta cuestión, pues todos vienen a reconocer que la contemplación sobrenatural o infusa—sinónima de *estado místico* o de *mística teología*—es obra de los dones del Espíritu Santo; y, por tanto, debe caracterizarse por el *modo sobrehumano*, propio de éstos, cuyo desarrollo y predominio es lo que, en realidad, constituye, por consiguiente, el *estado místico*, la unión mística, la vía unitiva o de "oración perfecta„ (1).

La unión mística, dice Fr. Juan de los Angeles *(Lucha espiritual,* 2.ª p., c. X), "proviene del amor gratuito, que une el afecto de nuestra mente con Dios, y, radicalmente, se funda en la gracia *gratum faciente;* la cual unión presupone las tres virtudes teologales, los *dones del Espíritu Santo, las bienaventuranzas* y los demás hábitos, principalmente infusos, de los cuales la gracia que nos hace gratos es la raíz, la forma y el fin... Del amor gratuito habitual, resulta el amor actual fruitivo y extático, que está en la caridad en *cuanto es fruto del Espíritu Santo.* Y llámase *experimental* y actual esta unión, porque consiste en la experimental percepción y gusto de la íntima suavidad, consolación, jocundidad y delectación que proviene de la conjunción y ayuntamiento del ánima con su objeto supremo, que es Dios, por el amor actual intenso y fervoroso, al cual se sigue la percepción de la tal unión deleitable y gustosa... Esta unión

ma; esto es, de *mi bajo modo de entender* y de mi flaca suerte de amar, y de mi escasa y pobre manera de gustar de Dios... Es, a saber: mi entendimiento salió de sí, volviéndose de *humano* y *natural,* en *divino*... y así, la voluntad ya acerca de Dios no obra *humanamente*».

(1) «El modo humano por una parte, y el modo sobrehumano por otra, declara M. Saudreau *(Les Faits extraordinaires de la vie spir.,* p. 151), tal es la línea de demarcación bien definida, la *diferencia específica* admitida por todos los teólogos entre los dones y las virtudes.—Y es digno de notar que los místicos, como Santa Teresa y otros muchos, que ignoran la Teología y no saben que el estado místico es atribuído por los teólogos a los dones del Espíritu Santo, muestran claramente, en la descripción que de sus estados hacen, que tal es realmente la diferencia entre el *estado místico* y el *ascético*».

«Entre estos dos estados, escribe en otro lugar *(Vie d'union,* n. 427), hay una diferencia muy importante, pues el modo de operación de la gracia es muy distinto; en el *estado místico,* el *modo sobrehumano* ha sucedido al *modo humano,* que es el *del estado ascético;* en vez de llegar al conocimiento y amor de Dios por medio del discurso, el alma *recibe directamente de Dios luces y amor*».—Así es, efectivamente.

«Según Santa Teresa, reconoce a su vez uno de los más decididos adversarios de M. Saudreau, en la oración ordinaria el alma piensa y discurre al *modo humano*... En la oración propia de la Teología mística piensa sin discurrir, es decir... de un *modo sobrehumano*». Y en otro lugar advierte que los modernos teólogos Pesch y Billot, «al exponer la doctrina de los dones del Espíritu Santo, los consideran, *siguiendo a la tradición,* como la base y fundamento de la *Teología mística*».

experimental es una pregustación o gusto anticipado de la gloria... y es prenda y arra de felicidad eterna, la cual aquí se comienza y en la patria se perfecciona... Y aunque es una, tiene varios nombres: que unas veces se llama *transformación;* otras, *oración perfecta;* otras, *teología mística;* otras, *sabiduría divina.* La razón es porque, en el ánima contemplativa, todas estas cosas son una, o unas a otras se presuponen„.

Que la contemplación sobrenatural la produce el Espíritu Santo mediante sus místicos dones, no es cosa que pueda controvertirse, pues, a una, la enseñan o la dan por supuesta, según ya repetidas veces hemos podido ver, todos los maestros de espíritu (1).

Su doctrina puede resumirse en la siguiente proposición sostenida por Felipe de la Sma. Trinidad *(Theol. myst.* P. 2, tr. 3, d. 1, a. 2) y por Vallgornera (q. 3, d. 3, a. 2): "Causa efficiens contemplationis infusae est Spiritus Sanctus cum suis donis, et intellectus creatus talibus donis illustratus„.

"Todos los autores místicos, dice el P. Meynard, (*Tr. de la Vie intérieure,* II, n. 31), convienen en reconocer que la contemplación mística es obra de los dones„.

Y aunque, entre éstos, los que más influyen en la contemplación son los de entendimiento y sabiduría, no por eso dejan de influir en ella todos los demás, imprimiendo igualmente en la vida mística el respectivo *modo sobrehumano.* "Omnia dona, nunc unum, nunc aliud seorsum, nunc aliqua simul, dice Alvarez de Paz *(De Natura Contempl.* l. 5, p. 2, c. 4), ad eam (contemplationem) concurrunt, causaeque sunt actus contemplationis„.

Pues como todos los dones son necesarios a la perfección de la virtud, todos vienen a serlo a la de la oración, que está, según ya vimos, en la contemplación mística. Todos intervienen en ésta, unos como principales y otros como auxiliares, por lo mismo que todos deben intervenir en la oración y ayudan a perfeccionarla, haciéndola pasar, a través de la afectiva, de discursiva, o de meditación, a manifiesta contemplación (2).

(1) Cf. Dionisio Cartujo, *De Contempl.*, l. I, a. 22; Osuna, *Tercer Abeced. espirit.*, tr. 5, cap. 3; La Puente, *Guía*, tr. 1, c. 21, etc.; Lallemant, *Doctrine spir.*, pr. 4, ch. 2-4; San Francisco de Sales, *Amor de Dios,* XI, 45; Bona, *Via compendii,* cap. I.; Tomás de Jesús, *De Contempl. divina,* l. I., c. 6 y 9; Antonio del E. S,, Tr. 3, d. 3, s. 4; d. 4, s. 1-3; Juan de Sto. Tomás, *in* 1-2, q. 68, *disp.* 48, a. 2; Sto. Tomás, 2-2, q. 45, a. 6, ad 3; *in* III *Sent.* D. 34, q. 1, a. 4; D. 35, q. 1, a. 2; q. 2, a. 1; *in* IV, D. 15, q. 4, a. 1, sol. 2, ad 1.

(2) Cfr. La Puente: *Guía,* tr. 3, c. III, § 1. «Todos estos siete dones, observa el P. Nouet, S. J. *(Intr. a la Vie d'oraison,* l. 1, 7 entr.), concurren a la oración, ya separadamente, ya unidos unos con otros, pues están íntimamente ligados entre sí, y en perfecta correspondencia. El don de ciencia

Artículo 2.º—Apreciaciones opuestas, incompletas o defectuosas: rectificación.

Con ser esta doctrina que acabamos de exponer de suyo tan clara y tan lógica, a la vez que tan uniformemente enseñada por la tradición, ha venido a obscurecerse no poco precisamente en estos últimos años, en que debía haber quedado más esclarecida, por ser cuando con tanto ardor han vuelto felizmente a ser cultivados los estudios místicos. Mas como en este punto es donde se concentraron principalmente las vivas polémicas, hoy suscitadas, no es de extrañar que, con la gran polvareda que se levantó, parezca obscuro lo que antes estaba muy claro.

Cuantos se preocupan más o menos de las grandes *cuestiones místicas,* cuya importancia suma a pocos se puede ocultar, casi uniformemente empiezan preguntándose ante todo: Pero ¿qué es el *estado místico?* ¿En qué consiste? ¿Cuál es su *constitutivo* íntimo y su *nota* verdaderamente *característica?*

Bien conocido y reconocido esto, claro está que con mucha más facilidad se podrían resolver las demás cuestiones que aquí nos hemos propuesto ventilar. Y así, muy bien decía no ha mucho el doctísimo abate Saudreau (1): "Es sobre manera importante tener nociones exactas acerca de la Mística„. Porque sin duda lo es "comprender que el estado místico es el de la vía unitiva, y que la perfección no se alcanza sino por los dones del Espíritu Santo, que ponen al alma y la mantienen en una unión toda de amor de Dios„.

Sin embargo, por nuestra parte, hemos creído, y seguimos creyendo, que el verdadero caballo de batalla está en la 2.ª, y, sobre todo, en la 4.ª cuestión, y por eso las hemos propuesto y ventilado antes. Pues si consta que todos somos llamados a la *vida mística* y que ésta es necesaria para lograr nuestra perfección, síguese que no difiere, ni puede diferir, de la vida cristiana ordinaria sino en el *modo superior* con que se vive y se manifies-

ofrece su luz a la piedad, y el de consejo a la fortaleza. El temor es el principio de la sabiduría, y la sabiduría es la consumación del temor. La inteligencia mira a Dios como primera verdad; la sabiduría lo gusta como soberana bondad; el temor tiembla ante su Majestad infinita; la piedad se inclina con un gozo increíble a todo lo que es de su honor y servicio; la fortaleza va ahí con un valor invencible; y todos juntos se unen en la caridad como en su centro, del cual nunca se separan. De donde deduzco que el *don de oración* y los favores divinos que le acompañan, son *prendas preciosísimas de la amistad de Dios,* que a quien los haya recibido, obligan a gran reconocimiento y a muy particulares cuidados de su perfección».

(1) *Utilidad práctica de los estudios místicos:* Cfr. *La Ciencia Tomista,* n. 34, p. 27.

ta, y que este *modo sobrehumano* es, precisamente, la verdadera *nota característica del estado místico.*

Mas los que miren a la Mística como una vía *extraordinaria* y del todo distinta y separada de la Ascética, propenderán, aun sin casi advertirlo, a ponerla tan alta, tan alta, que apenas sea dado llegar a ella sino a contadísimas almas, y a esas por un favor muy singular. Y así, procuran darle un carácter distintivo que pueda convenir a muy pocos, y dejar todo cuanto pueden para la *vía común,* o sea para la ascética, de modo que ésta les baste para formar almas "perfectas„ a su manera y "Santos ordinarios„.

En cambio, los que ven en la Mística el verdadero coronamiento de la vida espiritual y la simple expansión y desarrollo de las gracias bautismales, comprendiendo que es para todos, pues todos la necesitan para llegar a su verdadera perfección, fácilmente propenderán, por su parte, a rebajar o atenuar las diferencias características del estado místico y el ascético, de modo que aquél resulte más accesible y pueda de hecho convenir a muchísimas almas; poniendo, al efecto, sus notas en algo que no pocas veces podrá encontrarse fuera de él.

Así vemos que el mismo abate Saudreau, con reconocer francamente y repetidas veces, de acuerdo con la enseñanza de los grandes maestros, que en el *modo humano* y el *sobrehumano* es en lo que ciertamente se distinguen siempre el proceder ascético y el místico, pretende, esto no obstante, y con gran empeño, sustituir esas notas por otras, que, aun cuando en realidad convienen o pueden convenir con ellas en el fondo, sin embargo, muestran ser menos marcadas y menos fáciles de apreciar y de acomodar a todos los casos; y así es como se prestan a equívocos y falsas interpretaciones, dando lugar a discusiones interminables. Esas notas, dice, son *el conocimiento y el amor,* en ascética, *adquiridos* con nuestros esfuerzos e industrias, y en mística, *infundidos por Dios.* "Hay, escribía ya hace años *(L'Etat mystique,* 1903, n. 69, p. 111), en el estado místico, y en *todo estado místico, estos dos elementos:* un alto conocimiento de Dios, que, con ser general y confuso, nos da una idea elevadísima de sus incomprensibles grandezas, y un amor irreflexivo o no razonado (irraisonné), pero intenso, comunicado por Dios, y al cual nunca podría el alma llegar con sólo sus esfuerzos„.

Claro está que, donde estos elementos se noten habitualmente, habrá que reconocer un estado místico, pues

como conste que están realmente infundidos de una manera no ordinaria, indican, efectivamente, que el proceder del alma entonces no es ya *humano,* sino *sobrehumano;* y así es como se vale de la luz *infusa* o *no infusa* para distinguir la contemplación de la oración ordinaria la misma Santa Teresa (*Vida,* c. 14; *Morada* IV, c. 3; y *Carta* 2.ª al P. Rodrigo). Pero, a veces, podrán notarse tan sólo de un modo pasajero, o bien entre otras manifestaciones de un amor y un conocimiento adquiridos; y entonces sólo podrían caracterizar un *acto místico,* mas no un *estado místico.*

En éste debemos tener en cuenta, por otra parte, además del amor y del conocimiento, la memoria y los afectos de esperanza y de piedad, de alabanza, adoración, etcétera; que en todo esto, así como también en la misma práctica exterior de la virtud y las buenas obras, hay un proceder sobrehumano, pues, como dice San Juan de la Cruz, en todo, en la memoria, como en lo demás, ha pasado el alma de los modos y maneras humanas a las divinas. Y cada uno de estos modos o procederes sobrehumanos bastarían para caracterizar con igual derecho un estado místico. Además, el conocimiento que los místicos reciben divinamente, no siempre es *general* y *confuso,* ni tampoco es el amor siempre no razonado o semiinconsciente, sino, a veces, casi todo lo contrario—, pues con no estar fundado en razones o consideraciones, lo está en luces especiales y muy claras—; y sin embargo, pueden igualmente caracterizar alguna manera de estado místico. Finalmente, por más que ese amor y conocimiento sean, en realidad, los más ordinarios, aunque no los únicos en la vida mística, bien pueden existir muchas veces en una forma tan remisa o delicada, que apenas se noten ni puedan comprobarse; y entonces mal podrán servir de *notas características.* Y así es como podrá haber no pocos actos, y aun verdaderos estados místicos, notorios e innegables, aunque no se comprueben en ellos dichos dos elementos en esa forma tan especial que se les atribuye.

Y aunque se atenga, como hoy suele hacer con preferencia, a la simple idea de la luz y el amor infusos y más intensos que los adquiridos con nuestros propios esfuerzos, todavía podrán confundirse con ciertas luces y fervores ordinarios; pero que vienen a veces cuando menos se piensa y sin saber cómo, de suerte que apenas se acierta a reconocer si se adquirieron con el mismo calor de la meditación o se recibieron por un favor más espe-

cial. En cambio, en las grandes obscuridades, arideces y desolaciones que sobrevienen en la vida mística, aunque persistan ese amor y esa luz, son tan ocultos y tan difíciles de reconocer, que casi parecen faltar por completo; y así es como llegan las pobres almas a creerse "privadas de todos los bienes".

Sin embargo, tanto en este caso como en todos los demás, será muy fácil ver que cuantos viven en un estado místico, no proceden al modo que suelen hacerlo, en general, los hombres, sino de un *modo sobrehumano.* Así, éste será, en rigor, la verdadera nota característica; y los referidos elementos, aunque de suyo *propios* también de dicho estado, y aunque muchas veces nos lo den bien a conocer, no bastan para *caracterizarle* siempre; porque, en ciertas formas, convienen o parecen convenir a estados no místicos, y en otras, al contrario, convendrán a sólo ellos, pero no a todos: y lo que *convenit omni, sed non soli,* o al revés: *soli, sed non omni,* no es tan *propio,* dirán los buenos lógicos, que pueda servir de *nota característica.*

Así, pues, en tanto dichos dos elementos pueden caracterizar, respectivamente, un *acto* o un *estado místico,* en cuanto ya pasajera, ya como habitualmente se ejerzan de un *modo sobrehumano.* Y entonces podrán caracterizarlos también aunque a veces sólo subsista o aparente subsistir un elemento sin el otro; según acaece en lo que algunos llaman *contemplación querúbica* o *seráfica,* donde a consecuencia del predominio de uno de los dones, de entendimiento o de sabiduría, tanto prepondera o sobresale, respectivamente, el conocimiento o el amor que, absorta como está el alma en una de esas operaciones, le parece que por entonces de ningún modo ejercita la otra.—Y aunque así fuera, como sostienen algunos maestros (1) y como parece indicarlo el mismo Sto. Tomás (cf. *in* III *Sent.* D. 35, q. 2, a. 2, sol. 3), no por eso el acto o el hábito de tan altas maneras de contemplación dejarían de ser místicos en todo rigor, a pesar de faltarles uno de dichos elementos; y lo mismo lo sería también cualquier otro donde se notara realmente un proceder *sobrehumano,* debido al influjo de los demás dones.

(1) «Constat, advierte, en efecto, el P. Tomás de Jesús *(De contempl. div.,* lib. I, cap. IV): 1.º Contemplationem supernaturalem non tantum ad donum sapientiae, sed ad intellectus donum pertinere. Secundo, dari posse aliquando supernaturalem contemplationem, ab intellectus dono promanantem, quae saporosa illa sapientiae delectatione careat: sunt enim operationes istorum donorum distinctae ac separatae; et ideo quae ad intellectus donum spectant, contingere possunt *absque sapientiae doni influxu*».

Y si, por otra parte, ese conocimiento, aunque inefable, va siendo cada vez menos vago y confuso, y más claro y distinto, resultará, a veces, tanto más perfecto, por lo mismo que se acerca al perfectísimo, que es el *facial;* y no por eso dejará tampoco de ser acto místico: antes lo será en muy alto grado, ya que, según dice Santo Tomás, el conocimiento sobrenatural que nos ofrecen los dones es *intermedio* entre el de la simple fe y el que tendremos en la Gloria; y así va siendo tanto más alto y más propiamente *místico* cuanto más se acerque a su término, como sucede en las visiones puramente intelectuales y en los toques substanciales.

Otro tanto debemos decir del amor: cuanto menos *inconsciente* y más sobrenaturalmente motivado y fundado esté en la luz especial o clara noticia de algún gran misterio, como la Encarnación, la Redención, la Eucaristía, la Inhabitación del Espíritu Santo, etc., o de algún atributo particular, como la Infinita Bondad, tanto más excelente, intenso y meritorio será. Además, podrá también algunas veces, según queda dicho, faltar por completo o aparentar que falta, conforme enseña el mismo San Juan de la Cruz.

En efecto, aunque este admirable doctor suele presentar como del todo unidos en la contemplación esos dos elementos, luz y amor, no por eso deja de advertir y declarar que pueden también estar separados, y así, dice *(Llama de amor,* canc. 3, v. 3, § X): "En la contemplación de que vamos hablando... en un acto le está Dios comunicando *luz y amor juntamente,* que es *noticia sobrenatural amorosa,* que podemos decir es como *luz caliente,* que calienta, porque aquella luz juntamente enamora... Que por cuanto Dios es divina luz y amor, en la comunicación que hace de sí al alma, igualmente *informa* en el alma estas dos potencias, entendimiento y voluntad, con inteligencia y amor..., aunque algunas veces en esta comunicación se comunica Dios más y hiere más en la una potencia que en la otra; porque algunas veces se siente más la inteligencia que el amor, y otras veces, más el amor que la inteligencia, y a veces, también todo inteligencia sin ningún amor, y a veces, *todo amor sin ninguna inteligencia*".

"Algunas veces, en medio de estas obscuridades, advierte en la *Noche del espíritu* (cap. XIII), es ilustrada el alma y luce la luz en las tinieblas *(Joan.* I, 5), derivándose esta *inteligencia mística* al entendimiento, quedando *seca la voluntad,* quiero decir, sin *unión actual*

de amor..., unas veces en una manera de *sentir de Dios* y otras en otra. Algunas veces también hiere juntamente, como queda dicho, en la voluntad, y prende el amor subida, tierna y fuertemente, porque ya decimos que se unen algunas veces estas dos potencias, entendimiento y voluntad, cuando se va más purgando el entendimiento. Pero antes de llegar aquí, más común es sentirse en la voluntad el toque de inflamación, que en el entendimiento el toque de inteligencia„.

Y poco antes (cap. XII), respondiendo a la objeción que podría hacérsele, de que mal se podrá amar sin entender, dice así: "En estos bienes espirituales, que *pasivamente* se infunden por Dios en el alma, puede muy bien amar la voluntad sin entender el entendimiento; así como el entendimiento puede entender sin que ame la voluntad... Así como el fuego tiene luz y calor, no es inconveniente que, cuando se comunica esta luz amorosa, algunas veces hiera más en la voluntad, *inflamándola con amor, dejando a obscuras el entendimiento sin herir en él con la luz;* y otras, alumbrándole con la luz, dando inteligencia, dejando seca la voluntad..., *obrándolo el Señor, que infunde como quiere*„.

No muy de acuerdo con esta doctrina tan clara de San Juan de la Cruz, el tratado del *Conocimiento obscuro de Dios,* que, sin razón—por lo mismo—, se le atribuye, dice (cap. II): "Aunque verdaderamente *no se puede negar que hay operación del entendimiento,* pero con todo eso quien más obra es la voluntad, la cual, tocada *inmediatamente del Espíritu Santo mediante* la acción del entendimiento (1), se levanta, y quieta con amor entrañable en Dios; y así suelen algunos llamar a la Teología mística *contemplación afectuosa.*

(1) Este: «*inmediatamente... mediante...*», es muy curioso y poco digno del talento de San Juan de la Cruz.—Por lo que hace al «no ser posible amar sin entender», aunque así suelen opinar la generalidad de los escolásticos, mirando la cosa especulativa y *naturalmente;* en cambio, los místicos, mirándola práctica y *sobrenaturalmente,* propenden a sentir todo lo contrario, aunque, a semejanza de San Juan de la Cruz, sean a la vez grandes teólogos especulativos y merezcan sumo respeto, Por tanto: «Sicut viris spiritualibus, advierte muy cuerdamente Alvarez de Paz *(De affect. orat. ment.,* lib. IV, p. 3, cap. VIII), non licet scholasticos doctores despicere, ita nec licet doctoribus scholasticis viros contemplationis dono cumulatos in hac parte contemnere, sed patienter audire, et eorum dicta non statim animo obdurato damnare. Hi constanter afirmant se interdum, sine praevia cognitione, amorem habere et voluntatem suam immediate a Deo, sine ullo actu intellectus, ad amandum excitari, et hoc se per experientiam didicisse. Ego quidem novi aliquem in rebus philosophicis bene versatum et donis divinis et vitae puritate nimis excultum, qui amorem saepe sibi inesse, absque ulla cognitione, non minus evidens quam lucem meridianam putabat».

Así como en las acciones instintivas no se procede por propia deliberación, sino obedeciendo a un impulso natural, impreso de arriba, así también,

„Mediante este amor experimental, el alma, en un instante, por una manera que no se puede declarar cuán suave es, la enseña el Señor mucho más que si leyera muchos libros o estudiara muchos años para entenderlo„ (1).

Algo mejor resuelve la dificultad y declara el contraste entre el proceder ascético y el místico Fr. Juan de los Angeles: "Después que, por la meditación, el afecto se enciende y se levanta suficientemente—dice (*Lucha espiritual,* 1.ª p. cap. XIII), resumiendo la doctrina de la *Teología mística,* atribuída a San Buenaventura—, entonces ya no hay que meditar ni que especular: todo cesa y *sólo el afecto reina*... Y, al fin, se llega a que el afecto preceda al pensamiento... En el primer camino (el ascético), subimos de las criaturas al Criador (que es el proceder humano)... y allí pausamos por amor. Mas en este *místico* sucede al contrario, porque aquel verdadero amor, que es el Espíritu Santo, tercera persona de la Beatísima Trinidad y última en orden a las demás, es a nosotros más propincua y es la primera en esta consurrección afectiva a Dios. De donde viene que este Divino Espíritu, mediante el fuego de su amor, toca e inflama lo supremo y más eminente de la parte afectiva, e inefablemente, sin algún pensamiento ni meditación, la arrebata a sí. En este estado, es el ánima como la piedra respecto de su centro... Cosa maravillosa y de sólo el poder y saber de Dios, ver un alma arrebatarse y elevarse en Dios sin algún rodeo ni vuelta, esto es, sin que preceda obra ninguna del entendimiento: con el peso de su amor„.

Para mejor inteligencia de todo esto, nos conviene recordar algunas de las principales y más acreditadas definiciones que se han dado de la contemplación y de la Teología mística. Esta, "según la significación de la voz, dice el autor del *Conocimiento obscuro* (cap. II, n. 11), no es otra cosa sino una noticia escondida y secreta de Dios„. "Contemplación, añade (cap. V, n. 6), no es otra cosa sino una vista amorosa de la verdad„. Según la *Scala Chaustralium* (cap. I). "Contemplatio est mentis in Deum suspensae elevatio, aeternae dulcedinis gaudia

observa Santo Tomás (*In Rom.* VIII, 14), «lo que inclina al hombre espiritual a obrar—y, por lo tanto, a amar—no es principalmente el movimiento razonado de la propia voluntad, sino la impulsión del Espíritu Santo».

(1) «Los conocimientos que un alma adquiere en la oración por el amor y la experiencia que tiene de las bondades divinas, sobrepujan, dice el P. Massoulié, O. P. (Tr. *de la vér. oraison,* P. 2, c. 3), *a los de todos los teólogos del mundo*».

degunstans„. Y según Gersón *(De Myst. Theol. spec.* consid. 28), la Mística teología "est experimentalis cognitio de Deo habita per amoris unitivi complexum; vel sapida notitia de Deo, dum ei supremus apex affectivae potentiae realiter per amorem unitur„. Juan de Jesús *(Schola orationis,* tr. 12, n. 2), la define: "Est quaedam altissima notitia vel cognitio Dei per quamdam certam et supremam actionem voluntatis cum Deo consecuta„. Según Vallgornera *(Theol. myst.* quaest. prooem. a. 1): "Est contemplatio perfectissima et altissima Dei, et fruitivus ac suavissimus amor ipsius intime possesi„. Y, por fin, según Felipe de la Sma. Trinidad *(Discur. prooem.* a. 1): "Est quaedam Dei notitia per unionem voluntatis Deo adhaerentis elicita, vel lumine coelitus immisso producta„.

San Juan de la Cruz unas veces parece identificar la contemplación y la "mística teología„ con la *noche obscura del alma,* por lo ocultas y obscuras que son para la razón natural; pero otras veces, fijándose en lo ameno y deleitoso, las llama ciencia sabrosa, ciencia de amor, noticia amorosa (1).

«Si theologia mystica sumatur pro actu sc. contemplationis, dice Antonio del Espíritu Santo *(Direct. Myst.* tr. 1, d. 1, s. 1), consistit pro formali, essentialiter et principaliter in actu intellectus, et vere dicitur *cognitio* et *contemplatio, visio, intuitio,* interiorque Dei locutio altissimi. Unde illi proprie convenit definitio, quae ponit theologiam mysticam in cognitione et notitia intellectus per unionem voluntatis Deo adhaerentis elicita, vel lumine coelitus immisso producta. Ratio est, quia theologia mystica apud omnes est scientia de Deo; sed scientia essentialiter consistit in contemplatione sui objecti, et non in actu voluntatis. Confirmatur, quia principalis actus theologiae mysticae regulariter elicitur a dono sapientiae, vel ab alio superiore lumine coelitus immisso... Dixi essentialiter, principaliter, et pro formali; nam si theologia mystica sumatur *adaequate,* tunc est quaedam Dei cognitio, connotans unionem animae cum Deo felicissimam. Unde

(1) «Esta *noche obscura,* advierte, en efecto, tratando de la del *espíritu* (cap. 5), es una *influencia de Dios en el alma,* que la purga de sus ignorancias e imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos *contemplación infusa* o *mística teología,* en que de secreto enseña Dios al alma, y la instruye en *perfección de amor,* sin ella *hacer* nada ni entender cómo es esta contemplación infusa». «Llama secreta a esta contemplación tenebrosa, añade *(Ib.* cap. XVII), por cuanto *ésta es la teología mística,* que llaman los teólogos *sabiduría secreta,* la cual, dice Santo Tomás, que se comunica e infunde en el alma por amor: «Propter hoc Gregorius *(Hom.* 14 *in Ezech.*, constituit vitam contemplativam in charitate» (2-2, q. 180, a. 1).—Lo cual acaece secretamente, a obscuras de la obra natural del entendimiento y de las demás potencias».

«Esta *ciencia sabrosa,* dice otra vez *(Cántico espiritual,* canc. 27), es la *teología mística,* que es ciencia secreta de Dios, que llaman los espirituales *contemplación,* la cual es *muy sabrosa,* porque es *ciencia por amor;* el cual es el maestro de ella y el que todo lo hace sabroso». «La contemplación, añade *(Noche II,* cap. XVIII), *es ciencia de amor,* la cual es *noticia infusa de Dios amorosa, y que juntamente va ilustrando y enamorando al alma*».

non est sola praecisa intellectus cognitio, seu contemplatio Dei altissima, sed est quaedam Dei cognitio, quae unionem, sive amplexum Dei comitatur, et quae ex illa oritur... principium habet et causam in amore unitivo et perceptione Dei experimentali, ex qua veluti a fonte, ubi divina suavitas gustatur et aeterna felicitas praelibatur, sapidissima ac divinissima Dei oritur *contemplatio,* quae mystica *theologia apelatur*».

Y lo mismo vienen a decir Tomás de Jesús, Felipe de la Trinidad, Vallgornera y Juan de Jesús, muy de acuerdo con Santo Tomás (cf. *supra,* cuest. 2, a 2).

Así, mientras los místicos se fijan, con cierta preferencia, en el elemento afectivo, o sea en el amor, la generalidad de los teólogos escolásticos suelen dar por elemento esencial de la *contemplación,* en cuanto tal, el simple conocimiento, por más que éste provenga del afecto y a él se ordene. Y lo mismo dirán de la *Teología mística* en cuanto sinónima de *contemplación* y en cuanto indica tan sólo la *ciencia* o *conocimiento* de Dios, que se tiene de un modo sobrenatural y no se adquirió con el estudio (1).

Pero como en la *Mística teología,* en cuanto sinónima de la *vida mística,* entran o figuran ambas cosas—junto con otras muchas—, y aun podemos decir que entre todas ellas tiene el amor cierta primacía que le hace predominar; y, como esa misma ciencia es *ciencia de amor,* aprendida toda con la experiencia en la escuela del *amor divino,* o sea del Espíritu de Amor, que es su verdadero Maestro, de ahí que para caracterizarla bien y darla a conocer tal como es, distinguiéndola, no sólo de la dogmática, sino también de la moral y de la misma ascética, que se pueden aprender con el estudio, haya que tener en cuenta todos los elementos que a ella concurren, sin excluir ninguno, aunque también sin incluirlos de modo que se les venga a declarar esenciales o necesarios a cada acto místico ni aun a cada verdadero estado místico especial, por breve que sea (2).

(1) El P. Tomás de Jesús *(De Contempl. div.,* lib. V, cap. XV) expone estos tres diversos modos de concebir la Mística: «Primus est Mysticorum theologorum, qui Mysticam Theologiam in affectus unione cum Deo immediata constituunt... Secundus modus eorum, qui ponunt Mysticam Theologiam in caliginosa illa ac sublimi Dei contemplatione, causata ex unione experimentali animae cum Deo... Tertius modus... docet Mysticam Theologiam esse Dei illapsum et manifestationem quo Deus objetive et immediate, obscure tamen, intellectui purgatissimo unitur».

(2) Es cierto que el don de sabiduría, a que principalmente se atribuyen la contemplación y la vida mística «es ante todo infundido en la inteligencia (S. Thom., 2-2, q. 45, a. 2). Mas no limita a ella su eficacia, sino que a la vez incita la voluntad a obrar con energía, y el corazón a amar (2-2, q. 19, a. 7; q. 45, a. 3). Por eso la virtud de la sabiduría no consiste solamente en un simple acto de la inteligencia; sino que tan necesariamente unidos le están el amor de Dios y la actividad de la voluntad, que sin su concurso no podría

Y esto se logra felizmente con atenernos tan sólo al modo *sobrehumano,* que figura siempre y comprende cuantos elementos haya y pueda haber, y es el más fácil de reconocer y comprobar, indicándonos cierto influjo de alguno cualquiera de los siete dones del Espíritu Santo, mediante el cual este Divino Huésped viene como a constituirse de hecho Señor y gobernador de nuestra alma, sacándola de su vida y maneras ordinarias y haciéndola proceder a lo *divino* y *pasivamente* como los perfectos cristianos, que son ya místicos o contemplativos.

"Salí, podrá entonces decir el alma con San Juan de la Cruz *(Noche,* II, cap. IV), del trato y escasa operabión *humana mia,* a operación y trato con Dios. Es a saber: mi entendimiento salió de sí, volviéndose de *humano y natural, en divino;* porque... ya no entiende por su vigor natural, sino por la divina sabiduría con que se unió. Y mi voluntad salió de sí, haciéndose divina; porque... ya no ama bajamente con su fuerza natural, sino con fuerza y pureza del Espíritu Santo...; y la memoria se ha trocado en aprehensiones eternas de gloria. Y, finalmente, todas las fuerzas y afectos del alma... se renuevan con temples y deleites divinos... "Va sacando, añade (cap. IX), esta noche al espíritu de su ordinario y común sentir de las cosas, para traerle al sentido divino, el cual es extraño y ajeno de *toda manera humana,* tanto, que le parece al alma que anda fuera de sí...

Finalmente, en el cap. XIII, termina diciendo: "Así se le renueva, como al águila, su juventud, quedando vestida del hombre nuevo... Lo cual no es otra cosa sino

existir. Por consiguiente la iluminación de la inteligencia por el don de la sabiduría divina, lo mismo que la práctica de la sabiduría cristiana como virtud, no comprende solamente una parte de la naturaleza humana, sino al hombre entero con su inteligencia, su voluntad, su corazón y sus actos».—Weiss, *Apología, X, Cf. 18, n. 6.*

Así, en la vida mística, o sea en el ejercicio completo de la mística teología, aun ateniéndonos al solo don de sabiduría, como a principal y más importante, tendremos que distinguir cinco cosas: 1.ª, el mismo don habitual; 2.ª, el consiguiente acto de contemplación o *conocimiento sabroso;* 3.ª, los actos de amor y demás afectos y efectos que de ahí proceden; 4.ª, el gusto experimental de Dios que a ese amor se sigue; y 5.ª, una contemplación más clara y elevada que resultará de ese mismo gusto de Dios.—Cfr. Juan de Jesús María, *Escuela de la oración,* tr. 12.—Cosa análoga podríamos añadir acerca de los demás dones, ya que todos intervienen más o menos en la mística teología; y con todos esos elementos debemos contar para poder dar bien a conocer el *estado místico.*

Estos múltiples elementos logró fundirlos casi todos la M. Cecilia del Nacimiento, en su primera canción de la *Transformación del alma,* diciendo:

«Aquella *niebla obscura*
es una *luz divina,* fuerte, hermosa,
inaccesible y pura,
íntima y *deleitosa,*
un ver a Dios, sin vista de otra cosa».

alumbrarle el entendimiento con lumbre sobrenatural, de manera que el entendimiento humano se haga divino, unido con el Divino. Y, ni más ni menos, inflámale la voluntad con amor divino, de manera que ya no sea voluntad menos que divina, no amando menos que *divinamente...;* y la memoria, ni más ni menos; y también las aficiones y apetitos, todos mudados y vueltos, según Dios, *divinamente.* Y así, esta alma será ya alma del cielo, *celestial, y más divina que humana*„.

Porque, en efecto, ya no es ella la que obra, sino Dios en ella y por ella.

"Toda su obra y movimiento natural, advierte luego el mismo Santo *(ib.* cap. XIV), antes estorba que ayuda a recibir los bienes espirituales de la unión de amor, por cuanto queda corta *toda habilidad natural* acerca de los bienes sobrenaturales, que Dios, por sola infusión suya, pone en el alma pasiva y secretamente y en silencio„. "Porque estas naturales potencias, prosigue (capítulo XVI), no tienen pureza, ni fuerza, ni caudal para recibir y gustar las cosas sobrenaturales *al modo de ellas, que es divino,* sino sólo *al suyo, que es humano y bajo...;* conviene que sean también obscurecidas acerca de esto divino. Porque, destetadas y purgadas y aniquiladas en aquello primero, pierdan aquel *bajo y humano modo de obrar y recibir,* y así vengan a quedar dispuestas todas estas potencias y apetitos del alma para poder recibir, sentir y gustar lo divino y sobrenatural alta y subidamente, lo cual no puede ser si primero no muere el hombre viejo. De aquí es que *todo lo espiritual,* si de arriba no viene, comunicado del Padre de las lumbres sobre el albedrío y apetito humano, aunque más se ejercite el *gusto* y potencias del hombre con Dios, y por mucho que le parezcan gustan a él, no lo gustarán divina y espiritualmente, sino humana y naturalmente, como gustan las demás cosas„.

Y así, por mucho que el alma sienta, o se figure sentir, ciertos gustos, consuelos y luces sobrenaturales, como no los reciba y sienta de un *modo sobrehumano,* no se hallará en *estado místico,* sino en el *ascético;* por lo mismo que aun gustará todo eso *al modo ordinario,* o sea, "como gusta las demás cosas„. De ahí la violenta crisis que habrá de experimentar en el tránsito de un estado a otro.

"Todo director atento que haya tenido que dirigir almas verdaderamente fervientes y generosas, advierte muy bien el mismo Saudreau *(Útil. práct. de los est.*

míst., en C. TOMISTA, n. 34, p. 30), habrá notado la crisis importante que señala el paso del estado ascético al místico; las operaciones de la gracia cambian de modo; los ejercicios de piedad, las ceremonias de la Iglesia, la misma Comunión, cesan de producir sentimientos llenos de dulzura y suavidad; el alma se hace como insensible; las consideraciones que antes la conmovían, no la conmueven ahora, las reflexiones se le hacen pesadas. Pero, en cambio, encuentra un verdadero bienestar en dirigir su atención sencilla y amorosa a Dios; su oración se simplifica. Aun en los tiempos en que no ora, retiene fácilmente cierto pensamiento de Dios, un secreto atractivo hacia El. Por otro lado, la voluntad..., no estando sostenida por las gracias sensibles, se afirma de un modo singular, tanto más cuanto que el amor más puro y más intenso que se le comunica redobla su energía„.

Muy en oposición con la doctrina sostenida por M. Saudreau, figura la del P. Poulain, quien, por una parte, sigue admitiendo aún la distinción esencial y la completa separación entre la vida mística y la ascética; y eso no obstante, cree que ésta puede llegar hasta la oración que llaman de "simplicidad„, la cual, en realidad, ya es propiamente mística; y por otra, caracteriza el *estado místico*, o sea "el fondo común de todos los grados de la unión mística„, por cierta percepción o *sensación espiritual*, como de *tacto interior*, de la presencia de Dios (1).

Algunos de sus discípulos aún parecen ir más allá, poniendo el distintivo del estado místico, ora en cierta manera de "tocamiento divino en lo íntimo del alma„, ora en la clara percepción o intuición inmediata del mismo Dios (2). Otros se muestran más moderados y conci-

(1) *Des grâces d'oraison*, ch. 6, n. 7.

(2) «El elemento constitutivo de la vida mística, según M. Lejeune *(Introd. a la vie myst.)*, es el *sentimiento* que el alma experimenta de la *presencia de Dios en ella*, la *experimentación de Dios presente en el alma*, una suerte de *tocamiento de Dios en lo más íntimo del alma*. La vida mística es, pues, una *experimentación, una percepción de Dios presente en el alma*... Pues lo que en esta contemplación percibimos y en nuestro interior *palpamos, es Dios mismo*, y no ya su imagen».

«Fundándonos en las declaraciones unánimes de los contemplativos, dice, a su vez, el P. Marechal *(Revue de Philosophie*, Juillet, 1912, p. 478), pensamos que la *alta contemplación* implica un elemento cualitativamente distinto de las actividades psicológicas normales de la gracia ordinaria: y este *elemento nuevo* es la *presentación activa*, no simbólica, *de Dios en el alma*, con su correlativo psicológico: *la intuición inmediata de Dios en el alma*».

Pero esto, como efecto de un don ya recibido—del don de inteligencia—, será, sí, una *nueva manifestación* de lo que ya existía, mas no un «elemento nuevo»; y además, no pertenecerá a *toda la vida mística*, sino tan sólo a lo más elevado de ella: a la «alta contemplación».

«La *nota* propia del *estado místico*, según el P. Verneersch, S. J. *(Quaest.*

liadores, contentándose a veces con cierta sensación o experiencia casi imperceptibles, y, por lo mismo, no muy fáciles de aplicar.

Por de pronto, en estas características vemos que sólo figura el elemento cognoscitivo, y no el afectivo; el cual, en la *vida mística,* y aun en la misma *Teología mística,* como contrapuesta a la escolástica, es, sin duda alguna, tanto o más importante (1). Además, como replica muy bien Saudreau, esa presencia no se percibe aún bien en la *noche del sentido*, que, según el mismo P. Poulain, de acuerdo en esto con S. Juan de la Cruz, pertenece ya realmente al estado místico (2). Y aun cuando en el *recogimiento* y la *quietud* se perciba ya de un modo bastante claro, no es todavía en esa elevada forma de *tacto interior.* Y luego, durante las grandes "ausencias„ del Señor, que tanto dan que sufrir a las almas ya engolfadas en la vida mística, mal podrá ser percibida y experimentada su dulce presencia.

Santa Teresa *(Vida*, cap. XX, y *Carta 2.ª* al P. Rodrigo) dice que, aun en medio de ciertas admirables

de Virt. relig. ac pietatis, q. 1, cap. II, n. 95), consiste *in immediata assimilatione,* por la cual, al menos *en el grado supremo,* el entendimiento *percibe a Dios sin ninguna imagen...,* de suerte que *toca a su objeto* verdaderamente, aunque en obscuridad».

(1) «La Escolástica, advertía el V. P. Granada *(Tr. del amor de Dios,* p. 2.ª, c. X, § 1), se aprende con actos de entendimiento; y la Mística, con *afectos amorosos* de la voluntad, que dan nuevas al entendimiento de cuán bueno y cuán suave es el Señor. Pues, según esto, el *camino para alcanzar esta sabiduría* es tratar siempre con Dios, y conversar día y noche con El».

«Aunque la contemplación, dice Sto. Tomás (2-2, q. 180, a. 7, ad 1), consista esencialmente en un acto del entendimiento, tiene sin embargo su principio y su fin y término en el afecto, donde está su última perfección: *Et haec est ultima perfectio contemplativae vitae, ut scilicet non solum divina veritas videatur, sed etiam ametur*».

«Así se hace en la contemplación, advierte el P. Massoulié, O. P. *(Tr. de la véritable oraison,* P. 1, c. 7), un venturoso círculo de conocimiento y amor; pero el amor es el punto donde empieza y termina...; y al amor hay que atribuir todo el gusto, provecho y mérito de la contemplación. La contemplación verdadera no consiste, pues, únicamente en el conocimiento y el estudio de las cosas de Dios; es menester que la voluntad tome allí más parte que el ingenio: este ejercicio debe comenzarlo el amor y no la curiosidad».

«La potísima razón, dice conforme a esto Fr. Juan de los Angeles *(Lucha espir.* 1.ª P. cap. IX), porque habiendo tantos letrados hay tan pocos Santos, es porque todos los más van por la vía especulativa y muy pocos por la afectiva y unitiva. El entendimiento y la voluntad son en el hombre como dos balanzas, que el subir de una es bajar de la otra; si sube mucho la especulación, abaja la afección... ¿Cuántos hay que toda la vida se les va en aguzar el entendimiento, sin gastar una hora en la pobre voluntad? Así son acutísimos en la teología escolástica y especulativa, y muy torpes y rudos en la mística. Estos nunca hieren a Dios por mucho que le miren, porque siempre le miran con el ojo izquierdo, el cual no alcanza a ver la *interna sabiduría* ni entra adonde ella está».

(2) «En el tiempo de las sequedades de esta noche sensitiva, dice el Santo *(Noche I,* cap. X), hace Dios *el trueque que habemos dicho, sacando al alma de la vida del sentido a la del espíritu, que es de meditación* (estado ascético) a *contemplación*» (estado místico).

comunicaciones divinas, a veces le parece que "*está lejísimo de Dios*„—, y lo que es más, "*que está ausente de Dios*„.—Por lo cual, no podrá entonces "sentirlo dentro de sí misma„.

Y San Juan de la Cruz, describiendo la terrible *noche obscura del espíritu,* está aún más terminante, diciendo (cap. V): "*Le parece estar Dios contra ella, y que ella está hecha contraria a Dios.* Lo cual es de tanto sentimiento y pena para el alma, porque *le parece aquí que la ha Dios arrojado... y que ya se le acabaron sus bienes*„. "Verdaderamente, añade (cap. VI), cuando esta *contemplación purgativa* aprieta, dolores de infierno siente el alma muy a lo vivo, que consiste en *sentirse sin Dios, y castigada y arrojada,* e indignado El, y que está muy enojado, que todo se siente aquí; y más que le parece en una temerosa aprehensión, *que es ya para siempre*„.

¡Cuán lejos está, pues, de sentir y percibir a Dios—según se pretende—"como un ángel *siente* a otro„, y gozar de tan dulce compañía!

Es cierto, declara M. Saudreau (l. cit.), que, "con frecuencia, el alma mística saborea su amor„. Pero... "otras veces no tiene esta *experiencia de lo divino;* no *gusta a Dios*, sino *aspira* violentamente hacia El, quisiera salir de sí misma para arrojarse, abismarse en el Amado... Sucede otras veces que el amor que Dios comunica es *frío* y *árido,* aunque puro y poderoso. Este amor comunica al alma una grande energía, pero la oración continúa seca y sin dulzura... Los que hacen consistir la contemplación en la experiencia de lo divino, dirán que estas almas no tienen el don de la contemplación; nosotros, por el contrario, decimos que están ciertamente en el estado místico. Acontece otras veces que el amor místico es *doloroso* y *martirizador*, como quiera que el alma tenga un gran deseo de amar a su Dios y sienta, por otra parte, con gran viveza su profunda miseria y la impotencia en que se halla para ejercitar su amor (1). Por no tener presente que el estado místico está muchas veces

(1) «Aunque al principio, advierte muy conforme a esto S. Juan de la Cruz (*Noche del sentido*, cap. IX)... *siente la fortaleza y brío* para obrar en la substancia que le da el manjar interior, el cual manjar es principio de obscura y seca contemplación para el sentido; la cual contemplación *es oculta y secreta para el mismo que la tiene...*; de tal manera pone Dios al alma en este *estado,* por *tan diferente camino la lleva,* que si ella quiere obrar con sus potencias, antes estorba la obra que Dios en ella va haciendo, que ayuda; lo cual *antes era al revés.* La causa es porque ya en este *estado de contemplación,* que es cuando *sale del discurso a estado de aprovechados, ya Dios es el que obra en el alma;* de manera que parece que le *ata las potencias*».

sin dulzuras sensibles y envuelto otras en dolores muy punzantes, muchos autores se han negado a identificarlo con la vía unitiva. Llevados de la idea que en el estado místico saborea siempre el alma grandes suavidades, se vieron como precisados a sentar esta falsísima conclusión: gran número de almas perfectas no están en el estado místico„.

En todo esto tiene el ilustre escritor muchísima razón, mas no tanta en este otro pasaje que el año anterior escribió defendiendo su propia característica: "Si el sentimiento de la presencia de Dios, decía (Cf. La Ciencia Tomista, n.º 25, pág. 81), falta muchas veces en el estado místico, hay en cambio, dos elementos que siempre se encuentran en él, hasta en las arideces, hasta en las pruebas más duras, y son las *luces de fe y de amor,* que no se procuró el alma por sus esfuerzos y razonamientos, sino que Dios mismo los ha puesto directamente en ella; y cada vez que ese doble elemento, fe y amor infusos se encuentran, hay estado místico„.

Esto último es mucha verdad; pero a veces, según vimos ya, esos dos elementos se hallan tan disimulados, que no es fácil, ni quizá posible, reconocerlos, sino, a lo sumo, remotamente por algunos de sus efectos, o por cierta sensación divina o sobrenatural; y entonces mal podrán servir de nota para dar a conocer dicho estado, cuando ellos mismos no se dan a conocer (1). Otras veces podrán, según dice S. Juan de la Cruz, faltar uno de los dos, o quizá también ambos a la vez, siendo reemplazados por otros, v. gr., los afectos de amor por los de piedad, temor filial, confianza, admiración, reverencia, adoración, júbilo, alabanza, etc.; y las *luces de fe,* por las superiores de los dones de inteligencia, sabiduría, ciencia o consejo, o por otras aún más elevadas, y, según Vallgornera y Antonio del Espíritu Santo, muy rayanas con la de la gloria—y a veces también como las de un obscuro y terrible purgatorio—; y, sin embargo, es indudable que, así y todo, habría un verdadero y muy excelente estado místico.

"Todo lo más que padece y *siente* en los trabajos de esta *noche,* vuelve a decir el Santo *(Ib.*, cap. XII), es ansia de *pensar si tiene perdido a Dios* y pensar si está

(1) «Cuando la contemplación es algo más sencilla, añade S. Juan de la Cruz *(Noche II,* cap. XVII), *la misma alma apenas la siente;* pues sólo saben decir que el alma está *satisfecha y quieta* o *contenta,* y decir que *sienten a Dios,* y que les va bien, a su parecer; mas no hay decir *lo que el alma tiene,* sino por términos generales... Otra cosa es cuando las cosas que el alma tiene son particulares, como visiones, sentimientos, etc.»

dejada de El... Al principio no siente sino tinieblas y males. Mas después de purgada tendrá ojos para que se le muestren los bienes de esta luz divina„. "Algunas veces, añade (cap. XIII), en medio de estas *obscuridades,* es ilustrada el alma, y luce la luz en tinieblas...„

Luego entonces, ni *sentía* a Dios en sí misma, ni tampoco, por otra parte, sabía que tenía luz especial *infusa,* aunque sí podía muy bien comprender que aquella manera de sentir y obrar y sufrir no era ordinaria, no era al modo humano de antes, sino misteriosa y sobrehumana. Y a esto sólo debemos atenernos.

Sin embargo, tomando, en general, esos dos elementos infusos, juntos o separados, luz y amor, en una acepción amplia, y significando por ellos toda suerte de ilustraciones y afectos o sentimientos *divinamente producidos,* como quiera que podamos reconocerlos y apreciarlos, aunque sea tan sólo por cierta dulzura o amargura especial (causadas, respectivamente, con los sentimientos de presencia o ausencia de Dios), o por el modo no ordinario y superior como se producen; no señalando, en suma, cómo ha de ser aquel "amor„ o afecto infuso, ni si la dicha "luz„ ha de ser precisamente "de fe„, muy bien podría utilizarse esta característica, que vendría a ser del todo sinónima de la nuestra, y no tan difícil de concordar con la del P. Poulain, si se evitan exclusivismos y se procura una cordial avenencia que en nada perjudique a los fueros de la verdad (1). Basta para eso que también cedan un poquito los partidarios de la otra escuela, no entendiendo con todo rigor el sentimiento o percepción de la presencia de Dios, sino tomando ese sentir experimentalmente por sinónimo de sentir un no sé qué, y de una manera *no ordinaria,* sino más elevada, ya se refiera al mismo Dios o a las cosas divinas, ya se reconozca esa presencia en sí misma, o tan sólo en sus efectos que nos hacen proceder de otro modo mejor que el ordinario y común (2).

El mismo P. Poulain transige no poco, viniendo casi a permitir esta benigna explicación al decir (3): "En las

(1) «Con estos dos elementos: luces y amor, que pueden ofrecer tantas variedades, declara el mismo Sr. Saudreau *(Faits extraord.,* pág. 34), produce Dios en el alma muy diversos fenómenos místicos: luces consoladoras, luces aniquiladoras, luces que crucifican; amor gozoso, amor paciente, amor calmado, amor ardiente, amor ansioso, amor insaciable. Así conforta El, abrasa, purifica, fortalece».

(2) «Dios, dice conforme a esto Benigna Gojoz *(Vie,* pág. 36), se me hacía siempre presente, o por un amor sensible, o por un sentimiento de viva fe, o por este nudo de unión que me ata y me estrecha con su voluntad en todo y siempre».

(3) *Les Grâces d'oraison,* 2.ª P., ch. V., n. 3.

fases inferiores de la vida mística, tales como la *quietud*, no manifiesta Dios su divina presencia sino de una manera bastante confusa„.

Así, en este punto, no sin razón dijo el P. Dosdá (1): "Sin estar completamente de acuerdo las dos escuelas, no están lejos de decir una misma cosa; pues el conocimiento y amor misteriosos bien podrían identificarse con el conocimiento experimental y el sentimiento especial de la presencia de Dios„.

Fundiendo en una sola las diversas definiciones propone el P. Boulexteix la siguiente (2): La Mística consiste en "un *conocimiento* y un *amor misteriosos*, que nos hacen *percibir* a Dios de una manera verdaderamente *inefable*„.

Esta, a primera vista, parece más completa y como que se acerca más a la verdad. Sin embargo, tampoco es del todo exacta, y quizá pueda ser tachada de participar de los inconvenientes de una y otra tendencia. Por lo que hace, desde luego, a ese *percibir a Dios*, casi tiene en contra suya cuanto pueda decirse del "sentirle„. Y el suponer, como supone, para evitar inconvenientes, que esa *percepción* es siempre *mediata*, no parece muy conforme con lo enseñado por S. Juan de la Cruz acerca de los *toques substanciales* de Dios en el alma. Por otra parte, la manera, siempre *sobrehumana*, con que los místicos le conocen, no siempre los reduce al *silencio;* a veces los hace, por el contrario, "*hablar* a grandes voces sus divinas *maravillas*„; las cuales, por tanto, no se muestran entonces propiamente como "inefables„. Lo mismo debemos decir del conocimiento y amor, en cuanto "misteriosos„: pueden dejar—si no de ser—al menos de parecer tales, según que el alma vaya teniendo más plena conciencia de ellos, sin que por eso dejen nunca de ser—y con más rigor aún—*sobrehumanos* en cuanto al modo de ejercitarse, que es lo que nos basta. Aparte de que, según dijimos, puede bastar una sola de esas dos cosas (3).

De no atenerse a la característica tradicional y querer emplear alguna de las nuevas en todo su rigor, será casi imposible dejar de incurrir en no pocas inexactitudes e incoherencias.

(1) *L'Union avec Dieu*, 4.ª P., ch. 17; París, 1912.
(2) *La définition de la mystique*, en *Revue Augustinienne*, 15 nov. 1906.
(3) «Así, el P. Gárate, S. J., en unos *artículos* publicados en 1908 en *Razón y Fe*, reduce la *esencia* del *estado místico* al simple «conocimiento inefable de Dios», comunicado al alma de un modo estable.—«La *Teología mística*, decía conforme a esto el V. Juan de Saint-Samson (*Maximes*, cap. XXI), es la *percepción inefable de Dios*».

Así, uno de los más entusiastas admiradores del Padre Poulain y adversarios del Sr. Saudreau—empeñado en hacer consistir toda la *contemplación mística* en la *intuición y el subido sentir de Dios* y de las cosas divinas, mediante los dones de inteligencia y sabiduría y de ciencia—, a trueque de salvar esta característica suya, no ha reparado en romper con toda la tradición, excluyendo de la mística el *recogimiento infuso,* y haciendo empezar la contemplación sobrenatural después de él, o sea en la *quietud;* porque sólo en ésta es donde dice que se empieza a sentir a Dios o la divina presencia en la forma que él quiere.

Lo mismo hubiera podido excluir otros grados que no le convinieran, por patente que fuese su elevación sobre el estado ordinario. Ese recogimiento es tan conocidamente una manera o un grado de "contemplación sobrenatural", y tan manifiestamente obra del Espíritu que inspira donde quiere y cuando y como quiere, que resultará imposible excluirlo de la Mística sin tener que excluir también la misma quietud infusa. Tan relacionado está con ella, que casi todos los maestros, desde Osuna hasta la V. María de la Encarnación, con ella misma lo reunen y aun casi lo identifican, como hizo también Santa Teresa al describirlo por primera vez (*Vida*, cap. X, XIV y XV). Y si, a pesar de todo eso, protestando que algo se debió adelantar después—y, por lo mismo, que en algo se ha de corregirla plana a la gran Doctora (1)—, se empeña en separar de la mística ese recogimiento infuso, debía incluirlo en la ascética, junto con el adquirido. Pero no; declara, sin más ni más, que ni puede pertenecer a la ascética ni a la mística, porque las definiciones que a éstas da él no lo permiten; porque allí ni se obra por iniciativa propia, ni se entra con nuestros esfuerzos, ni, por otra parte, se *siente* a Dios en la forma exigida por una definición arbitraria. Y así deja ese estado de oración en el aire (2).

Pero el caso es que se multiplican otros estados indiscutiblemente místicos en que tampoco se siente a Dios,

(1) Sin embargo, declara en otro lugar, que «no se puede abandonar impunemente el magisterio de Santa Teresa, sin incurrir en deplorables consecuencias«.—¡Y en tántas como él incurre!

(2) Ese recogimiento, dice, «se distingue... de la Mística», y con más razón aún que el período de oscuridad, «no cabe dentro de la gracia ordinaria, pues... nuestras diligencias no bastan para alcanzarlo. Y tampoco es místico, propiamente hablando, porque el objeto formal de la Mística es *Dios gustado por el alma*».—Sin embargo, reconoce que «¡es un *don tan excelente!...* ¡Siéntese (en él) *una suavidad interna que Dios por sí mismo graciosamente infunde!...*»

al menos en esa forma tan clara como se pretende; y tal sucede a veces hasta en la misma quietud. Pues conforme advierte San Francisco de Sales *(Amor de Dios,* VI, cap. XI), "la *santa quietud* tiene diferentes grados, porque, a veces, se halla en todas las potencias del alma juntas y unidas a la voluntad; a veces, está sólo en la voluntad, y esto algunas veces sensible y otras *imperceptiblemente.* Pues, a veces, el alma tiene un contento incomparable en *sentir, por medio de ciertas dulzuras interiores,* que Dios le está presente, como sucedió a Santa Isabel cuando la visitó Nuestra Señora. Otras veces se halla el alma con una *ardiente suavidad* de estar en la presencia de Dios, la cual por entonces le es *imperceptible,* como sucedió a los discípulos peregrinos que *no se dieron cuenta* del todo del agradable placer que experimentaban yendo con Nuestro Señor, hasta que llegados le reconocieron en su divina fracción del pan. Otras veces no sólo percibe el alma la presencia de Dios, sino que le oye hablar por medio de ciertas claridades y persuasiones interiores... En fin, algunas veces, ni ella oye a su Amado, ni le habla, *ni siente señal ninguna de su presencia;* sólo sabe simplemente que está delante de Dios y que El gusta de que se esté allí...

En vista de esto, el autor citado no puede menos de plegar velas y de contentarse con una sensación tan delicada que apenas se percibe. Mas entonces no podrá tomarla por *nota característica* (1): así como tampoco se podrá tomar la luz infusa de que a veces no se da uno cuenta hasta mucho después. Sólo se puede, desde luego y siempre, advertir que allí hay algo que no es ordinario, algo que hace al alma sentir *un no sé qué, mas no como antes solía;* lo cual proviene de la especial intervención del Espíritu Santo, que, mediante sus dones, hace obrar *místicamente,* o sea de una manera ya, más que humana, *divina,* según tantas veces la llama San Juan de la Cruz.

Este predomino de los dones y el respectivo *modo sobrehumano,* que así vienen a constituir y caracterizar

(1) «Al iniciarse la vida mística, dice, es tan ténue la influencia de los dones, que apenas tiene el alma reflexión sobre la *experiencia de que goza*». «No hay duda, añade, que en esa experiencia podrán notarse muchos grados, unos más intensos que otros, y algunos tan débiles, que apenas o de *ningún modo puedan discernirse con claridad*».

Luego entonces mal puede valerse de ella para distinguir el estado místico.—Y de apelar ahora a este recurso, ya pudo hacerlo antes, sin llegar al extremo de corregir la plana a Santa Teresa y a toda la tradición.—Mas él no lo entiende así, y concluirá tranquilo diciendo: «Por consiguiente (!...), *la experiencia íntima y amorosa de Dios...* viene a ser *como el esencial constitutivo de la mística contemplación*».

la *vida mística* en general, se traducen: ora en una luz o un ardor extraños, misteriosos o inefables, es decir, en un conocimiento o un amor infusos, o sea no adquiridos por nuestros estudios o esfuerzos, sino recibidos de un modo superior al humano, y, por lo mismo, inexplicables en su génesis, cuando no también en su sér; ora en ambas cosas juntas, luz y amor, que ambas son igualmente necesarias al estado místico en general, aunque no lo sean a cada breve estado parcial, ni menos a cada simple *acto místico*—el cual muy bien puede ser producido por sólo el dón de inteligencia o por el de sabiduría—; ora en muy especiales luces, afectos, sentimientos o movimientos propios de los otros dones del mismo divino Espíritu, o sea de los de ciencia y consejo o fortaleza, piedad y temor filial.

A veces esos sentimientos son muy vagos, como sólo de algo misterioso, divino o sobrenatural, sin saber de qué, porque sólo se perciben en ciertos maravillosos efectos de la gracia; pero a veces, cuando la contemplación es más elevada, el alma puede decir y aun asegurar que lo inefablemente sentido o percibido por ella es el mismo Dios, a quien, sin saber cómo, ve claro que lo tiene y goza dentro de sí misma o junto a sí (1); y otras veces, cuando se le retira un poco, lo que siente es la ausencia de El, la soledad y vacío que en ella quedó y la dulzura trocada en inefable amargura.

Así, estos más vivos sentimientos de la *presencia* y de la aparente *ausencia* de Dios, son indudablemente propios de la vida mística y caracterizan ciertos estados especiales y muchos actos de la alta contemplación, cuyo supremo grado, según el P. Antonio del Espíritu Santo (*Diret. myst,* tr. 1, d. 1, s. 1, n. 15), "se acerca mucho a la visión divina". Pero no pueden caracterizar todos los estados místicos, ni menos todos los actos, en particular los de las fases incipientes o de obscuridad y prueba, en que Dios se ausenta y se esconde, de tal modo, que el alma no puede hallarle, ni sentirle, ni saber dónde está; sólo siente el dolor de la herida que le causó, y así pregunta, con San Juan de la Cruz (*Cántico esp.,* 1):

¿Adónde te *escondiste,*
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo *huiste,*
Habiéndome herido;
Salí tras tí, clamando, y eras ido...

(1) Cf. Sta. Teresa, *Vida,* cap. X, XIV, XV, XVIII, etc.

Por tanto, la hermosa definición que de la Teología mística parece dar el mismo Santo, cuando dice:

Consiste esta suma ciencia
En un subido sentir
De la divinal Esencia...
Toda ciencia trascendiendo,

—como poética, no puede, según alguien pretende, tomarse en todo rigor lógico, y sólo se aplica a lo *muy subido* de la mística, que es a lo que allí precisamente se refiere él, describiendo tan sólo *un éxtasis de alta contemplación*. (Cf. *Edic. crít.* t. 3, p. 168).

En lo demás bien puede caracterizarla una simple luz, un ardor especial, como el de los discípulos de Emmaús, un conocimiento, un afecto o sentimiento de orden sobrenatural, no adquiridos con nuestros esfuerzos, aunque ayudados de la gracia, sino divinamente infundidos, o sea, comunicados de un modo superior al humano.

Mas tomando la palabra *sentir* en su acepción más amplia, que comprende, a la vez, elementos afectivos y cognoscitivos, o sea, como sinónima de *percibir, ver, conocer* y de *experimentar* algún *afecto* o *sentimiento,* bien podríamos, quizá, representar por ella el acto de cualquier don, en alto o bajo grado; y así, decir, como poco antes de morir, en 1905, decía la admirable sierva de Dios, M. María de la Reina de los Apóstoles:

Es *sentir* un *no sé qué,*
Mas *no como antes solía;*
Este *sentir no sintiendo,*
¿Qué lengua lo explicaría?
Es un *gozar* y un *sufrir,*
No como los de esta vida...

Como si dijese: Es una manera inexplicable de *sentir* algo, que es *misterioso e inefable,* una suerte de *maná escondido,* que nadie puede conocer sino quien lo da y quien lo recibe, sin que de ese *sentir,* agradable o desagradable, pueda decirse con todo rigor y propiedad otra cosa, sino que no es como el ordinario de antes, sino de un *modo muy superior* o sea, *un sentir sobrehumano,* con lo cual está dicho todo.

Este carácter distintivo es aplicable, como dijimos ya, a todos los casos, aun a los que parecen más excepcionales, o a lo muy subido, como a lo más bajo, y también a las obscuridades, sequedades y desolaciones o ausencias, etc., en que el alma se cree como del todo privada de Dios y de sus gracias, y en que, por lo mis-

mo, no puede creer que tiene nada de luz o de amor infuso, y, lejos de sentir la presencia de Dios, se siente como abandonada de El sin remedio y casi como reprobada. Pero, así y todo, puede muy bien reconocer que no procede ya, ni acierta a proceder, al modo humano ordinario, o sea como antes solía, y que siente *un no sé qué,* inexplicable, que en medio de todo la eleva, la calma y la fortalece y consuela, y a veces, hasta la embelesa; por lo cual, y por los copiosos frutos de vida, se puede comprender que, muy lejos de empeorar, como ella supone, se encuentra elevada a un estado mucho mejor que el "ordinario", o ascético.

Artículo 3.º—El verdadero constitutivo de la vida mística y relaciones de ésta con la ascética.

En resumen, conforme dijimos ya en la *Evolución mística* (p. 627-632), lo que en realidad constituye el *estado místico* es el predominio de los dones del Espíritu Santo (y sus consecuencias, los frutos ya maduros y sazonados del mismo y las bienaventuranzas), sobre la simple fe viva ordinaria, con las correspondientes obras de esperanza y caridad; mientras que el de éstas sobre aquéllos, caracteriza el estado ascético. Pero, a veces, el buen "asceta", movido del divino Espíritu, puede proceder místicamente, aunque él no lo advierta; así como, por el contrario, los místicos, por muy elevados que se hallen, cuando por algún tiempo se les retira el Espíritu—aunque los deja ricos de grandes efectos y frutos que dan a todos sus actos más intensidad y valor—, deben proceder, y proceden, a manera de ascetas.

Mas, puesto que los dones, en mayor o menor grado, son infundidos—según ya vimos—con la misma gracia santificante y crecen con la caridad, todos cuantos viven en ésta pueden, mediante ellos, obrar, a veces, heróica y *místicamente.* Y así, aunque en estado muy remiso, en los mismos albores de la *vida espiritual* se inicia la *mística,* y ésta, en realidad, comprende, en cierta manera, todo el desarrollo de la vida cristiana y todo el camino de la perfección evangélica; por más que sus manifestaciones principalísimas (que son las que suelen llamar la atención y, por lo mismo, tomarse como típicas) se reservan casi todas para la *vía unitiva,* en que el alma tiene ya como el *hábito del heroísmo* y de lo *divino,* y en que, ejercitándose con perfección en las más dificultosas prácticas de la virtud, ya claramente obra *supra modum humanum;* mientras que en la *vía purgativa,*

y aun en parte de la *iluminativa,* teniendo todavía que tropezar a cada paso con grandes dificultades, necesita esforzarse a obrar a la luz de la fe como *por iniciativa propia* y al *modo humano,* sin *sentir claro* (o, al menos, sin *notar que siente)* la oculta *moción* del Consolador y el *gusto,* sabroso o amargo, que con el don de sabiduría le infunde. Pero de cuando en cuando, en medio de sus esfuerzos, el alma fiel nota ciertos *impulsos* o *atractivos* delicados y ciertos *gustos* o *disgustos* en que ya distingue y reconoce, o, al menos, sospecha como un misterioso *olor* o *sabor divino.* Y cuando haya adelantado más, en los mismos frutos de vida que esa moción le deje, no podrá menos de reconocer ya un muy especial influjo del Espíritu Santo.

Así, el alma que marcha todavía por las sendas más *ordinarias* produce, a veces, verdaderos *actos místicos,* como un místico, en muchas ocasiones, los produce ascéticos; y esos actos se le acrecientan hasta que, poco a poco, purificada e iluminada ella, vienen a convertírsele como en habituales. Y cuando esto suceda, cuando *habitualmente* produzca actos heróicos de virtud y, negada ya a sí misma, casi de ordinario se deje mover sin resistencia de los toques y soplos del Espíritu Santificador, que, como a un instrumento músico muy afinado, a su gusto la maneja, arrancando de ella divinas melodías, entonces podremos decir que se halla ya en pleno *estado místico,* aunque a ratos o a temporadas tenga aún que descender al *ascético.*

El *estado místico habitual* viene a empezar de lleno con la oración de *unión,* aunque todavía siga con grandes intermitencias hasta que se llegue a la *unión plena y estable;* pero se *inicia* ya de algún modo en la *oración afectiva;* y luego, en la *noche del sentido,* por más que el alma no acierte a reconocerlo, se *acentúa* cada vez más, por una parte, en la creciente dificultad o imposibilidad de meditar como de *ordinario;* y por otra, en la casi continua *vista* o presencia, ora amorosa, ora dolorosa de Dios (1). Y luego se mostrará muy a las claras, aunque por breve tiempo y con largos intervalos, en el *recogimiento infuso,* y mucho más en la *quietud.* Estos son ya estados místicos, pero breves e interrumpidos, y por eso muchos autores suelen identificar la *vida mística* con la *unión,* considerando las otras fases como

(1) Según San Juan de la Cruz *(Noche,* I, cap. IX), la purgación o noche del sentido constituye un verdadero «principio de obscura y seca *contemplación,* la cual es *oculta y secreta para el mismo que la tiene*». Cf. *Ibid.* cap. I.

simples preparaciones; aunque, desde Santa Teresa, lo más común es hacerla empezar con la oración de *recogimiento*.

Mas lo que en éste se nota ya de un modo *claro* y *positivo*, eso mismo se indicaba entre afectos contrarios en la *noche* que le precede y lo prepara; así como volverá a notarse en las obscuridades, sequedades, ausencias, desolaciones, amarguras, temores, penas y demás situaciones y *sensaciones dolorosas*, a la vez que *extraordinarias* o "sobrenaturales„ que le siguen. Y en ellas, precisamente, es donde el alma suele hacer más actos heróicos que, como verdaderos y perfectos frutos que son del Divino Espíritu, atestiguan la presencia de sus dones. Ahí ejercita los de fortaleza, piedad, consejo y temor filial; y recoge de ellos los frutos de paciencia, longanimidad, fe, continencia, bondad, mansedumbre, etc., que la llevan luego al gozo en las tribulaciones, a la paz en las contrariedades y luchas, y a la verdadera castidad, modestia, benignidad, y, por último, a la *perfecta caridad*, que *echa a fuera todo temor* servil. Con esto se logra poseer en más alto grado el don de ciencia—, aprendiendo en las pruebas a conocer mejor a Dios, viendo su mano paternal aun en medio de la más refinada malicia de las criaturas, y adquiriendo nueva hambre y sed de justicia—; el de inteligencia, con que, a través de las tinieblas, descubre y penetra los arcanos divinos; y, en fin, el de sabiduría, que antes la saturaba de saludables *amarguras*, para purificarla y hacerla saborear luego las inefables *dulzuras* del Dios de toda consolación.

Así, pues, lo verdaderamente característico de la vida mística—en acto o en hábito—, es el modo sobrehumano que se traducirá y se podrá reconocer: en el orar, por cualquier manifestación especial de las luces o afectos producidos por los diversos dones del Espíritu Santo; en el obrar, por cualquier adquisición notable de sus frutos; en el conocer y apetecer, por cualquier función positiva o negativa, grata o ingrata de los sentidos y sentimientos espirituales, que son otras tantas manifestaciones especiales de los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría, etc. En todo esto se muestra el alma como dirigida y movida del mismo Espíritu Santo, y procediendo así de un *modo sobrehumano*, bajo *iniciativas* y *normas divinas;* mientras que en el estado ascético se procede *humanamente*, bajo el gobierno de la propia razón, tal como se halle ilustrada por la fe y las demás virtudes infusas, y como por *propia iniciativa*.

CUESTIÓN SÉPTIMA

Cuáles sean las principales fases y los más frecuentes fenómenos de la vida mística

Artículo 1.º—Misterios de la vida cristiana y vida mística.

La vida mística, podemos decir, abarca en cierto modo toda la vida propiamente cristiana (1); puesto que todo fiel cristiano, por el mero hecho de bautizarse en Cristo—que es como despojarse místicamente de sí mismo y revestirse de El *(Gal.* 3, 27)—, simboliza su propia muerte a todo, su espiritual sepultura y resurrección, y su nueva vida escondida con Cristo en Dios (2).—Y esa misteriosa vida así *oculta en Dios* es la *vida mística*, que en cada cristiano—para que sea perfecto y como otro Cristo—*christianus alter Christus*—debe reproducir, según luego veremos, todos los adorables misterios de nuestro Salvador (3).

Por el bautismo, en efecto, nos ingertamos en Cristo (4) para formar con El un solo cuerpo, que es su cuerpo místico (5), animado de su mismo Espíritu y poseído cada vez más de sus divinos sentimientos (6), a medida que nos despojamos de los propios. Y así es como recibimos la adopción de hijos de Dios mediante la infusión del Espíritu Santo, el cual, con su don de piedad, nos mueve a invocar al Todopoderoso con el dulce nombre de *Padre,* y a servirle, amarle y honrarle como a tal, orando como conviene (7).

Y así mora en nosotros no sólo *sellándonos* con la viva imagen de Cristo, cuya fisonomía nos imprime (8), sino también *ungiéndonos* e ilustrándonos con la suavidad, dulzura y claridad de su gracia, que es en substancia toda la vida mística y la misma vida eterna, oculta e inmanente en nosotros (9).—Le recibimos como fuente de agua viva que, por impulso o instinto divino, nos hace saltar hacia la vida eterna (10); y en nosotros mora no sólo como *vivificador* que nos anima, nos purifica, nos fortalece y renueva, destruyendo en nosotros todos

(1) Cfr. *Evolución mística,* p. 608; Weiss, *Apolog.,* IX, Cf.ª IV.
(2) *Rom.* 6, 4; *Col.* 2, 12; 3, 3.
(3) I *Petr.* 1, 13-15-; 2, 21-25; *Gal.* 2, 19-20; II *Tim.* 2, 11.
(4) *Rom.* 6, 5; 9, 24. (5) *Rom.* 12, 4-5; I *Cor.* 12, 12-27.
(6) *Rom.* 8, 5, 14, 16; I *Cor.* 6, 19; *Gal.* 5, 25; *Phil.* 2, 5.
(7) *Rom.* 8, 15, 26; *Gal.* 4, 5. (8) *Eph.* 1, 13; II *Cor.* 1, 21-22; 3, 18.
(9) *Rom.* 6, 23; I *Joan.* 2, 20; 5, 11. (10) *Joan.* 4, 14.

los elementos de muerte (1), sino también como *Señor* (2) con pleno derecho a dominarnos, dirigirnos y gobernarnos (3), imponiéndonos sus dulces leyes de amor (4) que nos dan la espiritual y gloriosa libertad de los hijos de Dios y nos libran de las tiranías y esclavitudes mundanas y de la vida rutinaria (5).

Todo nuestro bien consiste, pues, en adherirnos a Dios (6) hasta hacernos un solo espíritu con (7); en serle verdaderamente dóciles y *docíbiles* (8), sin nunca contristar a su amoroso Espíritu, sin resistirle ni menos extinguirle (9), dejándole dar voces en vano; sino procurando estarle muy atentos, recogidos en nuestro interior, para oir bien, deseando cumplirlo fielmente, lo que en nosotros se digne hablar el Señor, nuestro Dios, porque habla palabras de paz a sus santos y a cuantos se convierten al corazón (10). Y entonces, morando en nosotros, conforme dice San Juan de la Cruz (11), "agradado", no tardará en constituirse de hecho en dulce Dueño, Director, Consolador y Maestro de nuestras almas, que en todo nos mueva y gobierne como a perfectos hijos de Dios, haciéndonos proceder, no según la carne y sangre —*non secundum hominem*—, sino de un modo sobrenatural, *sobrehumano* y verdaderamente *divino*, es decir, *místicamente* o *secundum Deum*.

A esto se ordena todo el trato íntimo, amoroso y familiar con Dios mediante la oración y contemplación, a ir copiando e imitando lo mejor posible—y dejar que el divino Espíritu imprima "sobrenaturalmente" en nosotros—las adorables perfecciones del Padre Celestial, procurando al efecto configurarnos con su Unigénito, esplendor de su gloria y nuestro ejemplar y modelo (12).

(1) *Rom.* 6, 6. (2) *Credo... in Spiritum, Dominum et vivificantem.*
(3) I *Cor.* 6, 19-20. (4) Cf. V. Ana M.ª de S. José, *Autobiogr.*, n. 48.
(5) *Rom.* 8, 14, 21; *Gal.* 4, 5-7; 5, 18; II *Cor.* 3, 17. (6) *Ps.* 72, 28.
(7) I *Cor.* 6, 17. (8) *Jn.* 6, 45. (9) *Act.* 7, 51; *Eph.* 4, 30; 1 *Thes.* 5, 19.
(10) *Ps.* 84, 9. (11) *Llama de amor viva*, canc. 4, v. 3.
(12) La oración, dice Santa Teresa (*Vida*, c. 8), es «tratar de amistad... a solas con quien sabemos nos ama». «¿Qué cosa es oración, pregunta a su vez San Alfonso Rodríguez (*Declaración del Padre-Nuestro*, cap. 2), sino estar el alma ocupada con Dios, *amándole y contemplando sus perfecciones?*»

Mas «la perfecta contemplación, dice el P. La Puente (*Guía*, tr. 3, c. 4), proporcionalmente consiste en formar dentro de nuestro espíritu, que abraza entendimiento y voluntad, una viva imagen de la gloria del mismo Dios. Esto es, de su Divinidad y de sus infinitas excelencias y perfecciones».

Y quien nos acaba de formar y nos imprime esa «viva imagen» es el Espíritu Santo, imprimiéndosenos El mismo como vivo sello de Cristo, y haciéndonos así participar de las grandezas divinas y conocerlas por experiencia.—De ahí que mientras en la meditación, como observa el P. José de Jesús María Quiroga (*Defensa de los escritos de San Juan de la Cruz; cf. Obras* del Santo, t. 3, p. 574), «caminamos al conocimiento de las cosas espirituales y divinas por abstracción de las cosas criadas..., en esta divina contemplación se camina al conocimiento de Dios y de sus divinas perfeccio-

Para saber, pues, los grados que ofrece esta divina vida y los fenómenos que presenta desde que la recibimos en el Bautismo hasta que se despliegue plenamente en la Gloria, hay que tener muy presentes los misterios todos—gozosos, dolorosos y gloriosos—de la vida de Nuestro Señor; y por eso nos conviene tanto meditarlos, al lado de María, en el Santo Rosario; pues todos ellos—desde la misma Encarnación *de Spiritu Sancto, ex Maria Virgine,* y desde el nacimiento hasta la pasión, muerte, resurección, ascensión y aun misión del mismo divino Espíritu. que es donde se consuman las maravillas de la vida cristiana, han de reproducirse a su manera, como en otros tantos *Cristos,* en todos los cristianos perfectos (1). Y aquellos en quienes no se hayan reproducido de algún modo, serán siempre muy imperfectos y pequeñuelos, según advierte San Bernardo *(Serm.* 4).

Artículo 2.º—Los diversos grados de oración y de vida espiritual.

En realidad la reproducción de los misterios de nuestro Salvador verificada en nosotros, es lo que constituye la verdadera substancia de la *vida mística;* y así nuestro aprovechamiento está en "crecer en gracia y conocimiento de El„ (II *Petr.* 3, 18). Sin embargo, como todo esto se logra de un modo especial en la oración, y ésta es la escuela de la vida religiosa—pues conforme decía San Agustín *(Serm.* 90): Bien vive el que bien ora: *Recte novit vivere, qui recte novit orare*—de ahí que, para reconocer los diversos grados de la vida espiritual—

nes por *participación* de ellas, recibiendo nuestro entendimiento las noticias sobrenaturales de las cosas divinas en su espiritualidad y pureza por medio de la luz sencilla de la fe y de la ilustración del don de la Sabiduría».

Y en efecto: «Ratio formalis qua cognoscit istas causas, dice Juan de Santo Tomás (in 1-2, q. 70, disp. 18, a. 4, § VI), est *experimentum quoddam internum,* quod habetur de Deo, et rebus divinis in ipso gustu, seu affectu, et delectatione, seu tactu voluntatis interno de istis rebus spiritualibus. Ex hac enim unione, quasi connaturalizatur anima ad res divinas, et per gustum ipsum discernit eas a rebus sensibilibus et creatis».

«Cum ergo donum sapientiae non quaelibet sapientia sit, sed *spiritus sapientiae,* id est, ex affectu et spiritu, et *donatione ipsa qua experimur* in nobis quae sit voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecte judicans de ipsis rebus divinis, oportet quod ratio formalis qua donum sapientiae attingit causam altissimam, id est, causam divinam, sit ipsa notitia quae habetur experimentaliter de Deo, quatenus unitur nobis, et *invisceratur,* et donat seipsum nobis: hoc enim est *ex spiritu scire,* et non solum ex lumine, aut discursu monstrante quidditatem, sed *ex affectu experiente unionem*». *Id.* Ibid. § IX.—Cf. S. Thom. 2-2, q. 45, a. 2.

(1) Cf. *Luc.* 6, 40. «In Christo omnes crucifixi, omnes mortui, omnes sepulti, omnes etiamre suscitati». San León M. *Serm.* 64, 7.

«Quidquid gestum est in cruce Chisti, in sepultura, in resurrectione, tertia die, in ascensione in coelum, et in sedere ad dexteram Patris, ita gestum est, ut his rebus... *configuraretur vita christiana* quae hic geritur». S. August. *Enchirid.* 14. Cf. Olier, *Catéc. chrét. pour la vie intér.* 1.ª P. lec. 20-25.

que debe ir siempre en aumento (1)—, baste saber los de la oración que le sirven como de norma; ya que esa vida es un eco de la misma oración, o, mejor dicho, una oración continua, una incesante conversación en los cielos (2).

Pues, "oración, conforme dice S. Juan Clímaco *(Escala,* c. 29), es unión del hombre con Dios..., es gusto de la alegría advenidera, obra que nunca se acaba, mineral de virtudes, procuradora de las gracias, aprovechamiento invisible, mantenimiento del ánimo, lumbre del entendimiento, *indicio de la medida de las virtudes y declaración de nuestro estado...* Todo esto se dice de la oración, porque para todas las cosas ayuda al hombre... En la oración reciben los monjes aquel ciento por uno que el Señor prometió aun en este siglo *(Marc.* X), con la abundancia de los bienes que allí se dan„.

La oración, en efecto, según advirtió S. Juan Crisóstomo, es como una poderosísima reina que, a donde quiera que vaya, lleva consigo siempre el cortejo de *todas las virtudes.*—Por eso advierte muy bien con S. Buenaventura el V. Granada *(Comp. de la Doctr. espir.;* tr. 1 de la *Orac. ment.,* c. 1): "Si quieres fortalecer y confirmar tu corazón en el camino de Dios, seas hombre de oración... Si quieres desarraigar de tu ánima todos los vicios y plantar en su lugar las virtudes, seas hombre de oración; porque en ella se recibe la unción y gracia del Espíritu Santo, la cual enseña todas las cosas„.

Los diversos grados o maneras de oración son, pues, como los diversos talentos espirituales que Dios nos da para tratar y negociar con El el *unum necessarium,* que es la asecución de su reino y su justicia.—Cada cual debe orar según la manera especial de oración que Dios le da y le señala, y no de otro modo; porque esto sería salirse del orden y plan divino (3).—Mas quien emplee bien los talentos recibidos, luego los encontrará duplicados y aun centuplicados *(Mt.* 25, 14-29).

Así añade S. Juan Clímaco *(ib):* "Trabaja cuanto pudieres por levantar tu espíritu a lo alto, para *suspenderlo en Dios,* en cuanto sea posible... Si en este ejercicio peleares varonilmente sin cesar, presto vendrá a tí el que ponga cerco y término al mar de tus pensamientos. El principio de la buena oración es despedir el hombre

(1) «Nemo infima deserens, advierte San Gregorio *(Moral.,* l. 22, c. 19), repente fit summus, quia ad obtinendum perfectionis meritum, dum quotidie mens in altum ducitur, ad hoc, procul dubio, velut ascensionis quibusdam gradibus pervenitur».

(2) *Luc.* 18, 1; 21, 36; I *Thes.* 5, 17; *Phil.* 3, 20.

(3) Véase el hermoso tratado *Espinas del alma,* coloq. 7, en Obras de San Juan de la Cruz, t. 3, p. 259; y en La Figuera, *Suma espiritual.*

de sí luego a la entrada todas las olas de pensamientos que allí se levantan... El medio es estar todo el espíritu atento a las cosas que dice o que piensa: mas el fin es *es transportarse y arrebatarse el hombre en Dios*... Ten siempre fortísimo ánimo y constancia en este ejercicio; y así tendrás a Dios por maestro de tu oración; porque El te enseñará cómo has de orar...

Orar es, pues, *conversar con el mismo Dios*, entrando en íntimo trato y familiar sociedad con El (1), mediante las tres virtudes teologales—que, haciéndonos participar del mutuo conocimiento y amor de las tres Divinas Personas, nos unen más y más con Ellas—, y mediante los siete dones del Espíritu Santo que nos ponen bajo la amorosa dirección y moción de este divino Consolador, y que son los místicos ojos con que el Cordero inmolado nos permite penetrar las maravillas del libro de sus misterios (*Apoc.* 5, 6) (2).

Así es como por la ferviente oración se alcanzan de lo alto las bendiciones que nos son menester para disponer en el corazón escalas y poder ir subiendo de virtud en virtud hasta practicarlas todas con tal perfección y heroísmo, que merezcamos ser reconocidos del Eterno Padre por fieles hijos suyos y contados en el número feliz de aquellos en quienes El se complace viendo cómo, a imitación de su Unigénito, proceden ya en todo animados de su divino Espíritu, y a quienes, por lo mismo, se manifestará y dejará ya ver de algún modo en la cumbre de Sión (*Ps.* 83, 6-8), o sea en las alturas de la santidad verdadera.

Esta plena santidad y perfección que llega hasta el heroísmo de la virtud han de comunicarla, según vimos, esos siete preciosísimos dones del Espíritu de santificación (cf. S. Thom. *in Mt.* 5; *in* 3 *Sent.* d. 34, q. 1, a. 1, et 3; 1-2, q. 68, a. 1, 2, 4-8; q. 69, a. 1, etc.), mediante los cuales, procurando ser dóciles a las inspiraciones divinas, vendremos a quedar poseídos de este dulcísimo Huésped, Maestro, Consolador, Conductor y renovador de alma, para ser de El, no sólo bien purificados e iluminados, sino en todo animados, gobernados, movidos y dirigidos, como de verdaderos Señor y Vivificador.

Entonces obraremos no conforme a nuestras propias *normas humanas*, sino conforme a las suyas, *divinas;* no por nuestra *iniciativa*, sino por la suya, procediendo

(1) I *Joan.* 1, 3; cf. Santa Teresa, *Vida*, c. 8.
(2) Cf. La Puente, *Guía espir.*, tr. 3, c. 3, § 1; Nouet, *Introd. a la vie d' oraison*, l. 1, entret. 7.

no activa, sino *pasivamente,* pero de una sublime manera que no es ya tampoco *humana,* sino *sobrehumana, sobrenatural* y *divina,* cual conviene a las almas verdaderamente *espirituales,* o sea a los *cristianos perfectos,* a los fieles *hijos de Dios;* que, como dice el Apóstol *(Rom.* 8, 14), lo son con la perfección debida sólo aquellos que así se encuentran en todo movidos y poseídos del divino Espíritu.

Nuestro modo de oración, y en general nuestro proceder en la práctica de la virtud, será, pues, "ordinario y natural„, o sea *ascético*, propio de principiantes, mientras se verifica *activamente,* conforme procedemos en los asuntos humanos; y será, como dicen, "extraordinario y sobrenatural„, o *místico*, propio de perfectos y aun de aprovechados, o sea de los que pueden llamarse en rigor almas *interiores* y *espirituales*, cuando se verifique *pasivamente,* no a nuestro modo, ni por nuestra iniciativa, o según nuestros planes, sino conforme nos vaya siendo dado por Aquel que, habiendo tomado posesión de nosotros y aceptado nuestra entrega, nos *incapacita* para lo que no es de su agrado, y nos mueve e impele con suavidad a lo que en cada caso quiere de nosotros, que es siempre lo más conveniente para gloria de Dios y aprovechamiento nuestro.

Mas por cuanto el Divino Espíritu *inspira cuando quiere* y *como quiere,* sin sujetarse a nuestras apreciaciones, de ahí que ese proceder propio de la *vida mística* no pueda reducirse a reglas fijas; y así haya entonces que atenerse casi únicamente a los *frutos*, para poder conocer por ellos si las cosas son o no de Dios.—De ahí la dificultad que tántos suelen hallar en el estudio de la Mística (cuya clave es el tratado de los dones del E. S.), por querer encontrar en ella reglas fijas como las de la Ascética, fundadas en las condiciones ordinarias de la virtud; siendo así que allí la única regla es atender al impulso del Espíritu de santificación, que no se contenta con lo *bueno,* sino que siempre tiende en cada caso a *lo mejor,* a lo *más conforme al divino beneplácito.*

Artículo 3.º—Grados de oración ordinaria o ascética.

El *primer grado de oración* lo constituye la *vocal,* en que esa conversación se mantiene con los signos habituales de nuestro lenguaje articulado; y así vemos que está siempre al alcance de todos, mientras que ese hablar exterior no es sustituído por el silencioso y expresivo de los corazones o por el completamente *sobrena-*

tural del Espíritu que todo lo penetra: *omnia scrutatur, etiam profunda Dei* (I *Cor.* 2, 10). Hay muchas personas sencillas que, para exponer ante el Señor sus humildes sentimientos, apenas pueden prescindir de las palabras, de tal suerte que, cerrando los labios, según advirtió Santa Teresa, les parece que se les cierran también los ojos del entendimiento.

Pero esas mismas, conforme añade muy bien la Santa, aunque toda su vida se sientan incapaces de *meditar*, no por eso quedan excluídas de entrar a su tiempo en el místico reposo, o sea en la cámara regia de la contemplación (1). Antes, perseverando con fidelidad en esta sencilla manera de oración que tienen, aunque se limiten a repetir simplemente, pero con toda su alma, las compendiosas peticiones del *Padre Nuestro*, en sólo ellas, y especialmente en las tres primeras, hallarán tesoros inagotables y tales que, cuando menos lo piensen, las hagan quedar suspensas en altísimo grado de contemplación (2).

Pero lo ordinario, sobre todo en personas algo instruídas, es mantener mejor el fervor y recogimiento cerrando los labios y orando con sólo la mente y el corazón (cf. I *Cor.* 14, 15); cuyos pensamientos, deseos y afectos oye Dios muy bien, sin necesidad de que se los expresemos verbalmente. Y esta conversación interior, o de

(1) Por aquí se ve cuán inexacta es esta afirmación de Rodríguez (Tr. V, c. 18): La contemplación «es un don particularísimo de Dios, el cual no da a todos, sino a quien El es servido; pero la oración mental ordinaria y llana, no la niega el Señor a nadie...»

Y sin embargo, añade (c. 19): «Conocí a un Padre... muy gran predicador, que su oración por mucho tiempo fué decir con mucha humildad y simplicidad a Dios: «Señor, yo soy una bestia y no sé tener oración, enseñadme Vos a tenerla»; y con esto... vino a tener muy *subida oración*» (es decir, *contemplación* y no *meditación...)*

(2) «Es cosa espantosa, dice Santa Teresa *(Camino,* c. 37), cuán subida en perfección es esta oración evangelical; bien como el Maestro que nos la enseña. Espantábame yo hoy hallando aquí en tan pocas palabras *toda la contemplación y perfección* metida, que parece no hemos menester otro libro, sino estudiar en éste, porque hasta aquí ha enseñado el Señor *todo el modo más alto de contemplación,* desde los principiantes en oración mental, hasta la muy encumbrada y perfecta contemplación». De esta suerte, conforme añade (c. 42), esta maravillosa oración encierra en sí «todo el camino espiritual desde el principio, hasta engolfarlos Dios y darlos abundosamente a beber en la fuente de agua viva».

«De la oración vocal imperfecta, decía el Eterno Padre a Santa Catalina de Sena *(Diálogos,* c. 66), llegará el alma perseverando con el ejercicio, a la oración *mental perfecta* (que es la contemplación infusa); mas no podrá nunca llegar, si sólo trata de llenar el número de sus oraciones vocales, y por ellas deja la mental. Y hay almas tan ignorantes que, puestas a recitar cierto número de oraciones, aunque Yo entonces las visite de muy distintas maneras, no quieren aceptar mi visita por no interrumpir lo comenzado, lo cual (a no ser esas oraciones de obligación), es un manifiesto engaño. Pues tan pronto como sientan mi visita, deben suspender sus devociones... La oración perfecta no se adquiere con muchas palabras, sino con el afecto de deseo que se levanta a Mí, con conocimiento de sí mismo y de mi bondad, y así juntamente tendrá oración vocal y mental».

corazones, que suele hacerse ya más en "espíritu y en verdad", es la *oración mental*, la cual puede ofrecer muy diversas formas, y constituir numerosos grados, según iremos viendo.

Al *segundo grado de oración* pertenece la que llamamos *meditación*, *consideración* de los divinos misterios, o bien *oración mental discursiva,* a la cual suelen dedicarse más o menos casi todos los que con cierta instrucción emprenden la vida espiritual (1); y donde ordinariamente, y sobre todo en un principio, conviene proceder metódicamente y por partes, para aprender a emplear bien y con fruto aquel precioso tiempo. De ahí el tener casi siempre que empezar por los actos preparatorios, o sea por la *composición de lugar*, *lección, meditación*, *reflexión*, etc., que son como *instrucciones* para luego saber *conversar* con nuestro Señor y sus Santos, mediante los afectos, súplicas, alabanzas, acciones de gracias, resoluciones prácticas, etc., en que está lo esencial de la oración y lo que, por lo mismo, nunca debe faltar, aunque faltare lo demás. Así, cuando el alma logra hacer esto expeditamente, sin aprendizajes, debe ir suprimiendo ciertos actos preparatorios que resultan ya inútiles y atenerse a lo principal, que son los afectuosos coloquios y las súplicas (2).

(1) La meditación sobre todo de la Pasión, dice Santa Teresa *(Vida*, c. 13), «es el modo de oración en que han de comenzar y de mediar y acabar todos (los letrados), y muy excelente y siguro camino, *hasta que el Señor los lleve a cosas sobrenaturales*».

(2) «Tornando a los que discurren, digo que no se les vaya el tiempo en esto, porque aunque es muy meritorio, no les parece, como es oración sabrosa, que ha de haber... rato que no sea trabajar. Luego les parece es perdido el tiempo, y tengo yo por muy ganada esta pérdida; sino que, como he dicho, se representen delante de Cristo, y sin *cansancio del entendimiento, se estén hablando y regalando con él,* sin cansarse en componer razones, sino presentar necesidades». Santa Teresa, *Vida,* c. 13.

«Este—coloquio amoroso—advierte el V. Granada *(De la Orac.* c. 8, § 1), llaman los Santos ejercicio de aspirar al amor divino. Y a este fin se ordena la meditación y la oración y todos los otros buenos ejercicios: por donde se da por regla general a todos los que oran, que procuren cuanto les sea posible levantar su espíritu a este divino coloquio; que es hablar y tratar con el mesmo Dios, mayormente en tratos de amor y ejercicios de aspiración».

«Para orar bien, decía el B. Cura de Ars *(Vie*, por Monnin, t. 5, c. 4), no se necesita hablar tanto. Puesto que sabemos que Dios está allí, en el sagrado Tabernáculo, descubrámosle nuestro corazón, alegrémonos de su santa presencia, y ésta es la mejor oración».

«Al ir a la oración, dice M. Olier *(Catéch. chrét.* 2.ª P. leç. X), el alma no tiene otra cosa que hacer sino unirse con Jesucristo, que es la oración y la alabanza de toda la Iglesia; de tal suerte que, estando el alma unida a Nuestro Señor y asintiendo de corazón a toda la alabanza que El da a su Eterno Padre y a todas las peticiones que le hace, no está sin fruto: al contrario, hace mucho más que si orase en su propio espíritu, queriendo mezclarse en adorar, amar, alabar y orar a Dios por sí misma y con sus propios actos. Por esta unión hácese el alma más extensa que la mar; pues se extiende como el alma y como el Espíritu de Jesucristo, que ruega en toda la Iglesia».

Sin embargo, la *moción de afectos* hay que lograrla casi siempre a fuerza de consideraciones que nos obligan a tomar resoluciones firmes, con que podamos cada día, ayudados de las luces y auxilios que allí imploramos, corregirnos de algún vicio o defecto especial y adelantar en la virtud, para servir a Dios con más fidelidad y fervor, que es lo que allí vamos a negociar y aprender.—Mas la luz, fervor, unción y devoción que así saquemos, y la misma firmeza de nuestras resoluciones, aunque producida de un *modo humano*, o sea a la manera de las otras resoluciones ordinarias, mediante grandes reflexiones y consideraciones, con un trabajo comparable—según la hermosa imagen empleada por Santa Teresa (*Vida*, c. 11-18)—al de quien a fuerza de brazos va sacando un poco de agua de un pozo; todo esto, digo, no depende tanto de nuestros esfuerzos, con ser por lo común indispensables, como de Quien allí depositó, en la abundancia y altura convenientes, esa misteriosa *agua espiritual—aquam sapientiae salutaris*—que buscamos para que nos lave y refrigere, y nos fortalezca y sane de las enfermedades del alma.—Y estas virtudes y preciosas condiciones, así como también la misma abundancia y buena proporción de esta agua de vida, dependen, como depende todo don precioso, del Altísimo Dador de todos los bienes y Padre de las luces (1).

De ahí el que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, a veces no acertemos a sacar ni una sola gota de esa *agua* misteriosa, porque el Dueño de ella ha querido aquel día que no manase, o dejar el pozo del todo seco; mientras que al día siguiente, quizá al primer esfuerzo—y aun sin esfuerzo ninguno—nos la ofrecerá en abundancia...

Así es como, aunque podemos, por regla ordinaria, tener esta manera de oración discursiva, o sea la *meditación*, siempre que queremos y a la hora que queramos—porque a todas horas, con la gracia ordinaria que está como a nuestra mano, podemos reflexionar sobre los misterios de nuestra fe y ejercitarnos mejor o peor en actos y afectos de ella, de esperanza y de caridad—lo cual será una excelente *oración mental* (2)—, sin embargo, no podemos tenerla *como queremos*, sino como nos sea *dado*, con el fervor, unción, ternura y otros sentimientos que el Señor se digne comunicarnos con algún disimulado influjo de sus dones de *temor, piedad, cien-*

(1) *Jac.* 1, 17; cfr. GRANADA, *De la Devoción*, c. 5, § 17.
(2) «Fides credit, spes et caritas orant, et orando impetrant». S. AUGUST. *De orando Deum; Epist.* 121, c. 8.

cia, *consejo*, etc. Y este influjo de los dones le da ya cierto aspecto "sobrenatural„ o *místico* (1).

De esta suerte vemos que, con ser la meditación (por lo que en ella concurren *obrando* y esforzándose todas nuestras potencias) la forma de oración más característica de la vida *ascética,* pues lo es aun más que la misma oración vocal (la cual suele a veces hacerse *místicamente*, o sea del todo en espíritu, sin advertir cómo); con todo eso puede en ella misma notarse, en medio de nuestra ordinaria actividad y de todas nuestras iniciativas, cierta *pasividad,* cierto *modo sobrehumano,* propio de los dones con que el Espíritu Santo se digne intervenir para refrigerar nuestras almas sedientas, y darles ya algún descanso (2).

Y a veces interviene tan pronto y en forma tal, que nada más empezar a prepararnos, o al comenzar la lectura o la consideración, nos sentiremos ya llenos de grandes afectos y sin gana de ejercitarnos en otra cosa sino en seguir las dulces mociones e inspiraciones con que tan bondadosamente nos previene el divino Consolador, para que casi sin ningún trabajo logremos gozar más pronto de sus dulces frutos. Y entonces claro está que no debemos proseguir *buscando* penosamente lo que ya tenemos *hallado* sin trabajo (3).

Si esto sucede con frecuencia, de modo que raras veces podamos ya detenernos en la meditación ni aun atender a la lección; o si nos esforzamos en ello, nos secamos más en vez de enfervorizarnos, y acabamos por no entender la lectura o por olvidarla enseguida tan completamente, que ni en el punto preparado ni en nada podemos pensar, ni menos reflexionar; entonces debemos contentarnos con ofrecer a Dios los afectos que El mismo se digne depositar o sugerir en nuestro corazón, en-

(1) Cf. La Puente, *Guía espiritual,* tr. 3, c. 3, § 1.

(2) «In donis Spiritus Sancti mens humana non se habet ut movens, sed magis ut mota».—S. Thom., 2-2, q. 52, a. 2, ad 1

De este modo podría la misma meditación ser entonces mirada como una forma inicial de contemplación.—«Meditatio, dice Vallgornera *(Theol. myst.* q. 2, d. 6, a. 2), est *primus gradus vitae contemplativae,* et *ordinate* non possumus sine illa ascendere ad contemplationem».

(3) Aunque lo más ordinario sea conducir Dios las almas a la perfección empezando por la oración discursiva, «aliquos tamen, advierte Alvarez de Paz *(De Inquis. pacis,* l. 4, P. 3, c. 2), statim a principio conversionis suae absque meditationibus atque discursibus consuevit in statu affectuum collocare, et igne amoris omnia illius impura et vitiosa consumere. Tunc vero meditationi insistendum non est, sed per iter affectuum properandum... Cognoscemus autem aliquem ad orationem affectivam fuisse vocatum, si meditari nesciat...; e contrario vero, si facile ad affectus assurgat, si in illis cor ejus pacem inveniat... et in omni virtute proficiat. Qui ejusmodi est, non est ad meditationem arctandus, nec ad puncta praevenienda, et discursus cogendus, sed suaviter secundum suam vocationem et orandi rationem docendus».

treteniéndonos con El en dulces y tiernos coloquios y súplicas (1).—Y esto es lo que constituye el tercer grado de oración, donde ya empieza a notarse algo de "sobrenatural„ o infuso.

Artículo 4.º—Grados de transición de la oración "ordinaria„ a la "sobrenatural„.

Tercer grado de oración y primero de transición: la afectiva.—En esta manera de oración, según el símil de Santa Teresa, podremos decir que el agua, aunque sigue sacándose de un modo aparentemente *natural* y casi cuando queremos, sin embargo es ya con poquísimo trabajo y en mucha mayor abundancia, como cuando se saca dando a una bomba, o bien no de un pozo hondo y pobre, sino de uno alto y tan lleno que casi rebosa.

Así, aunque el *modo* todavía parece *humano*—y por eso la Santa considera esta oración como *ordinaria,* "natural„ o ascética, sin embargo, esa mayor facilidad de conversar con Dios, y la abundancia y diversidad de afectos que entonces se logra sentir—al mismo tiempo que la creciente dificultad o verdadera incapacidad para discurrir—prueban cierta misteriosa influencia sobrenatural que, para nuestro mayor bien, nos pone en esa venturosa *pasividad,* haciendo que con menos trabajo se recoja mucho más fruto (2).

(1) «Las almas de las Moradas pasadas—dice Santa Teresa al empezar la IV, en que entra ya en la oración sobrenatural—van casi contino empleadas en discurrir con el entendimiento y en meditación, y van bien, porque no se les ha dado más, aunque acertarían a ocuparse un rato en *hacer actos y en alabanzas de Dios, y holgarse de su bondad* y que sea el que es, y en desear su honra y gloria; y estén con gran aviso *cuando el Señor les diere esto, no lo dejar* por acabar la meditación que se tiene de costumbre... Para aprovechar mucho en este camino y subir a las Moradas que deseamos, *no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho,* y ansi lo que más os despertare a amar, eso haced».

«Aunque toda la oración, dice el P. Massoulié, O. P. *(Tr. de la véritable oraison,* P. 3, c. 3), se pasara en el ejercicio de una sola virtud, por ejemplo, del divino amor a la vista de un Crucifijo, sería muy perfecta; pues el alma poseería lo que es fin de todas las oraciones, a saber, la unión con Dios, que se hace por el amor».

«Así como en llegando al puerto cesa la navegación, y alcanzado el fin cesan los medios; así, dice Molina *(De la Oración,* tr. 2, cap. VI, § I), cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación, llega al reposo y gusto de la contemplación, debe por entonces atajar los discursos y consideraciones, y contento con una simple vista de Dios y de sus verdades, descansa mirándole y amándole, y admirándose o gozándole, o ejercitándose otros afectos... En cualquier tiempo de la oración que el hombre sintiere este recogimiento interior, y a la voluntad aficionada y movida con algún afecto, no le debe desechar por codicia de proseguir otras consideraciones o puntos que lleva prevenidos, sino detenerse en aquello lo que durare, aunque sea todo el tiempo del ejercicio. Mas en pasándose aquella luz y afecto, y sintiendo el alma que se distrae o se seca, debe volver a su meditación y al curso ordinario de sus ejercicios».

(2) «No hay duda que esta dificultad de no poder discurrir en la oración, decía Santa Chantal *(Pensées et Lettres,* París, 1899, p. 50), es camino para una oración más sencilla; y por poco que el alma, con esa dificultad, se sien-

En este caso, lográndose así el fin de la meditación más pronto y mucho mejor que si con toda escrupulosidad siguieran empleándose los métodos y procedimientos ordinarios, es claro que deben irse suprimiendo éstos en la medida que dejen de ser útiles y, de medios, vayan convirtiéndose en impedimentos (1). Así vemos cómo se suprimen las andaderas cuando ya se aprendió bien a andar y sólo pueden servir de estorbo; y cómo no se trata tampoco de perder el tiempo en pensar y aprender de memoria el modo de conversar con algún personaje, cuando ya sabe uno hacerlo expeditamente y mucho mejor según dicta el corazón o la oportunidad del momento (2).

Mas si el alma inocentemente se figura que debe seguir siempre con esos métodos que en un principio le enseñaron, entonces el mismo Espíritu Santo, como interior Maestro de toda verdad y muy en especial de esta ciencia de los caminos de Dios, misericordiosamente irá desengañándola, si ella, mal aconsejada, o con obstina-

ta inclinada a estarse con reverencia ante Dios, debe afianzarse en esa vía por donde Dios seguramente la llama; y por más que sufra pobrezas y distracciones, no debe alejarse de allí, sino estarse con calma ante Dios, sin detenerse voluntariamente en las distracciones; y cuando se vea demasiado molestada debe decir de vez en cuando ciertas palabras de sumisión, abandono, confianza y amor a la divina voluntad; y esto sin esfuerzos y suavemente... Por poco que Dios nos atraiga a esta oración sencilla, quitándonos los discursos del entendimiento, debemos seguir su atractivo; pues de otro modo nada conseguiríamos sino quebrarnos la cabeza».

(1) «Muchos se engañan, dice San Francisco de Sales (*Directorio de Religiosas*, c. 45), juzgando que para tener bien la oración sea necesario gran método; y se inquietan buscando un artificio que creen indispensable... No digo que no se hayan de valer de los medios enseñados por los Santos; lo que digo es que no se ha de atar el alma totalmente a ellos, como sucede a algunos que nunca piensan haber hecho bien la oración, si no pasan por sus consideraciones antes de los afectos que les da el Señor; los cuales son el fin de las consideraciones. Parécense éstos, a los que, hallándose cerca del lugar adonde caminan, se vuelven sin entrar en él, por no haber llegado por el camino que les habían enseñado».

(2) «Cuando voy a la oración, decía a este propósito María Lataste (*Oeuvres*, t. 3, let. 19), no me propongo un punto tomado de antemano, ni me valgo de libro; nada de esto podría convenir al atractivo que cada vez siento, y por lo mismo, lejos de serme útil, esta elección o preparación me sería dañosa o molesta.—Me pongo, pues, en la oración con la única disposición de recibir el atractivo que me sea dado. A veces, enseguida me siento inclinada a buscar a Dios, y lo busco con docilidad y humildad. Pero otras veces tarda en llegar ese atractivo, y entonces descanso en el seno de Dios, humillándome y anonadándome en presencia de su inmensa santidad... y permaneciendo sumisa, aunque El no se haya de dejar hallar. Mas no, que tarde o temprano, viene a decir a mi alma: «¡Búscame!» Y yo lo busco y lo encuentro. Pues Dios, en efecto, no resiste a la plena y total sumisión a su divina voluntad. Dios se comunica al alma y se le descubre de muchas maneras».

«El gran método de la oración, advertía a su vez la misma Santa Juana Chantal (*Oeuvres*, II, p. 260), es que no lo haya... Si al ir a la oración pudiéramos hacernos una pura capacidad para recibir el espíritu de Dios, esto supliría a todos los métodos. La oración debe hacerse por gracia y no por artificio».

da presunción, no le resiste; y prácticamente la enseñará ligándole las potencias, cuyo ejercicio le había entonces de perjudicar; e induciéndola suavemente a que se entretenga en lo que más le conviene, que será ora en suavísimos coloquios y afectos, ora en exhalar gemidos inenarrables, reconociendo su propia nada, y suspirando por el que es Todo.—Así, unas veces le ciega el entendimiento para que no divaguée meditando en vano sobre lo que habrá allí de negociar, cuando El mismo le da todo ese negocio ya hecho, y sólo quiere que le sea dócil y atienda bien a lo que en secreto le está sugiriendo, y que no le hable ya de fórmula, sino de la abundancia del corazón (1). Y otras veces le cogerá este mismo y se lo secará para que no se derrame en su presencia con afectos demasiado tiernos y sensibles, cuando es tiempo de estarse en silencio escuchando, o cuando El quiere imprimirle, entre aprietos, sequedades y angustias—viéndose incapacitada para todo—otros sentimientos más puros, sinceros y espirituales, conformes en todo a los mismos de Jesucristo, con Quien, sin advertir cómo, viene a quedar unida y configurada (2).

De este modo es como empieza el divino Espíritu por incapacitarla para que no pierda el tiempo en vanos preparativos, ya inútiles o embarazosos—cuando no ridículos—como serían los del que quisiera ir en busca de la fuente estando ya en ella; pues con el andar no lograría

(1) Al orar, decía Sor Teresita del Niño Jesús *(Sa Vie,* ch. X), yo me contento con decir sencillamente al buen Dios lo que quiero; y El siempre me entiende.—La oración, para mí, es un arranque del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de reconocimiento y de amor en medio de las pruebas como en medio del gozo. Es, en fin, una cosa elevada y sobrenatural que dilata el alma y la une con Dios. A veces, cuando me encuentro en tanta sequedad que no puedo tener ni un buen pensamiento, rezo muy despacio un *Pater noster* o un *Ave María;* porque sólo estas oraciones me encantan, alimentan divinamente a mi alma, y le bastan».

«Decirlo todo a Nuestro Señor, escribía en Abril de 1901 María del Agnus Dei, Hervé-Bazin *(Une Relig. Réparatrice,* 1912. p. 323), sin libros, sin métodos, sin más regla que la de un amor humilde y fuerte, es el secreto de innumerables gracias».

«Que Nuestro Señor te enseñe el secreto de la *verdadera oración* en que están escondidos todos los bienes...; esta oración del corazón, íntima, penetrante, que lo alcanza todo y que transforma la vida». Id. *ibid.*, p. 331.

Y en efecto, gusta Nuestro Señor de tratar y ser tratado con una familiaridad asombrosa: *stupenda nimis.*—«No conocéis, decía poco ha el mismo divino Salvador a su fiel sierva, Sor Gertrudis María (30 Jun. 1907), el Corazón de Dios, no sabeis acercaros a El; no sabéis exclamar: *¡Padre!* Pocas almas tratan a Dios en la tierra con esta familiaridad que El, sin embargo, desea le tengan sus hijos».—«¡Si supieras lo que sobre mi Corazón puede un alma que suavemente se entrega a esta familiaridad!... No puedo negarle nada. Y quisiera que esta disposición de mi Corazón fuera mejor conocida, y mejor practicada esa dulce familiaridad». *(Id.* 24 Mayo, 1907).

(2) «Si yo viera lo que pasa en mí, decía la angelical Sor Catalina de Jesús, Carmelita descalza (cf. *Vie,* 1631, p. 52-3), estaría dividida, y eso no conviene, sino estar del todo ocupada en sufrir y amar».

sino alejarse y frustrar su objeto, que era coger agua; o bien como el que teniéndola ya a mano, se empeñara, sin embargo, en sacarla de un pozo con grandes esfuerzos.

Cuando esta incapacidad para unas cosas y la mayor facilidad para otras comienzan a ser habituales, son ya manifiesta señal de un principio de vida mística, o de algo así como *estado místico* incipiente, a la manera que es en rigor un *acto místico* el producido, aunque sea muy de tarde en tarde, de un modo sobrehumano por cualquiera de los dones, y como lo es en general el sentimiento de *fervor* que viene cuando el Espíritu sopla encendiendo en amor y moviendo a orar y obrar según le place (1).

Siendo estos afectos y súplicas lo más esencial, si faltan no hay verdadera oración; y uno de ellos bien mantenido, aunque no se haga otra cosa más, constituirá una oración muy buena y provechosa.

Y tal es, en efecto, esta que acabamos de describir con el nombre de *afectiva* y que otros—como el autor de *Espinas del alma* (coloq. 7), y el P. La Figuera *(Suma espiritual),* llaman de *actos de virtud,* en que suele ser ya muy difícil y a las veces hasta imposible, el meditar, y que, por lo mismo, constituye en todo rigor, a nuestro juicio, el primer *grado de transición manifiesta* (2).

Cuando en ella, obscurecido el entendimiento y oprimido y seco el corazón, se sienta tal *aridez* y dificultad para todo, que ni se puede pensar en nada, ni se ocurre

(1) «A dos señales, dice el V. Falconi *(Camino,* l. I, cap. V), se reducen las... de conocer cuándo es tiempo de no porfiar en la meditación y pasar a la contemplación; que son: el no poder ni gustar de meditar, y el aplicarse a estar en silencio en aquella noticia general de Dios, sin discursos».

«La más cierta señal de la contemplación *sobrenatural e infusa,* dice el *Conocimiento obscuro de Dios,* cap. I, n. 6, es no tenerla siempre que queramos, ni cesar de ella cuando es nuestra voluntad, sino el venir cuando Dios quiere, y faltar cuando Dios se sirve».

(2) «Ex frequentia horum affectuum, harum aspirationum, quae affectiva oratione continentur, dice Alvarez de Paz (T. 3, l. 4, P. 3, c. 1), ascendit interdum animus ad mysticam theologiam, seu ad illam indoctam sapientiam omni sapientia humana doctiorem..., qua mens Deum suum sine discursibus agnoscit, et quasi contrectat, et sine ratiocinationibus gustat».

A unas almas, añade, las va llamando N. S. a esta oración suavemente y por grados, debiendo ellas preparar entonces sus afectos. Pero a otras las llama «non solum manifeste, sed violenter quoque, et adeo patenter ut perspique cognoscant se ad hanc orationem trahi. Tunc enim non est necesse aliquid praevenire—quod potius animam frigidam reddit, et minus idoneam—sed divini Spiritus ductum sequi, et secundum quod ipse suggesserit, aspirare. Cognoscit tunc anima vim sermonis: *Qui Spiritu Dei aguntur, hi sunt filii Dei.* Quoniam potenti quadam Dei manu ad ineffabiles affectus impellitur. Itelligit etiam illud: *Spiritus Dei postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.* Sentit enim intra se pedagogum sive magistrum, qui eam—prout oportet—diversis affectibus format, et conducibilia sibi et aliis facit postulare. Qui in hoc statu se invenit, fidenter procedat, a Deo moveri se sinat, ejus ductum atque impulsum sequatur, ita tamen ut praeceptorem visibilem consulat».

ningún afecto ni resolución, entonces hay a veces que tratar de excitarlos con nuevas reflexiones, si es que se pueden tener, y si no con breves lecciones. Pero si aun éstas mismas se olvidan o no se entienden, habrá que atenerse a repetir una y mil veces un mismo afecto que más nos convenga, el cual podrá llevarse preparado de ante mano, o bien tomarse del *Padre Nuestro*, valiéndonos principalmente de la segunda y tercera petición, diciendo con toda el alma a Nuestro Dios y Señor que se digne venir a reinar en nuestros corazones y tomar plena posesión de nuestra voluntad, para que siempre en nosotros se cumpla la suya; y a fin de poder así glorificar su santo nombre, le rogaremos nos alimente y renueve, y nos purifique y conforte con el pan de vida (1).

Pero si esto mismo nos disipa, y nos encontramos desganados y como del todo incapacitados para decir ni aun sentir la menor cosa en particular, y a la vez con cierto oculto deseo de estarnos allí *en silencio* ante Dios, como esperando a ver qué quiere de nosotros; esto es señal clara de que El mismo es realmente quien no sólo nos ciega el entendimiento, sino que nos seca el corazón y nos ata la misma voluntad, para que no logremos movernos por propia iniciativa, sino sólo a merced de su Espíritu, que quiere ya cautivarnos e ir tomando posesión de nosotros, para luego poder en todo gobernarnos y dirigirnos por Sí mismo, como nuestro único Dueño.

"Oh, pues, alma espiritual, advierte San Juan de la Cruz (*Noche* II, c. 16), cuando vieres oscurecido tu apetito, tus aficiones secas y apretadas, e inhabilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso, antes lo ten a buena dicha; pues te va Dios librando de tí misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, *por bien que ellas te anduviesen, no obrarías tan cabal, perfecta y seguramente* como ahora, que tomando Dios la mano tuya, te guía a oscuras como a ciego, adonde y por donde tú no sabes, ni jamás por tus ojos y pies, *por bien que anduvieras,* atinaras a caminar„.

Cuarto grado de oración y segundo de transición: la de simplicidad, o de simple vista amorosa y confia-

(1) «Pienso, dice Ricardo de San Víctor (*De Contempl.*, l. 4, c. 6), que aquí más falta hace la compunción que no la investigación...: in hoc opere opus esse intima potius compunctione, quam profunda investigatione..., crebris potius gemitibus, quam copiosis argumentationibus... *Beati,* inquit Scriptura, *mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.*—Studeat ergo cordis munditiae, qui cupit Deum videre, qui in divinorum contemplatione festinat assurgere».

da entrega.—Cuando el alma así se halle como entenebrecida y seca, quédese en esa dulce *presencia de Dios* a que tan mágicamente se siente atraída, y no turbe su paz tratando en vano de ejercitar las potencias que el Señor le quiere tener cautivas. Resígnese en esa cautividad, gócese de ver cómo Dios empieza a reinar en ella reduciéndola a esa impotencia, y ofrézcase, en cuanto es de su parte, con los más vivos y puros deseos, ya que no pueda con palabras, a que haga en ella y de ella lo que más le guste; y en su aflicción espere contra toda esperanza, y fiada siempre de la Divina Piedad y Misericordia que vendrá a socorrerla en el tiempo oportuno, ponga en Ella los ojos como un pobre muy necesitado pidiendo limosna, o como un enfermo ante el único médico de quien espera la salud y la vida; y así hallará paz, refección y consuelo, mientras de otro modo, se afligirá en vano y quedará cada vez más seca y desabrida (1).

Deje que el corazón sólo hable en silencio con ese su lenguaje mudo, pero del todo sincero, que al Señor tanto le complace; y escuche lo que allí adentro le está hablando el Dios de su corazón y su eterna herencia, en quien ha puesto toda su esperanza y en quien encuentra todo su bien, su gusto y su único reposo (*Ps.* 72, 26, 28); pues El está allí cautivándola y uniéndola íntimamente consigo, hablándole en secreto palabras de paz, sugiriéndole toda verdad, y enseñándola a estarse en esa calma de los sentidos y pasiones, a quienes les ha impuesto tanto silencio para que así pueda el alma atender tan sólo a lo que El quiere de ella, gozar de su presencia amorosa, y aprender a hacer en todo lo que es más de su divino agrado.

Esto, como se ve, participa ya mucho más de la *contemplación infusa,* o sea de la "*oración sobrenatural, reduplicative,* que no de la *meditación* o de la simple *oración mental* ordinaria (2). Puesto que entonces más bien debe decirse que está obrando la gracia en el alma y por el alma, que no ésta obrando con la gracia; no siendo ya tanto la propia iniciativa de nuestra mente la que

(1) «Los negocios que miran directamente a la gloria de Dios, decía la Beata Margarita María (*Oeuvres,* t. 2, p. 233), son muy diferentes de los del mundo, en los cuales hay que hacer mucho; pues en los de Dios hay muchas veces que contentarse con seguir su inspiración, y luego dejar que obre la gracia, y seguir sus movimientos con todo nuestro poder».

(2) «Este *tan alto modo de orar,* se llama *contemplanción,* la cual *se alcanza con los discursos* del misterio; y cesando, contempla el alma con grande admiración y sentimiento de lo que en ella Cristo Nuestro Señor se le comunica, hallándose el alma con su Amado en silencio, Dios y el alma, gozando ella de su Dios».—San ALFONSO RODRÍGUEZ, *Unión y Transformación,* c. 7.

obra y dirige, como el Divino Espíritu que en ella está ya como Dueño y Maestro, obrando, moviendo, enseñando, inspirando y dirigiendo mediante sus dones de *temor, piedad, ciencia, fortaleza* o *consejo.*

Mas para que estos dones se desarrollen y obren libremente, y con ellos logren mostrarse a las claras los dos más elevados—el de *inteligencia* y el de *sabiduría*—, es menester toda la purgación de la *noche del sentido,* y aun parte de la del *espíritu;* pues hay que apagar estas luces inferiores para que brillen o puedan percibirse las superiores, así como no podemos ver las estrellas del cielo si a nuestros ojos no desaparece la luz ordinaria.

Y esa iluminación que, mediante los místicos dones, de tal suerte purifica, enciende, eleva y conforta las potencias del alma, que le permite conversar con Dios de un modo verdaderamente *sobrehumano, celestial* y *divino,* es la que muy pronto empezará ya claramente a notarse en la oración infusa de *recogimiento,* y se notará mucho más en la de *quietud* y de *unión;* y por fin aun sin comparación mejor, y como de contínuo, en la *unión transformativa.*—Aquí es, pues, donde está el *místico reposo* con que se nos convida a todos, y donde únicamente nos será dado encontrar el verdadero *descanso para nuestras almas.*

Desde que se entra de lleno en los *estados místicos,* habiendo perfecta docilidad, el mismo Espíritu Santo se constituye como en perpetuo director, gobernador y maestro; y con su *unción* enseña, dirige, ilustra, purifica y da vigor y acierto y facilidad para todo, llenando los corazones de luz y pureza, y de fortaleza y de vida (1).

Mas así como por nada se debe resistir al Espíritu Santo cuando llama a entrar en el místico reposo, y sería muy reprensible el director que, con cualquier especioso pretexto, tratase de poner en ello dificultades, tampoco debe nadie adelantarse a la acción divina, dejando el don presente por otro aun no recibido.

Y las señales ciertas de que un alma no debe fatigarse por meditar, obstinándose en ejercitar las potencias, sino dar lugar a la secreta acción de Dios, son estas tres: 1.ª, la misma dificultad para meditar, sin haber dado para ello especial motivo con disipaciones.—2.ª El sentir pena en las involuntarias distracciones que padece, y disgusto en las vanas conversaciones y el frecuente trato con las criaturas.—3.ª y principal: el insistente atractivo a estarse quieta en un solo sentimiento o pensamiento que le

(1) Cf. nuestro libro *Evolución mística,* p. 640-641.

impresiona, o bien del todo en silencio ante Dios: en lo cual, aunque tenga cierto temor de engañarse perdiendo el tiempo ociosamente, no por eso tiene verdadero *remordimiento;* pues ve que aquello es cosa buena, que no puede más, y que si trata de salirse de ese espiritual *ocio* con actos distintos, lejos de enfervorizarse, se disipa y se llena de turbación.

Y luego, al terminar, notará que, de ese aparente *sueño,* sale con más fruto, más recogida y con mucho más amor a la virtud y disposición para todo lo bueno, que si se hubiera ejercitado en grandes consideraciones y en hacer muy hermosos propósitos.

Si por pereza se estuviese en culpable ociosidad sin querer ejercitar las potencias, en doliéndose de esta falta y procurando vencer la pereza con actos distintos, es decir, con reflexiones, afectos o súplicas, etc., irá recobrando el fervor; y si no, saldrá sin ningún fruto y con verdadero remordimiento de no haber hecho lo que era de su parte.—Y si ilusionada se entretiene con falsas apariencias de quietud o de otra manera de oración infusa, en vez de crecer en virtudes sólidas—en humildad, obediencia, caridad, paz, paciencia, benignidad, discreción, fortaleza y constancia—, irá, por el contrario, creciendo en vanidad, presunción, terquedad, aspereza, veleidad, destemplanza y flojedad para cuanto no halague al amor propio.

Artículo 5.º—Los diversos grados de oración notoriamente "sobrenatural„, según Santa Teresa, y la transición gradual en todo.

Santa Teresa en su *Vida* (c. 14) compara los dos primeros grados de la oración que llama "sobrenatural„, o infusa, al riego de un jardín—que es el de nuestras almas—hecho no con la escasez, dificultad y trabajo de quien saca el agua a fuerza brazos, según sucedía en la meditación, sino con la facilidad y abundancia de quien lo riega mediante una buena *noria.*

Tal sucede, dice ella, en las dos maneras de oración llamadas *recogimiento infuso* y de *quietud;* pues aunque éstas nos son dadas por Dios sin casi ningún trabajo nuestro, y hasta a veces cuando menos lo pensamos ni procuramos (1), sin embargo, todavía suelen ser menester ciertas diligencias para recogernos y sobre todo para

(1) «Como no se ha de traer esta agua por arcaduces, como la pasada, dice Santa Teresa *(Mor.* IV, 2), si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir, que aunque más meditación tengamos, aunque más nos estrujemos y tengamos lágrimas, no viene esta agua por aquí: sólo se da a quien Dios quiere, y cuando más descuidada está muchas veces el alma».

no exponernos a perder demasiado pronto esa gracia, y para utilizarla lo mejor posible.

De suerte que, con ser ya notoriamente el mismo Espíritu Santo quien produce ese riego, todavía—para no romper del todo la continuidad—lo suele dejar en gran parte a nuestra industria e iniciativas.

El *tercer grado,* o sea el de la *simple unión,* la Santa lo compara a regar con agua que no necesita ya de ninguna manera de esfuerzos ni industrias para sacarse, sino que ella sola se nos viene como encauzada del río o de una fuente, y todo el trabajo humano del jardinero se reduce a distribuirla y conducirla por donde más convenga.

En la *unión* plena o *extática,* que viene a constituir como el *cuarto grado,* advierte que son ya por demás estas mismas diligencias y hasta resultan imposibles; pues Dios es quien lo hace todo, como cuando copiosamente nos llueve del cielo, y al alma le basta con dejarse toda empapar, a manera de una esponja, por esa celestial *agua viva* que la baña, la sacia, la refrigera y purifica, y la inunda por dentro y por fuera dejándola llena de vigor y de gozo y de vida...

Mas en su *segunda Relación* al P. Rodrigo, la misma Santa Doctora descubre otra suerte de oración *sobrenatural*—es decir, tal que de ningún modo podría adquirirse con solas nuestras industrias y diligencias—, y anterior a la de recogimiento; y consiste en cierta presencia de Dios que viene a ser casi continua, de suerte que baste recogerse un poco para lograrla.

Este verdadero preludio de la contemplación bien podríamos hacerlo coincidir con la misma oración arriba descrita que otros llaman de *simplicidad, de ocio espiritual* o de *simple vista amorosa de Dios;* la cual, al prolongarse entre día y hacerse como habitual, se convierte en cierta manera de *presencia deleitosa,* mientras que luego, en las sequedades y desolaciones de la noche del sentido, se trocará en vista o *presencia dolorosa,* donde el alma se purifica maravillosamente.

Aquí el *acto místico*—que era al principio tan raro y luego quedaba tan interrumpido con los que son propios del *estado ascético*—, va haciéndose cada vez más frecuente, y hasta convirtiéndose poco a poco en habitual, aunque siempre interrumpiéndose también más o menos con numerosos *actos no místicos,* o sea hechos, como antes, a nuestro modo y por nuestra propia iniciativa, si bien cada vez con mayor perfección y más en espíritu.

Así veremos cómo—desde la oración de *simple vista amorosa*—se acentúan cada vez más las señales de *vida mística* iniciadas ya en la *oración afectiva:* y cómo de esta manera se va pasando casi del todo insensiblemente, o por transición gradual, desde un *estado* tan notoriamente *ascético,* cual es el de la *consideración* o *meditación* laboriosa, hasta el tan marcadamente *místico*, como el de la *unión,* y sobre todo el de la *unión estable,* donde cesa ya casi toda propia iniciativa y todo esfuerzo que no sea simplemente a cooperar a las dulces mociones de la gracia.—Entre tanto, mientras prepondera el estado ascético, va interpolándose con actos y luego con breves *estados místicos;* los cuales al fin serán ya los preponderantes y acabarán por ser sólo de cuando en cuando interrumpidos por breves actos ascéticos, aunque éstos ya nunca rutinarios, sino siempre llenos de valor y vida.

En su monumental *Castillo interior,* donde la gran Doctora mística expone más claramente su pensamiento ya maduro y definitivo, vemos cómo va introduciendo las almas sucesivamente y por orden, sin ninguna interrupción, en sus siete famosas *Moradas,* que representan otros tantos *grados de oración* y los correspondientes de *perfección* o *progreso* en la vida espiritual, desde que salen del abismo del pecado, hasta que logran la más plena unión y transformación que en esta vida cabe.

Las tres primeras *Moradas* las dedica a las almas aun del todo imperfectas, que todavía no pueden gozar de un trato íntimo con Dios. La 1.ª es la propia de los pecadores recién convertidos, que no sólo necesitan grandes purgaciones activas y penitencias para limpiar bien sus almas, sino grandes preservativos para no recaer; para lo cual les conviene mucho pensar en los Novísimos y fundarse bien en el propio conocimiento. Mas sin perjuicio de disponerse a la vez para ir entrando por orden en las demás moradas (1).

La 2.ª es para los que ya fácilmente se abstienen de pecados graves, pero aun tienen poco reparo en caer en los leves.—Y a éstos les conviene *meditar* sobre la Pasión del Salvador y sobre los males increibles que nos

(1) Aunque esta del propio conocimiento, observa Santa Teresa *(Mor.* 1, c. 2), «es la primera Morada, es muy rica, y de tan gran precio, que si se descabulle de las sabandijas de ella, no se quedará sin *pasar adelante*... Y conviene mucho para haber de entrar en las segundas Moradas que procure dar de mano a las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado. Que es cosa que le importa tanto para llegar a la *Morada principal*, que si no comienza a hacer eso, lo tengo por imposible».

causa la tibieza, para animarse a servir a Dios con todo fervor y fidelidad y ser dóciles a las divinas inspiraciones (1).

En la 3.ª entran los ya de algún modo "bienaventurados", cuales son los verdaderos *temerosos de Dios* que, deseando complacerle y servirle de veras (*Ps.* 111, 1), empiezan a llevar una vida recogida y a dedicarse a toda suerte de obras de piedad.—Y así, con el *temor de Dios*, que es el principio de la mística sabiduría, y con *esa piedad* que "para todo es útil, y tiene promesas de vida" (I *Tim.* 4, 8), van mereciendo que Dios los trate como a fieles hijos, y así los introduzca en su más íntima conversación y familiaridad.

De ahí el que no haya completa separación o incomunicación de unas moradas a otras; y así, a cuantos son fieles a lo que en una de ellas se pide, no hay, dice la Santa, por qué se les niegue el pasar a su tiempo a la siguiente, y así hasta llegar a la última.

La 4.ª es ya para los *proficientes*, o más o menos aprovechados que, entrando de lleno en la vida *espiritual*, empiezan a gustar las dulzuras de la contemplación infusa mediante la oración de *recogimiento* y la de *quietud*.

La 5.ª pertenece a la oración de *unión* y al *éxtasis*.

En la 6.ª describe el místico *Desposorio* y los grandes favores—junto con las correspondientes angustias y purgaciones—que le preceden y siguen: como son, por una parte, los raptos y vuelos del espíritu, y las heridas de amor, y por otra, las insoportables ausencias, oscuridades, desolaciones y aniquilaciones de la terrible *noche del espíritu*.

La 7.ª está reservada para el *Matrimonio espiritual*, en que se logra la *unión estable* y la verdadera *transformación* del alma en Dios, y por tanto la plena perfección a que "todos somos llamados".

(1) La *Morada 2.ª*, dice la Santa, «es de los que han ya comenzado a tener oración, y entendido lo que les importa no se quedar en las primeras Moradas: mas no tienen aún determinación para dejar muchas veces de estar en ella, porque no dejan las ocasiones, que es harto peligro... Hay *gran esperanza de que entrarán más adentro*... Estos *entienden ya los llamamientos* que les hace el Señor; porque como van entrando más cerca de donde está su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que aun estándonos en nuestros pasatiempos y negocios..., con todo esto tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que una vez u otra *no nos deja de llamar*, para que nos acerquemos a El; y *es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma* en no hacer luego lo que le manda... Confíen en la misericordia de Dios y nada en sí, y *verán cómo su Majestad le lleva de unas Moradas a otras*, y le mete... a donde estas fieras no le pueden tocar, ni cansar, sino que él las sujete a todas y burle de ellas; y goce de muchos más bienes que podría desear, aun en esta vida digo».

En el *Camino de perfección* trata no sólo de la oración vocal y de la discursiva, sino también de la de *quietud* y *recogimiento* infuso, de que, por más que hace, no acierta a prescindir para exponer bien las simples peticiones del *Pater Noster,* y sin lo cual no concibe una perfección verdadera y sólida. Y a eso añade algunas explicaciones acerca de la unión y el arrobamiento, como de cosas no muy raras o "extraordinarias„ en las almas verdaderamente fervorosas.

En su *Vida,* a continuación de la oración de recogimiento y quietud, describe, junto con la de unión, los éxtasis, arrobamientos y vuelos del espíritu.

En la mencionada *Relación* al P. R. A., cuenta el recogimiento y la quietud, luego el sueño de las potencias, la *unión*—que puede ser *sencilla*, de sola la voluntad, o *completa*, de todas las facultades del alma—, el *arrobamiento* o *suspensión* (éxtasis), el *arrebatamiento* (rapto) y *vuelo del espíritu,* los *ímpetus* y las *heridas de amor.*

Artículo 6.º—Comparación de la clasificación de Santa Teresa con las de otros autores

Esta clasificación teresiana, sobre todo tal como figura en su pleno desarrollo en las *Moradas*, ilumina vivísimamente lo que parecía un caos, y así ha venido a servir de norma y de base a casi todos los autores que posteriormente han tratado de penetrar en los íntimos secretos de la psicología sobrenatural y declarar los verdaderos progresos de la vida mística, que antes parecían enigmas indescifrables. Pues las gradaciones que se establecían, correspondían tan sólo a ciertos fenómenos particulares, o a lo sumo a ciertas virtudes, mas no al conjunto de la vida espiritual.—De ahí que esa luminosa y magistral clasificación haya venido a ser al fin comúnmente admitida en el fondo, si bien ciertos autores suprimen o añaden algo, y otros, con más acierto, tratan de simplificarla, reduciéndola a los grados fundamentales (1).

Así, Felipe de la Santísima Trinidad *(Sum. Theol.*

(1) Según el autor de *Conocimiento obscuro de Dios, c. 8,* habría en la contemplación mística cinco principales grados: el 1.º de los cuales lo constituye la contemplación afirmativa o «adquirida»;—el 2.º la noticia amorosa y general de Dios—; el 3.º la oración de recogimiento—en la cual cree que todavía hay algo de adquirido junto con lo infuso—; el 4.º la de quietud, del todo infusa;—y el 5.º la unión extática junto con la transformativa; la cual, por lo mismo, considera como «el más alto grado que hay de oración».

Según el P. Dosda *(L' Union avec Dieu,* 4.ª P. c. 19), en la unión mística hay sólo cuatro grados: 1.º *La unión incipiente,* que comprende el recogimiento y la quietud; 2.º *la unión sencilla;* 3.º *la unión extática y* 4.º *la unión transformante o matrimonio espiritual.*

myst., P. 3, tr. 3, d. 3, a. 5) enumera 6 grados principales, que son: *recogimiento, quietud, unión ordinaria,* impulsos o *ímpetus, rapto* y *matrimonio espiritual.*

San Francisco de Sales *(Amor de Dios,* l. 6, c. 7-15; l. 7, c. 1-3) se contenta con sólo tres de los más notables grados pertenecientes a la *unión conformativa;* prescindiendo en absoluto de la *transformativa,* sin duda por ser tan pocos los que la consiguen. Esos grados son: *recogimiento, quietud* y *unión;* si bien en ésta distingue la unión sencilla de la extática, que resulta allí el grado supremo; y en la quietud distingue varias fases, cuales son, primero: el simple *reposo,* el *silencio,* la *embriaguez;* y luego: la *licuefacción,* las *heridas de amor* y la *languidez de amor.*

San Ligorio *(Praxis,* n. 132-137) admite 5 grados después del *ocio espiritual,* que son: el *recogimiento,* la *quietud,* la *unión sencilla,* el *desposorio* y el *matrimonio espiritual.*—Y esta clasificación nos parece la más expedita, pero con tal de distinguir bien de estos dos últimos grados, pertenecientes a la *unión transformativa,* los anteriores que pertenecen a la simplemente *conformativa;* pues no en vano media entre estas dos maneras de unión la terrible y prolongada *noche del espíritu.*

Scaramelli, sin embargo, prefiriendo detallar más, enumera y trata de distinguir *(Direct. míst.*, tr. 3, c. 1-23) hasta 11 grados, que son: *recogimiento, silencio espiritual, quietud, embriaguez de amor, sueño espiritual, ansias y sed de amor, toques divinos, unión sencilla, éxtasis, rapto, unión estable* y perfecta, o sea matrimonio espiritual.

Algo parecida—y quizá calcada en ésta—es la clasificación siguiente que hemos visto en cierto manuscrito de un alma que daba a entender escribía lo que ella misma había experimentado, y así se detiene en las *heridas de amor,* poniendo por otra parte 3 grados previos al *recogimiento.* La transcribimos con algunas explicaciones por el interés que acaso pueda ofrecer: 1.er grado: *Purificación y renovación.* 2.° *Ilustración* (inspiraciones, etc.)...

3.° *Escritura del corazón.*—Allí graba Dios su ley, que es la gracia del Nuevo Testamento, para que el alma la medite, la halle y la cumpla; y tratando así de ponerle a El mismo por sello, llegará a *sentir* su *presencia amorosa.*

4.° *Recogimiento.*—Desde aquí el Espíritu Santo es ya quien dirige: da luz para conocer la fealdad de nuestras faltas y a la vez consuelo, aliento y moderación en todo.

5.° *Silencio espiritual.*—Suspensión ante Dios sin perderse en El.

Siéntese un gran vacío de todo, y es señal de que Dios quiere llenarnos.

6.º *Quietud.*—En que el alma siente mucha paz, reposo y suavidad interior, y de donde sale con grandes afectos de amor y deseos de alabar a Dios y fundarse en la humildad y demás virtudes.

7.º *Embriaguez de amor.*—8.º *Sueño espiritual.*

9.º *Ansias* e inquietud de amor.

10. *Toques* de Dios en el alma, que la encienden en amor, la ilustran el entendimiento y le comunican virtudes.

11. *Incendios* y languidez de amor:

12. *Unión*, en que no se pierde el uso de los sentidos.—Visiones imaginarias.—Extasis.

13. *Rapto* e ímpetus de amor.

14. *Desposorio.*—Cambio de corazones.—Unión más íntima.

15. *Heridas*, con grandes ansias y sed de amor...

Antes de Santa Teresa apenas se conocían, según queda dicho, sino ciertas gradaciones de fenómenos que pueden figurar en un mismo grado de oración, o que a lo sumo indicaban los progresos de una misma virtud.

Así Ricardo de San Víctor *(De quatuor grad. viol. charitatis)*, dice: «Attendo ad opera violentae charitatis, et invenio... alios vulneratos, alios ligatos, alios languentes, alios deficientes... In primo itaque gradu Deus intrat in animum, et animus redit ad seipsum: in secundo, ascendit supra seipsum et elevatur ad Deum; in tertio, animus elevatus ad Deum, totus transit in ipsum; in quarto, animus exit propter Deum, et descendit sub semetipsum».

El opúsculo titulado *De septem gradibus contemplationis,* dice: «Septem gradus... censui deducendos... Primum igitur dicamus ignem, secundum unctionem, tertium extasim, quartum speculationem, quintum gustum, sextum quietem, septimum gloriam. Primo enim anima ignitur, ignita ungitur, uncta rapitur, rapta speculatur et contemplatur, contemplans gustat, gustans quiescit. Haec in via possunt adquiri, non tamen subito, sed gradatim. Citius autem haec experitur qui frequentius spiritualibus se exercet. Septimus in patria confertur abundantius iis qui se in praecedentibus gradibus exercuerunt».

Gersón *(Myst. theol. spec.,* P. 7, consid. 35), fundándose en las propiedades del amor, reduce los grados de la contemplación a tres: *éxtasis, unión* y *quietud,* que vienen así a quedar en orden inverso: «Amor enim, dice él, rapit, unit, satisfacit. Primo quidem amor rapit ad amatum, et inde extasim facit. Secundo amor jungit cum amato et quasi unum efficit. Tertio sibi sufficit, nec aliud praeter amare quaerit».

Los místicos posteriores a Santa Teresa que no se inspiraron en ella, siguen proponiendo gradaciones inaceptables. Así, con acercarse en parte a la Santa, Alvarez de Paz *(De grad. contempl.*, l. 5, P. 3, Introd.), considera hasta 15 grados, fundándose en 15 *denomi-*

naciones que halló en los autores, diciendo: Quindecim *nomina* ad contemplationem pertinentia in asceticis invenio, quae mihi videntur totidem *contemplationis gradus* designare.—Haec autem sunt: 1.° intuitio veritatis, 2.° secessus virium animae ad interiora, 3.° *silentium,* 4.° *quies,* 5.° *unio,* 6.° auditio loquelae Dei, 7.° somnus spiritualis, 8.° extasis, 9.° raptus, 10 apparitio corporalis, 11 apparitio imaginaria, 12 inspectio spiritualis, 13 divina caligo, 14 manifestatio Dei, 15 visio intuitiva Dei».

Godínez se funda en la división general de la contemplación en *querúbica* y *seráfica,* que hoy ya nadie admite, pues no indica sino el predominio que en un mismo grado pueden tener, respectivamente, los dones de *inteligencia* y de *sabiduría.*—Así la primera tiene que subdividirla casi únicamente atendiendo a los misterios o atributos divinos a que se refiera, incluyendo en ella, sin embargo, la oración de *silencio* y de *quietud.* En la *seráfica* distingue 10 grados, que son: contemplación ígnea, flámea, confirmativa y resignativa, abnegación o desnudez, soledad afectiva, soliloquios del alma, niebla espiritual, libertad del espíritu, contemplación oscura y amor vulnerante». (*Práctica de la Teología mística,* l. 5 y 6).

Artículo 7.°—Grados fundamentales: observaciones.

Prescindiendo de estas clasificaciones, tan infundadas y desordenadas, y ateniéndonos a la simplificación hecha en las magistrales descripciones de Santa Teresa, podremos reducir los diversos grados que hoy suelen admitirse en la contemplación a estos cinco fundamentales: *recogimiento, quietud, unión, desposorio* y *matrimonio espiritual;* perteneciendo los tres primeros, según hemos dicho en la *Evolución mística* (p. 491, a la *unión conformativa,* y los otros dos (entre los cuales bien podría intercalarse la *contemplación caliginosa)* a la *unión transformativa.*

Estos cinco o seis grados principales, creemos que la primera vez los van recorriendo todas las almas con riguroso orden, no pasando a ninguno de ellos sin haberse detenido más o menos en el inmediato inferior, ni, por lo común, sin experimentar una nueva crisis en que se pruebe la fidelidad y se merezca ese ascenso.—Pero una vez puesta el alma en un grado, puede recibir casi indistintamente, ora la oración propia de él, ora la perteneciente a cualquiera de los grados inferiores, según más le convenga, sin excluir la misma meditación u oración discursiva; a la cual debe ella recurrir para no estarse ociosa —como los *quietistas*—, sino andar como pueda por su pie o remar, siempre que se le plieguen las místicas alas o cese el soplo divino (Cf. Santa Teresa, *Vida,* c. 18).

Sin embargo, ciertas almas parece que van poquito a poco llegando hasta el mismo grado de unión, por una transición insensible, o bien entre tan contínuas pruebas y oscuridades que, por pasar rápidamente los momentos de luz, no aciertan a reconocerse en ninguno de los precedentes grados, y así quizá les parezca que su único estado es una perpetua noche, sólo interrumpida o surcada por breves rayos de luz y consuelo que no aciertan a explicar.—Mas al llegar a la unión y establecerse por algún tiempo en ella, mientras va cesando la *noche del sentido* para dar lugar a la del espíritu, al descender de cuando en cuando a los grados precedentes o ver su descripción en algún libro, empiezan a caer en la cuenta de que eso no se les hace nuevo, y de que, aun sin advertirlo, realmente tuvieron ya varias veces esa manera de oración.

Así es como pueden muy bien reconocer que el recogimiento precedió a la quietud, por más que muchos místicos—y a veces la misma Santa Teresa—lo asocien a ella o lo describan después, sin duda por no haberse fijado bien en él o por considerarlo tan sólo como un repentino relámpago en medio de la oscura noche del sentido, o bien como un simple rayo de luz más clara entre la habitual presencia de Dios, de que ya antes gozaban. Mas al sentir claramente el descanso del alma en la *quietud,* y ver cómo en ella les va quedando cautiva la voluntad, advierten que para esto venían preparándose con actos más o menos repentinos de *recogimiento infuso.*

Y puesto que las otras suertes de oración que los místicos señalan—tales como la de silencio, sueño espiritual, embriaguez, jubilación, etc.—conforme advierte el Padre Poulain *(Grâces d'oraison,* ch. 3, n. 8), no son sino como ciertas maneras de ser de estas cinco principales, o bien fenómenos que suelen acompañarlas o efectos que a veces pueden seguirse—, nos atendremos por ahora a indicar, para mayor claridad, en qué consiste lo esencial de esos grados, que consideramos como principales, y cuáles son los fenómenos que por lo común les acompañan; y luego completaremos esta breve noticia con algunos ejemplos, o sea con descripciones hechas por almas bien experimentadas, con los cuales podrá el lector formarse una idea más cabal de estas admirables operaciones de la gracia.

Artículo 8.º—Breve idea de los principales grados de la unión conformativa y de los fenómenos que suelen acompañarles: noche del sentido; segregación.

El *primer grado de la mística unión,* o de manifies-

ta *contemplación* (y 5.º de oración)—lo constituye el *Recogimiento infuso.*—Este es la *unión del simple entendimiento con Dios*, el cual, con su hermosura y claridad infinita, lo atrae y embelesa por de fuera, o sea objetivamente; mientras por dentro, con su omnipotente virtud, lo posee, cautiva y conforta; enriqueciéndole con los preciosos dones de *ciencia, consejo* e *inteligencia*, mediante los cuales le hace penetrar como de un golpe en ese mundo superior donde resplandecen sus inefables maravillas.

De este modo, uniéndolo cada vez más íntimamente consigo, aunque sea tan sólo por breves instantes, lo deja purificado e "iluminado para que no duerma jamás en la muerte„ (Ps. 12, 4), sino que viva ya renovado y como deificado con los resplandores de su misma claridad.

A este recogimiento infuso suele preceder, según queda dicho—o a veces seguir—una viva *presencia de Dios*, también infusa, con que el alma viene a sentir en todas partes cierta impresión, como de la divina inmensidad, ora de una manera gozosa, como cuando suavemente es atraída de ciertos atributos o de los misterios de la fe (1); ora triste y dolorosamente, como cuando le parece estar a oscuras y muy ausente de El, y que todos le están preguntando: *¿Dónde está tu Dios?* (2). Esta presencia, o la de la luz sobrenatural que está invitando a la contemplación, se muestra muchas veces en la porfiada insistencia con que asalta al alma un mismo pensamiento santo, o en la profunda impresión que acierta a producirle una sentencia o máxima espiritual, donde por muchos días tiene fijo el corazón, hallando allí toda la luz y aliento que necesita (3).

Esto y la presencia dolorosa, se notan muy principalmente en la noche del sentido.

(1) «Acaecíame, dice Santa Teresa (*Vida*, c. X), venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, u yo toda engolfada en El».—Cf. *Carta 2.ª*, al Padre Rodrigo.

(2) «Mi alma, decía la V. María de la Encarnación (*Vie*, por Chapot, 1 P., c. 4), no cesaba de tender hacia Dios de una manera constante y del todo espiritual. Me veía atormentada del deseo de poseerle de una manera nueva, que yo aun ignoraba, y que no podría definir. Lo veía en todas las criaturas».

«*Unio* alia est *obscura, arida* et *insipida* seu tristis quaedam rerum divinarum cognitio cum amore quodam poenali sociata; quae etiam unio dispositiva ad contemplationem dici potest, et fit per derelictionem seu purgationem passivam... Alia est unio suavis quae fit per contemplationem, vel per illapsum, vel per transformationem». Scheram, *Theol. myst.* § 172, schol.

(3) «Si un alma, observa Saudreau (*Les Faits extr.* p. 22), durante semanas y meses enteros vuelve sin cesar en sus oraciones a un mismo texto de la Escritura, que basta para tenerla unida con Dios..., puede con certeza colegirse que ha recibido luces místicas».

Al *recogimiento* se asocian como *fenómenos* parciales o como simples *efectos,* a veces, una *admiración* deleitosa que ensancha el alma y la llena de gozo y alegría, al descubrir en Dios tantas maravillas de amor, de bondad y de hermosura; otras veces cierta *suspensión* (1), o un profundo *silencio espiritual*, en que ella se queda atónita, absorta, abismada y como anonadada ante tanta grandeza.—De aquí los afectos y efectos de sólida humildad y de profundo respeto a las cosas divinas que esta oración produce (2).

De esta suerte, en un momento y sin trabajo alguno adquiere el alma unas luces tan grandes, como no hubiera podido lograrlas con años enteros de estudio y meditación.—Por donde se ve cuán estimable y deseable y preciosa se muestra ya desde sus primeras comunicaciones esta celestial sabiduría.

Con estas luces va siendo sobrenaturalmente excitada, atraida, encendida y purificada la misma voluntad, que así vendrá también a quedar cautiva.

2.º *grado de contemplación y* 6.º *de oración:*—La *Quietud.*—Esta es la *unión de la voluntad con Dios,* que, como sumo Bien, la atrae enérgicamente para que sólo en El halle su reposo; y como infinita potencia, bondad, suavidad y dulzura, con sus dones de temor, piedad, fortaleza y sabiduría, la anonada y a la vez la cautiva, la abraza, la colma de caricias y, acercándola, por decirlo así, a los "pechos de su consolación„ (Is., 66, 11-13), la conforta y la sacia y embriaga con indecibles delicias (3).

(1) «Elevationem hanc, dice Alvarez de Paz (l. 5, P. 2, c. 8), sequitur in contemplatione mentis *suspensio:* quae nihil aliud est quam quaedam perfectissima ad id quod contemplatur *attentio*, et rerum omnium inferiorum oblivio».

(2) «Cuando un alma se *recoge con especial moción* de Dios, dice el Padre Luis de la Puente *(Avisos,* § X), así como decimos que entra dentro de sí, y allí halla a Dios, así también entra dentro de Dios. Mejor se conoce cuando se experimenta, que se dice. Cuando está un alma de esta manera, luego halla con quien hablar, no tiene necesidad de discursos, ni aun los puede hacer. Todos son coloquios y afectos, mirando la grandeza de este Dios y la vileza propia: allí clama, allí pide, allí ama, allí se goza, allí se entristece, allí se aborrece, allí se anima, allí se aviva para obedecer, para padecer, para dar contento a Dios por Dios. De esta manera quizá se entienda lo que dicen los Santos, que la contemplación es sepulcro del ánima, donde entra y se entierra, muere y sepulta, y por otra parte dicen, que entra dentro de sí misma, y dentro de Dios».

(3) En la oración de quietud, observa Santa Teresa *(Camino,* c. 31), «comienza el Señor a dar a entender que oyó nuestra petición, y que comienza ya a darnos su reino aqui, para que de verdad alabemos su nombre y procuremos le alaben otros... Es cosa sobrenatural, y que no la podemos procurar nosotros por diligencias que hagamos; porqne es un ponerse el alma en paz, u ponerla el Señor en su presencia, como hizo al justo Simeón; porque todas las potencias se sosiegan, entiende el alma por una manera muy fuera de entender con los sentidos exteriores, que está ya *junto cabe su Dios,* que con poco más llegará a estar hecha una mesma cosa con El por unión».

Allí encuentra el alma por algunos ratos—que siempre le parecen cortos por mucho que duren—su pleno descanso, su refrigerio y fortaleza, su paz y felicidad (1). Y esta felicidad la goza muchas veces sin que las potencias sensitivas, ni aun la misma razón, se den apenas cuenta, y así pueden andar ora como divagueando y tratando de inquietar la voluntad, y ora como espantadas sin saber por qué. Pero otras veces va redundando hasta a las mismas facultades sensitivas el gozo espiritual y toda esa paz, santidad y dulzura, con lo cual se purifican y disponen para ir también quedando a su tiempo cautivas y unidas con Dios.

Los efectos de este reposo místico son un gran aumento de salud espiritual, de paz y alegría y facilidad para todo lo bueno, saliendo el alma muy mejorada en toda suerte de virtudes (2).

A la *quietud* se asocian la *embriaguez de amor,* la cual en un principio es más o menos *sensible* y necesita moderar algún tanto sus manifestaciones, que suelen ser gritos, gemidos, cánticos de alabanza, saltos de alegría y otras grandes *locuras de amor*. Luego va haciéndose cada vez más *espiritual,* donde las consiguientes *locuras* son extremos de cordura y de sabiduría cristiana que los no espirituales son incapaces de entender, y donde se empieza a gozar de la verdadera y gloriosa libertad de los hijos de Dios (3).—Otras veces esta embriaguez, en

«Este encendimiento de amor, dice San Juan de la Cruz *(Noche* II, c. 12), con unión de estas dos potencias, entendimiento y voluntad, que se unen aquí, es cosa de gran riqueza y deleite para el alma. Porque es cierto toque en la Divinidad y ya principios de la perfección de la unión de amor que espera. Y a este toque de tan subido sentir y amor de Dios no se llega, sino habiendo pasado muchos trabajos y gran parte de la purgación».

(1) «No sin misterio, este reposo se llama *sueño del medio día,* que suele ser breve, no más que para descansar un poco y volver al pasto o al trabajo; porque la contemplación sosegada suele ser breve... De lo cual se quejaba San Bernardo diciendo *(Serm.* 32 *in Cant.): Rara hora, brevis mora.* Viene de tarde en tarde y dura poco tiempo. Y es menester pedir a Dios juntamente nos descubra el lugar donde apacienta y donde sestea, para que, en faltando el reposo de la contemplación, volvamos al pasto de la meditación».—La Puente, *Guía,* tr. 3, c. 6, § 2.

(2) «Effectus orationis quietis, dice Vallgornera (q. 4, d. 2, a. 16, n. 12), sunt, pax interna remanens etiam transacta illa quiete, profunda humilitas, habilitas et dispositio ad exercitia spiritualia, lux coelestis in intellectu, et in voluntate firmitas ad bonum, et reliquas virtutes, quas Dominus ipse *multo excellentiores concedit, quam propria possint industria acquiri*... Deinde est quaedam moralis certitudo propriae salutis».

(3) «¡Oh, válame Dios, exclama Santa Teresa *(Vida,* c. 16), cuál está un alma cuando está ansí! toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil *desatinos santos,* atinando siempre a contentar a quien la tiene ansí... Parece que sueño lo que veo, y no querría ver sino enfermos de este mal.. Suplico a vuesa merced que seamos todos *locos, por amor* de quien por nosotros se lo llamaron: pues dice vuesa merced que me quiere, en *disponerse para que Dios le haga esta merced,* quiero que me lo muestre. ¡Oh gran

vez de traducirse en voces y cánticos y otras exterioridades, se traduce en el místico *sueño espiritual,* en que el alma está como el niño dormido a los pechos de su madre, gozando del bien que posee mientras el corazón sigue velando, o soñando en lo que ama, y ardiendo en amor *(Cant.* 2, 8; 5, 2). A esto se añaden ciertas caricias divinas o *toques* amorosos con que Dios va atrayendo más al alma y preparándola para la verdadera *unión* (1).

Tercer grado de contemplación (7.º de oración):—La llamada simplemente *Unión;* y es aquella manera de oración en que *todas nuestras facultades* quedan más o menos *unidas* con Dios, y donde El va, en efecto, cautivándolas y tomando plena posesión de todas ellas para manejarlas a su gusto sin que ya en nada le resistan. Y así el alma misma llega a conocer que no es ya ella quien obra, sino Dios en ella y por ella. Pues toda su actividad viene a quedar tan de acuerdo con la divina, que con ella parece como fundida e identificada, sin serle ya posible dudar de esta portentosa intimidad (2).

Por eso este grado se llama, por excelencia, de *unión,* porque lo es de todas nuestras potencias a la vez, y no de unas solas—de la inteligencia o de la voluntad o de estas dos solamente—conforme sucedía en los grados anteriores.

Mas aunque todas las facultades del alma estén así mas o menos unidas ya con Dios, y como atónitas ante tanta grandeza, sin embargo, en la simple *unión,* o *unión sencilla,* en que la cautividad de amor no es tanta, se concentra ésta muy principalmente en la voluntad, dejando las potencias sensitivas, aunque cautivas, no tan ligadas que no puedan percibir sus respectivos objetos y aun atender a ellos, si conviene para mayor servicio de

libertad! tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme a las leyes del mundo!»

«Este gozo interior, añade *(Relación* I), debía sentir San Francisco cuando le toparon los ladrones que andaban por el campo, dando voces y les dijo que era pregonero del Gran Rey; y otros Santos que se iban por los desiertos para pregonar lo que San Francisco: estas alabanzas de Dios. Yo conocí uno, llamado Fr. Pedro de Alcántara (que creo lo es según fué su vida), que hacía esto mismo y le tienen por loco los que alguna vez le oyeron. ¡Oh, qué locura, si nos la diese Dios!»

(1) «Differ oratio quietis ab oratione unionis, advierte Vallgornera (q. 4, d. 2, a. 16, n. 11), quia in oratione unionis ad spiritualem sui refectionem habet se anima velut passive, nec in sumendo laborat alimento, illud intra se reperit, nesciens quomodo hoc fiat. In hac autem oratione quietis aliquantulum laborat anima, quamvis tam suaviter et tranquille, quod laborem non sentiat. Deinde in oratione unionis omnes animae potentiae saepius a sua connaturali operatione suspenduntur...»

(2) «Fija Dios a Sí mesmo en lo interior de aquel alma de manera, que cuando torna en sí en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios y Dios en ella».—Santa Teresa, *Morada* V, c. 2.

Dios. A veces hasta las acompaña el mismo entendimiento, pudiendo así una persona estar ocupada en santas obras exteriores, mientras su alma—o mejor dicho, su "espíritu„ o lo más elevado de su alma—goza en esa íntima unión de la voluntad, juntándose de esta suerte la vida contemplativa con la activa, cosa que apenas era posible en la simple *quietud.*

Mas cuando la atracción divina es muy intensa, como sucede en la llamada *unión plena,* o *extática,* las mismas facultades sensitivas desfallecen, no pudiendo soportar tanto exceso de luz y de ardor; se pierde, pues, el uso de los sentidos, y el cuerpo queda como muerto para no impedir al alma gozar de las inefables delicias de que se ve inundada, y de las inestimables luces que se le comunican.

En este grado, los dulces toques y halagos divinos se convierten en íntimos abrazos tan apretados, que el alma se derrite y queda como fundida en su único Amor; otras veces son golpes tan recios y penetrantes como de dardos de fuego que hieren en lo más vivo y dulcemente consumen y abrasan, haciendo enfermar y desfallecer, arder y languidecer de amor; y a veces también de dolor y pena por ver a Dios tan ofendido y como obligado a lanzar dardos de indignación y de ira.

De ahí los deliquios y arrobamientos o éxtasis—sabrosos o dolorosos—, en que el alma queda como fuera de sí, perdida y derretida en el piélago de la infinita Bondad, o deshecha en el de la Santidad y justicia. Y de ahí también las misteriosas *heridas de amor*—y *de dolor*—que, llagando, sanan, y matando, parecen llenar de vigor y de vida (1).

A esto se añadirán los grandes *ímpetus de amor,* los *raptos* y los *vuelos del espíritu*, donde se le muestran al alma nuevos mundos de maravillas. Tales fenómenos suelen a veces ir acompañados de *levitación* o *bilocación,* participando el cuerpo de la moción del espíritu. De este modo también las heridas de amor, aunque producidas directamente en el corazón o en la misma alma, pueden a su vez traducirse exteriormente en la *estigma-*

(1) «De esta llaga, dice Godínez *(Teol. míst.* l. 6, c. 12), se causa a veces un muy regalado desfallecimiento, en donde el amor está ingerto en dolor, y los frutos de este ingerto son suspiros tiernos, requiebros amorosos, afectos encendidos, júbilos celestiales, paz, gozo, unión tranquila y un modo de amar que yo no sé explicar».

«Pero no a todas las almas, advierte la V. Mariana de S. José *(in Cant.* 2-2), deja con estas muestras exteriores; que algunas he yo conocido a quien su Majestad hace merced de que todo se quede adentro».

tización, o sea en la impresión de las sagradas llagas (1).

Así, los efectos de esta oración llegan con frecuencia a ser verdaderamente portentosos, y siempre son desde luego sin comparación mejores aún que los de la quietud; pues dejan al alma como renovada y hecha otra, participando ya en cierto modo de los atributos divinos, llena de virtudes infusas y exhalando en todo su proceder el buen olor de Jesucristo (II *Cor.* 2, 15).

En cada uno de los tres referidos grados de la unión, hay forzosamente que entrar por las estrecheces, oscuridades, aprietos y privaciones de la pavorosa *noche del sentido.*—"Cuando el Señor deja que ésta tienda sus negras sombras, entonces, saldrán de las selvas y cruzarán por todas partes las fieras„; esto es, las tentaciones y tribulaciones.—Mas acrisolado en ellas, luego "al amanecer, saldrá el hombre a su labor—que es principalmente la contemplación de las maravillas divinas—, y a sus operaciones ordinarias, con el fiel ejercicio de las virtudes, hasta la tarde„ *(Ps.* 103, 20, 23), en que, con el nuevo oscurecer, sobrevendrán nuevas pruebas que dispongan al alma para nuevos progresos en la perfección.

Esta primera *noche* se ordena ante todo a someter las facultades sensitivas a la razón, y a disponer esta misma para que, a su vez, venga dócilmente a someterse en todo al Espíritu Santo, que en adelante habrá de gobernarla y dirigirla con otra prudencia que no conocen los hombres mundanos y carnales.—Mas para esto es preciso corregir y reparar muy bien, mediante las diversas suertes de cruces, o *purgaciones pasivas,* los defectos e imperfecciones que no pudieron serlo bastante con las *activas.*

Consiste, pues, esta mística *noche* en una total sustracción de las luces, apoyos y consuelos sensibles, con que viene a quedar el alma a oscuras, temerosa, árida, seca y como en el aire, sin sentir el menor gusto ni arrimo, ni apoyo en nada, ni atractivo para nada (2). Y sin

(1) El Dr. Imbert *(La Stigmatisation,* t. I, al fin), dice que entre los 321 estigmatizados que pudo mencionar en su obra, 293 pertenecieron a diversos institutos religiosos, y sólo 49 son varones. «Va a la cabeza, añade, la orden de Santo Domingo con sus 109 estigmatizados; sigue la Franciscana, con 102; luego vienen los Carmelitas con 14, las Ursulinas también 14, las Visitandinas 12 y la orden de San Agustín 8; y además hay 5 Cistercienses, 4 Benedictinos, 3 Jesuítas, 3 Teatinos, 2 Trinitarios, 2 Jerónimos, 2 Concepcionistas; y por fin, 13 pertenecientes cada cual a una de otras distintas congregaciones religiosas».

(2) De esta purgación del sentido, dice Vallgornera *(Myst.,* q. 2, d. 8, a. 1), «causa formalis est substractio gratiae sensibilis..., ex qua substractione variae et admodum angustae desolationes, et continuae in sensu tam affectivo quam cognoscitivo procedunt ariditates... Causa efficiens seu effectiva est

embargo, una imperceptible luz y fuerza interior, del todo espiritual, la hace ser más fiel y diligente que nunca, marchando así, por la secreta senda que le han trazado, "a oscuras y segura—sin otra luz ni guía—sino la que en el corazón ardía". Esta la guía y la hace acordarse constantemente de Dios y alegrarse espiritualmente en El, sin querer consolarse en otra cosa, deseándolo ardientemente y de todo corazón y suspirando siempre por verle y gozarle (1).

Pero cuanto más lo desea y lo busca, tanto más difícil y aun imposible le parece poderlo hallar, viendo cómo todo viene a conspirar contra ella y ponérsele en contra: las pasiones para humillarla, los enemigos y falsos amigos para ejercitarla, y los mismos directores para desconcertarla en vez de alentarla; y las enfermedades y desgracias para probarla y acrisolarla como a Job y Tobías (2).—Mas quien en todas estas pruebas permanece fiel y persevera hasta el fin, hallará cuanto desea, e incomparablemente más.

Esta noche, en resumen, según dice el P. Poulain, "es una tendencia del alma a orientarse, en medio de la oscuridad y sequedad, únicamente hacia Dios sólo con el deseo y el recuerdo".

Mas si, por desgracia, pierde esa feliz orientación y cansada de esperar, o mal aconsejada, busca el consuelo de las criaturas, se incapacitará para hallar el místi-

ipse Deus bonus et misericors, quamvis tunc incipienti austerus et plurimum iratus appareat... Causa finalis purgationis passivae in parte sensitiva est, ut haec pars inferior apte purificata conformetur parti superiori, cui subordinatur, etiam a pravis dispositionibus suis purificandae, ut sic utraque bene disposita, simulque consentiens facile ad intimam Dei concurrat unionem».

«In oratione, seu meditatione, añade (ib., a. 3, n. 448), inveniuntur tria bona, nempe *devotio, suavitas* et *consolatio;* et in purgatione passiva inveniuntur tria mala opposita, nempe *taedium, ariditas* et *desolatio;* et sunt mala poenae».

(1) *Ps.* 26, 8; 76, 3. «Lo que no pierdo, decía la V. Sor Bárbara de Santo Domingo en Septiembre del 72, es la memoria de mi Dios... pero me sirve para más penar, porque como parece está tan disgustado conmigo, sufro mucho de ver que no puedo desenojarlo. En estas tinieblas puedo descubrir en lo más oculto de mi alma cierta calma, o sea una paz muy interior, acompañada de una seguridad cierta de mi salvación... Pero esto es tan oculto, que apenas se divisa. Es para sostener, pero no para aliviar en lo más mínimo el padecer».

(2) «Se agregaban, dice Sor Catalina de Jesús María, O. P. *(Autob.,* 3 P., c. 2), las muchas enfermedades, que en este tiempo han crecido sobre manera... De la mucha desolación padecía tanto el corazón, que siento que de allí se derraman dolores terribles a todo el cuerpo... y calentura que nunca me falta... A poco que camino me fatiga y detiene la respiración, originándome terribles accidentes.—Esto es por mayor..., que esto de males exteriores soy algo perezosa para referirlos. Los del alma los digo hasta donde puedo, que el decirlos todos no se puede, porque apenas se puede dibujar un bosquejo; y sólo los sabe quien los pasa, y los entiende quien los experimenta; pero no se pueden sujetar a la narración».

co reposo y, por cobarde, no llegará a gustar las dulzuras del maná escondido, que está así *reservado* para los verdaderos temerosos de Dios y vencedores del mundo y de sí mismos *(Ps.* 30, 20; *Apoc.* 2, 17). Estos exclamarán con San Juan de la Cruz *(Cántico espiritual,* 3):

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas:
Ni cogeré las flores,
Ni temeré a las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras (1).

Aquí es, pues, donde principalmente se hace la terrible segregación de los que, por flojedad, volviendo la vista atrás, se tornan inhábiles para entrar, con las grandes violencias que serían menester, en el reino de los cielos que está dentro de nosotros.—Así contentándose, como dicen, con ser "buenos ascetas", siguiendo un camino que llaman *común* y *ordinario* y huyendo de "singularidades" y de veredas escabrosas y "poco trilladas", pasan una vida tibia, llena de innumerables imperfecciones y de pecados veniales de que hacen muy poco caso; con lo cual no sólo se preparan un terrible purgatorio, sino que—por no querer entrar por la "estrecha senda" de Cristo, y salir del *camino espacioso,* tan *trillado* de los mundanos—, ponen en grave peligro su misma salvación (2). Pues no esforzándose por adelantar y trepar cuesta arriba, hasta lo alto del monte santo, retroceden y descienden hasta... abismos y abismos...

El P. Godínez afirma que el 99/00 de los que empiezan a entrar en la *noche del sentido,* no logran pasar adelante; y es sobre todo por culpa de malos directores que, en vez de alentarles para que venzan la cobardía y estimularles a seguir y perseverar, con los vanos miedos que, por el contrario, les ponen, les hacen retroceder y extraviarse (3). Y de los poquísimos que de ahí pasan,

(1) El mismo Espíritu Santo enseña al alma cómo ha de conducirse diciéndole: «Hijo, cuando te llegues al servicio de Dios, está firme en la justicia y el temor, y prepara tu alma a la tentación.—Humilla tu corazón, y sufre; inclina tu oído y recibe palabras de entendimiento; y no te apresures en el tiempo de obscuridad.—Aguarda si tarda Dios; únete con El y aguanta, para que a lo postrero crezca tu vida.—Recibe todo lo que te fuere aplicado, y en el dolor sé sufrido, y en tu humildad ten paciencia.—Porque en el fuego se prueba el oro y la plata, mas los hombres aceptos en el horno de la humillación... Cree a Dios, y te recobrará; endereza tu camino, y espera en El». *Ecc.i.* 2, 1-6.

«Quaerite Dominum, et vivite... Convertentem in mane tenebras, et diem in noctem mutantem».—*Amós,* 5, 4, 8.

(2) Quid niteris bonam ostendere viam tuam ad quaerendam dilectionem? ¡Quam vilis facta es nimis, iterans vias tuas! *(Jerem.* 2, 33, 36).

(3) «Grex perditus factus est populus meus: pastores eorum seduxerunt eos, faceruntque vagari in montibus: de monte in collem transierunt, *oblíti sunt cubilis sui*».—*Jerem.* L. 6.

casi que otros 99/00 van quedando por las mismas causas en cada una de las numerosas crisis. Aunque los esforzados siempre triunfan, aun a pesar de todo.

Muy conforme a esto afirma la misma Santa Teresa (*Vida*, c. 15), que vió muchas almas, relativamente, que llegaban a la *quietud*, y muy pocas que, permaneciendo siempre firmes, merecían pasar adelante y no volvían atrás.—"*Timeamus ergo, ne forte, relicta pollicitatione introëundi in requiem ejus, existimetur aliquis deesse*". (*Hebr.* 4, 1).

Artículo 9.º—La unión transformativa: sus grados y principales fenómenos: noche del espíritu.

Acabamos de ver en qué consiste y qué grados y fenómenos ofrece esa maravillosa *unión conformativa*, en que Dios va tomando progresivamente una posesión cada vez más plena y perfecta de nuestras facultades y energías, uniéndolas consigo íntimamente a medida que van quedando bien purificadas, a empezar, en el recogimiento, por la inteligencia, que era la menos impura y viciada que teníamos, siguiendo por la voluntad, en la *quietud*, y extendiéndose luego, en la plena *unión*, a las mismas potencias y facultades sensitivas; a las cuales embriaga también con su dulzura, para así hacerse dueño de todo nuestro *obrar*, y obrando El mismo en nosotros, comunicar a todas nuestras acciones—con la participación de su infinito poder—una virtud y un valor inestimables.—Mas con ser tan prodigiosa y tan apetecible esta unión y suponer una tan divina manera de obrar, y una verdadera deificación en todas nuestras potencias, todavía podrá acaso parecer aún más *moral* que *vital*, y por eso se llama simplemente *conformativa*.

Y Dios, que quiere llevar sus prodigios de amor hasta extremos increíbles (*Joan.* 13, 1), no se contenta con eso, sino que, después de dar a estos ilustres *vencedores* el *maná escondido* y el *nombre nuevo* (*Apoc.* 2, 17), si saben corresponder a sus generosidades, los configurará a su imagen dolorosa y los acabará de renovar por completo, revistiéndolos del manto de la inocencia y aun confirmándolos en gracia (1); y luego los hará ser firmes columnas de su santo Templo (*Apoc.* 3, 12); y por fin los sentará en su mismo Trono para que desde esta vida empiecen a reinar con El (2).

Así es como quiere llevar en nosotros mucho más

(1) *Qui vicerit, sic vestietur vestimentis albis: et non delebo nomen ejus de Libro vitae...* (*Apoc.* 3, 5).
(2) *Apoc.* 3, 21; II *Tim.* 2, 12; *Eph.* 2, 6; *Luc.* 22, 28-30.

adelante sus conquistas de amor; quiere, si le somos fieles, apoderarse no sólo de todas nuestras potencias, sino también de nuestra misma *vida* y *alma* y de todo nuestro *sér*, para luego identificarlo en cierto modo con el suyo, abrasándolo, absorbiéndolo, renovándolo y como transformándolo en Sí mismo, *deificándolo* así tan completamente, que ya parezcamos ser en todo *una misma cosa con Dios,* a imitación de la soberana manera en que lo son las Divinas Personas: *Ut sint unum, sicut et Nos unum sumus.—Ego in eis, et Tu in Me, ut sint consummati in unum (Jn.* 17, 22-23).

Esto ya no es tan sólo *unión,* sino cierta verdadera *unidad* y como identidad de vida, de suerte que ya es Dios no solamente quien *obra,* sino también quien *vive* en nosotros, y "nuestro nuevo *vivir* es ya Cristo„; proviniendo todo de su mismo Espíritu, como de verdadero *Señor* y *Vivificador* nuestro, "alma de nuestra vida, y vida de nuestra alma„ (1).

He ahí, pues, en qué consiste esta sobre-maravillosa y deífica *unión transformativa* a que todos somos llamados: *todos,* pues así lo pidió Nuestro Señor Jesucristo, diciendo *(Jn.* 17, 21): "Ut *omnes* unum sint, sicut Tu, Pater, in Me, et Ego in Te, *ut et ipsi in nobis unum sint...„*

Mas esto exige, para poder resplandecer con esa misma claridad que Jesús recibe del Padre y nos promete dar *(ib.* 22), una prolongada y terrible serie de purgaciones y renovaciones, que poquísimos están bien resueltos a sufrir; pues son en extremo dolorosas, a la vez que deleitosas, y deben penetrar hasta en la misma médula de los huesos, hasta en lo más íntimo del alma y llegar hasta la separación de la misma alma y el espíritu *(Hebr.* 4, 12), reproduciendo los misterios de la sagrada Pasión, y aun los de la muerte y sepultura.

Consta esta unión incomparable de dos principales grados, en sí bastante bien distintos y manifiestos—por

(1) Refiere la V. Sor Bárbara de Santo Domingo, en Octubre 1872 *(Vida,* p. 375-6), que un día, acabando de comulgar, se lo mostró el Señor y le dijo: «*Ven, hija mía, que quiero que te consumas conmigo y seas una cosa en Mí*». «Entonces, prosigue ella, me acerqué a mi Dios y sentí que me abrasaba toda en su amor. Este divino fuego me consumía y unía tan estrechamente a mi Dios, que al poco tiempo... ya no me veía a mí, sino solamente a El; y... me encuentro tan completamente perdida toda en Dios y como transtormada en El, que puedo decir con toda verdad que no sé si vivo: creo estoy muerta, pues no vivo más que en Dios... Es una unión mucho más íntima que la que tenía; pues ya toda estoy en Dios...

»La vista tan clara que goza mi alma de Dios, me impide en ciertas ocasiones que vea como las demás la luz del día, pues la veo tan rara, que más bien la puedo llamar tinieblas que no luz. Todo es extraño para mí; estoy como una persona que viene de tierras remotas, a la cual todo se le hace raro... Como de contínuo veo a mi Dios... todo lo demás me martiriza».

más que hay cierta transición insensible de uno a otro (1)—, que son el místico *Desposorio* y el *Matrimonio espiritual;* aparte de otros importantísimos, pero muy ocultos y difíciles de determinar, que se suceden a lo largo de la oscurísima *noche del espíritu,* en que toda esa renovación se realiza, y entre los cuales figura la contemplación *caliginosa,* en que el alma, admitida a entrar en el piélago de la luz inaccesible donde Dios habita,—purificada en extremo y perfeccionadas en sumo grado las tres virtudes teologales—irá uniéndose directamente con la misma Divinidad y con cada una de las tres adorables Personas, transformándose en Ellas, según vaya haciéndose participante, en lo posible, de los atributos divinos.

En el *Desposorio*, entre éxtasis y raptos, se verifican las *entrevistas* del Verbo humanado con el alma a quien va a tomar por esposa después de acabar de configurarla consigo mismo y revestirla de sus virtudes, sentimientos y pensamientos (2). Y ahí es donde esa altísima unión se inicia, se establece y confirma con mutuas y solemnes promesas de amor y fidelidad, y con un total cambio de intereses, simbolizado a veces o confirmado con el *de corazones,* así como dichas promesas suelen ser garantizadas con el *místico anillo,* el cual desaparece de la vista del alma cuando ésta afloja o incurre en algún descuido (3).

En la próxima disposición para ese divino Desposorio suele intervenir la Santísima Virgen, como imprimiendo al alma sus propias virtudes y perfecciones, y vistiéndola el misterioso manto blanco de su pureza e inocencia, para que así, yendo en pos de Ella misma,

(1) «Estas dos Moradas—o sea la VI y la VII—advierte Santa Teresa (*Mor.* VI, cap. 4), se pudieran juntar bien, porque de la una a la otra no hay puerta cerrada». Si bien «hay cosas en la postrera que no se han manifestado a los que no han llegado a ella».

(2) El *desposorio* en rigor es una promesa hecha por Nuestro Señor a un alma, que se halla en estado de unión, de llegar hasta el *matrimonio espiritual.*

(3) He aquí cómo refiere en compendio la celebración del suyo una admirable religiosa que floreció en el Convento de Dominicas de Quito en el siglo XVIII: «Comenzastes—dice a Nuestro Señor, después de haber oído de sus divinos labios que en ella misma, en su pecho, tenía El su reino—comenzaste a regalarme, y entre tus caricias me diste a entender que trocásemos las voluntades. Dije que sí; y entonces con modo especial hiciste el trueque diciéndome o dándome a entender: MI VOLUNTAD SEA TUYA (y al decir esto sentí que se me infundía tu voluntad en mi alma); Y LA TUYA MIA; y al decirme esta otra razón, sentí que de toda el alma te la daba, y se infundía dentro de tu divina Majestad».—SOR CATALINA DE JESÚS MARÍA Y JOSÉ HERRERA, *Autobiografía* inédita, 2.ª P. c. 40, p. 298.

pueda ya dignamente comparecer ante el Rey de la Gloria *(Ps.* 44, 15) (1).

En el *Matrimonio espiritual* esa unión se completa y consuma en la perfecta *unidad* de vida y de sentimientos, haciéndose estable y perpetua, y quedando así el alma por gracia singularísima, unida inquebrantablemente y hecha una misma cosa con el Verbo humanado, ofreciendo tan al vivo su divina imagen, que parecerá ser el mismo Jesucristo Hijo de Dios vivo, viviendo aún en la tierra y perpetuando su misión redentora.

De ahí las grandes maravillas que de contínuo, aunque de un modo misterioso que el mundo no suele advertir, están obrando en bien de la Iglesia y de las almas.

Fenómenos portentosos.—Aparte de los verdaderos grados intermedios que,—como dicha *contemplación caliginosa*—podrían quizá señalarse entre el *Desposorio* y el *Matrimonio,* figuran, como causas o efectos, muchísimos fenómenos en gran manera interesantes, que contribuyen a realzar la grandeza de esta obra.—Entre ellos debemos mencionar los *grandes raptos* y *vuelos del espíritu,* que se acentúan más después del Desposorio, y en que el elma es levantada del todo sobre sí misma y llevada a contemplar la gloria y riquezas de su Esposo,—de quien será, en medio de sus penas, grandemente consolada y regalada—; y también a donde pueda hacerse cargo de sus sagrados intereses para velar por ellos, celando el honor de su Amado. Así es como viene a descubrir inefables maravillas del todo ignoradas de los demás mortales—"*altiora mysteria, quae sunt perfectorum*„ (S. Thom. 2-2, q. 171, pról.)—, y que no es posible referir, por ser secretos íntimos del Esposo y la Esposa.

A esto se añaden los misteriosos *dardos divinos,* con que El la llama y la despierta y la enciende en ardentísimos deseos, penetrándole el corazón y causándole aquellas dolorosas y deliciosas heridas y llagas de amor, que avivan y aquilatan hasta el extremo la fe y la esperanza, consumando la caridad, y que matando dan vida.

Añádense los insoportables, a la vez que refrigerantes y deificantes incendios del fuego del Espíritu Santo, cuyas vivas llamas de amor, "fuertes como la muerte, y terribles y duras como el mismo infierno„ *(Cant.* 8, 6), penetran hasta los tuétanos y cauterizan y consumen to-

(1) Véase nuestra obra: *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia,* lib. I, p. 166-167.

das las manchas e imperfecciones y todo vestigio del hombre viejo, dejando el cuerpo como muerto—y hasta sepultado y destruido—y luego resucitado, espiritualizado y así capaz de volar, a semejanza del cuerpo glorioso, a donde le lleve el ímpetu del espíritu.—Añádense, a veces también, la "transformación dolorosa", las mortales agonías del Huerto y del Calvario: la participación y renovación de todos los tormentos de Cristo, de su soledad y desamparo, de sus azotes y coronación de espinas, de sus caidas y opresión bajo el terrible peso de la cruz, de su crucifixión y descoyuntamiento de huesos, de su elevación y suspensión entre el cielo y la tierra en el madero santo, su sed, sus gritos de angustia, su emisión del último aliento, su misma muerte, en fin, y sepultura, y luego—hecha ya la feliz renovación y transformación—su gloriosa resurrección, ascensión y misión del Espíritu Santo... Y en medio de todo, los *toques sustanciales* "que a vida eterna saben", e imprimiendo al alma la más perfecta y encendida caridad, ¡le dan vida eterna!

Por estos preciosísimos fenómenos y efectos que suelen más comunmente notarse a lo largo de la prolongadísima *noche del espíritu*, en que se prepara y realiza la deseada renovación del alma, podrá verse ya cuán importante y cuán amable y deleitosa tiene que ser aquélla en medio de sus horrores, y cuán bien merece llamarse *amable, venturosa* y *regalada;* puesto que ilumina al alma con inefables delicias *(Ps.* 138, 11-12; *Is.* 58, 10), y la deja unida para siempre con el divino Esposo! (1).

(1) «Esta noche, advierte S. Buenaventura *(Breviloquii,* P. 5, c. 6), es una cierta ignorancia docta, en la cual el espíritu es levantado y arrebatado a la niebla y exceso. La cual iluminación nocturna y deliciosa ninguno la conoce sino el que la prueba, ni la prueba sino el que la recibe de gracia, y a ninguno se da sino al que se dispone para ella...»

Mucha razón tienen, pues, las almas que por ella han pasado, para exclamar bendiciéndola, con S. Juan de la Cruz y con sus dos grandes imitadoras María de S. Alberto y Cecilia del Nacimiento, diciendo, respectivamente:

¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que la alborada:
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada! (S. J. †)

¡Oh noche regalada,
Que con seguridad favor ofrece
Al alma enamorada
Que en ella se adormece,
Y ansí el día noche le parece!...
Y así quedó gozando,
De los secretos rayos del Amado,
Y ya señoreando,
Sin fuerza ni cuidado
La casa y moradores que le han dado (M. S. A.)

En su primera fase, que suele empezar ya durante la simple *unión,* el alma, con excesos insoportables de luz divina, queda oscurecida, ofuscada y perdida para todo lo terreno y sensible, y completamente aniquilada ante lo divino (1). En medio de un despojo total y de una como destrucción de la propia naturaleza, y aun de lo que en ella parecía haber de bueno y virtuoso, ya no acertará a ver sino su nada, pecados, vileza, defectos, imperfecciones, manchas, dobleces, ignorancias, oscuridades y otras mil miserias que la oprimen y anonadan, haciéndola sentir vivísimamente la radical oposición en que se halla con la infinita santidad, pureza, justicia, simplicidad y veracidad divinas que, por una parte, la atraen irresistiblemente y, por otra, con su inmensa grandeza la aplastan y aniquilan, y a veces parecen repelerla como a contraria, y hacerle del todo imposible esa plena unión porque tanto ansía. Lo cual causa un tormento tan grande e inexplicable, que sólo puede compararse con la pena de daño del Infierno o del Purgatorio; pues realmente constituye el purgatorio en esta vida (2).

Bien humillada así el alma, vacía de sí misma, libre de todo apego, y purificada íntimamente con aquel intensísimo fuego que la abrasa y consume, va entrando en la segunda fase, sobre todo después de celebrado el místico Desposorio, en que entre éxtasis ya deliciosos, ya penosísimos, ve ora la hermosura adorable del Esposo divino, ora las ignominias y afrentas que por nuestro amor sufrió, y la mala correspondencia con que hoy se le paga. Y entonces, cuando menos lo piensa, es introducida en el insondable abismo de la *gran tiniebla,* donde, perdiendo de vista aquella sagrada Humanidad que le servía de consuelo y de apoyo, de camino y de guía,

¡Oh noche cristalina
Que juntaste con esa luz hermosa
En una unión divina
Al Esposo y la esposa,
Haciendo de ambos una misma cosa! (C. N.)

(1) «Sed quid est quod iste radius excaecat, cum potius debeat illuminare? Sed ista excaecatio est summa illuminatio, quae est in sublimitate mentis ultra humani intellectus investigationem».—San Buenaventura, *In Hex.*, Serm. XX, n. 11.

(2) De esta *noche del espíritu,* dice Vallgornera *(Myst.*, q. 3, d. 6, a. 1), «causa formalis est lux clarissima contemplationis, quae intima cordis arcana, et centrum animae penetrans, omnes ejus defectus quantumcumque latentes et minimos ei manifestat, et adjunctis circumstantiis, maxime personae offendentis et offensae, mirabiliter cruciat, intellectum tenebris obvolvendo, et voluntatem quadam abjectione et desperatione ad extremas angustias reducendo... Causa efficiens est Deus benignus et misericors, qui purgando suorum electorum animas, ad sui disponit unionem... Causa finalis est unio intima cum Deo, ad quam hujusmodi purgatio condigne praeparat animam et apte disponit».

borrados y destruidos los vestigios de todo lo terreno, y sumergida y perdida en aquella inmensidad sin fondo en que se halla, mientras le parece quedar privada hasta de la misma fe, esperanza y caridad, va recibiendo por grados la impresión y participación de los atributos divinos, de la bondad y misericordia de Dios, de su pureza, santidad, veracidad y justicia, y por fin hasta de su misma grandeza, saber e inmensidad; donde acaba de perderse para salir luego verdaderamente hallada, enriquecida con las gracias singularísimas que las tres divinas Personas como a porfía le hacen (1), adornada de todas las virtudes y con la fe y la esperanza del todo firmes y acrisoladas y la caridad tan maravillosamente "ordenada„ y tan abrasada, que triunfará ya de la muerte y del mismo infierno, pues no podrá ser extinguida con las aguas de todas las tribulaciones.

Así es como sale ya plenamente *purificada, iluminada y perfecta* en todo, según cabe en esta vida, y muy especialmente en esas tres grandes virtudes teologales, con que se une del todo con Dios; y así es como, viniendo a quedar plenamente configurada con el Verbo divino, puede ser ya admitida al matrimonio eterno, consumándose en aquel portentoso y delicioso *ósculo de Dios,* que es la plena comunicación del Espíritu Santo, y en el estrechísimo y ardoroso *abrazo* de su inextinguible caridad, el desposorio antes contraído "en la fe, en la justicia y en el juicio„.

Allí la dulce Esposa
Transformada en su Amado y convertida,
En El vive y reposa
Y de El recibe vida,
Quedando ya la suya consumida. (M. María de San Alberto).

Por este altísimo estado del *Matrimonio espiritual* viene a entrar el alma en tan amigable y admirable sociedad con las Divinas Personas, que ya casi habitual-

(1) «En cierto modo, decía la sierva de Dios Sor Filomena de Sta. Coloma, religiosa Mínima en Valls (1841-1868; cf. *Vida y Escritos,* por Sucona, 1897, p. 162), andan a competencia las tres divinas Personas en hermosear mi alma con dones y gracias sobrenaturales... En primer lugar parece que el Eterno Padre viste mi pobrecita alma de un poder y señorío grande, superior a todo lo criado, animándome a emprender cosas grandes en su honor, asegurándome de su ayuda, y alejando de mí todo temor, haciéndome el espanto del infierno.—El sapientísimo Hijo me parece se esmera en comunicarle de su infinita Sabiduría, mostrándole los caminos rectos que le han de conducir a la vida eterna, llenándola al mismo tiempo de luces celestiales y divinas.—El Espíritu Santo, fuente de amor, parece me comunica con abundancia el fuego de amor en que se abrasa, forzándome para que comunique de él a mis hermanas, a las que me manda amar con caridad perfecta y ardiente».

mente goza de su inefable vista, repercutiendo en ella, con delicias de Gloria, las eternas procesiones del Verbo y del Espíritu Santo, oyendo la voz del Eterno Padre que dice: *Esta es mi hija muy amada, en que tengo mis complacencias,* y recibiendo así el místico *Beso* del mismo Padre y del divino Esposo (1).

De este modo, como verdadera hija y esposa, merece penetrar los secretos juicios de Dios, y encantada al ver cuán verdaderos y justos son siempre, adora y ama y alaba igualmente los terribles rigores de su inviolable justicia que los increibles excesos de su infinita bondad y misericordia *(Apoc.* 19, 1-2), identificándose así en todo con las miras y disposiciones divinas.

Y con vivir tan endiosada, que sólo rarísimas veces y por breve espacio padece algunas ausencias y sequedades, ya no suele sufrir ni éxtasis ni raptos, porque ya está confortada a manera de los Santos del Cielo, para recibir, sin desfallecer, los mayores excesos de luz.

Así viene a quedar, según San Juan de la Cruz *(Cánt. espir.* 22), confirmada en gracia, y aun exenta de las penas del Purgatorio *(ib. Noche* II, c. 6).—Su vivir es como un principio de la eterna felicidad (2). Con frecuencia los justos en tan sublime estado, empiezan a emitir resplandores de gloria, u olores de celestial fragancia (3). A veces pasan largas temporadas sin apenas dormir o sin otro alimento que la Eucaristía; y sin embargo gozan de fuerzas suficientes para trabajar con celo y actividad indecibles por la gloria de Dios y bien de sus prójimos: para lo cual a veces, como dispensados de la ley de la gravedad y de la condición de estos cuerpos terrenos, vuelan o son repentinamente trasladados

(1) «Se le muestra, dice Santa Teresa *(Morada* VII, 1), la Santísima Trinidad... y por una noticia admirable, que se da a el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder y un saber y un solo Dios: de manera que lo que tenemos por fe, allí lo *entiende* el alma, podemos decir, *por vista*... Aquí *se le comunican todas tres Personas* y la *hablan*... Notoriamente ve que están en lo interior de su alma...: *siente* en sí esta divina compañía».

De la visión intelectual de la Santísima Trinidad, advierte otra vez *(Relación* 9), «queda una ganancia en el alma, con pasar en un punto, sin comparación mayor que en muchos años de meditación, y sin saber entender cómo».

(2) «Iste status exigit, dice Antonio del Espíritu Santo (tr. 1, d. 1, s. 6, § 12), ut Deus eidem animae *revelet evidenter,* quod sit in statu gratiae et in numero electorum. Ita Laurentius Justinianus *(Tract. de casto Connubio Verbi et animae,* cap. 25) et alii: cf. Philip. a. Trinit. *(Discurs. prooem.* a. 8).—«Animae in isto statu, añade (tr. 4, d. 4, s. 7), communicantur aliqua privilegia, quae concessa fuerunt primo parenti in statu innocentiae».

Véase nuestro libro: *Evolución mística,* p. 470-477.

(3) «Soy sin mí ya tan de Dios, Que aniquilada mi nada,
En mi Amado transformada, Damos un olor los dos».
(Escala mística).

aun a los más remotos lugares y a los parajes más altos e inaccesibles.—Y a veces hasta recobran el primitivo dominio sobre las fieras y sobre la naturaleza, como vueltos al estado de la inocencia y asociados a la obra de Cristo resucitado y glorioso...

¡Tal es la inconcebible altura a que en esta misma vida son elevadas las almas fieles a la gracia!... Y tal el ideal realizable de todos los verdaderos cristianos que aspiran a configurarse con Cristo: la DEIFICACION!

"¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!—nos dice San Juan de la Cruz *(Cánt. espir.* 39)—¿Qué hacéis? ¿en qué os entretenéis?"

Artículo 10.—Ejemplos de estos grados y progresos de la vida espiritual.—Santa Teresa; la V. Ana María de San José.

Para aclarar y precisar con datos concretos las rápidas noticias que acabamos de dar acerca de los grados y progresos de la vida mística, creemos muy oportuno citar, como ejemplos vivientes, primero el compendioso que ofrece Santa Teresa en su interesantísima *Relación* II al P. Rodrigo; y luego otro relato apenas conocido y bien digno de serlo, cual es el hecho por una humilde religiosa franciscana del siglo XVII, la V. Ana María de San José. Para complemento, y también para que mejor se viera cómo el brazo de Dios no está acortado y puede muy bien hacer en nuestros días lo que en los anteriores y aún mucho más, si así conviniese, bien podríamos indicar otros ejemplos recientes o actuales (1); pero éstos vale más dejarlos hasta que, terminado su desenvolvimiento, ofrezcan la debida madurez y seguridad.

1.º—Relación hecha por Santa Teresa

Recogimiento.—«La primera oración que sentí, a mi parecer, *sobrenatural* (que llamo yo lo que con industria ni diligencia no se puede adquirir, aunque mucho se procure, aunque *disponerse para ello sí, y debe de hacer mucho a el caso)* es un *recogimiento* interior, que se siente en el alma, que parece ella tiene allá *otros sentidos,* como acá los exteriores, que ella en sí parece se quiere apartar del bullicio de estos exteriores; y ansí algunas veces los lleva tras sí, que

(1) «Nunca tan liberal me he mostrado en comunicar mi gracia, decía Nuestro Señor a la misma V. Ana María de S. J. *(Vida,* n. 36), como en estos tiempos, que aunque castigo a los hombres, de todas maneras los amo como Padre; y en ningún tiempo he tenido en la tierra tantos justos y amigos que me sirven, aman, rinden; y a éstos los santifico con los trabajos que les envío y con los que justamente doy a otros por sus pecados. Porque mis siervos se hacen perfectos en la caridad y misericordia que obran con los demás con la oración y trato que conmigo tienen, movidos de piedad con la que tienen con ellos, remediándolos en sus necesidades; y a los que son míos y viven descuidados y desagradecidos, por los trabajos que les doy les traigo a Mí y son menos malos.

Lo mismo, y acaso mucho más, según creemos, podría decir hoy. Pues cuanto más crece la maldad, tanto mayor debe de ser el número y aún según el B.º Montfort, el mérito de los que ocultamente la contrarrestan y logran aplacar a Dios.

le da gana de cerrar los ojos, y no ver ni oir ni entender, sino aquello en que el alma se ocupa, que es poder tratar con Dios a solas. Aquí no se pierde ningún sentido ni potencia, que todo está entero; mas estálo para emplearse en Dios...

Quietud.—«De este recogimiento viene algunas veces una *quietud* y paz interior muy regalada, que está el alma que no le parece le falta nada; que aun el hablar le cansa (digo el rezar y el meditar), no querría sino amar: dura rato y aun ratos.

Efectos.—«De esta oración suele proceder un *sueño,* que llaman de las potencias, que ni están absortas, ni tan suspensas que se pueda llamar arrobamiento, ni es del todo unión.

Unión sencilla.—«Alguna vez, y aun muchas, entiende el alma que está *unida sola la voluntad...* Está empleada toda en Dios, y ve el alma la falta de poder estar ni obrar en otra cosa; y las otras dos potencias están libres para negocios y obras del servicio de Dios: en fin andan juntas Marta y María...

Unión plena.—«Cuando es *unión de todas las potencias,* es muy diferente; porque ninguna cosa pueden obrar, porque el entendimiento está como espantado. La voluntad ama más que entiende; mas ni entiende si ama, ni qué hace, de manera que lo pueda decir. La memoria, a mi parecer, que no hay ninguna, ni pensamiento, ni aun por entonces no son los sentidos despiertos, sino como quien los perdió, para más emplear el alma en lo que goza... Pasa presto.

Efectos.—«En la riqueza que queda en el alma de humildad y otras virtudes y deseos, se entiende el gran bien que le vino de aquella merced, mas no se puede decir lo que es...

»*Arrobamientos* y *suspensión,* a mi parecer, todo es uno, sino que yo acostumbro o decir suspensión, por no decir *arrobamiento,* que espanta. Y verdaderamente también se puede llamar suspensión esta unión que queda dicha. La diferencia que hay del arrobamiento a ella, es ésta; que dura más, y siéntese más en esto exterior, porque se va acortando el huelgo, de manera que no se puede hablar, ni los ojos abrir; y aunque esto mismo se hace en la unión, es acá con mayor fuerza, porque el calor natural se va no sé yo adonde, que cuando es grande el arrobamiento (que en todas estas maneras de oración hay más y menos) cuando es grande, como digo, quedan las manos heladas y algunas veces extendidas como unos palos, y el cuerpo, si le toma en pie, ansí se queda, o de rodillas, y es tanto lo que se emplea en el gozo de lo que el Señor le representa, que parece se le olvida de animar en el cuerpo y le deja desamparado. Quedan los nervios, si dura, con sentimiento.

»Parece que quiere aquí el Señor que el alma entienda más de lo que goza, que en la unión; y ansí se le descubren algunas cosas de su Majestad en el rapto *muy ordinariamente;* y los efectos con que queda el alma, son grandes, y el olvidarse a sí, por querer que sea conocido y alabado tan gran Dios y Señor. A mi parecer, si es Dios, no puede quedar sin un gran conocimiento de que ella no pudo allí nada y de su miseria e ingratitud, de no haber servido a quien de por sola su bondad le hace tan grandes mercedes... y ansí viene a tener todas las cosas del mundo en poco.

Rapto o *arrebatamiento.*—«La diferencia que hay de arrobamiento y arrebatamiento es, que el *arrobamiento* va poco a poco muriéndose a estas cosas exteriores, perdiendo los sentidos y viviendo a Dios. El *arrebatamiento* viene con sólo una noticia que su Majestad da en lo muy íntimo de el alma, con una velocidad, que le parece que la arrebata a lo superior de ella, que a su parecer se le va de el cuerpo; y ansí es menester ánimo a los principios, para entregarse en los bra-

zos del Señor, que la lleve a do quisiere; porque, hasta que su Majestad la pone en paz adonde quiere llevarla... la pobre alma no sabe qué ha de ser aquello...

Efectos. —«Quedan las virtudes, a mi parecer, de esto más fuertes; porque deséanse más y dáse más a entender el poder de este gran Dios, para temerle y amarle; pues ansí, sin ser más en nuestra mano, arrebata el alma, bien como Señor de ella, y queda gran arrepentimiento de haberle ofendido, y espanto de cómo osó ofender a tan gran Majestad, y grandísima ansia porque no haya quien le ofenda, sino que todos le alaben...

»El *vuelo del espíritu,* es un no sé cómo le llame que sube de lo más íntimo del alma... y va adonde el Señor quiere, que no se puede declarar más y parece vuelo...: sé que se entiende muy claro, y que no se puede estorbar. Parece que aquella avecita del espíritu se escapó de esta miseria de la carne, y cárcel de este cuerpo, y desocupada de él puede más emplearse en lo que le da el Señor. Es cosa tan delicada y tan preciosa, a lo que entiende el alma, que no le parece hay en ello ilusión; ni aun en ninguna cosa de estas cuando pasan. Después eran los temores, por ser tan ruin quien la recibe... aunque en lo interior del alma quedaba certidumbre y seguridad...

»*Impetus* llamo yo un deseo, que da al alma algunas veces, sin haber precedido antes oración, y aun lo más contino una memoria que viene de presto, de que está ausente de Dios, u de alguna palabra que oye, que vaya a esto. Es tan poderosa esta memoria y de tanta fuerza algunas veces, que en un instante parece que desatina: como cuando se da una nueva de presto muy penosa... Ansí es acá, salvo que la pena es por tal causa, que queda al alma un conocer, que es bien empleado un morir por ella. Ello es que parece que todo lo que el alma entiende entonces, es para más pena, y que no quiere el Señor que todo su ser le aproveche de otra cosa, ni acordarse es su voluntad que viva, sino parécele que está en una tan gran soledad y desamparo de todo, que no se puede escribir; porque todo el mundo y sus cosas le dan pena, y ninguna cosa criada le hace compañía, ni quiere el alma sino al Criador, y esto vélo imposible si no muere; y como ella no se ha de matar, muere por morir, de tal manera, que verdaderamente es peligro de muerte, y vése como colgada entre cielo y tierra, que no sabe qué se hacer de sí. Y de poco en poco, dale Dios una noticia de Sí, para que vea lo que pierde de una manera tan extraña, que no se puede decir: porque ninguna hay en la tierra, a lo menos de cuantas yo he pasado, que le iguale, y... deja descoyuntado el cuerpo... y con grandísimos dolores.—De esto ninguna cosa siente hasta que pasa aquel ímpetu. Harto tiene que hacer en sentir lo interior, ni creo sentiría graves enfermedades; y está con todos sus sentidos y puede hablar y aun mirar: andar no, que la derrueca el gran golpe de el amor. Esto, aunque se muera por tenerlo, sino es cuando Dios lo da, no aprovecha.—Deja grandísimos efectos y ganancia en el alma...

»El *ordinario ímpetu* es, que viene este deseo de servir a Dios con una gran ternura y lágrimas por salir de este destierro; mas como hay libertad para considerar el alma que es la voluntad del Señor que viva, con eso se consuela; y le ofrece el vivir suplicándole que no sea sino para su gloria; con esto pasa.

»Otra manera *harto ordinaria de oración* es una manera de *herida,* que parece a el alma verdaderamente como si una saeta le metiesen en el corazón, o por ella mesma. Ansí causa un dolor grande, que hace quejar, y tan sabroso, que nunca querría le faltase. Este dolor no es en el sentido, ni tampoco es llaga material, sino en lo interior del alma, sin que parezca dolor corporal... Es imposible enten-

derlo, sino quien lo ha experimentado, digo adonde llega esta pena; porque las penas del espíritu son diferentísimas de las de acá. Por aquí saco yo cómo padecen más las almas en el infierno y purgatorio, que acá se puede entender por estas penas corporales.

»Otras veces parece que esta *herida del amor* sale de lo íntimo de el alma: los efectos grandes; y cuando el Señor no lo da, no hay remedio, aunque más se procure, ni tampoco dejarlo de tener cuando El es servido de darlo. Son como unos deseos de Dios tan vivos y tan delgados, que no se pueden decir, y como el alma se ve atada para no gozar, como querría, de Dios, dale un aborrecimiento grande con el cuerpo, y parécele como una gran pared, que le estorba para que no goce su alma de lo que entiende entonces a su parecer, que goza en sí sin embarazo del cuerpo. Entonces ve el gran mal que nos vino por el pecado de Adán, en quitar esta libertad.

Advertencias.—«Esta oración antes de los arrobamientos y los ímpetus grandes que he dicho se tuvo.—Olvidéme de decir que casi siempre no se quitan aquellos ímpetus grandes, si no es con un arrobamiento y regalo grande del Señor, adonde consuela el alma, y la anima para vivir por El...

»Todo esto que está dicho, no puede ser antojo... Los efectos y como deja a el alma aprovechada, no se puede dejar de entender...

»Otra oración me acuerdo que es primero que la primera que dije, que es una *presencia de Dios,* que no es una visión de ninguna manera, sino que parece que cada y cuando (al menos cuando no hay sequedades) que una persona se quiere encomendar a su Majestad, aunque sea rezar vocalmente, le halla».

Ejemplo 2.º—V. Ana María de San José

Después de este magistral relato hecho por la gran Doctora mística, creemos que merece figurar la compendiosa y candorosa declaración que poco antes de morir hizo de todo el proceso de su admirable vida y de los progresivos grados de oración que fué teniendo la V. M. Ana María de San José, abadesa que fué de las Franciscas Descalzas de Salamanca (1).

Oración de recogimiento.—Desde una total entrega que de sí misma hizo a Dios al principio de su noviciado, «me quedó, dice ella *(Autobiografía*, n. 14), un modo de oración, que fué ponerme a la puerta de la misericordia, y *pedía un abrazo de paz.* Este modo fué *sobrenatural,* en que *el mismo Dios me puso...* Mi ejercicio era *hablar con Dios* y luego *recogerme con El dentro de mí;* y en este *recogimiento* hallaba yo tanta satisfacción, que no había más que en cerrando los ojos lo hallaba hecho todo... Discursos jamás supe qué cosa eran, y parecíame que no sabía yo nada de oración ni la tenía... (Preguntada por la Maestra), dije: «Madre, yo no me parece que tengo oración: lo que yo hago hablo con Dios, y luego estoyme con El dentro de mí oyéndole, aunque no me dice nada».—Y ella dijo: «Ay, Anica, tú eres aquí la mejorada; así lo has de hacer, que eso es lo mejor». —Con aquello quedé consolada y animé mi cortedad...

15. »Volviendo, pues, a las puertas de la misericordia, yo no hacía discurso de estas puertas, ni imaginaba cómo era, sino simplemen-

(1) Nació en Villacastín (Segovia) el 6 de Enero de 1581, y murió en gran olor de santidad el 14 de Mayo de 1632.—Su *Autobiografía,* de que tomamos estos datos, se publicó en 1665 en esta ciudad de Salamanca, donde se reimprimió en 1862.

te como si fuera una pobre que está a la puerta de un gran señor que tiene mucho que dar y gusta de que le pidamos y esperemos que nos ha de dar aún más de lo que le pedimos.

Quietud.—«Y era tanta la asistencia, que ni un instante parece que me podía apartar: allí cantaba en el coro, allí andaba entre día, allí comía, dormía y despertaba; y hallaba en este modo tantas cosas de doctrina y enseñanza divina, que no tenía necesidad de libros ni de nadie: el fervor y los deseos no daban lugar a la pereza... Este modo de *oración de las puertas de la misericordia* me duró algunos meses; y estaba yo tan hallada con él, que decía: «Señor, aquí viviré, aquí moriré, aquí será mi *descanso*... esperando siempre aquel abrazo de paz.

Unión.—16. «Estando yo una noche en oración, víspera de comunión, muy recogidos mis sentidos y potencias, sentí *junto a mí* la presencia de mi Dios y díjome: «Dame un abrazo... ¡Pues hasme de recibir mañana, y ahora no me quieres dar un abrazo?»—Y diciendo esto sentíme abrazada con Dios, y sentíme llena de Majestad, una grandeza, una *unión con Dios* y tan grandes bienes, que me parecía que no había ya más que desear en la tierra. Esta *unión* me duró descubierto muchos días, y traía una *suspensión* muy grande de potencias y un amor de agradecimiento muy descubierto a los sentidos. Este verme abrazada con Dios y este sentir su presencia, no era vista corporal, sino interiormente; y el sentimiento y la noticia de lo que era, también, sino que redundaba de esta llena a los sentidos. Con esto se me olvidó la puerta, y algunas veces que quería tornarme a ella, luego se me caía de la memoria; que este modo de olvido es muy ordinario cuando las almas van por donde Dios las lleva, que El mismo las pone y las quita cuando es servido».

Renovación del alma y cambio de corazones.—Pocos días después, añade (n. 17), estando en oración sintió dentro de sí un ruido muy grande, como si allí derribaran una casa, pero advirtiendo que «aquella era obra de Dios».—«Después que derribaron aquella casa no dejando piedra ni clavo, sino que todo lo viejo desapareció, sentí—dice ella—que edificaba casa para Sí nueva, y echaba fuera todo lo que había sido casa de sabandijas y de vanidades... Luego sentí a Dios *dentro de mí*, y como El había hecho casa para Sí, El mismo se hizo dueño de todo: díjome: «Desde aquí adelante ya no tienes alma, ni »corazón, ni sentidos, ni tienes nada, que toda eres mía: mía es el al»ma».—Y arrancóme el corazón y dióme el suyo.—«Y para que de aquí »adelante no uses de los dones que te he dado tan mal como hasta »aquí..., Yo cuidaré de tí y tú irás por donde Yo te llevare; que si quie»res que se me dé a mí la gloria de tu santificación y enseñanza, has»me de seguir y darme toda mi casa sin que nadie me entre en ella». Desde aquel punto hasta éste jamás he dejado de sentir a Dios dentro de mí..., ni por sequedades ni apreturas de corazón...; y desde aquel punto hasta hoy jamás pude decir: *mi alma, ni mi corazón, ni mis sentidos:* siempre que hablo con Dios digo: *esta vuestra alma, este vuestro corazón,* y así lo demás.

El Maestro interior.—18. «Desde esta merced, prosigue, traía siempre conmigo un Maestro y una enseñanza tan ordinaria como el respirar; y no sólo interiormente, sino que andaba como un novicio con su Maestro, que por momentos me está enseñando la perfección en los pensamientos, en las palabras, en las obras; y si alguna cosa hacía exterior que no llevase todos los requisitos de perfección, me la hacía tornar a hacer. ¿Y qué de veces me sucedió esto! Juntamente me quitó los libros.. , todo era atender al interior. Y tenía yo tanto, y hallaba yo dentro de mí tantas novedades por momentos, y tanta doc-

trina, los deseos de padecer tan a mano, que a nada atendía ni de nada me acordaba. Todo era deseos de parecerme a mi Maestro: en El crucificado lo hallaba todo, este era *mi libro,* allí hallaba todo cuanto podía desear; y llamaba yo los capítulos del libro, las virtudes que resplandecían en Cristo en la Cruz...

19. »Crecían los deseos y fervores de no parar hasta llegar al monte de la perfección; y este monte me parecía que era la *transformación con Cristo crucificado*».

21. «*De la alegría de la comunicación con Dios,* decía yo entre mí: cuando otro premio no hubiera más que este gozo, alegría y júbilo que uno tiene consigo misma, la risa, recreación que en las ocasiones de mortificación y retiro de las criaturas se tiene, se pagaba sumamente; y parece a quien no lo gusta seminario de tristezas...

Configuración con Cristo.—Gloria, poder y riquezas de la Esposa.—El fuego de amor.—26. «Crecióme mucho el deseo de parecerme a El en todo, en los trabajos, desprecios, en la santidad, en la vida y en la muerte, deseando vivir y morir en sumo desprecio: esto me llenaba mucho, y muchísimas veces me decía: «Hija, te hago he»redera de todo lo que Yo padecí como si tú lo hubieras padecido; te »hago heredera de mis llagas, de todas mis virtudes y de mi vida y »muerte». Y aunque yo lo estimaba, decíale: «Señor, quiero yo padecer en mi cuerpo y sentir en él por vuestro amor lo que Vos padecístes por el mío»... Al fin llegó la llena de los deseos de verme transformada por amor y por gracia en mi Maestro Cristo; y estando en grande oración y arrobamiento me vi toda hecha una misma cosa con El: y vi en mí por gracia lo que El tenía por naturaleza... En esta tan grande merced decía yo con el sentido verdadero: «Vivo yo, ya no yo, porque ya no vivo sino en mí Cristo, y El es yo; que ya no soy yo». Veía en mí más claro que el día la semejanza de Cristo y parecíame como cuando sale el mar de madre que salen las riquezas, salieron a fuera la perfección de las virtudes, de todas juntas y cada una por sí: la perfección de las ocho bienaventuranzas, y finalmente hecha un espíritu con el de Cristo, y los misterios que estaban escondidos en el espíritu de la Iglesia.—Tenía las llaves del infierno como señora de él; y de todas las cosas de la tierra: veíame Reina en el cielo por la perfección de la pobreza de espíritu, que salía mucho la perfección de esta virtud: tenía en el corazón a Cristo crucificado en el mismo corazón y alrededor todas las virtudes, y la paciencia, que era la mi querida, estaba por descanso de la cabeza de Cristo, como la con que toda virtud es coronada y gloriosa por ella. Al fin fué la llama de amor según aquel estado de transformación, y como crecía tanto diéronme unas calenturillas del mismo amor. Estaba con mil millares de motivos de amor, que con el menor se me podía arrancar el alma...

Muerte mística, juicio terrible y resurrección gloriosa.—27. «Dióme en estas calenturas un arrobamiento, o por mejor decir *muerte espiritual,* de manera que puedo decir que morí, y a las monjas les pareció que moría... En este arrobamiento o muerte fuí llevada a *juicio,* y delante de aquel Juez y muchos amigos suyos que consigo tenía para testigos, fué allí descubierta toda mi vida, cada pecado, cada imperfección con todas sus circunstancias, todos los beneficios y mercedes que había recibido hasta aquel punto: el Juez me mandó que *yo misma me juzgase* y diese la sentencia; y yo me hice juez de mí, como si... esta alma no fuera mía, y sentencié que era digna de ser maldita de Dios e indigna de su presencia... que más importaba que el atributo de la justicia se ejecutase... que no la salvación de aquella alma.—Esta fué una obra grandiosísima que sólo quien pasare por ella sabrá el aprecio que no tiene ponderación.—Allí me perdonaron, allí

me parece que me *confirmaron en gracia,* y allí diría yo como que me quitaron algunos accidentes del pecado original: a lo menos mucho tiempo me duró esta verdad y me parecía cierto como que... así me pusieron en la justicia original y quedé asentada en ella y en el conocimiento propio; allá en el centro de la nada, en vacío, aniquilación de sentir de mí justamente lo que soy, y dar a Dios lo que es propio; y me parece que soberbia ni vanagloria desde entonces no sólo no he confesado, mas mi primer movimiento, y aun casi parece que quedé incapaz de tenerle...

Ascensión mística y vida escondida en Dios.—28. «Dejé todas las cosas en abstracción de todo, como si no hubiera en el cielo ni en la tierra nada para mí, sino sólo Dios: y en esta soledad no tenía yo sequedad, antes gozaba de una tranquilidad, paz y serenidad del alma que no tiene comparación... Era levantada sobre todo lo criado y me hallaba fuera del cuerpo lejísimos de mí y metida en Dios; y en estos *vuelos de espíritu...* me enseñaron que me convenía para ser espiritual destetarme del amor de todo lo que no fuese puramente Dios para subir al conocimiento del Padre y ir ya como sin arrimo, sino buscarle en espíritu y en verdad. Y me infundieron allí el aprecio, agradecimiento y amor de mi Maestro y a tenerle por Redentor, ejemplar, amigo, hermano y Señor: mas justamente no por principal objeto a su Humanidad como yo le tenía (1). Sólo me dejaron un deseo, cuando me prometieron que le vería si daba aquel amor dél que tenía en el corazón, que fué deseo de ver a Dios en la Majestad de su gloria. Este no sólo era deseo, sino efecto de la merced, y para con él caminar esperando... verle en esa Majestad, sin imagen, sin figura, y ser transformada en El: que así como desde el principio todo mi hipo era ser transformada en Cristo, ahora fué como comenzar otra vida más espiritual; y así fué que me parecía a mí que no había más a donde subir, según la perfección que en el estado de la transformación en Cristo hallé, y no tiene comparación. Acá es otra vida nueva espiritual, con renunciaciones, purificaciones, circuncisiones, abnegaciones de las potencias y sentidos, volando en fe, destetado de todos los sentimientos, las potencias limpias, caminando en pura fe con el deseo de ver a Dios que me dieron y de transformarme en El. Y así como decía, parecerme a El en las virtudes, en la santidad, en los trabajos y desprecios; acá en este modo decía, ser transformada en El, parecerme a Dios en la bondad y en la participación de los atributos: parecerme en la pureza, ser llena de aquella luz eterna; y finalmente, todo lo que es a modo de Dios y nos hace un espíritu con El...

La transformación en Dios.—La nada y el Todo; la mirada divina sobre el humilde, encumbrándole; la humildad celestial, los atributos divinos; los secretos de la Providencia; la visión y la paz; Dios todo en todos.—29. «Llegó el tiempo de la promesa hecha; y estando una vez en altísima contemplación, deseando verle en la majestad de su gloria y ser en El transformada heredera de su espíritu, bondad, pureza y luz, vino la llena de este estado y..., sumida en los abismos de mi pequeñez, lejísimos debajo de los infiernos... desde esta suma bajeza y vacío de mi sér, estaba mirando aquella altísima Majestad en la celsitud de su grandeza, donde todos los bienaventurados eran así como nada; y al fin todo lo que es pura criatura, aunque sea la Virgen Santísima—que Ella sola tiene más que todos juntos—al fin es infinita distancia, porque es criatura.—Desde aquella altísima Majestad me estaba mirando, y con aquel mirar me estaba levantando y haciendo un espíritu con El. Y levantándome, me dejaba

(1) «Cum iter se nominat, advierte S. Agustín, non dicit nos manere, sed transire».

en mayor bajeza, y desde aquella mi bajeza que, del conocimiento de aquella altísima bondad, le rendía y bajaba a donde su mirar me ponía, yo le rendía y El me levantaba: y eran los resplandores que de Sí mismo se me comunicaban el amor y altísimo conocimiento que tenía en esta visión de Dios, como se puede en esta vida.—Allí se me dió la humildad celestial que nace del conocimiento de Dios; que hasta allí, aunque parece profunda humildad, más tiene de conocimiento propio: mas ésta es la que se tiene en el cielo, y quedó un actual espíritu de alabanza de Dios.—Allí conocí el misterio de la Santísima Trinidad y la distinción de las divinas Personas, y todas tres y cada una obraban en mí admirables grandezas. Salían de aquel divino Sér unos resplandores, que eran sus atributos, y penetraba yo las obras de ellos y en particular el de su poder, sabiduría, el de la misericordia y todos los demás. Todos tan distintos y tan inmensos, que no se puede decir con lengua humana: esto causaba en mí unas glorificaciones y unos efectos de bienaventuranza, una postración, aniquilación y un gozo tan glorioso de que Dios es quien es, que en cierta manera me hacía tan propios sus bienes como si fuera yo Dios por naturaleza. Allí se me dió el conocimiento, amor, estimación, aprecio del misterio de la Encarnación. Y veía yo a los bienaventurados que, después de cantar a Dios por sí mismo, estaban agradeciendo con admiración y alabanzas el haber salido de sí para comunicarnos su sér divino y levantar nuestro polvo a tal dignidad. Y conocía yo allí la dignidad de Cristo, y gozábame en sus bienes como si fueran propios; y salíame mucho el amor de Maestro y agradecimiento de que por su amor, enñanza y los merecimientos suyos había llegado a tal estado; y mi divino Señor y Maestro y Redentor me estaba mirando y gozándose de que el Padre (a quien El me había llevado) me favoreciese tanto, y estábame dando a entender que así como me gozaba en sus bienes, se gozaba en los mios. Allí parecía que perdí la fe y esperanza, porque todo era como posesión y *ver* a Dios... El estarme mirando Dios, y con este mirar glorificarme, abajarme, levantarme, rendirle yo y atraelle con mi mirar de aniquilación propia, y otra infinidad de efectos me duró. Mas el quedar desde entonces transformada en su divino sér y hecha un espíritu con El, y siempre amando y conociendo sin intervalo, quedó siempre estable. Espíritu de contemplación y los juicios de Dios y las intenciones en orden a las criaturas me enamoraban mucho... No sólo me es llano todo, sino que cuánto más a modo de su poder, bondad, justicia y misericordia obra, más me enamoran sus juicios; y cuando me descubre su intención en algunas ocasiones, cuanto más distantes las conozco, más me satisfacen, aunque parezcan a unos rigores y castigos muy grandes. Quitáronseme los temores, y jamás puedo pensar nada con advertencia, ni hay pensamiento que dé género de cuidado ni pena de nada, ni desabrimiento, ni sequedades, ni fervores, que no habiendo fervor (sensible) está el espíritu hecho uno con Dios y ama, se abrasa en mansedumbre, los sentidos están sujetos con amor a las potencias, las potencias al espíritu y el espíritu a Dios, y finalmente todo está en Dios, y Dios es el agente de esta criatura, y no es en sí, sino en El.

La hambre y sed de Dios: ríos de gloria y de gracia: la intercesión y reconciliación: el alma hecha todo para todos: víctima de amor.—30. «De esta tan grande merced me quedaron dos efectos, como de las demás me solían quedar, porque de un estado quedaba nuevo efecto o promesa encerrada en el alma. Y para darme Su Majestad lo que tenía determinado, me daba el deseo de ello y el efecto para pedir lo que me quería dar... De esta fué una sed insaciable de Dios y hambre de Dios: esta sed era de conocerle más y más, y la ham-

bre era de amarle... Siempre estaba recibiendo, y aquello me dejaba con más hambre y sed; que tenía un vacío en la voluntad y en la mente, que no me saciaban sino imposibles, y así pedía beberme todo aquel río de gloria... y todo me hacía más hambre y sed... Comenzó a llover sobre mí fuertísimamente una tempestad de agua... y de la llena de esta agua me salían del alma y por los sentidos unos ríos...: éstos se derramaban por la Iglesia, y... sentía que todo cuanto había deseado y había pedido, allí lo veía cumplido. Y díjome: «Todo cuanto has de»seado lo posees: sólo una cosa no te concedo que me has pedido, que »es salir de la carne y venirte conmigo. *A mi Madre tengo en el cie»lo y a ti en la tierra, para que pidáis, me aplaquéis, me rindáis;* »y de aquí adelante has de tratar con ángeles, santos y con criaturas, »que hasta aquí todo cuanto yo he obrado en tí, ha sido para tu santi»ficación: ahora has de ser *toda para todos*».—Y con esto se me infundió un amor a mi Madre la Iglesia y a sus hijos, los de cerca y los de lejos, y a las ánimas del Purgatorio... Digo que me dejó otra nueva criatura, en razón de ser *toda de los prójimos*...

31. »Compadecíame de todos, y con esto andaba tan revestida de todas las necesidades de la Iglesia, que todas las traía a cuestas...

Los frutos de vida en la Iglesia: cooperación a la obra de Jesús: apostolado misterioso y portentoso.—41. «Algunas veces me hace Nuestro Señor merced después de haberle recibido sacramentado, de llevarme a algunas ciudades y reinos... Y siento que me lleva en sí mismo en espíritu, y otras veces siento que me lleva el corazón; y cuando me lleva el corazón, primero me dice acabándole de recibir: «Ea, pídanme todos, que estoy en el corazón de Ana. Pídanme merce»des todos, que aquí me dejaré rendir»... Algunas veces me dice: «Ahora vamos al Japón, que tengo allá muchos amigos que trabajan en la conversión de las almas, y *habémoslos de visitar y fortalecer...*» Y entonces se me dan a entender infinidad de cosas acerca de los errores de los Indios y del fruto que hace la presencia de Nuestro Dios, las tinieblas que destierra de aquellos ciegos y el espíritu que infunde a los que trabajan... Otras veces me sentía llevar sin saber de quién...; me ha sucedido muchas veces ir por el aire como volando, y algunas veces me hallo entre multitud de indios de diversas naciones, con la *Doctrina Cristiana* en la mano, y ellos están de rodillas oyéndola... Otras veces, después de la comunión, me sucede ser llevada, y llevo el Santísimo Sacramento en el pecho; y entonces veo que muchísimos le adoran; y también en estas ocasiones hace muy grandes favores...

Estado del alma consumada en amor y transformada: continuas comunicaciones divinas; el vivir a lo divino; la paz y felicidad.—«Este amor y conocimiento, unión y transformación me dispone para estar siempre recibiendo la divina comunicación: siempre estoy recibiendo al Verbo divino en la mente, y finalmente *a Dios como es,* sin imagen, sin figura, en espíritu y en verdad. Y esta obra me hace no ser en mí, sino tener sér divino; el mío no es en sí, sino en este Altísimo Señor que hace como quien es, haciendo la misma obra que en los bienaventurados y dejando los mismos efectos.—Y aunque todas las mercedes son dignas de agradecimiento, mas todas son inferiores a esta obra; y antes de llegar a este estado de contemplación las hace Dios muy grandes, y todas se enderezan a disponer para esto. Y en unos tiempos las hace para limpiar y abstraer el espíritu de todo lo que es criatura pura y para llegar a la perfecta desnudez, que es en este estado de altísima contemplación, donde sólo Dios es el que obra; el espíritu recibe y atiende no entendiendo para poderlo decir

después, porque como todo es tan a modo de Dios, no tiene lenguaje. En este estado no hay peligro de engaño...

»En este estado (del *matrimonio espiritual)* es imposible haber vanagloria, no soberbia, ni dudas ni temores con advertencia; porque no es en sí, ni tiene penas ni fervores, sino un gozo actual de que Dios es quien es, un amor sereno abrasándose mansamente, un candor de alma muy grande, una paz dulce y tranquilidad siempre establecida: siempre le es manifiesta la divina voluntad cerca de lo que toca al espiritual bien común de la Iglesia y a cosas particulares; siempre vive sin prevención de razones, por el olvido en que anda sin modo advertido de compostura exterior, sino con sinceridad, bondad y llaneza: con los mismos efectos que del interior salen, que bastan y son los más seguros; porque quien tiene los sentidos como en este estado están y yo lo experimento, sujetos a las potencias, y las potencias al espíritu, el espíritu a Dios, finalmente todo está poseído de Dios, pues no es en sí la criatura, sino que es en el mismo Dios, claro está que el exterior ha de estar modificado y a modo de la obra que siempre anda en lo interior».

CONCLUSIONES

I.—Qué debe entenderse por "ordinario„ y qué por "extraordinario„ en la vida mística

Ahora es tiempo de tratar de esclarecer un poco, o de resolver en lo posible esta importantísima cuestión, que a tantas confusiones suele prestarse y a tan acaloradas discusiones ha dado origen. Por lo que dejamos expuesto, se podrá ya ver muy claro que en los Santos y en los verdaderos místicos no son realmente *extraordinarias* muchas cosas que suelen pasar por tales. Pues, aunque rarísimas en la generalidad de los cristianos, por no ser los más de ellos lo que deben, son, sin embargo, o del todo *ordinarias,* o a lo menos *frecuentísimas* en los cristianos perfectos, en quienes Cristo se complace viéndolos resplandecer con la claridad que El les mereció y en darles poder para hacer lo mismo que El hizo y aun cosas mayores, y a quienes, como a verdaderos y fieles amigos,—por más que los mundanos y los poco devotos se extrañen—quiere ya manifestárseles de algún modo y comunicarles sus secretos (1).

(1) *Joan.,* 14, 21; 15, 15; 17, 24. Por de pronto la contemplación, conforme advertía Dom Guéranger *(L'Année liturg.,* Vendr. de la Pentec.), «es el estado a que es llamada, en cierta medida, *toda alma que busca a Dios.* No consiste en esos fenómenos que a veces el Espíritu Santo tiene a bien manifestar en algunas personas privilegiadas, para probar la realidad de la vida sobrenatural; consiste simplemente en esa relación más íntima que se establece entre Dios y el alma que le es fiel en la acción. A esta alma, si no le ofrece obstáculos, le reserva ciertos favores de los cuales el primero es la iluminación del espíritu mediante una luz superiòr debida al don de inteli-

Dejemos por ahora esa virtud de obrar distintas suertes de prodigios, que con ser frecuentísima en una forma u otra en casi todos los Santos—a quienes, como dice el Padre Weiss, "los milagros persiguen como la sombra al cuerpo„—; sin embargo, por ser evidentemente gracia *gratis data,* como ordenada ante todo a la utilidad común, y variar notablemente según la misión confiada a cada siervo de Dios, no puede en rigor llamarse "ordinaria„. Y así, en lo que tiene de brillo exterior, puede y suele haber gran peligro de vanidad en apetecerla. Casi lo mismo podemos decir del don de discreción de espíritus, en sus grandes manifestaciones; aunque en otras suele ser muy común en los grandes santos y utilísimo para cuantos están encargados de dirigir almas; a los cuales, si son lo que deben y lo piden de veras, nunca habrá de faltarles en la medida en que les es menester.

Pero entre lo verdaderamente *ordinario*, en el fondo, aunque no lo sea en las exterioridades que chocan y pueden variar y aun suprimirse sin daño del espíritu (quiero decir, entre las cosas que suelen normalmente figurar en el progreso del alma, como parte integrante de él, o como causas o efectos ordinarios, y que, por lo mismo, aunque a veces acaso chocantes en ciertas manifestaciones, pueden, sin embargo, ser en lo sustancial constantes y normales en el completo desarrollo de la vida mística), creemos que, en conformidad con las diversas clasificaciones indicadas y los ejemplos aducidos, deben figurar, junto con lo característico de los principales grados, los siguientes fenómenos: el *silencio* y aun hasta cierto punto el *sueño espiritual,* la *embriaguez de amor,*

gencia..., con la cual se descubren en los misterios inefables harmonías que antes ni se sospechaban siquiera... Todo le parece nuevo... Este don es una ayuda inmensa para la santificación de alma».—«El segundo favor que le destina—añade luego—es el don de sabiduría, superior aún al de inteligencia...»

«Estas cosas, decía ya en 1657 el franciscano P. Simón du Burg—en Bresse *(Saintes élévations...,* p. 34-5), no son altas y extraordinarias sino por una opinión errónea o por la pereza y corrupción de nuestra viciosa naturaleza; y como no piden altas especulaciones y consisten particularmente en el amor, es muy cierto que son para todos y en especial para los más sencillos, pues en realidad no requieren sino una voluntad buena, verdadera, sincera y ardiente... Es, pues, un abuso e ignorancia el no atreverse a aspirar a estas cosas, por temor de los peligros e ilusiones de Satanás; pnes los peligros del mar y de los piratas no bastan para apartar... del rico tráfico de las Indias».

«Para colmo del mal, añade (p. 38), la mayor parte de los predicadores, doctores, confesores y directores ignoran por completo estas cosas divinas, a lo menos por lo tocante a la práctica y experiencia...; y así las desprecian, las desacreditan y las calumnian, y apartan de ellas a las almas».

«Grandis res est anima, exclama San Buenaventura *(Hex.,* XXII); in anima potest describi universus orbis».—«Anima totum habet in se, quod Ecclesia in multis. Quaelibet enim anima contemplativa habet quamdam perfectionem, ut videat visiones Dei». *(Hex.,* XXIII).

si no tal que se parezca a la que mostraban los primeros discípulos al acabar de recibir el Espíritu Santo, al menos suficiente para provocar ciertos entusiasmos, no tan reprimidos que a ojos de alguien puedan pasar por *locuras*. Lo mismo y más creemos que se debe decir en cuanto a lo substancial de los *arrobamientos* o *éxtasis* y de los *raptos* y *vuelos* del espíritu; pues si en muchos siervos de Dios, que han pasado por las correspondientes fases, no se traducen bastante al exterior, o no se notan con toda claridad tales fenómenos, es porque El los sustrae de las miradas del público, ora dándoles tiempo para esconderse, ora facilidad para que, aun durante el éxtasis, se muevan y hagan las ceremonias que los demás y vayan así, por ejemplo, en procesiones o a comulgar (1); aunque otras veces van como pueden, apoyándose o agarrándose a algún objeto para no caer en el suelo cuando se sienten desfallecer con el éxtasis o suspensión, y para no dejarse levantar en alto con el ímpetu del espíritu.—Pero así y todo sentirán lo esencial, que es esa *tendencia* a caer o a levantarse en alto, y notarán que han perdido por algún tiempo casi por completo o en parte el uso de los sentidos, si bien Dios les hace la gracia de que logren oportunamente despertar o volver en sí, para que, cuando sea hora, se levanten sin ser notados, conforme pasaba a la M. María de la Reina de los Apóstoles, muerta en olor de santidad en 1905.

Tampoco suelen nunca faltar a su debido tiempo las vivas *ansias* y la *sed de amor*, los *ímpetus* y aun las mismas *heridas de amor;* si bien el que éstas se traduzcan al exterior en las llagas visibles, así como el ir los raptos y vuelos acompañados de *levitación* y sobre todo de *bilocación*, es ya cosa rara y verdaderamente "extraordinaria".

También podrán con justicia pasar por extraordinarias las *visiones* y *locuciones sensibles*, o *exteriores*, por no causar siempre santidad, ni suponerla, y aun las imaginarias, en cuanto a veces pueden también ser tenidas de pecadores y faltar en grandes siervos de Dios; pero no lo son algunas puramente *intelectuales*, siempre utilísimas, y menos otras todavía más íntimas y espiritua-

(1) Santa Catalina de Ricis, durante sus largos raptos, salía ir con las monjas en las procesiones llevando el Crucifijo, y deteniéndose en las estaciones; pero la veían ir en el aire, sin tocar con los pies en el suelo. En la mismísima forma llegaba hasta servir en el Refectorio la extática Sor Beatriz de la Concepción, Franciscana descalza en Salamanca: «Iba en el aire, los ojos en el cielo, y daba a cada una lo que la tocaba», según dice su *Vida*, n. 227.

les, que manifiestamente suponen y entrañan el estado de unión, y no suelen faltar en ningún místico perfecto; y parecen como indispensables para completar la verdadera y plena iluminación y la instrucción espiritualísima que hace interiormente, como Maestro de toda verdad, el Espíritu Santo (1).—Así éstas en rigor pertenecen al orden de las gracias santificantes, y por lo mismo pueden ser obra de los principales dones de ese divino Huésped; pues, aunque en segundo lugar se ordenen al bien de otros, ante todo sirven siempre para la mayor santificación de quien las posee (2).—Esto sucede sobre todo en

(1) Cfr. *Evolución mística*, 2.ª P., c. 7, § 2. Las visiones corporales, decía San Buenaventura *(De profect. relig.*, l. 2, c. 76, n. 3), «nec faciunt sanctum nec ostendunt; alioquim Balaam sanctus esset; et ejus asina, quae vidit angelum...—Alia est visio intellectualis qua, illuminatus oculus luce veritatis, pure ipsam veritatem in se contemplatur».

Los efectos de las visiones intelectuales, dice Vallgornera *(Myst.*, q. 3, d. 5, a. 3), «sunt plurimi et *pretiosi*, quies animae, mentis illuminatio, gaudium gloriosum, suavitas, puritas, amor Dei, humilitas, elevatio spiritus ad Deum...»

Y sobre éstas aún hay otras mucho más preciosas y estimables.—«Muchas veces, advierte San Alfonso Rodríguez *(Unión*, c. 16-17), los espirituales siervos de Dios *suelen sentir* tan altas cosas de Dios, tratando con El, comunicándoselo El, que ni se pueden decir ni escribir, ni en corazones de hombres descendieron, los bienes tan grandes de Dios: los cuales en alguna manera entiende, aunque no como los bienaventurados, que ven cara a cara a su Dios, el que los experimenta, y Dios se lo comunica (como a amado suyo) espiritualmente, cuando está con su Dios a solas contemplando a su divina majestad, bondad y gloria. Pero *el que más se adelantare en la perfección*... alcanzará de Dios *más luz para conocerle*, y mayor amor para amarle y *gozarle*, y a la medida de esto, la gloria más o menos».

«Estas revelaciones que he dicho y otras muchas a este tono, dice la V. Ana María de San José *(Vida*, n. 34), no se ven con los ojos del cuerpo, ni muchas de ellas son sólo intelectuales.. sino hechas en altísima contemplación, que allí es una *manifestación que muestra en sí mismo el mismo Dios*, amado de los bienaventurados, que en Dios les es todo manifiesto y la intención que tiene en manifestarlo».

«Acaece, escribe conforme a esto Santa Teresa *(Mor.* VI, c. 10), estando el alma en oración... venirle de presto una suspensión a donde le da el Señor a entender grandes secretos que parece los *ve* en el mesmo Dios... No es visión imaginaria, sino muy intelectual, a donde se le descubre cómo en Dios se ven todas las cosas, y las tiene en Sí mesmo: y *es de gran provecho;* porque aunque pasa en un momento, quédase muy esculpido y hace grandísima confusión... También acaece ansí muy de presto, y de manera que no se puede decir, mostrar Dios en Sí mesmo una verdad, que parece deja oscurecidas todas las que hay en las criaturas, y muy claro dado a entender que El solo es verdad, que no puede mentir».

(2) Según Scaramelli (tr. 2.ª, c. 14, n. 148), para cualquier grado de contemplación, incluso para los éxtasis, raptos, locuciones y visiones intelectuales, bastan los dones de sabiduría e inteligencia, sin que haya necesidad de recurrir a gracias *gratis datas*. Así todo esto debería llamarse «ordinario». Y aun cuando se mire como obra de gracias especialísimas, no debe entenderse que éstas sean en rigor *gratis datas*, sino santificantes en alto grado.

«Aliae communiter vocantur *gratiae gratis datae*, dice López Ezquerra *(Lucerna myst.*, tr. 4, c. 1, n. 6), quae non ad proximi utilitatem, sed ad propriam animae recipientis salutem diriguntur, et *lato modo* gratiae gratis datae dicuntur, quia nimirum sunt beneficia gratis a Domino concessa...; et hujus generis sunt *visiones, revelationes, raptus, ecstases*, et *his similia*».

Pero aun las mismas gracias verdaderamente *gratis datas*, aunque ordenadas al bien común, pueden a veces servir de complemento a la propia

las palabras sustanciales que, a manera de las sacramentarias, obran en un punto lo que dicen y así, como advierte San Juan de la Cruz, son de un valor inapreciable. Lo mismo debemos decir de las altas *noticias* comunicadas mediante los *toques sustanciales.*

Así, pues, todo cuanto contribuya directamente a la propia santificación, aunque en parte varíe de unos siervos de Dios a otros, según la especial forma de santidad que el Señor quiere de ellos, es hasta cierto punto *ordinario,* en la forma correspondiente, y en la medida que, para esa manera de santidad, es del todo necesario.—Tal podemos decir de la especial preponderancia de unos dones o de otros, del de sabiduría o el de inteligencia, el de consejo y el de fortaleza o de ciencia, que hacen tan hermosamente variadas las fisonomías sobrenaturales de los grandes Santos.—No es *ordinaria* cada una de esas formas en cada siervo de Dios; pero sí lo es *alguna* en *cada uno*, y *todas* en la *colectividad,* o sea en la S. Iglesia Católica.

Así, aun ciertos dones de suyo *gratuítos,* por lo mismo que a veces son del todo indispensables para algunas de las grandes funciones que Dios confía a sus siervos, y que no podrían éstos llenarlas ni, por lo mismo, santificarse en ellas, sin poseerlos en mayor o menor grado, podemos decir que, supuesta esa especial misión, y tal grado de elevación en la escala mística, ya esas gracias vienen a ser como *ordinarias* con respecto a tal estado, o a esa forma de santidad.—Así es cómo en todos los grandes Santos suelen abundar grandemente los diversos dones gratuítos (1); y en cuanto ven que les son muy convenientes para mejor desempeñar su misión res-

santificación, a fin de que ésta alcance todo su esplendor con la perfección deseable.

«Gratiae gratis datae, dice Schram *(Theol Myst.,* t. 1, P. 2, c. 4, § 244, Schol.), non requiruntur quidem praecise ad contemplationem extraordinariam (sc. infusam), bene vere ad ejus *complementum* et *perfectionem,* suppositis virtutibus et donis, et licet gratiae gratis datae non sint per quam homo Deo conjungitur, unionem tamen per gratiam gratum facientem productam *magis fovent* et *confirmant*... Saltem dispositive excitant ad majorem unionem».

En este sentido pueden ser muy deseables.

(1) «Allende de estos hábitos o gracias *gratis datas,* advierte S. Juan de la Cruz *(Subida,* II, cap. 24), las personas perfectas o las que ya van aprovechando en perfección, *muy ordinariamente* suelen tener ilustraciones y noticias de las cosas presentes o ausentes, lo cual conocen por la luz que reciben en el espíritu ya ilustrado y purgado... Estos que tienen el espíritu purgado, con mucha facilidad pueden *naturalmente* conocer, y unos más que otros, lo que hay en el corazón o espíritu interior, y las inclinaciones y talentos de las personas, y esto por indicios exteriores, aunque sean muy pequeños».

pectiva, no reparan a veces en pedirlos o desearlos, no para su propia gloria, sino para la de Dios.

Extraordinarias en general son, pues, todas aquellas luces y gracias o mercedes especiales que ni proceden de la misma unión, ni tienden directa y principalmente a producirla; y así, aunque muchas veces la ayuden y fomenten, pueden muy bien manifestarse sin ella, por ordenarse directamente a otros santos fines (1).—Por el contrario, las que de suyo la producen o favorecen, o bien la acompañan siempre o son resultado de ella, por raras que acierten a ser en la triste realidad, y por chocantes que a veces parezcan en algunas de sus más notables manifestaciones, deberemos decir que en el fondo pertenecen a lo *normal* y por tanto *ordinario* en el pleno desarrollo de la vida mística, y que por lo mismo son de suyo deseables en todo eso que tienen de normal, aunque acaso en lo anormal o accidental puedan ofrecer sus inconvenientes.

Esto es, pues, lo que decimos de los éxtasis y raptos, con las grandes ilustraciones sobrenaturales y demás fenómenos que les acompañan.

Para comprender, en efecto, que aquéllos deben ser de algún modo *ordinarios* en la vida mística, basta recordar que la *unión extática* constituye un grado notoriamente superior a la simple *unión*, o es ésta misma elevada a mayor altura e intensidad, según declara San Francisco de Sales apoyado en Santa Teresa (2).—Desde luego, en lo que tiene de más esencial, es efecto del mismo amor elevado a otro grado más alto, según advierte el P. García de Cisneros (3). Pues a los *muy ami-*

(1) «Nec omne donum, quamvis spirituale, dice San Bernardo *(Serm. 49 in Cánt.)*, prodire dixerim de *cella vinaria*, cum sint et aliae penes Sponsum cellae, vel apothecae, diversa in se recondita habentes dona atque charismata secundum divitias gloriae ejus... Nonne haec recondita sunt—inquit *(Deut.* 32)—apud me, et signata in thesauris meis? Ergo pro diversitate cellarum, divisiones gratiarum sunt, et unicuique manifestatur spiritus ad utilitatem. Et quamquam alii quidem detur sermo sapientiae, alii autem sermo scientiae, alii vero prohetia, alii gratia curationum, alii genera linguarum, alii interpretatio sermonum, aliaque aliis, his similia; non tamen quis horum pro hujusmodi dicere poterit quod introductus fuerit in cellam vinariam. Ex aliis quippe cellis, sive thesauris ista sumuntur».

(2) «Santa Teresa, advierte el Santo Doctor *(Amor de Dios,* l. 7, c. 3), dice muy bien, que en llegando la unión a esta perfección de tenernos presos y atados con Dios, no difiere del arrobamiento o suspensión del espíritu; pero que se llama sólo unión o suspensión cuando es corta, y cuando larga, éxtasis o arrobamiento».

(3) «De todos los dichos cinco grados (iluminación, inflamación, suavidad, deseo, hartura) que hace el amor en el corazón, observa este piadoso abad de Monserrat *(Ejercit.* c. 30), procede el sexto, que se llama *arrobamiento* de la mente...; no que aquel tal arrobamiento requiera que el hombre vea visiones, ni alguna cosa *corporal*: mas requiere que el hombre *se vea alumbrar,* y *inflamar,* y *recrear*, y levantar por amor en su Creador: en tal ma-

gos o *muy amantes* de Dios acostumbra El *embriagarlos* de esa manera en el torrente de sus delicias, donde a la vez los llena de luces maravillosas, saciándolos con el "agua de la sabiduría saludable„ (1).

Por consiguiente, a diferencia del *éxtasis profético*, que lo pueden tener ciertas almas del todo principiantes y aun a veces algunos pecadores como Balán, el *místico*, mirado no en las manifestaciones exteriores, sino en el íntimo fondo en que está todo ordenado a la propia santificación del alma, es como parte integrante del proceso evolutivo de la vida espiritual, y por lo mismo no puede ni debe llamarse extraordinario, ni tenerse por temible, siendo en realidad muy deseable, según hoy reconocen muchos autores (2).

Otro tanto debe decirse del rapto y del vuelo del espíritu, que vienen a constituir como otras fases aun superiores y más fructuosas de la misma *unión extáti-*

nera que aquello que siente y vee, no se pueda decir por ninguna lengua por razón de la su alteza, bondad, hermosura, limpieza y nobleza...»

(1) «*Ecce charissimi inebriantur*, escribe Ricardo (*De Contempl.* l. 4, c. 16). Ebrietas autem mentis *alienationem* efficit, et supernae quidem *revelationis* infusio, eos dumtaxat, qui charissimi sunt, in *mentis excessum* adducit. Talem Propheta ebrietatem designare voluit, cum dixit (*Ps.* 35, 9): *Inebriabuntur ab ubertate domus tuae, et torrente voluptatis tuae potabis eos*».

(2) «No son sinónimos, advierte muy bien el P. F. Naval (*Asc. y Mística*, n. 252), el *éxtasis* y la *unión extática*, pues aquél puede hallarse sin ésta: la unión extática es un grado contemplativo; el éxtasis no es más que un accidente o fenómeno transitorio y aislado... El éxtasis sobrenatural o divino tiene dos especies muy distintas: *éxtasis profético* y *éxtasis de unión*. El primero resulta de alguna visión aislada que reciba el hombre..., sin tratarse de grados contemplativos; el segundo es la unión mística».

Así, por más que cierta manera de éxtasis—tales como los de Bernardeta y de otras muchas almas que desde su niñez y mucho antes de llegar a la mística unión, quedaban fuera de sí, recibiendo especiales revelaciones—deban considerarse como favores del todo extraordinarios que no conviene desear; esos nada tienen que ver con los éxtasis místicos, los cuales son un complemento de la misma unión, se ordenan a la santificación propia y pueden mirarse como ordinarios y por lo mismo deseables.

Aunque muchos autores afirman que no es lícito desear el éxtasis, «nosotros, declara Lehodey (*Los Caminos de la orac.* 3.ª P. c. 13), no vemos motivo alguno para que un alma, que ha llegado a la quietud o a la unión plena, no pueda desear un contínuo crecimiento de luz y de amor infusos, aun cuando la enajenación de los sentidos deba ser su consecuencia: las intenciones del alma son rectas, esta esperanza la anima para la virtud y no es temeraria después de los favores recibidos, ella desea que todo pase en secreto: ¿en qué puede ser reprensible?»

«Ciertos autores, advierte a su vez el P. Poulain (*Grâces d'oraison*, c. 23, n. 26, nota), dicen de los éxtasis que no deben desearse. Mas en esto hay que evitar una confusión. Hablan del éxtasis *en lo que tiene de exterior*, de visible a todos: sin lo cual se contradecirían, conforme hace observar el señor Canónigo Lejeune (*Introd. a la vie myst.* ch. 1, n. 2). José del Espíritu Santo especifica bien esta distinción, diciendo (t. III, disp. 17, n. 110, p. 293): «Hay dos cosas en el rapto: la anajenación de los sentidos y su causa. No es la primera lo que enriquece al alma, pues si no se enriquecerían los que duermen. Mas en cuanto a la causa de ese estado, no quieren los espirituales quedar privados de ella; antes la desean con todas sus fuerzas, y plenamente: *Illam totam suis viribus concupiscunt*».

ca (1).—Esta es un estado místico venturosísimo en que el alma se enciende del todo en el divino amor y se enriquece con luces portentosas, con que acaba de purificarse de sus faltas y de consolidarse en la virtud.

Y si estos admirables fenómenos, para ser legítimos, según dice Santa Teresa, deben entrañar grandes luces, ilustraciones, o revelaciones, hechas mediante ciertas locuciones o visiones, que son precisamente lo que tantísimo bien produce en el alma mística; señal de que tampoco estas gracias,—por señaladas o especiales que a veces sean, o aparenten ser,—son de suyo extraordinarias en ese alto y feliz estado, aunque en otros inferiores lo sean.

Así es como todos los grandes maestros de espíritu convienen en reconocer y declarar cuán frecuentes suelen ser esas mercedes y cuán copiosos frutos de bendición producen en las almas bien dispuestas.—En particular Santa Teresa, a pesar de tantísimos miedos que de contínuo muchos malos consejeros les estaban poniendo en lo tocante a estos favores, no se cansa de ponderar el gran provecho que le hicieron y cómo, por más que lo procuraba, jamás pudo sentir pena de haberlos recibido (2). Y con gran razón, pues el justo temor de ser en-

(1) «La puerta para entrar en visiones y revelaciones, dice la V. Agreda (*Escala*, § 29), de ordinario son los arrobos. Y es cierto que no los da el Señor sólo para lo exterior, sino que su principio es *para algún buen fin de provecho espiritual*».

«En esta *Morada*, advierte Santa Teresa tratando de la VI (c. 6), *son muy continuos los arrobamientos*, sin haber medio de excusarlos, aunque sea en público, y luego las persecuciones y murmuraciones... No hace sino... suplicar a su Majestad la lleve por otro camino (porque le dicen que lo haga)...: mas como ella ha hallado por él tan *gran aprovechamiento*, que no puede dejar de ver que la lleva... el que va al cielo, no lo acaba de desear, aunque quiere, sino dejarse en sus manos».—«¡Oh, cuando el alma torna ya del todo en sí, qué es la confusión que le da, y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios, de todas cuantas maneras se quisiere servir de ella! Si de las oraciones pasadas quedan tantos efectos, como quedan dichos, ¿qué será de una *merced tan grande como ésta?* Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella».—*Ibid.* cap. 4.

(2) «Jamás me podía pesar, escribe (*Vida*, c. 29), de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo sola una vez no lo trocara: siempre lo tenía por gran merced del Señor, y me parece un grandísimo tesoro; y el mesmo Señor me asiguraba muchas veces. Yo me veía crecer en amarle muy mucho: íbame a quejar a El de todos estos trabajos, siempre salía consolada de la oración, y con nuevas fuerzas».—«Hase de notar, advierte luego (c. 37), que en cada merced que el Señor me hacía, de visión u revelación, quedaba mi alma con alguna gran ganancia; y con algunas visiones quedaba con muchas. De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día».—«En fin, añade (c. 38), es grandísima merced, que el Señor hace, a quien da semejantes visiones, porque la ayuda mucho, y también para llevar una pesada cruz... Es muy ordinario, cuando alguna particular merced recibo del Señor, haberme primero deshecho a mí mesma: para que vea más claro cuán fuera de merecerlas soy».

gañados con moneda falsa, no es motivo para desechar a ciegas la verdadera (1).

Todos convienen en reconocer que en este alto grado de unión, y mucho más en el estado de Desposorio o de verdadero Matrimonio espiritual, son ya comunísimas las grandes revelaciones, la manifestación de los más profundos secretos divinos, como si el Señor, según dice San Juan de la Cruz *(Cánt. espirit.*, anot. a canc. 23), no pudiera tener ya nada oculto a tan finos amantes suyos (2). Y esto es muy conforme a las leyes de toda buena amistad; y así lo prometió, efectivamente, el Salvador cuando dijo que había de manifestarse a cuantos de veras le amasen, y que a quienes trataba como amigos les descubría sus íntimos secretos *(Joan.* 14, 21; 15, 15).

A éstos, pues, sin más títulos que el de la sincera amistad, por sólo complacerles y favorecerles a ellos, y aun prescindiendo del bien que de ahí pueda seguirse al público, les hace *ordinariamente* grandes revelaciones (3).

(1) La V. Angela María de la Concepción *(Riego espiritual*, c. 46) aconseja muy oportunamente a los directores que, cuando les cuenten alguna visión, «ni sean tan duros en dar crédito, que todo lo juzguen a ilusión de mujeres flacas, ni tan fáciles y dóciles en creer estas cosas, que asientan a ser verdad por sólo una buena muestra y comunicación de las tales almas; sino que sea con espera y mirando los efectos que son el índice de los interiores y su verdad; como son mucho amor a Dios y al prójimo, mortificación, obediencia y humildad; y entonces créase que la visión u otras mercedes, por grandes que sean, que son del Señor, que todo lo puede y quiere obrar en las almas».—«El alma, añade (c. 47), no puede dudar, aunque quiera, de ser verdad, porque las mercedes de Dios traen consigo un imperio más que humano y diabólico, y así destierran sin contradicción alguna todos los temores y dudas que podía padecer el alma.—Muy al contrario obran sus efectos las visiones del enemigo; pues, o por permisión de Dios... o porque él no puede obrar de otra manera, conoce bien el alma que lo que es obra suya le viene muy de afuera; pero la voz o visión de Dios le parece que nace de su mismo interior; y así siempre es la moción interior aunque sea exterior la voz».

(2) «In sublimi statu *spiritualis matrimonii*, advierte Vallgornera *(Theol. myst.* q. 4, d. 2, a. 6, n. 1093), sponsus Christus Dominus mira coelestium arcanorum et suorum secretorum mysteria sponsae animae denuntiat: mutuus namque sic tenere se diligentium amor secretum non patitur: cum enim sponsus totum se sponsae dedicet, Cordis sui erga ipsam accensi sinus omnes aperit, et ima pandit penetralia: non solum in patria... sed etiam hic, quando jam sponsa perfecte virtutum ornamentis decorata, sui sponsi societate ac familiaritate frui meruerit».

(3) «Estas almas, a quien Nuestro Señor por su bondad ama tanto, advierte la V. Marina de Escobar *(Vida*, l. 5, c. 23, § 5), por este amor que les tiene, *sin* haber *extraordinaria* ni particular causa... se digna, y quiere, y es su voluntad comunicarse con ellas, y visitarlas por Sí mismo y por sus Santos, a la manera que un gran Príncipe se podría comunicar y descubrir sus secretos a algunos... privados suyos... no ya por esa razón (de pública utilidad), ni por ese fin, sino porque le ama tanto, que por sólo ese amor que le tiene, sin otra ocasión, apenas tiene cosa en su pecho que no se la descubra».

«En llegando el Señor aquí un alma, escribe Santa Teresa *(Vida*, c. 21), le va comunicando muy *grandes secretos*. Aquí son las *verdaderas revelaciones* en *éxtasi*, y las *grandes mercedes y visiones;* y todo *aprovecha* para *humillar y fortalecer el alma*, y que tenga en menos las cosas de esta vida, y conozca más claro las grandezas del premio que el Señor tiene aparejado

De ahí que, por muy amedrentadas que se hallen las almas fieles, y por muy poseídas que siempre estén de un santo temor, al llegar la hora oportuna y cuando las ansias de amor les aprietan un poco más, olvidadas de todos los vanos miedos que les hayan puesto, no podrán menos de suspirar por la vista del Amado y por oir sus palabras de vida eterna. Todas a una clamarán con Santa Teresa:

Véante mis ojos.
Dulce Jesús bueno;
Véante mis ojos,
Muérame yo luego...

Todas repetirán con San Juan de la Cruz:

Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura:
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

Y es porque todas estas visitas del divino Médico están realmente ordenadas a sanar, fortalecer, alentar, consolar y santificar al alma. Y quien una vez haya experimentado tan grandes bienes, por más que se reconozca siempre muy indigno de ellos, no podrá menos de codiciarlos y pedirlos, esperando de la bondad del Señor que al fin los volverá a conceder. ¿Y qué es lo que más les atormenta en los penosísimos desamparos y abandonos, sino la aprensión de que ya no han de volver más a ver aquel rostro divino, en que todas las gracias han sido derramadas?

Y si estos favores se ordenan además al bien de otras almas, también esto puede ser obra, no de una gracia propiamente dicha *gratis data*, sino de los mismos dones del Espíritu Santo, siempre ordenados ante todo a la propia santificación y que, en grado eminente, redundan en gran provecho de los prójimos. Tal sucede muy principalmente con los dos superiores, el de inteligencia y el

a los que le sirven... Pues tan cumplidamente *paga* su Majestad, *aun en esta vida*... ¿qué será en la otra?»

Según la Santa, algunos de estos favores que suelen pasar por extraordinarios, constituyen un verdadero grado superior a la simple unión. Así, añade (c. 22): «Quien llegare a tener unión y no *pasare adelante*—digo *arrobamientos* y *visiones* y *otras mercedes*, que hace Dios...»

«¡Oh qué dulce es esta unión al alma que la gusta!—decía el Eterno Padre a Santa Catalina de Sena *(Diálogos*, c. 89)—. Pues gustándola *ve mis secretos*, de donde viene que *muchas veces recibirá espíritu profético para saber las cosas venideras*...»

Así a éstos bien puede aplicárseles lo que dice el Apóstol *(Hebr.* 12, 22-25): «Accesistis ad Sion montem, et civitatem Dei viventis... et multorum milium angelorum frequentiam... et judicem omnium Deum, et spiritus justorum perfectorum... Videte ne recusetis loquentem».

de sabiduría, que hacen penetrar y gustar las maravillas de Dios hasta el punto de poder comunicar a otros lo que así se conoce y se siente. Y aunque en esto participan un poco de la condición de las gracias *gratisdatas*, siempre es, sin embargo, con gran provecho de la propia alma, como verdadero complemento que es de su misma virtud y santidad, a la cual de este modo se le comunica un muy singular esplendor (1). Y éste no puede menos de ser bastante ordinario y común en todas las almas ya relativamente perfectas, puesto que todas deben contribuir, aunque cada cual a su modo, a la común edificación (2). Esta obra no debe llamarse excepcional o extraordinaria, aunque muchas veces lo sea el modo especial como se realiza.

Desde luego las que hayan tenido la dicha de celebrar los místicos Desposorios, quedan encargadas de un modo especial de velar por los intereses del Esposo y celar su honor; y esto exige ciertas luces y gracias *ad hoc*, muy privilegiadas que no pueden ser comunes y ordinarias en estados inferiores, pero sí en ése; donde para mejor fomentar el bien de la Iglesia, les convendrá tenerlas, desearlas y pedirlas a Dios en la mayor abundancia posible, según lo que dice el Apóstol (I *Cor.* 14, 12): *Ad aedificationem Ecclesiae quaerite ut abundetis.*

A estos sus "carísimos„ gusta mucho el Señor de *embriagarlos* con el dulce vino de su amor, y una vez que en ellos ordena la caridad, los hace salir fuera de sí y los lleva en espíritu a otras regiones, donde les descubre sus adorables misterios. Estas revelaciones, dice San Bue-

(1) «Spiritus Sanctus, per donum intellectus, dice San Buenaventura *(De 7 donis S. S.*, P. 2, s. 6, c. 4), facit nos penetrare omnia velamina occultantia nobis veritates Scripturarum necessarias nobis ad salutem, donec intremus ad veritatis puras illuminationes et contemplationes... Donum intellectus quandoque in tantum penetrat omnia veritatis velamina, et in tantum introducit mentem ad sua interiora, ut audiat ibi *verba quae non licet homini loqui* (II *Cor.* 12, 4), quia nec forte proprie poterunt dici per os carnis: quia cum sint verba intellectualia, nihil corporale habentia, nec imaginem, nec similitudinem, ideo per os carnis non exeunt. Et ideo illa *nemo scit, nisi qui accipit» (Apoc.* 2, 17).

«Quidam autem, escribe Santo Tomás (2-2, q. 45, a. 5), altiori gradu percipiunt sapientiae donum. Et quantum ad contemplationem divinorum, in quantum scilicet altiora quaedam mysteria et cognoscunt, et aliis manifestare possunt, et quantum ad directionem humanorum secundum regulas divinas».

(2) «*Solet* Spiritus Sanctus, advierte el P. Tomás de Jesús *(De Contempl. div.*, l. 3, c. 9), medio intellectus dono contemplantium mentibus se insinuare, et lucis suae radios tam copiose illis infundere, ut sub Scripturae sacrae velamine veritates absconditas penetrare, et sub litterae cortice sublimes coelestesque theorias soleant percipere. *Plerumque enim animae purae* Scripturarum contemplationi incumbentes, tot ac tam multiplices profundosque sensus venantur, quot sunt fere verba...: omnesque illos *ad divini amoris fomentum referunt»*.

naventura, se hacen a las almas ya bien purificadas; antes de estarlo, no hubieran podido recibirlas en esta alta manera, tan clara y tan íntima y amistosa (1).—De ahí que sean estas gracias del todo *extraordinarias* en los principiantes y aun en los aprovechados, y verdaderamente *ordinarias en los perfectos*.

Y lo que decimos del estado de Desposorio con más razón y en mayor escala se debe decir del tan potentoso del *Matrimonio espiritual*, donde las felicísimas almas ya están del todo configuradas con Cristo, hechas una cosa con El, y participando por lo mismo de su divina misión y de una copiosa abundancia de gracias y carismas con que poder realizarla.—Así no solamente suelen tener los siete dones en su plenitud, aun en lo ordenado al bien de otros, sino que los tienen muy acompañados de diversas gracias verdaderamente *gratis datas*, que los perfeccionan, y embellecen a las mismas almas, a la vez que les facilitan el influir grandemente en bien de todos los demás (2).

Así muchas de las cosas que son comunísimas, y aun podríamos decir, del todo *ordinarias en ese estado*, son manifiestamente *extraordinarias* en los anteriores.

Cuando así lo sean, podrá haber algún peligro en desearlas, por si no se hace del todo conforme al beneplácito de Dios, que puede ser otro, o por si se desean con miras menos puras, y no únicamente para mayor gloria del mismo Dios y edificación de la Iglesia. Pero cuando El las da, sea de una manera ordinaria, porque el estado actual del alma las requiere, o sea tan sólo porque convienen para el mejor desempeño de alguna misión especial, entonces, procurando emplearlas del modo más santo, no hay por qué temerlas, sino por qué bendecir a Dios y darle las más rendidas gracias por cuanto así se digna favorecernos con medios especialísimos de procurar su honor y gloria, y fomentar el bien de los prójimos. Eso es lo que El quiere y exige, que se le agradezcan

(1) «Haec autem revelatio fit, quando Spiritus Sanctus, per donum intellectus, mentem nostram a terrenis elevat et purgat, et inflammat. Affectus enim terrenus et animalis impedit intellectum, ne spiritualia intelligat: quia *animalis homo non percipit ea, quae sunt spiritus Dei*, ait Apostolus (I *Cor.* 2, 14). Ideo talibus non fiunt revelationes. Spiritus Sanctus intellectum, voluntatem, memoriam, et totam familiam mentis ab inferioribus abstrahens, impellit ad Dominum quaerendum et habendum».—S. Bonaventura, *De 7 donis S. S.*, P. 2, s 6, c. V.

(2) «Fatemur, dice Juan de Santo Tomás (in 1-2, q. 70, disp. 18, a. 2, § XV), aliquando ista dona perfici et crescere ex aliqua illustratione data per modum raptus, vel prophetiae. Sed hoc non est quod per se postulant ex sua natura praecise, sed ex abundanti lumine. Dona enim per se requiruntur ad salutem, non illae illustrationes».

sus dones y se empleen de modo que fructifiquen, y no que se los desechen y menosprecien o tengan sepultados y ociosos. De ahí que tantas veces reprenda a las almas, o a sus directores, por el poco aprecio y el miedo que les tienen (1).

Este miedo, las más de las veces, suele ser bien infundado: pues los mismos que así temen los dones sobrenaturales, según dicen, por el peligro de vanidad que en el uso de ellos pudiera haber—aunque de suyo siempre suelen inducir a humildad—, nunca temen, sino al contrario desean con ardor otros dones puramente naturales, cuyo fruto, por grande que pueda ser, siempre es incomparablemente de menos valor, y en que el peligro de vanidad y de abusos es mucho más grande...

Y si en las ciencias y artes humanas, cuantos voluntariamente se ponen a estudiarlas, aspiran sin duda a poseerlas con toda la perfección posible, y muy lejos de contentarse con ser vulgaridades o medianías, desean ir mucho más allá de todo lo común y ordinario, y *sobresalir* lo más que puedan; ¿por qué, en la verdadera ciencia de las ciencias, en la mística *Ciencia de los Santos,* que vale más que todas las honras y riquezas del mundo y nos colma de inestimables tesoros eternos, no hemos de aspirar con toda el alma a no ser medianías, a *sobresalir* a los ojos de Dios, creciendo siempre de virtud en virtud, para poder recibir sin obstáculo alguno cuantas bendiciones tenga a bien darnos el divino Legislador, a fin de poderle ver del mejor modo posible en la cumbre de su santo Monte y luego mostrar algunos de sus admirables reflejos a nuestros hermanos?

Este es un manifiesto engaño, contra el cual nos quiso prevenir el Apóstol al decirnos: *Sectámini caritatem, aemulámini spiritualia, magis autem ut prophetetis... Nam qui prophetat... Ecclesiam Dei aedificat* (I *Cor.* 14, 1-4) (2).

Aquí es, pues, donde nos conviene ensanchar nuestros deseos y tener muy altas y grandes aspiraciones; las cuales, muy lejos de ser vanas y desagradar al Se-

(1) Suplicando a Dios su sierva, la M. María Dominica Clara de la Cruz, O. P. (*Vie*, 1910, c. X, p. 129), que no la llevara por caminos tan poco frecuentados y aun tan extraordinarios, como eran los suyos, El le respondió: «Quiero acabar en tí lo que he comenzado... Soy tu Dueño y puedo hacer en tí lo que me place; y tú no debes ponerme obstáculos... Mientras me busques a mí solo y seriamente procures hacer mi voluntad, ningún peligro hay para tí en estas vías *poco comunes*».

(2) «San Pablo, advierte Bacuez (*Man. Bibl.* IV, n. 699), no vacila en anteponer el don de la inspiración—o profecía—a todos los otros; porque ninguno hay tan útil a la Iglesia, o sea tan a propósito para convertir y edificar las almas».

ñor, siempre son fructuosísimas y a El sobremanera agradables. Por lo cual no sólo se muestra muy dispuesto a saciarlas—diciéndonos *(Ps.* 80, 11): *Dilata os tuum, et implebo illud*—, sino que expresamente nos encarga que procuremos ser muy grandes y excelentes en las cosas espirituales, aspirando nada menos que a ser *perfectos como el Padre Celestial;* debiendo, al efecto, *crecer en todo según Cristo (Eph.* 4, 15), y muy particularmente *en gracia y conocimiento de nuestro divino Salvador* (II *Petr.* 3, 18). Esta es la verdadera *ciencia de la salud (Luc.* 1, 77), que nos quiere comunicar a todos y de que todos necesitamos; y es la ciencia verdaderamente ilustre que nunca se eclipsa ni oscurece, y hace grandes a cuantos la poseen; y una ciencia que todos podrían lograr si la amasen y procurasen, puesto que ella misma se adelanta a manifestarse a los que la desean.—De ahí el que en pensar siempre ella y procurarla, esté el colmo de la discreción y del buen sentido (1).

Aquí no podemos ni debemos contentarnos con ser cualquir cosa, con ocupar, según neciamente suele decirse, el *último rinconcito del Cielo,* y entre tanto permanecer siendo siempre *niños;* porque, de no crecer, estamos muy expuestos a perecer de debilidad (2). Debemos ser como niños en la malicia, pero no en la virtud: en ésta y en los sentidos espirituales tenemos que aspirar a ser perfectos (3).

Aquí no hay peligro ni engaño *(Prov.* 3, 16-17; 4, 12), y a poco que se trabaje seriamente se recogen preciosos frutos *(Eccli.* 6, 20); muy al revés de lo que suele acaecer en las locas ambiciones y aspiraciones humanas.—Estas siempre exponen a gravísimos peligros y desengaños; y por bien que se logren realizar, al fin vienen a quedar todas frustradas en la muerte, donde sólo servirán de mayor tormento; y las más veces quedan defraudadas desde un principio, por no haber quien las garantice.—Mas aquí a todos los sedientos de justicia se les ofrecen gratuitamente las místicas aguas que saltan a la

(1) «Clara est, et quae nunquam marcescit Sapientia, et facile videtur ab his qui diligunt eam, et invenitur ab his qui quaerunt illam: praeocupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat... Cogitare ergo de illa sensus est consummatus» *(Sap.,* 6, 13, 14, 16).

(2) «Así como no hay medio en los niños, que naturalmente o han de crecer o han de morir, de esta manera el alma o ha de morir en la culpa, o ha de crecer siempre en la gracia hasta subir a Dios y gozarle en su reino, donde ha de entrar en la *edad perfecta*».—V. Angela de la Concepción, *Vida,* l. 2, c. 8.

(3) «Nolite *pueri* effici *sensibus,* sed malitia parvuli estote: *sensibus autem perfecti estote» (I Cor.,* 14, 20).

vida eterna, y que a última hora es cuando causan mayor refrigerio (*Eccli.* 6, 29); y todos irán logrando infaliblemente a su debido tiempo, o sea a la hora que Dios les tiene señalada, no solamente lo que es *ordinario* en cada grado de perfección, sino también muchas cosas preciosísimas, verdaderamente *extraordinarias*, o reputadas por tales, y que sin embargo, en los planes divinos, están ya bien dispuestas para el fiel cumplimiento de la misión especialísima, y siempre gloriosa, que el Señor quiere confiar a cada cual, y de hecho les confiará y los habilitará con las respectivas gracias, si no haciéndose indignos de ellas, se disponen debidamente para recibirlas.

¡Cuán funesto es, pues, el engaño de los que tantas aspiraciones tienen en lo tocante a honras y dignidades humanas, que tan difícilmente se consiguen, tan presto se acaban y tantos peligros y responsabilidades ofrecen —por lo cual exigen gran perfección en la virtud—, y sin embargo, en lo tocante a ésta, que es la que verdaderamente ennoblece y no se acaba, con poder fácilmente alcanzarla en altísimo grado, se contentan con el mínimo, con sólo eso que llaman *común y ordinario!* (1).

Y lo peor es que, acostumbrados a mirar como "extraordinario„ lo que no sea del todo corriente en el vulgo, esa flojedad les lleva a contentarse con sólo una virtud de apariencias o de pura fórmula; y por no esforzarse y violentarse en la conquista del reino de Dios y entrar por el camino estrecho que nos señaló Jesucristo, y procurar ir cada día adelantando y subiendo, no hacen más que retroceder y decaer, expuestos a dar en despeñaderos y precipitarse de abismo en abismo, estando ya

(1) «Es cosa de maravillar, advierte el B. Juan de Avila (*Audi Filia*, c. IV), que haya gente tan tasada en el servicio de Nuestro Señor, que si les dicen que hagan algo, aunque muy bueno, andan mirando y remirando si es cosa que no les obliga a *pecado mortal*, para no la hacer. Porque dicen que son flacos, y no quieren meterse en *cosas altas* y de *perfección*, sino andar *camino llano*, como ellos dicen. Y éstos por una parte tan cobardes en buscar la perfecta virtud para sí mismos—que con la gracia del Señor les fuera fácil de alcanzar—, por otra parte son tan atrevidos en meterse en señoríos, y mandos, y honras, que para usar bien dellos y sin daño propio, es menester perfecta o aprovechada virtud, que se hacen entender que la tienen, y que darán buena cuenta del lugar alto, sin que peligren sus conciencias, en lo que muchos han peligrado: Tanto ciega el deseo de la honra y mandos, y de intereses humanos; que a los que no osan acometer lo fácil y seguro, hace acometer lo que está lleno de peligros y dificultad. Y los que no fían de Dios, que les ayudará en las buenas obras que tocan a sí mismos, se prometen con grande osadía que los traerá Dios de la mano en lo que toca a regir a los otros...

»La experiencia nos ha mostrado que las dignidades y lugares de honra muy pocas veces han hecho de malos buenos, y muy muchas de los buenos malos; porque para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella, es menester gran fuerza de virtud».

en la pendiente de ese fatal "camino ancho", espacioso y "carretero", por donde van los muchos que, contentos con poco, se quedan sin nada, yendo como van derechos a su perdición.

¡Señor, abridles los ojos!... ¡Mostradles vuestras sendas rectísimas, por do caminan los justos!...

"*Quis sapiens, et intelliget ista? intelligens, et sciet haec?—Quia rectae viae Domini, et justi ambulabunt in eis*" (*Os.* 14, 10).

II.—Excelencia de la vida contemplativa sobre la activa, y de la mixta o apostólica sobre ambas a dos.

Esto resultará evidente con sólo pensar que la verdadera excelencia de la vida cristiana se mide por el grado de caridad, y ésta no puede llegar a su perfección sino con la vida contemplativa; y cuando ya es verdaderamente perfecta, como el verdadero amor no puede estar ocioso, tiende necesariamente a manifestarse en ese ardentísimo celo y prodigiosa actividad que, en medio de su altísima y casi contínua contemplación, revelan los grandes místicos (1).

La caridad, en efecto, para excitarse y crecer, necesita ser avivada con el fuego de la santa meditación (*Ps.* 38, 4); y nunca llega a la perfección requerida hasta ser "ordenada" en la mística "bodega" de la contemplación mediante el sublime don de sabiduría (2), que hace gustar y apreciar y conocer por experiencia las cosas divinas (3) y juzgar con acierto y según Dios de las humanas (4).

De ahí que la perfección esencial y la verdadera eficacia de las obras de celo de la vida activa provengan de estar ésta más o menos informada y animada de la

(1) «Cuanto más favorecida es un alma de sublimes contemplaciones, tanto con más ardor se consagra a la acción. Sólo en los principiantes e imperfectos puede dañar la una a la otra... En los perfectos desaparece esta lucha». San Gregorio, *In I Reg.* c. 2, n. 10.

«Esto tiene la buena oración, advierte la V. Agreda (*Escala*, § 17), que jamás está ociosa; y como la oración es toda amor, o en amor, viene bien con lo que comunmente se dice, que el amor no sabe estar ocioso. Y en esto se conocerá si en la verdad la hay, porque la oración perfecta *siempre está obrando*, punzando y enseñando a mucho trabajar». Cf. S. Bernardo, *Serm.* 57 *in Cant.*

«Quos repleverit Spiritus Sanctus, ardentes pariter et loquentes facit». S. Greg. M., *In Evang.* Hom. 30, 5.

(2) Cfr. nuestra obra *Exposición mística del Cantar de los Cantares*, c. 2, 4-14.

(3) Cf. San Buenaventura, *in* III *Sent.*, D. 35, a. 1, q. 1.

(4) Cfr. S. Thom., 2-2, q. 45, a. 2 y 5.

contemplativa (1): sin participar algo de ésta, apenas merece el nombre de vida cristiana; pues sería casi puramente natural, sin espíritu de fe y de verdadera esperanza, y por tanto, resultaría una vida del todo estéril, raquítica, y a cada paso expuesta a perecer (2). Por lo cual dice Santo Tomás que para estar en estado de salud es menester participar algún tanto de la divina contemplación (3).

Y si el mismo trabajo exterior de la vida activa, es ya prueba de amor y merece su premio, éste de suyo es accidental; el verdadero premio esencial depende principalmente del grado de caridad, la cual se fomenta y aun se manifiesta mucho mejor con el trabajo interior de la contemplación, que con el exterior de la acción: y por eso la vida contemplativa es de suyo más excelente que la activa (4).

Sin embargo, este mismo ejercicio exterior de la piedad, moderado e informado de cierta vida interior, ayuda mucho y dispone para adelantar en la contemplación; y así la verdadera vida cristiana activa, ejercitando al alma y afianzándola en la virtud, lejos de ser impedimento, como algunos suponen, es disposición para la

(1) Cfr. Lallemant, *Doctrine spirit.*, pr. 5, ch. 3, a. 1.

«La acción, para ser fecunda, advierte el abad Chautard *(El Alma de todo Apostolado,* 2.ª P., n. 3), tiene necesidad de la contemplación; ésta, cuando alcanza cierto grado de intensidad, derrama sobre la primera algo de lo que le sobra, y por ella va el alma a tomar directamente del corazón de Dios las gracias que habrá de distribuir mediante la acción.—He ahí por qué, hermanándose en perfecta harmonía la acción y la contemplación en el alma de un Santo, dan a su vida una maravillosa unidad, como vemos en San Bernardo que, siendo el hombre más contemplativo, fué también al mismo tiempo el más activo de su siglo».

(2) «Así como un hombre, por buenos manjares que coma, si no tiene reposo de sueño, tendrá flaqueza, y aun corre el riesgo de perder el juicio; así acaecerá a quien bien obra, y no ora; porque aquello es la oración para el ánima, que el sueño al cuerpo. No hay hacienda por gruesa que sea, que no se acabe, si gastan y no ganan; ni buenas obras que duren sin oración; porque en ella se alcanza lumbre y espíritu con que se recobra lo que con las ocupaciones, aunque buenas, se disminuye de fervor de la caridad e interior devoción» (Beato Juan de Avila, *Audi Filia*, cap. LXX).

«La oración, dice el Beato Francisco Posadas *(Carta del Esposo,* § XX), es «comida que sustenta, conversación que regala, trato que entretiene y sueño dulce donde el alma descansa. ¿Pues cómo no la tenéis? ¿Cuál estáis sin la oración? Díganlo vuestras obras, que salen disparatadas como las del que no come ni duerme...»

(3) *Omnis christianus qui in statu salutis est, oportet quod aliquid de contemplatione participet (In* III *Sent.*, D. 36, q. 1, a. 3, ad 5).

(4) «Ex suo genere, dice Santo Tomás (2-2, q. 182, a. 2), contemplativa vita est majoris meriti quam activa».—«Labor exterius, añade *(ib.* ad 1), operatur ad augmentum praemii accidentalis; sed augmentum meriti respectu praemii essentialis consistit principaliter in charitate; cujus quoddam signum est labor exterior toleratus propter Christum: Sed multo expressius ejus signum est, quod aliquis praetermissis omnibus quae ad hanc vitam pertinent, soli divinae contemplationi vacare delectetur».

contemplativa (1); a la cual pueden de este modo llegar aun quienes por su fogosidad parecerían más refractarios (2).

Y una vez que, mediante la divina contemplación, haya logrado el alma hacerse perfecta en Cristo, podrá ya, como tal, obrar en todo con perfección, y comunicar a los prójimos, en los ejercicios de la vida activa, las luces y gracias que al efecto haya recibido de Dios, y no lo que tenía de su propia cosecha, que era ignorancia y miseria. Y así es como, por oculta que viva, podrá, según dicen los Doctores, hacer en un solo día más bien que antes en meses y años de mucha actividad (3).

De ahí que la perfecta y fructuosa vida activa presuponga la contemplación como apoyo y contrapeso, y como fuente de toda su verdadera eficacia (4).—Sin estar bien apoyada en ella, o se reduce a puras apariencias de mucho ruido sin fruto ninguno estable; o a lo sumo es una vida imperfecta y pobre, cuyo fruto es muy escaso, y más que de nada sirve como disposición para la misma contemplativa, en la cual podrá luego hallar la fecundidad y estabilidad que le falta; puesto que la perfección y heroismo de la virtud ha de venir de los dones del Espíritu Santo, los cuales nunca adquieren su debido desarrollo sino en el íntimo trato con Dios mediante la santa oración y contemplación.

Y de ahí que las almas poco amigas de esa vida interior, por mucho celo que aparenten mostrar y por más actividad que desplieguen, como ésta va toda llena de imperfecciones y de miras humanas, y aquél no es todo de Dios ni *secundum scientiam,* apenas producen frutos dignos de aprecio: todo es ruido y humo, mientras que la

(1) Cfr. D. Thom., *in* III *Sent.*, D. 35, q. 1, a. 3, sol. 3; 2-2, q. 182, a. 4, ad 3.

(2) «Vocantur itaque a Deo ad contemplationem quieti, vocantur non semel et inquieti, ut in illis sui regiminis suavitatem, et in istis suae gratiae naturam domantis potentiam ostendat». Alvarez de Paz, *De Inquisit. pacis*, l. 5, p. 1, c. II.

Por tanto, conforme declara y hace resaltar San Francisco de Sales «el progreso en el amor de Dios no depende de la complexión natural».

«Así como Dios Nuestro Señor, advierte el P. La Puente *(Guía,* tr. 3, c. 1, § 1), al principio del mundo, acabadas las obras de los seis días, *descansó en el día séptimo y lo santificó;* queriendo que se dedicase a la quieta contemplación...; así también a los que se han ejercitado en los trabajos de la vida activa, les señala día de sábado y holganza, en que ejerciten las obras de la vida contemplativa y participen algo del descanso eterno; porque, como dice el Apóstol *(Hebr.* 4, 9), también *el pueblo de Dios tiene su sábado*, y entra a gozar de su holganza, descansando en el que es centro y fin último de nuestra alma».

(3) Cfr. *Evolución mística,* p. 471-474; Blosio, *Instit. spir.,* c. 1; Lallemant, *Doctr. spir.,* pr. 2, sect. 2, ch. 6, a. 2; pr. 7, ch. 4, a. 4; Sauvé, *Etats myst.*, p. 60-63, etc.

(4) Cf. *La Vie contempl., son role apost.,* par un R. Chart., IV-XI.

verdadera y fructuosa actividad es muy silenciosa, paciente y modesta.—Los verdaderos frutos de bendición y de vida suponen mucho fervor y recogimiento y mucha vigilancia en la guarda del corazón huyendo del bullicio mundano (1).

Nadie puede, en efecto, dar sino de lo que tiene, ni influir sobre los demás sino en conformidad con las propias disposiciones. Y el alma imperfecta, disipada o poco fervorosa, no estando aún bastante poseída del celo de Dios, ni enriquecida de grandes tesoros divinos que comunicar, y no cuidándose de recurrir a los pies del Señor con la contínua oración, a buscar lo que tanta falta le hace, no podrá dar sino de los pobrísimos frutos de su cosecha mísera; con lo cual, en vez de fortalecer y enriquecer a los demás, acabará ella misma de empobrecerse y debilitarse (2).

Pero una vez que haya logrado, mediante la abnegación y la vida interior, despojarse de sus miras y miserias y vestirse de Jesucristo, entonces podrá estar siempre dando de los inagotables tesoros del Corazón divino,

(1) «Omni custodia serva cor tuum, quia ex ipso vita procedit».—*Prov.*, 4, 23.

(2) «Créanme los activos todos, dice Fr Juan de los Angeles *(Conquista*, diál. 8.°, § 3), que si no les ayuda María, que se han de cansar y faltar en lo comenzado, por muy fervorosos que comiencen, y aun caer en hartas miserias... Instando en la oración, dice San Pablo *(Rom.* 12), acudid a las necesidades de los Santos. Pues si habiendo de tratar con gente santa, es necesario instar en la oración, para tratar con pecadores, ¿no será menester doblada oración?... Créeme, que para tratar una hora con los prójimos con aprovechamiento suyo y no daño nuestro, que son menester ocho de trato con Dios».

Véase en el precioso librito: *El Alma de todo Apostolado,* por el abad Chautard, cuán escaso y vano suele ser hoy el fruto de las más brillantes obras de celo y propaganda, cuando no van inspiradas y fundadas en la vida interior, y cuán expuestos están a lamentables caidas los muy amigos de la actividad que se descuidan en templar sus almas con la oración y mortificación.

La misma Santa Teresa *(Vida,* c. 13) declara por su parte que, mientras no se dió bastante a la oración, tras de estar expuesta a muchos peligros, apenas logró ganar unas pocas almas para Dios, por más que gustaba de hablar de El; mientras después, casi sin darse cuenta, atraía a innumerables».

«Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, dice San Juan de la Cruz *(Cántico espir.,* anotac. a canc. 29), que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios (dejando aparte el buen ejemplo que se daría), si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración... Cierto entonces harían más y con menos trabajo, y con una obra que con mil, mereciéndolo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño: porque Dios nos libre que se comience a *envanecer la sal*».

«El hombre, dice Santa Catalina de Sena *(Diálogos*, c. 1), no puede traer al prójimo verdadera utilidad de doctrina, ejemplo y oración, si antes no se aprovechó a sí mismo». En cambio, «el alma enamorada de mi verdad, le advierte luego el Eterno Padre (c. 7), nunca deja de aprovechar a todo el mundo».

con el cual se hallará siempre en santa comunicación, recibiendo así a torrentes de su plenitud, y derramando sobre los demás, sin ficción ni engaño, abundantísimas gracias (1).

Así, lo que esté dando a las almas, no es ya cosa suya, no es a sí misma con toda su vanidad y miseria; sino que les da en su pureza los divinos tesoros y les hace participar más y más del mismo Dios, predicando siempre a Jesucristo y buscando su divina gloria, sin andar nunca en pos del aura mundana. De ahí que en un solo día pueda derramar más gracias y bendiciones del cielo, que otras menos perfectas en muchos días y meses de gran trabajo, y que las imperfectas en toda su vida (2). "El que permanece en Mí y Yo en él, dice el Señor *(Joan.*, 15, 5), ése dará mucho fruto. Porque sin Mí nada podéis hacer„.—En cualquier estado y condición que viva, por oculta que esté e inútil que aparente ser un alma del todo unida con Dios, no podrá menos de estar siempre influyendo, al menos con oraciones y sacrificios, en bien de sus prójimos; siempre estará exhalando el buen olor de Cristo con que sanará y ganará para El muchísimos corazones (3).

(1) «Cuando vivimos en esta unión con Nuestro Señor, decía Margarita María Doens (1842-1884; cfr. *Vie*, 1910, ch. XI), somos llamados a hacer el bien como a la manera de otro sacramento... Ese bien lo derramamos e infiltramos en nuestro alrededor sin advertirlo. Así como la Sagrada Eucaristía lo va haciendo poco a poco en nosotros, así nosotros, a nuestra vez, vamos dando a Jesús... A la manera que El, en los días de su vida mortal, se comunicaba a cuantos se le acercaban, quiere aún seguir comunicándose por medio nuestro a cuantos nos rodean. A veces me parece oirle decir en el fondo del alma: «Toma, hija mía, y dame todo entero a esas almas, pues para eso estoy del todo a tu disposición: dame en una sonrisa, en una buena palabra, en un acto de caridad».

«Nuestra misión, advertía a su vez Sor Isabel de la Trinidad, carmelita descalza (1880-1906; cfr. *(Souvenirs,* p. 137), es preparar los caminos del Señor por nuestra unión con Aquel a quien el Apostol llama *fuego consumidor*. A su contacto nuestra alma vendrá a ser como una llama de amor que se extienda por todos los miembros del cuerpo místico... Entonces consolaremos el Corazón de Jesús... y El podrá decir, presentándonos al Padre: *Ya estoy glorificado en ellos...* Puesto que Nuestro Señor mora en nuestras almas, su oración es nuestra; y yo quería tomar parte en ella de continuo, estándome como un vaso en la fuente, a fin de poder luego comunicar la vida, dejando desbordar estas olas de infinita caridad... Sí, santifiquémonos por las almas; y puesto que somos miembros de un mismo cuerpo, en la medida en que abundemos en vida divina, podremos hacerla circular por el gran organismo de la Iglesia».

(2) «In tempore placito exaudivi te, et in die salutis auxiliatus sum tui...: ut diceres his, qui vincti sunt: Exite; et his qui in tenebris: Revelamini. Super vias pascentur, et in omnibus planis pascua eorum. Non esurient, neque sitient, et non percutiet eos aestus et sol; quia miserator eorum reget eos, et ad fontes aquarum potabit eos».—Is., 49, 8-10.

(3) Con razón decía Donoso Cortés que más hacen por el mundo los que oran que los combatientes en el campo de batalla, y si el mundo va de mal en peor, es porque se confía más en las batallas que en las oraciones.

«Una corta, pero ferviente oración, escribe el P. Chautard *(El Alma de*

El verdadero justo y perfecto hombre interior y espiritual, plantado como está "junto al Río del agua de la vida, que procede del trono de Dios y del Cordero", no sólo da sin falta en *cada mes* espiritual, o sea en cada ocasión oportuna, el respectivo fruto del Espíritu Santo, sino que hasta sus mismas hojas, es decir, todo su porte exterior y sus maneras de proceder, son salud de las gentes *(Apoc.,* 22, 1-2): ¡Cuán diferente es del que vive disipado y se contenta con cierto formulismo exterior! (1).

El alma perfecta, abrasada como está ya en el fuego del divino amor, no puede contenerlo oculto en el pecho, y estarse quieta y ociosa; tiende necesariamente a manifestarlo y comunicarlo a otros; y así no podrá contentarse con sólo arder, sino que, aun sin pensarlo ni darse cuenta, estará a la vez luciendo y alumbrando a muchos (2).—Y según vaya creciendo el ardor de la caridad, irá produciendo grandes llamas vivas de amor, que no sólo alumbren las inteligencias, sino que enciendan y abrasen los corazones. "Sus ardores son ya lámparas de fuego divino": dan *llamas de Jahvé,* según dice el texto hebreo *(Cánt.,* 8, 6).—¿Quién podrá, pues, resistirles? No hay aguas bastantes para poder apagar ese incendio de caridad, ni los ríos podrán encubrirlo y ocultarlo (3).

todo apostolado, 1.ª P., n. 5), influirá ordinariamente más en una conversión, que largas discusiones y bellos discursos... Diez Carmelitas *orando,* decía un obispo de Cochinchina al gobernador de Saigón, me servirán más que veinte misioneros *predicando*... La V. Ana María Taigi en sus funciones de pobre mujer de casa era un apóstol, como también lo era el mendigo San Benito Labre...

»M. Dupont, el Santo de Tours, el coronel Piqueron, devorados del mismo ardor, eran poderosos en sus obras, porque eran hombres interiores.—El general Sonis encontraba entre dos batallas, por la unión que tenía con Dios, el secreto del Apostolado».

(1) Labia justi erudiunt plurimos: qui autem indocti sunt, in cordis egestate morientur. (Prov. X, 21).—Fijémonos, por ejemplo, en un profesor de colegios religiosos: Si no es bastante devoto y amigo del recogimiento y la oración, se figurará, según dice muy bien el P. Chautard *(ob. cit.,* 4.ª P.), «haber cumplido su deber con sólo atenerse exclusivamente a llenar todo su programa de examen; pero si es hombre interior, una frase escapada de sus labios y de su corazón, una nonada—no mirando más que a la superficie—una emoción manifestada en su rostro, un gesto expresivo, solamente su manera de hacer la señal de la cruz, de decir una oración antes o después de clase, aunque ésta sea de matemáticas, podrán ejercer a veces sobre sus discípulos más influencia que un sermón... ¡Oh irradiación exterior de un alma unida a Dios, qué poderosa eres!... El Apóstol viene a ser un *acumulador* de vida sobrenatural, y condensa en sí un fluido divino que se diversifica y adapta a las circunstancias y a todas la necesidades del medio en que se halla y obra.—*Virtus de illo exibat, et sanabat omnes (Lc.* 6, 19). Palabras y obras no son en él sino efluvios de esta fuerza latente, pero soberana, para romper los obstáculos, obtener conversiones y acrecentar el fervor».

(2) «¿Numquid potest homo abscondere ignem in sinu suo, ut vestimenta illius non ardeant?»—Prov. 6, 27.

(3) «Yo descansos y glorias?, exclamaba la V. Ana-María de la Concepción *(Vida,* § 32), Yo gozar, cuando veo a la Santa Iglesia tan atribulada, y el mundo lleno de miserias, culpas y calamidades? Quiero, Dios mío, vivir

Una sola alma así bastaría para incendiar todo el mundo, si el mundo no fuera tan refractario a este divino fuego que el Salvador vino a poner en la tierra con tanto deseo de incendiarla toda *(Luc.* 12-49).

No ha habido ninguna bien avanzada en la unión con Dios, que, a imitación de la Santísima Virgen, no atrajera a otras muchas en pos de sí, y las condujera y presentara al Rey de la Gloria *(Ps.* 44, 15-16). Las muy perfectas llevan a innumerables; y una sola de las encumbradas al sublime grado del *Matrimonio espiritual,* y aun al simple *Desposorio,* basta para llenar de complacencias al Señor, y aplacarle y hacer a veces que trueque los castigos en bendiciones, viniendo de este modo a ser la salvación de grandes comunidades y de grandes Ordenes religiosas, de ciudades, provincias y aun reinos enteros (1).

para padecer y cooperar a su remedio, aunque sea hasta la fin del mundo, y aunque sea en el infierno en cuanto a la crueldad de sus tormentos, privándome de buena gana de gozar de Vos y de cuantas dichas me ofrecéis en la posesión de la Gloria».

«¡Ah! Señor, ¿cómo podré yo descansar—exclamó mucho antes Santa Catalina de Sena *(Vida,* por el Beato Raimundo, Pról. 15)—mientras que una sola alma criada a tu imagen esté expuesta a perderse? ¿No valdría más que todos se salvasen y que me condenase yo sola, con tal de seguir amándote?»—Lo mismo decían en sustancia Santa Magdalena de Pazzis y la V. Sor Bárbara de Santo Domingo (cf. *Evolución Mística,* p. 382).

(1) La V. Ana María de la Concepción, nacida en Asturias y fallecida con gran olor de santidad a la edad de 78 años, en 1716, en las Bernardas de Valladolid (Cf. su *Vida,* § 31, en *Médula hist. Cisterciense,* por el R. P. Muñiz, t. IV, 1785, p. 261), refiere de sí misma: «En los días grandes ordinariamente era mi alma llevada al Cielo, con la hermosura que yo no sé decir. Veía que me iban encaminando hasta entrarme en el coro de los Serafines. Decíame el Señor: «Yo quiero que tomes posesión de lo que te tengo de dar; que para eso te llevo por el amor correspondiente al estado de los Serafines; pues tú lo eres en la tierra. *Y la ciudad adonde estás miro yo con muchas atenciones por tu respeto;* que tu amor me tiene ligado el brazo de mi justicia, y en tu alma descanso de los malos tratamientos que me hacen en el mundo».

«Te he escogido, decía Nuestro Señor a Santa Verónica Juliani *(Vida,* l. 3, c. 1), por medianera entre los pecadores y Yo; ahora te confirmo y te doy este oficio por mi propia boca... Sea tu tráfico salvar almas, estando pronta a dar la vida y sangre por mi gloria y por la salvación de ellas... Te quiero toda transformada en Mí: mi pasión, mis méritos y todo lo que he padecido y hecho en el discurso de treinta y tres años, te lo doy y entrego para que operes con mis obras: padecerás con mi padecer y obrarás con mi obrar. Haz en todo conforme a mi voluntad: despójate de todo para que puedas decir de veras: *Christo confixa sum cruci*».

«Nuestro Señor me hace ver, escribía conforme a esto Sor Bernarda Ezpelosín, el 16 de Junio de 1882 *(Vida,* p. 222), que ha hecho, hace y hará mucho bien por mí, en donde quiera que le sirva: esto lo sé, lo veo y lo creo, porque es mi mismo Señor el que me lo dice y asegura... Hace muy poco... me pareció oir perfectamente que Nuestro Señor me decía: «*Sí, un alma generosa que se entrega toda en sacrificio a Mí, es bastante no sólo para santificar una casa, sino también para salvar una nación y aun el mundo entero*»... Me parecía que Dios Nuestro Señor—que quiere de mí algo muy grande—me pedía, por medio de un sacrificio absoluto de todo mi sér, la salvación del mundo entero... El Corazón de Jesús padece y el mundo parece perderse. Yo veo la multitud de almas que se precipitan en los infiernos, y lo que es más doloroso, cómo aquellas, escogidas entre millares, le desconocen, le son

Al contrario, quien no esté suficientemente unido con Cristo, de modo que Cristo permanezca siempre a la vista de El, no acertará a producir verdaderos frutos de vida, por mucho que trabaje *(Joan.* 15, 4-5). Ni tendrá que dar, ni con que atraer hacia Dios, ni Dios bendecirá lo que no está hecho en El y sólo por El (1). Y así en vano se levanta a trabajar antes de ser alumbrado con la luz divina, y sin haber reposado y cobrado bastantes fuerzas en la oración: *¡Vanum est vobis ante lucem surgere!... (Ps.* 126, 2) (2).

De ahí que los prelados y predicadores, como tienen a todas horas que apacentar el rebaño de Dios, siempre hambriento o necesitado de buenos pastos y de palabras de vida eterna, necesiten estar bien provistos de bienes celestiales, para comunicar los tesoros divinos y no la propia miseria, y para dar en abundancia sin empobrecerse ellos, dando a Jesús como nos lo da el Eterno Padre, que es reteniéndolo siempre en su seno a la vez que nos lo envía y nos lo comunica para nuestro bien. Unidos íntimamente con Jesucristo, a El mismo será a quien prediquen y a quien darán para bien de las almas; y de esta suerte no se predicarán ni darán a sí mismos, con gran peligro de perder y perderse, en vez de ganar a otros, ganando ellos aún más.

De ahí que, según enseña el Doctor Angélico, deban ser ya perfectos en ambas vidas, activa y contemplativa, para poder dignamente desempeñar su altísimo ministerio (3), sabiendo ya sacrificar, sin peligro, hasta el mismo gusto de conversar con Dios, por ir a servirle en los prójimos (4).

ingratas, y *muchas de ellas se condenan.* Esta vista me causa un tormento inexplicable».

(1) «Las bendiciones que dan la fecundidad al ministerio, observa Chautard *(El Alma de todo Apostolado,* 4.ª P.), están reservadas a las súplicas del *hombre de oración...* Para restaurar todas las cosas en Cristo por el apostolado de las obras es menester la gracia divina, y no la recibe el apóstol sino a condición de estar unido a Cristo.—Cuando nosotros hayamos formado a Jesucristo en nosotros, entonces únicamente podemos devolverlo a las familias y a las sociedades, informándolas de su espíritu... Somos sal de la tierra en la proporción que somos santos».

(2) Por eso, para enseñarnos con su ejemplo, el divino Salvador oraba tanto y pasaba tantas noches orando. «Datur nobis exemplum, ut quos instruimos verbo, juvemus orationum suffragio; quia sermo divimus maxime habet fructum in cordibus auditorum, cum oratione fulcitur». S. Thom., *in Joan.* 17, lect. 1.»

(3) Cfr. S. Thom., *In* III *Sent.*, D. 35, q. 1, a. 1, ad 5; a. 3, sol. 3; 2-2, q. 182, a. 1.

(4) «Quidam, dice Santo Tomás *(Qs. Disp., q. unica de Charitate,* a. XI, ad 6), in tantum delectantur in vacatione divinae contemplationis, quod eam deserere nolunt, etiam ut divinis obsequiis mancipentur ad salutem proximorum. Quidam vero ad tantum culmen charitatis ascendunt, quod etiam divinam contemplationem, licet in ea maxime delectentur, praetermittunt,

Entonces sí que producirán abundantísimos frutos de vida, y serán verdaderamente "luz del mundo y sal de la tierra", cuando de tal modo estén enriquecidos de bienes del Cielo, que puedan dar de ellos sin perder nada; entonces estarán en el colmo de la perfección que se requiere en la vida apostólica, la cual excede a la misma contemplativa, como ésta a la puramente activa; pues más es arder y alumbrar, que contentarse con tan sólo arder; y más es tener bastante para sí y para otros, que no para sí mismos solamente. Y esta plenitud debe tener el apóstol, para poder ser, sin pérdida suya, *todo para todos* (1).

Siendo verdaderamente hombres apostólicos, es decir, interiores, espirituales, contemplativos, llenos de luces y ardores divinos, entonces conociendo no sólo por el estudio, sino también por el gusto y experiencia propia, los misterios de la vida de la gracia, es cuando lograrán ser verdaderos directores y *pastores según el Corazón Divino, que apacentarán las almas con ciencia y doctrina saludable* (2).

ut Deo serviant in salute proximorum... Et haec perfectio est propie *praelatorum et praedicatorum, et quorumcumque aliorum qui procurandae saluti animarum insistunt:* unde significantur per Angelos in scala Jacob ascendentes quidem per contemplationem, descendentes vero per sollicitudinem quam de salute proximorum gerunt».

«Sicut praesul actione praecipuus, prae caeteris in contemplatione suspensus». S. Gregorio M., *Pastorali.*

«Hoc siquidem vera et casta contemplatio habet, dice San Bernardo *(Serm.* 57 *in Cánt.),* ut mentem quam divino igne vehementer succenderit, tanto interdum repleat zelo et desiderio acquirendi Deo qui eum similiter diligant, ut ocium contemplationis pro studio praedicationis libentissime intermittat; et rursum potita votis, aliquatenus in hac parte tanto ardentius redeat in idipsum, quanto se fructuosius intermisisse meminerit; et item sumpto contemplationis gustu, valentius ad conquirenda lucra solita alacritate recurrat... Habes tria haec, id est praedicationem, orationem, et contemplationem, in tribus commendata et designata vocabulis. Etenim merito *amica* dicitur, quae sponsi lucra studiose ac fideliter praedicando, consulendo, ministrando conquirit. Merito *columba,* quae nihilominus pro suis delictis in oratione gemens et supplicans, divinam sibi non cessat conciliare misericordiam. Merito quoque *formosa,* quae coelesti desiderio fulgens, supernae contemplationis decorem se induit».

(1) «Opus vitae activae est duplex: Unum quidem quod ex plenitudine contemplationis derivatur; sicut *doctrina et praedicatio:* Unde et Gregorius dicit *(in Homil. V super Ezech.)* quod *de perfectis viris post contemplationem suam redeuntibus,* dicitur *(Ps.* 144, 7): *Memoriam abundantiae suavitatis tuae eructabunt.*—Et hoc praefertur simplici contemplationi. Sicut enim majus est illuminare, quam lucere solum; ita majus est contemplata aliis tradedere quam solum contemplari. Aliud autem opus est activae vitae, quod totaliter consistit in occupatione exteriori: sicut eleemosynas dare, hospites recipere, et alia hujusmodi, quae sunt minora operibus contemplationis». S. Th. 2-2, q. 188, a. 6.

(2) *Dabo vobis pastores juxta Cor meum, et pascent vos scientia et doctrina (Jerem.* 3, 15).—«Como los que rigen a los otros han menester lumbre doblada, y tenerla muy a la mano y a todo tiempo, así han menester oración doblada, y estar tan diestros en ella, que sin dificultad la ejerciten, para que conozcan la voluntad del Señor, de lo que deben hacer en particular, y para

Así se evitarán los gravísimos males que tanto lamenta San Juan de la Cruz (1), y con él todos los verdaderos siervos de Dios y los maestros de espíritu, como provenientes de una mala dirección y de la gran escasez de directores doctos y experimentados (2). Pues donde no haya "verdadera ciencia del alma, no hay verdaderos bienes„ (3).

que alcancen fuerza para cumplirla. Y este conocimiento que allí se alcanza, excede al que alcanzamos por nuestras razones y conjeturas, como de quien va a cosa cierta, o quien va—como dicen—a tienta paredes: y los propósitos buenos y fuerza que allí se cobran, suelen ser sin comparación más vivos, y salir más verdaderos que los que fuera de la oración se alcanzan... Y por no cansar... no os digo más sino que la suma Verdad dijo *(Luc.* 11) que el Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo piden, con el cual bien vienen todos los bienes».—Beato Avila, *Audi Filia,* cap. LXX.

«Omnis doctor, dice Sto. Tomás *(in Joan.* 6, lect. 1), necesse habet spirituaiiter pascere turbam ad se venientem. Et quia nullus homo habet ex se unde pascat eam, ideo oportet quod aliunde emat: labore, studio, assiduitate orationis». «Hauritorium autem quo aqua sapientiae salutaris hauritur est oratio» *(ib.* 6, lect. 2).

(1) Cfr. *Llama de amor viva*, canc. 3. v. 3, § 7-12; en nuestro libro *Evolución mística,* p. 254, 357-358.

(2) El director, dice la V. Agreda *(Escala,* § VI), «ha menester ser docto y experimentado... En esto hay falta..., la hay grandísima. Y la Majestad de Dios está muy quejosa de los ministros de su Iglesia, porque hay pocos que entran a aprender a esta escuela; y así hay pocos maestros». De ahí la angustiosa hambre y sed que tantas veces suelen sentir las almas inocentes y puras, y sobre todo las vírgenes del Señor, de oir la verdadera palabra divina, la verdadera doctrina espiritual, hasta desfallecer por no hallar quien debidamente se la proponga.

«Mittam famem in terram: non famem panis, neque sitim aquae. sed audiendi verbum Domini.—Et commovebuntur a mari usque ad mare; circuibunt quaerentes verbum Domini, et non invenient.—In die illa deficient virgines pulchrae, et adolescentes in siti».—*Amós,* 8, 11-13.

(3) Ubi non est scientia animae, non est bonum. *(Prov.* 19, 2).—Mas para esta *ciencia del alma* no basta una instrucción puramente especulativa. Pues así como en medicina no bastan los conocimientos teóricos, sino que es menester la práctica, sin la cual se cometerían lamentables yerros; «así también en las cosas espirituales y místicas, advierte el V. Falconi *(Camino,* l. 4, cap. V), teólogos habrá que sepan todos los puntos especulativos de meditación y contemplación...; y en llegando a tratarles de cómo se practica esa contemplación y de la manera que las almas entran en ella, y a qué sazón y disposición y los diferentes modos y diversidad de medios por donde Dios las lleva, pierden pie en ello y no acaban de entenderlo, ni de creer semejantes y tan secretos tratos interiores como pasan entre Dios y el alma: y dicen que aquella oración es estar ociosos y no hacer nada: y que es perder tiempo: con que *destruyen y echan a perder muchas almas.* Y particularmente sucede esto con algunos muy letrados, que se quieren atar mucho a las definiciones y discursos de la Teología, los cuales no alcanzan a conocer los particulares caminos y sobrenaturales, por donde Dios lleva a las almas; y como por otra parte, no... tienen práctica de eso... no saben qué decirse, más de que aquello no debe de ir bueno, pues no lo alcanza la *razón teológica y el discurso;* como si Dios estuviera atado a aranceles y arte de la especulación teológica para comunicarse con amor y familiaridad secreta a las almas... Luego no hay para qué extrañar nada que no fuere contra la fe y buenas costumbres. Que lo demás será caer en la falta de los que dice Santiago, que lo que ignoran lo blasfeman; sino hagan lo que enseña el Ilmo. Padre Fr. Bartolomé de los Mártires en su *Compendio espiritual* (2.ª P., cap. 26): En viendo los doctos no experimentados (dice así) lo que a algunas almas devotas les pasa, y que ellos no entienden aquello que les comunican, y que aquel modo de oración no lo alcanza su especulación y discurso, y que por otra parte ello no es contra la fe y buenas costumbres, remitan aquellas

Siendo, por el contrario, la generalidad de los ministros de Dios lo que deben, viviendo siempre consagrados al estudio y a la oración para aprender a desempeñar santamente sus sagradas funciones, lograrán beber en el torrente de las divinas delicias hasta quedar embriagados de luz y de amor; y entonces sí que vendrá a quedar todo el pueblo cristiano colmado de bienes celestiales: *Inebriabo animam sacerdotum pinguedine: et populus meus bonis meis adimplebitur (Jerem.* 31, 14).

De ese ardiente celo verdaderamente apostólico y de la fecunda y prodigiosa actividad que vemos despliegan, con grandísimo fruto de las almas, todos los grandes contemplativos, de cualquier estado, sexo y condición que sean—desde S. Pablo, S. Bernardo y Sto. Domingo, hasta el B. Cura de Ars y Don Bosco, y desde Sta. Catalina de Sena y Sta. Teresa hasta la B.ª Barat, la V. Taigi, la V. M. Sacramento y tantas otras por el estilo—, puesto que según observa la misma Santa Teresa, no hay ninguno que no lleve en pos de sí a muchos otros; de los grandísimos bienes que esos íntimos amigos de Dios producen en todas partes, se colige cuán dichoso sería el mundo si en él abundara el don de la contemplación, como abundaría relativamente, si de veras procurásemos desterrar tantas prevenciones como hay en contra de ella, y tantísimos obstáculos como se le ponen.

Y uno de los principales es la engañosa y funesta idea tan arraigada de que el ser tan pocos los místicos es por ser pocos los llamados; como si el Señor no nos invitara a todos a beber en las místicas aguas y a entrar en su místico reposo, y no fuéramos nosotros los culpables, por despreciar tan amorosa invitación. Y lo peor es que, para justificar la propia dejadez, no faltarán quienes lleguen hasta defender, cual si esto fuera un hecho no lamentable, sino venturoso y providencial, que en realidad conviene que sean pocos los consagrados a esa vida que tienen por ociosa y estéril y propensa a muchas ilusiones y aberraciones o desequilibrios mentales y "neurastenias"; y así añadan que "si todos fueran místicos, resultaría la vida imposible".

Nunca, por desgracia, lograrían serlo todos, ni aun la mayoría, por mucho que se inculcara y facilitara la asecución de un bien tan grande; pues éste exige muchí-

almas a otros más experimentados en la materia; y no desacrediten lo que no entienden, ni las aflijan y perturben a las pobres almas».

Lo mismo dice San Juan de la Cruz (l. cit.), añadiendo que sí no tendrán que dar a Dios estrechísima cuenta de los daños que causan.

sima abnegación, fidelidad y generosidad; y lo más común, a pesar de todo, suele ser el resistir a la gracia y no hacer ni aun la mitad de aquello a que con todo rigor estamos obligados.

Mas si por un milagro de la Providencia se lograra alguna vez que lo fueran, nunca mejor ni tan bien podría andar el buen concierto de la vida humana y de las sociedades; pues nunca con tanta seriedad y dignidad serían cumplidos los verdaderos deberes de cada estado. En prueba de ello y para confundir este engaño, quiso Dios que en todos los estados y en todas las profesiones legítimas hubiera verdaderos Santos que pudieran servir a los demás de modelo. Y vemos que nadie como ellos supo cumplir con entera perfección sus respectivos deberes, aun en aquello que parecen tener de más extraño a la vida espiritual (1).

Si es indudable, en efecto, que jamás hubo pontífices, ni sacerdotes, ni religiosos tan excelentes como los que llegaron a ser Santos; tampoco, si bien se mira, encontraremos reyes, ni políticos, ni aun guerreros—por no hablar de humildes artesanos y honrados labradores—, que puedan competir con los que llevan la aureola de la

(1) «Quien quiera excluir la mística, o sea el cristianismo en su completo desarrollo, ya de la vida práctica, ya de la actividad moral privada, ya de la actividad pública, ya de la dirección de los negocios de la Iglesia y de la participación en los profanos, ese, dice el P. Weiss *(Apología,* t. 9, Cf.ª V, n. 5-7), haría mejor en decir francamente que quiere la separación del cristianismo y del mundo... La mística concierne a cuantos quieren aceptar el cristianismo en su integridad... Y no haya miedo que perjudique a ciertos bienes o a ciertas aspiraciones legítimas de la humanidad. No, la mística no rebaja ni aminora en nada la inteligencia, ni el corazón, ni la voluntad, ni la ciencia, ni la energía, ni la justicia, ni la caridad, ni a la Iglesia, ni al Estado, ni a la escuela, ni a la familia... Sólo cuando la mística obtenga el puesto que le es debido, es cuando se cumplirán los sublimes designios que Dios tuvo creando el mundo, y salvándolo por su Hijo. Entonces el cielo y la tierra, lo natural y lo sobrenatural, lo divino y lo humano formarán un solo todo, a saber, el verdadero reino de Dios entre los hombres». «El retiro y la contemplación, observa luego oportunamente (Cf.ª 12, n. 11), no impidieron a Santa Rosa de Lima, como dice la bula de canonización, ser una mujer fuerte que comprendió el difícil arte de evitar las contrariedades domésticas, que hacía los trabajos de los demás antes que ellos se levantasen y sobrepujó a las más hábiles mujeres en el buen gobierno de la casa... Para los Santos poco importaban el lugar, el tiempo y las ocupaciones, pues en todas partes encontraban a Dios; y en El lo hacían todo.—Muchas veces las obras más meritorias, las más familiares conversaciones con Dios y las más sublimes comunicaciones del Espíritu Santo han tenido lugar en la cocina, en el establo, en la escalera, subiendo agua, guardando ganado».

Así vemos a San Francisco de Sales, conforme advierte Dom Mackey *(Introd. a las Obras del Santo;* IV, p. XXXV-XLIX), «recomendar la lectura del *Tratado del amor de Dios* a la gente del mundo... Lo que había hecho con respecto a la devoción, lo hace respecto a la vida mística: la muestra amable, sencilla, deseable y hasta fácil. Es un error, diría él, y casi una herejía, querer desterrar la alta oración de las compañías de soldados, de las tiendas de artesanos, de los palacios de los príncipes y de las familias de los casados» (Cfr. *Vida devota,* P. 1, c. 3).

santidad: con un David, un San Enrique, un San Luis o un San Fernando.

Buscando ante todo el reino de Dios y su justicia, lograron recibir por añadidura todo lo demás, y a veces hasta centuplicado. "La piedad para todo es útil, teniendo como tiene promesas para la vida presente, a la vez que para la futura (I *Tim.*, 4, 8).—Y así "el que viniere a quedar limpio de las miserias y flaquezas humanas, será un vaso precioso y santificado, útil ante el Señor, y dispuesto *para toda suerte de obras buenas*„ (II *Tim.* 2, 21). Pues con la divina sabiduría vienen juntos todos los bienes y una indecible honestidad (1); y en el abundamiento de sus poseedores está la salud de la tierra (2).

Si a veces, para más acrisolarlos, permite el Señor que puedan parecer inútiles por algún tiempo, luego, dice Santa Catalina de Génova, les hace suplirlo de modo que, aun aparentando ociosos, hagan lo que no harían ni veinte muy trabajadores.

He aquí, pues,—conforme advierte el P. Weiss *(Apolog.*, X, Cf.ª 15, apénd.)—lo que hoy más se necesita, y lo único que pondría eficaz remedio a tantísimos males como afligen a la humanidad: la abundancia de almas espirituales, de almas santas, de almas contemplativas y místicas en todos los estados y condiciones.

¡Enviad, Señor, vuestro Espíritu, y serán creadas: y así renovaréis la faz de la tierra!... (Ps. 103, 30). Amén.

(1) *Sap.*, 7, 11.—«Meum est consilium, et aequitas, mea est prudentia, mea est fortitudo.—Per me reges regnant, et legum conditores justa decernunt... Mecum sunt divitiae, et gloria...»—Prov., 8, 14-18.

(2) «Diligite lumen sapientiae omnes qui praeestis populis... Multitudo autem sapientium sanitas est orbis terrarum: et rex sapiens stabilimentum populi est». *(Sap.* 7, 23, 26).—«Cogitare ergo de illa, sensus est consummatus». *Ib.* 16.

FIN

INDICE

Pág.

PRÓLOGO 5

PREAMBULOS

I.—Actualidad e importancia de estas cuestiones 13
II.—Dos extremos peligrosísimos 18
III.—Objeto de este trabajo.—Lo ordinario y lo extraordinario en general 43
IV.—Estado actual de estas cuestiones.—Rectificaciones necesarias.—La contemplación «angélica», los sentidos espirituales y los toques substanciales de Dios 49
V.—Obscurecimiento de la doctrina tradicional 66
VI.—Idea general y excelencias de la Teología mística según los grandes Maestros de espíritu 76

CUESTION PRIMERA.—¿ES DESEABLE LA DIVINA CONTEMPLACIÓN?

Art. 1.º—Licitud de este deseo y necesidad de avivarlo para poder cumplir bien el mismo precepto de la caridad 87
Art. 2.º—Cuán deseable sea la divina contemplación por los grandísimos bienes que trae consigo 100
Art. 3.º—Cómo a todos sin excepción nos invita Dios amorosamente a buscar esta celestial sabiduría 111
Art. 4.º—Cuánto importan los ardientes deseos de Dios, por ser ya un principio o presagio de oración infusa, y cómo se deben agradecer y aprovechar las visitas divinas 124
Art. 5.º—Singular importancia de una buena dirección y de la lectura de los grandes místicos: condiciones que el director ha de tener 137
Art. 6.º—Importancia y necesidad de los divinos consuelos 150

CUESTION SEGUNDA.—¿ES ASEQUIBLE LA DIVINA CONTEMPLACIÓN A CUANTOS SINCERAMENTE LA BUSCAN?

Art. 1.º—A todos se ofrece 160
Art. 2.º—No es gracia «gratis data», sino don exclusivo de los justos, ordenado a la propia santificación, prometido a la fidelidad y perseverancia y ordinario y común en las almas perfectas 181
Art. 3.º—Todos podrían, si de veras lo procurasen, conseguir este inapreciable don 196
Art. 4.º—Cómo por la ferviente oración se puede realmente alcanzar la verdadera devoción y la familiaridad divina, y con ella, la dulce consolación y la plena comunicación del Espíritu Santo 212
Art. 5.º—Necesidad que todos tenemos de la oración continua y de la vida interior para poder vivir como perfectos cristianos, y cómo la perfecta oración es ya verdadera contemplación, y en esta comunicación con Dios se entra por Jesús y María 224
Art. 6.º—Cómo el don preciosísimo de la divina contemplación, según Santo Tomás, es corona de justicia, y así puede ser en rigor merecido con la fiel, humilde, amorosa y perseverante correspondencia a la gracia 248
Art. 7.º—Esta contemplación es la propiamente sobrenatural o infusa, y no la que hoy llaman «adquirida» 286

Pág.

Art. 8.º—Testimonios de los Padres y Maestros de espíritu en confirmación de toda esta doctrina..... 311
Art. 9.º—Nueva serie de testimonios..... 328

CUESTION TERCERA.—¿POR QUÉ HAY TAN POCOS CONTEMPLATIVOS?

Art. 1.º—La prudencia carnal y la falta de generosidad y de abnegación cristiana..... 341
Ar. 2.º—Este místico reino padece violencia..... 355
Art. 3.º—La falta de perseverancia..... 360
Art. 4.º—La verdadera abnegación y el amor a la cruz..... 366
Art. 5.º—Las purgaciones pasivas y medios de facilitarlas..... 377
Art. 6.º—Otros testimonios de la Tradición..... 382

CUESTION CUARTA.—¿SON MÍSTICOS TODOS LOS SANTOS?.... 391

Art. 1.º—La perfección cristiana y la vida mística..... 392
Art. 2.º—La oración más ordinaria y própia de las almas perfectas es la contemplación infusa o mística, y su modo de obrar, el sobrehumano..... 425
Art. 3.º—Nuevos testimonios de la Tradición..... 445

CUESTION QUINTA.—¿SON INDEPENDIENTES O DIFIEREN ESENCIALMENTE LA MÍSTICA Y LA ASCÉTICA?

Art. 1.º—Subordinación de la Ascética a la Mística..... 468
Art. 2.º—La distinción es modal y no esencial..... 473
Art. 3.º—Transición gradual y compenetración: Consecuencias. 480

CUESTION SEXTA.—CARACTERÍSTICA DEL ESTADO MÍSTICO

Art. 1.º—Doctrina tradicional..... 496
Art. 2.º—Apreciaciones opuestas, incompletas o defectuosas: rectificación..... 501
Art. 3.º—El verdadero constitutivo de la vida mística y relaciones de ésta con la ascética..... 522

CUESTION SÉPTIMA.—CUÁLES SEAN LAS PRINCIPALES FASES Y LOS MÁS FRECUENTES FENÓMENOS DE LA VIDA MÍSTICA

Art. 1.º—Misterios de la vida cristiana y vida mística..... 525
Art. 2.º—Los diversos grados de oración y los de vida espiritual. 527
Art. 3.º—Grados de oración ordinaria o ascética..... 530
Art. 4.º—Grados de transición de la oración «ordinaria» a la «sobrenatural»: señales de que se debe dejar la meditación.. 535
Art. 5.º—Los diversos grados de oración notoriamente «sobrenatural», según Santa Teresa, y la transición gradual en todo..... 542
Art. 6.º—Comparación de la clasificación teresiana con las de otros autores..... 546
Art. 7.º—Grados fundamentales: observaciones..... 549
Art. 8.º—Breve idea de los principales grados de la unión conformativa y de los fenómenos que suelen acompañarles: noche del sentido: segregación..... 550
Art. 9.º—La unión transformativa: sus grados y principales fenómenos: noche del espíritu..... 559
Art. 10.—Ejemplos de estos grados y progresos de la vida espiritual.—Santa Teresa; la V. Ana María de San José..... 567

CONCLUSIONES

I.—Qué debe entenderse por «ordinario» y qué por «extraordinario» en la vida mística..... 576
II.—Excelencia de la vida contemplativa sobre la activa, y de la apostólica sobre ambas..... 591

INDICE ALFABETICO DE AUTORES CITADOS

Agnus De (M.ª del): pág. 20, 537.
Agreda (V. M.ª de Jesús): 165, 200, 15, 23, 48, 338, 91, 414, 34-5, 81, 583, 91, 600.
Agustín (S.): 10, 21, 9, 38, 62, 87, 96, *102,* 4, 9, 18, 24, 46, 54, 63, 71, 91-4, *202,* 13, 24, 31, 3, 44, 8-51, 8, 62, 75, *313,* 54-5, 72, *425,* 8, 30-2, 43, 7, 69-71, *527,* 33, 73.
Alacoque (B.ª Margarita M.ª de): 166, 8, 98, 231, 373-5, 80, 470, 82, 540.
Alberto Magno (B.º): 56, 8, 74, 315, 421, 9, 49.
Alcántara (S. Pedro de): 11, 123, 39, 221, 554.
Alejandrino (Clemente): 445.
Alvarado (M.º Antonio): 289.
Alvarez de Paz: 46, 60, 76, 80-4, 96, *108,* 9, 12, 44, 59, 81, 5, 9, 94, *202,* 7, 11, 8, 21, 8, 31, 59, 65-70, 82, 95, *306,* 7, 25, 34, 44-7, 57-8, 60, 89, 92, 6, *400,* 6, 11, 4, 24, 42, 4, 60, 78, 83, 5, *500,* 6, 34, 8, 48, 52, 93.
Ambrosio (S.): 26, 62, 118, 154, 392, 460.
Ana M.ª de la Concepción: 596-7.
Ana M.ª de S. José (V.): 338, 526, 67,70-6, 9.
Ana Margarita Clement: 435, 69.
Angeles (B.ª M.ª de los): 298.
Angeles (Fr. Juan de los): 53, 8, 129, 34, 65, 7, 70, 84, 98, *211,* 5, 34, 96, *324,* 45, 62, 92, *408,* 11, 8, 24, 9-30, 44, 78, 90, 9, *507,* 13, 94.
Anónimos: 9, 19, 122, 83, 234, 44, 54, 9, 303-10, 39-40, 474-7, 99, 518-21, 8, 538, 47-8, 66, 93.
» *(Conocimiento oscuro de Dios):* 201, 52, 4, 88-9, 309, 60, 479, 506-7, 38, 46.
» *(Epist. ad Fr. de Monte Dei):* 47, 127, 226, 81, 440, 8.
» *(Escala del Paraíso):* 71, 9, 302, 13, 416, 48, 507.
Anselmo (S.): 79.
Antigua (Sor M.ª de la): 184, 200, 4, 5, 8, 20, 61, 4, 75, 7, 80, 4, 301, 4, 75, 479.
Antonio Abad (S.): 25, 240, 368, 428, 57.
Antonio del Espíritu Santo: 57-9, 62, 93, 105, 7, 34, 86, 91, 252, 400, 59, 75-6, 86, 8, 508, 20, 66.
Apóstoles (M.ª de la Reina de los): 56, 374, 521, 78.—Aquaviva: 68.
Aquino (Sto. Tomás de): 5-6, 10, 4, 9-20, 6, 30, 6, 45-6, 52-6, 62, 72, 6, 92-7, *124,* 45, 64, 7, 72-5, 8, 83-9, 91-3, *200,* 7, 18-21, 7-8, 33, 9, 49-60, 7, 72-9, 85, 90, 5, 7, *300,* 15, 47, 54, 9, 72, 6, 80, 5, 91-6, 9, *402,* 3, 10, 3, 7, 20, 18-9, 32, 8, 47, 9, 69-74, 85-6, *507*-8, 13, 34, 62, 86-7, 92, 8-600.
Aristóteles: 443.—Arnoldo (Fr.): 149.
Ars (B.º Juan Vianney, Cura de): 354, 74, 532.
Asís (S. Francisco de): 114, 554.—Astrain: 68.
Avila (B.º Juan de): 75, 82, 95, 139, 54, 9, 62, 8, 92, 237, 58, 322, 69, 92, 443, 91, 590-2, 600..
Bacuez: 98, 176, 272, 588.—Balma: 450.
Baltasar Alvarez: 66-7, 325.
Báñez: 11, 32.—Baptista de Crema: 365.
Basilio (S.): 62, 203, 263, 312, 83, 98.
Beatriz de la Concepción: 578.
Beda (V.): 14, 266.—Belarmino: 324, 456.
Benedicto XIV: 60, 188, 368, 413.
Bernardo (S.): 12, 4, 21, 8, 61, 9, 75, 91, *101,* 10-7, 27-9, 33, 5, 42-6, 63-8, 74, 95, *202*-3, 8, 11, 23-7, 37, 47, 58-9, 64-5, 73-6, 80, 98-9, *313,* 44, 9, 57, 62, 81, 5, 8, 92, 5, 7, 410-1, 4, 23, 6, 57, 71, 83, *527,* 53, 81, 99.
Besse (L. de): 50.—Billot: 257.
Blosio: 57, 66, 9, 78, 173, 201, 11, 46, 323, 414, 53.
Bona: 14, 6, 58, 75-8, 134, 44, 67, 305, 27, 55, 459, 76.
Borja (S. Francisco de): 324.
Bossuet: 49-50, 5, 182, 242, 465.
Boulesteix: 49, 517.—Brancati: 110.
Bremond: 411, 66, 77.—Bretagne: 50.
Bretón: 34.—Brígida (Sta.): 472.
Brotel (María): 206, 220, 346.—Brou: 67.
Buenaventura (S.): 6, 47, 56, 74, 86, 9, 91, 3, *103,* 5, 10, 24-6, 8, 38, 50, 61, 82, *213,* 5, 21, 5, 37, 9, 40, 5, 51-4, 65, 84, 8, 94-6, 9, *301,* 16-8, 61, 94, 5, *410,* 4, 6, 9, 32, 6, 50, 563-4, 77, 9, 86-7.

Calmes: 172.—Canfeld: 405.
Casiano: 14, 23, 6, 105, 206, 12, 26, 99, 384, 412, 41, 85.
Caussade: 43, 72, 328, 62.—Cayetano (Cardenal): 397.
Cecilia del Nacimiento: 22, 9, 189, 201, 10, 36, 8, 43, 64, 71, 6, 82-3, 301, 409, 14, 33, *510,* 63.
Cirilo de Jerusalén (S.): 312.
Cisneros (García de): 122, 35, 50, 322, 34, 70, 89, 581.
Clímaco (S. Juan): 222, 59, 70, 81, 392, 411, 15, 29, 44, 7, 528.
Coloma (Sor Filomena de Sta): 281, 488, 565.—Colunga (E.): 66.
Concepción (V. Angela M.ª de la): 31, 298, 338, 55, 411, 584, 9.
Consolata (Sor Benigna): 270-5, 339, 91, 5-6.
Corderio: 170.—Cormier: 15.
Crasset (P. Juan): 464.—Crescencia Hoës (B.ª): 305-6.
Crisóstomo (S. Juan): 224, 412, 528.—Croix (J. de la): 50, 466.
Cruz (Dominica Clara de la): 56, 339, 588.
Cruz (S. Juan de la): 6, 11, 37, 41, 3, 52, 4-60, 3, 6, 76, 86, 92, 100, 9, 37-42, 5, 61, 74, 9-83, 7, 92, 3, 9, *211,* 5, 43, 59, 67, 71, 83, 9-90, *300*-9, 32-4, 45, 51, 3, 7-60, 5, 9, 71, 4, 7, 9, 81, 90, 405-7, 18, 27-9, 34, 9, 42, 56, 91, 8, *505,* 8, 15, 20, 3, 6, 39, 53, 8, 63, 6-7, 80, 4, 5, 94, 600-1.
Cuervo (P. Fr. Justo): 123.
Chantall (Sta. Juana Francisca de): 71, 488, 91, 535-6.—Chapot: 55, 380.
Chardon: 98, 104, 49, 52, 95, 336, 71.—Chatel: 310.—Chautard: 592-6, 9.
Damiano (S. Pedro): 313.—Diadoco (S.): 15, 445.
Dionisio Cartujo: 57, 9, 77, 93, 102, 93, 207, 90, 306, 22, 52, 88, 94-5, 435, 8, 54, 68, 76.
Dionisio el Místico: 6, 406, 34.
Doëns (Marg. M.ª): 339, 595.
Domingo de Guzmán (Sto.): 131, 135, 494.
Domingo (Sor Bárbara de Sto.): 57, 557, 60.—Donoso Cortés: 595.
Dosda: 291, 436, 9, 517, 46.—Dumas: 50.
Eckart: 453.—Efrén (S.): 196, 312, 83.
Emmerich (Ana Catalina): 176.
Encarnación (V. M.ª de la): 55, 380, 472, 551.
Escobar (V. Marina de): 189, 338, 459, 585.—Estrate: 201.
Ezpelosin (Sor Bernarda): 15, 63, 209, 373, 487, 597.
Faber: 111, 158, 438.
Falconi (V. Juan): 36, 8, 49, 179, 92, 240, 82, 405, 40, 538, 600.
Faucillon: 466.—Fenelón: 212, 481.
Ferrer (S. Vicente): 320, 92.
Festugière: 44, 69, 176.
Foligno (B.ª Angela de): 14, 30, 56, 92, 113, 51, 61, 97, 236, 8, 78, 300, 18, 47, 71, 85, 424, 70.
Francisca de la Madre de Dios: 205, 345, 90.—Froget: 414.
Fuente (V. Miguel de la): 39, 62, 307, 27, 422-3, 60.
Fuente (D. Vicente de la): 7.
Gárate: 330, 517.—Garrigou-Lagrange: 467, 76.—Gay: 246, 380, 2, 478.
Gemma Galgani: 11, 38, 56, 120, 379.
Génova (Sta. Catalina de): 276, 337, 603.—Genoveva Granger: 411.
Gersón: 16, 29, 77-8, 81, 121-2, 46, 241, 59, 395, 508, 48.
Gertrudis María: 209, 11, 380, 424, 33, 537.
Godínez: 142, 5, 258, 378, 549, 55, 8.
Gojóz (Sor Juana Benigna): 34, 57-8, 63, 203, 9, 36, 65, 338, 71, 516.
Gracián: 324, 469.
Granada (V. P. Fr. Luis de): 6, 10, 5, 35, 9, 41, 67, 9, 87-9, 95, *108,* 23-5, 31-5, 54-8, 79, 87, *202,* 5, 15, 8, 21-2, 8, 41, 97, *324,* 59, 61, 72, 88, 93, 4, 8, *421,* 55, 94, *513,* 28, 32.
Gregorio Magno (S.): 22, 61, 102, 35, 8, 73, 9, 80, 3, 9, *203*-7, 67, 73, 312, 44, 54, 81, *401,* 4, 5, 15, 47, 61, 71, *508,* 28, 91, 9.
Gregorio Nacianceno (S.): 103, 312. 83.—Gregorio Niseno (S.): 217.
Grou: 14, 43, 50, 77, 99, *162,* 4, 73, 95, *204,* 9, 23, 32, 40, 94, *300,* 4, 6, 70, 8, 91, *429,* 33, 81, 7, 94, 6.
Gueranger: 35, 50, 576.—Gustavo Le Bon: 17.
Harpio (Fr. Enrique): 119, 40, 77.—Honorato de Sta. María: 50.
Hoyos (P. Bernado): 57, 337.—Huby: 68.
Hugo de S. Caro: 25, 340.
Hugo de S. Víctor: 102, 5, 10, 204, 40, 88, 449.—Hugón (P.): 50.

Ignacio Antioqueno (S.): 118, 311.
Ignacio de Loyola (S.): 67, 134, 302, 23, 71, 455.—Imbert: 556.
Isidoro (S.): 33, 193.
Jerónimo (S.): 29, 55, 375.—Jesús (Ana de): 11, 142.
Jesús (Catalina de): 537.
Jesús (Isabel de): 28, 156, 69, 202, 39, 351.
Jesús (Sta. Teresa de): 7, 11, 21, 30-8, 54-7, 66, 71-4, 9, 82, 93, *108*-10, 21, 39, 48, 50, 6, 66, 9, 75, 81, 4, 92, 7-8, *212*, 22, 8, 33, 6, 42, 56, 9, 73-8, 85, 93, 8, *300*, 29-32, 50-5, 9-62, 72-5, 81, 8, *411*, 25, 40, 55, 82-3, 8, 95, *503*, 13, 26, 31-5, 42-6, 51-4, 9, 61, 6-70, 9, 81-5, 94.
Jesús, C. D. (P. Tomás de): 52-3, 9, 102, 6, 88, 92, 206, 36, 89, 91, 300, 459, 504, 9, 86.
Jesús (V. Fr. Tomás de): 197, 324.
Jesús M.ª y José (Sor Catalina de): 27, 34, 7, 137, 247, 338, 557, 61.
José del Espíritu Santo: 91, 582.
José de Jesús María: 34, 9, 291, 3, 305, 8, 489, 92.
Juan de Jesús María: 77, 184, 280, 459, 508, 10, 26.
Juan de Saint-Samson: 122, 84, 200, 355, 67, 79, 517.
Juan de Sto. Tomás: 6, 76, 94, 8, 147, 50, 82-3, 253-6, 393-4, 7, 409, 14, 73, 527.
Juliani (Sta. Verónica): 196, 382, 90, 409, 597.
Justiniano (S. Lorenzo): 6, 27, 37, 84, 108, 16, 9, 24, 31, 8, 68, *208*, 38, 59, 64, 8, 76, 81, 9, 321, 62, 87, *432*, 53, 83, 90.
Kempis: 31, 89, 97, 104, 18, 29-30, 54, 9, 69, 94, *206*, 11, 58, 75, *321*, 45, 7, 51, 7, 67, 73-4, 86, 416, 98.
Kumi (Sor M.ª Josefa): 409.
La Figuera :528, 38.
Lallemant: 6, 93, 108, 63-4, 8, 77, 227-8, 42, 55, 311, 42, 76, 93, *413*, 40, 72, 81.
Lamballe: 91, 182, 6, 251, 5, 87, 334, 401, 55, 67.—Lanspergio: 322.
Lapide (Cornelio a): 456.
Lataste (M.ª): 46, 59, 88, 97, 169, 230, 47, 305, 43, 9, 59, 402-5, 9, 536.
Le Gaudier: 188, 457.
Lehodey: 107, 205, 87, 439, 40, 75, 93, 582.
Lejeune: 512, 82.—León (Fr. Isidro de): 6.
León (Fr. Luis de): 82, 149, 89.
León de St. Jean: 412.—León M. (S.): 527.
León XIII: 15.—Lessio: 68.
Libermann: 328.
Ligorio (S. Alf. M.ª de): 48, 72-4, 100, 42, 203, 369, 547.
Lima (Sta. Rosa de): 602.—Lombez: 413.
López Ezquerra: 63, 291, 3, 579.
López Navarro (Fr. Gabriel): 307, 11, 412, 34, 72.—Louismet: 467.
Macario: 445-7.—Mackey: 602.—Maumigny: 50.—Mannig: 227.
Matilde (Sta.): 28, 163, 72, 318, 470, 81.—Marechaux: 467.—Marechal: 512.
María del D. Corazón: 228, 376.—M.ª de Jesús Crucificado: 201.
María de S. Alberto: 563, 5.—M.ª Amada de Jesús: 433.
Mariana de Sto. Domingo: 391.
Mariana de S. José: 27, 172-3, 327, 555.
Mártires: (V. Fr. Bartolomé de los): 16, 41, 57, 143, 6, 323, 600.
Massoulié: 254, 8, 337, 95, 464, 507, 13, 35.
Máximo: (S.): 260, 401.
Medina: 260, 272.—Mercuriano: 68.
Meynard: 107, 224, 92, 435, 8, 77, 84, 500.
Molina: 6, 55, 103, 25, 50, 95, 337, 535.
Montfort (B. Luis Gr. de): 245, 382.
Morotio: 414.—Monnin: 532.
Naval: 111, 39, 252, 91, 3, 368, 412, 35-6, 582.
Natividad de Fongéres (Sor): 338.—Nicolás de J. M.ª: 195, 334.
Nilo (S.): 15, 196, 212, 7, 20, 2, 409.—Niño: 82.
Niño Jesús (Sor Teresita del): 35, 363, 74, 487, 537.
Nonet: 63, 126, 293, 301, 36, 66, 474, 84, 500.
Olier: 226, 306, 59, 99, 527, 32.
Orígenes: 269, 312, 83, 410, 26, 45.
Orozco (B.º): 6.—Ory: 419.
Osuna: 6, 20, 8, 33, 8, 53, 66, 76, 80-3, *110*, 22, 31-7, 46, 50, 5, 84, 92, 6, *221*, 42, 329, 72, 8, 88, 96, 454.
Palafox: 110, 34, 337, 426, 60, 9.—Pauper (Marcelina): 196.

Pazzis (Sta. M.ª Mag. de): 113, 269, 326, 89, 458.
Pedro Damiano (S.): 206, 59.
Peraldo: 33, 58, 60, 231; 399, 401, 50.—Peralta (P. V.): 287, 475, 8.—Pío X: 11.
Ponce de León (Basilio): 83.
Poulain: 63-4, 100, 484, 512-6, 50, 7, 82.
Porto Mauricio (S. Leonardo de): 328.
Posadas (B. Francisco): 156, 241, 364, 592.—Prado (P. N. del): 59:
Puente (V. P. Luis de la): 6, 26, 61, 94, *104*, 20, 2, 7, 30, 49, 56, 71-2, 7, 86, 92, *203*, 17, 22, 40, 4, 57, 9, 66, 80, *302*-5, 25, 35, 48, 53, 63, *403*, 15, 22, 59, 526, 52-3, 93.
Raimundo de Capua (B.º): 597.—Remuzat: (V. Ana Magd.) 338.
Ribera: 332.—Ribet: 36, 59, 72, 103, 84-5, 311, 466.
Ricardo de S. Víctor: 20, 8, 79, 129, 31, 57, 75, *206*, 58-9, 75, 88, 303, 7, 15, 55, *412*, 23, 32, 43, 9, *539*, 48, 82.
Riccis (Sta. Catalina de): 22, 125, 220, 578.—Rigoleau: 68.
Rocaberti (V. Hipólita): 126, 223, 66, 327, 38, 90.
P. Juan Tomás de: 483.
Rodríguez (P. Alfonso): 6, 29, 68, 78, *108*, 21, 30, 4, 48, 59, 221, 81, *302*, 25, 71, 5, 457, 71, 531.
» (S. Alfonso): 53, 62, 79, 88, 101, 50, *202*, 8, 11, 17-8, 39, 59, *326*, 48, 52, 67, *412*, 9, 34, 42, 57, 71, 95, *526*, 40, 79.
Roothaan: 67.—Rousset: 50.
Rusbrockio: 84, 90, 8, 120, 52, 61-4, 8, 71, 8, 80, 95, *210*, 34-5, 40, 69, *305*, 8, 19, 87, 97, *400*, 5, 7, 17, 38, 41, 51.
Sandeo: 100.
Sales (S. Francisco de): 12, 20, 40, 55, 67, 75, 91, *117*, 27, 40, 55, 75, 83, *233*, 51, 96, 304, 35, 79, *418*, 83, 519, 36, 47, 93, 602.
Saudreau: 9, 10, 6, 36, 50-6, 65, 72-4, 85, 211, 52, 330, 408, 33, 65, 89, 98-9, 501-16, 51.
Sauvé: 50, 320.—Scaramelli: 48, 63, 72-3, 84, 100, 547, 79.
Schram: 6, 36, 46, 57, 103, 252, 551, 80.
Schwalm: 46, 49-50, 466, 98.
Scio: 5.
Sena (Sta. Catalina de): 11, 20, 56, 63, 98, 138, 72, 320, 99, 409, 23, 37, 50, 81, 531, 85, 94, 7.
Simón du Burg-en Bresse: 577.
Solesmes (la Abadesa de): 33, 6, 103, 21, 72, 5, 8, 80, 245.
Suárez: 58, 60, 7, 188, 421, 56, 68, 98.—Sucona: 281, 488.
Surin: 26, 42, 71, 170, 220, 327, 92 440, 59.—Surio: 149.
Susón (B.º Enrique): 6, 114, 20, 36, 169, 87, *229*, 32, 6, 8, 72, 8, *300*, 4, 19, 45, 9, 57, 60, 77, 85, *416*, 21, 8, 51.
Taigi (V. Ana M.ª): 11.
Taulero (V. Juan): 140, 173, 80, 97, 235, 319, 64, 86, 92, 406-7, 52.
Tissot: 18, 25, 229, 430, 96.
Tridentino (Concilio): 250, 3, 60-2, 74, 9.
Trinidad (Felipe de la Sma.): 46, 57, 60, 2, 76-7, 93, 108, 11, 252, 337, 400, 13, 59, 86, 500, 9, 46.
» (Sor Isabel de la): 246, 34,1 595.
Vallgornera: 58-9, 62, 76, 90, 3, *105*, 8, 113, 4, 88, 252, 96, 399, *414*, 17, 64, 8, 87, *500*, 9, 34, 53-6, 64, 79, 84.
Vermeersch: 512.—Vignerón (Magdalena): 34.—Villada: 73, 330.
Weiss: 11, 14, 91, 177, 328, 68, 91, 402, 12-3, 9, 67, 9, 76, 85, 510, 77, 602-3.
Zamora (Fr. Agustín de): 34.

Erratas.—Pág. 35, nota 2, lín. 4, dice: idas, por ideas; p. 60, l. 27: extedit—extendit; p. 115, l. últ.: redimento—redimendo; p. 178, nota 5, l. 3: *invenieus—invenies;* p. 183, l. 27: principiunt—principium; p. 238, l. 40: unionis—unionem; p. 253, l. 4: destinos—destinados; p. 270, nota 5: desiderio... ascende... ingere—desideria... accende... ingerere; p. 303, l. 8: hacer—hacen; 336, l. 41: querés—queréis; p. 401, l. 52, 56; accendut... periculosoria—accendunt... periculosiora; p. 411, l. 25: quodadmodum—quodammodo; p. 417, l. 21: a malos—y malos; p. 461, l. 47, 56: ixtirpant... axoptat—extirpant... exoptat; p. 526, l. 8: con—con El; p. 573, l. 8: mi primer—ni primer.

JUICIOS SOBRE «CUESTIONES MÍSTICAS»

La revista holandesa DE KATHOLIEK (Mayo, 918), en una extensa reseña, dice así: «El Mtro. en S. T., P. Arintero, goza desde ha veinticinco años y más, de un renombre que parece ir siempre creciendo... La obra que hoy reseñamos es de las que se leen con gusto, se meditan con fruto y se dan a conocer con satisfacción: la luz tiene su puesto en el candelabro; es para alumbrar y guiar a cuantos están en casa...

»Las soluciones dadas a estos problemas de capital importancia para toda alma religiosa, son las de un verdadero discípulo de Sto. Tomás que recuerda los grandes principios de la Teología, y hace resaltar los testimonios de las almas santas de todos los tiempos y climas...

»La conclusión se impone: todos los cristianos podrían, si quisiesen, dejar que en su alma se expansionaran los dones del E. S.; todos, si quisieran, podrían, cada cual según sus fuerzas, alcanzar las alturas de la divina contemplación...

»Al P. A. le gusta la palabra de los Santos: su libro es una biblioteca, cuyo primer puesto ocupan, y justamente, los místicos españoles del siglo XVI».

ROSAS Y ESPINAS (15 Jun., 918): «Esta obra... está llamada a formar época... Trata de reconstruir sobre las bases antiguas todas las cuestiones de la Mística, soldando el anillo roto de la tradición... Su erudición es inmensa y bien cogida... La demostración del P. A. es contundente y aplastante. Su obra es por lo mismo muy útil y hasta necesaria a todos los directores».

RAZON Y FE (Jun., 917): «...Obra *realmente notable, de gran mérito y muy digna de aplauso...* Trata extensamente con gran copia de doctrina y vastísima erudición... *siete cuestiones* principales..., de especial oportunidad, y en cuya exposición se contiene lo principal de la ciencia mística... Las soluciones... están probadas en general con solidez y erudición».

LA CIENCIA TOMISTA (Mayo, 917): «...El P. A... por el indiscutible valor de sus obras, ha llegado a ser... una autoridad de mucho peso, tal vez la primera, entre nosotros: el aplauso unánime con que multitud de revistas acogieron y recomendaron sin reserva las *Cuestiones místicas,* lo demuestra claramente... Forman un cuerpo de doctrina verdaderamente admirable... Son un excelente y magistral tratado de Teología mística, cuya lectura será de gran utilidad...»

La REVISTA ECLESIÁSTICA (15 Set., 917) pondera «la importancia, oportunidad y utilidad de esta obra; en que brillan las cualidades de solidez, unción, erudición y exactitud teológica... Sólo deseamos sea muy leída».

EL SMO. ROSARIO (Enero, 917): «Recomendable en alto grado es... por su gran utilidad para toda clase de personas, y en especial para las consagradas a Dios... Es bien conocida la competencia del autor... sobre todo después de su meritísima obra *La Evolución mística,* que tan grande aceptación ha merecido. Ahora en estas *Cuestiones* profundiza más la materia, haciendo ver que la «Mística»... es para todos... A lo instructivo de todos sus tratados..., se juntan la claridad y... el simpático calor de las convicciones».

ILUSTRACION DEL CLERO (1 Dic., 916): «Son (las cuestiones) de tal importancia, y hállanse tratadas aquí con tal lucidez y extensión, que bien puede considerarse la obra como un tratado completo de Mística... Se propone resolverlas de suerte, que todas las almas puedan aspirar a lo alto de la perfección mística y romper el estrecho círculo de ideas y sentimientos raquíticos, en que su triste apocamiento las tenía encerradas.—Ciertamente que son dignos de amplísima loa el mencionado intento... y la pasmosa erudición y singular competencia que demuestra en todas las cuestiones».

ESPAÑA Y AMÉRICA: «Merece este libro ser recomendado como de grande utilidad para todos».

EL MENSAJERO DEL CORAZÓN DE JESÚS (Febr., 917): «Es esta obra una sabrosísima antología de autores místicos, algunos de ellos inéditos y raros y de gran valor... Las personas espirituales sacarán mucho provecho de la lectura de muchos puntos importantísimos... que difícilmente se hallarán tratados en otros autores tan de intento y con tanta doctrina y piedad».

EL PORVENIR (Valladolid, Marzo, 917): «Ya hace años que el P. Arintero ha orientado sus estudios hacia las grandes cuestiones de lo sobrenatural... *La Evolución mística*... fué para muchas almas sinceras y doctas un libro *renovador,* que transformó y elevó sus pensamientos a las cumbres, ignoradas y luminosas, de la mística divina. De este libro se han hecho los más grandes encomios en todo género de publicaciones...

»La obra *Cuestiones místicas* en realidad es un llamamiento ardoroso de maestro, de guerrero veterano, que, triunfador en cien lides, llama desde la cumbre salvadora a las generaciones actuales... señalando el camino seguro de renovación espiritual y social.—Es imposible leer con detención este libro admirable, y no sentir el extremecimiento del alma y unos anhelos inefables de resurgimiento moral y religioso... Recomendamos con calor un libro de... palpitante actualidad. El que lo lea y medite, no dirá que exageramos; dirá que nos quedamos muy cortos».

LA GACETA DEL NORTE (9 Marzo, 917): «...En estas 616 páginas pletóricas de ciencia y de experiencia..., la erudición... es verdaderamente abrumadora: sin querer se ve uno precisado a rendirse y reconocer que, lo que creíamos bagaje común de verdades sobre la materia, era una triste cadena de prejuicios infundados, que se han ido filtrando en los autores desde el siglo VXII. Según el doctísimo autor, todos los cristianos... estamos llamados a los secretos de la mística contemplación... Nosotros mismos... podemos dar testimonio del bien inmenso que hacen estos libros del P. A. en muchas almas, las cuales no saben cómo expresar con palabras el cambio radical que en sí experimentan con la lectura y meditación de estas páginas henchidas de luz y de unción sagrada».

UN SABIO DIRECTOR Y MAESTRO (M. Saudreau, Nov. 916): «Tendré siempre el libro a la mano, para poder cogerlo con frecuencia. Se halla en él tanto y tan excelente: principios teológicos seguros, enseñanzas de los autores místicos más acreditados, observaciones atinadísimas. Admiro cómo ha leído y estudiado tantos y tan diversos autores».

Otro sabio director, de América (P. V. O., 31 Dic. 916): «El trabajo es admirable, y su utilidad indiscutible... Es imposible que nadie lea esas obras sin aficionarse grandemente a las cosas divinas».

Otro, español (8 Dic., 16): «Esta nueva obra—sencillamente está llena de encantos y atractivos para las almas espirituales..., llamada a producir... mayor fruto aún que la *Evolución mística.*—Lo que más admiro en todos sus libros espirituales es la suavísima unción de que están impregnados».

Un alma muy experimentada (Enero, 917): «El libro *(Cuestiones)* me ha sabido a gloria... He hablado de él con entusiasmo, porque así lo siento, y desearía anduviera en muchas manos».

Esta 2.ª edición sale con importantes adiciones y mejoras.

JUICIOS SOBRE EL "CANTAR DE LOS CANTARES„
EXPOSICIÓN MÍSTICA

EL IRIS DE PAZ (24 Agosto, 919): «Imposible hasta el presente ha sido hallar una obra que trate de exponer ordenadamente y con unidad de plan e idea todo el poético e inspirado libro... y a la vez ofrezca a los lectores un curso teórico y práctico de Mística... La nueva obra del sabio y piadoso Maestro... es el libro que llena todas las mencionadas exigencias de las almas nobles, ansiosas de beber el amor divino... Ofrece la imponderable ventaja de estar entretejida con textos de escritores místicos... formando así una preciosísima cadena que insensiblemente aprisiona las almas en el divino amor... Es indiscutible el acierto con que... interpreta el Libro sagrado en todas sus partes... Y es otra recomendación de la preciosa labor del Padre Arintero, la delicadeza con que traduce al castellano e interpreta o desarrolla ciertas frases difíciles del texto divino, sin que pueda ofender poco ni mucho la timidez y sensibilidad de las almas débiles o asustadizas».

RAZON Y FE (Marzo, 920): «Esta nueva obra... la juzgamos muy recomendable... La exposición... en cualquier capítulo, amplia, sólida, llena de unción... El libro ha de ser de gran provecho a las almas piadosas».

VERDAD RELIGIOSA (Agosto, 919): «Con haber sido muy bien acogidas las obras anteriores... la presente *Exposición mística del C...* ha de superar a las otras en el éxito... cada lector será un propagandista».

EL SMO. ROSARIO (Agosto, 919): «El P. Arintero ha triunfado completamente con sus obras místicas, como triunfó con sus obras sobre Evolución. El *Cantar...* es como el coronamiento de la obra que emprendió hace años... Le ofreció una buena ocasión para exponer todas sus teorías y lo más sólido de la doctrina de los autores místicos y los SS. PP.; y él ha aprovechado esta ocasión a las mil maravillas... Al *Cantar...* le espera un éxito tan grande, y y acaso mayor que el tenido por las *Cuestiones místicas,* las cuales con sólo hacer dos años que salieron a la luz, ya hace tiempo están agotadas.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU